


PRIMEROS
PREMIOS
1875 1884
DE CHILE

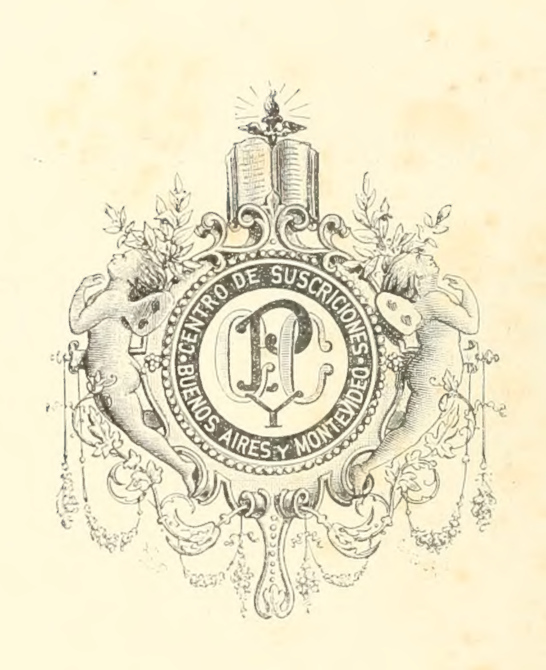






HISTORIA GENERAL

DE AMÉRICA


CENTRO DE SUSCRICIONES
BUENOS AIRES Y MONTEVIDEO





F. Pi y Margall

HISTORIA GENERAL

DE AMÉRICA

DESDE SUS TIEMPOS MÁS REMOTOS

POR

D. FRANCISCO PI Y MARGALL

MAGNÍFICA EDICION

ILUSTRADA CON CROMOS, GRABADOS EN ACERO, AL BOJ, VIÑETAS, ETC., QUE REPRESENTAN MONUMENTOS, VISTAS, RETRATOS, ÍDOLOS Y CUANTAS BELLEZAS MERECEN REPRODUCIRSE POR EL BURIL

TOMO I

VOLÚMEN PRIMERO.

JOYA LITERARIA

PIQUERAS, CUSPINERA Y COMPAÑÍA

BUENOS AIRES — CANGALLO, 285-293

Y

MONTEVIDEO — 25 DE MAYO, 343

MDCCCLXXIX.


LIBRARY
NOV 18 1971
UNIVERSITY OF TORONTO



ÍNDICE

DEL PRIMER TOMO, VOLÚMEN PRIMERO DE LA HISTORIA DE AMÉRICA (1).

INTRODUCCION

PARTE PRIMERA

LA AMÉRICA ÁNTES DE LA CONQUISTA

LIBRO PRIMERO

INVASIONES ANTECOLUMBIANAS Y HECHOS DE LOS INVASORES

(1) Lo abultado de este tomo, que lo hace de difícil manejo, nos ha inducido á dividir el Índice en dos partes en la suposicion de que muchos de nuestros suscritores prefieran encuadernarlo en dos volúmenes por la causa mencionada; de suerte que, en este caso, los señores encuadernadores deberán cuidar de unir la primera parte del Índice al volúmen primero y la segunda al segundo. Por la misma razon repartimos una nueva portada [illegible] para la colocacion de las láminas de cada volúmen.

LIBRO SEGUNDO

LOS PUEBLOS BÁRBAROS

PAGS.

Págs.

Págs.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO.—VOLÚMEN PRIMERO.

INTRODUCCION

I. Problema geografico y mercantil del siglo xv.—Solucion buscada por los portugueses.—Solucion propuesta por Cristobal Colon.—Quien era Colon.—Por donde pudo venir Colon á concebir su proyecto: opinion de la Antigüedad sobre la figura de la Tierra; opinion de Aliaco y Toscanelli sobre la posibilidad de ir á Oriente por Occidente; indicios que pudieron confirmar á Colon en su idea.—Sobre si Colon la vió corroborada por revelaciones de un piloto, de quien se dice que una tempestad arrojó á Santo Domingo.—Fe de Colon en su empresa.—La ofrece al Rey de Portugal.—Conducta de Juan II.—Venida de Colon á España en 1484.—Está dos años en casa del Duque de Medinaceli.—Recomendado por él, ve en 1486 á los Reyes Católicos.—Junta de Córdoba.—Aplazamiento del negocio por los Reyes.—Los Reyes empiezan en 1487 á darle dinero del Tesoro Real.—Junta probable de Salamanca.—Nuevas partidas abonadas á Colon.—Colon está, sin embargo, descontento; escribe al Rey de Portugal.—Juan II le contesta.—Le escriben otros príncipes.—Se impacienta Colon y va al campo de los Reyes; fracasa en sus nuevas negociaciones.—Va á Pálos y habla con Fray Juan Pérez en el monasterio de la Rábida.—Fray Juan Pérez se interesa por él y escribe á la Reina.—Resultado favorable de esta gestion.—Colon vuelve al campamento de los Reyes.—Exigencias de Colon: nuevo fracaso.—Habla Santángel á la Reina y logra decidirla en favor de la empresa.—Se llama de nuevo á Colon; se extienden y firman las capitulaciones.

II. Motivos por qué tardó Colon en alcanzar el logro de sus pretensiones: estado de conocimientos de la época: preocupaciones y penuria de los Reyes: ideas exageradas del mismo Colon acerca de las tierras cuyo descubrimiento se proponía.—Carácter y fisonomía de Colon.—Preparativos para el viaje: cédulas expedidas al efecto por los Reyes Católicos.—Dificultades en Pálos para el apresto de la armada.—Salida de la armada el 3 de Agosto de 1492.—Peripecias del viaje.—Descubrimiento de la isla de Guanaham el día 12 de Octubre.—Toma de posesion de la isla por el Almirante en nombre de los Reyes Católicos.—Sello de servidumbre impuesto por este acto al Nuevo Mundo.

III. Reseña geográfica de América.

I

Al empezar el siglo xv había en Europa un problema de resolucion difícil. El comercio con Ásia se hacía sólo por el istmo que separa el mar Rojo del Mediterráneo. Tenía monopolizados un corto número de pueblos los productos de la India y la China: las especias, los perfumes, las sederías y las piedras preciosas, ya entónces objeto de general codicia. Á fin de impedir este monopolio se deseaba con afan encontrar un nuevo camino para Oriente.

Los primeros en buscarlo fueron los portugueses. Emprendieron el año 1419 por las costas occidentales de África una serie de atrevidas expediciones que llenaron de asombro el mundo. Bajaron desde el cabo Non al de Buena-Esperanza, descubrieron y

poblaron las islas Azores, las de Madera y las de Cabo Verde. Hiciéronlo todo en ménos de setenta años: el 1487, acaudillados por Bartolomé Díaz y Juan Infante, habían corrido al Sur hasta los 33° 42′; y al volver habían visto el extremo meridional de tan vasto continente. Aunque no lo doblaron, no dudaban ya que por allí tenían abierto un paso á los mares de Asia.

En tanto, aquí en España, se ofrecía un extranjero desconocido y pobre á ganar la India por muy distinto rumbo. Bajo la hipótesis de que fuese redonda la Tierra, sostenía que, navegando siempre á Occidente, se había de llegar á las playas de Levante; y por lo que hasta entónces se llevaba descubierto, pretendía que no habían de estar á mil leguas de las islas Canarias.

Este hombre era Cristóbal Colon, natural de la ciudad de Génova, marino de grande experiencia, que á la sazon había ya recorrido el Mediterráneo del Archipiélago al Estrecho, y el Océano desde el golfo de Guinea hasta más allá de Islandia. No merecía ni ambicionaba el nombre de sabio, pero conocía todo lo indispensable para el logro de su empresa. Era más que regular cosmógrafo, medianamente entendido en matemáticas y en astronomía, hábil en el uso de la brújula y el manejo del astrolabio. Tenía hasta cierta cultura nada comun entre los navegantes; sabía la lengua latina y llevaba algun tanto leídas la Biblia y las obras de los autores clásicos.

Cómo viniese Colon á concebir su audaz pensamiento no es difícil presumirlo. La redondez de la Tierra, admitida por casi todos los filósofos de la Antigüedad, á contar desde Parménides y Táles de Mileto, había venido á ser la opinion general de los hombres de ciencia, á pesar de los argumentos de Lactancio y San Agustin contra la posibilidad de que hubiese antípodas. Colon, marino y astrónomo, debió más de una vez robustecerla por sus propias observaciones. No le permitirían sobre este punto dudas ya la manera cómo en los viajes por mar van pareciendo ó desapareciendo los edificios y los cerros de las lejanas costas, ya el cambio de altura de los astros segun se va del Ecuador al Polo, ya la sombra que en los eclipses de luna arroja nuestro planeta.

Ni faltaba entónces quién creyera que, navegando al Occidente por el Atlántico, se pudiese llegar á la extremidad oriental del Asia. Lo había dicho en sus Tratados de Cosmografía el Cardenal Aliaco, que el año 1416 asistió al Concilio de Constancia; y lo sostenía Toscanelli, físico de Florencia, que gozaba entónces de gran nombradía. Consideraban los dos hasta corto y fácil el viaje á la India por este rumbo. Toscanelli llegaba á tenerlo por más corto que el

que hacían los portugueses á Guinea. Colon conocía las obras de Aliaco hasta el punto de haberlas anotado de su puño y letra, y estaba en relaciones con Toscanelli. De él había recibido, en 1474, una carta de marear, donde se determinaba hasta la derrota que se debía seguir para ganar al través del Océano los límites de Oriente. [1] ¿Será tan aventurado suponer que principalmente en esos dos hombres halló la fuerza de que necesitaba para ofrecerse á expedicion tan peligrosa?

Había además recogido Colon una serie de noticias y datos que le confirmaban en su pensamiento. Por experiencia propia sabía que la Tierra servía de morada al hombre lo mismo en la zona tórrida que en la nuestra, y no era el Océano un mar tenebroso que pudiese intimidar almas de vigoroso temple; por relaciones de pilotos, que ya en la isla de Puerto Santo, ya en las de Madera, ya másléjos, se habían visto traídas por los vientos de Occidente gruesas cañas, recios pinos y maderas extrañamente labradas, y allá en las Azores, dos cadáveres de ancho rostro y facciones nada parecidas á las de los europeos, que bastaban por sí solos á revelar la existencia de ignoradas tierras. Á unos había oído, que en aquellas mismas aguas habían parecido almadias de rara forma; á otros que navegando por el mar de Irlanda, en tiempo borrascoso, habían dado á Poniente con playas que no les dejó abordar el viento y creyeron ser las de Tartaria; á otros, que saliendo de los archipiélagos ya descubiertos y avanzando al Oeste, habían distinguido á gran distancia islas á que no habían podido arribar despues de largos días de viaje.

Suponen algunos que Colon tuvo aún para afirmarse en su pensamiento noticias más determinadas y ciertas. Un piloto que salió de la Península para Inglaterra, dicen, impelido por contrarios vientos y terribles borrascas, caminó al Occidente y dió con la isla que llevó más tarde el nombre de Santo Domingo. Sereno el tiempo, hizo su viaje de retorno, pero con privaciones y trabajos que le hicieron perder á casi todos sus tripulantes. Llegó á Puerto con sólo tres ó cuatro, y esos tan padecidos, que murieron á los pocos días. Gravemente enfermo él mismo, acertó á parar en casa de Colon, su amigo; y al ver llegada su postrera hora, hubo de contarle sus aventuras, revelarle el

[1] Las cartas de Toscanelli á Colon están publicadas en la *Historia de las Indias*, por Fray Bartolomé de Las Casas, libro I, capítulo XII, obra que constituye los tomos 62, 63, 64, 65 y 66 de la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, y en la *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, por D. Martin Fernández de Navarrete, tomo II, documento núm. 1 de la Coleccion Diplomática.

rumbo que había seguido y entregarle su diario. Hombre entendido en su arte, pudo marcarle perfectamente el derrotero para la nueva Isla.

Aunque relatan el hecho casi todos los historiadores primitivos de Indias, no todos lo ven de igual manera. Fray Bartolomé de Las Casas lo considera posible, y como para corroborarlo, dice que los indios de Cuba aseguraban haber parecido en Santo Domingo, años ántes del descubrimiento, hombres blancos y barbados como los que Colon llevaba; pero termina por declarar que no lo afirma ni lo niega. Antonio de Herrera se limita á consignar la razon que muchos alegaban para creerlo falso. Gonzalo Fernández de Oviedo, aunque lo califica de novela, deja entrever sus dudas. Francisco López de Gomara lo da como cierto. En una cosa están acordes todos, y es en que por aquellos tiempos lo creía todo el mundo.

Yo, sin embargo, no lo creo. Nadie ha podido fijar el año del suceso, ni decir el nombre de la carabela que hizo el viaje: reina la mayor discordia sobre quién fué el piloto, [1] y cuál el punto donde refirió á Colon sus aventuras. No es esto sólo. Para dar visos de verdad al hecho, ha sido necesario suponer la muerte, en días, de todos los tripulantes que al regreso de Santo Domingo lograron tocar la suspirada tierra, cosa por demás extraña. En los días que vivieron ¿es posible que no participasen á nadie su larga y penosa expedicion, las maravillas que vieron, los hombres de otro color, otras facciones y otras costumbres que en aquella Isla encontraron? ¿Es posible que nada se trajesen por curiosidad, ni como prueba de su inverosímil viaje? La menor cosa que hubiesen dicho habría corrido de boca en boca en aquellos años, donde era tan grande la fiebre por los descubrimientos. El hecho, obsérvese bien, no se refirió ni se divulgó sino mucho despues de haber llevado Colon á cabo su proyectada empresa. Sucede poco más ó ménos lo mismo con todos los grandes hombres: se los califica de locos cuando proponen sus altos pensamientos, de faltos de originalidad cuando los realizan. Despues de cada uno de esos acontecimientos que abren á la humanidad nuevos horizontes, no falta jamás un predecesor oscuro á quien atribuir la gloria del hecho.

Colon tenía, no obstante, en su proyecto la misma fe que si hubiese oído de los más veraces labios la imaginada historia. Segun sus propias palabras, por

[1] El nombre del piloto lo dió el primero el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales*, libro I, capítulo III. Llamábase el piloto, segun este escritor, Alonso Sánchez, y era natural de Huelva. Ni Herrera, ni Oviedo, ni Las Casas dicen otro tanto.

más de veinte años anduvo ofreciéndolo á los reyes de Europa é implorando la proteccion de todos los magnates. Ofreciólo primeramente á los Monarcas de Portugal, reino donde vivía desde el año 1470 y se había casado con Doña Felipa Muñiz, hija de uno de los pobladores de Puerto Santo. Á creerle á él, entabló aquel mismo año las oportunas negociaciones; [1] á mí me parece cuando ménos dudoso. Infiero de las cartas de Toscanelli que á lo más en 1474 hizo el firme propósito de buscar las Indias por el Occidente; y, ó mucho me engaño, ó creo poder afirmar que sólo despues de 1481 habló seriamente del asunto con el gobierno lusitano. En tiempo de Juan II suponen hecha la proposicion formal lo mismo los historiadores portugueses que los de España, y Juan II no subió al trono hasta 1481.

Juan II tenía fija la atencion en las costas de África. Se desvivía por proseguir y activar las expediciones que en 1419 había empezado con tanto brillo el Infante D. Enrique, y estaban suspendidas desde 1446, en que había llevado Alonso Fernández su armada cien leguas más allá del cabo Verde. No por esto desoyó las proposiciones de Colon, ántes las sometió al dictámen de sus mejores cosmógrafos: de Diego de Ortiz, Obispo de Ceuta; de los maestros Rodrigo y José, médicos de Cámara. Ortiz buscaba precisamente un nuevo camino para las Indias; Rodrigo y José habían sido los principales autores de las *Tablas de declinacion solar* y los reformadores del astrolabio. Despues de haber oído á Colon dieron los tres por ilusorio el proyecto. El Rey se conformó naturalmente con el parecer de sus hombres de ciencia, y desahució á Colon, por más que allá en el fondo de su ánimo no dejara de abrigar sus dudas.

Dicen si el Rey, enterado de la derrota que Colon pensaba seguir, despachó secretamente una carabela en busca del Nuevo Mundo, y la vió muchos días despues llegar al puerto, rasgadas las velas y roto el mástil por las tempestades que había sufrido; si no contestó á Colon hasta haber oído al piloto que la gobernaba como no había más allá de las islas descubiertas sino un mar proceloso y sin límites, por donde era temeridad arrojarse; si, sabedor Colon de tan pérfida conducta, resolvió dejar al Rey y al Reino sin esperar á que categóricamente le respondieran. Lo afirman tambien muchos de los primitivos

[1] En una carta que dice el P. Las Casas haber visto (*Historia de las Indias*, lib. I, cap. XXVII), y ha publicado el Sr. Navarrete en su *Coleccion*, tomo III, pág. 527, decía Colon: «Dios, nuestro Señor, me envió acá (á Castilla), porque yo sirviese á V. A. (la Reina Isabel la Católica) dije que milagrosamente, porque yo fuí al Rey de Portugal, que entendía en el descubrir más que otro, y le tapó la vista y oído y todos los sentidos, que en catorce años no me entendió.» Puesto que consta que vino Colon de Portugal á España en 1484, en 1470, segun él, debió proponer el negocio á los Reyes Portugueses.

historiadores de Indias; pero tampoco lo creo. No hay documento que lo acredite, y es obvio que si Juan II hubiera querido aprovecharse de las revelaciones de Colon, habría empezado, no por entretenerle, sino por despedirle. Los servicios de Colon habían de ser inútiles si por la carabela se encontrara lo que se pretendía; inaceptables si por ella se viniera en conocimiento de la imposibilidad de llegar á Oriente por Occidente. Ni podía temer ya el Rey que nadie se le adelantara: si no en Portugal, ¿dónde había de encontrar Colon un gobierno decidido á darle desde luégo la mano para una expedicion que no podía ménos de parecer quimérica, cuanto más dudosa?

Colon salió de Portugal el año 1484. Perdida la esperanza de obtener la proteccion de Juan II, resolvió venirse á España, probablemente con el objeto de implorar la de los Reyes Católicos. Estaba ya viudo y no tenía sino un hijo que le había nacido en Puerto Santo. Despachó á su hermano Bartolomé para Inglaterra con el encargo de comprometer en su empresa á Enrique VII; y él con su hijo Diego se embarcó en Lisboa calladamente para las costas de Andalucía. Ese sigilo con que partió de Portugal ha hecho incurrir en otro error á nuestros historiadores: no fué debido sino al temor de verse detenido por procedimientos judiciales, probablemente á consecuencia de obligaciones que había contraído, y no podía pagar merced á la pobreza en que vivía. [1]

Créese generalmente que Colon desembarcó en el puerto de Pálos. Lo probable es que lo hiciera en el de Santa María, de que era entónces señor D. Luis de la Cerda, primer Duque de Medinaceli. Se sabe hoy, por un documento irrecusable, que estuvo en casa del Duque los dos años que tardó en tener su primera entrevista con los Reyes. Vió al D. Luis, le habló de su proyecto, y logró convencerle en términos de inclinarle á facilitar las tres ó cuatro carabelas que le pedía. Por qué al fin no las obtuvo, lo dice el mismo documento; lo que no es fácil explicar es por qué tardó tanto el Duque en decidir su conducta. [2]

El Duque de Medinaceli á los dos años advirtió que era el negocio para su Reina, y se lo propuso desde Rota. Recibió afortunadamente de Doña Isabel carta donde se le decía que enviase al extranjero. Envió desde luégo á Colon á Córdoba, donde estaban los monarcas, y con tal fe y tan ciega confianza, que pedía á la Reina le hiciese merced por el servicio que le prestaba, le diese parte en la empresa, y señalase el Puerto como punto de partida de la futura

[1] Véase en la *Coleccion de los Viajes y Descubrimientos*, por D. Martin Fernández de Navarrete, el documento núm. 3 de su Coleccion Diplomática, tomo II, pág. 10.

[2] Documento núm. 14 de la misma *Coleccion*, tomo II, pág. 27.

armada. No preveía ni imaginaba los obstáculos con que había de tropezar Colon ántes de lograr su intento.

Llegó Colon á Córdoba el año 1486. No se fija el día en que vió á Doña Isabel y á D. Fernando; pero hubo de verlos, en mi sentir, el 20 de Enero. En este día revela él mismo que había venido á servir á los Reyes. [1] Cómo los Reyes estimaran la empresa, no lo dice tampoco nadie; sólo sabemos que le remitieron á una Junta de hombres de estudio, que debía escoger y convocar Fr. Hernando de Talavera, el padre jerónimo que fué despues Arzobispo de Granada. Tambien se ignora quiénes fuesen los elegidos: [2] no debían de ser grandes cosmógrafos, á juzgarlos por los argumentos que contra la idea de Colon se dice que hicieron.

Opusieron á Colon estos preclaros varones que cómo en tantos siglos y con sabios tan eminentes no se había de haber pensado en ese nuevo camino para las Indias, á ser verdad que existiese; que la Tierra distaba de ser tan pequeña como la suponía, y ni en tres años se había de encontrar el fin del Océano; que, siendo, como decía ser, esférica, si bajase mucho, á Occidente sobre todo con declinacion al Mediodía, no había de poder luégo repasar el Atlántico y volver á España; que el proyecto, por fin, presuponía un imposible: los antípodas. Ni faltó quien sacase á relucir más ó ménos oportunamente la inhabitabilidad de tres de las cinco zonas en que dividimos el Globo, á pesar de haber venido ya entónces á disipar este yerro los viajes de los escandinavos y las excursiones de los portugueses. [3]

El dictámen de la Junta fué, como supondrá el lector, adverso. Decíase en él á los Reyes que no debían tomar sobre sí empresa que descansaba en tan flacos cimientos, pues sobre perderse el dinero que en ella se invirtiese, padecería la Autoridad Real á los ojos de propios y extraños. Los Reyes, con todo, se limitaron á dar largas al negocio. Pretextando lo ocupados que los traía y los gastos que les ocasionaba la guerra contra los moros, aplazaron el más atento exámen de la idea para cuando aquélla se concluyese.

---

[1] En su libro diario escribió Colon el día 14 de Enero de 1493: que la oposicion que en Castilla se había hecho á su negocio había sido causa de que «la Corona Real de Vuestras Altezas no tengan cien cuentos de renta más de la que tiene despues que yo vine á les servir, que son siete años agora á 20 días de Enero de este mismo mes.» *(Coleccion de Viajes y Descubrimientos,* por Navarrete, tomo I, pág. 285.)

[2] Entre los elegidos sólo sabemos que hubo un doctor que se llamaba Rodrigo Maldonado, porque así lo declaró él mismo en el pleito que siguió el Fiscal contra Diego Colon, hijo de D. Cristóbal. *(Coleccion Navarrete,* tomo III, pág. 589.)

[3] Sigo en esto á casi todos los historiadores primitivos de Indias. No hay documento en que apoyarlo.

¿Cómo obraron así los Reyes? Debieron ante todo influir en su ánimo la recomendacion del Duque de Medinaceli y las palabras que de labios de Colon habían oído. Influirían además otras causas. Colon había ya logrado llamar la atencion en la Corte. Había explicado á muchos su pensamiento, y no en todos había encontrado la desconfianza de la Junta. Oíale benignamente el gran Cardenal D. Pedro González de Mendoza, el que entónces privaba más con los Reyes. Protegíale D. Alonso de Quintanilla, Contador Mayor del Reino. Abogaba por él calurosamente Fr. Diego de Deza, Maestro del Príncipe D. Juan, que fué despues Obispo de Palencia, y más tarde Arzobispo de Sevilla. Apoyábale con decision el Camarero del Rey D. Juan Cabrero, el Comendador D. Gutierre de Cárdenas y el astrónomo Fr. Antonio de Marchena, sobre el cual es lástima que arroje tan poca luz la historia de aquellos tiempos. Los Reyes, á pesar del informe de la Junta, no pudieron ménos de pararse ante la opinion de hombres en su mayor parte allegados á su propia casa.

Pero Colon no podía tampoco pasar por tan largo aplazamiento. Se lo impedían su pobreza y sus años. Pasaba ya entónces de los cincuenta, y temía le faltase vida para realizar su idea. ¿De qué, por otra parte, había de sustentarse en tanto que la guerra se acabara? Podía hacer mapas y cartas de navegar, industria que, segun parece, había cultivado ya en Lisboa; pero, ¡eran tan magros los rendimientos que daba este género de trabajo! Se desalentó de modo que pensó en dirigirse á Francia, proyecto que había ya concebido estando en casa del Duque.

Quién ó qué le detuviera, tampoco se sabe. Tal vez en aquel año hubiese ya conocido á Doña Beatriz Enríquez, vecina de Córdoba. Son hechos irrecusables que en ella tuvo á su hijo Hernando, y que éste nació en 1488. Pudo muy bien Colon desistir de su viaje por amor y agradecimiento; pudo tambien quedarse por no mal nacidas esperanzas.

El lector habrá oído ó leído probablemente que se sometió el proyecto de Colon á nuevo exámen en la ciudad de Salamanca, entónces el centro del saber y de la inteligencia. Un autor de nuestro tiempo, dándolo por indudable, ha dado cuenta del suceso con tales pormenores, que no parece sino que encontró el acta de juicio tan importante. Colon, al decir de este escritor y el de otros muchos, no halló mejor acogida en los sabios de Salamanca que en los de Andalucía. Dista, con todo, áun el hecho del segundo exámen de estar justificado: no lo acredita documento alguno, ni lo mencionan siquiera los escritores de aquel siglo.

No por esto lo rechazo. En 4 de Mayo de 1487, se sabe de un modo auténtico

que por la Tesorería Real se dieron 3.000 maravedises á Colon, *que estaba aquí faziendo algunas cosas complideras á sus Altezas*. Algo nuevo debía de haber ocurrido para que, léjos del término de la guerra, abriesen los Reyes sus arcas al que con tanto menosprecio habían juzgado los notables de Córdoba. Pudo muy bien ser debido este cambio al favorable informe que atribuyen á una Junta de cosmógrafos y matemáticos de Salamanca, además de Fernando Pizarro en sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, los cronistas de la Órden de Santo Domingo. Segun estos autores, Fr. Diego de Deza, que era tambien dominico, alojó á Colon en su convento de San Estéban, reunió en Valcuevo á los más insignes maestros de aquella Universidad famosa, les sometió las ideas y las proposiciones de su desconsolado huésped, obtuvo, despues de largas conferencias, el más lisonjero dictámen, y, armado con él, se presentó á los Reyes, encareciéndoles, no solamente las probabilidades de éxito de la empresa, sino tambien la gloria y los beneficios que de llevarla á cabo resultarían para la Corona. Distaban Pizarro y esos cronistas de ser coetáneos del suceso; no escribía ninguno con relacion á ningun documento ni á testigos presenciales; pero repito que tengo por verosímil el hecho, ya por el cambio de conducta de los Monarcas, ya por lo que Colon decía más tarde acerca del P. Deza: *Él fuè causa que sus Altezas hobiesen las Indias y que yo quedase en Castilla.* D. Fernando y Doña Isabel acertaron además á estar por aquel tiempo en Salamanca: salieron de ella para Córdoba el día 20 de Enero de 1487. [1]

Recibió Colon del Erario Real otras partidas: el 3 de Julio del mismo año, 3.000 maravedises para ayuda de su costa; en 27 de Agosto, 4.000 para ir al Real, que estaba entónces sobre Málaga; en 15 de Octubre 4.000 para sus gastos; en 16 de Junio de 1488, otros 3.000, que se le dieron por cédula de sus Altezas. [2] No consta documentalmente que recibiese más; pero es de suponer

---

[1] Véanse sobre este punto los notables artículos que con el título de *Colon en Valencia* publicó D. Tomás Rodriguez Pinilla en la *Revista Occidental*, que se publicaba en Lisboa el año 1875. Colon despues del descubrimiento hablaba siempre de Fr. Diego de Deza en los términos más expresivos. En carta escrita el 21 de Diciembre de 1504, decía á su hijo Diego: «Es de trabajar de saber si la Reina dejó dicho algo en su testamento de mí, y es de dar priesa al señor Obispo de Palencia, el que fué causa que sus Altezas hobiesen las Indias y que yo quedase en Castilla, que ya estaba yo de camino para fuera.» En otra, escrita el 18 de Enero de 1505, decía á su mismo hijo: «Si el señor Obispo de Palencia es venido, ó viene, díle cuánto me ha placido de su prosperidad; y que si yo voy allá, que he de posar con su merced, aunque él non quiera, y que habemos de volver al primero amor fraterno, y que non lo poderá negar, porque mi servicio le fará que sea ansí.» (*Coleccion de Viajes y Descubrimientos*, por Navarrete, tomo I, págs. 492 y 496.

[2] Sobre las cantidades dadas á Colon véase el documento [illegible] tomo II de la *Coleccion* [illegible]

que más recibiese, puesto que, segun él mismo dice, desde el 20 de Enero de 1486 no dejó de estar al servicio de los Reyes. Y que éstos no le abandonaron despues de Junio de 1488 lo acredita una cédula de 12 de Mayo de 1489, por la que mandaron á los Concejos de todas las ciudades, villas y lugares que le aposentaran grátis á él y á los suyos, les facilitaran á los precios corrientes los víveres de que necesitasen, y no tuvieran con ellos cuestiones ni ruídos de ningun género: cédula que por otro lado revela que Colon no estaba ocioso. [1]

Colon no estaba, sin embargo, contento. La dilacion en resolver su negocio le traía desasosegado y quejoso. Por esto, sin duda, escribió al Rey de Portugal á principios de 1488 mostrándole grande afecto, voluntad de servirle é intento de volver á Lisboa. Allí habría vuelto quizá, si no se lo estorbaran importantes consideraciones. Juan II le contestó desde Avis el día 20 de Marzo agradeciéndole el ofrecimiento, manifestándole cuánto se alegraría de verle, prometiéndole que haría de modo que le dejase satisfecho, y dándole la seguridad de que ni á la ida, ni en la estancia, ni á la vuelta de su Reino le molestarían los tribunales. Pero, cualesquiera que fuesen los agravios que de aquí hubiera recibido, ¿cómo había de resolverse Colon á regresar á Lisboa, recordando por una parte el menosprecio en que allí le tuvieron, sabiendo por otra á Doña Beatriz en cinta? [2]

Es indudable, puesto que él mismo dice haberlas enseñado á los Reyes Católicos, que tuvo Colon cartas, no sólo del Soberano de Portugal, sino tambien de los de Inglaterra y Francia, en las que se le invitaba á ir á tratar de su negocio. [3] La del de Inglaterra es probable que la recibiese el mismo año 1488 atendida la fecha del Mapamundi que hizo en Lóndres su hermano Bartolomé para ganar el favor de aquel Monarca; [4] la del de Francia tal vez la hubiese recibido ántes, dados los propósitos que ántes manifestó de pasar los Pirineos. Sin los dulces vínculos que aquí contrajo, sería muy difícil explicar su permanencia en España á pesar del largo y enojoso aplazamiento de su empresa.

No agotó Colon su paciencia hasta que vió inminente la rendicion de Granada. Fué en 1491 al campo de los Reyes; y allí, bien fuese por lo inoportuno del momento, bien por los trabajos de sus enemigos, á cuyo frente estaba al parecer

[1] *Coleccion Navarrete*, tomo II, documento núm. 4, pág. 11.

[2] *Coleccion Navarrete*, tomo II, documento núm. 3, pág. 10.

[3] *Coleccion Navarrete*, tomo III, documento núm. 58, página 527. «Tambien dije milagrosamente, porque hobe cartas de ruego de tres príncipes que la Reina (que Dios haya) vido y se las leyó el doctor de Villalon.» *Carta á Fernando el Católico* de Mayo de 1505.

[4] Véase sobre este particular la *Historia de las Indias*, del P. Las Casas, lib. I, cap. XXIX.

Fr. Hernando de Talavera, distó de hallar la buena acogida que con tanto derecho esperaba. En tantos años como se estaba tratando de ir a Oriente por Occidente se habían formado en España distintas opiniones y opuestos bandos: el bando contrario á Colon aprovechó la coyuntura, y le derrotó por completo. Colon hubo de salir de la Corte, perdida toda esperanza.

Entónces y no ántes, fué cuando se dirigió á Pálos con ánimo de pasar á ver á un concuñado suyo de Huelva, y llamó á las puertas del convento de la Rábida, escena sobre la cual derramaron tantas flores la tradicion y la poesía. Tenemos afortunadamente acerca de este suceso el testimonio de una de las personas que en él intervinieron.[1] Llevaba consigo Colon á su hijo Diego, niño todavía, y pidió para este niño pan y agua al portero de la Rábida. Acertaba á estar allí Fr. Juan Pérez, y como por el habla y el porte conociese que Colon era extranjero, le hubo de preguntar de dónde venía y qué le traía por aquellas tierras. Colon, que estaría, sin duda, ansioso de encontrar almas simpáticas con quienes explayar la suya, le dió cuenta de su negocio, de los años que llevaba para granjearse unas carabelas en que ir á Oriente, de las vicisitudes por que había pasado su proyecto, de los muchos enemigos que tenía en la Corte, de los sangrientos sarcasmos que le habían dirigido, de su último rompimiento con los Reyes, del propósito, por fin, de pasar á Huelva, tal vez para proporcionarse recursos con que llegar á Francia.

Creyó ver Fr. Pérez la razon de parte del extranjero; y, para mejor juzgarle, llamó al convento á un amigo suyo, por nombre García Hernández, médico de profesion y algo entendido en astronomía, que es precisamente la persona á quien se debe la relacion de estos hechos. Platicaron los tres sobre la empresa que Colon intentaba; y la creyeron, así el fraile como el médico, tan hacedera y gloriosa para su patria, que Pérez se decidió á escribir sobre el asunto á la Reina, de quien era confesor, ó cuando ménos lo había sido, y retuvo á Colon en la Rábida, haciéndole esperar que su intervencion cambiaría la faz del negocio.

Contestó la Reina á los catorce días, agradeciendo las buenas intenciones de Fr. Pérez, y mandándole que luégo de recibida la carta se pusiese en camino para su campo, no sin dejar esperanzado á Colon para que no se fuese. Obedeció Fr. Pérez con tal diligencia, que aquella misma noche partió secretamente,

---

[1] *Probanzas hechas por el Fiscal del Rey en el pleito que siguió contra el Almirante de las Indias, Don Diego de Colon, hijo del D. Cristóbal. Declaraciones de García Hernandez, Físico.* (*Coleccion Navarrete,* tomo III, pág. 561.)

caballero en un mulo, para el Real de Granada, y habló con tanta eficacia, que la Reina se comprometió á facilitar á Colon los tres buques con que éste se proponía descubrir las tierras al Oriente del Asia. [1]

A poco recibió Colon de la Reina 20.000 maravedís para vestirse decentemente, comprar una caballería y volver á la Corte. Llegaría probablemente al campo de los Reyes en los días de rendirse Granada, puesto que nos hace saber él mismo que vió poner las banderas reales en las torres de la Alhambra, y al Rey moro salir á las puertas de la ciudad y besar las manos á sus Altezas y al Príncipe, su señor, que murió ántes de subir al trono. Probable es tambien que sólo despues de este grande acontecimiento lograse que se volviera á hablar formalmente de su negocio. Las dificultades entónces no estuvieron ya en los Reyes, sino en Colon mismo. Los Reyes accedían desde luégo á darle armada con que hiciese su viaje de exploracion por el Atlántico; Doña Isabel estaba dispuesta á cumplir la palabra empeñada con Fr. Juan Pérez.

Pero Colon en aquel supremo instante impone á los Reyes condiciones que los llenan de asombro. Aquel hombre humilde, objeto poco há en la Corte de burla y de escarnio; aquel pobre mendigo, que no há mucho pedía pan para su hijo á las puertas de un convento y había debido recibir dinero de Doña Isabel para vestirse *honestamente*, como dice García Hernández, se levanta de improviso cien codos sobre su estatura, y pide para emprender su viaje nada ménos que el Almirantazgo del mar Océano con todas las facultades y preeminencias del de Castilla, el Vireinato y el Gobierno general de todas las islas y tierra firme que en aquellas aguas encuentre ó gane, el diezmo, deducidos los gastos, de todas las mercaderías que por cualquier título se adquieran, inclusas las especias, el oro, la plata y la pedrería, y el derecho para todas las expediciones que en adelante se hagan de pagar la octava parte del costo y retirar otro tanto del producto. Y quiere, y es más, el Almirantazgo, no sólo para sí, sino tambien para todos sus descendientes.

Ante estas condiciones, calificadas de locas por sus adversarios, de exage-

[1] Algunos historiadores de Indias designan á este fraile con los nombres de Juan Pérez de Marchena, y con este motivo sospecha Fernández de Navarrete si sería el mismo personaje que con los de Fray Antonio de Marchena figura entre los favorecedores de Colon. No me parece creíble. Fr. Juan Pérez no era astrónomo, puesto que para juzgar del proyecto de Colon llamó en su auxilio al físico García Hernández; y Fr. Antonio de Marchena lo era hasta el punto de ser propuesto por los Reyes para astrólogo de la segunda armada que con destino á las Indias se equipó el verano de 1493 en las costas de Andalucía. Dejo aparte la diferencia de los nombres de pila que se atribuyen á uno y otro frailes. (Véase en la *Coleccion* del mismo Navarrete el documento núm. 71, tomo II, pág. 123.)

radas por sus propios amigos, volvió á fracasar el proyecto. Se aconsejaba á Colon que las moderase; pero Colon no quiso. Dícese que al fin consintió que respecto á la primera armada se convirtiese en obligacion el derecho de contribuir á los gastos por una octava parte; la verdad es que no parece esta correccion en las capitulaciones que despues se hicieron.

Vino á mejorar ese estado de cosas el patriotismo de D. Luis Santángel. Era Santángel escribano de racion de la Corona aragonesa, gran partidario de Colon, y amante sobre todo de las glorias de España. Viendo con dolor que se daba de mano á un proyecto en que á su modo de ver estaba interesada la grandeza de estos reinos, se presentó á Doña Isabel, y de consideracion en consideracion, la indujo á que aceptara las formuladas bases. Hízole presente que si mucho pedía Colon, mucho tambien prometía, y al fin no había de ser almirante ni virey como no lo cumpliese; que para su primera expedicion no exigía sino un millon de maravedises, y él en cambio aventuraba su reputacion y su vida; que era la empresa para honrar á cualquier monarca, y si por acaso vinieran otros á realizarla porque Colon se la propusiese, había de padecer mucho el buen nombre y el prestigio de los de España; que era propio de los reyes gastar en descubrir los secretos del mundo, y en nada podía menoscabarse su dignidad porque no saliesen con su intento; que Colon era, finalmente, hombre discreto y entendido, que sabía responder á cuantos argumentos se le oponían y no era tan aventurado fiarle unas barcas para tan gran negocio.

Agradeció la Reina el celo de Santángel, y se manifestó desde luégo dispuesta á pasar por lo que Colon pedía. Consideraba prudente diferir la empresa para cuando se repusiese algun tanto el Tesoro de los gastos de la guerra; pero manifestó que si Colon no pudiese ya sufrir tanta tardanza, quería y era su voluntad que se buscase sobre sus joyas dinero con que pagar el bastimento de los navíos. Lleno de júbilo Santángel, se hincó de rodillas y besó las manos á la Reina, se ofreció á prestarle el millon que se necesitaba y le rogó que enviara con urgencia por Colon, pues le creía ya camino de Francia. Colon había salido efectivamente de Granada: se le alcanzó por un alguacil de Córte en el puente de Pínos y se le hizo retroceder de órden de su Alteza. Doña Isabel, al verle, mandó al instante á su secretario Juan de Coloma, que ajustara con él las capitulaciones y extendiera cuantos despachos fueran necesarios para satisfacerle y disponer el equipo y la marcha de la armada. [1]

[1] Hé aquí el texto íntegro de las capitulaciones tal como le ha publicado el Sr. Navarrete en el tomo II de su *Coleccion de Viajes y Descubrimientos*, pág. 11. A pesar de habérselas publicado por algu-

Han puesto algunos en duda que fuera Santángel quien decidiese el negocio, fundándose en que Colon no le cita nunca entre las personas á quienes más se debió el descubrimiento de las Indias. Yo, con todo, lo reputo cierto. Es para

---

nos historiadores primitivos de Indias, las creo de tanto interés para mis lectores, que no puedo resistir á la tentacion de reproducirlas. Es sumamente curioso ver á Colon pactando con los Reyes de España sobre un descubrimiento de tanta importancia como el de América.

CAPITULACIONES ENTRE LOS SEÑORES REYES CATÓLICOS Y CRISTÓBAL COLON. (Testimonio auténtico existente en el Archivo del Excmo. Sr. Duque de Veragua; Registrado en el Sello de Corte, en Simancas.)

«Las cosas suplicadas é que vuestras Altezas dan y otorgan á Don Cristóbal Colon, en alguna satisfaccion de lo que há de descubrir en las mares Océanas, y del viaje que agora, con el ayuda de Dios, há de hacer por ellas en servicio de vuestras Altezas, son las que siguen:

Primeramente: que vuestras Altezas, como Señores que son de las dichas mares Océanas, fagan desde agora al dicho Don Cristóbal Colon su Almirante en todas aquellas islas é tierras firmes, que por su mano ó industria se descobrieren ó ganaren en las dichas mares Océanas para durante su vida y despues dél muerto á sus herederos é sucesores de uno en otro perpetuamente, con todas aquellas preeminencias é prerogativas pertenecientes al tal oficio, é segund que D. Alonso Henriquez vuestro Almirante mayor de Castilla é los otros predecesores en el dicho oficio lo tenian en sus distritos.

Place á sus Altezas.—Juan de Coloma.

Otrosí: que vuestras Altezas facen al dicho D. Cristóbal Colon su Visorey y Gobernador general en todas las dichas islas é tierras-firmes, que como dicho es él descubriere ó ganare en las dichas mares; é que para el regimiento de cada una y cualquier dellas faga él eleccion de tres personas para cada oficio: é que vuestras Altezas tomen y escojan uno, el que mas fuere su servicio, é así serán mejor regidas las tierras que nuestro Señor le dejará fallar é ganar á servicio de vuestras Altezas.

Place á sus Altezas.—Juan de Coloma.

Item: que todas é cualesquier mercadurías, siquier sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especiería, é otras cualesquier cosas ó mercaderías de cualquier especie, nombre é manera que sean, que se compraren, trocaren, fallaren, ganaren é hobieren dentro de los límites del dicho Almirantazgo, que dende agora vuestras Altezas facen merced al dicho D. Cristóbal y quieren que haya y lleve para sí la decena parte de todo ello, quitadas las costas todas que se ficieren en ello. Por manera, que de lo que quedare limpio é libre haya é tome la decena parte para sí mismo, é faga della á su voluntad, quedando las otras nueve partes para vuestras Altezas.

Place á sus Altezas.—Juan de Coloma.

Otrosí: que si á causa de las mercadurías que él traerá de las dichas islas é tierras, que así como dicho es, se ganaren ó descubrieren, ó de las que en trueque de aquellas se tomarán acá de otros mercaderes, naciere pleito alguno en el logar donde el dicho comercio é trato se terná y fará: que si por la preeminencia de su oficio de Almirante le pertenecerá cognoscer de tal pleito? plega é vuestras Altezas que él ó su Teniente, y no otro Juez, cognosca de tal pleito, é así lo provean dende agora.

Place á sus Altezas, si pertenece al dicho oficio de Almirante, segun que lo tenia el dicho Almirante Don Alonso Henriquez, y los otros sus antecesores en sus distritos, y siendo justo.—Juan de Coloma.

Item: que en todos los navíos que se armaren para el dicho trato é negociacion, cada y cuando é cuantas veces se armaren, que pueda el dicho D. Cristóbal Colon, si quisiere, contribuir é pagar la ochena parte de todo lo que se gastare en el armazon; é que tambien haya é lleve del provecho la ochena parte de lo que resultare de la tal armada.

Place á sus Altezas.—Juan de Coloma.

Son otorgados é despachados con las respuestas de vuestras Altezas en fin de cada un capítulo en la Villa de Santa Fé de la Vega de Granada, á diez y siete de Abril del año del Nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é cuatrocientos é noventa y dos años.—YO EL REY.—YO LA REINA.—Por mandado del Rey é de la Reina.—Juan de Coloma.—Registrada.—Calcena.»

mi altamente significativo que Colon, á la vuelta de su primer viaje, ántes de llegar á puerto, estando á la altura de las islas Azores, le escribiese á bordo de su carabela una larga carta, en que le hacía relacion de cuanto le había ocurrido, sabiendo, le decía, *que habreis placer de la grande victoria que nuestro Señor me ha dado.* Ni lo es ménos que conste por documento inconcuso que Santángel *prestó* efectivamente *un millon y ciento cuarenta mil maravedises para la paga de las carabelas que sus Altezas mandaron á las Indias* y *para la de Cristóbal Colon que va en la dicha armada.*[1]

Consiguió, por fin, Colon ver logrado el afan de tantos años: se le abrió, por fin, un porvenir y una nueva vida. Ya puede cruzar el Océano y buscar la suspirada tierra. Si hasta aquí lo surcó simple marino, lo surcará ya almirante. Pesa en cambio sobre sus hombros una responsabilidad abrumadora: le espera al término de su viaje, ó una gloria inmarcesible, ó una larga afrenta. Si halla lo que ofreció será un semi-Dios, un héroe; si nó, llevará tal vez por muchos años el epíteto de loco. Que así juzga siempre el mundo las empresas de los hombres, no por el fundamento en que descansan, sino por el éxito que obtienen.

II

La tardanza de Colon en obtener el apoyo de los Reyes dependió de muchas y muy diversas causas. En aquellos tiempos, la redondez de la Tierra, aunque admitida por los hombres de saber, no pasaba de ser una hipótesis. La ciencia cosmográfica podía decirse que estaba en mantillas. Las antiguas preocupaciones sobre la parte habitada del Globo apénas empezaban á desvanecerse por los descubrimientos de Portugal al Sudoeste de África. No se sabía aún hasta dónde llegaba el Asia por Oriente. Privaban todavía más los estudios especulativos que los prácticos.

---

[1] *Coleccion Navarrete.* Carta [illegible] del tomo II.

Los reyes, por otra parte, principalmente los de España, ocupados en la reconstitucion de las nacionalidades cuando no en guerras exteriores, disponían de poco tiempo y escasos recursos para examinar y acometer empresas de dudoso éxito. No producían mucho las contribuciones, de que estaban libres el clero y la nobleza; no eran pródigos de su fortuna los pueblos; no abundaban las operaciones de crédito público, entónces casi reducidas á préstamos de particulares y enajenacion de oficios y rentas de la Corona.

Colon, además, alejaba de sí á muchos hombres de entendimiento, no sólo por sus grandes pretensiones, sino tambien por las erróneas y exageradas ideas que tenía y daba de las tierras cuyo descubrimiento se proponía. No intentaba buscar un nuevo mundo, sino los límites orientales del ya conocido; y, guiándose por las descripciones de Marco Polo, que le repetía en sus cartas Pablo Toscanelli, no hablaba sino de ir al encuentro de la isla de Cipango y del reino del Gran Khan, donde imaginaba fabulosas riquezas en oro, especias y pedrería. Quitaba con esto seriedad á su empresa, y facilitaba á sus enemigos armas con que combatirle y áun ponerle en ridículo.

Suponen algunos que si tanto encarecía aquellas tierras y áun les daba el nombre de Indias, era sólo para dar cebo á la codicia de los Reyes y traerlos más fácilmente á sus designios; pero esto es inexacto. En América estaba ya, y áun preguntaba por Cipango y el Gran Khan, y andaba anheloso por hallar las soñadas riquezas. Si de algo pecaba era, no de artero, sino de cándido: no entraba en su carácter comunicar ilusiones que no abrigase.

Otras tenía que no dañaban ménos su negocio. Enlazaba su empresa de ir á Oriente por Occidente con la de ganar á Jerusalen y rescatar el sepulcro de Cristo. Calculaba que habían de dar para tanto los tesoros que recogería en su viaje. Se lo dijo más de una vez á los Reyes, que no lo oían sin sonreirse. ¿Era tampoco esto una estratagema? No; lo creía sinceramente, tanto, que insistió á menudo en la idea áun despues de encontradas las Indias, y para demostrar la posibilidad de realizarla escribió la carta que llaman *El libro de las Profecías*. [1] Era fervoroso cristiano, y llegaba á creerse el llamado á cumplir en su tiempo los altos fines de la Providencia. No contribuyó esto poco á la tenacidad de sus propósitos, á la decision con que arrostró los mayores peligros y á la calma con que sufrió los más inesperados reveses y las más negras desventuras.

Religioso lo era Colon hasta el punto de no emprender cosa de importancia

[1] *Coleccion Navarrete.* Documento núm. 140, tomo II, pág. 260.

que no invocase el nombre de la Santísima Trinidad, ó por lo ménos el de Cristo, ni recibir beneficio señalado que no diese gracias á Dios hincada la rodilla. Oraba y rezaba, no como un seglar, sino como un sacerdote, y era de lo más rígido en la observancia de los preceptos de la Iglesia. Color religioso daba muchas veces á su pensamiento, y no tampoco por cálculo ni por hipocresía. Hablaba *ex abundantia cordis*, al decir como decía á los Reyes, que por su descubrimiento se había de hacer posible sacar pueblos sin número de los errores del paganismo, idea que tanto halagaba á Isabel la Católica.

Era Colon religioso y bueno, cualidades que no van siempre juntas. Descollará por la bondad de su alma entre los muchos hombres á quienes por sus viajes abrirá paso á la fortuna y á la gloria. Como que era grave sin rayar en altanero, afable con los extraños, cariñoso y plácido con los suyos, amigo de hacer respetar su autoridad y sólo cuando se la deprimían, algun tanto colérico.

Respeto infundía Colon, al decir de los que le conocieron, por su sola presencia. Era de gallarda estatura, de luengo rostro, de buenas y reposadas facciones, la nariz aguileña, los ojos garzos y vivos, el pelo ántes rojo, ahora ya cano, el color blanco y encendido, severo el continente. De tanto necesitaba en verdad para lo que emprendía.

Firmáronse las capitulaciones entre Colon y los Reyes el día 17 de Abril del año 1492 en la villa de Santa Fe de la Vega de Granada. Expidiéronsele el día 30 del mismo mes los despachos de Almirante, Virey y Gobernador de las islas y tierra firme que descubriese; y con la misma fecha se dictó una provision por la que se mandaba á los vecinos de Pálos que á los diez días de haberla recibido tuviesen aparejadas y armadas dos carabelas para salir con él adonde se le tenía ordenado. Los vecinos de Pálos, á causa de haber hecho no se sabe qué en menoscabo de los intereses de la Corona, estaban condenados por el Consejo de Castilla á equipar y armar dos naves y estar con ellas por un año al servicio de los Reyes. Se les exigió por esta provision el cumplimiento de la sentencia, previniéndoles que Colon anticiparía á los tripulantes el sueldo de cuatro meses, regulándolo por el que se acostumbrase á pagar en aquella costa á la gente de mar que fuese en buques de guerra.[1]

El mismo día 30 de Abril se libraron otras cédulas de importancia. Por una se prescribía á todos los Concejos y Justicias de España que diesen ó

[1] *Coleccion Navarrete.* Documento núm. 6 y 7, tomo II, págs. 13 y 16.

hiciesen dar á Colon á precios razonables, sin ponerle embargo ni dilacion alguna, cuanto necesitara para el abastecimiento de las tres carabelas, ora fuesen víveres, ora pólvora y pertrechos de guerra, ora jarcias y otros efectos marítimos, ora carpinteros y maestros. Por otra se disponía que los almojarifes de Sevilla dejasen sacar y llevar sin derechos cuantos artículos se comprasen con destino á la nueva armada. Por otra se daba á cuantos se embarcasen en las tres naves la seguridad de no ser perseguidos por sus anteriores delitos hasta dos meses despues de su regreso á la Península: cédula que, como fácilmente comprenderá el lector, tendía á superar las muchas dificultades con que había de tropezar Colon para encontrar marineros que se prestaran á seguirle en tan aventurada empresa. [1]

Armado Colon de estas provisiones, de cartas de recomendacion para los reinos extraños á que pudiese conducirle la caprichosa suerte y de credenciales en forma para ese Gran Khan y otros soberanos que esperaba encontrar en la India, salió el día 12 de Mayo de Granada, nombrado ya paje del Príncipe Don Juan su primer hijo Diego. [2] Presentó el 23 á los de Pálos la órden que para ellos iba, y quedaron desde luégo en obedecerla y cumplirla; pero ¿era la cosa tan sencilla como pudiera parecer al que atentamente no la considerase? Fácil podía ser aprestar las carabelas, dificilísimo tripularlas. La dificultad subía de punto para Colon que, si no en las capitulaciones, privadamente, es indudable que se obligó á costear la octava parte del coste de la armada. ¿Dónde había de tener fondos para tanto cuando tan pobre había vivido?

Colon, para vencer uno y otro obstáculo, no contaría probablemente con más apoyo que el de Fr. Juan Pérez de la Rábida y el del físico García Hernández, flaco apoyo para tan fuerte carga. Reina mucha oscuridad sobre lo que por de pronto sucedió; mas no se necesitan grandes esfuerzos de inteligencia para presumirlo. ¿Quién se había de querer embarcar para una expedicion que se tenía por temeraria y loca sin más sueldo que el que se daba en viajes seguros de costa á costa? El mismo vecindario de Pálos, ¿no era natural que protestase contra el mandato de los Reyes, alegando que no pudo entrar en el ánimo del Consejo condenarle á equipar y armar dos carabelas para ir á lo desconocido? Algo de esto debió de ocurrir, cuando en 20 de Junio hubieron de ordenar los Reyes á las autoridades de Andalucía que se apoderasen de los buques españo-

[1] *Coleccion Navarrete.* Documentos núms. 8, 9, 10 y 12, tomo II, págs. 19, 20, 21 y 23.

[2] *Coleccion Navarrete.* Documento núm. 11, tomo II, pág. 22.

les que mejor les pareciesen y obligasen á pilotos y tripulantes a ponerse al servicio de Colon y seguir el rumbo que se les trazase. [1]

Áun así no logró Colon superar las dificultades que le ofrecia el hacerse con la armada, cuanto ménos la de procurarse dinero. Parece seguro, que si al fin las dominó, fué gracias al concurso de los hermanos Pinzon, ricos y hábiles navegantes de Pálos, que disponían de buques y fondos, y ejercían grande influencia sobre la marinería. Martin Alonso Pinzon fué, á lo que parece, quien principalmente le sacó de apuros. Por el mismo García Hernández, testigo de vista, sabemos que aparejó dos navíos y los dió á Colon para servicio de Sus Altezas. El otro navío se sabe ya tambien que se lo forzó á juntarse á los demas en cumplimiento de la órden de 20 de Junio. Faltaba cubrir la octava parte de los gastos de la expedicion; y hoy por hoy, faltos de documentos, hemos de suponer que la cubrieran los mismos hermanos. Qué tratos mediaran al efecto entre ellos y Colon, se ignora por completo. Se intentó probar despues, pero en vano, que Colon les había cedido la mitad de las ganancias. [2]

¡Qué de fatigas ántes de poner el pié en el agua para el viaje! Tal es, poco más ó ménos, la historia de todos nuestros adelantos. He querido aquí referirlas, aunque no con grandes pormenores, tanto por el deseo de rectificar algun tanto los hechos, como para que se vea cuán laboriosos fueron los preparativos de un descubrimiento que tantos y tan dilatados horizontes abrió á la cosmografía, á la religion, á la política, y en general á las ciencias y las artes.

No tuvo Colon aprestada y abastecida su pequeña armada hasta el día 2 de Agosto. Componíanla, como se ha dicho, sólo tres carabelas: la *Santa María,* la mayor de todas, que había de ir regida por el Almirante; la *Pinta,* la más ligera, que había de correr á cargo de Martin Alonso Pinzon, el mayor de los tres hermanos, y la *Niña,* de velas latinas, confiada al mando de Vicente Yañez Pinzon, el que, segun Herrera, pagó por Colon la octava parte de los gastos de la empresa. [3] Tripulábanlas, además de los tres capitanes, cuatro pilotos, entre ellos otro Pinzon, Francisco Martin, que iba con Martin Alonso, un inspector general, un alguacil mayor, un escribano real, un cirujano, un médico,

---

[1] Washington Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. II, cap. IX.

[2] Sobre este punto no hay más noticias que las contenidas en el pleito que siguió el Fiscal del Rey con D. Diego Colon, hijo de D. Cristóbal Colon, y éstas son contradictorias. Véase la *Coleccion Navarrete*, tomo III, pág. 538.

[3] *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, por Antonio de Herrera. Década 1.ª lib. I, cap. IX.

algunos amigos y criados, y noventa marineros: entre todos sobre ciento veinte personas.

Partió la armada el viérnes 3 de Agosto, media hora ántes de salir el sol, del puerto de Pálos, y fué á situarse en la barra de Sáltes, isla formada por dos brazos del Odiel, enfrente de la villa de Huelva. De allí arrancó á las ocho de la misma mañana con rumbo á las islas Canarias, no sin dolor de muchos de los que los veían hacerse á la vela y creían que no habían de volver á saludarlos en aquellas playas. No iban tampoco muy alegres ni muy serenos los que salían, que al corazon más valiente asusta lo desconocido. [1]

De nuestras costas á las de Canarias la derrota era ya entónces fácil. No sucedió en ella sino que por dos veces se soltó ó desencajó el timon de la *Pinta*, segun sospechas, por malas artes de los dueños de la misma carabela, que iban forzados y pretendían con tal ardid estorbar el viaje. Lo arregló por de pronto como pudo Martin Alonso, y siguió con el resto de la armada.

Se pusieron los expedicionarios á la vista de la Gran Canaria el día 8 de Agosto. Bien hubieran querido tomar desde luégo la isla, pero no pudieron. En ella quedó el día despues la *Pinta*; la *Santa María* y la *Niña* arribaron, aunque ya de noche, á la Gomera. Colon volvió luégo á la Gran Canaria, con objeto de componer y reformar aquel malhadado buque. De latino lo convirtió en redondo, y lo reforzó de modo que lo hizo capaz de resistir las más bravías tormentas. Conseguido ya su objeto, regresó con la *Pinta* á la Gomera, viendo al paso una erupcion del pico de Tenerife, que, segun Las Casas, no dejó de conturbar á los castellanos.

Provista la armada de leña, carnes y agua, salió Colon del puerto de la Gomera el día 6 de Setiembre. Oyó decir á unos que venían de la isla de Hierro si andaban por allí unas naves de Portugal con intento de apresarle; mas no por esto se detuvo. Si pasó tres días sin salir de aquellas islas, no fué por su voluntad, sino por las calmas. Por fin, la noche del 8, merced á un viento Nordeste, pudo lanzar sus carabelas por el áun no surcado Océano con rumbo fijo á Occidente. Vió entrar la alegría en pocos, el temor y la zozobra en muchos. Tomó entónces una precaucion acertadísima: abrió dos cuentas sobre las leguas que en adelante anduviese; una para sí, otra para los que le seguían. Apuntando en esta cada día ménos leguas de las que se ganaran, si por acaso

---

[1] La siguiente relacion del viaje de Colon está calcada sobre el *Diario* del mismo Almirante. Véasele en la obra de Navarrete: tom. I, pág. 153.

no descubriese tierra á la distancia que habia calculado y prometido, tardarían más sus gentes en advertir el error, desconfiar de su pericia, y abandonarse á una desesperacion que podía serle funesta.

El día 11, cuando llevaban ya recorridas más de ciento veinte leguas, vieron los expedicionarios flotar en el agua un gran trozo de mástil, que no debió serles de gran contento, pues les revelaba que otros habían seguido ántes aquel camino con no muy buena suerte. Al anochecer del 13, cuando habían corrido más de doscientas, advirtió Colon por primera vez la declinacion al Noroeste de la aguja magnética, y al amanecer del 14, la declinacion al Nordeste; fenómeno que no dejó de sorprenderle y sumergirle el pensamiento en cavilaciones y dudas.

El día 16 se hallaban á unas trescientas leguas de las Canarias. Empezaron á sentir aires templadísimos y favorables, que no parecía sino que estuviesen en Abril y en las costas de Andalucía. Entraron en el mar de los Salgazos, de considerable extension y variado aspecto. Son los salgazos inmensos manchones de algas marinas que miden trescientos y cuatrocientos piés, y flotan sobre las aguas. Tomáronlas Colon y sus gentes por hierbas terrestres que arrastraba la fuerza de los vientos, y concibieron, no Colon, pero sí los suyos, la esperanza de que no tenían léjos la tierra.

El día 17 se convirtió la esperanza en congoja. Notaron el cambio de las agujas los pilotos y lo supieron los marineros. Nordesteaban las agujas, dice Colon, una gran cuarta. Colon, viendo el efecto que esto producía, mandó que los pilotos volviesen á observarlas en amaneciendo. Como entónces las encontraran en su normal estado, Colon procuró calmar el temor y la inquietud de todos, suponiendo que no era el iman de la brújula el que variaba, sino la estrella del Norte la que se movía al rededor del Polo. Distaba tal vez de creerlo; pero le convenía que lo creyeran. Tranquilizó de tal modo los ánimos, que andaban alegres marineros y pilotos, y corrían á cual más las naves.

Al siguiente día, el expedicionario de más esperanza era el capitan y maestre de la *Pinta*. Había visto bandadas de aves en direccion á Poniente, é infería de esto que no podía estar muy apartada la tierra. Confiaba en verla aquella noche, y diciéndoselo á Colon, se adelantaba á todos en su velera barca. El mar no podía estar más bonancible, ni más tibio el aire, ni más favorable el viento.

Los vientos propicios eran tan constantes, que ya empezaban á nacer en las gentes singularísimos temores. Soplan aquí siempre, decían, los vientos de

Levante: ¿cómo sin los de Poniente volveremos á la patria? Afortunadamente el dia 22 tuvieron el viento contrario, y el 23 se levantó la mar sin viento, cosa que los llenó de asombro. Afortunadamente, digo, porque los marineros se habían insolentado ya con el Almirante y áun le amenazaban de muerte.

¿Era esto lo que en realidad los tenía alarmados? Les parecía ya muy largo el viaje. Se les hacía fijar desde muchos dias atrás la atencion en lo que se tenía por indicios de tierra—hoy en unos alcatraces ó unos rabos de junco que iban á las carabelas, mañana en unos atunes que las cercaban, al otro día en unos cangrejos que se sostenían sobre las algas, al otro en una ballena, al otro en el vuelo de pájaros de Martin Alonso—y la tierra jamás parecía. Empezaba á desesperarlos tanta esperanza fallida, y se revolvían contra Colon, que no sin zozobra procuraba calmarlos, ya con blandas, ya con severas palabras. [1]

Les faltaba todavía otro desengaño. El día 25 hablaban desde sus respectivos buques Pinzon y el Almirante sobre una carta de navegar, probablemente la remitida por Toscanelli, que ambos habían examinado; y medio convenían los dos en que estaban en el punto de Occidente donde venían marcadas unas islas. Se hallarían á la sazon, sobre poco más ó ménos, á cuatrocientas setenta leguas de las Canarias. Atribuía Colon el hecho de no haber encontrado tierra, primero, á que por las rompientes que advirtieron el 19 habían debido modificar su direccion al Oeste, y luégo á que no habían andado las leguas que decían los pilotos. Volvió Colon á estudiar la carta, y á sol puesto oyó gritar á Pinzon, que estaba en la popa de su buque: ¡Albricias! ¡albricias! ¡tierra! ¡tierra! La alarma fué general y general el júbilo. Cayó el Almirante de rodillas y dió gracias al Señor, que había colmado sus afanes. Cantaba Pinzon y su gente el *Gloria in excelsis Deo*. Hacía otro tanto la tripulacion de la *Santa María*. Se subían al mástil los marineros de la *Niña*, y repetían que se veía tierra en lontananza. Y Colon, creyendo que la tenía á unas veinticinco leguas al Sudoeste, torcía á Sudoeste. Al otro día hubieron desgraciadamente de convencerse de que todo había sido una vana ilusion de Martin Alonso. Habían tomado por la tierra unos celajes. Nuevo motivo de inquietud y de quejas; pero no de amenazas ni de tumultos.

[1] Es de presumir que fuese aquí gravísima la situacion del Almirante por lo que él mismo apunta en su *Diario*. «Así que *muy necesario* me fué la mar alta, que no pareció (cosa más necesaria), salvo el tiempo de los judíos cuando salieron de Egipto contra Moysen que los sacaba de captiverio.»

Conocido el engaño, volvió Colon á navegar al Oeste. Dulces y suavísimos los aires, tranquilo el mar como un lago, adelantaban poco: el 1.° de Octubre, sin embargo, se hallaban á más de setecientas leguas de las islas Canarias, á sólo quinientas ochenta y cuatro para pilotos y marineros. El 3 creía ya firmemente que dejaba atrás las islas de su carta. No me he querido detener, decía, porque mi fin es pasar á las Indias. Andaba desde el 2 con viento fresco: hubo día, el 4, en que hizo hasta sesenta y tres leguas. No quiso oir el 6 á Pinzon, que era de parecer de inclinarse al Sudoeste: entendía que Pinzon andaba en busca de la isla de Cipango, y él deseaba llegar ántes á tierra firme.

El día 7 de Octubre cambió al parecer de pensamiento. Aquel día, al salir el sol, corrían á cual más las carabelas; y la *Niña*, que iba delante, izó de repente bandera y disparó una bombarda en señal de que veía tierra. Nueva alegría, nueva esperanza y nuevo desencanto. Temeroso sin duda Colon de que si se prolongaba mucho más el viaje, no se le alborotara de nuevo la gente, y comprendiendo que lo importante era por de pronto arribar á una playa, siquiera fuese la de una pequeña isla, puso la proa al Oestesudoeste al ver que volaban en aquella direccion grandes bandadas de aves que venían del Norte. Recordaba que por el vuelo de los pájaros habían descubierto los portugueses muchas islas, y quiso probar fortuna. Cambio de direccion de incalculable influencia, que, como hace observar atinadamente Humbold, decidió la distribucion del nuevo continente entre las dos razas preponderantes en Europa: la latina y la germánica. [1]

Se realizaron los temores de Colon el día 10 de Octubre, cuando se llevaban andadas más de mil leguas. Navegaban aquel día á buen viento nuestros argonautas, á diez y á doce millas por hora, y la noche ántes habían oido incesantemente pasar pájaros por sus carabelas; pero ya nada podía tranquilizarlos ni infundirles esperanzas. ¿Será eterno este viaje? se preguntaban. Alborotáronse de nuevo, y diéronla, como siempre, contra el Almirante. Aquí es donde se dice que, agobiado Colon, les pidió un plazo de tres días para descubrir la suspirada tierra. Lo que segun él mismo nos cuenta hizo, fué esforzarlos lo mejor que pudo, encareciéndoles los provechos que de la expedicion recogerían, y añadirles que era por demás quejarse, pues había salido para las Indias y no había de parar hasta, con la ayuda de Dios, encontrarlas.

Eran ya tantas las señales que de estar próxima la tierra se presentaban,

[1] *Cosmos*, por Alejandro de Humbold. Primera parte, cap. VI

que bien hubiera podido Colon obligarse á tocarla á los tres días. Se dejó de ver del 4 al 7 las algas flotantes, parecieron el 8 como nunca frescas, no se las halló más tarde, cruzaban el mar muchas aves de campo. Aumentaron el 11 estos indicios. Los marineros de la *Pinta* vieron cañas y palos labrados al parecer con hierro, y hierba terrestre; los de la *Niña* un palillo cargado de escaramujos. Respiraron con esto los españoles todos, y se alegraron.

La noche de aquel mismo día, estando Colon á las diez en el castillo de popa, vió á lo léjos una luz, y no dando crédito á sus ojos, llamó para hacerle mirar en la misma direccion al repostero de estrados del Rey, Pero Gutiérrez. Oyéndole decir que tambien la veía, llamó para más certeza al veedor de la armada, Rodrigo Sánchez de Segovia. Se convenció, por más que éste no pudiera ya verla, de que estaba cerca de costas habitadas por el hombre; pero se limitó á encargar á los suyos, despues de la *Salve*, que hiciesen buena guardia en el castillo de proa y mirasen bien por la tierra, pues había de tener el primero que la descubriera un jubon de seda, además de los 10.000 maravedís de juro que le estaban señalados por los Reyes. La descubrió á las dos de la madrugada del viérnes 12 de Octubre de 1492 un marinero llamado Rodrigo de Triana. Se había dado con la isla de Guanahaní, una de las Lucayas; se había descubierto, no las Indias que buscaba Colon, sino un nuevo continente.

Grande fué el entusiasmo de todas aquellas gentes, inmensa la alegría, indecible la admiracion que les causaba la tierra á que se iban aproximando. La tenían á dos leguas cuando por primera vez la vieron: al abordarla no se cansaban los ojos de contemplar la rica y espléndida vegetacion que la cubría, la raza de color de cobre que la poblaba, la diversa vida que allí vivían la naturaleza y el hombre. Ni sentían entónces ménos admiracion y respeto por Cristóbal Colon, á quien pocos días ántes abrumaban á quejas y llenaban de ultrajes, creyendo que los conducía por un loco pensamiento á una segura, temprana y desastrosa muerte.

Renuncio á decir lo que pasaría por aquel varon esclarecido, incapaz de comprender todavía la importancia de su descubrimiento. Soñar largos años con una idea, tropezar cada día con nuevos obstáculos para darle vida, llevarla, por decirlo así, muerta en el alma; y despues de amarguras y peligros sin cuento verla realizada al amanecer de un bello día con aplauso de cuantos la calificaban de ilusion y quimera, debe ser para todo noble corazon y todo elevado espíritu fuente de puros goces, que no alcanza á definir el filósofo ni á cantar el poeta.

No por esto olvidó Colon el deber que le imponian sus cargos de Virey, de Gobernador y de Almirante. Saltó á tierra en su barca acompañado, entre otros muchos, de Martin Alonso y Vicente Yañez Pinzon, del Escribano y el Veedor de la armada; y ya en la costa, enarbolados el estandarte real y dos banderas de la Cruz Verde que llevaba en todos los navíos, tiró de la espada y tomó posesion de la isla en nombre de sus Reyes. Toma de posesion de que al punto levantó acta el Escribano.

No sólo se acababa de descubrir un nuevo mundo, se acababa de ponerle el sello de la servidumbre.

III

La tierra encontrada por Colon, á que damos el nombre de América, constituye una de las cinco partes del Mundo. Mide 14.000 kilómetros de Septentrion á Mediodía, más de 40.000.000 cuadrados de superficie. Se extiende por los dos hemisferios, y abraza todo género de zonas y climas. Se pierde al Norte en las heladas regiones del Polo; baja tanto al Sur, que dista poco más de 11 grados del círculo Antártico. Se compone de dos vastos continentes unidos á Levante por un extensísimo archipiélago, y á Poniente por una larga y desigual faja de tierra, cuya anchura cambia desde 60 á 1.000 kilómetros. Entre esta faja y este archipiélago hay dos verdaderos mares que se comunican por un estrecho. Lleva el nombre de América Septentrional el continente del Norte; el de América Meridional el continente del Mediodía; el de América Central la tierra y las islas intermedias. Llámanse los dos mares interiores el golfo de Méjico y el mar de las Antillas; forman el estrecho que los enlaza la extremidad oriental de Yucatan y la oriental de Cuba.

La América toda es una inmensa isla bañada al Este por el Atlántico; al Norte por el mar Glacial; al Oeste por el Pacífico; al Sur por las confusas aguas de los dos Océanos. Aunque aislada del resto del Globo, no deja de estar unida por la naturaleza al antiguo continente. La acercan al Asia el estrecho

de Béhring y la corva cadena de las islas Aleutianas, que va de la península de Alaska á la de Kamchatka, desde la cual, por otra serie de islas, se desciende á los mares del Japon y de Corea. La aproxima á Europa la Groenlandia, que está de la Islandia sólo á 615 kilómetros, y tiene sus costas orientales en el meridiano que pasa por la isla del Hierro, la más occidental de las Canarias. Por el cabo de San Roque se adelanta como en busca del cabo Rojo, el más al Poniente de las riberas de la salvaje Libia.

La ponen en contacto con el Viejo Mundo sobre todo las corrientes oceánicas. Parte del cabo de Buena Esperanza la ecuatorial del Atlántico, y dividiéndose en las aguas de Pernambuco, baja al Sur más allá de Jeneiro, y sube al Norte hasta el golfo de Méjico. Se confunde la septentrional del Pacífico con la de California, y se deja sentir hasta en las costas de Guatemala. Se desparrama la de Méjico por nuestro Océano, y va á la vez por los mares del Norte y de Vizcaya, se precipita por las islas Azores y las de Cabo Verde al golfo de Guinea. Merced á esta corriente, y no traídos por los vientos del Oeste, como á la sazon se creía, vinieron á las islas de África los pinos, los bambúes, los cadáveres y las almadias de que hablaban á Colon otros marineros; merced á la del Pacífico pudieron, cuando la conquista, verse en las aguas de California los restos de la nave del Catay, de que habla Gomara en su *Historia de las Indias*; merced á la ecuatorial del Atlántico, fué el año 1500 arrojado á las playas del Brasil por la tormenta Pedro Alvarez Cabral, que se dirigía al Asia por el rumbo que le habían trazado Bartolomé Diaz y Vasco de Gama; merced á las dos últimas, es más que probable, que mucho ántes de Colon hubiesen pisado el suelo de América otras razas y otros hombres de nuestro continente.

A pesar de esto, no cabe dudar que América permaneció síglos incomunicada con los demás pueblos. Cuando los españoles la reconocimos, no hallamos en puerto alguno naves de otras gentes. Sólo vimos así en sus bahías, como á lo largo de sus costas, las piraguas y las almadias de que usaban los indígenas. ¡Lástima verdaderamente grande, cuando no hay otra region del Mundo mejor dispuesta para el comercio! Acababa Colon de descubrirla, y encarecía ya la grandeza de los puertos que había encontrado, diciendo de unos que eran capaces de más de cien navíos, de otros que podían dar abrigo á todas las armadas de Europa. Dejando aparte lo extenso de sus costas, tiene América golfos y bahías que son mares, lagos inmensos unidos por anchas corrientes al Atlántico, al Océano Glacial del Norte, y al mar de los Caribes; rios caudalosísimos y nave-

gables que bañan millares de kilómetros de territorio y prolongan su curso por el Océano.

Desaguan esos grandes rios en el Atlántico, y esto es debido á la situacion de la más importante cordillera americana, que baja de Norte á Sur por lo más occidental, á corta distancia de las orillas del Pacífico. Allí, al Oeste, puede con razon decirse, que cruza las tres Américas una sola cadena de montañas, clara y distinta desde la península de Alaska hasta el estrecho de Magallanes, y no muy difícil de seguir á Septentrion hasta el cabo del Príncipe de Gáles, á Mediodía hasta el cabo de Hornos. Se la llama diversamente en las tres Américas, y sólo en la del Sur se le da el nombre de Ándes; pero nadie pone ya en duda que Ándes son los Montes Peñascosos del Norte, cuanto más los intermedios. Tiene la cordillera en toda su extension picos elevadísimos, coronados de nieves eternas: al Norte el Brown y el Hooker, altos de cerca de 5.000 metros; en el centro los de Orizaba y Popocatepetl, que pasan de 5.000; al Mediodía los de Chimborazo, Ilimani y Sorata, que van de 6.530 á 7.636, y se acercan por lo tanto á la altura de las cumbres del Himalaya. Cuenta además numerosos volcanes, célebres por derramar el fuego y la lava sobre vertientes cubiertas de hielo: lo son los ya nombrados picos de Popocatepetl y de Orizaba, y lo son tambien los de Cotopaxi, Antisana, Pichincha, Caxamarca y Aconcagua, todos tambien tan gigantescos, que se sospecha si el de Aconcagua es el más elevado de los Ándes. Se bifurcan estos al Norte en Méjico, se trifurcan al Sur en Nueva Granada, y vuelven á bifurcarse en el Perú, donde envuelven el gran lago de Titicaca, y se unen con otra sierra, de que no tardará en hablarse.

En la América Meridional ni en la Central no hay otra cordillera al Occidente, pero sí en la Septentrional, donde al Oeste de los Montes Peñascosos baja una desde el Oregon por las opuestas costas del golfo de California. Al Oriente hay otra en las dos Américas del Norte y el Mediodía; en la América del Norte la de los Alleghany ó Apalaches, que llega á la Florida, y hasta parece que se prolonga por las islas de Cuba y Santo Domingo; en la América del Mediodía, la del Espinazo, que se extiende con distintos nombres hasta Montevideo. En una y otra América corre esta cordillera oriental por más ó ménos espacio paralelamente con otra; en la Septentrional con las Montañas Azules; en la Meridional con la sierra de las Vertientes.

Hay en el sistema orográfico de estas dos Américas una semejanza tal, que las dos se presentan casi en su centro atravesadas por otra cordillera muy si-

nosa y generalmente baja, que arranca de los Ándes. Esta nueva cadena de montañas, en la América del Norte separa las aguas que van al golfo de Méjico de las que desembocan en la bahía de Hudson, el Océano Glacial y el Atlántico: en la América del Sur divide las cuencas del Plata y del Amazónas. La diferencia más notable entre las dos Américas, bajo este punto de vista, consiste, á no dudarlo, en que al Norte de la Septentrional, rota la tierra en cien islas, no hay otra cordillera que vaya de Oriente á Occidente; y al Norte de la Meridional hay las dilatadas sierras de Tumucuraque, Pacaraima y Parima, que van desde el cabo Norte al lugar en que el Orinoco tuerce su curso hácia Occidente.

De la cordillera de los Ándes á la del Este y de la Central á las costas del Norte ó el Mediodía, la distancia es grande y el declive de la tierra continuo: de la Central ó de las faldas orientales de la Occidental parten naturalmente los ríos de abundosa corriente y dilatado lecho. De las vertientes occidentales de los Ándes, próximas al Pacífico, sobre todo en la América del Sur, es obvio que no pueden bajar gruesos caudales de aguas. Si algunos bajan de importancia, como el Oregon y el río Colorado, es sólo en la América del Norte, donde los Montes Peñascosos distan en algunos puntos más de 1.500 kilómetros de las playas del Pacífico.

Los ríos principales de la América del Norte son: el Mackenzie, que desemboca en el Océano Glacial Ártico; el Nelson, que desagua en la bahía de Hudson; el San Lorenzo, que se pierde en el golfo de su mismo nombre, uno de los del Atlántico; el río Bravo y el Mississipí, que van á morir en el golfo de Méjico. El Mackenzie nace en el lago mayor del Esclavo y corre al mar en direccion al Noroeste, regando hasta 1.200 kilómetros del territorio en que viven los esquimales. El Nelson, reunion de otros dos ríos que llevan el nombre de Saskatchavan y proceden de los Montes Peñascosos, atraviesa el lago Winnipeg y cruza la Nueva Gáles. El San Lorenzo puede decirse que empieza en los lagos al Sudoeste de la cordillera Central, los une y los contiene. Pone en comunicacion el lago Superior, el Michigan, el Huron, el Erié y el Ontario, y baja con gran caudal, primero entre el Alto Canadá y Nueva-York, y luégo por el Bajo Canadá, pobladas de rica y lozana vegetacion sus amenísimas riberas. Tiene de largo, á contar desde el lago Ontario, sobre 1.000 kilómetros; á contar desde el Superior, 3.350; de ancho de 800 á 3.000 metros en todo su curso; unos 200 kilómetros en su embocadura; de profundo tanto, que es navegable hasta Quebek por navíos de línea, hasta Montreal por buques de 600 toneladas.

Cuenta entre sus afluentes ríos como el Ottava, que nace en el lago de Tom-miscámning, separa los dos Canadás, y recorre 900 kilómetros: en su propio seno numerosas islas.

El río Bravo, que forma hoy el límite oriental de Méjico, desciende de las faldas de Sierra Blanco, una de las que componen la gran cordillera de Occidente, y baña la tierra por espacio de 2.200 kilómetros. Por espacio de 7.000 y más la baña el Mississipí, no sin razon llamado por los Natchez *Meschacebé*, madre de las aguas. Cruza de Norte á Sur todos los Estados-Unidos, y aunque de humilde orígen, crece con tantos y tales afluentes, que se le considera como uno de los primeros ríos del Mundo. Recibe al Este el Wisconsin, el Illinois, el Ohío; al Oeste el Missouri, el Arkansas, el Río Rojo: el más corto de los seis, el Wisconsin, de 500 kilómetros. El Illinois, de cerca de 680, está formado por la union del Kankakee y el río de las Llanuras, y es de importancia; el Ohío, de 1.600, lleva consigo al entrar en el Mississipí nada ménos que el Beaver, el Muskingum, el Scioto, el Mianis, el Kentucky, el Wabasch, el Cumberland y el Tennessee. El Missouri, de unos 7.000, absorbe otros doce rios, y es famoso por lo ancho de su cauce—de 800 á 1.000 metros—la profundidad á que en ciertos puntos corre—entre rocas de 4 hectómetros—la rapidez de sus aguas—de 8 á 13 kilómetros por hora—y lo imponente de sus cataratas; el Arkansas, de unos 3.500, recoje en su curso el Canadá, el Verde Gris, el Illinois Mayor y el Neocho; el Río Rojo, por fin, de 2.350, crece con los caudales que le prestan el Cagamichi, el pequeño Río del Sud, el Azul y el Washitta. Con tantos afluentes de afluentes, algunos navegables, ¿cómo no ha de ser el Mississipí la madre de las aguas, el río de los ríos? Tiene sus fuentes en el lago Ytasca, baja por una pintoresca y anchurosa cascada, la de San Antonio, á una vasta llanura y á más de 2.000 kilómetros confunde su limpia corriente con la turbia y cenagosa del Missouri. En esta notable confluencia, tiene de ancho cada uno de los dos ríos más de dos kilómetros. Vase luégo ahocinando el Mississipí, y gana en profundidad lo que pierde en anchura. Mide ordinariamente de ribera á ribera de 800 á 1.000 metros, y á 400 kilómetros de su embocadura ahonda de 30 á 40 brazas. Divídese á su entrada en el golfo de Méjico en multitud de brazos, y forma el más raro delta que puede concebirse. Desgraciadamente sólo por uno de ellos cabe ganar su cauce, y sólo por él pueden bogar embarcaciones que calen de 4 á 5 metros.

El Mississipí y el San Lorenzo son los más grandes ríos de la América del Norte. Tiene éste por cuenca todo el Canadá, y aquél todos los Estados-Unidos.

Del Canadá abajo se extienden los dos ríos por la tierra con sus numerosos afluentes y subafluentes como los nervios por el cuerpo del hombre.

No dejan de abundar los ríos en la América del Centro; pero no son ni tan caudalosos ni navegables, como no sea á corta distancia del punto en que desaguan. Para continuar viendo grandes ríos es necesario trasladarse á la del Sur, donde son todavía más numerosos que en la del Norte. En su extremidad Noroeste rinde el Magdalena sus aguas al mar de los Caribes. En la opuesta están las bocas del Orinoco. Fluyen entre las dos cordilleras trasversales el Amazónas y el Tocantínes, que al entrar en el Atlántico baten las costas de la isla Marajo. Bajan al mismo Océano desde las sierras de Levante el Paranayba y el San Francisco. Al Mediodía de la cordillera central nacen el Paraguay y el Paraná, que, confundidos luégo, recogen el Uruguay y forman el majestuoso río de la Plata. Más al Mediodía áun, lame otro río las fronteras de la Patagonia. No hablo de otros que serían aquí notables y son allí poco más que arroyos.

El Magdalena sale del lago Pámpas con direccion al Norte, atraviesa casi todo el territorio de Nueva Granada, y se lanza por muchas bocas al mar despues de haber recorrido 1.320 kilómetros y recibido al Oeste el Cauca, al Este el Bogotá y el Sogamoco. Nace el Orinoco en las vertientes occidentales de la Sierra de Parima, corre largo espacio al Septentrion creciendo por el tributo de muchos ríos, tuerce desde su confluencia con el Apure hácia Levante, y mucho ántes de llegar al Océano, se deshace en cincuenta brazos, siete navegables. Navegable es él en su mayor parte áun para los buques de más alto bordo. Tiene de Abril á Setiembre crecidas inmensas que le hacen saltar y desbordarse á 100 kilómetros de sus márgenes; cerca de Atures, las más espantosas cataratas. En su embocadura parece un lago; á 450 kilómetros del Atlántico siente las mareas. Cuenta de extension 2.500 kilómetros, y recoje en tan dilatado curso siete corrientes de importancia. Lo raro es que no léjos de su nacimiento, tiene una derivacion que constituye el Casiriaqui, afluye al Río Negro y le pone en comunicacion con el Amazónas.

El Amazónas es sin disputa el río mayor del Mundo, más grande que el Mississipí, más que el Gánges y el Nilo. Cuenta de longitud 5.000 kilómetros; de anchura de 4 á 5 en su parte superior, 288 en su punto de desagüe. Siente las mareas á 600 kilómetros del Océano, corre por él sin mezclar con él sus aguas nada ménos que 135. El agua del mar es dulce en todo este largo trayecto.

Ponen algunos geógrafos las fuentes del Amazónas en unas alturas de la

cordillera de los Ándes sitas entre el Cuzco y Arequipa: otros, los más, en el lago de Lauricocha, que da vida al Tunguragua. Cruza de Oeste á Este casi todo el continente, y con tributarios tales, que en cualquiera otra parte del Globo serían ríos de primer órden. Decirlos todos sería tarea larga; enumeraré sólo los principales. Recibe en las fronteras meridionales del Ecuador por su márgen derecha al Huallaga y al Ucayale, á que afluyen entre otros muchos el Apurimac y el Vilcamayo; por su izquierda al Napo, que desciende del Cotopaxi y viene ya engruesado por el Curaray y el Aguarico, y al Putumayo, que se forma en otra cumbre de los Ándes. Ya en el Brasil, recoge á Mediodía al Jurua, al Purús, al Madera, al Topáyos, al Xingú; al Norte al Caqueta y al Río Negro. El menor de todos estos ríos, el Jurua, tiene 120 kilómetros de largo. Algunos más tiene ya el Purús. El Madera, que viene de Bolivia con más de cien afluentes, tiene sobre 1.780. Cerca de 1.000 el Tapájos ó Topáyos, reunion del Arínos y del Juraena, y no sin muchos tributarios. Unos 3.000 el Xingú, que riega territorios inmensos y aumenta su caudal con el Ilabagua, el Pacájas, el Río Fresco y el Guarini. Grande es tambien la longitud del Caqueta, que brota de los mismos Ándes; pero no como la del Rio Negro, que mide 1.300 kilómetros y durante largo trecho tiene de 20 á 25 de anchura; río notabilísimo que se alimenta del Río Blanco y el Juagapuri y, como se ha visto, comunica por el Casiriaqui ó Cassiquiare con el Orinoco.

Dista de ser de la importancia del Amazónas el Tocantínes, que de la sierra de Cayapo se dirige al Norte, se une en San Joáo das duas Barras con el Araguaya, por otro nombre Río Grande, y baña por espacio de 1.500 kilómetros el territorio brasileño. No lo es tampoco el Paranaiba, á pesar de ser navegable en 660 kilómetros de los 1.700 que recorre. Ni el San Francisco, con ser, si algo ménos largo que el Paranaiba, más caudaloso, principalmente desde que tuerce al Nordeste su curso al Norte. Comparable con el Amazónas sólo hay el Plata, que le iguala en anchura, y en su desagüe, parecido á un golfo, presenta casi la del canal de la Mancha.

El Plata propiamente dicho, no empieza sino en la isla de Martin García, donde recibe al Uruguay, y sólo tiene de largo 30 kilómetros. Pero se extiende generalmente su nombre al río Paraná, que baja de las vertientes occidentales de Itacolumí, y en Corrientes recoge al Paraguay, que nace en la cordillera Central, cerca de la meseta de Paréxis. Entendido así, cuenta de curso el Plata unos 2.800 kilómetros. No diré de sus afluentes, algunos tan considerables como el Pilcomayo, el Bermejo y el Salado.

El río que constituye las fronteras septentrionales de la Patagonia lleva tambien el nombre de Río Negro. Corre primero de Norte á Sur, y torciendo á Oriente derrama sus aguas en el Atlántico. Es bastante ancho en su boca, cuenta aún su longitud por centenares de kilómetros.

¡Qué abundancia en largos y caudalosos ríos! Perdone el lector si omito en la América del Norte al Cooper Mine River y al Bach, que hallan su tumba en las heladas ondas del Océano Glacial Ártico; al Kvikpak, al Fraser, al Sacramento, y al Rio Grande del Sur, que se pierden en las del Pacífico; al Churchill y al Berens, que pagan tributo á la bahía de Hudson; al Connecticut, al Delaware, al Susquehanna, al Potomak, al Jámes River y al Savannah, si de corta extension, de ancho cauce y abundantísima corriente. Perdone si omito en la América del Sur al Esquivo ó Esequibo, al Corentin, al Paraiba, al Río Colorado, que nace no léjos del volcan de Aconcagua.

Añádase ahora á esa multitud de ríos, sólo escasos en la Patagonia y en la Tierra del Fuego, la de los grandes lagos que hay en las tres Américas: en la del Norte, además de los que enlaza y continúa el río de San Lorenzo, orillas del mar Glacial el de los Esquimales, junto al círculo Ártico ó en el mismo círculo el del Oso Mayor y el de Garry; más al Sur los dos del Esclavo, el de las Islas, el Athabaska, el Wolaston y el de los Rengíferos; más al Sur aún el Winnipeg, el Manitobah y el de los Bosques; luégo los grandes lagos; por fin, cerca del río Utah, donde hoy viven los Mormones, el lago Salado; en la América Central los de Managua y Nicaragua; en la América del Sur, junto al mar de las Antillas, el de Maracaïbo; en el Perú, el Titicaca y el Arillágas; en el Brasil, al Este, no léjos del Uruguay, el de los Pátos; en la Patagonia el de Coluguape y el de Viedma. Callo aquí el Jaráyas y el Ibera, porque éstos parecen y desaparecen segun los tiempos.

Abundan los lagos, como se ve, más en la América Septentrional que en la del Sur y en la del Centro, y de aquélla en la parte más al Norte. Produce allí la estacion lluviosa, no dos ni cuatro lagos intermitentes, sino un sinnúmero, unos mayores y otros menores, cercados de pequeños picos de rocas, como aquí en la Finlandia. Sucede esto principalmente al rededor del lago del Esclavo, el de Winnipeg y el de Athabaska.

Para mayor ventura de aquellas vastas regiones muchos lagos y áun algunos ríos se comunican, ya permanentemente, ya en las épocas de las grandes lluvias. Se cuasi confunden las cuencas de unos y otros ó están separadas por débiles y bajas crestas, y esto permite que despues de copiosos aguaceros se pase, ya de

un lago á un río, ya de un río á otro cuando no están aún muy léjos de sus fuentes. De ciertos tributarios del Paraguay se pasa sin esfuerzo á los del Amazonas, de los del Amazonas á los del Orinoco, y, con ayuda del arte, se podrían multiplicar tan ventajosos tránsitos. Así se va hoy del Mississipí al San Lorenzo.

La tierra en aquellos continentes es singular bajo el punto de vista topográfico. Las mesetas de la cordillera occidental, longitudinales en el Perú, el Ecuador y la Nueva Granada por limitarlas los diversos brazos de los Ándes, extensas y espaciosas en Méjico, dónde las forma el dorso mismo de las montañas, se elevan sobre el nivel del mar de 2 á 3.000 metros, y están separadas de las llanuras por una corta y rápida pendiente. Los llanos son inmensos, la tierra baja. Por esto abundan los lagos y son de tanta longitud los ríos, y tienen cataratas y cascadas cuyo rumor llega á cinco y seis leguas de distancia, y llevan tanto ímpetu, que se abren paso entre las aguas del Océano. Contribuyen á esto la poca altura y las muchas quebradas de las cordilleras de Oriente.

Explican estas mismas causas en parte las especiales condiciones que allí presenta el clima. Está América bajo los trópicos desde la entrada del golfo de California y el Norte de Cuba hasta las fronteras meridionales de Bolivia y unas leguas más abajo de Janeiro. Distan con todo de ser insoportables las calores ni áun en el Ecuador, donde suponían los antiguos imposible la vida para el hombre. Las eternas nieves de los montes, la elevacion de las mesetas, las muchas aguas corrientes templan los ardorosos rayos del sol hasta el punto de reinar en las altas llanuras una perpetua primavera. Los grandes calores están sólo en las llanuras bajas, como los grandes fríos en las cumbres de los Ándes.

Lo raro es que áun en las llanuras bajas dista de abrasar el sol como en África. Depende esto, segun Humboldt, no sólo de la abundancia de aguas y la rica y frondosa vegetacion que producen y mantienen, sino tambien de la poca anchura de los dos continentes, de lo mucho que éstos se prolongan hácia los Polos, de lo constantemente que barren el Océano los vientos alisios y de la falta de desiertos de arena.

La vegetacion en América es verdaderamente admirable. Las tierras llanas están cubiertas de inmensos bosques poblados de árboles, que parecen levantar al cielo sus gallardas copas. Allí crecen los más soberbios pinos, los que miden 18 metros de diámetro y 97 de altura; [1] allí la elegante, majestuosa y aro–

1 Humboldt, *Cuadros de la Naturaleza*, lib. IV, cap. XVI

mática magnolia, tan notable por sus flores como por sus grandes, verdes y brillantes hojas; allí la gordonia, que tanto contribuye hoy al encanto de nuestras estufas. En la zona templada despliegan todas estas plantas su vigor y su lozanía; bajo los trópicos nos llaman otras la atencion, ya por su utilidad, ya por la hermosura de sus flores. Allí nace el cocotero; allí otras muchas clases de palmas elevan á más de 50 metros de la tierra sus aéreas cimas. Allí el banano extiende al sol su agradable fruto y sus anchas y flexibles hojas. Allí la ceiba, de enorme tronco, deja ver entre sus espesas ramas sus vistosas flores de color de púrpura. Allí toman gigantescas proporciones el sauce, la higuera y el anacardo. Allí hay árboles de madera tan fuerte como la corbana, la jagua y el espino; de madera tan rica como la caoba. Allí se alzan del fondo de los bosques el cedro y el árbol de la canela. Allí trepan por los viejos troncos y los cubren la vainilla, de hojas verdi-claras y flores que por su singular estructura se confunden con los alados insectos y los pájaros que atrae con su perfume, los carnosos y herbáceos tallos de los pothos, las desnudas ramas de los bejucos, de 15 y 18 metros de largo. Esas plantas trepadoras se tienden con frecuencia de uno á otro árbol y forman una red tupida, que sólo puede cortar el hacha. Vegetacion exuberante, de que apénas cabe formar idea en nuestra Europa.

Presentan grandes dimensiones en la zona tórrida hasta las cañas y los helechos. Hay bambúes que exceden en altura los álamos y los robles de estas comarcas; helechos de 10 y 12 metros que parecen palmeras. No son ménos de notar los cactos que ostentan sus raras formas en los desiertos. Reunidos en gran número constituyen verdaderos oásis, y vistos de léjos, tienen el aspecto, ya de grandes órganos, ya de candelabros, ya de tristes y silenciosas ruínas.

Los helechos van ordinariamente acompañados del benéfico árbol de la quina en las regiones donde todo el año es primavera. Y no es por cierto la quina el único vegetal americano que ha venido á curar nuestras enfermedades. Americanas son la jalapa, la zarzaparrilla, el bálsamo de copaiba, la ipecacuana. Y americanas tambien muchas plantas, ya nutritivas, ya de aplicacion á las artes: el cacao, el maíz, la patata, el tabaco, el algodon, el campeche y otras que omito.

La vegetacion en América es, generalmente hablando, brillante y de vivos colores. Brillantes y de vivos colores son tambien muchos de los animales que la pueblan. No hay en ninguna otra parte del mundo pájaros de más bello plumaje, ni tampoco insectos más caprichosamente pintados. El colibrí, el pájaro

mosca, el guacamayo dejan atrás las más hermosas aves del antiguo continente. Acontece otro tanto con los reptiles: hay una gran variedad de lagartos y culebras de vistosos colores.

Se distingue allí el reino animal, no sólo por la hermosura, sino tambien por la grandeza. Hay pájaros enormes, entre ellos el condor, el verdadero rey de los aires. Llega á medir 5 metros de braza, se remonta á la altura de más de 7.000, se deja caer súbitamente en la playa, pasando con la mayor rapidez del aire más enrarecido al más denso, atraviesa en horas tierras de todas las latitudes y climas. No es menor el caiman entre los lagartos. Tiene de longitud de 4 á 6 metros; es de agudos dientes y fieras garras, tan carnicero como astuto, velocísimo por la corriente de los ríos. Ni es menor la boa entre las serpientes. Larga de 8 á 10 metros, gruesa como el muslo de un hombre, de fauces desmesuradas, vive inmóvil enroscada en el tronco de un árbol, y cuando la aqueja el hambre se arroja con tal violencia sobre su presa, que la estruja, la amasa y la engulle de un golpe.

Ni carece América de leones áun cuando no los tenga ni tan grandes ni tan bravos como los de África. Alberga en cambio al temido jaguar en los bosques de los trópicos, al lobo, la zorra y otros animales dañinos en las selvas del Norte. Pero abunda más en los útiles. Trepan manadas de rengíferos y ovibos por las regiones septentrionales; más abajo el bisonte, que desciende los veranos á las praderas. En los países calientes vive el llama y todas sus especies. Hablo sólo de los animales indígenas. Dejo aparte, áun siéndolo, al castor, la rata almizclada, la marta y otros hoy muy buscados por sus riquísimas pieles.

Lo más notable es la exuberancia con que allí todo se presenta. Son extensísimos los bosques, numerosos los rebaños de bisontes y de llamas. Las bandadas de pájaros llegan á veces á ocupar gran parte del cielo. «En el mes de Marzo, dice uno de los primitivos historiadores de Indias, he visto algunos años por espacio de quince ó veinte días, y otros años más, ir el cielo de la mañana á la noche cubierto de infinitas aves, unas tan altas que se las perdía de vista, otras más bajas, pero siempre muy por encima de las cumbres de los montes, que iban continuamente de Septentrion á Mediodía. [1]»

La misma exuberancia se observa en el reino mineral. Demostraré más tarde por documentos irrefragables las maravillosas riquezas extraídas de las entrañas y de los cerros de aquellos continentes por los gobiernos que los domina-

[1] Gonzalo Fernandez de Oviedo. *Sumario de la natural historia de las Indias*, cap. LXVIII.

ron, las que saca aun la codicia de nuestro siglo. Parecen allí de todo punto inagotables el oro y la plata. Hay mucho hierro. No escasean el platino y el cobre. Existen minas de esmeraldas, topacios, amatistas y otras piedras preciosas. Pescáronse por mucho tiempo claras y gruesas perlas en el mar de los Caribes.

A pesar de tanta riqueza, no debemos considerar igualmente felices todas las regiones del Nuevo Mundo. No en todas, sino en muy pocas, hay esos ricos metales que tanto estima el hombre; no en todas hay esa vegetacion que tanto cautiva al viajero. Al Oeste de la cadena peruana de los Ándes, en las costas de la mar del Sur, dice Humboldt, tambien he pasado semanas enteras atravesando desiertos sin agua. [1] Hay tambien desiertos en América: las sábanas del Missouri, las mesetas de Méjico, los llanos de Venezuela, los campos parámicos, las pampas de Buenos Aires. Pero distan de ser tan tristes y desconsoladores como los de África. En la estacion de las lluvias, se cubren siquiera ya de altas y ondulantes hierbas, ya de pequeñas mimosas, ya de soberbias gramíneas; y cuando no, divierten la vista con sus caprichosos cáctos.

Tal es el teatro donde se van á desarrollar los muchos y varios acontecimientos cuya historia he tomado sobre mis hombros cuando estoy ya en el declinar de la vida; teatro grande, si jamás lo hubo, sobre el cual despliega sus infinitas bellezas la concavidad toda del firmamento. Brillan allí, no sólo las estrellas y constelaciones de nuestro hemisferio, sino tambien las del hemisferio del Mediodía: no sólo la Osa Mayor y la Menor, que giran aparentemente al rededor del Polo Ártico, sino tambien la Cruz del Sur, que se mueve en torno del Antártico y fué la admiracion y el asombro de los hombres del Viejo Mundo que por primera vez la vieron. Viéronla estos hombres al pasar del Ecuador junto con el Centauro, el Argos y las luminosas nubecillas y negras manchas que van calladamente recorriendo sus eternas órbitas, y no hallaron palabras con que encarecer la hermosura y la magnificencia de aquel no visto cielo. ¡Qué grandioso y conmovedor espectáculo no ha de contemplar el que viviendo en el Ecuador mismo, pueda abarcar de una ojeada los astros de los dos polos y trazar mentalmente entre la Cruz y el Carro el eje del Universo!

Hé delineado, y sólo á grandes rasgos, la geografía general de América; la iré determinando por partes á medida que lo exija el curso de mi larga historia.

---

[1] Humboldt, *Cuadros de la naturaleza*, lib. IV, cap. I.

PARTE PRIMERA

LA AMÉRICA ÁNTES DE LA CONQUISTA

LIBRO PRIMERO

INVASIONES ANTECOLUMBIANAS Y HECHOS DE LOS INVASORES

CAPÍTULO PRIMERO

Pueblos bárbaros y pueblos cultos de América á la llegada de los españoles.—Grados de civilizacion de los pueblos cultos.—Antigüedad de estos pueblos y del continente que ocupaban.—¿Eran estos pueblos autóctonos?—Si no lo eran de dónde procedían?—Hipótesis de la Atlántida.—Lo más probable es que los americanos procedan del Asia.—Analogías entre los orientales y los occidentales.—En las creencias.—En la organizacion sacerdotal.—En las costumbres.—En las ciencias astronómicas.—En los jeroglíficos.—En los monumentos.—En el despotismo y el lujo de los reyes.—Cuándo y cómo debieron pasar los hombres de Oriente á Occidente.—Insuficiencia de las fuentes históricas de América.—El Popol-Vuh y los demas libros escritos por los indígenas.—Por qué me detendré poco en los primeros siglos.

Cuando América fué descubierta por los españoles, estaba poblada en su mayor parte de tribus salvajes que vivían unas de la pesca, otras de la caza, otras del cultivo de algunas plantas, y todas de los frutos que más ó ménos abundantemente les daba la Naturaleza. Sólo al Occidente, en la gran cordillera de los Ándes, desde el Mediodía del Perú al Norte de Méjico, había pueblos y naciones. Áun éstas distaban de la cultura que habían alcanzado las de Europa. Tenían ya su gobierno, sus leyes, sus tribunales, su administracion y su ejército; su religion y sus sacerdotes; su agricultura, su industria y su comercio; sus calzadas, sus fuentes, sus acequias, sus palacios y sus templos; sus anales y sus fiestas; su cronología y su cosmogonía; pero ignoraban el uso del hierro, carecían de buques, no acuñaban moneda, desconocían la escritura, y vivían unas de otras en tal aislamiento, que ni sabía Méjico del Perú ni el Perú

de Méjico. Para comunicarse por mar sólo disponían de la balsa y la canoa; para corresponderse por tierra, de los peatones; para sus cambios, de piedras ó de las almendras del cacao; para labrar la cantería de sus edificios, de herramientas de pedernal ó de cobre; para consignar sus hechos, del quipus y el jeroglífico.

En esas mismas naciones había costumbres verdaderamente bárbaras. Se sacrificaba al hombre en los altares de los ídolos: no con mucha frecuencia en el Perú, cuya adoracion al Sol no podía ménos de ser dulce; pero sí en otros lugares y sobre todo en Méjico, que tenía por ángel tutelar al dios de la guerra. Se derramaba allí en aras de Huitzilopotchli la sangre de los prisioneros; y á veces, sin más fin que el de proporcionárselos, se invadía el territorio de los tlascaltecas. Por centenares y áun por millares se contaban al año los cautivos degollados en los templos de esa deidad terrible. Y no era ésta la única á quien se hacían sacrificios, ni tampoco los vencidos en los campos de batalla las solas víctimas. Se guardaba el más hermoso de los prisioneros para la fiesta de Tescatlepoca, en quien se veía el alma del mundo; se inmolaban niños indígenas para aplacar en las grandes sequías la cólera de Tlaloc, el dios de las lluvias. Ni era raro que los aztecas se ofreciesen en holocausto á sus divinidades. En las grandes ceremonias religiosas solían muchos pueblos americanos picarse hasta brotar sangre, ya la lengua, ya los labios, ya las orejas, ya más delicados miembros.

En casi todas esas naciones existía, además, el canibalismo como en las más salvajes tribus. No le había ya en el vasto imperio de los Incas; pero sí en el de Montezuma y en la América del Centro. Se comía la carne de los prisioneros. Se los cebaba para hacerlos más sabrosos. Se dejaba con vida á las mujeres y se las acoplaba con los vencedores sólo para que diesen hijos en que saciar tan brutal apetito. Se aprovechaba hasta los cadáveres de los muertos en batalla. Se llevaban niños asados entre las provisiones de guerra. Lo refiere Hernan Cortés en sus cartas al emperador Cárlos V. Se dice que los mejicanos comían solamente las víctimas sacrificadas á sus dioses; pero el mismo Cortés nos convence de que no es cierto. Ya que lo fuera relativamente á los tezcucanos y á los aztecas, no lo era respecto á los demas pueblos de la monarquía. [1]

Añádase á esto la costumbre que áun había en algunas de esas naciones de ir medio desnudos y pintorrajearse el cuerpo; la de taladrarse ya las orejas, ya la nariz, ya el labio para llevar colgadas joyas y extraños adornos; el uso

[1] *Cartas de relacion*, de Hernan Cortés.—Carta tercera.—«Y por el camino que llevaban en pos dellos hallaban muchas cargas de maíz y de niños asados que tenían para su provision.»—«Y aquella noche tuvieron bien que cenar nuestros amigos (los tlascaltecas), porque todos los que se mataron tomaron y llevaron hechos piezas para comer.»—«Y así nos volvíamos á nuestro real con harta presa y manjar para nuestros amigos.»

de los penachos y las pieles de fieras para ir á la guerra: el atraso en las armas, las groseras supersticiones en que se vivía y las feroces leyes aun vigentes: y se verá con cuánta razon se afirma que en América estaban sólo á medio civilizar hasta los pueblos más cultos. Distaban, por ejemplo, de haber llegado á la altura en que estábamos los españoles hace veinte siglos, cuando vinieron sobre nosotros los ejércitos de Cartago y Roma.

Infieren de aquí algunos escritores que los pueblos americanos son jóvenes, no faltando quien diga que lo es aún la tierra que ocupan. Yo no lo creo.

Que el Nuevo Mundo sea tan antiguo como el viejo, lo revelan por de pronto hechos inconcusos. Presenta en todas partes las mismas capas geológicas que nuestro continente; en las crestas de los Ándes, á mayor altura que el Mont-Blanc de Suiza, petrificaciones de conchas oceánicas; en la parte de Santa Helena, al Norte de Guayaquil, restos enormes de ignotos cetáceos; en Nueva Granada y en las cordilleras de Méjico, osamentas fósiles de mastodontes y elefantes, cuyas especies se extinguieron. No sólo debe ser tan antiguo como el nuestro; debe de haber pasado por las mismas revoluciones y catástrofes.

Que no sean de ayer aquellos pueblos, lo manifiestan hechos no ménos indudables. Sus cosmogonías y cronologías se remontan á lejanos siglos. Entre sus muchísimos idiomas los hay de gran complicacion y riqueza. Gran número de sus monumentos llevan el sello de una antigüedad remota. Lo llevan sus túmulos, sus campos atrincherados, sus rocas esculpidas, sus desiertos palacios, sus inmensas pirámides, á la vez templos y sepulcros. La de Cholula parece anterior á la invasion de los toltecas: las vastas ruinas del lago de Titicaca son de mucho anteriores á los Incas. Nadie se atreve á determinar la fecha de las de Mitla y de Palenque.

Al fijarme en tan importantes ruínas, léjos de admitir que sean jóvenes aquellos pueblos, estoy por sospechar con Humboldt si eran ciudades en decadencia que á la llegada de los españoles habían perdido ya la memoria de lo que un tiempo fueran. No corresponde en manera alguna á la suntuosidad y grandeza de los monumentos de Palenque y Mitla el estado de cultura en que se hallaban las pequeñas naciones de Guatemala al tiempo de la conquista. Entónces ignoraban ya los guatemalienses áun la existencia de esos grandiosos restos de una civilizacion al parecer perdida. Ejemplos de sociedades que degeneraron hasta embrutecerse, los tenemos en nuestro mismo continente. ¡Cuánto más no los pudo haber en América, aislada por tantos siglos del resto del mundo! Es en mi sentir este largo aislamiento lo que más ha contribuido á que América en el siglo XV presentara tan raro contraste con Europa.

Los americanos son, á no dudarlo, antiguos. ¿Serán antóctonos? Hoy por hoy no lo afirman ni la religion ni la ciencia, ni los que están por la unidad de la familia humana, ni los mismos darwinianos, que, explicando por la teoría

de la evolucion la sucesiva formacion de los séres, no sostienen ni pueden sostener que descendamos los hombres todos de una sola pareja. En América, dice Haeckel, no han existido jamás los animales que en la escala de la vida fueron nuestros predecesores.

Es cierto que hoy, á los ojos del mismo Haeckel, forma el americano especie aparte por ser mesocéfalo, de cabello negro y rígido, de frente inclinada, de nariz grande, de pómulos salientes, de labios más bien delgados que carnosos, de poca ó ninguna barba, de color cobrizo, á veces un si es no es aceitunado, otras un si es no es amarillento; pero no lo es ménos que, segun todos los naturalistas, tiene un marcado aire de parentesco con los mongoles, especialmente los que viven al Nordeste del Asia, y no está de ellos separado sino por el hombre ártico, especie que puebla al rededor del Polo el estrecho de Béhring, la tierra de los esquimales y la Groenlandia. [1]

Mas si los americanos no son antóctonos, ¿de dónde proceden? ¿Cómo y cuándo invadieron aquel continente? Este es el grande enigma de la historia del Nuevo Mundo: no sé que hasta ahora lo haya descifrado nadie. Las opiniones son muchas y por desgracia contradictorias. Recientemente hasta se ha querido hacer bueno lo que dijo Platon en su *Timeo* acerca de la Atlántida. Se ha desplegado una erudicion verdaderamente asombrosa para demostrar que existió en efecto aquella isla, se extendieron sus poderosos habitantes por ambas costas del Mediterráneo hasta Italia y Egipto, y al fin, á causa de grandes temblores de tierra y de una inundacion que no se ha repetido, desapareció en los abismos del Océano. Se explicarían fácilmente por esta hipótesis las numerosas analogías que se observan entre las instituciones y las creencias de los dos continentes; pero dista de estar demostrada á pesar de los esfuerzos de ingenio de los que la sostienen. [2] No descansa en ningun fundamento histórico, no ha encontrado todavía asiento sólido en la Geología. La idea de que por el levantamiento de una parte de la tierra cubrieron otra las aguas, no sólo en nuestro Océano, sino tambien en el Pacífico y lo que hoy es mar de las Antillas y golfo de Méjico, no pasa de ser otra hipótesis.

Las analogías entre los dos mundos son á la verdad grandísimas; pero es obvio que pueden dimanar lo mismo de haber entrado en relacion el Occidente con el Oriente por la Atlántida, que de haberse comunicado el Oriente con el Occidente por el mar de Béhring y las innumerables islas de la Polinesia. Para creer lo primero es preciso dar realidad á lo que pudo ser un mero parto de la fantasía; para admitir lo último, basta que partamos del afan del hombre por

[1] Haeckel.—*Histoire de la création des êtres organisés d'apres les lois naturelles.* Vingt-troisième leçon.

[2] Véanse las obras de Brasseur de Bourbourg, especialmente sus cuatro cartas sobre Méjico. *Quatre lettres sur le Mexique.* París, 1868.

ir en busca de lo desconocido, y de las frecuentes emigraciones á que dan lugar las vicisitudes y las guerras de los pueblos: no creo dudosa la eleccion, sobre todo cuando para resolver ciertas dificultades no sirve más lo primero que lo segundo. Una y otra opiniones son, por ejemplo, insuficientes para explicar cómo, puestos en contacto los dos mundos, eran desconocidos en América el arado y otras muchas cosas que, como hace notar oportunamente Prescott, no es posible que una vez importadas caigan en olvido ni en desuso. [1]

Así hoy se supone generalmente que los americanos proceden de Asia. Por sus cualidades físicas, ya he dicho que son afines de los mongoles, especialmente de los tártaros, tambien de color cobrizo y cabello negro y fuerte. Por sus creencias se acercan tambien más á los asiáticos que á los europeos. Como los pueblos de Oriente, reconocían casi todos la existencia de un Espíritu, creador del Mundo, para el cual no había representacion posible ni era bastante ancho el recinto de un templo. Como ellos, afirmaban por tradicion el diluvio, y decían que se habían salvado muy pocos mortales de la catástrofe. Añadían los aztecas que había pasado ya la tierra por varias revoluciones, y en esto parecían ser eco de los tibetanos, los indios y los persas. Como los persas, rendían los incas un culto particular al Sol, la Luna y las Estrellas del firmamento. Como si hubieran leído nuestro Biblia, suponían los mejicanos fabricada su pirámide de Cholula por unos gigantes que la habían querido levantar á las nubes y atraído sobre ella por tan insensato orgullo la cólera del cielo. Tenían, y es más, su Eva en la diosa Ciacoatl, la mujer serpiente, la primera que pecó, parió y legó á su sexo los dolores del parto. Por ella fueron al bautismo, que empleaban, como ahora los cristianos, para limpiar á los recien nacidos del pecado original y traerlos á nueva vida.

La organizacion religiosa de los pueblos cultos de América era tambien parecidísima á la que se observa en las antiguas teocracias de Oriente. Había allí un clero numerosísimo, grandes sacerdotes que estaban al par de los reyes y alguna que otra vez se les imponían, fiestas maravillosamente espléndidas, sacrificios que degeneraban en hecatombes, monasterios, aquí de hombres que se consagraban á sus divinidades, allí de vírgenes que velaban por que no se apagase el fuego del templo.

Era mayor la semejanza en ciertas costumbres. Los mejicanos, como los mongoles, quemaban los cadáveres, recogían las cenizas, y las encerraban junto con una piedra preciosa en más ó ménos elegantes urnas. Los peruanos, como los indios, guardaban por el contrario á sus muertos, y los enterraban, ya en pié, ya sentados, con parte de los utensilios, y á veces con los tesoros que en vida tuvieron. Sacrificaban tambien, como los indios, á las mujeres y los criados favoritos del que fallecía para que le acompañasen y le sirviesen en su soñado

---

[1] Prescott.—*Histoire de la conquête du Mexique.* Appendice.—Première partie.

paraiso. Lo raro es que esta costumbre existia en muchas de las tribus salvajes.

Suben de punto las semejanzas al entrar en la region de la ciencia. Los mejicanos tenían semanas de cinco días y meses de veinte, años de diez y ocho meses, indicciones de trece años, pequeños ciclos de cincuenta y dos y grandes ciclos de ciento y cuatro. Empezaban el día al nacer el Sol y lo dividían en ocho partes, cuatro de ellas determinadas por la salida, la puesta y el doble paso del sol mismo por el meridiano. No designaban por números los días del mes ni los años del ciclo menor, sino por nombres. Tenían cinco días intercalares. Concluían el año al fin de cada pequeño ciclo en el solsticio de invierno. Me refiero al calendario civil; el ritual presentaba una serie uniforme de períodos de trece días.—Contar por ciclos é indicar por nombres los años del ciclo y los días del mes era cosa comun á los mongoles todos, del Japon á la India. Empezaban el día por la salida del Sol casi todos los pueblos del Asia. Lo dividían en ocho partes, ademas de los romanos, los indios. Había tambien en Egipto [1] días intercalares. Concluía el año en el solsticio de invierno para los indios y los chinos.

Guardan tambien relacion con Oriente los jeroglíficos de Occidente. No eran tal vez comparables los de los mejicanos con los que constituían la escritura de los egipcios, pero sí con los entallados en los obeliscos de tan famoso pueblo. Si raras veces eran fonéticos, presentaban casi siempre unidos la accion y el símbolo. Ya que no tradujesen ideas, consignaban hechos, y eran los verdaderos anales del imperio. Bastaban, á pesar de su imperfeccion, á trasmitir los sucesos con muchos de los accidentes que los habían acompañado: determinaban con precision hasta el año en que habían ocurrido, por remota que fuese la fecha. Estaban, por decirlo así, á la mitad del camino que habían recorrido en Egipto. [2] Los mismos *quippus* de los peruanos tenían sus similares, no sólo en el Norte de la misma América, sino tambien en las prácticas de la antigua China.

---

[1] Cito el Egipto, aunque no forme parte de Asia, por las estrechas relaciones que siempre con ella tuvo.

[2] Rigorosamente hablando, no cabe decir que en América fuese conocida la escritura. Los mejicanos daban á conocer ciertos nombres con signos que representaban sonidos: los yucatecas tenían, aunque incompleto, un silabario. Nos lo da en su excelente *Relacion de las cosas de Yucatan* el franciscano Diego de Landa, que lo había recogido de los labios y los escritos de los indígenas. Había en Yucatan caractéres que parecían jeroglíficos para los sonidos simples *a, b, c, t, e, h, i, k, l, m, n, o, p, q, u, x:* los había para los sonidos compuestos *ca, cu, ma, ti,* y uno que Landa sospecha si sería un signo de aspiracion. Se carecía, como se ve, de caractéres para la expresion de muchos sonidos simples; y en cambio los había cuádruples para la *a*, triples para la *h*, dobles para la *b*, la *l*, la *o*, la *p*, la *u*, y uno especial para la *p* doble.

Mas, como observa el mismo Landa, no empleaban los yucatecas sólo estos caractéres para trasmitir sus pensamientos; usaban tambien de figuras, y áun ponían en ellas ciertas señales para mejor entenderse. Tenían, á no dudarlo, más jeroglíficos fonéticos que los mejicanos; pero al fin, como ellos, jeroglíficos fonéticos y figurados, que se aclaraban mutuamente. ¿Era esto aún la verdadera escritura?

Ni dejaban de parecerse á los de Egipto los monumentos. En los del Perú no eran tampoco paralelas las jambas de las puertas: los dinteles resultaban más estrechos que los umbrales. Abundaban las pirámides lo mismo en la América central que en la del Norte, y eran tambien sepulcros. En algunas había tambien jeroglíficos. Se diferenciaban de las egipcias en que eran truncadas, se componían de varios pisos, y á la vez que tumbas eran templos; pero se acercaban por lo mismo á otros edificios de Oriente. Recuerda la de Cholula, al decir de Humboldt, la de Belo, de Babilonia, que describió Herodoto.[1]

Reflejábase, por fin, el Asia en el despotismo patriarcal de los incas y la esplendidez de la corte de los aztecas. En China, como en el Perú, el imperio era á la vez social y político: cuidaba no sólo de mantener el órden en los pueblos, sino tambien de asegurar el pan á los súbditos. En el Indostan como en Méjico, desplegaban los monarcas una magnificencia y un fausto que maravillaban á los europeos: deja atrás las descripciones de Marco Polo sobre el Gran Khan de la India la que nos hicieron los españoles de la recepcion de Cortés por Montezuma.

Sé bien que de todas estas analogías, y áun de otras muchas que podría ir enumerando, no cabe inferir en rigurosa lógica que procedan de Oriente ni la poblacion ni la cultura de América; pero ¿quién duda que cabe por lo ménos presumirlo? Puesto que no podemos reconocer autóctonos á los americanos, repito que esta presuncion es justa, y no existe, hoy por hoy, otra más acertada. Habla Humboldt de una inscripcion, al parecer tártara, que se dice encontrada por Verandrier el año 1746 en el Canadá, á 900 leguas al Oeste de Montreal, sentado, como se ha visto, orillas del San Lorenzo, y de unos caractéres grabados en una roca de granito, algo semejantes á los fenicios, que aseguraba haber descubierto un fraile franciscano en el fondo de una caverna, allá en la América del Sur, á siete grados de latitud Norte, entre el pueblo de Uruana y las márgenes Occidentales del Caura.[2] Es verdaderamente de sentir que no lo haya visto por sus propios ojos ni podido responder de que sea cierto.

Lo difícil ahora es presumir cómo y cuándo pasaron los asiáticos al Nuevo Continente. A juzgar por ciertos datos, debieron verificar este tránsito en apartados siglos. En las ruínas del Yucatan han brotado árboles que cuentan nueve piés de diámetro. En los patios de los edificios de la misma península hay ocho y nueve piés de tierra vegetal sobre las losas del pavimiento. En uno de los de Uxmal han desaparecido bajo el paso de las muchedumbres unas tortugas de granito esculpidas en relieve.[3] Muy antiguos deben de ser para que tal su–

[1] Humboldt, *Sites des Cordilleres et Monuments des peuples indigènes de l'Amérique. Pyramide de Cholula.*

[2] Humboldt, *Le même ouvrage. Manuscrit hieroglyphique aztèque, conservé a la bibliothèque du Vatican.*

[3] Waldeck, *Voyage en Yucatan.*

ceda. Si, por otra parte, no conocían los americanos la escritura, ¿no parece lógico sospechar que no la conociesen tampoco sus predecesores?

Sería inútil buscar en la historia la solucion del problema. Si en América abundan las tradiciones, no los documentos. Perecieron en la hoguera muchos de los libros donde los mejicanos y otros pueblos habían consignado sus orígenes y sus vicisitudes. Los pocos que se salvaron aguardan todavía un Champollion que los descifre. Para todos los hechos anteriores á la conquista no tenemos en realidad más que las noticias recogidas de boca de los indígenas por los europeos, y las escasas y compendiosas relaciones que dejaron escritas en nuestros caractéres, y á veces en nuestra lengua, algunos americanos del siglo de Cárlos V. ¡Y son tan pobres y turbias unas y otras fuentes! Cambia la tradicion de cerro á cerro y de valle á valle; y entre dos autores apénas hay conformidad sino en los hechos, ó muy señalados, ó muy modernos.

Veamos, no obstante, qué nos dicen estos inseguros testimonios. Hablan mucho de las tribus que en distintas épocas invadieron el territorio de América, muy poco de las que primitivamente lo poblaron. Fijan, ó por lo ménos dejan entrever, las fechas de algunas irrupciones, pero sólo de las que ocurrieron unos siglos ántes del descubrimiento. Más allá no las señalan sino por las grandes revoluciones por que suponen que pasó la Tierra. Así no bastan de modo alguno para determinar cuándo pudieron establecerse en aquel dilatado continente los primeros hombres. ¿Bastarán siquiera para arrojar luz sobre el resto de la historia?

Tienen grande autoridad todos estos libros cuando hablan del estado político y social en que se encontraban los pueblos de América al ser invadidos por los de Europa; no ya tanta cuando refieren las vicisitudes por que aquellos pueblos pasaron en los anteriores siglos. Sobre todo los de los indígenas abundan en contradicciones, y hasta en contrasentidos; tanto, que un escritor de nuestros dias, gran conocedor de las lenguas del Nuevo Mundo, ha llegado á sospechar, y áun ha pretendido demostrar que algunos encierran en cada una de sus palabras un doble sentido, y son, si aparentemente relaciones de sucesos humanos, real y positivamente historias de la formacion y los trastornos de la Tierra. [1] Estoy léjos de creer que libros enteros hayan sido escritos en equívocos, y mucho ménos que sus autores, ya que desearan ocultar á los ojos del profano vulgo sus ideas, recurriesen á tan extraño medio; pero veo sí algo que no me explico en las groseras contradicciones de que frecuentemente rebosan. Como quiera que sea, sirven, principalmente si se los coteja con las tradiciones recojidas por los europeos, para, cuando ménos, descubrir la marcha general de los acontecimientos en un período de ocho á nueve siglos, en casi todo el que aquí co-

---

[1] Véase el ensayo que con este motivo ha hecho el Sr. Brasseur en su ya citado libro *Quatre lettres sur l'Amérique*. Búsquese, en sus *Pièces Justificatives*, la que lleva por título: *Histoire de la nation mexicaine, MS. en langue nahuatl de l'an* 1576.

nocemos con el nombre de Edad Media. Con unos y otros libros, los de los europeos y los de los indígenas, algo puede ya decirse de la historia antigua de aquel misterioso continente.

Lo que hoy por hoy me parece temerario es quererse remontar á los tiempos del gentilismo, y áun á los primeros de la Iglesia. Si de tan apartados tiempos hallamos alguna que otra noticias en los libros que nos ocupan, son tan vagas y gratuitas, que no pueden ménos de ser desechadas por todo el que no quiera escribir sino lo averiguado y cierto. Los pocos escritores que se atreven á recorrerlos lo hacen, por decirlo así, con las botas de siete leguas de que hablan los cuentos de las hadas; tan áridos los encuentran. Es verdad que los monumentos pueden suplir algun tanto el silencio de los manuscritos; pero ¿quién ha podido ni puede aún determinar el orígen que tuvieron?

Tal vez se le ocurra al lector preguntar si no había en los pueblos cultos de América, como en los del Viejo Mundo, libros sagrados donde vinieran las genealogías y los hechos de los primeros hombres, la manera como éstos se multiplicaron y difundieron por la haz de la tierra, las naciones que fundaron y las revoluciones que sufrieron. Uno hay recientemente publicado en quiché y en francés por el Sr. Brasseur de Bourbourg, que no carece de interés histórico; pero, ademas de ser oscuro y en su mayor parte simbólico, adelanta poco ó nada sobre los ocho ó nueve siglos de que hace poco hablaba. Contiene cuatro partes, y sólo en las dos últimas refiere hechos positivos y concretos. Habla desde la tercera de unos hombres venidos de Oriente, que despues de haber sojuzgado á los quichés, se erigieron en señores de la tierra; y en la lista de los que les sucedieron en el trono hasta que los españoles lo derribaron da sólo catorce generaciones de reyes.

Empieza ese libro llamado *Popol-Vuh* por la creacion del Orbe, y baja sin interrupcion hasta el diluvio; pero al llegar aquí se detiene, con sorpresa del que lo lee, en contar cómo se extinguió la familia de un monarca, por nombre Vukub-Cahix, que decía ser el Sol y la Luna, y tenía un hijo que levantaba, y otro que removía y destruía montañas. Áun despues de esta historia refiere detalladamente una larga lucha entre los matadores de Vukub-Cahix y unos reyes de Xibalba; aquéllos una especie de mágicos que no jugaban á la pelota sin que la Tierra se estremeciese; éstos unos sombríos y terribles emperadores de quienes eran tributarios y agentes príncipes que tenían por oficio, ya volver lívido el rostro de sus semejantes, ya dejarlos como esqueletos, ya ponerles cara á cara con la traicion, ya llevarlos á una inesperada y repentina muerte. Cómo y por qué no perecieran en la universal inundacion todos estos personajes, no lo explica ni intenta explicarlo: se ve claro que los presenta, más que como séres vivos, como símbolos. Concluidas las dos leyendas, pasa sin transicion á la venida de los orientales.

Dice el *Popol-Vuh* que estos son los nuevos hombres creados despues del diluvio; pero áun aquí conserva su carácter simbólico. Los supone formados de maíz, los

llama los hijos de la civilizacion, los presenta venciendo tribus y domando gentes. Si aquéllos eran los primeros hombres, ¿cuándo habian éstos nacido y formado grupos capaces de combatirlos?

El *Popol-Vuh* no contiene, por otra parte, fechas, cuanto ménos un sistema cronológico: no ofrece punto alguno de partida. Si algun cálculo se quisiese hacer, sería preciso tomar por base el tiempo en que vivió el último rey de cada una de las tres casas que en el Quiche se establecieron, y no hay por qué decir si sería aventurado. ¿Ni qué podría, despues de todo, valer un libro resúmen de las tradiciones de pequeñas tribus, recuerdo y sólo recuerdo de otro ya perdido, obra de un autor hasta aquí ignorado, que lo escribió siendo ya católico, y pudo muy bien alterarlo, dejándose llevar, bien de su buena fe, bien de su fantasía? [1]

Para datos cronológicos es indispensable acudir á Méjico, y áun allí son grandes las contradicciones en apartándose mucho de los tiempos de la conquista: áun allí no van poco más allá de ocho ó nueve siglos los tiempos históricos.

No importa que los lleven más léjos hasta algunos de nuestros autores; la verdad es que lo hacen partiendo de conjeturas y dejándose arrastrar por el afan de todos los pueblos en darse un remoto orígen.

Este afan lo sentían los americanos lo mismo que nosotros. Era moderna en el Perú la dominacion de los incas: databa cuando más del siglo XI. La tradicion la hacía arrancar, sin embargo, de los primeros siglos del Mundo: inmediatamente despues del diluvio decía que habían parecido los hijos del Sol en el lago de Titicaca. Los muyscas, nacion que habitaba en la meseta de Bogotá, se creían deudores de su civilizacion á Bochica: aseguraban que les había venido de las llanuras sitas al Oriente de la cordillera de Chingasa cuando la Luna no derramaba todavía su luz sobre la Tierra. Los mismos mejicanos creían que en la segunda edad habían ocupado ya los quinametzin su patria, y en la tercera los olmecas y xicalancas. Decían levantada la pirámide de Cholula por quinamés que se habían salvado de la primera catástrofe. ¿Sería racional tomar en cuenta estas absurdas tradiciones? ¿Lo sería, sobre todo, comprenderlas dentro de los tiempos históricos?

Hago estas indicaciones para que el lector no estrañe que, á pesar de haber prometido escribir la *Historia de América* desde los más remotos siglos, pase de corrida y casi en silencio los muchos que, hoy por hoy, continúan envueltos en las tinieblas. Grandes son los esfuerzos del presente por aclararlos, y quizá no esté léjos el día en que caiga sobre ellos una claridad inesperada: en tanto que no suceda, considero de mi deber ceñirme á los ya esclarecidos por documentos, ó cuando ménos, por repetidos testimonios. Las excelentes obras de nuestros primitivos historiadores de Indias no me han de servir de poco auxilio.

[1] *Popol Vuh, Le livre sacré et les mythes de l'antiquité américaine par L'Abbé Brasseur de Bourbourg* París, 1861. (Véase el apéndice de esta mi primera parte de la *Historia de América*.)

CAPÍTULO II

Oriente de América.—Los linapis.—Testimonios de civilizacion que ya no existen.—Expediciones de los escandinavos.—La Islandia y la Groenlandia: establecimiento en la Groenlandia de Erico el Rojo.—Biarne, hijo de Heriulfo, descubre sin querer el continente americano, recorre la costa del Labrador y llega á Terranova.—Expedicion de Leif el año 1000 de la Era de Cristo: dobla el cabo Cod y entra en la bahía de Mount-Hope.—El aleman Tyrker, uno de los expedicionarios, descubre vides silvestres: Leif regresa con la chalupa cargada de uvas á Groenlandia.—Expedicion de Thorvaldo.—Su lucha con los esquimales en la punta de Gurnet y su muerte.—Expedicion de Thorstein.—Expedicion de Karlsefne.—Relaciones con los indígenas.—Luchas que con ellos se sostienen: valor de Freydisa.—Quiénes eran los esquimales.—Por qué fueron tan infructuosas estas expediciones.—Expedicion de Freydisa.—Europeos en las costas inferiores: desde la bahía de Delaware al golfo de Méjico.—Mayores signos de civilizacion en aquellas costas.—La Florida.—Relaciones con el Oriente de América en los siglos XII XIII y XIV.—Expediciones de los groenlandeses á las regiones árticas.—De dónde tenemos estas noticias.—Monumentos de Massachussets, Rhode-Island y Groenlandia.—Monumentos de la cuenca del Mississipí.

Segun ántes indiqué, no tuvieron igual suerte los pueblos orientales y los occidentales de América. Permanecieron los orientales hasta la época de Colon sumidos en la barbarie. Así, ó no tienen historia, ó, si la tienen, la desconocemos. Sólo de los linapis hay pinturas acompañadas de cantos que nos permiten determinar su cosmogonía y los reyes ó caudillos que los gobernaron.

Los linapis, á juzgar por estos raros documentos, se extendieron del lago Michigan á las márgenes del Ohío, y de las del Missouri y el Mississipí á las playas del Atlántico; habían tenido hasta el primer tercio de este siglo noventa y seis reyes; y creían en la existencia de un Dios, autor de todo lo bueno, y un Espíritu, creador de todo lo malo: las serpientes, los monstruos, los grandes reptiles y todos los animales enemigos del hombre. [1]

Dícese que habían llegado á la escritura jeroglífica otros pueblos ó tribus de

[1] Ha publicado estos cantos C. S. Rafinesqui, en el tomo I de su obra *The American Nations*, publicada el año 1836 en Filadelfia; los ha reproducido Brasseur de Bourbourg al final de su libro titulado *Quatre lettres sur le Mexique*, que vió la luz en París el año 1868. Están divididos en dos series: una que contiene las tradiciones de los linapis y los hechos anteriores al parecer á la llegada de esta tribu á América: otra que habla de los noventa y seis reyes que los linapis tuvieron hasta el año 1820. Consta la primera de tres cantos; la segunda de siete. Véase el núm. 2 del Apéndice.

la misma banda. Lederer aseguraba hace doscientos años haber visto en la Carolina ruedas de sesenta rayos que recordaban los acontecimientos de seis siglos: y nuestro contemporáneo Humboldt habla de símbolos pintados en madera que los jesuítas habían visto en el país de los hurones. Mas no existen, que yo sepa, tan curiosos objetos; y ya que existieran, no bastarían para escribir sobre todo el Oriente de América más de unos renglones como los que acabo de consagrar á los linapis.

Permaneció bárbaro hasta el siglo XVI el Oriente de América, á pesar de saberse de un modo auténtico que ya en el siglo X vió desembarcar en sus costas hombres que procedían de Europa. Ya que otros hechos de su vida no conozcamos, creo conveniente referir aquí este suceso, tanto para consignar de una vez cuanto constituya su historia antecolombiana, como para no verme despues obligado á interrumpir la de los pueblos cultos del Occidente.

Conocían los escandinavos la Islandia cuando ménos desde el año 874. Ocupóla entónces el noruego Ingulfo, y la fueron lentamente colonizando familias de las más opulentas y poderosas del Norte. Recorridas en todas direcciones las aguas que bañaban la isla, no se tardó en descubrir la Groenlandia, que forma ya parte de América. Abordóla el año 986 Erico el Rojo, á quien habían desterrado de Islandia, y se estableció con Heriulfo y otras muchas gentes en Brattalid, lo más al Mediodía. Recibió el puerto en que se estableció el nombre de Eriksfiord.

Biarne, hijo de Heriulfo, se hallaba á la sazon en los mares de Noruega; y, como al volver á Islandia encontrase ausente á su padre, se resolvió á buscarle á pesar de no conocer bien la situacion de Groenlandia. Emprendió tan aventurada expedicion brumoso el cielo y con viento Norte, y tras largos días de viaje, perdido el rumbo, dió con una tierra llana que cubrían grandes bosques y no cruzaban sino algunas colinas. La dejó á babor en cuanto se convenció de que no era aquella la Groenlandia, navegó otros dos días, vió otra tierra del mismo aspecto, siguió bajando con viento Sudoeste, y tres días despues arribó á una isla montañosa y llena de ventisqueros. Retrocedió entónces, y con sólo cuatro días de marchar al Septentrion ganó las playas en que su padre vivía. Acababa de descubrir sin saberlo el continente americano: acababa de recorrer la costa del Labrador y de tocar las orillas de Terranova.

Diez y seis años despues, el año 1000, Leif, hijo de Erico, compró el buque de Biarne, y se embarcó para las nuevas regiones. Se dirigió desde luégo á Terranova, á la que dió el nombre de Hélluland; y, viéndola de suelo ingrato, continuó su viaje hasta que halló otra tierra llana y frondosa en que había muchos bancos de arena y apénas tenían declive las costas. Estaba ya en lo que es hoy Nueva Escocia y él llamó Márkland; y caminando con rumbo al Sur y viento Nordeste, llegó á los dos días al cabo Cod, lo dobló, se entró por la bahía de Mount-Hope y fué á echar anclas en un río que desemboca en la mis-

ma rada y empieza en un lago. Se limitó de pronto á levantar en las márgenes chozas humildes; pero, decidido á pasar allí el invierno, construyó despues verdaderas casas.

Llevaba Leif consigo treinta y cinco hombres, entre ellos el aleman Tyrker, á quien desde su infancia había visto en la casa de su padre. Los dividió en dos secciones que debían por turno guardar la colonia y explorar la comarca. Se ponía no pocas veces á la cabeza de los expedicionarios; y cuando no, les encargaba que no se alejasen mucho dejándose llevar de una imprudente confianza ó de un ciego arrojo. Supo con dolor un dia que había desaparecido Tyrker, y salió precipitadamente á buscarle. Tyrker se le presentó á poco diciéndole que había encontrado viñedos y uvas silvestres. El descubrimiento pareció de tal importancia, que Leif, al asomar la primavera, cargó de racimos la chalupa, de madera de construccion el buque, y se hizo á la vela para la Groenlandia, donde produjo gran sensacion su viaje.

Leif había dado el nombre de Vinland á la region de que venía. Abordóla el año 1002 su hermano Thorvaldo con sólo treinta hombres. Pasó Thorvaldo el invierno en las riberas del mismo rio; y, ya que llegó el verano, mandó en la chalupa gente que navegara más al Mediodía. No supo al otoño sino que había mas allá grandes bosques no léjos de las playas, muchas islas, y sólo en una indicios de poblacion por una granja de madera. Levantó parte del campo al otro año, recorrió el cabo de Cod y la bahía que éste forma al Norte, y al acercarse al promontorio de Gurnet, «hé aquí, dijo á sus camaradas, una hermosa tierra: éste será mi asiento.»

No bien iba á desembarcar Thorvaldo, vió al pié del promontorio tres canoas, cada una con tres esquimales. En lucha con ellos, mató á ocho, pero sin poder evitar que uno se salvara y escapara en su ligero bote. Surgió al punto de la bahía innumerable cantidad de bárbaros, que dispararon sobre el buque millares de flechas. Thorvaldo y los suyos hubieron de levantar barricadas para ponerse al abrigo de los agresores. Los rechazaron al fin, pero despues de herido mortalmente Thorvaldo, quien, al comprender que le iba á faltar la vida, ordenó se le sepultase en aquel mismo promontorio que, como en son de profecía, acababa de escoger por morada. Desconcertados los vencedores, recogieron á los que habían dejado en la bahía de Mount-Hope y se volvieron á Eriksfiord.

Resolvió ir á vengar la muerte de Thorvaldo el tercer hijo de Eurico, Thorstein, y se embarcó el verano de 1005 con veinte y tantos hombres y su mujer Gudrida; pero con tan mala suerte, que anduvo hasta la entrada del invierno errando por el mar sin que acertase á saber dónde estaba. Despues de un largo viaje se encontró al Occidente de la misma Groenlandia, en Lysufiord, donde á poco acabó sus días.

No por esto cesaron las expediciones á Vinlandia. Casó Gudrida, la viuda de

Thorstein, con Thorfinn, por sobrenombre Karlsefne, hombre rico y noble, que acababa de llegar de Islandia con Snorre Thorbrandson, tambien de ilustre cuna. Empeñó á su marido en una nueva excursion, y dió lugar á que se equipase una verdadera armada. Tres buques se destinó entónces á la empresa; uno al mando del mismo Karlsefne y Snorre, otro al de Biarne y de Thorhall y otro al de Thorvaldo, esposo de Freydisa, hija natural de Erico. Llevaban de tripulacion hasta ciento setenta hombres; iban abundantemente provistos de víveres y áun de cabezas de ganado, por llevar sus capitanes el pensamiento de establecerse, si pudieran, en Vinlandia.

Salió la expedicion de Eriksfiord, de donde salían todas, la primavera de 1007. Por Terranova, por Nueva Escocia, por el cabo Cod fué al fin Karlsefne á parar en la misma bahía que Leif, y se situó en lo alto de la playa. Le abandonaron Thorhall y ocho marineros, que se cerraron en que se había de marchar al Sudoeste y fueron, segun se dijo, arrojados por el viento y la tempestad á las costas de Irlanda; pero le siguieron los demas y hallaron acertada la eleccion del sitio para la colonia. Miraron con placer manchada la tierra, aquí de trigo, allí de vides silvestres.

Una mañana Karlsefne y los suyos distinguieron en la bahía gran número de indígenas que iban en canoas. Les hicieron señales de amistad, pero no lograron sino que se les acercasen algun tanto y los contemplasen con asombro. Los vieron á poco remar con prisa en direccion al cabo. No volvieron á verlos hasta la primavera de 1008. Se adelantó entónces Karlsefne á la ribera, y en signo de paz levantó al aire un escudo blanco. Los indígenas, depuesto ya todo temor, entraron con él en relaciones de comercio. Estimaban en mucho el paño rojo y daban en cambio pieles grises. A cambio de pieles habrían comprado tambien lanzas y espadas; pero Karlsefne y Snorre prohibieron á sus gentes que se las vendieran.

Continuó este comercio algunos meses, y habría durado más á no haber ido á interrumpirlo un para nosotros vulgar acontecimiento. Un día que estaban en la colonia los bárbaros, acertó á mugir un toro que allá se había llevado de Groenlandia. Se espantaron en términos, que se precipitaron en sus canoas, huyeron á todo correr por la bahía y no volvieron á parecer hasta el otro invierno, en que iban ya armados y en son de guerra. Desembarcaron entónces dando grandes alaridos, y acometieron con tal ímpetu, que pusieron en retirada á los escandinavos. Los amedrentaron, no tanto con su lluvia de flechas, como con las grandes piedras que les disparaban desde lo alto de una pértiga que hacía las veces de honda. Dió uno de estos proyectiles en la cabeza de Thorbrando Snorrason y le llevó á la muerte.

Retrocedieron los escandinavos por las márgenes del río en que Leif había construído sus casas, y no se rehicieron ni áun á la voz de Freydisa, que les decía: «¿es posible que hombres como vosotros huyan ante un atajo de mise-

rables? Si tuviera yo armas, pelearía mejor que vosotros.» No pararon ni áun al llegar á un bosque en que Thorbrando exhaló su postrer suspiro. Pero Freydisa cogió entónces la espada de Thorbrando, y la blandió, desnudo el pecho, contra los enemigos, les impuso por su valor y su energía, los obligó á bajar á la playa en busca de las canoas, y puso así término á un combate que era para los suyos una vergüenza.

Admiró y ponderó mucho Karlsefne la decision y el arrojo de Freydisa; pero temeroso de que se repitieran y agravaran los ataques, se resolvió á dejar la Vinlandia. Salió el primero para ver si al Noroeste encontraba á Thorhall, y el resto de la expedicion invernó en la inmediata bahía de Buzzards, que está más al Oriente. Partieron los escandinavos para la Groenlandia en la primavera del año 1011, y llegaron á Eriksfiord sin otro acontecimiento de importancia que el de haber encontrado en Nueva Escocia á cinco esquimales y haber cogido á dos, los más jóvenes, para enseñarles su lengua y bautizarlos.

Mas ¿quiénes eran esos esquimales, únicos hombres que los europeos habían visto en las costas de América? Eran de ancho rostro, de grandes ojos, de súcia y desgreñada cabellera, de color negruzco, de ingrato aspecto. No daban valor sino á las pieles de los animales; de lo que les ofrecían los extranjeros aquello estimaban más que ménos servía. No conocían la leche: un día que se la hizo probar Thorvaldo, el marido de Freydisa, la hallaron tan buena, que estaban dispuestos á cambiarla por cuanto llevaban. Vivían aún en cavernas; pero formaban ya cuerpo: iban juntos á la guerra y estaban gobernados por reyes. Los reyes que á la sazon los mandaban, segun refirieron los dos cautivos, eran dos y se llamaban Avaldamon y Valdidida. Como hombres de corazon ya se ha visto lo que esos bárbaros valían: eran agresivos y los espantaba el mugido de un toro: acometían un ejército y luégo se detenían ante una mujer con espada. Como hombres de inteligencia valían ménos.

Desgraciadamente los escandinavos que hasta aquí fueron á Vinlandia nada que yo sepa hicieron por civilizarlos. Faltos de la osadía del conquistador y la perseverancia del colono, aunque por dos veces llevaron ánimo de fijar en ella su asiento, otras tantas al primer cambio de fortuna levantaron tiendas. Es verdad que simples particulares, aunque ricos y poderosos, no podían contar en sus quebrantos ni en sus peligros con la proteccion del Estado; mas ¿consta que la pidiesen? ¿consta siquiera que trajesen de Vinlandia algo con que estimular el celo ó la ambicion de los reyes? Llevaban de allá, segun parece, sólo maderas que acá en Europa vendían á buen precio. De allá traían el *mansur*, especie de acebo de notable hermosura, aquí muy buscado para la fabricacion de ricos muebles.

Con objeto puramente mercantil se hizo todavía por aquellos años otra expedicion á Vinlandia. Promovióla y verificóla esa misma Freydisa, tan animosa contra los esquimales. Ganó al efecto á dos hermanos islandeses. Helga y

Finnboga, que aquel mismo año, el 1011, habían llegado á Islandia en un buque de Noruega. Fué con su marido y ellos á la bahia de Leif bajo la condicion de repartirse por mitad los productos del viaje; y, ya que allí estuvieron, ganada por la codicia, indujo á su esposo á deshacerse de los dos hermanos y de la gente que los acompañaba. Á manchar con uno de los más negros delitos aquellas apartadas tierras fué la última correría de los escandinavos por Vinlandia. [1]

Fué al parecer más beneficiosa para América la llegada por aquellos mismos años de algunos europeos á las costas inferiores, á las que van desde la bahía de Delaware al golfo de Méjico. Se sabe positivamente que en aquellas costas, acaso en las de la Florida, fué á parar el año 983, á impulsos de una tempestad, Are Marson, jefe de los reykianes en Islandia. Allí es probable y casi cierto que fuese á dar años despues, el 999, Biorn Asbrándson, el apasionado amante de Thurida de Frodo, que perseguido por su adulterio, hubo de abandonar la Islandia sin dar á nadie cuenta del lugar á que se dirigía. Fué allá en 1027, empujado por vientos constantes del Nordeste, Gudleif Gudlángson, hermano de Thorfinn, que había salido de Dublin con rumbo al Norte; y refirió á su vuelta que, atacado y cautivo por los indígenas, debió la vida á un hombre entre ellos de mucha autoridad, que se presentó acompañado de numeroso séquito, le habló en su lengua, le preguntó al saberle islandés por muchas personas de su país, principalmente por Thurida de Frodo, y terminó por darle, sin querer nunca decir quién fuese, una espada y un anillo con encar-

---

[1] Estas expediciones en nada disminuyen á mis ojos el mérito de Colon. No diré que las desconociese del todo, puesto que estuvo en Islandia, donde algun recuerdo había de quedar de tan aventuradas empresas; pero sí que las supiese con certeza capaz de decidirle á buscar durante años para continuarlas el apoyo de los reyes de Europa. Si así hubiese sido, por el Noroeste y no por el Occidente habría dirigido sus naves. Ni habría dicho, como dijo, que iba simplemente á descubrir por un nuevo derrotero la India. Habría hablado desde luégo de nuevas y desconocidas tierras.

El mérito de Colon está por otra parte no tanto en haber encontrado la América, cosa que no buscaba, como en haber partido de una hipótesis científica para lanzarse al través del Océano, entónces objeto de terror para las gentes, con ánimo y con la casi seguridad de llegar por él al extremo Oriente. Hipótesis era entónces, como he dicho, la redondez de la Tierra, y se necesitaba á la verdad gran fe en la ciencia para determinarse por una mera hipótesis á tan peligroso viaje.

Colon, ademas, no lo emprendió sólo para ensanchar el conocimiento geográfico del Mundo; lo emprendió con el deliberado y firme propósito de colonizar las tierras que encontrase y gobernar á los que las poblasen. Por esto exigió de los Reyes Católicos ántes de su partida que le nombrasen Almirante del mar Océano y Virey y Gobernador de cuanto descubriese. Llevó este propósito, y lo cumplió, cosa que, como ve el lector, no supieron hacer los escandinavos. Fué no sólo el descubridor sino tambien el primer colonizador y el primer conquistador de América.

No, no amenguan bajo ningun concepto la gloria de Colon estas expediciones de los siglos medios; despues de todo infructuosas. No sin razon los pueblos le enaltecen más y más á cada siglo que pasa. La Iglesia ha tratado en estos últimos años hasta de santificarle, la nobleza española de levantarle en Madrid una estátua. La poesía derrama siempre nuevas flores sobre el sepulcro de tan grande hombre.

go de entregar el anillo á Thurida, la espada á Kiartan, precisamente el hijo adulterino de Biorn Asbrándson.

Biorn siquiera hubo de civilizar algo las tribus de aquellas costas; tal vez Are Marson hubiese ya dado principio á tan difícil empresa. Segun los documentos sobre que escribo, los esquimales de Vinlandia decían ya que enfrente de su tierra había otra donde los hombres se vestían de blanco, llevaban en lo alto de unas pértigas unos paños de colores y cantaban. Los indios chawannos, que hace más de un siglo emigraron de la Florida y se hallan hoy establecidos en el Ohío, dicen ser fama entre ellos que hubo un tiempo en su antigua patria un pueblo blanco que se servía de instrumentos de hierro. De la Florida se susurraba en la América Central que les habían venido los primeros civilizadores.

La verdad es que aquellas tribus, las de la Florida sobre todo, sin ser cultas como los pueblos del Perú y de Méjico, llevaban gran ventaja á las que acabamos de encontrar en Vinlandia, á juzgarlas por la manera como las vieron en el siglo XVI algunos de nuestros historiadores de Indias. El Inca Garcilaso de la Vega dice que no tenían ídolos, supersticiones ni sacrificios; que adoraban principalmente el Sol y la Luna; que sus templos eran los sepulcros de sus mayores y colgaban á las puertas los trofeos de sus victorias; que aborrecían y miraban con horror el canibalismo; que no casaban sino con una mujer y sólo sus caciques podían tener concubinas; que cubrían con pañetes de gamuza lo que la honestidad exige y llevaban ceñidas al cuello mantas de finas y olorosas martas; que usaban á más del arco, de tanta altura como su cuerpo, la pica, la partesana, la honda, todas las armas hasta entónces conocidas, á excepcion del arcabuz y la ballesta; circunstancias que á no dudarlo revelan notables progresos. [1] No cabía decir tanto de todas las tribus de la Florida; pero sí de algunas, como se verá más tarde.

No fué mayor la influencia de los europeos en la América del Norte, porque aquí como en Vinlandia, no sólo no dispusieron de la fuerza ni de los tesoros de ningun Estado, sino que tampoco establecieron con su respectiva patria relaciones de ningun género. Los que estaban de la bahía de Delaware abajo vivieron abandonados del resto del Mundo; los que se establecieron en Vinlandia nada ni á nadie dejaron al levantar su campo. Tengo para mí sin embargo que en Groenlandia quedaron recuerdos de tan aventurados viajes, y áun en Europa no se los perdió del todo. El año 1121 se sabe que fué á Vinlandia el obispo groenlandés Eurico; el 1285 que llegaron á una tierra nueva, probablemente Terranova, los sacerdotes islandeses Adalbrando y Thorvaldo; el 1347 que diez y siete hombres partieron de Groenlandia en un solo buque para Márkland, la Nueva Escocia.

Garcilaso de la Vega.—*Historia del adelantado Hernan de Soto,* lib. I, cap. IV.

Quedó definitivamente ganada para el Viejo Mundo sólo la Groenlandia. La colonia allí establecida subsistió siglos, se multiplicó y difundió por la costa, y llevó muy hácia el Polo sus descubrimientos. Tenían aquellos colonos la costumbre de trasladarse en verano al Noroeste: iban á Grespar y áun á la isla de Kingiktorsoak, segun manifiesta una inscripcion rúnica que allí se encontró en 1824. El año 1266, bajo los auspicios de unos eclesiásticos del obispado de Gardar, emprendieron un viaje de exploracion por las regiones árticas, del que afortunadamente nos da noticias una carta escrita por el sacerdote Halldor á otro por nombre Arnaldo, capellan de Magnus Lagabaeter, rey de Noruega. Por las indicaciones que en ella se hacen se viene en conocimiento de que llegaron á los 75° 46 de latitud boreal, un poco más al Norte del estrecho de Bárrow.

Conocemos hoy todas estas expediciones por los preciosos documentos que ha recogido en nuestros mismos tiempos Cárlos Christiano Rafn y ha publicado en Copenhague con el título de *Antigüedades Americanas* la *Sociedad Real de Anticuarios del Norte*. Forman parte de esta coleccion no sólo vetustas relaciones y crónicas, sino tambien lápidas y monumentos encontrados, ya en las orillas de Groenlandia, ya en Massachussets y Rhode-Island, teatro de las excursiones de Leif, Karlsefne y Freydisa; y es entre ellos notabilísimo el de Massachussets. Consiste en una roca grabada, sita al Oriente de la embocadura del Taunton, precisamente de aquel río por cuyas márgenes perseguían los esquimales á los hombres de Karlsefne. Contiene caractéres que parecen rúnicos y unas figuras bárbaras como no estamos acostumbrados á verlas ni áun en las obras más rudimentarias del arte. Qué fuese ni qué significase no pudo ni sospecharse en mucho tiempo; hoy convienen los americanos en que no es obra de sus mayores y se inclinan los europeos á que lo es de los escandinavos. En Suecia se han encontrado monumentos análogos: los hay tambien en Islandia.

Pero los escandinavos adelantan más en sus conjeturas. Á fuerza de copiar y estudiar la roca han llegado á ver en ella la historia entera de la expedicion de Karlsefne: la llegada de los navegantes; el número de los que allí se establecieron; la imágen del caudillo, la de su mujer Gudrida y áun la de Snorro, un hijo que en tan apartadas tierras tuvieron; el escudo que Karlsefne levantó como signo de paz cuando vió por segunda vez á los esquimales; el toro que los espantó; la desgraciada lucha que con ellos hubo. Ver es; y con todo no se puede ménos de confesar que algo dice aquel peñasco. No por vano pasatiempo graba el hombre en materia tan dura como el granito.

Lo notable es que presentan el mismo carácter los monumentos de Rhode-Island. Son tambien rocas grabadas, llevan signos de la misma índole, los tienen distribuídos con igual desórden. Son tambien á la vez escritura figurada y fonética. La semejanza es tal, que no cabe dudar de que sean obra de

una misma época y un mismo pueblo. Desgraciadamente están ya en parte borrados por la accion del tiempo: podríamos, de no, esperar que se descubriese algun día una clave segura para descifrarlos. Tres hay en Portsmouth, otros tantos en Tivérton.

Los de Groenlandia no ofrecen ya tantas dificultades. Son lápidas grabadas en caractéres marcadamente romanos ó marcadamente rúnicos. El más difícil y tambien el más importante es el ya citado de Kingiktorsoak, en rúnico puro, que habla de unas lindes puestas el año 1134 por Erlingo, Biarnio y Tindridio, probablemente en señal de ocupacion de la isla. Acreditan todos la larga permanencia de los europeos en aquellas regiones durante la Edad Media.

Otro órden de monumentos hay en la parte oriental de América, que no son para echados en olvido. Principalmente en la cuenca del Mississipí, ya orilla de los ríos, ya en dilatados valles, se levantan aquí túmulos, allí vastas fortificaciones, que imponen por su extension y su grandeza. Unos atrincheramientos hay en las márgenes del Missouri, altos de 1,82 á 3,64 metros, que miden hasta 23 de profundidad en su base y encierran más de 200 hectáreas de territorio. Un túmulo hay en la ribera meridional del Ohío, que es un cono truncado de más de 24 metros de altura y en su cumbre de más de 48 de circunferencia. Abierto horizontalmente, se encontro que no contenía sino dos tumbas con otros tantos esqueletos y unos groseros utensilios. [1]

Estos monumentos no es ya posible atribuirlos á los escandinavos que en el siglo XI bajaron á Vinlandia. Ni estuvieron allí tanto tiempo los hombres de Leif y de Karlsefne que pudieran llevar á cabo tan grandes obras, ni eran tantos en número que necesitaran de tan prolongadas cercas, ni se sabe que llegasen á las orillas del Missouri ni á las del Ohío. Hasta en el Canadá se han descubierto por otra parte campos atrincherados como el del Missouri. ¿Habran sido entónces estos monumentos obra de los indígenas? No se sabe de tribu alguna que fuese capaz de levantarlos. Como dice la Sociedad Histórica de Rhode-Island, requerían esas fortificaciones para su construccion un grado de industria, de trabajo y de conocimientos, así como un adelanto en las artes, que no poseyeron ántes de la conquista los moradores de aquella parte del Continente. [2]

El orígen de estos monumentos es uno de tantos enigmas de la historia de América. La opinion hoy por hoy más probable es que los hizo alguno de los muchos pueblos que invadieron el Occidente. Fué lenta la marcha de todas estas razas, así cuando entraron como cuando salieron. Se detenían años y

---

[1] Gallatin. *Notes on the semi-civilized nations of Mexico.*—Schoolcraft. *Observations respecting the Grave-Creek-Mount in Western Virginia, in the transactions*, etc., vol. II.

[2] *Antiquitates Americanæ.—Monumentum vetustum in Massachussets.*

años en una comarca: no solían dejarla sino acosados por el hambre ó por sus enemigos.

Pobre encontrará sin duda el lector la historia antecolombiana de esta banda oriental del Nuevo Mundo. No tengo otros datos que ofrezcan alguna autenticidad y no he de llenar el vacío con fábulas. Advierto que guardo para el libro II hablar detenidamente de las creencias, las instituciones, los usos y las costumbres, tanto de las tribus bárbaras como de las naciones cultas.

CAPÍTULO III

Dificultades para escribir la historia de los pueblos de Occidente.—Necesidad de dividirlos en dos grupos.—Cuestion de fechas.—Ineficacia de los monumentos artísticos para aclarar los antiguos tiempos.—Primeras gentes de que hablan las tradiciones de Méjico: los quinames ó quinametzin, los olmecas, los xicalancas, los zaotecas.—Entrada de los chichimecas y fundacion de su imperio.—Los toltecas, tribus de los chichimecas.—Su independencia, su guerra con las demas tribus; su expulsion; su peregrinacion por Méjico.—Llegada de los toltecas á Tulanzingo; fundacion de Tula.—Comarcas ocupadas por los chichimecas.—Establecimiento de la monarquía en Tula.—Dudas introducidas por Brasseur de Bourbourg sobre esta parte de la historia.—*Códice Chimalpopoca* y *Memorial de Colhuacan*.—Nauyotzin, primer soberano de Tula.—Reyes de Quauhtitlan y Colhuacan.—Relaciones entre las tres monarquías.—Revueltas en Quauhtitlan.—Conquistas de los reyes de Colhuacan Mixcohuatl Mazatzin y Mixcohuatl Camaxtli.—Asesinato de Mixcohuatl Camaxtli y entrada de Huetzin, rey de Tula, en Colhuacan.—Confederacion de los reinos de Tula, Colhuacan y Otompan.—Quetzalcoatl.—Contradicciones sobre este personaje.—Influencia que ejerció sobre los pueblos de América.—Su orígen; su historia.—Su reinado en Tula.—Su caida.—Su retirada.—Su establecimiento en Cholula.—Tetzcatlipoca baja contra él y Quetzalcoatl se retira, desapareciendo en Guazacoalco.—Quetzalcoatl conocido en Yucatan y el país de los Quichés.—Votan.—Consecuencias de la fuga de Quetzalcoatl.—Tri nfos y derrota de Tetzcatlipoca.—Nauhyolt, rey de Tula

GRANDE es mi perplejidad al emprender la historia de las antiguas naciones de Occidente. Me parece, en primer lugar, dificilísimo hacerlas marchar todas á la vez, cuando por las noticias que hasta aquí tenemos vivieron vida aparte y estuvieron sin relacion alguna las que ocupaban la América del Norte y las que se constituyeron en la del Mediodía. Se empieza hoy á sospechar si los toltecas, pueblos septentrionales, bajaron al Perú, y hasta se establecieron á no gran distancia del Cuzco; pero es, en mi sentir, pequeño indicio para tanto el aire de parentesco que se observa entre la puerta monolita de Tiaguanaco y las suntuosas ruínas de Guatemala y Méjico. [1] Mayores semejanzas veo entre determinadas creencias y costumbres de unas y otras naciones, y no las considero bastantes ni áun para suponer que conociera el Sur la civilizacion del Norte.

En mi opinion, para escribir con alguna claridad la historia de todas estas naciones, es indispensable dividirlas por lo ménos en dos grupos; comprender

[1] *Lettre sur les antiquités de Tiaguanaco*, par S. Angrand, extraite de la *Revue Générale de l'Architecture et des Travaux Publics* de París.

en el uno las que hubo desde las márgenes del Gila al istmo de Panamá, y en el otro las que florecieron del istmo á Chile. Áun así han de ser inmensas las dificultades. Sin más que fijarse en los idiomas y los monumentos, cree uno encontrar abismos, no ya tan sólo entre las tan remotas como las de Nicaragua y Méjico, sino tambien entre las tan próximas como las de Yucatan y Guatemala. Entre la lengua maya y la tzendal no hay más puntos de contacto que entre la mejicana y la quichúa; entre los palacios de Uxmal y los de Palenque no hay ménos distancia que entre los templos del Anahuac y los del lago de Titicaca.

No ofrece ménos dificultades la cuestion de fechas. A pesar del ingenioso sistema cronológico de que disponían las más de estas naciones, no cabe hoy por hoy determinar ni siquiera cuándo ocurrieron las cosas de más importancia. Los penosos y concienzudos trabajos de Boturini, de Veytia, de Gama, de Humboldt no han bastado á fijar todavía la manera de entender el calendario de los aztecas. Ha dado el editor de Veytia en el primer tomo de la *Historia Antigua de Méjico* la concordancia de los años mejicanos con los nuestros desde el del nacimiento de Cristo hasta el 1521, en que se apoderó Cortés del imperio de Montezuma. Mas ¿quién puede asegurar que sea cierto su punto de partida? Trabajaba Veytia sobre Boturini, y difería de él nada ménos que sobre los signos por donde empezaban á contar los aztecas las cuatro indicciones de su ciclo. [1] Así apénas hay dos autores que pongan en una misma fecha un mismo acontecimiento.

Una el lector á esto las frecuentes contradicciones que, segun dije en el primer capítulo, se observan sobre el fondo mismo de los hechos, así entre los autores europeos como entre los indígenas, y verá si con razon estoy perplejo. La oscuridad que reina sobre aquellos tiempos es todavía grande, y poco ménos que invencible; la tarea de disiparla, tan espinosa como ingrata. En vano vuelvo los ojos á los monumentos del arte. Son muchos tanto ó más enigmáticos que los jeroglíficos. Sirven sólo para mayor desesperacion del que escribe. Desespera efectivamente ver, por ejemplo, en las necrópolis de Mitla y en los palacios de Palenque las huellas de civilizaciones que pasaron y de razas que desaparecieron, y no acertar á descubrir ni áun entre las vagas sombras de la tradicion y el mito quiénes pudieron lanzar al aire tan gigantescas moles, adornadas las unas de ricos y elegantes mosaicos en relieve, cubiertas las otras de gallardas figuras de estuco, reflejo de un estado social de que no quedaban recuerdos en los tiempos de la conquista. ¿Por qué de extrañas y sangrientas revoluciones no habrá pasado la humanidad en América, cuando hace más de tres siglos se habia ya extinguido hasta la memoria de los pueblos que habían levantado tan estupendas obras?

Las primeras gentes de que hablan las tradiciones de Méjico son los quina-

[1] Veytia, *Historia Antigua de Méjico,* cap. V.

metzin, hombres de elevada estatura, que fueron á establecerse en las orillas del Atoyac, río que corre entre Cholula y Puebla; las segundas, los olmecas, los xicalancas y los zapotecas, que despues de haber caído bajo el yugo de los quinamés, convidaron un día á sus señores, los embriagaron, con las armas que les quitaron les dieron muerte, y dueños ya del país, lo poseyeron en paz y ventura por largo tiempo. De dónde procediesen los quinametzin, no lo escribe sino Veytia, que hace á todos los invasores de América descendientes de siete familias que vinieron de Tartaria. De los olmecas y los xicalancas se dice que bajaron de Oriente en canoas, y desembarcaron primero en Pánuco, despues en las costas al Occidente de Yucatan, desde donde se corrieron á Méjico. En Yucatan se hablaba tambien de unos extranjeros que allá en remota época habían descendido de Oriente; y tambien á gigantes se atribuían templos que, como los de Izamal y Mérida, tenían gradas de dos palmos de altura. [1]

Segun ántes indiqué, creían los mejicanos del tiempo de la conquista que el Mundo había pasado ya por cuatro edades, ó lo que es lo mismo, por cuatro revoluciones de la naturaleza. Ponían en la segunda á los quinametzin, en la tercera á los xicalancas y los olmecas. En la cuarta hacían venir á los chichimecas del Occidente, y los pintaban acampados en lo más septentrional de Méjico, en las márgenes del Gila ó del río Colorado. No eran éstos al parecer un solo pueblo, sino un conjunto de tribus, si todas de un mismo tronco, de muy diverso carácter. Fundaron, se dice, la ciudad de Huehuetlapallan y la hicieron cabeza de su Imperio.

Los chichimecas eran generalmente bárbaros. Andaban medio desnudos, vestían pieles de fieras, se alimentaban de frutas silvestres y de los productos de la caza; vivían en cuevas, ó naturales, ó abiertas en los montes. Tenían su organizacion y áun su monarca; pero casi autónomas las tribus y mandadas por caciques. Distinguíanse entre todas por su mayor cultura las de los toltecas, que conocían ya la agricultura y algunas artes, eran de dulces y suaves costumbres, seguían con inteligencia el curso de los astros y rendían á Dios un culto ménos sangriento. [2] De ellos se dice que reunieron hace ya veinte siglos á sus astrónomos para la reforma del calendario; de ellos que no tardaron en declararse independientes de los emperadores de Huehuetlapallan é hicieron de Tlachicatzin la capital de su República.

Se ignora si esos toltecas permanecieron muchos años en Tlachicatzin, ni

---

[1] Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, cap. XII.—Fr. Diego López de Cogolludo, *Historia del Yucatan*, lib. IV, cap. III.—Landa, *Relacion de las cosas de Yucatan*, cap. XLII.—Fernando de Alba Ixtlilxochitl, *Historia de los chichimecas*, parte 1.ª, cap. I.

[2] Bernardino de Sahagun, *Historia universal de las cosas de Nueva-España*, lib. X, cap. XXIX.—Ixtlilxochitl, *Historia de los chichimecas*, parte 1.ª, cap. III.

si fué absoluta su independencia. Se asegura tan sólo que andando el tiempo se pusieron en guerra con las demas tribus, y vencidos y arrojados de su patria, emprendieron á fines del siglo VI de Cristo una larga peregrinacion, que duró cien años. La emprendieron, al decir de muchos historiadores, con sus mujeres, ancianos y niños, con siete capitanes por jefes, con un sacerdote por consejero y guía. Andaban unos días y descansaban; en la estacion que ménos paraban tres años. Ni las abandonaban jamas completamente: solían dejar en cada una cierto número de familias. Tampoco seguían siempre un mismo rumbo: ya iban por la costa del mar, ya la dejaban: ya se dirigían á Levante, ya á Poniente; ya avanzaban, ya retrocedían. Daban á veces con ríos y brazos de mar y los atravesaban en barcas. Refiere Veytia una por una las etapas de tan dilatado viaje, y asevera haberlas visto consignadas en antiguas pinturas jeroglíficas. [1]

Segun los cálculos de este autor, que distan bastante de los de Ixtlilxochitl, llegaron los toltecas á Tullantzingo, hoy Tulanzingo el año 697. Al entrar allí, dicen el mismo Ixtlilxochitl y Torquemada, recordaron que hacía dos ciclos, es decir, 104 años, que habían salido de su patria. No tardaron, con todo, en abandonarlo. A los diez y seis años, el 713, volvieron á ponerse en marcha con direccion á Occidente, y acamparon junto al pueblo de Xocotitlan, en las riberas de un humilde río. Convidados por la dulzura del clima y la fertilidad de la tierra, fundaron allí la ciudad de Tullan, hoy Tula. No era ya su ánimo cambiar de asiento: hicieron sus casas de lodo y piedra. [2]

Tulanzingo y Tula todavía conservan memoria de lo que fueron. Está la una treinta leguas al Nordeste de Méjico; la otra catorce al Norte. Cuando la conquista había aún en la primera un templo llamado Vapalcalli, tajado en piedra y peña; en la segunda unas culebras en forma de pilares, abajo la cabeza, arriba la cola y los cascabeles. [3]

Se fijaron, por fin, los toltecas en Tula, y de allí se derramaron por el valle de Méjico. Probablemente no sin lucha, que áun quedaban en aquel país restos de los olmecas, los zapotecas y los xicalancas, y lo tenían ocupado en parte los chichimecas. Los chichimecas, segun parece, no habían permanecido ociosos durante la peregrinacion de los de Tula. Ganadas algunas de sus tribus por el espíritu de rebelion é independencia, habían invadido el Anahuac [4] y

---

[1] Veytia, *Historia Antigua de Méjico,* cap. XXI y XXII.

[2] Ixtlilxochitl, *Historia de los chichimecas*, parte 1.ª, cap. II.—Torquemada, *Monarquia Indiana*, lib. I, cap. XIV.—Segun Ixtlilxochitl, entraron los toltecas en Tullantzingo el año 543, si nos atenemos á sus *Relaciones*, parte 1.ª, rel. 2.ª; el año 502, si nos atenemos á su *Historia de los chichimecas.*

[3] *Sahagun,* lib. X, cap. XXIX.

[4] Toman algunos autores la palabra *Anahuac* como sinónimo de Nueva-España; otros entienden que abraza toda la tierra comprendida entre los dos Océanos. No comprendo aquí bajo el nombre de *Anahuac* sino el territorio que ocupan hoy los Estados de Querétaro, Méjico, Veracruz, Tláscala y Puebla.

tomádolo, donde no de grado, por fuerza de armas. Unos, los mixcohuas, se habían hecho señores de los lagos; otros se habían establecido en la provincia de Quauhtitlan; otros, los otomíes, se extendían de Querétaro á Tulanzingo.

Ya en Tula los toltecas, cambiaron, segun todos los historiadores, de forma de gobierno. Venían, como indiqué, regidos por siete capitanes, que los mandaban alternadamente; eligieron ahora un rey y constituyeron una monarquía hereditaria. Hiciéronlo, se dice, movidos por el afan de reconciliarse con los chichimecas, entre los cuales se conviene que fueron á buscar su primer soberano.

Sobre quién éste fuera, sobre los sucesores y las leyes de sucesion que se dictaron, sobre el carácter y la marcha del reino, había hasta aquí bastante acuerdo entre los escritores; Brasseur de Bourbourg ha venido cuando ménos á sembrar la duda sobre tan importantes hechos. El primer rey había sido para todos Chalchiuhtlanetzin ó Chalchiuhtlatonac, hijo, segun Veytia, de Icauhtzin, emperador de los chichimecas. Las leyes de sucesion estaban reducidas á que nadie pudiera ser rey por más de un ciclo; el que viviera más, entregara la corona á su heredero; y si por acaso alguno muriera ántes, miéntras no venciese el término gobernasen los ancianos. La monarquía, por fin, había gozado de paz y de ventura hasta la época de sus últimos reyes, y se había engrandecido más por la influencia de la civilizacion que por las armas. Se observaban algunas variantes en la genealogía real, pero de escasa monta.

Brasseur de Bourbourg, fundándose en nuevos códices, sostiene ahora que la monarquía de los toltecas fué, por lo contrario, ruidosa y turbulenta; que no creció sino domando por la fuerza las tribus que ya entónces poblaban aquel suelo, unas extranjeras, otras indígenas; que no hubo las referidas leyes de sucesion, calificadas con justicia de extravagantes por Clavígero; que no fué Chalchiuhtlanetzin, sino Nauhyotzin, el primer rey de los toltecas. ¿Estará en lo cierto? El *Códice Chimalpopoca* [1] y el *Memorial de Colhuacan* [2] que le sirven de guía no tienen como documentos históricos más ni ménos valor que todos los escritos en el idioma de los indígenas. Conoció Ixtlilxochitl el *Códice Chimalpopoca*, tanto, que lo copió de su mano; y no lo siguió ni en su *Historia de los chichimecas*, ni en sus demas libros. Pero contienen ambos

---

[1] Contiene este códice una historia de los reinos de Colhuacan y Méjico escrita en lengua nahuatl, la historia de los Soles y algunos fragmentos. La de los dos reinos empieza por lo ménos en el año 751 de Jesucristo. Forma tan importante documento parte de la coleccion del mismo Brasseur de Bourbourg y de la de Boturini.

[2] El *Memorial de Colhuacan* es un conjunto de historias originales de Colhuacan, Méjico y otras provincias, escritas en nahuatl por Domingo Chimalpain. Empieza en el año 4 de Jesucristo y alcanza hasta el 1591. Tiene grandes lagunas hasta llegar al año 699. Forma parte de la coleccion de M. Aubin y tambien de la de Boturini.

documentos noticias más verosímiles, y esto los reviste de grande autoridad á mis ojos. Detallan más, dan más nombres, más fechas, explican mejor los orígenes de reinos despues célebres. Los seguiré, sin privarme de los datos que suministran los demas documentos.

Fundáronse, á lo que parece, por aquellos tiempos tres monarquías: una en Colhuacan, de que fué Nauhyotzin el primer soberano; otra en Quauhtitlan, de que lo fué Chicon-Tonatiuh; y otra en Tula, de que lo fué Mixcohuatl Mazatzin, á la vez rey y pontífice. Hubieron de empezar estos monarcas por emplear sus armas contra la aristocracia. Se negaban á reconocerlos por sus reyes los que hasta entónces les habían sido iguales.

Áun ántes de haberse explícitamente confederado se respetaban las tres monarquías y se prestaban apoyo. Guerras exteriores no las sostenían sino con las tribus que les disputaban las fronteras, ó bajaban como torrentes de las comarcas del Norte. Contra todas estas tribus debieron de pelear bravamente: muchos de sus caudillos fueron despues elevados á la categoría de dioses. Señal evidente de que estamos aún, no en los tiempos históricos, sino en los tiempos heróicos de América.

La union de las tres monarquías fué al parecer tal, que al morir Nauhyotzin en Colhuacan le sucedió Mixcohuatl Camaxtli, hijo del rey de Tula, y al morir Mixcohuatl Mazatzin le sucedió en Tula uno llamado Huetzin, cuyo orígen se ignora. La monarquía ménos dichosa fué, segun el Códice, la de Quauhtitlan, cuyo segundo rey, Xiuhel, murió de muerte airada. Alzáronse los pueblos indígenas, y los chichimecas se vieron en la precision de recogerse en las alturas. Habría probablemente perecido Quauhtitlan, si por indicacion de Xochitzin, una como profetisa, no se hubiese nombrado rey á Huactli, jóven de valor y de energía, á cuya voz bajaron desde el lago de Chapala enjambres de chichimecas.

Mixcohuatl Mazatzin extendió su conquista por todo el valle de Méjico: no se estrelló sino en Cuitlahuac, que estaba casi enfrente de Colhuacan, en la parte pantanosa de los lagos. Mixcohuatl Camaxtli, su hijo, á quien se conocía con los nombres de Totepeuh y Nonohualcatl, llevó ya sus armas al otro lado de los montes. No solo tomó á Cuitlahuac; bajó al Mediodía de Popocatepetl y al territorio de Tláxcala y Huexotzingo, ciudades que, segun algunos, le deben su orígen. Murió desgraciadamente en Cuitlahuac á manos de los nobles, que no habían podido acostumbrarse aún al yugo de la monarquía.

Los nobles no lograron, con todo, su objeto gracias á la decision de Huetzin, que bajó al momento de Tula á Colhuacan é impidió la disolucion del Reino. Ocurrió aquí un cambio de coronas. Huetzin pasó á ser rey de Colhuacan, y un Ihuitimal lo fué de Tula. Acontecía esto á mediados del siglo IX. Por aquel mismo tiempo, el año 856, se dice que se confederaron explícita y abiertamente los dos reyes y el de otro Estado, por nombre Otompan, sobre el cual

había hasta aquí el Códice guardado silencio. Qué fuese del reino de Quauhtitlan no lo refiere nadie: dónde estuviese el de Otompan se conjetura. ¿Comprendería, se pregunta, los dominios que constituyeron más tarde el de Tezcuco?

La confederacion, se dice, fué obra, no sólo de los reyes, sino tambien de los ancianos de las tres monarquías. Reunidos todos en una como asamblea, convinieron en dar al soberano de Colhuacan el título de *Tlatocat-Achcauh*, que equivale al de emperador, y significa el primero de los reyes. Cada rey había de continuar siendo, así en lo religioso como en lo civil, la autoridad suprema de su Estado; sólo en los intereses comunes deliberar con los otros y someterse á las resoluciones de la mayoría. Las leyes de sucesion habían de ser iguales en las tres naciones: el primer sucesor el primogénito, el segundo el segundo génito, el tercero el hijo del primogénito, el cuarto el hijo del segundogénito, y así sucesivamente. El heredero de la corona debía en cuanto llegase á la mayor edad ejercer el cargo de generalísimo; si no lo desempeñase bien, no podía subir al trono.

Aquí, segun el Códice, entra en accion un hombre de los más celebres y misteriosos que presenta la historia: Quetzalcoatl ó Quetzalcohuatl, uno de los civilizadores de América. Difícilmente se pueden dar sobre ningun otro personaje noticias más contradictorias. Se le hace generalmente tolteca; pero no falta quien le ponga con los olmecas y los xicalancas. Unos se esfuerzan por ver en él á Santo Tomás, y le llevan al Nuevo Mundo en el primer siglo de la Iglesia; otros le suponen el último rey de Tula. Quién le dice Dios, quién hombre: quién monarca, quién pontífice; quién hechicero, quién santo. Se le da por todos un mismo fin, pero no por todos un mismo orígen.

Lo que nadie niega ni pone en duda es la influencia que este sér ejerció sobre la cultura de aquellos antiguos pueblos. Quetzalcoatl, se dice unánimemente, les enseñó á mejorar el cultivo de la tierra, fundir el oro y la plata, tallar las piedras preciosas, tejer el algodon y la pluma, curtir y adobar las pieles, construir puentes y calzadas y levantar los más suntuosos monumentos; los exhortó á moderar las pasiones, domar la carne por el ayuno, purificarse por la penitencia y hacerse propicia la divinidad por la oracion y el sacrificio de la propia sangre; los apartó de inmolar á Dios víctimas humanas, y los inclinó á no darle en ofrenda sino perfumes, flores, frutos, pan de maiz, mariposas, ó cuando más, serpientes y gamos; les ablandó, por fin, el corazon, y les suavizó las costumbres.

¡Cómo tanta identidad de opiniones sobre los hechos de Quetzalcoatl, y tanta variedad sobre Quetzalcoatl mismo? Figuraba de muy antiguo en la mitología tolteca un Quetzalcoatl, dios de los vientos, que barría el camino á Tlaclloc, dios de las lluvias: se le adoraba á veces como supremo señor del Mundo. El sacerdote de aquella divinidad llevaba tambien el nombre de Quetzalcoatl, como dice Sahagun en su *Historia universal de las cosas de Nueva España*. Se confun-

dió al Quetzalcoatl dios con el Quetzalcoatl hombre, y de aquí las contradicciones entre los cronistas. El Quetzalcoatl que nos ocupa pudo, por otra parte, ser á la vez sacerdote y rey, como se ha visto que lo eran todos los monarcas toltecas; hechicero y santo, como lo son en ciertos períodos históricos cuantos se elevan sobre el nivel de los demas hombres.

En otra circunstancia convienen aún muchos historiadores de América: en atribuir á Quetzalcoatl un orígen extraordinario. No falta quien se lo dé muy semejante al de Cristo. Había en Tula, dicen, una vírgen llamada Chimalman que tenía dos hermanas: Tzochitlique y Conatlique. Estando las tres un día solas en su casa, se les apareció de improviso un enviado del cielo. Tzochitlique y Conatlique murieron de espanto. Chimalman oyó entónces de boca del ángel que concebiría un hijo, y concibió al punto sin obra de varon á Quetzalcoatl, cuyo nombre significa, en sentido alegórico, varon muy sabio, en sentido natural, serpiente de preciosas plumas.

Le dice tambien hijo de Chimalman el *Códice Chimalpopoca*, pero sin hacer intervenir en la concepcion al cielo. Chimalman, segun este Códice, fué una princesa que defendió con heroismo sus Estados contra Mixcohuatl Camaxtli, el rey de Colhuacan, que murió en Cuitlahuac á manos de los nobles. Vencida, casó con el vencedor, y tuvo de él á Quetzalcoatl, á quien llamó ademas Chalchihuitl, por haber soñado miéntras estaba en cinta que llevaba en su seno una piedra de este nombre, una como esmeralda.

De muy jóven, sigue diciendo el Códice, acompañó Quetzalcoatl á su padre en todas las expediciones de guerra; y cuando le supo asesinado, reunió al punto á sus parciales, cayó sobre Cuitlahuac, lo minó, lo entró por sorpresa y llevó á cabo la más terrible venganza. Desapareció luégo, y allá á los quince años, el 870, cuando estaba ya constituido el Imperio y con jefe las tres naciones, se presentó en Pánuco, llevando consigo una brillante pléyade de sabios y artistas. Dónde estuviera todo aquel tiempo no lo sabe nadie; se sabe sólo que el vengativo guerrero volvió convertido en profeta. Calzaba sandalias y vestía túnica; y blanco, de negros y largos cabellos, de espesa barba, de buenas facciones y gallarda estatura, cautivó desde luego á las gentes. Pasó á Tulanzingo y allí empezó su apostolado.

Teotihuacan venía siendo de muy atrás la ciudad santa de los toltecas y los demas chichimecas que habitaban los valles de Méjico. Contenía en su recinto los templos del Sol y la Luna, y era el teatro de las grandes fiestas religiosas y los grandes sacrificios. Inmolábase allí á los cautivos ó á los criminales en el altar de los dioses. Quetzalcoatl huyó de Teotihuacan como para protestar contra el antiguo culto. No detenía ya su mirada en los astros; la llevaba á lo que él llamó el vientre, el centro del cielo, é invocaba al Dios de su nombre como creador del Mundo. Allá en el fondo de los cielos veía un lugar denominado Ommeyocan, desde donde suponía que Citlallycue y Citlallatonac

distribuían los bienes de la Tierra y predisponían á la virtud las almas. No quería ya tampoco en holocausto á Dios víctimas humanas; quería sólo que cada cual vertiera de su sangre punzándose con espinas el cuerpo. Con agujas de esmeralda se lo picaba él despues de haberse bañado á media noche en las fuentes de Atecpan Amochco.

Tuvo pronto Quetzalcoatl numerosos prosélitos, y á la muerte de Ihuitimal se ciñó por voto del pueblo la corona de Tula. Abolió entónces por una ley los cruentos ritos de los chichimecas, y ordenó la purificacion de todos los templos: medidas con que no pudo ménos de atraerse la cólera de los antiguos sacerdotes. Se la atrajo más con las reformas que despues introdujo: el bautismo, el ayuno, la confesion, la perpetua castidad para los ministros de Dios, la creacion de colegios sacerdotales sometidos á la más severa disciplina.

Ganó en cambio Quetzalcoatl el corazon de la muchedumbre por la santidad de sus actos, el esplendor del culto, el fausto de la córte, la magnificencia de los monumentos, los caminos con que enlazó las tres naciones, el impulso que dió al comercio y á las artes, la importancia de que supo revestir á la ciudad de Tula, que prevaleció pronto sobre la de Colhuacan y fué la verdadera metrópoli del Imperio. Dice Sahagun maravillas de los palacios de Quetzalcoatl en Tula; se hace lenguas de los adelantos de los toltecas en las artes. [1]

Tarde ó temprano, con todo, habían de dejarse sentir las mal reprimidas pasiones de los partidarios del antiguo templo. No se da fácilmente por vencida ninguna religion en el mundo. No renuncia fácilmente ningun pueblo á inveteradas costumbres, por abominables que sean. Dirigidos por Tetzcatlipoca, pidieron un día ciertos habitantes de Tula á Quetzalcoatl que, para mayor solemnidad de una de sus fiestas les dejara inmolar cautivos en aras de los dioses. Se atrevieron más tarde á pedirle otro tanto sus propios partidarios. Enfurecido Quetzalcoatl, lejos de acceder á tan injusta demanda, como supiese que se celebraban secretamente tan inhumanos ritos, castigó sin piedad hasta por simples sospechas.

Nacieron de aquí grandes odios, que unidos á los celos de los reyes de Colhuacan y Otompan y á la ambicion de Tetzcatlipoca, individuo de la familia de los Mixcohuatl con derechos eventuales á la corona de Tula, terminaron por encender contra Quetzalcoatl la rebelion y la guerra. No quiso ya Quetzalcoatl resistir, por mucho que se lo aconsejaran; resolvió abandonar el trono y el reino, y partió calladamente de la ciudad, aunque sin poder impedir que muchos le alcanzaran y siguieran, decididos á compartir su suerte. Hacía entónces veintidos años que reinaba y veinticinco que había parecido en Pánuco: dejaba el trono el año 895.

Son curiosas las maravillas de que la tradicion ha sembrado el camino de

[1] Sahagun, *Historia universal de las cosas de Nueva-España*, lib. X, cap. XXIX.

Quetzalcoatl á Cholula. Lleva tras sí el rey caído la flor de los ciudadanos; delante músicos que van tañendo la flauta; al lado pajes que le cubren la cabeza con el parasol de plumas; por los aires pájaros de los más brillantes colores, que obedeciendo á sus órdenes, han abandonado la capital rebelde. Si, volviendo atrás los ojos, ve á Tula y llora, sus lágrimas cavan y horadan los peñascos; si pone las manos sobre una roca, quedan en la roca impresas sus palmas; si apedrea un árbol, el tronco guarda por siglos las piedras; si se sienta en la loma de una sierra, baja el monte y se forma una quebrada. Esconde en el lecho de un río las escasas joyas que no ocultó ántes de salir de Tula; y al fin, á instancia de los que fueron sus vasallos, deja en el reino las herramientas y los maestros de las artes. [1]

En Cholula, segun Torquemada, fué Quetzalcoatl recibido con entusiasmo. Al venir de Pánuco á Tula había dejado caer en ella su palabra: ahora recogía el fruto. Detuvo allí sus pasos y repitió la obra de Tula. Adoctrinó á los hombres en la moral y en las artes; convirtió en hermosa ciudad lo que no había sido hasta entónces sino una pobre villa; extendió los beneficios de la civilizacion á toda la comarca. Por sus discípulos los llevó hasta Mitla. Reunió en torno suyo á los olmecas, que estaban al Sur y al Este de Popocatepetl, y se hizo, por decirlo así, un segundo reino. Fundó ciudades, levantó templos, abrió caminos, estableció donde quiera que pudo sus instituciones favoritas: colegios de sacerdotes y comunidades, ya de hombres, ya de mujeres, consagradas unas á la oracion y al sacrificio, destinadas otras á guardar el fuego sagrado.

Mas áun allí le persiguieron, al decir del mismo Torquemada, la ambicion y el viejo culto. Tetzcatlipoca, bajo el nombre de Huemac, se había hecho ungir rey de Tula. Había logrado sojuzgar por su energía y su constancia la faccion de Quetzalcoatl, pero á costa de muchos súbditos que corrían á ponerse en Cholula á las órdenes del Profeta. Como por otro lado le encareciesen los sacerdotes el peligro que encerraban la rebeldía de los olmecas y la propagacion de la nueva doctrina á las mismas puertas del Imperio, se resolvió á bajar sobre Cholula con gran caudal de tropas. Quetzalcoatl se negó á resistir como en Tula, por más que los pueblos se manifestasen decididos á derramar por él hasta la postrera gota de sangre. Les comunicó su firme propósito de abandonar la tierra; les consoló con la esperanza de volverlos á gobernar un día, y, tomando consigo cuatro jóvenes de los más principales y virtuosos, emprendió su tercera retirada. Ya en la embocadura del Guazacoalco, despidió á sus compañeros, anunciándoles que allá en los futuros tiempos vendrían y dominarían el país unos hombres de Oriente, como él blancos y de espesas barbas, que serían sus hermanos. Desapareció luégo por las aguas del río, y no se supo ni adónde se dirigió ni dónde acabó la vida.

[1] *Sahagun*, lib. III, cap. XII, XIII y XIV.—*Torquemada*, lib. VI, cap. XXIV.

Torquemada nos habla aún de la imperecedera memoria que dejó Quetzalcoatl en Cholula. Le recordaban allí y le lloraban porque les había enseñado tambien á trabajar el oro y la plata, y había puesto fin á los crímenes y los desórdenes. Le alababan sobre todo por su humanidad: no se le podía hablar de sangre, decían, que no volviese la cabeza ó se tapase los oídos.

Podrá no ser cierto cuanto se atribuye á este personaje: su existencia y su mision civilizadora me parecen fuera de duda. Vivía aún Quetzalcoatl en el corazon de los mejicanos cuando la llegada de los españoles. Montezuma creía verle en Hernan Cortés, y no vacilaba en decirlo. No había en todas aquellas gentes tradicion más viva ni más general que la suya. Le hallamos ademas en las escasas pinturas jeroglíficas que de aquella edad nos quedan, en muchos de los códices manuscritos, en todos los escritores del siglo XVI que estuvieron en Nueva-España. Le debemos reconocer, por fin, en las instituciones religiosas que tan discordantes de las demas hallaron nuestros antepasados en Méjico. Por fortuna ha venido á derramar sobre él nueva luz el *Códice Chimalpopoca*.

Áun siendo un mito, debería Quetzalcoatl figurar en la historia de América. Los mitos no son, despues de todo, sino la transfiguracion, por el tiempo y la poesía, de personas y hechos reales; y aquí el mito representaría una lucha tan llena de interés dramático como importante para la vida de un pueblo. Tendían los americanos en general á una religion de terror y de fuerza: la idea del pecado y la expiacion palpitaba en todos sus dogmas. Áun cuando adoraban el Sol y la Luna, y parecían rendir culto á la naturaleza, veían detras de aquellos astros á un Dios que se complacía en que corriese la sangre al pié de sus altares. Los esfuerzos por contener esta peligrosa tendencia, por substituir el amor al terror, la justicia á la fuerza, la ofrenda de las flores y los frutos á la vida del hombre, son demasiado grandes para que, ya estén personificadas en un sér real, ya en un mito, los pueda jamás olvidar la historia. Desgraciadamente los de Quetzalcoatl fueron en gran parte infructuosos, pues prevalecieron los sacrificios humanos, sobre todo despues de la expulsion de los toltecas; mas ¿dejó por esto de existir la lucha? Existió y continuó por largo tiempo.

Los yucatecas miraban tambien á Quetzalcoatl como uno de sus primeros civilizadores. Conocíanle con el nombre de Cuculcan, y le decían sin mujer y sin hijos. [1] De Quetzalcoatl hablaba asimismo el *Popol-Vuh*, aunque al parecer del Quetzalcoatl Dios, no del Quetzalcoatl hombre. Tohil, cantaban los quichés en Hacavitz, es realmente el dios de la nacion yaquí: llamábase Yolcuat Quitzalcuat cuando nos separamos en Tulan Zuiva. [2] Empieza á di-

[1] Landa, *Relacion de las cosas de Yucatan,* párrafo 6.º

[2] *Popol-Vuh,* parte 3.ª, cap. IX.

bujarse aquí cierta mancomunidad histórica en los tres pueblos. No léjos de los quichés, sin embargo, más al Noroeste, recordaban los tzendales á otro civilizador, sin analogía con el de los toltecas, á Votan, en quien veían el orígen de sus artes y sus leyes, el fundador de sus primeras ciudades, el que había organizado y dividido en cuatro reinos la monarquía de Palenque. [1] Le tenían por Dios; le habían dado un lugar preferente en su calendario, y si hemos de creer á Brasseur de Bourbourg, le veneran aún hoy hasta el punto de no pasar por el monte Excuruchan sin quemarle unos granos de copal en el rústico altar que le tenían dedicado desde remotos siglos. [2]

Tambien en Quetzalcoatl adoraron las naciones de Méjico. Le adoraron como Dios, áun habiéndolos abandonado en los momentos de peligro. Los pueblos no estaban naturalmente inclinados, como su pontífice, á dejar libre el campo á sus perseguidores: resistían y pagaban caro su resistencia. En Guazatalco ya Quetzalcoatl, entró Tetzcatlipoca á sangre y fuego el país de los olmecas, é irritado porque no pudo coger al innovador, descargó sus iras en Cholula. Hizo allí atrocidades, sin contar lo que destruyó para borrar hasta el recuerdo de su enemigo. Templos, casas de oracion, palacios, puentes, todo lo redujo á ruínas.

Venció Tetzcatlipoca á cuantos pueblos habían creído en Quetzalcoatl; pero á fuerza de luchas y tiempo. No vió los peligros que con esto corría. Absorbido en sus conquistas y embriagado por sus triunfos, no pudo ni siquiera pensar que otros allá en Tula le usurpasen el trono; y se encontró, no obstante, sin él cuando más grande era su poder y le parecía chica la tierra para su imperio. Alzóse allí Nauyotl, por cuyas venas corría la más pura sangre de los chichimecas; y favorecido por el monarca de Colhuacan, que no sin despecho se veía eclipsado por los de Tula, se apoderó del reino y se dispuso á defenderlo, llamando á las armas á todos sus súbditos. En los lagos, entre Colhuacan y Tezcuco, se halló frente á frente de Tetzcatlipoca; le derrotó, sin que jamas volviera á saberse del rey vencido. Quedaba vengado Quetzalcoatl, pero no restablecidas ni su religion ni su política.

---

[1] Núñez de la Vega, *Constituciones Diocesanas*.—Ordóñez, *Historia del cielo y de la tierra*.

[2] Brasseur de Bourbourg. *Histoire des nations civilisées du Mexique*, lib. I, cap. III.

CAPÍTULO IV

Consecuencias del triunfo de Nauhyotl.—Restauracion del nuevo culto en Cholula.—Consiente Nauhyotl y hasta prescribe los sacrificios humanos.—Templo de la diosa de las aguas.—Fiestas expiatorias de Mixcohuatl-Camaxtli y culto de Tlaloc.—Importancia científica y artística de Tula.—Xiuhtlatlzin, Matlaccoatl, Tlilcoatzin.—Huemac Atecpanecatl.—Su adulterio.—Consecuencias que trajo.—Sublevacion de los príncipes feudatarios del Norte.—Huemac hace suyos otros príncipes y abdica en favor de su hijo Topiltzin Acxitl.—Liviandades á que se entrega Topiltzin: corrupcion general del reino.—Topiltzin viendo cumplidas en sí mismo las profecías de Hueman, cambia de costumbres y ordena sacrificios á los dioses.—Calamidades que afligen el reino.—Aprovechan los rebeldes del Norte la ocasion para llevar la guerra á Tula.—Conducta de Topiltzin.—Suspension de las hostilidades.—Motivos por que se las suspende.—Discordias entre los reyes confederados.—Invasiones de los chichimecas.—Pérdida y recobro de Tula.—Los príncipes feudatarios del Norte empiezan de nuevo la guerra.—Actitud belicosa de Topiltzin y de toda su familia.—Derrotas de Topiltzin, pérdida de Tula.—Huemac III.—Su desastrosa suerte.—Fin de Nauhyotl II, rey de Colhuacan.—Extincion de la familia de los reyes de Tula.—Fin del imperio de los toltecas.—Carácter físico, moral é intelectual de estos hombres.—Lo que fueron como nacion.—Su sentimiento de la unidad.—Sus cuestiones religiosas.—Órden de los Nohual-Teteuctin.—Influencia de los toltecas más allá de los límites de su imperio.—Identidad de algunas de sus tradiciones con las del *Popol-Vuh*.—Semejanza de sus monumentos, su culto, sus costumbres, su escritura y su cronología con los de la América Central.—Cuándo es probable que se derramasen los toltecas por esta parte de América.—Hechos que en ella ocurrieron ántes de la expulsion de los toltecas.—Los quichés.—Los yucatecas.—Los demas pueblos.

El triunfo de Nauhyotl [1] trajo consigo notables mudanzas. La ciudad de Cholula recobró su autonomía. Confiada al gobierno de cuatro discípulos de Quetzalcoatl, que á su vez levantaron sobre sí dos autoridades supremas, una política y civil, otra religiosa, restableció las instituciones de su desterrado profeta, y no tardó en ser la ciudad santa del nuevo culto. Rivalizó con la misma ciudad de Teotihuacan, centro del culto antiguo, donde residía la justicia federal y se coronaban los reyes toltecas. Supo Nauhyotl mantener la paz entre los dos cultos sin cohibirlos, y no ganó con esto pocos aplausos.

Nauhyotl permaneció, sin embargo, fiel á las antiguas creencias. No sólo consintió los sacrificios humanos, sino que tambien los prescribió en honor de la diosa de las aguas, á la cual hizo construir en Tula uno de los más ricos y suntuosos templos. El templo, dicen,

---

[1] Nauhyotl es evidentemente el mismo rey que con el nombre de Mitl conocieron Veytia y muchos otros escritores. V. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, cap. XXVIII.

estaba como todos, en lo alto de una pirámide; la estatua de la diosa, bajo una bóveda ó techumbre que descansaba en pilares de alabastro. La estatua, de oro macizo, llevaba un collar de esmeraldas, zarcillos de turquesas rodeadas de brillante pedrería, en la mano derecha un jarro, en la izquierda una hoja de nenúfar con ranas de oro. Creó Nauhyotl para el servicio del templo un colegio de sacerdotes, y fijó el número de las víctimas que debían inmolarse anualmente en holocausto de la que podía hacer desbordar de su cauce los mares y los ríos.

Hasta se dice si Nauhyotl instituyó las fiestas expiatorias de Mixcohuatl-Camaxtli, en cuyos altares se sacrificaba á los prisioneros de guerra, y el horrible culto de Tlaloc, cuyas víctimas, niños de cortos años, ya perecían bajo la cuchilla del sacerdote, ya sucumbían presas del terror y del hambre en oscuras cuevas, ya morían ahogadas en los lagos sin fondo del valle de Toluca.

Nauhyotl, en cambio, fomentaba las artes y las ciencias, y hacía de Tula el templo del saber y del buen gusto. Tula, como se ha visto, había sido en el reinado de Quetzalcoatl y hasta en el de Tetzcatlipoca, la verdadera capital del Imperio; Colhuacan había quedado completamente oscurecida. Recobró ahora Colhuacan sus fueros de metrópoli, y adquirió sobre Tula una verdadera superioridad en el órden político. En ella recibían los reyes de Tula y Otompan su investidura; en ella se reunían los tres monarcas para deliberar sobre los asuntos generales de la Confederacion y decidir la paz ó la guerra. Nauhyotl quiso resarcir á Tula de la pérdida de la superioridad política con la adquisicion de la científica, y lo consiguió á fuerza de crear escuelas y ser largo y espléndido con los sabios y los artistas.

Tenía Nauhyotl por esposa á Xiuhtlatlzin, mujer de raras prendas, que compartió con él las dulzuras y las fatigas del trono, y como él cautivó el corazon del pueblo. Muerto Nauhyotl el año 945, pudo Xiuhtlatlzin, gracias al amor que le profesaban los súbditos, ceñir, contra las leyes de sucesion del reino, la corona de Tula. Desgraciadamente murió á los cuatro años, dejando por heredero y sucesor á su hijo Matlaccoatl, de quien, así como de Tlilcoatzin, que entró á reinar en 973, no recuerdan hecho alguno la tradicion ni la historia.

La historia, si de tal merece el nombre el conjunto de sucesos recogidos por los escritores del siglo XVI, no nos dice ya nada de la vida de los toltecas hasta llegar al año 994, en que da como elegido por rey de Tula á Huemac Atecpanecatl, de la familia de los reyes de Colhuacan, hijo de Totepeuh, que lo era de Chalchiuh Tlatonac. Huemac, al decir de todos los autores, era hombre de saber, de prudencia, de gran celo religioso, aunque poco amante de los sacrificios, que restringió hasta donde pudo; y, á los ojos de todos los autores, pasa, no obstante, como la principal causa de la decadencia y la ruína del Im-

perio. Las produjo, dicen, por haberse prendado ciegamente de una mujer encantadora, que fué á ofrecerle miel ó vino de Magüey, y por haberse empeñado, muerta su esposa, en que se reconociera por sucesor al trono á Topiltzin Acxitl, fruto de su adulterio. [1]

Castigábase el adulterio entre los toltecas con la muerte de los dos cómplices. Grande fué la indignacion de la nobleza y el pueblo, al ver sentado en el trono á la adúltera y guardada la corona para un bastardo. Era esto, á la verdad, peligrosísimo en un país feudalmente organizado, de cuyos señores dependía en gran parte el poder de los reyes y la salud del Imperio, en un país que por añadidura tenía en los chichimecas, bárbaros del Norte, una perpetua amenaza. Esos chichimecas estaban constantemente en las fronteras del Anahuac, y costaba no poco trabajo contenerlos. Había fundado ya una de sus tribus el reino de Amaqueme é ingerídose otra en el de Otompan, estableciéndose en los alrededores de Tezcuco. Otra, y es más, ocupaba por cesion de los reyes de Tula las pantanosas llanuras de Azcaputzalco. Estaba el enemigo, no sólo á las puertas, sino tambien en lo interior del Imperio: bastaba el abandono de las fronteras para poner en gran riesgo la dominacion de los toltecas.

Levantáronse contra Huemac los príncipes que tenían al Norte sus feudos; el más de temer, Huehuetzin que se creía con derechos á la corona de Tula. Limitáronse por de pronto á negarle toda obediencia y dejar de satisfacerle el tributo. Huemac, en vez de atacarlos, procuró ganar á otros de más valía para desde luégo abdicar en favor de su hijo. Entró en negociaciones con Quauhtli y Maxtlanzin, los más poderosos en tierras y vasallos, y les prometió nada ménos que hacerlos partícipes del poder real si se decidían á favorecer su intento. Abdicó en cuanto los hizo suyos, é hizo coronar á Topiltzin Acxitl con inusitada pompa logrando que prestaran homenaje al nuevo monarca los señores todos del Reino, á excepcion de los del Norte.

Topiltzin demostró excelentes dotes en los primeros años de su gobierno: descolló sobre Quauhtli y Maxtlanzin, casi sus iguales, no sólo como rey, sino tambien como hombre. Mas se despeñó luego por el más desenfrenado sensualismo. No fué una, sino cien veces adúltero. Consiguió hacer instrumento de sus liviandades á dos sacerdotes, célebres ántes por su santidad, despues por sus infamias, y llevó la impiedad hasta el estremo de emplear la religion para satisfacer sus apetitos y cohonestar sus crímenes. Propagóse por días la corrupcion á todas las clases, áun á las vírgenes que habían hecho voto de castidad y consagrádose al servicio del templo. Cihuaquaquil, gran sacerdotisa de la diosa de las aguas, fué un día á Cholula, y en el mismo santuario del templo,

---

[1] Huemac Atecpanecatl es el mismo rey que designa Veytia con el nombre de Tecpancaltzin. V. Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, cap. XXIX.

públicamente, se dejó requerir de amores por el pontífice de Quetzalcoatl, que había jurado no hablar á mujer en los días de su vida. Tuvieron un hijo, á quien pusieron por nombre Ixcatl, y en él vino á quedar vinculado el supremo sacerdocio.

No bastaron á contener al rey las amonestaciones de sus padres ni las de sus deudos; no lo consiguió sino la supersticion, de la que no había podido desprenderse. Hueman, el sacerdote que en la peregrinacion de los cien años dirigió á los toltecas, había profetizado que perecería su pueblo cuando lo rigiese un hombre de cabello erguido y naciesen colibríes con espolones, conejos con cuernos. Creyó un día Topiltzin reconocer estos prodigios en un conejo y un colibrí que había cazado en sus jardines; y, presa de un terror súbito, cambió de costumbres y ordenó sacrificios á los dioses. Mas como si estuviese ya decretada su ruina, llovieron calamidades sobre sus dominios: aguas torrenciales que todo lo inundaban y destruían y huracanes que derribaban árboles y edificios: luégo, prolongadas sequías, en que se agrietaba la tierra, se secaba el manantial de las fuentes y los arroyos, y hacía tal calor, que no parecía sino que lloviese fuego; fríos despues, que helaban hasta los magüeyes; plagas, por fin, de gusanos y gorgojos, que roían las plantas en los campos y el grano en los graneros: y como resultado de todo, un hambre que diezmaba las poblaciones. Llevaba el hambre al crímen, y había en todas partes cuadrillas de salteadores, robos, tumultos, incendios. Están aquí conformes todos los cronistas: la tradicion de tantos males había llegado viva hasta los tiempos de los españoles. [1]

Aprovecharon la coyuntura los príncipes rebeldes del Norte para llevar la guerra al corazon del Imperio. Recibieron al punto embajadores que les pedían la paz y les ofrecían tierras; pero los desairaron sin dejarse vencer por los regalos, que en riquísimos plumajes, tejidos de gran precio y joyas de oro guarnecidas de esmeraldas, les envió el rey de Tula. Topiltzin entónces, revistiéndose de valor, armó la gente que pudo y les salió al encuentro. Ya enfrente de sus enemigos, les despachó, sin embargo, nuevos embajadores, que por una parte les exagerasen las fuerzas de que disponía y por otra les recordasen la costumbre tolteca de no romper las hostilidades hasta diez años despues de la declaracion de guerra. Logró con esto el propósito de evitar una batalla, en que por lo escaso de sus tropas no podía ménos de ser vencido.

Tuvieron Huehuetzin y los suyos más de un motivo para levantar el campo. Supieron la invasion de sus Estados por los chichimecas, y comprendieron la necesidad de ir pronto á contenerlos. Desgraciadamente no siempre pensa-

[1] Esta hambre, al decir de Kinsborough, fué la que para los mejicanos puso fin á la cuarta edad del mundo. V. *Antiquities of Mexico,* vol. 6.° pág. 175. Gomara como veremos despues, pone el fin de la cuarta edad unos siglos ántes.

ron así ni ellos ni los reyes. Como los romanos del Imperio, empezaron á buscar, para sobreponerse á sus rivales, el apoyo de unos bárbaros que eran para todos un peligro y los habían al fin de envolver á todos en una misma catástrofe. Para colmo de mal, parece que se rompió hasta la armonía que siempre había existido entre Otompan, Colhuacan y Tula: Ixtlitxochitl, en una de sus relaciones, habla de una victoria obtenida por Topiltzin sobre Nauhyotl, rey de los culhuas. [1] Nauhyotl II era entónces efectivamente el jefe del Imperio.

Gracias á estas discordias, no tardaron en derramarse los chichimecas por los valles de Méjico. Se detuvieron los acxotecas en los alrededores de Tula; bajaron los eztlepictines hasta más acá de Chalco. Trasmontaban estos frecuentemente el Popocatepetl, y llevaban la inquietud y la alarma á los pueblos del Mediodía, especialmente á Cholula. Habría podido detenerlos Nauhyotl, pero no lo hizo, satisfecho con ver que se alejasen de sus dominios. Fué á combatirlos solo Topiltzin, y áun tarde y por motivos puramente religiosos. No podía ni sabía tolerar el ostentoso culto de Nauhyoteuctli, que era el dios que adoraban. Pretendió ya en vano destruirlos: tantas batallas, tantas derrotas. No sólo no los venció; perdió, en tanto que los atacaba, la ciudad de Tula, que cayó en manos de los acxotecas.

Es probable que hubiese entónces en Teotihuacan la asamblea de que escribe Torquemada. Convencidos de que los afligían tantos males, por haber llamado sobre sí la ira de los dioses, reuniéronse, dice este autor, en Teotihuacan todos los sacerdotes, príncipes y reyes para celebrar fiestas y sacrificios con que aplacarla. Despues de raros prodigios, se les apareció, añade, uno de sus dioses y les reveló la urgente necesidad de abandonar la tierra. «No os esperan aquí, les dijo, sino calamidades, muertes, ruína: seguidme y os estableceré donde vivais tranquila y sosegadamente.» [2] Dios merecía en verdad ser llamado el que les diese tan oportuno consejo.

Recobró Topiltzin la ciudad de Tula por haberla evacuado los acxotecas á la muerte de Xalliteuctli, bajo cuyas órdenes vinieron; pero inútilmente. Presentáronse á poco los chichimecas en las alturas del Anahuac, y cubrieron el llano como las aguas de un río que salió de cauce. Saquearon á Otompan y Tezcuco; y, aunque hallaron resistencia en Colhuacan, de sol á sol la tomaron por asalto. Vino entónces Huehuetzin á reanudar la interrumpida guerra, y sonó la hora de la destruccion para el Imperio. No se amilanó la córte de Tula: hasta los padres de Topiltzin, ya muy ancianos, tomaron parte activa en la organizacion y el mando de los ejércitos. Se dice que las mujeres acudieron á las armas, y las acaudilló la reina madre.

---

[1] Ixtlilxochitl, *Quinta relacion*.

[2] Torquemada, *Monarquía Indiana*, lib. I, cap. XIV.

Larga fué la guerra, pocas las batallas. En la primera, sostenida por uno de los generales de Topiltzin, sin ser vencidos los de Tula, debieron encerrarse en sus trincheras, y al fin, dejarlas y recogerse á la capital, sintiendo tras sí los pasos del enemigo. En la segunda, que dieron el rey y sus padres despues de haber debido abandonar á Tula, que entregaron á las llamas, quedaron derrotados hasta el punto de haber muerto en el campo la madre de Topiltzin y no haberse salvado los demas príncipes sino por la fuga. Ocurrió esta batalla junto á los lagos de Méjico, y pudo Topiltzin ganar secretamente la isla de Xicco, en cuyas grutas halló un seguro albergue contra sus fieros vencedores. Venía Huehuetzin acompañado de los demas rebeldes y tenía en su apoyo á los chichimecas: contaba con ilimitados refuerzos, en tanto que los de Tula veían de día en día mermadas sus tropas y ningun medio de cubrir las bajas. Á los de Tula no les faltó, con todo, el valor, sino la suerte. Á causa de tan numerosas desventuras, había empezado ya mucho ántes la emigracion de los toltecas: hallábanse ahora débiles para luchar con enjambres de bárbaros.

Veytia nos habla de otro combate más allá de Tlamanalco, donde perecieron ó se dispersaron los últimos restos de los toltecas. [1] Lo cierto es, que Maxtlatzin, uno de los que Huemac asoció al trono de su hijo, despues del desastre de los lagos se dirigió á Tula y se hizo fuerte en la ciudadela de Toltecatepetl, que la defendía. No por esto pudo evitar que Tula cayera en poder de Huehuetzin y los chichimecas. Logró solamente que la respetaran hasta el punto de buscarle entre los toltecas una sombra de rey á que dieron el nombre de Huemac III. [2]

Sobrevivió Tula á su propia ruína; pero sólo para volver á morir desgarrada por las discordias, lo mismo de los vencedores que de los vencidos. Se hallaban ya divididos los chichimecas en dos grupos: los tolteca-chichimecas, que tenían por jefes á Icxicohuatl y Quetzaltehueyac, y los nonohualcas, á quienes capitaneaban Huehuetzin y Xelua. No podían los unos sobrellevar la supremacía de los otros, y buscaban todos al infeliz Huemac por escudo de sus respectivas pretensiones. Terminaron al fin todos por hacerle blanco de sus iras, y despues de una implacable persecucion le mataron en el fondo de una gruta. Yaotl, por su parte, avivaba en la ciudad y áun en el campo, el fuego de las guerras de religion, empeñándose en sostener á todo trance el bárbaro culto de Tetzcatlipoca. Abandonado Tula por los chichimecas, se encargó ese Yaotl de darle con sus sicarios el golpe de muerte.

Ni tuvo mejor fortuna Colhuacan, cabeza del Imperio. Nauhyolt había, al parecer, conseguido que los chichimecas se la dejaran como en feudo: debió

---

[1] *Historia antigua de Méjico*, cap. XXXIII.

[2] Dióse á este rey el nombre de Huemac III por haberse dado tambien el de Huemac á Tetzcatlipoca, el sucesor y vencedor de Quetzalcoatl.

ahora, para salvar la vida, ir á buscar asilo en extranjero suelo. Fué á morir en Guatulco, orillas del Pacífico.

Huemac, padre de Topiltzin, tuvo aún, se dice, más lamentable suerte. Se refugió despues de la batalla de los Lagos á Chapultepec, y desde allí vió morir una tras otra sus ciudades y sus esperanzas. No pudiendo resignarse al fin á tanta desventura, se colgó de las bóvedas de una gruta que le sirvió de albergue.

Así concluyó el imperio de los toltecas, que segun todas las probabilidades, se extendía de mar á mar, entre los grados 16 y 21 de latitud Norte, si se incluyen en él sus muchos feudos. Concluyó, segun Ixtlilxochitl, el año 958; segun Brasseur, del 1060 al 1070; segun Veytia, en 1116, á principios del siglo XII. [1] No por esto debe creerse que se extinguiera la raza ni desapareciera completamente de Méjico. Desaparecen así las tribus que viviendo de la caza ó de la pesca no cultivan los campos; no las naciones, por terribles que sean sus desastres. Quedaron toltecas en toda la tierra del Anahuac, y más de una vez sentiremos su accion en los futuros sucesos.

Eran los toltecas, al decir de todos los historiadores, de alta estatura, de

---

[1] Ixtlilxochitl, *Historia de los chichimecas*, parte 1.ª, cap. III.—Brasseur de Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique*, liv. 4., chap. IV. Veytia, *Historia antigua de Méjico* cap. XXXIII. —Hé aquí ahora el catálogo de los reyes de Tula, segun Brasseur y Veytia:

SEGUN BRASSEUR.

1	Mixcohuatl-Mazatzin, rey en	752
2	Huetzin	817
3	Ihuitimal	845
4	Quetzalcoatl	873
5	Tetzcatlipoca-Huemac	895
6	Nauhyotl	930
7	Xiuhtlaltzin, reina	945
8	Matlalccoatl	949
9	Tlilcoatzin	973
10	Huemac II	994
11	Topiltzin Acxitl	1029
12	Huemac III	1062

SEGUN VEYTIA.

1	Chalchiuhtlanetzin, rey en	719
2	Ixtlilcucchauac	771
3	Huetzin	823
4	Totepeuh	875
5	Naxacoc	927
6	Mitl-Nauhyotl	979
7	Xiuhtlatzin, reina	1035
8	Tecpancaltzin	1039
9	Topiltzin	1091

Ixtlilxochitl, en su *Historia de los chichimecas*, da como reyes de Tula: 1.º á Chalchiuhtlanetzin, que supone haber subido al trono el año 510; 2.º á Ixtliquechauac, que entró á reinar el 572; 3.º á Huetzin, que le sucedió el 613; 4.º á Topeuh, que se ciñó la corona el 664; 5.º á Xiuquentzin, que reemplazó á su esposo en 826; 6.º á Iztacquauhtzin, que le sucedió en 830; 7.º á Topiltzin, que reinó del 882 al 958.—La variedad de nombres nace en gran parte de los muchos con que cada rey era conocido.

Los reyes de Colhuacan fueron, segun Brasseur:

1	Nauhyotl, rey en	717
2	Nonohualcatl	667
3	Yohuallatonac	815
4	Quetzalacxoyatl	904
5	Chalchiuh-Tlatonac, rey en	953
6	Totepeuh	985
7	Nauhyotl II	1026

Ni Veytia ni Ixtlilxochitl dan cuenta de estos reyes.

bellas formas, algo más blancos y de más barbas que los demas chichimecas. Calzaban ordinariamente sandalias, se cubrían con mantas y unos como sombreros de paja ó de hojas de palmera. Aunque poco aficionados á la milicia, para ir á la guerra se vestían como de gala: se ceñían á la cabeza vistosos penachos, se pintaban el cuerpo, se ponían una banda de plumas y se adornaban con sus mejores joyas. Iban los soldados generalmente desnudos: no usaban sino del maxtle para ocultar lo que el pudor exige. Por toda arma de defensa tenían el escudo. Otras empleaban ya los jefes: el casco de cobre ó de oro; la cota de algodon, impenetrable al dardo, que ajustaban sobre una túnica de lienzo. De los que tomaban parte en la guerra, unos eran flecheros y llevaban el carcaj á la espalda, otros honderos y llevaban las piedras en bolsas colgadas del cinto. Blandían los demas, quién la macana, quién la maza con puntas de pedernal, quién la javalina.

En agilidad no los ganaba nadie—podían correr sin descanso todo un día; en aptitud y fuerza para el trabajo, pocos los aventajaban. Beneficiaron los primeros las minas de Méjico, arrancaron los primeros la esmeralda de las duras rocas de granito. Construyeron vastos monumentos; levantaron enormes túmulos para guardar los restos de sus héroes é imponentes pirámides para sustentar los templos de sus dioses. Amantes de lo grandioso, esculpieron para algunos de sus templos estatuas gigantescas. Colosal dicen que era en Teotihuacan la de la Luna, colosal debió de ser la del Sol, de oro bruñido. Eran los toltecas extremadamente hábiles para cortar y cincelar la piedra; no lo eran ménos para encalar las paredes, que más de una vez revistieron de caprichosos mosaicos. Sobresalían en otras muchas artes. Labraban el oro, la plata, el cobre, el ámbar; tallaban y pulimentaban las piedras preciosas y hacían toda suerte de alhajas; cocían y barnizaban el barro y lo amoldaban á gran número de necesidades de la vida; hilaban el algodon, y principalmente por sus mujeres fabricaban ricas, variadas y primorosas telas. Tenían una industria especial entónces desconocida en Europa: de las brillantes plumas de sus pájaros componían parasoles, rodelas, mantos, adornos y áun tapicerías para los muros de sus palacios.

Conocían el arte de los jeroglíficos: por ellos trasmitían á las futuras generaciones sus más importantes acontecimientos. Un libro poseían en esta clase de escritura, que es lástima que no existiese ya cuando la conquista: el *Teo-Amoxtli*, que se dice compuesto por el sacerdote Hueman en los primeros años del reino de Tula y era, segun parece, un resúmen de las ciencias, las instituciones y la vida nacional de tan interesante pueblo. Perpetuaban tambien los hechos en unos como poemas, que cantaban al son de la música en sus grandes fiestas. En cuanto á ciencias, las que más cultivaban eran la Medicina y la Astronomía. Habían medido con la misma precision que nosotros el curso aparente del Sol y las revoluciones de la Luna: habían dado nombre á muchas estrellas. Creían en la influencia de los astros sobre el destino de los hombres, y

mezclaban malamente la Magia con la Astronomía; mas por aquellos tiempos sucedía otro tanto en Europa.

Eran los toltecas, no sólo inteligentes, sino tambien morales. Tenían establecida la monogamia, castigaban duramente el adulterio, no eran nada blandos para los demas crímenes. Rendían hasta un exagerado culto á sus dioses. No juraban nunca; afirmaban simplemente bajo su palabra lo que decían. Se respetaban los unos á los otros. Corrompiéronse sólo cuando se depravaron sus reyes.

Tales fueron los toltecas como hombres. Como cuerpo de nacion no fueron ménos notables. Se elevaron pronto á la idea de la unidad: la habían en cierto modo realizado aún ántes de elegirse reyes. Si en los días de su larga peregrinacion tuvieron siete capitanes, conviene recordar que sólo por uno eran regidos. Se relevaban los siete en el mando; no gobernaban nunca juntos. Estaba ademas sobre ellos el sumo sacerdote, una especie de pontífice. Ya de asiento los toltecas en el Anahuac, lo ha visto el lector, fundaron primeramente monarquías, más tarde un Imperio. Constituyeron una federacion que, miéntras subsistió, los hizo fuertes. Llegaron á la unidad sin menoscabo de la autonomía de cada pueblo, y áun dentro de cada pueblo tuvieron la variedad que nace del feudalismo. Ese feudalismo lo mató despues; pero sólo cuando los reyes perdieron por sus vicios la autoridad que debían á sus virtudes.

Contribuyeron además, á matar á los toltecas, las cuestiones religiosas, que habían empezado por darles movimiento y vida. Se envenenó de día en día la lucha entre el templo de Quetzalcoatl y el de Tetzcatlipoca, y los llevó á frecuentes tumultos y escenas de sangre. Lo que no produjo la division de clases, lo hizo la de cultos. Entre los nobles y los plebeyos toltecas no se dice que hubiese jamás discordias. Tampoco entre los hombres de guerra y los sacerdotes. Los soldados de Cortés encontraron en Méjico, no sin asonbro, una como órden de caballería á que daban los indígenas un remoto orígen: ¿existiría ya, como pretende Brasseur, en tiempo de los toltecas? En aquella órden iban, al parecer, á refundirse todas las clases del Estado. Para ser admitidos en ella, no se preguntaba á nadie por su condicion, sino por sus hechos. ¿Se la habría creado para mantener la buena armonía entre el patriciado y la plebe, el templo y la corte?

Llevaban los individuos que la componían el nombre genérico de Nahual Teteuctin, maestros de la sabidúría ó de la ciencia, y estaban divididos en las siguientes categorías: los tzompan–teteuctin ó los jueces, los xiuh–teteuctin ó los caballeros de la esmeralda, los quauhtli–ocelotl ó las águilas–tigres, los tlotli–cuetlachtli ó los halcones–lobos, y por fin, los totozamés ó los topos. Estaba la Órden envuelta en el misterio, como aquí la masonería, y se dice si llevó á cabo grandes empresas. ¿Tendría tambien un orígen religioso? Si fué realmente creacion de los toltecas, acredita el génio político de este pueblo. Es político,

sobre todo en civilizaciones no muy adelantadas, contrarestar el espíritu de clase y establecer vínculos entre los hombres.

Fueron grandes los toltecas, y tengo para mí que extendieron su cultura más allá de los límites de su imperio. Ó mucho me engaño, ó se los ve cuando ménos en las naciones que ocuparon la tierra de Yucatan y Guatemala. El *Popol-Vuh* es en algunos puntos un vivo reflejo de las tradiciones de Méjico. Creían los mejicanos del tiempo de la conquista, segun refiere Gomara, que el mundo había pasado ya por cuatro edades ó soles, y no había empezado á lucir el quinto Sol sino despues de veinticinco años de tinieblas. Á los quince de tan grande oscuridad, decían, nacieron el hombre y la mujer, que desde luégo procrearon. [1] El *Popol-Vuh* supone tambien formados los actuales hombres ántes de brillar la nueva aurora. En la oscuridad, dice, surgieron y se multiplicaron. En la oscuridad dejaron su patria y fueron á Tulan-Zuiva. En la oscuridad continuaban cuando salieron de Tula y llegaron á la cumbre de Chi-Pixab con sus dioses. Tenían allí centinelas mirando á Oriente para acechar el instante en que saliera la estrella de la mañana, precursora del día. Vieron brillar el Sol en Hacavitz, y quemaron al punto incienso, y danzaron majestuosamente vertiendo dulces lágrimas. [2]

El mismo *Popol-Vuh* revela el comun orígen de los quichés y las tribus que poblaron los valles de Méjico. Segun él, ya que han visto los quichés el Sol, se acuerdan de los yaquis, de quienes se separaron, y entonan el cántico *kamucú* entre gemidos y sollozos. «¡Ay! cantan, nos perdimos en Tula: nos dividimos y dejámos atrás á los yaquis. Hemos visto nosotros el Sol; ¿dónde estarían ellos al parecer la aurora? Nuestro Dios es su Dios; Tulan-Zuiva, la cuna comun de toda nuestra raza.» En las comarcas de Méjico, añade el *Popol-Vuh*, que vieron los yaquis brillar el nuevo día. [3]

Hallo aún entre el *Popol-Vuh* y las tradiciones de Méjico otra singular semejanza. Habla Sahagun de los guaxtecas, rama de los toltecas, y los pinta amigos de embaimientos. Complacíanse, dice, en hacer tomar por realidades vanas apariencias. Hacían ver un edificio entre llamas cuando no ardía, lleno de peces el mar de una fuente, cuando peces y fuente no eran sino ilusiones de los sentidos, despedazado su propio cuerpo cuando estaban vivos é incólumes. [4] Véase ahora cómo en el *Popol-Vuh* se vengan Xhunahpu y Xbalanque de los reyes de Xibalba. Matan delante de los reyes á un perro y al punto lo resucitan. Pegan fuego á una casa, y cuando está en ruínas la vuelven á su antiguo estado. Abren el pecho á un hombre, le arrancan el corazon, lo enseñan humeando

[1] Gomara, *Conquista de Méjico*, párrafo «Cuatro soles que son edades.»
[2] *Popol-Vuh*, parte 3.ª, del cap. I al IX.
[3] *Popol-Vuh*, parte 3.ª cap. IX
[4] Sahagun, *Historia Universal de las cosas de Nueva-España*, lib. X, cap. XXIX, párrafo 14.

á los atónitos monarcas, y un momento despues el hombre está lleno de vida. Xhunahpu corta por fin la cabeza á Xbalanque y le hace cuartos. Levántate, le dice luégo, y Xbalanque se levanta. Llenos de asombro y de curiosidad los reyes, quieren entónces pasar por esa fingida muerte. Xhunahpu y Xbalanque los matan, y no les devuelven la vida. [1]

Se observa esa comunidad de orígen en algo más que en simples tradiciones. En todos los pueblos que se extendían desde el río Tabasco al istmo de Panamá acostumbraban los hombres á teñir de su propia sangre la cara de los ídolos; las mujeres á dejar sobre los altares frutas y flores ó inmolar mariposas y pájaros. Se solía construir los templos sobre pirámides, orientarlos y darles una piedra para los sacrificios, una escalera rápida por donde despeñar los cuerpos de las víctimas. Había parecidas ceremonias y ritos. Estaban más ó ménos en vigor el bautismo, la confesion y el ayuno. Prevalecía la monogamia y se castigaba tambien con rigor á los adúlteros. Regía el principio monárquico. Los nobles, subordinados por más ó ménos tiempo á la Corona, se hacían barones feudales.

Desde remotos siglos se conocían, por fin, en todos aquellos pueblos los jeroglíficos; tambien los sistemas cronológicos. Jeroglíficos los hallamos hasta en alguno de sus más antiguos monumentos. Los de los alcázares de Palenque tienen todo el aire de una escritura; los de los templos y palacios de Yucatan nos ha dicho ya Landa, que son en parte figuras, en parte letras. [2] No se parecen mucho los jeroglíficos de las distintas naciones; pero sí los sistemas cronológicos, basados todos sobre el de los toltecas. Son, por ejemplo, escasísimas las diferencias entre el de Yucatan y el de Méjico. Distinguíase principalmente el de Yucatan, en que además de los ciclos de 52 y 104 años, tenía otro de 312, que se componía de trece ahau-catunes, ó sean épocas de 24 años. Distinguíase tambien, pero sólo aparentemente, en la manera de dividir el año. Si lo dividía en veintiocho semanas de trece días, lo dividía tambien en diez y ocho meses de veinte, intercalando en uno y otro caso los días necesarios para completar los trescientos sesenta y cinco. En realidad no hacía más que refundir en uno el calendario sacerdotal y el civil de los toltecas. Estas eran, sin embargo, las diferencias de más monta.

Que se derramasen los toltecas por la América Central, me parece fuera de duda. Es difícil, ahora como siempre, determinar cuando lo hicieron. Si hubiéramos de creer á Sahagun, lo habrían verificado en remotos tiempos. «Los toltecas, dice, vinieron del Norte y desembarcaron en Pánuco. Descendieron despues, por la ribera del mar hasta Guatemala, sin perder nunca de vista las sierras nevadas y los volcanes. Se establecieron en Tamoanchan, donde vivie-

---

[1] Popol-Vuh, parte 2.ª, cap. XIII.

[2] Landa, *Relacion de las cosas de Yucatan,* párrafo 41

ron muchos años. De allí fueron á Tollantzingo.» [1] Cuando su larga peregrinacion de un siglo, afirmada por todos los escritores, me parece á la verdad muy probable que recorriesen la costa occidental del Golfo. No me lo parece ménos que se esparcieran por las márgenes del Tabasco y del Uzumacinta, y áun por la provincia yucateca, al ser expulsados de Méjico. Así lo dice Torquemada, así lo indica una de las relaciones de Ixtlilxochitl, y así lo creo. [2] No se me hace tampoco difícil creer que entre los dos períodos hubiesen llegado tan al Mediodía. Nadie ha podido aún definir los límites de su imperio; y Landa, como se ha visto, asegura que en Yucatan había la tradicion de haber bajado de Méjico Quetzalcoatl, ántes ó despues de los itzas. No son, en mi sentir, contradictorias las tres opiniones, sino complemento la una de la otra. Entiendo que el desarrollo de la vida social hubo de ser poco ménos que simultáneo en Méjico y en las naciones de la América Central, sobre todo, si nos circunscribimos á las que miran al Golfo.

Fijar ahora lo que aconteció en estas naciones miéntras recorrieron y dominaron el Anahuac los toltecas, es punto ménos que imposible. Diré lo que alcanzo á vislumbrar en medio de tantas tinieblas. Los quichés, segun el Popol-Vuh, procedían de un lugar que tenía siete grutas ó barrancos y se llamaba Tulan-Zuiva. Sahagun dice, que de un lugar donde había siete cuevas se esparcieron por distintos puntos, ántes de haber llegado á Tulanzingo, los toltecas y los pueblos que los acompañaban. [3] Esto permite, cuando ménos sospechar que los quichés eran uno de esos pueblos, y entraron en tierra de Guatemala ántes de la fundacion de Tula. Entre la fundacion y la destruccion de Tula, mucho pudieron y debieron hacer de lo que el *Popol-Vuh* les atribuye.

Hiciéronse fuertes los quichés en Hacavitz, y sostuvieron, con el favor de sus dioses, el ataque de las tribus indígenas, que pinta el *Popol-Vuh*, provistas de arcos y flechas, defendidas por escudos y ricas armaduras, y adornadas de collares de oro. Vencidas ya, perdieron á sus caudillos Balam-Quitze, Balam-Agab, Mahucutah é Iqi-Balam, y fueron gobernados por Qocaib, Qoacutec y Qoahau, hijos de los tres primeros; jefe el uno de los hombres de Cavek, el otro de los de Nihaib y el otro de los de Ahau-Quiché. Qocaib, Qoacutec y Qoahau partieron ante todo á Oriente en busca de la corona y el título de reyes. Pasaron al efecto el mar y se dirigieron á un gran señor llamado Nacxit, juez único, de un poder sin límites. Trajeron de allí, dice el *Popol-Vuh*, no sólo las insignias del poder real, sino tambien el arte de pintar y de escribir de Tula para consignar y guardar los acontecimientos de su historia. ¿Habrían ido real-

[1] Sahagun, *Historia Universal de las cosas de Nueva-España*. Prólogo y lib. X, cap. XXIII; párrafo 14.

[2] Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. I, cap. XIV.—Ixtlilxochitl, parte 1.ª, relacion 5.ª Este autor los lleva en su *Historia de los chichimecas* hasta Nicaragua.—Parte 1.ª, cap. 4.º

[3] Sahagun, *Historia Universal de las cosas de Nueva-España*, lib. X, cap. XXIX, párrafo 14.

mente á Tula? ¿Habrían ido á Colhuacan, silla del imperio? ¿Quién era entónces Nacxit?

Ya de regreso en Hacavitz los tres reyes, tomaron nuevamente sobre sí el gobierno de las tribus. Gran regocijo produjeron en las de Rabinal, Cakchiquel y Tziquinaha; pero no, á lo que parece, en las de Tamub é Ilocab. Siguieron, no obstante, tranquilos, y crecieron de modo que, no cabiendo ya en el monte, buscaron nuevas colinas donde establecerse. Fundaron muchos pueblos, cambiaron el nombre de los que ya existían, y ensancharon de año en año los límites del Reino. Sus sucesores hubieron de trasladar ya la capital á Chi-Quix, que dividieron en cuarteles, segun costumbre de los toltecas; y los cuatro reyes la mudaron otra vez á En-Izmachi, donde hicieron las casas de cantería.

Grande y magnífica se hizo á la sazon En-Izmachi; pero no contenía aún los veinticuatro palacios que tanta grandeza le dieron. No contenía sino tres, uno para cada una de las tres casas.

Los reyes no habían hasta aquí pretendido ejercer una autoridad absoluta. Los de Cavek, que eran entónces dos, Iztayul y Cotuha, pusieron en la capital su escudo como señal de poder, de majestad y de grandeza; y concitaron contra sí las iras de una de las tribus. Alzóse en armas la de Ilocab, que no quería sino un rey, y éste consigo; y amenazó de muerte á los dos monarcas. Tomó al pronto la ciudad y la pasó á degüello; mas cayó al fin en manos de Cotuha, que la castigó cruelmente, sacrificando á no pocos en los altares de Tohib, su dios, y reduciendo á los más á dura servidumbre. Ahogada así en sangre la protesta, no tuvo ya el poder real límites ni freno. Presentáronse en todas partes los que lo ejercían acompañados de un brillante séquito, aterraron á las pequeñas y á las grandes naciones con la amenaza de inmolar á los cautivos, y, ebrios de orgullo, empezaron á consumir en banquetes y orgías los tributos de los pueblos. «Reuníanse, dice el texto, las tres familias en uno de sus palacios, y allí bebían sus bebidas y comían sus comidas, precio de sus hermanas y de sus hijas; y alegre el corazon, no hacían más que comer y beber en sus pintadas copas.»

Despues de Iztayul y de Cotuha, fueron reyes de Cavek otro Cotuha y Gucumatz, rey maravilloso, al decir del *Popol-Vuh*, que cada siete días subía al cielo, se abría un camino para bajar á Xibalba, y se trasformaba en serpiente, en águila, en tigre, en sangre coagulada. La magia se ha visto ya que era una de las pretendidas ciencias de aquellos pueblos. Empezaron estos dos reyes por llevar la capital á Gumarcaah, cuyas casas hicieron de cal y piedra al rededor del templo de Tohil, que pusieron en lo más alto. Grande fué allí su pujanza á pesar de haber estallado la discordia entre las primeras familias, que, exaltadas por la rivalidad y los celos, se hicieron la guerra y se arrojaron las unas á las otras las cabezas de los muertos. Con el fin de poner término á tan deplorables luchas distribuyeron las altas funciones del Estado entre veinticuatro príncipes,

nueve de la casa de Cavek, nueve de la de Nihaib, cuatro de la de Ahau-Quiché y dos de la de Zakik: y, luégo de restablecida la paz, crecieron y se encumbraron de modo, que se les sometieron sin violencia las vecinas y áun las apartadas naciones. Cautivábanlas sobre todo los prodigios de Gucumatz, en quien poco á poco se acostumbraron á ver el jefe de los pueblos.

Tepepul é Iztayul, sucesores de Cotuha y Gucumatz, vivieron tranquilos y prósperos; no ya E–Gag–Quicab y Cavizimah, la séptima generacion de reyes. Preponderaba la casa de Cavek sobre las otras dos, y por esto me limito á citar á sus monarcas. Levantáronse entónces por su independencia, no sólo las naciones recientemente puestas bajo el yugo de los quichés, sino tambien ciudades como las de los rabinales y los cakchiqueles. Cayó Quicab sobre unas y otras y entrándolas por fuerza las arruinó y devastó los campos. Por el terror dominó y abatió á los pueblos: pasó por todas partes como el rayo que rompe hasta las piedras. Prisionero que cogió, le hizo atar á un árbol y matarle á flechazos. Así volvió á poner bajo su cetro las mal domadas gentes.

Sobradamente comprendía, sin embargo, Quicab lo poco sólidas que eran tan rápidas conquistas. Para asegurarlas reunió á los demas reyes y á los príncipes, y les encareció la necesidad de colonizar los países vencidos, mantenerlos en estado de guerra y convertirlos en murallas y baluartes del Imperio. «Los príncipes son, dijo, los que han de tomar á su cargo tan ruda tarea;» y los príncipes salieron cada cual á su puesto con sus respectivas tropas. De aquí nació el feudalismo. Esos adelantados, á quienes se daba el nombre de jefes de lanzas y jefes de hondas, se hicieron héroes, y llevaron todos los días á sus reyes nuevos cautivos y nuevos tributos. Creció su orgullo al par de sus victorias, y hablaron cada vez en lenguaje más altanero á sus monarcas. Se reunieron y lograron al fin imponérseles. «Alcanzaron el título de guerreros y el de jefes de vasallos, tuvieron sus sillas, sus tronos, y fueron, dice el texto, los vigías y los escuchas, los baluartes, las puertas, los muros y las torres que defendieron la nacion quiché. [1]»

Suspendo aquí el curso de esta historia, manifestacion viva y elocuente de las leyes generales á que obedecen en su desarrollo los pueblos, porque no puedo suponer que pasaran más acontecimientos entre los quichés hasta la expulsion de los toltecas. Durante el mismo período hubo de ser la península de Yucatan teatro de no ménos importantes sucesos: desgraciadamente no tengo para seguirlos ni siquiera un *Popol-Vuh* que me sirva de guía. No dispongo de otro documento que de una especie de apuntes cronológicos escritos en lengua maya, que Brasseur tradujo al francés y publicó junto con la *Relacion de las cosas de Yucatan,* de Diego de Landa, y éstos tan pobres y en tan poca armonía con los pocos datos que encuentro en los libros españoles del tiem–

[1] *Popol-Vuh.* - Parte 4.ª, capítulos del I al X.

po de la conquista, que apénas si bastan más que para confundirme y hacer vacilar mi pluma.

Infiero de cuanto he leído, que los primeros pobladores de Yucatan debieron de ser los itzas: no me atrevo á tomar en cuenta la opinion de los que creen que fueron los judíos. Hubieron de fundar los itzas varias ciudades: entre ellas tierra adentro la de Chíchen, orillas del mar la de Champoton, que está sobre el Golfo. No debieron de tardar mucho en verse frente á frente con los tutulxius, que venían al parecer de Chiapa. Los tutulxius, segun los referidos apuntes, entraron en la Península por el Mediodía á fines del siglo V; se establecieron en Ziyan-Caan, que estaba al Oriente, junto á la bahía de Chectemal, á principios del VIII; emprendieron en el mismo siglo la conquista de Chíchen. Vencidos los itzas hubieron de recogerse á Champoton, entónces Champutun, donde estuvieron por de pronto al abrigo de los invasores.

Quiénes fueran los tutulxius no lo asegura nadie: se sospecha que fuesen de la raza nahuatl lo mismo que los toltecas. Ménos conocido aún es el orígen de los itzas. De éstos se ignora hasta lo que hicieron ántes de su salida de Chíchen. Se los dice sólo regidos por unos hermanos que al principio se distinguieron de los demas hombres en lo religiosos y lo castos, y despues, ausente uno, se entregaron á tales desórdenes, que suscitaron contra sí las iras de los súbditos y murieron á manos de la muchedumbre.

Poco ántes ó poco despues de la muerte de estos hermanos, refieren nuestros escritores que llegó á la Península aquel Cuculcan de que ántes he hablado, al parecer el mismo Quetzalcoatl de Tula. Á él atribuyen la fundacion de Mayapan, cabeza de todo un reino, que estuvo situada á unas quince ó diez y seis leguas del mar y unas ocho al Mediodía de la actual Mérida. Dicen que dió á la ciudad gobierno y leyes, y años despues la dejó por Méjico, de donde había venido. Ausente ya, reuniéronse, añaden, los señores de Mayapan y confiaron el mando supremo de la República á la familia de los cocomes, por ser la más antigua ó la más rica, ó quizá por tener entónces á su frente á un hombre de más energía.

Poco despues, allá en el último tercio del noveno siglo, fué arrebatada Chíchen á los tutulxius, no se sabe por qué gentes. Sábese sí, que los vencedores echaron allí raíces hasta constituir un nuevo Estado. Los vencidos no pensaron ya en recobrar la ciudad; pero tampoco en abandonar la Península. Fortificáronse hoy en uno, mañana en otro punto, y al fin arrojaron de Champoton á los itzas, que por muchos años anduvieron errantes, durmiendo ya en las rocas, ya en el fondo de los bosques. Extendiéronse desde allí los tutulxius por las sierras que caían enfrente de Mayapan, como á diez leguas de ciudad tan famosa, y las poblaron y las enriquecieron con grandes y suntuosos monumentos.

Celebróse á la sazon entre los tutulxius, los cocomes de Mayapan y los jefes

de Chíchen una confederacion parecida á la de los toltecas. Lo indican tanto los escritores europeos como el autor de los apuntes. Confederacion que no fué por cierto tan afortunada como la de Tula, Colhuacan y Otompan, pues segun se verá más tarde, no impidió entre los tres Estados guerras que áun duraban cuando la conquista. Nació al concluir la de los toltecas, y por esto no digo ahora por dónde fué á su muerte. [1]

Tampoco hablaré de las naciones al Mediodía de Yucatan y Guatemala. Si tienen, como creo, una historia anterior á la destruccion de Tula, no la conozco. Algo acerca de ella podría decir aprovechando las mil y una fábulas de que están sembrados los anales de América, pero no me he propuesto escribir sino lo que tenga visos de racional, ya que no un carácter rigorosamente histórico. Á ser otro mi intento, no habría empezado la relacion de los hechos de Guatemala en los quichés, ni la de los sucesos de Yucatan en los itzas: me habría remontado á más antiguos tiempos.

Tal vez se me pregunte por qué he comprendido entónces los pueblos de Guatemala á Panamá entre los civilizados de Occidente y por qué en el primer grupo. He dicho y repito que se ven de Panamá á Guatemala vivos reflejos de la cultura de los mejicanos. En Hondúras, por ejemplo, encontraron los españoles reducida á cultivo la tierra, adelantadas las artes cerámicas, en uso la pintura jeroglífica y el sistema cronológico de los toltecas; en Nicaragua, en la tribu de los chorotecas, los anales y las leyes, escritas casi con las mismas figuras que habían visto en los libros de Méjico; el oro maravillosamente vaciado y labrado. [2]

Pero es hora ya de que refiera los acontecimientos posteriores á la destruccion de los toltecas.

[1] *Serie de las épocas de la historia Maya*, pa te de la coleccion de documentos de Brasseur.—*Relacion de las cosas de Yucatan*, por Diego de Landa, párrafos del 5.° al 8.°—Herrera.—*Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*. Década 4.ª, lib. I, cap. III.

[2] Herrera.—*Historia general de los hechos de los castellanos*.—Década 4.ª, lib. VIII, cap. III.—Década 3.ª, lib. IV, cap. VII.—Gonzalo Fernández de Oviedo, que estuvo en Nicaragua cuando la conquista, hasta hace mejicanos á los chorotecas. Hablan, dice, la misma lengua que en Méjico.—*Historia de Nicaragua*, cap. I.

CAPÍTULO V

Quiénes eran los chichimecas.—Hasta dónde se extendían al Sur y al Norte.—Descripcion de sus costumbres y su carácter.—Quién los gobernaba cuando la destruccion de Tula.—Emprende Xolotl la conquista del imperio de los toltecas.—Llega á Tula.—Funda la ciudad de su nombre en la falda del cerro de Xaltocan.—Funda la de Tenayucan en la márgen occidental del lago de Méjico y establece allí su corte.—Reparte entre los jefes tierras y vasallos.—Recibe á otros jefes chichimecas y les da tambien tierras separándolos para que no puedan concertarse en su daño.—Política que sigue respecto de los toltecas.—Los toltecas se reconstituyen principalmente en Colhuacan y recobran parte de su grandeza.—Regidos por Nauhyotl, llegan á inspirar temores al emperador de los chichimecas.—Xolotl exige á Nauhyotl el pago del feudo, y al saber que Nauhyotl se niega á satisfacérselo, envía contra él á Nopaltzin, su hijo, que le derrota y mata en una batalla.—Xolotl pone por rey de Colhuacan á Achitometl y casa á Nopaltzin con una de las hijas de Pochotl.—Influencia de los toltecas sobre los chichimecas.—Llegada de los aculhuas, los tecpanecas y los otomíes.—Se establecen en Coatlychan, Xaltocan y Azcapotzalco.—Se multiplican los señoríos y se subdividen los feudos.—Xolotl les reparte tierras.—Se las reparte tambien á sus propios hijos y á los seis capitanes que con él vinieron á Méjico.—Ventajas del sistema feudal establecido por los chichimecas.—Disturbios á que venía ocasionado.—Rebelion de Yacanex.—Rebelion de Acotoch.—Ambas son dominadas y vencidas.—Otra conspiracion de que habla Brasseur.—Motivos de discordia que había en el Imperio.—Muerte de Achitometl en Colhuacan y de Xolotl en Tenayuca.—Edad de Xolotl.—Nopaltzin le sucede en el trono.—Sus reformas y sus leyes.—Conducta de Ycxochitlanez en Colhuacan.—Adelanta la civilizacion en Anauhac, sobre todo bajo el imperio de Tlotzin-Pochotl.—Relaciones de Tlotzin con el sacerdote Tecpoyo Achcauhtli.—Hechos notables de Tlotzin.—Estado general de los chichimecas.—Nuevas divisiones territoriales y nuevos feudos.

SEGUN dije en el capítulo tercero, bajo el nombre de chichimecas vienen comprendidas muchas y muy diversas gentes. Los dejé establecidos en las márgenes del Gila: falta decir hasta dónde se extendieron desde su llegada á la dispersion de los toltecas.

Bajaron hácia el Mediodía á las fronteras del reino de Tula; hácia el Septentrion no es fácil determinar hasta dónde subieron. En el siglo XVI, siendo virey de Méjico D. Antonio de Mendoza, hicieron nuestros soldados una expedicion al Norte desde Compostela. Atravesaron Xalisco, Cinaloa, la Sonora, los ríos Gila y Colorado y casi toda la California Superior sin abandonar nunca la cordillera occidental ni perder de vista las costas del Pacífico. Hasta en lo más boreal encontraron poblaciones parecidas á las de Nueva España. Á más de ciento veinte leguas del Gila descubrieron cinco provincias que les llamaron la atencion por lo cultas.

Tenían los pueblos que las componían consejos de ancianos que los gobernasen y sacerdotes que les recordasen sus deberes sin exigirles sacrifi–

cios de sangre. Vivían en casas de mampostería que edificaban en comun con ayuda de las mujeres. No disponían de cal, pero la suplían con una mezcla de carbon, tierra y ceniza. Conocían los sótanos y los habían convertido en verdaderas estufas. Los enlosaban á la manera de los baños de Europa, ponían en medio uno como brasero donde arrojaban de vez en cuando puñados de tomillo. Allí habitaban los varones, arriba las hembras. Constaban las casas hasta de cuatro pisos, sin que por esto fueran de más de tres piés de espesor las paredes.

No sólo cultivaban aquellos hombres las artes de construccion. Hilaban tambien y tejían, adobaban las pieles, eran hábiles alfareros. Hacían vajillas de barro cocido y barnizado y jarrones de esmerada forma. Ni desconocían tampoco la agricultura, por más que la tierra no les exigiese grandes labores para darles sus frutos. Recogían gran cantidad de maiz y lo amasaban con mucho cuidado y limpieza. Tenían consagrada á tan importante trabajo una pieza donde había tres piedras y un horno. Las mujeres que habían de hacer el pan no entraban en el cuarto sin ántes recogerse el pelo y cubrirse la cabeza, sacudir los vestidos y quitarse los zapatos. Una rompía el grano, otra lo machacaba, otra lo hacía harina, y en tanto un hombre tocaba á la puerta la dulzaina. Desleían luégo la harina en agua caliente, y hacían finas y muy delgadas tortas. Señales todas de no escasa cultura.

Hombres y mujeres iban todos vestidos á excepcion de las solteras, que no podían cubrirse ni áun en los más rigorosos fríos. Llevaban los hombres una especie de camiseta de cuero tundido y encima un ropon de pieles. Tenían armas; y eran, aunque de carácter dulce, fieros en la defensa de sus hogares.

La mujer gozaba de bastante consideracion y estima. Fuera de hacer yeso para la edificacion de las casas, estaba enteramente consagrada á los negocios domésticos. Ni casada ni soltera, iba jamas al campo ni al bosque. Al contraer matrimonio recibía en los hombros un manto que su novio habia debido hilarle y tejerle, y no podía ya ni bajar á los sótanos, como no fuese para llevar la comida á su esposo ó sus hijos. [1]

En comarcas ménos distantes, como á ochenta leguas del Gila, vieron tambien nuestros soldados una provincia que llamaban Cíbola, donde había casas de tres y más altos; se labraba la tierra, se tejía el algodon y se hacían ropajes de pluma; usaban las mujeres el faldellin y los hombres el maxtle; se reunían los varones todos para deliberar sobre los negocios públicos, y al salir el Sol, sentada en silencio la muchedumbre, recogía las palabras de un sacerdote que desde una eminencia les enseñaba á practicar la virtud y aborrecer el vicio. No tenían tampoco estos hombres más de una mujer, ni dejaban de considerarla. Eran laboriosos, miraban la cruz como un símbolo de paz, y

[1] *Relacion del viaje de Cíbola*, por D. Pedro Castañeda.—Parte 2.ª, cap. IV.

quemaban á los muertos con las herramientas que habían usado en vida. [1]

Hallaron, por fin, nuestros españoles en cuanto recorrieron, evidentes muestras de una civilizacion más ó ménos adelantada, y en todas partes, repito, algo, ya en los edificios, ya en los trajes, ya en las costumbres, que les recordaba á Méjico. Se lo recordaba naturalmente mucho más lo que vieron y observaron más acá del Gila: en Suya, en la Sonora, en Petatlan, en Culiacan, que era el límite septentrional del Vireinato. Había aquí ya ritos y lenguas muy semejantes á los que tenían conocidos.

Los chichimecas debieron por la tanto ocupar una considerabilísima extension de tierra: de Mediodía á Septentrion por lo ménos desde los veintidos á los cuarenta grados. No debió ser de mucho tanta la que ocuparon de Oriente á Occidente, cuando los toltecas habitaban en parte las costas del golfo de California y el espacio que se extendía entre las dos cordilleras y se conocía con el nombre de grandes llanuras estaba desierto y era cuando más pasto de bisontes y abrigo de tribus bárbaras; pero áun en esta direccion debieron abarcar mucha del Gila abajo á juzgar por lo que escribe Alvar Nuñez Cabeza de Vaca en la relacion de su penoso viaje desde la Florida á la Nueva Galicia. Cien leguas al Este de Culiacan encontró Nuñez pueblos de asiento fijo que cultivaban el maíz y las judías, tejían el algodon, iban vestidos y calzados, eran limpios, no miraban mal á la mujer y amaban las joyas hasta el punto de ir al Norte á trocar por esmeraldas las plumas de sus pájaros. [2]

Se extendían los chichimecas por vastísimas regiones; pero sin formar un solo cuerpo ni en lo social ni en lo político. No sólo estaban divididos en multitud de gentes: no las tenían ligadas á todas por los vínculos del Imperio. Bien porque no hubiesen venido juntas, bien porque al difundirse por apartadas tierras rompiesen los lazos que pudiesen haberlas unido á la metrópoli, las había, y no pocas, que formaron naciones del todo independientes. Como tales las veremos ahora ir bajando al Anahuac y repartirse ya de comun acuerdo, ya luchando, los dominios de los toltecas. Bajaban empujándose las unas á las otras, como aquí en el siglo V los bárbaros del Norte. ¿Vendrían empujadas á su vez por tribus invasoras?

Los soldados que en el siglo XVI fueron á Cíbola hallaron en toda la cordillera villas á medio poblar, otras en ruínas, algunas con los mismos proyectiles de piedra que hubieron de servir para aniquilarlas. Interrogados los naturales del país, les hablaron de unos hombres poderosos que unos años ántes habían entrado la tierra y taládola y destruído muchos pueblos. Eran esos hombres los teyas, habitantes de las grandes llanuras, que cazaban el bi-

---

[1] *Relacion del viaje de Cíbola*, por Castañeda.—Parte 2.ª, cap. III.

[2] Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.—*Naufragios y relacion de la jornada que hizo a la Florida*, capítulo XXXI.

sonte, le desollaban, curtían la piel y le hacían cuartos, como con el mejor acero, valiéndose de un guijarro que afilaban con sus dientes; nómadas que donde quiera que se detenían levantaban tiendas como los árabes; salvajes que comían carne cruda, bebían sangre y chupaban con gran placer la hierba masticada que encontraban en el estómago de los animales á que acababan de dar muerte. Al Nordeste de la cordillera vivían esos teyas y los querechos, y al Sur los apaches, áun hoy terror de los pueblos cultos de aquellas comarcas. ¿No vendrían los chichimecas al Anahuac huyendo de esos bárbaros? [1]

Las provincias que nuestros soldados recorrieron eran evidentemente reliquias de muertas naciones. Las separaban extensos desplobados. Contaba la que más doce pueblos. En setenta villas que se descubrieron más allá de Cíbola no había veinte mil almas. La vida se había ido, á no dudarlo, extinguiendo en aquellos lugares, teatro probablemente de una ignorada historia. [2]

Lo raro es que de todas estas provincias en muy pocas vieron los españoles templos, en ninguna sacrificios humanos. En las que recorrió Alvar Nuñez ni señales se observaban de idolatría. Le dijeron los moradores que no adoraban sino en Aguar, creador del mundo, á quien se reconocían deudores del agua y de todo lo bueno. [3] Áun para encontrar caníbales era preciso descender á Culiacan, asiento de los acaxas, que, al decir de Castañeda, iban á caza de hombres como de ciervos.

Sacrificios religiosos de hombres, y esto parecerá más extraño, no los había ni entre los chichimecas del río Gila, los primeros que, destruída Tula, bajaron á los valles de Méjico. ¿Cómo los había ya entre los que en los mismos valles estuvieron confundidos con los toltecas? El orígen de tan feroz costumbre es otro de los enigmas de la historia del Nuevo Mundo. La exageraron más tarde los aztecas, no la introdujeron.

Pero es hora ya de que me fije particularmente en los chichimecas, que formaban parte del Imperio. Determinar los límites de la tierra en que vivían es hoy por hoy imposible. Lo más que cabe aventurar es que tenían su principal asiento entre los ríos Colorado y Gila. En cambio abundan en los autores las noticias acerca de su género de vida y su carácter.

En ciertas cosas estaban por debajo de algunos de los chichimecas, de que hice mérito. Seguían habitando en cuevas é ignoraban por completo la agricultura. Aprovechaban los escasos frutos que les producían los árboles, sabrosos bulbos y raíces, la miel de las abejas, del magüey y de la palma, hongos, principalmente algunos que los ponían ebrios; pero no cultivaban ni poco ni mucho los campos. Ni eran tampoco muy dados á las artes, por más que no

[1] Castañeda.—*Relacion del viaje de Cibola.* Parte 2.ª, capítulos V y VII.

[2] Castañeda.—*Relacion del viaje de Cibola.* Parte 2.ª, capítulo VI.

[3] Alvar Nuñez Cabeza de Vaca.—*Naufragios y relacion de las jornadas que hizo á la Florida*, capítulo XXXV.

dejasen de ser diestros en curtir pieles, labrar turquesas, componer joyas y hacer adornos de plumas, y supiesen afilar el pedernal hasta emplearle con ventaja para cuchillos y puntas de flecha.

Eran esos chichimecas esencialmente cazadores. No dejaban su arco y su carcaj ni áun en la mesa: al acostarse los ponían á la cabecera de su cama. Aprendían de muy niños á manejarlos, y no tenían en muchos años otro ejercicio ni otro juego. Principalmente de lo que cazaban comían y se vestían; principalmente en efectos de caza satisfacían los tributos. Áun á sus divinidades rendían un culto venatorio: la res ó pieza que primeramente cogían la sacrificaban al Sol, á quien tenían por padre. Perseguían á los venados y á las fieras, y se distinguían así por lo certero de sus disparos como por su agilidad y el alcance de su vista. Por miedo á que se les enturbiaran los ojos no entraban donde se encendiese fuego.

Activos y de alimentacion sencilla, pues fuera de los frutos de la tierra sólo se nutrían de carne asada, eran esos chichimecas, si no muy altos, de robusto cuerpo, duradera salud y larga vida. Ni tenían muchas enfermedades, ni las sobrellevaban con paciencia. Enfermedad que durase más de cuatro días, la terminaban metiendo una flecha por la garganta del paciente. Otro tanto hacían con los viejos á quienes tuviese abatidos el peso de los años. Los enterraban luégo con gran regocijo, y se entregaban dos ó tres días al canto y al baile. Les parecía tan insoportable vivir penando, como cruel dejar de poner fin á los sufrimientos de su prójimo. No ignoraban del todo la Medicina, ántes conocían las virtudes curativas de muchas hierbas; pero al verla ineficaz buscaban el remedio en la muerte. No la temían, y eran por lo mismo hombres de valor y arrojo.

Ni eran tan bárbaros que anduviesen desnudos. Varones y hembras iban cubiertos de pieles: los varones, de uno como sayo que les llegaba por detras á las corvas y por delante á la mitad del muslo; las hembras, de un faldellin corto y de un vípil ó camisa sin mangas. Calzaban todos sandalias, quién de hojas de palma, quién de cuero. Gustaban de adornos, y los usaban más ó ménos ricos segun su clase. Vestía el Emperador, y en esto se distinguía de sus vasallos, una piel entera de leon ó de tigre que le servía de manto; otra de ardilla que le ceñía las sienes y le caía por la cabeza á la frente, por la cola á la nuca; de oreja á oreja, una media corona de plumas, ya sueltas, ya prendidas con un joyel de oro; en cuello, brazos y piernas, alhajas, más de notar por lo grandes que por lo bellas. Los nobles, que nobles había, imitaban á su jefe: no les estaba prohibido sino el uso de la piel del leon, ya entónces mirado como rey de los bosques y símbolo de la monarquía.

Eran esos chichimecas severos en sus costumbres. Príncipes ó súbditos, no tenían más de una mujer y le guardaban fidelidad hasta la muerte. ¡Ay de los adúlteros! Probado el delito, los ataban á un poste y los mataban: les disparaba

cada uno de los que les eran iguales hasta cuatro flechas. Iban con la mujer á todas partes: lo mismo á las fiestas que á los campamentos. Acostumbrábanse de niños á tenerla por compañera: no habían llegado á la pubertad cuando la recibían impúber del que la trajera al mundo. Apénas tenían las hijas cinco años, las daban los padres á niños de la misma edad y la misma clase.

Eran por fin notables esos hombres en su vida religiosa y política. Tal vez en esto aventajasen á todos los demas chichimecas. Tenían clara nocion de un Dios creador del Universo. No parece que rindieran culto á otros ídolos que al Sol y la Luna, ni les sacrificaran más que las ya indicadas primicias de la caza. Respetaban despues de Dios á sus emperadores. Aunque distribuidos en feudos vivían bajo el inmediato poder de sus nobles, reconocían en el Emperador la autoridad suprema. Poseían el sentimiento de la unidad; y cuando no por el feudo, lo conseguían por la federacion ó las alianzas. [1]

Acertaba á gobernarlos cuando la destruccion de Tula el emperador Achcauhtzin; y al saber la catástrofe, bien estimulado por la ambicion, bien á ruego de los vencidos, resolvió la conquista del Anahuac y la confió á Xolotl su hermano. Seguido Xolotl de seis capitanes y un numeroso ejército, que acompañaban segun costumbre las familias de los soldados, bajó con su hijo Nopaltzin, entónces mozo, por las playas del golfo de California, y las pasó á sangre y fuego, hasta que llenos de confusion y espanto, se le humillaron y consintieron en reconocerle por señor los príncipes que se habían levantado contra el último rey de los toltecas. Sojuzgados ya estos rebeldes, pudo sin hacer uso de las armas pasear la tierra y entrar cuando quiso en los codiciados valles de Méjico, tanto más cuando los chichimecas que ántes habían invadido el Anahuac se pusieron bajo sus órdenes. Encontró allí desiertos, cuando no en ruinas, los pueblos, y se dirigió con afan á Tula por ver ciudad de tanto renombre. La halló solitaria y triste, medio en escombros, ganada por la hierba; y la abandonó, aunque no sin dejar quien la repoblara. [2]

Fué por de pronto á establecerse Xolotl en la falda de un cerro de Xaltocan, abundantísima en cuevas. Estaba construyendo allí una ciudad á que dió su nombre cuando por sus capitanes, que había enviado á explorar el país y averiguar dónde quedaban los restos de los toltecas, supo de otro lugar no muy distante ni tampoco escaso en cavernas, que ademas de estar agradablemente situado, gozaba de buen aire y de mejores aguas. Se trasladó al punto á la

---

[1] Sahagun.—*Historia Universal de las cosas de Nueva España*, lib. X, cap. XXIX, párrafo II.—Veytia.—*Historia Antigua de Méjico*, lib. II. cap. I.

[2] De aquí hasta el fin del capítulo está basada la narracion sobre los autores siguientes.—Ixtlilxochitl.—*Historia de los chichimecas*, Parte 1.ª capítulos del IV al IX.—Veytia.—*Historia Antigua de Méjico*, lib. II, capítulos del I al X.—Torquemada.—*Monarquía Indiana*, lib. I, capítulos del XV al XLVII.—Brasseur de Bourbourg. *Histoire des nations civilisées du Mexique*, liv. XI, chaps. I, II y III.

nueva comarca y fundó á Tenayocan, hoy Tenayuca, en la márgen occidental del lago de Méjico. Fijada allí la corte, tomó quieta y pacífica posesion de todo lo que constituyó el imperio tolteca, distribuyó las familias de sus soldados en los pueblos sin gente, y empezó á repartir entre los capitanes tierras y vasallos. Organizó desde luégo la nueva nacion sobre el feudalismo.

No tardó en recibir Xolotl á otros jefes chichimecas, que al frente de más ó ménos crecidas tribus venían del Norte. Vasallos suyos ó de su esposa Tomíyauh en el imperio de su hermano, los sabía díscolos y propensos á la rebelion y la guerra. Los separó á fin de que jamas pudieran volverse á remontar en su daño; pero sin por esto dejarles de dar tierras en que se estableciesen. Hacía Xolotl todas estas concesiones hasta con mano pródiga, tanto porque tenía de dónde, como porque, pueblos cazadores y no agrícolas, no podían contentarse con pequeños fundos. No usaban ni él ni los suyos de la tierra más que poblándola de árboles y animales si estaba yerma, ó cercándola si contenía ya monte: no era otro su objeto que fomentar la caza é impedir que ésta se corriese á los vecinos predios.

Era Xolotl bárbaro, pero no sin juício. Al paso que así favorecía á sus gentes, respetaba y hacía respetar lo mismo la persona que la propiedad de los toltecas. Ya desde un principio había ordenado que no se los hostilizase como no opusiesen resistencia al paso de sus armas. Dispuso despues que se los dejase en posesion de las ciudades y villas que ocuparan siempre que consintiesen en reconocerle por señor y pagarle tributo. Con que tál hiciesen les permitía hasta que se gobernaran por las antiguas leyes y costumbres. Reconocía la superioridad de esos hombres, comprendía cuánto podían contribuir á la cultura de su pueblo, y léjos de pensar en aniquilarlos ni en reducirlos á servidumbre, hizo por levantarlos.

Merced á esta política, los toltecas que no habían salido del Anahuac y se habían recogido, ya en determinados pueblos, ya en las montañas y los bosques, se reconstituyeron y áun recobraron parte de su grandeza. Siguieron gobernándose en Cholula por sus sacerdotes y sus jefes. Agrupáronse en Colhuacan al rededor de Xiuhtemoc ó Xiuhtemal, á quien Topiltzin al dejar la patria había encomendado la vida de su hijo Pochotl y la salud del Reino. Reconocieron en Azcapotzalco por caudillo á Tzihuactlatonac, señor de Tetlollincan, y como en señal de vasallaje le pusieron á los piés un comal de oro, resto de su antigua riqueza. Sometiéronse por fin en Chapoltepec, en Totoltepec, en Tlazalan, en Tepexomac á las familias nobles que por acaso consiguieron sustraerse á la total ruína del Imperio.

La reconstitucion de los toltecas iba ya siendo tal, que empezó á inspirar recelos al monarca chichimeca. Inspirábaselos sobre todo en la ciudad de Colhuacan, hábilmente regida y cada día más vigorosamente organizada. Xiuhtemoc en Colhuacan ejercía, sin llevar el título de rey, una autoridad absoluta.

Habia puesto á Pochotl al cargo de una dama de Quauhtitenco, lugar no léjos de Tula; y le tenía allí no sólo apartado del trono, sino tambien ignorante de los derechos que le daban los vínculos de la sangre. Al morir, dejó por sucesor en el mando, no á ese infeliz hijo de Topiltzin, sino á su propio hijo Nauhyotl, que no vaciló en hacerse rey ni en hacerse coronar como tal á usanza de los toltecas. Era Nauhyotl hombre de saber y de temple, y como tal temible. Para conjurar peligros y afianzar en sus sienes la corona hizo á poco sacar de la oscuridad á Pochotl, le dió en matrimonio á su hija y le designó por su heredero. Rey ya de Colhuacan sin contradiccion, ¿no era de temer que pensase en restaurar el antiguo reino?

No habían rechazado en parte alguna los toltecas el señorío de Xololt; pero no habían ido jamas á rendirle homenaje. Xolotl creyó entónces conveniente intimar á Nauhyotl que no le tendría por rey de Colhuacan, si no se apresurase á satisfacerle el debido feudo. Contestóle orgullosamente Nauhyotl que nunca los reyes toltecas habían reconocido otro señor que á Dios ni sido vasallos de nadie; y Xolotl mandó al punto sobre Colhuacan á Nopaltzin con buen golpe de gente. Vencido y muerto Nauhyotl en una batalla que se dió en las orillas de los lagos, habría podido fácilmente Xolotl acabar con el nuevo reino; firme en su idea de no destruir, ántes ganar á los toltecas, elevó por lo contrario al trono de Colhuacan á Achitometl, hijo de Pochotl, imponiéndole por toda condicion el pago anual de un ligero tributo. Pochotl, muerto poco ántes, había dejado tres hijas: Xolotl, para mejor asegurarse la amistad de los toltecas, casó más tarde con una de las tres á Nopaltzin, su hijo.

Los chichimecas no tardaron en sentir la influencia de los toltecas. Vivían en grutas ó en cuevas; empezaron á construir casas. Conocían sólo el plantío y el fomento de los bosques; empezaron á cultivar la tierra. Civilizáronse mucho más con la venida de otros pueblos, si no tambien toltecas, muy parecidos por el idioma y la cultura. Eran esos recien venidos los aculhuas, los tecpanecas y los otomíes que, al decir de los autores, procedían de las opuestas playas del golfo de California. No vestían todos el mismo traje ni hablaban la misma lengua; pero tenían todos cierto aire de parentesco y se expresaban en dialectos de un mismo orígen. Eran todos, ademas, industriales y agrícolas; todos idólatras de un dios á quien daban el nombre de Cocopitl, levantaban templos, sacrificaban pájaros y otros animales y ofrecían frutos, perfumes y flores.

Venía Tzontecomatl al frente de los aculhuas, Chiconquauhtli á la cabeza de los otomíes, Aculhua capitaneando á los tecpanecas. Bien acogidos ó cuando ménos tolerados por Xolotl, se establecieron respectivamente en Coatlichan, Xaltocan y Azcapotzalco, que pasaron á ser otros tantos señoríos. Afirmáronse desde luégo en sus dominios por haberse casado Aculhua y Chiconquauhtli con dos hijas de Xolotl y Tzontecomatl con la del tolteca Chalchiuhlatonac, uno de los principales jefes de la provincia de Chalco; se aseguraron despues más y

más por los hijos que les nacieron. Contribuyeron éstos por una parte á estrechar los vínculos entre los pueblos todos de Méjico, por otra á multiplicar los feudos, y en mi sentir á subdividirlos.

Xolotl aumentó y aceleró aún esta division del poder público. En tanto que necesitó el inmediato servicio de los seis capitanes que con él vinieron de Huehuetlapallan, no les repartió tierras, les dió sólo provisionalmente en los alrededores de su capital las que conceptuó necesarias para el alojamiento de las tropas que acaudillaban. Ya que hubo cesado todo temor de guerra, distribuyó entre los seis los territorios de Amazahuacan, Zohuatepetl, Tepeyacac, hoy Tepeaca, y Mamalihuasco, con todo el que fuesen adquiriendo sobre los indígenas por su autoridad y sus armas. Hizo luégo otro tanto con sus nietos los hijos de Nopaltzin, á quienes cedió Tlazalan, Zacatlan y Tenamitec sin más condicion que la de residir en la cabeza de los Estados que les cedía.

Á cada nueva generacion se multiplicaban los feudos. ¿Era esto un mal para la monarquía de los chichimecas? No todos los feudos pagaban tributo á la corona. No lo satisfacía ninguno de los que Xolotl había concedido á sus hijos, sus nietos y los seis capitanes con quienes había salido del Norte. No tenían estos feudatarios otra carga que la de acudir á la corte cuando se los llamase y la de socorrer con sus soldados al Emperador en tiempo de guerra. Pero tampoco necesitaba la Corona de muchos ingresos. Bastábanle para cubrir sus atenciones las provincias libres y los feudos tributarios. Es de advertir que esas provincias, ademas de haberla de surtir de conejos, de liebres, de ciervos, de mantos, ya de pieles de animales, ya de hilo de magüey, ó lo que es lo mismo, de néquen, venían obligadas á multitud de servicios personales: á cercar los montes, guardar los jardines y los parques, asistir á los reyes y á los cortesanos.

Los feudos eran, por otro lado, un excelente aguijon para la conquista. No siempre se los concedía en tierras ya ganadas; se los establecía frecuentemente en comarcas fronterizas, cuando no más allá de los límites del Imperio. Por ellos principalmente lograron los chichimecas rebasar el círculo de montañas á que por muchos años vivieran reducidos. Sobre que sin los feudos habría sido difícil, cuando no imposible, que tantas, tan rudas y tan extrañas tribus hubiesen podido acomodarse en el Anahuac sin grandes luchas y sacudimientos. Animadas casi todas de un fiero espíritu de independencia, áun por el feudalismo era raro que se aviniesen á morar juntas y obedecer á un solo monarca. Lo era tanto más, cuando sus caudillos deseaban todos el título de reyes, y áun viviendo Xolotl muchos lo fueron. Reyes se decían entónces los jefes de los aculhuas, los tecpanecas y los otomíes.

Gracias á los feudos fué, por fin, más rápida la civilizacion de los chichimecas. Tuvieron más centros de cultura. Se penetraron más de las ideas y los sentimientos de los toltecas y aculhuas, de otra manera sus enemigos, ahora

sus maestros. Es indecible lo que bajo la influencia de estos dos pueblos adelantaron. Xolotl no se satisfizo ya con hacer parques; labró palacios y jardines, levantó al Sol un templo en que sacrificaba las primicias de la caza. Se dice si ya en su tiempo conocían los chichimecas el uso de la pintura jeroglífica.

El sistema feudal, sin embargo, no dejó allí, como en todas partes, de producir disturbios. Jefes que obedecían sin repugnancia al Emperador tascaban impacientes y airados el freno de sus señores. Huetzin, como se ha visto, había recibido en feudo la provincia de Tepetlaoztoc: acababa de recibir ahora el cetro de Cohuatlican ó Coatlichan por muerte de Izmitl, su padre. Con los onerosos tributos que había exigido tenía ya descontentos á sus vasallos. Los vió en armas contra sí, luégo que por Xolotl ó por Nopaltzin tuvo concertado su casamiento con Atotoztli, hija de Achitometl, rey de Colhuacan, mujer de singular hermosura. Estaba apasionado por Atotoztli Yacanex, que tenía al parecer en subfeudo á Tepetlaoztoc y otras villas del contorno. Se rebeló, y á la cabeza de sus tropas se fué derecho á Colhuacan y pidió en son de amenaza al Rey la mano de su amada. Aunque no la obtuvo, no se decidió á recurrir á la fuerza; pero no bien volvió á sus Estados cuando los puso en movimiento contra Huetzin y llevó el fuego de la insurreccion á otras provincias.

El suceso era gravísimo. Xolotl, reconociéndolo, dispuso que fuesen en socorro de Huetzin el rey de Xaltocan y el señor de Colhuacan, uno de sus más diestros generales. Les ordenó que juntos con Huetzin cayesen sin tardanza sobre Yacanex, y se le trajeran vivo ó muerto. «Tratad sin consideracion al jefe, les dijo, con blandura á los soldados.» Yacanex no se amedrentó con todo ante ese triple ejército: le presentó batalla y la sostuvo hasta la noche. Y aunque, sintiéndose quebrantado, buscó por algunos dias su defensa en sitios ventajosos, de donde no salía sino para escaramucear á sus contrarios; ya que se vió con refuerzos, bajó de nuevo al campo y acometió con grande ímpetu á Huetzin, que se hallaba con todas las fuerzas auxiliares y las suyas en los alrededores de Xuexotla. Por largo tiempo sostuvo tambien el combate; pero fué al fin vencido: desordenadas sus haces, hubo de pasar á Pánuco.

Segun Ixtlilxochitl, estaban con Yacanex los jefes aculhuas, enemigos de Quinantzin, nieto de Nopaltzin, porque los habia puesto al cuidado de tres murallas, construidas unas para proteger las plantaciones de maíz en las comarcas de Xuexotla y de Tezcuco, otra para cercar en Tepetlaoztoc un parque de caza. Segun Veytia, uno de estos jefes, por nombre Acotoch, se coligó con Yacanex despues del desastre de Xuexotla, y fraguaron juntos una conspiracion para matar á Nopaltzin y á Tlotzin, que llevaban ya mucho más que Xolotl las riendas del Estado. «Descubierta la conspiracion por uno de los cómplices, dice, salieron los amenazados príncipes contra los rebeldes, que se estaban disponiendo al combate, y los deshicieron en una batalla donde el jóven Quinantzin, hijo de Tlotzin, hizo tales proezas, que obtuvo del Emperador, su

bisabuelo, el señorío de Tezcuco. Vencido Acotoch, añade, se retiró con Yacanex á Pánuco, y ambos se internaron de modo, que no bastó la más celosa persecucion á detenerlos ni sorprenderlos: se restableció la paz y volvió la calma á los espíritus.» ¿Tendrá razon Veytia? Brasseur, refiriéndose al Códice Chimalpopoca, habla tambien de una conspiracion, pero anterior al levantamiento de Yacanex, dirigida contra Xolotl, tramada á la vez por los chichimecas y los toltecas y reducida á deshacerse del Emperador, que tenía la costumbre de dormir la siesta á la sombra de unos grandes árboles de sus jardines, por una súbita inundacion de las aguas que los regaban. La conjuracion fracasó aquí tambien por haberla sabido Xolotl ántes no estallase y haberse ido á dormir, el día convenido para ejecutarla, en lo alto de una colina.

La verdad es que había en aquel Imperio más de un motivo de discordia. Al feudalismo se añadía el trabajo incesante de los toltecas por recobrar su predominio, la resistencia que á la civilizacion oponía la barbarie, la diversa índole, los mutuos celos y la recíproca desconfianza de las muchas naciones que habían ido á establecerse en unos mismos valles y unos mismos lagos. No es de admirar que hubiese guerras, sino que hubiese tan pocas. Refiere Brasseur algunas más porque da como venidas al Anahuac bajo el Imperio de Xolotl gentes que segun los demas autores entraron más tarde; Ixtlilxochitl habla sólo de otra que un aculhua, señor de Azcapotzalco, hubo de sostener con el chichimeca Cozcaque, á cuya voz se había levantado la provincia de Tepozotlan en armas. Cozcaque salió vencido y hubo de buscar asilo como Acotoch y Yacanex en las montañas del Norte.

Murieron á poco en Colhuacan Achitometl, en Tenayocan Xolotl, los dos más poderosos monarcas de aquellos valles, los que más contribuyeron á conservar la civilizacion de los toltecas y á disminuir la barbarie de los chichimecas. Murieron los dos llorados de los pueblos, principalmente Xolotl, que tanto había hecho por mejorar y engrandecer su Imperio. Ya cadáver, se le revistió de todas las insignias del mando y se le expuso á las miradas de sus entristecidos súbditos. Se le enterró despues en una cueva de su propio palacio con asistencia de los muchos reyes y príncipes que le pagaban feudo ó le rendían cuando ménos homenaje. [1]

Reinó Xolotl, segun Ixtlilxochitl, ciento doce años: segun Veytia, ciento quince. ¿Será cierto, como pretende Brasseur, que Xolotl era entre los chichimecas más un título que un nombre y se ha confundido por esta razon en un

[1] Segun Ternaux Compans, posee M. Waldeck dos preciosos manuscritos en papel de áloes, donde están representados los principales sucesos del reinado de este personaje. Se ve á Xolotl sentado en su trono y acompañado de su mujer y de sus hijas en el momento en que vienen á pedirle tierras los tres príncipes aculhuas. Se le ve en el acto de su casamiento. Se ve á sus descendientes. Se ve á Nopaltzin venciendo á Nauhyotl.

Emperador á dos ó más príncipes? Fabulosa parece verdaderamente la longevidad que á Xolotl se atribuye; pero en la historia antigua de América es comun dar á los personajes una vida que excede en mucho los límites ordinarios de la existencia del hombre. Si Xolotl hubiera sido un título, lo habrían seguido llevando los demas jefes de los chichimecas; y, como verá el lector, no lo llevaron. Los anales de aquella edad, están aún cubiertos de tinieblas: vano empeño hoy por hoy el de disiparlas ¿Cabe acaso ni siquiera determinar cuándo reinó Xolotl en Méjico? Segun Ixtlilxochitl del año 964 al 1075; segun Veytia de 1117 al 1232; segun Brasseur del 1064 al 1160. Contribuye no poco esta indeterminacion de fechas á que cada autor ponga bajo distinto reinado unos mismos sucesos.

¡Si no hubiese, con todo, más diferencias entre los historiadores! Sucedió Nopaltzin á Xolotl en el trono de los chichimecas, y al paso que, segun Ixtlilxochitl y Veytia, tuvo un reinado pacífico y próspero, fué, segun Brasseur, tan desdichado, que se hicieron independientes los más de los señores feudales y quedó casi disuelto el Imperio. Verdad es que Brasseur se apoya sólo en vagas indicaciones de Torquemada, en mi sentir insuficientes para afirmar lo que afirma, y no da ademas grandes pruebas de tener un criterio sólido. Busca no pocas veces en la historia lo que cree que debió suceder, y contra su voluntad, no sólo altera el órden de los hechos, sino que tambien los violenta.

Conviene el mismo Brasseur en que con Nopaltzin siguió el movimiento civilizador de los chichimecas. Reformó Nopaltzin, dicen todos, la administracion de justicia, corrigió algunas leyes, restableció las que á su entender habían caído sin razon en desuso, y promulgó hasta siete en que se descubre una marcada tendencia á la propiedad individual, aunque no considera la tierra sino bajo el punto de vista de la caza. De las siete no se conocen sino cinco: entre ellas una relativa al adulterio. Por las otras cuatro se dispone que nadie se atreva sin permiso del Emperador á poner fuego á los suyos ni á los ajenos campos sin que incurra en la pena de muerte; nadie tome piezas cogidas en red ajena, y el que lo hiciere, sobre perder su arco y sus flechas, quede privado del derecho de caza; nadie levante pieza que otro haya herido, áun cuando la encuentre muerta; nadie por fin sea osado á quitar ni mudar las lindes de los cazadores, y el que las quite ó mude pierda la vida.

No se esforzaba ménos el nuevo rey de Colhuacan por la cultura de los toltecas. Achitometl había ya llamado á Colhuacan á los hombres mas sábios y abierto multitud de escuelas que derramaron más tarde la luz por todo el Imperio. Icxochitlanez, que reinó al parecer ántes que Xohualatonac, convocó á todos los grandes y nobles del reino para buscar el mejor medio de restablecer las antiguas leyes. Despues de la caída de Tula no se habían atrevido á tanto los monarcas toltecas: iban ganando terreno y adquiriendo ascendientes sobre sus vencedores.

Adelantó rápidamente la civilizacion en el Anahuac, sobre todo cuando, muerto Nopaltzin, le sucedió en el trono su hijo Tlotzin–Pochotl, designado con el nombre de Huetzin por muchos escritores. Tlotzin era chichimeca por su padre, tolteca por su madre. Señor de Oztoticpac, había vivido de muy jóven en la provincia de Chalco, donde, principalmente en la isla de Xicco, había muchos toltecas. Cazando un día por los alrededores de Coatlichan, había encontrado en medio de las selvas á un sacerdote de esta raza, Tecpoyo–Achcauhtli, que lamentaba la barbarie en que había caído el Anahuac, y platicaba incesantemente con los suyos sobre la manera de volverlo á la antigua cultura. Gracias á este encuentro, se había verificado una revolucion en su alma.

Habíase asustado en un principio Tecpoyo viendo á Tlotzin con aire amenazador y tendido el arco; mas luego, con la esperanza de atraerle á sus miras y á sus ideas, depuesto el temor, se le había acercado pidiéndole cariñosamente permiso para seguirle. Durante muchos días le había servido como de escudero; le llevaba en los hombros la caza muerta, y la que habían de comer la aderezaba por su propia mano. Aderezábala como entónces no sabían los chichimecas, y Tlotzin, prendado de tan fiel compañero, le había llevado consigo.

No había podido ya sobrellevar Tlotzin la ausencia de Tecpoyo, que unas semanas despues se había recogido á Xicco: había ido en persona á buscarle y le había nombrado su consejero y su maestro. De él había aprendido á cultivar los cereales, sazonar las viandas, practicar las artes, amar la paz y la justicia; educacion que más tarde había completado Nopaltzin en Tezcuco enseñándole á gobernar los pueblos, principalmente por el ejemplo de Xolotl, á quien no podía mentar sin que se le humedecieran los ojos. [1]

Ya emperador Tlotzin, aprovechó las lecciones de Tecpoyo. Fomentó como nadie la agricultura. Hizo roturar en todas partes tierras, cultivar el maíz y las legumbres, y plantar algodon en las comarcas donde lo permitían el cielo y el suelo. No se satisfacía con mandarlo; recorría las provincias y castigaba á los que no cumplían sus leyes. Desplegó en esto un rigor tal, que muchos chichimecas, no pudiendo avenirse al trabajo de la vida culta, se retiraron á las montañas de Metztitlan, Tototepec y otras más al Norte para conservar las costumbres de sus padres y entregarse como ántes al solo ejercicio de la caza. Si no se alzaron en armas, opusieron al Emperador esa resistencia pasiva contra la cual nada puede ningun gobierno.

Tanto Tlotzin como su padre dieron, ademas, grande impulso á las artes. Llamaron á las ciudades de más importancia maestros que enseñasen á labrar el oro y la plata, tallar las piedras preciosas y construir edificios. Ni olvidaron tampoco las ciencias ni las letras. Estimaron y favorecieron á cuantos se

---

[1] Constan estos hechos por el mapa-Tlotzin, á la vez pintura y manuscrito. Ixtlilxochitl habla tambien de Tecpoyo en su *Historia de los chichimecas*

dedicaban á la Astrología: procuraron que no faltase quien escribiera en jeroglíficos ni quien supiera descifrarlos.

Estaban evidentemente en progreso los chichimecas. Habían abandonado en gran parte las cuevas por las casas. Tenían hermosas ciudades. Cuidaban no ménos de los campos que de los bosques. Gustaban ya de los tejidos de algodon, aunque no se despojasen todavía de sus pieles de fiera. Se habían hecho algo más ostentosos, principalmente en la coronacion y el entierro de sus emperadores. Habían ganado, ademas, mucha tierra: se extendían por la Mixteca y el Michoacan hasta el Pacífico. Contaban dentro del imperio hasta siete estados principales: el de Tenayocan, el de Coatlichan, el de Azcapotzalco, el de Xaltocan, el de Quauhtitlan, el de Colhuacan y el de Xuexotla; infinitos señoríos de mucho ménos nombre.

Los estados y los señoríos aumentaban incesantemente. Ahóra mismo, bajo el imperio de Tlotzin, nacen el reino de Tezcuco y los señoríos de Huexotzingo y Tláxcala. Quinantzin, hijo de Tlotzin, era señor de la ciudad de Tezcuco, y la había notablemente aumentado y embellecido. Tlotzin se la da con otros pueblos del contorno y le hace jurar rey de la comarca. Le exime del pago de todo feudo, le cede todas las rentas que de allí obtenía. No queriendo ser ménos generoso con los demas hijos, inviste luégo del señorío de Huexotzingo á Tochintzin, y del de Tláxcala á Xiuhquetzcaltzin, dando á Nopaltzin por acompañado del nuevo rey de Tezcuco.

Tezcuco va á desempeñar ahora un gran papel en Méjico, al que se encaminan pueblos áun desconocidos y poderosos. Pongo aquí fin al capítulo para entrar más desembarazadamente en la historia de los aztecas.

CAPÍTULO VI

Los aztecas.—Investigaciones sobre su orígen.—Aztlan, de donde vinieron, debió de estar al Norte y no al Occidente.—Monumentos notables al Norte: Casas Grandes del Gila y Casas Grandes de Chihuahua.—Salida de los aztecas de Aztlan.—No formaban una sino muchas tribus.—Sus diversas mansiones.—Chicomoztoc.—Acahualtzingo.—Lago de Patzcuaro.—Trasformacion en el lago del jefe de los aztecas en el dios Huitzilopochtlí.—Coatepec.—Orígen en Coatepec de los sacrificios humanos.—Zumpango.—Los acoge bien en Zumpango Techpanecatl, les da una de sus hijas y les toma una mujer para esposa de su hijo Ilhuicatl, de quien nace Huitzilihuitl, primer rey de Méjico.—Andan los aztecas errantes por muchos años y se fijan al fin en Chapultepec.—Se atrincheran allí y eligen rey á Huitzilihuitl.—Sus luchas con los xaltocanecas y los tecpanecas.—Entra por entónces á regir el imperio de los chichimecas Quinantzin.—Tlaltecatzin, hijo de Tlotzin Pochotl.—Traslada Quinatzin la corte á Tezcuco y deja de gobernador en Tenayocan á su tío Tenancacatl.—Se alza Tenancacatl con el Imperio y Quinantzin queda reducido á su antiguo reino de Tezcuco.—Los reyes de Azcapotzalco mueven á su vez á los aztecas contra Tenancacatl.—Entran los aztecas en Tenayocan y la pasan á sangre y fuego.—Apodérase del Imperio el rey de Azcapotzalco.—Acamapichtli, su hermano, se hace á poco rey de Colhuacan por el auxilio y arrojo de los mismos aztecas.—Terror que éstos infunden en todo el Anahuac.—Favorable cambio en la suerte de Quinantzin.—Atacado por nuevos rebeldes, los derrota y recobra su prestigio.—Le prestan nuevamente homenaje muchos de sus antiguos feudatarios.—Se ve obligado á cederle el Imperio el rey de Azcapotzalco.—Los aztecas, muerto Huitzilihuitl, eligen rey al que lo era de los culhuas.—Xiuhtemoc termina por arrojarlos del Reino.—Rodean entónces los lagos y se fijan en Tenochtitlan y Tlatelolco.—Clemencia y política de Quinantzin.—Progresos del sistema feudal.—Nuevas rebeliones.—La de Cholula.—La de los hijos del mismo Quinantzin, en la que los aztecas esgrimen por primera vez sus armas en favor del Imperio.—Tienen ahora los aztecas por jefes en Tlatelolco á Tlepcoatzin, hijo del rey de Azcapotzalco, en Tenochtitlan al anciano Tenuhczin.—Carácter formidable de la rebelion de los hijos del Emperador y causas que la han producido.—Derrota de los rebeldes.—Resultados de la victoria.—Progresos de los aztecas en el lago de Méjico.—Muerte de Quinantzin y advenimiento al trono de su hijo Techotlalatzin.—Techotlalatzin declara nacional la lengua nahuatl ó mejicana.—Aposenta en la misma ciudad de Tezcuco á cuatro tribus toltecas arrojadas de Colhuacan por cuestiones religiosas.—Adopta el fausto y la magnificencia de los culhuas.—Fin político á que encaminaba todos sus actos.—Creacion de una grande asamblea ó Consejo de Estado.—Creacion de consejos especiales.—Division del Imperio en sesenta y cinco provincias.—Considerable reduccion del poder feudal por estas medidas.—Guerras feudales que sin embargo hubo.—La de Xaltocan y Azcapotzalco.—La de Huexotzingo y Tláxcala.—Prendas personales de Techotlalatzin.—Su influencia y su muerte.

PARECEN ahora en el Anahuac otras gentes que con no ser muy numerosas llegaron á fundar un sólido y brillante imperio. Llevan el nombre de aztecas ó aztlantecas porque se dice que proceden de una tierra llamada Aztlan, cuya situacion se ignora. ¿Será posible que no quepa determinar el orígen ni áun de esas tribus que fueron de las últimas en ocupar los valles de Méjico y en ellos estaban cuando la conquista? Para Ixtlilxochitl venían de Xalisco y eran los descendientes de los toltecas que, arrojados de Chapultepec despues de la destruccion de Tula, habían buscado por Michoacan las costas del Pacífico. Para Aubin, escritor contemporáneo, de la península de California. [1] Para Veytia, de más allá de Cinaloa y la Sonora. Para Brasseur, del territorio comprendido entre las orillas del Colorado y las del Yaqui. Para Torquemada, de algun río ó brazo de mar del Occidente, no de region al—

[1] Aubin, *Mémoire sur la peinture didactique*

guna del Norte. «Podré convenir, dice este autor, en que durante su larga peregrinacion llegaran á Nueva Méjico, jamas en que de allí vinieran.»

Fúndase principalmente la opinion de Torquemada y Aubin en que, segun ciertas pinturas jeroglíficas, debieron salir los aztecas de un lugar circuído de agua y ganar en barcos la tierra firme. Fúndase la de Brasseur en que el Yaqui durante el siglo XVI llevaba todavía el nombre de Aztatlan, no pocas veces confundido con el de Aztlan en los antiguos manuscritos. En qué se funden la de Ixtlilxochitl y la de Veytia los ignoro. Tengo para mí que se dejan llevar aquellos escritores de muy flacos indicios. O mucho me engaño, ó los aztecas debieron bajar de más allá del río Colorado, de las comarcas septentrionales que describe Castañeda en su *Relacion del viaje á Cíbola.*

Esas comarcas ya recordará el lector que las vimos pobladas de restos de muertas naciones, de ciudades unas en pié, otras en escombros, de gentes que aventajaban mucho en cultura á los chichimecas de las márgenes del Gila. Los aztecas se distinguían tambien por lo civilizados. Conocían tantas ó más artes que los toltecas, cultivaban tantas ó más semillas. Eran pueblos marcadamente agrícolas é industriales, por más que, segun se dice, ejerciesen el oficio de bateleros y se dedicasen á la pesca.

Sobresalían los aztecas en la arquitectura, y este es, á mi modo de ver, otro motivo para la opinion que sostengo. Se han descubierto recientemente vastas ruínas á no mucha distancia del lago de los Mormones. Vimos casi en la misma latitud casas de tres y más altos con estufas enlosadas y subterráneas. En las mismas riberas del Gila hay restos de un palacio áun hoy conocido con el nombre de Casas Grandes de Montezuma. Más abajo, en Chihuahua, entre el río del Norte y las montañas donde nace el Yaqui, se ven, con la misma denominacion de Casas Grandes, vetustas reliquias de otro monumento.

De las Casas de Chihuahua nos ha dado noticias Hardi en sus *Viajes por lo interior de Méjico*; de las del Gila, un misionero español que en 1775 iba con la expedicion que salió de Querétaro para California. [1] Unas y otras están situadas no léjos de un río, en lugar ameno y deleitoso, cerca de extensos vestigios de ciudades que pudieron contener millares de almas. Unas y otras son cuadrilongas y están perfectamente á los cuatro vientos. Unas y otras tuvieron acequias, áun ahora visibles, que las surtían de agua. En unas y otras se extendían los acueductos por la ciudad vecina. Hechos todos que manifiestan hasta qué punto sabían los autores de aquellos edificios aprovecharse de las ventajas de la Naturaleza y áun mejorarlas por el arte.

De las Casas Grandes del Gila sabemos algo más que de las de Chihuahua. Estaban defendidas por un muro en cuyos ángulos había unas como torres ó

[1] Hardy, *Travels in the interior of Mexico.*—Pedro Font, *Plano Geográfico histórico del nuevo descubrimiento del puerto del Monte Rey.*

baluartes. Eran en realidad dos casas: una al Oriente, de una sola pieza: otra al Occidente, compuesta de cinco salones distribuídos con una regularidad asombrosa. Uno había al Norte y otro al Sur, que eran paralelos y se dilataban de Este á Oeste; entre estos dos, tres paralelos tambien entre sí, que corrían de Sur á Norte. Comunicábanse todos, y las puertas eran todas iguales y caían sobre unas mismas líneas. No diferían en tamaño sino las de las entradas exteriores, abiertas exactamente en el centro de cada uno de los cuatro lados. Áun éstas eran una con otra idénticas.

Tenían estas casas tres pisos y ademas un sótano; las paredes, aunque de tapia, recias y fuertes, por dentro verticales, por fuera escarpadas, de cuatro piés de espesor las interiores, de seis las maestras, todas sin más aberturas, fuera de las de entrada, que dos círculos por donde cabía saludar el Sol cuando salía y bajaba al ocaso. Rastros de escaleras ya no los guardan: es de presumir que las tuviesen de pino, puesto que de pino es la poca madera que allí se encuentra. A ménos de veinticinco leguas no se hallan, con todo, bosques de pinos.

Que los chichimecas del Gila no pudieron edificar tan bien concebidos monumentos, es indudable: mal habían de saberlos construir los que alojaban en cavernas á sus mismos príncipes. Ménos los habían de levantar los hombres del Mediodía: invasiones de Sur á Norte no las registra la historia. Los hubieron de erigir forzosamente invasores de Norte á Sur que conociesen la arquitectura; y hemos visto ya que la conocían y la practicaban los pueblos que se extendían desde más allá del Gila hasta los cuarenta grados. Construían estos pueblos, y es más, por el mismo sistema de las Casas Grandes: hacían tambien de tapia las paredes. Al Este y al Nordeste no consta que hubiese entónces quien supiera otro tanto.

Los pueblos de más allá del Gila, los sabemos, ademas, hábiles alfareros; y alfareros hábiles resulta que eran los que edificaron las Casas Grandes. Aseguran, lo mismo Hardy que nuestro compatriota, que hallaron en los alrededores de aquellos palacios multitud de ollas y jarras de bellas formas: unas blancas, otras azules, otras encarnadas. Hardy, añade, que vió en los contornos del de Chihuahua hermosas imágenes de barro como las de Egipto. Tampoco se dice que fueran capaces de hacer otro tanto ni los chichimecas del Gila, ni las tribus acampadas en las tierras al Oriente. Sábese, por lo contrario, que lo eran los aztecas.

¿No es así lógico presumir que el Aztlan de que se supone que vinieron los aztecas, estuviese más allá del Gila? Así parece que lo creía Veytia. Así lo asegura el cardenal Lorenzana en sus *Comentarios á las cartas de Hernan Cortés*, no sin razon tenidos en grande estima. Así lo decía la tradicion en el pasado siglo por boca de los indios de Chihuahua y la California. Así lo repite ahora. La industria de bateleros y la de la pesca ¿no habrían podido acaso ejercerla

los aztecas, ya en las márgenes de ríos como el Sacramento, ya en la bahía de San Francisco, ya en los muchos lagos que hay al Noroeste desde los grados treinta y seis al cuarenta, ya en los que más al Oriente cortan la monótona superficie de las grandes llanuras?

Difieren los aztecas de los pueblos del Septentrion en lo bárbaro y sangriento de su culto; pero ese culto, segun todos los autores, lo adoptaron sólo despues de haber abandonado su patria. Salieron de Aztlan en la segunda mitad del siglo XI, y á semejanza de los toltecas emprendieron una peregrinacion que duró más de doscientos años. En este largo viaje adoraron por primera vez á Huitzilopochtli, y le dieron en holocausto su sangre y la de sus enemigos.

El motivo por qué los aztecas dejaron el país de Aztlan, si lo dice la tradicion, lo calla la historia. Lo verosímil es que, como los pueblos del Norte de Europa, se moviesen en busca de mejores tierras. Avanzaron, segun todas las probabilidades, lenta y trabajosamente, aquí desalojando tribus, allí domándolas, casi en todas partes abriéndose paso por las armas. Sólo para llegar á Chicomoztoc, que debía de estar donde las Casas Grandes de Montezuma, invirtieron, al decir de Veytia, más de cien años. Hacían largas mansiones: nueve y hasta once años se dice que pasaron en ese mismo Chicomoztoc, donde, en sentir de Torquemada, se dividieron por intimacion de sus oráculos.

Los aztecas no formaban un solo cuerpo: pertenecían, segun unos, á siete; segun otros, á nueve tribus, cada una de las cuales tenía su Dios. Pretende Torquemada que aquí en Chicomoztoc se separó de las demas la que se distinguió con el nombre de mexica. La verdad es que bien reunidas, bien las unas en pos de las otras, siguieron bajando todas al Mediodía. Capitaneadas por un hombre de gran prestigio, que unos llaman Huitziton, otros Mecitli y otros Camaxtle, atravesaron, á lo que parece, la Sonora, ganaron la cordillera occidental, y fueron á detenerse otros nueve años en Acahualtzingo, hoy San Juan del Río, pueblo á tres leguas de Durango. Allí, segun Gama y Chimalpain, ataron de nuevo la cuenta de sus años adoptando las indicciones de los toltecas, y celebraron por la primera vez la imponente fiesta que para renovar el fuego sagrado se hacía á la conclusion de cada ciclo.

De Acahualtzingo descendieron los aztecas á la provincia de Michoacan, por la de Xalisco, é hicieron otra larga mansion en las floridas riberas del lago de Patzcuaro. En ellas perdieron á Huitziton, quizá muerto á mano airada. Estaban, se dice, inconsolables, cuando les dijeron sus sacerdotes que Huitziton había sido arrebatado al cielo y sentado á la izquierda de Tetzauh–Teotl, el dios del espanto. Le adoraron desde entónces bajo el nombre de Huitzilopochtli, guardaron los huesos en una cesta de junco, la llevaron por los caminos en hombros de cuatro ancianos, la pusieron en los lugares de descanso bajo templetes de hojas y flores, y no emprendieron sin consultarle ningun negocio. Consultábanle por sus sacerdotes, y por sus sacerdotes vinieron á ser regidos;



[illegible] que por otras, se podrá formar idea de lo que era la escritura de los aztecas. Hé aquí [illegible] D. José Fernando Ramirez, conservador de aquel museo.

Esta pintura es un itinerario: representa la larga peregrinacion que los aztecas hicieron desde Aztlan al valle de Méjico. El camino está indicado por la estrecha faja de color cobrizo que serpentea desde el núm. 1 al 48; la marcha y la direccion de los aztecas, por la huella negra que á trechos se observa a lo largo de la misma faja; el tiempo invertido en la peregrinacion, por los haces de yerbas *xiuhmolpillis*, que verá el lector, por ejemplo, á la derecha del lago del número 1 y á la derecha de la figura del número 4; el de permanencia en cada estacion, por los puntos verdes que se notan á la derecha ó á la izquierda de figuras como las de los números 5 y 7; los pueblos en que los emigrantes se detienen, por sus respectivos jeroglíficos. El haz de yerbas es el jeroglífico del ciclo ó período de 52 años; cada punto verde indica uno de los años de este ciclo.

Dada esta idea general, veamos lo que representan las figuras de cada número.

NÚMEROS 1 y 2. Decian los aztecas que habian salido de un lugar cercado de agua, por nombre Aztlan, á causa de habérseles aparecido repetidas veces en la copa de un árbol un pájaro que cantando les decia: *Tihui*, ya vamos. Habian creido que una voluntad superior les mandaba que abandonaran la isla, y la habian abandonado á las órdenes de Huitriton, Tenoch, Tocpation y otros. El número 1 representa el lago, la isleta, el árbol y el pájaro de que habla tradicion tan peregrina. El pájaro canta: así lo dicen las numerosas virgulillas que salen de su boca. Los aztecas le escuchan: así lo dice la atencion con que los hombres del número 2 lo miran. Al pié de la montaña del número 1 hay dos cabezas: esto significa que no todos los habitantes abandonaron la isla. En el lago hay un hombre tendido en una barca: este es probablemente el jeroglífico del nombre del lugar que dejaron los emigrantes. El haz de yerbas á la derecha del lago da á entender que empezaron estos su peregrinacion al comenzar un nuevo ciclo. En el mismo número 2 se ve ya á los aztecas en marcha: lleva cada jefe de tribu en la cabeza un signo que es el jeroglífico fonético de su respectivo nombre.

NÚMERO 3. Vese en este número un [illegible]*lli* ó templo, un árbol, un jeroglífico fonético y un *xiuhmolpilli* ó haz de yerbas. El jeroglífico es á no dudarlo el nombre del lugar en que hicieron los aztecas su primera mansion; las demás figuras significan que allí permanecieron hasta la conclusion del ciclo y edificaron un templo.

NÚMERO 4. Las figuras de este número indican que en el lugar expresado por el jeroglífico contaron los emigrantes otro ciclo.

NÚMERO 5. Un jeroglífico dice *Cincotlan*; los puntos, que allí permanecieron diez años los aztecas.

NÚMERO 6. *[illegible]* Aquí contaron los aztecas, segun el haz que se ve al lado, otro ciclo.

NÚMERO 7. *Oztotlan*. Aquí permanecieron cinco años, segun los puntos de la derecha.

NÚMERO 8. *[illegible]*. Aquí se expresa que levantaron un templo, completaron otro ciclo y perdieron á uno de sus jefes, el designado en el número 2 con la letra *m*. La pérdida de este jefe viene indicada en este número 8 por la figura *m* que es la de un cadáver amortajado segun la costumbre de Méjico. Obsérvese cómo este jefe lleva en los dos números 2 y 8 el mismo signo en la cabeza.

NÚMERO 9. *Xalpan*. Aquí se dice que permanecieron 15 años.

NÚMERO 10. *[illegible]*. Aquí [illegible] que permanecieron 5 años.

NÚMERO 11. *Oxitlipan*. Aquí se ve que estuvieron 10 años.

NÚMERO 12. *Tetzapotlan*. Permanencia: 4 [illegible].

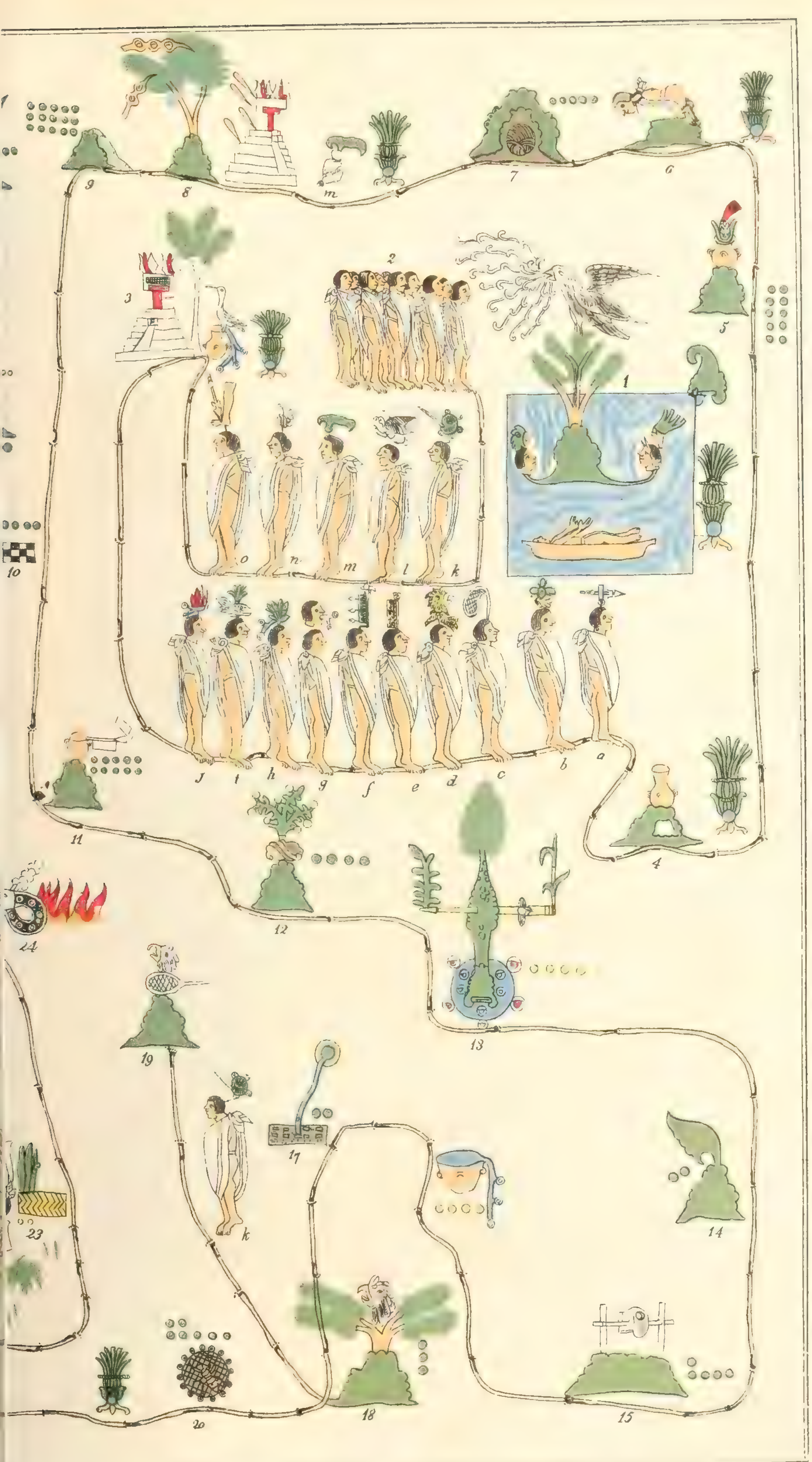
NÚMERO 13. *Ilhuilcatepec*. Otros cuatro años.

NÚMERO 14. *Papantla*. Dos años.

NÚMERO 15. *Tzonpanco*. Cinco años.



CUADRO HISTÓRICO-JEROGLÍFICO DE LA PEREGRIN



ION DE LAS TRIBUS AZTECAS AL VALLE DE MÉJICO

NÚMERO 16. [illegible]

NÚMERO 17. [illegible]

NÚMERO 18. [illegible] que pasó á fundar la poblacion del [illegible]

NÚMERO 19. [illegible]

NÚMERO 20. [illegible] La diversa posicion que ocupa el haz de yerbas y una antigua tradicion autorizan, [illegible] aquí hiciesen una correccion cronologica.

NÚMERO 21. [illegible]

NÚMERO 22. [illegible] ron estar aquí un año.

NÚMERO 23. [illegible] aquí dos años.

NÚMERO 24. [illegible]

NÚMERO 25. [illegible] permanencia.

NÚMERO 26. *Chicomoztoc.* Ocho años de [illegible] del jeroglífico del pueblo. Siete en mejicano es [illegible]

NÚMERO 27. *Huitzquilocan.* Permanencia: tres años.

NÚMERO 28. Se ignora el nombre de este lugar. Permanencia: cuatro años.

NÚMERO 29. [illegible] 4 [illegible]

NÚMERO 30. *Cozcacuauhco;* 4 años.

NÚMERO 31. [illegible] 5 [illegible]

NÚMERO 32. [illegible] 4 [illegible]

NÚMERO 33. *Tepetlapa:* 5 años.

NÚMERO 34. [illegible]

NÚMERO 35. *Teozomaco:* 6 años.

NÚMEROS 36, 37, 38, 39 y 40. [illegible] *Méjico, un lugar desconocido,* tal vez otra parte del lago. En Chapultepec, donde se expresa que pasaron cuatro años, vivieron los aztecas trabajosamente y estuvieron en guerra con los naturales. Rotos en el último encuentro, buscaron la salvacion por el único punto que les quedaba abierto, por el lado de Méjico que entonces se extendia á las faldas del mismo cerro. Parte de los fugitivos se dirigió á Tlatelolco (número 37); pero, alcanzados á la orilla del lago, en un lugar *p* cuyo nombre jeroglífico lo forman un medio cuerpo y una media cabeza de corzo, fueron derrotados, segun expresa el cuerpo humano que allí se ve mutilado y sangriento. De los que escaparon vivos fueron unos conducidos prisioneros á Colhuacan (número 38) segun denotan las dos figuras humanas que corren cubiertas de sangre por lo alto del camino y las cinco cabezas tambien ensangrentadas que hay á la izquierda; otros se salvaron en la parte del lago del número 39; pero el rey de Colhuacan logró descubrirlos y los hizo sus tributarios, segun indican las figuras *f, i, s,* ésta imágen del Rey, y aquellas representacion de las tribus avasalladas. Estuvieron allí cuatro años y cerraron el sexto ciclo.

NÚMERO 41. Se cree que represente este jeroglífico el hecho de haberse refugiado los aztecas á los pantanos y malezas de lo interior del lago, donde se consigna que estuvieron seis años.

NÚMERO 42. Aquí parece indicarse que se hizo un sacrificio humano y hubo un combate.

NÚMEROS 43, 44, 45 y 46. Mansiones en cada una de las cuales estuvieron los aztecas diez años.

NÚMEROS 47. *Mixiuhcan.* El grupo representa [illegible] niño.

NÚMERO 48. Permanecieron aquí los aztecas cuatro años y cerraron el séptimo ciclo.

NÚMERO 49. *Tenochtitlan,* término de la peregrinacion y asiento de la actual ciudad de Méjico. Vese aquí el nopal, distintivo de la ciudad, los cuatro barrios de la misma indicados por las dos líneas azules cortadas en ángulos rectos, las tribus que se salvaron, representadas por los siete jefes que están sentados en dos filas.

Supongo que habrá comprendido el lector que esta interpretacion no puede considerarse sino como un ensayo. Es, como se ve, incompleta, y distamos de poder asegurar que sea en todas sus partes exacta.



por Apanecatl, por Tezcacohuatl, por Chimalman, por Quauhcohualt, llamado tambien Quauhtlequetzqui, que vino á ser su verdadero jefe.

Acostumbraban los aztecas, como los toltecas, á dejar gente en sus mansiones. Dejáronla sobre todo en Michoacan, donde es casi seguro que se dividieron é indudable que abandonaron á Malinalxochitl, hermana de Huitziton, que fué á establecerse en Texcaltepetl con gran número de sus parientes. Salieron de Patzcuaro hácia el Nordeste, é hicieron otro alto en Coatepec, cerro que segun la tradicion convirtieron por consejo de sus sacerdotes en isla, atajando el próximo río y derramándolo por la llanura. Coatepec está cerca de Tula: agradáronse de la belleza del suelo y la bondad del clima, principalmente despues que vieron cubiertas de una brillante vegetacion las orillas del nuevo lago, llenas de peces las aguas, de pájaros el aire. Tan satisfechos estaban en Coatepec, que cuando á los nueve años se les ordenó que lo dejasen, se resistieron por primera vez á obedecer á sus caudillos.

Entónces fué cuando, en opinion de los analistas, se abrió la puerta á los sacrificios humanos. Hablaron los sacerdotes al pueblo y le dijeron: «Hé aquí lo que acabamos de oir á Huitzilopochtli: ¿Así es cómo me respetan los mejicanos? ¿son acaso mayores que yo? No ha de pasar un solo día sin que tome venganza de su agravio, para que sepan todos que sólo en mí tienen su voluntad y su ley.» Oyeron de noche los amedrentados aztecas un grande estrépito en el lugar que les servía de templo, y al amanecer vieron tendidos al pié del altar los cadáveres de los amotinadores. ¡Cuál no fué su terror cuando los vieron abierto, ensangrentado y sin corazon el pecho! Creyeron desde entónces que sólo con la sangre del hombre cabía aplacar la cólera de Huitzilopochtli.

Rompióse luégo, dicen, la presa que se había hecho, recobró el río su antiguo curso, seco el valle, perdió sus encantos, y, resignados los aztecas, volvieron á emprender la marcha. Lo notable ahora es el estrecho espacio en que se mueven por más de un siglo. Algunos, los teochichimecas, forman campo aparte, y, dirigiéndose resueltamente á Mediodía, bajan á Tláxcala: los demas van dando vuelta á los lagos de Méjico. Hacen tan cortas las jornadas como largas las mansiones; y á la vuelta de diez años están á lo mejor á diez leguas del punto de que partieron. Once años despues de haber dejado á Coatepec, llegaron, segun Torquemada, á Zumpango, donde por primera vez hallaron favorable acogida.

Era entónces señor de Zumpango Techpanecatl, y los recibió hasta con deseo, bien porque se prendara de la cultura y el aire marcial que los distinguía, bien porque los creyera excelentes auxiliares para las luchas que á la sazon sostenía con sus vecinos los xaltocanecas. Les pidió mujer para Ilhuicatl su hijo, les dió una de sus hijas en matrimonio, les facilitó utensilios, tuvo por fin, con ellos tal alianza, que consintió en que se llevaran á su heredero cuando se determinaron á proseguir el viaje. De ese heredero, de ese Ilhuicatl

les nació á no tardar Huitzilihuitl, á quien se considera como el primer rey de los mejicanos.

No fueron ya en mucho tiempo tan afortunados los aztecas. Aunque cortos en número—Aubin pretende que no pasaban de quinientos,—excitaron en todos los pueblos del Anahuac recelos y desconfianzas. Nueve años estuvieron en Zumpango, y en otros veintidos no hallaron punto en que dormir tranquilos. Llegaron un día á Tepeyacac, que estaba en las fronteras del señorío de Azcapotzalco. Se les exigió tributo; y, como no pudiesen pagarlo, bajo las amenazas de los tecpanecas se hubieron de retirar precipitadamente de Tepeyacac á Pantitlan, de Pantitlan á Popotlan y de Popotlan á los bosques de Chapultepec, donde hubieron de empezar por atrincherarse.

En Chapultepec tuvieron los aztecas algun descanso. Pertenecía tambien al rey de Azcapotzalco, pero estaba inmediatamente sujeto al señorío de Mazatzin, padre de una jóven de rara belleza llamada Xochipapalotl, la flor mariposa ó la mariposa de las flores. Se enamoró Xochipapalotl del jefe de los extranjeros, y el padre los dejó vivir allí pacíficamente áun despues que por muerte de Quahuitonal subió al trono de los culhuas. Dábase ahora el nombre de culhuas á los toltecas que habían logrado sostener en Colhuacan su en otras partes derrumbada monarquía.

En Chapultepec se repusieron los aztecas de sus fatigas, eligieron rey á Huitzilihuitl, y se atrajeron algunas de las tribus que los habían dejado por no sufrir el despotismo de sus sacerdotes. Más en número, y con más bríos, inspiraron nuevos temores á los vecinos pueblos. Tuvieron primeramente contra sí á los de Xaltocan, que los redujeron á no poder salir de sus trincheras; despues á los tecpanecas, que volvieron á exigirles tributo. Tambien vencidos en esta lucha, hubieron de implorar la misericordia de los reyes de Azcapotzalco, que afortunadamente los respetaron y los hicieron respetar por la alianza que con ellos contrajeron.

No es aún Chapultepec el definitivo asiento de los aztecas, pero sí el cerro desde donde han de tender sobre el Anahuac sus alas de águila. Están, por decirlo así, á la orilla del lago en que fundaran un día la cabeza de su Imperio. No podrá ocurrir ya suceso de importancia en que no figuren, lucha en que no suene el rumor de sus armas. Han llegado á Chapultepec precisamente al morir Tlotzin Pochotl, cuando están para empezar las guerras feudales, y príncipes ambiciosos van á disputarse en los campos de batalla la corona de los emperadores. Podrán decidir muchas contiendas con sólo arrojar sus arcos ó sus macanas en uno ú otro plato de la balanza.

Murió Tlotzin, segun Brasseur, el año 1246; segun Veytia, el 1298. Su hijo Quinantzin-Tlaltecatzin cometió al empezar su reinado tres graves yerros. Trasladó á Tezcuco la capital del Imperio; confió el gobierno de Tenayocan á un tío suyo bastardo, por nombre Tenancacatl, que se creía con derecho á la

corona: y se hizo llevar á su nueva corte bajo dosel y en andas por príncipes y reyes. Herida en su orgullo la aristocracia y descontenta la plebe, no tardó en ser objeto de una insurreccion formidable, que tuvo naturalmente en Tenancacatl su bandera y su jefe. Impotente para reprimirla, vió pronto reducido su poder al reino de Tezcuco y á los pequeños estados de Coatlichan y Xuexotla. Permaneciéronle fieles los del Norte y los de Xaltocan y Colhuacan, pero considerándose poco ménos que independientes. Fué proclamado Tenancacatl emperador de los chichimecas.

No se impacientó Quinantzin, á lo que parece, por recobrar su Imperio. Fortificó hasta donde pudo sus estrechos dominios, fué lentamente aumentando sus tropas, y dejó á la accion del tiempo y la discordia la ruína de los vencedores. Obró, en verdad, cuerdamente. Por aquellos días habían adquirido los aztecas gran renombre. Llamados en auxilio de Coxcox, rey de los culhuas, le habían dado una completa victoria sobre los xochimilcas. Los buscó Aculhua II, rey de Azcapotzalco, á quien devoraba una ambicion sin límites, y los movió contra Tenancacatl facilitándoles en secreto gente y armas. Salieron vencidos los aztecas en su primer ataque; pero al segundo, favorecidos oportunamente por los soldados de Aculhua, que se habían escondido entre los juncos y las espadañas de los lagos, no sólo derrotaron á Tenancacatl, sino que tambien le obligaron á dejar la corte, que entraron á sangre y fuego. No por esto volvió Quinantzin al trono de sus mayores; pero se vió vengado y ganó en prestigio.

Apoderóse del Imperio el rey de Azcapotzalco; y, no satisfecho con tanta grandeza, hizo volver á Colhuacan los ojos de su hermano Acamapichtli. Casado Acamapichtli con una hija de Achitometl, se presentó con más derecho que Coxcox al reino de los culhuas, y se decidió á ganarlo por la fuerza. Ganólo despues de dos meses de lucha, gracias principalmente al arrojo de los aztecas, que, despues de haber derrotado en batalla campal á los enemigos, los persiguieron hasta la misma ciudad de Colhuacan y la tomaron por asalto. Grandes fueron desde entónces el terror que infundieron esos aztecas y el poder de que gozaron los señores de Azcapotzalco; pero vino al cabo á prevalecer Quinantzin sobre tan orgullosos príncipes.

Quinantzin vió venir de repente sobre sí numerosos ejércitos capitaneados por hombres que hasta querían privarle de su reino de Tezcuco: por los señores de Meztitlan y Tototepec y por Acotoch, Yacanex é Icuex, los antiguos rebeldes. Dueño ya de muchas tierras, á que se unieron las de Xaltocan, Coatlichan y Xuexotla, desplegó tal energía y tuvo tal acierto, que en días acabó con sus enemigos, y á los jefes que no logró matar en el campo los hizo prisioneros. Sus rápidas, sus decisivas, sus inesperadas victorias hicieron mella hasta en el ánimo de pueblos que obedecían á la casa de Azcapotzalco. Le felicitaron y le prestaron homenaje los mismos aztecas; y Aculhua, temiendo perder hasta su

antiguo señorío, hubo de pasar por el duro trance de ir á Tezcuco y devolver á Quinantzin el Imperio.

¿Qué habían hecho en tanto los aztecas? Los aztecas eran para sus patrocinados, á la par que un escudo, un peligro. Uniéronse con los soberanos de Colhuacan hasta el punto de elegirlos, muerto Huitzilihuitl, por sus propios reyes. Ya que pudieron extenderse por todo aquel Estado, se hicieron generalmente odiosos. Turbulentos, ensoberbecidos por sus triunfos, excitados por antipatías de raza, se entregaron á todo género de violencias, á violencias tales, que Xiuhtemoc, sucesor de Acamapichtli, no pudo ménos de arrojarlos de sus fronteras. Rodearon entónces los lagos y se establecieron, unos, los ménos, en Tlatelolco, otros, los más, en lo que hoy es ciudad de Méjico. Creían tener de su dios Huitzilopochtli la órden de no hacer asiento sino donde viesen sobre un nopal un águila devorando una culebra: creyeron haberla visto y pusieron término á su viaje. Los impacientes, los que cansados de su larga peregrinacion no quisieron esperar para concluirla á descubrir el águila, fueron los que ocuparon la pequeña isla de Tlatelolco. Unos y otros vivieron bajo la sombra de los reyes de Azcapotzalco.

No llamaron por entónces los aztecas la atencion de Quinantzin, que sólo se ocupaba en reconstituir su Imperio. Era Quinantzin de esos hombres que sin carecer de energía tienen por la mejor de las políticas la blandura y la clemencia. No sólo perdonó á los vencidos; devolvió á los más los señoríos de que ántes de la rebelion gozaban. No se precavió contra futuras insurrecciones, sino creando altas dignidades que obligaran á residir en su corte y distribuyéndolas entre los herederos de sus feudatarios. Teníalos así como en rehenes, y los acostumbraba á la obediencia. Mas ¿qué han de valer nunca los primeros ataques de los reyes contra los vicios orgánicos de las instituciones de los pueblos?

El sistema feudal entre los chichimecas iba tomando de cada día más alarmantes proporciones. Se multiplicaban los señoríos. Reyes como los de Colhuacan y los de Azcapotzalco se consideraban al nivel de los emperadores. Crecían los subfeudos. Arriba los arranques del orgullo, abajo los males de la servidumbre, eran constantes motivos de discordia. Así los tumultos y las guerras fueron, aunque de tarde en tarde, retoñando. Húbolos primero en Cholula, se los promovió luégo desde el mismo palacio de Tezcuco.

Seguía gobernándose Cholula por sus sacerdotes. Era como ántes el templo de Quetzalcoatl y la ciudad santa de los toltecas. Dependía de los reyes de Colhuacan, y por ellos de los emperadores; pero gozaba de cierta autonomía y áun ejercía autoridad sobre muchos pueblos del contorno. Contra esa autoridad se levantaron ahora Cuetlaxcohuapan, Quauhquecholan y Ayotzingo. La sublevacion fué tal, que, impotentes los sacerdotes para dominarla, hubieron de acudir á Colhuacan y á Tezcuco en demanda de soldados; pero ya que los tuvieron, se dejaron caer con ímpetu sobre las villas rebeldes, y en días las

sojuzgaron bañándolas en sangre. Creyeron ó afectaron creer que había ocurrido el movimiento por sugestiones de los chichimecas, y desterraron de la República á cuantos no estaban unidos con los toltecas por los lazos de la afinidad ó el parentesco.

La otra insurreccion fué ya una guerra. Pelearon allí los aztecas por primera vez en favor del Imperio. Tenían los de Tlatelolco por rey á Mixcohuatl Tlepcoatzin, hijo segundo de Aculhua de Azcapotzalco; habíanse dado por caudillo los demas á Tenuhczin, anciano de gran valor y prudencia; y lo mismo Tenuhczin que Mixcohuatl acudieron en socorro del Emperador al primer llamamiento.

Promovieron la lucha y se pusieron á la cabeza de los descontentos cuatro de los cinco hijos del mismo Quinantzin, quejosos de no haber recibido de su padre reino ni señorío, cuando no había dejado de recibirlos ninguno de sus deudos. No les fué difícil agitar el Imperio. Prosiguiendo Quinantzin la obra de sus antecesores, se afanaba por construir y embellecer ciudades, reducir á cultivo la tierra, y mezclar los pueblos bárbaros con los más cultos. Ahora mismo, habiendo llegado á las lagunas de Méjico dos nuevas tribus procedentes de la Mixteca, la de los chimalpanecas y la de los tlaitlolacas, hábiles principalmente en escribir con jeroglíficos la historia, los estaba distribuyendo por su capital y las villas de más importancia á fin de que fueran derramando la civilizacion por todos los ámbitos de la Monarquía. Como ya se ha visto, irritaban estas medidas á gran parte de los chichimecas, refractarios á todo progreso. Muchos, lo ha visto tambien el lector, no pudiendo tolerarlas, hasta huían de los valles y corrían á guarecerse donde se conservasen puras sus costumbres. Aprovecharon los hijos de Quinantzin ese estado de cosas para el logro de su intento, que era nada ménos que destronar al padre, coronar al hijo mayor y crear para los otros hijos nuevos señoríos. En los chichimecas bárbaros tuvieron su más firme apoyo.

Rebeláronse las provincias de Huastepec, Totolapan, Huehuetlan, Mizquic y Cuitlahuac, otras más al Occidente que se extendían á las playas del Pacífico, algunas de las gentes sujetas á los reyes de Colhuacan, Xaltocan y Coatlichan, y los teochichimecas de los llanos de Poyauhtlan, los más bravos y de más difícil vencimiento. Llamó Quinantzin á las armas á sus feudatarios, y reunió, segun Veytia, hasta cien mil hombres, que distribuyó en seis ejércitos, confió al mando de los reyes y señores de más valor y pericia, y dirigió contra las diversas provincias de los rebeldes. Contra Cuitlahuac fueron los aztecas á las órdenes del rey de los culhuas; contra Totolapan, el Emperador mismo, acompañado de Techotlalanzin, el solo hijo que le permaneció fiel en tan deshecha borrasca. Es de advertir que estaban en Totolapan sus desnaturalizados hijos.

Fueron batidos en todas partes los insurrectos; mas no desistieron fácil-

mente de su empresa. Prolongaron por dos años la lucha; y cuando ya, mermados y rotos, no podían separadamente sostener el empuje de sus enemigos, se reunieron todos en los campos de Poyauhtlan y dieron la última batalla. Desesperados fueron por una y otra parte los esfuerzos, tanta la sangre vertida, que dicen si llegó á teñir las aguas de los próximos lagos. Venció finalmente Quinantzin haciendo prisioneros sin número y dejando la llanura cubierta de cadáveres.

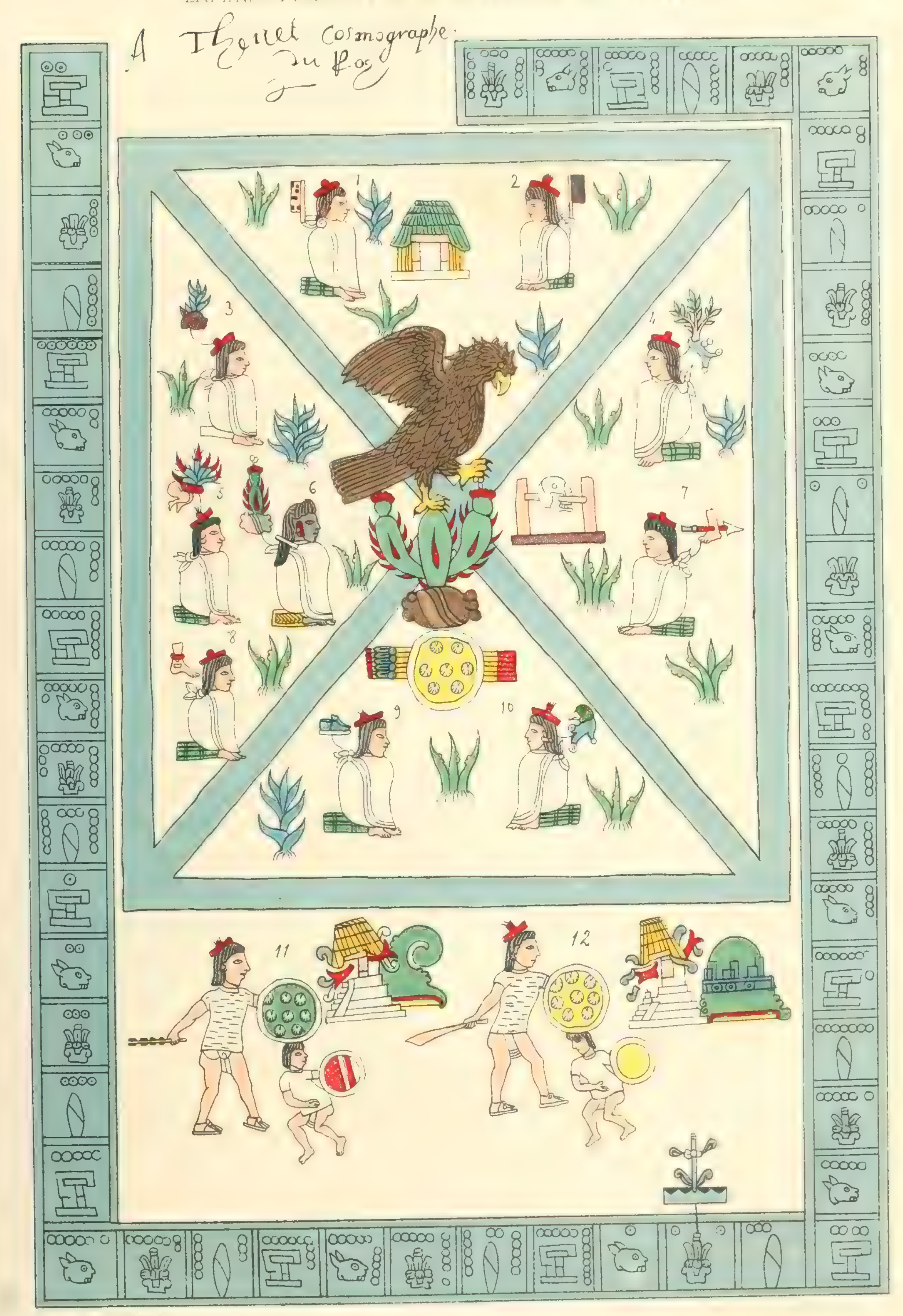
Los resultados de la victoria fueron indecibles. Sin esperanza de reponerse los vencidos, atravesaron Sierra-Nevada y se derramaron hasta Veracruz, poblando las provincias de Atlixco, Cholula, Tláxcala y Huexotzingo. Data principalmente de entónces el engrandecimiento de la ciudad de Tláxcala, despues cabeza de una célebre república. Crecieron y medraron todas aquellas provincias, no sólo con los dispersos, sino tambien con los proscritos. Perdonó Quinantzin la vida á sus hijos desleales, que en ninguna batalla osaron ponérsele frente á frente; pero los excluyó de la sucesion y los desterró á Tláxcala. Á Tláxcala y Huexotzingo fueron tambien desterrados todos los prisioneros de noble alcurnia. Á Tláxcala fué la misma Emperatriz, que prefirió seguir la suerte de sus hijos á continuar en el trono. Con tanta afluencia de gente de distincion aumentó la riqueza y cambió la vida de aquellas comarcas.

Adquirió, por otra parte, el Imperio solidez y fuerza. Aprendieron señores y y pueblos á respetarlo, y en lo que vivió Quinantzin no se atrevieron á rebelarse. Prevaleció la civilizacion sobre la barbarie: que quisieran, que no, hubieron de irse amoldando los chichimecas á la vida culta. Fueron de día en día ganando los toltecas, por más que Colhuacan estuviese ya en decadencia gracias á sus civiles discordias. Por toltecas se tenía á los aculhuas, decididamente por toltecas á los recien venidos chimalpanecas y tlaitlolacas, que, como indiqué, procedían de las costas del Pacífico. Fueron todos compenetrando y modificando el Imperio, y el Imperio buscando en ellos su levadura.

Ni adelantaron poco los aztecas. Por su extremado valor en la toma de Mizquic y Cuitlahuac se captaron la benevolencia de Quinantzin y del Rey de los aculhuas. Pudieron tranquilamente consagrarse á edificar, ademas de la ciudad de Tlatelolco, la de Tenohctitlan, áun hoy capital de Méjico. La habían fundado despues de haber vivido por algun tiempo dentro de la laguna en balsas compuestas de gruesos bambúes, sobre que extendían una capa de tierra susceptible de las siembras y plantaciones necesarias para su alimento. Al trasladarse á las orillas, habían debido contentarse por de pronto con hacerse humildes cabañas al rededor de otra puesta en alto, templo de Huitzilopochtli. Podían ahora construirse viviendas más sólidas.

La ciudad de Tenohctitlan llevaba tambien el nombre de Mexico: el de Mexico por llamarse mexicas los aztecas; el de Tenohctitlan por ser Tonuhczin ó Tenuhc el caudillo de sus fundadores. Habrá observado el lector la gran dis-

LAMINA PRIMERA DE LA COLECCION DE MENDOZA





paridad de fechas que para cada acontecimiento se halla en los escritores de América: desde la fundacion de Tenohctitlan esa disparidad va disminuyendo. Pónela Veytia en 1327; Brasseur en 1325; Torquemada en 1341. Continúa discorde sólo Ixtlilxochitl, para quien ocurrió dos siglos ántes, si hemos de atenernos á su *Historia de los chichimecas.*

Murió Quinantzin, segun Veytia, siete años despues de la batalla de Poyauhtlan, dejando por sucesor en el Imperio á su hijo menor Techotlalatzin ó Techotlala, de gran capacidad para la política. Había tenido Techotlalatzin por nodriza á una señora tolteca, nacida en Colhuacan, y hablaba de niño el idioma nahuatl, que llamaron despues mejicano. Lo declaró nacional, y lo hizo desde luégo de uso obligatorio para los empleados públicos. Estaban ya entónces muy mezclados y confundidos toltecas y chichimecas: la reforma no fué ni tan inoportuna ni tan difícil como podría parecer á primera vista. Sobre que al nahuatl pertenecían los nombres de los lugares, y sólo por el nahuatl cabía descifrar los jeroglíficos.

Fué Techotlalatzin, como su padre, decidido partidario de los toltecas. Habían retoñado en Colhuacan las luchas religiosas de la antigua Tula; y acababan de ser arrojados del monte Huexachtecatl las cuatro tribus toltecas que en él rendían culto á Tetzcatlipoca. Acogiólos Techotlalatzin cariñosamente, y las aposentó en la misma Tezcuco, donde cada una construyó su barrio. No sólo les dió morada, les concedió libertad para que adoraran como quisieran á sus dioses, les erigieran templos y áun les ofrecieran sacrificios.

Tan partidario era Techotlalatzin de todo lo tolteca, que á lo tolteca tenía montados su palacio y su corte. Desplegó ya en los primeros días de su reinado un lujo y una magnificencia que recordaban á los aculhuas los antiguos tiempos. Se celebraron por primera vez á su advenimiento al trono, segun refiere Torquemada, luchas de leones y tigres. Revistió luégo el poder imperial de grande aparato; se hizo de una brillante y numerosa servidumbre.

Era hombre Techotlalatzin que amoldaba todos sus actos á un fin político, la subordinacion de la nobleza: á su fin encaminaba hasta ese fausto de su casa y corte. Habíase propuesto su padre tener como en rehenes á los herederos de los príncipes tributarios; propúsose él hacer residir en Tezcuco á los príncipes mismos y lo consiguió en gran parte. Aumentó hasta veintisiete el número de los reyes, y los reunió en un consejo de Estado á que sometía los grandes negocios. Creó consejos especiales de Guerra, de Relaciones Diplomáticas, de Hacienda, de Cámara, y encerró en ellos á los señores que más temía. Puso al frente de estos cuatro cuerpos á personas que le estaban unidas por la amistad, cuando no por la sangre, y presidió él mismo el Consejo de Estado.

El de Cámara tenía principalmente por objeto mantener el brillo y esplendor del trono: sus individuos, todos grandes dignatarios, constituían el séqui-

to del Monarca. Formó todavía Techotlalatzin otro cuerpo con los artífices que le labraban el oro y la plata, los vestidos y las armas. Le convenía dar asiento en Tezcuco á un señor llamado Cohuatl, y le colocó á la cabeza de este cuerpo. Logró por esas medidas convertir en simples consejeros de la Corona, cuando no en humildes palaciegos, á hombres que desde sus feudos habían sido para los emperadores un constante peligro; y á muchos los dobló de tal modo á la servidumbre, que á los pocos años, no á sus artesanos, sino á los hijos de Cohuatl mismo debía sus armas, sus trajes y todas sus galas y joyas.

Llevó más allá Techotlalatzin su astuta política. Andando el tiempo, dividió la Nacion en sesenta y cinco provincias donde puso otros tantos gobernadores, y esto de manera que en todas viniesen á reunirse gentes de distintas razas, á fin de que si en una, por ejemplo, intentasen sublevarse los aculhuas, lo impidiesen los toltecas, y si los toltecas los aculhuas. No por esto suprimió los señoríos. Señores los hubo entónces quizá más que nunca: á setenta y tres ascendían, segun la lista que nos dejó Ixtlilxochitl en su octava relacion de los chichimecas. ¿Qué importaba, dirá el lector, si muchos apénas lo eran ya más que de nombre? Guardémonos de creer que el feudalismo hubiese muerto: las viejas instituciones tardan en morir, y áun despues de muertas influyen extrañamente en el sér y la marcha de los pueblos.

Los veintiseis reyes no se reunieron sino dos veces bajo aquel largo imperio. Se los quiso inútilmente divertir en apartadas guerras contra los pueblos del Norte: estuvieron siempre más atentos á su propia fortuna que á la de Tezcuco. Se engrandecieron, á pesar de todo, los de Azcapotzalco. Decayeron los de Colhuacan y áun vinieron á gran ruina; pero no por la política de Techotlalatzin, sino por las sangrientas luchas de religion á que abrieron la puerta y no supieron poner coto ni término. Comprendían todos el alcance de las reformas y las aborrecían: no esperaban sino una ocasion favorable para atacarlas. Era Techotlalatzin hombre de temple, y en tanto que vivió las respetaron y enmudecieron: no bien murió, cuando en el mismo sepulcro dejaron sentir su enojo.

Áun viviendo Techotlalatzin hubo, ademas, sus guerras feudales, primero entre Xaltocan y Azcapotzalco, despues entre Tláxcala y Huexotzingo. Reinaba á la sazon en Azcapotzalco, por muerte de Aculhua II, Tezozomoc, jefe de los tecpanecas, que soñaba nada ménos que con ceñirse la corona de Tezcuco; en Xaltocan, Tzompanzin ó Tzompantecuhtli, jefe de los otomíes, que consumía en el ocio y los placeres el tiempo que debía consagrar á la paz y al buen régimen de sus pueblos. Declaró Tezozomoc la guera á Tzompanzin, bien aparentando, como algunos pretenden, salir á la defensa del Imperio, bien pretextando, como parece más cierto, que los otomíes invadían y talaban con frecuencia su territorio; y la hizo con tal energía y tan buena suerte, que

logró á poco entrar en la ciudad de Xaltocan y unirla á sus Estados. Costóle más trabajo reducir el Reino; pero á la larga lo redujo.

La guerra de Tláxcala se debió principalmente á los chichimecas, que despues de la batalla de Poyauhtlan buscaron en aquellas regiones un asilo; pero fué al fin una guerra entre dos señores. Decidieron los chichimecas por su causa al señor de Huexotzingo, que miraba con envidia y con recelo los adelantos de los tlaxcaltecas, y, sublevados á la vez en todas sus poblaciones contra el despotismo de que se decían víctimas, fueron con numerosas tropas sobre Tláxcala y le pusieron cerco. En grave apuro se halló esta ciudad á pesar de haberse apresurado Techotlalatzin á socorrerla; en apuro tan grave, que cuando se vió libre de enemigos, atribuyó su victoria sólo al favor de los dioses. Envueltos los sitiadores en una oscura niebla, se habían destruído los unos á los otros.

Fué, sin embargo, Techotlalatzin uno de los príncipes que más acertaron á conciliar el progreso con el órden. De claro juicio, supo contener dentro de justos límites su espíritu de reforma.

Para la más rápida fusion de los pueblos cultos y los pueblos bárbaros, consintió en sus dominios la idolatría; pero sin dejarle atravesar los umbrales de su palacio, ni permitir que se vertiera en los templos la sangre del hombre. «Para mí, decía, no hay sino un Dios que todas las mañanas saludo en el Sol que nace. Como no es cuerpo, me parecen innecesarias las ofrendas. Ni puedo convencerme de que, habiendo creado los animales, se complazca en verlos impía y estérilmente sacrificados. Ménos he de creer aún que se agrade en el holocausto del hombre, horror de la naturaleza.» No dejaba de lamentar que por el contacto de las demas razas fuese la suya abandonando la sencillez del antiguo culto: pero, ¿podía, aislándola, sacarla de la barbarie? Para guardar sus dioses levantaban entónces tribus enteras sus hogares y abandonaban con facilidad el suelo de la patria

Los jefes chichimecas se han presentado hasta aquí muy superiores á sus pueblos. Techotlalatzin llevó esta superioridad al punto de no dejarse arrastrar al vicio ni áun por los hombres á quienes más admiraba. Repugnó al par de la idolatría los amores ilícitos. Como los antiguos chichimecas, ni solicitó más de una mujer ni la conoció miéntras la tuvo encinta. Tampoco se entregó sin freno á los placeres de la mesa. Ménos en el fausto de su persona, siguió en todo las severas costumbres á que debieron sus antepasados esa longevidad de que con más ó ménos exageracion hablan todas las historias. No serán así ya los que le sucedan.

Esa severidad la llevó Techotlalatzin, como era natural, á las leyes. Exigió que se las cumpliera rigorosamente. Castigó hasta con dureza los delitos. Trabajó por establecer la igualdad en los tributos. Pretendió poner fuera del alcance de los poderosos la suerte de los débiles.

Podía tanto y más Techotlalatzin, merced á su entereza y su carácter. ¿Podrá ya ni tanto su hijo Ixtlilxochitl, á quien deja mozo, sin experiencia, rodeado de peligros y con una carga que habría sido pesada para más robustos hombros? Al morir los demas emperadores habían acudido presurosos barones y reyes á darles sepultura y prestar homenaje al heredero; al morir Techotlalatzin sólo cinco pequeños feudatarios acudieron á Tezcuco. Se cernía evidentemente la tempestad sobre el Imperio. [1]

[1] Ixtlilxochitl.—*Historia de los chichimecas,* parte 1.ª, cap. X-XIV.—Veytia.—*Historia Antigua de Méjico,* lib. II, capítulos XII-XXVII. Torquemada.—*Monarquia Indiana,* cap. I-VIII.—Brasseur.—*Histoire des nations civilisées du Mexique,* liv. VI, chapitres IV et V, liv. VII.—Sahagun.—*Historia universal de las cosas de la Nueva España,* lib. VIII, cap. I y III.

CAPÍTULO VII

Como estaban separados los aztecas.—Forma de gobierno que adoptaron.—Bajo el rey Acamapichtli se confunden en uno Colhuacan y Méjico.—Bajo Huitzilihuitl II quedan los mejicanos exentos de pagar tributo.—Adelantos que los mejicanos hicieron bajo los dos reyes.—Imitan los tlatelolcas á los mejicanos.—Confianza que en unos y en otros pone el rey de Azcapotzalco.—Quién era Tezozomoc.—Quien Ixtlilxochitl.—Guerra de Tezcuco y Azcapotzalco.—Tezozomoc se alía con los reyes de Tlatelolco y Méjico.—Derrotas que sufre.—Sitio de Azcapotzalco por Ixtlilxochitl.—Paz imprudentemente concedida á Tezozomoc.—Consecuencias que tuvo.—Perfidia y celada de Tezozomoc.—Muerte de Ixtlilxochitl.—Tezozomoc se apodera del Imperio.—Netzahualcoyotl, hijo de Ixtlilxochitl.—Su nacimiento.—Su jurà en Xuexotla.—Su educacion.—Su fuga despues de muerto su padre.—Su persecucion por Tezozomoc.—Tezozomoc le deja vivir primero en Méjico y despues en Tezcuco; pero encarga al morir que le maten en sus funerales.—Tezozomoc designa por sucesor á su hijo segundo y muere.—Maxtla, su primogónito, se hace proclamar, sin embargo, Emperador é intenta matar á Netzahualcoyotl.—Fuga célebre de Netzahualcoyotl.—Tecutzingo.—Pinolco.—Tlecuilac.—Tecpan.—Quauhtepec.—Tlamanalco.—Campamento de Calpolalpan.—Acude en defensa de Netzahualcoyotl hasta el rey de Chalco.—Falsa situacion de Maxtla, que está en guerra con los aztecas.—Campaña de Netzahualcoyotl.—Entra sin resistencia en Tezcuco.—Gana por los chalcas á Coatlichan y por los tlascaltecas y huexotzingas á Acolman, que pasan á fuego y sangre.—Embarazosa situacion de Maxtla por la tenaz resistencia de los aztecas.—Recibe Netzahualcoyotl una embajada de Itzcohualt y acepta la alianza que éste le propone.—No se decide á socorrerle hasta principios del año 1428.—Solicita de nuevo el apoyo de Tláxcala y Huexotzingo.—Ordena que lleven tropas á Méjico los señores de Chalco y Xuexotla, y éstos le maltratan los enviados y se sublevan.—Hace levantar el sitio de Méjico.—Resuelve ir sobre Azcapotzalco con Itzcohuatl.—Su brillante campaña contra Maxtla.—Se detiene ante la zanja y el parapeto de Mazatzintamalco.—Toma la ciudad de Azcapotzalco despues de ciento quince días de sitio y de una gran batalla.—Estragos que hizo en la ciudad y en todas las que fué tomando al Norte.—Baja de nuevo á Méjico, donde se celebran grandes fiestas.—Sus creencias religiosas.—Obras públicas de Méjico que se le atribuyen.—Emprende en 1429 la sumision de los rebeldes de Xuexotla y Chalco, que tenían en su favor la ciudad de Tezcuco.—Su conducta en Tezcuco y las demas ciudades.—En 1431 ve domado y sumiso todo el valle de Méjico.—Nueva constitucion que da al Imperio.—Triunvirato.—Causas que pudieron moverle á que lo creara y estableciera.

Como dije en el anterior capítulo, divididos los aztecas en dos campos, se establecieron los unos en Tenohctitlan y los otros en Tlatelolco. No estaban separados sino por un pequeño istmo, sólo visible al decrecer las aguas; y vivían, con todo, independientes. Tenían distintos sacerdotes y distinto gobierno. Políticamente sólo estaban unidos por el hecho de pagar tributo á unos mismos príncipes. Como todos habitasen en territorio de los tecpanecas, eran todos feudatarios de los reyes de Azcapotzalco.

Abrazaron desde luégo la monarquía los de Tlatelolco, y pidieron rey á sus señores. Los de Tenohctitlan tuvieron sus vacilaciones y sus dudas. En Huitzilihuitl quisieron un rey, en Tenuhczin un simple caudillo, y, siempre que perdieron á sus jefes, disputaron sobre la conveniencia de elegir otro ó confiar el mando á sus sacerdotes. Al fin adoptaron tambien la monarquía, pero limitándola por

un consejo de ancianos y reservándose la facultad de escoger entre los individuos de la familia de Huitzilihuitl á los más capaces.

Á la muerte de Tenuhczin alzaron por su rey los de Tenohctitlan al jóven Acamapichtli, que lo era ya de Colhuacan por su madre Atotoztli. Lograron por este medio la union de las dos naciones, y tuvieron á poco en su ciudad la corte de los culhuas. Adquirieron ya entónces grande importancia; pero la ganaron mucho mayor bajo el segundo Huitzilihuitl, hijo y sucesor de Acamapichtli. Casó Huitzilihuitl con una hija del rey de Azcapotzalco; y el rey de Azcapotzalco, queriendo ver en ellos más bien deudos que vasallos, los eximió del pago de todo tributo.

Hicieron los aztecas de Tenohctitlan muchos adelantos bajo estos dos reyes. Se dedicaron no sólo á la pesca y á la industria de bateleros, sino tambien al cultivo. Por medio de los chinampas, [1] que cubrieron de vistosas huertas y floridos jardines, fueron de cada día ganando terreno sobre las aguas del lago y acercándose á Tlatelolco. Entraron en comercio con las demas naciones de la laguna, y trocaron sus frutos y flores por cal, madera y piedra. Construyéronse viviendas sólidas, edificaron templos á sus dioses. Diéronse policía y leyes. Bajo Huitzilihuitl principalmente se hicieron diestros en la guerra. Disponían de gran número de canoas, sabían luchar con órden por tierra y agua, tenían su estrategia y su táctica y en Itzcohuatl, hijo bastardo de Acamapichtli, un jefe militar de pericia y de arrojo. Comenzaron entónces contra los señores de Chalco una guerra que duró casi dos tercios de siglo.

Aprendieron en los aztecas de Tenohctitlan los de Tlatelolco, á la sazon regidos por Quaquauhpitzahuac, hijo de Mixcohuatl, y fueron no ménos hábiles en el ejercicio de las armas. De suyo belicosos y ademas peritos, inspiraron unos y otros tal confianza al Rey de Azcapotzalco, que se creyó con ellos capaz de ganar el mundo. Éralo entónces Tezozomoc, hombre ya en años y de una ambicion sin límites, que para satisfacerla no vacilaba en emplear la perfidia ni el asesinato. Codicioso, desde que murió Techotlalatzin, del trono de Tezcuco, buscó en los aztecas su principal apoyo.

Techotlalatzin, como se ha visto, se había enajenado por su política antifeudal la mayor parte de los señores del Imperio. Si por su trato y su energía había podido contenerlos en la obediencia, no era fácil, repito, que lo consiguieran los sucesores, mucho ménos si, como su hijo Ixtlilxochitl, fuesen áun jóvenes, de no muy severas costumbres y de carácter indeciso. Ixtlilxochitl, ya en vida de su padre, estaba amancebado y había cometido la imprudencia

---

[1] Las chinampas eran unos camellones de cincuenta y hasta de cien varas de largo y de tres á cinco de ancho, compuestos de unas raíces llamadas céspedes, que se extraían del fondo de la laguna y flotaban en el agua. Echábanles los aztecas encima media vara de tierra y en ella hacían sus sementeras y sus plantíos y labraban sus casas.—Veytia. *Historia Antigua de Méjico,* lib. IV, cap. XV.

de repudiar á una hija de ese mismo rey de Azcapotzalco. Amancebado siguió despues de haber recibido por esposa á Matlalcihuatzin, hermana del rey de Méjico; y, ya emperador, multiplicó el número de sus concubinas. Hiciéronle flojo el amor y el deleite cuando más necesitaba de entereza. Si la hubiese tenido y desplegado á tiempo, habría podido fácilmente cortar los vuelos á Tezozomoc, en quien su padre al morir le había ya señalado el mayor peligro para su trono; débil cuando podía y debía ser más fuerte, labró su propia ruina y atrajo á su patria males sin cuento.

No era Tezozomoc de esos hombres á quienes la ambicion precipita. Ganoso de dar el golpe sobre seguro, lo fué preparando lenta y cautelosamente. Por los enlaces de sus hijos y de sus hijas, ofreciéndose á servir de escudo á cuantos príncipes recibían de Ixtlilxochitl algun agravio, halagándolos á todos y principalmente recordándoles la mal disimulada servidumbre á que se los había reducido, se fué granjeando voluntades y allegando fuerzas. Ya que tuvo en su favor á gran parte de los feudatarios del Imperio, no vaciló en convocarlos secretamente á una junta donde les expuso la necesidad de recobrar la independencia y los perdidos fueros, ya que otra cosa no cabía, por las armas. Obtuvo el general asentimiento de sus camaradas, y esperó, sin embargo, para declararse en rebeldía más favorable coyuntura.

Desarmó por de pronto con blandas palabras á Ixtlilxochitl, que noticioso de la junta se limitó á reconvenirle cuando habría debido castigarle; y anduvo acechando ocasiones, ya para herirle el orgullo, ya para quitarle la corona. Tuvo la inconcebible audacia de mandarle algodon en rama y pedirle que se lo hiciera hilar y tejer por las gentes de Tezcuco, repitió dos veces el hecho viendo que se le servía, é intentó por este camino nada ménos que hacer de su Emperador su tributario. Léjos de conseguirlo, encendió el ánimo de Ixtlilxochitl, que á la tercera vez guardó el algodon para cotas de sus soldados; pero halló un pretexto para la guerra.

Convocó al punto á sus aliados, principalmente á los Reyes de Tlatelolco y Tenohctitlan, que no eran ya Quaquauhpitzahuac ni Huitzilihuitl, arrebatados por la muerte, sino Tlacateotzin y Chimalpopoca; y declarándoles su firme propósito de atacar el Imperio, los convidó á la empresa bajo palabra de repartir con ellos las tierras que conquistase y el botin de las batallas. Los halló á todos propicios, y empezó con grande ímpetu la guerra creyendo que en pocas jornadas había de acabar con su enemigo y apoderarse de Tezcuco; pero vió por bastante tiempo fallidas sus esperanzas y derrotados sus ejércitos.

Ixtlilxochitl se mantuvo en un principio á la defensiva y resistió con éxito los reiterados ataques de los mejicanos y los tlatelolcas, que atravesaban en canoas el lago y caían de rebato sobre los pueblos de la ribera. Un día logró por una falsa retirada alejarlos de las naves y llevarlos á las playas de Chiuhnautlan, y los deshizo hasta dejar la tierra empapada en sangre. Brindó en-

tónces con la paz á Tezozomoc, pero sin fruto. Más soberbio que nunca el rey de Azcapotzalco, le citó arrogantemente para los mismos campos en que acababa de salir vencido. Bajó á la vez sobre Chiuhnautlan y sobre Xuexotla, y ni áun así pudo sobreponerse á su adversario. En una y otra batalla quedó humillado y roto.

Convencido ya Ixtlilxochitl del ascendiente que había adquirido sobre los rebeldes, se decidió á tomar la ofensiva y fué por el Norte á invadir las fronteras del reino de Azcapotzalco. Las allanó y llegó á la corte de Tezozomoc sin haber encontrado ciudad ni ejército que bastasen á detenerle. Ya enfrente de la capital, hubo de limitarse á ponerle sitio, pero con la certidumbre de ganarla en más ó ménos tiempo. Teníala ya casi rendida por hambre y decidido el asalto, cuando recibió embajadores que le pidieron la paz asegurándole que Tezozomoc sería en adelante su más fiel vasallo; y ¡oh magnanimidad, que había de salirle cara! no sólo accedió á los ruegos del enemigo, sino que tambien se obligó á restituirle lo que le había quitado en tan largas y sangrientas luchas.

Levantó Ixtlilxochitl el sitio de Azcapotzalco y se retiró vencedor á Tezcuco sin advertir que llevaba en su propio campo el gérmen de mayores discordias. Para sostener la guerra había debido estimular el celo de sus feudatarios con la promesa de distribuirles los Estados de los rebeldes: incapaz ya de cumplírsela, movió contra sí los ánimos de los que con más calor habían defendido su causa. Notólo el astuto rey Tezozomoc, y se consagró á buscar el apoyo de los descontentos. Ya que lo hubo conseguido, que fué muy en breve, armó á Ixtlilxochitl una celada en que se propuso hacerle perder el Imperio con la vida. Fingió el propósito de celebrar la paz con grandes fiestas y simulacros militares, y llevó al efecto á Chiuhnautlan, cuyo Señor favorecía ya sus intentos, gran cantidad de tropas. Dispuso ademas coros y danzas, y para mayor esparcimiento de Ixtlilxochitl una gran batida en los inmediatos bosques de Tenamatlac, abundantemente provistos de caza. Allí pensaba hacerle blanco de su perfidia.

Conocedor de la trama Ixtlilxochitl, se excusó por medio de embajadores de asistir á las fiestas, pero sin que pudiese ya evitar la catástrofe. Airado Tezozomoc, hizo desollar á los enviados y extender la piel sobre unas rocas: y, poniéndose luégo á la cabeza de sus ejércitos, marchó sobre Tezcuco, dejando marcadas sus huellas con sangre y ruínas. En vano reclamó Ixtlilxochitl el servicio de sus vasallos: no consiguió sino el de los Señores de Coatepec, Iztapalocan y Xuexotla. Hubo de abandonar á Tezcuco é ir á buscar en el bosque de Tzinacanostoc, donde tenía un palacio, su último baluarte. Envió desde allí un hijo suyo á Otompan en demanda de socorro, y no consiguió sino que se le mataran é hicieran cuartos los otompanecas. Sólo y sin esperanza de salvarse, se dirigió á los treinta días á su heredero, y, despues de rogarle que se pusiera en salvo, le entregó un arco y unas flechas con que en pudiendo vengara

su muerte y restableciera su trono; y adelantándose luégo con unos pocos hombres contra el enemigo, luchó furioso hasta perder la vida. Tendido estuvo allí hasta que algunos de sus capitanes, viéndole y reconociéndole, le pusieron sobre una pira que levantaron en las márgenes del Quetlachac, le velaron de noche, le quemaron al apuntar el alba y recogieron cuidadosamente las cenizas para honrarlas más tarde en Tezcuco. Así acabó Ixtlilxochitl y así se apoderaron por segunda vez del Imperio los orgullosos reyes de Azcapotzalco. La debilidad les dió en un principio fuerza y la clemencia los llevó despues del borde del abismo á la cumbre del poder y de la gloria.

No gozó, sin embargo, Tezozomoc ni tranquilo ni por mucho tiempo del fruto de su victoria. Hubo de hacer á sus aliados partícipes del Imperio; domar por la fuerza las provincias de allende los montes, que, libres ya del yugo de los aculhuas, rechazaban el de los tecpanecas; luchar incesantemente con el primogénito de Ixtlilxochitl, que sin disponer de un pié de tierra ni de un soldado le preocupaba y turbaba el sueño. El primogénito de Ixtlilxochitl, por nombre Netzahualcoyotl, tenía entónces diez y seis años. Había nacido en 1402, segun unos al nacer el Sol, segun otros á medio día, circunstancia de que habían sacado los sacerdotes los más felices augurios. En 1414, á poco de empezada la guerra con el mismo Tezozomoc, había sido jurado en Xuexotla sucesor al trono de los chichimecas. Había recibido desde su infancia una educacion brillante y aprendido en las campañas de su padre la carrera de las armas. En Tzinacanostoc estaba cuando Ixtlilxochitl fué á buscar en las lanzas de sus enemigos su gloriosa muerte. Obedeciéndole, se ocultó de pronto en la copa de un árbol, y se refugió despues en la colina de Quauhyacac, cubierta de espesos bosques.

Persiguióle Tezozomoc hasta el punto de ponerle á precio la cabeza. Ofreció grandes mercedes al que se lo trajera vivo ó muerto, y por un bando que se pregonó en todo el Imperio declaró traidores á cuantos le amparasen ó no se le denunciasen sabiendo dónde se albergaba. Dicen si llevó la crueldad al punto de hacer interrogar por sus soldados á los niños sobre quién fuese el jefe del Imperio y matar á cuantos respondiesen que lo era Netzahualcoyotl. Domadas ya todas las provincias y dóciles todos los ánimos á la servidumbre, fué para con él más blando. Á peticion de unas damas aztecas le permitió vivir primeramente en Méjico, despues en Tezcuco. En Tezcuco llevó la generosidad al extremo de darle por morada uno de los mejores palacios. Mas al morir sintió renacer en su alma el temor y el odio; y llamando á sus hijos, les encareció la necesidad de hacer desaparecer á un jóven que no podía ménos de ser para el Imperio un constante peligro. «Le podeis dar muerte, les dijo, cuando asista á mis funerales.» Dicen si hablaba entónces preocupado por unos sueños en que había visto devorado su corazon por un águila y desgarrados sus piés por un tigre, tigre y águila en que habían reconocido sus agoreros á Netzahualcoyotl;

pero no necesitaba á buen seguro de avisos del cielo para desconfiar de un Príncipe que tenía en su favor la legitimidad y el derecho y vivía opulentamente en la ciudad que hasta allí había sido la corte de los chichimecas.

Tezozomoc era ya viejo cuando emprendió la guerra contra Ixtlilxochitl: murió á los nueve años de haberle vencido y muerto. No relajó en nada los vínculos entre los feudatarios y el Imperio, no devolvió á los señores el poder ni la independencia por que los había movido á pelear á su lado. Procuró satisfacer sólo á los que temía: á los Monarcas de Tenohctitlan y Tlatelolco, á los Barones de Acolman, Coatlichan, Otompan y Chalco. Cedió al de Tlatelolco el territorio de Xuexotla y al de Tenohctitlan la ciudad y las dependencias de Tezcuco, elevó á los demas á Reyes, y dió á todos una participacion nominal en el ejercicio de su soberanía. Los hizo real y verdaderamente recaudadores del Imperio, concediéndoles como en premio del servicio la tercera parte de los tributos. Á los otros Señores se limitó á repartirles algunas mercedes. Logró, no obstante, reducirlos á todos al silencio, y dejó á su muerte recogidos en un haz gran parte de los vastos y heterogéneos dominios de los chichimecas. Hombre de tenacidad y de energía, lo dobló todo á su voluntad de hierro. Áun al fallecer se impuso á sus vasallos y á sus hijos. Dejó por sucesor, no á su primogénito Maxtla, sino á Teyauhzin, su hijo segundo. «No quiero en el trono, dijo, un carácter orgulloso y áspero.»

Murió Tezozomoc en Azcapotzalco á principios del año 1427. Cesa desde ahora, ó por mejor decir, desde el nacimiento de Netzahualcoyotl, la disparidad de fechas que desde aquí se ha observado entre los autores. Va entrando la historia en la realidad y saliendo de las regiones de la tradicion y la poesía. Puedo ya marchar con paso más seguro en la relacion de los hechos.

Netzahualcoyotl, sin embargo, viene todavía embellecido por la leyenda. Se le pinta como uno de esos hombres predestinados al cumplimiento de grandes fines. Corre frecuentes peligros, y de todos se salva. Se le tienden una y otra celadas, y en ninguna sucumbe. Segun Ixtlilxochitl, se libró de la muerte, no sólo en Tzinacanostoc, sino tambien en Chalco. Había ido allí desde la colina de Quauhyacac, y sin decir quién fuese había tomado parte en la guerra que sostenía la nacion contra los vecinos pueblos. Mató un día á una dama por haberla visto vendiendo contra las leyes á unos hombres ebrios vino de magüey ó pulque. Llamó sobre sí la atencion y no faltó quien le conociese. Airado el Rey, le condenó á morir de hambre en una jaula, cuya custodia confió á Quetzalmalcatzin, uno de sus hermanos. Compadecióse Quetzalmalcatzin del infortunado Príncipe y le hizo llevar secretamente víveres. Y como el Rey ordenase despues que condujesen al preso á la plaza pública y le entregasen á las iras de la muchedumbre, llevando Quetzalmalcatzin su piedad al heroismo, se puso en lugar de Netzahualcoyotl, y, dándole sus propios vestidos, le facilitó la fuga.

Muerto ahora Tezozomoc, corrió Netzahualcoyotl otro peligro. Aunque sabía

la suerte que le esperaba en Azcapotzalco, asistió á los funerales del viejo monarca. Quiso Teyauhzin cumplir desde luégo la voluntad de su padre: pero Maxtla le detuvo diciéndole que tiempo quedaba para cumplirla y no era conveniente ir á turbar con un asesinato, que no á todos agradaría, tan fúnebre ceremonia. ¿Obraría Maxtla por blandura de corazon? Era por lo contrario extremadamente fiero. Á los cuatro días se hacía proclamar Emperador contra lo que Tezozomoc había dispuesto, y daba por toda compensacion á Teyauhzin el señorío de Coyohuacan, que no era de los mejores. Sabedor luégo de que Teyauhzin conspiraba contra su vida con Tlacateotzin y Chimalpopoca, mataba por sí mismo á su hermano y hacía morir á los Reyes de Tenohctitlan y Tlatelolco. Urdía por ese tiempo asechanzas contra ese mismo Netzahualcoyotl, á quien hace poco salvaba de una segura muerte. Llamábale á su Corte bajo el pretexto de consultarle sobre Tezcuco, y apostaba en su palacio guardias para asesinarle. Súpolo Netzahualcoyotl cuando estaba ya dentro del alcázar, y logró aún evitar el riesgo. Se evadió por unos jardines, ganó la laguna, y se retiró precipitadamente á Tezcuco.

No le dejó ya tranquilo Maxtla. Temiéndole, había jurado perderle. Encargó al gobernador de Tezcuco que le matara en un banquete, y, como no lo consiguiera, despachó cuatro capitanes con suficientes fuerzas para que, tomando secretamente las calles y avenidas de la ciudad, se le acercasen so color de darle una embajada, y de cualquier modo le quitasen la vida. Ni áun así se pudo librar de su enemigo. Supo el Señor de Coatepec la nueva trama, comunicóla á los de Coatlichan y de Xuexotla, bajaron uno y otros con gentes á Tezcuco y se ofrecieron á la defensa del Príncipe. No quiso aún Netzahualcoyotl probar la suerte de las armas: pero burló al Emperador escapándose por una galería subterránea que por consejo de su tío el Rey Chimalpopoca había hecho construir en su palacio. Se disfrazó y ganó los arrabales pasando entre los mismos soldados de Maxtla.

Huía esta vez Netzahualcoyotl tan convencido de que no cabían ya treguas con el tirano, como resuelto á buscar el apoyo de algunos Estados, reunir á todos sus parciales y emprender por la guerra la reconstitucion del trono de los chichimecas. Citó para los bosques de Tecutzingo á cuantos acababan de manifestarse dispuestos á defenderle, y á esos bosques se dirigió de riesgo en riesgo. Así que advirtieron la fuga los cuatro capitanes se derramaron con sus guardias por la ciudad y los alrededores, y con preguntas envueltas en amenazas le anduvieron buscando. No habría de seguro podido salvarse á no haber encontrado en todo el camino gentes decididas á comprometer hasta la existencia por ocultarle al furor de sus enemigos. Descubierto en Coxtlan, uno de los arrabales de Tezcuco, le escondieron en unos depósitos de ixtli, hilo de pencas de magüey de que se hacían las mantas de néquen. Ya en el campo, le protegieron contra unos soldados que le seguían el alcance, cubriéndole con

gavillas de chian, planta que estaban á la sazon segando. Interrogados los segadores sobre si le habían visto, contestaron que iba huyendo en direccion á Xuexotla.

Llegó Netzahualcoyotl al anochecer á los bosques de Tecutzingo, adonde fueron acudiendo por distintas sendas sus más leales servidores. Reunidos ya todos, les declaró su firme propósito de recurrir á las armas, y les encareció la necesidad de que cada cual allegase fuerzas para vencer á Maxtla en tanto que él iba á pedirlas á Tláxcala y Huexotzingo. Halló en todos asentimiento; y aquella misma noche, en la soledad y el silencio, mandó embajadores á varios señores de Coatlichan y al Señor de Chalco, encargó á los de Còatepec y de Xuexotla que se retiraran y aprestaran las tropas que pudiesen, y envió á Tezcuço á su maestro Huitzilihuitzin para que dispusiera en su favor los ánimos alentándolos con la esperanza de ver pronto humillados á los tecpanecas.

Aunque léjos de saber y áun de sospechar esa conjuracion de Tecutzingo, furioso Maxtla por el fracaso de sus proyectos, renovó el bando de su padre imponiendo terribles penas al que amparase á Netzahualcoyotl ó no se le denunciase, y ofreciendo al que se le trajese vivo ó muerto, si noble y soltero, tierras y vasallos y una mujer de su propia casa, si célibe y plebeyo una dama ilustre y un brillante feudo. Avivada así la persecucion por la codicia, aumentaron en todo el Imperio las dificultades que se oponían á los pasos del proscrito. Netzahualcoyotl, sin embargo, prosiguió intrépido su viaje en direccion á Huexotzingo, aunque no sin llevar á vanguardia y retaguardia criados que pudieran darle oportuno aviso de la presencia de sus contrarios. En todo el dia posterior á la junta de Tecutzingo, no halló mas que parciales entusiastas que se desvivían por obsequiarle y le prometían ayuda para la guerra. Alojado de noche en Pinolco, dió de nuevo con sus perseguidores.

Recibióle allí, hasta con lágrimas de ternura, un otomí, por nombre Quacoz, quien, como si previese el futuro peligro, llamó á su casa buen golpe de gente con armas. Encargóles á todos que velaran, y para divertirles el sueño les puso en el patio un tambor hecho del grueso tronco de un árbol á cuyo son pudieran entregarse al canto y al baile. Muy entrada ya la noche, llegaron unos tecpanecas en busca del Príncipe. Escondióle Quacoz al punto en el hueco del tambor, y fingiendo tomarlos por ladrones, les dió una carga á la cabeza de sus otomíes y los deshizo. Le trasladó luégo á lo más fragoso de un monte vecino, donde le hizo construir una choza; y, como le oyese lamentarse de haber dejado en Tezcuco á sus mujeres expuestas á las iras de Maxtla, fué por las mujeres de Netzahualcoyotl á Tezcuco.

Reunidas ya en Pinolco, Netzahualcoyotl continuó su marcha. Iba cada día con mayor séquito, porque no pasaba por lugar ni villa donde no se empeñaran en seguirle algunos de sus adictos, deseosos de compartir con él los peligros de la fuga. Llevábalos á todos diseminados para que no llamaran la aten-

cion de sus enemigos; y se dice si cerca de Tlecuilac, en uno de esos instantes de abatimiento en que cae el varon más fuerte cuando se ve por mucho tiempo blanco de la desgracia, los juntó y les dijo: «¿Por qué me seguís? ¿Por qué os obstinais en seguir á quien no puede defenderos? Huérfano, ando errante al través de montes y desiertos por sendas que sólo cruza la liebre y el ágil corzo, sin saber siquiera si donde voy en busca de apoyo encontraré la muerte á la par de mi buen padre que era más poderoso que yo. Volveos á vuestras casas, si no quereis morir conmigo, ó incurriendo en las iras del tirano perder vuestros campos y viviendas. Si me favorece la fortuna, quizá me podais ser más útiles desde vuestros señoríos.»

Á una voz respondieron todos que ántes querían morir que abandonarle; mas él, dejando por el lenguaje de la razon el del sentimiento, les hizo tales consideraciones, que los movió á que se retiraran y hasta consintiera en retroceder á Tezcuco su hermano Quauhtlehuanitzin, á quien más amaba. Se dirigió con escasa servidumbre á Tecpan, y allí pudo abrir su pecho á la esperanza y la alegría. Recibió embajadores que le hicieron saber como tenían los sacerdotes de Cholula tropas dispuestas para socorrerle, y le invitaban á residir en la ciudad miéntras se preparasen y reuniesen las fuerzas de los aliados. Sin aceptar el ofrecimiento, subió por las vecinas montañas, y «al llegar á la cumbre de la de Huilotepec, dice Ixtlilxochitl, como fuese al caer de la tarde, descubrió á un lado las llanuras de Tepepolco, iluminadas por los últimos rayos del sol, al otro las de Huexotzingo oscurecidas por la sombra de los cerros.» Despachó á Huexotzingo dos mensajeros, y al amanecer del siguiente día bajó la opuesta falda, no sin peligro áun de caer en manos de los tecpanecas. Lo evitó, gracias á un bosque de sauces que había al margen del camino.

En Quauhtepec recibió Netzahualcoyotl otra embajada, la de los señores de Huexotzingo, que se comprometían á llevarle donde y cuando quisiese todas las fuerzas de que disponían, y en muestra de amistad y de respeto le mandaban víveres y finísimos objetos de algodon y pluma; otra en Tlalmanalco, la de Tláxcala, que le remitía tambien mantas y provisiones, le ofrecía tropas con que levantar el trono de los chichimecas y le daba por campamento á Calpolalpan, donde había hecho construir á propósito vastos edificios. Creyó entónces ya vencidos sus adversos hados y cumplidas las esperanzas de Chimalpopoca, que días ántes de morir le había designado como punto de salvacion las repúblicas de Huexotzingo y Tláxcala; y no pensó más que en reunir sus gentes y reconquistar su Imperio. Citó para Calpolalpan y para el día 5 de Agosto á todos sus parciales.

No le faltó ni uno sólo de los que buscó en su ayuda: no le faltó ni Toteozitecuhtli, Señor de Chalco, que por odio á los aztecas había recientemente ofrecido sus ejércitos al orgulloso Maxtla. Netzahualcoyotl había enviado á Chalco de embajador á Teuhxolotl, que había empezado por ganar el ánimo

de muchos nobles y el de la misma esposa de Toteozitecuhtli. Contrariado Toteozitecuhtli por su propia corte, había resuelto consultar al pueblo en la forma de costumbre. Había hecho levantar en la plaza pública un catafalco y atar en él á Teuhxolotl de piés y manos, declarar en alta voz el objeto de la embajada, y decir á los concurrentes que si estaban por Netzahualcoyotl, se desataría al enviado; sinó, se le ejecutaría. «Desatadle,» había gritado unánime la muchedumbre; y Toteozitecuhtli sin vacilar había dejado á Maxtla por el Príncipe.

¿Qué hacía en tanto Maxtla? Maxtla estaba léjos de creer que tan cerca del valle de Anahuac se fraguase una tormenta capaz de humillar su soberbia y hundir su trono; no podía verdaderamente ni sospechar que en sólo trece días, los que mediaron del 23 de Julio al 5 de Agosto de 1427, pudiera el fugitivo de Tezcuco ganar á tantos señores ni allegar hasta cien mil hombres de combate. Había hecho matar, como se ha visto, á los Reyes de Tenohctitlan y Tlatelolco. Aterrados de pronto los aztecas, no se habían atrevido á reemplazarlos en uno ni en otro pueblo. Mas recobrados luégo de la sorpresa, habían elegido á Quauhtlatohuatl los tlatelolcas, al guerrero Itzcohuatl los mejicanos. Maxtla había desaprobado los dos nombramientos. Había concebido la esperanza de reducir á los aztecas todos á su vasallaje, y no quería reconocerles acto alguno de independencia. En su orgullo hasta había querido privar á los mejicanos de la exencion de tributos que Tezozomoc les había concedido al darles por esposa de Huitzilihuitl á una de sus hijas. Irritados los aztecas, se habían unido en estrecha alianza y le habían declarado la guerra. Le habían ya rechazado en dos ataques, y Maxtla tenía ocupadas á la sazon multitud de tropas en el asedio de Tenohctitlan y Tlatelolco, sitiadas por tierra y agua. De dos pueblos que habían sido el más poderoso brazo de su padre, se había hecho sus más implacables enemigos; y ahora, gracias á la lucha que con ellos sostenía, hubo de ver á Netzahualcoyotl avanzando sobre Tezcuco sin casi poder salirle al paso.

Netzahualcoyotl, luégo que hubo reunido en Calpolalpan las fuerzas de Cholula, Huexotzingo, Tláxcala, Zempoalla, Totepec, Zacatlan, Tepepolco y otras provincias, repasó los montes y cayó sobre Otompan, que se le entregó sin resistencia. No maltrató la ciudad, pero sí mató á Quetzalcuiztli, que la tenía en feudo, y á otros muchos caballeros otomíes y tecpanecas. Recibió á poco el refuerzo de los chalcas, y dividió en tres ejércitos sus numerosas gentes. Puso de núcleo en el uno á los tlaxcaltecas y los huexotzingas, en el otro á los chalcas, en el otro á los chololtecas y á los pueblos que más devotos habían sido á su dinastía. Propúsose atacar á la vez las provincias al Occidente de los lagos, é hizo marchar simultáneamente sobre Acolman el primer ejército, sobre Coatlichan el segundo, sobre Tezcuco el que él mandaba. Iba entre aquellos dos ejércitos no sólo para caer lo más pronto posible sobre la corte de sus antepasados, sinó tambien para volar al socorro del que flaquease.

Llegaron los chalcas á Coatlichan sin enemigos que vencer á su paso. Halláronlos en Coatlichan, pero no muy fuertes para resistir sus ataques. Arrolláronlos y desalojáronlos de la ciudad, y no encontraron verdaderos combatientes sino en el Rey y en algunos soldados que se recogieron á lo alto de un templo. Áun allí tuvieron la fortuna de herir al esforzado monarca, que cayó de la plataforma tinto en sangre. Guarnecieron la plaza, y sin descansar avanzaron hasta cerca de Xuexotla.

Á Xuexotla llegó á la media tarde Netzahualcoyotl con su ejército. Fué brillantemente recibido por Tlacotzin, que la poseía á título de feudo; agasajado con una cena á que asistieron todos los nobles; auxiliado con nuevas tropas y provisto de víveres y de toda clase de armas. Sin que le detuviera la noche, adelantó hasta un pueblecillo que llamaban Oztopolca, inmediato á Tezcuco. Deudos, criados, súbditos que jamas habían dejado de serle fieles, acudieron en tropel á saludarle y ofrecerle sus vidas. Él, sin dejarse ganar del júbilo, ordenó y distribuyó sus fuerzas para en cuanto amaneciese tomar la ciudad por asalto. No tuvo necesidad de acudir á tan duro extremo. No bien se acercó á los arrabales, cuando ancianos, jóvenes, madres con niños en los brazos, le recordaron la lealtad con que habían servido á sus antecesores, y le pidieron clemencia. Accedió Netzahualcoyotl, y mandó á sus capitanes que entrasen la ciudad sin cebar las macanas sino en los ministros de Maxtla y los tecpanecas. Quisieron éstos resistir; pero fueron á poco vencidos y deshechos. Á mediodía Netzahualcoyotl se sentaba en el trono de sus padres.

Los tlaxcaltecas y los huexotzingas habían recorrido en tanto el territorio de Acolman como una nube de verano. Habían metido á fuego y sangre cuantas poblaciones habían encontrado en su camino, y estaban ahora en Acolman domando la bravura de los tecpanecas, que, acaudillados por el rey Teyolcocohuatzin, sobrino de Maxtla, parecían resueltos á perecer ántes que rendirse. Murió Teyolcocohuatzin á manos de Tenalxochitzin, jefe de los huexotzingas, y sucumbió al fin la plaza; y, ufanos y ricos de botin los vencedores, la guarnecieron y caminaron la vuelta de Tezcuco. Habíales ya salido al encuentro Netzahualcoyotl; y, no bien los tuvo á su presencia, cuando exaltando el valor que habían mostrado, y agradeciéndoles lo que por él habían hecho, les permitió que se retiraran con todo el botin y los emplazó para cuando se decidiese á recobrar por las armas el resto del Imperio. Hizo luégo otro tanto con los chalcas, que no pasaron de Xuexotla.

En ménos de tres días llevó á cabo Netzahualcoyotl esta grande empresa. Verdad es que operaba en un espacio reducido y llevaba un formidable ejército; no lo es ménos que había de vencer muchas dificultades, si no quería levantar sobre arena su nuevo trono. ¿De qué le habría servido ganar á Tezcuco si no hubiese arrojado á sus enemigos de toda la parte occidental del valle de Méjico? Sin dominar las provincias de Coatlichan y Acolman, que estaban por los tec-

panecas, habría debido vivir bajo una doble y constante amenaza. Su mérito estuvo en caer á la vez sobre las tres provincias, y tan de súbito y con tal empuje, que no dejó tiempo á Maxtla para socorrerlas. La rapidez y el buen concierto de sus operaciones le pusieron desde luégo á la cabeza de los generales de su nacion y de su siglo.

Maxtla quedó verdaderamente desconcertado ante los fáciles y decisivos triunfos del jóven Príncipe. No se atrevía á levantar el sitio de Tenohctitlan y Tlatelolco por temor de que los aztecas no le invadiesen las fronteras meridionales de Azcapotzalco, ni á ir sobre Tezcuco por no exponerse á caer entre dos fuegos. Se decidió por activar el cerco de las dos ciudades y en tanto que las ganara mantenerse contra Netzahualcoyotl á la defensiva; pero sin ver en la tenacidad de los sitiados lo difícil que era vencerlas. No había entrado aún Netzahualcoyotl en Tezcuco, estaba todavía en Oztopolca, cuando recibía de Itzcohuatl una embajada, que al par de felicitarle por sus victorias, le proponía una alianza contra el tirano. Habíala aceptado Netzahualcoyotl; y confiados en él los aztecas, meses y meses resistieron al furor de los soldados de Maxtla.

Deseaba Netzahualcoyotl ya desde los primeros días de su victoria bajar al socorro de las dos ciudades; pero se lo impedían por una parte la necesidad de consolidar y organizar el reino; por otra, lo aborrecidos que eran de muchos de sus vasallos así los mexicas como los tlatelolcas; por otra, lo convencido que estaba de que nada podía intentar como no dispusiese de fuerzas contra todas las de Azcapotzalco. Limitóse por de pronto á guarnecer sus fronteras desde Chiuhuautla á Tezontepec y desde Iztapalocan á Chiuhuautla, adquirirse un ejército propio, poner bajo gentes de su confianza los pueblos del valle, restablecer la buena administracion de justicia y hacerse reconocer y jurar por todos los feudos á que había extendido sus conquistas.

Á principios del año 1428 hubo de empuñar nuevamente las armas. Apretados cada día más los aztecas por los tecpanecas, le enviaron nuevos embajadores en demanda de socorro. Fuéronlo Totopilatzin ó Telpoch y tambien Moteuhzuma ó Motecuhzoma, primo hermano de Netzahualcoyotl y general en jefe de los mejicanos; y tal pintura le hicieron del apurado trance en que sus pueblos se veían, y de tal modo se sinceraron de la conducta que con Ixtlilxochitl habían seguido sus pasados reyes, que le movieron á concederles pronta y eficaz ayuda. Pidió Netzahualcoyotl por segunda vez el auxilio de las repúblicas de Huexotzingo y Tláxcala, y en tanto que lo recibía dirigió los mismos embajadores á Toteozicuhtli, Señor de Chalco, y mandó cuatro al de Xuexotla. Lo mismo el de Xuexotla que el de Chalco aborrecían de todo corazon á los aztecas, y hasta consideraban indigno de Netzahualcoyotl que se prestase á defenderlos, cuando ellos eran los que más habían sostenido la causa de Tezozomoc y contribuído á la ruína del Imperio de los chichimecas. Indignáronse hasta el punto de negarse á obedecer á Netzahualcoyotl y maltratar á los enviados. El de Xue-

xotla los hizo desde luego pedazos en medio de la plaza pública; Toteozicuhtli los metió en jaulas que dió á guardar á Cateotzin, uno de los dos jefes de Tlalmanalco. Salváronse Totopilatzin y Moteuhzuma sólo por la abnegacion de ese Cateotzin que los puso en libertad sabiendo que le había de costar, como le costó, la vida.

Netzahualcoyotl no quiso por entónces castigar este doble agravio. Recibió de Chalco á los pocos días embajadores que se esforzaron por sincerar y hacer perdonar á Toteozicuhtli, que había solicitado y no conseguido el favor de Maxtla; y se limitó á despedirlos bruscamente y amenazarles con que había de caer sobre Chalco luégo que hubiese salvado á los aztecas. Consagró toda su atencion á recoger las más fuerzas que pudiese; y ya que tuvo sobre cien mil hombres, sin esperar los refuerzos de más allá del Popocatepetl, corrió por agua á la defensa de Tenohctitlan y Tlatelolco. Por cuatro dias consecutivos luchó con los tecpanecas, y logró al fin no sólo hacerles levantar el sitio, sino tambien arrojarlos del territorio de Méjico.

Tenía ya el ánimo de ir sobre Azcapotzalco. Concertó con Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin los medios de combatirlo; y sólo despues de concertados volvió á Tezcuco. El plan de ataque era parecido al que siguió desde Calpalalpan cuando vino á ganar la parte oriental del valle. Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin con sus mejicanos y tlatelolcas habían de marchar en derechura á las fronteras de Azcapotzalco, Moteuhzuma entrar por Tlacopan con los huexotzingas que Netzahualcoyotl le enviase; Tlacaeleltzin con otro ejército ganar unas casas fuertes que habían levantado los tecpanecas entre su capital y el cerro de Tepeyacac, en la confluencia de dos ríos; y él, Netzahualcoyotl, con el grueso de las fuerzas bajar por ese mismo cerro y seguir la ribera de las dos corrientes. El movimiento había de ser tambien simultáneo: nadie había de emprender el suyo que en lo alto de Coatepec, contiguo al Tepeyacac, no viese arder una grande hoguera.

El día señalado para el ataque, Netzahualcoyotl, que había recibido considerables fuerzas de Huexotzingo, al rayar del alba desembarcó al pié del Tepeyacac y al salir del Sol llegó á la cumbre. Hecha su ahumada en Coatepec, empezó á bajar por la opuesta falda. Avanzaron al punto los aztecas con el mejor éxito. Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin, aunque á costa de mucha sangre, hicieron retroceder á los tecpanecas hasta más allá de una zanja que tenían en Petatlalcalco; Tlacaeleltzin, si bien no pudo tomar las casas fuertes de la confluencia de los dos ríos, quebrantó y mermó el ejército que las defendía; Moteuhzuma halló una débil resistencia en Tlacopan, cuyo señor estaba secretamente con Tezcuco, y sin detenerse en la ciudad más que para guarnecerla, corrió á unirse con su primo, que bajaba por las márgenes de las dos corrientes atropellando y arrasando cuanto encontraba al paso. Netzahualcoyotl se apoderó con irresistible empuje de las casas fuertes.

Iba perfectamente la jornada para los de Tezcuco, cuando repuestas las tropas tecpanecas, que estaban al mando de Mazatl y habían sido arrolladas por los Reyes de Tenohctitlan y Tlatelolco, cargaron contra los aztecas con tal decision y tal arrojo, que no solamente los obligaron á repasar la zanja de Petatlalcalco, sinó que tambien los empujaron hasta las orillas de la laguna. Hasta á reembarcarse los habrían obligado si oportunamente no hubiera venido á socorrerlos por la derecha Netzahualcoyotl, por la izquierda Moteuhzuma. Mazatl hubo entónces de retroceder de nuevo y no parar hasta una segunda zanja que había en Mazatzintamalco. Esta zanja circuía toda la ciudad de Azcapotzalco y estaba defendida por un alto parapeto que habían formado con la misma tierra de ella extraída y tenía todo el aspecto de una muralla. Delante de tan vasto é imponente reducto no pudo ménos de detenerse Netzahualcoyotl con todos sus ejércitos. Fué aquella noche á recojerse y fortificarse en la primera zanja.

Recibió Netzahualcoyotl al otro día las fuerzas auxiliares de Tláxcala; y aunque contaba ya más de trescientos mil hombres, comprendió que no le había de ser fácil ganar en uno ni en dos ataques ni aquellas trincheras ni la ciudad de Azcapotzalco. Resolvióse á cercarlas dándoles parciales y frecuentes asaltos; y mantuvo al efecto divididas sus tropas en cuatro ejércitos. Á los cien días de sitio, viéndose ya Mazatl en apurado trance, quiso probar si en una batalla podía salvar el Imperio, é hizo ordenar por Maxtla á todas las ciudades tecpanecas y á todos los Estados amigos, que llevasen á Tenayocan cuantos soldados pudiesen y en el día que se les señalaba atacasen á Netzahualcoyotl por la espalda. Proponíase poner entre dos fuegos á los sitiadores para más fácilmente desbaratarlos y vencerlos, y entre dos fuegos los puso. Mas si logró meter en aprieto las fuerzas de Netzahualcoyotl, que no tenían cubierta por el arte ni por la Naturaleza la retaguardia, no los otros ejércitos que al saberlas comprometidas volaron á socorrerlas. Largo y empeñado fué de todas maneras el combate: no terminó sino con la muerte de Mazatl, que sucumbió á los golpes de Moteuhzuma. Dieron entónces el grito de victoria los mejicanos, desmayaron los tecpanecas, y Netzahualcoyotl, aprovechando el pánico de los enemigos, no paró hasta entrar con sus mejores tropas en Azcapotzalco.

Gran saña debía tener Netzahualcoyotl contra esa ciudad segun lo que con ella hizo. La entregó al saqueo, arrasó los templos y las principales casas, la destinó para más afrentarla á feria de esclavos. Por tres días la dejó á discrecion de la soldadesca. Ni fué ménos duro con los habitantes. Pasó á cuantos encontró por el filo de sus macanas sin respetar edad ni sexo. Hallaron á Maxtla escondido en un baño, y le hizo llevar ignominiosamente á la plaza pública, cortarle la cabeza, arrancarle el corazon, esparcir la sangre á los cuatro vientos. Dice Veytia, que despues hizo levantar una pira y quemar el mutilado cadáver á usanza de los toltecas, pero no hay otro autor que tál afirme.

Ya vencida y castigada Azcapotzalco, marchó Netzahualcoyotl sobre Cuyoacan y Tlacopan, adonde se habían retirado los fugitivos. Las tomó sin grande esfuerzo, y las dió tambien al pillaje y al incendio. Hizo otro tanto con Tenayocan, que le opuso resistencia, y luégo con todas las ciudades al Norte. Hasta la de Xaltocan llevó entónces sus vencedoras y temidas armas. Hízolo todo en el curso del año 1428. Abrió la campaña en Febrero, tomó en Junio á la populosa Azcapotzalco, entró en Xaltocan en el mes de Diciembre. No fué á Tezcuco, sino á Méjico, á descansar de sus fatigas.

He hablado ya de la rebelion del señor de Xuexotla cuando se le ordenó que enviase tropas en auxilio de los reyes aztecas. Invirtió aquel orgulloso baron el año de que acabo de hacer la historia en sublevar contra Netzahualcoyotl toda la tierra al Oriente de los lagos. Ganó á su causa las provincias de Acolman y de Otompan y toda la ribera desde Chalco hasta la misma Tezcuco. Netzahualcoyotl, no queriendo prolongar por más tiempo la campaña, dejó para más tarde el castigo de los rebeldes y bajó á Méjico. Ni siquiera guardó para la próxima contienda todas sus fuerzas auxiliares: despidió cargadas de botin á las que de más léjos le habían venido, aunque no sin la reserva de llamarlas de nuevo si lo exigiesen las necesidades de la guerra.

No hay para qué decir si en Méjico recibirían ó no con entusiasmo y júbilo, no sólo á Netzahualcoyotl, sino tambien á los reyes Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin, y á los príncipes Tlacaeleltzin y Moteuhzuma. Celebráronse bailes y otros regocijos públicos; sacrificóse á muchos prisioneros en los altares de Huitzilopochtli. Aborrecía Netzahualcoyotl tan bárbaras hecatombes; pero no se atrevía á contrariar la religion de sus aliados. Fiel á las tradiciones de los chichimecas, creía sólo en un Dios creador de todo el Universo; miraba con aversion no solamente los holocaustos sino tambien el culto de toda clase de ídolos. Por esto sin duda en todas las ciudades que sojuzgaba, lo primero que hacía era quemar y arrasar los templos. Se los veremos quemar y arrasar en su propia ciudad de Tezcuco.

Era verdaderamente Netzahualcoyotl hombre de raras prendas, muy superior á sus pueblos y tambien á su siglo. No levantó en Tenohctitlan suntuosos templos, pero sí construyó, ademas de un palacio y un parque, obras de utilidad manifiesta. Á él se atribuyen las albercas de Chapultepec áun hoy existentes, á él la elevada atarjea por donde corren las aguas de Chapultepec á Méjico. Durante su primera estancia en esa ciudad no hacía con todo sino dar comienzo á los trabajos: no asomó la primavera de 1429 cuando volvió á ponerse en armas.

Brindó con la paz á Itzlacazattzin, Señor de Xuexotla, y en cuanto la supo rechazada, salió de Tlatelolco con sus veteranos y con los Reyes y las tropas de los aztecas. Por el lago se fué derechamente á Tezcuco; y así que desembarcó su gente, al rayar del día, ordenó el ataque. Fácil se le hizo entrar en la ciu-

dad; pero muy difícil ganarla. Los rebeldes, que habían penetrado los intentos de sus enemigos, se hallaban repartidos en gran número por las casas, y ya que le tuvieron en las calles, le acometieron por todos lados con tal ímpetu, que, si no lograron desconcertarle, consiguieron por lo ménos detenerle. No ménos de siete días hubo de estar luchando de la mañana á la noche: de barricada en barricada, y de esquina en esquina, los hubo de ir desalojando. Ya dueño de Tezcuco, la habría severamente castigado á no haber salido los habitantes á pedirle clemencia. «No fuímos nosotros los insurrectos, ni los favorecimos,» le dijeron, y con esto le aplacaron la cólera. Quemó los templos, dejó personas que rigieran la ciudad y fuerzas que la guardaran, y marchó sobre Xuexotla.

Xuexotla, Coatlichan, Quauhtepec, Iztapalocan, le opusieron resistencia. Las fué venciendo una tras otra, y entrándolas á saco. Y si más no ganó, fué por el cansancio que creyó observar en los aztecas. Se volvió de repente á Méjico, aunque no sin dejar bien defendidas las fronteras al Norte de Chalco. Aquel mismo año, no pudiendo ver con calma en la misma márgen del lago sublevada la ciudad de Xochimilco, la combatió con sólo sus tropas y la redujo. Al otro, llamó nuevamente en su ayuda á los tlaxcaltecas y á los huexotzingas, y emprendió con su acostumbrado arrojo la sumision de Cuitlahuac, de Acolman, de Otompan y de cuantas ciudades se atrevían á mantenerse rebeldes. Acompañáronle entónces sin que se lo pidiera los mejicanos y los tlatelolcas.

No duró mucho la campaña, pero fué sangrienta. El paso de un puente sobre el río Papalotlan costó largas horas de combate y buen número de víctimas. La toma de Acolman, hoy Oculma, exigió tres días de continuos asaltos. Netzahualcoyotl la entregó al pillaje y á la matanza: quemó los templos y tambien las casas de muchos nobles. Siguió talando cuanto encontró en su camino; y en Otompan, como hallase mayor resistencia, hizo mayor estrago. Sus no interrumpidas victorias y el terror que infundió le facilitaron pronto la llave de los demas pueblos, que no bien le veían cuando se le entregaban y le ponían á los piés cuantiosos presentes. Cruel con los soberbios, fué blando con los humildes.

Vió por fin Netzahualcoyotl reconquistada y sumisa la mejor parte del imperio de los chichimecas. Podía ya ceñirse con orgullo la corona de sus mayores, y hacerse jurar Emperador por muchos de los reyes y príncipes que habían rendido homenaje á Techotlalatzin, su abuelo. Era en cierto modo más poderoso que ese mismo Techotlalatzin, puesto que muchos señoríos y áun reinos, entre ellos el de Azcapotzalco, habían pasado por la conquista á formar parte de Tezcuco. Hízose jurar Emperador en Tenohctitlan; pero, asómbrese el lector, compartiendo el imperio con Totoquiyauhtzin, señor de Tlacopan, y con Itzcohuatl, el Rey de Méjico. Quiso que se rigiera en adelante por un triunvirato el Imperio que hasta entónces no había tenido más de un monarca.

¿Á qué podía obedecer esa inesperada constitucion del poder público? Se comprende que Netzahualcoyotl lo hubiese compartido con los reyes de Méjico, á quienes debía en no pequeña parte la conquista de Azcapotzalco y la sumision de los rebeldes al Occidente de las lagunas. Algo sobre esto llevaba tratado con Itzcohuatl desde la muerte de Maxtla. Pero Totoquiyauhtzin distaba de haberle prestado tan decidido ni tan eficaz apoyo: se había limitado en la guerra de Azcapotzalco á no oponer gran resistencia al paso de Moteuhzuma. No era tampoco rey ni señor de grandes dominios. El hecho de haberle dado participacion en el Imperio ha parecido tan raro, que algunos autores han querido explicarlo por motivos ajenos á la política. Lo han atribuído á la influencia de una mujer, de una hija del mismo Totoquiyauhtzin, con la que suponen que Netzahualcoyotl estaba amancebado. [1]

Sin afirmar ni negar este último hecho, opino que la creacion del triunvirato obedeció á un pensamiento político. En aquel tiempo, en el siglo XV, predominaban allí tres razas: la de los chichimecas, fundadores del Imperio; la de los toltecas-culhuas, que venían siendo los maestros de los chichimecas; la de los tecpanecas, que, merced á su bravura y á la ambicion de sus reyes, se habían apoderado ya por dos veces de la corona de Xolotl, y pretendían subordinar y absorber á los demas pueblos. Con hacer partícipes del Imperio á las tres, pudo muy bien proponerse Netzahualcoyotl cegar la fuente de las discordias que entónces habían removido y bañado en sangre aquella hermosa tierra. Creo descubrir este pensamiento en el título que se dió á cada uno de los triunviros. El día de la jura se saludó á Netzahualcoyotl como gran monarca de los chichimecas, á Totoquiyauhtzin como rey de los tecpanecas, á Itzcohuatl como rey de los toltecas-culhuas. Se extraña que se fuese á buscar en Tlacopan la representacion de los tecpanecas, pero infundadamente. Habría sido una verdadera temeridad restablecer el trono de Azcapotzalco: nada ménos peligroso que levantar uno en Tlacopan, cuyo señor era, no sólo tecpaneca, sinó tambien nieto de Tezozomoc y sobrino de Maxtla.

Si por otra parte en virtud de anteriores conciertos se veía obligado Net-

[1] «Entre las muchas concubinas que tenía el príncipe Nezahualcoyotl, dice Veytia, había una de singular hermosura, cuyo nombre no nos dicen, sinó sólo que era hija de Totoquiyauhtzin, señor de Tlacopan, que, corrupta la voz por los españoles, llaman hoy Tacuba. Ésta, pues, juntaba al buen parecer la destreza y el artificio para hacerse amar del Príncipe, cuyo afecto poseía en más alto grado que todas las otras, y quien tenía ya en ella varios hijos. Su privanza, su alta nobleza y su natural ambicioso, le hicieron concebir el deseo de exaltar su casa..... y logró hacer entrar al Príncipe en su proyecto, que se reducía, no sólo á que no se despojase á su padre de los estados de Tlacopan, sinó á que se le aumentasen..... y lo que es más se le diese en el gobierno del Imperio igual parte que al Rey de Méjico, de suerte que fuese éste un triunvirato de que dependiese el gobierno de todo el Imperio.»

Torquemada y Clavigero dicen que esta señora se llamaba Matlatzihuatzin y la dan, no como concubina, sinó como esposa de Netzahualcoyotl. Abandono el hecho al juício de mis lectores.

zahualcoyotl á compartir el mando con el Rey de Méjico, nada más político ni más previsor que haber asociado una tercera persona al Imperio. Sin esto habrían sido indirimibles las discordias que hubiesen surgido entre los dos monarcas.

Á mis ojos, para acreditar los talentos políticos de Netzahualcoyotl bastaría esta creacion del triunvirato. No se pierda de vista que la juzgo con relacion á las ideas y la situacion de aquellos siglos y aquellos pueblos. [1]

---

[1] Está escrito este capítulo sobre los de Ixtlilxochitl, *Historia de los chichimecas,* desde el XV al XXXII; sobre los de Veytia, *Historia antigua de Méjico,* desde el XXVI al LIV del libro II, y desde el I al III del libro III; sobre los de Torquemada, *Monarquía Indiana,* desde el XVI al XLI; sobre los de Brasseur de Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique Centrale,* desde el I al IV del libro X.

CAPÍTULO VIII

Ida de Netzahualcoyotl a Tezcuco.—Guerra con Itzcohuatl de Méjico.—Constitucion del triunvirato.—Feudos.—Prevalece la opinion de Netzahualcoyotl, que estaba por restablecerlos.—Los restablece él en Tezcuco y se granjea la voluntad de sus mayores enemigos.—Reparte los pueblos libres en ocho distritos.—Embellece la ciudad de Tezcuco con grandes edificios.—Su palacio.—Su organizacion administrativa.—Sus Consejos.—El de Ciencias y Artes.—El Supremo de Justicia.—Descripcion de la sala en que éste celebraba como tribunal sus audiencias y como Consejo de Estado sus sesiones.—Leyes promulgadas por Netzahualcoyotl.—Severidad y barbarie de las penales.—Constitucion de la propiedad.—Los colpollalis.—Sistema tributario.—Abastecimiento de la casa de Netzahualcoyotl.—Carácter fastuoso de este Príncipe.—Su imperio estaba, sin embargo, reducido al valle de Méjico.—Guerras que emprenden los triunviros para ensancharlo.—Diligencias y solemnidades para declarar la guerra á los extranjeros.—Guerras contra Tollatzingo y los tlalhuicas.—Muerte de Itzcohuatl y advenimiento del primer Montezuma al trono de Méjico.—Siguen las guerras de conquista.—Guerra contra Cohuaixtlahuacan.—Contra Cuetlachtlan.—Contra Tlaucocautitlan y Tlapacoya.—Sublevacion y castigo de Tollantzingo.—Guerra contra los huaztecas.—Casamiento de Netzahualcoyotl.—Calamidades que afligen al Imperio.—Pasadas ya, labra Netzahualcoyotl los famosos jardines de Tezcutzingo.—Descripcion de estos jardines.—Netzahualcoyotl poeta.—Carácter de sus cantos.—Sus ideas sobre lo pasajero de los bienes de la Tierra.—Consecuencias que de esto deducía.—Sus creencias religiosas.—Sus contradicciones.—Su templo al Dios desconocido.—Netzahualcoyotl como hombre privado.—Sus virtudes.—Sus arranques proféticos.—Sus últimas guerras.—Extension de su Imperio, sobre todo despues del advenimiento de Axayacatl al trono de Méjico por muerte de Montezuma.—Su designacion de sucesor.—Su muerte.

NETZAHUALCOYOTL permaneció cuatro años en Méjico. No volvió á Tezcuco sino despues de rogárselo los que más le habían combatido. Desviviase por repararla cuando, segun Ixtlilxochitl y Veytia, hubo de medir sus armas con Itzcohuatl, su tío, que por su edad, su experiencia y sus hazañas, se creía con derecho á ser el jefe del triunvirato. Sabedor de lo que este rey decía y tramaba, cuentan que le declaró y le hizo la guerra, sin que bastaran á desarmarle ni blandas razones ni cuantiosos presentes. Fué, añaden, sobre Méjico, la venció, empezó á maltratarla, y sólo consintió en suspender sus iras bajo la condicion de que todas las ciudades y aún las de Tlacopan, que con ella se había unido, le pagasen anualmente un tributo en mantas, escudos y ricos penachos. Omiten el hecho Torquemada y Clavigero; mas no por esto lo rechazo. Lo refieren Ixtlilxochitl y Veytia con pormenores que dicen haber sacado de antiguas pinturas.

Como quiera que fuese, la verdad es que no se alteró, ántes se confirmó y

determinó la nueva constitucion política. Se deslindaron ante todo los límites de los tres Reinos. Se trazó al efecto una línea divisoria que, partiendo del cerro de Cuexcomatl, pasaba por medio de los lagos, y atravesando los montes de Xoloc y Techimatl, se extendía hasta el territorio de Tototepec, entónces término septentrional de las recien hechas conquistas. Toda la tierra al Oriente de esta línea debía pertenecer á Tezcuco; toda la que caía al Occidente, á Tlacopan y Méjico. Tlacopan, aunque enclavado dentro de Méjico lo mismo que Tlatelolco, tenía tambien marcada su periferia; marcadas las ciudades y villas que le correspondían.

Fijáronse luégo las atribuciones y los deberes de los triunviros y el triunvirato. Había de conocer el triunvirato de todas las cuestiones comunes á los tres Reinos, principalmente de las relativas á la paz y la guerra con otras naciones; había de conocer por sí cada triunviro de todas las que afectasen sólo el interés de sus pueblos. En las deliberaciones del triunvirato había de pesar por igual el voto de cada uno de los tres Reyes; en el reparto de lo que se ganase en la guerra no podían ser iguales las cuotas. Así del botin como de los pueblos conquistados se habían de hacer cinco partes; una para el rey de Tlacopan, dos para el de Méjico y dos para el de Tezcuco.

Suscitóse despues la cuestion de los feudos. Gracias á las guerras de Azcapotzalco y de Tezcuco, estaban de hecho incorporados á la corona de uno ú otro de los tres Monarcas. Opinaba Itzcohuatl por el *stato quo* fundándose en que restablecerlos seria dar márgen á nuevas discordias; Netzahualcoyotl, sólo porque se los redujese á menor número: estaba en que se debía respetar todos los poseidos por príncipes de la sangre. «Es tiránico decía, privar de bienes hereditarios á los hijos por el delito de los padres, peligroso cambiar radical y bruscamente las instituciones de los pueblos, inhumano ensañarse con sus propios deudos hasta confundirlos con la plebe, impolítico despojar á la Monarquía del esplendor que le dan los grandes feudatarios. Para evitar futuras rebeliones, añadía, nos quedan sobrados medios; el sistema de Techotlalatzin y el rigor de las leyes.» Proponíase como su abuelo entretener en su corte y convertir en sus consejeros á los más altos y orgullosos barones.

Prevaleció el voto de Netzahualcoyotl en el triunvirato, y se acordó restablecer hasta treinta feudos; siete en el reino de Tlacopan, nueve en el de Méjico y catorce en el de Tezcuco. No se había de exigir á los nuevos señores otro acto de sumision que el de prestar homenaje á los tres Reyes, ni más tributo que el de servirles con tropas en tiempo de guerra. Se les había de dar en cambio el derecho de asistir por sí ó por uno de sus hijos á las asambleas de los Estados, es decir, á las juntas en que se hubiese de resolver si el Imperio debía ó no declarar la guerra á otros pueblos. Era con razon la guerra para aquellos hombres cosa tan grave y de tanta monta, que, no considerando bastante para decidirla el acuerdo de los triunviros, quisieron que sólo se la pudiese acordar

en un consejo á que concurriesen los prohombres de las tres monarquías.

Decretadas estas y otras medidas, volvió Netzahualcoyotl á su ciudad de Tezcuco. Ocupóse primeramente en la reconstitucion de los feudos. Suprimió los de Coatepec, Xaltocan, Iztapalocan, Papalotlan y otras ciudades; y restituyó casi todos los demas á los señores que ántes los tuvieron y despues habían sido sus mayores adversarios. Residían estos señores en Huexotzingo y Tláxcala; y aunque perdonados hacía tiempo, no se atrevían á poner el pié en tierra de Tezcuco por temor de que el perdon no fuese una celada. Convenciéronse ahora de la sincera generosidad del Príncipe, y corrieron á ofrecerle, no ya sus brazos, sino sus corazones y sus vidas. Sólo uno dejó de presentársele, el de Xuexotla, y éste no por odio, sino por vergüenza: por el sentimiento de su ingratitud y la conciencia de sus crímenes. Sintiólo Netzahualcoyotl y llevó su grandeza de alma al extremo de conceder el señorío de Xuexotla al hijo de Itzlacazatzin, ya que Itzlacazatzin se negaba á recobrarlo.

Repartió á poco Netzahualcoyotl las ciudades y los pueblos libres en ocho distritos, al frente de los cuales puso otros tantos mayordomos encargados de recaudar los tributos y abastecer su palacio.

Consagró despues su atencion á la ciudad de Tezcuco. La dividió en seis barrios, donde distribuyó por grupos las distintas artes, la embelleció con suntuosos monumentos, la hizo morada de la nobleza. Allí llevó á sus catorce feudatarios, á los más esclarecidos capitanes, á los hombres más versados en las ciencias y en las letras, á cuantos descollaban en el Reino. Hizo construir para todos alcázares soberbios y uno para sí que asombraba por su grandeza. De Oriente á Occidente medía este alcázar mil doscientas treinta y cuatro varas; de Norte á Sur nuevecientas setenta y ocho. Contenía ricas estancias, no sólo para los reyes de Tezcuco, sinó tambien para los de Méjico; salas para los grandes Consejos de la Corona, cámaras para los poetas, los historiadores y los filósofos, aposentos para los guardias, almacenes para depósito de los tributos, ademas de un patio interior, otro que servía de plaza y mercado, vastos jardines, á que daban sombra más de dos mil cedros, y belleza y vida multitud de acueductos, de fuentes, de estanques, de baños perdidos en el fondo de ingeniosos laberintos. Constaba de más de trescientos cuartos, y tenía aún fuera de su recinto, al Norte, un palacio para los reyes de Tlacopan y una casa-museo donde vivos ó de oro y pedrería se hallaban juntos los más bellos tipos de los séres animados que pueblan el aire, el mar y la tierra.

En este alcázar tenía reunidos Netzahualcoyotl todos los altos cuerpos de administracion y de justicia. Redujo los de administracion á tres consejos, uno de Guerra, otro de Hacienda, otro de Ciencias y Artes; los de Justicia á dos tribunales, uno superior, otro supremo. De los consejos que había creado Techotlalatzin omitió el de Cámara y refundió en el de Guerra el de Relaciones Diplomáticas. Del Tribunal Supremo hizo á la vez Consejo de Estado; del Consejo

de Hàcienda, Tribunal de Cuentas. Fué el primero en organizar el Consejo de Ciencias y Artes, y en esto reveló una vez más la cultura de su espíritu. Le confió la direccion de todas las escuelas, el exámen de los alumnos y oficiales que aspiraran á profesores y maestros, la inspeccion y el juicio de las obras que se rechazaran por defectuosas, la revision de las pinturas destinadas á consignar los acontecimientos. Dióle tal importancia, que lo alojó en una de las mejores salas, donde había un trono para cada uno de los tres Reyes. Allí se reunía en ciertas ocasiones con los de Tlacopan y Méjico, ya para hacerse cargo de los recientes descubrimientos, ya para oir cantar las glorias de su nacion y las hazañas de sus mayores, ya para premiar á los súbditos que más se distinguían como sabios, como artistas ó como poetas. Tenía al efecto amontonadas en los ángulos de la sala mantas de vistosos colores y en una mesa objetos de pluma y joyas.

Se esmeró principalmente en la administracion de justicia. Puso tribunales en los ocho distritos, é hizo que lo pusieran en los feudos sus feudatarios. Declaró anexa al señorío de Teotihuacan la jurisdiccion para los pleitos y las causas entre los nobles de las cercanías de Tezcuco; al de Otompan la necesaria para dirimir dentro del mismo radio las cuestiones y los procesos de la plebe. Estableció en su propio palacio los dos tribunales de que se hizo mérito: uno de apelacion, que componían un presidente y veintitres magistrados, otro supremo, que constituían el mismo Rey y los catorce Señores del Reino.

El aparato y la majestad de este tribunal bastaban para hacer concebir la más alta idea de la justicia. Celebraban aquellos ministros sus audiencias en un rico salon alfombrado de pieles de tigre, cuyas paredes estaban cubiertas de tapices de colores. En el fondo, en medio de la testera, ardía perpetuamente un brasero; á los lados se alzaban dos tronos. El de la derecha, puesto sobre ocho gradas, era una silla con respaldo de oro guarnecido de piedras preciosas, sobre la cual caía un airoso dosel de plumas, adornado en su centro de unos como rayos de oro. Delante de la silla había un sitial cubierto de fino paño, donde se veían distribuídos en grupos un cráneo sobre unas armas, del que surgía una pirámide con un penacho de los que sólo podían usar los príncipes; mitras ó medias tiaras, una de oro, otra de pluma y otra de pelo, entre las que escogía el Rey la que convenía á sus diversas funciones; un monton de turquesas y esmeraldas y una flecha de oro que le servía de cetro. Estaba algo más bajo el trono de la izquierda y no tenía sitial alguno; pero no carecía de lujo. Formábalo una silla tejida de plumas, en cuyo respaldar se veía la divisa del Imperio.

Debajo de los dos tronos se sentaban en dos filas, una de seis y otra de ocho sillas, los catorce feudatarios de la Corona. En la primera fila debajo del trono de la derecha, los Señores de Teotihuacan, Acolman y Tepetlaoztoc, y debajo del de la izquierda los de Coatlichan, Chimalhuacan y Xuexotla. En la se-

gunda, debajo del trono de la izquierda, los de Tepechpan, Teyocan, Chinhuautlan y Chiauhtla, debajo del de la derecha los de Otompan, Chicotepec, Quauhchinauco y Tollantzingo.

El rey ocupaba de ordinario el trono de la izquierda. No pasaba al de la derecha sino cuando se trataba de graves negocios del Estado, ó debia, ya pronunciar, ya confirmar algun fallo de muerte. Ceñíase en este caso la mitra de pelo, empuñaba la flecha de oro, extendía su diestra sobre el cráneo, y dictaba la terrible sentencia. Imposible de todo punto revocarla.

Asistía el Rey á este tribunal, no sólo para decidir recursos de alzada, sinó tambien para oir áun sobre asuntos de escasa monta á los últimos hombres del pueblo. Allí estaba tres horas por día, y allí, concluida la audiencia, convirtiendo el tribunal en consejo, lo consultaba sobre todas las cuestiones, ya políticas ya económicas, ya militares ya civiles, que pudieran afectar la vida general de su Monarquía. Vivía, por decirlo así, con los hombres que lo formaban: los tenía lo más del tiempo en palacio, los reunía en su mesa, los llevaba consigo á todas las fiestas públicas, los hacía partícipes de su poder y su gloria; y lograba por este medio, sobre regir bien el Estado, alejarlos de los feudos que poseían, y hacerles olvidar que estaban reducidos á verdadera servidumbre.

Promulgó ademas Netzahualcoyotl numerosas leyes, muchas encaminadas á impedir la reproduccion de los pasados disturbios y escudar la persona del Emperador contra los vasallos. No consintió que feudatario ni príncipe alguno usase del título de rey ni de las insignias reales: impuso al que tal hiciera nada ménos que la pena de muerte. Condenó al traidor á que se le descoyuntase, se le demoliese y sembrase de sal la casa, y hasta la cuarta generacion se le hiciese esclavos á los hijos. Quiso que á golpes de maza se aplastase la cabeza al señor que se atreviera á rebelarse contra el Imperio y no fuera cogido en combate. Degollado mandó que fuese el general que abandonase al Rey en campaña.

Impuso la misma pena al soldado que desobedeciera al jefe, abandonara su puesto, volviera la espalda al enemigo ó le favoreciera en tiempo de guerra; al noble que, habiendo caído prisionero, volviera fugitivo á la patria; al embajador que viniera sin contestacion ó no hubiera cumplido fielmente su encargo; al juez que admitiera cohecho, y al sacerdote que faltara á sus votos.

No castigó con ménos rigor otro órden de delitos. Debían morir apedreados la adúltera y su cómplice, si los sorprendía *in fraganti* el marido; ahorcados, si los condenaba un juez por sospechas. Si el adúltero acertaba á matar al marido, había de morir en la plaza pública asado y rociado de sal y agua. Ahorcada había de ser tambien la mujer que sirviese de tercera á una casada, aunque no se consumase el adulterio; ahorcada la mujer noble que se hiciese ramera. Por el delito de sodomía se había de arrancar las entrañas al paciente,

atar al agente á un poste y cubrirle de ceniza. Por el de embriaguez se debía desde luégo matar al reo si fuese noble, raparle en público la cabeza si plebeyo. Al plebeyo reincidente se le había tambien de quitar la vida. Se la habían de quitar al reo de hurto, de robo, de usurpacion de tierras.

Leyes todas bárbaras, que revelan, sin embargo, en Netzahualcoyotl un firme propósito de consolidar el poder real y disciplinar y moralizar á su pueblo, entónces ya no poco expuesto á dejarse ganar por los repugnantes vicios que afeaban el resto de América. El deseo de moralizar á los súbditos, llevó á Netzahualcoyotl al extremo de reprimir las injurias contra los padres, no sólo imponiendo pena de muerte á los hijos, sinó tambien privando á los nietos del derecho de sucesion en los bienes de los abuelos. Mas en aquel mismo siglo, ¿no adolecían acaso de igual exageracion y barbarie las leyes de Europa? Brotaban tambien sangre, y áun las de hoy castigan en los hijos el adulterio y el incesto.

Es de sentir que no se conozcan de Netzahualcoyotl sinó las leyes penales. Al decir de todos los autores las dictó sobre la tierra. Leyes importantísimas, sobre todo, en pueblos semisalvajes, donde se estima el suelo más áun que para cultivarlo, para perseguir la caza. Afortunadamente, aunque no han llegado hasta nosotros, se sabe por datos bastante auténticos cómo estaba la propiedad en aquellos días. Había, como aquí, tierras de realengo, las había señoriales, las había concejiles. Llamo concejiles las que pertenecían á barrios ó tribus. Eran esas las más y las mejor regidas y cultivadas. Con el nombre de colpollalis ó altepatlalis venían á ser poco más ó ménos como las que hoy constituyen el patrimonio de los municipios eslavos de Rusia. La propiedad era del barrio ó la tribu; la posesion, de las familias que los compusiesen. Volvían á la comunidad las tierras de las familias que dejasen de cultivarlas ó se extinguiesen, ó cambiasen de tribu ó barrio; había de dar tierras la comunidad á cada nueva familia que se estableciese en el colpollali. Fuera de la tribu nadie podía poseer fundos de ningun género; lo más que se permitía era que una tribu diese ó tomase á otra, por causa de necesidad pública, tierras en arrendamiento. Áun tratándose de terrenos incultos, castigábase con severidad al extranjero que se atreviese á beneficiarlos. Régimen mixto de individualista y de comunista por el que hoy abogan en los civilizados pueblos de Europa no pocos escritores. Tenía allí tambien cada tribu su jefe, su estarosta; pero un jefe que nada podía decidir respecto á la distribucion de las tierras sinó en consejo de ancianos.

No carecía, con todo, ese jefe de atribuciones ni deberes. Llevaba la voz de la tribu ante el rey, los gobernadores y los tribunales de justicia. Defendía el colpollali contra toda clase de usurpaciones y cuidaba de que no se lo dejase sin cultivo. Llevaba un registro donde estaba pintado cada lote con expresion de la cabida, las lindes, los productos, el nombre del que lo poseía, el núme-

ro de personas que lo labraban y los cambios de mano que había sufrido: registro que la falta de escritura hacía más fiel que los de nuestras naciones. Convocaba, por fin, á los ancianos cuando había que resolver cuestiones ó de impuestos ó de reparto de tierras ó de fiestas religiosas; y cuando éstas se verificaban distribuía de su propio caudal abundantes víveres á las numerosas gentes que acudían á verlas ó celebrarlas. Podía sobrellevar esta carga porque al par de los demas jefes cobraba tributos.

Los tributos ántes de Netzahualcoyotl distaban de constituir un sistema. Netzahualcoyotl los regularizó y les dió una sencillez que aquí no tenían ni tienen. Nada, segun se ha dicho, exigía de los feudos como no fuese el servicio de las armas. De los distritos libres cobraba tres contribuciones: una para el sustento de su casa y corte, otra para la conservacion y reparo de sus palacios, otra para los gastos del Reino. Para el cobro de la primera poseía en cada distrito un fundo de mil doscientas varas en cuadro que le habían de cultivar cuidadosamente los súbditos; para el de la segunda otras tierras de ménos importancia, cuya labranza corría tambien á cargo de los pueblos. Hacía efectiva la tercera fijando la cuota que correspondía á cada colpollali, y dejando en amplia libertad al colpollali para que la repartiese y la recaudase segun le fuese ménos gravoso y lo creyese más acomodado á sus circunstancias. Como no hubiese moneda y debiese percibirlo todo en productos, no pedía naturalmente á cada grupo sinó lo que en él se daba. No pedía, por ejemplo, mantas á un barrio puramente agrícola, ni algodon á las tribus de las tierras frías.

De lo dicho habrá ya inferido el lector que había prestaciones personales y reales. Contribuían personalmente los que estaban al servicio de las tierras destinadas á los gastos de la corte, realmente los demas ciudadanos: en cereales, en legumbres, en especias los labradores; en artefactos los industriales; en mercancías los mercaderes. El principio de la colectividad predominaba tanto en aquel sistema, que áun éstos pagaban, no por individuos, sinó por gremios. Los industriales hasta llegaban á trabajar en comun los objetos que habían de dar en tributo. Lo hacian en muchos barrios ó tribus los mismos labradores. Llevábanse á tal extremo las cosas, que hasta los regalos á los reyes por victorias ó por cualquiera otro feliz suceso se hacían gremialmente, y los reyes enviaban á los gremios las recompensas.

Gracias á esta sencillez, la recaudacion era barata y fácil. Se entendía el Rey con sus ocho mayordomos, y éstos con los jefes, ya de las tierras reales, ya de los colpollalis. El jefe del colpollali para cubrir sus gastos y los de su tribu no tenía más que recargar la cuota. Eran, en verdad, crecidos los tributos; pero muchos tambien los contribuyentes, á pesar de la exencion de que gozaban los sacerdotes y los nobles. Estaba entónces pobladísimo todo el valle de Méjico.

Sólo para el abastecimiento de la casa de Netzahualcoyotl había que remitir diariamente á Tezcuco una enorme cantidad de víveres: treinta y una fanegas

y tres almudes de maíz en grano, cuatrocientas mil tortas de la misma sustancia, tres fanegas y nueve almudes de chian y otro tanto de fríjoles, treinta y dos mil almendras de cacao, veinte panes de sal, cincuenta cestos de chile ó pimiento, diez de tomates y diez de pepitas de calabaza, veinte jarros de miel de magüey, cien pavos y gran multitud de piezas de caza y pesca. Enviábanlo por turno los mayordomos de los distritos, unos durante cuarenta y cinco, otros durante sesenta y cinco, otros durante setenta días.

Imposible parece que tanto pudiera consumirse en un palacio; pero lo dan por cierto cuantos autores he leido, y sobre todos Torquemada, que hace al por mayor la cuenta, y asegura haberla sacado del libro de gastos del mismo Netzahualcoyotl. Hay que considerar, por otra parte, que tenía el Rey gran número de concubinas y una inmensa servidumbre, y comía ordinariamente con sus feudatarios, con los embajadores y con cuantas personas se distinguían por las armas ó las letras, y servía las casas de sus principales nobles, y daba plato á los consejeros, y compartía su pan con los infinitos pobres que llamaban á su puerta. El palacio de Tezcuco, del mismo modo que el de Méjico, eran á la sazon, y continuaron siendo hasta la conquista, la casa comun de los grandes y la mesa comun de los pequeños—Cortés y sus soldados no cesaban de admirarse de la mucha gente que vivía y de la abundancia que reinaba en el de Montezuma: no podía ménos de ser extraordinario el consumo que allí se hiciese.

Netzahualcoyotl era, ademas, espléndido y había comunicado á cuantos le rodeaban su amor al lujo. Le gustaban los trajes magníficos, las alhajas, las joyas, los salones bien decorados, el fausto en las ceremonias y en las fiestas; y no era natural que dejara de quererlo en la mesa, donde más se complacieron siempre en ostentar su opulencia los príncipes. Gracias á que por su aversion á la embriaguez y á las severas leyes que contra ella tenía hechas, cerró la entrada á los vinos y á los licores ya entónces en uso, ó los escaseó por lo ménos en sus banquetes.

En los años por que corre esta historia distaba, no obstante, Netzahualcoyotl de regir un imperio tan vasto como el de sus mayores. Con sus ruidosas guerras y conquistas apénas había podido rebasar los montes que circuyen el valle de Méjico. Áun de su reino de Tezcuco había debido ceder terreno á los tlaxcaltecas en remuneracion de los servicios que le habían hecho y en prenda de la alianza que con ellos contrajo. El mismo valle de Méjico no lo tenía seguro. Debe ahora mismo bajar á someter con Itzcohuatl y Totoquiyauhtzin primero á Xochimilco y Cuitlahuac, despues á Chalco, pueblos mal domados y belicosos que pugnan constantemente por recobrar su independencia. El Señor de Chalco le ha ofendido hasta el punto de cogerle dos hijos que iban de caza, matárselos, y, convertidos en momias, hacerlos servir de candelabros en sus salones: no ha de parar Netzahualcoyotl hasta prenderle y, despues de saqueada la ciudad, hacerle pagar en el cadalso tan horrendo crímen.

Pero ya ni Netzahualcoyotl ni los Reyes de Tlacopan y Méjico pueden darse por satisfechos con la tranquila posesion del valle. Están resueltos á emprender más allá de los montes una serie de guerras que irán cada día ensanchando su Imperio. Se creen herederos de los toltecas y los chichimecas, y como tales con derecho á dominar cuanto éstos y aquéllos dominaron. No suelen, con todo, invadir el territorio de ningun pueblo sin que se les haya dado motivo. Lo invaden, por ejemplo, cuando se les ha matado unos mercaderes, ó interrumpido comunicaciones que de antiguo existían, ó violado las fronteras, ó pedido contra gentes enemigas alianza y socorro. Áun así no empiezan jamas una guerra sin declararla, y áun agotar los medios de persuasion y de concordia.

Son ciertamente para conocidas las diligencias y las solemnidades que precedían entónces á la guerra. Luégo que la tenían decidida los tres Reyes, enviaban los mejicanos á la capital contraria embajadores que al llegar allí reunían á los ancianos de ambos sexos, les exponían su mensaje, les auguraban los males que les traería un rompimiento, y les encarecían la necesidad de persuadir al jefe de la nacion á que no se dejara llevar de un insensato orgullo y diera cumplida satisfaccion de los agravios que hubiese inferido á los triunviros. Retirábanse luégo los embajadores no léjos de la ciudad á esperar la respuesta, para la cual daban un plazo de veinte días. Si la contestacion era favorable, se recibía como aliado al señor de la tierra, se le imponía un ligero tributo en oro, en pedrería, en plumas ó en tejidos de algodon ó néquen, y se le hacía jurar que jamas se sublevaría contra el Imperio ni le suscitaría dificultades.

Si era contraria la respuesta, bajaban de Tezcuco otros mensajeros que se dirigían al jefe enemigo, y le intimaban que como en otro plazo de veinte días no se sometiera, si preso en combate, se le sacrificaría á los dioses, si de otro modo, se le aplastaría el cráneo con una maza segun prevenían las leyes. De someterse en el acto, le obligaban sólo á pagar anualmente un tributo; de no, le untaban la cabeza y el brazo derecho con cierto licor que le daba fuerza, le ponían un rico penacho que sólo usaban los reyes, y le entregaban una gran cantidad de arcos, flechas, macanas y escudos. Retirábanse al punto adonde quedaban los mejicanos, y si vencido el nuevo plazo no cedía el jefe, venían de Tlacopan otros embajadores.

Hablaban éstos á los capitanes y demas gentes de guerra, y los amenazaban con pasar á fuego y sangre ciudades y villas, hacer esclavos á todos los prisioneros é imponer onerosas contribuciones, como en otro plazo de veinte días no procuraran y alcanzaran la sumision del jefe á los tres Monarcas. Si accedían, se castigaba al señor sin exigir de la nacion sinó un tributo algo más fuerte del que hubieran podido cobrarle los mensajeros tezcucanos; si rehusaban, se les distribuían mazas y escudos para que no pudieran decir en ningun tiempo que se les había atacado por sorpresa ni con desiguales armas.

Fenecido por fin el nuevo plazo, se reunían los embajadores de los tres Reyes y se despedían del jefe y los capitanes enemigos, previniéndoles que á los veinte días empezaría la guerra. Al mes rompíanse efectivamente las hostilidades. Movíanse primeramente juntos y al mismo paso los ejércitos de los tres Reyes; se disgregaban luégo y acometían por tres distintas partes á sus contrarios. Táctica por la cual conseguían casi siempre la victoria. Despertábase la emulacion en los tres cuerpos; y había difícilmente quien pudiera resistirlos. El enemigo se veía obligado á dividir y áun á desparramar sus fuerzas.

Dícese que Netzahualcoyotl comenzó por atacar los pueblos al Norte de Tezcuco. Cayó sobre Tollantzingo, que siempre había formado parte del Imperio, y la ganó con tal celeridad y empuje, que por no ser víctimas del furor de sus armas se le entregaron sin resistencia Xicotepec y Quauhchinanco. Respetó y agregó al número de sus feudatarios á los señores de las tres ciudades; y con ellos fortalecido, domó hasta los montes de Totonacapan cuantos pueblos encontró al paso. Sobre ochenta leguas de territorio se cree que redujo en esta campaña.

Llevó despues la guerra con los Reyes de Tlacopan y Méjico á los tlalhuicas, que estaban más allá del Popocatepetl, á Mediodía. Iban los tres Reyes en socorro del Señor de Xochitepec, que había recibido un agravio del de Quauhnahuac, y no sintiéndose con fuerzas para vengarlo, había implorado la ayuda de los mejicanos; y cuando hubieron entrado en Quauhnahuac, so pretexto de que lo habían favorecido otras ciudades, corrieron y sujetaron toda la comarca. Cara les costó la victoria, pero no ménos cara la hicieron pagar á los vencidos. Quauhnahuac, Tepozotlan y Huastepec hubieron de entregar cada una todos los años cuatro mil trescientos fardos de mantas y vipiles, objetos de pluma y oro, esmeraldas y turquesas, flores para los palacios y mujeres para la servidumbre de los tres Reyes; tributo crecidísimo, puesto que se componía cada fardo de veinte mantas.

Murió á poco Itzcohuatl y fué reemplazado en el trono de Méjico por Moteuhcuzuma ó Montezuma, aquel general que tantos peligros corrió en su mensaje á los chalcas y tanto se distinguió en la guerra contra Azcapotzalco. No por esto se suspendió las comenzadas guerras, ántes se las siguió con mayor ahinco. Como si quisiera indicar que se proponía seguir una política belicosa, empezó Montezuma su reinado por levantar un templo á Huitzilopochtli y matar en batalla campal al Rey de Tlatelolco. El rey de Tlatelolco, segun Torquemada, ya en tiempo de Itzcohuatl había pretendido apoderarse de la corona de Méjico.

Declararon la guerra los tres Reyes á Cohuaixtlahuacan, ya muy al Mediodía, que se empeñó en cerrar el paso por su tierra á los mercaderes del Norte. Salieron derrotados en la primera campaña; mas levantaron para la segunda

tan grandes ejércitos, que lo tomaron á pesar del socorro que le dieron los tlaxcaltecas y los huexotzingas. Mataron en combate á muchos enemigos, y á todos los que hicieron prisioneros los sacrificaron á sus dioses. Ni se satisficieron con haber ganado la ciudad, aunque poderosa; hicieron suyos á Itztzocan, Tepeyacac, Tecalco, Teohuacan y Quauhtochco, no muy léjos del Atlántico.

Conquistaron despues las comarcas de Atochpan, Tizauhcoac y Cuetlachtlan, de que sacaron pingües tributos, no sólo en telas para vipiles y enaguas, sinó tambien en hermosos tapices para los muros de sus palacios, pluma blanca para tejidos, plumas de colores para adorno de sus cuerpos, mujeres para su servidumbre, ciervos vivos, pieles de ciervo y otros artículos, así de utilidad como de lujo. Hallaron otra vez en Cuetlachtlan, ya orillas del golfo, á los huexotzingas y á los tlaxcaltecas que llevaban de refuerzo las tropas y los dioses de Cholula, y aunque de pronto se turbaron y áun quisieron retroceder temerosos de un descalabro, los acometieron gracias á la decision y al arrojo de Moquihuix, nuevo Rey de Tlatelolco, y los deshicieron hasta poder ocupar en días toda la provincia.

Redujeron por fin á Mediodía las tierras de Tlaucozuauhtitlan y Tlapacoya, que les pagaban tributo en colores, en incienso, en vasos finos, en antorchas y en penachos de quetzalli, que eran entónces los de más estima y mayor precio. Señalo las diversas especies en que se satisfacían los impuestos para que mejor se comprenda la organizacion y la especial vida de aquellas gentes. La contribucion de los cuetlachtlantecas consistía principalmente en cacao y en ulli, goma de que entónces se hacían las pelotas.

Domados ya tantos y tan distintos pueblos, unos al Sur, otros al Este, hubo de volver Netzahualcoyotl los ojos y las armas á las provincias del Norte. Ausente, le habían quemado los habitantes de Tollantzingo las ciudades que había dejado guarnecidas: las de Tlayacue, Chiquiuhtepec y Macanacazco. No satisfechos con destruírselas, habían pasado la guarnicion de las tres al filo de sus macanas. Airado Netzahualcoyotl, lo entró con poderoso ejército, lo castigó severamente, y le impuso, ademas de un fuerte tributo, la obligacion de hacer plantar árboles en sus bosques y jardines. Para más sujetarlo fundó allí la ciudad de Tzihuinquilocan y la pobló de tezcucanos. No hubo necesidad de más para tenerlo por siempre bajo la dominacion de los aculhuas.

Ya en su corte, quiso Netzahualcoyotl llevar sus armas contra los cuextlanecas ó huaxtecas, sentados en ambas márgenes del Pánuco. Destacó un cuerpo de tropas á las órdenes de su hijo Xochiquetzalzin, y á los cinco ó á los seis días, una division de refuerzo que puso al mando de Acamipioltzin, otro de sus hijos. Acamipioltzin, que era buen soldado y estaba ganoso de gloria, hizo una marcha tan hábil y rápida, que adelantándose á su hermano se puso el primero á la vista de los huaxtecas, que halló acampados á las orillas de un río. Aunque inferior en fuerzas, los acometió y los descompuso en términos,

que al retirarse murieron ahogados muchos. Pasó el río, les siguió el alcance, acabó de deshacerlos, y, libre ya de enemigos en el campo, tomó una tras otra las ciudades de la comarca. Xochiquetzalzin, que iba detras, consumó la obra. Se apoderaron los dos hermanos de Tlahuitolan, Cocolitlan, Acatlan, Paiztla, Tetlcoyocan, Otlaquiquiztla y Xochipalco; y despues de guarnecerlas bajaron á Tezcuco, donde los recibió triunfalmente la multitud y cariñosamente su padre.

Eran Xochiquetzalzin y Acamipioltzin hijos de Netzahualcoyotl, pero no legítimos. Netzahualcoyotl no estaba todavía casado: los había tenido de sus numerosas concubinas, que habían llegado á darle sesenta varones y sesenta y siete hembras. Contrajo al fin matrimonio, y, al decir de sus historiadores, por un crímen. Enamoróse ciegamente de una jóven de rara hermosura que le sirvió en la mesa de uno de sus feudatarios. La jóven, de gran nobleza y hasta de real estirpe, de muy niña estaba casada ó por lo ménos desposada, pero áun vírgen. No pudiendo Netzahualcoyotl vencer la pasion en que ardía, cuentan que llamó á Tezcuco al novio, le halagó, le dió mando en sus ejércitos, y encargó secretamente á dos de sus capitanes que ó le pusieran á la primera batalla en el sitio de más peligro y le abandonaran, ó le mataran de modo que se atribuyera la muerte á los enemigos. Cumplida la órden, añaden, pidió y obtuvo la mano de la bella jóven, y celebró las más espléndidas bodas que pudieron concebirse.

Á este crímen principalmente atribuye Ixtlilxochitl las calamidades que en breve aquejaron al Imperio. Crecieron las aguas del lago hasta cubrir la ciudad de Méjico y obligaron á los habitantes á recorrer en canoas las calles. Entónces fué cuando, segun Torquemada, para evitar futuras inundaciones, se hizo un gigantesco paredon ancho de más de cuatro brazas, largo de más de tres leguas y por casi una metido en agua. Sobrevino á poco en Chalco otra rebelion que costó muchas víctimas, y despues abundantes nieves y rigorosos hielos, que destruyeron las siembras y los plantíos. Seis años duró el hambre y arreció tanto, que hasta los padres iban á Totonacapan á vender por maíz á sus hijos. En vano los tres Reyes distribuyeron el mucho grano que tenían recogido en sus trojes y eximieron de todo tributo á los pueblos; huían frecuentemente numerosas familias de aquella triste y asolada tierra. Para colmo de mal se quería aplacar con sangre humana la cólera del cielo, y se multiplicaban los sacrificios. «Se necesita sangre fresca, decían los sacerdotes,» y no se contentaban ya con inmolar prisioneros de guerra.

El año 1456 empezaron á brillar mejores días. Volvió la tierra á dar sus frutos, regresaron muchos de los fugitivos, y entró de nuevo la calma y la alegría en los espíritus. Ni tardó el valle en repararse de sus quebrantos. Cultivadas hasta las cumbres de sus cerros, apta y dispuesta para el trabajo su poblacion inmensa, recobró en no mucho tiempo su pasada animacion y su brillante vida.

Hizo entónces Netzahualcoyotl sus célebres jardines de Tezcutzingo, á que se subía por una escalinata de ciento veinte gradas, las ménos de mampostería, las más cortadas en la roca. Tenían estos jardines abundantísimas aguas, así para el riego como para las fuentes y los baños; y las recibían de otra montaña, distante como dos leguas, por un acueducto de prodigiosa altura. Entraban las aguas por la cumbre de Tezcutzingo en un vasto depósito del cual surgía un peñasco donde estaban esculpidas las armas del Rey y los años y los principales acontecimientos del reinado; y de allí bajaban á Norte y Mediodía por dos atarjeas á tres estanques, consagrados el uno á las tres capitales del Imperio, de que eran símbolo las cabezas de otras tantas mujeres, los demas á las ciudades de Tula y Tenayocan, que fueron, como recordará el lector, la una el primer asiento de los toltecas, la otra de los chichimecas. Salían de los tres estanques formando bellas y sonoras cascadas, y se esparcían en multitud de caños por extensos jardines á que daban sombra los más gallardos y corpulentos árboles, belleza y perfume las más preciadas flores, música y armonía infinitos pájaros de vistoso plumaje recogidos en tierras calientes.

Alzábase en lo alto una torre sobre cuyo elegante chapitel flotaban hermosos penachos; en una de las vertientes, un enorme leon de piedra que tenía la cara de Netzahualcoyotl y solía estar bajo un dosel de plumas y oro; á la raíz, suntuosos palacios de gigantescos sillares, cuyas techumbres descansaban sobre vigas de cedro que medían noventa piés de longitud por cuatro de anchura; en los alrededores, un parque donde abundaban así las liebres como los ciervos. Contenían los palacios gran número de salones, entre ellos uno de extraordinaria capacidad y magnificencia, donde recibía Netzahualcoyotl á los Reyes de Méjico y Tlacopan y á sus feudatarios. En el patio que lo precedía, por demas espacioso, se celebraban los bailes y demas regocijos de corte. Alcázares y jardines de que todavía quedaban en el siglo XVII imponentes ruínas.

Y no fueron sólo éstos los que hizo construir aquel Rey fuera de Tezcuco. Los tenía en Cauchianco, en Tzinacamoztoc, en Cozcaquauhco, en Cuetlachiuhtitlan, en Tlateitec, en Tepetzingo y en Acatelelco, y todos ellos con hermosos edificios, fuentes, baños, estanques y laberintos. Se los cuidaban y conservaban por turno los pueblos del contorno, y se los surtían otros de peces, pájaros y flores de raras formas. Sentía, repito, una verdadera inclinacion al placer y al fausto, y no perdonaba medio por satisfacerla. Cosa al parecer extraña en un hombre que creía vanas y pasajeras las pompas del Mundo; recordaba en elocuentes frases las súbitas y frecuentes mudanzas de los imperios más sólidos, y vivía fijo el pensamiento en un Dios de cuya voluntad dependía la fortuna de los hombres y la del Universo.

Era Netzahualcoyotl poeta, y se conservan todavía algunos de sus cantos. En todos habla de la caducidad de las cosas humanas, comparándolas ya con las rosas, bellas y encendidas miéntras guardan en sus castos botones las aljofa-

radas perlas de la aurora, marchitas y sin color luégo que las tocan los rayos del Sol, padre de los vivientes; ya con el humo que arroja el volcan de Popocatepetl entre polvo y llamas; ya con los verdes sauces, que por mucho que quieran durar perecen consumidos por un inesperado fuego, ó destrozados por el hacha, ó combatidos por el cierzo, ó tristes y agobiados por el peso de los años. Ve en la tierra una tumba y pinta con singular tristeza á los ríos y los arroyos alejándose sin cesar de los montes en que nacieron y á medida que se acercan á los dominios de Tlaloc, el dios de los mares, labrándose y ahondando las melancólicas urnas en que van á sepultarse. No halla duraderas ni estables sinó las cosas del Cielo, «donde todo, dice, es eterno y nada se corrompe, donde el horror del sepulcro es lisonjera cuna para el Sol y las funestas sombras brillantes luces para los astros.»

¿Qué no dice luégo de los héroes y los más poderosos reyes de su pátria? Habla del tirano Tezozomoc, erguido un día como el sauce sobre los débiles y los humildes, y despues carcomido, seco, arrancado de raíz y hecho pedazos por el huracan de la muerte; recuerda lo florido y poderoso que fué bajo aquel viejo monarca el Imperio, y la postracion á que más tarde vino. Bajo las sombrías bóvedas de los panteones ve hacinado, revuelto y confundido con la tierra, sin que sea ya posible distinguirlo, el polvo de sus antepasados y áun el de su padre. «Ya no quedan de ellos, dice, otros monumentos que las toscas pieles en que se escribió su historia. Y ¿quién al considerarlo, exclama, no se ha de deshacer en lágrimas viendo que los más bellos goces son ramilletes que se deshojan en la presente vida?»

Netzahualcoyotl distaba, sin embargo, de sacar de estas reflexiones las consecuencias que el cristianismo. Deducía precisamente lo contrario. «Ya que son pasajeros los bienes del Mundo, parecía decir, apresurémonos á disfrutar del bien que pasa; anhelemos y busquemos los del Cielo sin menospreciar los de la Tierra.» Á tal idea ajustaba por lo ménos su conducta. Juguete fué de la fortuna, y ni una sola ocasion desperdició de gozar de los favores de la suerte. Apénas restituido á los palacios de su padre por Tezozomoc, tuvo numerosas concubinas. Luégo de concluídas las guerras de Azcapotzalco hizo construir los espléndidos alcázares de Tezcuco. Cuando se enamoró de la que fué su mujer, al saberla de otro no vaciló en sacrificarle. Reparado el Imperio del hambre que lo aquejó, hizo esa serie de jardines de que fueron digna corona los de Tezcutzingo. La idea está ademas en sus mismas poesías, si es suya la que tradujo Ixtlilxochitl en verso castellano y empieza por «Un rato cantar quiero,» cosa que pongo en duda. [1] La poesía es por lo ménos de su escuela y

[1] Pongo en duda que sea de Netzahualcoyotl esta poesía, porque no puedo persuadirme de que se la dedicara á sí mismo ni hablara de sí mismo en tono encomiástico. Cotejada con las otras dos que se le atribuyen, me parece, por otra parte, que revela otro espíritu y otra mano. Véanse las tres en el Apéndice de esta primera parte.

á él está dedicada. No una vez sino muchas encarece el autor á su amigo la necesidad de aprovechar el bien presente por ser medidos nuestros gustos y transitoria nuestra vida. Se trasparenta á mi modo de ver la idea áun en los cantos que tengo decidídamente por suyos. Quiere en uno de ellos Netzahualcoyotl que «gocen por ahora de la abundancia y belleza del florido verano con melodías las parleras aves, y liben las mariposas el duce néctar de las fragantes flores.»

Netzahualcoyotl no estaba, además, libre de contradecir por sus actos sus pensamientos. Nos lo revela principalmente su conducta religiosa. En sus guerras de Tezcuco le hemos visto quemando con furor los templos por ódio á la idolatría. Afianzado ya su trono, los levantó en aquella misma ciudad hasta el número de cuarenta, uno, el mayor, á los dioses Tlaloc y Huitzilopochtli. Nada ménos que sobre una pirámide cuadrangular de ochenta brazas de lado y veintisiete toesas de altura, á que se subía por ciento sesenta gradas, erigió las dos capillas en que se rendía culto á tan bárbaras divinidades. Aborrecía los sacrificios humanos, y consintió, sin embargo, que se pusiera entre las dos capillas la piedra *Texcatl* destinada á recibir las víctimas. Víctimas consagradas á los ídolos estoy por decir que las hubo en su tiempo más que en los pasados, sobre todo si me circunscribo á los chichimecas. Se me dirá que hubo de transigir con las preocupaciones de su pueblo; mas no podían éstas exigirle, ni que construyera tantos templos, ni que los rodeara de cuatrocientas cámaras para habitacion de los ministros que los servían, ni que entregara, como entregó, la educacion de la juventud á sacerdotes y reclusas. Fiel á sus creencias no lo fué hasta ya muy entrado en días. Tuvo de su esposa sólo dos hijos, que nacieron con muchos años de intérvalo; uno llamado Tetzauhpiltzintli, muy favorecido por la naturaleza, filósofo, poeta, soldado y hasta diestro en las artes mecánicas. Perdióle desgraciadamente, merced á pérfidas insinuaciones de una de sus favoritas. Llegó á sospechar que conspiraba contra su imperio, y le entregó al juício de los reyes de Tlacopan y Méjico, de quienes jamás podía esperar que extremaran las cosas. Éstos, con todo, despues de una informacion secreta condenaron á muerte al Príncipe, y le hicieron estrangular fingiendo que se le quería echar á la garganta un collar de flores. Inconsolable Netzahualcoyotl, no bien le nació un segundo hijo, mandó construir un suntuoso templo al Dios sin nombre, creador del Universo. Lo levantó sobre una pirámide de cuatro pisos en frente del de Huitzilopochtli.

Consistía aquel templo en una torre de nueve altos que representaba los nueve cielos. El coronamiento, que era símbolo del postrer cielo y terminaba en tres puntas, estaba por de fuera negro y sembrado de estrellas; por dentro incrustado de oro, piedras y plumas. No contenía la torre imágenes ni estátuas, pero sí ciertos instrumentos músicos que se tocaba cuatro veces por día: al salir y al ponerse el Sol, á medio día y á media noche. Aunque Netzahual

coyotl, al par de los chichimecas, no viese en el sol á Dios, lo miraba indudablemente como la más poderosa manifestacion de Dios mismo, y áun lo consideraba como el padre universal de nuestro linaje. A Dios le veía él en el último cielo, y allí suponía que iban las almas de los virtuosos. De los pecadores creía que despues de muertos se los precipitaba á los abismos de la tierra, donde sufrían horribles tormentos.

Con este singular ejemplo, y sobre todo con estas ideas, que procuró infundir en sus hijos, encargándoles que no rindiesen culto á los ídolos como no fuese por razon de Estado, contrapesó algun tanto Netzahualcoyotl la tendencia á los sacrificios, nunca tan grande en Tezcuco como en Méjico, donde rayó en delirio. Repito, sin embargo, que pudo hacer mucho más contra la religion de los aztecas, con sólo hacer por ella mucho ménos de lo que realmente hizo.

Hemos visto ya en Netzahualcoyotl al filósofo, al poeta, al artista, al diestro general, al hombre de administracion y de gobierno, al hábil político; falta que veamos al hombre privado, si es que en los monarcas, principalmente en los absolutos, cabe separacion entre la vida particular y la pública. Netzahualcoyotl era verdaderamente más severo con los demás que consigo mismo, pues les exigía una continencia de que distaba de dar ejemplo; mas fuera de esta virtud, rara en los reyes y áun en los demás hombres, puede asegurarse que las poseía todas. Olvidaba fácilmente las injurias, y fuera del calor del combate, perdonaba á sus mayores enemigos. Humilde con los humildes, no se desdeñaba de oir las quejas del último de sus vasallos. Hasta de la boca de un niño aprendía á moderar el excesivo rigor de sus leyes. Tenía un profundo sentimiento de justicia: estaba siempre dispuesto á reparar las iniquidades que pudiese haber cometido. Era magnánimo y liberal con todo el mundo, sobre todo con los pobres. Muchos días, viendo desde su palacio que vendían poco las gentes del mercado, les hacía comprar secretamente y á buen precio lo que les quedaba, y lo distribuía entre los ancianos, las viudas y los huérfanos. No oía llamar á su puerta á nadie á quien no socorriese: esperaba á veces para ponerse á la mesa que estuvieran saciados los hambrientos. Tenía dadas, además, relevantes pruebas de su resignacion en las adversidades. Ni le abatía la contraria suerte, ni le desvanecía ni ensoberbecía la próspera.

Así era universalmente querido, no ya tan sólo en Tezcuco, sino tambien en todo el Imperio. Vivo, se le amaba; muerto, se le veneraba. Se referían acerca de él multitud de anécdotas; se le tenía hasta por profeta. Lo fué verdaderamente, á juzgarle por un canto y unas palabras que Ixtlilxochitl le atribuye. «Oh rey Iotonkin, exclama en el canto, despues que hayas dejado por otra esta vida, vendrán días en que estén vencidos y sin ventura tus vasallos. No estará ya el poder en tus manos, y tus hijos y tus nietos, agobiados de males, no cesarán de pensar en tí, arrasados en lágrimas los ojos. Serán huérfanos y servirán á extranjeros en su propia patria.» Acabado el templo de Huitzilopochtli,

«¿en qué año se destruirá, pregunta, el templo que acabamos de consagrar? ¿quién asistirá á su ruina? ¿serán mis hijos ó mis nietos? Se consumirá entónces el país y se acabarán los Señores, se cortará el magüey ántes de su total crecimiento, darán los árboles frutos prematuros, y se hará estéril la tierra; desde sus primeros años se entregarán hombres y mujeres al sensualismo, y se despojarán los unos á los otros. Si quereis evitar estas desventuras, educad desde la infancia á vuestros hijos en la virtud y el trabajo.»

Era verdaderamente Netzahualcoyotl hombre que no es posible confundir con el comun de las gentes; hombre en quien eran poderosas y estaban fácilmente armonizadas la razon, la voluntad y el sentimiento. Antes de morir llevó aún á cabo grandes cosas. Se habían rebelado nuevamente los chalcas, los eternos enemigos del Imperio, y Montezuma, rey de Méjico, ardía en deseos de poner fin á tan desastrosas guerras. Juraron los tres reyes no dejar las armas hasta destruirlos. Se decidió en una sola batalla la suerte de los insurrectos, pero en una batalla que duró todo un día y costó arroyos de sangre. Vencidos los chalcas, se entró la ciudad á saco y con tal furor, que cuantos habitantes pudieron escapar con vida, se derramaron por los vecinos montes, y muchos se dejaron morir de hambre ántes que ponerse en manos del enemigo. Repartiéronse los vencedores la tierra y la distribuyeron á su vez entre sus capitanes. Y á los chalcas que volvieron les condenaron á labrar unos grandes salones en sus palacios. Castigo horrible que los redujo á la mayor miseria, y habría bastado á quitarles la vida, si, compadecido Netzahualcoyotl, no les hubiera facilitado víveres y unas chozas de paja.

Fueron despues los tres reyes sobre Tepeaca, tambien rebelde, y la domaron en otro combate. En campaña ya y más allá de los montes prosiguieron sus conquistas. Ganaron las provincias de Cuextlan, Tlahuitolan, Coxolitlan, Tamazolan, Acatlan, Piaztlan, Tetlcocoyan y Xilotepec, y las hicieron tributarias. ¡Qué inmensa felicidad para él ver casi reconstituida la obra de los toltecas! Vió más, segun Torquemada. Vivía aún cuando, muerto Montezuma, se sentó Axayacatl en el trono de Méjico; vivía aún cuando Axayacatl llevó sus ejércitos á Tehuantepec y tomó á Huatulco; vivía aún cuando las armas del Imperio se reflejaban en las aguas del Pacífico.

No tuvo al morir más que un pesar, castigo de su amor al concubinato. Entre tantos hijos naturales no dejó más que uno legítimo, y éste de cortos años para sobrellevar la carga del gobierno. Habló el mismo día de su fallecimiento á los presidentes de los cuatro consejos, de quienes era tambien padre, y les dijo: «Aquí teneis á vuestro rey y señor: aunque niño es cuerdo y prudente, y hará que reinen entre vosotros la concordia y la justicia. Si le obedeceis como leales vasallos, os conservará los señoríos y las dignidades. Siento cercano mi fin. Cuando muera, en vez de tristes lamentos entonad cánticos de alegría para que deis muestra de gran corazon, y léjos de consideraros abatidos las na-

ciones que sometí, crean al último de vosotros capaz de mantenerlas bajo el yugo.» Volviéndose luego al Príncipe Acapioltz, en quien tenía su mayor confianza, añadió: «Acapioltz, sé desde este momento el padre de este niño. Enséñale á vivir y haz que por tus consejos gobierne bien el Imperio. Sé su guía miéntras no esté en edad de marchar por sí mismo.»

Se despidió Netzahualcoyotl de sus hijos con lágrimas en los ojos, y á poco espiró. Ocurrió su muerte en el año 1470. [1]

---

[1] Obras consultadas para la redaccion de este capítulo. Ixtlilxochitl, *Historia de los chichimecas*. Parte 1.ª, capítulos desde el XXXIV al XLIII.—Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. II, capítulos del XL al LVI.—Veytia, *Historia antigua de Méjico*, lib. III, capítulos V, VI y VII.—Su continuador, capítulos del I al IV.—Alonso de Zurita, *Informes sobre las diferentes clases de jefes de Nueva España*, párrafo *Orígen de los colpollalis* y los siguientes.—Dávila Padilla, *Historia de la provincia de Santiago*, lib. II, capítulos VIII y IX.

CAPÍTULO IX

Influencia de Tezcuco en el Imperio.—Causas de la grandeza de los triunviros.—Rivalidad de Méjico y Tezcuco.—Guerra é incorporacion de Tlatelolco á Méjico.—Dureza de carácter de Axayacatl.—Muerte de Xihuiltemoc.—Guerra contra Matlaltzingo, Tochpan y Tolotlan.—Carácter y hechos de Tizoc, sucesor de Axayacatl.—Netzahuilpilli en el trono de Tezcuco.—Desavenencias con sus hermanos.—Actos de generosidad con que se los hace suyos.—Sus deseos de entrar en combate.—Invade y vence la provincia de Ahuillizapan.—Sus nuevos palacios.—Gasto de su casa.—Sus concubinas.—Su guerra contra Nauhtla.—Muerte de Tizoc y advenimiento de Ahuitzotl al trono de Méjico.—Carácter de Ahuitzotl.—Expedicion de los triunviros á las costas del Pacífico.—Netzahuilpilli en Tizanhcoac, Atlixco y Huexotzingo.—Inauguracion del templo de Méjico.—Terrible hecatombe que allí se hizo.—Descripcion del templo.—Traida á Méjico de las aguas de Huitzilopochco y terribles consecuencias que trajo.—Causas de las frecuentes guerras del Imperio.—Triunfo de Ahuitzotl, su descalabro en Atlixco y su venganza.—Victorias y desastres de Netzahuilpilli y los demás triunviros.—Zacatula.—Zapotlan.—Xaltepec.—Iltepec.—Tehuantepec.—Amaxtlan y Xochitlan.—Xaltepec.—Muerte de Ahuitzotl y advenimiento de Montezuma II.—Severidad que tuvo Netzahualpilli para con sus hijos y sus concubinas.—Reformas que hizo en la legislacion y dureza con que castigó á los jueces.—Su generosidad con los desgraciados.—Su aficion á la poesía y la astrología.—Sus creencias.—Su hijo Ixtlilxochitl.—Montezuma II.—Su despotismo.—Su magnificencia.—Su manera de fomentar la industria.—Sus guerras contra la república de Tlaxcala.—Hambre en Méjico.—Guerras del triunvirato.—Los quauhtemaltecas.—Los mixtecas y los zapotecas.—Los itztecas, los itzmiestepecas, los tecuhtepecas y los de Atlixco.—Expedicion desgraciada á la provincia de Amatlan.—Nuevas victorias del triunvirato.—Atrevida expedicion á Honduras y Nicaragua.—Muerte de Netzahuilpilli.—Anuncios de la venida de los españoles.

PREVALECIERON en todo el Anahuac las instituciones, las leyes y las costumbres de Tezcuco. Había en todas partes altos consejos de Administracion y tribunales superiores de justicia, un mismo régimen para la propiedad y un mismo sistema para imponer y recaudar los tributos, magníficos templos y suntuosos alcázares y en todo un fausto sólo comparable con el de las antiguas naciones de Oriente. Tenían los señores de Chalco un palacio de tal belleza, que los mismos descendientes de Netzahualcoyotl lo tomaron por modelo del de uno de sus príncipes.

Debíase tanta grandeza principalmente á las victorias obtenidas sobre apartados pueblos, orígen primero de incalculables despojos y luego de pingües rentas. Había entonces un verdadero furor por las conquistas, y las hacía no ya tan sólo el Imperio sino tambien cada uno de los tres reyes. Por la constitucion del triunvirato, en esto viciosísima, podía cada triunviro emprender guerras á su costa y riesgo contra cualquier nacion extraña, y no eran ciertamente pocas las que de-

claraba y sostenía por sí ya Tezcuco ya Méjico, afanosas por agrandar sus respectivos territorios.

En esto era Méjico una verdadera rival de Tezcuco, á quien deseaba sobreponerse. Empezó á la sazon por apoderarse de Tlatelolco y agregarla á sus dominios. Entre tlatelolcas y mejicanos existían antiguas discordias. Quauhtlatohuatl, sucesor de Tlacateotl, hemos visto que había conspirado ya contra Ytzcohuatl y Montezuma hasta el punto de implorar el socorro de otras naciones para avasallarlos. Al saberlo Montezuma, le había declarado la guerra y matádole en batalla. Reinaba ahora en Tlatelolco Moquihuix, hombre tan libertino como ambicioso, y renovó las pasadas pretensiones. No bastó á contenerle el hecho de estar casado con una hermana de Axayacatl, rey de Méjico: despues de haberla tratado mal, la arrojó de su palacio con sus hijos.

Buscó Moquihuix secretamente el apoyo de Xochimilco, de Cuitlahuac, de Mizquic, de Chalco, de Xilotepec, de Tultitlan, de Tenayocan, de Mexicatzingo y de Huitzilopochco; y, ya obtenido, buscó el de Colhuacan, que se ofreció á ser el primero en romper la lucha. Grandes probabilidades de triunfo tenía con el auxilio de tantos pueblos, siempre mal avenidos con los mejicanos, á quienes temían y aborrecían de muerte; pero se adelantó á sus aliados movido por el orgullo, y, solo contra las fuerzas de Axayacatl, en cuyo socorro vinieron otras gentes, perdió en dos dias de combate el trono y la vida. En vano desde la plataforma de un templo alentaba en Tlatelolco á sus soldados y trató de contener con unos pocos hombres el avance del enemigo: subieron los mejicanos á donde estaba y le precipitaron gradas abajo. Axayacatl, sediento de venganza, le abrió el pecho con sus propias manos y le arrancó el corazon aun palpitante; y, enseñoreándose luego de la ciudad, incorporó á Méjico el reino de Tlatelolco.

Era ese Axayacatl hombre inflexible y duro: no se satisfizo con la muerte de su cuñado. Xiloman, señor de los culhuas, había parecido en las aguas de Méjico, pero retirádose de enojo sin disparar una flecha al ver empezado el combate por Moquihuix contra lo que habían convenido: murió ajusticiado en Tlatelolco con veinte de los capitanes que le acompañaban. Corrieron igual suerte los gobernadores de Coatlichan y Huitzilopochco, que habían llegado al sitio de la lucha cuando había dejado de existir el rey en cuya defensa venían. Fueron ejecutados otros dos hombres notables hasta por simples sospechas. ¿Moriría por igual causa Xihuitltemoc, señor de Xochimilco? Torquemada cree que, Axayacatl le hizo matar callada y alevosamente solo porque no se presentó en su campo.

Pasaba Xihuitltemoc por muy hábil en el juego de la pelota, y por hábil se tenía el rey de Méjico. Quiso Axayacatl, segun Ixtlilxochitl, medirse con Xihuitltemoc, salió una y otra vez perdiendo, y herido en su amor propio llegó á jugar el mercado y la laguna de Méjico contra unos jardines de su contendien-

te. Como tambien perdiera, mandó al otro dia á casa de Xihuitltemoc cuatro capitanes, que bajo el pretexto de obsequiarle y saludarle en nombre del Monarca le echaron al cuello una guirnalda de flores donde iba oculta una cuerda y le estrangularon. No niega Torquemada el hecho, representado al parecer en varias pinturas: pero entiende que hasta la invitacion al juego de pelota fué en Axayacatl una celada.

Dureza de carácter la mostró Axayacatl en todos sus actos. Le hemos visto llevando á Tehuantepec sus vencedoras armas. Sujetó despues á los cuetlachtecas y á los xochiltepecas, y, unidos sus ejércitos con los de Tlacopan y Tezcuco, emprendió la reduccion de Matlaltzingo, provincia al otro lado de los montes de Occidente. Dirigía él la expedicion por ser niño aun y no tomar parte en la guerra el rey de Tezcuco, y forzoso es decir que la condujo brillantemente. Tomó á Xiquipilco, Xocotitlan, Xilotepec, Calimayan, Tlacotepec, Tolucan, Amatepec y Teuhtenanco; ocupó toda la tierra habitada, no solo por los matlaltzingas, sino tambien por los mazahuas y los otomies, con cuyos prisioneros pobló la ciudad de Xalatlauhco.

Estuvo durante la campaña en gran riesgo de perder la vida. A no ser por el oportuno socorro de Quetzalmamalitzin, uno de los catorce grandes de Tezcuco, la habría indudablemente perdido en manos de Tlilquetzpalli, señor de Xiquipilco, que con otros dos otomies logró herirle en un muslo y derribarle al suelo. Quedó cojo de la herida, y guardó tal rencor á los que se la infirieron, que habiéndolos convidado á un banquete que dió en Méjico, los hizo matar, segun Torquemada, á presencia de sus mujeres.

Era fiero y valeroso. Se le rebelaron los matlaltzingas y los sujetó en un corto número de batallas. Le mataron á unos mercaderes en Tochpan, y cayó sobre Tochpan veloz é incontrastable como el rayo. Le hicieron lo mismo en Tolotlan, y no dejó con vida ni á uno solo de sus enemigos. Sacrificó multitud de prisioneros en los altares de Huitzilopochtli.

No fué de mucho tan animoso ni tan resuelto su hermano Tizoc, que le sucedió en el trono por indicacion de los reyes de Tlacopan y Tezcuco, por voluntad del senado de Méjico y por consentirlo y aun exigirlo las leyes. Los que más, dicen que venció á los tlacotepecas. Por temor más que por agradecimiento parece haber dado casa en su córte á los huexotzingas. Se consagró principalmente á embellecer y aumentar los templos de sus dioses. Él fué quien dió principio al más vasto que hubo en Méjico.

Empezó en tanto el gobierno de Netzahuilpilli, no menos célebre ni menos digno de respeto que su padre. Netzahuilpilli, no bien muerto Netzahualcoyotl, habia visto puestos en duda sus derechos á la corona. Disputábanselos algunos de sus hermanos naturales, que, ilustres ya por sus hazañas y los cargos que habían ejercido, no podian avenirse á la idea de tener por rey á un mozo. Habría tal vez sucumbido en la contienda, si los otros dos triunviros no lo hubie-

sen llevado á Méjico á él y á todos los pretendientes, no hubiesen convocado allí á los grandes de Tezcuco, y, discutida la cuestion por hábiles oradores, no la hubiesen resuelto por una votacion solemne y decisiva. Se le había proclamado allí mismo rey de Tezcuco y señor de los chichimecas, y sus hermanos habían debido mal que les pesara rendirle homenaje.

Netzahualpilli, sin embargo, apenas dueño de sí mismo, procuró ganarse el corazon de esos hermanos más por la generosidad que por el miedo. Oyó siempre respetuoso el dictámen de Acapioltz, bajo cuya tutela había vivido; le confió á él y á los demás las presidencias de los consejos; y á Ichantlaloatzin, hijo de aquella favorita causa y orígen de la muerte del primer fruto legítimo de Netzahualcoyotl, sabiéndole pobre, le dió la ciudad de Chiauhtla con tierras de las nuevamente conquistadas para facilitarle asiento entre los catorce grandes de Tezcuco. Se hizo suyos por este medio no solo al hermano sino tambien á la temible concubina, ya desde entonces contraria á los ambiciosos proyectos de los demás pretendientes. Llevó tan allá esta política, que á otro hermano que se le presentó pidiendo recompensa de los servicios prestados á su padre, ordenó que le construyeran en uno de los mejores sitios de Tezcuco un alcázar como el que tenia en Chalco Toteozitecuhtli.

Dió Netzahualpilli muestras de prudente y tambien de bravo. Estaba deseosísimo de entrar en combate. Ejercitábase incesantemente en el manejo de las armas, visitaba á menudo los salones en que estaban las de su padre, las ensayaba y se entristecía al ver que no eran áun para su cuerpo. Negábase por esta razon todo regalo: dormía en el duro suelo, bajo una manta de nequen, como el último de sus vasallos. Halláronle un dia en esta disposicion sus hermanos y algunos señores del Reino; y, como se lo reprendiesen y á seguida le manifestasen el disgusto con que veian los pueblos que no iba á la guerra, decidió ponerse á la cabeza de los ejércitos que se estaban preparando para una expedicion á Oriente. Demostró á no tardar que no era una damisela como decían y fingían creer sus adversarios. Sujetó con los reyes de Tlacopan y Méjico la provincia de Ahuillizapan y se derramó con ímpetu por todas aquellas comarcas hasta ganar las orillas del Golfo. Hizo por su mano prisioneros á muchos capitanes enemigos, entre ellos á Tetzahuitl, uno de los más poderosos señores de la costa. Y al volver á Tezcuco no le faltaron entusiastas aclamaciones ni por la nobleza ni por la muchedumbre.

Ya vencedor, no mostró Netzahuilpilli menos gusto que Netzahualcoyotl por el fausto y la magnificencia. Mandó construir un palacio, no de tan vastas dimensiones como el de su padre, pero de tanta ó mayor esplendidez y de más bella arquitectura. No escaseó en él los jardines, ni las fuentes, ni las cañerías por donde llevar á todas partes las aguas del lago. En uno de los extremos, en el septentrional, abrió inmensas trojes para el maíz y los demás granos con que en los años de carestía se hubiese de subvenir á las necesidades del pueblo. Hí-

zolas todas aireadas, espaciosas, capaces de contener cada una de cuatro á cinco mil fanegas. Al Oriente puso un estanque donde se recogía infinita variedad de pájaros: á Mediodía y á espaldas de los edificios, los jardines para que estuvieran al abrigo de los vientos del Norte.

Fué todavía más allá que su padre en los gastos de su casa. En trajes para la servidumbre y regalos para la nobleza empleaba anualmente más de quinientas setenta y cuatro mil piezas de vestir de las más ricas y preciosas telas. Verdad es que, segun todos los historiadores, llegó á tener más de dos mil concubinas, entre ellas una que vivía en palacio aparte rodeada de una brillante y numerosa corte. Distinguíala entre todas, no porque fuese de mas noble estirpe, pues era hija de un comerciante, sino por los talentos de que la habia dotado la naturaleza así para los negocios como para la poesía.

No era, con todo, varon para dormirse en los brazos del deleite. Reunió su ejército y marchó sobre Nauhtla, sita en las playas del Golfo, al Nordeste de Tezcuco. A pesar de las dificultades que ya en las montañas, ya en los rios le opuso la naturaleza, venció y sometió la provincia toda hasta la desembocadura del Pánuco, á cuyas riberas había llegado por el Cuextlan Netzahualcoyotl, su padre. Al Norte no habían extendido mas allá sus dominios los toltecas. Hizo prisioneros á muchos esclarecidos capitanes y al mismo soberano de aquellas gentes; y volvió á su córte rodeado de una nueva aureola.

En esto murió Tizoc, rey de Méjico, unos dicen si de muerte natural, otros si asesinado en secreto por los suyos, otros si de un tósigo ó de unos hechizos que le mandó á ruego del señor de Iztapalapan el señor de Tlachco. Sucedióle su hermano Ahuitzotl, de muy distinta índole, grandemente aficionado á la guerra, duro de corazon, de poca nobleza de alma, amigo de verter sangre más aún que en los campos de batalla en los altares de sus dioses. Apenas rey, se afanó por concluir el gran templo que había empezado su antecesor y á procurarse millares de cautivos con que inaugurarlo.

Emprendieron entonces los tres reyes hácia las costas del Pacífico una de las más atrevidas expediciones. Recorrieron y dominaron todo el país de Tlappan, las dos Mixtecas, el Zapotecapan, y avanzando al Sur llegaron hasta Chiapa y Xoconuchco. Tampoco por esta parte se habían extendido más los toltecas: el Imperio crecía rápidamente y recobraba sus antiguos términos. En Chiapa fué donde encontraron los tres reyes la más tenaz resistencia. Volvieron cargados de despojos y, segun Ixtlilxochitl, con más de cien mil cautivos.

Ya en campaña Netzahuilpilli, fué á domar y castigar la provincia de Tizauhcoac, que se habia rebelado contra el Imperio y habia dado muerte á unos mercaderes de Méjico y de Tezcuco. Hizo allí, segun el mismo autor, veinte y cinco mil prisioneros. Ni tardó en bajar sobre Atlixco, que constituia una república á la manera de las de Cholula y Tlaxcala. Luchó brazo á brazo con el señor de la tierra y le prendió por su propia mano. No tuvo ménos suerte con el

de Huexotzingo, de quien supo que estaba en relaciones secretas con dos de sus hermanos para destronarle. Herido en una pierna, cayó al suelo; pero arrastrando en su caida á su adversario, á quien hizo servir de escudo. Dió así tiempo á que los suyos le socorrieran; y, ya que se vió con gente, se sobrepuso al lidiador y le hizo su prisionero con sorpresa de cuantos habían visto tan singular combate. Sufrieron los huexotzingas la más completa derrota: dejaron muchos soldados en el campo de batalla, muchos más en poder de sus enemigos.

De los cautivos de todas estas campañas salvaron la vida pocos al decir de los escritores á quienes sigo. Tenía concluido Ahuitzotl su gran templo, y quiso inaugurarlo con arroyos de sangre. Convidó á la ceremonia á los reyes de Tlacopan y de Tezcuco y á todos los grandes del Imperio; y logró que asistieran, si no todos, los más, seguidos de gran número de prisioneros de guerra. Hasta ochenta mil cuatrocientas víctimas pretende Ixtlilxochitl que inmoló en los nuevos altares erigidos á sus dioses. Torquemada sostiene que fueron setenta y dos mil trescientas cuarenta y cuatro. Se pusieron, dice aquel autor, las cabezas en unos vacíos que se habían dejado á propósito en las paredes del templo.

Modernamente se ha disputado mucho sobre la posibilidad de tan bárbara hecatombe. Se ha puesto en duda que en los cuatro días que duró la fiesta pudiese sacrificarse tal número de cautivos, ni hubiese guardias con que guardarlos ni lugar donde tenerlos. Mas esto podría solo movernos á rebajar la cifra de los holocaustos: quedaría siempre firme que se vertió mucha sangre. Y que se la vertió no cabe negarlo atendido el unánime testimonio de los historiadores ya sobre este suceso, ya sobre lo que se multiplicaron y exageraron los sacrificios bajo los aztecas, sobre todo en los últimos años del Imperio. Torquemada determina el espacio que ocupaban los prisioneros antes de empezar á subir las gradas de los teocallis; Ixtlilxochitl las naciones de que procedían. Había 16000, dice, de la nacion zapoteca, 24000 de la tlapaneca, otros 24000 de Tizauhcoac, 16000 de Atlixco y Huexotzingo.

Es, por otra parte, necesario considerar la importancia y la grandeza del monumento de cuya inauguracion se trata. No hablo aquí de un templo mas ó menos suntuoso, sino de un vasto conjunto de templos consagrados á todos los dioses del olimpo mejicano. Había por lo menos cuarenta dentro de un espacioso recinto cuadrado, circuido de un alto muro, donde segun Cortés, se habría podido hacer holgadamente una villa de quinientos vecinos. Tenía cada uno su colegio de sacerdotes, sus braseros en que ardía y debía arder perpétuamente el fuego sagrado, sus cuchillas y su piedra para los sacrificios. Reclamaba cada divinidad sus víctimas. No en uno sino en cuarenta templos á la vez se inmolaba aquellos días á los infelices prisioneros de guerra. ¡Que á tales aberraciones pueda conducir el fanatismo!

Quiso Ahuitzotl por este monumento religioso dejar atrás todos los de su siglo, y dejó atrás los de todos los tiempos. El área que este inmenso panteon ocu-

paba tenía, al decir de Sahagun, sobre doscientas brazas en cuadro. El muro que la ceñía era todo de piedra, medía ocho piés de altura y estaba coronado de almenas. A los cuatro vientos otras tantas puertas daban entrada al atrio: sobre cada puerta había un armero abundantemente provisto de toda clase de armas. En medio del atrio se levantaba y descollaba sobre los templos de las divinidades menores el de Tlaloc y Huitzilopochtli. Veíase á los lados y á las espaldas multitud de fábricas, y entre las gradas del templo mayor y el muro una extensa plaza donde se celebraban los bailes sagrados. Los templos eran todos cuadrangulares; no era redondo sino el de Quetzalcoatl cuya puerta representaba la boca de una enorme serpiente de piedra.

Alzábase el templo mayor sobre una mole rectangular de cinco cuerpos revestida de ladrillos cuadrados, que medía de altura más de cien piés y de base sobre noventa y seis varas de Norte á Sur, más de ciento de Oriente á Occidente. Era cada uno de los cuatro cuerpos superiores más reducido que el inferior, y dejaba en torno suyo uno como anden por donde podían marchar de frente hasta cuatro hombres. Por tan imponente masa corría al parecer una sola escalera, pero cortada de modo, que sólo dando la vuelta al primer anden cabía tomar el segundo tramo y así sucesivamente. Eran los tramos rápidos para que con facilidad pudieran rodar por ellos los mutilados cadáveres de las víctimas.

El templo estaba en la plataforma superior del quinto cuerpo, á la parte de Oriente. Componíanlo dos elevadas torres de más de cincuenta y seis piés de altura, que constaban de tres cuerpos, uno de piedra y cal, dos de madera, y tenían por corona y remate airosos chapiteles. En el piso bajo, el verdadero santuario, estaban los ídolos sobre altares de piedra que levantaban cinco piés del suelo; en los altos, los ornamentos sacerdotales y los demás objetos destinados al culto. En frente de cada una de las dos torres, al nivel de los altares, ardían los braseros del fuego perenne; entre las dos y más acá de los braseros estaba la piedra *texcatl*, por arriba convexa, por debajo plana, alta y ancha de tres piés, larga de cinco, donde se tendia de espaldas y se sujetaba las víctimas para que el sacrificador pudiera de un golpe abrirles el pecho, arrancarles el corazon, ofrecerlo al sol y arrojarlo á los piés de los ídolos.

Otra piedra había áun para los sacrificios, pero no ya al ras del templo, sino al de la mole que lo sustentaba, en el atrio, junto á la escalera. Era redonda y mucho mayor que la de nuestras ruedas de molino. Atábase en su centro por un pié al que había de ser inmolado, y no se le dejaba llegar sino hasta el borde de la piedra, de una vara de altura. Con una simple rodela y una macana corta había de luchar sucesivamente el infeliz cautivo hasta con seis mejicanos provistos de mejores armas. Si los vencía, recobraba la libertad, recibía recompensas, y podía volver á su patria; si era vencido, sufría la suerte de los demás prisioneros. Barbarie sobre barbarie, imaginada sólo en favor

de los héroes, pues sólo á los héroes se concedia que por estas luchas probasen á salvar sus vidas.

Los demás templos, aunque de mucho mas reducidas dimensiones, tenían casi todos la misma distribucion y presentaban el mismo aspecto. Se distinguían, sin embargo, en que carecian de piedra para los sacrificios gladiatorios, no constaban en su base de más de tres cuerpos, ni consistían sino en una torre. Uno había con escaleras á los cuatro vientos. Lo notable eran las numerosas fábricas que por todas partes los cercaban: unas con destino á comunidades de sacerdotes, otras á la educacion de jóvenes de ambos sexos, otras al ayuno y la penitencia, otras á la preparacion de los holocaustos y de las grandes solemnidades religiosas, otras á morada de los extranjeros que iban á visitar el templo, otras á depósitos de armas, otras á la guarda y al cautiverio de los dioses de las naciones vencidas, otras á la ostentacion de los cráneos enemigos ensartados por las sienes en astiles que pasaban por los agujeros de unas altas pértigas clavadas en el suelo. De esos cráneos muchos estaban incrustados en las paredes de tan vasto monumento formando raros dibujos; otros entre piedra y piedra en las gradas de los templos. Hasta ciento treinta y seis mil contaron los españoles del tiempo de la conquista. Y no hablo de las fuentes para las abluciones, ni del bosquecillo con riscos artificiales, de donde partian en cierto dia del año para la caza, ni de la columna levantada en honor del planeta Vénus, que tenían por la estrella precursora del sol, por el lucero de la mañana.

Años despues de 1486 en que se inauguraron tan soberbias obras las embelleció todavía Ahuitzotl empedrando el atrio y la plataforma superior del templo de Tlaloc y Huitzilopochtli con grandes y magníficas losas de la piedra llamada tezontli, entonces descubierta, tan bien labradas y lisas, que poco despues impedían la marcha de nuestros caballos. Era aquel rey tan dado á las construcciones como á las guerras, y no perdonaba medio por hermosear su córte, que encontró de tapia y dejó verdaderamente de piedra. Tal furor tuvo por enaltecerla, que se empeñó en llevar á las aguas de la laguna las de Huitzilopochco desoyendo el parecer de hombres entendidos que rechazaban por peligroso el pensamiento. Las utilizó para hacer más fácil la navegacion del lago, y vió á poco inundada la ciudad y en gran riesgo, no solo la vida de sus vasallos, sino tambien la propia. Allí recibió en la cabeza un golpe que mas tarde le llevó á la muerte; y al fin hubo de restituir las aguas á su antiguo cauce.

Mas ¡qué aumento de poblacion y de riqueza no acreditan todas estas obras! ¡qué exageracion en los sentimientos religiosos, hecatombes como la ya consignada, por mucho que se reduzca el número de las víctimas! Alimentaba la guerra la codicia y los altares de los mejicanos, y la codicia y los altares de los mejicanos exigían sin cesar la guerra. Y como obraran poco más ó ménos las mismas causas en los tepanecas y los aculhuas ó sea los de Tlacopan y

Tezcuco, la guerra venía á ser en último resultado la condicion de vida del Imperio. Parece increible; pero es cosa que adveran todos los autores: habia en el Imperio tierras donde por una especie de acuerdo de los triunviros se hacía principalmente la guerra con el objeto de procurar holocaustos á los dioses y fortalecer la juventud en los combates y en el contínuo manejo de las armas. Tales fueron primeramente las de Tlaxcala, y más tarde las de Huexotzingo y las de Atlixco, objeto de incesantes luchas y nunca incorporadas al Imperio. Ixtlilxochitl asegura que se hizo sobre este punto hasta un convenio con los tlaxcaltecas.

Eran tambien causa de no pocas guerras los mismos pueblos conquistados. Belicosos, indómitos, apasionados por su independencia, se rebelaban algunos una y otra vez contra sus vencedores. De ahí que leamos en las antiguas historias dos y más expediciones contra una provincia y la veamos atacada ya por las armas todas del Imperio, ya por las de uno solo de los triunviros. Repartida luego de sojuzgada por la vez primera, ya que se levantase, correspondía el domarla principalmente al rey á quien hubiese caido en reparto. Sólo cuando éste se consideraba sin bastantes fuerzas para reducirla, invocaba el auxilio de sus aliados.

Muerto el rey de Tlacopan Chimalpopoca, fué reemplazado por Totoquihuatzin, segundo de este nombre. Las guerras que bajo ese Totoquihuatzin, Ahuitzotl y Netzahuilpilli se emprendieron ó se renovaron fueron infinitas. Venció Ahuitzotl no sin mucha sangre á los cuzcaquauhtenancas, que huyeron á Quauchpanco; sujetó á Quappilollan en una série de brillantes triunfos; fué en vano contra los cuezalcuitlapillantecas, que, numerosos y fieros, le obligaron á levantar el sitio que puso á la capital de la provincia. Domó luego en la Huaxteca la rebelde Quauhtla, donde se distinguió por sus hazañas el Montezuma que le sucedió en el trono; y junto con Netzahuilpilli derrotó en Xonacatepec á los huexotzingas llevándoles gran suma de prisioneros, que sacrificó en aras de Huitzilopochtli.

Por los huexotzingas tuvo despues Ahuitzotl un descalabro, de que se vengó cruelmente. En Atlixco, segun Ixtlilxochitl, le habían preso é inmolado á uno de sus hijos. Cayó un dia de rebato sobre aquella ciudad imaginando que, sorprendida y sola, cedería al primer empuje. Resistió contra sus esperanzas Atlixco, despachó embajadores á Huexotzingo en demanda de socorro, y alentada y dirigida por Toltecatl, uno de los más esforzados capitanes de esta república, derrotó á los mejicanos. Toltecatl fué por esta victoria elevado al gobierno de Huexotzingo; y un año despues, combatido por los sacerdotes, hubo de buscar abrigo con algunos de sus parciales en extraño suelo. Fueron á parar los fugitivos en territorio sujeto á Ahuitzotl; y Ahuitzotl, al saberlo, mandó que los mataran y llevaran los cadáveres á Huexotzingo.

Netzahuilpilli no dejaba tampoco sosegar por mucho tiempo sus tropas. Bien

solo, bien acompañado, hizo una larga série de campañas que sólo cerró en los últimos años de su vida. Se apoderó de Zacatollan, hoy Zacatula, gracias al arrojo de Teuhchimaltzin, descendiente de los emperadores chichimecas, uno de los guerreros más célebres, que había pasado la juventud en los campamentos y en las guarniciones de las costas del Pacífico. Había concebido este capitan el atrevido pensamiento de agregar Zacatollan al Imperio matando ó prendiendo á Iopicatl Atonal, que como señor la gobernaba. Obtenida la vénia de Netzahuilpilli, se disfrazó de mercader con algunos de los suyos y entró en la provincia buscando coyuntura para el logro de sus designios. Descubierto, le encarcelaron y le escogieron por víctima para los sacrificios de la próxima fiesta. La víspera, con todo, acertó á escaparse cuando en orgía Iopicatl y los principales del pueblo estaban completamente beodos, y al verlos tendidos y aletargados se le abalanzó y con un cuchillo le cortó la cabeza. Arrancóle luego las joyas que llevaba, metió joyas y cabeza en un saco, y se apresuró á ganar la frontera, que por su fortuna no estaba léjos. Los mismos nobles de Zacatula, al encontrarse sin señor, corrieron en busca de Teuhchimaltzin para que retrocediera y ocupara con tropas la capital en nombre del rey de Tezcuco.

El año 1492, poco despues de este suceso, conquistó Netzahuilpilli á Zapotlan, y el siguiente domó á Xaltepec, que por vez primera intentó sacudir el yugo de los aculhuas. En 1495 marchó sobre Iltepec y fué derrotado. Sufrió todavía otro desastre el año 1496, en que bajó á Tehuantepec junto con los reyes de Tlacopan y Méjico. Donde tanto renombre habían adquirido los ejércitos de Axayacatl se desprestigiaron ahora los de los triunviros. No recobró su antigua fortuna hasta el año 1497, en que redujo las provincias de Amaxtlan y Xochitlan por la fuerza de las armas. Deseaba vengar el descalabro de Tehuantepec, y lo vengó en 1499. Entró el país á fuego y sangre, venció en cuantas batallas le presentaron los enemigos, tomó y saqueó la ciudad de Amixtloapan, y puso al fin la tierra toda bajo las plantas del Imperio. El año 1500 hizo otro tanto con la de Xaltepec, por segunda vez rebelde. La trató sin piedad y le exigió doble tributo.

Llevó aun mas allá Netzahuilpilli sus guerras y sus conquistas. Dejo ahora de consignarlas, porque las hizo cuando, ya muerto Ahuitzotl, ocupaba el trono de Méjico un hombre ambicioso y fuerte que pretendía nada menos que deshacer el triunvirato y restablecer en su persona el imperio de los chichimecas. Netzahuilpilli merece ser conocido, más aun que por su bravura, su prudencia y su amor al fausto, por su severidad en el cumplimiento de las leyes. Aventajó en esto á su padre y traspasó tal vez los límites que nos impone la naturaleza. Tenía, además de sus numerosas concubinas, una ó dos mujeres legítimas y de ellas un hijo por nombre Huexotzincatl, que era su primogénito. Supo un dia que este su hijo se había atrevido á requebrar en palacio á su favorita, ó segun algunos, á mantener con ella relaciones fundadas en el amor

de los dos á la poesía. Le entregó á sus jueces, y, como resultase probado el hecho y lo castigasen las leyes con la última pena, no vaciló en condenarle á muerte. En vano quiso impedir la ejecucion su desventurada esposa, en vano los grandes del Reino: hizo llevar á cabo la sentencia. ¿Era que no lo sentía? Dicen que estuvo cuarenta dias sin dejarse ver de nadie.

Segun Ixtlilxochitl, castigó con no menos severidad á otro de sus hijos por causa más frívola: por haberse hecho construir un palacio sin la competente vénia ni haberla merecido por sus hazañas. No lo permitían las leyes ni aún al heredero de la corona mientras no hubiese asistido á cuatro combates, cogido por su mano á cuatro guerreros célebres y distinguídose en las ciencias, en la filosofía, en la oratoria, en la poesía ó por lo menos en alguna de las artes mecánicas. Interin tales cosas no hiciese no podía nadie ni aun ceñirse las sienes con corona de plumas. Aún habiéndolas hecho, se necesitaba del permiso del Rey para construirse un palacio. Estímulo ingenioso, castigo excesivamente duro.

Hizo matar aún Netzahualpilli á otros dos hijos por haberse atribuido prisioneros ajenos, á una hija por haber osado cruzar la palabra con el primogénito de uno de sus señores. Ni fué menos duro con sus concubinas. Dió muerte á dos solo por haber probado el vino. Hasta con una de sus esposas, si mas de una tuvo, fué cruel é inexorable. La hizo estrangular por adúltera en la plaza pública á la vista de todos sus grandes y de los reyes de Tlacopan y Méjico, en presencia de una innumerable muchedumbre que de todas partes había acudido á Tezcuco ansiosa de ver tan fúnebre espectáculo. No sólo fueron estranguladas la reina y sus amantes; lo fueron todos sus cómplices. Arrojóse los cadáveres en una fosa que se abrió en el fondo de un barranco, al pié del templo erigido al Dios que castigaba á los adúlteros.

Adviértase que en todos estos actos se atenía Netzahuilpilli estrictamente á las leyes. Alguna que otra vez las exageraba, y alguna que otra vez tambien las eludía por consideraciones políticas. Gozó un día de una dama que le dió á entender que le quería, y la hizo luego ahogar sabiéndola casada. Supo despues que se quejó el marido, y por considerarle hombre poco amante del honor, mandó que le encerraran en un calabozo. Sólo tras muchos años, conmovido por una poesía del desventurado preso, le puso en libertad, le consoló y le hizo cuantiosos regalos. Tenía ya entónces el marido cana la cabeza.—Presentáronle otro día á Netzahuilpilli dos sentencias de muerte, contra dos reos del mismo delito de adulterio: uno músico, otro soldado. Confirmó solamente la del músico porque no convenía á sus ojos que la patria se privase de sus defensores. «En adelante, dijo, al soldado adúltero se le mandará para siempre á las guarniciones de las fronteras.»

Otras reformas hizo en la legislacion que verdaderamente le honran. Segun habrá observado el lector, había en el Imperio esclavos. Seguían los hijos de

esos esclavos, como en la antigua Europa, la condicion de los padres. Dispuso Netzahuilpilli que en lo futuro gozasen de la libertad que les concedía la naturaleza. Regularizó además, los procedimientos, y estableció que los más graves negocios no pudiesen durar más de ochenta días. Castigó severísimamente las faltas de los jueces.

Hizo ahorcar á un juez por haber fuera del tribunal oido pleitos y dictado sentencias; á otro por haber favorecido á un noble contra un plebeyo. En juicio de revision falló la causa contra el noble. A otro juez sólo por haber diferido un proceso mandó que le tapiasen la puerta principal de la casa y le prohibió que pusiese los piés en la curia ni hablase con ningun magistrado. Como su padre, oia por sí las quejas del último de sus vasallos y no conocía agravio que no reparase ni delincuente por alto que estuviera á quien no sentase la mano.

Era tan duro para los criminales como para los demás blando y generoso. Condolíase mucho de los pobres y los socorría. Veía á veces pasar por su palacio á una mujer escuálida con hijos que en el rostro y el traje revelaban la miseria. Los hacía llamar, los interrogaba, los vestía y les daba de sus trojes sustento para el año. Tenía abierto su palacio sobre todo para los huérfanos, los ancianos y los enfermos. Cuidaba especialmente de los inválidos de la guerra, para quienes había levantado un hospicio. Los visitaba con frecuencia y se enteraba minuciosamente del trato que recibían. Gastaba en ellos, segun Torquemada, una buena parte de sus rentas.

Ni había dejado Netzahuilpilli de cultivar su entendimiento. Por mas que no se conserve ninguno de sus cantos, se sabe que era tambien poeta y se dejaba ganar por el encanto de la poesía. Amaba sobremanera la contemplacion y el estudio de los astros: pasaba horas y horas en su azotea observando ya el curso de los planetas, ya el aparente movimiento general del cielo. En lo mas alto de sus casas había construido, á lo que parece, hasta uno como observatorio. Complacíase en platicar y discutir con los mejores astrónomos, á quienes reunia en su palacio.

En religion participaba de las creencias de su padre. Estaba tambien por la existencia de un solo Dios creador del Universo. Cuando empezó á reinar es, con todo, indudable que ensanchó y embelleció en Tezcuco el templo de Huitzilopochtli, y al inaugurarlo sacrificó gran número de prisioneros de guerra. Los aztecas habían impuesto evidentemente sus dioses y sus ritus á todo el Imperio, y no era político atacar de frente las preocupaciones populares; mas, repito la observacion que hice respecto de su padre, de respetarlas á fomentarlas va tan enorme distancia!....

Se acercan, sin embargo, para Méjico los tiempos de la conquista y allí verá el lector hasta qué punto influyeron sobre la conducta de los reyes de Tezcuco las ideas religiosas de Netzahualcoyotl y Netzahuilpilli. Ahora mismo, en

los años por que corre esta historia, en los primeros meses del 1500 le nace á Netzahuilpilli un hijo, por nombre Ixtlilxochitl, que será uno de los primeros amigos de Cortés y uno de los que mas contribuyan á la servidumbre de su patria. Había á la sazon en América y en Europa la costumbre de sacar el horóscopo á los hijos de los reyes y los grandes que venían al mundo. Cuentan que de Ixtlilxochitl predijeron ya los astrólogos que, partidario de un pueblo extraño y enemigo de su propia sangre, introduciría en el país nuevas leyes, destruiría la religion, los dioses y los ritus de sus compatricios y vengaría las víctimas impíamente sacrificadas en los altares de los ídolos.

De haber existido, fué este horóscopo el primer anuncio profético de la ida de los españoles al Anahuac, si se prescinde del que se atribuye á Quetzalcoatl en las márgenes del Guazacoalco. Repitióse despues el vaticinio al decir de todos los autores; mas ¿no sería esto debido á que los españoles estaban ya en América y se había esparcido por aquellos valles el rumor de su llegada? Es muy de observar que estas profecías no empiezan sino en 1500, cuando hacía ocho años que Colon había desembarcado en la isla de Guanahani y dos de los compañeros de tan célebre almirante habían tocado la tierra firme en las costas al Sur del Mar de las Antillas. Crecían los augurios al paso que los españoles se acercaban al golfo de Méjico.

Netzahuilpilli los veía, á lo que parece venir, á esos formidables hijos de Oriente. Hablaba de ellos con el rey de Méjico mucho antes de que arribase á Yucatan Francisco Hernandez de Córdoba. Como antes he indicado, no ocupaba ya entonces el trono de Méjico Ahuitzotl, muerto á consecuencia del golpe que había recibido cuando la inundacion del lago; lo ocupaba otro Motezuhcoma ó Montezuma, hijo de Axayacatl segun los mas de los autores. Acostumbraban los aztecas á no buscar sucesores de sus reyes en los hijos miéntras quedaran hermanos: así hemos visto á Axayacatl reemplazado por su hermano Tizoc y á Tizoc substituido por Ahuitzotl, hijo como él de Itzcohuatl, uno de los fundadores del triunvirato. Agotada la línea de los hermanos entraban los sobrinos ó sea los hijos del primer hermano. Por esto había entrado ahora á reinar en Tenochtitlan este segundo Montezuma. No era en sentir de algunos el primogénito de Axayacatl, pero se le había elegido con preferencia á sus hermanos por las muestras de valor que había dado y el renombre de que gozaba.

Era este Montezuma cuando su eleccion sacerdote del templo de Huitzilopochtli, y cuentan que al ir á comunicársela le hallaron barriendo humildemente el templo. De allí le condujeron á palacio donde recibió los plácemes de los grandes y los de los reyes de Tlacopan y Tezcuco. Tan sentidos los recibió del rey de Tezcuco y de tal modo se enterneció al oirlos; que al querer contestarle por tres veces se le agolpó el llanto á los ojos y se le anudó la voz en la garganta. Era muy amigo de que le distinguieran y le respetaran; mas al parecer humilde. Muy pronto dejó ver que lo era solo en la apariencia.

Siguiendo la costumbre de sus antecesores, salió desde luego á campaña. Fué con su hermano y la flor de la nobleza sobre Atlixco; y, aunque no sin muchas pérdidas, venció y se trajo gran número de prisioneros, que sacrificó á sus dioses. Los sacrificó en las fiestas de su coronacion, que fueron ruidosas y espléndidas. Dícese que concurrieron á verlas hasta los magnates de los reinos enemigos, y como él lo supiera los alojó en ricos aposentos y aun les facilitó lugares de donde pudieran ver mejor los espectáculos. Caballerosidad, si no muy frecuente, tampoco rara en aquel siglo.

Continuó Montezuma en el primer año de su gobierno la buena política de sus mayores. Sin distincion de clases premió á los soldados que se distinguieron en la guerra. A un capitan plebeyo cuanto famoso, á Tlilxochitl, que habia prestado grandes servicios á sus tios, no tuvo inconveniente en darle el señorío de Tlachanco. Mas luego con asombro de los mismos aristócratas acordó alejar de su casa y córte á cuantos no fuesen nobles de nacimiento. En vano le hizo ver alguno de sus consejeros la injusticia y los peligros de la medida; destituyó á todos los plebeyos de los cargos que ejercían diciendo que no podían menos de ser de bajo corazon y poco levantados pensamientos las gentes de humilde cuna. Relegó inexorablemente á los plebeyos á las bajas regiones de su inmensa servidumbre.

Fué duro y orgulloso con los mismos aristócratas. Descalzos habían de estar en Palacio; descalzos le acompañaban por las calles. Sólo en las grandes ceremonias podían lucir y ostentar con él sus galas; en cualquiera otro caso, si las llevaban, habían de cubrirlas con un manto de pobre estofa. No podían ni mirarle: le habían de hablar con la frente inclinada y los ojos bajos. Hasta seiscientos estaban de la mañana á la noche en las antecámaras sólo por si se le ocurría llamarlos. Le conducían á donde quisiese en andas y lo tenían á gran merced y señalada honra. Hasta los grandes feudatarios debían residir en la córte, y ya que la abandonaran dejar como en rehenes á sus hijos, si los tenían, si nó, á sus próximos deudos.

Fué así Montezuma introduciendo en Méjico el mayor de los despotismos. Podia cualquier súbdito hablarle pero tambien descalzo, humillada la cabeza, llamándole tres veces señor y haciéndole otras tantas reverencias. Si acertaba á verle en la calle, debía postrarse.

Para sostener tanta majestad debía naturalmente rodearse nuestro monarca de gran fausto y magnificencia. Dejó atrás á los reyes de Tezcuco. Vivía en alcázares soberbios. Tenía una casa no menos buena que su palacio donde había extensos jardines con veredas de ricos jaspes, lindos miradores y hasta diez estanques unos de agua dulce y otros de agua salada, en que criaban trescientos hombres todo género de aves acuáticas; otra con anchas losas por pavimento, museo de pájaros de rapiña y fieras terrestres; otra donde se guardaba y se mantenia los monstruos de nuestra especie.

No es fácil decir cuántas fuesen sus concubinas ni su servidumbre. Sólo la que traían consigo los seiscientos señores de que ántes he hablado llenaba dos ó tres patios y llegaba á la calle. Comían todos en palacio. Distribuíanles los platos hasta trescientos y cuatrocientos mancebos; y en invierno llevaba cada plato su braserillo. La vajilla era toda de barro fino de Cholula. Comía el Rey aparte, en una sala espaciosa, sobre una pequeña almohada de cuero de bellas labores; y los platos que le ponían delante cubrían casi toda la sala. Servíanselos cuatro gallardos jóvenes de la más alta nobleza y, al decir de algunos autores, otras tantas hermosas mujeres. Aunque solían acompañarle cinco ó seis ancianos, manteníanse á distancia, y como no les preguntase guardaban silencio. Al sentarse á comer y al levantarse dábasele agua en las manos.

Toalla con que una vez se lavase, vajilla que una vez pareciese en su mesa pasaban desde luego á sus nobles ó á la demás gente á su servicio. Acontecía otro tanto con sus trajes, que mudaba cuatro veces por día. No se guardaba para su uso sino lo que llevaba ó empleaba en las grandes ceremonias. En ciertas solemnidades religiosas servíanle por ejemplo la comida en platos de oro. En los mismos platos comía todos los años. Ni se desprendía tampoco de las copas en que tomaba el chocolate y las demás bebidas de cacao, copas unas de oro, otras formadas de bellas y elegantes conchas.

Ostentaba aún Montezuma su lujo en esas imitaciones de la naturaleza que hemos empezado á ver en Tezcuco y mas tarde veremos en el Perú bajo el dominio de los Incas. Tenía reproducidos pájaros, flores, animales de mar y tierra en oro, en plata, en pedrería, en pluma; y todo tan perfecta y maravillosamente, que no acertaban á comprender Cortés ni sus soldados ni como estaba tejida la pluma, ni con qué instrumento se pudo tallar las piedras, ni con qué arte labrar la plata ni el oro. Hechos que revelan no sólo cuán rico era el monarca sino tambien cuán grandes adelantos no había hecho la industria de los súbditos.

La industria había llegado efectivamente en Méjico, á un grado regular de cultura. Se labraba, además del oro y la plata, el plomo, el laton, el estaño, y el cobre. Se hacían primorosos artefactos de piedra, de hueso, de conchas de mar, de barro. La madera se la cincelaba, se la esculpía, se la ataraceaba y se la revestía de las más bellas y caprichosas formas. Se vidriaba y se pintaba la loza, y se hacían jarros y vasijas de exquisito gusto. En hilar y tejer el algodon se era extremadamente diestro: no se cansaban los españoles de admirar las variadas y finísimas telas que de esta planta se fabricaban. Se curtían como en ninguna parte las pieles y se las teñía de mil colores. En colores se había llegado á la perfeccion segun acreditan las pinturas que todavía nos quedan.

No hablemos de las artes de construccion, maravilla de los conquistadores. En cantería no aventajaba nadie á los mejicanos. El corte y el buen ajuste de los sillares merecieron el aplauso unánime de los arquitectos de Europa. Mere-

cieronlo sobre todo las losas de mármol de varios pavimentos, en algunos de color distinto y arregladas á la manera de nuestros tableros de damas. Establecida Méjico en un lago y bastante apartada de la tierra firme, abundaba principalmente en calzadas y acueductos: sorprendió con ellas á nuestros hombres. Los admiró hasta por sus puentes con estar formados solo de grandes y récias vigas, unas con otras atadas y sujetas: podían pasarlas hasta diez caballos de frente. Ni eran sólo notables los edificios públicos. Había casas particulares y no pocas que se distinguian no sólo por su hermosura exterior y la riqueza de sus aposentos sino tambien por los floridos jardines que tenían así en los pisos altos como en la planta baja. Era la ciudad toda de buen aspecto: anchas y rectas las calles de primer órden, grandes las plazas. Una había con soportales, espaciosa como dos veces nuestra antigua ciudad de Salamanca, donde al decir de Cortés compraban y vendían diariamente arriba de sesenta mil almas: era la del mercado mayor donde no faltaba ninguno de los artículos necesarios para la vida.

Montezuma II contribuyó poderosamente á este desarrollo de Méjico. Por la guerra se procuraba riquezas y por su desmedido amor al fausto las distribuía y las hacía llegar á las últimas clases del pueblo fomentando las artes. No fué, sin embargo, muy feliz en sus primeras luchas. Quiso acabar con la independencia de Tlaxcala, que era todavía una gran república, y, tres veces derrotado, hubo de abandonar su ambicioso intento.

Tlaxcala no era una ciudad sino una provincia. Habíase extendido muchos años atrás hasta el Golfo, en cuyas playas tenía su más importante comercio. De allí sacaba el cacao, la cera, el algodon, la pluma, el oro. Los triunviros, como se ha visto, despues que hubieron ganado á Totonocapan, bajaron por la costa del Golfo hasta la bahía de Campeche. Fueron rechazando tierra adentro á los tlaxcaltecas, y, lo que es más, privándolos del antiguo tráfico. Tlaxcala se redujo entónces á sus valles, fortificó sus fronteras y se decidió á guardarlas contra todo género de invasores mientras quedara sangre en las venas de sus hijos. Poco á poco tuvo á los triunviros en todos sus alrededores, y, verdaderamente cercada, llegó á verse sin sal con que sazonar sus viandas. En tan riguroso asedio, que duró años y años, no solo carecía de lo necesario, sino que tambien debía sostener rudas y frecuentes peleas ya con los mejicanos, ya con los tecpanecas, ya con los de Tezcuco, ya con los tres pueblos reunidos, que, segun se dijo, la miraban como un campo donde aguerrir la juventud y procurar víctimas á los dioses.

Quiso ahora Montezuma probar á someterla no pudiendo en su orgullo verla libre dentro de un imperio donde tantas provincias habían doblado la cabeza á la general servidumbre; y, de acuerdo con los reyes de Tlacopan y Tezcuco, ordenó á los pueblos fronterizos que en determinado día la entraran por todas partes y cayendo sobre la capital la avasallaran. Era todavía Tlaxcala

muy poderosa: contaba de circunferencia sobre noventa leguas y las tenía gran trecho defendidas por los chalcas y los otomies, que habían ido á buscar en ella un refugio contra sus vencedores. Entónces tenía además la fortuna de ser gobernada por cuatro hombres de tanto valor como táctica y prudencia; por Tlehuexolotzin, señor de Tepectipac, por Teohuayacatzin que lo era de Quiahuiztlan, por Xicotencatl que lo era de Tizatla y por Taxixcatzin que lo fué de Tlatelolco. Pusiéronla algun tanto en aprieto sus eternos rivales los huexotzingas y los chololtecas, que despues de haber pretendido en vano corromper á los otomies y á los chalcas ya con regalos, ya con futuras distribuciones de tierras, la invadieron de súbito y penetraron hasta Xiloxuchitla, que distaría de la capital como una legua; pero, detenidos allí por Tizatlacatl, uno de los más bravos capitanes de la República, que perdió la vida en el combate, hubieron de retroceder viéndola bajar contra sí armada de todas armas, y le dieron lugar á que acudiendo á las fronteras rechazase los demás ejércitos de los triunviros.

Por Sierra Nevada cayeron á su vez los tlaxcaltecas sobre los huexotzingas y los acorralaron hasta moverlos á implorar el auxilio de Montezuma. Montezuma envió al punto á su hijo Tlacahuepantzin con gran golpe de gente, mas no para que fueran directamente en socorro de los cercados, sino para que entrasen otra vez en tierras de Tlaxcala y la obligasen por este medio á levantar el sitio. Por Tetelan y Muchimilco bajaron los aztecas á Quauhquecholan donde se reforzaron con las gentes de Iztzucan y Chietla y cuando ya se apercibian para la invasion se vieron con asombro frente á frente de los tlaxcaltecas, que, sabedores del hecho, se habían venido por Tlecaxtitlan, Ácapetlahuecan y Atlixco. Que quisieran, que no, hubieron de entrar en combate y sufrieron la más formidable derrota. Perdieron á su jefe Tlacahuepantzin y dejaron todo el bagaje en manos del enemigo. No por esto lograron los tlaxcaltecas apoderarse de Huexotzingo ni de Cholula; pero les talaron la campiña y las redujeron á un hambre tal, que hubieron de abandonarlas muchos habitantes.

Herido Montezuma en el fondo del alma por la muerte de su hijo, propuso así al senado de Méjico como á los reyes de Tlacopan y de Tezcuco que, reuniendo todas las fuerzas del Imperio, se las extendiese en círculo al rededor de la provincia de Tlaxcala y, acometiéndola por los puntos que mas vulnerables tuviese, no se cesase de pelear hasta someterla. Se aprobó y se puso en ejecucion su pensamiento; mas con tan negra suerte, que, al querer pasar las fronteras de la República, fueron ya vencidos y rotos los ejércitos de los tres reyes. Lo fueron solo por los chalcas y los otomies, y esto sin duda por la grande extension de la línea que ocuparon, lo desparramadas que hubieron de tener sus tropas y la falta de concierto y unidad que no pudo menos de haber en sus movimientos. Al fin debieron convencerse los triunviros de su impotencia contra Tlaxcala y resignarse á tener enclavada en el corazon del Imperio una república independiente y libre.

Ixtlilxochitl habla, sin embargo, de otra expedicion á Tlaxcala que supone hecha en los últimos dias del reinado de Netzahualpilli. La dice promovida por Montezuma con la pérfida intencion de quebrantar las fuerzas de Tezcuco y adquirir en el imperio una decisiva preponderancia; y despues de haberla minuciosamente referido asegura que está consignada en uno de los cantos donde aquellas naciones acostumbraban á recordar los principales acontecimientos. Montezuma, segun él, insistió en la idea de avasallar la indócil república é invitó á sus colegas á llevar de nuevo sobre Tlaxcala la flor de los ejércitos del triunvirato. Netzahualpilli fué el primero en reunir lo mejor de sus tropas y enviarlas á la frontera bajo las órdenes de dos de sus hijos. A la frontera fué tambien Montezuma con sus batallones, pero avisando secretamente á los tlaxcaltecas de la marcha de los de Tezcuco y dándoles palabra de no terciar en el combate que con estos sostuvieran. Hicieron alto los de Tezcuco en una barrancada, y al otro dia, cuando despues de haberse desayunado sobre sus escudos se disponían á ordenar sus haces, viéronse tan de repente y con tal ímpetu acometidos por todas partes que fué inútil toda resistencia. Perecieron allí los hijos de Netzahuilpilli y todos sus capitanes, y de los soldados pocos escaparon con vida. Montezuma presenció el degüello desde las faldas de Xacoltepetl sin hacer nada por salvar á sus aliados.

No merece el hecho entera fé por referirlo solo Ixtlilxochitl, siempre más favorable á sus deudos los reyes de Tezcuco que á los monarcas de Méjico; mas es para tenido en cuenta, por una parte que otros autores hablan de graves disidencias entre Netzahualpilli y Montezuma, por otra que Montezuma abrigaba indudablemente la idea de hacerse el jefe del triunvirato. Ni debe tampoco olvidarse que Torquemada, si no en los últimos días de Netzahualpilli, poco despues pone otra guerra de Montezuma contra la república de Tlaxcala, y no es sino muy comun en la historia de Méjico que á un mismo suceso se asigne por cada autor distinta aunque no muy apartada fecha. La verdad es que bajo este segundo Montezuma adquirió Méjico una decidida preponderancia sobre Tezcuco. Algo muy grave hubo de pasar por que tál sucediera.

No por esto Montezuma dejó de hacer sus guerras con acuerdo y ayuda de los demás triunviros. Despues de las tres de Tlaxcala le impidió pensar en otras el hambre que nuevamente afligió el Imperio, hambre tan terrible como la pasada que trajo tambien consigo la venta de los hijos por los padres y la emigracion de numerosas familias. Mas luego que desapareció el azote, las guerras se sucedieron sin interrupcion extendiéndose de cada día á mas numerosas y apartadas gentes. El mismo año 1505, segundo y último del hambre, llevó Montezuma sus armas contra los quauhtemaltecas cuyos prisioneros sacrificó en la dedicacion del templo de la diosa Chicomecohuatl, la Céres de los mejicanos. Bajó luego contra los mixtecas y los zapotecas, que le habian matado á traicion á los capitanes de las guarniciones de Tehuantepec, Oajaca y

otras ciudades, y hubo de sostener reñidísimas batallas. Prendió en la tercera á Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, uno de los dos jefes enemigos, y para apoderarse del otro, de Nahuixochitl, señor de Tzotzolan, hubo de hacer una segunda expedicion y empeñar otro combate. Ya vencedor, se derramó por todos los pueblos de la comarca entrándolos á saco.

Recibió por entónces exageradas noticias de una contienda que hubo entre los chololtecas y los huexotzingas. Se le dijo por los mismos enviados de los huexotzingas que habían perecido casi todos los habitantes de Cholula y estaba la ciudad desierta. Cholula continuaba siendo el templo de Quetzalcoatl: se había hecho poco á poco la Jerusalen de todas aquellas naciones. Habríala Montezuma vengado cruelmente, si, interrogados los huexotzingas, no hubiesen desmentido y aun castigado á sus mensajeros cortándoles las orejas y las narices. Las desgracias de Cholula estaban reducidas á la muerte de muchos soldados y al incendio de algunas casas.

Al año siguiente, en 1506, se hizo la guerra á los iztecas, á los itzcuintepecas, á los tecuhtepecas y á los de Atlixco. Los venció á todos Montezuma, pero con pérdida de no poca gente, sobre todo en Atlixco, donde perecieron ocho de sus más nobles y más valerosos capitanes. Los prisioneros cogidos á todas esas provincias fueron sacrificados en las dos grandes fiestas que aquel mismo año se hicieron en el templo mayor de Méjico y en el cerro de Huixuchtla: la dedicacion del Tzompalli, lugar donde vimos que se guardaban en unas como alcándaras los cráneos de las víctimas, y la renovacion del fuego que se celebraba con gran solemnidad cada cincuenta y dos años, al fin de cada ciclo.

En 1507 bajó otra vez Montezuma con sus dos colegas al Sudoeste, y cayó sobre las ciudades de Tzolan y Mictlan, cuyos habitantes las abandonaron recogiéndose en las vecinas sierras. Ya de regreso, castigó y domó al paso á Quauhquetchotllan, que había sacudido el yugo de Méjico; y al otro año fué nada menos que á la remota provincia de Amatlan, América del Centro, donde no encontró mas que un sepulcro para sus soldados. Al atravesar unos altísimos cerros copiosas nieves acompañadas de violentos huracanes destrozaron la flor de los tres ejércitos; y al dar con Amatlan iba tan quebrantado, que con facilidad le vencieron y rompieron. Volvió con muy escasa gente de tan desastrosa campaña.

No por esto suspendió sus expediciones ni sus conquistas. Sin contar sus correrías por las tierras de Atlixco y Huexotzingo, del 1508 al 1512 domó á Icpaltepec, y Malinaltepec, castigó á los xochitepecas y á los yopitzingas, asoló el pueblo de Tlachquiauhco, venció á Nopallan con pérdida de muchos soldados y hasta veinte capitanes, redujo á Quetzalapan, Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan, aquí destruyendo á los moradores, allí obligándolos á buscar asilo en las más fragosas sierras. Concibió al fin y llevó á cabo, al decir de todos los historiadores, la más atrevida de las campañas. Se metió,

con los demás triunviros, por Chiapa y Guatemala y no paró hasta los confines de la América del Mediodía. Ganó á Honduras por la fuerza, y derrotado en Nicaragua, la ganó por la astucia. ¡Qué efímeras no debieron de ser sin embargo estas conquistas á ser ciertas!

No pudo ya el Imperio llevar más allá sus armas. Sonó pronto para él la hora, no ya de conquistar, sino de ser conquistado. Hace ya veinte años que los españoles pisan el suelo de América, y en este momento acaban de descubrir la Florida. Están ya en una de las extremidades del Anahuac los hombres barbados y blancos de quienes dijo Quetzalcoatl que vendrían de Levante. No tardarán en salir de Cuba para explorar el Occidente del Golfo y penetrar por las márgenes del Tabasco en tierra de Méjico. Se lo anuncia á los triunviros un rumor vago de que no aciertan á dárse cuenta; y ellos creen leerlo en la misma naturaleza: ya en una nube de fuego que asoma al Oriente, ya en un cometa, ya en el incendio de las torres de un templo, ya en la agitacion de las aguas de sus lagos, ya en una simple liebre que cruza atrevidamente los salones del palacio de Tezcuco. Exaltada la fantasía por el terror, hasta se imaginan que cruzan armados por el aire sus futuros conquistadores y se levantan de la tumba princesas para revelarles sus aciagos destinos.

Para colmo de mal muere á poco Netzahualpilli sin dejar elegido sucesor, y entra la discordia en el palacio de los aculhuas. Ha llegado el Imperio á la cumbre de la grandeza sólo para que fuese mayor su caida. [1]

---

[1] Fuentes históricas para este capítulo: IXTLILXOCHITL, *Historia de los chichimecas*, parte 2.ª del cap. 50 al 76.—TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, lib. 2.°, del cap. 56 al 81.—ORTEGA, continuador de Veytia, *Historia Antigua de Méjico*, Apéndice del cap. 5 al 14.—SAHAGUN, *Historia Universal de las Cosas de Nueva España*, apéndice del segundo libro. *Cartas de* CORTÉS, carta 2.ª

CAPÍTULO X

El Imperio inmediatamente ántes de la conquista.—Su extension.—Su poblacion.—Su poder.—Sus fortificaciones.—Su verdadero jefe á la muerte de Netzahuilpilli.—Discordias que á la muerte de este rey surgieron entre los hijos.—Manera como favorecieron la ambicion de Montezuma.—Estado de cultura del Imperio.—Agricultura.—Minería.—Industria.—Artes de construccion.—Piedra circular del templo mayor de Méjico.—Monumento subterráneo de Xochicalco.—Templos de Tusapan, de Huatusco, de Papantla.—Escultura.—Pintura.—Comercio.—Escritura.—Diversas clases de jeroglíficos.—Suerte que tuvieron los manuscritos mejicanos.—Enseñanza pública.—Lengua Nahuatl ó Mejicana.

ANTES de pasar á la historia de otras naciones conviene determinar la extension, el carácter y el estado de cultura del Imperio.

Hay acerca de su extension tan contradictorias opiniones, que no parece sino que cada autor lo ensancha ó lo reduce á su antojo. Solis lo extiende nada menos que de Panamá á la Nueva California. Humboldt, siguiendo á Clavígero, lo pone al Oriente entre el rio de Tuxpan y el de Cuazacoalco, al Occidente entre el puerto de Zacatula y los llanos de Soconusco. Ixtlilxochitl se limita á darle de mar á mar cuatrocientas leguas. Cortés dice que á doscientas de uno y otro cabos de la ciudad de Méjico se obedecía á Montezuma. Se le obedecía, añade, hasta en Cumathlan, que está á doscientas treinta leguas de la capital, setenta mas allá del rio de Grijalba. [1] Clavígero y Humboldt son en mi sentir los que aciertan. Al leer el penoso

[1] SOLIS, *Conquista de Méjico,* libro II, cap. III.—HUMBOLDT, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España,* lib. I. cap. I.—IXTLILXOCHITL, *Historia de los Chichimecas,* cap. LXXIII.—*Cartas de* HERNAN CORTÉS, la escrita en Segura de la Frontera, á 30 de Octubre de 1520.

viaje de Cortés al golfo de las Higueras por terrenos pantanosos, lagunas y rios sin puentes, montes sin caminos y comarcas estériles se hacen por de pronto dudosas las excursiones de los triunviros á Honduras y Nicaragua, y, ya que se las crea, se está léjos de mirarlas como verdaderas conquistas. Es de notar, por otra parte, que ni en Nicaragua, ni en Honduras, ni en Yucatan, ni en Guatemala encontrasen los españoles tierra alguna sometida al triunvirato. Al Sur no pudo evidentemente pasar el Imperio de la bahía de Términos ni de las riberas del Usumacinta. Al Norte pudo aún ménos pasar del Pánuco, en cuya márgen izquierda empezaban los chichimecas bárbaros: no se escribe en historia alguna que mas allá del Pánuco llevasen los tres monarcas sus ejércitos. Tampoco pudo pasar de Mechoacan al Occidente, puesto que el Mechoacan permaneció siempre autónomo. Terminaba el Mechoacan á Mediodía en las orillas del rio Mexcala ó de las Balsas: el Imperio no podía, por consecuencia, salir al Pacífico sino del puerto de Zacatula abajo. Al Atlántico, al Oriente, podía cuando mas bajar del Pánuco á Términos.

Constituía así el Imperio como la tercera parte de la actual República. Ocupaba el área que hoy ocupan además del distrito federal de Méjico, los estados de Veracruz, Tabasco, Chiapa, Oajaca, Guerrero, Puebla y Querétaro. Aún dentro de esta superficie había, como ha visto el lector, ciudades y provincias independientes. Lo era Cholula, la ciudad santa. Lo era Huexotzingo. Lo era Tlaxcala, que á la ida de Cortés pudo poner en campaña hasta cien mil hombres. Lo era probablemente Atlixco. Lo era la comarca de Guazacoalco. Lo era Tenich, sierra fragosa, cuyos habitantes se hacían temibles por lo belicosos y lo largo de sus lanzas. Lo eran Opoltzingo, Acatepec, Acapulco. Lo era por fin Metztitlan, al Norte de Méjico. Mal seguras aun las conquistas de los triunviros, se rebelaban hoy unos, mañana otros pueblos y algunos conseguían emanciparse. [1]

Es ya, no difícil, sino imposible determinar la poblacion del Imperio. Debió de ser numerosa segun las muchas gentes que unas tras otras lo ocuparon, los ejércitos que se puso en campaña ya cuando las guerras de conquista, ya cuando lucharon entre sí los tecpanecas y los chichimecas, los hogares que contó ó calculó Cortés en los pueblos que sometió á sus armas. Dió Cortés á la sola provincia de Cempoal cincuenta villas y fortalezas y hasta cincuenta mil hombres de guerra. Vió en la de Sienchimalen muchas villas y alquerías, algunas hasta de quinientos fuegos, que juntas podían dar sobre seis mil soldados. Al atravesar los cerros que limitan al Oriente la de Tlaxcala anduvo tres días por tierras despobladas y estériles; pero al llegar al valle de Caltanmi halló en un

[1] *Cartas de* HERNAN CORTES, la citada anteriormente.—ALONSO DE ZURITA, *Informe sobre las diferentes clases de jefes de la Nueva España*, respuesta á la tercera pregunta, pár. 2.°

alto una villa de cinco á seis mil vecinos y en la llanura innumerables caseríos que casi se tocaban y se extendían á tres y más leguas.

Aunque Tlaxcala y Cholula no dependiesen del triunvirato, puede su poblacion contribuir á que formemos idea de la del Imperio. En la provincia de Tlaxcala encontró Cortés hasta quinientos mil hogares. La capital, decía, es mucho mayor que Granada y de mucha mas gente que la que esta ciudad tenía cuando se la ganó á los moros: en su mercado hay todos los días treinta mil almas comprando y vendiendo. Veinte mil casas vió intramuros de Cholula y otras tantas en los arrabales. No queda aquí tierra por labrar, escribía: los mendigos abundan.

Al Mediodia de estas repúblicas, ya en el Imperio, estaban las ciudades de Quauhquetchollan é Itzyucan, hoy de poca importancia. Daba Cortés de tres á cuatro mil vecinos á la segunda, de cinco á seis mil á la primera. Cuacachula, añadía, tendrá extramuros cuando menos otros tantos fuegos. Sobre todo al poner el pié en el valle de Méjico encontró muchas y populosas villas: Chalco y sus aldeas, que contaban hasta veinte mil vecinos; Iztapalapa, que tenía de doce á quince mil; Tezcuco, que reunía sobre treinta mil casas; Méjico-Tenochtitlan, que era tan grande como Sevilla y Córdoba. Había en Tenochtitlan, segun el mismo Cortés, una plaza donde compraban y vendían diariamente hasta sesenta mil almas, y no era aquel mercado el único. En una de las tres calzadas que conducían á tan vasta poblacion, entónces dentro del lago, había tres ciudades, la que ménos de tres mil, la que más de seis mil vecinos: en las tres y en la de Tenochtitlan, por poco numerosas que se suponga las familias, no podía menos de haber de trescientas á cuatrocientas mil almas. Hasta mas de un millon han llegado á dar algunos escritores á la sola ciudad de Méjico.

¡Qué de otras ciudades de importancia no vió y tomó Hernan Cortés en el valle, que dejaron honda huella en la historia! Tlacopan, hoy Tacuba, capital de los tecpanecas y asiento de uno de los triunviros; Colhuacan, abrigo y córte de los toltecas, despues de vencidos por los pueblos del Norte; Teotihuacan, la ciudad sagrada; Tenayocan ó Tenayuca, primer trono de los chichimecas; Xaltocan, Aculman, Coatlichan, Xuexotla que tanto hicieron en las guerras de Azcapotzalco; Coyohuacan, Xochimilco, Cuitlahuac, Mizquic, Tenanco, por mucho tiempo campo de batalla de los aztecas; Amecamecan, Iztapaluczan, Ximalhuacan, Otompan ú Otumba que tan formidable ejército opuso á los españoles cuando, vencidos y arrojados de Méjico, iban á buscar su salvacion en las apartadas costas del Atlántico. No de todas dice Cortés el número de vecinos; pero califica de grandes á muchas y cuando lo determina da á la que ménos de seis á ocho mil habitantes. [1]

Pudo aquí Cortés pecar de exagerado por el deseo de abultar á los ojos de

[1] *Cartas de* CORTÉS, la citada y la escrita en Cuyoacan el dia 15 de Mayo de 1522.

Cárlos V su conquista; pero no permiten creer que tál hiciera la ingenuidad y la sencillez que se descubren en las páginas todas de sus cartas, donde así refiere sus desastres como sus triunfos, y aún éstos los atribuye más á Dios que á su pericia ni á su brazo. Aún cuando se pudiera creerlo, no cabría recurrir á testigos menos sospechosos, pues lo eran á no dudarlo así los sacerdotes que allá fueron á la conversion de infieles como los pocos hombres que, convirtiéndose en escudo de los americanos, quisieron poner coto á las vejaciones y la tiranía de nuestros magistrados y nuestros capitanes. Exageraban éstos la poblacion antigua para encarecer los estragos que en ella había hecho la bárbara codicia de los encomenderos; exagerábanla aquellos para aumentar el número de almas que decían haber encaminado al cielo y pintar la milagrosa eficacia que allí como en todas partes había tenido la palabra de Jesucristo. El testimonio de Cortés me parece aquí tanto mas seguro cuanto que lo creo confirmado, ya por el papel que hasta aquí hicieron en la historia los pueblos de que nos habla, ya por los tributos que pagaban á los triunviros segun documentos que existen y son irrefragables.

La densidad de la poblacion distaba, sin embargo, de ser la misma en todo el Imperio. Era aún mucha la que había en las opuestas vertientes de las montañas que circuian el valle de Méjico; en las sucesivas llanuras iba disminuyendo, sobre todo á Mediodia. Durante muchas leguas corrían entre despobladas y silenciosas márgenes las aguas del Atoyac y del Mexcala. No aumentaba de nuevo la poblacion sino hácia las riberas del Papaloapan, á que dió despues su nombre Alvarado. Allí, al Sud del rio y hácia las costas del Pacífico volvían á pulular las villas y las ciudades: allí estaba Oaxaca, allí Mictlan, hoy Mitla, célebre por su necrópolis. Abundaba mucho más la gente en las playas de este mar que en las del Golfo. De las del Golfo el país mas poblado era sin duda el de los totonacas.

Como quiera que fuese, el Imperio podía mucho. Lo prueban los ejércitos que opuso á los españoles. Si fué fácilmente vencido, se debió, como nadie ignora, en parte á la inmensa superioridad que le llevaban sus enemigos en las armas, en parte al decidido apoyo que les prestaron pueblos de la misma tierra, entre ellos los tlaxcaltecas que en distintas ocasiones les dieron mas de cien mil soldados. No tenía caballos ni cabalgadura que los supliese, no conocía la pólvora ni disponía del hierro ni del bronce, pero no carecía de gente ni de medios de guerra. No ignoraba la estrategia ni la táctica; no desconocía la fortificacion, que es más difícil. Sabía cercar sus ciudades y aun las cumbres de sus montes de espaciosas murallas de cuatro y cinco estados de altura sobre que se levantaba el correspondiente adarve; sabía, y es más, proteger las entradas de sus fortalezas encabalgando unos sobre otros los lienzos de estos muros. A ser suya y no pertenecer á otra civilizacion la ciudadela que aun hoy existe á tres cuartos de legua al Oeste de Mitla en lo alto de una escarpada

roca apenas accesible más que por la parte de Oriente, sabía emplear hasta los fuegos cruzados, sistema á que no se llegó en Europa sino tres siglos más tarde.

Esta ciudadela, una de las mas curiosas antigüedades de aquel continente, se compone de un muro, doble solo en uno de sus lados, que tiene de ancho veinte y un piés, de alto diez y ocho y de largo poco menos de una legua. Corre el muro por todo el borde superior de la roca, y presenta una multitud de ángulos entrantes y salientes con cortinas que los enlazan. Unidos á él, se avanzan al Este en forma elíptica y algo ondulantes otros dos lienzos de muralla que mútuamente se flanquean y se buscan dejando en su interseccion una ancha entrada, oblícua para que sea de más fácil y más segura defensa. Constituye esta entrada la puerta exterior del fuerte; hay otra interior, menos ancha y tambien oblícua, que está abierta en el otro muro no léjos del ángulo meridional que los dos forman. Otra abertura se ve todavía en la fortaleza á la parte del Noroeste; pero ésta, que no es más que un portillo, no debió servir sino para que en el caso de un cerco pudieran socorrerse ó retirarse los sitiados. Dentro de las murallas se conservan todavía restos de grandes edificios, probablemente casas donde alojar tropas y almacenes de efectos de boca y guerra. ¿Puede darse cosa más singular en aquellos siglos y aquellas gentes? [1]

Eran tambien de notar las murallas de Quauhquechollan ó Cuacachula que Cortés describe. Por fuera de la ciudad, dice, cuentan de altura como cuatro estados; por dentro están casi iguales con el suelo. Se ve por ahí que los aztecas no hicieron sino calzar de piedra y cal la eminencia en que estaba la ciudad sentada. Habrían sido ineficaces contra este sistema de fortificacion lo mismo las modernas que las antiguas máquinas, lo mismo el cañon que el ariete. Tenían las murallas un pretil como de medio estado, y á las puertas de la poblacion, que eran cuatro, daban tres ó más vueltas, encabalgando el uno en el otro seis distintos lienzos. La toma de la ciudad era á no dudarlo trabajosa. [2]

Podía mucho el Imperio, y se hallaba ahora real y verdaderamente bajo la supremacía de Montezuma. Montezuma ya en vida de Netzahualpilli había conspirado en contra del triunvirato. No solo había comprometido perfidamente en Tlaxcala los ejércitos de Tezcuco; había intrigado despues por que las ciudades del Lago se negasen á pagar tributo á los reyes aculhuas. Netzahualpilli, ya entónces muy débil, se había atrevido á quejarse de esta conducta; y él, lleno de soberbia, le había contestado sin rebozo que era ya hora de que el Imperio dejase de ser gobernado por tres jefes. Hasta le había amenazado

---

[1] *Viajes de* Guillermo Dupaix *sobre las antigüedades mejicanas*, tomos IV y V de Kinsborough, antigüedades de San Pablo de Mitlan, planchas 40 y 41, figura 95.

[2] *Cartas de* Cortés, la últimamente citada.

con castigarle si se permitía reproducir la queja. Respuesta que acibaró y aun dicen si precipitó los dias de Netzahualpilli.

Al morir Netzahualpilli no osó todavía Montezuma apoderarse de Tezcuco, pero hizo cuanto pudo para tenerlo bajo su dependencia. No había Netzahualpilli designado sucesor, y se creían con derecho á la corona tres de sus hijos: Coanacochtzin, Ixtlilxochitl y Cacama. Montezuma se decidió desde luego por apoyar á Cacama, que se le había manifestado siempre respetuoso y sumiso. Ganó en favor de su protegido á los electores y, lo que es más de maravillar, al mismo Coanacochtzin, en quien, segun parece, veía Tezcuco el legítimo heredero de Netzahualpilli. Cacama fué al fin proclamado rey de los aculhuas.

No aprobó la eleccion Ixtlilxochitl: comprendía los designios de Montezuma y se resolvió á desbaratarlos. No había cumplido todavía veinte años y era ya de los hombres más notables del Reino por su carácter fogoso, la vivacidad de su ingénio y el valor que había desplegado en los combates de Tlaxcala y de Huexotzingo. Contábase que aún niño había dado muerte á su nodriza por haberla sorprendido en Palacio hablando de amores contra las leyes de Tezcuco; que no bien fuera de la infancia había organizado un batallon de camaradas de sus años donde al par de una índole turbulenta había revelado grande aptitud para la guerra; que ya mozo había hecho estrangular á dos consejeros de la Corona por haberle considerado como un peligro para el Reino y haber querido persuadir á Netzahualpilli á que le matara.

Al saber Ixtlilxochitl la eleccion de Cacama, partió secretamente de Tezcuco, y se retiró á las montañas de Meztitlan, cuyos principales señores había tenido por ayos. Llamó allí á las armas á cuantos pueblos quisieran oponerse á la tiranía de Montezuma, halló favor en todas las provincias del Norte, ganó á los intrépidos totonacas, y, ya que hubo reunido un numeroso ejército, bajó sobre Tollanzingo y Tepopolco. No bien las hubo ocupado, venció en batalla campal á los otompanecas y entró en Otumba. Cayó despues sobre Tezcuco y Méjico, y para mejor cercarlas fue tomando las ciudades de los alrededores: Papalotlan, Acolman, Chiuhnauhtla, Tecacman, Huehuetocan, Tzompango.

En terrible aprieto se veían sus hermanos y aun el mismo Montezuma. El peligro era grande. Empezaban á decidirse por Ixtlilxochitl los pueblos de más allá del Popocatepetl, y se temía que la rebelion se propagara hasta la bahía de Campeche. Envió Montezuma contra el sitiador á un general de bravura, por nombre Xochitl, que se había comprometido á traérsele vivo ó muerto; pero con tan mala fortuna, que, vencido en singular combate Xochitl por Ixtlilxochitl, murió en una hoguera á vista de los dos ejércitos. Embargó el terror los ánimos, y no pensó Cacama sino en buscar medios de concordia.

La concordia se hizo, pero en bien y prosperidad de Montezuma. Se dividió verdaderamente en tres el reino de Tezcuco. Quedaron por Ixtlilxochitl las pro-

vincias del Norte; por Cacama y Coanacochtzin las del Mediodía.[1] Conservó aun Cacama el título de rey, pero solo el título. Así las cosas, no quedaba del triunvirato sino una sombra. Méjico pasaba á ser definitivamente la cabeza y el corazon del Imperio; Montezuma el árbitro de la suerte de toda la tierra desde el Pánuco al Golfo. No sonaba ya en el Anahuac más que su nombre á la llegada de los europeos. Por emperador y monarca único le tuvieron en un principio los españoles, y puede sin dificultad asegurarse que hasta entrar en Méjico no supieron de los reyes de Tlacopan y de Tezcuco. ¡Cuán otra no habría podido ser la suerte de Tezcuco si Ixtlilxochitl, en vez de asentir á las proposiciones de Cacama, hubiese continuado el cerco de las dos capitales sin soltar las armas ni dejar de atizar el fuego de la rebelion hasta destronar á Montezuma! Tuvo ese impetuoso jóven en su mano restablecer el imperio de Xolotl sobre las ruinas de la monarquía de los aztecas. Quiso por la guerra evitar la supremacía de Montezuma, y se la dió por la paz que hizo mayor que si no hubiese combatido la eleccion de Cacama. Verdad es que de todos modos había de ser poco duradera la obra.

Estaba el Imperio abocado á su ruina, y siquiera sumariamente he de hablar no sólo de su poder sino tambien de su cultura. Algo la debe ya conocer el que haya leido los anteriores capítulos: mi propósito aquí es presentarla de manera que se la pueda abarcar de una ojeada.

La agricultura y las industrias á que da orígen se hallaban en notable adelanto. Del maíz, objeto de gran cultivo, se sacaba azúcar, pan y hasta licores espirituosos. Se obligaba á la tierra á producir todo género de legumbres. Mirábase con gran predileccion el magüey, y se lo aplicaba á los más diversos usos. De sus hojas ya se hacía papel, ya se abrigaba contra la intemperie las humildes cabañas; de su jugo salía el vino llamado pulque; de sus raíces, un nutritivo y sabroso alimento. Utilizábanse principalmente las hojas. Sus espinas servían de alfileres y agujas; sus duras y tenaces fibras, para fabricar el nequen, vestido de los pobres. No se estimaba ménos el cacao, de que se componían al par del chocolate frescas y deliciosas bebidas, ni el algodon, de que se tejían las más delicadas telas. Beneficiábase el plátano y la vainilla, y apenas había planta alimenticia ó medicinal que no se aprovechase. Cultivábase con esmero hasta las flores, á que tal vez no hubo nunca pueblos mas aficionados. Recuerde el lector los jardines de Tecutzingo.

Para el fomento de la agricultura no se perdonaba medio. Castigábase con rigor la tala de los bosques, abríanse canales de riego en las comarcas secas. Como se ha visto, traíanse á veces aguas de muy léjos por atrevidos y costosos acueductos. A excepcion de los soldados y principales nobles se dedicaban á la-

---

[1] Ixtlilxochitl, *Historia de los Chichimecas*, caps. LXIX y LXXVI.—Torquemada, *Monarquía Indiana*, lib. II, caps. del LXXXIII al LXXXVI.

brar los campos todos los hombres útiles, inclusos los de las ciudades. Contribuían al cultivo hasta las mujeres, á quienes estaban reservadas las ménos penosas faenas. Considerábase la agricultura como el manantial de todos los bienes y se la tenía por todas las clases en grande estima. Con los trabajos de la tierra guardaban más ó menos relacion los nombres de los meses y muchas fiestas religiosas. La que se celebraba el primer día del cuarto mes del año estaba, como se verá, exclusivamente consagrada á Tzinteotl, el dios de los maíces, y á Chicomecoatl, la diosa de los mantenimientos. Hacíase no menos importantes fiestas á los hermanos Tlaloc, los dioses de las lluvias; á Quetzalcoatl, el dios de los vientos; á Xiuhtecutli, el dios del fuego; á Izquitecatl y sus compañeros, los dioses del vino; á Macuilxochitl, el dios de las flores.[1]

Estaba tambien adelantada en el Imperio la minería. Se explotaban las minas de plata, de estaño, de plomo, de cobre. Cuando no se los encontraba en la superficie, se bajaba en busca de todos estos metales á las entrañas de la tierra, donde hallaron abiertas los españoles vastas galerías. No se aprovechaba menos el oro, que se fundía en barras. El único metal que no se usaba ni se extraía era el hierro con ser allí abundante. Había en cambio grande afan por las piedras preciosas. De oro y plata ya hemos visto que se hacían obras admirables. Se llegó á saber mezclarlos de modo que se los veía alternados ya en las escamas de los peces, ya en las plumas de los pájaros de orfebrería. Se sabía tambien alear el estaño y el cobre, y con este bronce fabricar herramientas que permitían trabajar hasta el pórfido y la esmeralda. Se suplía el hierro con esta liga y tambien con el itzli ú obsidiana, piedra comun en los terrenos volcánicos y por lo tanto en Méjico. De obsidiana eran los cuchillos con que los sacerdotes abrían en los sacrificios el pecho de las víctimas; de obsidiana muchas de las espadas que ceñían los jefes de los ejércitos.

Había en el Imperio industrias que á no dudarlo igualaban, cuando no dejaban atrás, las de Europa. No podía entónces nadie competir en tejidos con los aztecas ni los aculhuas. Reproducían unos y otros en sus telares los más caprichosos dibujos; y mezclaban con tal destreza el algodon y el pelo de ciertos animales, que muchas de sus telas parecieron de fina y brillante seda á sus conquistadores. Embellecían á menudo sus mantas con bordados y ricas orlas. Fabricaban vistosos tapices con que cubrían las paredes de sus palacios. Distinguíanse principalmente por sus labores de plumas y la viveza de los colores que en todos sus artefactos empleaban. Uno tenían, á la sazon desconocido en nuestro continente, que sacaban de la cochinilla: el color carmesí, rival de la antigua púrpura.

---

[1] SAHAGUN, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, lib. II y III.—TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, lib. III, caps. XXXI y XXXII.—OVIEDO, *Historia Natural y Moral de las Indias*, tomo I, cap. IV.

Ejercíanse en el Imperio otras muchas artes. Se adobaba y tundía hábilmente todo género de pieles; se hacían esteras de hoja de palma y cestas de caña y junco; se labraba, cocía y barnizaba el barro hasta darle el lustre de la loza y la transparencia de la porcelana; se pulía, embetunaba y bruñía ciertas piedras y se las convertía en espejos; se tallaba, como en el viejo mundo, las turquesas, las amatistas y las esmeraldas. A falta de cristal se usaba del barro, cuando no de la madera pintada ó del oro, para los vasos y las copas. [1]

Estas y otras artes estaban, con todo, muy por debajo de las de construccion. He hablado ya con ciertos pormenores del templo mayor de Méjico y de los palacios de Tezcuco, de las obras hidráulicas por las que se unió á la tierra firme las ciudades de los lagos, de los muros con que se cercó importantes plazas y se coronó las cumbres de los cerros. Se ven hoy todavía imponentes masas de ladrillo que no ha bastado á destruir la accion del tiempo, sillares enormes primorosamente cortados y escuadrados, el pórfido y el basalto esculpidos como la más blanda piedra, curvas de raras formas y verdaderas bóvedas, adornos aquí geométricos, allí fantásticos, relieves de mosaico, de granito y de estuco, restos de calzadas y puentes, grandiosas ruinas. ¡De qué medios mecánicos no se debió disponer para la ejecucion de tan vastos monumentos! Se hallan algunos á gran distancia de toda cantera, y contienen piedras de colosales dimensiones: ¿cómo se las acarreaba y sobre todo se las subía á las alturas en que solían estar los templos y los palacios?

En el templo mayor de Méjico había una piedra circular en que estaba grabado el calendario de los aztecas. Esta piedra, que aun existe, se calcula que al salir de la cantera hubo de pesar sobre cincuenta toneladas. Se la sacó de las montañas que están más allá de la laguna de Chalco, á unas diez leguas. Hubo de llevársela por tierra no siempre llana que interrumpían canales y arroyos, y se cuenta que ya en la capital hundió un puente y cayó al agua. ¡Qué de dificultades para conducirla y luego para colocarla! En la fachada de la necrópolis de Mitla, que no tengo por obra de los aztecas pero está dentro de los límites del Imperio, hay otra piedra que forma el dintel de tres puertas y es de más de cien piés de larga. Está como á treinta piés del nivel del suelo, tiene cinco de altura. [2]

Podría citar aquí monumentos asombrosos por su grandeza; voy á citar uno que, con ser más humilde, es el que á mis ojos revela en los pueblos del Anahuac mayor suma de conocimientos arquitectónicos. Al Norte de la montaña de Xochicalco hay una estrecha entrada que abre paso á una série de galerías abier-

---

[1] TORQUEMADA, lib. XIII, cap. XXXIV.—GAMA, *Descripcion Histórica y Cronológica de las dos piedras*, parte II.

[2] GAMA, *Descripcion citada*, parte I, páginas 110 y 114.—HUMBOLDT, *Ensayo Político*, tomo II, pág. 40.

tas en la roca. Están cortados á nivel techos y muros; y el piso, que es de cemento, pintado de ocre rojo. En la extremidad de una de estas galerías, consagradas tal vez á la memoria, tal vez al culto de los muertos, hay dos salas separadas por otros tantos pilares de piedra, y en un ángulo de la más interior una cúpula de sillería, de unos nueve piés de diámetro y poco más de altura, de cuya clave arranca un tubo en comunicacion con la atmósfera. Las hiladas de sillares, perfectamente unidas, van siguiendo con la mayor precision y limpieza la curva de la bóveda. Con solo recordar que no llegaron jamás á tanto los griegos se comprenderá la importancia de ese monumento subterráneo. En la misma América no sé que haya otra construccion de este género, como no sea en la península yucateca. En un edificio de Kabah hay un aposento cerrado por una bóveda en forma de ojiva.[1]

No solo estaban adelantados los pueblos del Anahuac en la edificacion; sentían tambien el arte. Quedan aún muchas de las pirámides que sustentaron los antiguos templos; los más de los templos han desaparecido. Los que todavía subsisten medio en ruinas bastan, sin embargo, para que podamos apreciar el buen gusto de sus arquitectos. Uno hay en Tusapan que descansa sobre una pirámide cuadrangular de un solo cuerpo. Piramidal á su vez, está dividido en tres altos por otras tantas cornisas: la inferior compuesta de varios filetes, la del medio adornada de una sencilla y elegante greca, la superior graciosamente combada entre dos molduras. De esta última cornisa arrancaba al parecer otro cuerpo piramidal que debía rematar graciosamente la obra. El ornato y las proporciones de todo el edificio recuerdan los buenos dias de la antigua Roma. Son más rudos los adornos del templo de Huatusco; pero no dejan de revelar en su autor el sentimiento de la belleza. Lo revelan mucho más el templo y la pirámide de Papantla. Tiene la pirámide de Papantla setenta y cinco piés de base por cincuenta y cuatro de altura, y está calzada en sus cuatro frentes de gruesos sillares de pórfido esmeradamente labrados. Consta de seis pisos. En su fachada, como todas al Oriente, hay una ancha escalera de cincuenta y siete gradas entre otras cuatro mucho más estrechas. Lo más notable y característico de esta fachada no es, sin embargo, la escalera sino una serie de profundos recuadros que corre entre la base y la cornisa de cada uno de los seis pisos, recuadros no poco parecidos á los de nuestros artesonados de Europa. Están simétrica y armónicamente distribuidos y dan una especial hermosura al edificio, sobre todo por el juego de sombras que producen junto con las curvas y salientes cornisas. Del templo no se conserva sino parte del primer cuerpo. Distínguese no menos que la pirámide por lo saliente de sus cornisas

[1] *Viajes de* GUILLERMO DUPAIX *sobre las antigüedades mejicanas*, primera expedicion, núm. 34, antigüedades del pueblo de San Pablo de Mitlan, núm. 82.—JULES GAILHABAUD, *Monuments Anciens et Modernes*, Appendice, Monuments Mexicains.



PIRÁMIDE DE PAPANTLA (MÉJICO)

Tiene, segun Guillermo Dupaix, 75 pies de base, 51 de altura. —Véase el tomo I, pág. 142 de esta Historia



y el almohadillado de sus ángulos, orígen tambien de marcados contrastes de luz y sombra. [1]

En las obras de escultura se descubre aun más que en las de arquitectura el sentimiento estético de los mejicanos. En Tlaxcala se encontró un instrumento de música militar llamado Teponaztli, verdadera obra de arte. Es de una madera de color de púrpura, pesada, récia y susceptible del mayor pulimento. Está muy bien tallado, y tiene riquísimos adornos. Es singularmente bella una figura humana tendida sobre el pecho que en la apariencia lo sostiene. Reune la cabeza verdad, expresion, hermosas proporciones; va elegantemente tocada; lleva pendientes en la nariz y los ojos y làbios de madre perla.

Se dice y se repite con frecuencia que los mejicanos no acertaron jamás á reproducir al hombre; pero es inexacto. En Cholula, en un pueblo á tres leguas de Ozumpa, en la misma Tlaxcala, vió Dupaix máscaras de piedra, expresion fiel de nuestro semblante. Las copió y se ve por sus dibujos que estaban limpiamente escu pidas y perfectamente modeladas. No traducian menos bien la naturaleza el torso que vió en S. Juan Ahuehuepan, las dos cabezas de mujer que le enseñaron en Mizquic, el bello y grandioso busto que admiró en las trofeos militares de Quauhquechula. Ni estaba tampoco falta de realidad la cabeza de piedra lava que á manera de cariatide halló entallada en el capitel de una columna de Huatusco. Para ver hasta donde llega el error que combato bastaría fijarse en el precioso busto de una sacerdotisa azteca que Humboldt publicó en sus *Sitios de las Cordilleras y monumentos indígenas de América* y Kinsborough en sus *Antigüedades de Méjico.* Este busto que lleva un tocado semejante al velo ó calántica de la cabeza de Isis y otras estátuas de Egipto es notabilísimo por lo felizmente que están en él conciliados la naturaleza y el arte. [2]

Procede este error de que muchos escritores han querido juzgar la escultura mejicana por los escasos ídolos que de aquellos siglos nos quedan. Es preciso no olvidar que en todas las épocas religiosas la escultura como la pintura han debido someterse á los tipos creados por el sacerdocio sin poder inspirarse en la realidad ni abandonarse á la fantasía. Conviene recordar por otra parte que algunos de aquellos ídolos, sin duda los más extravagantes, fueron obra, no del Imperio, sino de las desconocidas y misteriosas gentes que debieron de levantar la necrópolis de Mitla. Sé que aun fuera del templo se observa en muchas figuras humanas un total apartamiento de la naturaleza: se me vienen en este instante á la memoria los relieves de la piedra triunfal que se conserva en la Universidad de Méjico, relieves que al parecer representan las victorias de uno de

---

[1] JULES GAILHABAUD, *Monuments Anciens et Modernes*, Appendice, Monuments Mexicains.

[2] *Viajes de* DUPAIX, números 17, 19, 33, 34, 35, 37, 50, 52, 128.—HUMBOLDT, *Sitios de las Cordilleras*, parte II, párrafo I.—KINSBOROUGH, *Antiquities of Mexico*, vol. IV, Specimens of Mexican Sculpture in the possesion of M. Latour Allard, planchas.

los reyes aztecas sobre quince provincias. Pero estos relieves, sobre ser tambien simbólicos ó, por expresarme con mas propiedad, escultura jeroglífica, no es tampoco justo considerarlos como el último esfuerzo del arte cuando desconocemos el siglo en que se los hizo y existen obras mas acabadas y correctas. No solo en la piedra triunfal sino tambien en otros puntos está mal reproducida la imágen del hombre. [1]

Está frecuentemente mejor reproducida la de los animales y la del resto del mundo. Son para notados los trofeos militares de Quauhquechula, Cuernavaca, Xochimilco, esculpidos todos en rocas durísimas, todos de grandes formas y todos en el fondo un escudo sobre cuatro largas y ondulantes flechas. Lo son tambien un conejo en alto relieve de Xochimilco y un lagarto de Cuernavaca. Lo es mas que todo la serpiente con plumas que en Tepeaca, encontró Dupaix, bella y graciosamente enroscada. Ni era menos feliz la escultura del Imperio en la creacion de animales fantásticos. Los del monumento de Xochicalco, ó Casa de las Flores, y otro descubierto en Mizquic pueden rivalizar muy bien con los que vemos en las gárgolas de nuestras catedrales de la Edad Media y en las obras del Renacimiento. [2]

Del estado de la pintura no es posible formar juicio. Comprenderá fácilmente el lector que no cabe formarlo por las hojas escritas en jeroglíficos que se guardan como oro en paño en los museos de Europa y América. En esta clase de pinturas, sobre todo si como sucedía con algunas, se las ha de repetir á lo infinito se atiende más á la traduccion de las ideas que á la copia fiel de los objetos que simbolizan. El arte no entra casi por nada en esas composiciones. Se indica las figuras; no se las acaba. Se les aplica los colores segun el simbolismo adoptado, no segun la naturaleza. Color, forma, actitudes, todo es generalmente convencional. Asi inútil de todo punto buscar en libros tales ni sombras, ni medias tintas, ni correccion de dibujo. Hay en algunos, en la tercera parte de la coleccion de Mendoza por ejemplo, figuras bien delineadas y no mal puestas; pero son rarísimas. ¡Lástima que no quede otro género de pinturas! ¡Lástima que no queden siquiera esos papeles en que á la llegada de Hernan Cortés reprodujeron los mejicanos á los españoles junto con las naves surtas en el puerto de San Juan de Ulua! Bernal Diaz del Castillo escribe que había grandes pintores en Méjico. [3]

Lo raro á primera vista es que ni la industria ni las bellas artes gozaran en el Imperio de la proteccion ni de las preeminencias del comercio. Los mercaderes constituían un ramo de la aristocrácia. Tenían preseas que los distinguían

---

[1] KINSBOROUGH, vol. IV, plancha última de los viajes de Dupaix.

[2] DUPAIX, parte I, números 4, 23, 29, 31, 35; parte II, números 5, 11, 15, 24, 30.

[3] BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, *Verdadera Historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*, cap. XXXVIII.

de los demás ciudadanos. No podían como los nobles de sangre usarlas en todas las fiestas, pero sí en las principales. Regíanse por cónsules y tribunales propios: ni áun por razon de delito perdían su fuero. Formaban uno de los consejos de la Corona. Mensajeros eran del Rey á donde quiera que fuesen: portadores eran de los regalos que á otro rey enviara. Si con motivo de sus expediciones se encendía por acaso una guerra, pasaban á ser capitanes del ejército y hasta elegían al general en jefe.

Hacíase entonces el principal comercio con naciones extranjeras que casi nunca lo miraban con buenos ojos. Estaba lleno de peligros, y los que lo ejercían no pocas veces habían de recurrir á las armas. Aunque parecían en todas partes con un simple báculo, llevaban siempre de reserva la espada y el escudo. Se la ceñían y lo embrazaban luego que advertían hostilidad en el país que atravesaban; y si se los acometía no vacilaban en atrincherarse y hacerse fuertes. Podían dar cara al enemigo porque iban siempre muchos. Encargábanse de vender los expedicionarios no solo sus mercancías sino tambien las ajenas; y, como no dispusiesen de bestias de carga, necesitaban de gran número de peones. La caravana era de ordinario bastante numerosa para resistir un cerco ínterin se avisaba al Rey y se recibía socorro.

A veces los mercaderes hacían por sí solos la guerra. Reinando en Méjico Ahuitzotl, estuvieron cuatro años cautivos en Quauhtenanco. Viéronse allí sitiados por todos los pueblos de Ayotlan, que vivían hácia las orillas del Pacífico. Aunque abandonados á sus propias fuerzas, no solo hicieron levantar el sitio, sino que tambien prendieron á los más de los caciques y redujeron la Provincia. Hecho que fué causa de que se los considerara y ennobleciera. De vuelta á Méjico, se los recibió en procesion por los caballeros y los sacerdotes, y se los llevó á presencia del Rey, que, despues de hacerlos descansar y encarecer los servicios que acababan de prestar al Estado, les dió por divisas las que habían quitado al enemigo y les regaló sendas fanegas de maíz y muchas y muy ricas mantas y maxtles. Tuvóselos desde entonces por capitanes, como dice Sahagun, disimulados, que contaban entre sus tareas las de preparar las conquistas del Imperio.

Merecieron, además, los mercaderes el general respeto por su lealtad en los contratos. Solían al emprender como al concluir una expedicion celebrar un banquete al que convidaban á sus colegas y sus deudos. Al final del banquete de regreso no faltaba jamás quien severamente los interrogase sobre si había sido ó no bien ganada la comida y bebida que acababan de darle. En los mercados nacionales no eran ni dueños de fijar precio á las cosas; lo fijaban los cónsules. Los cónsules dirimían tambien los altercados y las contiendas entre los compradores y los vendedores.

Se extendía el comercio interior á todos los productos útiles para la vida; el exterior casi exclusivamente á los objetos de lujo. Estaba en un principio limi-

todo el exterior á las brillantes plumas de los pájaros. Fué despues abarcando las mantas y los maxtles de algodon y las piedras preciosas. Abrazó algo mas tarde las pieles de fiera y los artículos de oro: los barbotes, las cuentas, las sortijas, los pendientes; y cuando se empezaron á fabricar las mantas de hilos de diversos colores, los maxtles con orlas y las enaguas y los vipiles bordados, llegó por decirlo así á su apogeo. Vendía todos estos géneros á las naciones del Sud y del Sudoeste, que le daban en cambio plumas de otras aves, productos del mar, aromas y sobre todo ámbar, substancias entonces de mucha estima en Méjico, donde la empleaban nobles y reyes para sus bezotes. Dedicábase tambien á la venta de esclavos. [1]

Cultivábanse en el Imperio hasta las ciencias y la literatura. Si se carecía de alfabeto, se lo suplía por los jeroglíficos. De tres clases los había en la época de la conquista: unos meramente gráficos, que daban idea de las cosas y los hechos por las imágenes que los representan; otros simbólicos, que expresaban por signos convencionales todo lo abstracto; otros fonéticos ó casi fonéticos, que descomponían las voces y empleaban diversas figuras para cada uno de los elementos que las constituían y cuando nó para cada una de las sílabas. Se usaba de los gráficos para consignar, por ejemplo, las costumbres de los pueblos y las ceremonias del culto, los actos que la ley ó la moral prohibían, las penas en que incurrían los delincuentes, los efectos en que habían de pagar las ciudades los tributos, la forma y los linderos de los campos, los acontecimientos de la historia. Se usaba de los simbólicos para significar el tiempo y sus divisiones, escribir cantidades, dar idea de la palabra, y á veces hasta para expresar que un hombre andaba ó la tierra se estremecía. Los fonéticos ó casi fonéticos apénas se los usaba mas que para los nombres propios de personas, pueblos y dioses.

Estos últimos jeroglíficos eran sin duda los que más se acercaban á los signos del alfabeto. Distaban, sin embargo, de representar los sonidos con la distincion y la fijeza de nuestros caractéres. Itzcohuatl ó Itzcoatl fué, como ha visto el lector, el nombre de uno de los reyes de Méjico. En el códice Vergara está descompuesto en *Itz-co-atl* y representado por una lanza, una olla y el emblema del agua. Agua, olla y punta de lanza ó de flecha significan respectivamente *atl*, *co-mitl* é *itz-tli*. Pero no en todos los códices se escribe de igual modo el mismo nombre; en los más se lo descompone en *Itz-coatl* y se lo traduce por una serpiente, *coatl*, orlada de puntas de flecha. En el mismo códice Vergara sucede algo más grave y anómalo con el nombre Tecuhtlacoz. Se lo descompone en *Tecuh-tla-co-z* y se lo figura por el busto de un noble, *tecuh-tli*, unos dientes, *tla-utli*, y una olla, *co-mitl*, atravesada por un punzon, *zo*, que quiere decir pinchar, sangrarse. Toma aquí el jeroglífico dos sílabas de la palabra *tecuhtli*,

[1] Sahagun, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, libro III.

una incompleta de *tlantli*, una sola letra de *zo*, que no es nombre sino verbo y verbo, no en participio, sino en presente de indicativo. Las irregularidades abundan. Ya se emplean para sílabas de una misma palabra dobles jeroglíficos, como acontece con Teocaltitlan, donde *teocal* viene figurado por un templo, *teo-cal-li*, y *te-o* repetido por unos labios, *te-utli* y un camino, *o-tli*; ya se divide una sílaba en dos, como se observa en Tepalecoc de que se hizo *Te-pal-e-co-oc* para ajustarlo á la escritura. Aquí siquiera está la division legitimada por carecer la lengua nahuatl de voces que tengan el sonido *coc* por radical ni por primera sílaba. En Mocuauhzoma se ve tambien dividida en *cu-auh* la sílaba *cuauh*, siendo *cuauh* primera sílaba de *cuauh-tli* águila y formando una cabeza de águila parte del jeroglífico.

A la entrada de los españoles en el Anahuac todavía estaban á no dudarlo en mantillas esos jeroglíficos fonéticos. Aubin nos ha dado como ciertos y constantes los de unas cien sílabas. Para una escritura silábica ¿qué valen cien signos? Cabrá descubrir más, pero ¿cómo tenerlos por fijos siendo tan escasos los códices donde confrontarlos? Códices puramente fonéticos no los hay, además, que yo sepa en ninguna parte. Aun los nombres de las ciudades vienen no pocas veces expresados por las divisas ó sea por las armas que cada una tenía. Van siempre ó casi siempre mezclados con los figurativos y los simbólicos los jeroglíficos fonéticos. Lo van hasta en los códices de la América Central, donde se presume y áun se sabe que hay caractéres como los de nuestros abecedarios. La pintura acompaña la leyenda. Véase si no el Códice Troano, escrito en lengua maya, y el de Dresde, que no puedo considerar en manera alguna obra del Imperio. Difiere este precioso códice de todos los mejicanos en el dibujo, delicado, fácil y lleno de gracia; en el colorido, casi nunca brillante; y en los jeroglíficos fonéticos, cuya regularidad y frecuente repeticion me los hace tomar por letras. Contra la opinion de Prescott lo tengo por análogo á los bajos relieves de Palenque, sobre todo cuando me fijo en las cabezas de sus figuras humanas, casi todas curvilíneas de la nariz al colodrillo; y en él veo tambien unidas, si no en todas, en la mayor parte de las hojas la escritura fonética y la gráfica.

Los jeroglíficos más usados en Méjico eran los figurativos. Figurativos eran hasta los destinados á representar cosas abstractas, cuando éstas llevaban nombres de séres reales. Por figuras y sólo por figuras se traducían, verbigracia, los siguientes nombres de los días: *calli*, casa; *cuetzpalin*, lagarto; *cohuatl*, serpiente; *mazatl*, corzo; *Itzauatli*, perro; *ozomalli*, mono; *ocelotl*, tigre; *quauhtli*, águila; *xochitl*, flor y *cozcaquauhtli*, rey de los buitres. En cambio se traducían por verdaderos emblemas ó símbolos hasta nombres de séres corpóreos tales como el agua, el viento, la lluvia, el movimiento del sol y la muerte, nombres tambien de días. Por símbolos se expresaban asimismo la ciudad y el camino. La relacion entre el objeto y su símbolo es casi siempre difícil verla. La serpien-

te era símbolo del tiempo. Un estandarte, una pluma y una bolsa lo eran de los números veinte, cuatrocientos y ocho mil.

Aun combinadas las tres clases de jeroglíficos, resultaba imperfecta la escritura; pero más para nosotros que para los mejicanos. Los mejicanos cultos, al decir de los primitivos historiadores de Indias, leían sin esfuerzo hasta los códices hoy inteligibles. Ejercitábanse de niños á descifrarlos, y los leían con auxilio de la tradicional oral, que tenian recogida en multitud de discursos y cantos. No les era entonces difícil consultarlos. Abundaban principalmente en Tezcuco, este género de libros. Como que eran muchos los pintores consagrados á componerlos y tenían muy dividido el trabajo. Dedicábanse unos á la cronología y la historia, otros á las genealogías, otros á las leyes y á las ceremonias del culto, otros á los calendarios, otros á los libros de ciencias, otros á los linderos de las provincias, las ciudades y los pueblos y tambien á los de las fincas, otros á la distribucion y la recaudacion de los tributos, otros á las cuestiones ante los tribunales de justicia. Aprendía cada cual su especialidad y á ello limitaba sus fuerzas y su ingenio. Hacíalos el hábito diestros y rápidos. [1]

Extendíanse ordinariamente esas escrituras pintadas en una larga hoja de papel de magüey que algunas veces arrollaban y las más doblaban y ponían entre dos guías de madera, como hacemos con los paisajes de nuestros abanicos. Extendíaselas tambien en tela de algodon y en bien adobadas pieles. Preferíase el papel de magüey ó de áloes, algo parecido al papyrus de Egipto, por lo suave, consistente y bello. Se conservan todavía en el mejor estado códices escritos en ese papel hace cuatro y mas siglos. Lo más de notar es que ni siquiera han perdido la frescura y la brillantez de sus colores. ¡Lástima que desapareciesen tantos en los tiempos de la conquista por el mal entendido celo de nuestros prelados! El primer arzobispo de Méjico, D. Juan de Zumárraga, creyéndolos obras de mágia y fomento de idolatría, recogió cuantos pudo saqueando hasta los archivos de Tezcuco, y los quemó en la plaza pública. Imitóse el ejemplo en Yucatan y Guatemala y las hogueras continuaron por lo ménos hasta la bahía de Honduras. Aun hombres que conocían y estimaban los progresos intelectuales de los yucatecas, como Diego de Landa, se prestaron á esos autos de fe que con tanta justicia han merecido la execracion de la historia. «Hallámosles (á los yucatecas), dice con una frialdad que indigna, gran número de libros destas sus letras, y porque no tenian cosa en que no uviesse supersticion y falsedades del demonio, se los quemamos todos, lo qual á maravilla sentian y les daba pena.» ¿Por qué ántes de condenarlos al fuego no se habían de tomar el trabajo de estudiarlos y entenderlos? ¿Por qué destruir ni áun los libros del

[1] AUBIN. *Mèmoire sur la Peinture Didactique et l'écriture figurative des Anciens Mexicains.*—PRESCOTT. *Historia de la Conquista de Méjico*, introduccion, cap. IV BRASSEUR DE BOURBOURG. *Manuscrit Troano.*—KINSBOROUGH. vol. III.

culto cuando se conseguia el fin que se buscaba con solo retirarlos de la circulacion y ponerlos fuera del alcance de los indígenas? Principalmente por esos actos de barbarie está envuelta en tinieblas la época de que al presente escribo. Perdióse, si no en todo, en gran parte la manera de descifrar esos jeroglíficos, y hoy todo son vacilaciones y dudas que tal vez no alcance á disipar el más atento estudio ni el más constante trabajo. [1]

Por medio de esa escritura y de los cantos y discursos que dejo indicados, se transmitían de generacion en generacion los conocimientos. Transmitíaselos en bien organizadas escuelas donde se vivía en comunidad desde la infancia hasta la edad de contraer matrimonio. En las superiores, establecidas en el recinto de los templos y regidas por sacerdotes, se instruía y educaba á los nobles y á los ricos; en las demás, colegios verdaderamente militares, se instruía y educaba al pueblo. En todas se empleaba gran rigor con los alumnos y se los tenía sometidos á la mas severa disciplina. En todas se les hacía adquirir hábitos de trabajo. Allí se los ponía al servicio de los dioses; aquí se los obligaba á cultivar la tierra asignada para gastos del Establecimiento. No se les consentían largos ócios. Cuando no en la enseñanza ni en las faenas del templo ó del campo, se los ocupaba en ejercicios ya de religion, ya de guerra. Adiestrábase en las armas principalmente á los de las escuelas inferiores. Para irlos acostumbrando á las privaciones de las campañas se les daba á comer pan duro y se les hacía dormir ligeramente vestidos en salones abiertos á manera de pórticos. No se dispensaba de esta vida en comun ni áun á los hijos de los labradores:

---

[1] Son escasísimos los códices mejicanos que sobrevivieron á tan bárbaros incendios. Lord Kinsborough el año 1831 ha tenido el buen gusto de reproducir en tres magníficos volúmenes todos los que á la sazon se conocían en Europa. Contiene su interesantísima coleccion: en el volúmen I la de Mendoza, que se conserva en la biblioteca bodleyana de Oxford; el Códice Telleriano-Remensis, que está en la biblioteca nacional de París; otro de la coleccion de Boturini y otros tres de la de Tomás Bodley, hoy tambien en la biblioteca bodleyana de Oxford; en el volúmen II el códice del Vaticano, el que regaló á la Universidad de Oxford el arzobispo Land, el que se conserva en la biblioteca del Instituto de Bolonia, el que está en la biblioteca imperial de Viena, los que depositó en la biblioteca real de Berlin el baron de Humboldt, y un bajo relieve que forma parte del gabinete real de Antigüedades de la misma ciudad de Berlin; en el volúmen III el códice del museo Borgia que está en el colegio De Propaganda Fide de Roma, el de la biblioteca real de Dresde, el que posee M. de Fejervary en Pesth (Hungría), y otro de la biblioteca del Vaticano.

Contiene esta obra, verdaderamente monumental, otros seis tomos, pero no ya de códices pintados. El IV lo constituyen las láminas de los viajes de Dupaix y algunas otras tomadas de esculturas que se conservan, ya en el Museo Británico, ya en casas de particulares. Los demás son ó la relacion de estos mismos viajes y la explicacion de algunos de los códices ó la reproduccion de obras españolas, tales como las de Sahagun y Fernando de Alba Ixtlilxochitl. Merecerá eternamente Lord Kinsborough por este bello libro, el reconocimiento de cuantos amen las letras, especialmente la Historia. No encontrará probablemente en nuestra degradada nobleza quien ni remotamente le imite. Si se tratase de caballos ó de toros....

En el Museo Arqueológico de Madrid se conserva otro códice áun no publicado. De él y algunos otros se hablará en el Apéndice de esta Primera Parte.

lo mas que se les permitía era que en ciertas épocas fuesen á trabajar con sus padres. En cambio debían llevar al colegio cierta cantidad de productos.

Sólo en las escuelas superiores se iniciaba á los discípulos en los secretos de la teología y en el arte de gobernar á los pueblos. Se les enseñaba la cronología y la astrología, la interpretacion de los sagrados mitos, los himnos de los dioses, las leyes y la organizacion del Estado, la estrategia y la táctica. Pero no á todos, segun yo entiendo, se daban las mismas lecciones. Estaban distribuidos en dos casas, la de Calmecac y la de Telpuchcalli; y, por lo que de Sahagun se infiere, sólo en la de Calmecac, destinada á formar los ministros del culto, se revelaban los misterios de la religion y la política. Se instruía á los de ambas casas en la poesía, la elocuencia y la historia. Esta y otras asignaturas eran comunes á las escuelas inferiores.

Podían tambien las hembras recibir su educacion en los templos. Había en todos sacerdotisas y matronas, que tenían á su cargo dársela. No solían, sin embargo, asistir á tales colegios sino las jóvenes que de muy niñas venían consagradas por sus padres al servicio de los dioses. Las más se educaban é instruían bajo la inspeccion de las madres. No porque tuviesen ayas ó institutrices, dejaban aquéllas de vigilarlas. Las enseñaban al par de las sacerdotisas á hilar, á tejer, á bordar, á no permanecer ociosas. Las obligaban á levantarse temprano y acostarse ya muy entrada la noche. Las acostumbraban á ser pudorosas hasta el punto de que no se atrevieran delante de varones á levantar los ojos. Si las instruían tambien en las letras y las artes, no lo dice la historia; lo que se sabe es que algunas mujeres profesaban la medicina. [1]

Merced á esta general educacion había en el Imperio cierta clase de cultura nada comun en más avanzados pueblos. Eran allí muchos los hombres que por los cantos aprendidos en las escuelas conocían las leyendas y los mitos de los antiguos tiempos, las hazañas de sus héroes y las trovas y elegías de sus poetas; muchos tambien los que podían recitar las más acabadas arengas dirigidas á los reyes por los pueblos ó á los pueblos por los reyes. De las poesías de aquellos siglos no se conservan ya sino las de Netzahualcoyotl, de que hablé en otro capítulo; pero de los discursos tenemos aún muchos recogidos por nuestros primitivos historiadores. Sahagun en su *Historia universal de las cosas de Nueva España* transcribe hasta los que solían pronunciar los mejicanos en los actos solemnes de la vida. En los unos como en los otros, se observa galanura en la frase y una delicadeza de sentimientos é ideas que los hace tan bellos como elocuentes. Hay en algunos cierta uncion especial y en los más una cortesía y

---

[1] SAHAGUN. *Historia Universal de las cosas de Nueva España*; Apéndice del segundo libro, párrafo último; Apéndice del libro III, cap. IV, V, VII, y VIII; libro VIII, cap. XX; lib. X, cap, XXVII.

ZURITA. *Informe sobre los jefes de la Nueva España*; Respuesta á la cuestion IV del pár. IX., par. Época en que se admitía á los niños al servicio de los templos y los párrafos siguientes. —TORQUEMADA. *Monarquía Indiana*, lib. IX, capítulos XIII y XIV.

un respeto que parecen constituir el fondo del carácter así de los aculhuas como de los aztecas.

Ese respeto y esa cortesía se revelan hasta en el idioma que aquellas naciones hablaban. Tiene la lengua nahuatl formas reverenciales no sólo para los nombres sino tambien para los verbos. De *Itzcoatl* hace ITZCOATZIN; de *Netzahualcoyotl*, NETZAHUALCOYOTZIN; de *Netzahualpilli*, NETZAHUALPILTZINTLI; de *teta*, padre, TETATZIN; de *cihuatl*, mujer, CIHUATZINTLI; de *tlácatl*, persona, TLACATZINTLI ó TLACATÓNTLI. No usa tampoco del verbo comun *tlazotla* para decir que se ama á Dios ó á un padre ó á una madre ó á otra persona cualquiera con quien se debe ser humilde; usa del verbo TLAZOTILIA ó TLAZOTILITZINOA. Hace más: hace reflexivo el verbo, áun no siéndolo. Para expresar «amo á Dios» no dice simplemente *nictlazotilia in Téotl* sino NICNOTLAZOTILIA. Cambia para convertirlos en reverenciales la terminacion de todos los verbos á excepcion de los pasivos; y no es raro que en una misma frase presente bajo la forma reverencial nombres y verbos. Traduce la proposicion «Nuestro Dios ve todos nuestros pecados» por *In Toteòtzin quimottilia in mochi totlátlacol*, donde *Téotl*, Dios, se transforma en TÈOTZIN é *itta*, ver, en ITTILIA.

No es notable la lengua nahuatl por este sólo hecho. Reune todas las circunstancias que en sentir de los modernos lingüistas caracterizan los idiomas de América. En ella los pronombres no sólo se incorporan al verbo sino tambien al nombre. Se dice *ninemi*, yo vivo; *tinemi*, tú vives; *in ichcatl nemi*, la oveja vive; *tinemî*, nosotros vivimos; *annemî*, vosotros vivís; *in ichcamê nemî*, las ovejas viven; y tambien *nopitzouh*, mi cerdo; *mopitzouh*, tu cerdo; *ipitzouh*, su cerdo; *topitzouh*, nuestro cerdo; *amopitzouh*, vuestro cerdo; *tepitzouh*, cerdo que pertenece á otro. Cerdo es en nahuatl *pitzotl;* cambia el *tl* en *uh* precisamente por la incorporacion del posesivo. Con los verbos se incorporan hasta los pronombres de reflexion como se observa por el siguiente ejemplo: *Ninochipáhua*, yo me limpio; *timochipáhua*, tú te limpias; *in ichcatl mochipáhua*, la oveja se limpia; *titochipáhuâ*, nosotros nos limpiamos; *anmochipáhuâ*, vosotros os limpiais; *in ichcamê mochipáhuâ*, las ovejas se limpian. Se incorporan los pronombres pacientes al verbo áun no siendo éste reflexivo. *Qualantia* significa enojar: *tinechqualantia*, tú me enojas.

Son tambien frecuentísimas en la lengua nahuatl las composiciones de palabras por las que algunos lingüistas pretenden que los idiomas americanos formen un cuarto grupo. Las hay de substantivo con substantivo, de substantivo con adjetivo, de nombre con adverbio, de nombre y adverbio con verbo, de verbo con verbo. De ordinario las palabras componentes, á excepcion de la última, pierden sus letras finales. De *Teotl*, Dios, y de *calli*, casa, se ha compuesto TEOCALLI, casa de Dios ó templo; de *tlazotli*, amado, querido, y *tlamachtilli*, discipulo, TLAZOTLAMACHTILLI, discipulo querido; de [illegible], inutilmente, y *tlatoani*, hablador, NENTLATOANI, charlatan, hombre que habla en vano; de

ixtlamatca, hábilmente, y *chihua*, hacer, IXTLAMATCACHIHUA, obrar hábilmente: de *coapatli*, ruda, y *potoni*, heder, COAPAPOTONI, heder la ruda; de *huei*, grande, y *mati*, tener por, HUEIMATI, tener por grande — *nichueimati in ilhuicatl*, tengo por cosa grande el cielo; — de *qualan*, pretérito de *qualani*, enojarse, é *itta*, ver, QUALANCAITTA, ver á otro enojado — *nicqualancaitta in cihuatl*, ver á la mujer enfadada ó con ira; — de *chiuh*, pretérito de *chihua*, y *ca*, estar, CHIUHTICA, estar haciendo. No son ménos en número las composiciones de más de dos simples. De *quahuitl*, palo, *tlazotli*, precioso, y *huehuetl*, tamboril, se ha formado QUAUHTLAZOHUEHUETL, tamboril precioso de palo; de *Teotl*, Dios, *tlacolli*, palabra, y *mati*, saber, TEOTLATOLMATINI, conocedor de la palabra de Dios ó docto en las Escrituras. No son ninguna de estas composiciones hijas del capricho del que habla ó escribe; forman parte de la lengua.

Otra particularidad hay en el idioma nahuatl que no es para que yo la olvide. Por una simple modificacion del verbo se expresa muchas veces lo que en español sólo cabe decir con el auxilio de otro verbo. Llorar es allí *choca;* hacer llorar, CHOCTIA. Comer es *qua;* dar de comer, QUALTIA. Vivir es *yoli;* dar vida, YOLITIA. Hasta dos oraciones vienen á veces en una palabra aunque compuesta. MATICCHIUH — de *mati* y *chihua* — significa: mira que no hagas esto; MATICNITEC — de *mati* y *uitequi* — mira que no le hieras.

Sucede tambien en ese idioma, como en otros muchos de América, que se modifica el verbo segun se lo hace intransitivo ó transitivo y segun se le dan ó no casos indirectos. Llorar, como se ha visto, se traduce en nahuatl por *choca;* se lo ha de traducir por CHOQUILIA si se lo usa como transitivo. Hacer, cuando no lleva mas que acusativos ó tiene un sentido absoluto, se traduce, segun se ha dicho tambien, por *chihua;* se lo habrá de traducir por *chihuilia* si indica la persona ó cosa para que se hace. Yo lloro — *nichoca;* yo lloro á mi hijo — NICCHOQUILIA *in nopiltzin*. Yo hago — *nicchiua;* yo hago pan — *nicchihua in tlaxcalli*; yo hago pan para tus hijos — NIQUINCHIHUILIA *in tlaxcalli in mopilhuan*. [1]

Sufren modificacion, y es más, los numerales cardinales segun la naturaleza de los objetos que se estén contando, como se verá en el siguiente capítulo.

No por esto asiente Hovelacque [2] á que las lenguas americanas deban formar por sí solas grupo. Estoy con él en que la nahuatl pertenece al de las aglutinantes. Creo, sin embargo, que entre las de este género es de las más avanzadas y cultas. Es rica, variada, expresiva, bastante flexible para seguir hasta los diversos matices de los pensamientos. Es cortés y galana y, si se quiere, concisa por esa misma fuerza de incorporacion que consigo lleva. Muy limada y estudiada habia de estar ya en los tiempos de la conquista cuando, sobre permitir tanto atildamiento, era ya sumamente eufónica. En la composicion

---

[1] *Arte de la lengua mejicana*, por D. José Agustin de Aldama.

[2] *La Linguistique*, por Abel Hovelacque, chap. IV, par. XVII.

de sus palabras usaba con frecuencia de la síncope y la elipsis y tambien de ligaduras. Entre ciertas palabras componentes empleaba ya el *ti* como en *Teocal-ti-tlan*, cerca de la casa de Dios ó del templo, ya el *ca* como en *xichtpahua-ca-nemi*, vive con pureza.

Con tan hermosa lengua no es de extrañar que prosperasen en el Imperio la elocuencia y la poesía.



CAPÍTULO XI

Ciencias — Aritmética — Sistema cronológico — Calendario civil — Calendario sacerdotal — [illegible] — Astronomía — Preocupaciones sobre los astros — Agüeros — Agoreros.

No es fácil determinar hasta dónde llegó en el Imperio el desarrollo de las ciencias. Que algunas se las hubo de cultivar con fruto nos lo dicen los monumentos de que hablé en el anterior capítulo. En los trabajos individuales se puede alcanzar empíricamente una perfeccion que asombre; no en los que por su naturaleza son colectivos. En obras á que hayan de concurrir muchos brazos y muchas artes por lo menos el director ha de abarcar las relaciones del conjunto y conocer algunas leyes de la naturaleza. Las ha de conocer indispensablemente el arquitecto aun cuando no construya sino en tierra firme ni se aparte de la línea recta; habrá de conocer y aplicar muchas más si ha de edificar en el agua ó se propone cerrar los salones de sus palacios ó las naves de sus necrópolis con arcos ó bóvedas de sillería.

No me propongo, sin embargo, entrar en el terreno de las conjeturas. Hablaré aquí solamente de lo que se sabe que había adelantado el Imperio en el camino de las ciencias. Poseía en primer lugar un sistema de numeracion bas-

tante sencillo, á que se podría dar muy bien la calificacion de vigesimal, puesto que el veinte era en realidad su base. Al llegar en aquel sistema á este número se contaba por veintenas hasta cuatrocientos; de cuatrocientos hasta ocho mil por cuatricentenas. Obsérvese ahora que cuatrocientos era el cuadrado de veinte, ocho mil el cubo. De ocho mil en adelante se contaba por octi-millares. 16,575 equivalía, por ejemplo, á dos octi-millares, una cuatricentena, ocho veintenas y quince unidades: perdónenseme los barbarismos.

El veinte, el cuatrocientos, el ocho mil constituían tres órdenes de unidades y llevaban por lo tanto nombres propios. Del veinte abajo solamente los llevaban el uno, el dos, el tres, el cuatro, el cinco, el diez y el quince. Todos los demás números lo llevaban por decirlo así prestado. Uno era *ce;* dos, *ome;* tres, *yey;* cuatro, *naui;* cinco, *macuilli;* seis, *chicua-ce;* siete, *chic-ome;* ocho, *chicu-ey;* nueve, *chicu-naui;* diez, *matlactli;* once, *matlactli-once;* doce, *matlactliom-ome;* trece, *matlactliom-ey;* catorce, *matlactlion-naui;* quince, *caxtulli;* diez y seis, *caxtulli-once;* diez y siete, *caxtulliom-ome;* diez y ocho, *caxtulliom-ey;* diez y nueve, *caxtullion-naui;* veinte, *cempoualli;* cuatrocientos, *centzuntli;* ocho mil *cenxiquipilli*. *Cempoualli*, *centzuntli* y *cenxiquipilli* adviértase que, aunque propios de los números que representan, son ya nombres compuestos. Llevan delante el *ce* y significan, no veinte, sino un veinte; no cuatrocientos, sino un cuatrocientos; no ocho mil, sino un ocho mil, razon por la cual van cambiando de letras iniciales á medida que se van multiplicando por las unidades inferiores. Cuarenta es por ejemplo *om-poualli*; ochocientos, *on-tzontli;* diez y seis mil, *on-xiquipilli*. Donde los números componentes se multiplican va el inferior antepuesto; donde se adicionan, pospuesto. Así ciento, cinco veces veinte, es *macuil-poualli;* catorce, diez y cuatro, es *matlactlion-naui*.

Dista sin duda este sistema del que hoy tenemos, pero no del que teníamos en nuestra misma Europa antes de la invencion de los números arábigos. Las ventajas del que hoy usamos están en la sencillez de estas cifras y sobre todo en el diverso valor que hemos convenido en darles segun la relativa posicion que ocupan. No cabía esto en un sistema como el mejicano donde en rigor no había numeracion escrita y sí tan sólo un corto número de signos para expresar el veinte y sus potencias. El veinte, como se ha dicho, venía representado por una bandera, el cuatrocientos por una pluma, el ocho mil por una bolsa. Pintábase á veces solo tres cuartos, la mitad ó un cuarto de bolsa para indicar respectivamente seis mil, cuatro mil, dos mil; y tres cuartos, la mitad ó un cuarto de pluma para significar trescientos, doscientos, ciento; pero no constantemente ni con mucha frecuencia. Los números del uno al veinte los traducían por pequeños círculos. Inútil creo decir que se reproducían los signos de veinte, de cuatrocientos y de ocho mil cuando se hablaba de mas de una unidad de estas tres clases. Se ponían tres banderas para decir sesenta, cuatro plumas para mil seiscientos, diez bolsas para ochenta mil.

Si no habia en el Imperio numeracion escrita, en cambio la hablada era notable por más de un concepto. Se ha hecho observar ya las diversas formas que se daba á los nombres de los números segun la naturaleza de los objetos que se contaban. Los nombres de los números ordinales no variaban ménos. El primero era *ynicce, yniccentetl* ó *ynicce ntlamantli*; el segundo *ynicome, ynicontetl* ó *ynicontlamantli*, et sic de cæteris. ¿Se trataba además de contar por su órden gentes que estuvieran sentadas? El primero era entónces *tlayacattitica*; el segundo *tlaoncayotitica*; el tercero *tlayecayotitica*, etc., etc. Pasaban á ser éstos *tlayacattiticac*, *tlaoncayotiticac*, *tlayecayotiticac* etc., si se habia de contar gentes en pié.

Esto no era, con todo, lo más raro. Habia en aquella numeracion formas especiales para decir otro, otros dos, otros tres, otros cuatro; de uno en uno, de cinco en cinco, de quince en quince; uno por cada diez, por cada catorce, por cada veinte, por cada ciento; una vez, dos veces, tres veces, diez veces; cada vez, cada once veces, cada cien veces; otra vez, otras dos veces, otras diez y seis veces; en una parte, en dos partes, en cuatro partes; en otra parte, en otras dos partes, en otras doce partes; en cada una parte, en cada seis partes; en otro tanto, en otros dos tanto, en otros cinco tanto; una vez uno, dos veces dos, ocho veces ocho; ambos á dos, todos tres, todos cuatro, todos once; ambas á dos cosas, todas las tres cosas, todas las siete cosas. *Occe* ú *occentetl* significaba otro; *ocnaui* ú *ocnauhtetl*, otros cuatro; *oome* ú *oontetl* de dos en dos; *mamacuilli* ó *mamacuiltetl*, de cinco en cinco; *ynmatlactlice* ó *inmatlactetl-centetl*, uno por cada diez; *yncempoualli-ce* ó *yncempoualtetl-centetl*, uno por veinte; *ceppa, oppa, yexpa*, una, dos, tres veces; *ceceppa, ooppa, nahuappa*, cada vez, cada dos, cada cuatro veces; *occeppa*, *ocyexpa*, *ocmacuilpa*, otra vez, otras tres, otras cinco veces; *ceccan*, *occan*, *chicuaceccan*, en una, en dos, en seis partes; *occeccan, ocmacuilcan*, *occhicoccan*, en otra parte, en otras cinco, en otras siete partes; *ceeeccan, ooccan, matlatlaccan*, en cada una parte, en cada dos, en cada diez partes; *ocnoyxquich*, *oppayxquich*, *yexpayxquich*, otro tanto, dos tanto, tres tanto; *ceppace, oppaome, yexpaycy, macuilpamacuilli*, una vez uno, dos veces dos, tres veces tres, cinco veces cinco; *ynomextin*, *yncixtin*, *ynnauixtin*, ambos á dos, todos tres, todos cuatro; *yontlamanixti*, *ytlamanixti*, ambas á dos cosas, todas las tres cosas, etc., etc. [1]

Esta variedad de formas demuestra el carácter sincrético del sistema, sistema del cual difícilmente podrá sospechar el lector que haya uno como reflejo en la vecina Francia. En Francia de sesenta á ciento se cuenta tambien por veintenas, y el ochenta lleva el nombre de *quatre-vingts*, es decir cuatro veintes, *nauhpoualli*. Tambien allí se dice, como en el antiguo Anahuac, sesenta y trece, sesenta y catorce, ochenta y diez y nueve. ¿No serán esto vestigios de un sistema vigesimal abandonado?

[1] *Vocabulario de* Molina, fól. 118.

Era todavía más notable en el Imperio la manera de dividir el tiempo. Diez y seis horas contaba el día, cinco días la semana, cuatro semanas el mes, diez y ocho meses el año, trece años la indiccion, cuatro indicciones la gavilla, dos gavillas el ciclo. Así el ciclo tenía ciento y cuatro años, la gavilla cincuenta y dos, la indiccion trece; y el año trescientos sesenta días, el mes veinte, la semana cinco. ¿Habían, pues, los autores de esta division medido mal el curso aparente del astro del día? Lo habían medido con tanta precision como nosotros, y como nosotros habían visto que se verificaba en trescientos sesenta y cinco días y seis horas menos minutos. Así á los trescientos sesenta días de su año civil añadían cinco intercalares, que se tenía por aciagos, y á cada gavilla otros doce y medio, que venían á ser veinte y cinco para el ciclo. Mayor exactitud no cabía; y era en verdad maravillosa, atendido el aislamiento en que aquellas naciones vivían y los ensayos y reformas que en Europa se han debido hacer para llegar á menos satisfactorios resultados. Por la division que nos ocupa no se pierde un día sino en el transcurso de quinientos años.

Era esta division muy antigua y se la atribuye generalmente á los toltecas: ¿sería originaria de otros pueblos? Algo sobre esto he dicho en el primer capítulo. Que entre ella y las del Asia existen muchos puntos de contacto no cabe ponerlo en duda; identidad la hay en escasos pormenores. Considerada en su todo, es verdaderamente nueva. Permítaseme que baje á mas detenido análisis por mas que deba repetir ideas ya esparcidas por las anteriores páginas.

Empezaba con el sol el dia civil, y de las diez y seis partes en que se lo dividía cuatro venían determinadas por la salida, la puesta y los dos pasos del mismo sol por el Meridiano. Llevaba el nombre de *Iquiza Tonatiuh* la primera; el de *Nepantla Tonatiuh*, la segunda, ó sea, el mediodia; el de *Onaqui Tonatiuh*, la tercera; el de *Iohualnepantla* la cuarta, ó sea, la media noche. Las intermedias ni tenían denominacion especial ni podían ser apreciadas fuera del cuadrante solar sino por la posicion que ocupasen en el horizonte bien el mismo sol, bien una constelacion cualquiera. Unas y otras habían de ser desiguales aunque en el paralelo de Méjico no varíe en más de dos horas y veinte y un minutos la longitud del día. Podía esta sola variacion desnivelar cada una de las horas de sol en más de catorce minutos.

Componían cinco dias, segun se ha dicho, una semana, y cada quinto día se celebraba una feria ó mercado en algun pueblo. Distaba, con todo, la semana de tener allí la importancia que entre nosotros. Aquí es la division más usual y más útil: sus dias llevan constantemente los mismos nombres, y el último está siempre consagrado al culto y al descanso. Considerada allí como una simple fraccion del mes, quizá para el órden de esas mismas ferias, ni siquiera se designaba sus dias con nombres propios. No se les daba otros que los que en el órden de los del mes les correspondían. Ni eran por otra parte los días de la semana los dedicados á los dioses.

No estaban dedicados á los dioses sino los meses, que eran invariablemente de veinte dias. Al decir de Sahagun y otros escritores presidía cada dios un mes en que le hacían grandes fiestas y le sacrificaban víctimas; solo cuatro debían contentarse con diez dias de reinado. De los veinte días del mes tenía cada uno su nombre y su correspondiente signo. Llamábaselos por su órden *Cipactli*, *Ehecatl*, *Calli*, *Cuetzpalin*, *Cohuatl*, *Miquiztli*, *Mazatl*, *Tochtli*, *Atl*, *Itzcuintli*, *Ozomatli*, *Malinalli*, *Acatl*, *Ocelotl*, *Quauhtli*, *Cozcaquauhtli*, *Ollin*, *Tecpatl*, *Quiahuitl* y *Xochitl* ó sea Dios-Pez, Viento, Casa, Lagarto, Serpiente, Muerte, Ciervo, Conejo, Agua, Perro, Mono, Yerba, Caña, Tigre, Águila, Rey de los buitres, Movimiento ánuo del sol, Pedernal, Lluvia y Flor; nombres que podían casi todos ser representados por imágenes. Están repetidas sus figuras hasta la saciedad en algunos de los códices que aún se conservan, principalmente en el del museo Borgia.

Son tambien conocidos los nombres y los signos de los diez y ocho meses del año; no ya fáciles de traducir los unos ni de adivinar los otros. Los signos son casi todos emblemáticos; los nombres están al parecer tomados, ya de las fiestas que en cada mes se celebraban, ya de los fenómenos de la naturaleza. Llamábase por su órden á los meses *Tititl* ó *Itzcalli*, *Xochilhuitl*, *Xilomanaliztli* ó *Atlcahualco*, *Tlacaxipehualiztli*, *Tozoztontli*, *Hueytozoztli*, *Toxcatl* ó *Tepopochuiliztli*, *Etzalqualiztli*, *Tecuilhuitzintli*, *Hueytecuilhuitl*, *Micailhuitzintli* ó *Tlaxochimaco*, *Hueymicailhuitl* ó *Xocotlhuetzi*, *Ocpaniztli* ó *Teuhuitiliztli*, *Pactli* ó *Ezoztli* ó *Teotleco*, *Hueypactli* ó *Tepeilhuitl*, *Quecholi*, *Panquetzaliztli* y *Atemoztli*. Este es por lo ménos el órden en que se los coloca despues de la importante *Memoria* de Gama *sobre el Calendario Azteca* que tomo aquí por guia. Anteriormente no todos los autores empezaban por un mismo mes el año. Empezábanlo Sahagun y Torquemada por el de *Atlcahualco* ó *Xilomanaliztli*, y lo acababan por los de *Tititl* y *Xochilhuitl* á que daban el nombre de *Itzcalli*. Empezábalo Gemelli por el de *Tlacaxipehualiztli* y lo acababa por el de *Atlcahualco*. Daban márgen á estas vacilaciones y dudas por una parte la indeterminacion, la pluralidad y la falta de relacion con los signos que había en los nombres de los meses, por otra la carencia de toda division en el círculo donde se solía pintar los diez y ocho emblemas. Hoy se tiene casi la seguridad de que el primer mes fuera *Tititl* por haber dicho el indio Cristóbal Castillo en una historia que dejó manuscrita que se añadían los dias intercalares al mes *Atemoztli*. [1]

La correspondencia entre estos meses y los nuestros era segun los cálculos de Gama la siguiente. En el primer año de la primera indiccion de cada gavilla ó medio ciclo duraba *Tititl* del 9 al 28 de Enero; *Xochilhuitl* del 29 de Enero al 17 de Febrero; *Xilomanaliztli* del 18 de Febrero al 9 de Marzo..... *Atemoztli* del

[1] SAHAGUN, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, lib. II. — TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, lib. X, caps. XXXVI, y siguientes. — GEMELLI, Giro del Mundo, lámina del año mejicano.

15 de Diciembre al 3 de Enero. Los dias 4, 5, 6, 7 y 8 de este mes eran los intercalares, en mejicano *nemontemi*, tan aciagos en opinion de aquellas gentes que nadie osaba hacer en ellos cosa alguna y al que en ellos nacía le llamaban *Netlacatl* ó *Nenciuatl*, hombre ó mujer para nada, y al que se ponia enfermo le abandonaban creyéndole incapaz de toda curacion y áun de todo alivio. Ni juicios se dictaban en aquellos dias nefastos.[1]

Conjetura Sahagun si cada cuatro años estos dias eran seis en vez de cinco y había por lo tanto allí como aquí años bisiestos. Lo infiere de una fiesta que, segun dice, se celebraba cada cuatro años en honor del fuego, fiesta, añade, en que se agujereaba las orejas de los niños y las niñas; pero ni lo afirma ni permiten creerlo los trece ó los doce y medio dias que consta se agregaban á cada gavilla de años.

La indiccion, *tlalpilli*, era la base de la cronología. En muchos códices apenas se daba mas que el año de la indiccion para determinar la fecha de los acontecimientos. Tenía la indiccion como se ha visto ya, trece años y era la cuarta parte de una gavilla ó *xiuhmolpilli*. En cada *xiuhmolpilli* había por consecuencia cuatro *tlalpillis* ó indicciones. Empezaba cada una de las cuatro por un signo—la primera por el de *Tochtli*, conejo, la segunda por el de *Acatl*, caña, la tercera por el de *Tecpatl*, pedernal, la cuarta por el de *Calli*, casa—y por la combinacion de estos signos con los números del uno al trece era facilísimo señalar cada uno de los cincuenta y dos años del *xiuhmolpilli*. Siendo cuatro y trece los factores de cincuenta y dos, admitian naturalmente tantas combinaciones como su producto. Eran éstas las siguientes:

PRIMERA INDICCION Ó TLALPILLI.		SEGUNDA INDICCION Ó TLALPILLI.		TERCERA INDICCION Ó TLALPILLI.		CUARTA INDICCION Ó TLALPILLI.	
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	1 Casa
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	2 Conejo
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	Macuilli Tecpatl. . . .	[illegible]	[illegible]	5 Casa
[illegible]	[illegible]	Chicuace Tecpatl. . . .	[illegible]	[illegible]	[illegible]	Chicuace Tochtli. . . .	6 Conejo
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	Chicome Acatl. . . .	7 Caña.
[illegible]	[illegible]	Chicuey Tochtli. . . .	[illegible]	[illegible]	[illegible]	Chicuey Tecpatl. . . .	[illegible]
[illegible]	[illegible]	Chicunaui Acatl. . . .	[illegible]	Chicunaui Tecpatl. . .	[illegible]	[illegible]	9 Casa
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	Matlactli Calli. . . .	[illegible]	[illegible]	[illegible]
Matlactlionce Tecpatl. .	[illegible]	Matlactlionce Calli. . .	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	11 Caña
Matlactlionome Calli. .	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]	13 Caña.	[illegible]	[illegible]	[illegible]	13 Casa.

En la escritura los signos estaban representados por las correspondientes figuras y los números por los pequeños círculos ó puntos redondos que he indicado. No se necesita por cierto de gran práctica ni memoria para saber de qué años del *xiuhmolpilli* se habla en cuanto al abrir un códice se echa los ojos sobre las casillas azules donde vienen pintados signos y números. Los códices para designar sucesos llevan ordinariamente por orla de sus páginas esas casillas, que suelen contener no solo las fechas de los acontecimientos sino tambien los años intermedios.

Con solo conocer, sin embargo, los años del *xiuhmolpilli* sobradamente comprenderá el lector que no había de ser posible determinar cuando hubiese ocur-

[1] Sahagun, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, lib. II, cap. XXXVIII.



PÁGINA DEL CÓDICE MEJICANO

DEL MUSEO BORGIA



rido ningun hecho historico. Era indispensable llevar la cuenta de los *xiuhmolpillis* transcurridos y tener un punto de que partir como lo tuvieron los latinos en la fundacion de Roma y lo tenemos nosotros en el nacimiento de Cristo. Voy á decir cuál se cree que fuera este punto de partida.

El *xiuhmolpilli* venía de muy antiguo siendo entre todas las gentes del Anahuac la más importante division del tiempo. Decíase por tradicion que al fin de uno de estos períodos se había de extinguir el sol y acabar el mundo, y se llenaba de terror el pueblo cada vez que se acercaba la conclusion de una gavilla. El último día se apagaba el fuego de los templos y el de todas las casas, y no lo volvían á encender los sacerdotes que, llegada la media noche, no se convencieran por el movimiento de las Pléyades que no se suspendía el curso de los cielos. Se ataba entónces, como se solía decir, los años y se renovaba el pacto con los dioses.

Cuéntase que los aztecas, al llegar en su larga peregrinacion á Tlalixco ó Acahualtzingo, por primera vez despues de haber salido de Atzlan ataron con solemnidad los años, y tomaron el de tan imponente ceremonia, que correspondía al 1091 de Cristo, como por comienzo de una nueva época. Esto aseguran casi todos los historiadores modernos, y esto con alguna variante permite creer entre otros códices el que se conserva en el Vaticano. Baja allí la cuenta de los años hasta el 1559, término conocido de uno de los *xiuhmolpillis*, y, siguiéndola hácia atrás, tanto por los signos de los años como por los de las mismas gavillas, se llega al de 1194. Fué tambien aquel año conclusion de *xiuhmolpilli*, y así lo indica el Códice por la correspondiente figura. Si al pié de la figura no hubiese mas de dos puntos redondos, la cuenta saldría desde luego exacta y la nueva época habría empezado indudablemente el año 1091. Pero hay por lo ménos tres puntos, á mis ojos cuatro; y, de no engañarme, hay que retrotraer la nueva época al año 998; de engañarme, hay que suponer que en 1091 se dió por concluido el primer *xiuhmolpilli* de la nueva cuenta. No consiente la historia aquella retrotraccion y sí esta hipótesis, en mi entender confirmada por el Codex Telleriano-Remensis; así que considero necesario trasladar al año 1040 el punto de partida. Tal vez en aquel año fuese cuando los aztecas dejaron la tierra de Aztlan por la de Méjico. A mediados del siglo XI dije ántes que se pusieron en marcha.

Como quiera que sea, este punto de partida no sirve más que para la cronología de cuatro siglos. No lo hay para los anteriores al siglo XI, y de aquí la discordancia de fechas que se ha observado, no solo en el período de la dominacion de los toltecas, sino tambien en el de las invasiones de los chichimecas. Disparidad de fechas la hay áun despues del siglo XI; pero aquí nace ya de los mismos códices, no siempre de acuerdo sobre el año en que ocurrieron aún acontecimientos de importancia. Sobre que estos códices son más escrupulosos en la cuenta de las indicciones que en la de las gavillas, y no siempre ponen

la atadura de los años ni en el *matlactliomey calli*, que es verdaderamente el que cierra el *xiuhmolpilli* ni en el *Ce Tochtl* que es el que lo empieza.

Los aztecas siguieron, con todo, hasta el fin del Imperio dando gran solemnidad á esta atadura de los años. Celebraban, al decir de Gama, tan imponente ceremonia el último de los cinco dias intercalares, el 26 de Diciembre. En estos cinco dias no solo dejaban apagar el fuego de los altares y extinguían el de sus casas, sino que tambien rompían las imágenes de sus dioses lares, destrozaban sus muebles y utensilios y rasgaban sus vestiduras. Segun Torquemada por supersticiones apenas creibles cubrían, además, con una máscara de hojas de magüey el rostro de las mujeres en cinta y las encerraban en sus graneros; cubrían tambien el de sus hijos y no les dejaban conciliar el sueño.

A la quinta noche salían en procesion del templo mayor de Méjico los sacerdotes todos, vestidos con los ornamentos de las divinidades á que servían. Llevaban consigo dos maderas para encender fuego y la víctima sobre que habían de usarlas, escogida entre los más nobles prisioneros de guerra. A paso grave y tardo se dirigían en la oscuridad á la cumbre del monte Huixachtecatl seguidos de numerosas gentes. Estaba Huixachtecatl como á dos leguas: llegaban á la cima poco ántes de media noche. Seguían allí con inquieta mirada el movimiento de las Pléyades, y luego que las veían trasponer el zenit abrían con la cuchilla de obsidiana el pecho de la víctima. Sobre la misma herida frotaban una con otra las dos maderas hasta obtener fuego, y, ya que lo conseguían, lo comunicaban á una grande hoguera. Allí ardía el ensangrentado cuerpo del infeliz prisionero.

Azoteas de Méjico, plataformas de los templos, colinas y montes del contorno estaban llenos de espectadores que aguardaban afanosos ver la primera llamarada. No empezaba á brillar cuando poblaba los aires un inmenso alarido de júbilo. Corrían luego todos á encender antorchas en la hoguera y á llevar el fuego sagrado quién á los altares, quién á sus casas, quién á lejanos pueblos. Al salir el sol había ya nueva lumbre en toda la ciudad de Méjico y en muchas leguas á la redonda. Haciase la ceremonia á la vez en todas las capitales del Imperio y en todas se renovaba el pacto con los dioses.

Los trece dias siguientes eran de general regocijo. Seguro ya el pueblo de que había mundo para otros cincuenta y dos años, se entregaba á todo género de fiestas y de sacrificios. Vestía de nuevo, amueblaba y alhajaba de nuevo su casa, de nuevo la esteraba y blanqueaba y se procuraba nuevos ídolos. Renovaba tambien el sacerdocio las imágenes y las piras de los templos. Iban en procesion á todos los altares, y en todos se deponían ofrendas cuando no se daba en holocausto pájaros y flores. [1]

[1] SAHAGUN, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*: Apéndice del lib. IV. TORQUEMADA, *Monarquia Indiana*, lib. X, cap. XXXIII.

No se hacían mayores fiestas al expirar el ciclo de ciento y cuatro años. En realidad no era esta division de tiempo ni de grande aplicacion ni de mucha importancia. No tenía, que yo sepa, signo propio; no servia ni siquiera para indicar la duracion de las cuatro edades que allí concedían al mundo las creencias religiosas. Figuran esas cuatro edades en el códice del Vaticano, y los miles de años que cada uno se supone que tuvo vienen representados por unas como rodelas de plumas y pequeños círculos. Los círculos son unidades, las rodelas grupos de cuatro siglos. Así se sabe que se daban 4008 años á la edad primera, que acabó por el diluvio; 4010 á la segunda, que acabó por violentísimos huracanes: 4801 á la tercera, que acabó por el fuego; 5042 á la cuarta, que acabó por el hambre y llevó consigo la destruccion de Tula.

El códice del Vaticano fija hasta el día en que ocurrió cada una de las cuatro catástrofes; y sin embargo hasta sobre si se creía que las hubo reina entre los antiguos escritores la mayor discordia. Francisco Lopez de Gomara habla, por ejemplo, de las cuatro, y atribuye á los mejicanos el aserto de que había acontecido la última el año 669 de Cristo. Entónces, dice, pretendían que había muerto el cuarto sol y permanecido el mundo por veinte y cinco años en las tinieblas. Fernando de Alba Ixtlilxochitl asegura por lo contrario que no tenían los mejicanos por pasada la cuarta edad, ántes creían que en ella se hallaban desde la desaparicion de Quetzalcohuatl y la invasion de los toltecas. Ni estaban tampoco de acuerdo los dos autores sobre la causa por que se decía que habían concluido ó concluirían las cuatro edades. Segun Lopez de Gomara se sostenía que la cuarta edad había fenecido por el aire; segun Alba se temía que no acabase por el fuego. Ni el uno ni el otro resultan conformes con el códice del Vaticano. [1]

En ese códice del Vaticano se advierte ya el uso de otro sistema cronológico. En las páginas de su primera parte se ven compaginados los veinte signos de los días con los números del uno al trece, como los de los años del xiuhmolpilli. Hay, no una, sino dos orlas de casillas; y en ellas se van incesantemente sucediendo por órden, al paso que en la una los veinte signos con el número ó los puntos redondos que les corresponden, en la otra nueve figuras. Era este el calendario por el que los sacerdotes escribían sus anales, hacían sus agüeros y arreglaban sus sacrificios y sus fiestas. Dije hasta aquí del que regia la vida de los ciudadanos y la del Imperio; diré ahora del que regía el culto.

Idearon los sacerdotes para hacerse un calendario propio dividir el tiempo en períodos constantes y uniformes de trece días. No queriendo dar nombre á los veinte y ocho que componían aproximadamente el año, resolvieron combi-

[1] Francisco Lopez de Gomara, *Conquista de Méjico*, cap. *Cinco soles que son edades*.—Ixtlilxochitl, *Historia de los Chichimecas*. Parte I, cap. I.—*Códice del Vaticano* apud Kingsborough, tomo II, páginas 3, 4, 5 y 6.—*Explicacion del Códice* apud eumdem, tomo V, tábula VII, VIII, IX y X.

nar los trece números con los veinte signos que para los días del mes tenía adoptados la cronología ordinaria. Como 13×20 sean 260, tenían la seguridad de que en los primeros 260 dias no habían de llevar ni siquiera dos el mismo signo y el mismo número; pero la tenían tambien de que, agotadas las dos séries, no podían menos de ir señalados los 105 dias restantes con los mismos números y signos que los 105 primeros. Si no se lo decía el cálculo, se lo enseñaría la experiencia. Había de resultar de aquí una confusion que hiciese imposible el uso del calendario. Imaginaron entónces los ingeniosos ministros del altar la combinacion de estas dos séries con otra de nueve signos, que llamaron dueños ó espíritus de la noche. $13 \times 20 \times 9$ son 2340: solo despues de 2340 días cabía ya que dos llevasen el mismo número, el mismo signo de día y el mismo espíritu nocturno.

Los nueve signos de la noche eran *Tletl*, fuego ó señor del año; *Tecpatl*, pedernal; *Xochitl*, flor; *Cinteotl*, diosa del maiz; *Miquitztli*, muerte; *Atl*, agua: *Tlazolizotl*, diosa del amor; *Tepeyolotli*, espíritu que habita en las entrañas de los montes, y *Quiahuitl*, lluvia. Observará el lector que de los nueve nombres cinco eran comunes á otros tantos signos del dia; pero esto, si era inconveniente en el lenguaje hablado, no en la escritura. Los nueve signos de la noche eran nueve cabezas que se distinguían principalmente por sus coronas, sus capacetes y sus penachos.

Señalábase por este sistema los dias de la manera siguiente:

SEMANA DE [illegible]	SEGUNDA.	TERCERA.	CUARTA.
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]

Ce, número 1, se reproduce cada trece dias; *Cipactli*, signo del primer día del mes, cada veinte; *Tetl*, primer signo de la noche, cada nueve. Así continuaba la cuenta hasta los trescientos sesenta dias. Los cinco intercalares ó *nemontemis*, es decir vacíos, no llevaban compañeros de noche. En el primer dia del año nuevo se interrumpia bruscamente las trece séries y se volvía á empezar por *Ce Cipactli-Tletl*, cuando sin peligro de confusion, segun se ha visto, se las habría podido seguir por más de seis años. Es verdaderamente extraña esta inconsecuencia en hombres que tenían por principal objeto al hacerse un calendario, ocultar al profano vulgo, al par de sus cómputos, los misterios de la religion y de la astrología.

Principalmente porque los ocultaba y contenia excitó este calendario en el primer siglo de la conquista el ódio y el furor de muchisimos cristianos. Sahagun hasta pretendía que debía quemárselo donde quiera que se lo encontrase. No se ha comprendido bien, exclamaba; hasta qué punto es origen de supersticiones é idolatrías. Negábale hasta el título y carácter de calendario, fundán-



1. Máscara del Sol (tierra cocida dorada).—2 y 3. Idolos de tierra cocida, color natural
4. Calendario mexicano (tierra cocida de colores)



dose en que no abrazaba sino doscientos sesenta días. Ignoraba al parecer la série de los nueve signos de la noche, cosa en él por demás extraña. [1]

Sin que sea mi ánimo defender la obra de los sacerdotes ni excusar la siempre embarazosa coexistencia de dos sistemas cronológicos, estoy léjos de creer que este calendario mereciese tan acerbas iras. El número trece y sus múltiplos facilitaban la concordancia entre los dos calendarios. El año civil no contaba sino un día más sobre la suma de veinte y ocho trecenas. Estando dividido el xiuhmolpilli en cuatro tlalpillis ó indicciones de trece años, con solo añadir á cada indiccion una trecena de días quedaban evidentemente concordados los dos sistemas. Así las cosas, resultaba tener cada tlalpilli trescientas sesenta y cinco semanas de trece días, tantas como días tiene el año. Los doscientos sesenta días del calendario ritual contenían por otra parte cincuenta y dos semi-décadas ó períodos de cinco dias, es decir cincuenta y dos semanas de las civiles.

Han querido algunos ver en los dos calendarios la cuenta del sol y la de la luna. Por cuenta del sol se traduce efectivamente la palabra *tonalhualli* con que se designaba el calendario del Imperio, y por cuenta de la luna el nombre *metlapohualli* que se daba al calendario de los sacerdotes. Mas no es posible adoptar esta opinion como se considere que la luna tarda 27 dias 7 horas y 43 minutos en describir su órbita al rededor de la tierra, y en el calendario sacerdotal, ni aún mirando cada período de trece dias como un semilunio y reuniendo en uno dos, se obtienen mas de 26 dias. ¿Es creible que habían medido mal el curso de la luna pueblos que habían sabido medir el del sol con tanta exactitud como los astrónomos del califa Almamon, á cuyo año tropical no pudo añadir Zach sino dos minutos y nueve segundos? Ya que aquellos sacerdotes se hubiesen propuesto dividir en períodos iguales y redondos la revolucion de la luna, no habrían dejado á buen seguro de recoger el resíduo al fin de los doscientos sesenta ó de los trescientos doce días como se hizo en el otro calendario. Se dirá que el calendario civil era antiquísimo y distaba de ser obra del Imperio; mas ¿se conoce acaso el origen del de los sacerdotes?

Fuera de la medicion del año solar, que revela no escasos conocimientos y debió de exigir una larga série de observaciones, se ignora á qué punto llevasen aquellas naciones la Astronomía. Que supieran la causa de los eclipses nos lo dice la página 22, parte 4.ª, del Codex Telleriano-Remensis. Para consignar en ella que el año Ome Tochtli (1494 de Cristo) hubo eclipse de sol visible en Méjico se pinta en un cielo bordado de estrellas la luna tapando el astro del día y arrojando detrás de sí una gran penumbra. Es tambien de creer que tuviesen distribuidos en constelaciones los demás astros. Conocían la de las Pléyades ó Cabrillas hasta determinar, como se ha visto, cuando la habían de tener sobre

---

[1] SAHAGUN, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*.—Apéndice del lib. IV.

su cenit á media noche. No es ya tanto de presumir que distinguiesen las estrellas errantes de las fijas. Cabe muy bien que confundiesen el movimiento real de los planetas con el aparente de los cielos á pesar de verificarse el uno respecto del otro en contrario sentido. La falta de instrumentos ópticos les había de dificultar mucho los progresos en esta parte de la ciencia. Y que aquellas gentes carecieran de tan importantes medios lo deja por lo ménos sospechar la circunstancia de no haber encontrado los españoles el menor indicio de que los hubiera. Dice Dupaix que á una legua al Oriente de Mecamecan vió grabado en una roca un hombre que tenía levantada en las manos una especie de instrumento óptico; pero el dibujo que él mismo nos dió del hombre y de la roca no permite creer que fuese un telescopio lo que la figura sostuviese. Como dice con gracia Prescott, lo mismo podría ser aquello un telescopio que un mosquete.

¿Deberé hablar ahora de las preocupaciones del vulgo en materia de Astronomía? El vulgo del Imperio era, como el de todas partes, supersticioso y crédulo. Despues de la fiesta del Sol no podía ver asomar en Oriente tres de las estrellas que forman parte de la constelacion de Toro que no temiese y se preguntase: ¿será próspera ó adversa la noche? Tres veces les quemaba incienso para hacérselas propicias. Cerraba tambien puertas y ventanas para no recibir las primeras luces del planeta Vénus, al que daba el nombre de Citlapulli Hueycitlalin, la estrella grande. Teníalas por de mal agüero y creía que traían consigo las enfermedades. De los cometas decía que pronosticaban guerra ó hambre ó la muerte de príncipes ó reyes.

Los agüeros, sin embargo, los sacaba más de la tierra que del cielo. Sacábalos ya del ahullido de las fieras, ya del canto del buho ó la lechuza, ya del inesperado encuentro de una comadreja ó de una sabandija, ya de la entrada de un conejo, ya de que se formase un hormiguero en la casa, ya de que en la callada noche se oyesen golpes como si se estuviese cortando leña. Creía tambien en fantasmas y de ellas sacaba agüeros. Decía que eran ilusiones de Tezcatlipoca y unas tomaban la forma de un esqueleto que á saltos se escapaba del que lo perseguía, otras la de una mujer enana que desaparecía al querer cogérsela, otras la de una estantígua sin cabeza ni piés que andaba rodando por el suelo y exhalando gemidos. Aseguraba que los valientes podían luchar con las últimas á brazo partido, y, si las vencían, exigirles tantas espinas de magüey como prisioneros quisiesen hacer en la guerra. Hablaba de otra fantasma en forma de coyult ó de lobo que salía al paso á los viajeros para indicarles que los esperaban ladrones ó los amenazaban otras desventuras. En ese coyutl pretendía ver una metamórfosis del mismo Tezcatlipoca... [1]

Sobre todas estas visiones consultaba el vulgo á sus agoreros, llamados tonalpouhquis. Tenían estos agoreros á su cargo sacar el horóscopo á los

[1] Sahagun, lib. V, caps. del I al XIII; lib. VII caps. III y IV.

recien-nacidos. La fè en la posibilidad de anunciar lo porvenir era universal entre aquellas gentes: pocos padres dejaban de llevar sus hijos á uno de esos astrólogos. De astrólogos en realidad no merecían el nombre los tonalpouhquis, puesto que ni por la influencia de los astros ni por los signos del cielo trataron jamás de predecir los destinos de sus semejantes. Por signos se regían, pero solo por los del día y la semana en que hubiese nacido el niño que se les presentaba. Valíanse al efecto del calendario de los sacerdotes. Buscaban primero el signo del día que hubiese presidido la trecena del nacimiento, despues el del día en que el nacimiento hubiese ocurrido; y de la combinada significacion de los dos inferían los gustos, las inclinaciones y la buena ó mala suerte que había de tener el mortal por quien se los interrogaba. No siempre habían de cotejar ni examinar los dos signos: los había y no pocos que dominaban toda la trecena. Lo probable es que no dejaran de tomar en cuenta los de la noche, á no dudarlo más misteriosos que los del día.

¿Se deberá por esto considerar escasa la cultura del Imperio? Conviene recordar que durante los siglos XV y XVI no privaban ménos en Europa que en América los agoreros y los astrólogos. Importa poco que los adivinos de aquí pretendiesen leer lo futuro en el firmamento y los de allí en meros signos del calendario: tan mudos estaban los cielos como los signos y tan injustificados eran por consiguiente unos como otros pronósticos. Ni áun ahora, despues de siglos, están exentos de aquellas ó parecidas preocupaciones los pueblos más cultos. Por meros signos, por las cartas de una baraja se determina áun hoy el destino de los hombres. De agüeros no se hable: hay millares de hombres que no emprenderían en mártes camino ni cosa de importancia ni seguirían sentados en mesa donde acertasen á estar reunidas trece personas. ¡Son tan inclinados á la superstición todos los pueblos!...

CAPÍTULO XII

Mitología.—Heterogeneidad que presenta.—Fetichismo.—Adoracion del sol y de la luna.—Adoracion del planeta Venus ó la estrella de la mañana.—Politeismo.—Citlatonac y Citlalycue, padres de los dioses.—Creacion y muerte de muchas divinidades.—Orígen misterioso de Quetzalcoatl y Huitzilopochtli.—Clasificacion de los dioses: error de los mitólogos modernos.—Dioses agrícolas y meteorológicos.—Dioses de las Artes y el Comercio.—Diosas genitrices.—Dioses héroes.—Dioses manes.—Culto.—Sacrificios humanos.—Fiesta de Tlaxochimaco en honor de Huitzilopochtli y de Ocpaniztli en honor de la diosa Toci.—Fiesta en honor de Tzinteotl y de Chicomecoatl.—Fiestas en honor de los dioses Tlaloques ó de las lluvias.—Fiestas en honor de Xiuhtecutli, dios del fuego.—Fiesta en honor de Huitzilopochtli.—Fiesta en honor de Mixcoatl.—Fiesta en honor de Tetzcatlipoca.—Predominio que iba tomando el culto de este Dios á la caida del Imperio.—Tendencias del Imperio al monoteismo.—Refutacion de los modernos mitólogos sobre la significacion de Tetzcatlipoca.—Juicio de la religion del Imperio.—Barbarie que revelaban no solo los sacrificios humanos sinó tambien la manera de presentar á los dioses.

Esto me lleva como por la mano á referir brevemente las ceremonias del Imperio. Brevemente, digo, porque, como ántes indiqué, reservo para el libro segundo hablar con latitud de las teogonías, instituciones, usos y costumbres de todos los pueblos de América. Escribiré aquí lo estrictamente necesario para señalar el estado de cultura de Tlacopan, Tezcuco y Méjico en los tiempos de la conquista, que es lo que constituye el objeto y el fin de estas difíciles páginas.

Era indudablemente heterogénea la mitología de aquellas naciones. Quedaban aún en todas restos de fetichismo, preponderaba en todas el politeismo, y en todas había tendencias monoteistas. Nacía esto en gran parte de las diversas religiones que consigo habían llevado al Anahuac hoy los toltecas, mañana los chichimecas, al otro día los aztecas. Habían luchado unos con otros los distintos cultos; y, no habiendo podido ninguno destruir á sus rivales, se habían bien que mal hermanado conviniendo en llevar á un solo olimpo sus respectivos dioses.



ARMAS, TRAJES, INSIGNIAS, CALZADO, ETC., DE LOS MEJICANOS ÁNTES DE LA CONQUISTA

1. Estandarte de oro y piedras preciosas adornado de plumas.—2. Abanico ó quitasol que usaba el Emperador.—3. Grupo de casco de madera armado de dientes, y de una coraza de algodon, con adornos de varios colores, usados por los jefes inferiores.—4. Estandarte que se cree pertenecio como enseña a alguna república.—5. Adorno de cabeza que usaba el Emperador; maza de madera con puntas de pedernal; hacha de madera con filo de pedernal; espada india de madera pintada.—6. Otalt ú Otalet; baston de mando de cacique; carcaj lleno de flechas envenenadas pertenecientes al cacique Guarimacoa, y gorro de lona con rodajas de nácar, para cacique.—7. Adorno de plumas que usaban en la cintura los Príncipes ó Emperadores.—8. Bota de piel curtida, cubierta con planchitas de oro y adornada con piedras y flecos rojos, que usaba el Emperador.—9. Especie de cetro de madera adornado con oro, piedras y plumas rojas.



La adoracion á los astros era en el Anahuac antiquísima. El sol, la luna y las estrellas tenian en Teotihuacan desde mucho ántes de la invasion de los toltecas estátuas gigantes y templos, si rudos, grandiosos, de que áun subsisten imponentes ruinas. Culto directo al sol rendían, como se ha visto, los chichimecas. Lo saludaban cuando lo veían parecer en Oriente y hundirse en Occidente, y le ofrecían las primicias de la caza. Lo reverenciaban tambien los aztecas áun en los días de la conquista. Al despuntar de la aurora resonaban ya en los aires los instrumentos y los himnos sagrados, humeaba el incienso, caía la codorniz en holocausto y el sacerdote derramaba sangre de su propio cuerpo. Celebrábase ademas en honor del sol una fiesta especial en el cuarto día de la trecena *Ocelotl*, hácia el fin de Enero. No sólo se le sacrificaban ya codornices, sino tambien hombres. Se los sacrificaban sobre todo en los eclipses donde, sobrecogidas de temor las gentes, gritaban los varones, lloraban á todo llorar las hembras, se herían unos y otras la boca con las manos y se cantaba y se tañía en todos los templos. Se escogía entónces por víctimas á los mancebos de blanco rostro y cabellos rubios.[1]

Este culto era evidentemente fetichista. Si el sol había tomado formas humanas en Teotihuacan, no en los teocallis de los aztecas. Se lo representaba cuando más, como se lo representa hoy, por una cara circuida de una brillante aureola. De una manera análoga se pintaba á la luna á que tambien se entonaban himnos y se hacían sacrificios. No se adoraba ni siquiera á los astros bajo nombres distintos de los que en el lenguaje comun llevaban. Para *Tonatiuh*, el sol, y para *Meztli*, la luna, se quemaba copal y se vertía sangre. Si al sol se le designaba á veces con el calificativo de Teotl, Dios, al mismo sol era, no á ninguna personificacion ni símbolo.

Hallo aún otro resto de fetichismo en la adoracion del planeta Vénus como lucero de la mañana. A causa de vérselo parte del año en Oriente ántes de romper el alba y parte del año en Occidente á las primeras horas de la noche, se lo tomaba en América del mismo modo que en Europa por dos séres que ninguna relacion unía. Se lamentaba que dejase de parecer en Oriente, y en cuanto reaparecía se le inmolaban cautivos. Se los inmolaban, no tampoco ante ninguna estátua sino ante una simple columna en que estaba pintada una estrella. Hacíasele la fiesta en Hilbuicatitlan, uno de tantos edificios como encerraba el templo mayor de Méjico.[2]

Eran mucho más numerosas las manifestaciones del politeismo. Había llegado á ser creencia general que allá en el último de los nueve cielos había desde mu-

[1] HUMBOLDT, *Sitios de las cordilleras y Monumentos de los pueblos indígenas de América*, parte II, cap. II.—SAHAGUN, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, lib. II, cap. XIX; lib. VII, cap. I y II.—GIRARD DE RIALLE, *La Mithologie Comparée* vol. I chap. XX.

[2] SAHAGUN, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*. Apéndice del lib. II, Par.° Relacion de los edificios del gran templo de Méjico, núm. 40.

cho ántes de existir el sol y la luna dos séres de distinto sexo llamados *Citlatonac* y *Citlalycue*. Teníaselos por orígen y manantial de toda vida y por padres de los mismos dioses. No se los representaba aún por imágenes, pero se les atribuía ya nuestra forma, tanto que entre otros se les daba los nombres de *Ometecucli* y *Omecihuatl*, que traducidos literalmente significan: dos señores, dos mujeres.

Acerca del órden como pudieran haber sido engendrados los dioses por tan celeste pareja no había nada concreto. Las leyendas reemplazaban el dogma, y sobre ser contradictorias y absurdas, se referían sólo á la última de las cuatro supuestas edades del mundo. Decíase, por ejemplo, que al fin de la tercera edad, despoblada la tierra, habían producido Citlatonac y Citlalycue á Tecpatl, es decir la cuchilla de piedra con que se abrió despues el pecho de las víctimas. Mal recibido Tecpatl por sus hermanos, había sido arrojado del cielo; y al caer en Chicomoztoc, lugar de las siete cavernas, se había roto en mil seiscientos pedazos. Los mil seiscientos pedazos habían sido luégo otros tantos dioses.

Pero estos dioses no habían gozado de larga vida. Para disipar la oscuridad en que se encontraban se habían dirigido á Teotihuacan y querido crear de nuevo el sol y la luna. Habían allí encendido un gran fuego y prometido que los primeros en echarse á las llamas pasarían á ser los dos luminares del cielo. Habían conseguido por este medio que brillara otro sol en el horizonte, mas sólo para su ruina. Condenados á muerte por sus propios padres, no había querido el sol ponerse en marcha que no perecieran los nuevos dioses. Hubieron de matarse los unos á los otros y ofrecer al sol sus ensangrentados y palpitantes corazones. Muertos por los huracanes los dice Sahagun en otro lugar de su historia.[1]

Pero quedaron los antiguos dioses, y nacieron otros más tarde. Que á todos se los hiciese descender de Citlatonac y Citlalycue nos lo permite creer el misterioso orígen que se daba á Quetzalcoatl y Huitzilopochtli. A Quetzalcoatl ya se ha visto que se le decía hijo de una vírgen. A Huitzilopochtli se le suponía tambien concebido sin obra de varon, aunque por una madre de familia. En Coatepec, cerca de Tula, refiere una leyenda, había una mujer por nombre Coatlycue, de quien habían nacido los centzonvitznaoas. Un día en que, como de costumbre, barría por penitencia el monte recogió un copo de plumas que andaba volando á su alrededor, y se lo guardó en el seno. Despues de concluida su ruda faena lo buscó inútilmente. El copo había desaparecido y ella quedaba en cinta. Al verla en tal estado los centzonvitznaoas, considerándola reo de lujuria, resolvieron matarla. Cuando iban á realizar su intento salió de improviso Huitzilopochtli del vientre de Coatlycue. Nació armado de todas armas como dicen que nació Minerva de la frente de Júpiter. Llevaba en la cabeza una corona de plumas, en

---

[1] Sahagun, lib. VII cap. II.

el brazo izquierdo un escudo, en la diestra un dardo, encendida la cara y pintados de azul muslos y brazos. Arremetió desde luego contra los agresores, los arrojó de la sierra, los persiguió hasta Huitztlampa, y por más que imploraron piedad no se satisfizo hasta verlos casi á todos mordiendo el polvo de la tierra. [1]

Procedieran ó no de Citlatonac y Citlalycue, la verdad es que abundaban en el Imperio los dioses. ¿Cabía esplicarlos y clasificarlos? Hubo en la antigua Grecia un filósofo, Evhemero, que esplicaba la mitología por la historia. Siguiéronle muchos en la edad moderna; pero ya hoy son más oidos los que en los mitos de todas las religiones pretenden ver personificadas las fuerzas vivas de la naturaleza. Perdóneseme si no me decido en absoluto por ninguno de los dos criterios. No puedo creer que sociedades en la infancia y pueblos semibárbaros hayan hecho sistematicamente de su mitología un puro simbolismo. Lo puedo creer tanto ménos, cuanto que áun bajo el politeismo se ve directamente adorados en las mismas naciones que examino el sol, la luna y hasta me atrevería á decir que el fuego, y se observa por otra parte que, cuando se ha querido personificar en un dios alguna de las fuerzas del mundo, se ha hecho sin recurrir á velos que no haya cabido rasgar sin grandes esfuerzos de la ciencia. Paréceme además innegable que en casi todos los pueblos politeistas se ha ido poco á poco transformando en mitos á los antiguos héroes y por lo ménos en parte poblando el Olimpo de séres que realmente fueron. En los pueblos de nuestros mismos días se nota una marcada tendencia á transformaciones análogas.

De la existencia de Quetzalcoatl en el mundo hablan, por ejemplo, todos los historiadores. De Huitzilopochtli se dice ser aquel mismo Huitziton que sacó de Aztlan á los aztecas y los condujo hasta las floridas márgenes de la laguna de Patzquaro. Los analistas de Méjico refieren hasta cómo y cuándo se le convirtió en el dios de la guerra. De Patzquaro á Tenochtitlan, escriben, lo llevaban en andas los sacerdotes y donde quiera que descansaban le ponían bajo templetes de hojas y flores. Desde Coatepec empezaron á sacrificarle víctimas. Véase lo que sobre este punto he dicho en el capítulo sexto. ¿Se rechazará tal vez por inseguro el testimonio de esos autores? No sé que hayan podido beber en otros manantiales los que hacen de Huitzilipochtli el símbolo de la tormenta.

Opino hace mucho tiempo que el estudio de la historia bajo sistemas preconcebidos nos lleva más á falsear que á depurar los hechos. Es sin duda ingeniosísima la manera como los mitólogos de hoy interpretan las antiguas religiones: mas en Historia como no sea para suplir la verdad ¿qué falta hace el ingenio? Entiendo que en el politeismo del Imperio como en el de otras muchas gentes había dioses de distinto carácter: unos que eran realmente símbolos de la naturaleza, otros que lo eran de las virtudes, los vicios y las pasiones humanas,

---

[1] Sahagun, lib. III, cap. I. Torquemada, *Monarquía Indiana*, lib. VI, cap. XXI.

otros que de héroes se habían elevado á la categoría de divinidades y en el cielo representaban no pocas veces lo que jamás fueron en la tierra.

Hallo primeramente en la mitología del Imperio un grupo de dioses que me permitiré llamar agrícolas y meteorológicos: *Toci* ó *Tozintzin*, á quien llama Sahagun el corazon de la tierra; *Tzinteotl*, dios de los maíces, hijo al parecer de Toci; *Chicomecoatl*, la diosa de los alimentos, una como Céres; *Tezcatzoncatl* y sus doce hermanos, dioses del vino; *Quetzalcoatl*, dios de los vientos; *Tlaloc* y *Chalchiuhtlycue*, dioses de las aguas y las tempestades; *Napatecutli*, dios que bordaba de juncos y cañas las riberas de los rios; *Opuchtli*, dios que había inventado instrumentos para pescar y matar peces; *Huixtocioatl*, diosa de la sal, hermana primógenita de los Tlaloques; *Tzaputlatena* ó la madre de Tzaputla, la diosa que enseñó el uso de la resina del pino; *Xiuhtecutli* dios del fuego. Incluyo tambien en el grupo á la diosa *Xilonen* por mas que no haya podido averiguar de que fuese maestra ni protectora. Muéveme á tenerla por una de las diosas de la agricultura la fiesta que se le hacía todos los años en el mes de Julio, fiesta donde se le sacrificaba en el templo de Tzinteotl una mujer que acompañaban, los varones apoyados en cañas de maíz y las hembras ceñida la cabeza de guirnaldas de flores.

Forman en mi opinion otro grupo los dioses de las artes y el comercio: el mismo *Quetzalcoatl*, en quien adoraban los joyeros y los artífices de plumas; *Macuilxochitl* y *Xochilquetzal*, á quien invocaban los pintores y las lavanderas; *Toci* y *Totec*, en quienes buscaban la Medicina alivio para sus enfermos; *Iacatecutli*, *Chiconquiahuitl*, *Xomocuil*, *Nacxitl*, *Cochimetl*, *Iacapitzauac* y *Chalmecacioatl*, que los mercaderes tomaban por escudo y guía en todas sus empresas. Adoraban los mercaderes á sus propios báculos de viaje que reunían en haz á donde quiera que fuesen y honraban, ya vertiendo de su misma sangre, ya quemándole incienso; pero solo porque los miraban como la imágen de Iacatecutli. Atendida la importancia que daban estos mismos hombres á los banquetes, no me parece tampoco violento incluir en el grupo á *Omecatl*, el dios de los convites.

Pongo en otro grupo á las diosas genitrices: á *Ciacoatl* ó *Cihualcohuatl*, la mujer serpiente, la primera que sufrió los dolores de parto; á *Chimalman*, madre de Quetzalcoatl, y á *Coatlycue*, que lo fué de Huitzilopochtli, diosas de los castos amores; á *Tlazulteotl* y sus cuatro hermanas, diosas de la lujuria.

Distingo, por fin, en otro grupo á los dioses-héroes: á *Huitzilopochtli*, *Mixcoatl* y *Tetzcatlipoca*, especie de trinidad bélica á que se sacrificaban millares de esclavos y prisioneros de guerra. Con ellos pueden muy bien ir acompañados *Mictlantecutli* y *Mictecacihuatl*, que reinaban en la novena y última division del imperio de los muertos.

Había además los dioses manes que tenía cada familia en su casa y en determinados días coronaba de ramos.

El culto que á todas estas divinidades se tributaba consistía generalmente en ayunos, abstinencias, abluciones, cánticos, danzas, luchas, ofrendas, holocaustos, ya de aves, ya de hombres, braseros que ardían perpetuamente á la puerta de los templos. No se derramaba sólo en honor de los dioses de la guerra la sangre del prójimo; hasta en honor de los dioses de la tierra y el cielo se hacían verdaderas hecatombes. En una de las fiestas de Huitzilopochtli, la que se celebraba en el mes de Micailhuitzintli ó Tlaxochimaco, del 18 de Julio al 26 de Agosto, no se inmolaba, por ejemplo, víctima alguna. La antevíspera se derramaban las gentes por campos y maizales en busca de flores. Llevábanlas de noche al templo y al amanecer las entretejían formando cintas con que adornaban el patio. Preparaban por la tarde la comida del siguiente día, y el de la fiesta, muy de mañana, acudían á los altares del ídolo. Flores, tamales é incienso ofrecían solamente los sacerdotes al sanguinario Huitzilopochtli, de guirnaldas de flores le cubrían, y con flores iban luego á honrar y ataviar las estátuas de los demás dioses. Comían despues todos, sacerdotes y pueblo, y á medio día empezaba en el patio un pomposo areito. Guiaban el baile los hombres más esforzados en la guerra, y ellos y los demás iban culebreando y cantando al son de la música que otros les tocaban junto á un altar llamado Mumuztli. Marchaban todos, puestos un hombre entre dos mujeres y una mujer entre dos hombres. Iban los hombres asidos de las mujeres por las manos; solamente los delanteros tenían por lo bravos el privilegio de llevarlas cogidas por la cintura. Hasta era tranquilo el baile: no agitaban los danzantes como de costumbre cabezas, piés ni manos: ponían toda su atencion en guardar la mayor compostura y evitar la menor disonancia. Concluido el areito, ya de noche, retirábase cada cual á su casa y repetía la fiesta al rededor de sus dioses lares.

Véase en cambio la fiesta que se celebraba el mes de Ocpaniztli, del 6 al 25 de Setiembre, en honor de la diosa Toci, que llamaban nuestra buena madre, alma de la tierra y reina de la Medicina. Del día 11 al 18, desde que empezaba la tarde hasta que el sol se ponía, se ejecutaba al son de un simple atabal cierto baile reposado y grave donde ni siquiera se cantaba. Del 19 al 22 las médicas, así las ancianas como las mozas, luchaban partidas en dos escuadrones arrojándose pellas que se hacían ya de palas de nopal, ya de flores amarillas, ya de hojas de espadaña, ya de los filamentos de algunos árboles. Abría estas raras escaramuzas una mujer escogida para representar á la Diosa, y esta era lo principal del espectáculo. Al otro día de concluidas las peleas se la paseaba por el mercado. Recibíanla á poco los sacerdotes de Chicomecoatl y la llevaban á una vivienda próxima al templo, donde se la engañaba asegurándole que la esperaba el Rey en su tálamo. Vestíanla con los ornamentos de Toci, y á la media noche la conducían al templo acompañados de una inmensa muchedumbre que apenas tosia ni respiraba por no interrumpir el general silencio. No bien llegaba la infeliz mujer á lo alto de la plataforma, cuando, puesta sobre las espaldas de un sa-

cerdote, recibía de súbito la muerte. Otro sacerdote le cortaba de un golpe la cabeza.

Desollábanla inmediatamente y se vestía de la ensangrentada piel uno de los sacerdotes, el de más cuerpo y mayores fuerzas. Aquél era desde entónces la personificacion de la Diosa; pero ¡ cuán de otra manera que la infortunada víctima á quien substituía! Acompañado de cuatro robustos jóvenes y seguido por muchos de sus colegas, arremetía contra unos soldados que le salían al encuentro, y, ya que lograba ponerlos en fuga, los perseguía con tal ímpetu, que aterraba á la muchedumbre. Iba luego en busca de la estátua de Tzinteotl y la llevaba consigo al templo de Toci, donde al amanecer corría la gente principal á presentarle toda clase de ofrendas. Ya libre de sus fugaces adoradores, inmolaba por sí mismo á cuatro prisioneros. Adornado con las vestiduras y la diadema de la Diosa, los arrojaba uno tras otro sobre la piedra techcatl, les abría el pecho, les arrancaba el corazon y gradas abajo los precipitaba del templo.

Entregaba otros muchos cautivos á la cuchilla de otros sacerdotes, y se dirigía á cierto lugar de la frontera, dónde, segun el ceremonial, debía quitarse la piel de que iba cubierto. Allí le esperaba casi siempre una nueva lucha. Así no solía emprender el viaje que no le custodiaran, ademas de sus devotos, mucha gente de guerra.

No concluía aquí el espectáculo. El Rey, sentado en un trono que tenía un cuero de águila por alfombra y uno de tigre por respaldo, hacía en su propio palacio alarde de sus ejércitos. A medida que iban pasando ordenadamente primero los capitanes, luego los soldados viejos, despues los bisoños, les repartía de las muchas cosas que á sus piés tenía: á quienes rodelas, á quienes espadas, á quienes penachos, á quienes mantas y maxtles. Poníanse al punto jefes y soldados lo que habían recibido, y volvían á pasar con sus nuevos atavíos ante el Monarca, á quién hacían profundo acatamiento. Todos se consideraban para en adelante consagrados á la muerte, todos en la obligacion de morir con los adornos del Rey en los campos de batalla.

No tomaba la fiesta un color agrícola sino á continuacion de este alarde. Hacíase un areito en que tomaban parte los soldados bisoños é iban como los demás galanamente adornados de flores. Marchaban detrás el sacerdote imágen de la diosa Toci con todos sus fieles, y todos cantaban en el tono más alto. Enturbiaban algun tanto la alegría de este areito los temores de las madres, á quienes les parecía ya estar separadas por la guerra de los hijos que acababan de tomar las armas; pero se repetía á la otra tarde la danza, y la mayor concurrencia de pueblo junto con la de los nobles y el Rey, que brillaba como una ascua de oro, hacía desaparecer la tristeza de los ménos bajo el general regocijo. Crecía aún el júbilo cuando, acabado este segundo areito, parecían las vírgenes consagradas á la diosa Chicomecoatl con mazorcas de maíz á cuestas andando y cantando al compás de los sacerdotes, y éstos desde lo alto de un templete que llamaban la mesa

de Huitzilopochtli derramando sobre las gentes apiñadas al pie maiz de todos los colores. ¿Querrá creerse que aún entónces conservaba la fiesta su tinte de sangre? Llevaban estos sacerdotes sobre su piel la de los cautivos sacrificados el día anterior en el techcatl de la diosa Toci.

Incruenta y agrícola no había otra fiesta que la del mes Huey Tozoztli, del 19 de Abril al 8 de Mayo, en honor de Tzinteotl y de Chicomecoatl. Durante cuatro días, de rigoroso ayuno, se extendía capas de heno á los piés de las diosas, se enramaba á los dioses y se les ponía delante frescas y limpias espadañas. Recorríase despues los maizales y los campos, se traía cañas de maíz y yerba y con ellas se adornaba los altares de los ídolos. Tenía cada cual en su casa las imágenes de Chicomecoatl y de Tzinteotl, y no solo las embellecía al par de las del templo, sino que tambien les consagraba sus víveres: chían, maíz, tortas y sobre todo una rana, símbolo de la diosa. En el teocalli de Chicomecoatl, y no en sus hogares, había, sin embargo, de comerlos. Allí los comía el pueblo todo en medio de la mayor algazara.

Hacíase luego en el templo de Tzinteotl lo principal de la fiesta. Iban procesionalmente subiendo por las gradas multitud de vírgenes, teñido de pez el rostro, ceñidas de plumas brazos y piernas y con siete mazorcas de maíz á la espalda. Ya en el teocalli, se inclinaban profundamente ante la estátua de Tzinteotl y salían con paso lento. Seguras iban de que les faltase para la próxima cosecha la proteccion de los dioses. Metían las siete mazorcas en lo más hondo de la troj y las guardaban para la sementera.

No cabía fiesta más inocente; pero ¿lo eran ya las dedicadas á los dioses de las lluvias? Entre los dioses de las lluvias figuraban los altos montes, aquellos en que parecían formarse las nubes y las tormentas. Había al año muchas fiestas para todas esas deidades que infundían á la vez temor y esperanza. Ya en el mes de Xilomanaliztli ó Altcahualco, del 18 de Febrero al 9 de Marzo, se celebraba una que habría bastado para horrorizar á cualquiera otro pueblo culto. Al son de flautas y trompetas, en andas cubiertas de joyas y brillantes plumas llevaban los sacerdotes, bien á ciertos lugares del lago, bien á empinadas sierras, niños de pecho con el rostro pintado de aceite de ulli y alas de papel blanquísimo, en quienes se desplegaba un insolente fausto. Calzaban estos niños cotaras de hermosas labores, vestían mantas y maxtles soberbiamente bordados, lucían en la cabeza vistosos plumajes y esparcidas por todo el cuerpo turquesas y esmeraldas. No se los conducía de un golpe al término del viaje; se les hacía pasar la noche en un oratorio donde sin cesar se les cantaba para que no pudieran entregarse al sueño. Al otro día se los llevaba á su destino y se les arrancaba impíamente el corazon, esparciendo la sangre á los cuatro vientos. ¡Ay del sacerdote ó del anciano que por compasion se retiraran de la muchedumbre ántes de llegar al sitio de la catástrofe! Se los tenía por infames é indignos de todo cargo.

En tanto allá en el templo de Totec se celebraban sacrificios gladiatorios. Cautivos destinados á morir, sujetos por el pié á una piedra redonda, peleaban, armados simplemente de una espada de palo y una rodela, con los mismos que los habían cogido en el campo de batalla. Luego que sucumbían, se les arrancaba tambien el corazon, se los precipitaba de lo alto del teocalli y se los entregaba á sus dueños, que los asaban y distribuían entre deudos y amigos.

Sacrificios había tambien, y no pocos, en la fiesta del mes de Etzalqualiztli, del 29 de Mayo al 17 de Junio. Se la empezaba de noche tocando en el templo de Tlaloc teponaztlis, caracoles y demás instrumentos religiosos. Cantábase en los monasterios. Danzaba la plebe al compás de las sonajas. Acabado el areito, se inmolaba multitud de cautivos. Los primeros en morir servían de asiento á los últimos. Metíase los corazones de todos en una jarra pintada de azul, y con ellos y las demás ofrendas se embarcaban los sacerdotes en una canoa del Rey para un lugar del lago que había por nombre Pantitlan y era un sumidero. Allí arrojaban los corazones y tambien piedras preciosas. Decíase que se alborotaban las aguas formando olas y arrojando espuma. Cogía luego uno de los sacrificadores un incensario, quemaba unos papeles, hacía ademan de ofrecerlos al remolino, y terminaba por lanzar el incensario mismo á la boca de tan negro escollo. Concluía la fiesta al rayar el alba. Hallábanse á la sazon los sacerdotes bañándose en Tetamacolco.

No faltaban víctimas tampoco en la fiesta del mes de Hueypachtli ó Tepeiluitl, del 16 de Octubre al 4 de Noviembre. Se llevaba en andas á cuatro mujeres y un hombre. Se los subía en las mismas literas á lo alto del templo. Abierto ya el pecho y arrancado el corazon, se los dejaba caer lentamente gradas abajo. Les cortaban despues la cabeza y la ensartaban en varales destinados á los cráneos de los que así morían. Se los enviaba por fin á los barrios de que procedían y se los repartía entre los fieles. Fiesta consagrada á los dioses de las lluvias no la había sin sangre, como no fuera en el mes de Atemoztli, del 15 de Diciembre al 3 de Enero, mes en que se decía que estos dioses bajaban á la tierra. Contentábanse en ella con matar y quemar las imágenes de los montes que se hacía de pasta de bledos.

Aumentaba la crueldad de los sacrificios en las fiestas de Xiuhtecutli, el dios del fuego. Celebrábase una en el mes de Hueymicailhuitl ó Xocotlhuetzi, del 17 de Agosto al 5 de Setiembre. Comenzaba por un areito en que cada señor iba danzando con el cautivo que traía destinado á la muerte. Llevaban los señores amarillo el cuerpo, colorado el rostro, ceñida la cabeza de un plumaje á modo de mariposa, en la mano izquierda un escudo de pluma blanca con garras de tigre ó de águila en la mitad del campo; los cautivos, blanco el cuerpo, roja la cara, negras las mejillas, de papel el maxtle, empenachada la cabeza, adornado el labio inferior de un bezote de pluma, tiras de papel del hombro al sobaco.

Concluido el areito, á que sólo ponía fin la noche, en presencia y á honra del

fuego cortaban al rape los señores á los cautivos el pelo de la coronilla y lo guardaban como sagrada memoria. Velábanlos despues, y al romper el día los ordenaban para que un sacerdote los fuera desnudando y arrojara al fuego trajes y preseas. Ya desnudos, tomaba cada señor á su prisionero y le conducía por los cabellos á un sitio llamado Apetlac, donde le abandonaba. Descendían entónces otros sacerdotes, echaban incienso en polvo á la cara de los cautivos, los ataban de piés y manos, se los cargaban en los hombros y lo subían á lo alto del templo donde ardía un vasto brasero las ascuas bajo las cenizas. Lanzábanlos inhumanamente á la lumbre, en la que no se revolvían las pobres víctimas sino para agravar sus tormentos. No los dejaban con todo expirar en el brasero: al verlos ya con las bascas de la muerte, los sacaban y los extendían sobre la piedra techcatl, donde les arrancaban el corazon para arrojarlo á los piés de Xiuhtecutli.

Despues de tan sangriento y feroz espectáculo, asómbrese el lector, se entregaban los mejicanos alegremente al juego de las cucañas. Alzábase en medio del patio un madero altísimo en cuya cima había la imágen en pasta del dios del fuego. Abalanzábase multitud de mancebos á subir por el palo; y el que lograba coger la estátua era en bajando objeto de aplausos y honores. Le subían los ancianos al templo y le regalaban joyas. Le vestían una manta con orla de pluma que le pasaban por debajo del hombro izquierdo y le ataban en el de la derecha. Y así ataviado se le conducía á su casa acompañándole los ministros de los ídolos al son de las bocinas y las cornetas.

No se hacía la principal fiesta del dios del fuego sino de cuatro en cuatro años, en el último de los dias intercalares ó nemontemis. Se sacrificaba en ella no sólo cautivos sino tambien esclavos, no sólo varones sino tambien mujeres. Pero se los sacrificaba en la forma comun, poniéndolos desde luego sobre la piedra techcatl y abriéndoles el pecho. Terminada la hecatombe, comenzaba un pomposo areito en que tomaban parte solo el Rey y sus nobles. Agujereábase despues las orejas á niños y niñas, á quienes se daba padrinos.

Fiestas sin sangre no las había para el dios del fuego sino en el mes Itzcalli ó Tititl, del 9 al 28 de Enero. Le ofrecían aquel mes las hembras tamales, los mancebos caza y pesca. Quemaban unos ancianos la caza y la pesca en una vasta hoguera que ardía delante de la estátua de Xiuhtecutli, y distribuían los tamales entre los mancebos. Distinguíase la estátua del dios por el fausto con que se la decoraba.

Era generalmente sanguinario, como se acaba de ver, el culto del Imperio. Apenas se sabía honrar á la divinidad mas que por terribles holocaustos. ¿Cómo, sin embargo al hablarse de las víctimas inmoladas en los teocallis de Méjico se vuelve de ordinario los ojos á Huitzilopochtli, Mixcoatl y Tetzcatlipoca? Se vertía indudablemente más sangre en sus aras que en las de los otros dioses. Se la vertía no solo en casi todas las fiestas que les estaban dedicadas sino tambien en otras muchas ocasiones: al subir un rey al trono, al conquistarse una provincia,

al ganarse una batalla, al sufrir el Imperio una calamidad y no saber como alejarla de la cabeza de los pueblos. Se creía que sólo con ofrecerles los corazones de los vencidos cabía tener propicias tan feroces divinidades, y á veces se emprendían guerras sólo para procurarles sacrificios.

Referiré solo una de las fiestas de cada uno de los tres dioses. Ochenta días ántes de la que se hacía en honor de Huitzilopochtli el mes de Panquetzalitztli, del 25 de Noviembre al 14 de Diciembre, se entregaban los sacerdotes á la penitencia, y todos los días á media noche iban desnudos á poner ramas en los altares, oratorios y humilladeros de los montes. Concluida esta larga cuaresma, cantaban los himnos del Dios á sol puesto, mezclados varones y hembras. Nueve días ántes del de los holocaustos empezaban á disponer las víctimas. Las bañaban con agua de la fuente de Huitzilatl, que traían los viejos en cántaros con hojas de cedro, les teñían de azul brazos y piernas, les listaban de azul y amarillo la cara, les atravesaban la nariz con una saetilla, les ceñían la cabeza con una como corona de cuyo centro salía un manojo de plumas blancas y los vestían con los mismos papeles con que los debían llevar á la muerte. Había tambien aquí entre las víctimas mujeres y hombres, unas y otros esclavos. A los prisioneros de guerra que habían de morir no se los aparejaba con tanta anticipacion ni con estas ceremonias.

Llegado el día de los sacrificios, que era el último del mes, en cuanto amanecía se bajaba del templo de Huitzilopochtli la estátua del dios Paynal que era la que solía anunciarlos y presenciarlos. Inmolábase primero á cuatro cautivos en el juego de pelota del templo mayor de Méjico, y se los arrastraba despues de muertos por el Tlachco, donde quedaba en sangre la huella de los cadáveres. Se iba en seguida corriendo á Tlatelolco y de allí á Nonoalco, donde se unía á la estátua de Paynal la de Quahuitlicac, su compañero. Juntas ya, se pasaba á Tacuba y en el barrio de Popotlan se mataba otros cautivos. Otros se mataba aún en Chapultepec, pasado el rio Izquitlan, á las puertas de un templo que allí había.

En tanto que esta excursion sacerdotal se verificaba, los esclavos que habían de morir luchaban con unos soldados que blandían sendos garrotes de pino y arrojaban dardos. Disponían tambien de armas los esclavos, pero sólo de unos pequeños cascos de pedernal que despedían á modo de saetas. No tenían espadas, ni para defenderse vestían como sus contrarios jubones ni embrazaban rodelas. Morían, con todo, en uno y otro bando combatientes, y si se llegaba á coger algun soldado se le tendía al punto sobre un teponaztli y se le sacrificaba. Cesaba la pelea á la voz de un sacerdote que desde la plataforma del templo de Huitzilopochtli les anunciaba el regreso del dios Paynal; y en cuanto sonaban caracoles y cornetas empezaban de nuevo los sacrificios.

Matábase á los cautivos en el teocalli de Huitznaoatl; en el de Huitzilopochtli á los esclavos. A estos se los precipitaba con ímpetu de las gradas del templo,

por las que corrían regueros de sangre. No moría uno que no se tocase las trompetas y las bocinas: y, ya inmolados todos, se retiraban los fieles á sus hogares. No por esto concluía la fiesta; se la prolongaba tres días más y al siguiente de la matanza bebían pulque los viejos, los casados y los nobles, y los dueños de los esclavos muertos daban convites en que se tañía, se cantaba, se tocaba las sonajuelas y se hacían regalos á cuantos mancebos y doncellas servían ya la comida, ya la bebida.

Celebrábase la fiesta de Mixcoatl en el mes Quetcholli, del 5 al 24 de Noviembre. Del quinto al noveno día de este mes se hacía todo género de saetas. Hacíaselas en el templo de Huitzilopochtli como objetos sagrados. A este dios se ofrecía las cañas de que había de cortárselas; en el fuego de los altares de este dios se las ponía rectas si por acaso estaban torcidas; en el patio de este dios se reunían tenuchcas y tlatelolcas y las armaban de puntas de itzli; á este dios se las presentaba en haces de veinte cuando ya eran armas para la guerra. Labrábase flechas para tirar al blanco, y allí en el mismo templo se ejercitaban los ciudadanos al tiro tomando por señuelo una hoja de áloes. Fabricábase tambien flechas para honrar la memoria de los muertos en batalla, y junto con unas teas con que luego se las quemaba se las deponía sobre los sepulcros.

No empezaba verdaderamente la fiesta de Mixcoatl hasta el onceno día del mes, en que despues del almuerzo se ceñían los mejicanos las mantas al lomo, se armaban de arcos y saetas, unidos con los habitantes de muchos pueblos acorralaban la caza, y, ya que la tenían junta, la cogían sin dejar apénas con vida corzo, conejo ni liebre. No se llevaban los cazadores sino las cabezas de las reses y demás animales muertos que colgaba cada cual en su casa.

Cinco días despues empezaban los preparativos para los holocaustos. Repartíase los acostumbrados aderezos de papel á los esclavos que habían de morir ya en honor de Tlamatzincatl, ya en honra de Izquitecatl, ya en aras de Mixcoatl y su esposa Coatlycue. Atavíabase tambien á muchas mujeres destinadas al sacrificio. Llegado el día de la expiacion, se comenzaba por subir al templo á cuatro cautivos atados de piés y manos á quienes se llevaba, dice Sahagun, á manera de ciervos atados para la muerte. Abríase el pecho primeramente á estos infelices, despues á las mujeres, luego á los esclavos, por fin á la imágen del mismo dios Mixcoatl, á la cual se fingía arrancar el corazon como á sus víctimas. Al bajar por las gradas los cuerpos de las mujeres recogíanlos unas viejas y ¡cosa singular! les metían en la boca cuatro bocados de pan tintos en salsa de molli, y les rociaban el rostro con hojas de caña mojadas en agua salobre. ¿A qué esas ceremonias si minutos despues se decapitaba á esas pobres mujeres?

La fiesta de Tetzcatlipoca era la principal del Imperio. Celebrábasela en el mes Toxcatl, del 9 al 28 de Mayo. Empezaba por el sacrificio de un gentil mancebo que durante un año había sido la imágen viva del Dios en la tierra. No tenía este gallardo jóven tacha en su cuerpo. Era de buenos modales y gracioso porte.

Sabía tañer bien la flauta y andar por la calle oliendo flores como las gentes de la nobleza. Vestía ricamente. Llevaba zarcillos en las orejas, atravesado el bezo por un barbote de caracol marisco, al cuello una sarta de piedras preciosas. De sartas de piedras preciosas tenía cubiertos los antebrazos, los brazos ceñidos por ajorcas de oro. Usaba un maxtle de blanco lienzo y bellas labores, cuyas orlas bajaban casi hasta la rodilla; sobre sus cotaras, tambien hermosas, unos cascabeles de oro para que siempre se supiera por donde iba. Traía, por fin, teñidos de negro la cara y el cuerpo, coronadas las sienes y cruzado el pecho de cintas de flores, á la espalda una como bolsa elegantemente recamada, sobre todo el traje una manta en forma de red de curiosas orillas y largos flecos.

Gozaba durante el año este singular mancebo de la facultad de satisfacer todos sus apetitos y sus antojos. Se alimentaba opíparamente; y solo cuando se ponía obeso, por no perder la esbeltez de sus formas bebía sal con agua. Podía cada y cuando quisiera, ora fuese de noche ora de día, salir á recorrer la ciudad, si bien siempre acompañado de ocho pajes. No parecía en público, bien anduviese, bien no tañendo la flauta, que los fieles todos no le hiciesen profundo acatamiento y áun le adorasen besando la tierra. ¿Cómo no, si en él veían la encarnacion de Tetzcatlipoca?

Veinte días ántes de la fiesta se empezaba á disponerle para el sacrificio. Se le despojaba de sus pomposas vestiduras. Se le lavaba el cuerpo. Se le cortaba los cabellos y se los ataban sobre la coronilla con un cordon del cual pendían dos borlas con boton de plumas y oro. Se le entregaba cuatro doncellas con quienes pudiese holgar hasta la víspera de su muerte.

Cinco días ántes de la catástrofe aumentaban para el infeliz mancebo las atenciones y los festejos. Seguíanle á excepcion del Rey todos los grandes; y le llevaban un día al barrio de Tecanman, otro al que guardaba la imágen de Tetzcatlipoca, otro al monte de Tepetzingo, otro al de Tepepolco, donde le divertían con grandes banquetes y ruidosos areitos. De allí puede casi decirse que pasaba á los umbrales del sepulcro. Luego de concluido el festin de Tepepolco, se embarcaba con sus mujeres, que le iban consolando, en una canoa del Rey cubierta de un bello toldo y se dirigía á Tlapitzaoayan, cerca del camino de Iztapalapa. Abandonado allí de sus cuatro esposas y seguido por sus ocho pajes, encaminaba sus pasos á un pequeño y desaliñado templo que distaba de la ciudad como una legua. A cada grada que subía destrozaba una de sus flautas; y no bien llegaba á la plataforma, cuando moría sobre el techcatl á manos de los sacerdotes. Sufría al fin la más oscura de las muertes el que durante un año había representado al mayor de los dioses y estaba por encima de los reyes. El pueblo no presenciaba el holocausto.

Por este sacrificio empezaba la fiesta de Tetzcatlipoca y por otro concluía. Inmolábase el último día á otro jóven cautivo en quién se veía la imágen de Huitzilopochtli. No iba éste con el fausto del otro ni era objeto de adoracion y culto;

pero atraía tambien las miradas de las gentes. Tomaba parte en todas las danzas, y guiaba las del pueblo. A él tocaba decidir la hora de su muerte: cuando bien le parecía se entregaba en brazos de los sacerdotes para que le arrancaran el corazon y le cortaran la cabeza. Muerto él, se consagraban los sacrificadores á herir á los niños y á las niñas en muñecas, brazos y pecho con sus cuchillas de iztli.

Entre los dos sacrificios se honraba casi exclusivamente á Huitzilopochtli, de quien se hacía una imágen de pasta. Poníasela en un tablado portátil compuesto de maderos cortados en forma de culebra y de tal modo combinados que de cualquier punto que se lo mirara formaran juego las cabezas y las colas de las fingidas serpientes. Ataviábasela, conducíasela en andas al templo y, ya que estaba en su lugar, se le hacían ofrendas. Quien le ofrecía tamales, quien codornices que ántes descabezaba, quien incienso. Seguían despues los cánticos y los bailes. Danzaban hasta los sacerdotes con las mujeres, cúanto más los palaciegos y la gente de guerra. [1]

No cabe, sin embargo, dudar que por lo ménos á la caida del Imperio prevalecía Tetzcatlipoca. Se le miraba como el dios omnipotente, y los fieles todos le rogaban que les concediera los bienes de que necesitaban ó los librara de los males que sufrían. Nobles y plebeyos le tenían en su casa y no cesaban de invocarle. Sobre todo en la fiesta que se le hacía bajo el signo Ce Miquiztli no dejaba nadie de ofrecerle, ademas de tamales y codornices, perfumes y flores. De él se creía que derivaban la próspera y la adversa fortuna, y á él se acudía, si la miseria ó la peste azotaban á los pueblos, para que les devolviera la salud y la abundancia: si estaban en guerra, para que les diese la victoria contra los enemigos; si un rey se hacía tirano y atropellaba las leyes, para que los librara de tan duro azote; si otro rey moría, para que los inspirase en la eleccion del que hubiese de subir al trono; si estaba ya elegido el sucesor; para que le comunicara sus altos dones y le llevara por el camino de la justicia. Para todo se le invocaba con preferencia á los demás dioses.

Por Sahagun conocemos las oraciones que en estos casos se le dirigían. Son muy de notar los epítetos que se le daban. En la oracion contra la peste se le decía: «Oh valeroso Señor nuestro, debajo de cuyas alas nos amparamos y defendemos y hallamos abrigo, tú eres invisible y no palpable como la noche y el aire... Oh Señor, que habeis tenido por bien desampararnos en estos días conforme al consejo que vos teneis así en el Cielo como en el Infierno... Señor nuestro humanísimo, piadosísimo, nobilísimo, preciosísimo... cese ya vuestra ira y vuestro enojo.» «Señor humanisimo, se le decía en la oracion por la guerra, am-

---

[1] Las noticias sobre todas las fiestas de que acabo de hablar están tomadas de los libros II y III de la *Historia Universal de las cosas de Nueva España* de SAHAGUN y del lib. VI de la *Monarquía Indiana* de TORQUEMADA.

parador y defensor invisible é impalpable por cuyo albedrío y sabiduría somos regidos y gobernados y debajo de cuyo imperio vivimos... por cuanto es vuestra majestad señor de las batallas, de cuya voluntad depende la victoria... suplícoos que desatineis y emborracheis á nuestros enemigos para que se arrojen en nuestras manos y caigan todos sin dañarnos en las de nuestros soldados y peleadores, que padecen pobreza y trabajos.» «Oh señor nuestro humanísimo, se lee en la oracion por el rey nuevamente electo, vuestra majestad sabe lo que ha de acontecer de día y de noche durante este reinado, y nosotros sabemos que nuestros caminos y obras no están tanto en nuestra mano como en la mano del que nos mueve... tened por bien que el nuevo príncipe rija y gobierne con toda prudencia y sabiduría el señorío que ahora le habeis encomendado.» [1]

Se ponía, como se ve, á Tetzcatlipoca sobre los demás dioses. Se le reconocía autor de la vida y se le daba por mensajero la muerte. Se le concedía imperio lo mismo sobre la tierra que sobre el cielo y el infierno. Se le consideraba orígen de toda potestad y consejero obligado de los reyes. Se le atribuía la presciencia; se atribuía más á su gracia que á nuestra voluntad que el hombre marchara por el sendero de la justicia. Por su albedrío y su sabiduría se nos miraba regidos y gobernados.

Por esto principalmente reconozco en el Imperio una marcada tendencia al monoteismo. Se iba reuniendo los atributos de la divinidad en Tetzcatlipoca, y no faltaba mucho para que se le dijera padre de los dioses. Citlatonac y Citlalycue carecían de símbolos y templos: los debilitaba cada día más en la memoria y el corazon de las gentes la prepotencia de ese nuevo dios de la vida. Se iba reproduciendo, á mi manera de ver, en Tetzcatlipoca al Dios creador del Universo, á quien adoraban los chichimecas bajo la denominacion de Tloque-Nahuaque ántes de haber abandonado las márgenes del Gila, á ese dios ignoto á quien levantó Netzahualcoyotl altares en Tezcuco y no habían olvidado aún los tlaxcaltecas cuando el descubrimiento. Por más que probable tengo que si España no hubiese ido á interrumpir tan bruscamente aquella civilizacion *sui generis*, no se habría hecho esperar mucho el tiempo en que Tetzcatlipoca hubiese invadido los teocallis todos del Imperio y terminado por ser la única deidad ante la cual besasen la tierra las tres naciones.

Lo que no puedo creer respecto de Tetzcatlipoca es que fuera la personificacion del sol como pretenden los modernos mitólogos. En todas las oraciones que Sahagun nos ha trasmitido se le llama impalpable é invisible, y en algunas invisible como la noche. Muy ignorantes de sus misterios religiosos habían de estar los sacerdotes para que fueran á darle el epíteto más contrario al astro de

[1] *Libro Sexto de la Retórica y Filosofía Moral y Teología de la gente mejicana* por BERNARDINO DE SAHAGUN.—Forma parte del vol. V de la obra de Kinsborough. Es el libro sexto de la misma *Historia Universal de las cosas de Nueva España* que tantas veces he citado.

que se le hace símbolo. En esas oraciones, ademas, se habla muchas veces del sol y siempre como de un sér distinto de Tetzcatlipoca. Acaso se diga que en los últimos días del Imperio se desconocía ya la verdadera significacion de los antiguos mitos; pero, sobre no ser esto creible en un sacerdocio que no había dejado de existir en ningun tiempo y perpetuaba por la tradicion y el jeroglífico sus conocimientos, mitos, como el de Huitzilopochtli, mucho ménos antiguos distaban de ser interpretados como ahora se los interpreta. La tempestad quieren ver hoy en Huitzilopochtli, cuando por dioses de la tempestad se adoraba á los Tlaloques y por considerarlos táles se les sacrificaba tanta multitud de inocentes víctimas, cuando Huitzilopochtli fué siempre para los aztecas el dios de las batallas y su maravilloso nacimiento, si cabe esplicarlo por la tempestad, no ménos y áun más por la guerra. Nace armado Huitzilopochtli del seno de Coatlycue y empieza por castigar y destruir á los enemigos de su madre: ¿por qué no ver en esto la guerra y sí la borrasca? De la tierra al cielo pasa Quetzalcoatl de civilizador á dios de los vientos; pero como tal es reconocido y adorado. Se ve siempre en Quetzalcoatl al que barre el camino á los dioses de la lluvia.

Mas ¿qué juzgar de esa bárbara religion del Imperio? ¿Qué importaba, se podrá decir, que se la concentrase en Tetzcatlipoca si se continuaba vertiendo en holocausto la sangre del hombre? Sacrificios y áun hecatombes humanas los registra la Historia en casi todos los antiguos pueblos: en Egipto, en Fenicia, en Grecia, en Italia, en Cartago, en las Galias, en nuestra misma Península. Hacíanlos entre nosotros principalmente las naciones de orígen celta que vivían en las márgenes del Tajo y el Duero. Los exigía el druidismo no sólo en honor de los dioses sinó tambien sobre el sepulcro de los que habían muerto con gloria, y subsistió entre los galos hasta que sucumbió en su lucha con el cristianismo. Sacrificios, y es más, los hubo entre los hebreos, entre esas mismas tribus escogidas por Dios para que siguieran su ley y no se apartaran del sendero de la justicia. Moloch no fué allí ménos cruel que Saturno entre los gentiles.

A causas muy graves debia de obedecer un hecho tan general y contrario á los sentimientos que inspira la naturaleza. Para mí están todas en la índole misma de las religiones, que llevan consigo la idea de la expiacion y la de que, pues de Dios nos viene cuanto poseemos, cuanto poseemos, inclusas nuestra vida y la de nuestros hijos, debemos estar decididos á sacrificarle. Expiacion exigían de sus creyentes lo mismo el Jehová de la Biblia que el Júpiter del Olimpo: y, ya que no hombres, animales vivos querían en holocausto. Le era suave y grato al Dios de los judíos el olor de la sangre vertida y las carnes quemadas en sus altares. No se olvide que ese mismo Dios ordenó al patriarca Abraham que le inmolase á Isaac, y Abraham no vaciló un momento en levantar la cuchilla sobre su propio hijo. Eran inseparables las dos ideas en todos los sistemas religiosos, y lo son aún en el que hoy domina. Para purgar las faltas de nuestros primeros padres no bastaron, segun el cristianismo, las desventuras de cien ge-

neraciones: fué preciso que bajara el hijo de Dios á expiarla en un cadalso. Y si murió él por los hombres ¿cómo no han de morir por él los que le adoran? En el cristianismo, como en las demás religiones, morir por Dios es la más bella de las muertes; vivir para Dios la más santa de las vidas: nada tampoco mejor para expiar y lavar todo género de culpas.

La exageracion de las dos ideas fué indudablemente lo que mantuvo al Imperio en la práctica de los sacrificios humanos. A toda calamidad que sufrían imaginaban aquellas gentes que por sus faltas habían suscitado contra sí la cólera de los dioses, y para aplacarlos no veían mejor sistema que el de ofrecerles víctimas. Se las ofrecían para conjurar los azotes y tambien para evitarlos. Y como creyesen que, siervos todos de la muerte no habíamos venido al mundo sino para hartura de las divinidades y pasto del sol y de la tierra, no economizaban á los hombres ni para los combates ni para los sacrificios. Hacían constantemente la guerra, y creían hasta dulce para sus ídolos la sangre de los enemigos. Así eran pocos los prisioneros á quienes guardaban para esclavos, y áun á éstos, como se ha visto, en no pocas fiestas los mataban.

¿Como era posible salir de tan abominables ritus? Sólo por dos medios: ó por otra religion más benigna que hubiese ya substituido la expiacion material por la de la penitencia y el arrepentimiento, ó por una revolucion política que, emancipando á los pueblos del doble despotismo del rey y el sacerdote, les hiciese adquirir conciencia de la verdadera dignidad humana. Degenerados por muchos siglos de tiranía, divididos en clases, si no en castas, aislados en un mundo desconocido, no podían los pueblos elevarse á idea alguna de libertad ni de independencia. Religion más suave que bastara á suplantar la del Imperio no la había, por otra parte, ni en la América del Norte ni en la del Centro: la de Quetzalcoatl había sucumbido desde mucho tiempo ante la de Tetzcatlipoca y se hallaba relegada á las repúblicas de Tlaxcala y de Cholula. Estaban cerrados los dos caminos como no viniese de fuera el impulso; y de aquí la utilidad y aún la necesidad del descubrimiento.

Bárbara la religion del Imperio lo era no solo en los sacrificios sino tambien en la manera de presentar á sus dioses. Los cubría de joyas y adornos, y resultaban, sin embargo, mónstruos. A los unos teñía de negro el semblante, á los otros de amarillo, á los otros de azul, á los otros de rojo, á muchos de varios colores. Quetzalcoatl, por ejemplo, tenía negra la cara, ceñida la cabeza de una mitra de que se alzaba un nutrido penacho, en las orejas pendientes de turquesas, en la garganta un collar de oro, de la cintura arriba una como sobrepelliz labrada, de la rodilla abajo unas calzas de cuero de tigre, los piés calzados de negras sandalias, en la mano izquierda un escudo, en la derecha un cetro que parecía báculo de obispo y por la parte que se le cogía puño de espada. Llevaba aún á cuestas como por divisa un plumaje á manera de llamas de fuego.

En la fiesta del mes Itzcalli se componía dos veces la estátua de Xiuhtecutli.

La primera vez se le ponia una carátula muy brillante de mosáico, toda de turquesas y esmeraldas, una corona de ricas plumas en forma de canastillo, de cuyos lados partían otros dos plumajes que le caían sobre el rostro, unos cabellos rubios que le flotaban por la espalda y al cuello otro ancho ornamento de plumas de diversos colores que le bajaban hasta los piés y aún se extendían por el suelo moviéndose y reluciendo al más dulce soplo de las brisas. Se le ponía tambien la segunda vez una carátula y una corona; pero muy diversas. La carátula era de la nariz arriba de mosáico de concha; de la boca abajo de piedras de azabache. La corona, tambien de plumas, las tenía de quetzalli en el centro y en los bordes: allí altas y airosas, aquí dobladas sobre los hombros. De plumas de papagayo era además la especie de manta que el Dios llevaba prendida al cuello.

Se amontonaba en unas imágenes las plumas, en otras el oro y la pedrería, y casi en todas se perdían bajo una multitud de galas y adornos las formas del ídolo. A Macuilxochitl, el dios de las cinco flores, se le representaba desnudo: ¡qué de cosas no se veía, con todo, sobre su cuerpo! La boca y barba las tenía pintadas de blanco, azul y negro; el rostro y lo demás de la figura, teñidos de rojo. Traía una corona de verde claro con plumas del mismo color y unas borlas que le venían á las espaldas; al cinto una manta revuelta que le bajaba á los muslos y tenía una franja de que colgaban caracoles marinos; á los piés unas cotaras de caprichosas labores; á cuestas un plumaje que era como un estandarte hincado en un cerro. Llevaba por fin en la mano izquierda su escudo; en la derecha un cetro á manera de corazon encima del cual flotaban penachos verdes y amarillos.

Otro tanto acontecía con las estátuas de las diosas. No habían llegado aún aquellas naciones á esa sencillez de formas y de ornato que constituyen la belleza y de tanta majestad revisten á los séres que se da en veneracion á los pueblos. Esto y los sacrificios de sangre revelan verdaderamente atraso en el Imperio: ¿lo revelarán tambien la moral y las costumbres?

CAPÍTULO XIII

Destino que en el Imperio se daba al hombre y á la mujer desde que nacían.—Ceremonias y ritus del bautismo.—Ofrecimiento de los niños á los dioses.—Servicio del templo por todos los varones desde siete años á los veinte.—Educacion que en los templos se les daba.—En los templos se les enseñaba la guerra y la política.—Salida de los colegios sacerdotales.—Ceremonias y ritus del matrimonio.—Monogamia.—Adulterio.—Consejos que daban los padres á sus hijas.—Consejos que daban á los hijos.—Estado de preñez de la recien casada.—Partos.—Deificacion de las mujeres que morían en el acto del alumbramiento.—Felicitaciones que dirigían á la recien parida.—Entrada del varon emancipado en las secciones en que estaban divididos los pueblos.—Principales preocupaciones.—Moral.—Principales preceptos.—Era bastante pura pero incompleta.—Morigeracion del Imperio.—Carácter práctico de la moral y de los conocimientos que se daba al pueblo.—Sobriedad de los mejicanos.—Sus mantenimientos.—Su trage.—Sus habitaciones.—Situacion bella y pintoresca de los pueblos.—Tristeza de la vida en aquellas naciones.—Ideas sobre la vida futura.—El cielo, el paraíso, el infierno.—Carácter desconsolador de estas ideas.—Las creencias de aquellas naciones sobre la vida futura deben de haber llegado á nosotros viciadas é incompletas.—Razones en que lo fundo.—Confesion de los mejicanos.—Ceremonias y ritus de los entierros.—Particularidad que se observa en el bautismo, el casamiento y el entierro de aquellos pueblos.

En el Imperio nacía el hombre para la guerra, la mujer para el hogar. Al cortarles el ombligo decía la partera al hombre: esta no es tu casa sino tu posada; tu tierra es el campo de batalla, tu oficio dar de beber al sol y de comer á la tierra con la sangre y la carne de los enemigos;» y á la mujer: «has de estar, hija mia, en tu casa como el corazon en el cuerpo; has de ser la ceniza con que se cubra el fuego de tus lares, has de ser las trébedes en que descanse la olla, aquí te entierra nuestro señor Dios Tetzcatlipoca.» Dichas estas palabras, junto al mismo hogar sepultaba la partera el ombligo de la niña; guardaba el del niño y lo entregaba á los primeros soldados que salían á campaña con encargo de que lo pusiesen bajo la tierra del primer combate.

Llevábase luego al recien nacido á los agoreros ó tonalpouhques para que le sacaran el horóscopo; y éstos despues de haber dicho la suerte que le esperaba, fijaban día para el bautizo. En esta solemne ceremonia se recordaba nuevamente el diverso destino del varon y la hembra. Bautizábase á los niños en el patio de su propia casa, á presencia de

todos sus parientes, á la luz de un hachon de teas grandes que ardían en un ángulo. En medio del patio había un lebrillo nuevo con agua limpia y clara. Había además para el bautismo de los varones una pequeña manta, un maxtle, una rodela, un arco, unos dardos; para el de las hembras un vipil, unas enaguas, una rueca, un huso, una lanzadera. Aunque se reunían los concurrentes al despuntar el alba, no se daba principio á los ritus que no estuviese el sol en el horizonte.

La partera era allí la sacerdotisa. Tomaba al infante y le mojaba con el agua del lebrillo primeramente los labios, despues los pechos, más tarde la cabeza y por fin todo el cuerpo, recitando fórmulas encaminadas á decir que el agua era manantial de vida y purificaba los corazones de las manchas que traían desde ántes del principio del mundo. Le alzaba luego con ambas manos al cielo, y pedía ora al uno ora al otro de los dioses que le diesen virtud y vida y le llevasen por el camino de la justicia.

Al levantarle por cuarta vez, si era varon el infante, profería estas elocuentes voces «á tí, oh sol, ofrezco esta criatura, que es de la familia de los que pelean en el campo de batalla. Dale el don que sueles otorgar á tus soldados para que puedan ir á tu casa de deleites, donde gozan y descansan los que mueren en la guerra.» Tomaba en esto el escudo, el arco y las flechas allí amontonadas y añadía: «aquí están los instrumentos de la milicia con que te alegras y ha de servirte; sé misericordioso con este pobre niño.»

La consagracion de los varones á la guerra tenía tanto de explícito, que terminaba la ceremonia por darles el nombre de alguno de sus antepasados, ceñirles el maxtle, ponerles el manto al hombro y entregarles las armas diciéndoles que éstas habían de ser su regocijo y su recreo. Iban, ademas, á la casa del bautizo los mozos del barrio, tomaban la comida que se les había aparejado, y salían á la calle aclamando á voces al niño y gritando, si Iautl era por ejemplo el nombre que llevaba: «Iautl, Iautl, vé al campo de los combates, ya eres de la suerte de los soldados que son águilas y tigres y por haber muerto en pelea van delante del sol alegrándole con sus cánticos y sus bailes. Y, vosotros, gente de armas, venid á comer el ombligo de Iautl.» Comida del ombligo llamaban la del bautizo.

Con las hembras se procedía de muy distinto modo. En cuanto habían recibido el agua regeneradora, las envolvía la partera en las mantillas, las metía en casa, y las ponía en la cuna, símbolo al parecer de la madre universal de los hombres. «En tus manos, oh Ioalzititl, decía á la cuna, encomiendo esta niña; críala, puesto que tienes para todos regazo. Mira no la dañes, guárdala siempre en blandura.» Y añadían los padres hablando con la misma cuna «recibe oh tú, que eres su madre, esta hija que te entregamos.»

No tardaban niños y niñas en ser ofrecidos á los dioses, si eran de familias nobles ó principales. De los varones lo eran unos al Calmecac, otros al Telpuchcalli; de las hembras unas al Calmecac, otras al Telpuchpan, donde se aprendía

el canto y la danza para los areitos. En cuanto lo eran los varones al Telpuchcalli llevaban atravesado el bezo inferior por una turquesa ó una esmeralda; en cuanto lo eran al Calmecac las hembras, si áun de meses, traían un sartal al cuello, si ya de años, sajadas costillas y pechos por mano del sacerdote. Eran éstas las señales por que se los declaraba servidores del templo. Entraba cada uno en su monasterio al salir de la infancia; solo las hembras prometidas al Telpuchpan dormían en la casa de sus padres. Al salir de la infancia entraban tambien, como se ha visto, los hijos del pueblo en las escuelas agregadas á los teocallis.

En realidad todos los habitantes del Imperio estaban de siete á veinte años al servicio de los dioses. Los que no barrían el templo ni enramaban los altares ni quemaban incienso á los ídolos, ya labraban los campos afectos al sosten del culto, ya iban al monte en busca de leña para mantener en los innumerables braseros que ardían en lo alto de las pirámides el fuego sagrado. Los que estaban en el Calmecac y el Telpuchcalli no se distinguían de los demas sino por lo elevado de sus funciones. No solo cuidaban de lo interior del templo, ejercitábanse al par de los sacerdotes en la humildad y la penitencia. No desoían jamas la voz de sus maestros ni se resistían á dejar el incensario por la escoba. Practicaban los más rigurosos ayunos, se taladraban con espinas de magüey las carnes, y se bañaban en agua fría hasta en lo más crudo del invierno. Habían de ser parcos no solo en comer y beber, sino tambien en vestirse; habían de ser ademas limpios y castos. En el Calmecac debían serlo todavía más las hembras. De toda cosa carnal habían de apartar el pensamiento. Puro y trasparente como el zafiro habían de conservar el corazon, ya que tenían por principal tarea limpiar el templo y tejer así las vestiduras como las guirnaldas de flores de los ídolos.

Todos los adultos del Imperio estaban al servicio de los teocallis, y todos, segun se ha dicho, recibían la educacion y la enseñanza de boca de los sacerdotes. Así se acostumbraban á respetar y honrar á sus divinidades, tomar parte en las fiestas y ceremonias del culto, implorar el favor del cielo con preces, lágrimas y sacrificios, interrumpir el sueño para hincarse de rodillas ante sus dioses lares, barrer por devocion hasta las calles y los caminos, ver impasibles y áun gozosos la muerte de los cautivos y los esclavos sobre la piedra techcatl de los templos. Aprendían á despreciar hasta la vida propia á fuerza de oir de los labios de sus preceptores lo que ya se les había dicho al sacarlos del vientre de sus madres: que habían nacido para ser soldados y morir en honra de Dios sobre el campo de batalla. No los enervaba allí el sacerdocio como en otras religiones, los hacía valerosos y esforzados por la creencia de que el sol y la luna se sustentaban de cadáveres, la casa del sol era el mayor de los paraísos, y no tenían entrada en ella sino los hombres que sucumbían en los combates y las mujeres que morían de parto.

De los mismos sacerdotes aprendían los mejicanos las artes de la guerra. Principalmente del Calmecac, y del Telpuchcalli salían los capitanes de los ejérci-

tos. La necesitaban los sacerdotes para sus holocaustos, y no sólo se la enseñaban á sus alumnos sino que tambien los habituaban á las fatigas que consigo lleva. Eran preceptos á la vez militares y religiosos el dormir poco, levantarse á lo mejor del sueño, velar con frecuencia, no abrigarse demasiado contra las inclemencias del cielo, arrostrar el calor y el frio. Para que lo suframos, se decía, nos puso Dios en la tierra. A los hijos del pueblo se los endurecía aún más en sus escuelas para la vida de campaña.

Aprendían tambien de los sacerdotes las clases cultas la política y el derecho. En el Calmecac se formaban los que habían de ejercer un día las más altas magistraturas: administrar justicia, gobernar los feudos, aconsejar á los Reyes, dirigir las naciones. Los mismos príncipes habían estado en el Calmecac sumisos á las lecciones y los mandatos de sus maestros. Algunos habían sido hasta sacerdotes. Del templo de Huitzilopochtli dicen que lo había sido Montezuma cuando le llamaron al trono de Méjico. A las clases todas se las enseñaba á respetar como á los dioses las autoridades y las leyes.

No me extiendo más sobre ésto por haber hablado ya de la instruccion en otro capítulo. Dejaban los alumnos todos la comunidad ordinariamente á los veinte años. Entregaban á su Jefe un hacha que solían llevar al cinto, y ésta era la señal de despedida. No por ésto quedaban del todo emancipados. Si mañana querían contraer matrimonio, habían de adquirir la autorizacion de aquel jefe, ademas de la de sus padres. Comunmente se casaban al salir del colegio. Se lo ordenaba su propia familia, deseosa de que la libertad y la naturaleza no los condujeran á la prostitucion ó al concubinato. Elegían la novia generalmente los padres; el novio las hijas. Y ¡cosa singular! desaparecían no pocas veces en la eleccion las jerarquías y el espíritu de clase. Entre los consejos de los nobles hallo que no deben rechazar las niñas al mancebo que las pida aunque sea labrador ú oficial de cualquiera oficio. «Ese mancebo que ha venido á buscaros, se les decía, ha sido enviado por Tetzcatlipoca. Que sea de baja que de alta estirpe, que feo que hermoso, debeis recibirle como don del cielo. Y cuidado que luego le humilleis ni le mireis con altivez ni desprecio, que enojarse há Dios con vosotras y castigaros. Ni que vivais en la mayor escasez debeis dejarle; orad á Dios, que reparte mercedes á quién le place y sabrá sacaros del atolladero.»

Las ceremonias del casamiento eran algun tanto raras. Convenida la boda por los padres y fijado por los adivinos el dia fausto para celebrarla, había gran movimiento en casa de la novia. En dos ó tres días no se dejaba de hacer tamales ni de moler cacao ni de recoger flores y perfumes ni de preparar cañas de humo para los fumadores. Empezaban los banquetes la víspera y no cesaban hasta la tarde del matrimonio. Bañábase luego á la novia, lavábasele los cabellos, adornábasele con plumas coloradas brazos y piernas, poníasele parches de margajita en la cara y sentábasela junto el hogar en un petate que le servía de estrado. Allí acudían viejos de parte del novio á saludarla y darle consejos. Recordában-

le que habia pasado para ella la edad de los juegos y las niñerías, en breves palabras le decian los deberes del nuevo estado, amonestábanla á que no deslustrase el buen nombre de sus padres, de quienes iba á ser apartada, y concluían por desearle afortunada y próspera vida.

A la puesta del sol entraban los parientes del novio con muchas matronas y viejas honradas, y anunciaban á voces que iban por la novia. Recogíanla en una manta que una de las matronas traía aparejada y tendía en el suelo; y ya que estaban encendidos unos hachones de tea, se la cargaban á cuestas y la llevaban en procesion á la casa del novio. Iba la novia con sus deudos, los demás concurrentes en dos hileras. Asomábanse los vecinos todos á ver la comitiva, alumbrada por el fuego de los hachones.

En llegando á la casa, se ponía junto al hogar á los novios, la mujer á la izquierda, el varon á la derecha. Acercábase la madre del novio á la novia, le vestía un vipil y le dejaba á los piés unas enaguas: la madre de la novia al novio y le anudaba en el hombro un manto y le dejaba á los piés un maxtle; prendas todas labradas, más ó ménos ricas segun la fortuna de las dos familias. En esto las casamenteras—habíalas de oficio—ataban el vipil de la novia con el manto del novio y declaraban unidos á los dos mancebos en indisoluble lazo.

No paraban aquí los ritus. Llegábase la madre del novio á la nuera y le lavaba la boca. Luego de unos tamales y otro manjar que traía le daba á comer cuatro bocados, otros tantos al hijo. Cogían por fin las casamenteras á los dos cónyuges, los metían en un aposento, los tendían en la cama, les cerraban las puertas, los velaban durante cuatro días, y al quinto sacaban al patio la estera en que se había consumado el matrimonio. ¡Ay de la recien casada si no parecían allí las señales de que había entrado vírgen en la casa de su marido! La vergüenza cubría para siempre su cara, cuando no la despedía su airado consorte y la llenaban de ultrajes sus nuevos parientes.

Como no fuera para los Reyes, existía, segun se ha visto, la más severa monogamia. Así la pérdida de la virginidad era en la mujer célibe la más grave falta, el adulterio en la casada el más atroz de los delitos. No solamente lo castigaba la ley con la pena de muerte, lo condenaba más que la ley la conciencia pública. «Oh hija mia muy amada, se lee en los consejos de los padres nobles, si vivieres en la tierra, mira que no te conozca más de un varon ni dés á más tu cuerpo. Sería esto caer en un abismo sin fondo, un mal sin remedio que nada curaría en el mundo. Se empañaria y sería objeto de ódio tu hoy preclaro nombre, subiría tu deshonra á tus ascendientes. De tí se diría: probarás la piedra, serás arrastrada y tomarás ejemplo de tu muerte; de tí: la enterraron en el polvo de sus pecados. Importaría poco que lograses ocultar tu delito á la justicia. los dioses, que todo lo ven, tomarían de tí venganza.»

Entre estos consejos los hay notables bajo otros puntos de vista. Aún los pa-

dres de más ilustre cuna encargaban á sus hijas que se levantasen de noche, lavasen cara y manos, cogiesen la escoba y barriesen la casa, hiciesen el cacao, moliesen el maíz, hilasen y tejiesen. «Ahora que sois mozas y no se os hace escaso el tiempo, les decían, justo es que os ejerciteis, por si viniereis á pobreza, en tejer y labrar las más delicadas telas, en pintarlas y sacar todos los colores, en juntarlas unas con otras de manera que hayan de alabaros las más diestras en el oficio. ¿Qué no dirían de vosotras si mañana que os casarais no os viesen expertas en los trabajos propios de las mujeres?» Querían sobre todo que supiesen hacer todo género de comidas y bebidas para cuando viviesen con sus maridos, y no tenían por indecoroso sino que anduviesen á coger yerba ó á vender ají verde ó sal en las esquinas de las calles.

Daban los padres á sus hijos consejos análogos. Les hablaban del lustre de sus mayores y de la necesidad de conservarlo; pero no les encarecían ménos la de labrar la tierra y aprender oficios mecánicos. «En parte alguna, les decían, hemos visto que nadie viva de su sola nobleza: cuidad de sembrar los maizales y de plantar los magüeyes y los demás árboles que dan fruto para que no perezca la república. Aprended ademas algun arte como el de hacer obras de pluma: no sabeis lo que os podrán exigir mañana las atenciones de vuestro hogar y las necesidades de la vida.» No consideraban incompatible el trabajo con la hidalguía como la aristocracia de Europa. «No perdais, añadían á sus hijos, el tiempo que se os da en este mundo: ocupaos en cosas provechosas de noche como de dia.»

Los consejos á los pobres no debían ser naturalmente ménos favorables al trabajo. Al despedir los jefes de comunidad á sus alumnos: «sed, les decían, piadosos para con los dioses, amad á vuestros padres, respetad á los ancianos, acordaos de la instruccion que aquí habeis recibido, conducíos como bravos en la guerra y trabajad para mantener á vuestras mujeres y á vuestros hijos.» Concluida la boda, pasados los cuatro días de vela, cuando ya se retiraban los deudos, las parientas del novio decían por otra parte á la novia: «esforzaos, hija, no os aflijais por la carga del matrimonio que habeis tomado á cuestas. Aunque pesada, la podreis sobrellevar con el auxilio de Dios; rogadle que os ayude; ved aquí cinco mantas que, segun costumbre, os da vuestro marido para que con ellas trateis en el mercado y compreis la sal y la leña con que habeis de guisar vuestra comida.» La madre de la novia era todavía más esplícita con el novio: «No penseis hijo, le decía, que podais ya vivir en regalos ni delicadezas; con vuestro sudor habeis de ganar en adelante vuestro pan y el de vuestra esposa. Haceos á los trabajos y á las fatigas que habreis de sentir en el corazon y el cuerpo, tal vez durmiendo en algun rincon de casa ajena, tal vez pasando arroyos y atravesando páramos, tal vez sufriendo calores contra los que necesiteis el aventador de plumas, tal vez comiendo sólo pan con maíz tostado. Estais en vuestra libertad y entrais en otra vida.»

No se tenía por feliz el matrimonio que careciese de prole. Así en cuanto la

novia se sentía embarazada lo decía á sus padres, que lo comunicaban á su vez á los del marido y por estos á los principales del pueblo en un banquete á que se los convidaba. Pronunciábanse en aquel banquete sentidos discursos, donde al paso que se manifestaba gran regocijo por haberse dignado los dioses poner en arca de mujer tan moza tan vivo tesoro se revelaba el temor de que pereciese ántes de nacer el concebido fruto y se imploraba el favor de Tetzcatlipoca. Ha conservado la historia estos discursos que eran como todos fórmulas, y es de notar el que se dirijía á la novia, sobre todo cuando ésta había nacido en hidalga cuna. «No te ensoberbezcas por estar preñada, le decían, ni lo atribuyas á tus merecimientos, no sea que por tu orgullo te acarrees la cólera del cielo y abortes ó sucumbas en el parto. Ahora más que nunca debes levantarte de noche y orar y barrer los altares de la casa: no te dés á la dulzura del sueño. Muévete, trabaja, guárdate sólo de tomar ó levantar cosas que pesen. No abuses tampoco de los baños. No toleres que tu marido use de tu cuerpo. Evita ver cosas que te repugnen ó te espanten. Satisface tus antojos. Haz en una palabra por que no se malogre el joyel que llevas en tu seno.»

A los siete meses del embarazo reuníanse otra vez y comían juntos los parientes de los cónyuges, llamaban con solemnidad á una partera y le confiaban el cuidado de la paciente. La partera añadía entónces á estos sabios consejos otros que eran ya fruto de la preocupacion, no de la experiencia. Encargaba por ejemplo á la parturiente que no durmiese de día para que no saliese deforme el vientre de la criatura, ni se fijase en objetos de color rojo para que no naciese de lado el hijo. Acabado el discurso, encendía por sí misma fuego, calentaba gran cantidad de agua, metía la preñada en el baño, la tentaba y decía que endereza-ba el feto. Dictaba despues á su cliente otras prescripciones y se retiraba hasta la hora del parto.

El parto era á los ojos de aquellas naciones una verdadera lucha entre la vida y la muerte. Comparábase á la mujer que paría con el soldado que pelea en el campo y se adoraba como diosa á la que sucumbía. Adorábala ántes que todos la misma partera que le dirigía estas sentidas frases: «Oh mujer fausta y belicosa, habeis combatido valientemente. Despertad y levantaos que han salido ya los arreboles de la aurora y cantan las aves en la enramada. Levantaos y componeos, é idos á la casa del sol vuestro padre, donde os esperan contentas y gozosas vuestras hermanas las diosas Cioapipiltis. Bienaventurada vuestra muerte, pues por ella conseguisteis la eterna vida. Acordaos de nosotros allá donde estuviereis y proveed á la pobreza en que estamos y padecemos.»

Se lavaba en seguida á la muerta el cuerpo, se le jabonaba la cabeza, se le vestía las más ricas vestiduras, y al ponerse el sol se la llevaba en hombros de su marido al patio del templo de las diosas Cioapipiltis. Iba tendidos y desparramados los cabellos y seguida por multitud de parteras que, provistas de espadas y escudos, daban voces como los soldados cuando acometen á los enemigos. A las voces

salían unos mancebos llamados telpupuchtis, y trababan con ellas serios combates para arrebatar á la difunta. Sepultábasela al fin en el mismo patio debajo de la tierra, y la guardaba y velaba el marido cuatro noches con algunos de sus amigos. Guardábala por temor de que la hurtaran ó soldados ó hechiceros, los unos para quitarle un dedo y los cabellos y pegarlos en su rodela imaginando que con ésto habían de ser más esforzados y hacer más prisioneros; los otros para cortarle el brazo izquierdo y llevarlo á donde quiera que hubiesen de reunirse á fin de que se adormecieran cuántos presenciaran sus encantamientos.

La semejanza entre el parto y las batallas era tal para aquellas gentes, que de las mujeres que de él fenecían se aseguraba tambien que, armadas de todas armas, iban delante del sol cantando, peleando y danzando. Los soldados que murieron en la guerra, decían, acompañan al sol desde que asoma por Oriente hasta que llega á la mitad del cielo: allí le toman las Cioapipiltis y le acompañan hasta su ocaso. Al trasponer las cumbres ó las aguas de Occidente creyeron un tiempo que el brillante astro bajaba á derramar su luz por el infierno y á despertar á los que allí dormían.

Otra cosa se contaba de las Cioapipiltis que no las favorecía. Decíase que al dejar el sol se esparcían á veces por la tierra y se aparecían á sus maridos, cuando no á los niños, para quiénes eran infaustas. Niño con quien tropezasen afirmaban que se veía atacado de perlesía y de otras enfermedades. Así en ciertos días del año en que se las creía más inclinadas á bajar á este oscuro suelo no se permitía á los niños que dejasen sus casas y mucho menos que salieran al campo. Suponíaselas amigas de las encrucijadas, y por esto en las encrucijadas principalmente se les ofrecía el día de su fiesta panes en figura ya de rayo, ya de mariposa.

Mas las Cioapipiltis no abundaban. Fueron siempre por fortuna pocos los alumbramientos desgraciados. Y era tal la alegría de los que lograban hijos!.... Se prodigaba los más pomposos epítetos á la parida; venían de léjos á felicitarla sus parientes. No se hable del recien nacido. Sobre todo si era de familia poderosa, llovían las embajadas y las arengas. Ponderaban los oradores la suerte que les cabía en haberle visto, dábanle el nombre de todas las piedras preciosas, recordaban las glorias de los héroes de que descendía. No dejaban con todo de empañar algun tanto la ventura de los padres. Como al saludar á la esposa en cinta le habían advertido el riesgo de que abortase ó muriese en el parto, hablaban ahora de lo frágil que es la vida y lo oscuro que es el porvenir de los niños. ¿Pasará éste como una flor? se preguntaban. ¿No le mereceremos y nos le arrebatará Tetzcatlipoca? ¿O por ventura vivirá y se encenagará en los vicios?

En todos esos discursos se veía la mano de los sacerdotes; y aquella religion sombría no era en verdad la más á propósito para alegrar las almas. Repetía sin cesar que este mundo era un valle de lágrimas y en él no había placer que el dolor no acompañase; que desde ántes del principio del mundo se había

escrito en el último cielo el destino de cada criatura y toda criatura debia por lo tanto resignarse en todo á la voluntad de los dioses: que había nacido el hombre para la guerra y sólo por la guera podía conquistar el paraíso; que á la divinidad por fin no se la aplacaba ni se la ganaba sino por la oracion, los suspiros, el llanto, la penitencia y el sacrificio. Para mayor desconsuelo de sus devotos les ponia siempre delante la imágen de la muerte. Apenas pasaba dia sin fiesta, ni fiesta en que no vertiese sangre sobre la piedra de los holocaustos. ¿Cómo no había de echar un velo de tristeza sobre todos los corazones? Viéronlo en los mejicanos los misioneros todos que allí arribaron despues de la conquista.

Emancipado ya de la escuela el habitante del Imperio, bien se casara, bien permaneciera célibe, entraba en una de las secciones en que estaban divididos los pueblos así para las necesidades de la guerra como para la recaudacion de los tributos. Salía de las manos del maestro para caer bajo las de un capitan ó jefe á quien debía como á las demas autoridades absoluta obediencia. No tenía un superior sino muchos, pues si ejercía el comercio estaba ademas bajo la accion de los cónsules; si la industria, bajo la del síndico de su gremio; si la agricultura, bajo la del señor de la tierra ó la del cabeza del calpulli. Podía si era noble, mandar, pero no sin tener á quién doblar la frente, que áun los más altos señores eran como siervos en el palacio de sus monarcas. Había de cumplir y cumplir sin murmurar las órdenes de los superiores. Tal era el más importante de sus deberes así morales como políticos.

En cambio la moral no se mostraba ménos severa con las clases que gobernaban. «No seais, les decía, altivas ni soberbias. Hombres poderosos han sido vuestros antepasados y no se ensoberbecieron. No hagais nada indigno de su memoria. Debe el señor ser el corazon del pueblo: no tengais jamas en poco á vuestros inferiores. Cuánto esteis más altos sereis más humildes. Sedlo, no lo finjais, que es vicio imperdonable la hipocresía. Habeis de contentar á vuestros jefes, pero tambien á vuestros subordinados; procurad siempre conciliar los intereses del Rey y los de los súbditos. No mandeis jamas cosa en que no puedan obedeceros.»

La moral era en el Imperio bastante humanitaria con derivar de una religion de sangre. Lo ha visto ya el lector por lo que hasta ahora llevo escrito: reuniré los preceptos de que hasta aquí no he hablado. Se habrá advertido ya que la limpieza entraba en el número de las penitencias religiosas: la urbanidad toda formaba parte de la moral como tal vez debiera. «Ama, respeta y sirve, leo en varios discursos, á tu padre y á tu madre; honra y saluda á los ancianos; consuela á los afligidos y á los pobres, no solo con palabras, sino tambien con obras. Ama á tu prójimo, ama á todo el mundo. A nadie ofendas, ni con nadie riñas ni te insolentes; cállate cuando hablen mal de tí y no hables mal de nadie. Cuando oigas una injuria, no vayas jamas á referirla al injuriado: no sea que por tí se maten dos hombres, y caiga su muerte sobre tu conciencia. No seas altanero: como no estés constituido en autoridad, no pretendas nunca sobreponerte ni á

tus iguales. Guárdate sobre todo de adelantarte á tus superiores: dales el puesto de honor á donde quiera que vayas. Solo así viviras en paz y seras querido de los dioses y de los hombres.

»Sé continente, sé casto. Porque no conocieron mujer recibe Dios á los sacerdotes; porque no la codiciaron acoge con amor á los niños. Manchan los delitos el corazon y enturbian el entendimiento. Prematuros, agotan las fuentes de la vida. Desmédase el magüey, si le sacan la miel antes que crezcan. No busques, hijo, más de una mujer y ni aún con ella te abandones desenfrenadamente á tus apetitos. Huye principalmente de la casada: que vá el adúltero á su deshonra cuando no á su muerte. No la mires, no te fijes en sus encantos: bastan los ojos para que cometas adulterio. Por solo adulterar con la vista perecieron muchos en el cadalso.

»Sé en todos tus hábitos modesto y sóbrio. No vistas con desaliño porque es señal de bajeza, ni mantas ricas y bien labradas porque no te crean orgulloso y vano. Vístelas decentes y limpias, y no las lleves ni tan sueltas, que arrastren, ni tan recogidas, que te queden muy altas. Tampoco las anudes por el sobaco como hace la gente fantasiosa y loca. Cíñete honestos, no lujosos maxtles; calza siempre cotaras que no sean ni más largas ni más anchas de lo que tu pié reclame. Anda sosegada, no perezosamente; grave, no altanero. No hables tan alto, que parezca que gritas, ni tan bajo, que no te oigan. No quites nunca la palabra á nadie, no te apresures á dar tu opinion donde haya hombres de más saber ó más años. Come y bebe con templanza; ni tan aprisa, que pases por hambriento, ni tan despacio que te califiquen de melindroso. Lávate ántes de sentarte á la mesa cara y manos; y si otros hubiesen de comer contigo, no te sientes que no hayas dado á todos agua con que se laven. Volverás á lavarte en alzándote de la mesa.

»Sé diligente. Para hacer lo que debas, no esperes nunca que por segunda vez se te pida; si te llaman, atiende siempre al primer llamamiento. Si por acaso oyeres que llaman á otro y vieses que no responde, hazlo tú por él y cumple como puedas lo que te ordenen. Tal vez acontezca ¡son tantas las vicisitudes de la vida! que caigas un día en servidumbre. Adelántate á los deseos de tu señor y no dejes de satisfacer por pereza ni aún sus antojos. Quizá viéndote útil te conserve, y vea en tí más que un esclavo un hijo. No guardes nunca lo que puedes hacer hoy para mañana ni pierdas nada por incuria. No te embargue el sueño ni te detenga el calor ni te encoja el frio ni faltes al trabajo por gozar un momento más ó de la suave temperatura de la cama, ó de la fresca sombra de los árboles. El trabajo y la actividad favorecen la salud y regocijan el alma.

»Tú, labrador, llena bien los deberes de tu oficio. Labra la tierra, siémbrala, cosecha el fruto de tus fatigas, planta magüeyes, cultiva el cocotero y sobre todo constrúyete una casa, una casa que habites toda tu vida y cuando mueras sea el hogar y el consuelo de tus hijos. Y tú, mujer casada, ahorra los sudores de tu esposo. No le malverses la hacienda. No se la malgastes en locas fantasías.

Téule siempre contento, séle fiel y agradable. Haz que las horas que contigo pase le endulcen las del trabajo. Si se ausentó, cuando vuelva, sal con tus criadas á recibirle. Si se porta mal contigo, repréndele blandamente y en secreto. Sería su deshonra tu deshonra.

»Aborreced la mentira, vosotros todos que escuchais mis palabras. Sed siempre francos y llevad abierto el corazon para todo el mundo. Evitad hasta el contacto de los embusteros y los hipócritas. Confesad aún lo que os perjudique, decid la verdad aún á costa de vuestra sangre. Guardaos principalmente de mentir en daño ajeno. ¿Os piden cosa que no está en vuestra mano? ¿Os encargan un servicio á que no alcancen vuestras fuerzas? ¿Os ruegan algo que tengais por indecoroso ó por injusto? No vayais á otorgarlo sabiendo que no habeis de cumplirlo. Negadlo cortésmente. No sea que pudiendo no lo encarguen á otro ú os tengan por hombres sin virtud ni decoro.

»No hurteis, no jugueis. Estos dos vicios se engendran mútuamente. No hurteis ni jugueis, si no quereis que os difamen en plazas y mercados.

»Si acertais á ser nobles, son más vuestros deberes. No sólo no debeis por vuestras faltas manchar de polvo y estiércol las pinturas de vuestros padres; debeis sostener en vuestra persona la grandeza de vuestros antepasados y sobreponeros por vuestras virtudes á los demás hombres.»

Esta moral, como ve el lector, era bastante pura. No exigía el bien por el bien, no ponía el premio del bien en la sola satisfaccion de la conciencia. Daba por estímulo de las buenas acciones móviles verdaderamente egoistas: la gloria de los que fueron, la honra de sí mismo, el deseo de la paz, el temor de recibir mal por mal y ver menoscabados su vida ó sus intereses. Era egoista aún cuando abría las brillantes moradas del Sol para los que sacrificaban su vida por los dioses en los campos de batalla. Pero ¿cuándo ni dónde hubo moral social que no recurriera á los mismos ó análogos medios para moderando los instintos y las pasiones del hombre inclinarle á la virtud y apartarle del vicio? Aún hoy la moral del bien por el bien no pasa de ser el *desideratum* de los filósofos: dista de estar escrita en el corazon de los pueblos.

Era tambien incompleta la moral del Imperio: callaba sobre los deberes para con nuestra razon y la naturaleza. Pero no estaba tampoco ni entonces ni ahora más avanzada la moral de las naciones cultas; y en cambio la del Imperio había penetrado en la vida de los ciudadanos como la de ninguna otra sociedad del mundo. No que allí no hubiese vicios—¿cómo no haberlos dónde estén reunidos cien hombres?—había allí robos y fraudes y homicidios y adulterios y prostitucion y alcahuetes y rufianes y gentes que especulaban y vivían con la ignorancia del prójimo. Pero estaban en general ménos corrompidas las costumbres, rayaba más alto el sentimiento moral y había mayor masa de pueblo que acomodase á la justicia sus actos. Verdad es que esto nacía en gran parte, ya de la dureza de las leyes, ya del concurso que para la pública moralidad se

prestaban la religion y el Imperio, ya de las instituciones políticas, encaminadas todas á mantener constantemente activos á los hombres hasta el extremo de dejarles apenas punto de reposo.

Esta mayor morigeracion de los mejicanos la hubieron de confesar los mismos españoles á poco de la conquista, principalmente cuando, gracias á lo más laxo de sus leyes y á la menor pureza de sus costumbres, los vieron caer precipitadamente en todos los excesos de la embriaguez y la lujuria. No había pueblo ni más sóbrio ni más casto, exclamaban; y algunos hasta reconocían que lo habían pervertido los vencedores destruyendo inconsideradamente un régimen, que, como dice Sahagun, era conforme á la templanza y abastanza de la tierra, engendradora de la sensualidad y el ocio.

«Los mejicanos que no han entrado aún en relaciones con los europeos, escribe Alonso de Zurita, son muy sufridos: nada los turba ni los irrita. Sufren con paciencia que se los corrija, y no porque se los reprenda toman ni continuan el trabajo con desabrimiento. Cuanto más elevados en dignidad son tanto más sumisos; solo alguna que otra vez se permiten decir al que los riñe: *¿Qué tienes? No te encolerices y reflexiona sobre lo que me mandas.* Nosotros los hemos hecho rebeldes y tercos á fuerza de esclavizarlos. Donde se los dejó libres son obedientes y dóciles hasta con sus nuevos amos.» Y en otro lugar: «eran ántes escasos los pleitos y los divorcios, hoy abundan. Se apoderó la discordia de las familias y de los hombres.» Y en otro: «trataban bien á sus esclavos. No conocían la usura.» Podría multiplicar las citas.

Era práctica la moral en el Imperio como lo era la educacion y la enseñanza. El mismo Alonso de Zurita hace observar en su escelente informe la multitud de conocimientos útiles que reunía el último de los mejicanos. En general, dice, todos saben tallar la piedra, edificar una casa, hacer un cable de junco, hallar donde quiera que estén los materiales necesarios para satisfacer las necesidades del momento. ¿Los sorprende la noche en sus viajes? Ponen todos manos á la obra y en minutos levantan sus tiendas. Aún los niños saben el nombre y las cualidades de todos los séres animados, de los árboles, de las mil y una yerbas que cubren los campos, de las muchas raíces que les sirven de sustento. ¿Se debería tal vez á su misma falta de escritura?

Esto unido á su sobriedad les debía naturalmente facilitar la vida. «Los mejicanos, decía un oficial de los de Hernan Cortés, viven con muy poco: no hay nacion que ménos consuma.» Comían á la verdad opípara y delicadamente los señores; alimentábase principalmente de maíz el pueblo. Legumbres, ensaladas, raíces, aves, ya silvestres, ya caseras, constituían la variedad de sus platos: el chili y el aji la de sus condimentos. Usaban los habitantes todos una bebida deliciosa que hacían del cacao y un vino llamado pulque que sacaban de sus magüeyes. Con una taza de cacao, añadía el oficial citado, pueden pasar todo un día sin tomar otro sustento, por más que vayan de viaje y sea larga la jornada.

El traje no podía tampoco ser más sencillo. Iban los hombres casi desnudos: llevaban zapatos sin empeine que sujetaban al tobillo por anchas correas guarnecidas de botones y ojales; en el entremuslo un maxtle, especie de pañuelo, ordinariamente con franjas, cordones y borlas que ceñían á la cintura; anudado al pecho un manto con orlas, casi siempre de más ó ménos complicados adornos. Calzaban las mujeres zapatos semejantes á los de los hombres, vestían enaguas y una como sobrepelliz que llamaban vipil y las cubría de la garganta al cinto. Unos y otras solían traer al aire la cabeza: las mujeres suelto y esparcido el cabello, los varones recogido de diversos modos segun las distinciones de que gozaban. Penachos no se los permitían los hombres sino en la guerra y los areitos; tocados sólo las mujeres que habitaban en países cálidos, orilla de los dos Océanos. Usaban éstas un velo en forma de red de color amarillento. Mantos, maxtles, vipiles, enaguas eran comunmente de algodon pintado: los mantos, no pocas veces de tela más basta, de hilo de magüey, de nequen.

Cabía en todas estas ropas lujo y se lo veía en los trajes de la gente rica. De algodon había delicados y hermosos tejidos. Mezclábaselo, como se ha dicho, con pelo de liebre, ó de conejo, y se hacían telas que en suavidad y brillo dejaban atrás nuestras sederías. Mantos los tenían caprichosamente bordados con anchas orlas y elegantes flecos. Los tenían tambien de finas y elegantes plumas. Los mismos maxtles eran susceptibles de lujo. Los había que segun la labor de sus franjas parecían de encaje. Eran á veces de gran precio sus cordones y borlas. Otro tanto sucedía con los vestidos de las mujeres. Hasta cuatro vipiles de diferentes colores y telas ostentaban algunas damas. Llevábanlos sobrepuestos y unos más cortos que otros á la manera que visten sus muchos refajos las aldeanas de algunas provincias de Castilla. Mas esto era la escepcion; la regla eran los trajes modestos. En otro capítulo me haré cargo más detenidamente de los atavíos de la gente noble.

Era no muy difícil la vida y bastante cómoda. Las casas eran ordinariamente holgadas y las de las ciudades tenían azoteas. Solo las de la costa del mar solían estar cubiertas de paja. Eran unas de cal y piedra: otras de tierra y adobes. Las de la costa estaban circuidas de murallas tambien de ladrillo crudo. Había muchas esparcidas por el campo ya en las llanuras, ya en las colinas; muchas más formando calles y pueblos. Las poblaciones estaban por lo regular bien situadas; sus alrededores eran pintorescos. Las había en las faldas de los montes, en fértiles y risueños valles, á las orillas de los rios, en las playas de los mares, en el fondo mismo de los lagos. Contenían todas escaso número de calles espaciosas, pero muchas rectas y largas. En las de los lagos unas calles eran todas de agua; otras mitad de agua mitad de tierra. Arcillosa y lisa la tierra no parecía sino ladrillo. Había además en todos los pueblos de alguna importancia plazas y mercados, algunos, como el principal de Méjico, adornados de pórticos. Solían ser grandes los mercados por venderse en ellos no sólo comestibles sino

tambien toda clase de géneros así necesarios como supérfluos. Vendíase allí desde el chili y el ají verde hasta las joyas de oro y plata y estaba cada órden de mercancías en distinto departamento. No se hable de los teocallis. Eran tantos los de Méjico, que sólo con los braseros que perpetuamente ardian delante de sus fachadas, la ciudad toda estaba de noche espléndida y brillante. Hasta ciento noventa torres dice el oficial anónimo que contó en una ciudad sita á seis leguas de Tlaxcala, probablemente Cholula. Pertenecían unas á templos, otras á casas principales. Si había en aquellas poblaciones baños comunes, lo ignoro. Alguna indicacion de que los hubiese encuentro en uno de los discursos de los padres á los hijos, pero la estimo insuficiente. Había baños para las abluciones en los teocallis y los monasterios; los había tambien en los palacios de los Reyes. Es de presumir que no faltasen en las viviendas de los nobles. Lo que en todas partes abundaba, eran los jardines: ya en otro punto dije que los había no sólo en los patios sinó tambien en las azoteas.

Era bastante fácil y cómoda la vida; y sin embargo, lo he dicho y lo repito, triste. Triste no sólo por las causas que ántes he apuntado sinó tambien por la idea que aquellos hombres tenían de la muerte. Creían en la inmortalidad, supongo que la del alma; y sostenían que ya difuntos iban al cielo, al paraíso ó al infierno. Estaba para ellos el infierno en el corazon de la tierra; el paraíso en cierto sitio llamado Tlalocan, donde jamás hacia frio ni se despojaba de sus galas la naturaleza; el cielo en las esplendorosas moradas del astro del día. Lugar de eternas sombras decían que era el infierno; lugar sin ventanas ni luz donde reinaban sobre un mundo de yertos y aletargados séres Mictlantecutli y Mictecaciotl, el Pluton y la Proserpina de la antigua Grecia. Lugar de perpétuas delicias decían por lo contrario que era el paraíso, lugar donde imperaban los Tlaloques y no faltaban nunca mazorcas de maíz ni dejaban de fecundar nunca limpias y trasparentes aguas huertas y campos. Lugar de frondosas arboledas y frescos y sombríos bosques decían por fin que era el cielo; lugar de encantados jardines donde pájaros de brillantes plumas respiraban sin cesar un aire perfumado por las más bellas y olorosas flores. No eran estos pájaros, segun añadían, sino metamórfosis de los mismos habitantes del sol, que á los cuatro años de irle siguiendo por el espacio adquirían aquella forma y gozaban del dulce privilegio de recorrer lo mismo los verjeles del cielo que los de la tierra.

Para quienes creyeran los mejicanos reservado el cielo lo he dicho en estas mismas páginas: para los hombres que muriesen en combate y las mujeres que falleciesen de parto. Entendían que tambien lo estaba para los prisioneros á que se arrancase el corazon sobre la piedra de los sacrificios. Suponían destinado al paraíso aún á ménos almas: á los que cayesen heridos por el rayo ó se ahogasen en el agua ó pereciesen atacados por la lepra, las bubas, la sarna, la gota ó la hidropesía. Consideraban el resto de los hombres, es decir, la casi totalidad de nuestro linaje, consagrado á los dioses del infierno. ¿Como no llevar la tris-

teza en el corazon principalmente al acercarse á las riberas de la muerte? Verdad es que no había en su infierno ni llamas ni otros suplicios: mas ¿era poco vivir en eternas tinieblas? Ya que abandonaron aquellas generaciones la antigua creencia de que el Sol bajaba, al dejar nuestro horizonte, á la lóbrega mansion de Mictlantecutli, debieron para consolarse cerrar las puertas de tan espantoso abismo y dejar la vida futura solo para los felices mortales predestinados al paraíso terrenal ó al cielo.

Es tan desconsoladora, tan poco moral, tan absurda esta doctrina sobre el destino ulterior del hombre, que llego á dudar de si realmente la profesaban los mejicanos tal como nos la trasmitieron los escritores de Europa. Acabo de referirla conforme al texto de Sahagun y Torquemada; y, á decir verdad, no encuentro en autores que merezcan igual fé cosa en contrario. Hasta me parece verla confirmada, así por las frases que se dirigían al que agonizaba, como por las ceremonias que se hacía con los muertos. Se solía decir por todo consuelo al moribundo que iba á poner fin á las miserias de la vida y trasladarse á un lugar, si oscuro, ancho, donde le habían de ver deudos y amigos antes de mucho tiempo. Amortajado ya, ademas de sus propias armas, herramientas y vestidos, un jarro de agua y un perro de color rojo, se le daba una série de misteriosos papeles con los que se le anunciaba que había de vencer las dificultades del camino á las regiones de Mictlantecutli. El camino era verdaderamente trabajoso. Corría primero entre dos encontradas sierras; estaba luégo defendido acá por una culebra, allá por una lagartija verde; atravesaba ocho páramos y otros tantos collados; pasaba por un lugar donde soplaba un viento tan impetuoso que arrancaba las piedras; se dirigía por fin á las márgenes del Chicunaoapa, el Aqueronte de aquel infierno.

Dudo, sin embargo, que tal creyesen aztecas ni chichimecas cuando considero que por esta nocion de la vida futura resultaban condenados á la region de las eternas sombras, lo mismo los justos que los delincuentes, los reyes que sus vasallos, los sacerdotes que la profana muchedumbre, los niños que los adultos. Los niños eran los amados de Tetzcatlipoca, los sacerdotes, sobre todo los que sacrificaban, objeto de adoracion para el pueblo y áun para los mismos príncipes, que veían en ellos la imágen y la encarnacion de los dioses. Se hace inconcebible que solo porque no muriesen en batalla ó sobre la piedra de los holocaustos, ó heridos por el rayo, ó en el agua, ó atacados por ciertas enfermedades se los supusiese confundidos en el infierno con los últimos de los hombres.

En mi sentir conocemos incompletamente sobre este punto las creencias de los mejicanos; me lo hace presumir más que todo cierta práctica religiosa de significacion altísima. Se confesaban los habitantes del Imperio, como los católicos, y daban al acto gran solemnidad é importancia. Empezaba el penitente por rogar al confesor que buscara en los libros judiciarios el día más próspero para lavarse y purificar su espíritu. Llegados el día y la hora, se dirigía al templo con un petate nuevo, un poco de copal y un haz de leña. Encendía lumbre, bar-

ria la tierra, estendia el petate, y, ya que en él estaba sentado el sacerdote, le entregaba el incienso. Arrojábalo el confesor al fuego, y al fuego dirigía estas palabras: «Vos, señor, que sois el padre y la madre de los dioses, sabed que ha venido con gran dolor y tristeza vuestro vasallo por haber caido en muy graves faltas y estar de ello muy fatigado y pesaroso. Vos que sois defensor y amparador de todos, recibidle á penitencia y oid la angustia de vuestro humilde siervo.» Volvía luego los ojos al penitente y le decía: «Estás, hijo mio, delante de Tetzcatlipoca. Guárdate de mentirle. Derrama en su presencia tus maldades: nada omitas por miedo ni vergüenza. Abiertos tiene ya para tí los brazos.»

Sentábase entónces el penitente cara á cara del confesor; y como si en él viese al mismo Tetzcatlipoca, profería estas breves frases: «Oh señor nuestro, que á todos recibes y amparas, oye mis hediondos y repugnantes crímenes. No te serán por cierto ocultos, puesto que todas las cosas te son manifiestas.» Confesaba á continuacion sus pecados por el órden con que los había cometido, y confesábalos gravemente y despacio sin olvidar ninguno de los pormenores. El sacerdote le daba despues una penitencia acomodada á la culpa, tal como la de ayunar unos días, cantar y bailar desnudo ante unas imágenes ó pasarse unas espinas de magüey por la lengua ú otra parte del cuerpo, y le declaraba limpio y puro de toda mancha.

¿A qué tan ceremoniosa confesion si, que falleciera que no en pecado debía el hombre despues de muerto languidecer en las tinieblas del infierno sin que por su absolucion acá en la tierra le cupiese mejor fortuna que á las sombras allí encerradas? Advierta el lector, que esta confesion, por ser imperdonable toda reincidencia, no se la hacía más de una vez en la vida y la dejaban por lo mismo los pecadores para cuando se creían próximos á la muerte ó se hallaban en la edad en que más bien nos abandonan los vicios que los abandonamos. Si no para mejorar la vida futura ¿para qué había de querer el mejicano al fin de sus días ir á descubrir ni á un hombre ni á un Dios las debilidades y vergüenzas de su presente vida? Dice Sahagun que lo hacían con el fin de sustraerse al castigo de la justicia humana, pero infundadamente. Si así hubiera sido, no habrían esperado á viejos para confesar sus delitos; los habrían confesado inmediatamente despues de cometidos, como, segun el mismo autor, lo hacían despues de sojuzgados á la espada de los españoles y á la ley del Evangelio.

Como quiera que fuese, la perspectiva de los mejicanos que morían en su casa y de enfermedades comunes, nada tenía de halagüeña ni de brillante. La muerte era aún más triste que la vida; los entierros, supersticiosos. Sepultábase antiguamente los cadáveres sin quemarlos ni mutilarlos. Se abría una fosa que se revestía de cal y piedra, y se sentaba en ella al muerto, si varon con su espada y su escudo, si mujer con el huso y la rueca. ¿Se trataba de un Rey ó de uno de los grandes señores? Se hacía mayor la fosa y en ella se encerraba vivos con el cadáver á las concubinas y los esclavos favoritos. Cuando la conquista sólo

se enterraba ya integro el cadáver de los destinados al cielo. Enterrábaselos tendidos y con una vara en la mano. A todos los demás se los quemaba días despues de amortajados con gran ceremonia. Se los alanceaba mientras ardian en la hoguera, se recogía la ceniza y los huesos, se los guardaba en una olla junto con una esmeralda y se los metía en un hoyo que generalmente hacían dentro de la que fue su casa para que los hijos y los deudos pudieran cuando quisiesen presentarles ofrendas. Se quemaba á los reyes y á los nobles lo mismo que á los plebeyos con la sola diferencia de que en la cremacion de los primeros se sacrificaba gran número de esclavos, ya de los que en vida habían estado á su servicio, ya de los que ofrecían al efecto los señores que asistían á las obsequias. Arrancaban el corazon á esos esclavos segun costumbre, y luégo los arrojaban en otra hoguera distinta de la del monarca. Víctimas había tambien en el entierro de los hombres principales, pero en limitado número. Veinte esclavos y veinte esclavas era lo más que podía sacrificarse. Lo sensible era que á los veinte, á los cuarenta, á los sesenta y áun á los ochenta días de sepultados los reyes se repetían, aunque en mucho menor escala, tan terribles holocaustos. En los cuatro primeros aniversarios se vertía sangre, pero sólo ya de codornices, mariposas y conejos. Sobre la sepultura se ponía la imágen del rey muerto: allí se hacían los sacrificios y las ofrendas.

Una particularidad he de hacer notar ahora ántes no ponga fin á este capítulo, en que he seguido la vida social de los mejicanos desde el nacimiento á la muerte. Acaba de ver el lector, como se los bautizaba, se los casaba y se los enterraba. En ninguno de los tres actos, como no fuera en las exequias donde había sacrificios, figuraba el sacerdote. Una partera bautizaba, unas casamenteras enlazaban á los novios, unos viejos amortajaban y quemaban los cadáveres. El sacerdote era ajeno á todos estos ritus. Cosa verdaderamente rara, cuando en todas partes toma la religion á los hombres desde que nacen y los lleva como por la mano de la cuna al sepulcro. Aquí el sacerdote cuidaba verdaderamente más de los dioses que de los hombres: á los hombres apenas si los buscaba más que para hacerlos adoradores y servidores suyos y sacrificarlos á sus ídolos. Era esto tanto más de estrañar, cuanto que difícilmente se podía encontrar pueblo más devoto ni que más recurriera á sus sacerdotes para los demás actos de la vida. En ellos tenía su maestro, su agorero, su astrólogo, su historiador, su cronologista, su confesor, su guía. Anomalía como ésta, confieso que no me la explico.

Falta ya tan solo que hable de la vida política del Imperio.

Por no repetir las citas no he puesto ninguna en este capítulo. Lo he escrito principalmente sobre el libro de SAHAGUN, *Historia Universal de las cosas de Nueva España*, lib. I, cap. XII; apéndice del lib. III, cap. I, II, y III; lib. VI. cap. del XVIII al XL; sobre el libro de TORQUEMADA *Monarquía Indiana* lib. XIII con todos sus capítulos; sobre el *Informe* de ALONSO DE ZURITA *acerca de los jefes de Nueva España*, edicion de Ternaux-Compans páginas 24, desde la 132 á la 165, y 182; sobre la *Relacion compendiada de la Nueva España* escrita por un caballero del séquito de Hernan Cortés, libro si corto en páginas, largo en enseñanza, y sobre las cartas de PEDRO DE GANTE y FRANCISCO DE BOLONIA, insertas en el tomo X de la coleccion del mismo Ternaux-Compans. Es de advertir que los capítulos del lib. VI de la obra de Sahagun están separados del cuerpo de la misma en la edicion de Kinsborough, que es la que tengo á la vista, y se los ha de buscar, por lo tanto, no en el volúmen VII, sino al final del V.

CAPÍTULO XIV

Instituciones políticas.—La confederacion de los tres reyes.—Carácter mixto de las tres monarquías.—Órden de sucesion.—Poder de los electores.—Quienes lo fuesen en los tres reinos.—Ceremonias para la uncion del nuevo rey.—Oraciones del rey y de uno de los sumos sacerdotes.—Ayuno é instalacion del Rey en Palacio.—Oracion de los barones.—Fiestas para la coronacion.—Fausto de los monarcas.—Trajes de fiesta y de guerra.—Pasion por la guerra en los tres pueblos.—Como se la preparaba.—Marcha de los ejércitos.—Estratejia.—Prisioneros.—Ventajosa posicion del que hacía cien prisioneros por su propia mano.—Castigos de los que en la batalla se hubiesen separado de las órdenes de sus jefes.—Organizacion militar.—Armas ofensivas y defensivas.—Conducta con los pueblos vencidos.—Tributos.—Sus diversas clases.—Su distribucion y su cobro.—Censurable exencion de tributos en favor de los sacerdotes y los nobles.—Órden de caballería de los Tecles ó Tecutlis.—Ceremonial para entrar en la órden.—Quienes podían ser Tecles.—Los nobles no estaban dispensados de cumplir las leyes.—Leyes principales.—Delitos contra las personas.—Delitos contra la propiedad.—Delitos contra la honestidad.—Prostitucion.—Concubinato.—Embriaguez.—Hechicería.—Leyes sobre la esclavitud.—Esclavos por la guerra.—Por delito.—Por contrato.—Blandura de la esclavitud.—Tribunales.—Tribunales en Méjico.—Tribunales en Tezcuco.—Tribunales con carácter político.—Absolutismo de la autoridad real.—Moderadores que ésta tenía.—Si el sacerdocio influía directamente en la política.—Qué clase de influencia ejercía.—Gerarquía sacerdotal.—Los reyes tenían iguales, no superiores.—Como se entendían los triunviros.—Objeto y carácter de los embajadores.—Servicios Administrativos.—Obras públicas, correos, mercados.—Conclusion.

Como ha visto ya el lector, había en el Anahuac tres reyes: el de Méjico, el de Tezcuco y el de Tacuba, ó lo que es lo mismo el de los aztecas, el de los chichimecas-culhuas y el de los tecpanecas. Confederados los tres desde los tiempos de Netzahualcoyotl, formaron un triunvirato. Entendía cada uno en la eleccion de sus colegas, hacían juntos las conquistas, y se repartían el botin y la tierra ganada. Aunque iguales en poder, distaban de tener todos la misma importancia. Poca era la del de Tacuba, sobre la de los de Méjico y Tezcuco. Uno de estos dos prevaleció siempre sobre los otros: bajo Netzahualcoyotl y áun durante los primeros años de Netzahualpilli el de Tezcuco, después el de Méjico. Montezuma II, rey de Méjico, era, segun he dicho, el verdadero emperador del Anahuac á la entrada de los españoles.

Dispútase sobre si la monarquía era en los tres reinos electiva ó hereditaria: en mi sentir participaba de ambos caractéres. Era hereditaria porque la corona no salía de las familias reinantes; era electiva porque, ademas

de venir designado el sucesor por una parte de pueblo, no era rey sin el asentimiento de los otros reyes. Más diré y es que, en mi opinion, tenía más de hereditaria que de electiva en Tlacopan y Tezcuco: más de electiva que de hereditaria en Méjico. No se sabe de un rey de Méjico que no fuese elegido por los magnates; no se sabe de un rey de Tezcuco que lo fuese ántes de Netzahualpilli. Fueron para mí los aztecas los que introdujeron el principio de la eleccion en Tezcuco y Tacuba.

En cada uno de los tres reinos había, sin embargo, un órden de suceder á que por lo general se acomodaban los electores. En Tezcuco y creo que en Tacuba prevalecía la sucesion directa: el hijo sucedía al padre. En Méjico sucedía el hermano al hermano; y, al faltar el último, entraban los hijos del primero. Hermanos eran los tres postreros reyes de Méjico anteriores á la conquista. Lo que se observaba por igual en los tres reinos era que comunmente no subían al trono sino los hijos de mujer legítima. Tuvo la regla, sus escepciones: Itzacohuatl, rey de Méjico, era hijo de una esclava. Tampoco en ninguno de los tres reinos era indispensable el órden de primogenitura. Lo alteraban los mismos reyes por sus testamentos ántes de la formacion del triunvirato.

Así las cosas, preguntará tal vez el que me lea: ¿en qué venía á consistir el derecho de los electores? Consistía en preferir de los hijos ó de los hermanos al que creyesen más apto para regir los destinos de su pueblo, en descartar al sucesor legítimo que por sus vicios ó su falta de valor ó entendimiento fuese indigno de la corona, en impedir que subiesen al trono reyes niños y sufriese el país los males inherentes á las regencias, en nombrar, extinguida la dinastía ó cuando lo reclamase imperiosamente la salud del reino, á persona de seso y corazon que los gobernase áun cuando no se hubiese mecido en la cuna de sus monarcas. Por sus prendas personales, sobre todo por su mensaje á Tezcuco y sus hazañas en la guerra de Azcapotzalco fue rey de los aztecas el primer Montezuma, si deudo de Netzahualcoyotl, sólo capitan general del rey á quien sucedió en el mando. Con ser tan reducido, no era de tan poca importancia como parece el derecho de eleccion de que se trata.

Sobre quiénes gozaran de este derecho hay tambien discordia entre los que de estas cosas escribieron. Opino con Zurita, que lo tenían los jefes principales, es decir los barones del Reino. Opino con Sahagun que tambien lo tenían los Senadores, los capitanes famosos en la guerra y los sumos sacerdotes. No puedo creer con Prescott que lo tuvieran solamente los cuatro nobles que, segun él, se escogían en el reinado de hoy para la sucesion de mañana. Esos cuatro nobles, de quienes habla el mismo Sahagun y dice que habían de estar siempre al lado del rey electo no dudo que figurasen entre los electores; lo que niego es que fuesen los únicos. Habían de ser más numerosas las asambleas que al efecto se reunieron á fijarnos en la manera como refieren los autores de más crédito la eleccion de varios reyes y en las arengas que se dirigian á los que acababan de ser

nombrados. Torquemada llega hasta suponer que la decision de los grandes había de ser confirmada por el pueblo: lo incuestionable es que debía serlo por los demás jefes del Triunvirato. Hacíase al parecer las elecciones por aclamacion, no por escrutinio.

Elegido y confirmado el nuevo rey, iba segun muchos autores al templo de Huitzilopochtli, segun otros, al campo de batalla. Que á poco emprendiese una guerra en que acreditase su valor y ensanchase las fronteras del reino lo dicen casi todas las historias; que lo hiciese ántes de su consagracion á fin de procurarse cautivos con que honrarla sobre la piedra de los sacrificios, hay quien lo afirma y quien lo niega. Lo cierto es que ántes ó despues de esta campaña recibía las vestiduras reales de mano de los sacerdotes. Dirigíase para ello al templo del dios de la guerra con sus cuatro senadores y todos sus feudatarios. Iba desnudo, sin más que el maxtle, y en el mayor silencio. Ya en las gradas del teocalli, le tomaban del brazo dos de sus más nobles caballeros, y le subían á lo alto, donde le esperaban á la cabeza del sacerdocio los dos pontífices. Asistían á la ceremonia los otros reyes; y reyes, sacerdotes y grandes, iban todos vestidos de sus más ricos trajes y adornos, como para que resaltase más la desnudez del nuevo monarca, que debía ser el primero en acatar á Huitzilopochtli tocando con el dedo á la tierra y llegándolo á la boca.

El primer sacerdote empezaba por teñir de negro las carnes todas del monarca, uncion de que no hay ejemplo en la historia de otras naciones. Tomaba luego un hisopo hecho de ramas de cedro y sauce y de hojas de caña; y haciéndole poner de rodillas, le rociaba cuatro veces con agua acompañando el acto con preces y palabras de salutacion que sólo el electo oía. Poníale por fin las vestiduras, recuerdo más que de gloria de muerte: en la cabeza una especie de velo que le caía sobre la cara, en el cuerpo una como chaqueta parecida al vipil de las mujeres, á la espalda una calabacita con pizietl, polvos que se tenía por mágicos, en la mano izquierda un talego de copal y en la derecha un incensario, á los piés unas sandalias: todo de verde oscuro, y pintado de cráneos y otros huesos de muertos. Adornado ya el Rey de estos atavíos puramente sacerdotales, se dirigía á la estátua de Huitzilopochtli y la perfumaba con el copal que iba vertiendo en el incensario. Sonaban al punto las cornetas y los teponaztlis, y la muchedumbre que estaba en el patio prorumpía en alaridos de júbilo.

No se limitaba el Rey á incensar la imágen de Huitzilopochtli; pronunciaba una larga oracion en que, despues de haberse considerado indigno de regir á nadie y despues de haber expuesto los peligros que en tan inhábiles manos había de correr el Reino, rogaba á Tetzcatlipoca que le infundiese su espíritu y su palabra ya que le había hecho espaldar de su silla, boca de su boca, oido de sus oidos, diente de sus dientes, uña de sus uñas, rostro de su rostro y cuerpo de su cuerpo. Oía á su vez de labios de uno de los sumos sacerdotes un prolijo discurso en que á vueltas de recordar las virtudes del rey difunto y encarecer lo

mucho que pesa sobre los más fuertes hombros la carga del gobierno le enumeraba los deberes que le imponía el encumbrado sitio á que le habían levantado los dioses. «A vos toca, se le decía, regir en tanto que vivais la gente del pueblo, que es antojadiza y soberbia, sustentarla y regalarla como á niños que están en la cuna, halagarla y hacerle el son para que duerma; á vos recibir afable y humilde á cuantos se os acerquen llenos de tribulacion y angustia, oirlos con sosiego y no resolver precipitadamente; á vos hacer justicia sin amor ni encono, ni excepcion de personas. Guardaos de decir ni de pensar «yo soy señor, yo haré lo que quisiere»; y ya que os sintais ensoberbeceros, volved los ojos á la bajeza de vuestro orígen. No durmais á sueño suelto, ni os entregueis á los deleites corporales, ni gasteis en profanaciones los sudores de los vasallos. No dejeis de pensar ni de noche en la suerte del Reino; no para gozar sinó para desviviros y morir por los demás se os acaba de dar el poder y la gloria. Pensad en deleitar á los demás no que á vos mismo; y no os olvideis jamás ni de los dioses ni de vuestros súbditos.»

Prometía el Rey hacer lo que se le aconsejaba y del brazo de los dos sacerdotes bajaba como había subido las gradas del templo. No á su palacio, sinó á una casa del templo mismo se le llevaba. Permanecía allí cuatro dias en ayuno, incensando y ofreciendo de su sangre á Huitzilopchtli, y bañándose á media noche en una alberca de agua fria, como los ministros del culto. Hasta despues de concluida esta penitencia no podía el Rey despojarse de sus vestiduras ni empezaban los preparativos para los areitos.

Concluidos los cuatro días, iban los señores por el Rey al templo y le conducían á palacio, donde todos le rendían pleito homenaje. Uno por todos le hablaba, y á ejemplo del sumo sacerdote le recordaba los deberes del nuevo cargo. «Sed feliz, venía á decirle, todo el tiempo que viviereis: haced felices á vuestros súbditos. Sed ojo, orejas, piés, manos, para ver, oir y ejecutar lo que os convenga. Dios socorre, conserva y ama á los buenos; llena de terror á los malos y de alegría al inocente. No olvideis que sois su imágen en la tierra. Teneis en vuestras manos corregir y perfeccionar al pueblo; haced que aumente cada día en fuerzas por sus costumbres. Arreglad la conducta de todos vuestros vasallos, honradlos á todos segun su mérito y guiadlos más que por vuestras palabras por vuestros actos. Tomad siempre consejo de los ancianos, que aprendieron por experiencia, observad atentamente lo pasado á fin de precaveros contra lo futuro. No os acobarden las penas ni las fatigas que pueda ocasionaros el gobierno: no durmieron tranquilos vuestros mayores para extender, como extendieron, su poder y dejar, como dejaron, un nombre inmortal en la historia. Los muertos no pueden ver ya vuestras faltas ni venir á daros consejos; dispensad que os los demos nosotros.» Palabras á la vez respetuosas y severas que forman vivo contraste con las torpes lisonjas que hoy dirijen los pueblos á los Reyes aún allí donde rigen las más avanzadas instituciones. Verdad es que ahora en las mo-

narquías no hay esas aristocracias poderosas que entónces dispongan de medios para imponerse á esos mismos príncipes á quienes tan alto hablaban.

Contestaba el Rey modesta y cariñosamente á sus barones, y entraba desde aquel momento en el ejercicio de su autoridad absoluta. Pensaba primeramente en celebrar con espléndidas y ruidosas fiestas su advenimiento al Trono; y ya que para ellas había fijado día consultando á sus agoreros, invitaba á sus deudos, á los jefes todos de las provincias y alguna vez á los de las naciones extrangeras. A todos alojaba, sentaba á la mesa y regalaba: á quién daba joyas, á quién vistosas mantas y maxtles, á quién armas y elegantes penachos, á todos segun la importancia que tenían. El día de las fiestas iba por segunda vez al templo en compañía de sus grandes y de una inmensa muchedumbre. Entónces era probablemente cuando recibía la tiara ó mitra de que hacen mencion algunos autores, signo, como aquí la corona, de la soberanía. Entregábase aquel día el pueblo á todo género de regocijos: danzas, simulacros, cantares, músicas, banquetes. El Rey por su parte hacía cuantiosas distribuciones de víveres y limosnas á los pobres. Prolongábanse á veces las fiestas, tres y más dias.

He hablado ya en otros capítulos del fausto y el esplendor con que esos Reyes vivían. He descrito los palacios de Tezcuco y referido los gastos que ocasionaban; he dado idea de lo que eran en Méjico las casas reales, el serrallo, la servidumbre y el trato del postrer Montezuma. Difícilmente podía verse ni aún en los imperios de Asia mayor lujo ni magnificencia. Da Sahagun detenida cuenta de los trajes que aquellos monarcas vestían, y parece, no que relata, sinó que finge. No llevaban ordinariamente sinó el maxtle, la manta y una que otra presea — manta riquísima de caprichosos dibujos, de preciosas franjas y de mejores borlas; maxtles no ménos costosos, recamados de algo parecido al encaje; prendas siempre de valor y estima; pero al fin prendas que, á escepcion de las joyas, usaban todas las gentes del pueblo. Mas ¿qué no se ponían para salir á campaña y sobre todo para las grandes fiestas, cosas para las que todas las clases de la sociedad reservaban allí sus galas?

Sujetas á los cabellos de la coronilla llevaban los Reyes en su traje de fiesta dos borlas de finísima pluma que les bajaban por las sienes al cuello, en las orejas ricos pendientes, metidas en las paredes exteriores de la nariz dos turquesas, el labio inferior atravesado por una esmeralda ó por un barbote de cristal que parecía de zafiro, en la garganta sartales de piedras preciosas y un collar que sostenía un medallon orlado de perlas, sobre de los codos brazaletes de que sobresalían hasta más allá de la cabeza brillantes y gallardas plumas, en los brazos ajorcas de oro, en las muñecas anchas pulseras de cuero perfumado con otra esmeralda sobre fondo negro, de la rodilla abajo grebas de oro muy delgadas, en los piés sandalías de suela de piel de ciervo y de calcaños de piel de tigre. Solían traer además en las manos ramilletes de flores y cañas que decían de humo, unas como pipas en que fumaban. Completaban el traje un pájaro de

vistosas plumas que se ponían en la cabeza, compuesto de modo que el pico les cayera sobre la frente, las alas sobre los tempanos, la cola sobre el colodrillo, y por fin un plumaje que traían á la espalda. Traje verdaderamente rico y pomposo, que, sin embargo, arguía en aquellas gentes falta de gusto y lamentable atraso. Con tan prolijos y confusos adornos no dejaban los reyes de ir desnudos.

El traje de guerra solía ser más sencillo. Usaban con frecuencia capacetes, ya de oro, ya de plata, con un manojo en cada sien de plumas de quetzalli, largas y verdes. Ceñíanse otras veces un casco rojo á que iba unida una corona de plumas, de cuyo centro salía un penacho, tambien de quetzalli, terminado por un tamborcito y una escalerilla que les caían sobre la espalda. Poníanse á la garganta un collar de piedras preciosas, grandes y redondas. Cubrían el cuerpo, ya con un coselete de pluma bermeja sembrada de caracolitos de oro, que les llegaba á la mitad del muslo; ya con otro más corto, de pluma amarilla y llamas tambien de oro, que sólo les bajaba á las corvas. Sujeto al coselete llevaban de ordinario un faldellin de plumas. Calzaban grebas y sandalias como las del traje de fiesta; y en lo que más cifraban su orgullo, era en los escudos y las divisas. El campo de las rodelas era de pluma, ya de uno, ya de otro colores; la orilla de oro; de la semi-circunferencia inferior colgaban rapacejos de pluma con botones y borlas. Otras veces por lo contrario, orillas y campo eran de pluma, y de oro solamente el centro, en que venía labrada una mariposa. Las divisas, que se llevaba como á cuestas, presentaban formas de variedad infinita. Consistían, ya en un tambor y unos rayos de oro, ya en una figura del Diablo, de cuerpo, alas y cola de pluma, de ojos, cejas, uñas y dientes de oro y de cuernos de quetzalli, ya en un cestillo con un perro que tenía tambien de oro las uñas y los dientes y en la cabeza un rico plumaje.

Solían llevar, además, los reyes en la guerra una banderita de oro realzada por un hermoso penacho, con la cual al tocarse al arma daban la señal de la pelea, y á veces hasta el estandarte del Reino, magnífica rueda de plumas en medio de la cual brillaba la imágen del Sol, toda de oro puro.

La guerra, como se ha visto, era la pasion y la primera necesidad de las tres naciones. A ella estaba consagrado el hombre desde que nacía, para ella se le educaba, y solo por ella podía encontrar la gloria en la tierra y la bienandanza en el cielo. Un rey bravo querían principalmente aquellas belicosas razas; y si para serlo había diversos candidatos de igual ó parecido derecho, al más bravo preferían. Así los reyes, que quisieran, que no, debían ocuparse ante todo en la guerra. Enemigos, los tenían siempre en las fronteras, ya que por tales reputaban á los pueblos que no les satisfacían tributos: á las fronteras, apénas sentados en el trono, llevaban sus ejércitos, cuando no, á las repúblicas libres enclavadas en el Imperio. Esos mismos senadores con ellos elegidos los estimulaban á tomar las armas. No sé si el lector recordará que entre los grandes consejos fundados por Netzahualcoyotl en Tezcuco había uno de la guerra: lo había tambien en Tacu-

ba y en Méjico, y tenia tambien su asiento en el palacio de los reyes. Era el primer consejo que los nuevos monarcas oian.

No vaya, sin embargo, á creerse que esos hombres emprendiesen á tontas y á locas la guerra. He dicho en otra parte los motivos que buscaban y los procedimientos de que se servian para declararla. Aún despues de resuelta, no la empezaban que no tuviesen recogidas las noticias necesarias para hacerla con éxito. Mandaban ante todo á la nacion que habían de invadir gente sagaz y entendida que examinase la naturaleza del terreno y la condicion de los pobladores: los pasos fáciles y los peligrosos, los pueblos grandes y los pequeños, la situacion y los flancos vulnerables de las plazas fuertes, el carácter fiero ó blando de los habitantes, las armas ofensivas y defensivas de que disponían. Que no lo tuviesen todo figurado en pinturas con expresion de las distancias que se había de recorrer para llegar al corazon y á los extremos de la nacion enemiga, no solo no se ponían en campaña, no decidían siquiera cuando ni por donde habían de abrirla. Con ayuda del Consejo de la Guerra estudiaban y determinaban sobre las pinturas que se les había traido un plan completo de operaciones; y ya que lo tenían, llamaban á los primeros capitanes y les daban órdenes precisas sobre la ruta que habían de seguir, etapas que debían hacer, jornadas en que podían llegar á los principales puntos de combate y sitios á que habían de atraer á los contrarios para mejor ganarles la batalla.

Mandaban á la vez á los feudatarios y á los demás jefes de las provincias que en tal día y tal lugar se incorporasen con tropas al ejército, y á los mayordomos é intendentes que aprestasen armas, víveres, mantas, tiendas, y para tal día los tuviesen, ya en la capital, ya en las concertadas estaciones. Depósitos de armas los había ordinariamente en todos los templos de importancia, como para dar un carácter más sagrado á la guerra; pero no siempre eran bastantes para las gentes que se levantaba. Era considerable el del templo mayor de Méjico.

Dispuestas así las cosas, y armados y distribuidos entre los soldados viejos los bisoños, se abría la campaña. No se movía junto ni en un mismo día todo el ejército. Salían los primeros los sacerdotes con sus ídolos; un día despues los generales con la flor de sus guerreros, es decir, con aquellos hombres que en otras luchas habían ganado prez y fama de valientes; al otro día los mejicanos; al otro los de Tezcuco; al otro los de Tacuba; al otro la gente allegadiza. No se reunían todos hasta los confines de la nacion objeto de la conquista; y áun entónces, no pocas veces se ordenaba á las tropas de los tres reinos que marchasen por distintos puntos y fuesen á caer sobre la ciudad ó campo en que se esperaba mayor resistencia. Dejaba de emplearse esta division de fuerzas, que había contribuido no poco á sus muchísimos triunfos, sólo cuando el enemigo había agolpado las suyas en las fronteras. Como quiera que fuese, ya el uno delante del otro los dos contrarios ejércitos, no empezaba el ataque el de los triunviros sino cuando habían encendido fuego sus sacerdotes. Tocaban al arma las bocinas, y los

reyes, si los reyes asistían al combate, levantaban sus estandartes ó sus banderitas de oro. Acometían entónces los imperiales con grande ímpetu dando espantosos alaridos. A voces pretendían aterrar los soldados á sus adversarios, y con sus cascos de cabeza de leon ó de tigre los capitanes. Entregaban unos y otros á sus sacerdotes los primeros enemigos que cautivaban para que incontinenti y sobre el mismo campo de batalla se los inmolase á los ídolos; guardaban los demás para hacerlos esclavos ó llevarlos á morir en los templos de su pátria. No era muchas veces tanta la sangre que se vertía como la que se derramaba en los sacrificios.

Hacer prisioneros era el afan de los soldados y los capitanes. Como que para obtener ciertas distinciones era indispensable haberlos hecho por sí cuando ménos en número de cinco. Sin esta condicion ni áun los hijos de los reyes podían usar penachos ni llevar divisas. En cambio el que la llenaba ó sobresalía por sus proezas, siquiera fuese el último hombre del pueblo, no solo podía usarlos, sino que tenía abierto el camino al poder y á la fortuna. Pasaba fácilmente de soldado á capitan, de plebeyo á noble. Podía llevar, ademas de las divisas y de los plumajes, bezotes de zafiro y esmeralda, joyas de plata y oro y hasta borlas en la cabeza; y á donde quiera que iba se sentaba en puestos de honor y se atraía el general respeto. Había por esta razon en todos los ejércitos jueces de campo para dirimir las discordias que sobre prisioneros se suscitaran.

Se recompensaba á los valientes y se castigaba con severidad á los que en las batallas se hubiesen separado en lo más mínimo de las órdenes de sus jefes. Importaba poco que hubiesen faltado por arrojo, no por cobardía, que fuesen capitanes ó simples soldados, que por su extralimitacion hubiesen facilitado ó impedido el triunfo de sus armas; declarados culpables por los mismos jueces de campo, no pagaban ordinariamente sino con la vida. Con pena de muerte se castigaba tambien todo abandono de puesto. Así, ruda la disciplina, grandes los premios concedidos al valor en la tierra, mayores los ofrecidos para el cielo, casi seguros de morir los combatientes si caían en poder del enemigo, con dificultad había en toda aquella parte de América ejércitos comparables con los del Imperio. En corto número de combates reducían no pocas veces naciones belicosas.

Acerca de su organizacion poseemos desgraciadamente escasos pormenores. Su unidad táctica era, á lo que parece, el grupo de doscientos ó cuatrocientos hombres; tenía cada uno su capitan y su estandarte. Iba el estandarte, segun el oficial anónimo, fijo en una lanza, y ésta adherida á la espalda del abanderado de modo que ni le impedía batirse con el enemigo, ni era posible arrancárselo sin hacerle pedazos. Como se enlazaran entre sí estos grupos no pude inquirirlo. Solo sé que había cuerpos de ocho mil hombres, y al frente del ejército estaban unos como capitanes generales, llamados Tlacochcalcatl el uno, Tlacatecatl el otro. El órden y el aire con que esas tropas marchaban debía de ser admirable. No solo el oficial anónimo, el mismo Hernan Cortés se agradaba del porte militar de tlaxcaltecas y mejicanos.

Conocemos algo mejor las armas ofensivas y defensivas del Imperio. Llevaban los soldados recogido el pelo en diversas formas segun sus anteriores actos de bravura; los capitanes cascos de madera, guarnecidos de plata y oro y áun de piedras preciosas, que les entraban hasta el cuello y representaban cabezas de jaguar, de leon ó de serpiente. Vestían unos y otros una especie de peto, semejante al sago de los celtíberos, que, tejido y relleno de algodon, era impenetrable á las flechas y á los dardos; encima un sobretodo que formaba una sola pieza con sus calzas y les descendía hasta la mitad del muslo. Calzas y sobretodo estaban cubiertos de plumas de dos colores, diversos en cada batallon ó compañía. Usaban ademas los capitanes cierta cota sobredorada, cuando no de oro. Completaba la rodela esta sencilla armadura. Compuesta de recios bambúes sujetos por una doble tela de algodon de las más fuertes, rechazaba no solo las flechas, sino tambien las balas de hierro de los arcabuces ordinarios; era, aunque reducida, de gran defensa. Tenía por adorno la de los capitanes, como la de los reyes, láminas de oro y plumas.

Las armas ofensivas eran, el arco, la saeta, el dardo, la lanza, la espada. La flecha, el dardo y la lanza tenían la punta ó de espina de pescado ó de piedra. De piedra era tambien el filo de la espada, y de una piedra tan acerada y dura, que la hacía temible al par de las hojas de Damasco y de Toledo. «En una batalla, dice el oficial anónimo, he visto á un indígena peleando con uno de nuestros jinetes. Abrió con su espada el caballo hasta las entrañas, y lo dejó muerto en el acto. Aquel mismo día otro indígena, de una cuchillada en el cuello tendió otro caballo á sus plantas.» Eran aquellas espadas de madera fuerte y grandes como aquí las de á dos manos. Al decir del mismo oficial usaban aún los soldados de Montezuma otra arma terrible: dardos de tres puntas ó por mejor decir, tres dardos ingeridos en un baston que se disparaba de un golpe y, disparados, salían en direccion distinta. Arrojábanlos segun él con una máquina igual ó parecida á la ballesta; y ésta, á lo que se cree, era su sola máquina de guerra. ¿Es posible que no hubiese otras donde había fortalezas y pueblos murados?

Tomadas en conjunto, no eran á la verdad estas armas para luchar ni aún con las que aquí teníamos ántes de la invencion de la pólvora; pero sí para medirlas con las de los demas pueblos de América, principalmente puestas en manos de hombres aguerridos y de ejércitos organizados y sujetos á disciplina. Así hizo el Imperio en poco más de un siglo conquistas que asombraron. Verdad es que fueron en no pequeña parte debidas á la política de los triunviros. La nacion conquistada no perdía allí ni sus dioses ni sus leyes ni sus costumbres. No perdía ni siquiera su gobierno cuando de algun modo había capitulado con sus vencedores. Pasaba simplemente á ser un feudo de la Corona, y como tal contraía dos cargas: la de pagar tributo y la de aprontar soldados. Si no había sido reducida por la sola fuerza de las armas, seguía mandándola su jefe como uno

de tantos vasallos de los tres reyes. Recibía en otro caso un gobernador, que no le alteraba sino en lo más preciso las instituciones, y entregaba á los conquistadores parte de sus tierras.

Los tributos de las naciones vencidas eran una de las pingües rentas del Erario; pero distaban de cubrir las atenciones de los tres reinos. Venían á llenarlas los que satisfacía el feudo y la provincia, lijeras segun unos, segun otros abrumadoras. Muy leves no podían ser, atendido al fausto de las tres córtes y lo frecuentemente que la guerra aumentaba los gastos del Imperio. Tal vez, áun siendo pesados, se hiciesen llevaderos por lo equitativo de su distribucion y lo fácil y oportuno de su cobranza. He dado ya en otro capítulo una idea general de cómo se los repartía y recaudaba: completaré la noticia.

Como indiqué respecto de Tezcuco, en las tres naciones había tierras de propiedad del Rey, que eran y debían ser cultivadas por ciertos contribuyentes. A cargo de otros estaba el cuidado de los jardines y la conservacion y la reparacion de las casas reales. Sobre otros pesaba la obligacion de procurar alimentos al Monarca y su servidumbre. Parecían individuales estas cargas, y nunca lo fueron. Gravaban no á tales ó cuales individuos, sinó á tales ó cuales pueblos: éstos eran los que surtían de víveres los palacios y mandaban por turno á sus administrados á labrar los campos y los jardines y á cuidar de los edificios de los reyes. Se hacía por encabezamientos la exaccion y el cobro de las contribuciones.

Para comprender mejor este sistema rentístico conviene saber cómo se hallaban políticamente organizados los tres reinos. Estaban divididos en feudos, en unas como encomiendas y en provincias libres ó de la Corona. Los feudos eran todos hereditarios, se regían por leyes de sucesion y de eleccion análogas á las de la monarquía, y en su vida interior eran completamente autónomos. Sucedía otro tanto con las encomiendas, que no se distinguían de los feudos sino en ser vitalicias. Eran una especie de tierras beneficiarias concedidas por los Reyes á los súbditos que más se habían distinguido en la guerra ó en cualquiera otro terreno habían contribuido á la salud y la grandeza de la patria. En los unos como en las otras el Estado sólo se entendía con el jefe así para el servicio militar como para la recaudacion de los tributos. El jefe, es decir, el beneficiario ó el feudatario, cuidaba de cobrarlos, segun sus especiales leyes, á sus ciudades y villas.

Las provincias libres estaban mandadas en lo político por un gobernador y en lo económico por un intendente ó mayordomo, ambos de real nombramiento. No me atrevo á creer que estuvieran encabezadas, pero lo estaban de seguro las poblaciones que las componían. Sabía cada pueblo y cada ciudad lo que debía satisfacer al Tesoro, y lo satisfacía á su tiempo. Al par del feudo y la encomienda lo cobraba de los ciudadanos con arreglo á sus leyes. Era allí tan general este sistema de encabezamientos, que ni aún el municipio repartía su cupo entre los

indivíduos. Lo distribuía entre los gremios y entre los calpullis. Decia, por ejemplo, al gremio de tejedores las telas que habia de entregar para el Estado; al de oficiales de pluma, los artefactos de pluma; á los armeros las armas. Los calpullis no sé si recordará el lector que eran comunidades agrícolas. Se ordenaba al jefe de cada calpullis, el más anciano de toda la tribu, que para tal día recogiese tantas medidas de maíz ó de frijoles, ó para tal otro enviase á las tierras del Rey tantos labradores.

Esto facilitaba considerablemente la equidad en el reparto y la economía en el cobro. Hacía además soportables los tributos la circunstancia de pagárselos en especie y en los artículos que cada cual producía. Como hice observar en otro capítulo, acostumbraban á trabajar en comun para satisfacerlos así la agricultura como las artes y los oficios. El impuesto parecía quedar reducido por este medio al sacrificio de unas horas ó unos días de trabajo. Añádase á esto que á los labradores no se los exigían sinó al tiempo de la cosecha, y á los industriales y los mercaderes se los cobraban en diversos plazos que iban, segun las localidades, de veinte á ochenta días. Contribuía todo á que se hiciese ménos gravosa la carga.

Lo habría sido mucho ménos sin la exencion de pagar contribuciones otorgada á cuántos estaban al servicio de los templos y á los nobles. Los nobles eran áun más numerosos en el Imperio que los ministros del culto. Como que á los de sangre se agregaban todos los días plebeyos que borraban por sus hechos de armas lo ruin de su orígen. Bastaba allí, como se dijo, que el último hombre del pueblo hiciese cinco prisioneros de guerra para que entrara en el rango de los aristócratas. Se le hacía tecle ó Tecutli, es decir, miembro de una órden de caballería que algunos suponen fundada por los toltecas, y pertenecía desde entónces á los pillis ó patricios. Esta órden de caballería tenía, segun escribí en otro capítulo, diversos grados. Equivocadamente á mi modo de ver los han tomado algunos autores por diversas órdenes. La denominacion de águilas-tigres que se daba con frecuencia á los capitanes no era, por ejemplo, más que la de uno de los grados de los Tecutlis.

La entrada en esta órden era muy solemne. Iban los antiguos tecles en busca del neófito, y le conducían al templo de Tetzcatlipoca. En un brasero del patio le hacían quemar copal en honra del dios del fuego. Le desnudaban á poco sacerdotes de cinco divinidades y le cubrían con los mantos de sus ídolos. Así vestido, se acercaba á las gradas del teocalli, donde le agujereaban la nariz dos tecles con un afilado hueso de águila y otro de tigre. Comía luego con sus futuros hermanos, y había de consagrar cuatro días á la vigilia, á la oracion, al ayuno, y al sacrificio de su propia sangre.

Vuelto el neófito á sus hogares, no renovaba las ceremonias que no tuviese recogidas, así para los tecutlis como para los sacerdotes, gran número de mantas, de objetos de pluma y de alhajas. Ayunaba entónces otros treinta días con sus parientes, encendia nueva lumbre, la velaba sin tregua, y otros cinco días des-

pues, ántes que el sol saliera, se dirigía entre músicas y danzas, no sólo con sus deudos, sinó tambien con sus amigos y todos los caballeros de la Órden, al lugar de la ciudad ó del pueblo á que se habia bajado á Tetzcatlipoca. Adoraba allí con todos al dios invisible é impalpable, le hacia ofrendas, le quemaba incienso y sólo interrumpía tan religiosos actos para dar espléndidos festines en que terminaba por regalar cuanto había adquirido. Volvía á Tetzcatlipoca no bien acabados los banquetes, y trocaba riquísimos mantos por los viejos del ídolo. Vestía los mantos de un dios: ¿que más ventura ya ni más grandeza?

Desde la primera ceremonia no se había lavado ni peinado el neófito. Le llevaban sus mayores y otros tecutlis á la orilla de un rio ó de un arroyo y le sumergían por cuatro veces en el agua. No empero sin haber ántes arrojado al fondo de la corriente turquesas y esmeraldas ni sin habérselas teñido con sangre de codorniz y áun con la del cuerpo de los tecutlis. ¿Había de aprovechar la inmersion sin prévios sacrificios á Chachitlicue, la diosa de los baños? Se lavaba al novel caballero, se le vestía de verde, se le llevaba en triunfo al templo y se le volvía por fin á su casa hecho tecle en medio de los más ruidosos bailes y regocijos.

¿Podrían aspirar á ese título solo los hombres de armas? No; lo obtenían tambien los mercaderes y áun los hombres de condicion ínfima, siempre que hubiesen adquirido fortuna y por sus ideas, sus sentimientos ó sus servicios se hubiesen hecho acreedores á salir de la clase de pecheros. Eran así tantos los Tecutlis, que con darles casi todos los destinos del Estado, con hacerlos capitanes, jueces, gobernadores, mayordomos, quedaban todavía sin empleo los muchos que hemos visto llenando las antesalas y los patios de las casas de Montezuma. Llegaban éstos á miles en los tres reinos, y no sólo no pagaban sinó que consumían. Era la Orden si un verdadero estímulo un no ménos pesado gravámen para los plebeyos, que, además de la contribucion directa, pagaban en casi todas las ciudades, la de puertas ó, lo que es lo mismo, la de consumos.

Estaban los nobles exentos de pagar tributos, pero no de cumplir las leyes. Eran las leyes severísimas para todas las clases y se las aplicaba con rigor á los mismos príncipes. Se castigaba con la muerte á todos los homicidas, áun á los que matasen á su mujer adúltera. Se decía de éstos que usurpaban la jurisdiccion de los tribunales y eran por lo tanto dignos de las más graves penas. No se perdonaba ni los homicidios en duelo. Si dos se desafiaban, debían aplazar el reto para el primer combate con los enemigos. Podían entonces batirse los dos sin que nadie se lo impidiese; y, no porque sucumbiera el uno, quedaba el otro sujeto á la accion de la justicia.

Con la muerte se castigaba tambien los delitos contra la propiedad de los particulares y la del Estado. Moría el que violaba las lindes de las tierras, el que se entraba por los maizales y las huertas y los robaba, el que cometía en los mercados el menor de los hurtos. Sólo de las orillas de los campos se permitía que tomara el viajero dos ó tres mazorcas de maíz para satisfacer el hambre.

Morían ademas el tutor que no daba cuenta de los bienes de su pupilo, y, pásmense los lectores, el hijo que malversaba la herencia de sus ascendientes. A los demás ladrones se los reducía á condicion de esclavos.

Con la muerte se solía castigar tambien los delitos de lujuria principalmente el coito de padres con hijas, de padrastros con entenadas, de suegros con nueras, de hermanas con hermanos, de tios con sobrinas. Vedaba la ley el matrimonio entre tales deudos, y los tenía por incestuosos si carnalmente se unían. No exceptuaba sino á los cuñados: había prevalecido en aquellas naciones la costumbre mosaica de casarse el hermano sobreviviente con la viuda del muerto. Se mataba así mismo á los adúlteros, á los sodomitas y á las mujeres que tenían unas con otras impuros contactos. Era tan odioso el adulterio, que hasta había castigos para el que sabiéndola reo de este crímen se acercase á su esposa. Pena de muerte sufrían tambien los que, varones, se vistieran como hembras ó, hembras, como varones. No era blanda la ley sinó con los alcahuetes, á quienes sólo se quemaba los cabellos en la plaza pública con hachones de tea.

Se toleraba en el Imperio la prostitucion; pero no los burdeles ni áun las casas de prostitutas. En sus propios hogares, no en los ajenos, debía la mujer ramera ejercer su oficio. Tampoco era delito el concubinato. En las altas clases era frecuente, nada raro en las bajas. Ahora digo, no en los pasados tiempos. En los que actualmente historío hasta se amancebaban las doncellas con asentimiento de sus padres. Sólo cuando había prole estaban obligados los amantes á tomarlas por esposas ó dejarlas. Hecho que no deja de revelarnos cuánto se iba alterando la pureza de las antiguas costumbres.

De los delitos militares he hablado ya en otras ocasiones y áun en este capítulo. Había tambien penas para los hechiceros; las había, como ántes se ha visto, para los borrachos. Ni hombres ni mujeres podían beber pulque. Aún viejos, sólo podían beberlo con cierta medida y en ciertos regocijos. Conducía la embriaguez á grandes excesos en lo demás de América, y quiso el legislador cortarlos.

Notables eran todas estas leyes, pero mucho más las que se hicieron sobre los esclavos. La esclavitud distaba de ser en aquellas naciones tan dura como en la antigua Europa. No era hereditaria: los hijos de los esclavos nacían libres. No daba ni quitaba personalidad: el esclavo tenía el carácter de hombre, no el de cosa. No abría ni siquiera fosos entre el amo y el esclavo: podía el siervo casar con mujer libre y hasta el señor recibir por esposa á su esclava. Podía el esclavo, y es más, adquirir para sí y procurarse á su vez esclavos que le sirvieran. Ni era el esclavo enagenable como vil mercancía: lo era sólo cuando se negaba al trabajo ó huía ó se encenagaba en los vicios. Aun entónces cabía venderle sólo despues de amonestarle tres veces delante de testigos. Cabía mucho ménos sobre los esclavos el derecho de vida y muerte. Se podía destinar al sacrificio sólo á los que eran prisioneros de guerra. Como que éstos por el simple hecho de ser cautivos eran víctimas consagradas á los dioses.

Comprenderá el lector por estas últimas palabras que no tenía allí la esclavitud por único orígen la guerra. Hacía tambien esclavos el delito: el robo, por ejemplo, en troj ó panera, el hecho de vender á un niño perdido en vez de entregarle para que se le pregonara y le pudiesen recoger sus padres, la falta de no descubrir, conociéndola, cualquier traicion contra el Rey ó el reino; el crímen de enagenar sin licencia del juez la cosa que se había recibido en depósito. Si ciento vendían al niño perdido, ciento quedaban esclavos y perdían su hacienda. Repartíasela por mitad entre el comprador y el niño.

Había, además, esclavos por contrato: vendíanse como tales ya hombres que habían perdido al juego su fortuna, ya mujeres corrompidas que habían agotado sus recursos. Deseosos unos y otros de prolongar por algun tiempo sus vicios, enagenaban su libertad para despues de consumido el precio. Padres que agobiaba la miseria vendían tambien por esclavos á sus propios hijos. Para que fuesen válidas debían celebrarse estas negociaciones ante cuatro ancianos. Presenciábanlas á veces muchos más testigos por reputárselas actos de los más solemnes.

Era allí la esclavitud tan blanda, que, al llegar á cierta edad el hijo vendido, podía el padre substituirle por otro, á éste por un tercero, y así sucesivamente á fin de que viniese á pesar por igual sobre su familia la carga de la servidumbre. No solía el comprador mirar con malos ojos el uso de este derecho; lo consideraba por lo contrario un favor y por cada substituto que recibía daba algo de sobreprecio. Como fuesen buenos los esclavos, los trataban los señores casi al par de sus hijos, y no era raro que al morir los emanciparan. Quizá esta misma blandura fuera causa de que los padres ahogaran los sentimientos de la naturaleza hasta el punto de entregar por esclavos á los que eran carne de sus carnes.

Para la aplicacion de todas estas leyes había en las tres naciones una escogida y severa administracion de justicia. Escogida y severa digo, porque se buscaba á los jueces entre los hombres más ilustrados y probos, y se los castigaba duramente si admitían dádivas, tenían en más el poder del rico que el derecho del pobre ó se atrevían á dictar fuera del recinto del tribunal sus autos y sentencias. En Tezcuco vimos ya castigos de esta clase bajo el imperio de Netzahualcoyotl y Netzahualpilli. Los hubo tambien en Méjico. Se había comprendido en los tres reinos la necesidad de que fuese igual para todos los hombres la justicia si se quería que doblasen todos con resignacion la cabeza á las más tiránicas leyes y al más duro absolutismo.

No era ya igual en los tres reinos la organizacion de los tribunales. Se ignora la de Tacuba, se conoce algun tanto la de Méjico y Tezcuco. Predominaban en Méjico los tribunales unipersonales, en Tezcuco los colegiados. Había en todas las poblaciones de Méjico unos como jueces de paz que fallaban los pleitos de menor cuantía é incoaban los juicios criminales. Había además en cada provincia un magistrado que llamaban Tlacatecatl y conocía en primera instancia de las causas por delitos, en primera y única de las civiles. Acompañábanle otros dos hom-

bres de ley, pero en calidad de auxiliares y asesores: era tan sólo él quien dictaba las sentencias. Iban en apelacion las causas criminales á otro juez superior conocido con el nombre de Cihuacouatl, que gozaba de grande autoridad y residia sólo en pueblos de importancia. Era este juez dentro del territorio de su jurisdiccion tribunal Supremo: no cabía alzarse de sus fallos ni áun ante la Corona. No podía ser nombrado sinó por el Rey ni delegar á nadie sus funciones. ¡Desgraciado del que se atreviera ni á comunicarlas, ni á usurparlas! Se le daba muerte, se le confiscaba la hacienda y se le vendía la mujer y los hijos por esclavos.

En la capital, en las mismas casas del Rey, había tribunales muy distintos: uno donde apénas se hacía más que instruir los procesos, otro superior donde se los fallaba, otro supremo presidido por el Soberano y compuesto de trece cónsules á donde se remitían las causas de muerte é iban á ser juzgados por sus delitos los nobles y todos los que ejercían altas magistraturas. El que salia condenado por este tribunal pasaba incontinenti á manos del verdugo.

Variaba algun tanto la organizacion de los tribunales chichimecas. En vez de los jueces tlacatecatles tenía Tezcuco audiencias sitas en distintos puntos del Reino, cada una de las cuales constaba de dos oidores. Iban en alzada los procesos graves, no á un juez como el Cihuacouatl, sinó á una asamblea general de magistrados que cada ochenta días presidía el Monarca. En la capital, en el palacio de Tezcuco recordará además el lector que había dos tribunales: el del Rey y el de Dios, donde con tanta solemnidad se pronunciaban las sentencias de muerte. Componíanse los dos en tiempo de Netzahualcoyotl de gran número de miembros: el primero de veintitres magistrados, el segundo de los catorce grandes feudatarios del Reino. De sólo dos jueces los supone Torquemada cuando la conquista.

Lo comun á la administracion de justicia de las dos naciones era la rapidez de los procedimientos, las muchas horas que diariamente consagraban los jueces á oir pleitos y causas, el sistema de reproducir por la pintura el objeto de los litigios, la existencia de ministros inferiores ya para emplazar á los demandados, ya para consignar la resultancia de los procesos, ya para conservar el órden en los tribunales. Que fuese motivo de la controversia un campo, una casa, una laguna, un esclavo, se pintaba al esclavo, la laguna, la casa, el campo, no sólo para que el juez pudiese apreciar mejor el derecho de las partes, sinó tambien para que en todo tiempo constase determinadamente cuál hubiese sido la cosa juzgada. La falta de escritura daba en aquellas naciones mucha claridad y precision á ciertos negocios. Por esas pinturas se regían años despues los españoles para fallar pleitos relativos á la propiedad de la tierra.

Era, como se ve, bastante avanzada la organizacion de los Tribunales en los dos reinos. Lo notable es que, segun Torquemada y Zurita, las asambleas generales que presidía cada cuatro meses el Rey de Tezcuco eran á la vez jurídi–

cas y políticas. Las comparan los dos autores á las Córtes de Castilla, y aseguran que en ellas se ventilaban y discutían los más árduos negocios de la República. Lo duda Prescott, y yo no lo afirmo; pero este doble carácter se sabe por Ixtlilxochitl que tambien lo tenía el tribunal de los catorce feudatarios. Consejo de Estado era á la vez que tribunal de justicia. ¿Sucedería otro tanto con el tribunal de los trece de Méjico? Es por lo menos presumible. Habíase ido asimilando cada uno de los tres pueblos las instituciones de sus confederados.

¿No sería entónces absoluta la autoridad de los Reyes? Absoluta era, puesto que no debían, que yo sepa, someterse á las decisiones de ninguna asamblea ni de ningun consejo. Algo moderada debía, sin embargo, estar por esos altos cuerpos consultivos. El Rey de Méjico tenía, como se ha visto, por consejeros obligados cuatro senadores elegidos con él en un mismo día y por unos mismos próceres. Inamovibles hasta el advenimiento de otro Rey, no podían ménos de ejercer grande influencia sobre sus soberanos. No debían ejercerla menor los catorce grandes vasallos de Tezcuco sobre el ánimo de los descendientes de Netzahualcóyotl. En uno y otro reinos había por otra parte numerosos consejos de guerra y Hacienda, en Tezcuco hasta uno de ciencias y artes. Por ilimitado que fuese el poder real, habían de tender todas estas colectividades á encerrarlo dentro del círculo de las leyes. Las violó rara vez áun el postrer Montezuma con haber sido el monarca más aristocrático y más orgulloso de los aztecas.

¿Enfrenarían tambien el poder real los sacerdotes? No parece que allí los sacerdotes intervinieran directamente en la política. No se los vé en ninguno de los consejos de los reyes. No se sabe que conocieran de ningun género de juicios. No se dice que perteneciesen á la inmensa servidumbre de los palacios. Cuenta Ixtlilxochitl que cada ochenta días se juntaban en un salon llamado Tlacotco el Rey de Tezcuco, sus hijos, sus deudos y sus dignatarios, y, ya reunidos, subía á uno como púlpito un orador de temple que con gran libertad denunciaba y censuraba los errores y los vicios de los circunstantes sin perdonar al soberano. Tenía este acto cierto aire religioso: el Rey mismo no vacilaba en confesar allí sus yerros, si por acaso los había cometido. No se dice, con todo, que el orador fuese sacerdote.

Suponer que el sacerdocio no influyera en la suerte de aquellas naciones sería verdaderamente insensato. ¿Cómo no había de influir si él era el que educaba en el Techpuchcalli y el Calmecac á todas las clases altas, inclusos los hijos de los Reyes? si presidía los combates y podía precipitar y áun provocar la guerra con sólo decir que sus dioses estaban sedientos de sangre? si era el archivo de todos los conocimientos y tenía por el terror dominadas las conciencias? Lo que pretendo y miro como inconcuso es que á pesar de este prestigio no estaba como en otros pueblos sobre la Corona. Si ungía y coronaba á los reyes y aún formaba parte del Senado que los elegía, el Rey y los grandes elegían en cambio á los dos pontífices.

La jerarquía sacerdotal del Imperio, se parecía, al decir de Sahagun, á la de la Iglesia. Se componía de acólitos, de diáconos, de presbíteros, de obispos, de sumos sacerdotes y por fin de un patriarca cuya jurisdiccion se extendía á todo el Reino. Los elegidos por el Rey y los grandes eran los dos sumos sacerdotes: éstos á su vez elegían al Patriarca. Uno y otros salían con frecuencia de la plebe. No á su nobleza sinó á su virtud se atendía. Los que más puros habían permanecido en sus costumbres, los que en los grados inferiores habían sido más celosos y humildes, los que no habían perdonado sacrificio por servir á sus dioses y á los hombres eran los que de escalon en escalon, y no por saltos, se elevaban á la cumbre de la jerarquía.

Ejercía por todas estas razones aquel sacerdocio un gran poder moral; poder material, ninguno. Ninguno digo sobre los profanos, que sobre sus propios miembros no dudo que lo tuviese. No tanto, con todo, que pudiera sustraerse á la accion de las leyes civiles cuando incurriese en graves delitos. Los sumos sacerdotes, el mismo Patriarca sufrían grandes castigos si, quebrantando su voto de castidad, se entregaban á placeres impuros: sodomitas, hasta pagaban con la vida su nefando crímen. Nueva demostracion de que la Corona estaba por encima del sacerdocio.

Tenía el Monarca iguales, no superiores; é iguales sólo en sus confederados. Como se ha dicho, repartíanse desigualmente los tres reyes el botin y las tierras de conquista, y había siempre uno que aspiraba á prevalecer y prevalecía sobre los otros; pero se reconocían todos con igual poder y completa autonomía en sus respectivos pueblos. Entendíanse, sin embargo, no por embajadores sinó por simples mensajeros; y lo más del tiempo no los necesitaban. No estaba Tacuba ó Tlacopan á dos leguas de Méjico; estaba á poco más de seis Tezcuco. Visitábanse frecuentemente los tres soberanos, y áun pasaba el uno meses en la córte del otro; tanto, que en cada uno de los tres palacios había multitud de piezas para alojamiento de los demás triunviros. Sobre que las contínuas guerras los obligaban á vivir juntos desde que se las preparaba hasta que se las concluía.

A los embajadores los reservaban para cuando habían de dirigirse á reyes extranjeros. Escogían para tan espinoso cargo á los hombres de más valer y más nobleza, y los vestían de modo que no cupiese confundirlos y sí respetarlos. Les imponían el uso de sus propias insignias, el de una especie de dalmática de cuyos extremos pendían borlas de colores, el de una manta finísima revuelta al cuerpo y recogida por dos de sus puntas sobre los hombros, el de ricas plumas con que debían trenzar el cabello, el de una flecha en una mano y la rodela en otra y el de una red, por fin, á donde habían de llevar víveres para el camino. Mandaban á veces hasta cuatro juntos; dependía el número de la importancia del negocio y de la del Rey con quien se iba á tratarlo. ¡Ay de la nacion extranjera que se atreviese á injuriar ni á recibir mal á estos embajadores! Sin más se consideraban con derecho á declararle la guerra. Querían, como en Europa, que

se los respetara como á sí mismos y se los tuviese por sagrados é inviolables.

No me es posible escribir más de la organizacion política del Imperio: fáltame sólo decir algo de la que se dió á los servicios públicos. Materia corta no sólo por la escasez de noticias que sobre ella tengo, sinó tambien por lo fácil que es abrazarlos en conjunto. Merced á la falta de moneda se hacía todo por un mismo procedimiento: el de las prestaciones personales. Así se construía palacios, jardines, acueductos, acequias, puentes, vías. Así tambien se los conservaba y se los reparaba. Los palacios, los jardines y los acueductos que por este sistema se hicieron los hemos ya visto; de sus calzadas no quedan restos, de sus puentes hay áun ejemplos que admiran. A una jornada de Tehuantepec, en un pueblo que llamaban Chilmitlan vió y dibujó Dupaix uno de mampostería de cuatro varas de extension y dos de anchura cuyo ojo presenta en sus extremos un arco apuntado que forman sólo dos corpulentos y curvilíneos sillares. En la provincia de Tlaxcala, en la vertiente de un escarpado cerro halló y delineó otros dos compuestos de anchas y desiguales piedras bien aniveladas. Tiene el uno de longitud catorce varas, el otro treinta y cuatro: de anchura el uno dos y media; el otro doce. La muralla del mayor mide nada ménos que veinte varas; los obeliscos que la coronan á la entrada y la salida del puente de catorce á quince. Es menor el ojo que el de la otra fábrica—vara y media de ancho por vara y tres cuartos de alto;—mas presenta formado su cielo por grandes y recias losas tendidas horizontalmente. Era Tlaxcala, segun tantas veces se ha dicho, república que no dependía del Imperio: á falta de otros cabe, sin embargo, juzgar por estos puentes lo que serían los de los aztecas y los chichimecas. Desde la entrada de los toltecas venía desarrollándose la civilizacion en Tlaxcala como en los pueblos limítrofes.

A mantener estas obras en buen estado contribuía la misma religion con sus ritos y sus preceptos. Sobre haber declarado meritorio para sus dioses barrer las calles y los caminos, mezclaba en el mes Ochpaniztli sus sacrificios y sus fiestas con los trabajos de sus devotos, á quienes obligaba la ley civil á reparar los edificios y á limpiar y conservar calzadas y atarjeas. Tomaban así los hombres todos parte en la conservacion y la mejora de las vías públicas, y cabía llevar á cabo las más atrevidas construcciones.

Despues de las obras públicas el servicio mejor organizado era el de correos. Teníanlos en todas direcciones; y en poco más de veinticuatro horas llegaban las órdenes y las noticias á los confines del Imperio. A semejanza de nuestras postas había de cuatro en cuatro ó de cinco en cinco leguas peatones que se relevaban unos á otros y corrían á todo correr á la estacion próxima. Tenía cada peaton su casa ó torre en que albergarse, y había de estar siempre dispuesto á ponerse en camino. Los había de paz y tambien de guerra. Vestían éstos ciertas insignias para que en todas partes se los respetara, y en su traje y compostura indicaban si eran portadores de faustas ó infaustas nuevas. Si de infaustas, llevaban

suelto y desgreñado el cabello: pasaban en silencio por las ciudades y nadie osaba interrogarlos. Si de faustas, iban con el pelo recogido, ceñida la cabeza de un lienzo blanco, en una mano la rodela y en la otra la macana. Entraban en los pueblos danzando y esgrimiendo la espada, y las gentes los seguian dando alaridos de júbilo. Eran inviolables estos correos como los embajadores.

Habían dado por fin aquellas naciones grande importancia y escelente organizacion al servicio de los mercados. Teníanlos divididos en compartimientos para las diversas clases de vituallas y mercancías; en cada compartimiento oficiales encargados de poner precio á las cosas y evitar fraudes y cuestiones entre los que comprasen y vendiesen. El menor delito revestía en aquellas plazas gravedad suma. La menor riña era severamente castigada. Nada ménos que bajo la suprema inspeccion del Rey estaba el mercado de Méjico.

Tal era en resúmen el estado de aquellas naciones ántes de la conquista. ¿Merecían el nombre de cultas? ¿merecían el de bárbaras? Barbarie y cultura son dos maneras de ser de nuestra especie que carecen de valor absoluto. Calificamos generalmente de bárbaros á los pueblos que en su desarrollo intelectual, material y moral no han llegado á la altura del nuestro. Marruecos lo es hoy para nosotros. Nosotros lo fuímos en la Antigüedad á los ojos de Grecia y Roma, para quienes lo era el resto del mundo. Fuéronlo despues para todo el mediodía de Europa las tribus invasoras del Norte. ¿Qué de estraño que los españoles del siglo XVI reputasen bárbaros no solamente los pueblos del Anahuac sinó tambien los demás de América?

Bárbaros eran á no dudarlo relativamente á los que vivian en la orilla izquierda del Mediterráneo y en estas playas del Atlántico. Con veintiocho signos traducíamos todos los pensamientos, con diez todas las cantidades, con ocho todos los sonidos y todas las modulaciones de la voz del hombre. Más ó menos conocíamos todas las ciencias; mal que bien nos esplicábamos los fenómenos de la naturaleza y los de nuestra propia vida. Empezábamos á darnos cuenta de la configuracion del globo y determinábamos con exactitud la marcha de los planetas. No estábamos léjos al poner el pié en el Anahuac de elevarnos á la concepcion del actual sistema astronómico.

Navegábamos hacía ya siglos en buques de alto bordo; y, gracias á ese estudio de las revoluciones del cielo, á la reforma del astrolabio y á la invencion de la brújula, podíamos abandonar las costas y engolfarnos en los mares. No teníamos ya reducido el comercio á las fronteras de la patria ni á las naciones que nos temiesen; trocábamos en paz los productos del Septentrion con los del Mediodía y los del Oriente con los del Occidente. No vivíamos encerrados en un repliegue de la tierra como el marisco en su concha. No teníamos solitarios y silenciosos los puertos.

Disponíamos para toda clase de transacciones de la moneda y la letra de cambio.

Sin dar mercancía por mercancía podíamos adquirir todas las del mundo, y sin movernos de nuestras ciudades pagar obligaciones contraidas en los más remotos pueblos. No necesitábamos ni aún para la compra de víveres llevar á la plaza talegas de cacao.

Ni estaba entre nosotros reducido el trabajo á un corto número de industrias. Cultivábamos el trigo en las llanuras, la vid en los collados. Exprimíamos de nuestros lagares el vino y el aceite. Bebíamos ó cuajábamos la leche de las vacas y las ovejas. Hilábamos y tejíamos el lino y el cáñamo, la seda y la lana. Bajábamos en busca de los metales á las entrañas de la tierra, y labrábamos con perfeccion el hierro, de general aplicacion á las artes. De hierro hacíamos las herramientas; de hierro las armas. El oro y la plata los convertíamos, no solo en delgadas láminas, sinó tambien en delgados hilos. Así podíamos fabricar el tisú y el brocado. Conocíamos el vidrio; y el último de los hombres lo tenía en los muros de su vivienda para, sin privarse de la luz, guarecerse de las inclemencias del cielo. Hacíamos vajillas de barro y de porcelana, groseros utensilios y muebles de talla riquísima. Acabábamos de descubrir la imprenta, el arte de reproducir la palabra escrita y popularizar y perpetuar el pensamiento.

En arquitectura ¿á qué no habíamos llegado? Estaba ya cubierta Europa de esos monumentos ojivales que tanto asombran. El arco vertebrado no era una excepcion en nuestros edificios. Por él cubríamos á grandes alturas espaciosas naves. Sobre él cargábamos el peso de enormes bóvedas. Por su ley construíamos las atrevidas cúpulas que tan airosamente coronan las catedrales modernas. Lo lanzábamos no solo de pared á pared, sinó tambien de columna á columna, á veces hasta de la una á la otra orilla de un rio. Léjos de ser aquí excepcion, constituía sistema.

Estaba aquí muy desarrollado el sentimiento estético. No nos limitábamos á reproducir la naturaleza, la idealizábamos. Teníamos bastante vigor en nuestro espíritu para formar de los séres vivos imágenes más puras y bellas de las que los sentidos nos trasmitían. Simbolizábamos las más altas abstracciones; llegábamos á pintar la luz, el aire, el espacio. Hacíamos hasta reflejar los movimientos del alma en los rostros de nuestras pinturas. Por la música despertábamos todas las pasiones y todos los afectos.

No éramos ciertamente modelo de virtudes, pero poseíamos una moral bastante más perfecta de la que nos permitían seguir los instintos. Nos vedaba el pudor que pareciésemos en público desnudas las carnes. Teníamos sobre todo nociones bastante elevadas de Dios y su justicia, le creíamos uno. Nos sentíamos enlazados con él más por los vínculos del amor que por el lazo de la servidumbre. No le sacrificábamos ya los animales, cuanto ménos los hombres. Si, arrebatados por un deplorable fanatismo, quemábamos todavía á los que disentían de nuestros dogmas, no porque entendiéramos que con aquellas víctimas nos le habíamos de hacer propicio ni le habia de ser grato el olor de la sangre. Léjos de

nosotros la idea de darle en holocausto el corazon de los vencidos en la guerra. No los hacíamos ya ni esclavos. Eramos belicosos y teníamos en mucho los combates, para los que disponíamos de armaduras de hierro, lanzas y espadas de acero, arcabuces y cañones; no al estremo de creer reservado el cielo para los que sucumbiesen en el campo de batalla. El paraíso era á nuestros ojos el premio de la virtud, el infierno el castigo de la maldad y el crímen.

Había entre las dos civilizaciones verdaderos abismos. Vivían solas y aisladas aquellas gentes sin conocer apénas más tierra que la medida por sus armas, sin extender más allá su comercio, sin más embarcacion que la canoa, sin otro medio para sus transacciones que el cambio directo de productos. Quisieron inútilmente emplear por moneda el cacao, valor cuando ménos tan movedizo como los demás valores. Por carecer de bestias de carga, tenían reducidos á la condicion de tales gran número de sus semejantes. Al Norte, no léjos de sus fronteras, habrían podido ver manadas de bizontes fáciles de domesticar y aplicar á las necesidades de la vida. O no los conocieron, ó no se les ocurrió la idea de cazarlos y domarlos. Había, y es más, dentro de su territorio abundantes minas de hierro: no supieron tampoco utilizarlas ni salir de la edad de piedra.

Era allí estrecho el campo de la industria, más estrecho el de la ciencia, estrechísimo el de la filosofía. Sin imprenta, sin escritura, sin más que jeroglíficos en su mayor parte figurativos apénas cabía consignar sino hechos y áun imperfectamente. Bajo la forma de hechos se debía que se quisiera que no, presentar así los procedimientos del arte como las reglas de la moral y las leyes del Imperio. Se expresaba por símbolos las cantidades y un corto número de séres abstractos: no había medio de seguir la ilacion ni la marcha de las ideas. Discursos, poesías, sistemas, había que fiarlos á la tradicion, que todo lo desfigura y lo corrompe. Imposible de toda imposibilidad el movimiento intelectual que había en Europa aún cuando pesaba sobre todas las frentes la mano de hierro de la teocracia. Allí el sacerdocio podía comprimir áun más que aquí el vuelo del espíritu. Como que era el anillo de la tradicion, el arca de todo saber, el maestro de reyes y pueblos y el intérprete de esos mismos jeroglíficos en que estaban encerradas la escasa ciencia de aquellas naciones. No se puede ni se debe atribuir á otras causas la inferioridad de razon que hubieron de reconocer en los mejicanos aún los españoles que más los enaltecían para librarlos de la dura servidumbre á que se los redujo.

En artes vimos ya donde rayaban. En escultura llegaron cuando más á la imitacion de la naturaleza. En pintura acertaron raras veces á copiarla. La idea de la divinidad, léjos de escitarles el sentimiento de la belleza, los condujo frecuentemente á concebir mónstruos. Sobresalieron principalmente en la arquitectura, é impusieron más por la grandeza de las masas y la magestad de las líneas que por el buen gusto de los adornos ni la hermosura del conjunto. Descubrimos la curva vertebrada solo en un subterráneo. No hay vestigios de bóvedas en ninguno de sus templos.

Eran tal vez más morales que los europeos, pero no por la conciencia de su propia dignidad ni de la dignidad agena. Iban casi desnudos. Sacrificaban á los ídolos los prisioneros de guerra y hasta sus propios hijos. Es más: los comian, eran caníbales. ¡Si siquiera no hubiesen comido más que las víctimas sacrificadas en aras de sus dioses! Comían tambien á los que sucumbian en los campos de batalla. No permite dudarlo el testimonio unánime de los escritores que asistieron á la conquista. Hernan Cortés lo consigna en sus cartas como el más vulgar de los hechos. ¿Qué idea no habían de tener aquellas gentes de los dioses y los hombres? Aunque no fuese más que por esta costumbre, habían de parecer bárbaros á los ojos del viejo mundo.

He dicho en el capítulo primero que eran aquellas gentes ménos cultas que los españoles de hace veinte siglos; y no creo haber exagerado. Les aventajaban en la organizacion política y en el ejercicio de algunas artes, principalmente en la arquitectura; les eran en lo demás inferiores. Ni eran los españoles de aquel tiempo antropófagos, ni todos sacrificaban hombres á sus ídolos. Iban vestidos. Cultivaban los campos. Beneficiaban, no sólo las minas de oro y plata, sinó tambien las de hierro. Esgrimían armas tan buenas y aún de mejor temple que sus conquistadores. Habían ya domado al buey y el caballo, y contaban con carros de guerra y de trasporte. Tenían su alfabeto, tambien su moneda. Ejercían las artes más necesarias para la vida. Eran sobre todo fieros, indómitos, hombres animados del sentimiento de su propia dignidad, y se avenían mal con toda servidumbre. Nada ménos que dos siglos pelearon por su independencia á pesar de la superioridad de Cartago y Roma en la estrategia y la táctica. Se arrojaban muchos sobre sus espadas por no ser esclavos.

Como quiera que sea, preciso es confesar que la civilizacion del Imperio mejicano tiene un sello de originalidad que la distingue de las demás del mundo. Es una mezcla verdaderamente rara de cultura y barbarie, de pequeñez y grandeza, de brutales y delicados sentimientos. Por lo original y rara he creido necesario bajar á pormenores en estos cinco últimos capítulos. Solo por ella podré explicar más tarde la facilidad con que un puñado de europeos acabó con el Imperio y el rigor y la crueldad con que los vencedores trataron á los vencidos.[1]

[1] Fuentes históricas de este capítulo: SAHAGUN lib. XIII, caps. VIII, IX, XII, XIV, XVII, XVIII, XIX y XXI; lib. VI, caps. del IX, al X. TORQUEMADA lib. XIII, cap. XXXV; lib. XI, caps. XXV, XXVI, XXVIII, XXVIII, y XXXI, lib. XII, caps. del XII al II: ALONSO DE ZURITA respuestas á la primera, tercera y cuarta preguntas; IXTLILXÓCHITL, *Historia de los Chichimecas.* Parte I, cap. XXXVII. *Relacion de un oficial anónimo de Hernan Cortés*, vol. X de la coleccion de Ternaux. Compans. *Carta de Pedro de Gante*, en el mismo volúmen. *De las ceremonias que en otro tiempo se observaban para la admision de los Tecles*: memoria contenida en el mismo tomo. *Cartas de Hernan Cortés*: carta segunda.

CAPÍTULO XV

Estados libres.—Los totonacas.—Su constitucion.—Su orígen.—Su culto.—Los tlaxcaltecas.—Su organizacion política.—Fecundidad y riqueza de su tierra.—Sus dioses.—Su fiesta de Camaxtle.—Su comunidad teogónica con Cholula.—Cholula.—Su carácter religioso.—Su fiesta de Quetzalcoatl.—Su gran pirámide.—Sus artes.—Su gobierno.—Huexotzingo.—Influencia recíproca de las tres Repúblicas.—Matlatzingo.—Su constitucion.—Su organizacion administrativa.—Su propiedad.—Reino de Michoacan.—Sus límites.—Su orígen.—Cualidades de sus moradores.—Cualidades de sus tierras.—Su régimen político.—Su historia.—Su tradicion sobre el diluvio.—Los chiapanecas.—Pueblos que había entre los chiapanecas y los tarascos ó michoacanecas.—Confederacion de Tututepec, Mixtecapan, y Zapotecapan.—Influencia del sacerdocio en estas naciones.—Mixtecapan.—Noviciado que habian de pasar en los monasterios los hijos de los Señores.—Templos subterráneos de Iancuitlan, Chalcotongo y Coatlan.—Sacrificios.—Zapotecapan.—Templos subterráneos de Iopaa ó Mitla.—Monumentos célebres de este pueblo.—Si eran palacios ó sepulcros.—Qué pueblo pudo construirlos.—Culto de los muertos.—Dudas sobre la organizacion de los zapotecas.—Dioses que los zapotecas adoraban.—Conclusion.

CONSAGRO este capítulo á los Estados independientes del Imperio. Al llegar los españoles no lo era ya el de los totonacas, pero hacía pocos años que obedecía á Montezuma. Estaba dividido en veinte parcialidades ó familias y regido por una sola cabeza. No tuvo al parecer más de una dinastía que había empezado por Omeacatl y concluyó por Quauhtlaebana. Vivió en paz durante siglos; ántes de la guerra con los mejicanos sólo había sufrido una civil y otra extranjera. Era no obstante bravo y amaba la libertad como ninguno; segun verá más tarde el lector, por el afan de recobrarlo ofreció sus armas á Cortés, luego que Cortés desembarcó en sus costas.

El orígen de esos totonacas no es fácil determinarlo. Se los hace venir de Chicomoztoc, el misterioso lugar de las siete cuevas allá por el siglo VII, y hasta se dice si fueron los que en Teotihuacan edificaron los grandiosos templos del Sol y la Luna. Lo que parece indudable es que desde Teotihuacan marcharon en direccion á Oriente y acamparon primero en Zacatlan, luego en las vertientes y quebradas de Sierra Madre

y por fin en las llanuras de Cempoal, orillas del Atlántico. Allí se establecieron definitivamente, y se propagaron é hicieron temibles.

Adoraban los totonacas principalmente á Tzinteotl, divinidad agrícola. Le habían levantado un templo en una de las más altas cumbres, en medio de rosales y frondosas alamedas; y no le sacrificaban sino tórtolas y codornices. Rendían culto á otros dioses y les inmolaban á sus prójimos, pero á impulsos del terror, no de la veneracion ni del respeto. Rogaban constantemente á Tzinteotl que intercediera por que el Sol los redimiese de tan dura servidumbre. Tenían este astro por supremo Dios, y esperaban les enviase un hijo para librarlos de divinidades que les exigían tan cruentos holocaustos. Mataban cada tres años á otros tantos niños, les arrancaban el corazon, mezclaban la sangre con gotas de ulli y semillas que recogían de las huertas de sus teocallis, y repartían la masa entre los fieles como pan sagrado. Circuncidaban tambien á los varones veintiocho ó veintinueve días despues del nacimiento. Cortaba el sacerdote con un cuchillo de pedernal el prepucio, y lo arrojaba á la lumbre.

Grande era el Estado de los totonacas, pero no de mucho tan importante como el de los tlaxcaltecas. Los tlaxcaltecas, segun se ha visto, continuaban independientes. Aunque cercados de enemigos por todas partes, habían sabido resistir siempre á las armas de los triunviros. No estaban, sin embargo, regidos por un solo jefe. Distribuidos en cuatro grandes señoríos,—el de Ocotelolco, el de Tepectipac, el de Quiahuiztlan y el de Tizatlan;—vivían bajo el gobierno de otros tantos caudillos. En lo particular obedecía cada cual á su señor; en lo general, á todos. Constituían una federacion en el riguroso sentido de la palabra.

Era autónomo cada señor dentro de su señorío; debía reunirse con los demas para resolver los negocios comunes á toda la república. Deliberaban juntos los cuatro sobre la paz y la guerra, las vías de comunicacion y las relaciones con otros pueblos. Delegaban en uno su poder sólo para las empresas militares. Estaban todos miéntras duraba la lucha á las órdenes del colega que habían nombrado generalísimo. Les había enseñado la experiencia que sólo por la unidad de accion podían vencer á sus contrarios y mantenerse libres. Era generalísimo á la entrada de los Españoles Maxixcatzin, señor de Ocotelolco.

Participaban los cuatro señores del doble carácter de hereditarios y electivos que hemos observado en la monarquía de Méjico. Tenían derecho de suceder al padre todos los hijos de mujer legítima; pero no le sucedía sino el que designaban los demás cuatuorviros junto con los nobles de la respectiva cabecera. A falta de hijos sucedían los hermanos; á falta de hermanos, los sobrinos; á falta de sobrinos, los más próximos deudos. La eleccion se verificaba las más de las veces viviendo aún el señor de cuya sucesion se trataba: solían los señores al sentirse enfermos convocar la junta y áun presidirla.

Debajo de los cuatro señoríos estaban treinta feudos ó mayorazgos, que se regían por las mismas leyes de sucesion y pagaban tributos, ya reales ya per-

sonales. Tenían á su vez vasallos y jurisdiccion sobre los pueblos. Al par de los señoríos no pasaban jamás á las hembras. A las hembras, como á los varones que no heredaban el poder, no se les concedía sino bienes de que pudieran sustentarse y vivir como correspondiese á la grandeza de sus mayores. Aún á los bastardos se les daba tierras y esclavos para que no afrentasen la memoria de sus padres.

Estaba bien organizada la República, y contaba multitud de empleados. Todos eran y debían ser nobles. No se permitía ni ántes ni despues de la conquista que los plebeyos ejercieran cargos públicos. Un macehual á quien se emplease en la portería de un convento suscitaba vivísimas protestas. Prestábanse hasta los más nobles tlaxcaltecas á desempeñar los destinos más humildes con tal de alejar de ellos á la plebe. No sin motivo se ha calificado de aristocráticos aquella nacion y aquel gobierno.

Eran los habitantes de Tlaxcala chichimecas de orígen. Hablaban la lengua nahuatl, pero algo toscamente. No habían venido de un golpe al régimen que acaba de describirse. Vivían en un principio bajo un sólo señor llamado Colhuacatecutli que dividió el reino en dos para dar uno á su hermano Teyohualminqui. Bajó éste su casa á un sitio llamado Ocotelolco, y de aquí las dos cabeceras de Ocotelolco y Tepectipac, que subsistieron solas muy poco tiempo. No había aún muerto Colhuacatecutli, cuando bajaron al valle otros chichimecas y pidieron territorio en que establecerse. Concedióselo Colhuacatecutli, y nació el señorío de Quiahuiztlan, que tuvo á Mizquitl por primer caudillo. La cabecera de Tizatlan se fundó más tarde: formáronla nobles que se apartaron de las de Tepectipac y de Ocotelolco y aceptaron por jefe á Xayacamachantzompant, por otro nombre Texolohuatecutli.

Esta division no amenguó en nada las fuerzas de la República; contrapesada por la federacion, las aumentó léjos de disminuirlas. Creció de cada día Tlaxcala en gente, en armas, en recursos. Enriquecióse mucho por el comercio exterior; pero pudo vivir holgadamente de sí misma cuando, resueltos á conquistarla los Triunviros, la tuvieron sitiada por más de sesenta años. Carecía entónces de algodon para vestirse, de oro y plata con que adornarse, de cacao que beber y de sal con que sazonar sus viandas; no de pan ni de legumbres, ni de caza de que nutrirse. Tierra de pan, como indica su propio nombre, bien y generalmente cultivada, disponía de cuanto le era indispensable para la vida; y, tan sóbria como esforzada, sabía prescindir de lo supérfluo. De tal modo se había acostumbrado á comer sin sal, que pudiendo no la usaba ni aún despues de sujeta al dominio de los españoles. Abundaba principalmente en maíz y en grana.

Contribuía mucho á la fecundidad de Tlaxcala una sierra al Sudeste de la capital, de más de quince leguas de ruedo y dos de subida, que está en invierno coronada de nieve y en todas las estaciones poblada de encinas y pinos. Las nubes que se formaban en las cimas regaban frecuentemente la provincia. Te-

nian así los tlaxcaltecas gran veneracion á esas montañas, y en ellas adoraban á Matlalcueye. Era Matlalcueye por su nombre la diosa del faldellin azul y por sus hechos la madre de las aguas: subían los labradores todos á derramarle ofrendas si llovía, á inmolarle niños si estaban secos los campos. Los grandes sacrificios no se los hacía allí, sin embargo, para hacerse propicia á Matlalcueye sino para aplacar á Camaxtle, dios de la guerra, que tal vez fuera el mismo Huitzilopochtli de los mejicanos. Celebrábase cada cuatro años en honor de esa deidad terrible una fiesta donde corrían arroyos de sangre.

Preparábase la fiesta por un ayuno de ochenta dias para los profanos, de ciento sesenta para los sacerdotes. Los sacerdotes se mortificaban ademas taladrándose la lengua y pasando en distintas ocasiones por el taladro hasta trescientas y cuatrocientas agujas unas más gruesas que otras. Próximo el gran día, pintábanse unos de blanco, otros de negro, otros de azul, y bailaban de sol á sol á las espaldas del templo, recientemente enlucido y adornado. Vestían luego la gigantesca estátua del Dios, de más de quince piés de altura, y la de otro pequeño ídolo que se decía traido por los primeros pobladores.

La víspera de la fiesta empezaban las ofrendas y los sacrificios. Ceñíase á Camaxtle en el brazo izquierdo una rodela de oro con rapacejos de pluma; poníasele en la mano derecha un dardo cuya punta de pedernal era como el hierro de una lanza. Quién le ofrecía mantos, quién unos como capuces labrados de algodon y pelo que no parecían sino de seda, quién olorosas y delicadas flores, quién mariposas, conejos, codornices, culebras y lagartos. Matábase á todos estos animales en presencia del ídolo, y allí empezaban los holocaustos. ¡Si no los hubiese habido más deplorables!

A media noche se presentaba delante del templo un sacerdote cubierto de las vestiduras de su Dios; y despues de haber encendido lumbre nueva por el frote de dos leños arrancaba el corazon á uno de los más nobles prisioneros de guerra. Era aquello como el preludio de la gran matanza. Sacrificábase hasta quinientos cautivos en la sola cabecera de Ocotelolco, más de mil en los cuatro señoríos. Y al día siguiente se inmolaba todavía otros catorce ó quince como si no estuviese aún apagada la sed de Camaxtle. Lo más terrible era que tan bárbaras hecatombes se repetían con motivo de la misma solemnidad no sólo en las vecinas repúblicas de Cholula y Huexotzingo, sino tambien en otros muchos pueblos á la redonda, que adoraban, ademas de sus propios dioses, al de los tlaxcaltecas. Había en todas aquellas gentes una especie de comunidad teogónica. Tlaxcala, por ejemplo, decía que el dios de Cholula, Quetzalcoatl, era hijo de Camaxtle, y no vacilaba en prestar las vestiduras de Camaxtle para que se las pusieran á Quetzalcoatl los chololtecas.

Observábase esta comunidad teogónica sobre todo en Cholula. Cholula, como recordará el lector, había sido la ciudad en que habia prevalecido el culto de Quetzalcoatl sobre el de Tetzcatlipoca. Quetzalcoatl al decir de la tradicion y la

historia la había escogido por morada cuando abandonó el reino de Tula y dejádole sus discípulos cuando se embarcó en las aguas del Guazacoalco. Seguía devoto y fiel á Quetzalcoatl, y era, no obstante, el santuario de todos los dioses. No le había en el Anahuac que no tuviera allí su templo. Allí acudían en peregrinacion los pueblos del Panamá al Golfo. Allí tenía cada nacion su teocalli, y cada señor su casa. Allí se practicaba todo género de ritos y toda clase de sacrificios. Hasta en los altares de Quetzalcoatl se inmolaba ya al hombre: había comunidad, no sólo de dioses, sino tambien de holocaustos.

La fiesta de Quetzalcoatl en Cholula era muy parecida á la de Camaxtle en Tlaxcala. Iba tambien precedida de rigurosas penitencias. Ochenta dias ántes se reunían los sacerdotes todos en los átrios de los templos, y se sentaban contra la pared provistos de espinas de magüey, copal, un incensario y goma. En los primeros sesenta dias ni podían levantarse sino para mudar el cuerpo, ni dormir sino tres horas: una al salir el sol, dos á primera noche. Lo demas del tiempo lo habían de pasar orando, quemando incienso ó sangrándose las orejas. Si alguno se dormía, se le despertaba hiriéndole con las mismas puntas del magüey, cuando no imponiéndole mayor castigo. A media noche se bañaban en agua fría y se tiznaban. Añadían á estas mortificaciones el ayuno. En los últimos veinte dias, era ya más corta la vela y ménos dura la vida, pero aún ásperas y fatigosas.

Sólo el día de la fiesta podían los penitentes abandonar el templo é ir á sus casas por nuevos trajes. Confundíanse aquel día con el pueblo, y participaban de la alegría general. No, sin embargo, de modo que pudieran dispensarse los sacrificadores de ejercer su oficio. Se inmolaba á cuantos cautivos se había hecho en la guerra. Afortunadamente la fiesta, como la de Tlaxcala, no se celebraba más de una vez en cuatro años. ¿Se explica fácilmente que hasta en la ciudad de Quetzalcoatl se introdujera al fin tan inhumana costumbre? Se inmolaba tambien á niños de ámbos sexos en la ciudad de Cholula.

Cholula, lo he dicho ya, era la Jerusalem de aquella parte de América. Fundada por los toltecas, cuando no por los xicalancas, se la veía, no sólo como el campo de batalla en que habían luchado los ejércitos rivales de Quetzalcoatl y Tetzcatlipoca, sino tambien como el sitio en que despues del diluvio habían intentado los hombres levantar gradas por donde escalar el cielo. Estaba todavía en pié la colosal pirámide, y miraban los pueblos á Cholula como el arca de sus primitivas tradiciones. Hoy ¡oh maravilla! existe aún tan grandioso y singular monumento; existe cuando han desaparecido ya los trescientos y más teocallis que contaron en la ciudad los españoles del tiempo de la conquista. Como para guardarlo cubriólo de tierra y vegetacion la naturaleza, y hoy es ya cerro lo que fué edificio. *Monte hecho á mano* lo llaman ahora los naturales, y monte parece, segun están confundidos sus cuatro cuerpos, sus ciento veinte escalones y sus aristas. Apénas se revela ya el trabajo del hombre mas que en algunas hileras de adobes que asoman acá y acullá entre matorrales y arbustos.

¿Que pudo ser tan imponente obra? A no dudarlo un templo. Templo de Quetzalcoatl consta que era á la caida del Imperio. Si lo fué ántes de otro dios, no lo dice la historia. Que fuese otra torre de Babel lo afirma sólo una tradicion derramada por todas aquellas naciones. Hubo desde su mismo origen de estar destinada a templo, segun son idénticas sus formas á las de todos los que subsisten desde Honduras al Pánuco. Sobre ser una piramide escalonada, está perfectamente á los cuatro vientos. Tiene además sus huecos y sepulturas. Roto unó de sus ángulos por abrirse nuevos caminos, una se encontró de piedra que encerraba dos cadáveres, vasos artísticamente barnizados y teñidos de varios colores é ídolos de basalto.

La obra es verdaderamente notable por su grandeza. Medida por Humboldt, resultó ser de cincuenta y cuatro mètros de altura, de cuatrocientos treinta y nueve de longitud en cada uno de los cuatro lados de sú base. Tiene por consecuencia doble asiento que la pirámide de Cheops y mayor elevacion que la de Mycerino. Es toda de ladrillos no cocidos entre capas de arcilla. Créenla algunos completamente hueca, y hasta dicen si cuando la conquista ocultó gran número de soldados que habían de salir de improviso contra Cortés y conseguir por la sorpresa lo que no habían podido por la lucha. La verdad es que ni mencionan este hecho los historiadores de aquel siglo, ni ha explorado nadie lo interior de la pirámide con andar acuciosa tanta gente por descubrir tesoros que se supone enterrados en el corazon de los antiguos templos.

Con poseer esta maravilla y ser el panteon del Anahuac no podía Cholula dejar de gozar de gran renombre. Gozábalo, ademas, por sus rectas, largas y espaciosas calles, la belleza de sus casas, el número de sus torres, que pasaban de cuatrocientas, lo ameno de sus alrededores y el adelanto de sus artes. No tenía rival en la alfarería ni en los vaciados de oro y plata; dejaba atrás á la misma Florencia en la delicadeza, el barniz y la pintura de su loza. Allí se surtían de platos y copas los reyes de Tlacopan, Tezcuco y Méjico. Ni era inferior á los demas pueblos en hilar y tejer el algodon, ni en dar á sus telas brillantísimos colores. Fomentaba mucho la cochinilla, de que salen el carmin y la escarlata. Era industriosa y se sentía alentada en su trabajo por la afluencia de forasteros. No le producia ménos el tráfico mercantil que las artes. Así era de las ciudades más opulentas.

Era tambien notable Cholula por su gobierno. Allá en los primitivos tiempos se la cree regida por un monarca; despues por unos hombres de guerra que se elegía en determinados períodos. Lo fué, se dice, por cuatro discípulos de Quetzalcoatl luégo que éste la abandonó perseguido por Tetzcatlipoca. Que durante siglos lo fuese á la manera de Tlaxcala por cuatuorviros es innegable. Lo es aún que esos cuatuorviros nombraban para la milicia un capitan general y para la religion un pontífice. Duraba este régimen, aunque con alguna mudanza, al entrar los europeos. Había á la sazon en Cholula un capitan general asistido de

un consejo de seis nobles en que tenía asiento y representacion el sacerdocio.

No me detendré ahora en la república de Huexotzingo con ser independiente y no carecer de importancia si se atiende á su poblacion, que no bajaba de treinta y cinco mil vecinos. Se gobernaba como la de los tlaxcaltecas, y no se distinguía de la de Cholula sino por el carácter algo belicoso de sus habitantes. Huexotzingo, Cholula y Tlaxcala eran tres estados contiguos que no podían ménos de influír el uno en los otros y aún vivir confederados para su comun defensa. Estuviéronlo de ordinario, aunque más de una vez se volvieran Cholula y Huexotzingo contra su poderosa aliada. Cuando tál sucedía, castigaba rudamente Tlaxcala á las dos pequeñas repúblicas y las reducía pronto á que imploraran su amistad y su clemencia. Era Tlaxcala entre todas la poderosa y fuerte, tanto que los pueblos situados al otro lado de Sierra Madre, se habían visto obligados á defender un anchuroso paso que se hace entre dos cerros con una muralla que vió Cortés alta como de ocho piés, ancha como de quince, corrida de un adarve que tendría pié y medio y protegida por una entrada en que á manera de rebellin doblaban una sobre otra dos grandes cercas. Era toda la muralla de piedra, y hubo de sorprender algun tanto á los españoles, que hasta allí no habían visto ni sospechado en los indígenas tales obras ni parapetos. [1]

Estaban las tres repúblicas al Sudeste de Méjico: al Oeste había otros estados libres. No lo era ya Huexotzingo; pero lo había sido hasta los tiempos de Axayacatl, y son para recordadas sus antiguas instituciones. Gobernábanlo tres jefes, no todos iguales en autoridad ni en jerarquía. Reemplazaba al primero el segundo, al segundo el tercero, y al tercero un hijo del primero, el que parecía más capaz y más digno. Cuando iban á extinguirse las familias de los dos jefes superiores, se elevaba al tercer puesto al noble que más se hubiese distinguido por su prudencia y su bravura. Lográbase así que ejerciera siempre el poder persona ya versada en los negocios y acostumbrada al mando.

Hallábase dividido el reino todo en calpullis ó calpollalis, y en cada calpulli había uno como gobernador ó alcalde. Eran estos alcaldes, no de nombramiento de los jefes, sino en parte hereditarios, en parte electivos. Ejercían el cargo de por vida, y al morir les sucedía el hijo, hermano ó deudo que el pueblo designaba. Podían los jefes recusar al favorecido, pero sólo cuando lo fuera contra las leyes. Aún entónces no tenían más derecho que el de exigir nuevas elecciones. Trataban por esta razon con gran respeto á esas autoridades subalternas, que juntas podían desposeerlos siempre que degenerasen en tiranos. Alojábanlas y manteniánlas cuando las sabían en la capital, y hasta les daban de sus esclavos.

[1] Sobre lo hasta aquí escrito véase á TORQUEMADA *Monarquía Indiana* libro II, caps. XXI y LXXXII; libro III, caps. del XII al XVIII; libro VI, caps. XXV y XLVIII; libro VIII, cap. V; libro X, caps. XXXI y XXXII; libro XI caps. XXII, XXIII y XXIV. —HUMBOLDT. *[illegible]*, parte II, capítulo II.— *Viajes* de DUPAIX lámina 8. *Cartas* de CORTÉS, la del 30 de Octubre de 1520.

Miraban en realidad los jefes por todos los súbditos. Acensaban muchas tierras de que disponían, y cobraban un pequeño cánon. Ahorraban gran parte de los granos y legumbres que recibían en tributo, y los guardaban para los tiempos de carestía. En una hambre que duró tres ó más años, no sólo dejaron de recaudar las contribuciones, sino que tambien alimentaron de sus bien provistos graneros la muchedumbre. Los impuestos eran todos personales. Como en Méjico, había en cada calpulli campos, huertas, jardines, y talleres destinados á la satisfaccion de los tributos: allí trabajaba por turno cada habitante los días necesarios. No estaban exentos de este servicio sino los censatarios de los jefes.

Las tierras que no pertenecían á los tres soberanos eran todas concejiles. La justicia se administraba ordinariamente por los mismos cabezas de los calpullis. Solo los negocios graves caían segun su importancia ya bajo la presidencia de uno de los dos jefes de menos jerarquía, ya bajo la del jefe supremo. ¿No tendrían más atribuciones especiales aquellos dos jefes? Debieron de ser ademas los primeros capitanes de guerra. Llevaban los títulos de *Tlacochtecatl* y *Tlacatecatl*, como los dos generales de Méjico. [1]

Matlaltzingo estaba situado á la otra parte de los montes de Tlacopan, y Azcapotzalco, entre el rio de su mismo nombre, hoy de Lerma, y las vertientes meridionales del volcan de Toluca. Confinaba al Occidente con el gran reino de Michoacan, jamás domado por los aztecas. Dícese que tenía este reino de Nornoreste á Sursudeste setenta y ocho leguas, unas treinta y ocho de costas sobre las aguas del Pacífico. Es difícil fijar los límites de todas esas naciones, pero es probable que se extendiese del rio Tololotlan al de Mexcala y mirase al mar desde la boca del Coahuayana á Zacatollan ó Zacatula. Reino, en sentir de todos los autores, pobladísimo, que habitaban gentes de cuatro razas: chichimecas, aztecas, otomies y tarascos.

Quiénes fueran esos tarascos no acierta á decidirlo nadie. Asegura Sahagun que se los llamaba así del dios á quien rendían culto, un Taras ó Toras, que era el Mixcohuatl de los mejicanos; pero con esto no los hace sino coetáneos de los toltecas. No los tendría por menos antiguos Torquemada, cuando afirma que Amititl de los primeros mixeohuas, era adorado en Michoacan como uno de los héroes que fundaron el Reino. Falta saber si eran toltecas, y ya que no lo fuesen, de dónde procedían. Tarasca era la inmensa mayoría de los habitantes, tarascos fueron por muchos siglos los príncipes que los gobernaron y tarasco sería verosímilmente el nombre de los ríos, de las montañas, de los lagos, de las ciudades y de los pueblos. ¿Eran acaso toltecas los nombres de Chapala, Cuitzeo y Patzcuaro con que se conocía sus lagunas, ni los de Apacingan, Cupatitzio, Guitimba, Churumuco y Tiripitio que se puso á los afluentes del Mexcala, ni los de Carupo y Pucuaro que se daba á dos de sus sierras, ni los de Querétaro, Ta-

[1] Zurita. *Informe sobre las diferentes clases de jefes de Nueva España* par. 1 en.

rimoro, Indaparapeo, Guayangareo y Morelia, propios de otras tantas poblaciones?

Se ignora por completo el orígen de esos tarascos. No se sabe sino que eran hombres de alta estatura, bien formados, de color algo ménos cobrizo que las otras razas, elegantes así en el lenguaje como en las maneras y sobre todo amigos de las armas. Eran, dice Torquemada, tan buenos tiradores, que á cien pasos no erraban el blanco. Hombres y mujeres llevaban corto el cabello, y los soldados ceñida de una honda la cabeza. Distinguíanse en lo físico por su robustez y en lo moral por su energía.

Contribuían no poco á su robustez las circunstancias de la tierra. Era Michoacan de apacible clima, aunque más caluroso que frío. Abundaba en las cosas necesarias para la vida y tambien en las supérfluas. Producía algodon y cacao, tenía ricos veneros de cobre, estaño, plata y oro, no escaseaba de cereales ni de legumbres. Distinguíase principalmente por la abundancia de peces. De aquí tomó el nombre de Michoacan, que significa lugar de pesca. Era generalmente llano, pero no sin desiguales y fragosas sierras donde nacían el ciprés y el cedro y había espantosos abismos. No se gozaba de ménos salud en los montes que en los valles. Eran sobre todo bellas y deliciosas las riberas de sus lagos. No las había como las de Patzcuaro en todo el Imperio. Medía este lago cinco leguas de longitud y doce de circunferencia, y estaba rodeado de frondosas arboledas. Eran ménos hermosos los de Cuitzeo y de Chapala, pero mayores. De catorce á quince leguas de periferia contaba el de Cuitzeo; de treinta y cinco á cuarenta de longitud y de tres á diez de anchura el de Chapala, que tenía como el mar flujo y reflujo. Tenía digo, y no tiene, porque me refiero á un reino que ya no existe.

Reunía Michoacan lo agradable y lo agreste, y agrestes al par de agradables eran los tarascos. Tan indómitos en la guerra como suaves en la paz, fueron siempre el terror de los mejicanos. No sólo no les dejaron conquistar uno solo de sus pueblos; los obligaron á tener constantemente bien fortificadas y guarnecidas las fronteras de Matlatzingo.

Su régimen político presentaba algunas singularidades que no puedo pasar en silencio. Aunque divididos en cuatro grandes pueblos, obedecían todos á un soberano que residía en Tzintzontzan, junto á las aguas del Patzcuaro. Era este rey absoluto, y vivía con mayor fausto que los monarcas de Méjico. No le ganaba nadie ni en ricas joyas, ni en concubinas, ni en servidumbre. Mujeres le servían el aguamanos, le escanciaban el vino, le vaciaban la escupidera, le tenían á buen recaudo las alhajas. Hombres le peinaban y tejían guirnaldas de flores, le perfumaban, le defendían del sol y le daban aire con abanicos de pluma, le divertían con chistes y anécdotas ó con música y baile, y le guardaban los licores y las mujeres. ¿Qué de otras gentes no tenía á su servicio? Un criado para calzarle, un porta-destral para cortarle la leña, un remero y un piloto para

el paso de los rios y los lagos, un armero y un joyero, dos ó tres cazadores y otros tantos médicos.

Gobernaba este rey la monarquía por medio de un lugarteniente general que llevaba el nombre de pirowanquen—candari y estaba á sus inmediatas órdenes. No tenia junto á sí más que á este funcionario y á otro llamado curu—apendi, que proveía á los dioses de víctimas humanas. Ya viejo y próximo á la muerte no era raro que compartiese el poder con uno de sus hijos. Tenía la facultad de nombrarse sucesor y solía nombrarle en vida y áun llamarle á regir el Reino para que fuese entrando en la práctica de los negocios. No podía elegir á un estraño, pero sí posponer el hijo primogénito al último de sus herederos ó descendientes. No era el primogénito heredero forzoso de la corona sinó á falta de designacion del padre.

Cómo se gobernasen los cuatro grandes pueblos y sus provincias lo ignoro. Es de suponer que por el mismo sistema feudal que hemos visto en los demas reinos y repúblicas. No se sabe sinó que había en Michoacan tres grados de nobleza y tres de sacerdocio. Los achacchas, los carachaca—pachas y los acambechas; los hauri—piapechas, los curi-tiechas y los curi—pechas, ó quemadores de incienso.

Esta organizacion política era, al parecer, moderna. Vivían al principio los tarascos distribuidos en pequeñas tribus ó estados independientes. Tenían su más importante jefe en el rey de las islas de Patzcuaro, á quien obedecían muchas ciudades de tierra firme. No entraron á formar cuerpo de nacion hasta que cayeron bajo el yugo de los chichimecas, con uno de cuyos caudillos casaron pronto á la hermana de uno de sus guerreros. Vária fue la suerte de las batallas; pero al fin vencieron los chichimecas, que no tardaron en confundirse con los vencidos ni en poner bajo la techumbre de unos mismos templos sus dioses y los de los indígenas. Aún entonces distó de constituir Michoacan un sólo pueblo. Tariacuri, que acababa de conquistarlo, lo dividió en tres reinos y los repartió entre su hijo y los hijos de sus primos. Solo cuando Ziziz—Pandacuaré, nieto de Tariacuri, logró volverlo á reunir en su mano, fué definitivamente Michoacan el reino á que acabo de consagrar estas líneas. Aconteció ésto, se dice, á principios del siglo XV; la lucha con los chichimecas, debió por lo que se ve, durar centenares de años. ¿En qué punto de la historia antigua de América se fijarán los ojos que no se dé con impenetrables sombras?

La fusion de los chichimecas y los tarascos fué tal, que á la caída de Montezuma se adoraba indistintamente en Michoacan á los dioses de los dos pueblos, se profesaba unas mismas creencias y se refería las mismas tradiciones. Lo mismo se rendía culto á la diosa Xaratanga, divinidad principal de los tarascos, que á Curicaweri, que lo había sido de los chichimecas. Por encima de estos dioses volvían todos las miradas al cielo en busca del invisible creador del mundo, á quien atribuían el bien y el mal, la vida y la muerte. De este dios

se creian todos hechura, y á este dios afirmaban que habian de volver para recibir el premio de sus virtudes ó el castigo de sus crímenes. Hablaban además todos del diluvio como si hubieran leído nuestra Biblia.

Un sacerdote llamado Tezpi se había, segun ellos, embarcado en un buque de alto bordo con su mujer, sus hijos, animales de varias especies, y semillas de diversas plantas. Se había librado por este medio del casi total naufragio de nuestra raza; y, ya que habían disminuido las aguas, había soltado un buitre, que no había vuelto por haber encontrado sobradamente carne muerta en que cebarse. Había soltado despues otras aves, y tampoco las había recobrado. Sólo un colibrí á quien había abierto por fin la puerta había regresado á la nave con una rama verde en el pico. Conviértase á Tezpi en Noé, al colibrí en paloma y se está en la tradicion hebráica. Da verdaderamente qué pensar esta casi identidad de tradiciones. [1]

De Michoacan al Uzumacinta no había ya, propiamente hablando, otro estado libre que el de los chiapanecas. Los chiapanecas, léjos de haber caido bajo el yugo de los mejicanos, habían ganado en el siglo XV las tierras de los tzendales y los zoquis. Eran ricos no sólo por el fruto de sus guerras, sinó tambien por el de su trabajo: mantenían activo comercio con las vecinas gentes. Estaban gobernados por jefes puramente electivos. Tenían dos iguales en dignidad y poder, que habían de resolver juntos los negocios de la República. Caso tal vez único en la América del Norte.

Entre los chiapanecas y los tarascos ¡qué de pueblos no había! Los zacatecas, los cuitlatecas, los tlapanecas, los yoppis, los mixtecas, los zapotecas, los chontales, los mixis y los wabis sin hablar de los del Oriente. Pero estaban todos más ó ménos sujetos á los Triumviros. Algunos, sin embargo, hacía muy poco tiempo que habían dejado de ser nacion independiente, y presentaban una fisonomía muy distinta de la de sus dominadores.—Me considero en el deber de escribir algo sobre su religion y su política para completar el cuadro que me he propuesto hacer en estos seis últimos capítulos.

Antes que absorbiese el Imperio aquellas regiones había á la parte del Pacífico tres reinos que formaban una confederacion parecida á la de Tezcuco, Tlacopan y Méjico: el reino de Tututepec, que era esencialmente marítimo, tenía por capital la ciudad de su mismo nombre y hoy por hoy carece de historia; el de Mixtecapan ó de la Mixteca Superior, cuya cabeza era Tilantongo; y el Zapo–

[1] Brasseur de Bourbourg en su capítulo III, libro IX de la *Historia de las naciones civilizadas de Mejico* da sobre Michoacan muchas de las noticias que aquí trascribo. Las ha tomado principalmente, segun dice, de un manuscrito que forma parte de la coleccion Peter Force de Washington y se titula. *Relacion de las ceremonias y ritos, y poblacion y gobernacion de los indios de la provincia de Mechoacan*, hecha al Excmo. Sr. D. Antonio de Mendoza, virey y gobernador de esta nueva España. Véase además á TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, libro III caps. XXI y XXIX y libro XI cap. XVIII, á HERRERA, *Historia general de las Indias*, dec. III, libro III cap. IX.

tecapan, que tenia dos córtes: una religiosa en Mictlan ó Iopaa y otra civil en Teotzapotlan ó Zachilla Yoho. El más poderoso de los tres era el de los zapotecas, que había invadido el país de los chontales, desalojado del golfo de Tehuantepec á los wabis, procedentes segun unos del Perú y segun otros de Nicaragua, rechazado á los mixis más allá del río Xaltepec y áun allí perseguídolos hasta no dejarles mas abrigo que el de los bosques y las cavernas.

Cómo se rigieran los tres reinos, cuáles fueron sus príncipes, cuál su historia apénas cabe decirlo. Allá de vez en cuando citan las antiguas crónicas uno que otro hecho, ó uno que otro nombre relativos á los mixtecas ó á los zapotecas; séries de nombres ó de hechos las dan raramente. De sus escasas noticias parece, con todo, inferirse que gozaba allí el sacerdocio de mayor autoridad que en las demás naciones. En Mixtecapan el Sumo Pontífice estaba cuando ménos al par de los reyes. De los monasterios salían los generales, los consejeros, los preceptores, cuantos hubiesen de ejercer destinos de que dependiera la suerte de los pueblos. En sus monasterios, y es más, habían de pasar un duro noviciado los hijos de los señores ántes de entrar en posesion de sus mayorazgos.

Se los llevaba al pié de los altares, y allí se los desnudaba, se les ponía un maxtle rociado de substancias aromáticas y se les colocaba en los hombros una grosera túnica. Se les daba luego una caja de lancetas de iztli para que se sangrasen lengua y orejas en servicio de los dioses y se les frotaba el pecho, mejillas y frente con hojas de beleño. Santificados ya de este modo, habían de pasar un año en el convento sin comer sino hierbas, maíz tostado y miel silvestre, sin tocar mujer ni hacer más que obedecer y mortificarse. Salían de allí súcios y mugrientos por el humo de las antorchas. Se los conducía á un baño donde los limpiaban cuatro nobles doncellas, y se los volvía con pompa al seno de sus familias.

No predominaban en Mixtecapan los palacios sino los templos. Estaba el principal en Achiuhtla, morada del gran sacerdote; pero no era el que más llenaba de sagrado temor á los creyentes. Les infundían más respeto los de Yancuitlan, Chalcotongo y Coatlan, los tres subterráneos. Notable era el de Yancuitlan, espaciosa gruta que habían embellecido los hombres; pero lo era mucho más, la caverna de Chalcotongo, abierta en las entrañas de un cerro que por su grande elevacion llevaba el nombre de Cima de los Cervatillos. A su entrada en un pequeño descampado, término de un camino que serpenteaba entre peñascos y sombríos bosques alzábanse en medio de flores y olorosos arbustos las monstruosas estátuas de las divinidades de los mixtecas. Conducía un ancho pórtico formado por la misma naturaleza á un vasto salon hermosamente cincelado; y allí á la ténue luz que descendía de las taladradas bóvedas, se veia sentados junto al muro en bancos de piedra así los cadáveres de los pontífices de Achiuhtla, como los de los reyes de Tilantongo. Más á lo interior, en otras salas, había los archivos de la Nacion y otras estátuas de los dioses. Se conmovían los fieles todos al penetrar en ese recinto de la muerte á pesar de eonsiderarlo como la puerta del paraíso.

El gran palacio de Mitla, en Oaxaca



Era todavía más imponente el santuario de Coatlan, consagrado desde remotos tiempos á un héroe convertido en mito por la imaginacion del pueblo. Bajábase al santuario siguiendo el curso de un pequeño río que se deslizaba entre árboles agitados siempre por los vientos que salían del subterráneo. Las bóvedas de los salones, que eran muchos, descansaban en altísimas columnas que no eran sinó estalactitas blancas como el alabastro. A ochenta pasos de la entrada se inclinaban súbitamente las bóvedas al suelo, y bajo sus sombríos arcos se veía con espanto la boca de un abismo sin fondo á que se desbordaban mugiendo las aguas del río. Están ya rotas las columnas y medio hundidas en la arena; pero cabe todavía contemplar las imponentes salas y el más imponente precipicio.

No sacrificaban generalmente los mixtecas víctimas humanas á sus ídolos; pero lo hacían en momentos de prueba. Cubrían entónces de ricas vestiduras á sus esclavos, los adornaban de flores, los conducían á Coatlan, y, mientras se ocultaba entre nubes de incienso la imágen de su héroe, los arrojaban al abismo. Siempre la barbarie en esas religiones.

En Zapotecapan eran tambien conocidos los templos subterráneos. Uno había en Yopaa de inmensas dimensiones. Dábase á la entrada con un espacioso santuario seguido de salas que servían para la iniciacion de los wiyanas ó sacerdotes. A la derecha en una galería más profunda yacían los cadáveres de los pontífices y á la izquierda en otra galería los despojos de los reyes. Había al fondo uno como vestíbulo terminado por una escalera que conducía á salones más subterráneos. El número y la extension de estos salones no son para dichos; las bóvedas descansaban en un verdadero bosque de pilares. Era aquello un interminable laberinto de galerías y cámaras entre las cuales había una destinada á sepulcro de guerreros y de grandes hombres. Como la puerta del paraíso consideraban tambien los zapotecas tan vasto y sombrío monumento.

Pero los zapotecas tenían, ademas, sobre la tierra colosales construcciones, segun Brasseur, palacios, segun Dupaix, necrópolis. En la misma ciudad de Yopaa, es decir, en Mitla, había cuatro cuyas ruinas son aún hoy asombro del mundo. Consta la mayor de cuatro edificios sueltos, lados de una superficie cuadrada, que tienen de largo el uno ciento cincuenta y seis piés, los otros ciento veinte. Están todos en alto y comunican con el suelo por siete ú ocho soberbias gradas que miden en el uno sesenta y un piés y en los demás cincuenta y cuatro. Constituyen en todos la entrada tres puertas sin batientes separadas por dos pilares anchos de más de ocho piés, sobre los cuales descansa un arquitrabe de una sola pieza cuya longitud no baja en el edificio del Norte de treinta y tres varas. Tiene cada pilar su capitel y su abaco y en medio del abaco un nicho circular probablemente destinado á la estátua de alguna de las divinidades zapotecas.

Es verdaderamente singular el fróntis de ese edificio del Norte. Está decorado de Oriente á Occidente por tres fajas de mosaico divididas en tableros ó compartimientos cuadrilongos. Es de relieve el mosaico y forma grecas de dis-

tintas figuras que no se reproducen sino en los tableros que á uno y otro lado se corresponden. Está cada compartimiento como defendido por una moldura de alto realce. Calzan enormes sillares los ángulos de la fachada y constituyen el zócalo que levanta del suelo todo el cuerpo arquitectónico. Termina finalmente el fróntis por una cornisa recta que va sin interrupcion del uno al otro extremo.

Abren paso las puertas á un salon máximo de ciento treinta y dos piés de largo por veintiuno de anchura que dividen longitudinalmente en dos seis cilindros ó columnas berroqueñas de una sola pieza de más de diez y seis piés de elevacion y tres de diámetro. Y á su vez comunica este salon por un corredor enlosado de grandes piedras con un patio cuadrangular á que dan otras cuatro estancias, la menor de treinta y tres piés de largo y la mayor de más de sesenta. No son tan vastos ni de tan rica decoracion los demás edificios; pero son todos gigantescos y pertenecen al mismo género. Predominan en todos la línea recta, las formas angulares, los adornos geométricos, los mosaicos de relieve y en todos se presentan los mismos rasgos característicos.

No descubren los sillares la huella del cincel ni el pico, y están con todo perfectamente ensamblados. No parece sino que se los escuadró y afinó por su mútuo roce. La parte maciza de los muros se compone de algo de cal, arena y tierra y tienen de espesor como dos varas. Están metidas en ellas por el vértice las piezas constitutivas del mosaico, de forma de cuña. No une estas piezas cemento ni argamasa de ninguna especie. Ni todas están sentadas de plano; lo están unas de canto y otras verticalmente, segun lo exigió el dibujo. Lo interior de las paredes está encalado y además revestido de una capa de mezcla fina y otra de bermellon y almagre maravillosamente bruñida. Bruñidos y lustrosos estaban tambien los pavimentos, mezcla de cal y arena cubierta de otra composicion más delicada y sólida. Como eran rojos los muros, eran de color azul los suelos. Color y color de bermellon lo tenían á lo que parece hasta los frentes de los edificios. Caracterizaban todas estas circunstancias tan desconocida arquitectura, y la caracterizaban no ménos los arquitrabes travesaños de una sola pieza con que se cerraba por la parte superior los vanos de las puertas.

¿Qué eran en primer lugar esos monumentos? ¿qué naciones los erigieron? Yo los creo con Dupaix, sepulcros, no palacios. Me lo hace creer ante todo el lugar en que están situados. No se los construyó en Zaquilla, córte de los reyes, sinó en Yopaa, trono de los pontífices; no en ningun sitio ameno y deleitoso, sino en un valle circuido de cerros, pobre de vegetacion y rico sólo en reptiles é insectos como la víbora y la tarántula. No se hizo nunca en tan míseros lugares suntuosos palacios. En sitios más pintorescos y deliciosos estaban los admirados alcázares de Tehuantepec, Iztapalapa, Tezcuco y Méjico. Sobre que llevaba el valle, entiendo que desde la dominacion de los aztecas, el nombre de Mictlan, en nahuatl infierno, morada de todos los que no perecían heridos del rayo, ahogados, víctimas de ciertas enfermedades ó en los campos de batalla. Lla-

mábanlo Mictlan y tambien Miquitlan, que significa lugar de la muerte.

Me afirma en esta opinion la estructura misma de los monumentos. Los salones son todos largos y estrechos; la fisonomía de los edificios, severa y triste; la falta de jardines, de aguas, de acueductos notoria. Dupaix halló por otra parte dos como sepulturas ó panteones subterráneos debajo de uno de los cuatro pretendidos palacios de Mictlan y en una casa antigua, edificada en la cumbre de un elevado cerro que dá entrada á la sierra de los mixis. Las dos están en forma de urna y son de importancia.

¿Cómo olvidar ademas el culto que los zapotecas tributaban á los muertos? Creían los zapotecas, y con ellos muchas naciones de América, que las almas de los difuntos andaban errantes muchos años ántes de entrar en el paraíso ó bajar al infierno y en cierto día del mes de Noviembre visitaban á sus parientes. Arreglaban la víspera sus hogares como para recibir al más distinguido huésped, y encima de la mesa en grandes jarros que luego cubrían de hojas de ahuacatl ponían las más sabrosas viandas y licores que su fortuna les permitía. Salían por la noche con antorchas á convidar á los espíritus; y volviendo de improviso á sus casas, se arrodillaban en torno de la mesa. Hasta rayar el alba permanecían en esta actitud sin atreverse siquiera á levantar los ojos por temor de que lo tomasen á ofensa los muertos y dejaran de libar ú oler las bien provistas jarras. Como á la mañana no les cupiese la menor duda de que habían gozado del banquete los espíritus, no se atrevía á probar nadie los ya para ellos sagrados alimentos. Levantábanse y corrían todos á los templos á ofrecer sacrificios y rendir nuevo homenaje á los difuntos; y no se retiraban contentos que no les hubiese dado el sacerdote algo de lo que se había depuesto en ofrenda al rededor de un catafalco cubierto de un tapiz negro que se había construido enfrente del santuario.

Honraba el zapoteca á los muertos no sólo en tan lúgubre fiesta sino tambien en el aniversario del día en que habían nacido. Honrábalos sobre todo con pomposas exequias cuando acababan de perder el aliento. Con rara solemnidad enterraba á sus reyes. Les vestía las más ricas vestiduras y los adornaba con las mejores joyas; y de noche, á la luz de las antorchas, los llevaba en hombros de doce grandes á la puerta del panteon de Yopaa. Bajábalos allí á la galería de los monarcas y los sentaba en un trono poniéndoles en una mano la jabalina y en la otra el escudo. Subía luego al templo, revestía al gran sacerdote de los hábitos pontificales y contemplaba en silencio cómo este ministro de los dioses quemaba incienso á Pecelao, se sentaba, se ponía en comunicacion con el ídolo, y, arrebatado de un furor divino, pronunciaba voces y aún gritos inarticulados que revelaban á los agoreros los destinos del nuevo príncipe.

Todo parece á mis ojos indicar que estaban construidos para el culto de la muerte tan grandiosos monumentos; pero éste no es en verdad el más oscuro de los problemas que suscitan. El más oscuro es el de su orígen. Eran ya antiquísimas estas fábricas al poner el pié en el Anahuac los españoles; y todo indu-

ce á creer que los zapotecas de aquel tiempo eran incapaces de edificarlos. No desconocía este pueblo la arquitectura ni las artes; pero había ya perdido el secreto de remover tan enormes masas de piedra y hacer el mosáico de relieve, completamente ignorado lo mismo en Grecia y Roma que en Asia y en Egipto. ¿Qué raza pudo llevar á cabo tan sorprendentes obras? Si los toltecas ¿cómo no las dejaron de la misma índole allí donde más dominaron, en el valle de Méjico? Examinaré en otro capítulo la elegante y caprichosa arquitectura de los mayas, y convendrá el lector conmigo en que no hay más analogía entre los estilos que entre los idiomas de esta nacion y los zapotecas. Para mí es hoy por hoy irresoluble el problema.

Cubren aún impenetrables sombras la antigua historia de América. ¿Quién acertará á disiparlas? Las instituciones políticas de esos mismos zapotecas son para nosotros un misterio. En un principio parece que el Wiyatao, el Sumo Pontífice, reunía en su mano los dos poderes: el civil y el religioso. Debió de perder más tarde el civil á juzgar por las dos galerías que se dice había en el subterráneo de Yopaa, una consagrada á los reyes, otra á los grandes sacerdotes. Cuándo ni cómo ocurriera esta division de poderes, ni siquiera lo indica nadie. La autoridad del Wiyatao era hereditaria: ¿dejaría el Wiyatao la espada á alguno de sus deudos y daría con esto origen á la monarquía? No cabe asegurar sino que el Wiyatao, como el pontífice de Mixtecapan, ejerció en todos tiempos grande influencia sobre el Estado gracias á sus colegios sacerdotales recogidos entre los hijos de las familias aristocráticas y aún de los mismos reyes.

Reina cierta oscuridad hasta sobre los dioses zapotecas. Se ignora quién fuese ese mismo Pecelao de que poco ántes hice mérito. Se le tenía por señor de los sepulcros de Yopaa, y es posible que fuese el Mictlantecutli de los mejicanos. Solo por un vocabulario de la lengua zapoteca que hizo y recopiló en el siglo XVI Fray Juan de Córdoba, se sabe, que ademas de este dios, había en Zapotecapan otros muchos á que se daba el nombre genérico de Pitaos: uno de la abundancia y de las mieses, otro de la lluvia, otro de la caza y de la pesca, otro de los terremotos, otro de los sueños y aún otro de las gallinas, dioses todos sobre los cuales estaba el Sér increado, eterno é infinito, autor del Universo. [1]

Es verdaderamente de notar que en todas esas naciones establecidas del Golfo al Pánuco existiesen más ó ménos confusas y más ó ménos extravagantes la idea de un sér supremo y la de la inmortalidad del alma. Lo al parecer más raro es que las dos ideas hubiesen entrado hasta en el entendimiento de tribus completamente salvajes. Diré sobre esto mi opinion en el libro segundo. Basta aquí consignar el hecho. Estamos todavía en los pueblos cultos, y es preciso que los sigamos por las costas de la América Central y la del Mediodía. Tarea todavía larga y difícil.

[1] BRASSEUR DE BOURBOURG, *Histoire des nations civilisées du Mexique*, chap. I et. II. BURGOA, *Geografia Descriptiva*; *Historia de Guaxaca*. *Viajes de* DUPAIX, antigüedades del pueblo de S. Pablo Mitlan.

CAPÍTULO XVI

Los quichés.—Su historia.—Sus últimos reyes.—Su organizacion política.—Carácter económico y religioso de sus monarcas. —Oracion que éstos pronunciaban en favor de sus súbditos.—Mitología.—Dioses nacionales.—Sér supremo.—Cosmogonía.—Formacion y destruccion del primer hombre.—Creacion del segundo.—Diluvio.—Los hombres actuales.—Leyes.—Delitos contra la propiedad.—Delitos contra la honestidad.—Disposiciones relativas al matrimonio.—Delitos de traicion.—Castigo de los tiranos.—Idioma.—Literatura.—Rabinal-Achi, drama-baile.—Artes.—Arquitectura.—Monumentos de Palenque.—Revelacion por ellos de una raza extinguida.—Ciencias entre los quichés.—Sistema aritmético.

En el capítulo anterior he hablado de los chiapanecas. Con ellos lindaban los quichés que ya conoce el lector y dejé cuando, enseñoreados de toda la tierra de Guatemala, hubieron de convertir en barones á los adelantados de sus fronteras, rivales de los que brillaban al rededor del trono, cuando no de los mismos reyes. Desgraciadamente el Popol-Vuh, que me sirvió de guía, suspende aquí la historia de aquel pueblo, y se limita á dar los nombres de las siete generaciones de monarcas que despues de Quicab y Cavizimah gobernaron el Imperio. A Quicab y Cavizimah, dice, sucedieron Tepepul y Xtayub; á éstos Tecum y Tepepul; á éstos Vahxaki-Caam y Quicab; á éstos Vukub-Noh y Cavatepech; á éstos Oxib-Quieh y Beleheb-Tzi, que pelearon con los españoles y, cayendo en una celada, murieron á manos del verdugo. Habla de otras dos generaciones de reyes: de Tecum y Tepepul, ya tributarios de Castilla, y de D. Juan de Rojas y D. Juan Cortés, ya convertidos al cristianismo; pero bien habría podido excusarlo. Por befa llevarían sobre todo los últimos el dictado de príncipes. Zurita los vió pobres y mise-

rables como ninguno, las mujeres haciendo galletas de maíz é yendo al bosque por agua y leña, los niños desnudos, los mismos reyes condenados á pagar contribucion y no teniendo de qué satisfacerla.

Eran éstos los jefes de Cavek. El Popol-Vuh da tambien los nombres de los trece que lo fueron en Nibaib y de los nueve de Ahau-Quiché con más los títulos de las grandes casas de los tres reinos en que estaban como vinculados los primeros destinos. Trabajo á primera vista ocioso, y, sin embargo, muy útil para todo el que pretenda conocer la singular organizacion política y administrativa de aquellas gentes.

Constituían los quichés tres naciones confederadas que se regían por otros tantos reyes de un mismo orígen. Eran los tres monarcas iguales en poder y autoridad dentro de sus respectivos pueblos; mas en la confederacion prevalecían los de Cavek, como de la casa primogénita. Así Gumarcaah, corte de los Cavek, era desde Cotuha y Gucumatz la capital del triunvirato. Gumarcaah era la misma ciudad que conocían con el nombre de Utlatlan nuestros primitivos historiadores de Indias. Estaba en una colina, y allá en la cumbre tenía el templo de Tohil, en las faldas los palacios para las tres familias reales.

El órden de sucesion era el mismo en las tres casas: hijos, hermanos, deudos los más próximos; pero habrá observado el lector ya que en la de Cavek suenan desde la cuarta generacion los nombres de dos reyes. En la de Nihaib no sucede otro tanto sino respecto á la segunda y tercera generaciones; en la de Ahau-Quiché no acontece nunca. ¿Eran realmente dos reyes los que en Cavek había? Segun Torquemada, nombrábase el rey de Utlatlan sucesor en uno de sus hijos y daba á otro el título de electo para cuando aquél muriese. Hacía ademas capitan mayor de sus ejércitos al primogénito del primer hijo y capitan menor al del segundo. Al morir el Jefe se corría por decirlo así la escala: el sucesor pasaba á rey, el electo á sucesor, el capitan mayor á electo, el capitan menor á capitan mayor, á capitan menor el más cercano pariente. Sólo cuando alguno se había manifestado incapaz en el ejercicio de su primer cargo, dejaba de ascender, y moría, si capitan, de capitan; si electo, de electo. Aunque no todos eran reyes, gozaban del aparato y los beneficios de tales: sentábanse todos bajo dosel y vivían de los tributos de los pueblos. No se diferenciaban sino en que el capitan menor se sentaba bajo un solo dosel de plumas, el capitan mayor bajo dos metidos el uno en otro, el electo debajo de tres, el sucesor y el rey debajo de cuatro, que daban gran pompa y majestad al trono. No expresa Torquemada si concurrían todos al gobierno de la nacion; pero lo deja presumir cuando pondera la bondad de este régimen, régimen, dice, que no permitía llegar á rey sino á hombres ya experimentados en los negocios. Los destinos de capitan menor y capitan mayor se ve por otra parte que no podían dejar de ser activos.

Zurita, que habla especialmente de Utlatlan, difiere algun tanto de Torquemada. Los pueblos de Utlatlan, dice, estaban gobernados por tres jefes. El

inferior era el electo, que se sentaba bajo un dosel de plumas. Bajo tres doseles tenía el superior su trono. Los dos jefes inferiores ejercían jurisdiccion, y conocían de todos los negocios comunes. Habían de oir al superior sólo cuando se trataba de aplicar la pena de muerte. La eleccion de los tres, añade, y esto es lo más notable, se hacía por los nobles en la forma acostumbrada para los reyes de Méjico y los de Matlatzingo. Verdad es que implícitamente viene á decir lo mismo Torquemada. ¿Quién sino una asamblea podía declarar incapaces de suceder á los jefes inferiores?

El Popol-Vuh no deja ni sospechar que la eleccion entrase por algo en el nombramiento de los reyes. No habla siquiera de esos tres ó cuatro escalones por dónde, segun Zurita y Torquemada, se subía al trono. Mas yo creo descubrir en este mismo Popol-Vuh á los cinco jefes de que hace mencion Torquemada. En primer lugar los dos superiores, los dos reyes, no llevaban, segun esta especie de Biblia, el mismo título: era el uno Ahpop, el otro Ahpop-Camha. Cuando por otra parte había que dictar alguna resolucion suprema, la dictaba no sólo el Ahpop y el Ahpop-Camha, sino tambien el Galel y el Ahtzic-Vinak, que podían ser muy bien los dos capitanes del ejército. «Despues de lo cual, leo en el párrafo XIV, capítulo X, de la cuarta parte, se reunió el consejo por órden de los reyes, del Ahpop, del Ahpop-Camha, del Galel y del Ahtzic-Vinak,» enumeracion que encuentro repetida en el párrafo XVII del mismo capítulo. Falta solo el electo, y al electo le hallo entre las altas dignidades, no solo de Cavek, sino tambien de Nihaib y Ahau-Quiché, las otras dos naciones. «Había en las tres casas, dice el Popol-Vuh, un Nim-Chocoh, un grande electo, y obraban los tres como padres de todos los príncipes: juntos mandaban como padres y madres de la palabra. Era de las más elevadas la condicion de los tres electos.»

Se sabe, ademas, por el Popol-Vuh que había bajo la inmediata autoridad de los reyes un consejo donde se discutían los altos negocios del Estado. Este consejo se compondría probablemente de los cabezas de las veinticuatro casas en que vimos distribuidos los primeros cargos de los tres reinos. ¿Sería allí donde se hiciesen las elecciones de que habla Zurita ó por lo ménos se eliminase de la sucesion á los incapaces? Por no hacer pesada esta relacion diré tan sólo cuáles eran los grandes dignatarios que en Cavek había. El Ahau-Ahpop; el Ahau-Ahpop-Camha, el príncipe ministro de la casa; el Nim-Chocoh, el grande electo de que acaba de hablarse; el Ahau-Ah-Tohil, el príncipe de los sacerdotes de Tohil; el Ahau-Ah-Gucumatz, el príncipe de los sacerdotes de Gucumatz; el Popol-Vinak-Chitui, el consejero de no sé qué clase; el Lolmet-Quehnay, el ministro de los tributos; el Tepeu Yaqui, el Gran Yaqui; el Popol-Vinak-Pa-Hom-Tzalatz-Xcuxeba, el consejero del juego de pelota. Análogas, cuando no idénticas, eran las primeras dignidades de los otros reinos.

En las provincias había gobernadores, segun Torquemada, de libre nombramiento de la corona, segun Zurita, elegidos por los reyes, pero en cierto modo he-

reditarios. Sucedíanles, segun este autor, los hijos y los hermanos, como tuviesen aptitud para el cargo; á falta de unos y otros, el más hábil de sus deudos. Entiendo yo que los habría de una y otra clases. Desde la revolucion que se hizo bajo el reinado de Quicab y Cavizimah, debió de haber en el imperio de los quichés verdaderos barones feudales; y éstos donde quiera que los hubo fueron hereditarios y se rigieron generalmente por las leyes de sucesion al trono. No sé que despues volviera á recobrar la Corona sus perdidos fueros. [1]

Esos reyes Quicab y Cavizimah debieron ser sin duda los que por sus conquistas redondeasen la nacion quiché y le diesen asiento. No se explicaría de otra manera que en ellos interrumpiera bruscamente el Popol-Vuh la relacion de los sucesos y pasara á decir cómo vivían los dos monarcas y adoraban á los dioses. No harían los reyes que les sucedieron sino conservar lo conquistado y seguir las costumbres de tan valiosos ascendientes. Eran éstas á la verdad dignas de nota. Recibían de sus pueblos todos los reyes tributo en producciones de la tierra. Recibíanlos principalmente de las naciones vencidas, que les enviaban dulce miel y ricos metales, cetros de esmeraldas y de perlas, hermosos objetos de pluma. Pero ni los malbarataban ni consumían sino los necesarios para su alimento y su decoro. Con ellos mantenían, no sólo á su servidumbre, sino tambien á cuantos súbditos iban á Gumarcaah para la resolucion de negocios del Estado.

Más aún que por lo económicos distinguíanse aquellos reyes por lo religiosos. Condenábanse frecuentemente á largos y rigurosos ayunos. No comían entónces pan ni conocían á sus mujeres: oraban, gemían, quemaban incienso á su dios y le imploraban sobre todo para sus pueblos. «Salve, oh Belleza del día, exclamaban segun el Popol-Vuh, salve, Hurakan, Corazon del cielo y de la tierra. Tú que repartes la felicidad y la gloria, tú que das los hijos y las hijas, vuelve á nosotros tus miradas y esparce á manos llenas tus beneficios. Da el sér á nuestros vasallos, haz que crezcan y vivan, ellos que sostienen y alimentan tus altares y te invocan en los senderos, en las márgenes de los ríos, en los barrancos, á la sombra de los bosques. Dales hijas é hijos. Líbralos de todo infortunio. No consientas que se introduzca entre ellos el tentador ni les hable á la espalda. Haz que no resbalen ni se lastimen, que no sean fornicadores, ni incurran en sentencia de jueces. Haz que no caigan ni en los bajos caminos, ni en las altas veredas; que no haya para ellos delante ni detrás de sus pasos ni piedra en que tropiecen ni otros peligros. Prepárales caminos llanos y francas sendas; no permitas que de tí les venga malaventura. Que se deslice feliz su existencia ante tu boca y tu faz, oh Corazon del cielo, oh Corazon de la tierra, oh tú, Majestad oculta, oh Tohil, oh Avilix, oh Hacavitz, que llenas de la una á la otra las cuatro

---

[1] TORQUEMADA, lib. XI, cap. XVIII; ZURITA, par último; *Popol-Vuh*, lugares ya citados.

extremidades y los cuatro ángulos del mundo. Que mientras haya luz estén todos, oh Dios, ante tu boca y tu rostro.» [1]

He transcrito á la letra esta oracion que, segun el Popol-Vuh, pronunciaban los reyes llorando y gimiendo desde el fondo de sus corazones, porque es la mejor introduccion á la mitología de aquellas gentes. Tohil, Avilix, Hacavitz, eran por decirlo así los dioses nacionales. Segun en otra parte se ha visto, con ellos se decía que habían venido los quichés desde Tullan-Zuiva en las tinieblas de una larga noche. Tohil era el Dios de Cavek; Avilix el de Nihaib; Hacavitz el de Ahau-Quiché; pero los tres tenían templo en Gumarcaah y recibían ofrendas de los tres pueblos. Se los llegaba á considerar como una sola divinidad, y no pocas veces en Tohil se los adoraba á todos. No se los adoraba simplemente quemándoles copal y derramando la sangre de pájaros y fieras; se les daba tambien en holocausto el corazon de los enemigos. El suyo propio debían los quichés sacrificarles, segun el Popol-Vuh, desde que, muertos de frio en Tula, alcanzaron de Tohil el fuego por que suspiraban á cambio de estarle unidos de la cintura al sobaco. Allí mismo, añade el texto, hicieron las tribus todos sus sacrificios. Picábanse tiempos despues orejas y codos, y recogían la sangre en una copa que estaba al borde de la sagrada piedra.

Era tambien esta piedra objeto de culto para los reyes del Quiché y todos sus pueblos. Estaba en un templo de Cahbaha que se conocía con el nombre de Tzutuha, y consistía para algunos en un pedazo de obsidiana brillante como un espejo, donde se creía que Tohil, Avilix y Hacavitz expresaban por imágenes su voluntad y sus oráculos. Tengo yo para mí que era representacion y símbolo de los mismos dioses. En un mal envoltorio de secreto contenido, cuanto más en una piedra, decían encerrada la divinidad lo mismo en aquellas naciones que en las del valle de Méjico. La Majestad Oculta no era más que un envoltorio.

Lo de notar es que en todos estos dioses no parecían ver los quichés sino fases de otro que llamaban Hurakan, Corazon de cielo y tierra. En la oracion que acabo de reproducir sólo figuran Tohil, Avilix, y Hacavitz como otras tantas determinaciones de ese sér supremo; y en el mismo Popol-Vuh se habla de Tohil como el representante y la sombra del Creador y del Formador del hombre. Hurakan era para los quichés el alma y el rey del universo. Anunciaba su poder por el relámpago que alumbra y el rayo que mata. Eran, si así puedo expresarme, sér de su sér, no sólo esos dioses nacionales, sino tambien todas las potencias que contribuyeron á sacar del caos la naturaleza. El que engendra y el que da el sér los llama á todos el mismo Popol-Vuh en sus primeras páginas. En Méjico vimos tendencia á la unidad en medio de la multiplicidad de dioses: aquí vemos la unidad en la multiplicidad como no la hubo en ninguna de las teogonías de la antigua Europa.

---

[1] *Popol-Vuh,* parte IV, cap. XI.

Los quichés tenían ademas su cosmogonía. Por cierto que no distaba de la de nuestro Génesis. «En un principio, dice el Popol-Vuh, todo era silencio y calma: vacía estaba la inmensidad de los cielos. No había ni hombres, ni fieras, ni aves, ni peces, ni hondonadas, ni barrancos, ni piedras, ni plantas. No se había manifestado todavía la tierra; no existían sino los cielos y la mar inmóvil. Reinaban las tinieblas, la noche. Sólo allá sobre el mar tranquilo brillaban como luz que aumenta el Creador, el Formador, el Dominador, la Serpiente de plumas, los que engendran y los que dan la vida. Hablóles el verbo de Dios y resolvieron. Retírense, dijeron, las aguas, y pareció la tierra. Como niebla se formó cuando á manera de cabrajos salieron del mar las montañas. Cubriéronse al punto los cerros de cipreses y pinos; y, divididas las aguas, bajaron los arroyos á los valles por las vertientes.

«Habló entónces el que engendra y el que da la vida y dijo: ¿se han hecho acaso los montes y las selvas para que estén silenciosas é inmóviles? Creóse en seguida á los ciervos y los pájaros, y se los distribuyó en distintas moradas. Tú, ciervo, dormirás en los barrancos, orilla de los torrentes; allí estarás entre el forraje y la maleza. Irás sobre cuatro piés y te multiplicarás en el fondo de los bosques. Vosotros, pájaros, os alojareis en lo alto: hareis vuestros nidos y crecereis entre las ramas de los árboles y en las plantas trepadoras. Hablad, se añadió luego á los animales todos, bramad, aullad, rugid, gorjead, cada cual segun su especie y segun su género. Honrad sobre todo á vuestro Dios, decid su nombre, saludadle, invocad á Hurakan, el corazon del cielo y de la tierra.

«Viendo el Creador y el Formador que los animales no acertaban á invocarle, hagamos, dijeron, al hombre para que nos respete y obedezca, nos sostenga y nutra.» Aquí ya el Popol-Vuh cae en la extravagancia. Refiere que se formó de arcilla al primer hombre; y como careciese de cohesion, no moviese la cabeza, tuviese velados los ojos y ya que hablase, lo hiciese sin discernimiento, se le destruyó como incapaz de reconocer y adorar á Dios aún encendidos los espacios por la luz de los relámpagos. Creóse, dice otro sér más consistente despues de consultados Tepeu y Gucumatz y tambien los adivinos Xpiyacoc y Xmucane; pero no se acertó tampoco sino á dar vida á maniquíes de madera, que, si razonaban y hablaban y se multiplicaban, faltos de corazon y de inteligencia, vivían como brutos sin dirigir nunca la vista al cielo ni recordar al autor de sus días.

Cansóse Dios al fin de hombres tan inútiles, y los barrió de la haz de la tierra. Les envió al pájaro Xecotzovach para que les arrancara los ojos; á Camalotz para que les cortara la cabeza; á Cotzbalam para que les devorara las carnes; á Tecumbalam para que les rompiera y machacara los huesos. Volvió contra ellos la naturaleza toda, hasta los utensilios de que se servían; é, hinchando las aguas, inundó llanos y montes. En vano los hombres, llenos de desesperacion, querían subir á lo alto de sus casas; las casas se desplomaban. En vano querían trepar á

las ramas de los árboles: los árboles los sacudian. En vano iban á buscar abrigo en las cavernas; las cavernas se cerraban.

En este tiempo, segun el Popol-Vuh, había escasa claridad en la tierra. Estaba oscurecida la faz del sol y la luna; no había nacido el día. Séres al parecer extraordinarios habían conseguido salvarse del diluvio; pero no existían aún los actuales hombres. Los hijos de la civilizacion y de la luz, los que habían de rociar con propia y ajena sangre las aras de sus dioses, no vinieron sino más tarde, cuando estaba ya para inundar de resplandor los espacios el sol y las estrellas. Eran ya estos hombres como Hurakan los deseaba: séres hermosos y perfectos, que veían, oían, hablaban, razonaban, pensaban, conocían, levantaban los ojos de la tierra al cielo, los bajaban del cielo á la tierra. Hasta superiores eran á lo que su dios los había querido: abarcaban con la vista los más remotos horizontes y penetraban en el corazon y las entrañas del mundo. Grande, dice el texto, era su sabiduría: su ciencia se extendía á los bosques, las rocas, los lagos, los mares, los montes y las llanuras. Tanto alcanzaban, que Hurakan temió quisieran serle iguales y hacerse dioses, y para impedirlo les sopló en las pupilas y les veló los ojos como se empaña con el aliento la tersa y brillante cara de un espejo. Se oscureció desde entónces su mirada, y no alcanzaron á ver sino lo que tenían cerca. Su ciencia quedó destruida.

Otro rasgo hallo en el Popol-Vuh, que no puedo pasar en silencio. Creó Dios la mujer despues del hombre. Recibieron los cuatro primeros padres de los quichés mientras dormían á sus esposas; y cuando al despertar las vieron y contemplaron, se estremecieron de gozo. [1]

¿Qué pensar de esta rara é incompleta cosmogonía? Hasta en sus más absurdas afirmaciones parece asomar la tradicion hebráica. ¿Deberá inferirse de ésto que los quichés hayan tenido por maestros á los judíos? En mi sentir las cumbres de las montañas han debido decir á los hombres de todos los siglos y de todos los pueblos capaces de inducciones y deducciones que la tierra hubo de estar en un principio cubierta por las aguas. Las grandes revoluciones de la naturaleza debieron por otra parte causar tan honda sensacion en los ánimos, que no pudo dejar de trasmitírselas de generacion en generacion y de gente en gente. Algo más tarde hallaremos efectivamente su recuerdo hasta en tribus casi salvajes. Las define cada nacion á su modo; pero no las ha olvidado ninguna. Inclinado ademas el hombre á buscar motivos para todos los hechos, las ha considerado naturalmente como castigo ó venganza de los dioses; y, no hallando en la tierra otros séres responsables, ha terminado por atribuirlas á la perversion de las generaciones que las presenciaron y sufrieron. En esta misma perversion y este castigo ha creido encontrar después el orígen de la oscuridad de su entendimiento, de la flaqueza de su voluntad, del predominio de sus pasiones y de la ineficacia de su con-

---

[1] *Popol-Vuh*. Parte I, caps. I, II y III; Parte III, caps. I y II.

ciencia. Así en mi opinion ni la semejanza ni aún la identidad de este género de tradiciones bastan para acreditar entre dos pueblos, cuanto ménos entre dos continentes, lazos de autoridad ni de parentesco.

La cosmogonía de los quichés despues de todo tiene un sello de originalidad que no es para olvidado. Aunque bajo el velo del símbolo, presenta los difíciles y ásperos senderos por donde se perfecciona el hombre y llega de la vida salvaje á la vida culta. No le pinta desde un principio ni bello ni inteligente. Es segun ella hijo de la civilizacion y de la luz sólo cuando recibe por tercera vez la vida; y si entónces ve mermadas sus facultades, no es por su culpa, sino por celos de sus dioses. Pensamiento profundo que parece querer indicar cuán avara es la naturaleza de sus secretos y cuánto nos enaltece el hecho de sorprenderlos y descubrirlos.

Estos quichés eran, á no dudarlo, pueblos bastante cultos. Tenían no solo su cosmogonía, sino tambien sus leyes; una escritura que llevaban ya de Tula cuando se fijaron en las márgenes del Uzumacinta, una aritmética, una lengua capaz de expresar altos conceptos, una literatura, á juzgar por una pieza dramática que Brasseur de Bourbourg ha incluido en su coleccion de documentos para la historia y la filología de América.

Entre sus leyes las había de nota. Se castigaba los delitos contra la propiedad sólo con multas y devolucion de lo robado. Aún al reincidente, aún al ladron de oficio no se le ahorcaba miéntras tuviese un deudo que satisficiese el importe de sus condenas. Estaba prohibido cazar en tierras de otro y pescar en ajenas aguas; pero no se obligaba al que tal hiciese sino á entregar su caza y su pesca. Sólo cuando pertenecía el reo á los enemigos de la nacion se le imponía la pena de muerte. Matábase tambien al ladron de objetos sagrados, pero cuando eran de valía. De nó, se le hacía esclavo.

De los delitos contra la honestidad, se castigaba con la muerte sólo la violacion consumada; la frustrada no más que con la servidumbre. Tambien se colgaba ó despeñaba á los adúlteros, pero cuando la adúltera era esposa del monarca. El simple estupro no llevaba consigo pena aflictiva como no reclamasen por la mujer los padres ó los hermanos. Si éstos lo exigían, se declaraba esclavo al delincuente y aún cabía matarle. La prostitucion no era delito.

Una costumbre había entre esos quichés que recuerda otra de Méjico. Dotada, ó por mejor decir comprada la mujer, no volvía más á la casa de sus padres ni á la de sus parientes. Si viuda, casaba con el cuñado ó con el más próximo deudo del marido. Era, con todo, más libre que en ningun pueblo de Europa. Mediando justo motivo abandonaba la casa conyugal sin intervencion de nadie. Si, instada á que volviera, no volvía, quedaba disuelto el matrimonio. Marido y mujer podían casar de nuevo con quien quisieran. Licencia verdaderamente de admirar en gentes donde la mujer era poco ménos que esclava.

Las penas duras y graves estaban allí generalmente reservadas para los crí-

menes contra el Rey y la República. El quiché, plebeyo ó noble, que descubría los secretos de la guerra ó se pasaba al enemigo, el cacique ó señor que amotinaba á los macehuales ó los disuadía del pago de los tributos, no sólo moría, sino que tambien dejaba esclavos á sus mujeres y á sus hijos, en poder del fisco todos sus bienes. Padecían otro tanto los que atentaban contra los reyes. Verdad es que con la vida expiaba tambien su delito, todo reo de homicidio.

Lo singular es que, si no por ley, por costumbre alcanzaba el castigo á los jefes del Estado. Si degeneraba el poder en tiranía, comunicaban en secreto sus quejas los agraviados á los magnates del Imperio; y, como los encontrasen propicios á sus ideas de venganza, conjurados con ellos, mataban al rey, vendían por esclavos los hijos y las mujeres que había tenido y se repartían el erario. ¿No podían comprometer en su favor á todos los magnates? Acudían al rey vecino, y le estimulaban con el cebo de las haciendas y las esposas del suyo á que bajara á librarlos de tan insoportable despotismo. [1]

No fueron ménos originales los quichés en su idioma del que el cakchiquel y el tzutuhil no eran más que dialectos. Túvoselo en poco al principio de la conquista porque no se llegó á comprender ni su formacion ni su estructura. Suponíaselo incapaz de reglas y más incapaz aún de expresar las abstracciones del entendimiento y el sér de las cosas. Porque gracias á su carácter elíptico suprime con frecuencia el verbo sustantivo, se había llegado á creer que carecía de este verbo. No se había observado que cuenta dos de esta clase: *ux*, que equivale siempre á nuestro verbo *ser* y *qoh* ó *qohe*, que abraza todas las acepciones del *sum*, *es*, *esse* de los latinos. Dice generalmente IN AHAU, yo el rey, por IN UX AHAU, yo soy el rey; OH UTZ, nosotros buenos, por OH UX UTZ, nosotros somos buenos; ARE AHCAR OHER, aquél pescador antiguamente, por ARE X-UXIC AHCAR, aquél fué pescador; pero dice tambien en el Popol-Vuh: E. *nabe tzatz chi vinak* X-E *uxic varal chu-vach ulen*, éstos los primeros muchos de los hombres fueron aquí sobre la faz de tierra, ó, lo que es lo mismo, éstos, los primeros de los hombres, existieron aquí en gran número sobre la haz de la tierra; y en el manuscrito Cakchiquel: *Chinac c-at* UX, quién eres tú? *At*, *ru cah nu chinamit* C' AT UX, tú, el cuarto de mi tribu sé, ó sé tú el cuarto de mi tribu.

Parecía, ademas, este idioma incapaz de reglas por la variedad y riqueza de formas que presenta, sobre todo en el verbo. Carecen, por ejemplo, de plural los nombres de las cosas: lo hacen en *ab*, en *eb*, en *ib*, en *ob*, en *ub*, y en *om* los de los séres animados; en *ak*, en *tak*, en *ic* y en *tic* los adjetivos; en *ak*, en *oh* y en *uh*, los participios y los verbales. Los pronombres posesivos son diferentes segun el nombre á que precedan empiece por vocal ó por consonante. Los personales, sin que por esto se declinen, cambian segun sean casos rectos, objetivos ó indirectos; cambian, y es más, segun el verbo que acompañen esté en presente,

[1] TORQUEMADA, libro XII, cap. VIII.

en pasado ó en futuro. Sufren tambien modificacion cuando se hacen recíprocos. Los verbos tienen formas distintas, segun sean activos, pasivos, absolutos ó neutros. *Logoh*, verbigracia, significa amar: no cabe emplear la misma forma para decir yo amo, que para decir amo á mi maestro. Amo en sentido absoluto es *qu' i logon* ó *logonic*; amo á mi maestro, *ca nu logoh v' ahtih*. Ni son siempre las mismas las formas de cada uno de los cuatro caractéres del verbo. Hay cuando ménos dos para el verbo activo, dos para el absoluto, dos para el pasivo y cuatro para el neutro. Las hay diversas para el verbo activo, segun sea frecuentativo ó distributivo; para el neutro, segun sea frecuentativo ó intensivo. Hay tambien verbos compulsivos como en la lengua mejicana. Los hay deponentes.

Idioma aglutinante el quiché, carece de inflexiones lo mismo para la conjugacion del verbo que para la declinacion del nombre. Generalmente hablando, no tiene el verbo más que dos divisiones, una para el tiempo de presente y de futuro y otra para los de pretérito: *logoh*, *logom—il*, *ilom*, *ban*, *banom*, *muk*, *mukum:* amo, amé—veo, ví—hago, hice—miro, miré de léjos. No cambia de número á número, ni de persona á persona. Van indicadas personas y números por los nombres ó los pronombres que constituyen el sujeto; y los distintos tiempos, por la anteposicion ó posposicion de adverbios y partículas. Generalmente he dicho, porque son otras á veces las formas del pretérito plusquamperfecto de indicativo y otras siempre las de los participios y gerundios.

El verbo quiché, sin embargo, no solo tiene tiempos equivalentes á todos los de nuestro idioma, sino que tambien traduce diferencias que no podemos traducir nosotros.

Hay nada ménos que tres formas para el futuro del verbo activo. *Ch' in ban* significa haré sin relacion á tiempo alguno. *X—ch' in ban* haré dentro del dia. *X—chi nu ban*, haré inmediatamente. Hay ademas participios como los de futuro en *rus* y en *dus* de los latinos. Para mayor precision del verbo hay, por fin, un verdadero lujo de adverbios.

Lo que no tiene el quiché son los verbos ni los nombres reverenciales de los mejicanos. No cuenta más palabras reverenciales que *Lal* y *Alak* correspondientes á usted y ustedes. Conviene, con todo, advertir que modifican la conjugacion del verbo.

Tampoco tiene el quiché la fuerza de incorporacion que en el nahuatl vímos. Nada aquí de pronombres embebidos en los verbos ni de largas palabras compuestas. La lengua es en general un conjunto de monosílabos y voces derivadas con bastante regularidad y medida. Las compuestas casi no constan más que de una partícula y un nombre ó verbo. Con la proposicion *ah* genitiva de posesion se compone, por ejemplo, multitud de palabras. *Ah—au*, el del collar, ó el señor; *ah—pop*, el de la estera, el príncipe; *ah—cun*, el de la medicina, el médico; *ah—tih*, el de la enseñanza, el maestro; *ah—gih*, el del sol, el astrólogo; *ah—xul*, el de la flauta, el músico, etc., etc. Supone Brasseur que *cakulha* relám-

pago ó rayo, está compuesto de *cak* ó *gag*, fuego, *ul*, venir ó salir y *ah*, agua: dado que así sea, cosa que se me hace difícil, forzoso es advertir que semejantes combinaciones no abundan.

Lo que sí abunda son los derivados. *Bak* es en castellano hueso, espina, aguja. De *bak* sale *bakuh*, agujero, taladro; *bakaba*, horado con frecuencia; *bak bakatah*, soy horadado; *bakoh*, barrenamiento; *bakbal*, barrena y lugar en que se barrena; *bakom*, cosa taladrada; *bakal*, *bakol*, el que taladra ó agujerea. De *mem*, mudo, *memer*, enmudecer; *memerizah*, enmudecer á otro. De *var*, dormir, *varabal*, dormitorio; *varah*, velar á otro; *vartizah*, adormecerle. De *ux*, ser, *uxic*, parentesco; *uxlab*, resuello, virtud, poder, fuerza; *uxlabih*, respirar; *uxlanih*, reposar, entregarse al descanso. Es principalmente de notar el órden con que se deriva los sustantivos de los adjetivos y los adjetivos de los sustantivos. Se sustantiva los adjetivos añadiéndoles las partículas *al*, *el*, *il*, *ol*, *ul*; se adjetiva los sustantivos añadiéndoles *alah*, *elah*, *ilah*, *olah*, *ulah*. De *nim*, grande, se forma *nimal*, grandeza; de *zak*, blanco, *zakil*, blancura; de *con*, fuerte, *conil*, la fuerza. De *civan*, barranco, se hace *civanulah*, barrancoso; de *ahau*, rey, *ahaualah*, real, régio; de *quiq*, sangre, *quiqelah*, sangriento. [1]

Idioma de tales condiciones no podía menos de prestarse á la literatura y la poesía. Como ántes indiqué, Brasseur ha recogido, traducido y publicado un drama–baile de los que antiguamente se representaban, ya en el patio de los templos, ya en la plaza pública. El argumento del drama es sencillísimo y los diálogos, pesados y monótonos, no solamente por lo largos, sino tambien por la costumbre de hacer repetir á los personajes las palabras de sus interlocutores. La obra resulta, á pesar de todo, interesante y poética.

Se tomó el asunto, á lo que parece, del tiempo en que los quichés estaban desde el monte Hacavitz invadiendo y domando los risueños valles y las pintorescas alturas de la actual Guatemala. Un jefe de Cavek, Queché–Achi, era el terror de los pueblos del rey Hobtoh, que había sido su prisionero. Se encuentra un día en frente de Rabinal–Achi, que era el primer guerrero de este monarca, é intenta inútilmente echarle el lazo. Cae, por lo contrario, preso en el lazo de su enemigo. Orgulloso Rabinal, le amenaza desde luego con la muerte. No se inmuta de pronto Queché–Achi, pero termina por pedir gracia atribuyendo sus actos de hostilidad á la envidia que le daban las fértiles praderas y las verdes montañas de sus enemigos.

Contesta Rabinal que no está en su mano perdonar á un hombre que tantos males ha causado á su pátria y en el baño de Tohil ha llegado á tender una celada á su anciano jefe. Se dirige, sin embargo al Rey, y el Rey se inclina á dejar con vida al audaz cautivo, como atraviese en silencio las puertas de su palacio, doble la cabeza y se muestre humilde y sumiso. Enfurécese Queché–Achi

[1] *Gramática de la lengua quiché*, Coleccion Brasseur, tomo 2.

al oir condicion á sus ojos tan dura: y, lleno de soberbia, en vez de rendir homenaje á Hobtoh, le insulta y le amenaza. Hobtoh, como era de presumir, le condena á muerte. Ruégale entónces el intrépido quiché que le otorgue multitud de gracias. El rey se las va concediendo. Le da de comer en su mesa y de beber en su copa; le entrega una brillante y esplendorosa tela de vivos colores y broches de oro para que se la vista y se adorne; le permite que, acompañado de sus tambores y sus músicos, toque por última vez los aires con que celebró un día sangrientas batallas y ruidosos triunfos: le deja bailar con la Bella-Esmeralda de Tzam-Gam-Carchag, de labios áun vírgenes y de ojos que nadie ha besado; consiente por fin que se bata con los doce águilas y los doce tigres que guardan su trono. [1]

Queché-Achi pide todavía otra gracia. Pide que se le dén trece veces veinte días y trece veces veinte noches para saludar sus montañas y sus valles, donde tanto tiempo anduvo errante en busca de la caza con que había de sostener su mesa. Va, vuelve y se entrega á los doce águilas y á los doce tigres para que tendiéndole sobre la piedra de los sacrificios, le arranquen el corazon y lo consagren á los dioses. Sucumbe aquí el Quiché ante el Rabinal; pero sobresaliendo é interesando por sus pasadas proezas, sus sentimientos de honor y su heroismo.

Tienen mucho de vanagloriosos los personajes de este drama; pero todos hablan en hermoso y brillante estilo. Rabinal-Achi da cuenta de la captura de Queché-Achi en los siguientes términos: «¡Salud, oh Rey! ¡salud, oh Reina! Gracias al que está en el cielo, gracias á la tierra por veros dentro de las grandes murallas de vuestro alcázar derramando la sombra y la majestad bajo vuestro dosel de plumas... Acaba de caer en mis manos el héroe con quien hemos lidiado tanto tiempo detras de los altos baluartes del castillo, donde jamás pudimos entregarnos tranquilamente al sueño. Le han perdido el cielo y la tierra arrojándole contra la cuerda de mi arco y el temple de mi escudo. Le he cogido con mi blanco lazo y mi alba correa, con mi maza tolteca y mi hacha yaqui, con mis brazaletes de hueso cincelado y mis encantadas yerbas. Es ese bravo guerrero el que remedaba el quejumbroso grito del chacal, el aullido del gato salvaje y el rugido del leon para matar y prender á nuestros blancos y hermosos mancebos. Es ese bravo, ese héroe el que hizo morir á nueve ó diez de esos gallardos jóvenes; él quien os robó en el baño de Tohil. Es ese valiente el que ha reducido á escombros dos ó tres pueblos de la comarca de Balamoac, tierra arenosa que resuena, como dice su mismo nombre. ¿Hasta cuándo se privará vuestro corazon del placer de vengarse de tanta ferocidad y osadía? Ha venido á pagar él mismo sus crímenes entre el cielo y la tierra; cortemos su tronco, oh Rey Hobtoh.»

Hobtoh contesta: «Aquí están doce de sus hermanos, doce de sus deudos, los

---

[1] *Gramática y vocabulario de raíces de la lengua quiché.* Coleccion de Brasseur de Bourbourg. Tomo II.



RUINAS DE PALENQUE (MÉXICO)



que guardan los tesoros, y las piedras preciosas. Sus bocas y sus rostros no están completos; ¿habrá venido ese guerrero á llenar el número dentro del gran palacio? Hay aquí doce poderosos águilas y tigres, y tampoco están completos; ¿habrá venido ese bravo á completarlos? Hay en estos lugares sillas y tronos de plata y uno de ellos está vacío; ¿habrá venido á ocuparlo ese valiente? Hay aquí doce clases de bebidas, doce clases de licores pérfidos, tan dulces como frescos y embriagadores, licores de reyes que bebemos ántes de acostarnos dentro de los muros de este castillo; ¿habrá venido ese héroe para probarlos? Hay aquí telas deslumbradoras de admirable finura, tejidas de oro, obra de mi madre la Reina; ¿habrá venido ese guerrero, ese bravo para estrenarlas? Aquí está, por fin, encerrada la madre de las plumas preciosas; ¿habrá venido ese bravo para ser el primero en verle el rostro, habrá venido para danzar con ella, habrá venido para ser nuestro yerno ó nuestro hermano dentro de los muros del gran palacio? Veamos si es obediente, si es humilde, si se inclina, si al entrar baja la cabeza. Entre, pero sin ruido, sin alardes cuando atraviese las puertas de este castillo.»

Entra Queché-Achi y cuando le sientan en la mesa y le sirven vino en la copa de Hobtoh exclama: «¿Es esta vuestra copa? Esta es la cabeza de mi abuelo; la cabeza de mi padre es lo que aquí veo y miro. ¿Se hará otro tanto con la mía, y se la cincelará y pintará de brillantes colores? ¡Ah! cuando se vaya á mis montañas y á mis valles para negociar con mis vasallos y mis hijos sacos de pek y de cacao, en mis valles y mis montañas dirán mis hijos y mis vasallos: aquí teneis la cabeza de nuestro abuelo, de nuestro padre.»

Próximo á morir, tiene Queché-Achi un momento de debilidad, pero se recobra luego y muere como un héroe. «¡Ay! valme cielo, óyeme tierra. Si he de morir, si he de concluir entre la tierra y el cielo, que no pueda yo cambiar mi suerte con la de la ardilla ó la del pájaro, que mueren en la rama del árbol y tal vez en un tierno retoño donde encuentran con que satisfacer su apetito!... Venid á mí, vosotros los águilas y los tigres, y cumplid vuestros deberes. No os ruego sino que los cumplais de modo que en un instante acaben con mi vida vuestros dientes y vuestras uñas. Soy un valiente y lo he probado viniendo de mis montañas y mis valles. Sean con vosotros cielo y tierra, águilas y tigres.»

Las artes no estaban entre los quichés ménos adelantadas. El drama de que acabo de hablar y el mismo Popol-Vuh hacen mencion de objetos cincelados de oro y plata, de piedras preciosas engastadas en espléndidos collares, de hermosos y brillantes colores, de telas finísimas, de lujosas armas, de embriagadoras bebidas, de tronos de metal y doseles labrados y entretejidos de gallardas plumas. Eran allí las casas de cantería, y estaban coronadas de fortalezas y áun de ostentosos palacios las cumbres de los cerros. Ni abundaban ménos los edificios sagrados. Por cientos se contaban allí las pirámides.

No estaban ya en tierra de los quichés los monumentos de Palenque, sino algo más al Norte, en la fronteriza y ya mentada República de los chiapanecas. El

lector me ha de permitir, sin embargo, que aquí los examine, ya que no me lo permitió el órden del anterior capítulo, y, no distando como no distaban de los pueblos en que me ocupo, hubieron de influir sobre el carácter y el gusto arquitectónico que éstos tuviesen. No lo haría si á mis ojos no fuesen importantes hasta el punto de revelar la existencia de razas que habían desaparecido ya cuando la conquista.

Formaban parte estos monumentos de una ciudad situada al Sudoeste del nuevo Palenque, en las faldas de una escabrosa sierra vestida de sombríos bosques en que corre murmurando el agua por estrechas cañadas cubiertas de silvestres y olorosas flores. Tenía de extension la ciudad sobre dos leguas y media; y su palacio mayor en su base, un perímetro de más de trescientas veinte varas. Estaba sobre una mole piramidal que no contaría ménos de diez y ocho varas de altura; y con ser de un solo piso no mediría por su parte menos de doce. Hasta cuarenta y seis de anchura medían las veintisiete ó veintiocho gradas que conducían á lo alto de la pirámide.

Era este monumento cuadrangular, y la base de su inmenso zócalo tenía en sus lados menores noventa y seis varas, hasta ciento diez en los mayores. Soberbio era el palacio. Cuarenta vanos ó puertas, simétricamente distribuidas en sus cuatro lados, abrían paso á una galería corrida de más de tres varas de anchura. Al Noroeste había un patio de treinta varas en cuadro, al Occidente otros dos, uno irregular, otro cuadrilongo de treinta y cuatro por once. Decir las salas que tan suntuoso alcázar encerraba, sería tarea enojosa. Descollaba sobre toda la obra una torre piramidal de base cuadrada, de treinta y seis varas de altura y diez de lado. El conjunto debía de ser imponente; lo es aún hoy que está medio en ruinas.

Es todo el monumento de mucha regularidad y belleza, de majestuosas líneas, de grandes masas, de sencillos adornos. Tres simples molduras dividen en otros tantos cuerpos el zócalo; dos constituyen el friso del palacio. No tienen ninguna las puertas; tampoco los macizos que las separan. Abundan en cambio los relieves, ya de piedra, ya de estuco. Los hay en los paramentos exteriores de los entrepaños de la fachada, en lo interior de la galería, en unas escaleras que bajan al patio del Nordeste, en ciertos salones, en subterráneos que parecen haber sido sepulcros de los reyes. No excluía la sencillez la suntuosidad, y era verdaderamente suntuoso todo el alcázar. Los pavimentos, de arena y cal, estaban cubiertos de una dura y bruñida mezcla; las paredes, interior y exteriormente enlucidas y brillantes; los relieves, pintados de bermellon, á juzgar por los restos de pinturas que aún quedan en sus más profundos senos.

¡Qué grandiosidad aquélla! Los vanos, es decir, las puertas miden de cuatro á cuatro y media varas de extension por cinco y media de altura; los macizos, de tres á cinco varas de ancho; las paredes maestras, vara y tercia de grueso; las figuras de los relieves, más de dos varas de alto. ¿Qué es luégo ver aquellas anchas y angulosas molduras corriendo sin interrupcion del uno al otro extremos



RUINAS DE PALENQUE [illegible]



y áun por los cuatro frentes de tan vasto edificio? ¿Qué es ver arrancar de la cornisa la atrevida bóveda, no por ser rectilínea ménos digna de mérito?

Los autores de los monumentos de Palenque aplicaron la línea curva á las ventanas, pero no conocieron el arco vertebrado. Ménos habían de conocer naturalmente nuestro sistema de bóvedas. Si abovedaron galerías y salones, no como los arquitectos de Roma, ni siquiera como los de Yucatan ó los que construyeron en el Anahuac la cripta de Xochicalco. Hacían las bóvedas adelantando los unos sobre otros, los sillares de los dos muros, dejando truncados los vértices de los ángulos y cerrándolos transversalmente con losas. Con otro paso habrían por lo ménos llegado á la bóveda de los yucatecas.

Mas lo digno de atencion en Palenque, no son las bóvedas, sino los relieves. Abren nuevos horizontes al que los contempla. Hablan de una raza desconocida en la historia. Las figuras humanas todas presentan en la cabeza una curva no interrumpida de la punta de la nariz al colodrillo. Las narices son largas. Los rostros revelan almas inteligentes. No existe hoy en América esta raza de hombres; no existía ya cuando los españoles pusieron el pié en el territorio de los chiapanecas. Más aún que las facciones de las figuras dicen las actitudes y los trajes. Cree uno distinguir en algunos relieves vivos reflejos de las costumbres persas. Le parece ver en otros gentes que estaban pasando por un renacimiento parecido al que del siglo XV al XVI tuvimos acá en Europa.

En Palenque no hay un solo monumento sino muchos. Me he limitado á describir uno por no hacer sobradamente prolijo este trabajo, que ya lo va siendo. Mas ahora me refiero á las esculturas de todos los que han llegado á mi noticia. Hay en Palenque dos clases de figuras, tal vez separadas por siglos. El tipo es en todas el mismo, pero no los trajes. Unas, como las de las escaleras que bajan al mayor de los patios, están casi desnudas: no llevan sino un prendido *sui generis*, pendientes, collar, anchos brazaletes y, colgado de un cinto, uno como delantal que parece suplir el maxtle de los aztecas. Otras van ademas con vistosos penachos, unos como faldellines acamuzados y cortos y cierta especie de coturnos. Entre éstas, no pocas visten un género de muceta que les cubre de la garganta á la mitad del pecho. En una que otra se ven calzas que bajan hasta la mitad del muslo. Son todos estos trajes de gran riqueza, y están sobrecargadísimos de adornos. Las telas, todas de bellas labores, presentan generalmente la forma de una red de más ó ménos espaciosas mallas. En las mucetas, en los faldellines, en las calzas hay con bastante frecuencia hermosas carátulas. Son especialmente de notar los muchos y caprichosísimos adornos que se destacan del cuerpo y parten, ya de la cabeza, ya de los brazos, ya de la cintura.

¿Qué civilizacion era la que éstos relieves descubren? ¿Qué hombres eran ésos? Su arquitectura no tiene rival en América, ni por lo sencilla, ni por lo sólida, ni por lo grave. Sus esculturas, excepcion hecha de las de las gradas del patio, son generalmente de buenas y elegantes proporciones. Sobresalen principalmente

sus figuras de estuco, labradas unas sobre simples diseños hechos en las mismas paredes, otras sobre unos que podríamos llamar esqueletos del cuerpo humano. Quedan aún restos de su pintura y hablan muy en favor de los que la cultivaron. En muchos de sus relieves, hay ademas signos distribuidos en ángulos rectos que son evidentemente caractéres de una escritura perdida, leyendas explicativas de los relieves mismos. No permiten creer otra cosa ni su regularidad, ni la frecuencia con que están reproducidos por más que nadie haya todavía acertado á leerlos. Tienen á no dudarlo gran semejanza con los de los yucatecas. ¿Quiénes podían ser esos hombres que á tanto habian venido y vivían en ciudades de más de dos leguas y habían construido palacios tan gigantescos y suntuosos como el que hemos descrito? Para los chiapanecas del tiempo de la conquista eran ya tan mudos estos caractéres y tan asombrosos estos monumentos como para nosotros, si es que llegaron á conocerlos.

Saber qué hombres fuesen aquéllos, es hoy por hoy imposible. Para mí hubieron de ser los mismos que escribieron el manuscrito de Dresde. Allí hay caractéres por lo ménos muy parecidos á los de esos edificios de Palenque; allí las figuras presentan el mismo tipo. El mismo perfil en las cabezas; sobre poco más ó ménos los mismos trajes. Lástima que unos y otros documentos sigan siendo un enigma para la historia. [1]

No rayaban tan alto en arquitectura los quichés, pero no eran tampoco despreciables. Lo que ignoro es el estado en que tenían las ciencias. Habla el Popol-Vuh de la cuadratura y la cuadrangulacion del cielo y de la tierra, de la medida de los ángulos, del establecimiento de los paralelos, de la estrella de la mañana precursora del día; pero tan vagamente, que no permite juzgar de los conocimientos astronómicos de aquel pueblo.

Se regían á lo que parece los quichés por un sistema cronológico igual ó parecido al de los mejicanos, tambien por un sistema de numeracion que sólo discrepaba del de los mejicanos en la apariencia. La base de los dos sistemas aritméticos era en realidad el número veinte. Si en el de los quichés no se decía como en el de los mejicanos, de una manera invariable dos, tres, cuatro, cinco, diez, doce, diez y nueve veintes para expresar cuarenta, sesenta, ochenta, ciento, doscientos cuarenta, trescientos ochenta, era simplemente porque substituían á la palabra *vinak*, veinte, ya la de *qal*, medida de capacidad que contenía veinte almendras de cacao, ya la de *much* ó la de *tuk*, medidas que llevaban consigo la idea de cuarenta. Presentaban aún otras diferencias, pero todas accidentales. Tal era por ejemplo la de contar los quichés desde cuarenta, diciendo, no cuarenta y uno, cuarenta y dos, cuarenta y tres, etc., sino, uno, dos, tres, para sesenta, y luego uno, dos, tres para ochenta, y así sucesiva–

[1] *Viages de* DUPAIX, descripcion tocante al Palenque, apud Kinsborough, tomos IV y V.

mente. Los números fundamentales eran en los dos sistemas el veinte y sus potencias, y en los dos se empleaba distintas voces para contar objetos de diversa índole.[1]

Algo más podria decir de los quichés, pero muy aventuradamente. Harto a la ventura voy en mucho de lo que escribo.

---

[1] *Gramática de la lengua Quiché*, cap. XX.

CAPÍTULO XVII

Los yucatecas.—Su historia.—Los itzas, los tutulxius y los mayas viven confederados.—Guerras que entre ellos se suscitan.—Destruccion de los itzas.—Invasion de otro pueblo que se apodera de Tancah.—Tiranía de los Cocomes.—Destronamiento y muerte de uno de ellos por el pueblo.—Ruina de la ciudad de Mayapan.—Restablecen los mayas su Imperio en Izamal y en la provincia de Zututa.—Guerras entre ellos y los tutulxius.—Discordias entre los mismos mayas.—Calamidades que afligen la Península.—Yucatan se eleva, sin embargo, á grande altura.—Sus monumentos.—Carácter general de su arquitectura.—Edificios de Uxmal, de Izamal, de Tikoch (Mérida), de Chichenitza.—Mitología: creencias á que corresponden estos monumentos.—Sobre la idea que se dice tenían los yucatecas del cristianismo.—Sobre la cruz que se asegura haber encontrado allí los españoles.—Verdaderas ideas religiosas de los yucatecas.—Carácter antropológico de muchos dioses.—Ritus, sacrificios, supersticiones; ceremonias para ahuyentar el Diablo.—Confesion.—Bautismo.—Matrimonio.—Facilidad para el divorcio.—Penas contra los adúlteros.—Idea y temor de la muerte.—Entierros.—Ideas sobre la vida futura.—Falsas nociones sobre el bien y el mal.—El suicidio.—La esclavitud.—La guerra.—Los dos capitanes ó nacones.—Causas que favorecían en Yucatan la unidad nacional.—Naciones rivales que sin embargo hubo.—Régimen político que tenían.—Importancia de los nobles y los sacerdotes.—Organizacion sacerdotal.—Tributos.—Propiedad.—Leyes de sucesion.—Tutelas.—Lealtad en el cumplimiento de los contratos.—Leyes penales.—Costumbres.—Cultura intelectual.—Sistema de numeracion.—Sistema cronológico.—Años bisiestos.—Katunes ó Ahau-Katunes.—Lengua maya.—Alfabeto yucateca (1).

Al Norte de los quichés vivía multitud de pueblos que, con haber sido poderosos y temibles, apénas figuran en la historia. Allí estaban los taitzaes, los cehaches, los campimes, los chinamitas, los lacandones y los locenes, que, segun Cogolludo, constituían un reino, y en el año 1655, despues de siglo y medio de sangrientas luchas no habían doblado aún la cabeza á los soldados de España. Falto de noticias auténticas me habrá de permitir el lector que los pase en silencio.

Más al Norte se extendían los yucatecas por la península que bañan á Oriente las aguas del mar de las Antillas y á Occidente las del golfo de Méjico. Quienes éstos fueran, lo dije ya en el capítulo IV. Los dejé allí divididos en tres naciones: los mayas, los tutulxius y los itzas—y á todos unidos por lazos federales. Chichen era la córte de los itzas: Uxmal la de los tutulxius: Mayapan la de los mayas. Mayapan era además la capital del triunvirato.

(1) Fuentes de este capítulo: Diego de Landa. *Relacion de las cosas de Yucatan.*—Cogolludo, *Historia de Yucatan,* lib. IV.—*Série de las épocas de la historia maya,* coleccion de Brasseur, tomo III, pág. 420.—Lizana. *Historia de Nuestra Señora de Izamal,* parte I.—*Cronología antigua de Yucatan,* por Pio Perez; col. citada de Brasseur; tomo III, pág, 366.—Brasseur de Bourbourg, *Manuscrit Troano, Études sur le système graphique et la langue des Mayas,* volume premier et second; Gailhabaud, *Monuments anciens et modernes.* Appendice. Monuments mexicains, Yucatan.

Estuvo en paz la confederacion muy cerca de dos siglos. Allá á fines del XII ultrajaron los reyes de Chichen á los de Mayapan y encendieron la guerra. Acometieron los de Mayapan á los de Chichen y los vencieron. Venciólos, segun el texto que sigo, Ah-Tzintchut-Chan, acompañado de la flor de la nobleza. Diez años despues atacaban de nuevo los mayas á los itzas porque el rey de Itza, Ulmil, celebraba grandes banquetes con el de Izamal, á quien tenían por enemigo. Esta lucha fué ya larga: duró veinte años.

Uniéronse, á lo que parece, Ulmil y el rey de Izamal, Ulil, y sostuvieron con gran teson la guerra. Llegaron á reunir hasta trece cuerpos de tropas. Si vieron invadidos sus dominios, invadieron tambien los de Mayapan, y no con mala fortuna. Mas sucumbieron al cabo para no volver á levantarse. No habla ya en adelante de los poderosos itzas historiador alguno.

Como un siglo despues, á principios del XIV, bajó á Yucatan otro pueblo cuyo nombre se ignora. Vino, segun se dice, de las montañas; y sería probablemente uno de los que tanto resistieron al poder de nuestros reyes. Cayó con grande ímpetu sobre el territorio de los mayas, y llevó á la misma capital el estrago y la ruína. Se apoderaron de Tancah, ciudad de importancia.

Mayapan, sin embargo, se rehizo, y subsistió todavía cerca de siglo y medio. Ni habría tal vez desaparecido sin los errores de sus monarcas. Regíanla como ántes los cocomes; y dos de ellos para hacerse con esclavos, aumentar su riqueza y oprimir á sus gentes, concibieron la malhadada idea de llamar en su auxilio á los soldados aztecas que estaban de guarnicion en Tabasco y Xicalango. Lleváronselo á mal los súbditos, y habrían ya castigado al primero, si no acertara á contenerlos el señor de los tutulxius, que gozaba de gran prestigio por su moderacion y su prudencia. No pudiendo ya tolerárselo al segundo, favorecidos por los mismos tutulxius, le saquearon la casa, le arrebataron los bienes y le mataron á él y á cuantos hijos allí tenía. Nacieron de aquí tales ódios y bandos, que Mayapan, cien veces atacada y al fin desierta, quedó reducida á un monton de escombros.

Aconteció ésto, á mediados del siglo XV. Quedaron preponderantes los tutulxius, pero no sin tener en frente á los mayas. Había entre los hijos del cocome asesinado uno que estaba en tierra de Ulua. Sabedor de la catástrofe, volvió de improviso á Yucatan, y trabajó por restablecer el Imperio de su padre. Juntó deudos y vasallos en cierto lugar llamado Tibulon; y, á medida que fué creciendo en gente, fué edificando pueblos. Hízose á la postre un reino en la provincia de Zututa.

Otro se hizo y creó en Izamal un noble mancebo por nombre Achchel, yerno de uno de los doce sacerdotes que había entre los mayas. Llamado y favorecido por el suegro á la destruccion de Mayapan, empezó á poblar en Tikoch, allá en la costa, y, gracias á presentarse como elegido del cielo, atrajo tal muche-

dumbre, que no tardó en derramarse por otra provincia de mayor extension aún que la del último vástago de los cocomes.

Paz entre los mayas y los tutulxius no fué ya posible que la hubiese. No la hubo ni aún entre los mismos mayas. Aborreciéronse para siempre jamas de muerte los de Izamal y los de Zututa, ó lo que es lo mismo los cocomes y los cheles. En estos ódios los encontraron los españoles, y merced á estos ódios pudieron domarlos sin esfuerzo.

Fuera de las luchas hijas de estos rencores, pocos hechos registra ya la historia desde la destruccion de Mayapan á la conquista: en 1463 un huracan violentísimo que derribó los más antiguos árboles y las más fuertes casas ocasionando incendios que agravaron el desastre; en 1478 unas calenturas malignas que sobre matar á mucha gente impidieron se recogiese gran parte de la cosecha; en 1494, á consecuencia de haberse exacerbado las guerras civiles y haber perecido miles de hombres en los campos de batalla, otra peste de que se caían ganados por la podre los miembros de los moribundos: desventuras todas que, con ser grandes, habrían pasado probablemente desapercibidas, si Landa, que pudo recogerlas de boca de los mismos que las presenciaron y sufrieron, no las hubiese tomado como linderos para la cronología de más importantes acontecimientos.

No he podido recoger más noticias sobre las revoluciones yucatecas. Sorprende ahora que en medio de tan graves trastornos pudiesen elevarse itzas, tutulxius y mayas al grado de cultura que revelan sus grandiosos monumentos. Los monumentos en Yucatan eran muchos, y áun hoy, medio en ruinas, llaman poderosamente la atencion de cuántos desean conocer las diversas manifestaciones del arte. Los hay interesantísimos en Uxmal, en Chichen, en Izamal y en Tikoch, á que los españoles, precisamente por los restos arquitectónicos que contenía, dieron el nombre de Mérida. Determinar su orígen es hoy por hoy muy difícil; pero muy antiguos deben de ser á juzgar por la vegetacion de que algunos están cubiertos. Ha de ser tanto más difícil determinarlo, cuanto que segun Lizana, un siglo despues de la conquista, los había aún al parecer tan nuevos y con las maderas tan sanas, que nadie les habría dado más de veinte años de existencia.

Mas, esos edificios se preguntará tal vez, ¿eran superiores á los de Méjico? ¿lo eran á los de Palenque y á los de Mitla? Lea el lector y juzgue. Los yucatecas construían ordinariamente sus templos no sobre pirámides, sino sobre cerros que hacían á mano. Se subía al templo por escaleras abiertas entre márgenes vestidas de arbustos y flores, cuando no de arboledas. Templos y palacios eran de vastas proporciones y todos de piedra labrada. La decoracion era magnífica. Había lienzos de pared que materialmente desaparecían bajo los adornos. Veíase allí reunidas todas las molduras del mundo, así las de Aténas como las de Bizancio, así las de Asia como las de Europa. Estaban bella y graciosa-

mente combinadas la línea espiral y la línea recta, el doble ataurique y el alto relieve, los claros y las sombras, la naturaleza y el hombre, lo real y lo simbólico. Adornos había que se destacaban completamente de los muros: otros, terminaban por bocas de espantosos endriagos. En los dinteles de las puertas no era raro descubrir caractéres apenas descifrables. ¡Qué variedad y riqueza la de las fachadas! La bóveda en ojiva cerraba algunos de los salones. No se distinguía de las nuestras sino en el vértice. El vértice estaba interrumpido, y lo formaban sillares puestos horizontalmente.

Bajaré á pormenores á fin de que se conozca mejor tan bella arquitectura. Habla Cogolludo de los edificios de Uxmal, y dice que subió por más de cien gradas á uno de los templos. Son tan rectas y angostas, añade, que me arrepentí al bajarlas, porque se desvanece la vista y se corre peligro. Nada escribe sobre el templo, pero sí de un monasterio contíguo, donde vírgenes que habían hecho voto de castidad guardaban el fuego sagrado, como las vestales de Roma. Vivían, segun él, estas vírgenes en un patio con muchos aposentos que tenía la forma de claustro. La fábrica dice, es admirable; ciñe sus cuatro lienzos una culebra labrada en la misma piedra que une la cabeza con la cola; y en lo exterior hay de medio relieve, figuras de hombres con armas, de fieras, de pájaros y de otros objetos que no se acierta á comprender como pudo cincelárselas sin las herramientas de los europeos. Es de advertir que el patio era de cien piés en cuadro.

Pondera el mismo Cogolludo lo acabado de estas obras al hablar de un palacio que decía haber sido morada del señor de la tierra. En lo interior de esta fábrica, escribe, hay un dilatadísimo lienzo por todo el cual, como á medio estado de altura, corre una cornisa que asombra por la delicadeza y la perfeccion de su arista y sobre todo por un anillo sacado de la misma piedra, que no podría ser más fino ni más vistoso si lo hubiese hecho de oro el mejor artífice. Esta delicadeza y esta perfeccion es aún posible apreciarlas en muchas ruinas que cubren el suelo de la que fué córte de los tutulxius. Maravilla la limpieza con que están esquinados ya los entablamentos, ya las jambas de las puertas; el esmero con que están labradas las caprichosas molduras, que ya en formas rectilíneas ya en graciosos y ondeantes entrelazos corren al través de las paredes. Maravilla no sólo en los monumentos de Uxmal, sino tambien en los demas de la Península.

Una particularidad distingue todos estos edificios de los que en otras páginas han sido objeto de exámen. Predominaban allí las líneas extensas, los muros sobre un mismo plano, las fachadas apénas interrumpidas mas que por los huecos; aquí las líneas cortadas, ya por cuerpos salientes, ya por cornisas á diversas alturas, ya por muy altos y grandes relieves, ya por recuadros y orlas. No solían presentar aquí una misma línea ni siquiera los ángulos de las portadas, algunas, como la del templo mayor de Uxmal, decoradas en sus esquinas por adornos á mi entender simbólicos. No era raro ver abierto en esas portadas nichos para los ídolos. En uno del mismo Uxmal existe aún el ídolo, personifi-

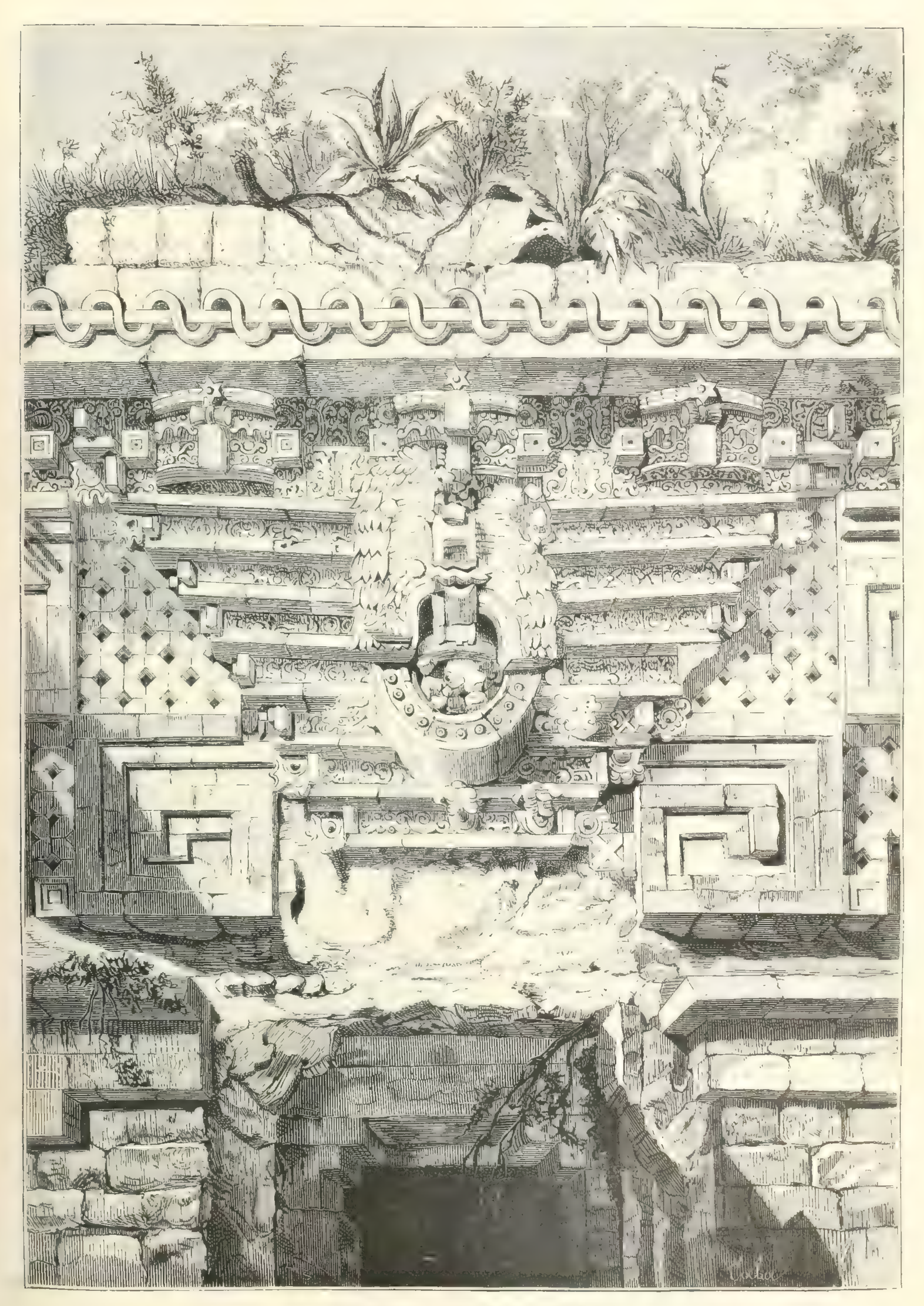
cacion, si no me engaño, del astro del día. Debajo, sobre el dintel de la puerta, distingo caractéres que, á no estar mal copiados, son más sencillos que los del alfabeto del Padre Landa.

Las puertas son generalmente cuadrangulares. Una hay, sin embargo, en Labnah que termina en ángulo agudo, como las salas de Palenque. De esa bóveda de ángulo se pasaría probablemente á la ojival de Kabah de que hice ya mencion en otro capítulo. Una y otra tienen su arranque en una ligera cornisa; y una y otra cotado y cubierto el vértice por lajas. ¿Porqué no se llegaría á cerrar el ángulo y la ojiva? Esa bóveda de Kabah constituye sin disputa el apojeo del arte americano. La república de Méjico debe guardarla como la mejor de sus joyas.

Grande al par que hermosa había de ser verdaderamente la arquitectura de los yucatecas. Como habló Cogolludo de los monumentos de Uxmal, habló de los de Izamal, Tikoch y Chichenitza Diego de Landa. Sus noticias son por demas curiosas. Hay, dice, en Izamal un edificio de espantosa altura. Veinte gradas, que alzan más de dos piés y miden de largo más de ciento, conducen á una plaza en cuyo término septentrional se sube por otra escalinata á lo alto de un cerro en que descuella un bien labrado templo. La plaza, que es cuadrilonga, está cercada de muros de piedra altos como de estado y medio: y el cerro de otro circular de su misma altura. Corre por esta muralla á la redonda, como á siete piés del suelo, una bella cornisa que se une por sus dos extremos con la de las paredes de la plaza. Esta cornisa es de brillante efecto. Debió de ser parecida á la célebre del monasterio de Uxmal; y una y otra prueban que las líneas frecuentemente interrumpidas tenían en aquella arquitectura sus excepciones.

Otro monumento no ménos grande habia en Mérida. Habla allí Landa de un edificio cuadrangular que tenía de perímetro más de dos carreras de caballo. Á Levante siete gradas de la altura de las de Izamal llevaban á una plataforma de piedra en cuyo occidente otra escalera no ménos alta conducía á otra plaza, donde formando cuadrilongo se levantaban dos salones, una capilla y gran número de celdas. Celdas, salones y capilla daban á un patio en que se entraba por dos aberturas como de puente; una á lo que parece en forma de ángulo, otra en forma de cimbra. Los primeros escalones eran de toda la extension de la fachada; los segundos algo ménos largos. Estaban las celdas en una misma línea, y corría por el dintel de todas una doble cornisa en cuyo friso había pequeños pilares cilíndricos empotrados en el muro. Tenía el edificio todo por cerca una ancha pared de piedra.

En Chichenitza vió todavía Landa otra fábrica notable, tambien cuadrilonga. Por cuatro escaleras á cuatro vientos, anchas de treinta y tres piés y compuestas de noventa y una gradas, se subía á una altísima meseta, en mitad de la cual se alzaba un edificio que, sin ser irregular, presentaba en su lado Norte el juego de cuerpos entrantes y salientes tan comun en los monumentos de aquella pe–



YUCATAN — PUERTA EN UXMAL



nínsula. Las escaleras tenían todas pasamanos de piedra al pié de los cuales había hermosamente cinceladas fauces de horrendas sierpes. Cubrían redondos cubos los huecos que estos pasamanos dejaban en los ángulos. Arriba, en el edificio, eran de ver los gruesos pilares en que descansaban las galerías y las bóvedas que, segun nuestro autor, cerraban los aposentos.

Conviene averiguar ahora á que creencias respondían templos tan ricos y asentados en tan altas cumbres. Los yucatecas á la entrada de los españoles eran fetichistas y politeistas. Adoraban todavía á las culebras y los tigres. Tenían dioses para la agricultura, las artes, el comercio, la guerra, la medicina, la caza, la pesca, el amor, el canto, el baile. Rendían culto á los reyes muertos. Tambien al sol y al fuego, á quien sacrificaban en el mes de Mac toda clase de séres vivos desde los reptiles á los pájaros. Creían, sin embargo, como los pueblos del Anahuac en un Dios supremo, fuera del alcance de los sentidos, que no cabía representar por imágenes. Llamábanle Hunab-Ku, y le consideraban autor de todo lo criado. Poníanle naturalmente en el cielo, que decían sostenido por cuatro ángeles llamados Bacab: Zacal-Bacab, Canal-Bacab, Chacal-Bacab y Ekel-Bacab, dioses de los vientos.

Se dice si ya entonces tenían los yucatecas nociones más ó ménos confusas del cristianismo: si hablaban de un Dios trino—Yzona-Bacab y Echvah—una de cuyas personas, Bacab, el hijo del gran padre, había bajado al seno de una vírgen, perecido en un palo, revivido al tercer día y subido al cielo; si añadían que Echvah había venido á la tierra despues de Bacab y la había llenado de sus dones; si profesaban tambien la doctrina de que estaba condenado á morir y desaparecer nuestro linaje. Se cita para corroborarlo unas profecías escritas en lengua maya y una cruz alta de diez palmos que se asegura haber encontrado los españoles en la mitad de un templo cuadrado de Cozumel, isla al Oriente de Yucatan, que era como la Jerusalem de aquellas gentes.

Lo tengo, á decir verdad, por de todo punto insostenible. Dió orígen á creerlo un Don Francisco Hernandez, que, enviado por Bartolomé de las Casas á predicar el Evangelio á los indígenas, dijo habérselo oído á un señor principal de la tierra de Campeche; y es óbvio que, á ser cierto, lo habrían verificado por sí el mismo Las Casas y sobre todo Landa, que estuvo allí poco despues de Hernandez y conocía la lengua maya hasta haber escrito sobre ella una gramática. Las profecías, por otra parte, léjos de confirmarlo entiendo que lo desmienten.[1] Si el cristianismo hubiese ya existido en la Península, mal lo habrían anunciado como la religion que había de acabar con la de los yucatecas. Si la cruz hubiese ya sido objeto de culto, mal la habrían presentado como la señal del Dios de Oriente á cuya venida se habían de separar las voluntades, ó, lo que es igual, disolverse lo que estaba unido y firme. La cruz de Cozumel dista por fin de ser

[1] Véase el Apéndice de esta primera parte.

un hecho fuera de toda duda. Aún siéndolo, opino que nada probaría admitiéndose ya que la cruz no ha sido exclusivamente el símbolo de la religion de Cristo. ¿Cómo ver ademas en ella el signo del cristianismo, cuando los mismos autores que la dan por real aseguran que se le sacrificaban codornices y sólo se la imploraba en las sequías para que descendiesen las aguas sobre la tierra? La cruz de Cozumel, suponiendo que la hubo, no tenía ni la significacion ni aún la forma de la nuestra. A una T dicen que se parecía sus defensores; y hay por lo tanto que unirla con una que se ve adorada en uno de los relieves de los monumentos de Palenque. De ninguna de las dos cabe inferir que en la conciencia de aquellas naciones hubiesen penetrado los dogmas del cristianismo.

Creían los yucatecas en un Dios supremo, pero no en un Dios trino; y de aquel Dios entendían que derivaban por lo ménos los dos principales dioses. Decían casado á Hunab-Ku con Ix-Azal-Voh, la que había enseñado á los mortales á tejer, é hijo de ámbos á Itzamná el primer civilizador y el primer sacerdote á quien atribuían la invencion de los caractéres mayas. ¿No descenderían del mismo Hunab-Ku los cuatro Bacabes?

Por hijos, no de Hunab-Ku, pero sí de ignoradas divinidades tenían los yucatecas á todos los que les habían iniciado en la vida culta. Hijo de los dioses consideraban á Votan, el primero, decían, que había repartido la tierra; hijo de los dioses á Cuculcan, de quien creían haber aprendido el gobierno y las artes; hijo de los dioses á Itzmat-Ul, rey de Izamal, que curaba las enfermedades y resucitaba á los muertos. Era tal en ésto su tendencia, que, si bien adoraban á Citbolontum como dios de la medicina, rendían preferente culto á Ixchel porque suponían que la había descubierto; y, aunque miraban como dios del canto á Xocbitum, sentían predileccion por Ab-Kin-Chooc, célebre cantor y músico. Habían elevado á Ixchebelyax á la categoría de diosa sólo por haber sido la primera en pintar las telas y entretegerlas con figuras. Se censurará con más ó ménos justicia á Evhemero; su teoría es en gran parte exacta. Esclarecidos capitanes habían sido probablemente los tres dioses de la guerra: el ya citado Cuculcan, el Quetzalcoatl de la península; Ab-Chay-Kah, el dios de las batallas; Kak-upacat el de la rodela de fuego.

Esto no es decir que los yucatecas no tuviesen por dioses sino mortales divinizados. Como ántes dije, tomados en absoluto, tan falso es el sistema de Evhemero como el de los modernos mitólogos. Los dioses, personificacion de la naturaleza, no han sido ordinariamente hombres; y dioses de este género hubo entre los yucatecas. Por de pronto los Bacabes, dioses, repito, de los vientos, de los cuatro puntos cardinales; luego Mul-Tum-Tzec, dios de los malos tiempos; Kinich-Kakmo, sol con rostro de rayos de fuego, dios que á medio día bajaba y quemaba las ofrendas y los sacrificios puestos en sus altares; Ppapp-Hol-Chac, dios de las borrascas; los Chaces, dioses de la agricultura; Ekchnah y Hobnil, dioses del cacao, etc.

En honra de todas estas deidades hacian los yucatecas, como los mejicanos, severísimos ayunos, abstinencias de toda clase de placeres, tumultuosas fiestas y cruentos holocaustos. Se inmolaba no sólo animales, sino tambien hombres; no sólo adultos, sino tambien niños. Había y hay en Chichen un pozo que, segun Landa, tiene más de cuarenta piés de profundidad y más de ciento de diámetro; segun Stephens, más de trescientos cincuenta de diámetro y de sesenta á setenta de hondo. En este pozo se arrojaba hombres vivos para aplacar en las sequías la cólera de los dioses. Era sangriento el culto, y lo indicaban exteriormente los mismos templos. En algunas fachadas de los de Uxmal están esculpidos en piedra, cuerpos mutilados de hombres; y en Campeche, dentro del mar, no muy léjos de la costa, vieron con horror los españoles, un edificio cuadrado con gradas, en lo alto del cual había un ídolo á quien dos fieros animales comían las entrañas y una serpiente de piedra engullía un leon en sus enormes fauces. Sacrificaban los yucatecas á sus semejantes, y tambien se los comían.

Es ahora de observar que no á todas las víctimas se las inmolaba del mismo modo. Se mataba algunas á saetazos. Se las desnudaba, se les ponía una corona, se les pintaba de azul el cuerpo, si no es el corazon que se las señalaba de blanco; y á la hora de la fiesta, hombres, provistos de flechas y arcos, las llevaban danzando á un madero que había en el patio de los templos. Sujetábaselas allí con cuerdas, y en tanto seguía el baile. De improviso un sacerdote les daba con una saeta en los órganos sexuales, y corría á teñir con la sangre que derramaban el rostro de los dioses. A una señal, los arqueros, sin suspender la danza, con órden y en silencio pasaban por delante de las víctimas y apuntándoles al corazon les disparaban sus flechas. Quedaba en instantes consumado el sacrificio.

Tampoco eran los habitantes de Yucatan avaros de su propia sangre. Se agujereaban las mejillas, la lengua, los labios; se recortaban las orejas; se harpaban y se atravesaban el miembro, cosa que hizo sospechar si se circuncidaban. No vivían exentas de tan penosas mortificaciones sino las mujeres que en cambio habían de ofrecer á los ídolos, ademas de pan y vino, corazones de todo género de animales, así de los del mar, como de los del cielo y la tierra. Al par de otros muchos pueblos los de Yucatan temían más que no amaban á los dioses, y dirijían toda su religion á desarmarlos por la humillacion y el sacrificio.

Creían por otra parte los yucatecas en cierto espíritu del mal que todo lo turbaba y emponzoñaba. ¿Cómo no habían tambien de temerle y hacer por alejarle de sus fiestas? No le daban, con todo, en holocausto ni la suya ni la agena sangre; se limitaban, por decirlo así, á conjurarle con exorcismos. Ponían en las cuatro esquinas del lugar de que pretendían ahuyentarle otros tantos banquillos, en ellos cuatro chaces ó acólitos por cuyas manos pasaba una sola y misma cuerda. En medio un sacerdote quemaba en un brasero un poco de copal y maíz molido; y, ya que estaba sahumado el aire, echaba vino en un vaso. Vaso, brasero y cuerda eran luego entregados á uno de los fieles para que

los llevase fuera del pueblo sin beber ni volver atrás los ojos. Desaparecía sin mas el diablo segun aquellas supersticiosas gentes.

Supersticiosos lo eran los yucatecas más aún que los aztecas. No se atrevían á nada importante en los días que reputaban aciagos. Aunque muy amantes de sus ídolos de cedro, que trasmitían por herencia, se resistían á labrarlos temiendo que les sobrevinieran desgracias, cuando no la muerte. No los empezaba el artífice que no tomara consejo del sacerdote, no eligiera cuatro chaces que le acompañaran y no ayunaran todos y se abstuvieran de conocer á sus esposas. Durante el ayuno se iba por madera al bosque; y, ya que se la tenía, se la encerraba en una casilla de paja que se hacía y cerraba para este solo objeto. Allí se metían oficial, sacerdote y chaces, y allí fabricaban sus dioses, ora quemando incienso á los cuatro Acantunes, que ponían en las cuatro partes del mundo, ora sajándose ó recortándose las orejas. Que no hubiesen acabado la obra, no sólo no veían á sus mujeres, no se dejaban ver de nadie.

Cuando iban de viaje, no se olvidaban nunca los yucatecas de llevar consigo algo de copal y un plato. A donde quiera que llegasen de noche, levantaban tres piedras, y en otras tres que colocaban horizontalmente incensaban á Ekchnah, seguros de que sin esta ceremonia no habían de volver con felicidad al seno de sus familias. Quemaban copal, principalmente cuando sus romerías á Cozumel y Chichenitza, en todos los templos y santuarios por donde pasaban, aunque unos y otros estuviesen abandonados y en ruinas. Un mal altar que encontrasen en la cumbre de un cerro ó en la espesura de un bosque los obligaba á detenerse y quemar granos de incienso.

El lector ha visto ya que en Méjico se practicaba la confesion y el bautismo. Otro tanto sucedía en la península yucateca. No, con todo, sin diferencias que no son para olvidadas. Aquí la confesion era pública. A falta de sacerdote se la podía hacer y se la hacía al padre, á la madre, á la esposa, á cualquiera de los deudos. El que la oía la comunicaba á todos los parientes á fin de que todos rogasen á Dios por el perdon de los pecados del moribundo. Del moribundo, digo, porque aquí sólo se confesaba de los adultos el que se creía en peligro de muerte.

El bautismo en Yucatan significaba como entre los cristianos nacer de nuevo. Se lo expresaba por la voz *zihil*, orígen, nacimiento, que deriva de *zih* del mismo modo que la voz *zihul*, á la vez nacimiento y mancha. Se lo recibía no al nacer, sino de los tres á los doce años; no individual, sino colectivamente; no de manos de una partera, sino de las del sacerdote. Había siempre un padre que pagaba la fiesta por todos los neófitos, aunque no sin buscar apoyo en alguna persona principal del pueblo. Junto con los demas padres elegía cuatro chaces entre los ancianos de más virtudes, y suplicaba al sacerdote que fijara día para la ceremonia.

Llegado el día, los que habían de recibir el bautismo se juntaban en el patio de la casa del que hacía la fiesta: á una parte los niños, á otra las

niñas. Estaba el patio cubierto de hojas frescas de cihom y copo. Se empezaba por arrojar del local al diablo: los niños eran los que echaban en el brasero el maíz y el incienso. Salía despues el sacerdote con coroza en la frente, el hisopo en la mano y el cuerpo vestido de plumas de colores. Los niños llevaban en la cabeza unas como tocas blancas que les habían puesto los chaces: confesaban los que podían sus culpas, y recogían todos la bendicion del sacerdote, que los santiguaba con el hisopo. Untábales luego el rostro y los entrededos de piés y manos el principal del pueblo con cierto líquido compuesto de flores y cacao desleido en agua vírgen. Quitábaseles finalmente las tocas, y por los chaces se les daba á chupar el humo del tabaco y á oler unos ramilletes. Extraña mezcla de ritus que hacía parecer á los yucatecas más bárbaros de lo que fueron.

Contra lo que sucedía en Méjico, el sacerdote intervenía tambien aquí en la celebracion de los matrimonios. Concertada la boda y cambiados respectivamente los regalos por los consuegros, reuníanse en casa del padre de la novia los futuros consortes con sus deudos y amigos. Allí asistía el sacerdote; y no bien se había convencido de la firme voluntad de los contrayentes para unirse y vivir comun vida, entregaba solemnemente la mujer al hombre. El hombre contraía por este acto no sólo el deber de sustentar á su esposa, sino tambien el de trabajar por el suegro cinco ó seis años so pena de verse ignominiosamente arrojado de la casa.

No era á pesar de esto el matrimonio yucateca más estable que el de los quichés, ya más débil que el de los mejicanos. Contrarestaba la facilidad del repudio los efectos de la monogamia. Divorciábase el marido de la mujer por los más frívolos pretextos, y, aún mediando hijos, podía contraer segundas nupcias. Los hijos, si en la infancia, quedaban en poder de las madres; si adultos, siendo hembras, seguían á la mujer, siendo varones, al marido. La esposa repudiada tenía tambien derecho á casarse con quien quisiera. Lo que dudo es, que las nuevas nupcias las autorizase el sacerdote. Me inclino á negarlo sabiendo que no autorizaba las de los viudos.

Siendo tan fácil y comun el divorcio, no era de esperar que fuesen duras las penas contra los adúlteros. No lo eran efectivamente contra la adúltera, á quien las leyes se limitaban á cubrir de infamia; pero sí contra el adúltero, á quien ponían á merced del marido. Podía el marido perdonarle, y tambien matarle descargándole desde lo alto una enorme piedra. No sería por cierto raro que tal sucediese: ni eran desconocidos los celos entre aquellas gentes, ni dejaban de tomar á ultraje el adulterio.

Los yucatecas tampoco tomaban á bien el matrimonio con mujer de su propio nombre, es decir, de la familia de su padre. No casaban ni con parientas paternas, ni con madrastras, ni con tías; casaban sí, ó por lo ménos podían casarse, con las demás parientas. Por feo y muy feo tenían tambien buscar mujer para sí ó marido para sus hijas. Concertaban generalmente por terceras personas sus

casamientos. Sólo para los hijos varones se atrevían á proponerlos y los proponían con frecuencia los padres.

Tal vez crea el lector ociosas estas noticias. Las doy porque entiendo que nada refleja tan bien como las costumbres el estado de cultura de los pueblos, y la civilizacion americana por lo original y las contradictorias opiniones á que ha dado márgen es digna de atento estudio. Miraban los hombres de Yucatan con respeto y temor la muerte. Estaban inconsolables al fallecer cualquiera de los indivíduos de sus familias. Si de día, le lloraban en silencio; si de noche, en altos y lastimeros gritos. Andaban tristes muchos días y se entregaban á severísimos ayunos. Es verdad que enterraban los cadáveres dentro de sus casas ó por lo ménos junto á las paredes posteriores; pero tambien lo es que abandonaban pronto los hogares en que les quedaban tan dolorosos recuerdos.

No á todos los muertos, sin embargo, los sepultaban de igual manera. Quemaban de los principales parte del cuerpo, y recogían las cenizas en lo hueco de unos ídolos de barro. A los monarcas los reducían por completo á polvo, y sobre el polvo, guardado en urnas, levantaban á veces templos como los que en Izamal vímos. De los antiguos cocomes se dice que cuando morían se les cortaba la cabeza, se la despojaba de la carne y del cerebro y con cierto betun se reproducía sobre los limpios huesos las facciones del difunto.

¿Qué idea tendrían de la muerte los yucatecas? Segun parece, al paso que la creían hija del diablo, la miraban como la puerta de otra vida. Por esto principalmente les llenaba de espanto. Entendían que así como iban los buenos á un lugar claro y brillante, donde sin mezcla de dolor se descansaba eternamente bajo la sombra de árboles frescos y frondosos y se vivía en perpétuos deleites: caían sin remision los malos en un lugar profundo y oscurosísimo, donde, sobre ser atormentados por los espíritus de las tinieblas, padecían frío, cansancio, tristeza y hambre. La idea de ese infierno á que daban el nombre de Mitnal, tan parecido al que le pusieron los aztecas, debió de ser lo que les hiciese no sólo mirar con horror la muerte, sino tambien establecer la confesion de los pecados, aunque fuese ante el último de los deudos.

¡Si hubiesen tenido siquiera claras y precisas nociones de la virtud y el vicio!... Decían que iban al paraíso los que se ahorcaban; que Ixtab, la diosa de la horca, los tomaba en brazos y los subía al cielo. Así léjos de condenar el suicidio, lo estimulaban; léjos de infundir resignacion á los que sufrían, los alentaban á terminar los padecimientos por una pronta y voluntaria muerte. Ni siquiera se consideraban en la obligacion de confesarse de todos los delitos. No lo hacían sino del homicidio, del hurto y del falso testimonio. Del adulterio, de la violacion, del estupro nada decían como los hubieran cometido con sus esclavas. Entendían que cada cual era dueño de usar á su antojo de su propia hacienda.

Respecto á la esclavitud estaban muy por debajo de las naciones de Méjico. La extendían á los hijos de sus esclavas, aún cuando éstas lo fueran, no por razon

de guerra, sino por causa de robo. Trataban duramente á todos los que la sufrían, hasta con crueldad á los que habían intentado evadirse. A éstos los tenían en jaulas con una pesada collera en los hombros; no los soltaban sino para someterlos á los más rudos trabajos. No autorizaban la redencion sino de los que eran esclavos por ladrones. A los que lo fuesen como prisioneros hasta podían sacrificarlos á sus dioses. A los dioses se sacrificaba desde luego los prisioneros de jerarquía.

No faltaban nunca víctimas para los templos. Los habitantes de Yucatan eran belicosos. Si en la paz temían la muerte, no en la guerra. Habían aprendido de los aztecas que llevaron las Cocomes á Mayapan, y eran hábiles en el manejo de las armas. Ademas del arco y la flecha, usaban una lanza de cinco piés y un hacha, aunque de pedernal, de acerado corte. En su defensa empleaban petos entretelados de algodon y rodelas de medias cañas que, sobre estar fuertemente entretejidas, iban cubiertas de cuero de venado. No solían llevar en la cabeza sino adornos de plumas, pero la tenían algun tanto protejida por su mismo pelo. No se cortaba el yucateca sino los cabellos de la parte superior del cráneo, se dejaba crecer los demas, se los trenzaba y se los ceñía al rededor de las sienes en forma de guirnalda. Capacete no se lo permitían sino los capitanes, que vestían de ordinario pieles de leon y de tigre.

Entre estos capitanes había dos llamados nacones, que mandaban en jefe los ejércitos: uno hereditario, otro electivo. En los tres años que éste ejercía el oficio, no podía ni comer carne ni conocer hembra ni valerse de utensilios que otro hombre usase. Aquél, al par que en las batallas, debía ocuparse en los sacrificios. Él era el que en los templos arrancaba el corazon á las víctimas. Como habrá comprendido el lector, los dos capitanes eran á la vez soldados y sacerdotes. Disponían juntos las cosas de la guerra, y al abrirse una campaña tenían el derecho de llamar á las armas las tropas que quisieran. Había en Yucatan gentes escogidas para la milicia que llevaban el nombre de holcanes, uno como ejército permanente. Si no los creían bastantes los dos nacones para hacer frente al enemigo, convocaban otras fuerzas.

No se esforzaban al parecer los yucatecas en apurar los medios de paz ántes de recurrir á la lucha. Su estratejia consistía principalmente en caer de rebato y por sorpresa sobre los contrarios: nada decían ni hacían que pudiese prevenirlos. La guerra toda era una guerra de emboscadas. Carácter propio de las discordias civiles, en que tampoco escasean los actos feroces. Era allí costumbre arrancar la quijada á los muertos en combate, descarnarla y ceñírsela al brazo.

Hablo de discordias civiles porque lo eran realmente las guerras que se hacía en Yucatan, sobre todo cuando la conquista. Yucatan es un llano que no dividen ni altas sierras ni caudalosos ríos. Se da el nombre de sierra á unas lomas que corren entre Champoton y Campeche; pero apénas merecen ser consideradas más que como una ceja de tan gran llanura. Río caudaloso no hay más que

el de los Lagartos. ¿Podía darse territorio mejor dispuesto para que cuántos lo habitasen constituyesen un solo pueblo? Lo habitaban, es verdad, tres pueblos rivales; pero tres pueblos que hablaban una misma lengua y tenían probablemente un mismo orígen. De los tres los dos es ya sabido que lo tenían; los tutulxius no debían distar mucho del de los otros, cuando pudieron establecerse no léjos de Mayapan sin contradiccion de los Cocomes. Cuando ésto no fuera, la comunidad de idioma los enlazaba, ademas de la naturaleza, con la gente maya. ¿Merecían otra calificacion que la de civiles las fatales guerras que entre sí sostenian las tres familias?

No se diferenciaban las tres visiblemente ni en instituciones ni en costumbres. Vivían las tres bajo el régimen monárquico, y era en las tres absoluto el poder de los reyes. En todas sucedían los hijos á los padres; y, si eran menores los hijos, quedaban bajo la tutela del más próximo pariente. Gobernaba éste el Reino mientras vivía, y sólo á la muerte lo dejaba á su pupilo. Se consideraba en las tres naciones indecoroso que bajase á confundirse entre los súbditos el que por más ó ménos tiempo las hubiese rejido. Manera de pensar que hasta aquí no se ha visto en ningun otro pueblo de América.

Extendían tambien los tres reyes su accion á las provincias por medio de gobernadores ó caciques, la mayor parte hereditarios, á quiénes confiaban la administracion de justicia y la recaudacion de tributos. Los negocios árduos los elevaba el cacique al señor; los comunes los decidía sin que cupiera jamás alzarse de sus fallos. Los tributos eran como en Méjico unos reales, otros personales. Debían cubrir los súbditos no sólo las atenciones públicas sino tambien las de los reyes, á quienes servían labrándoles las casas, sembrándoles los campos, recogiéndoles las cosechas y dándoles de que comiesen y vistiesen ellos y la servidumbre.

No se crea, con todo, que los reyes descargasen en los caciques las incomodidades del gobierno. Oían las quejas del último de sus vasallos, y dirijían los intereses generales de la República. Utilizaban para ésto la aristocracia, que tenían siempre á mano. Los caballeros en aquellas córtes vivían al rededor de los reyes, como los reyes y los sacerdotes al rededor de los templos; la plebe habitaba en los arrabales. Eran el consejo y el brazo de los monarcas á la par que los procuradores y el escudo de los pueblos. Recibían y alojaban en sus palacios á las comisiones que de fuera venían, y tomaban á su cargo la causa que las traía, siempre que la considerasen justa. Organizacion, si no igual, parecida á la de los quichés y los aztecas.

No gozaban de ménos autoridad que los caballeros los sacerdotes. Archivo de las ciencias, maestros de los nobles, hechiceros y adivinos, ejercían omnímoda influencia sobre todas las clases del Estado. Los unos, los chilanes, tenían á su cargo la enseñanza, la designacion de las fiestas y la administracion de los sacramentos; los otros, los médicos y los sortílegos, curaban las enfermedades, sa-

caban el horóscopo á los niños y echaban suertes para descubrir las cosas ocultas y predecir lo futuro. Presidíalos á todos con el título de Ahkin-Mai, una especie de Pontífice cuyo consejo formaban varones de gran fama. Hallábase ese príncipe de los sacerdotes casi á la altura de los reyes.

Sacerdotes eran tambien, segun se ha visto, los nacones, los dos capitanes á guerra. Del carácter sacerdotal participaban los que llamé chaces, ancianos que se elegía para auxiliar al verdadero sacerdote en actos como los bautizos y las fiestas religiosas. Mas á excepcion de uno de los nacones no ejercían permanentemente sus oficios. Los chaces dejaban de serlo en cuanto concluía la ceremonia para que estaban elegidos.

Vivían los sacerdotes, como los señores y los reyes, del trabajo de los pueblos. Así los tributos no debían de ser módicos. Haríalos quizá llevaderos en el campo la forma que la propiedad tenía. Las tierras generalmente hablando, eran comunes. No las dividían cercas ni mojones ni siquiera de municipio á municipio. Había lindes sólo en las fronteras de las provincias. Eran comunes hasta las salinas de las costas. Sería exagerado decir que no se conocía la propiedad privada, pero no que constituía la excepcion de la regla. Estaban reducidas las fincas de dominio particular á manchones de árboles frutales, principalmente de cacaos.

Había, sin embargo, leyes de sucesion, por cierto bien distintas de las nuestras. No entraban allí las hijas en el reparto de los bienes de sus padres. Si algo recibían era por benevolencia y generosidad de sus hermanos. No entraban á suceder ni aún á falta de varones; heredaban entónces los tíos. Se distribuía por igual el patrimonio entre los hijos; pero no sin recompensar al que más hubiese contribuído á formarlo. Menor el heredero, se le ponía bajo la tutela del más próximo pariente, jamás bajo la de su madre. Con la madre vivía; pero de lo que el tutor le daba. Si el tutor era hermano del difunto, se podía llevar y se llevaba al pupilo á su vivienda. Leyes todas muy poco favorables á las mujeres.

En cambio la sociedad, más aún que las leyes, afeaba á los tutores desleales en el desempeño de su cargo. Notábalos de infamia, si, al llegar el heredero á la mayor edad, no le entregaban delante de los señores y principales del pueblo todos los bienes que habían recibido. Podían, sin embargo, quedarse con las cosechas de miel y cacao por suponerse que harto habían hecho con mantener en pié árboles y colmenas.

Exigían los yucatecas buena fé no sólo en el ejercicio de la tutela, sino tambien en el cumplimiento de los contratos. No tenían necesidad para guardarlos ni de escritos ni de juramentos. Podía suceder que dejasen de pagar sus deudas, no que las negasen. Las confesaban sabiendo que este acto las hacía obligatorias para su mujer, sus hijos y sus parientes. Como éstos pudieran, las satisfacían aún despues de muertos los deudores.

¿Contribuirían á tanta religiosidad las leyes penales? Ignoro que hubiese en Yucatan la prision por deudas. Las leyes penales no castigaban, que yo sepa,

sino los delitos contra la honestidad, la propiedad, la vida de los hombres y la patria. Aún para muchos de estos delitos dejaban de tener la severidad que hemos visto en las de otros pueblos. Entiendo que esta fidelidad á lo pactado era más bien hija de las costumbres que de las leyes.

Tal vez de éste y otros hechos infiera el lector que los yucatecas eran la nacion más culta del Nuevo Mundo. Lo eran por lo que diré más tarde, no porque dejasen de ser, como los demás, una rara mezcla de civilizacion y de barbarie. Nacían hermosos y bien dispuestos; y, gracias al artificio de las madres, tenían casi cuadrada la cabeza y eran estevados y vizcos. Se pintaban y se labraban el cuerpo: los dibujos que en él se hacían los recorrían con una lanceta á fin de que por la union de la sangre y la tinta fueran indelebles. Se labraban el cuerpo hasta las mujeres, aunque sólo de la cintura arriba y salvos los pechos. Varones y hembras se agujereaban las orejas y llevaban zarcillos: las hembras se taladraban, ademas, la ternilla de la nariz para adornarla con piedras de ámbar.

Por todo vestido llevaban los varones el maxtle, la manta de algodon, que prendían en el hombro, y sandalias de cuero; las mujeres, enaguas y zapatos. No se cubrían los pechos sino las de la costa de Poniente. Aún éstas distaban de usar el vipil de las mejicanas; limitábanse á tapar los pechos con una faja que se ceñian por los sobacos. No era grande el sentimiento del pudor en ninguno de los dos sexos. Bañábanse á menudo, y apénas se recataban ni los hombres de las mujeres, ni las mujeres de los hombres. Esto no es decir que las mujeres no fuesen castas.

Estaba, con todo, léjos de existir en Yucatan la continencia que en el imperio azteca. La prostitucion no bastaba á satisfacer los apetitos del pueblo. La embriaguez era general y no redundaba en menosprecio de nadie. Eran muy dados los yucatecas á los banquetes: los celebraban, no sólo en los bautizos y las bodas, sino tambien para recordar las glorias de sus antepasados y festejar cualquier fausto acontecimiento. Al fin de la fiesta bebían hasta emborracharse todos los varones. No así las hembras. Escanciaban éstas el vino y apénas lo probaban; debían estar vueltas de espaldas miéntras el hombre apurase la copa.

¿Quién diría ahora que esos mismos hombres se habían elevado á cierta altura intelectual que buscaríamos inutilmente en muchos otros pueblos de América? Tenían un sistema de numeracion igual en todo al de los aztecas, una cronología muy semejante. El año constaba tambien para los yucatecas de 365 días y seis horas. Estaba dividido en 18 meses de 20 días, y tenía cinco días intercalares, que se consideraban nefastos. No venían designados por nombre alguno los intercalares, pero sí los veinte días del mes y los diez y ocho meses del año.

Eran los nombres de los meses: *Pop*, *Vo*, *Zip*, *Tzoz*, *Tzec*, *Xul*, *Yaxkin*, *Mol*, *Chen*, *Yax*, *Zac*, *Ceh*, *Mac*, *Kankin*, *Muan*, *Pax*, *Kayab* y *Kumhú* ó *Kumkú*; y los de los dias: KAN, *Chicchan*, *Cimij*, *Manik*, *Lamat*; MULUC, *Oc*, *Chuen*, *Eb*, *Ben*; YX, *Men*, *Cib*, *Caban*, *Ezanab*; CAUAC, *Ahau*, *Ymix*,

Yk y *Akbal;* todos ó los más de traduccion difícil. Separo de cinco en cinco los nombres de los días, porque estaban realmente divididos los días en cuatro quinas ó medias décadas, como entre los mejicanos, y los nombres del primer día de cada quina—Kan, Muluk, Yx, Cauac,—llenaban el oficio de letras dominicales.

Estos períodos de cinco días no constituían, sin embargo, semanas, como se cree que sucedía en Méjico. La semana, así la civil como la religiosa, era entre los yucatecas de trece días, tal vez porque aquel pueblo, como cree Pio Perez, contase en un principio por lunaciones divididas en dos triadecateridas. Anomalía á la verdad inconcebible, que no me atrevería á creer, si no la dieran por cierta cuántos autores he consultado. Admitida la semana de trece días, lo natural y racional era dividir el año, no en diez y ocho meses, sino en ventiocho semanas. Quedaba entónces un sólo día intercalar, un sólo día aciago. Los trece años de las indicciones venían designados por los nombres de los trece días de la semana misma. Todo marchaba con claridad y método. ¿Qué confusion no había de nacer por lo contrario de tener nombres para veinte días y aplicarlos consecutivamente á los de las semanas del año? Obligó esto á inventar una regla que se llamó *bukxoc* y era una cuenta general para saber los días de la semana con que habían de empezar los meses.

Tenían al parecer los yucatecas el año bisiesto lo mismo que nosotros. Añadían cada cuatro años un día á los intercalares; y es de presumir que lo designaran con el número y el símbolo del anterior ó del posterior para no turbar la marcha del sistema. Es de advertir que los trece números de la semana daban principio á otros tantos años, y empezaban alternadamente las semanas de años por el nombre de uno de los cuatro días iniciales. Si el día añadido hubiese llevado número y símbolo diversos, este órden habría sido imposible.

No estaba, con todo, aquí la mayor novedad de la cronología yucateca. Contenía, segun Landa y Cogolludo, períodos de veinte años á que se daba el nombre de katunes; y principalmente por ellos se fijaba y determinaba la fecha de los sucesos. A cada katun que pasaba, segun Cogolludo escribe, ya en los templos ya en las casas de los sacerdotes, se ponía una piedra labrada sobre otra y se las unía con argamasa al muro. Por el número de piedras se venía en conocimiento de los años que desde cualquiera hecho notable habían transcurrido. Tenían, segun el mismo autor, aquellos hombres tal costumbre de contar por esta division del tiempo, que hasta para expresar su edad solían decir que contaban tantos katunes de años.

Reconoce Pio Perez la existencia de esos katunes; pero los supone más largos que los demás autores. Constaban segun él de veinticuatro años, no de veinte; eran la décima tercera parte de un período de 312 años, que en su opinion constituía el gran ciclo yucateca. Si otra cosa se ha venido creyendo ha sido, segun este autor, por ignorarse que comprendían los katunes cuatro años sin

nombre que se tenía por intercalares y aciagos. Habla tambien Cogolludo de períodos de cuatro años, pero sin considerarlos más que como divisores de los katunes. Cada Katun, dice, constaba de cinco cuadrienios. Estoy aquí más por Cogolludo que por Perez. En la ya citada série de las épocas de la Historia Maya se determinan por la cronología yucateca fechas de acontecimientos acerca de los que se sabe positivamente el año de Cristo en que se verificaron. No es posible concordarlos por la opinion de Perez y sí por la de Cogolludo.

Como quiera que fuese, no es aún la cronología lo que más revela el estado de cultura de los yucatecas. Hablaban una lengua rica en formas y voces que se había derramado por las vecinas regiones de Peten y Lacandon y las fértiles comarcas que bañan el agua de los numerosos afluentes del Uzumacinta y del Tabasco. Hasta diez mil vocablos ha incluido Brasseur de Bourbourg en su reciente diccionario maya; y confiesa que está léjos de haber reunido las que componían ni las que componen tan copiosa lengua.

Pertenece aún el idioma yucateca ó maya á la categoría de los aglutinantes; pero es, á no dudarlo, en su género de los más avanzados. Abunda mucho en voces derivadas y compuestas; y compone y deriva con una regularidad que difícilmente encontraríamos en lenguas de flexion tenidas por muy cultas. Así es fácil dar con las más profundas raices de sus vocablos; se prestan al análisis áun los de dos ó tres letras. Los hay para definir los más delicados matices de las ideas: y bastan no pocas veces para esto lijeras modificaciones en las palabras: generalmente la colocacion de diversos afijos. Es rica tambien la lengua en partículas y adverbios, cosa que por otra parte le permite apreciar todos los accidentes y todas las circunstancias de los hechos.

En formas se parece bastante el idioma yucateca al quiché, que examinamos en el anterior capítulo. Tiene tambien formas distintas para los verbos segun sean neutros, activos, pasivos ó absolutos. Las tiene especiales para los que llevan por decirlo así incorporado el caso adjetivo ó la persona ó cosa paciente. *Chaháa*, por ejemplo, significa acarrear agua y está compuesto de *cha* ó *cháa*, acarrear, llevar, y *a*, agua, río. Los verbos todos de esta índole se distinguen de los demas en que terminan por *n*, ó *ni* el pretérito y por *nac* el futuro. CHAHAAN EN, llevé agua; *bin chaháanac*, aquel llevará agua, aquel la acarreará.

Tiene, ademas, la lengua maya cuatro clases de pronombres personales, las cuatro de aplicacion distinta al verbo. *Ten*, yo, *tech*, tú, *lay*, aquel, *toon*, nosotros, *teex*, vosotros, *loob*, aquellos, sirven sólo para el verbo sustantivo. Se los puede emplear en los verbos neutros, pero sólo cuando se hable en pretérito ó en futuro. Pueden tambien acompañar los tiempos todos del verbo activo, pero cambiando en *i* la terminacion del pretérito para el pretérito mismo, en *ic* para el futuro y el presente. *En*, yo, *ech*, tu, *laylo*, aquel, *on*, nosotros, *ex*, vosotros, *ob*, aquellos, acompañan sólo el verbo neutro y no en todos los tiempos: no pueden ir ni con el presente ni con el pretérito imperfecto de indicativo. Si

van con alguno de estos dos tiempos, es de persona paciente, no de caso recto. *Iacunah in cah ech*, yo te amo.—*In*, yo, mio; *á*, tu, tuyo; *ú*, aquel, suyo; *ca*, nosotros, nuestro; *a-ex*, vosotros, vuestro; *ú-ob*, aquellos, suyo, pronombres á la vez personales y de posesion se los emplea para el presente y el pretérito imperfecto de todos los verbos, ménos el sustantivo. Se los puede anteponer, ademas, á todos los nombres y verbos que empiecen por consonante.—*U*, mio, yo; *au*, tuyo, tú; *y*, suyo, aquel; *ca*, nuestro, nosotros; *au-ex*, vuestro, vosotros; *y-ob*, suyo, aquellos, sirven finalmente con exclusion de todos los demas para la declinacion de los nombres y la conjugacion de los verbos que empiecen por una de las vocales.

Se modifica en la lengua maya el verbo, no sólo por el uso de tales ó cuales pronombres, sino tambien por el de ciertas conjunciones y el carácter afirmativo ó interrogativo de la frase á que pertenece. Son ahora de notar las voces de su infinitivo. Tiene el infinitivo de sus verbos activos presente, pretérito y futuro, tres gerundios, dos supinos, participio de presente y de futuro; participio de pasado y pretérito; voces casi todas determinadas ó por desinencias ó por la anteposicion de lijeras partículas monosilábicas. *Canan* ó *canante*, guardar: *canantahil*, haber guardado; *binil canante*, haber de guardar: *canan ó canante* de guardar; *ti canan*, á guardar; *ti canantic*, guardando; *ti canantabal*, á ser guardado; *ah-canan*, el que guarda ó ha de guardar; *ah canantabal*, lo que es ó debe ser guardado, *cananan* ó *canantahan*, cosa guardada.

Es sin duda notable esta variedad de formas: ¿lo es ménos que unos mismos pronombres fuesen posesivos y personales indicando por uno de ellos toda relacion de posesion? Mas dejemos ya la lengua yucateca. Los yucatecas habían hecho algo más que enriquecer y perfeccionar su idioma; habían llegado á expresar sus ideas por signos fonéticos. Tenían su alfabeto, su escritura; alfabeto y escritura de que usaban en tiempo de la conquista. Nos lo dice Landa en el párrafo XLI de su interesante libro y nos lo confirma el Códice Troano, que ha reproducido y publicado el Gobierno Francés con los estudios que hizo Brasseur de Bourbourg sobre el sistema gráfico y la lengua de los mayas. [1]

No estaba ciertamente reducido este sistema gráfico á los sólos signos fonéticos—los contenía figurativos y simbólicos;—pero es innegable que por los sólos signos fonéticos podía traducir y traducía todas las ideas. La dificultad está en acertar á leer esta escritura. Nace esta dificultad primeramente de los muchos signos que hay para cada sonido; luego de la frecuencia con que se presentan combinados en uno sólo los de todos los sonidos que componen una palabra. El Códice Troano consta de treinta y cinco fólios. Brasseur de Bourbourg no ha descifrado sino cinco. Da como fácil la interpretacion de los demas;

---

[1] Dase el nombre de Troano á este Códice por haber pertenecido á nuestro compatriota D. Juan Tro y Ortolano, Catedrático que fué de Paleografía de la Universidad de Madrid.

pero es indudable que, si lo fuese, no habría dejado de darnos la traduccion completa. Lo dudoso es que haya dado con el verdadero sentido de los cinco fólios.

Ya Landa había encontrado para ciertos sonidos signos diferentes. Brasseur de Bourbourg halla muchos más aún en el Códice, y no es á la verdad estraño. Los signos del alfabeto maya son fonéticos, puesto que expresan sonidos; pero son tambien jeroglíficos porque representan á la vez objetos, los objetos que cada uno de los mismos sonidos indica, bien por sí, bien por la agregacion de alguna otra letra. De que cada sonido indique uno ó más objetos depende principalmente la unidad ó la multiplicidad de los signos. Lo aclarará un ejemplo. *A* en la lengua maya, significa agua, rio, muslo, pierna; *ah*, cuña, punta, espina, arista; *ach*, miembro viril, aguijon de insecto, pico de zorro: venía expresada la *a* por la figura de todos estos objetos. Lo venía ademas, segun Brasseur, por la figura de un hombre sentado que no tenía cabeza. ¿Han de ser pocas las dificultades que ofrezca la lectura de los manuscritos mayas? ¿Es poca la imperfeccion de este alfabeto? A no ser tan simples las raíces de la lengua maya, es de presumir que no se hubiese llegado ni siquiera á la creacion de esta escritura. Pero se llegó, y esto da á los yucatecas una marcada superioridad respecto á los mejicanos.

Brasseur encuentra muchas analogías entre los signos de este alfabeto maya y los del Códice de Dresde; algunas entre unos y otros signos y los de los monumentos de Palenque. Gran fortuna sería para la historia antigua de América hoy tan oscura y contradictoria, que por el conocimiento de los signos mayas se descifrase estas mudas páginas y estas más mudas piedras, testigos de civilizaciones desconocidas que, como ántes he indicado, es muy posible que hubiesen dejado ya de existir á la entrada de los europeos.

Es hoy Yucatan con justo motivo objeto preferente de estudio para cuantos desean rasgar el velo que cubre los tiempos ante-colombianos de América. Algo más he de escribir sobre Yucatan en el libro segundo.

CAPÍTULO XVIII

Topografía de Yucatan.—Topografía de Honduras.—Estado de barbarie de los habitantes de Honduras.—Trajes y alimentos.—Manera como criaban á los hijos.—Caza y pesca.—Guerra.—Artes.—Religion.—Gobierno.—Leyenda de Comizahual.—Significacion é importancia de esta leyenda.—Sacrificios.—Supersticiones.—Los nahuales.—Rápida historia del habitante de Honduras.—Su nacimiento.—Su matrimonio.—Su hacienda.—Sus enfermedades.—Su muerte.—Nicaragua.—Semejanza de su civilizacion con la de Méjico en su sistema cronológico, sus libros, sus sacrificios, sus creencias, su lengua y hasta los nombres de sus dioses.—Semejanzas con los yucatecas. Fisonomía especial de los pueblos de Nicaragua.—Razas diversas: los niquiranos; los chorotegas; los chontales y los caribisis. Trajes de los nicaraguatecas.—Diferencias sociales entre los dos sexos.—Licencia en las costumbres.—Diversidad de gobiernos.—Ejércitos y guerras.—Carácter orgulloso de los caciques.—Manera como vivía el de Tecoatega.—Falta de verdaderos monumentos para juzgar de las artes de construccion en Nicaragua.—Adelanto de otras artes.—Comercio.—Dioses.—No podían entrar en los templos sino los caciques.—Había oratorios para la plebe.—Ni aún en estos podían entrar las hembras.—Sacrificios y fiestas.—Moral.—Ideas sobre la vida futura.—Confesion auricular.—Ideas sobre el diluvio.—Sistema de numeracion.—Vida del nicaraguateca.—Su nacimiento.—Su matrimonio.—Causas por qué se lo disolvía.—Pátria potestad.—Sucesion.—Muerte.—Falta de noticias sobre los pueblos que se extendían de Nicaragua al Darien.—Resúmen de las que dan Torquemada y Herrera.

LA tierra de Yucatan, á que daban en un principio los indígenas el nombre de Ulumil-Cutz y más tarde el de Mayab, carece de montes y de ríos. No la cruzan, como dije, sino una série de colinas que van de Levante á Poniente y bajan á Mediodía por Campeche á confundirse con las sierras de Guatemala; ni la riegan con aguas algo caudalosas sino el Champoton y el rio Hondo que mueren el uno en el golfo de Méjico y el otro en la bahía del Espíritu Santo. Si es húmeda y fértil, se debe por una parte á sus abundantes lluvias y á los muchos pozos que abrió la mano del hombre, por otra á vastos estanques llamados cenotes que hay en cavernas profundísimas y son, al decir de muchos escritores, ríos subterráneos.

A muy otra tierra me habrán de seguir ahora mis lectores; á la tierra de Cerquin ú Honduras, que linda con las de Yucatan y Guatemala, y es de empinadas y escabrosas sierras, de escasas llanuras, de ríos de mucho cauce y abundosa corriente. La bañan entre otros el Haguaro y el Ulhua, en cuyas hermosas riberas había ya cuando la conquista grandes y nu-

merosos pueblos; la baña el Guayape. de arenas de oro. Ni eran entónces estériles las aguas de estos ríos: fertilizaban por muchas leguas los vecinos campos y daban amenidad y frescura á pintorescos valles.

Las gentes que en Honduras vivían distaban, sin embargo, de ser tan civilizadas como los quichés y los yucatecas. Iban los hombres ordinariamente desnudos; sólo los de guerra usaban maxtles y mantas, y éstas de corto precio. No vestían las mugeres sino unos pañizuelos cuadrados cuyas puntas les cubrían pecho y espalda y unas enaguas que no les bajaban de mucho al tobillo: llevaban suelto y tendido el cabello. Comían varones y hembras todo género de animales: hormigas, cigarras, ratones, lagartos, arañas, piojos. Bebían aguamiel hasta embriagarse. Vivían vida ancha; no ponían freno á su lujuria.

Eran casi en todo bárbaros. Criaban á los niños con bollos de yuca por no querer las madres amamantar á los hijos. Cazaban cercando y quemando grandes extensiones de terreno: mataban á palos las despavoridas y atolondradas reses. Para más fácilmente cogerlas abrían á veces y llenaban de agua gran número de pozos. Pescaban atajando con rama y tierra los arroyos y poniendo en la salida, siempre estrecha, zarzos de caña. Vivían en contínua guerra; sólo con los que hablaban el mismo idioma concertaban treguas para ciertas estaciones. Enviaban mensajeros al enemigo: si no accedía desde luego á lo que pretendían, le entraban la tierra y se la talaban. Además del arco y la flecha tenían espadas de madera durísima. Peleaban á menudo cubiertos de pieles de leon y de tigre. Cortaban la nariz á los prisioneros, y los reducían á la condicion de esclavos. Si habían opuesto gran resistencia, los despeñaban. De los esclavos se servían para el trabajo; no consideraban digno de sí otro ejercicio que el de la guerra.

Así estaban poco adelantados en las artes. Removían la tierra con altas pértigas abajo y arriba armadas de un gárfio: en el gárfio de arriba apoyaban el brazo y en el otro la planta. Aunque disponían de abundantes minas, para nada se servían de la plata ni el oro. No se sabe que fabricaran sino mantas de cuatro hilos que daban por cacao á los yucatecas. Hacían tambien á lo que parece el comercio de plumas. La edificacion apenas si la conocían. Estaban reducidos sus templos á unas casillas largas y angostas, algun tanto levantadas del suelo; allí estaban sus dioses, de espantable rostro.

Idólatras lo eran los habitantes de Honduras como ningun pueblo. Adoraban el sol, la luna, las estrellas, rendían culto á innumerables ídolos. Ayunaban, hacían frecuentes sacrificios, celebraban grandes fiestas. Celebrábanlas vestidos de pieles de fieras y ceñidas las sienes de brillantes penachos; danzaban y á la vez referían cantando sus victorias y sus desventuras. En una fiesta que hacían de noche, confundidos los dos sexos, se entregaban á vergonzosos desórdenes. Tenían en mucho á sus sacerdotes, ancianos que llevaban al viento sus carnes y el cabello trenzado al rededor de la cabeza. Consultábanlos por medio de sus señores no sólo en materias de religion, sinó tambien en cuestiones de guerra y justicia.

Gobernábanse en lo político, monárquicamente: republicanamente, tal vez en algunas localidades. Lo general era que hasta en los pueblos obedeciesen á señores que, si bien en los negocios nacionales dependían del Rey, gozaban en lo demas de completa autonomía: de tal autonomía, que segun se ha visto, se hacían unos á otros la guerra. Estaba ordinariamente asistido cada uno de estos señores por cuatro tenientes que le proveían la casa, le ayudaban en la administracion de justicia, y, sólos ó acompañados de los sacerdotes, le aconsejaban en todos los negocios de importancia. Cómo se repartiesen y recaudasen los tributos, lo ignoro; ignoro tambien cómo estuviesen organizados los poderes centrales.

¿Habría más de un reino? La verdad es que existía en Honduras diversidad de lenguas y de gentes. Prevalecían á lo que parece los chontales; pero atendida su escasa cultura, no es de suponer que hubiesen pensado siquiera en formar de tan distintas razas un cuerpo de nacion y un solo organismo. Se convencerá el lector de lo que digo al verlos en Nicaragua. Sobre que no era la unidad lo que á la sazon privaba en América. Un solo reino no lo hemos encontrado hasta aquí en ninguna parte; ni en Yucatan, ni en Quiché, ni en Méjico. Hemos visto cuando más confederaciones de varias monarquías. Me refiero á la época del descubrimiento.

Una como leyenda referían los habitantes de Honduras á los primeros españoles de la conquista, que puede arrojar alguna luz sobre este punto. Contaban que sobre dos siglos atrás había parecido en la tierra una señora de ignorado orígen, blanca de color y muy entendida en las artes mágicas, á quien habían puesto por nombre Comizahual, tigre que vuela; que había fijado esta dama su asiento en Cealcoquin, lugar fertilísimo, donde había aún tres caras de leon y una piedra de tres puntas con rostros disformes, objeto general de culto; que desde allí había dilatado considerablemente su imperio dando y ganando numerosas y sangrientas batallas; que, ya en años y sintiendo cercana su muerte, había llamado á sus hijos ó á sus hermanos, porque se dice que estaba vírgen, y despues de haberles distribuido cuanto dejaba, les había dado los mejores consejos sobre la manera de regir á los súbditos; que había mandado luego sacar al aire su cama, y cama y ella habían desaparecido entre relámpagos y truenos, sin que se viera más que un pájaro de lindo plumaje, metamórfosis probablemente de tan singular y poderosa reina. Los tres hermanos ó los tres hijos, añadían, se repartieron despues la tierra, y la gobernaron con policía y buenas costumbres. La leyenda debía de tener algo de histórica, puesto que se refería á sucesos por decirlo así recientes: hasta ella nos dice que si alguna vez hubo unidad, no se tardó en romperla.

En Comizahual se personificó indudablemente alguna revolucion política. La dificultad está en descubrir cuáles fueran su orígen, su carácter y sus efectos. No puedo ni conjeturarlos cuando veo que doscientos años despues seguía Hon-

duras en verdadero estado de barbarie. Nada significa que allí hubiese un sistema cronológico igual en el fondo al de los aztecas y sólo distinto en que se contaba los días por las noches y empezaba el año por nuestro mes de Noviembre. Este sistema ni lo atribuían los indígenas á la maga de Cealcoquin ni es posible derivarlo, como diré más tarde, sino de un pueblo antiguo que, empujado por otras gentes, se viese en la necesidad de derramarse del valle del Anahuac al Istmo. En la época de la conquista, tal vez no quedasen ya de Comizahual sino algunas creencias. Sobre sus muchos ídolos tenían los habitantes de Honduras, segun Torquemada, á quien copia Herrera, dos dioses á los que llamaban El gran Padre y la gran Madre. Si no veían en éstos el sol y la luna, es muy fácil que los hubiesen tomado de la nueva raza civilizadora.

No se observa en lo demás adelanto de ningun género. Antes como despues de Comizahual se vertía en los templos la sangre del hombre; ántes como despues abundaban las supersticiones. Se creía no sólo en adivinos y en agoreros, sino tambien en magos que podían tomar á su antojo la forma del colibrí ó la del tigre. Se daba significacion á los sueños; se buscaba por ángel custodio un lagarto, una culebra, un leon, un pájaro, y se identificaba la vida y la fortuna de los dos séres. Deseaba uno, por ejemplo, tener nahual ó guardador, y se retiraba á lo más escondido de un valle, de un cerro ó de un bosque. Invocados allí sus dioses, les manifestaba el afan que sentía: quiero, exclamaba, unir mi suerte, como la unieron mis antepasados, con un sér que me ame y proteja. Sacrificaba ya un perro, ya un gallo, exhalaba dulces quejas, suspiraba, lloraba, hablaba con las piedras y los árboles, y no sosegaba miéntras no le rendían el cansancio y el sueño. En sueños se figuraba ver al animal que había de ser su compañero, en sueños hablarle, en sueños oirle la ocasion en que había de encontrarlo y reconocerlo. Irás de caza tal día, creía oirle, y el primero de mi raza con quien dés, ese seré yo y ese será tu nahual de por vida. Al verlo se encariñaba tanto con él, que enfermaba cuando él enfermaba, concluía sus horas cuando él las suyas. Fueron testigos los españoles de tan raras amistades: ¡que tanto puedan la imaginacion y la supersticion en el hombre!

Era curiosa la vida de aquellos habitantes desde la cuna al sepulcro. Nacían en el campo todos, porque al campo salían sus madres luego que sentían los dolores de parto. Del claustro materno pasaban de repente á las aguas del más próximo río. No mamaban, segun ántes indiqué, y así se criaban desmedrados y flacos. Antes de cumplir el año iban ya en brazos de sus padres al templo. Allí estaban toda una noche velados por sus parientes. De los sueños del que se dormía sacaban el horóscopo. Instruccion no recibían que sepamos ninguna como no fuese la de las armas: si primogénitos, entraban, luego de huérfanos, en el patrimonio de sus mayores. Tambien en el señorío, si habían sido señores sus padres. No partían nunca los bienes con sus hermanos.

No conocían el bautismo, pero sí el matrimonio. Tenían, ademas de sus man-

cebas, una muger legítima, y con ésta casaban solemnemente. Practicaban ceremonias parecidas á las de Méjico. Iba un anciano con presentes á pedir la novia; y si la obtenía, despues de un gran banquete la recibía envuelta en una manta de brillantes colores. Llevábala uno en hombros, y delante y detras acompañábanla amigos y deudos bailando y cantando. A cada arroyo y en cada lugar por donde pasaban se detenían y hacían gran fiesta. Sólo la novia iba en silencio y sin mostrar el rostro. No lo mostraba hasta llegar á la casa del novio, dónde la tomaban las mujeres, la descubrían, la bañaban en agua de flores y la encerraban. Encerrada había de estar ínterin durasen las diversiones y los convites; pasaba á los tres días á poder del novio. Perfeccionábase el matrimonio con dormir juntos los cónyuges tres noches en la casa paterna del uno, otras tantas en la casa de la otra, donde se reproducían la bulla y los banquetes. Eran éstas las bodas de la gente principal y noble; las de la plebe, aunque más humildes, no dejaban de ser en el fondo idénticas. En ninguna intervenía para nada el sacerdocio.

Constituían los casados hogar y tenían hacienda propia. La hacienda á la verdad era bien pobre. Estaba generalmente reducida á unas malas sementeras de maíz y unos cuadros de legumbres; á una azuela para rozar y unos palos para arar la tierra; al metate en que molían el grano, la artesa en que hacían el pan y las calabazas en que bebían; á unos molinillos de mano y unas cestas forradas de cuero que servían de cofres; á una cama de estera sobre cuatro estacas en que había por almohada, ya un palo, ya una piedra. Con estos bienes y este ajuar encontraron los españoles á los habitantes de aquella comarca, para que vea el lector cuál no era el atraso de Honduras.

El atraso era tal, que apénas se cuidaba á los enfermos. Poníaseles á la cabecera de la cama pan de que comiesen y agua de que bebiesen; quedaba á su discrecion y á su apetito dejarlos ó consumirlos. ¿Morían? Se los enterraba y se pegaba fuego á la casa. Se los lloraba unos días, se los olvidaba luégo, luégo como no se hubiesen hecho memorables por sus hazañas. Eran en este caso tema de canciones para los areitos. [1]

¡Que á las puertas del Quiché y de Yucatan hubiese pueblos tan bárbaros! La estrañeza es mayor cuando se baja á Mediodía y se entra de Honduras en Nicaragua. En Nicaragua se veían reflejos de la civilizacion de Méjico. Estaba en uso el mismo sistema cronológico, se daba casi los mismos nombres á los días del mes y á los meses del año, y se hablaba el idioma nahuatl por buena parte de los moradores. Había tambien libros, segun Oviedo, escritos sobre tiras de cuero de venado. En ellos se pintaba las heredades, los caminos, los cerros, los ríos, los bosques y las costas; por ellos se explicaba los ritus, las ceremonias, las le–

[1] TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, lib. III, cap. XLI. HERRERA, *Historia General de los hechos de los castellanos*, década 4.ª, caps. VII, VIII y IX.

yes, los trastornos de la naturaleza y las vicisitudes de los pueblos. Escribíaselos con tinta ya negra ya roja, y se los doblaba al modo de los aztecas.

No faltaban tampoco en Nicaragua templos ni sacrificios. Los sacrificios se los hacía, sin embargo, no en los mismos templos sino en túmulos contiguos, no más altos que una lanza. Allí se subía por unas gradas el sacerdote con sus víctimas, les cortaba la cabeza y rociaba con la sangre la cara de los ídolos. Se inmolaba ordinariamente prisioneros de guerra; y cuando no se los traía al volver de una campaña, se colocaban los capitanes al rededor de los túmulos y lloraban y exhalaban lastimeros alaridos. Pero tambien como en Méjico se empleaba para hacerse propicio al dios de las lluvias los holocaustos de niños y niñas. En honor de los dioses se vertía así mismo la sangre ajena y la propia; de la lengua, de los lábios, del miembro mismo se la derramaba. Sólo la mujer estaba exenta de tan penosos sacrificios.

Ni concluían aquí las semejanzas entre los mejicanos y los nicaraguatecas. Creían tambien los nicaraguatecas que los dioses gustaban del olor del incienso y sólo se satisfacían con la sangre y el corazon de los enemigos: creían tambien que iban al cielo las almas de los que morían en los campos de batalla. Eran mejicanos hasta los nombres de algunas de sus divinidades. Quiateot (*Quiahuitl*, aguacero, *Teotl*, dios) se llamaba al dios de la lluvia; Hecat (*Ehecatl*, aire) al dios del viento y la borrasca; Mazat (*Mazatl*, venado) al dios de los ciervos; Tost (*Tochtli*, conejo) al dios de los conejos y de las liebres; Vitzteot (*Vitzo*, cosa espinosa, punzante y *Teotl* dios) al dios del hambre. Con una palabra nahuatl se designaba por fin en aquel tiempo al más célebre de los volcanes de Nicaragua: con la de Masaya y tambien con la de Pogogatepec, corrupcion á no dudarlo del nombre de *Popocatepetl* que se había dado al volcan sito á la entrada del valle de Méjico. Masaya, Popocatepetl, Pogogatepec eran voces de tres lenguas distintas—la chorotega, la nahuatl y la niquirana ó nicaraguateca —y las tres significaban: Montaña Ardiente.

Semejanzas debía de haber tambien y no de poca importancia entre los nicaraguatecas y los yucatecas. Los nicaraguatecas se labraban tambien el cuerpo sajándoselo con cuchillos de pedernal y echándose polvos de carbon en todo el trayecto de la herida. Tenían para estas labores oficiales diestros, y las llevaban distintas segun el cacique ó señor á que pertenecían. En lo de sangrarse el miembro se parecían tambien á los yucatecas, no á los mejicanos que jamás lo hicieron. Tambien en la escritura, puesto que, al decir de Oviedo, usaban no solo de imágenes, sino tambien de caractéres, y leían en sus libros como nosotros en los nuestros.

Mas no por esto los nicaraguatecas dejaban de tener su fisonomía especial, sus especiales instituciones y costumbres. Estaban divididos cuando la conquista en cuatro principales grupos: los niquiranos, que estaban hácia el Pacífico entre el mar y los lagos, desde el golfo de Fonseca al de Nicoya; los chorotegas, que

vivían al Sur del lago de Managua y al Noroeste del de Nicaragua y contaban más de veinte pueblos sólo en las orillas de la laguna de Masaya; los chontales, que ocupaban las vertientes de la cordillera central y hemos visto ya en Honduras; los caribisis, por fin, que bajaban desde el pié de la misma cordillera á las playas del Atlántico. Los caribisis se cree que fueran los aborígenes de aquella parte de América: estaban divididos en familias ó tribus, eran nómadas y solían hacer asiento en las hoyas ó en las riberas de los ríos. Es probable que, rechazados de Occidente por los chorotegas y los niquiranos, hallasen por fin descanso al Oriente, gracias á los chontales que vinieron al parecer á interponerse entre vencedores y vencidos. Los chontales eran aquí tan bárbaros como en Honduras y en todas las sierras que ocupaban más al Norte.

La cultura estaba de los lagos al Pacífico: en los chorotegas que se dividían en nagrandanos y dirianes, y en los niquiranos de que eran ramas los orotinatecas y los cholucatecas. El parentesco de estas razas con las que poblaron el Anahuac en mi sentir es indiscutible. De los fundadores de Colhuacan se suponía descendientes á los chorotegas. Debió de estar en lo cierto Ixtlilxochitl al asegurar que los toltecas, despues de la destruccion de Tula, se derramaron por la América Central hasta Nicaragua. Quizá llegasen más léjos, y tocasen hasta las fronteras de la América del Mediodía.

Estos nicaraguatecas iban ya vestidos. Usaban los varones el maxtle, unos coseletes sin mangas de tela de algodon de varios colores y un calzado á manera de alpargatas, hecho de cuero de venado y sujeto á la garganta del pié por correas que se pasaban entre los dedos; las hembras unas gorgueras que les cubrían los pechos, enaguas, que en las pobres bajaban á la rodilla y en las principales al tobillo, y grandes sartas de cuentas que se ponían al cuello sin otros muchos adornos. No en todas partes las hembras llevaban este traje—las de Nicoya, de grande hermosura, se ceñían sólo unas bragas que les hacían el oficio de maxtle—, pero en muy pocos pueblos dejaban de vestirlo. Hombres y mujeres traían agujereadas y con pendientes las orejas, y los hombres de Nicoya agujereado ademas el bezo. En él ponían por la parte interior, quién un boton de hueso, quién uno de oro.

Son dignas de nota las diferencias sociales entre los dos sexos. No era en Nicaragua la mujer sino el hombre quien barría la casa y encendía la lumbre. La mujer tenía allí principalmente á su cargo ir á vender lo que el hombre ganase por la caza, la pesca, la agricultura ó la industria. Estaba reservado el comercio á la mujer y los demas trabajos al hombre, cosa que tambien me pareció advertir en Méjico. La mujer no gozaba, sin embargo, de gran consideracion entre estos nicaraguatecas. No se le permitía poner el pié en el templo. No podía tomar parte en ningun acto religioso. En las grandes fiestas no le era lícito ni siquiera salir de casa como no fuese para ir á recoger por la noche á sus hijos y á su marido borrachos. Figuraba sólo en algunos actos civiles. En otros, y ésto

es lo más singular, danzaban hombres vestidos de mujer y no mujeres. Considerábaselas indudablemente como séres impuros. No se les acercaba nadie cuando estaban en sus menstruos. Tampoco durante ninguna de las fiestas sagradas. Tampoco desde que se sembraba el maíz hasta que se lo recogía.

La castidad no era, con todo, grande en Nicaragua. La mujer tal vez á causa de ese mismo envilecimiento se prostituía con harta frecuencia. Había multitud de rameras que vendían sus gracias por diez almendras de cacao. Había rufianes que las acompañaban y guardaban el hogar sin estipendio y por sólo el deseo de complacerlas. Había burdeles públicos. Aún hijas de nobles padres se entregaban de solteras á gran número de mancebos con el doble objeto de satisfacer sus apetitos y granjearse una buena dote. Cuando ya la tenían ó estaban cansadas de tanto libertinaje, solicitaban de sus progenitores que les diesen tierras en que labrar sus casas y de sus amantes que se las edificaran, amueblaran y proveyeran de lo necesario. Concluída la casa, convidaban á cenar á sus adoradores, y despues de una corta arenga, en que manifestaban su honda pena por no poderse casar con todos, escogían al que más amaban y se retiraban con él á su aposento. Dicen que mujer unida de esta suerte no era jamás adúltera; pero de temer es que lo fuese siquiera una vez por año. Al año se celebraba una fiesta nocturna en que casadas y doncellas podían holgar con quien quisieran, bien por interés, bien por antojo.

No eran puras las costumbres ni en las mujeres ni en los hombres. La monogamia no existía en realidad sino para el pueblo. Eran polígamos los señores, y polígamos cuantos disponían de bienes para sobrellevar la carga de dos ó más mujeres. La sodomía era allí tanto más comun que en los demas pueblos situados de Panamá á las márgenes del Tabasco. No era, como aquí, secreta, sino pública y tolerada por los gobiernos.

Gobiernos, digo, porque, segun las noticias que he recogido, no había uno sino muchos en la parte culta de Nicaragua. Estaban regidos los pueblos unos monárquicamente por señores ó caciques; otros democráticamente por consejos de ancianos. No sé que éstos ni aquéllos estuviesen unidos ni por un cuerpo de anfictiones ni por ningun monarca. Los consejos de ancianos eran al parecer electivos; los señores, hereditarios. Aún donde mandaban señores había asambleas llamadas monexicos que deliberaban sobre todos los negocios árduos de la República. Renovábanse estos monexicos cada cuatro meses; y, apénas se constituían, nombraban por otro tanto tiempo á dos como veedores que habían de permanecer en la plaza del mercado miéntras estuviese abierta, procurar la buena fé en los cambios, resolver las cuestiones que ocurriesen y castigar á los transgresores de las ordenanzas. Para la ejecucion de cada acuerdo se elegía por sorteo á uno de sus individuos.

Tanto en las repúblicas como en los señoríos uno de los más graves asuntos era la guerra. Para prepararla y llevarla á cabo, había un capitan general que

resolvía en absoluto sobre cuanto se refería á la organizacion y la marcha de las tropas. Estaba tan alto y gozaba de tal autoridad, que llegaba á veces á inspirar temores á los caciques y los pueblos, y no siempre moría en su lecho ni en los campos de batalla. Mandaba en jefe los ejércitos cuando no iba el cacique á la guerra, y podía matar en el acto al que desobedeciera la menor de sus órdenes. Hacíalo, no obstante, rarísimas veces; al que desobedecía se le castigaba de ordinario con sus propias armas y se le arrojaba ignominiosamente del campo. Ya que el señor no hubiese tomado parte en la lucha, al volver sus soldados, salía á recibirlos: vencedores, los recibía con júbilo; vencidos, con lágrimas.

Eran estos señores sumamente orgullosos. No se dignaban jamás dirigir la palabra á plebeyos. Tenían siempre junto á sí gran número de capitanes; y por ellos oían los mensajes de propias y ajenas gentes, por ellos contestaban, y por ellos trasmitían sus mandatos. Parecían así poco ménos que dioses á los ojos de los pueblos. ¿Habían de hacer ejecutar algo fuera de la córte? Bastaba que enviasen á cualquiera de sus servidores con un aventador de pluma. Se le respetaba y se le acataba ciegamente. Daban algunos en vez de aventador un báculo que sonaba como los sonajeros de nuestros niños: agitarlo y apiñarse la multitud para oír las órdenes del cacique era obra de momentos.

Nos dejó el capitan Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias* la descripcion y el diseño del lugar en que vivía el cacique de Tecoatega, á quien visitó el mes de Enero del año 1528. No puede darse nada de mayor interés para conocer el género de vida y el grado de cultura de aquel señor y de aquel pueblo. Vivía el cacique de Tecoatega en una gran plaza cuadrilonga cercada de bellos y frondosos árboles. La ocupaba toda. Allí tenía casa donde morasen de día sus mujeres y las que las acompañaran y sirvieran, casa donde dormir de noche, pórtico donde pasar las horas del sol junto con sus capitanes, lugar donde hicieran el pan y el de su servidumbre y hasta la sepultura de sus hijos. Allí tenía tambien puestas en altísimas cañas, como señal de poder y de bravura, las cabezas de los ciervos heridos por su mano.

Estaba recostado de día en una cama á tres piés del suelo, alta la cabeza, desnudo el cuerpo, mal cubiertas las carnes por una manta de algodon blanco; sus capitanes, tendidos tambien sobre esteras que cubrían el pavimento. Si acertaba á llamar, se levantaba al punto uno de los jefes y ejecutaba por sí, como pudiera, las órdenes que recibía. ¿No podía por sí solo ejecutarlas? Pronunciaba en alta voz su propio nombre, y acudían á no tardar gentes que tenía apostadas cerca y á su vez estaban á su servicio. Velaban de noche estas y las de los demas capitanes la plaza, y guardaban el sueño del cacique.

Falta decir al lector qué fuesen esta cama, estas casas y estos pórticos. Los pórticos eran tinglados sostenidos por troncos ó ramas de árboles como los daba la naturaleza; las casas, grandes chozas terminadas en ángulo agudo, de cuyo vértice bajaba el tejado hasta casi dar con los aleros en el suelo; la casa, un ta-

blado de gruesas cañas, con esteras por colchon y banquillos de madera por almohada. La madera, el bambú, el bejuco, la paja, constituían los materiales de esos edificios; el bambú, sobre todo, que es de infinitas aplicaciones.

¡Lástima que no sean igualmente conocidos los templos idolátricos de Nicaragua! No cabe juzgar del estado de la arquitectura sólo por esos soportales y esos bohíos. Es de suponer que se los debiera principalmente á las condiciones del clima. Tierra situada entre los paralelos 10° y 14°, conmovida frecuentemente por terremotos, azotada por recios huracanes, erizada de cerros volcánicos hasta en lo interior de sus grandes lagos, podía exigir á los ojos de aquellas naciones, cierto sistema de edificacion que despues de todo revelaba inteligencia y buen gusto. De que no fuesen de piedra sus construcciones ¿cabía inferir nunca en buena lógica que estuviesen atrasados los nicaraguatecas? Los animaba por lo ménos el sentimiento de la armonía, una de las principales fuentes de la belleza, al levantar esas humildes casas y más humildes pórticos. Un templo que tuviéramos de aquella época es de presumir que nos hiciera formar sobre el adelanto de las artes de construccion aventajados juicios.

No habían hecho pocos progresos en Nicaragua algunas otras artes. Se hilaba y se tejía el algodon como en Méjico. Se cincelaba admirablemente el oro. Se sabía dar filo y dureza al cobre por la liga con otros metales. Se labraba medianamente la piedra para toda clase de herramientas y armas. Se hacía hermosísima loza, negra como el terciopelo, lustrosa como el azabache. Se conocían barnices y colores capaces de resistir al fuego. Se fabricaba todo género de cordeles, de hamacas, de esteras. Se empleaba para cuerdas y redes, no sólo el nequen, sino tambien la hebra de una planta, por nombre ospanguazte, y la de la hoja de unas palmas que crecían en las riberas del mayor de los lagos. Se empleaban peines de hueso blancos como el marfil y batidores negros de dura y gentil madera. Se cultivaba el maíz y el cacao, de que se sacaban, como en el Quiché y Yucatan, bebidas embriagadoras. Se beneficiaba, por fin, la cochinilla, y se extraía una especie de añil del jiquelite.

Se daba tanta ó más importancia al comercio que á la industria. Se celebraban férias periódicas, que iban acompañadas de juegos y recompensas. Se atendía mucho, como se ha visto, á la buena policía de los mercados. Algunos mercaderes hasta tenían factores en muchos pueblos. Si eran estrechos los caminos, estaban en cambio limpios, secos y bien conservados. No se carecía de buenos mapas. Segun Bernal Diaz del Castillo, uno enseñaron en Tabasco á Hernan Cortés, donde venían indicados, no sólo todos los senderos hasta Panamá, sino tambien la distancia de ciudad á ciudad y la época de cada féria.

Respecto á los demás pueblos de América, tampoco estaban atrasados los nicaraguatecas en ideas religiosas. Adoraban unos á cierto dios, creador de cielo y tierra, de quien habían nacido un hombre y una mujer orígen de nuestro linaje. Otros, y eran los más, hacían derivar todos los séres de Tamagastad y Cipatto-

val, varon y hembra sin padre ni madre, que moraban en el cielo. Decían de estos dos supremos dioses que eran de carne y de color de cobre, permanecían siempre mancebos y comían de lo que aquí se comía, cuando no, de la sangre y del corazon de los enemigos. Invocábanlos para la guerra á grandes voces y en ellos ponían principalmente su confianza. No los consideraban, sin embargo, como progenitores de las demas divinidades. A Quiateot, dios de la lluvia, le suponían, por ejemplo, hijo de Omeyateite y de Omeyatecigoat, que no habían sido engendrados por nadie y vivían donde nace el sol, allá al cabo del mundo.

Ademas de Tamagastad y Cipattoval adoraban los nicaraguatecas casi tantos dioses como necesidades sentían. Teníanlos para el maíz y el cacao, para la caza y la pesca, para el amor y el comercio. Mixcoa llamaban al de los mercaderes, y le sacrificaban sangre de sus propias lenguas en todos sus contratos. Mixcoa, es decir, Mixcoatl, allá en Méjico uno de los dioses de las batallas, acá dios del cambio. Metamórfosis inexplicable si no se recordara que en aquellos siglos y en aquellas naciones era no pocas veces el comercio preludio y causa de la guerra.

Para todos estos dioses había en Nicaragua templos y oratorios. En los templos, fuera de los sacerdotes, no podían entrar sino los caciques. Estaban relegados los plebeyos á los oratorios; y ni áun allí ponían el pié como estuviesen casados y no renunciasen por tiempo á sus mujeres. Oraba en cada templo un cacique por la salud de todo el pueblo. Nada ménos que un año había de estar al servicio de los dioses: no podía abandonarlo ni áun para la guerra. Tampoco en aquel año podía conocer hembra ni ver criatura humana, como no fuese á los niños que le llevaban de que comiera. Sustituido al año por otro cacique, volvía entre plácemes y aplausos á su gobierno, no sin que se le taladrase la nariz en señal de haber sido uno de los padres del templo.

Los holocaustos de hombres eran por desgracia frecuentísimos. Lo peor era que la carne de las víctimas la comían los caciques y los sacerdotes. No dejaban de probar los sacerdotes sino la de las mujeres, que, ni aún muriendo por los dioses, podían entrar en el templo. No se las inmolaba tampoco sobre la piedra de los sacrificios. Ya que tan impuras se las creía, habría sido mejor no matarlas.

Celebraban tambien los nicaraguatecas en honor de las divinidades de su Olimpo alegres y brillantes fiestas. Ceñíanse en aquellos días á la cabeza vistosísimos penachos, y se pintaban el cuerpo ó se lo cubrían con borra de algodon de varios colores, que no parecía sino que llevaran ricos y caprichosos trajes. Danzaban acompasadamente y en silencio al son de cuernos marinos y atabales; y otros en tanto cantaban la gloria de los dioses ó las hazañas de los héroes. Hechas luego las acostumbradas ofrendas y los sacrificios, se retiraban dando al viento grandes alaridos de júbilo.

Honrar á los dioses era casi toda la moral del nicaraguateca. Creía el nicara-

guateca que, muerto el hombre, si malo en vida, descendía á un lugar profundo en que reinaba Miqtanteot, el Mictlantecuhtli de los aztecas; si bueno, volaba al cielo, donde le recibían Tamagastad y Cipattoval diciéndole: ya viene mi hijo. Tenía sobre este punto ideas bastante precisas: llamaba yulio á lo que nos mantiene vivos, al aliento, al alma, y decía que era el yulio el que, abandonando el cadáver, se elevaba á las etéreas regiones, al lugar en que nace el sol, al Oriente. Interrogado por los españoles sobre quiénes fueran los buenos, contestó siempre: los que se acuerdan de sus dioses y frecuentan los oratorios ó los templos.

Confesábase tambien el nicaraguateca, y tenía por confesor á un viejo célibe, que por signo de su dignidad llevaba prendida al cuello una calabaza. No se acusaba sino de haber quebrantado las fiestas ó de haber hablado mal de los dioses porque no había llovido ó le había sobrevenido alguna desdicha. El confesor, por su parte, no le imponía más penitencia que la de llevar leña al templo ó barrerlo ó deponer en los altares más ó ménos costosas ofrendas. No era por cierto raro que tál sucediese: el culto absorbe con harta frecuencia la moral en los pueblos; gracias que no la corrompa.

Cosmogonía particular no sé que la hubiese en Nicaragua. Había, sí, ideas muy determinadas sobre el diluvio. Creíase generalmente que el mundo había perecido por agua sin salvarse hombre ni sér otro viviente. Cuando ésto aconteció, se decía, vinieron á la tierra Tamagastad y Cipattoval, y rehicieron todos los animales: hombres, reptiles, pájaros. No queda ya nada de las primitivas razas. Creíase tambien generalmente que la humanidad había incurrido en la desgracia de los dioses. Antiguamente, se decía, bajaban los dioses á los templos y hablaban con los sacerdotes. Están hace tiempo mudos. El último á quien hablaron fué al cacique Xostoval, padre de Caylomegilte.

La Cronología, como dije, era en el fondo la de Méjico. Aunque algo corrompidos, vímos que mejicanos eran los nombres de los días. Se seguía asimismo en la numeracion á los aztecas. El número 20 era la base del sistema. Lo era del de la numeracion y tambien del monetario. Servían de moneda en Nicaragua, como en otros pueblos de la América Central, las almendras de cacao. 400 almendras formaban un contle; 20 contles, un xiquipilli.

No diría más de los nicaraguatecas si para completar el cuadro no creyese oportuno recorrer las diversas fases de su vida, como hice con los habitantes de Honduras. No bien nacían, se les deformaba la cabeza deprimiéndoles el hueso coronal y abollándoles los parietales. No sé que se los bautizara, ni se los llevara al templo. Si morían niños, se los envolvía en una manta y se los enterraba á la puerta de la casa de sus padres. A la casa de sus padres se creía que habían de volver, si no habían llegado á probar el maíz al perder la vida. De no morir, ignoro qué instruccion recibiesen. Presumo que, fuera de los hijos de los caciques ó jefes de vasallos, no entraría nadie en el conocimiento de las ciencias. Seguirían probablemente los de baja cuna la profesion de sus mayores. Apren-

dían todos, el manejo de las armas. Mozos de pocos años, iban ya por las noches á la plaza del pueblo á guardar el sueño de sus señores y el de sus vecinos.

Casábanse en edad temprana. Pedían por sus padres la mano de la novia, y ya que la obtenían, celebraban banquetes y arcitos. Si se les decía que era vírgen la niña y no salía cierto, podían repudiarla. Casábalos no el sacerdote sino el cacique, y éste sin más ceremonia que tomar con su diestra los dedos meñiques ó los auriculares izquierdos de los dos nóvios y pronunciar la fórmula de «sed buenos casados, procurad no disminuya, ántes aumente, la hacienda.» La hacienda era generalmente un manchon de tierra y unos árboles frutales que les daban los padres en dote: bienes que, si por desgracia morían sin hijos los cónyuges, volvían al tronco de que salieran, como sucede aún en muchos pueblos de España.

Despues de las palabras del cacique se encontraban los desposados solos y delante de unas astillas de tea que estaban ardiendo. En cuanto se apagaba el fuego, podían retirarse á sus casas y consumar el matrimonio. ¿Se encontraba vírgen á la novia? Venían al otro día sus parientes y daban grandes alaridos en señal de victoria, comían con los novios y les hacían sendos regalos. ¿No se la encontraba vírgen? Devolvíase la novia á sus padres, y quedaba libre el novio para volver á casarse.

Cabía tambien disolver el matrimonio por causa de adulterio. Despedía el marido á la mujer adúltera con todo lo que la pertenecía, y desde luego podía contraer segundas nupcias. A su arbitrio estaba quedarse ó no con los hijos. Podía tambien la mujer casarse de nuevo viviendo el marido; pero sólo cuando no tuviese hijos y fuese el marido bígamo. Entónces hasta hacía suyos los bienes de la segunda mujer como se la supiese cómplice del delito, es decir, conocedora de que se casaba con varon casado. Perdía tambien el bígamo su hacienda y quedaba para siempre desterrado de la República. La pérdida de la hacienda no era en realidad sino una consecuencia del destierro: podía el nicaraguateca abandonar la patria, pero no llevarse sus bienes.

La potestad de los padres sobre los hijos era casi absoluta. En caso de extrema necesidad podían hasta venderlos por esclavos, siendo así que al esclavo solía sacrificársele en aras de los dioses. Verdad es que tambien podían venderse á sí mismos.

Estos contratos no debían, con todo, ser muy frecuentes. Tenía de ordinario el nicaraguateca de qué vivir y áun ahorraba algo para despues de su vida. Raro era el que no dejaba caudales más ó ménos píngües á sus herederos. Herederos, adviértase bien, no lo eran ni podían serlo más que los hijos de mujer legítima. Si no los tenía, con él se enterraban las cosas que había ganado; no pasaban ni aún á sus padres, cuánto ménos á ninguno de los parientes. No iban á los padres sino los bienes que de los padres salieran, como se ha dicho en otro párrafo.

Los entierros eran sencillos. Al súbdito muerto se le envolvía simplemente en

un sudario y se le metía debajo de la tierra. Al señor ó cacique, se le quemaba con sus trajes, armas y joyas de más precio; y recogidas las cenizas en un vaso, se le sepultaba á la puerta de su palacio. No se sabe que interviniera en la ceremonia ningun sacerdote. Cosa de admirar creyendo como creían los nicaraguatecas en la vida futura. Recordará, sin embargo, el lector que en Méjico sucedía otro tanto. [1]

Pongo aquí fin á lo de Nicaragua. De los pueblos que desde allí se extendían al golfo de Darien no puedo dar ya de mucho ni tan minuciosas ni tan exactas noticias. Sobre Nicaragua tuve no sólo las que pudo recoger por sí Gonzalo Fernandez de Oviedo, que estuvo allí á poco de la conquista; sino tambien las que transcribió de cierta informacion que abrió Fray Francisco de Bobadilla por órden de Pedrarias Dávila; informacion que tenía por objeto ver si eran ciertas las muchas conversiones al cristianismo que se habían atribuido Gil Gonzalez Dávila y Diego Lopez de Salcedo. El ilustrado fraile aprovechó la ocasion para interrogar sobre los ritus y costumbres del país á los indígenas, y nos dejó un verdadero tesoro para la historia de América. Sobre los pueblos que hoy constituyen la provincia de Panamá y la República de Costa-Rica no hay por lo contrario más que noticias vagas y de segunda mano. Las resumiré para complemento y fin de este capítulo.

Segun Torquemada, no había en todos estos pueblos sombra de idolatría. Rendían culto á un solo Dios, que moraba en el cielo, y á él dirigían sus plegarias y hacían sus sacrificios. Dábanle el nombre de Chicuhna, que significa, principio de todo. Imágenes de éste ni de otros dioses, no se las encontraron los europeos.

Herrera dice, por lo contrario, que en Panamá adoraban á un Dios que llamaban Tabira y le tenían representado en figuras de oro. No todos, añade, creían en la vida futura, pero sí los más; por esta razon enterraban con los que morían, pan, vino, mujeres, mozos, joyas, armas y penachos. Aunque momificaban, es decir, desecaban al fuego el cadáver de sus señores, lo sepultaban tambien con lo más necesario para la vida y los séres y los objetos que les habían sido de mayor agrado. En ritus y costumbres, escribe por fin Herrera, se parecían los habitantes de Panamá á los de las islas de Santo Domingo y Cuba: distinguíanse principalmente como pintores y entalladores.

Otro dato encuentro en Torquemada que no es para echado en olvido. Del Darien á Nicaragua, dice, no se conocía más gobierno que el monárquico. A falta de hermanos sucedían los sobrinos, pero los que lo eran por línea, no de varon sino de hembra. Esta costumbre, que hallaremos en muchos pueblos bárbaros,

(1) Gonzalo Fernandez de Oviedo. *Historia General y natural de las Indias*, lib. XLII. *Transactions of the American Etnological Society*, vol. XXVI. Levy. *Notas geográficas y económicas sobre la República de Nicaragua*, cap. I.

descansaba en la idea de que estos sobrinos eran más ciertos. Puede ser efectivamente dudosa la procedencia de los hijos del hermano, no el orígen de los de la hermana. Se reconocía al sucesor, segun Herrera, besándole el pié, no la mano, como en Europa. [1]

Algo más podría decir, pero aún de lo escrito dudo. Permítaseme que aquí concluya.

[1] TORQUEMADA, *Monarquía Indiana*, lib. VI, cap. XXXIII; lib. XI, cap. XXI.—HERRERA, *Historia general de los hechos de los castellanos*, década II, cap. X.

CAPÍTULO XIX

La América Meridional.—Regiones civilizadas que en ella había. Cundinamarca, Quito, Tahuantinsuyu.—Pueblos salvajes que había hasta las orillas del Sogamoso.—Los Muiscas.—Tríbus bárbaras de que estaban rodeados.—Reinos en que estaban divididos.—Leyes de sucesion de los de Bogotá y Tunja.—Leyes de sucesion de los feudos.—Pontificado de Sogamoso.—Carácter electivo de este pontificado.—Tradicion sobre su orígen y el del reino de Tunja.—Bochica y Chia.—Sentido de esta tradicion.—El reino de Tunja fué durante siglos el único que había en Cundinamarca.—Orígen del reino de Bogotá.—Saguanmachica.—Sus guerras y sus conquistas.—Michua, rey de Tunja.—Muerte de los dos reyes en Choconta.—Nemequene, sucesor de Saguanmachica; Quimuinchatecha, sucesor de Michua.—Victorias y conquistas de Nemequene.—Muerte del hermano de este monarca.—Guerra entre Bogotá y Tunja.—Batalla del arroyo de las Vueltas y muerte de Nemequene.—Sucede á Nemequene su sobrino Thysquesuzha.—Nueva guerra entre Tunja y Bogotá.—Tregua que se estipuló á instancia del pontífice de Sogamoso.—Supremacía de Bogotá.—Leyes penales.—Leyes civiles.—Matrimonio.—Intervencion del sacerdocio en los casamientos, los entierros y los actos de la vida pública.—Guerras.—Procesiones.—Organizacion y carácter de los sacerdotes.—Sacrificios.—Ofrendas.—Abstinencias de los profanos que deseaban impetrar el favor de los dioses.—Creencias de los muiscas.—Medios de transmision del pensamiento.—Ciencias.—Sistema de numeracion.—Calendario.—Sacrificio que se hacía al principio de cada indiccion.—Crítica del calendario.—Estado de las artes.—Estado de la agricultura.—Traje de los muiscas.—Conclusion.

PONGO ya el pié en la América Meridional, donde vivían innumerables gentes, casi todas bárbaras. Aquí, más aún que en la América Septentrional, estaba reducida la civilizacion á los pueblos de Occidente. No eran cultos sinó los establecidos á la banda del Pacífico, ya en las vertientes, ya en las mesetas de los Andes. Hallábanse á la sazon distribuídos todos en dos grandes regiones políticas: Cundinamarca y Tahuantinsuyu; Cundinamarca, hoy Colombia, que se extendía hasta el segundo grado al Norte de la línea; Tahuantinsuyu, hoy el Ecuador, el Perú y algo de Chile, que bajaba á los treinta y siete grados al Sur hasta los confines de Arauco. Cuarenta años ántes de la conquista parte de Tahuantinsuyu era autónoma y constituía otra region de no poca importancia, la de Quito. Aunque incorporada desde el año 1487 al vasto imperio de los Incas, la examinaré separadamente como hice con los totonacas y los zapotecas.

Los pueblos civilizados de Cundinamarca no se crea que empezasen en las playas del mar de los Caribes. Del mar de los Caribes á las riberas del Sogamoso

[1] Fuentes de este capítulo: *Historia General de las conquistas del nuevo reino de Granada* por el doctor don LUCAS FERNANDEZ PIEDRAHITA, libros I y II; HERRERA, *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, década 6.ª, libro I, capítulo II; libro III, capítulos XIII y XIV; libro X, capítulos V y VI.—HUMBOLDT, *Sitios de las cordilleras*, parte IV, Monumentos de los indios muiscas.

habia por lo contrario multitud de tribus salvajes: los guajiros, que vivían en Santa Marta y no doblaron en más de un siglo la cabeza á la servidumbre: los chimilas, sus vecinos, si no tan valerosos, más temibles por lo astutos y lo pérfidos; los urabaes, que tenían en el golfo de Darien sus ranchos: los chocoes, que se extendían hácia el Pacífico, eran tambien cautelosos y usaban dardos de una braza; los laches, adoradores de las piedras y de su misma sombra, que divididos en bandos se batían encarnizadamente unos con otros sin más armas que sus puños. Con esos laches confinaba al Norte la nacion culta á que me propongo consagrar algunas páginas. Habitaban allí desde las fuentes del Sogamoso á las orillas del Fusagasugá los muiscas ó los moxcas, que llevaban cubiertas sus carnes como ninguno de los pueblos que hasta ahora vimos, medían por un sistema especial el tiempo y se hicieron notables por sus instituciones y su culto.

De Levante á Poniente ocupaban los muiscas la tierra comprendida entre la rama oriental de los Andes y el Magdalena: no solo al Septentrion, sino tambien á los demas vientos, estaban circuidos de bárbaros. Al Este, en los páramos y en las faldas de los mismos cerros que les servían de linde, tenían á los tammez, que no rendían homenaje á ningun ídolo y se regían por las sólas inspiraciones de la naturaleza; al Sur á los sutagaos, los panches, los pijaos, los coyaimas y los natagaimas; al Oeste los pantagoros, que poblaban la otra márgen del Magdalena con los guaquíes y los gualíes. No hablaré de los que había en los espaciosos llanos al Oriente de los Andes: acampaban allí, ademas de los achaguas y de los omeguas, tribus nómadas que vivían solo del asalto y la rapiña. Los moxcas ó muiscas se veían con frecuencia obligados á medir sus armas con muchos de esos bárbaros, especialmente con los panches, que iban desnudos, comían carne humana, no casaban con mujer de su pueblo, mataban miéntras no tuviesen hijo varon á cuantas hembras les nacían, envenenaban sus flechas, blandían largas picas y se crecían en los azares de la guerra.

¿No es verdaderamente de estrañar que floreciese la civilizacion en medio de tantos pueblos salvajes? Tenían los muiscas su principal asiento en la meseta de Bogotá, que fertilizan las aguas del río del mismo nombre, llamado entónces Funzha. Gobernábanse en lo temporal por dos caciques ó reyes, que residían el uno en Bogotá, el otro en Tunja, y en lo espiritual, por un gran sacerdote, que moraba en Sogamoso. No habían confundido la autoridad religiosa con la civil, como las antiguas y áun algunas modernas sociedades de Europa.

Eran independientes uno de otro los reyes de Bogotá y Tunja; y léjos de estar confederados, llevaban al entrar los españoles muchos años de guerra. Enorgullecidos por recientes conquistas, habían resuelto los de Bogotá someter á los de Tunja, pero no podían conseguirlo aunque disponían de mayores fuerzas. Tenían los de Tunja en su favor lo áspero de sus tierras, la antigüedad de su orígen y el favor del pontífice de Sogamoso. Los reyes de Tunja habían sido indudablemente señores de toda Cundinamarca. Los pontífices de Sogamoso temían

la ambicion de príncipes que, como los Bogotaes, amenazaban invadirlo todo y ante ninguna consideracion detenían la impetuosa marcha de sus ejércitos.

Continuaban en pié los dos reinos, y ámbos, á lo que parece, se regían por las mismas leyes de sucesion y estaban feudalmente organizados. Heredaban á los reyes, no sus hijos, sino los hijos de sus hermanas; los hermanos sólo á falta de sobrinos.

Entraba de muy niño el príncipe heredero de Bogotá en el templo, y vivía en tanto que no llegaba á mozo la más severa vida. No podía ver el Sol ni comer sal, ni entregarse á placer alguno ni sustraerse á la obediencia ni á la mirada de los sacerdotes. La menor falta que cometiese le hacía indigno de la corona. Obligábasele á jurar bajo las más terribles maldiciones, cuando iba á salir del Templo, que no había cometido accion baja ni torpe, y si no lo juraba, se le tenía hasta por vil é infame. De estar sin mancha, se le confería de pronto el cacicazgo de Chia para que se fuera acostumbrando á la práctica de los negocios. De allí pasaba al trono cuando el Rey moría. Se le sentaba en una silla recamada de oro y esmeraldas, se le ceñía uno como bonete, se le vestían hermosas mantas, y, luégo que juraba gobernar en paz y justicia á los pueblos, se le rendía pleito homenaje.

Se transmitían tambien por herencia los feudos; mas se necesitaba para adquirirlos del beneplácito de la corona. En cuanto fallecía uno de los caciques, se trasladaba el sucesor á la capital con ricos dones, y pedía humildemente la investidura. Si la obtenía, entraba desde luégo en posesion del señorío con gran júbilo de sus vasallos, que salían al campo á recibirle. ¿Por falta de sucesion quedaba vacante algun feudo? Tocaba al soberano proveerlo en quién mejor le pareciese. Escogía de ordinario el Rey á dos de sus principales nobles y les ponía á prueba la continencia. Al que más impasible había permanecido ante los hechizos de una mujer desnuda, á ese entregaba el cacicazgo. Se había comprendido cuán peligrosa es la incontinencia para la justicia.

No era electivo sinó el pontificado y señorío de Sogamoso. Lo era por los caciques de Busbanzá, Gameza, Toca y Pezca, y en caso de empate por el de Tundama. Se buscaba alternadamente al sucesor entre los naturales de Tobazá y los de Firabitoba; y porque en una vacante que pertenecía á los de Tobazá se empeñó uno de Firabitoba en serlo, hubo una guerra que no terminó sino con la vida del pretendiente. A tal punto llegó á ser ley lo que empezó por costumbre.

Lo difícil es averiguar el orígen de estos tres poderes. Referiré por de pronto la tradicion que sobre el del pontificado de Sogamoso y el del reino de Tunja recogieron los españoles de boca de los mismos muiscas. «Allá en apartados si»glos, se decía, cuando no alumbraba aún la luna la tierra, vino á estas re»giones un estranjero que unos llaman Bochica, otros Zuhé y otros Nemquethe»ba. Llevaba prendido el cabello, la barba hasta la cintura, los piés descalzos,

»en el cuerpo un manto que por las puntas anudaba en el hombro. Predicaba »la virtud y condenaba el vicio, enseñaba la agricultura y las artes, predecía »los buenos y los malos tiempos y era el oráculo de la comarca.

»Vino por aquel mismo tiempo una mujer de extremada hermosura que unos »llaman Huythaca, otros Chia y otros Yubecayguaya. Predicaba doctrinas opues»tas á las de Bochica, halagaba los instintos sensuales y llevaba tras sí las gen»tes. Era mágica y de perversas intenciones. Hizo un dia crecer el río Funzha »hasta hacerlo salir de madre, é inundó la llanura de Bogotá, obligando á los ha»bitantes á recogerse en las cumbres de los vecinos montes.

»Afortunadamente Bochica, no ménos poderoso, acudió á remediar el daño. »Fué á Bogotá, dió con su báculo en una de las montañas al Mediodía, abrió paso »á las aguas dando nacimimiento al salto de Tequendama y dejó seco el valle. »No pudo ya por más tiempo sufrir las maldades de Huythaca. La transformó en »Luna y la envió al cielo á que fuera mujer del Sol y nos alumbrara de noche.

»Sólo ya Bochica, arraigó en los muiscas sus ideas religiosas: la existencia de »un sér Supremo, la inmortalidad del alma, el juicio final y la resurreccion de »la carne. Se retiró, concluida su predicacion, á Yraca, hoy Sogamoso, y allí »vivió nada ménos que dos mil años. Fundó á su muerte el pontificado insti»tuyendo al señor de la tierra heredero de su santidad y su poderío y fijando la »manera de elegir á los sucesores.

»Andando el tiempo un sucesor de Bochica deseó poner fin á las contínuas »guerras que se hacían los caciques. Los convocó á todos, les mostró las venta»jas de la paz, y los indujo á crear un rey á quien todos obedeciesen. Recayó la »elecion en Hunzahua, á quien dieron desde luego el título de Zaque; y de aquí »el orígen del reino de Tunja que abrazó toda Cundinamarca.»

La tradicion es, como todas, mezcla de historia y de fábula, pero significativa y profunda. Se ve en Bochica algo más que un mero iniciador de la cultura muisca, algo más que el Quetzalcoatl de los toltecas. Son á no dudarlo él y Huythaca personificaciones del principio del bien y del mal, imágenes de la virtud y el vicio. Son, ademas, símbolos cosmogónicos. Ella es la Luna, la húmeda noche, la que cubre la meseta de Bogotá con las aguas del Funzha; él Zuhé, es decir el Sol, el astro que seca, el calor que vuelve á fecundar la inundada tierra. Es él quien vence; y con él nace de pronto la unidad religiosa, de él deriva más tarde la política.

Cómo llegara á romperse esta unidad no es fácil determinarlo. Se ignora por completo el nombre de los primeros sucesores de Hunzahúa, de quien se dice que vivió doscientos cincuenta años. Se habla de un Thomagata ó Fomagata, pero se le considera muy posterior á Hunzahúa. No se refieren acerca de él por otra parte sino sueños; que era poco ménos santo que Bochica; que en una noche iba diez veces á Sogamoso y otras tantas volvía á Tunja; que no conoció mujer y un día en que se propuso casarse quedó impotente; que tenía cola de leon, cuatro

orejas y no más de un ojo; que podía convertir á quién quisiera en tigre, en culebra, en lagarto; que transmitió esta facultad á sus herederos. Se hace luégo mencion de un Tuzuhua, hermano y sucesor de Thomagata, y se calla sobre los demas reyes de Tunja anteriores á Michua.

Que toda Cundinamarca hubo de estar por muchos siglos bajo un sólo poder nos lo dicen hechos inconcusos. Se profesaba en todo el país la misma religion y se hablaba la lengua chibcha. No es de presumir que se hubiese alcanzado esta unidad distribuidos los pueblos entre diversos reyes. Hubo de tardar en formarse el reino de Bogotá: así nos lo permite creer la escasa antigüedad á que se remontaba su historia en las tradiciones de los muiscas. Saguanmachica, el primer rey de que se hacía memoria, se calcula que pudo subir al trono allá por los años de 1470, poco más de medio siglo ántes de la entrada de los españoles. Irían creciendo en poder los caciques de Bogotá con menoscabo de la independencia de las vecinas tribus, y se harían poco á poco independientes de los monarcas de Tunja.

Lo fué ya del todo Saguanmachica. De ánimo valeroso, llevó este príncipe sus armas al otro lado de los montes que cercan á Bogotá por la parte de Mediodía, y en Pazca venció al cacique de Fusagasugá, que no pudo obtener clemencia sin doblarle la rodilla y rendirle vasallaje. Tuvo luégo contra sí al de Guatavita á quién llenó de alarma esta victoria; pero le derrotó en dos encuentros, y le persiguió con tal ímpetu, que le obligó á pedir auxilio al rey de Tunja. No cejó ante las órdenes ni las amenazas de este antiguo soberano de Cundinamarca. Llamado á comparecer en Tunja para dar cuenta de sus actos, hizo escarnio del mensajero y de Michua. Sabedor de que Michua bajaba con cuarenta mil hombres á castigarle, se puso con más en sus fronteras del Norte y le detuvo. Le detuvo principalmente con haber logrado la alianza de feudatarios de Tunja. ¿Se volverán otros contra mí? hubo Michua de preguntarse.

Enorgullecido Saguanmachica, se entró por las tierras del señor de Ubaque, y le forzó á retirarse en un peñon que tenía para la seguridad de su persona y sus tesoros; mas se vió pronto entre dos guerras y en grave riesgo de perder el fruto de sus conquistas. Al Norte el cacique de Guatavita, deseoso de vengar sus derrotas, renovó con ayuda del de Ubaque la pasada lucha; y al Mediodía los panches, llevados de su carácter inquieto y enemigos de largos ócios, empuñaron por centésima vez contra los bogotaes sus arcos y sus temidas lanzas. Diez y seis años se asegura que duró la contienda; pero al fin Saguanmachica triunfó de sus enemigos, y juntando sus fuerzas logró, como desde un principio quería, marchar sobre Tunja. No pudo ya Michua rehusar el trance de una batalla por más que viera de nuevo en el campo de su enemigo parte de sus vasallos; bajó con sesenta mil hombres al encuentro de Saguanmachica, que llevaba cuarenta mil, y en Chocontá midió con él sus fuerzas. Encarnizada fué la pelea, tanto, que murieron entrambos reyes.

Sucedió á Michua Quimuinchatecha y á Saguanmachica Nemequene. No por esto cesaron las discordias. Había quedado al fin la victoria por los bogotaes, y Nemequene ardía en deseos de proseguir y coronar la obra de su tío. Muchas eran las dificultades: las tropas escasas, los panches amenazando, los fusagasugaes en armas, los caciques del Norte convencidos de que si abandonaban al rey de Tunja caerían en mayor servidumbre. Empezó Nemequene por enviar contra Fusagasugá un ejército de cuarenta mil hombres, que puso á las órdenes de su heredero y sobrino Thysquesuzha. Él en tanto levantó nuevas tropas, y para adiestrarlas y aguerrirlas las llevó contra los panches despues de bien guarnecidas las demas fronteras. No tardó Thysquesuzha en reducir á los fusagasugaes, á quienes castigó cruelmente inmolando á no pocos en los altares de sus ídolos. Tampoco Nemequene en ver dentro del valle de Bogotá á los caciques de Zippaquirá y Nemza que estaban al Nordeste y habían resuelto atacarle deseosos de prevenir nuevos peligros.

No vaciló Nemequene un sólo momento. Retiró de la guerra de los panches sus mejores huestes, allegó hasta diez y seis mil hombres, y corrió á todo correr contra los enemigos, á quienes halló entre Chia y Caxicá y dió al punto la batalla. No á las flechas sinó á las macanas confió á poco la suerte del combate, y peleó con tal decision y tal arrojo, que los desbarató, les siguió el alcance y los redujo. No se contentó ya con hacer de Nemza y Zippaquirá dos feudos, las incorporó á sus estados y les dió capitanes que las gobernaran.

Volvió luégo los ojos al señorío de Guatavita, que se extendía al Norte hasta Turmequé y confinaba al Occidente con el territorio de los teguas. Quería someterlos por no ir otra vez sobre Tunja con enemigos á la espalda. La ganó en una noche; pero más por la traicion y la astucia que por la fuerza. Tenía el cacique de Guatavita esparcidos por toda Cundinamarca gran número de sus vasallos, que como diestros artífices eran codiciados en todas partes con el objeto de que labraran de oro y plata las imágenes de los dioses. Temeroso de que no se los maltrataran sus enemigos si por acaso les declarase ó le declarasen la guerra, ordenó que no saliese ninguno para otros Estados, como éstos no le dieran en rehenes dos hombres. Fué Nemequene pidiéndole plateros y enviándole en cambio bogotaes valerosos que en un momento dado pudieran secundar sus intentos; y ya que tuvo allí los súbditos que creyó suficientes, empezó á mover sus ejércitos. Los pasó de noche por Guasca á cuyo cacique sobornó con dádivas y promesas, marchó calladamente sobre Guatavita, y ya que la tuvo cerca, dió la señal convenida para que se alzaran los bogotaes de dentro de la plaza. El señor de Guatavita se halló cuando ménos pensaba con una rebelion y un asalto: perdió la vida ántes que pudiera poner en pié sus tropas y dejó la ciudad y la tierra toda á merced de Nemequene.

Guarneciólas Nemequene, púsolas al mando de su hermano y caminó la vuelta de Ubaque, señorío al Noreste de su reino. Hubo allí de luchar seis ó sie-

te meses, y no siempre con fortuna. Estuvo en muchos combates indecisa la victoria. Pero fué al fin vencido Ubaque, porque iba de cada día menguando en fuerzas al paso que Bogotá reparaba con facilidad las que perdía. Entró el cacique en negociacion con los vencedores, y todavía logró salvar su puesto, bien que en calidad de vasallo y con presidios del Rey en sus pueblos y fronteras. Nemequene para honrarle consintió en recibirle dos hijas, una para esposa de su hermano, otra para mujer propia, y bajó á su córte á descansar de sus fatigas.

Dirigió Nemequene al otro año sus armas contra los señores de Ebaté, Susa y Simijaca, que tenían sus tierras al Mediodía y al Occidente del lago de Fuquene entre las montañas de los muzos y las márgenes del Suárez. No podía penetrar en aquella comarca sino por un desfiladero, el boqueron de Thauza; y allí se vió detenido días y días por las fuerzas aliadas de los tres caciques. ¿Como no sorprenderle tan obstinada resistencia? Amenazó con hacer la guerra á sangre y fuego, é infundió tal terror en sus enemigos, que los desalojó al primer embate corriéndolos sin casi verter sangre hasta Simijaca. Habría podido ya marchar desembarazadamente sobre Tunja, pero llevaba poco ejército para tan grande empresa. Incorporó á Guatavita lo conquistado y bajó de nuevo á su córte.

Perdió á poco su hermano la vida por avariento. Sabedor de que en el peñon de que ántes hablé, peñon que estaba en la mitad de un lago, tenía el señor de Ubaque inmensos tesoros, por el afan de cogerlos cayó una noche de improviso sobre la fortaleza y la tomó por asalto. Colérico el de Ubaque, acudió al capitan de las tropas bogotaes en demanda de socorro, y, como no lo alcanzase, voló con los suyos contra los agresores. En tal apretura los puso, que el hermano de Nemequene, viéndose ya sin medios de resistirle, arrojó al lago los tesoros y probó á todo riesgo de abrirse paso. Lo intentó en vano el codicioso príncipe con haber llevado su valor al heroismo: murió con cuántos le acompañaban.

A pesar de haberse circunscrito á rechazar agresion tan injustificada, temía no sin razon el de Ubaque las iras de Nemequene. Era á la verdad de temer que Nemequene, dejándose llevar, más que de su razon, de sus pasiones, no quisiera vengar la muerte de su hermano y castigar al matador para escarmiento de todos sus vasallos. Mas Nemequene, con ser rey bárbaro, llamó tranquilamente al cacique para que se defendiera, y, oido, le absolvió y áun le honró sin querer admitir sinó una manta de algodon entre los muchos y grandes regalos que le había traido. «No quiero, le dijo, que se pueda entender que por tus presentes se ha torcido en mis manos la vara de la justicia.»

Era Nemequene, á no dudarlo, de grandes sentimientos. Aquí, con todo, es muy posible que obrase principalmente por la razon de Estado. No le convenía descontentar á ningun cacique cuando de todos necesitaba para llevar la guerra á Tunja. No tardó ya en convocarlos para decirles su intento. Los arengó, les hizo sentir la necesidad de hacer de Cundinamarca un sólo reino, y les dió treinta días de plazo para que volvieran á Bogotá cada cual con los más soldados y per-

trechos que pudiese. Hasta sesenta mil hombres tuvo acampados en los alrededores de Bogotá dentro del convenido término. Los revistó llevado en andas de oro y esmeraldas y seguido de sus ministros y sus nobles, y, despues de inmoladas á los dioses gran número de víctimas, oidos los favorables agüeros de sus sacerdotes, se puso en marcha con todo el ejército.

Convocó tambien el zaque de Tunja á sus caciques y les encareció el interés de la comun defensa. Por cierto que en ninguno halló la decision que en el pontífice de Sogamoso, alarmado, como ántes indiqué, por la insaciable ambicion de Nemequene. El pontífice de Sogamoso, que se llamaba Nompanim, le asistió con doce mil hombres y con su misma persona, que no creía necesario menor sacrificio para librarse de la servidumbre que en su sentir le amenazaba. Cincuenta mil hombres había reunido por su parte en Tunja Quimuinchatecha, así que su total ejército pasaba de sesenta mil soldados.

Mandaba la vanguardia del ejército de Bogotá Saquezazippa; y en cuanto llegó á las fronteras de Tunja desplegó tal rigor, que, amedrentadas las gentes, huían de las ciudades sin oponerle resistencia. Pronto, sin embargo, hubo de parar su marcha sabiendo de Nompanim y Quimuinchatecha que habían salido de Tunja y bajaban á su encuentro. Retrocedió hasta incorporarse con el grueso de las tropas de Nemequene, que halló en el que ahora llaman arroyo de las Vueltas, y allí esperó á pié firme al enemigo. No tardaron en verse las avanzadas de los dos campos, pero tardaron algo más en decidirse al combate.

Nemequene envió embajadores á Quimuinchatecha invitándole á que sin exponerse al trance de una batalla le rindiera vasallaje y prometiéndole, si tal hiciese, colmarle de honores y concederle el primer voto en sus consejos; y Quimuinchatecha al otro día le contestó arrogante que no serían jamás vasallos de nadie los reyes de Tunja y, si tanto se deseaba ahorrar la sangre de los muiscas, no había más que fiar á un desafío la suerte de los dos reinos. Herido Nemequene en su orgullo, quiso aceptar el reto; mas se lo impidieron sus uzaques, es decir sus nobles, y hubo de darse comienzo á la batalla.

Hicieron primeramente su oficio los arcos y las hondas; despues las macanas y las picas. Iba Nemequene en sus andas aquí alentando á los que cedían y allí empujando á los que avanzaban, no sin deseos de encontrarse con el de Tunja, que en no ménos ricas andas iba dando bríos á sus soldados. Estaban ya para vencer los bogotaes cuando ¡oh caprichosa suerte! cayó Nemequene mortalmente herido. Cambió al punto la faz de las cosas. En vano el moribundo rey, vueltos los ojos á sus tropas, les encargó que hiciesen en su venganza lo que como buenos y leales vasallos debían, y les dijo que no desmayaran, pues tenían segura la victoria. Desmayaron y nada hicieron por vengarle, sobre todo despues que el afortunado Quimuinchatecha, noticioso de lo ocurrido, logró rehacer sus ya desordenadas fuerzas y cayó con ímpetu sobre sus contrarios. Retiráronse los bogotaes llevándose el cuerpo de su rey, que no había exhalado aún

el postrer suspiro; y lo habrían pasado desastrosamente, si el experimentado Saquezazippa, quedándose en la retaguardia, no hubiese ido conteniendo los avances de las tropas de Tunja y Sogamoso.

Murió Nemequene á poco de haber llegado á su córte; y apénas hubo bajado al sepulcro que segun costumbre le tenían abierto secretamente los sacerdotes, fué proclamado zippa, ó lo que es lo mismo rey, su sobrino Thysquesuzha. Thysquesuzha no era de mucho tan varonil como su tío; mas no por esto dejó de pensar en Tunja así que subió al trono. Reunió hasta setenta mil hombres, sofocó por Saquezazippa una rebelion de los ubaques y se entró luego por tierra de Guazca en demanda de Quimuinchatecha. Quimuinchatecha se mantuvo sereno á pesar de haberle aparentemente faltado el auxilio del soberano de Sogamoso. Armó cuanta gente pudo, y salió otra vez al encuentro de los enemigos. Á las manos estaban ya para llegar los dos ejércitos, cuando los detuvo el Pontífice empleando, si ayer las armas, hoy la religion y la palabra. Ajustó treguas por veinte lunas mediante una buena cantidad de oro que hizo dar al rey de Bogotá por el de Tunja.

En esas treguas hallaron los españoles á los muiscas, y aquí debo suspender por lo tanto esta sucinta historia. Había roto Bogotá la unidad política; y, aunque al parecer sólo por el afan de engrandecerse, trabajaba por restablecerla. Lo habría indudablemente conseguido á no haber llegado tan inesperadamente los europeos. No sólo la habría restablecido; tengo para mí que le habría dado más firme asiento. La autoridad de los reyes de Tunja era ya, como habrá observado el lector, sobradamente débil. Caciques como los de Guatavita, Ebaté, hoy Ubate, Susa y Simijaca, se habían hecho poco ménos que independientes. Otros como el de Guazca, se vendían al enemigo. Otros abandonaban en los momentos críticos á sus soberanos. En la guerra con Nemequene buscó Quimuinchatecha el apoyo de todos sus barones y no lo encontró sinó en el sacerdote de Sogamoso. Los reyes de Bogotá por lo contrario no consentían el menor alarde de independencia en ninguno de los pueblos que hubiesen caído bajo su mano. Admitían la organizacion feudal, pero sin tolerar extralimitaciones á los feudatarios. Eran los reyes de Tunja un poder viejo y como tál caduco; los de Bogotá un poder jóven y como tál lleno de robustez y vida. Por esto principalmente creo que Bogotá habría llegado á vencer á Tunja.

La energía de los monarcas de Bogotá, se la ve en las leyes. Ningun feudatario podía hacerse llevar en andas; ningun plebeyo, como no lo hubiese ganado en la guerra, adornar orejas ni narices con joyas de oro. Se vestía de mujer al cobarde, y á oficios de mujer se le destinaba por más ó ménos tiempo. Con pena de muerte se castigaba al que en combate hubiera vuelto las espaldas ántes que su jefe. Á todo el que cometía una baja accion, siquiera fuese de los más nobles, se le afrentaba rasgándole el manto ó cortándole el cabello. Se mataba al que matase áun cuando le perdonaran los parientes de la víctima. Se cegaba á los ladro-

nes. Se atormentaba al sodomita hasta dejarle sin vida. Se metía á los incestuosos en un charco de agua lleno de sabandijas sobre que se dejaba caer una enorme losa. Al forzador, si soltero, se le ejecutaba; si casado, se le tomaba la mujer y se la entregaba á sus ojos á los apetitos de dos mancebos. Se aplicaba en parte la pena del talion: se castigaba la muerte con la muerte, la deshonra con la deshonra.

Me son casi desconocidas las leyes civiles. Sólo sé que estaba prohibido el matrimonio entre padres é hijos, entre hermanos y hermanas y entre sobrinos y tíos, y que los bienes no pasaban por sucesion más allá de los sobrinos. Se apoderaba de los mostrencos el Erario.

Verdadero matrimonio, entiendo que lo había, no verdadera monogamia. Podía tener el muisca todas las mujeres que deseara, como dispusiera de medios para mantenerlas. Hasta cuatrocientas se dice que llegó á tener en sus palacios Nemequene. Esto no obstaba, con todo, para que reyes y súbditos estuviesen realmente casados. Lo estaban con la que habían recibido por ministerio del sacerdote, generalmente con la primera que habían conocido. Los ritus para esta union eran por demás originales. Se ponían de pié los novios, el brazo del uno en los hombros del otro; y el sacerdote preguntaba á la novia si amaría á Bochica más que á su marido, á su marido más que á sus hijos y á sus hijos más que á sí misma. Como la novia contestase afirmativamente á las tres preguntas, se le exigía palabra de no acercarse á la cama del marido en tanto que el marido no la llamase. ¿Lo prometía la novia? Se dirijía el sacerdote al novio y le invitaba á decir en alta voz si quería á la mujer con quien estaba unido. Si el novio decía tres veces quiero, quedaba casado para miéntras viviese. Podía despues tomar sin ritus ni ceremonias cuantas mujeres se le antojaran.

Existía como se ve entre los muiscas el matrimonio religioso. No existían, que yo sepa, ni la confesion ni el bautismo. A juzgar por las escasas noticias que hasta mí han llegado no debía tener allí el sacerdocio grande intervencion en los actos de nuestra vida. Abrigo dudas hasta si la tenían en nuestra muerte. Que la tuviera en el entierro de los reyes lo dejo ya indicado. Les preparaba el sepulcro en cuanto subían al trono y siempre en lugar secreto: en alguna caverna, en lo más sombrío de un bosque, ó tal vez en el fondo de un lago. Los sepultaba junto con grandes y ricas joyas, y á nadie lo revelaba. La dificultad está en si enterraba tambien á los súbditos. Se sabe que era costumbre vaciar y envolver estrechamente los cadáveres, llevarlos á unas como ermitas que se levantaban al efecto y cantarles en tono plañidero lúgubres salmodias. Los que cantaban, segun los vieron los españoles, vestían de negro: ¿eran sacerdotes ó deudos del difunto?

Intervenía más el sacerdocio en la vida pública. Durante los treinta días anteriores al principio de toda guerra se reunían en su campamento los soldados y entonaban al Sol himnos en que le explicaban los motivos del desacuerdo y le

pedían la victoria. Ántes no se pusieran en marcha sacrificaba el sacerdocio víctimas y vaticinaba en alta voz el éxito de la campaña. Cuando volvían, si vencedores, cantaban durante otro mes himnos de gracias; si vencidos, lloraban amargamente y mezclaban con tristes danzas sus lamentos. Hoy tomaban sus arcos, al otro día sus macanas, al otro sus picas y exclamaban: ¿cómo permitiste, Bochica, que fuesen atropelladas estas armas por nuestros enemigos? Estaba allí el sacerdocio para consolarlos y encarecerles la necesidad de más santa vida, si no querían exponerse á nuevas derrotas y mayores desventuras.

Acontecía tambien que los caciques ó los reyes decretaran y organizaran grandes procesiones para obtener del cielo ya el fin de una calamidad, ya el otorgamiento de algun beneficio. Eran estas procesiones tan numerosas y espléndidas, que maravillaron á los europeos. Componíanlas á veces más de diez mil personas, pintadas de encarnado y negro y adornadas de joyas, que iban divididas en variados y caprichosos grupos. En tal grupo iban disfrazados de leones, en tal otro de tigres, en tal otro de águilas. Seguían luego los sacerdotes, ceñidas las sienes de coronas de oro; trás ellos, hombres sin disfraz ni alhajas llorando y rogando al Sol que satisficiese los deseos de su rey ó cacique. Llevaban estos hombres máscaras en que estaban representadas al vivo gruesas lágrimas. Lo raro era que á continuacion venían otros dando brincos y soltando estrepitosas carcajadas, y otros diciendo que ya el Sol había accedido á las súplicas de los que les precedían, y otros con vistosos trajes, carátulas de oro y rozagantes mantos, y otros con ricos atavíos bailando y cantando al triste y perezoso compás de sus flautas y maracas, y otros y otros con mil galas é invenciones que apénas habría podido concebir la más loca fantasía. Cerraban la procesion el cacique ó el rey y su servidumbre, é iban todos con distintas vestiduras segun su jerarquía, los más resplandeciendo de oro, de granates, de amatistas, de turquesas, de esmeraldas. Rivalizaban en fausto príncipes y súbditos, y hasta en los más humildes abundaban los metales y las piedras preciosas.

En estas procesiones figuraba verdaderamente el sacerdocio en primera línea. No le antecedían sinó los grupos de águilas, leones y tigres que serían lo que en las nuestras los gigantes y las tarascas. Este sacerdocio era probablemente jerárquico, pero ignoro sus diversos órdenes. En algun tiempo, ya que no cuando la conquista, debió de tener por cabeza al pontífice de Sogamoso, á quien solían consultar los reyes ántes de emprender sus guerras.

Se engañó á no dudarlo Herrera cuando lo supuso compuesto de niños que en lo mejor de sus años se sacrificaba á los ídolos. En los templos había realmente niños que se guardaba para ciertos holocaustos de que hablaré luégo, mas ni cuando niños ni cuando mancebos eran sacerdotes. Pertenecían esos niños á la tribu de los mojas que habitaban cerca de los llanos, se los consideraba como las víctimas que más agradecían los dioses, y ya que se los pudiese haber se los tenía hasta la edad de doce años en un templo, hasta los quince en

un santuario. De allí se los sacaba para la muerte, como no hubiesen caído en alguna impureza.

Los verdaderos sacerdotes eran como en todas partes hombres ya en el pleno goce de su razon y su conciencia. Moraban en los templos y vivían muy austera vida. Debían permanecer siempre célibes; á la menor violacion de su voto de castidad salían ignominiosamente del recinto de los dioses. Eran muy frugales. Apénas si hablaban. Dormían poco. Pasaban gran parte de la noche mascando una yerba que llamaban hayo. Verdad es que el jugo del hayo les servía de alimento. Eran los sacrificadores de toda clase de víctimas, las manos por donde llegaban á los altares todas las ofrendas, los oráculos de reyes y pueblos.

Los sacrificios humanos distaban, á lo que parece, de ser tan frecuentes como en Yucatan y Méjico. Lo eran ya mucho más los de animales de aire y tierra. Las ofrendas eran infinitas. Se las hacía de esmeraldas y oro en polvo, de vasijas de barro con ó sin mantenimientos, de figuras de águilas, culebras, hormigas y lagartos, de cascos, brazaletes, diademas y vasos de orfebrería. Así estaban riquísimos los templos. Saqueó algunos adoratorios Gonzalo Gimenez en la expedicion que hizo á Duitama, y recogió, sobre gran número de esmeraldas, cuarenta mil pesos de oro. Al volver á Tunja llevaba ya robados de templos y pueblos ciento noventa y un mil doscientos noventa y cuatro pesos de oro fino, cincuenta y cinco mil de oro más bajo y mil ochocientas quince esmeraldas.

Quemaban ademas los muiscas en honor de sus dioses sustancias aromáticas, especialmente una yerba que se daba principalmente en las tierras de los sutagaos. ¿Qué no hacían cuando pensaban acercarse á sus ídolos para pedirles algun beneficio? Se entregaban de muchos días ántes á rigurosos ayunos; de comer, sólo comían yerbas sin sal ni pimiento; vivían recogidos en el fondo de sus casas; se abstenían de lavarse el cuerpo; se apartaban de sus mujeres y ni áun sintiéndose enfermos interrumpían su penitencia. Cuando llegaba el día que habían fijado, ponían sus ofrendas en manos de los sacerdotes y los interrogaban sobre si se lograrían ó no sus deseos. No había contento igual al suyo si se les contestaba favorablemente. Se bañaban, vestían nuevos mantos, celebraban banquetes con sus amigos y sus deudos, bailaban y cantaban al son de sus caracoles y fotutos. Tál fe tenían en los oráculos de sus jeque.

Mas ¿cuáles eran sus dioses? Creían los muiscas en un sér supremo, pero le adoraban en las obras de la naturaleza: en los árboles, en los ríos, en los lagos, en los montes y sobre todo en el Sol y la Luna. Si rendían culto á muchos ídolos en sus muchos templos y santuarios, era porque los miraban como intercesores para con esos brillantes astros. Del Sol y la Luna, cónyuges á sus ojos, esperaban todos los beneficios: la salud del cuerpo, la bondad del alma, la vida de los hijos y los frutos de la tierra. Porque le consideraban hijo del Sol veneraban especialmente á Bochica. Le llamaban Zuhé, y Zuhé llamaban tambien al astro á cuyo alrededor gira nuestro planeta.

Los muiscas, sin embargo, no fijaban en el Sol la morada de los justos. Creian que las almas cuando salían de los cuerpos, iban á tierras apartadas en que habían de cultivar los campos, no distinguiéndose las buenas de las malas, sinó en que las unas hallaban descanso donde las otras fatiga. Por esto solían poner en los ataudes joyas y alimentos y encerrar mujeres y criados en los sepulcros de los reyes y los caciques. Dice Herrera que creían tambien en un cielo reservado para las mujeres que morían de parto y los hombres que sucumbían en los campos de batalla; mas temo no haya confundido las ideas de los muiscas con las de otros pueblos. No cita este escritor las fuentes de su historia, y no hay medio de comprobar sus afirmaciones cuando ofrecen duda.

Y duda ¡la ofrecen tantos asertos sobre los muiscas! Los muiscas, con ser tan cultos, no se sabe que fuera de la tradicion oral conociesen medio alguno de transmitir sus pensamientos. No se sabe que dispusiesen de género alguno de escritura, ni de jeroglíficos, ni siquiera de los quipus que encontraremos en el imperio de los Incas. No se sabe que pudiesen consignar sus conocimientos sinó en cantos con cierta medida y consonancia que al decir de Fernandez de Piedrahita se parecían á nuestras endechas. Si carecían realmente de otros medios, no se hallaban en ésto más adelantados que muchos pueblos salvajes.

Se ignora tambien á qué grado de cultura habían llegado en las ciencias. Nos revelan algo sobre este punto sólo su sistema de numeracion y su calendario, dignos por cierto de exámen. Su sistema de numeracion era en el fondo el de los aztecas. Tenía tambien el veinte por base y decía dos veintes, tres veintes, cuatro veintes, cinco veintes para expresar cuarenta, sesenta, ochenta, ciento. No se diferenciaba sinó en que posponía el uno, dos, tres, cuatro, cinco... al veinte y para los diez primeros números contaba no sólo con nombres simples, sinó tambien con jeroglíficos que habían llegado á ser verdaderas cifras. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez eran en la lengua chibcha ó muisca *atá*, *bozha* ó *bosa*, *mica*, *mhuyca* ó *muyhica*, *hicsca* ó *hisca*, *tá*, *qhupqa* ó *cuhupqua*, *shuzha* ó *suhuza*, *aca*, *hubchihica* ó *ubchihica;* once, doce, trece... *quihicha atá*, *quihicha bosa*, *quihicha mica*. Es decir, pié uno, pié dos, pié tres etc.; veinte, *quihicha ubchihica* y más frecuentemente *gueta*, contraccion de *guc-atá*, casa una ó una casa. Cuarenta, sesenta, ochenta, ciento eran naturalmente *gue-bosa*, *gue-mica*, *gue-muyhica* *gue-hisca*.

Se parecía el sistema de numeracion de los muiscas al de los aztecas; no ya su calendario. Dividían los muiscas el tiempo en días como los nuestros; meses de treinta días; años, el comun de veinte meses, el rural de doce y el religioso de treinta y siete; indicciones de quince años rurales; ciclos de sesenta años rurales ó de veinte religiosos. Dividían el mes en diez tríadas ó períodos de tres días; el día en cuatro partes: *sua mena* de la salida del Sol á mediodía: *sua meca* del mediodía á la puesta del Sol, *zasca* de la puesta del Sol á media noche:

caquí de la media noche á la nueva salida del Sol por el Oriente. Llamaban *sua* al dia, *za* á la noche, *suna* al mes, *zocam* al año.

El primer día de cada tríada celebraban en Turmequé un mercado; al principio de cada indiccion, sacrificaban á uno de esos niños de que ántes hice mérito. A estos niños, como he dicho, se los iba á buscar entre los moxas, habitantes de la tierra por donde se creía que había entrado Bochica en Cundinamarca. No se los compraba, sinó que se los arrancaba violentamente de los brazos de sus padres. Cuidábaselos esmeradamente miéntras vivían; y cuando los sacaban del templo, era para hacerles recorrer los caminos que Bochica había pisado en su predicacion ó hecho célebres por sus milagros. Debían haber nacido en el primer año de la indiccion, y al cumplir los quince, como se abriese otra, se los inmolaba. Eran las víctimas destinadas á marcar el comienzo de las nuevas indicciones. Se les daba por esto el nombre de *quihica* que significa puerta. Se les daba tambien el de *guesa*, que equivale á hombre sin hogar, errante.

El día del sacrificio se cogía á la pobre víctima y se la llevaba en procesion á una columna donde se medía las sombras solsticiales y equinocciales y los pasos del sol por el cenit. Acompañábanla multitud de sacerdotes, unos disfrazados de Bochica aparentando tres cabezas, otros llevando los emblemas de Chia, otros con careta, que remedaban el semblante de las ranas, otros revistiendo las formas de aquel monstruoso cacique de Tunja que llamé Tomagata ó Fomagata, nombre que segun parece corresponde al de fuego ó masa fundida que hierve. Se ataba al infeliz mancebo á la columna, se le asaetaba, se le arrancaba el corazon, se lo ofrecía al Sol y se recogía la sangre en vasos consagrados al culto. Ceremonia bárbara no sin analogía con lo que vimos en Méjico al fin de cada medio ciclo. No difiere en realidad de la de los aztecas sino en que presenta un carácter marcadamente astrológico. Bochica era allí el símbolo del Sol, Chía el de la Luna, la rana el del primer día del mes y el del primer mes del año.

Años, como ha visto el lector, los había de tres clases. Aunque se califica de comun el de veinte meses, creo que el más importante había de ser el de doce. Éste fué el que procuraron concordar los sacerdotes con la revolucion aparente del astro del día; éste el que les sirvió de base para el año religioso; éste el que regía los trabajos agrícolas. Contándose como se contaba por meses lunares y no siendo las revoluciones sinódicas de la Luna sino de veinte y nueve días, doce horas y cuarenta y cuatro minutos, doce meses no daban sinó trescientos cincuenta y cuatro días ocho horas cuarenta y ocho minutos y veinticuatro segundos. Faltaban para llegar al año solar diez días y veintiuna horas. Para corregir los muiscas la diferencia añadían en cada trienio un mes al año. Constaba así cada trienio de treinta y siete meses que eran precisamente los del año religioso. Caía el mes intercalar en cada indiccion al fin de los años tercero, sexto, noveno, duodécimo y décimoquinto.

La correccion distaba, sin embargo, de ser exacta si lo son los datos sobre que escribo. Prescindo, que no es poco prescindir, de las veintiuna horas anuales que dejaban de incluirse en la intercalacion y sumaban en cada trienio dos días y quince horas. La intercalacion, léjos de ser defectuosa, resultaba excesiva, porque como se ha dicho, se daban al mes lunar treinta días. Treinta por doce, son trescientos sesenta; faltaban para igualar el año rural al solar sólo cinco días, cinco horas y cuarenta y ocho minutos, que sumaban en cada trienio algo más de quince días y diez y siete horas. Puesto que eran treinta los días intercalados, había un exceso de más de catorce días. ¿Era poco grave la falta?

Otra se advierte aún en el calendario muisca. No tenían nombre propio ni los días del mes, ni los meses del año, ni los años de las indicciones, ni las cuatro indicciones del ciclo. Días, meses, años se expresaban por los nombres y las cifras de los diez primeros números, que se iban sin cesar reproduciendo. Así en los meses un mismo nombre y una misma cifra servían para designar tres días distintos; en el año religioso designaban algunos hasta cuatro meses: en el año rural y en la indiccion, unos designaban dos meses, otros uno; unos un año, otros dos años. Sistema de que no podía ménos de resultar una confusion lamentable. Valíanse los muiscas de ciertas piedras pentágonas donde estaban grabados hasta nueve signos, pero segun parece, sólo para las intercalaciones. La confusion no por esto desaparecía.

Falta solo decir cuándo empezaban los muiscas el mes y cuándo el año. Empezaban los meses el día despues del plenilunio. Así *cuhupqua*, séptimo día de la primera década, coincidía con la segunda cuadratura ó último cuarto de la luna; *hisca*, quinto día de la segunda década, con la conjuncion; *mica*, tercer día de la tercera década, con la primera cuadratura ó primer cuarto, *ubchihica*, último día de la misma década, con el plenilunio. El año suponen algunos autores que lo empezaban los muiscas en el solsticio de invierno. La circunstancia de venir representado este primer día del mes y del año por el jeroglífico la rana, hace presumir fundadamente que lo principiasen bajo el signo Acuario en que entra el sol hácia el veintiuno de Enero.

No dispongo de más datos para apreciar el estado de las ciencias entre los muiscas. En otros pueblos nos lo revelan las creaciones de la arquitectura; aquí ó no las hubo, ó han desaparecido ó no han llegado á mi noticia. Grandes monumentos de piedra es de creer que no los hubiese. Se sabe cómo estaban construidas las casas de los súbditos y los palacios reales. Eran éstos muy vastos, de dobles y vistosos cercados, de anchurosas plazas, de grandes y muchas puertas, de buen número de aposentos; mas, del mismo modo que las moradas de los particulares, de cañas, madera y paja. Ni eran de mejores materiales las celebradas quintas de los mismos reyes con ser deliciosísimas por sus jardines, sus fuentes y sus albercas. ¿Serían de piedra las calzadas que se dice había de pueblo á pueblo? Lo ignoro de todo punto.

Conocían los muiscas, segun Herrera, la pintura y la escultura. Sin negarlo, dudo que estuviesen muy adelantados en ninguna de las dos artes. Los ídolos que en los templos se encontraron no atrajeron grandemente por su belleza ni los aplausos ni la atencion de los españoles. Las piedras grabadas de que nos dejó copia Humboldt no sobresalen tampoco por su buen gusto. Lo más de admirar es que sin conocer el hierro cincelaran aquellas gentes piedras tan duras como la esmaradlita.

En otras artes habían hecho sin duda los muiscas más progresos. Hilaban y tejían bien el algodon, fabricaban sólidas y largas picas, cocían y trabajaban con inteligencia el barro y labraban maravillosamente el oro, la plata y las piedras preciosas. Verdad es que ocupaban un país abundantísimo en tan ricas sustancias. Era indecible el oro que había en toda la dilatada isla que forman las aguas del Magdalena y el Cauca; indecibles las esmeraldas que contenían la tierra de Somondoco y la de los muzos. No escaseaban en ciertos puntos los diamantes, las turquesas ni las perlas.

Esto no obstaba para que los muiscas amaran el trabajo y se dedicaran á la agricultura y el comercio. Tenían cultivada la tierra y sobre todo grandes y hermosos maizales cuando allí llegaron los españoles. Sorprendióse agradablemente al verlos Gonzalo Jimenez de Quesada que hasta entónces no había visto sinó pueblos salvajes en medio de una más salvaje naturaleza. Sorprendióse todavía más agradablemente al fijarse en los mismos muiscas, generalmente de bello y agraciado rostro, gallardos y bien dispuestos. Lo eran los varones y más aún las hembras, sobre todo las de Duytama, Tota y Sogamoso. No iban ya ni hombres ni mujeres desnudos como en tantas otras partes de América. Vestían los hombres túnicas cerradas que bajaban más allá de la rodilla; encima una manta, en los plebeyos blanca, en los nobles pintada de rojo y negro. Llevaban en la cabeza unos como cascos de pieles de fieras, matizados de plumas de todos colores; en la frente medias lunas de oro ó plata con las puntas al cielo; en los brazos sartales de cuentas de piedra ó hueso; en narices y orejas chagualas de oro.

Usaban las mujeres una manta que se ceñían á la cintura y en las espaldas otra más pequeña que con un grueso alfiler de oro prendían entre los pechos para dejarlos descubiertos. Traían suelta la cabellera y se desvivían por tenerla negra y crecida. Empleaban al efecto lejías fuertes y tambien algunas yerbas. Tampoco llevaban recogido el cabello los varones; lo partían por igual y lo dejaban caer sobre los hombros. Un resto de barbarie, sin embargo, quedaba aún, así en el atavío de las mujeres como en el de los hombres: ademas de los adornos de oro en orejas y narices, el llevar pintado el cuerpo de colorado y negro, de vija y jagua. ¡Que fuese tan general en América esta costumbre!

CAPÍTULO XX

Los quitos.—Su situacion.—Los caras.—Se embarcan los caras en sus almadías y van por el río de las Esmeraldas al reino de Quito.—Conquistas sucesivas de los Scyris ó jefes de los caras.—Conquistas al Norte.—Rebelion y castigo de Imbaya.—Conquistas al Sur.—Los purhuas ó puruaes.—Alianza de los caras con este pueblo.—Fusion de los dos pueblos por el matrimonio de Toa y Duchicela.—Extension que tomó entónces el reino de Quito.—Decadencia á que vino luego por las invasiones de los tahuantinsuyus.—Batalla de Alausi.—Muerte de Hualcopo.—Cacha, más afortunado en un principio que su padre, recobra la provincia de Puruhua.—Triunfos del Inca Huayna-Capac.—Paso del río Achupallas.—Batalla de Teocaxas.—Consejo de guerra en Mocha.—Cacha se decide por los caciques del Norte, que le aconsejan la continuacion de la guerra.—Batalla de Hatun-Taqui.—Muerte de Cacha y fin del reino de Quito.—Huayna Capac, deseoso de consolidar su conquista, casa con Paccha, hija única del último Scyri.—Organizacion política del reino de Quito bajo los Scyris.—Enterramiento de los reyes.—Manera de enterrar á los súbditos.—Por las tolas en que los enterraban se ha venido á conocer el estado de las artes.—Cómo labraban los quitos los metales y las esmeraldas.—Cómo la piedra.—Cómo el barro.—Tejidos.—Artes de construccion.—Diversos sistemas de puentes.—Acueductos.—Fortalezas.—Templos.—Templos del Sol y la Luna en Quito.—Adoratorio de Cayambe.—Otros templos.—Religion de los quitos.—Sacrificios.—Semejanzas entre los quitos y los Incas.—Aumentan las semejanzas bajo la dominacion de Huayna-Capac.—Muere éste en Quito y divide el Imperio entre sus hijos Huascar y Atahualpa.—Da con ésto márgen á la guerra civil y facilita el triunfo de los españoles. [1]

Al Mediodía de Popayan, en el nudo que llaman de los Robles, allí donde nacen el Cauca y el Magdalena, los Andes, que bajaban divididos en tres ramas, forman sólo dos y en dos corren unidos hasta llegar á la confluencia del río Chinchipe con el de las Amazonas. Entre las dos ramas, del primer grado Norte al primero Sur, se extendía hará nueve siglos otro reino, como de cincuenta leguas en cuadro, no ménos culto que el de los muiscas. Se ignora que clase de gentes lo constituían; no se dice sino que lo gobernaba un rey apellidado Quito de quien, segun se refiere, tomó nombre.

Como el de los muiscas, rodeábanlo por todas partes tribus bárbaras. Al Occidente, sin embargo, orillas del Pacífico, de la punta del Pajonal á la bahía de Quaques había un pueblo que distaba de merecer el calificativo de salvaje. Eran los caras unos extranjeros

[1] Está escrito este capítulo sobre la *Historia del reino de Quito* por Juan de Velasco, que tuvo á mano muchos é importantes manuscritos para componer su libro, y sobre la *Relacion Histórica del viaje á la América Meridional hecho por* Jorge Juan y Antonio de Ulloa. De Juan de Velasco me ha servido principalmente el libro I; de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, el libro VI.—He consultado tambien los *Comentarios Reales de los Incas* por Garcilaso de la Vega, sobre todo el cap. XLVI del tomo IV y los caps. del XIX al XXXII del tomo V. La historia de los Scyris hasta la invasion de los Incas tengo para mí que descansa en flacos cimientos.

que doscientos años ántes habían venido en balsas no se sabe de que apartadas tierras, y ahora obedecían á un jefe intrépido, Caran Scyri, que acariciaba la idea de llevarlos á ménos calurosas é insalubres regiones. Se habían multiplicado no poco durante su larga permanencia en aquel punto de la costa, y ya hoy se creían con fuerzas para disputar á los indígenas las comarcas que mejor les pareciesen.

Se embarcaron de nuevo los caras en sus almadias allá por los años de 980, hicieron rumbo al Norte, se entraron por el río de las Esmeraldas y lo subieron nada ménos que hasta un puerto ó garganta, donde lleva ya mezcladas sus aguas con tres ó cuatro corrientes. Pasaron el puerto, y dieron al punto con los dominios del rey Quito, que tenía su córte al otro lado de la cordillera, en la vertiente oriental del páramo y volcan de Pichincha. Aunque comprendieron que no habían de ocupar el valle sino á fuerza de armas, no vacilaron en arrostrar la guerra: tan agradados estaban del territorio y tan resueltos á conquistarlo.

Terminó, segun parece, la lucha por la muerte de Quito y el triunfo de Caran Scyri, que no tardó en ver sometidos á su obediencia todos los pueblos situados entre la Línea y el Cotopaxi ó el nudo de Sichinche. No pudo tan fácilmente Caran reducir las tierras septentrionales; pero tampoco las necesitaba para la comodidad de sus vasallos. Dejó la continuacion de la obra á los sucesores, que, segun los cálculos más probables, fueron quince sin contar á los Incas. De los quince los seis primeros llevaron exclusivamente sus lanzas al Norte. Vencieron primeramente á los poritacos, los collahuasos y los singuchis; tomaron despues á Cayambe y Otavalo; ocuparon más tarde la provincia de Imbaya-Huaca y llegaron por fin á Tura. Imbaya se les sublevó; y, como les costara sangre domarla, dispersaron por lo demas del Reino á los habitantes y hasta el nombre le quitaron. Llamáronla Carangui, y Carangui se la llama hoy despues de tantos siglos.

El séptimo de los scyris empezó la conquista de las naciones al Mediodía. Invadió y venció la de Latacunga, que era casi tan grande como la de Quito y estaba compuesta de tribus, que, á ser tan guerreras como numerosas, habrían podido contener largo tiempo la ambicion de los caras. La dominó en corto número de combates, y su heredero pudo ya llevar á Mocha las fronteras del Reino. Hasta Alausi y Tiquizambi quiso este príncipe retirarlas; pero se estrelló en la bravura de los puruhuas ó puruaes, que estaban al Sur de Riobamba y eran el terror de las vecinas gentes. Los puruhuas vivían en contínua guerra con los huanca-villcas y sobre todo con los jefes del Cañar, ó de los Cañaris, sobre valerosos, diestros en el uso de las armas arrojadizas: no eran para domados con la celeridad que los latacungas. Ademas de la lanza y la flecha manejaban con tal acierto la *huaraca*, es decir la honda, que derribaban de la cima de un árbol al primer disparo el ave ó la fruta que se proponían, y con tal acierto la *huicopa*, maza, aunque pequeña, de gran peso, que daban con ella en el blanco

mucho mejor de lo que habrian podido hacerlo con el más seguro de los arcabuces. Eran como soldados hasta superiores á los caras; así que los scyris limitaron al fin sus pretensiones á tenerlos por aliados.

Formaron á la larga puruaes y caras un sólo pueblo; mas no por la fuerza. Carecía el undécimo scyri de varon que pudiera sucederle, y recabó de sus magnates que á su muerte dejasen reinar á su hija Toa con el que fuera su marído. Concertó luego las bodas de la hija con Duchicela, hijo del rey de los puruhuas, y bajó al sepulcro dejando unidos los dos reinos. Grande fué la extension que entónces alcanzaron los dominios de Quito. Gracias por una parte á los esfuerzos del nuevo rey y por otra á los temores que con justicia inspiraba la creciente ambicion de los Incas fueron aceptando la supremacía de los scyris primeramente los jefes del Cañar, que gobernaban en lo que es hoy tierra de Cuenca hasta veinte y cinco tribus, y despues cuantos dominaban la que se extendía hasta las márgenes del Chira. Más de ciento veinticinco leguas abrazaba ya de Norte á Sur la monarquía de Quito; y de Oriente á Occidente distaba de estar como anteriormente encerrada entre las dos ramas de los Andes.

Permaneció Quito en tal estado como siglo y medio. Segun cálculos, subió Duchicela al trono por los años de 1300 y reinó hasta 1370. No se sabe que ganaran nada por la guerra ni él ni su hijo Antachi, que estuvo á la cabeza de la Nacion hasta el 1430, otros sesenta años. Ménos ganó aún Hualcopo, hijo segundo de Antachi, que fué preferido por su mayor bondad y su mayor aptitud al primogénito, y, léjos de estar ávido de conquistas, se negó á declarar la guerra aún á los vecinos que le molestaban. Bajo Hualcopo empezó por lo contrario el desmembramiento de Quito.

Los tahuantinsuyus, despues de haberse derramado por el Mediodía hasta las fronteras de Arauco habían vuelto sus armas contra el Norte. Domados los huacrachucus y los chachapuyas, habían llegado sin resistencia á Huancabamba, límite austral del reino de los Scyris. Eran ya temibles á los ojos de todas las naciones no sólo por las muchas que llevaban vencidas y lo rápido de sus conquistas, sinó tambien por el Inca que los gobernaba, Tupac Yupanqui, hombre á quien llamaron grande, no ménos por sus monumentos, que por sus triunfos. Los temió, y no sin razon, Hualcopo, luego que los supo en Huancabamba. No pudo de pronto contenerlos.

Los pueblos de la costa y todos los situados al Sur de Alausi y Tiquizambi estaban unidos á Quito por muy flojos vínculos. A la primera intimacion de Tupac Yupanqui, unos se allanaron desde luego á reconocerle por soberano, otros huyeron despavoridos y, rechazados de monte en monte, se le rindieron. Ninguno consultó á Hualcopo ni le advirtió el comun peligro. Hasta los arrogantes jefes del Cañar ¿quién lo diría? se hicieron sin la menor oposicion vasallos de los Incas. Así Yupanqui pudo sin verter sangre llegar por la playa hasta Puerto Viejo, por los Andes hasta Alausi.

Allí le salió Hualcopo al encuentro con parte de sus tropas. Este desdichado rey al ver la cobardía y la desercion de las provincias del Sur y del Oeste, habia ido á buscar en Puruhua, vecino de sus ascendientes, un baluarte contra los invasores. Había hecho construir apresuradamente varias fortalezas, entre ellas una á la entrada de un palacio circuido de pequeños lagos y no muy altas colinas que tenía en Liribamba; y había nombrado general del ejército á un hermano suyo por nombre Epiclachima, que, gracias á su valor y no escasa inteligencia, había logrado en poco tiempo levantar los ánimos y poner en armas todo el Imperio. Apenas oyó que el Inca marchaba sobre Alausi, bajó á disputarle el paso.

En vano Yupanqui, segun su costumbre y la de sus mayores, le convidó á la paz y la concordia; las rechazó Hualcopo manifestándose decidido á defender la independencia de su pátria. Arrojado de Alausi, luchó aunque con poca fortuna, y murió rey de Quito. Se encerró en Teocaxas, donde estaba atrincherado Epiclachima con la flor del ejército, y entretuvo por más de tres meses al Inca. Ya que acosado por el hambre, no pudo resistir más, salió al campo y presentó batalla. Sangriento fué el combate y estuvo por mucho tiempo indecisa la victoria; pero ganó al fin Yupanqui. Murieron con Epiclachima diez y seis mil soldados.

Recogió entónces Hualcopo los restos de su abatida gente, y no paró hasta dar con los refuerzos que esperaba de Quito. No los encontró en Liribamba, y hubo de retroceder á Mocha. Pudo allí ya cortar el paso al enemigo; pero no recobrar un palmo de tierra. Fortificó y guarneció Yupanqui las recien conquistadas provincias; y sólo, cuando las creyó seguras, cerró la campaña y fué á recoger en su corte los plácemes del triunfo. Era de gran corazon Hualcopo; mas no para resistir á tanta desventura. Murió á poco de pesadumbre previendo tal vez que en Cacha, su hijo, estaba destinada á morir con la dinastía de los Scyris la libertad del Reino.

Cacha fué de pronto más afortunado que su padre. Allegó fuerzas, cayó con ímpetu sobre los tahuantinsuyus de Mocha, los pasó al filo de la espada, ganó toda la tierra de Puruhua y llegó hasta la de sus antiguos aliados los tiquizambis. Habria llevado aún más allá sus armas á no haberlo impedido los Cañaris, ya más afectos á los Incas que á los Scyris. En vano luchó con ellos; no pudo jamás vencerlos ni abrirse paso. Para colmo de mal fué herido en un muslo y contrajo una enfermedad que le dejó, si no inútil, extremadamente débil.

No vino á combatirle ya Tupac Yupanqui sinó Huayna Capac, su hijo. Huayna Capac no era ménos grande ni ménos militar que su padre: desplegó suma habilidad y energía en la guerra de Quito. Empezó por trasladarse á Huancabamba, cuyas tribus le habían permanecido fieles. Allí levantó una fortaleza, un palacio y un monasterio. Fué por la costa á Tumbez, é hizo otro tanto. En Tumbez, segun se dice, encontró medio en ruinas un castillo edificado diez siglos ántes; se limitó á reconstruirlo. Intimó desde allí la rendicion á Tumbala,

rey de la isla de Puna; y ganó la isla á pesar de la perfidia de su enemigo, que le recibió con magnificencia para inspirarle confianza y perderle. A su regreso á la tierra firme llevaba sus guardias de honor en balsas que le había proporcionado Tumbala. Las balsas se deshicieron de improviso y los soldados perecieron. Murió allí ahogada la flor de la nobleza del Cuzco. Indignado Huayna Capac, fué con nuevas tropas á Puna, y no dejó con vida sinó á mujeres y niños. No fué ménos duro con los huanca-villcas, que de acuerdo con Tumbala habían desobedecido sus órdenes. Tenían por costumbre arrancarse dos dientes de arriba; los obligó á que se arrancaran uno más de arriba y tres de abajo para imprimirles un sello de infamia.

Pasó despues Huayna Capac á sangre y fuego toda la tierra de Manta á Quaques, primitivo asiento de las caras; ganó los Andes y se entró por la de Chacainga, hoy de Bracamoros, que se empeñó inutilmente en unir al Imperio; recorrió en triunfo la de los cañaris, la embelleció con uno de los más grandiosos templos que levantaron al sol los Incas, y ántes de invadir las fronteras de Quito fortificó los alrededores y la cumbre del Azuay, á cuyo pié corren raudas y espumosas las aguas del Achupallas. Grandes peléas hubo de sostener para cruzar este río en cuya opuesta márgen estaba acampado el ejército de Calicuchima, general en jefe de Cacha; pero lo cruzó al fin con el auxilio de los cañaris, que, pasándolo más arriba, pusieron entre dos fuegos al enemigo. Construyó una torre y un puente de bejucos; y, ya que tomó la otra orilla, marchó rápidamente sobre Teocaxas.

Allí había dado Hualcopo la principal batalla á Tupac Yupanqui; allí estaba ahora su hijo Cacha tan atrincherado, que desconfiaban de vencerle los capitanes incas y Huayna Capac no quiso entrar en combate que no reuniera nuevas tropas. Entretúvole Capac mandándole uno y otro mensajes para que bajo los mayores ofrecimientos reconociera la soberanía de los emperadores del Cuzco; y en tanto, á la vez que iba aumentando sus fuerzas, le iba sobornando jefes. Cacha, aunque enfermo y débil, tenía entero el corazon y vigoroso el ánimo: se manifestó resuelto á morir ántes que aceptar el yugo. De los males de la presente guerra, contestaba á los embajadores, no soy yo el responsable, sinó vosotros los Incas, que sin razon alguna habeis invadido mi reino: si tanto los deseais evitar ¿por qué no levantais el campo y repasais la frontera?

Hubo batalla y sangrienta; y, cuando Cacha veía ya seguro el triunfo, salió vencido por haberle abandonado multitud de capitanes y pasádose á los Incas. Desesperado el Scyri, se recogió como su padre, á Mocha, decidido á no dejarla sinó con la vida: no sabía que le faltaba apurar la copa del dolor hasta las heces. Celebró allí consejo de guerra, y oyó sorprendido de boca de los más bravos que era inútil toda resistencia y urgente aceptar las condiciones que el Inca les imponía. Sólo tres caciques, los de Cayambe, Otavalo y Carangui, los tres del Norte, sostuvieron que era indecorosa la paz y debían todos morir pe-

leando ántes de consentir que fueran esclavos del Cuzco sus mujeres y sus hijos; los demas hasta se negaron á proseguir la guerra.

Cacha se decidió sin vacilar por los caciques del Norte. Creyó con ellos necesario prescindir de la defensa de Quito; y se retiró desde luego á la fortaleza de Hatun–Taqui, construida pcr los primeros Scyris en la provincia de Otavalo. Estaba la fortaleza en alto y la defendía una doble línea de terraplenes con escalas móviles. Era cuadrada, grande, capaz de contener hasta seis mil hombres. Habría podido estar en ella Cacha al abrigo de toda eventualidad y de todo accidente; pero, siempre más valeroso de lo que su salud permitía, prefirió estar con el ejército en campo raso y correr todos los azares de la guerra.

Huayna Capac no tardó en ponerse á la vista de Hatun–Taqui. Renovó las proposiciones de paz, pero inútilmente. Hubo de pelear, y pelear como nunca. Repetíanse uno y otro día los combates sin que se decidiera la victoria por ninguno de los dos monarcas. Se los suspendía sólo para enterrar á los muertos. Fatigados al fin uno y otro contendientes, se resolvieron á dar una batalla que pusiera término á la lucha. Jamas la hubo, dicen, ni más encarnizada ni más duradera. Llevaba ya lo mejor el Scyri, que iba en andas recorriendo las filas de su ejército y animándole, cuando ¡fatal destino el suyo! cayó de repente atravesado el pecho por una lanza. Desmayaron los suyos, y quedó Huayna Capac dueño del campo y la fortaleza.

Se tuvieron por vencidos los caras, pero no por súbditos de los incas. Proclamaron en continente reina de Quito á Paccha, hija única del difunto Scyri. Lo vió Huayna con enojo; pero calló y procuró granjearse por la dulzura el ánimo de tan rebeldes pueblos. Mandó que se enterrara en tolas, segun costumbre del país, á los soldados muertos en la batalla; y asistió con la mayor ostentacion á los funerales de Cacha, á quien hizo sepultar con desusada pompa. Recibió cariñosamente á los caciques y los confirmó en el cargo; y tuvo palabras afectuosas hasta para la misma Paccha, que no contaba más de veinte años y era de grande hermosura.

Huayna Capac andaba, sin embargo, inquieto: comprendía que no por esto cautivaba el corazon de los vencidos. Eran tan fundados sus recelos, que una noche, cuando ménos lo esperaba, se vió de improviso atacado en su campamento por los caranguis y estuvo en riesgo de muerte. Ya que no él, perecieron casi todos sus guardias, la flor de su nobleza. Concibió tal ira, que fué al punto sobre los agresores, y, repitiendo el castigo de Puna, sólo dejó con vida á mujeres y niños. Los autores que ménos, dicen que mató entónces á veinte mil caranguis: el lago que había junto á la capital de esta tribu tomó el nombre de Yaguar–Cocha, lago de sangre.

Huayna Capac seguía, con todo, viendo mal segura su conquista. Deseoso de consolidarla, concibió una idea que surtió por fin efecto. Estaba ya casado; pero segun las leyes del Perú, podía tener más de una mujer legítima. De acuerdo

con los grandes del Imperio tomó por esposa á Paccha y se llamó rey de Quito. Se dieron por satisfechos los caras, y no pensaron ya más en rebelarse contra los Incas. ¿A qué si al fin conservaban su autonomía?

Emplearon los Incas en la conquista de Quito más de treinta años. La empezó Tupac Yupanqui por los de 1450 y la acabó Huayna Capac en 1487. Antes de pasar más allá creo conveniente decir algo sobre la vida política y social de los quitos bajo el gobierno de los Scyris. Había en Quito, como en tantas otras naciones de América, una monarquía feudal y hereditaria. Pasaba la corona de varon en varon primero á los hijos, despues á los sobrinos: á los sobrinos de hermana no á los de hermano. Sólo á falta de varones sucedían las hembras. Aún entónces residía el poder, no en la hembra, sino en su marido.

No se era, con todo, Scyri que no lo quisiese la asamblea de los señores del Reino. A pesar de sus derechos legítimos podía ser rechazado aún el hijo del primogénito como incapaz para el mando. Volvemos á encontrar aquí la forma mixta de los aztecas, y no sin notable progreso. La autoridad de la asamblea de Quito era permanente. Nada podían los señores sin el Rey; pero tampoco el Rey sin los señores. Eran éstos tambien hereditarios; su ley de sucesion, la misma que la de los Scyris; dentro de sus respectivos feudos, verdaderos reyes. Máxime los del Cañar y los de las riberas del Pacífico.

Llevaban los Scyris como señal de su poder una esmeralda en la frente. Ellos eran los que ponían en ejecucion las resoluciones de la asamblea; ellos, los que en la guerra ajustaban ó negaban paces. Ostentosos no dejaban de serlo: vivían en grandes palacios, cuando no en casas de recreo con hermosos jardines y estanques. Tenían sólo una esposa; mancebas, las que quisiesen. Al morir bajaban todos á un mismo sepulcro.

Era este sepulcro de planta cuadrada, de forma piramidal, de gruesos sillares, de buenas dimensiones. Cubierto de piedra y tierra, no parecía exteriormente sino una montaña. Tenía al Oriente una puerta cerrada por un doble muro; en lo interior, puestos en círculo los embalsamados cuerpos de los Scyris. Junto á cada Scyri estaban sus insignias reales y sus alhajas; encima, en un nicho, una figura, ya de metal, ya de barro, que le reproducía. Veíase incrustadas en cada figura piedras de diferentes formas y colores: por ellas se sabía los años del difunto y el tiempo que había reinado.

¿Se enterraría de igual manera á todos los quitos? Sólo en Puruhua se sabe que abrieran para los muertos profundas fosas. En lo demas de Quito se los llevaba al campo, se los ponía sobre la haz de la tierra con sus joyas y sus armas, se les hacía las exequias de costumbre, se construía á su alrededor una cerca de piedras en bruto, se la cerraba con una bóveda y se la cubría de tierra hasta formar un pequeño túmulo á que daban el nombre de tola. En el fondo era idéntico el modo de sepultar reyes y súbditos. Para todos había su morada de piedra y su montecillo. No estaba la diferencia sino en que para los unos fuese éste más

alto, aquélla más espaciosa: para los otros aquélla más estrecha, éste más bajo. Se media generalmente por la grandeza del túmulo la del difunto.

Comprenderá fácilmente el lector cuanto no habían de abundar esas tolas en el territorio de Quito. Las habia en los llanos, en las colinas y hasta en las cumbres de medianos cerros. Eran sobre todo numerosas en los que fueron campos de batalla y en los sitios donde hubo templos ó adoratorios célebres. A mediados del último siglo Jorge Juan y Ulloa los vieron todavía por centenares en el distrito de Cayambe, enterramiento de los Scyris y de muchos caciques. Los midieron y encontraron que tenían ordinariamente de altura de ocho á diez toesas, sobre diez y siete metros.

Por esas tolas, que áun existen, se ha venido en conocimiento del estado de muchas artes entre los quitos. Han violado la curiosidad y la codicia tan interesantes sepulcros, y han sacado á luz gran cantidad de armas, joyas y utensilios. Tallaban los quitos mejor que los muiscas las esmeraldas. Las hacían á su antojo esféricas, cónicas, cilíndricas, prismáticas; las taladraban con una delicadeza y perfeccion que asombran. Labraban de oro collares, ajorcas, pendientes, ídolos comunmente de una sola pieza y vaciados en hueco. Sabían convertir este metal en delgadísimas láminas. Construían hachas de cobre.

Trabajaban tambien con habilidad las más duras piedras. De una muy semejante al pedernal hacían sus cuchillos, sus hachas de guerra y la punta de sus lanzas; de otras que llaman ahora de gallinazo, espejos bruñidos que reflejaban bastante bien los objetos. Eran sus espejos generalmente circulares y de tres á cuatro pulgadas de diámetro; unos planos, otros cóncavos, otros convexos. Tenían algunos de diámetro hasta pié y medio; labradas muchos las dos caras. En lo tersos y pulidos no los aventajaban los mejores de la antigua Europa.

No estaban ménos adelantados los quitos en la cerámica. Fabricaban vasos de caprichosas y distintas formas, ya de barro negruzco, ya de otro colorado parecido al de Sagunto. Representaban en ellos ídolos, hombres, fieras, reptiles, pájaros, peces. Hay en el museo arqueológico de Madrid una abundante coleccion de tan ricos vasos: dejan atras las obras de nuestros mejores alfareros.

Eran tambien diestros los quitos en tejer el algodon y la lana. Es de advertir que no habíamos encontrado hasta aquí pueblos que la tejieran. No la tejían ni la hilaban porque carecían de ganado que la diese. Aquí en Quito no había aún ni el guanaco ni la vicuña, que veremos algo más al Mediodía; pero sí la llama, bestia á la vez de trasquileo y de carga. Es de todos modos notable que dónde empezara el ganado lanar empezaran los tejidos de lana.

En las artes de construccion no parece que hubieran hecho los quitos los progresos que otras naciones. Dudo que hubiesen levantado puentes de piedra ántes de la invasion de los Incas. Los hacían ordinariamente de madera, de bejuco y de cuerda. Si no era muy ancho el cauce del río, buscaban los sitios de más

altas márgenes y de márgen á márgen tendían cuatro ó cinco maderos que juntos diesen sobre vara y media de paso. Si lo era de modo que no hubiese árboles, para atravesarlo, construían en las dos riberas enormes macizos de piedra y pilares á que sujetaban, dándoles la mayor tension posible, cinco ó seis maromas hechas de bejucos. De las seis maromas cuatro formaban el piso, dos los pretiles. Estaban las cuatro sujetas por travesaños y cubiertas de cascajo y tierra. Como fuese aún más ancho el río que largos no son los bejucos, se ataba de pilar á pilar una gruesísima soga de cuero metida en un aro del que colgaban un banasto y dos cuerdas unidas por sus extremos una á cada orilla. Servía el banasto para recibir al hombre que hubiese de cruzar el río; y por una parte empujado, por otra arrastrado, le pasaba velozmente de la una á la otra márgen.

A primera vista parecen revelar estos sistemas de puentes una civilizacion en la infancia. No diré que revelen gran cultura, pero sí que fueron en gran parte debidos á la naturaleza de aquellos ríos, los más de rápida é impetuosa corriente. Satirizáronlos en un principio los españoles, y no tardaron en deber confesar la ligereza de sus juícios. Sobre el rio Pisque, no léjos de la ciudad de Quito, hicieron en el pasado siglo uno de piedra, que costó sumas enormes. Acabáronlo en 1762, y aquel mismo año lo llevó con estrépito el río. Hubieron de reconocer, mal que pesase á su orgullo, la necesidad de los puentes de madera. Continuan hoy mismo en uso los tres sistemas. Como despues veremos, se los seguía tambien en el Perú bien que con algun adelanto. Por los puentes de bejuco de Quito no podía pasar más que el hombre; por los del Perú pudieron pasar hasta los caballos de los europeos.

Los quitos conocían por otra parte los acueductos, ya superficiales, ya subterráneos. En las ciudades y áun en los pueblos no era raro ver fuentes artificiales mantenidas por aguas que venían de léjos. Construíanse ordinariamente esos canales con piedras unidas por cierto betun de gran dureza. Se conocía á no dudarlo las leyes principales de la hidrotécnia y de la hidráulica.

Donde se observa verdaderamente una civilizacion primitiva es en las antiguas fortalezas. Solían así los quitos como los caras atrincherar las cumbres de casi todos los cerros que no alcanzaban la línea de las nieves. Abrían al rededor tres ó cuatro profundos fosos y los limitaban por pequeñas murallas ó parapetos que los pusiesen al abrigo de sus contrarios. Foso exterior había de una legua de circunferencia. Eran unos más anchos, otros más estrechos; unos más, otros ménos hondos; pero estaban casi todos hechos de manera que el borde interior predominase sobre el exterior de doce á diez y seis pulgadas. En los fosos y sobre todo en la plataforma había casas de adobes ó piedras por labrar que servían de alojamiento á las tropas. Por esas toscas fortificaciones principalmente consolidaban los Scyris sus conquistas. Fundaban pueblos al pié con el pretexto de enseñar á los vencidos el arte de la guerra y el manejo de las armas, y sofocaban por este medio las rebeliones, cuando no las impedían.

En llanos, á la raíz de algunos montes, en sítios generalmente despoblados se hallaba otro órden de fortalezas ya más cercanas de las que durante la Edad Media tuvimos aquí en Europa. Eran altos sus muros y estaban construidos de adobes ó de sillería. Algunas tenían hasta terraplenes como la citada de Hatun-Taqui. Eran éstas aún obra de los caras ó de los quitos; no ya las que cerca de Latacunga, en Atun Cañar y en Pomallacta sorprendieron y admiraron á los españoles. Hicieron tan vastas y sólidas ciudadelas, no los Scyris, sinó los Incas, á no dudarlo mucho más cultos.

De los Incas fueron tambien los más de los palacios que se conservan medio en ruinas. No me atrevo á señalar ninguno como de los Scyris, aún cuando consta que los Scyris los tuvieron en Quito y en Liribamba. Distinguiéronse principalmente estos monarcas por sus templos, y tampoco lograron que llegasen hasta nosotros. En la misma capital, en dos eminencias llamadas hoy el Panecillo y San Juan Evangelista, levantaron uno al sol y otro á la luna. Ni vestigios quedan ya de tales monumentos.

El templo del astro del día era cuadrado. Remataba en pirámide. Miraba al Oriente para que dieran los primeros rayos del sol en el ídolo de oro que lo representaba. Era de sillería, pero sencillo. No tenía sino doce columnas al rededor y dos junto á la puerta. Aún estas columnas, completamente aisladas, no eran, segun se dice, un adorno: servían las de la puerta para observar los dos equinoccios y las otras para señalar por su sombra el principio de los doce meses. Eran verdaderos gnomones por los cuales se medía la altura del sol en el espacio.

El templo del astro de la noche era redondo. Sus ventanas, de forma circular, estaban dispuestas de modo que fuesen á iluminar los rayos de la luna la imágen de plata que la representaba en medio del santuario. Extendíase sobre esta imágen un manto azul sembrado de estrellas.

De otros muchos templos quedan noticias; pero no restos. Restos no los hay, que yo sepa, sino del adoratorio de Cayambe. Está junto al pueblo, en una pequeña altura. Es circular. Tiene sobre diez y nueve varas de diámetro y sesenta de circuito; las paredes todas, de adobes, gruesas como de cuatro piés, altas como de seis varas; los adobes, unidos por la misma clase de tierra de que están hechos, una y otros durísimos, capaces de resistir por muchos siglos las injurias del tiempo. Subsisten ya tan sólo las paredes, no los ídolos, ni los altares, ni la techumbre. Si por estas ruínas se ha de juzgar de los demas templos, debían de ser todos, no sólo sencillos, sino tambien pobres.

No estaban dedicados todos los templos de Quito al sol y á la luna. Uno había en Liribamba consagrado á un ídolo de arcilla que tal vez representase al dios de la venganza. Era el ídolo una cabeza de hombre en figura de olla que tenía en la coronilla la boca y los lábios. Por ellos se vertía la sangre de los prisioneros de guerra que se le inmolaba. Otro templo había en el Cañar erigido en honor del Demonio. Allí se sacrificaba todos los años cien mancebos al acercarse

la época de la cosecha. Holocausto antiquísimo, que no pudieron abolir ni los Scyris ni los Incas ni en más de dos siglos los españoles.

En Manta al llegar los europeos existían otros dos templos: uno en el continente, otro en la isla que hoy llamamos de la Plata. En el del continente se adoraba al dios de la salud, Umiña, cuya imágen semi-humana era una finísima esmeralda de valor inapreciable. Acudían allí en tropel los enfermos y ofrecían oro, plata ó piedras preciosas. Prosternábase luego el sacerdote, invocaba al ídolo, lo tomaba en la mano, cubierta de un blanco lienzo, y lo ponía en la cabeza ó en la parte dolorida de los pacientes. Tal fe tenían éstos en Umiña, que al sólo contacto de la milagrosa esmeralda se decían aliviados cuando no restablecidos de sus dolencias.

El otro templo de Manta, el de la isla, era del sol, como uno de los de Quito. Allí se celebraba en cada solsticio de invierno una fiesta que duraba días. Se daba en ofrenda no solamente oro y plata, sino tambien llamas y delicadas telas. Se inmolaba algunos niños á lo ménos hasta la invasion de los Incas.

Había, por fin, en la isla de Puna otro templo célebre levantado á Tumbal, dios de la guerra. Era el ídolo de espantoso aspecto: tenía á los piés armas bañadas en la sangre de los prisioneros que se había inmolado abriéndolos inhumanamente sobre el altar con la cuchilla de los sacrificios. No recibía luz el templo por ventana alguna. Sus paredes estaban cubiertas de pinturas y esculturas horribles.

Como ve el lector, era Quito politeista. Exclusivamente adoradores del sol y de la luna no lo eran en mi entender sino los caras. Los caras no sólo no rendían culto á otros dioses; no ofrecían tampoco á la luna ni al sol la sangre del hombre. Miraban con horror tan bárbaros ritus é hicieron por desterrarlos.

Lo triste para la historia es que no se haya podido averiguar de donde vinieran esos caras. ¿Tendrían, como algunos pretenden, el mismo orígen que los Incas? Es verdaderamente significativo que cuando la conquista hablasen los quitos una lengua que no parece sino un dialecto de la quichua. No hacía entónces sino cuarenta y seis años que dominaban los Incas en Quito; no es de presumir que en ménos de medio siglo hubiesen perdido los quitos su idioma por el de los vencedores. Muchísimas palabras eran iguales en las dos lenguas; otras no se diferenciaban sino en el cambio de la *c* por la *g*, la *p* por la *b* y la *ó* por la *u* como se ve por los siguientes ejemplos: Tigre era en el idioma peruano ó quichua *Uturuncu*, en el de Quito *Otorungo*; Ciervo, *Taruca*, *Taruga*; diez, *chunca*, *chunga*; brazo, *ricra*, *rigra*; llanura, *pampa*, *bamba*; faja, *chumpi*, *chumbi*. Algunos vocablos había en nada semejantes, tal vez procedentes de los antiguos quitos.

La religion de los caras era tambien, segun pronto veremos, muy parecida á la de los Incas. Los Incas, adoraban asimismo al sol y la luna, no tenían otros dioses y aborrecían los sacrificios.

Vestían, ademas, los dos pueblos el mismo traje, se regían por el mismo sistema de numeracion y el mismo calendario y cultivaban con igual éxito algunas artes y ciencias. Ni uno ni otro poseían un alfabeto, y ambos se valían para suplirlo de procedimientos análogos: los peruanos de los quipus, cuerdas con hilos que por sus diversos colores y los diversos nudos que contenían expresaban diferentes cantidades é ideas; los quitos, de cajas de madera ó de barro divididas en cajetines, donde ponían piedras de distintos tamaños y colores talladas con arte por hábiles lapidarios.

Las semejanzas aumentaron naturalmente con la dominacion de los Incas. He dejado á Huayna Capac en el momento de casarse con la hija del Scyri Cacha. Se casó por mera razon de Estado, y amó luego locamente á su nueva esposa. La prefirió á todas sus demás mujeres, tanto que concluyó por establecerse en Quito y no volvió á ver la córte de sus padres. Quiso un dia regresar á Cuzco; y no pasó de Tumi–Bamba. Supo allí la llegada de los españoles al río de las Esmeraldas, la enlazó con antiguas profecías y se desconcertó de modo que, triste y enfermo, retrocedió á Quito para exhalar á poco sus últimos suspiros.

Decir lo que en Quito hizo Huayna Capac despues de haberlo conquistado sería tarea larga. Erigió templos al Sol, reparó y construyó palacios y fortalezas, abrió calzadas, levantó puentes y embelleció la capital y muchos otros pueblos. Quiso llevar ademas la guerra á los quillacingas, conjunto de tribus bárbaras que vivían al Norte de Quito. Reunió al efecto gran número de tropas, se puso en campaña, amuralló la frontera, edificó el célebre puente de Rumi–Chaca, y cortando en roca viva hasta dió nuevo cauce al rápido torrente de Angas–Mayu. ¡Que desistiese luego de la empresa! Dícese que la abandonó por ser poco fertil la tierra de esos quillacingas y no contener piedras ni metales preciosos. ¿Sería entónces el interés el único móvil de los Incas? [1]

Tuvo Huayna–Capac de su primera mujer, Rava–Ocllo, á Huascar; de Paccha, la hija del Scyri, á Atahualpa. Testó al morir, dejó á Huascar el imperio del Cuzco y al jóven Atahualpa el reino de Quito, y, sobre haber dado márgen á la guerra civil facilitó el triunfo de esos mismos españoles cuya sola llegada le llenó de turbacion y espanto.

Mas no quiero adelantar sucesos que hallarán más oportuna cabida en la historia de los Incas. Pongo aquí punto á la de Quito, incierta como ninguna, y bajo desde luego á la de Tahuantinsuyu.

[1] Garcilaso de la Vega escribe que Huayna Capac no sólo redujo á los quillacingas, sino que tambien llevó sus armas hasta Pasto. No es de creer cuando añade que despues de Pasto sometió á los caranguis y á las belicosas tribus de Otavalo, que estaban mucho más cerca de Quito. Difieren en muchos puntos él y Velasco; pero están acordes en los hechos culminantes. El desacuerdo existe más sobre el órden que sobre la realidad de los acontecimientos. Al escribir la historia de los Incas me haré cargo de estas discordancias.

CAPÍTULO XXI

Tahuantinsuyu ó el Perú.—Su extension.—Su poblacion.—Su antigüedad.—Ruinas y monumentos que la acreditan.—Rocas grabadas.—Ruínas de Tiahuanaco.—De Titicaca.—De Huanuco el Viejo.—Opiniones sobre las fuentes de la civilizacion de Tahuantinsuyu.—Imposibilidad de decidirse por ninguna.—Opiniones sobre el orígen de los Incas.—Dificultades hasta para averiguar la verdad de los hechos que á éstos se atribuyen.—Manco-Capac.—Carácter patriarcal de este fundador del Imperio.—Sinchi-Roca.—Extiende el Imperio hasta Chuncará sin más armas que la palabra.—Lloque-Yupanqui.—Emplea ya la fuerza.—Somete á los canas y á los ayaviris.—Logra sin combate la rendicion de los collas.—Llega á las vertientes orientales de los Andes.—Extension que tenía ya entónces el Imperio.—Mayta-Capac.—Pasa en balsas el río Desaguadero y reduce las tribus de Hatunpacasa.—Somete las comarcas de Cuchuna y Moquehua.—Baja á Pucara y reduce varias provincias.—Batalla de Huaychu.—Los collas allí vencidos imploran el perdon del Inca.—Rendicion de muchos pueblos á consecuencia de esta victoria.—Campaña al Occidente.—Puente de bejucos sobre el Apurimac.—Gana á los chumpihuilcas.—Somete á los allcas.—Dudas sobre la verdad de todos estos triunfos.—Autoridad del historiador Garcilaso de la Vega.—Capac-Yupanqui.—Se hace prestar juramento de fidelidad por sus hermanos.—Conspiracion de Putano-Uman.—Manera como la descubre el Inca.—Visita Capac las provincias.—Gana sin encontrar resistencia la de Yanahuara.—Vence á los aymaras.—Arregla las cuestiones que éstos tenían sobre pastos con los caciques umasuyus.—Gana por medio de su hermano Auqui-Titu las comarcas de Cotapampa, Cotanera y Huemampallpa, habitadas por los quichuas.—Gana en los llanos los valles de Hacari, Uviña y otros.—Expedicion personal del Inca á la laguna de Paria.—Toma de Cochapampa y de Chayanta.—Camina el Inca al Norte, gana once leguas de territorio y baja á los Llanos.—Subyuga desde Nanasca hasta Arequipa.—Inca-Roca.—Va contra los chancas.—Quiénes fuesen éstos.—Inca Roca los obliga por su decision á rendirse.—Emprende luego la conquista de las Charcas.—Somete extensas comarcas.—Funda escuelas, promulga leyes, mejora la administracion de justicia.—Yahuar-Huacac.—Carácter pacífico de este Inca.—Gana, sin embargo, á Tacama.—Conjuracion de los chancas.—Avanzan sobre el Cuzco.—Yahuar lo abandona y se retira á Muyna.—Su hijo, á quien había obligado á guardar rebaños en Chita, va á Muyna, le reprende y toma sobre sí la defensa del Imperio.—Yahuar-Huacac queda de hecho destronado.

TAHUANTINSUYU era el Perú. Entro en el famoso imperio de los Incas, que de Oriente á Occidente se extendía desde las pampas del Tucuman y las márgenes del Marañon y el Ucayali hasta las costas del Pacífico, y de Norte á Mediodía bajaba desde las riberas del Ancasmayu hasta las del Maule; imperio vasto, si jamas lo hubo, pues tenía de ancho de cincuenta á setenta leguas, de largo sobre ochocientas.

Era grande el Imperio, y databa, sin embargo, de pocos siglos. Estaba compuesto de innumerables tribus, y era, no obstante, de poblacion escasa. No contaba á lo que parece más de once millones de habitantes. Llevaría de existencia á la entrada de los españoles sobre quinientos años.

Fundáronlo, segun la mayor parte de los historiadores, Manco-Capac y Mama-Ocllo, dos hermanos que vivían maritalmente. Estaban, se dice, las gentes de los Andes sumidas en la barbarie: sin agricultura, sin industria, sin gobierno, sin moral, sin más religion que la torpe ido–

latría de los séres más viles de la naturaleza. Parecieron de improviso en la cumbre del Huanacauri un hombre y una mujer extraordinarios, que se suponían hijos del Sol enviados á la tierra para civilizar á sus semejantes. Dirigiéronse á los que allí moraban, y les encarecieron las ventajas de la vida social y política. Les predicaron la paz, el amor al trabajo, la sumision á la autoridad, el horror á los sacrificios de sangre, el culto al astro del día; y, ya que lograron reunirlos en sociedad, les enseñaron á las hembras el hilado, el tejido y los quehaceres domésticos, á los varones la labranza y el riego de los campos y las demas artes. Con ellos edificaron y poblaron la inmediata ciudad del Cuzco, orígen y cabeza del Imperio; por ellos fueron desde entónces obedecidos y respetados como pontífices y reyes bajo el nombre de Incas.

La verdad es que los tahuantinsuyus consideraban hijos del Sol á sus jefes y los creían oriundos del lago de Titicaca, segun sus tradiciones lugar predilecto de tan esplendoroso astro. Sobre esta laguna, decían, envió el Sol sus primeros rayos despues del diluvio; de esta laguna salió más brillante que nunca concluida la noche que tuvo por años sumergido el mundo en tinieblas; orillas de esta laguna puso á sus hijos Manco-Capac y Mama-Ocllo. Les dió una varita de oro con encargo de que procurasen hincarla en el suelo por donde quiera que pasasen; y les mandó que donde se hincara allí se detuvieran é hicieran asiento. Partieron hácia el Norte, y se esforzaron inútilmente por hincar en la tierra la varilla hasta que llegaron á la cima del Huanacauri. Allí se hincó y desapareció, y allí pararon y fundaron la ciudad del Cuzco.

No trato de poner en duda que empezase por estos dos hermanos el imperio de los Incas; lo que pongo en duda y áun me atrevo á negar es que por ellos empezase la civilizacion de la comarca. En Huari, en Huaytará, en lo alto de la Caldera, ocho leguas al Norte de Arequipa, se ha descubierto rocas grabadas que por el carácter de sus jeroglíficos recuerdan las que vimos en las riberas del Taunton, allí donde se establecieron los escandinavos de la Edad Media. En Pachacamac, en las orillas del río Huinaque, en Pucará, en Tiahuanaco se conservan todavía restos de construcciones que los Incas encontraron ya, no sólo hechas, sino tambien en ruínas. Anterior á los Incas era tambien la fortaleza de Ollantay-Tambo, puesta en la cumbre de un áspero y empinado cerro.

Poco despues de la conquista preguntaba Cieza de Leon á los indígenas si no habían sido obra de los Incas los monumentos de Tiahuanaco. Riéronse los indígenas, segun nos refiere él mismo, y se los dieron por mucho más antiguos aunque sin poder fijar ni cuando ni por quien se hicieron. Dijéronle tan sólo saber por tradicion que habían remanecido hechos en una noche. Preguntó Cieza otro tanto sobre los edificios de Huinaque, que están cerca de Huamanga, y le contestaron que los habían construido hombres blancos y barbados como los españoles, que habían ido á la tierra mucho ántes de que reinaran los Incas. De hombres blancos y con barbas escribe que le hablaron tambien los habitantes de la isla de Titicaca.

Revelan una civilizacion anterior á la de los Incas sobre todo las ruinas de Tiahuanaco. Cieza vió allí un cerro artificial armado sobre grandes cimientos de piedra; dos gigantescos ídolos vestidos de largas túnicas; una muralla, resto de algun edificio, compuesta de sillares de asombrosa grandeza, muchos labrados y otros con bajos relieves; al pié, gran número de huecos y concavidades subterráneas; al Occidente, portadas de una sola pieza, algunas con bases que tenían seis piés de frente, treinta de ancho y quince y más de largo; acá y acullá multitud de piedras talladas para monumentos que no llegaron á construirse; algo más desviado, un pequeño recinto, donde había otra estátua á quien se rendía culto. Admirábase del tamaño y del buen corte de los sillares, y decía que no acertaba á comprender ni con qué herramientas se los había escuadrado ni por qué medios se los había conducido á tan altas crestas desde canteras todas á gran distancia. Ponderaba sobre todo la buena forma de las estátuas, que no parece, escribía, sino que se hicieron por mano de grandes maestros. [1]

Garcilaso de la Vega, que habla tambien de estas grandiosas fábricas, hace mencion especial de una que baten las aguas del lago de Chucuitu y no es á la verdad para que se la relegue al olvido. Hay allí, dice, un patio cuadrangular de quince varas de lado con paredes que no miden ménos de doce piés de altura, al que mira una sala de quince varas de largo por siete de ancho cubierta de una techumbre que remeda las de paja. Pavimentos, muros, sala, techo, puertas, todo es de una pieza y está labrado sobre un sólo peñasco. Vése ademas allí cerca gran número de estátuas de hombres y mujeres tan al natural, que no parecen sino con vida. Están unas en pié, otras sentadas, otras bebiendo, otras pasando un arroyo que entre aquellos edificios corre. Algunas llevan consigo, quien en el regazo, quien á la espalda, niños y niñas. Segun los naturales son figuras de hombres que por sus grandes pecados, principalmente por el de haber apedreado á un forastero, fueron convertidos en estátuas. [2]

Hoy todavía existe gran parte de estas construcciones. Las han reproducido en sus *Antigüedades Peruanas* los Sres. Rivero y Tschudi, y, aunque en ruínas, cabe aún formar idea de lo que fueron y del lugar que ocupan en la historia de Tahuantinsuyu. O mucho me engaño ó hay en Tiahuanaco obras de distintos períodos, anteriores al de los Incas. Allá en la mitad de un campo se levantan en primer lugar tres filas de grandes piedras, lados en mi sentir de un vasto cuadrilátero. Son las piedras unas más altas que otras, pero la que ménos de dos varas. O no se las talló ó se las talló cuando más por uno de sus frentes. Están aisladas, son todas irregulares. ¿Quién al verlas podrá ménos de recordar los monumentos que impropiamente llamamos druídicos y descubrimos en la infancia de todos los pueblos?

---

[1] Cieza de Leon. *Crónica del Perú*. Primera Parte, cap. CV.

[2] Garcilaso de la Vega. *Historia General del Perú*. tomo II, cap. VI.

Son en segundo lugar notables los edificios monolíticos. Que fuesen cortados en piedra de su propio asiento, que lo fuesen en piedra de otro punto, resultan meras excavaciones como las de la India. Revelan á no dudarlo medios y habilidad para desbastar la piedra, gusto para labrarla, no el conocimiento de la verdadera arquitectura, que con sillares relativamente pequeños construye sólidas y enormes fábricas que no descompone en siglos la accion del tiempo. Son en mi sentir un adelanto sobre los menhires de que acabo de hablar, pero pertenecen aún á la primera edad del arte.

Tengo ya por obras de arquitectura las murallas de que escribe Cieza, compuestas de sillares monstruosos de diversa forma. Descubro ya en ellas ese varonil é imponente estilo ciclópeo de que tan bellos ejemplares existen en Grecia y áun en nuestra España; estilo que veremos despues adoptado por los mismos Incas.

Donde, empero, se observa más adelantado el arte es en los sillares sueltos y labrados que no parecen haber sido aún parte de ningun monumento. Lo bien cortados que están, la regularidad que en sus formas presentan, las perfectísimas curvas de muchos de sus huecos no permiten dudar que fueron obra de inteligentes canteros y respondían al plan de una complicada fábrica y al pensamiento de un hábil artista. Lo permite mucho ménos el fuste de una columna que se distingue entre tan abigarradas piezas. Es cilíndrico, no cónico á la manera de las columnas romanas y griegas; pero, sobre ser exactamente cilíndrico, lleva por corona su astrágalo y su filete. No tengo presente haber visto cosa igual ni en la arquitectura de los Incas ni en la de ningun pueblo de América. [1]

Hay para mí en esas ruínas de Tiahuanaco el desarrollo de toda una civilizacion; y, si algo falta, creo encontrarlo en las de Huanuco el Viejo. Hay aquí un mirador y seis portadas, una despues de otra, entre las cuales se extienden cinco patios. Mirador y portadas son de forma piramidal y constan de hiladas de sillares tan bien dispuestas como las de los mejores edificios de Europa. Se sube al mirador por una rampa; y allá en lo alto, á la entrada, en los dos opuestos lados descansan sobre el pretil dos figuras como de leones. Otras dos hay en la primera de las seis portadas, en unos recuadros abiertos á derecha é izquierda del umbral, que es de una sola pieza. Ignoro si están fielmente reproducidos tan hermosos monumentos en los dibujos de Rivero y Tschudi: si lo están, no conozco nada superior, como no sea en los mejores tiempos de la antigua Grecia. [2]

¿Qué nacion, qué gentes pudieron levantar estas soberbias fábricas? Las opiniones son muchas; la verdad se ignora. Si los hicieron los indígenas, á gran decadencia debían de haber venido para que llegasen á perder hasta la memoria

---

[1] Las columnas recien descubiertas en Tula (Méjico) distan de ser tan sencillas ni de presentar tan clásicas molduras. Véaselas en la obra de BANCROFT: *The Native Races of the Pacific States of North America*, tomo IV, pág. 548.

[2] RIVERO Y TSCHUDI. *Antigüedades Peruanas*, cap. X, láminas 46 y 56

de lo que fueron. Si alienígenas, difícil es explicar no sólo de donde vinieron sino tambien cómo y por qué se establecieron en Tiahuanaco, en las más elevadas crestas de los Andes, en medio de las áridas y glaciales mesetas que separan la actual república del Perú de la de Bolivia. Más difícil es todavía explicar cómo y por qué desaparecieron.

El fróntis monolítico de que habló Cieza tiene del umbral de la puerta al coronamiento bajos relieves á no dudarlo simbólicos. L. Angrand, que hizo loables esfuerzos por descifrarlos, opina que son el geroglífico del triple poder del Sol, que engendra, fecunda y vivifica. Infiere de ahí que el monumento hubo de ser obra de los nahuas, cuyos pasos cree descubrir hácia el Norte en toda la cordillera de los Andes. Encuentro aventurada la deduccion áun suponiendo bien interpretados los relieves y viéndolos análogos á ciertas esculturas de Méjico. No existe que yo sepa de los nahuas ninguna portada monolítica. Los relieves que decoran edificios como el de Xochicalco distan de presentar el carácter de los de Tiahuanaco. Las analogías son escasísimas. El símbolo principal del Sol, que ocupa el centro del fróntis, apénas si la tiene más que con una imágen que Gondra, su poseedor, dice ser la de Huitzilopochtli. Son ademas tan engañosas las analogías cuando sólo las hay en una de las muchas manifestaciones de la vida de los pueblos! cuando no las hay, á la vez que en la religion, en la lengua, las instituciones y las costumbres!

Es áun más aventurada la opinion de otros autores. Montesinos, que escribía en el siglo XVII, pretende que el Tahuantinsuyu estaba ya poblado por los armenios quinientos años despues del diluvio; que desde entónces hasta la conquista lo gobernaron más de cien reyes; que llegó á gran cultura y vino luégo á gran decadencia principalmente por haberlo invadido tribus bárbaras; que los Incas no hicieron más que reconstituirlo y levantarlo diciéndose hijos del Sol, domando á los invasores y restableciendo, á la par del antiguo culto, el imperio de las leyes. [1] Mas ¿en qué descansan sus asertos? En las mismas fuentes donde asegura que bebió bebieron sus predecesores y no pudieron llevar más allá del siglo XI la cronología de los reyes. ¿Había de ser más afortunado en recoger los cantos históricos y las tradiciones de los indígenas que Garcilaso de la Vega y sobre todo Cieza de Leon, que recorría del uno al otro cabo el Perú en los mismos días de los Pizarros? No es de creer que inventara cuanto dijo; pero mucho ménos que se acercara á la verdad más que los primitivos historiadores de Indias.

Que hubiese una civilizacion anterior á la de los Incas es, repito, indudable; que fuese indígena ó alienígena no cabe hoy por hoy decidirlo. La América del Mediodía no ha tenido mejor fortuna que la del Norte: su historia está envuelta

[1] MONTESINOS, *Memorias Históricas sobre el antiguo Perú*, cap. I, tomo XVII de la coleccion de Ternaux-Compans.

en sombras y misterios. Los hay sobre el orígen del mismo gobierno de los Incas. No todos los autores convienen en que fundasen el Imperio sólo Manco-Capac y Mama-Ocllo ni en que procediesen del lago de Titicaca. Balboa los hace salir de Pacari Tambo con tres hermanos y tres hermanas, y refiere que, no de ellos, sino de su hijo Sinchi-Roca se hizo creer que tenía al Sol por padre. Son muchas sobre este punto las variantes y muchas las tradiciones. [1]

¿Se sabe siquiera que fuesen indígenas estos Incas? Hoy muchos escritores, Juan Ranking á la cabeza, los traen del Mogol empujados por la tormenta. En el siglo XIII, dicen, despachó el emperador Kublai-Khan contra el Japon una formidable armada. Deshízola una tempestad, y arrojó á las costas del Perú algunas de las naves. Los marinos que las tripulaban fundaron el Imperio. Ocultaron su orígen y se supusieron hijos del Sol para adquirir autoridad sobre los habitantes. [2] Mas ¿en qué descansan tampoco estas afirmaciones? En los anales del Mogol no consta sinó que se envió una expedicion contra los japoneses y fracasó por una borrasca. Los Incas no recordaron jamás que hubiesen tenido por cuna el Asia. El Imperio es opinion general que duró más de dos siglos.

Estoy con D. Sebastian Lorente en que los Incas eran indígenas y se distinguieron principalmente por haber sabido reunir en un haz las cultas ó incultas tribus que estaban dispersas por la tierra del Tahuantinsuyu y, léjos de vivir unidas por vínculos políticos, se odiaban y se hacían la guerra. [3] Grande fué verdaderamente el mérito de esos hombres cuando más por la persuasion que por la violencia acertaron á crear una vasta y poderosa nacionalidad y á darle cuando ménos en la vida exterior y pública una sóla lengua, una sóla ley y un sólo culto.

No creo necesario decir si será incierta y oscura la historia de los primeros Incas. Lo es la del Imperio todo, puesto que sus fuentes no son otras que los cantos y los quipus. Los mejicanos tenían siquiera escrita parte de la suya en jeroglíficos; los tahuantinsuyus, sólo en los diversos nudos y colores de unos hilos de lana. Había para leer en tan raros libros intérpretes á que se daba el nombre de quipucamayos; pero esos quipucamayos nada escribieron despues de la conquista, se limitaron sólo á referir algo de lo que sabían. La tradicion es la primera y la casi única base de tan importante historia.

Es tanta aquí la oscuridad y la incertidumbre, que con frecuencia atribuyen diversos historiadores un mismo hecho á distintos Incas y tál hace á Manco Capac autor de instituciones que otros dicen nacidas ya muy adelantado el Imperio. Para obviar las dificultades que esto ofrece hablaré separadamente de la ma-

[1] BALBOA, *Historia del Perú*, cap. I, tomo XV de la coleccion de Ternaux-Compans.

[2] RANKING. *Hist. Researches.*

[3] LORENTE. *Historia Antigua del Perú*, lib. III, cap. II.

nera como los Incas ensancharon sus dominios y de la organizacion política y social que les dieron limitándome á decir de cada monarca lo que más generalmente se asegura que hizo. Aun así no estoy seguro de guardar en la relacion de los hechos un órden rigorosamente cronológico.

Manco Capac, á lo que parece, no recurrió nunca á la fuerza. Redujo las gentes del Cuzco por la palabra y el ejemplo, la magnificencia de su traje, el orígen casi divino que se atribuía y la autoridad que le daba el mayor conocimiento de la agricultura y las artes. Las enseñaba á sangrar los ríos y regar los campos, á vivir en comun, á someterse al yugo de las leyes, á rendir culto preferente al Sol y dejar los sacrificios de sangre; y las cautivaba de modo que tenía en cada vasallo un apóstol. Fué así extendiendo su poder al Oriente hasta el río Paucartampu, al Occidente hasta el Apurimac y al Mediodía hasta Quiquijana. Fundó, dicen, más de cien pueblos, los mayores de cien casas, entre ellos la capital, que dividió en Hanan Cuzco y Hurin Cuzco (Cuzco alto y Cuzco bajo) y subdividió al decir de algunos en los cuatro barrios con que lo conocieron los españoles.

Reinó Manco Capac del año 1021 al 1062, y dejó por heredero á su hijo Sinchi Roca, que murió el 1091. Sinchi Roca, segun parece, tampoco empleó las armas. Era, dicen, valiente, veloz en la carrera, ágil en el salto, diestro en el uso de la honda, duro para la lucha; pero no tuvo necesidad de poner en ejercicio estas facultades para engrandecer su imperio. Lo llevó hasta Chuncara, veinte leguas al Sur de Quiquijana, sin más que ir ganando tribus por la persuasion y la política. Cautivábalas con los beneficios de que ya otras gozaban, se los procuraba luégo que se ponían bajo su mano y no les daba motivo para que desearan recobrar la independencia. Le atribuyen algunos la formacion del primer censo y la division en cuatro grandes provincias de la tierra de Tahuantinsuyu; mas lo tengo por prematuro.

Lo que se da como cierto es que á ejemplo de Manco Capac se casó Sinchi con su hermana Mama Cora, y de ella tuvo á Lloque Yupanqui. Este Inca no fió ya sus triunfos á la sola fuerza de la palabra. Halló un ejército organizado por sus predecesores, y salió á campaña dispuesto á obtener por la guerra lo que por la paz no pudiese. Sometió sin combate á los canas; pero no á los ayaviris, que, despues de vencidos en batalla, se recogieron y fortificaron en su pueblo. Hubo de ponerles cerco, rechazar una salida en que pelearon desesperadamente, pedir más tropas al Cuzco y reducirlos por hambre. Ya que lo hubo conseguido, para impedir que se sublevaran empleó, segun se asegura, dos medios que despues formaron parte de la política militar de los Incas: construyó una fortaleza y substituyó á los ayaviris que habían muerto por colonos que sacó de otros puntos del Imperio. Fortaleza es *pucara* en lengua quichua: *Pucara* se llamó desde entónces el pueblo que había ó se formó al pié de la ciudadela.

En otra expedicion bajó Lloque á la tierra de los collas, tribus numerosísimas, que se preciaban de haber salido, cuál de una cueva, cuál de una fuente, cuál de un rio, cuál del lago de Titicaca. Las que tal origen se daban no habían de hallar imposible que viniesen del Sol los Incas: bien porque los moviese esta consideracion, bien porque se agradasen de las proposiciones de Yupanqui, bien porque temiesen y escarmentasen en la cabeza de los ayaviris, se entregaron sin resistencia. Otro tanto hicieron más tarde las de Chucuytu y cuantas poblaban las márgenes del desaguadero de la gran laguna. Recibía el Inca afablemente á los curacas, es decir á los jefes, les daba de sus vestidos y sus joyas y los confirmaba en el mando con tal que se presentasen á rendir culto al Sol y cumplir y hacer cumplir sus leyes.

Permaneció Lloque Yupanqui algun tiempo entre los collas; pero no sin proseguir sus afortunadas conquistas. Puso á las órdenes de uno de sus hermanos un ejército de diez mil hombres, y le mandó que lo llevara hácia Occidente, hácia la cordillera que sirve de muro á las costas del Pacífico. En sólo tres años lo vió llegar á las vertientes de los Andes, vencidas y sujetas las ciento y una bárbaras tribus, que había en más de veinte leguas.

Respetable era ya el Imperio, puesto que de Este á Oeste se extendía desde el Paucartampu á la Sierra y de Norte á Sur desde el Cuzco al fin del río Desaguadero. Empezaba á serlo tambien su capital, donde había ya templo para el Sol, alcázares para los emperadores y calzadas que habían de unir más tarde los cuatro extremos de la Monarquía. No habían de parar, sin embargo, aquí los progresos de los Incas.

El año 1126, segun la cronología que sigo, subió al trono Mayta-Capac, hijo de Lloque Yupanqui y de Mama Cava, que lo era, al decir de Balboa, del cacique de Uma. Prosiguió las conquistas de sus mayores, y, si damos crédito á este escritor, venció en tres batallas, viviendo aún su padre, á los allcay-huillcas á quienes había ofendido. Ya emperador, bajó con doce mil soldados al río Desaguadero, lo pasó en balsas y empezó por reducir las tribus de Hatunpacasa. No halló resistencia sino en Cacyaviri, donde multitud de régulos se hicieron fuertes en la cumbre de un cerro que tenían por sagrado. Limitóse al principio á ponerles cerco y defenderse de los ataques casi diarios que le daban; pero, como los viese cada vez más envalentonados, los acometió un día con tal ímpetu, que hizo morder á muchos el polvo de la tierra. Llegaron á creer los cercados que se habían vuelto contra sí sus propias armas; así que se decidieron á ir á pedirle gracia, los niños y las mujeres delante, despues los ancianos, detrás la plebe, por fin los capitanes con los piés desnudos, las manos atadas y sendas sogas al cuello. Obtuvieron para sí los caciques el perdon que no se habían atrevido á solicitar sino para sus vasallos, y hasta se vieron confirmados en sus señoríos: hecho que bastó para que se rindieran al Inca las tribus del contorno.

Repasó Mayta Capac el Desaguadero, y desde Hatun-Colla envió á Occidente

un ejército con órden de atravesar el despoblado de Hatunpuna y reducir los pueblos que estaban al otro lado de los Andes y miraban al Pacífico. No tardó en saber que habían caído bajo su mano las comarcas de Cuchuna y Moquehua. Los naturales habían concentrado sus fuerzas en un monte, como los de Cacyaviri, y despues de cincuenta días de sitio se habían debido entregar por hambre. Los temió, sin embargo, y estableció allí dos colonias.

Años despues Mayta bajó á Pucara, y sometió sin combate la tierra de Llaricasa, Sancavan y Pacasa, que medían gran número de leguas. No dió con gente armada sino cuando ya en el camino de Umasuyu quiso vadear el río Huaychu. Estaban allí sobre catorce mil collas resueltos á disputarle el paso. Inútilmente los convidó á la paz y les manifestó como á todos que no iba con deseo de oprimirlos sino de sacarlos de la torpe idolatría y de la bajeza y miseria en que vivían; cuanto más blandamente los trataba, más los ponía animosos y soberbios. Hubo de resolverse por fin á combatirlos, y los halló tan bravos que en todo un día de batalla no pudo decidir en favor suyo la victoria. Les mató con todo tanta gente y los dejó tan quebrantados, que al otro día, en vez de renovar el combate, fueron, como los de Cacyaviri, á implorarle perdon sin mantas, destocados y descalzos. Sabía Mayta los efectos de la generosidad, y fué con ellos generoso. Todos los pueblos desde Huaychu á Callamarca, espacio de treinta leguas, depusieron de resultas las armas. Moviólos, ademas de la magnanimidad del Inca, la mucha sangre vertida.

Fuese Mayta por el camino de las Charcas hasta Caracollo. Todas las tribus á uno y otro lado del camino se apresuraron á rendirle homenaje. Revolvió luégo al Oriente, hácia los Andes, y ganó el valle de Chuquiapu. Como lo creyese apto para el cultivo del maíz, llevó allí de tierras ménos feraces multitud de gente. Regresó por las faldas de la Sierra al Cuzco, donde le recibieron con grande aplauso.

No se dió aún por satisfecho el ambicioso Inca. A los dos ó tres años emprendió una campaña al Occidente. Levantó sobre el Apurimac un puente de bejucos de doscientos pasos, y á la cabeza de doce mil hombres ganó la otra márgen. No hubo adelantado poco con sólo haber hecho el puente. Al verlo construido se maravillaron de tal modo los chumpihuilcas, que lo creyeron obra de dioses. Allanáronsele desde luégo los más, tanto que no encontró resistencia sino en Villilli, donde le bastaron doce ó trece días de sitio para vencerlos. Atravesó luégo el despoblado de Contisuyu, y en una ciénaga, ancha como de tres leguas, que impedía el paso del ejército, construyó en días con piedra y césped una calzada que no tenía ménos de seis varas de latitud por dos de altura. Por ella pasó á la tierra de Allca.

En Allca le disputaron los indígenas el paso de asperísimas cuestas que por sí solas bastan á imponer almas de vigoroso temple. Dos meses luchó con ellos Mayta: pero con tan buena suerte, que no dejó ni un solo día de ganar

terreno. Viendo lo cual los alleas, convencidos de que si no le podian detener donde tanto les ayudaba la naturaleza, ménos le habian de vencer luégo que consiguiese tramontar el cerro, se le sometieron todos creyéndole verdaderamente hijo del Sol y superior á los demas hombres. No paró ya Mayta hasta llegar al valle de Arequipa, donde puso término á sus conquistas y estableció sobre tres mil familias, agradado de la templanza del clima y la fertilidad del suelo.

Monarca más batallador ni más afortunado en sus empresas le habrá difícilmente habido. La dificultad está en saber la autenticidad de los hechos que se le atribuyen. Segun Balboa, no emprendió Mayta Capac guerra alguna; segun Montesinos, nada notable se conoce de su reinado. [1] ¿Quién estará en lo cierto? En esta historia de los Incas sigo principalmente á Garcilaso de la Vega. Se disminuye hoy la autoridad que se le concedió en otros días; pero injustamente. No dispuso de mayores medios para descubrir la verdad ninguno de sus contemporáneos; tampoco ninguno de los que después escribieron. ¿Se ha descubierto acaso nuevas fuentes para esta historia? Garcilaso era Inca y había recogido de labios de sus mismos padres la tradicion quichua, conocía la lengua del país y había tenido ocasion de consultar á los quipucamayos: nadie pudo recoger mejor lo poco ó mucho que de los Incas se supiese. Es de temer que le hiciesen parcial el espíritu de nacion y el de familia; pero la parcialidad suele estar más en la apreciacion que en la averiguacion de los hechos. Despues de todo hay aquí una verdad indiscutible: que los Incas extendieron sus dominios desde el Maule al Ancasmayu. Porque en esta larga série de conquistas se atribuyan á un rey las que otro pudo llevar á cabo ¿se ha de alterar sustancialmente el fondo de la historia?

Fué reemplazado Mayta Capac en el año 1156 por su hijo primogénito Capac Yupanqui, á quien había tenido de Mama Cuca, su hermana y mujer legítima. Capac Yupanqui temiendo, segun Balboa, que sus numerosos hermanos no le disputasen la corona, los reunió en el palacio de Curicancha, les exijió juramento de serle fieles y los obligó á que le pusieran una por una todas las insignias del Imperio. Sus hermanos le ciñeron la borla colorada, sus hermanos le entregaron el cetro, sus hermanos le vistieron el manto y sus hermanos le calzaron las sandalias. [2]

Aún así no pudo evitar Capac Yupanqui, segun Montesinos, que Putano-Uman, uno de los hermanos de quienes más recelaba, hiciese causa comun con los descontentos, procurase ganar con dádivas las tropas y fraguase una conspiracion para destronarle. Barruntólo por su fortuna á tiempo, y lo descompuso invitando á su mesa á los que por sus sospechas parecían ser los principales conjurados. Les hizo servir chicha hasta embriagarlos y arrancarles el secreto; y,

[1] BALBOA. *Historia del Perú*, cap. II.—MONTESINOS. *Memorias Históricas del Perú*, cap. XIX.

[2] BALBOA. *Historia del Perú*, cap. III.

ya que lo hubo conseguido, mandó que enterrasen vivo al jefe y arrojaran á los demas en fosos poblados de serpientes, leones y tigres. [1]

Libre ya Capac Yupanqui de estos cuidados, que tal vez nunca le hubiesen turbado el sueño, visitó, á lo que parece, las provincias todas con propósito de corregir abusos y reparar agravios. Tales cosas hubo de hacer entónces en pró de los pueblos y tal fama hubo de adquirir áun en las vecinas tribus, que, segun Garcilaso, dilató no ménos que su padre los dominios del Imperio casi sin necesidad de hacer uso de las armas.

Resolvióse á conquistar ante todo la tierra de Yanahuara, sita al Occidente del Cuzco; y al efecto hizo construir sobre el Apurimac, en Huacachaca, otro puente de mimbres. Pasólo con veinte mil soldados, entró en la comarca objeto de su codicia y fué recibido en todas partes con general entusiasmo. Ya en Piti, pueblo el más inmediato á la frontera, le aclamaron hombres, mujeres y niños como su Mesías; en los demas se siguió el ejemplo. Media Yanahuara veinte leguas de Norte á Mediodía y quince de Oriente á Occidente: se le rindió toda sin oponerle el menor obstáculo.

Atravesando luégo un extenso despoblado, invadió Capac Yupanqui la tierra de los famosos aymaras, áspera, de cerros altísimos coronados de nieves eternas, fría, sin riego por bajar muy profundas sus aguas y, sin embargo, poblada y llena de animacion y vida. Tropezó al pasar la frontera con doce mil hombres de armas que se habian recogido con sus familias en la cumbre del Mucansa; pero los venció con sólo cercarlos y prometerles que los libraría de los ataques de los belicosos umasuyus. No encontró ya más resistencia, é hizo desde luégo suyo un territorio, si pobre en cereales, rico en oro y plata, que tenía quince leguas de ancho por treinta de largo.

Citó desde Huaquirca á los caciques umasuyus para que compareciesen á ventilar las cuestiones de pastos que los mantenían en constante guerra con los aymaras; y, aunque de pronto no consiguió que le obedecieran, ántes los halló provocativos y soberbios, los obligó á pedirle perdon con caer sobre ellos á la cabeza de ocho mil hombres mucho ántes de que hubieran podido apercibirse á la defensa. Puso mojones entre las dos provincias, y volvió triunfante al Cuzco, donde entró llevado en andas de oro por los curacas que acababa de someter al Imperio.

Cinco años despues Capac Yupanqui organizó otra expedicion á Poniente. Reunió un ejército de veinticinco mil hombres y lo puso al mando de su hermano Auqui Titu y de cuatro maestres de campo que escogió entre sus más próximos deudos. Lo acompañó hasta el puente de Huacachaca, y allí lo despidió encargando á los generales que no olvidasen la política de sus mayores, reducida á ganar los pueblos más por la palabra que por la espada.

---

[1] MONTESINOS, *Memorias sobre el antiguo Perú*, cap. XX.

Tres comarcas ganó de improviso Auqui Titu: La de Cotapampa, la de Cotanera y la de Huemampallpa, las tres habitadas por los quichuas. Se adelantaron en las tres los indígenas á los pasos del ejército, y se entregaron diciendo que, como hubiese tardado un año más el Inca en visitarlos, habrían ido al Cuzco á prestarle obediencia. Estaban cansados de vivir en contínua guerra, y deseaban un poder capaz de mantenerlos en paz y concordia.

Pasó despues Auqui Titu los tres brazos del Abancay, atravesó el despoblado de Huallaripa y bajó á los Llanos, es decir á las costas del Pacífico. Son lo más de aquellas costas vastos y secos arenales, lo ménos unos valles á que dan vida algunos ríos. Fué sucesivamente ganando los valles de Hacari, Uviña, Camana, Caravilli, Picta, Quellca y otros hasta sesenta leguas: todo sin verter sangre. Cosa de extrañar por cierto si á la fama y la autoridad de los Incas no hubiese que añadir lo impotentes que se habían de sentir pueblos aislados y bárbaros contra ejércitos de veinte y veinticinco mil hombres sujetos á disciplina y táctica.

Satisfecho quedó Capac Yupanqui de esta campaña de su hermano; pero no tardó en abrir otra que dirigió personalmente llevando consigo á su primogénito. Descendió á la laguna de Paria, transigió las diferencias entre dos poderosos caciques, los recibió por vasallos y redujo con ésto no sólo las tierras en que mandaban sino tambien las contiguas: Poco-ata, Murumuru, Maccha, Caracara y todas las que corren á Oriente hasta la cordillera de los Andes. Aun al otro lado de los Andes extendió sus conquistas: llegó hasta los últimos confines de las provincias de Tapacari y Cochapampa.

Suspendió aquí la expedicion y volvió al Cuzco; pero la continuó al otro año haciendo un puente de paja y enea en el Desaguadero, pasando de Cochapampa á Chayanta, ocupándola primero bajo condicion y luégo en absoluto, entrando en Charca, y apoderándose por fin de los pueblos que ya entónces comprendía esta provincia; pueblos todos que se le fueron entregando sólo para que los librase de las invasiones de bárbaros que los tenían en constante alarma y perenne desasosiego.

A Mediodía no llevó ya más allá sus tropas Capac Yupanqui. Las llevó en otra campaña al Norte, hecho que no es á la verdad para que pase desapercibido á los ojos del que me lea. Al Norte no se había atrevido hasta aquí ningun Inca á ensanchar sus dominios. Se temía las tribus que lo habitaban y se las dejaba quietas por temor de que hostilizadas no tomasen la ofensiva. Así el Imperio no llegaba en esta direccion sinó hasta Rimactampu, á siete leguas del Cuzco. Retiró ahora Capac Yupanqui por medio de su hijo Roca otras once leguas más allá de las fronteras de Tahuantinsuyu, y ésto no debió de ser de escasa monta. Nos lo deja ver la cautela con que aquí procedió este príncipe, en otras expediciones tan aventurado y resuelto.

Torció pronto Roca á la izquierda, y, avasallando fácilmente las comarcas de

Sura, Apucara y Rucana, bajó á la costa por la parte que mira al valle Nanasca, valle desde el cual corrió la tierra hasta Arequipa. Creyó ménos duras y peligrosas las conquistas al Oeste, y las hizo realmente con ménos trabajos y menores riesgos. Algo, con todo, se hubo de temer de Nanasca, puesto que Yupanqui trasladó parte de los que lo habitaban á las riberas del Apurimac, á la cálida region que este río baña desde el camino del Rimac al Cuzco.

¿Había tomado ya poca extension el Imperio? De Norte á Sur, desde más allá de Rimactampu á Totora, no tenía ménos de ciento noventa leguas; de Este á Oeste medía en algunas partes hasta setenta. Era ya considerable el número de las tribus y las provincias sojuzgadas. Verdad es que llevaba ya el Imperio cerca de dos siglos de existencia. Murió, á lo que parece, Capac Yupanqui el año 1197.

Había casado tambien este Inca con una hermana, Mama Curi-Illpay, de quien había nacido Inca-Roca. Inca-Roca, que tanto le había ayudado en las últimas expediciones militares, le sucedió en el trono.

Siguió este emperador las huellas de su padre, y no fué ménos afortunado en sus empresas. Despues de haber visitado con detencion las provincias abrió una campaña contra los pueblos del Norte. Hizo otro puente sobre el Apurimac, lo pasó con veinte mil soldados, y, al llegar al valle de Abancay, marchó hácia Sierra Nevada sometiendo al paso á Tacmara y Quinualla. Pasó de allí á Cochacasa, de aquí á Curampa, y se entró luégo por Antahuaylla, hoy Andahuaylas, asiento principal de los numerosos y temidos chancas, no ménos bravos que ricos.

Los chancas se extendían, no sólo por la region de Andahuaylas, sino tambien por las de Hancohuallu, Utunsulla, Uramaca y Huillca. Se jactaban los de Andahuaylas de proceder de un leon, y los demas, quiénes de un lago, quiénes de una fuente, quiénes de un cerro. A lo que consideraban como su orígen, á eso rendían culto. De dónde procediesen no lo sabían ya ni ellos mismos. Habían venido al parecer de lejanas tierras arrollando cuántas tribus les salían al encuentro y terminando por rechazar y arrinconar á los quichuas, que por esta razon los odiaban de muerte.

Inca-Roca dirigió á los chancas la intimacion de costumbre. El Sol, les decía, es el alma del mundo y el padre de los Incas: vengo á vosotros para que, renunciando á vanas idolatrías, le adoreis sólo á él y me presteis obediencia. Alborotáronse mucho con este mensaje los chancas, que, léjos de ser vasallos de nadie, tenían por costumbre avasallar á las gentes; pero no todos opinaron por acudir á las armas. Temían unos á Roca y otros, más que á Roca, la venganza de los quichuas que con él iban. Impaciente el Inca al ver que tardaban en resolverse, dejó la súplica por la amenaza y sin esperar á que le respondiesen mandó á sus maestres de campo que con parte del ejército pasasen la frontera. No necesitó de más para que se le rindieran primero los de Andahuaylas y despues los de Han-

cohuallu, Huillca y Uramarca; pero no les ganó el corazon como se lo habían ganado sus mayores á otros muchos pueblos. Se lo ganó aún ménos que a los otros á los de Hancohuallu y Huillca, que eran de suyo soberbios y sacrificaban á los dioses sus propios hijos. No puede el Sol tolerar, les dijo, que se violen las leyes de la naturaleza ni se vierta en holocausto la sangre del hombre: os pasaré á cuchillo y poblaré la tierra con mejores padres si insistís en tan bárbaros ritus.

De todos los chancas los más tenaces en conservar su independencia fueron los de Sulla y Utunsulla, que estaban al Poniente. Tres años se cuenta que empleó Roca en domarlos, bien que sólo por las estratagemas de la política y la fuerza de la palabra.

Volvió Roca al Cuzco, y, aunque no tardó en proseguir sus conquistas, las hizo ya, no por sí mismo, sino por medio de su hijo Yahuar-Huacac, á quien había tenido de Mama Micay, su hermana y mujer legítima. Yahuar-Huacac á la cabeza de quince mil hombres pasó por mandato de su padre el río Paucartampu, límite oriental del Imperio, y caminó en direccion á los Andes. Ganó á Challapampa, y luego á Pillcupata, donde estableció cuatro colonias; y bajando despues por la cuesta de Canac-Huay, que tiene cinco leguas de largo y por lo pendiente y rápida pone espanto en el corazon más firme, cayó sobre Hahuisca y Tunu, donde encontró los primeros arbustos que producen la celebrada coca. Treinta leguas de territorio añadió por esta breve campaña al Imperio: si no avanzó más, fué porque se lo impidieron, no los enemigos, sino las ciénagas de los llanos y la maleza de los montes.

Otra expedicion organizó aún Inca Roca, y ésta la llevó personalmente á cabo. Recogió hasta treinta mil hombres, nombró seis maestres de campo, dejó á su hijo Yahuar el gobierno del Cuzco y trasladándose á la laguna de Paria emprendió la conquista de las Charcas, que se extendían á Oriente hasta Chuquisaca. Dividiéronse tambien los naturales en dos bandos al oír las intimaciones del Inca; pero al fin prevalecieron sobre los fogosos ímpetus de los jóvenes los consejos de los ancianos y se fueron sucesivamente sometiendo Chuncuri, Pucuna, Muyumuyu, Misqui, Sacaca, Machaca, Caracara y otras muchas tribus.

No hizo ya Inca Roca más expediciones. Fundó á su regreso al Cuzco escuelas, promulgó leyes y mejoró hasta donde pudo la administracion del Imperio; y á poco murió llorado, no sólo por los suyos, sino tambien por todo el pueblo.

Yahuar Huacac, que le sucedió, puso los piés en el trono el año 1249. YAHUAR en lengua quichua significa *sangre*; HUACCAC, participio de presente del verbo huaccani, *el que llora*; YAHUAR HUACAC, el que llora sangre. Se ha querido explicar por qué se llamaba así á este Inca, y se ha dado márgen á multitud de consejas. Dicen unos que Yahuar lloraba ordinariamente sangre; otros que no la lloró sino de niño. Infante aún, refieren éstos, fué robado del palacio del Cuzco por enemigos de su padre. Observaron al querer darle muerte que vertía lágrimas de sangre; y, considerándolo como un sér asombroso, le respetaron y

áun le volvieron á Curicancha. Otros, y tal vez sean los que más á la verdad se acerquen, atribuyen el nombre á que el Príncipe padecía de los ojos y los traía siempre sangrientos.

De esta particularidad, segun Garcilaso, se habían sacado tristes agüeros, tanto que el Inca apénas se atrevía á emprender cosa de importancia. Yahuar Huacac, dice Balboa, nada hizo en su reinado como no fuera entregarse á los placeres y acortar por sus lúbricos excesos los dias de su vida. Yahuar, escribe Montesinos, fué tan prudente y pacífico, que no recurrió á la fuerza ni áun para aplacar desórdenes y tumultos. [1] Tambien Garcilaso nos le pinta gobernando con justicia y mansedumbre, tratando á los súbditos mejor que ninguno de sus antecesores y visitando con frecuencia los pueblos; pero no de tal modo que á pesar de la desconfianza en su propia suerte nada intentara por dilatar los dominios de los Incas. Asegura que deseoso de ensancharlos al Sudoeste envió Yahuar al valle de Arequipa un ejército de veinte mil hombres que á las órdenes de uno de sus hijos avanzó hasta que hubo ganado á Tacama.

Preparaba todavía el Inca otra expedicion, segun el mismo Garcilaso de la Vega, cuando fué á distraerle y preocuparle la dura y aviesa condicion de su primogénito. En vano, á lo que parece, le aconsejaba y le reprendía poniéndole de relieve las buenas cualidades que habían reunido cuántos se habían sentado hasta entónces en el trono del Cuzco; le veía cada vez, si más bravo, tambien más cruel y más fiero. Irritado porque no podía corregirlo, no sólo le echó, se dice, de su casa y corte, sino que tambien le condenó á pacer con otros pastores los ganados del Sol en las cercanas dehesas de Chita. ¿Quién le dijera que en él había de encontrar más tarde su caida y la salvacion de su Imperio?

Aquellos feroces chancas, que con tan mala voluntad habían doblado la cabeza al yugo de Inca Roca, estaban fraguando hacía tiempo una vasta conspiracion para sacudirlo. Enlazados por un mismo interés y un mismo pensamiento, trabajaban todos, así los de Levante como los de Poniente, con el mayor ahinco y el mayor secreto. Ya que se creyeron bastante fuertes, de improviso y ántes que pudiera sospecharlo nadie, se levantaron como un solo hombre, mataron á los que los gobernaban por los Incas y bajaron en número de cuarenta mil sobre la ciudad del Cuzco.

Iban capitaneados por Ancohuallu y dos hermanos que llevaban el apellido Huaraca; é infundieron con sólo pasar la frontera un terror tal en los Incas, que Yahuar Huacac abandonó precipitadamente la capital y fué á recogerse con las más fuerzas que pudo en cierta angostura que había cinco leguas al Mediodía, en la angostura de Muyna. Eran los chancas, á lo que se ve, para el Cuzco lo que los galos para Roma; mas no el Cuzco para los chancas lo que Roma para los galos.

[1] Balboa, cap. III.- Montesinos, cap. XXII.

No faltó, con todo, quien viniera á poner coto á tanta cobardía y levantar los ánimos. El príncipe pastor de Chita, apénas se enteró de los sucesos y sobre todo de la fuga de su padre, se dirigió á Muyna y censuró agriamente la conducta de Yahuar Huacac delante de todos los Incas. «¡Cómo! le dijo: al sólo anuncio de que se ha rebelado una pequeña parte del Imperio abandonais el Cuzco? Siendo hijo del Sol, entregais á los bárbaros para que lo pisen y las violen el templo y las vírgenes de vuestro padre? Y ¿todo por salvar la vida? No la quiero si no la he de llevar con honra. Iré más allá del Cuzco, é interpondré siquiera mi cuerpo entre los bárbaros y la ciudad sagrada.»

Se exaltan al oirle los Incas, y se comprometen más de cuatro mil á seguirle hasta la muerte, y la corona pasa por este solo hecho de las sienes de Yahuar Huacac á las de su hijo. [1]

---

[1] GARCILASO DE LA VEGA, *Historia General del Perú*, tomos I y II.—LORENTE, *Historia Antigua del Perú*, cap. II.—ALCEDO, *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales*.

CAPÍTULO XXII

Huiracocha.—Se presenta como favorecido por el cielo.—Acampa una legua al Norte del Cuzco.—Recibe refuerzos de los quichuas y otros pueblos.—Da la batalla de Yahuarpampa.—Importancia de esta batalla.—Conducta de Huiracocha con los vencidos.—Entrada triunfal de los vencedores en el Cuzco.—Falta de piedad filial en Huiracocha.—Huiracocha es, no obstante, adorado como Dios.—Los pueblos [illegible].—Pone un ejército á las órdenes de su hermano Pahuac Mayta y lleva hasta la frontera de Tucuman las armas del Imperio.—Capitanea otro ejército y ocupa varias comarcas al Norte de los Chancas.—Baja á la costa.—Llega hasta Tarapacá.—Baja á las Charcas y ocupa Tucuman.—Levanta monumentos y coloniza el país de los Chancas.—Le sucede su primogénito Urco y á éste su hermano Pachacutec.—Tierras que conquistó, aunque no personalmente, este emperador.—Gana sin combate á Jauja; con [illegible] á Tarma; Pumpu, con mucha dificultad á Chucurpu.—Resistencia de Huaras, Piscopampa y Cunchucu.—Entrega espontánea de Huamachucu.—Rendicion de Caxamarca.—Sumision de Yuayu.—Entrada de los vencedores en la Capital.—Expediciones á las costas del Pacífico.—Se rinden sin resistencia los valles de Ica y Pisco; despues de muchos combates el de Chincha.—Defiende Chuquimancu los de Runahuanac, Huarcu, Malla y Chilca y sucumbe sólo á instancia de sus pueblos.—Cuismancu, jefe de otros cuatro valles, se entrega mediante un tratado por motivos puramente religiosos.—Seis años despues prosigue Pachacutec sus conquistas por medio de su hijo Yupanqui.—Conquista de Parmunca, Huallmi, Sancta, Huanapu y Chimu.—Obras públicas, leyes y sentencias de Pachacutec.—Le sucede su hijo Yupanqui.—Yupanqui se esfuerza ante todo por domar los pueblos bárbaros al Oriente de los Andes.—Logra algo de los moxos; nada de los chiriguanas.—Baja á Chile.—Atraviesa su ejército el desierto de Atacama y se apodera con poco esfuerzo de Copiapó.—Gana despues á Coquimbo.—Pasa el Maule y despues de una sangrienta batalla tiene que repasarlo.—Quedan las orillas del Maule por frontera meridional del Imperio.—Asamblea religiosa de que habla Balboa.—Sus acuerdos.—Sucede á Yupanqui su hijo Tupac-Yupanqui.—Tupac Yupanqui se dirige primeramente contra los pueblos al Nordeste del Cuzco.—Campaña de Huacrachucu.—Campaña contra los chachapoyas.—Los muyupampas y los cascayuncas se entregan al ver á los chachapoyas vencidos.—Campaña contra Huancapampa y otras comarcas.—Huanuco.—Guerra de Quito [1].

EL nuevo Inca se presentaba como protegido por el cielo. «Estando en Chita, contaba, se me apareció un sér misterioso con túnica hasta los piés y barba á la mitad del pecho, que llevaba de la mano un animal de rara y desconocida forma. Me dijo que se llamaba Huiracocha, y era hijo del Sol y hermano de Manco-Capac y Mama-Oello. Me reveló la conjuracion de los chancas, y me ofreció su apoyo para todas mis empresas. En vano avisé el peligro á mi padre: mi padre no quiso oirme. Ved ahora, sin embargo, á los chancas en armas.» Como protegido por el cielo le consideraron á poco los súbditos; y le cambiaron el nombre por el de Huiracocha.

Estableció el Inca Huiracocha su campo una legua al Norte del Cuzco en una pequeña llanura. Reunió allí hasta ocho mil hombres. Escasas tropas eran para tan poderoso enemigo; mas esperaba suplir por la estrategia la falta de fuerza. Al saber á los chancas en las

[1] Fuentes generales de este capítulo: GARCILASO DE LA VEGA, *Historia General del Perú*, tomos III y IV.—ALCEDO, *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occidentales*, artículos relativos á los pueblos de que aquí se trata.—HERRERA, *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, década 5.ª

márgenes del Apurimac les quiso disputar los pasos difíciles que hay desde aquel río á lo alto de Huillacunca. Desistió de su intento por haberle venido un socorro que no esperaba. Los quichuas, que, como he dicho, aborrecian de muerte á los chancas, no bien habían tenido noticia del alzamiento, cuando habían excitado á la guerra no sólo las suyas sino tambien las vecinas gentes. Quichuas, aymaras, cotapampas, cotaneras habían organizado de improviso un ejército. Doce mil soldados acababan de llegar al campamento del Inca, y estaban otros cinco mil en camino.

Con este refuerzo no pensó ya Huiracocha en mover sus reales. Resolvió esperar á pié firme al enemigo, y por de pronto no dispuso sino que los cinco mil hombres se emboscasen en unas quebradas próximas. Permaneció tranquilo aún cuando vió asomar á los chancas por la cumbre de Rimactampu.

Bajaron los chancas lentamente para dar tiempo á que llegase la retaguardia: mas, ya que llegó, no tardaron en acometer al Inca. Largo y sostenido fué el combate: á las cuatro horas de empezado no se había aún decidido la victoria por ninguno de los dos campos. Ordenó entónces Huiracocha á los emboscados que atacasen por el flanco derecho. Descompusiéronse algun tanto los chancas y aún retrocedieron; mas se recobraron pronto y sostuvieron con más ardor que nunca la batalla. No desmayaron sino cuando vieron que llegaban sin cesar al Inca gentes de refresco. Al rumor de la pelea y al temor de que venciesen los bárbaros acudían á Huiracocha en pequeños grupos, así de la Capital como de los alrededores, multitud de Incas dispuestos á morir por su libertad y su patria. Resistieron aún los chancas, pero al fin sucumbieron. Tan encarnizada fué la pelea, que la llanura tomó desde aquel día el nombre de Yahuar-pampa, campo de sangre. Se dice si perdieron los chancas más de veinte mil hombres: ocho mil Huiracocha.

¿Habrá exageracion en el relato? La batalla fué tan importante, que la pudieron recoger de lábios del pueblo todos nuestros primitivos historiadores de Indias. La mencionan todos, aunque algunos atribuyéndola á distintos Incas: y raro es el que no la exorna con algun hecho maravilloso. Distínguese en esto principalmente Montesinos. El Inca, segun él, para alentar á sus soldados les dijo haber recibido del Sol tres varillas doradas, cinco pedazos de cristal y una hermosísima honda. Dió la señal de combate disparando uno de los cinco cristales y dos de las tres varillas, y al sonar las trompetas no parecía sino que temblase la tierra.

Convienen los más de los historiadores, no sólo en lo principal de la batalla, sino tambien en algunos de los accidentes. Están, por ejemplo, acordes en que cayeron bajo las manos del Inca uno ó más jefes de los chancas. En lo que ya difieren es en el uso que se hizo de la victoria. Montesinos pretende que de la piel de varios caciques mandó hacer Huiracocha tambores de guerra, y el día de su entrada en el Cuzco llevaba al general de Andahuailas desnudas las carnes,

las manos atadas y en el cuello una coyunda. Al llegar á la plaza de Curicancha, añade, pronunció el Inca la sentencia contra los rebeldes: mandó que les arrancasen el corazon, quemasen los cadáveres y esparciesen las cenizas al viento. No fueron condenados á muerte, al decir de Balboa, sino los dos hermanos Huaraca; sus cráneos, segun él, sirvieron en cambio desde entónces de copa al Inca. [1]

Cieza de Leon y Garcilaso, léjos de hacer á Huiracocha ni tan cruel ni tan severo, le pintan magnánimo despues de la batalla. Huiracocha, escribe Garcilaso, mandó al punto recoger los heridos y enterrar los muertos de los dos campos. No retuvo de los prisioneros sino á los Huaracas y al general Hancohuallu para presentarlos al Cuzco á manera de trofeo: los puso despues en libertad y los restableció en el señorío de que gozaban por derecho de sangre. Eligió seis mil soldados y corrió con ellos la tierra de los chancas; mas solo para calmar los espíritus convenciéndolos de su clemencia, no con palabras, sino con obras. Derramaba mercedes á manos llenas, principalmente sobre las viudas y los huérfanos de los que habían sucumbido en Yahuarpampa; y logró que le recibieran con entusiasmo los ayer enemigos.

Huiracocha, segun el mismo Garcilaso, no hizo su entrada solemne en el Cuzco sino despues de esta visita á los chancas. Sobre como la hizo hay tambien discordancia. Segun Montesinos, iban delante del Inca la muchedumbre aclamándole, tambores y trompetas asordando los aires, dos mil hombres en órden de batalla ceñidas las sienes de ricos penachos, otros cuatro mil soldados conduciendo gran número de capitanes y de caciques prisioneros, el general Andahuailas como ántes le pinté, atado y con la coyunda al cuello, tres mil nobles soberbiamente vestidos marchando al son de instrumentos que ponían espanto, cincuenta hermosas jóvenes de las primeras familias con ramos y guirnaldas en las manos, sus viejos padres barriendo y sembrando de flores el camino. Llevaban al vencedor en andas ocho de los primeros personajes del Imperio; le defendían de los rayos del Sol dos príncipes con parasoles hechos de las brillantes plumas que daban en tributo los Andes. Estaban los mangos de los parasoles guarnecidos de piedras preciosas; las andas, de telas primorosamente tejidas. Iba el Inca con todas las insignias de la soberanía: en la mano el cetro, en la cabeza la borla colorada y una como corona de oro. Seguían detras, todos en andas, príncipes, pallas, consejeros. Los espectadores cubrían las llanuras y colinas todas del Cuzco y declaraban á voces el valor del Inca y la traicion de los vencidos. [2]

Garcilaso da otro color á la fiesta. Segun él, entró en la Capital Huiracocha, no como Inca, sino como soldado. Bajó á pié la colina de Carmenca acompañado

[1] Montesinos, *Memorias sobre el antiguo Perú*, cap. XXII.— Balboa, *Historia del Perú*, c. IV.

[2] Montesinos, loc. cit.

de sus capitanes y seguido de sus prisioneros de guerra. Fué al entrar recibido con efusion por sus deudos, que no se cansaban de abrazarle y tuvieron á gala cunfundirse entre sus gentes. Lo fué tambien por su madre Chic-ya que le salió al paso con sus más cercanas parientas y multitud de pallas que entonaban cantares de júbilo. Unas le quitaban el polvo, otras le enjugaban el sudor de la frente, otras le echaban flores y olorosas yerbas. Se dirigió al templo, visitó las vírgenes consagradas al Sol y partió sin descanso á Muyna, donde continuaba su padre.

Que se siga la una que la otra de las relaciones, se ve de cuán grande interes no fué para los Incas el triunfo de Yahuarpampa. Haber salvado el Imperio del furor de los chancas pareció á los ojos de nobleza y pueblo tan preclaro triunfo, que no sólo se perdonó á Huiracocha que destronara á Yahuar-Capac quebrantando las leyes de sucesion y, lo que es más, las de la naturaleza, sino que hasta se le adoró como Dios. Destronó aquí el hijo al padre, le redujo á pasar el resto de la vida en palacios que con parque y jardines hizo construir para él en Muyna, y llevó su falta de piedad al punto de hacer pintar allí mismo, en una peña altísima, dos condores que recordaran á los venideros siglos el orígen de tan trágico suceso. Uno de los condores volaba á Mediodía recogidas las alas y baja la cabeza; el otro, al Norte las alas tendidas y los ojos al cielo. Aquél era el símbolo de Yahuar-Capac huyendo del Cuzco á Muyna; éste el de Huiracocha partiendo de Muyna al campo de batalla. En mucha estima se hubo de tener al hijo para consentirle que así se portara con su anciano padre.

Se adoró como Dios á Huiracocha, y Huiracocha no hubo de hacer poco á fin de impedir que sus vasallos continuaran rindiéndole culto. No á mí, les decía, sino á mi tío que se me apareció en Chita debeis volver vuestros corazones. Y para mejor conseguirlo mandó edificar en Cacha, diez y seis leguas al Sur del Cuzco, un templo á ese sér misterioso de quien aseguraba haber sabido la conjuracion de los chancas. Cuando allí fueron los españoles, allí estaba todavía la estátua de vision tan apocalíptica con su barba, su túnica y su fantástica bestia.

Huiracocha no se limitó, sin embargo, á domar rebeldes. Despues de haber sosegado á los chancas y visitado las demas provincias puso un ejército de treinta mil hombres á las órdenes de su hermano Pahuac Mayta para retirar al Mediodía las fronteras del Imperio. Bajó Pahuac Mayta á las Charcas, y en sólo tres años sin más que algunos encuentros y refriegas se apoderó de Carangas, Lipes, Ullagas y Chichas. Llevó las armas de los Incas nada ménos que hasta la entrada de Tucuman, que entónces como ahora lindaba al Poniente con tierras de Chile.

Capitaneó despues el mismo Huiracocha otro ejército y lo condujo al Norte. Pasó por Andahuailas, donde acabó de cautivar los ánimos, y sometió sin resistencia las tribus de Huaytara, Huamanga, Parcu, Picuy, Acos y otras comar-

cas. Entónces fué cuando, á lo que parece, dió principio á la acequia que desde lo alto de las sierras entre Parcu y Picuy corria hácia las Rucanas y regaba los despoblados que por allí se extienden, de más de diez y ocho leguas de travesía.

Hizo más tarde otra expedicion ó por mejor decir otro viaje. Bajó á la costa, visitó detenidamente los pueblos, castigó con severa mano á los que ya en la administracion ya en la política llenaban mal los oficios de la República, y avanzó hasta más allá de los diez y nueve grados al Sur de la Línea, hasta la region de Tarapaca. Subió de allí á las Charcas y tuvo la suerte de que Tucuman se le rindiera enviándole embajadores cargados de telas de algodon y frutos de la tierra. Recorrió por fin el Oriente, y halló en todas partes la más entusiasta acogida.

Tres años gastó en el viaje y con él puso fin a sus correrías. No volvió á salir ya del Cuzco ni pensó más que en levantar monumentos y mejorar la suerte de sus vasallos. Ensanchó el templo del Sol, construyó vastos edificios en el amenísimo valle de Yucay, que fecundan ademas del río del mismo nombre, arroyos de claras y transparentes aguas; y como supiese que Hancohuallu, mal avenido con la servidumbre, había emigrado con más de ocho mil familias y llevaba intento de establecerse en apartadas tierras, envió á la de los chancas sobre diez mil colonos tanto para disminuir la excesiva poblacion de otras regiones como para evitar otros alzamientos.

Había subido Huiracocha al trono el año 1289; se cree que muriese el 1340. Le sucedió de pronto su hijo Urco; días despues su otro hijo Titu-Manco-Capac, que tomó el nombre de Pachacutec, el que da nuevo ser al mundo. Urco sobre ser incapaz para el mando, se entregó al ceñir la borla á todo género de vicios: le destronaron los grandes y le sustituyeron por Titu.

Pachacutec no se propuso en mucho tiempo agrandar el Imperio. Empleó tres años en dotarlo de buenas leyes y otros tantos en visitarlo y corregir los abusos que lo enflaquecían. Prosiguió despues las conquistas de sus antecesores, pero, no por sí mismo, sino por su hermano Capac Yupanqui. Lo más que hizo fué acompañar sus ejércitos hasta la frontera: los acompañó una vez hasta Huillca y otra hasta Hatunrucana. Pocos Incas hubo, con todo, que ganasen más tierra: redujo por los Andes toda la que media entre Huillca y Caxamarca, unas cien leguas; por la costa la que va de Arequipa á Trujillo, sobre ciento cuarenta. Dirigió siempre sus esfuerzos al Norte, nunca al Mediodía; y, si mucho sometió luchando, mucho más persuadiendo.

En la primera campaña llevaba Capac Yupanqui treinta mil hombres. Se entró por Sausa, hoy Jauja, y la hizo desde luégo suya á pesar de habitarla tribus tan feroces como las de los huancas, que solían desollar á los prisioneros y hacer de la piel tambores, con cuyo son creían espantar á los enemigos. Estaban abatidos los huancas por sus propias guerras, é inclinaron facilmente el cuello al yugo del Inca, que les dividió en tres partes la tierra y se la deslindó y amojonó para cortar el paso á nuevas discordias.

Sólo con ligeras escaramuzas ganó despues Capac á Turma y Pumpu. Aún sin ellas sojuzgó al Oriente multitud de bárbaros que vivian esparcidos por las vertientes de los Andes sin ley ni vínculo de ningun género. No ya tan fácilmente á los de Chucurpu, que tenían en mucho su libertad y su patria. Los redujo sólo después de haber perdido en varios combates cuatro mil hombres y haber recurrido á las más temibles armas de los Incas: la generosidad y la clemencia. Les brindaba con la paz cada vez que los vencía y los regalaba y soltaba si caían en sus manos. Por medios análogos se apoderó al fin de Hancara y Huaylas.

En otra campaña, que se abrió tres años más tarde, Capac se dirigió á Chucurpu con cincuenta mil soldados. Llevaba consigo al hijo primogénito de Pachacutec, Inca Yupanqui, á fin de acostumbrarle á los peligros de la guerra. Tomó sin combate á Pincu, y halló en cambio una resistencia extremada en Huaras, Piscopampa y Cunchucu. Los caciques de estas comarcas dieron de mano á sus discordias para hacerle frente. Le salieron á los caminos, le disputaron las angosturas de los montes y ya que más no pudieron lo esquilmaron todo y se recogieron á sus fortalezas. Quiso Capac cercarlas á la vez, y formó al efecto cinco divisiones de á diez mil hombres: cuatro para poner sitio á otros tantos fuertes, una para volar al socorro de la que flaquease. Pidió al mismo tiempo á las provincias limítrofes doble cantidad de bastimentos.

Los sitiados, aunque con víveres para muchos días, no dejaban de hacer desesperados esfuerzos por romper la línea. Con frecuencia caían de rebato sobre los Incas, y los tenían en constante desasosiego. Los Incas, sin embargo, se limitaban, segun su costumbre, á defenderse: ni siquiera les seguían el alcance cuando los veían en retirada. Mas los bárbaros por este sistema no llevaban camino de rendir las armas: hubo de recurrir Capac á otra astucia. Cogió á cuantos hijos y mujeres pudo de los cercados, los trató con afabilidad y cariño hasta hacerlos suyos, y los fué enviando á las fortalezas. Quebrantaba con esto el ánimo de los enemigos y los llevaba más pronto á la carestía y al hambre. Así logró al fin que se le entregaran.

No léjos de aquellas comarcas, en Huamachucu, había un cacique inteligente que pugnaba en vano por sacar á sus tribus de la abyeccion en que vivían. Hasta con júbilo dicen que recibió á los Incas, de quienes sabía ya como educaban á los vencidos. Huamachucu dista poco de Caxamarca; con la espontánea sumision de este cacique tuvo Capac allanadas no pocas dificultades para reducirla. Hubo, no obstante, de luchar este general infatigable: eran bravos los caxamarcas y estaban resueltos á defender su independencia. Pero ¿qué había de poder ya nadie contra tan numerosos y aguerridos ejércitos? Acabaron los caxamarcas por encerrarse en sus fuertes, y allí fueron víctimas del mismo sistema y el mismo ardid de que lo habían sido los huaras.

Despues de ésto sometieron los Yupanquis sin resistencia la comarca de Yua-

yu y caminaron la vuelta del Cuzco, donde fueron recibidos con extraordinaria pompa. Iban delante las diversas naciones que en la ciudad vivían, cada una con sus divisas y sus instrumentos de guerra cantando en su idioma las hazañas de los vencedores; los soldados con sus armas, divididos tambien por pueblos y encareciendo en ardientes himnos las virtudes militares de sus jefes; los Incas de sangre real con sus espléndidos trajes de fiesta. Seguían los dos Yupanquis llevados en andas por los hombros de los vencidos; tras ellos Pachacutec en sus andas de oro. Ya que los Incas hubieron dado gracias al Sol por sus triunfos, se dirigieron todos á la plaza principal donde no cesaron en un mes los bailes ni los banquetes. Danzaban una tras otra las naciones, y una tras otra comían y bebían sin que ninguna se fatigara ni disminuyera el general regocijo.

Estas no fueron, con todo, las expediciones que más engrandecieron aquel reinado. Las más difíciles, las que más acreditaron la pericia de Pachacutec y los Yupanquis fueron las que años despues se emprendieron por las costas del Pacífico más próximas á la Línea. Secas, ardorosas, llenas de vastos arenales, no podían ménos de ser aquellas playas sumamente insalubres para ejércitos acostumbrados al benigno clima de la Sierra. Llevándolos allí se corría el riesgo de que los diezmase la naturaleza más que las armas. ¿No habían de comprenderlo así los pueblos que se trataba de invadir y no habían de prolongar por lo mismo su resistencia?

Pachacutec y los Yupanquis previeron y previnieron tales peligros. Organizaron, no uno, sino dos ejércitos. Mandaron desde luégo á los Llanos treinta mil hombres, y acamparon otros treinta mil en las cumbres que miran á la ribera para irlos de dos en dos meses reemplazando. Situáronse los tres en Hatunrucana y allí empezaron las operaciones.

Nanasca era en los Llanos la tierra más al Norte que dominaban los Incas. Bajaron allí los Yupanquis, y desde allí hicieron al valle de Ica las intimaciones de costumbre. Ni en el de Ica ni en el de Pisco tuvieron que emplear sus lanzas; así que avanzaron sobre el de Chincha. Estaba poblado el de Chincha por gran número de gentes que se decían oriundas de lejanos países y blasonaban de haber ganado la tierra á fuerza de sangre. Oyeron los caciques con desprecio la pretension de los Incas y contestaron que estaban apercibidos á la defensa. Riéronse principalmente de que se les quisiera dar por Dios al Sol, en quien veían al mayor enemigo. «Nuestro dios es el mar, exclamaron, grande y terrible como ningun otro sér del mundo y para nosotros benéfico. De él recibimos el sustento que nos niegan estos abrasados arenales.» Era efectivamente el mar objeto de idolatría, no sólo para los chinchas, sino tambien para todos los pueblos que vivían de Trujillo á Tarapaca: se le adoraba bajo el nombre de Mamacocha.

No esperaron los chinchas á que los Yupanquis entraran en su territorio. Les salieron al encuentro y les presentaron desde luégo batalla. Pronto, no obstante,

hubieron de convencerse de que, si la movediza arena imposibilitaba la accion de los contrarios, no hacía ménos difícil la suya. Recogiéronse unos y otros al valle y renovaron con furor la lucha. Mucho se esforzaron los chinchas, mas no pudieron rechazar á los Incas. Hubieron tambien de encerrarse en sus fortalezas y por lo tanto condenarse á más ó ménos temprana muerte. Confiaron inútilmente en que el calor obligase á los enemigos á levantar el sitio. Renovaron los Incas su ejército, cortaron las acequias, prosiguieron con teson el cerco, y, ya que hubieron transcurrido cuatro meses, amenazaron á los chinchas con pasarlos á cuchillo si no se entregaban ántes de ocho días. El temor y el hambre acabaron por fin con la entereza de aquellos valientes.

Inca Yupanqui, el hijo de Pachacutec, se había marchado con el anterior ejército y, no habiendo encontrado en Hatunrucana á su padre, se había vuelto al Cuzco. Quedaba ahora en los Llanos solo Capac Yupanqui. Emprende Capac la conquista de otros cuatro valles, Runahuanac, Huarcu, Malla y Chilca, y tambien los reduce. Atraviesa en balsas el río Runahuanac, y ocupa sin resistencia el primer valle. No así el segundo que defiende con veinte mil hombres Chuquimancu, jefe de las cuatro comarcas. Chuquimancu le disputa nada ménos que durante ocho meses la posesion de los valles: le obliga á renovar cuatro veces las tropas y le hace perder mucha gente. Se entrega al fin, pero apremiado por sus pueblos, que no pueden ya con las vejaciones de la guerra, no porque careciera de ánimo bastante para morir ántes que aceptar la servidumbre.

Más al Norte había otros cuatro valles al mando de Cuismancu. Eran los de Pachacamac, Rimac, Chaucay y Huancan, hoy Barranca. Se negó Cuismancu, no ménos varonil que Chuquimancu, á las pretensiones de los Incas; pero cedió poco despues por motivos religiosos. Hízole saber Yupanqui por sus mensajeros que los Incas adoraban tambien á Pachacamac, alma del Universo, y, si rendían culto al Sol, era por considerarle como la más espléndida manifestacion de aquel dios invisible; y le manifestó cuan inconveniente era á sus ojos que vivieran separados y áun en guerra hombres de iguales creencias y probablemente de igual orígen. Vosotros, les decía, habeis impropiamente mezclado á Pachacamac con otros ídolos: confederémonos todos para volver á su antigua pureza la religion del Sér Supremo. Consultaremos tambien nosotros el oráculo que teneis en Rimac, ya que por él vemos que habla el que conoce los destinos de los hombres. Se dejó convencer Cuismancu por estas razones é hizo con Yupanqui un verdadero tratado.

Por este tratado se estipuló que de la casa de Pachacamac se arrojase todos los ídolos, no se representase á tan alto dios por estátua alguna, se le adorase de corazon y no se le hiciesen sacrificios de sangre, se erigiese junto á su templo otro al Sol y se edificase un cenobio para las vírgenes que hubiesen de guardar el fuego sagrado, se consultase el oráculo de Rimac lo mismo por los de la Sierra que por los de la Costa y quedase Cuismancu en el señorío de los valles,

bien que bajo la soberanía de los emperadores del Cuzco. Estipulaciones todas que no tardaron en cumplirse.

Cerró Yupanqui allí la campaña y se fué á la Capital con Cuismancu, que recibió de Pachacutec las más señaladas muestras de distincion y respeto sólo porque creía en el mismo dios que veneraban los Incas.

Pachacutec se ocupó ahora en decorar y enriquecer el templo del Sol que había en el Cuzco. Él fué, dicen, quien cubrió con planchas de oro, no sólo las paredes del santuario, sino tambien las del patio y las de muchos aposentos. Sólo seis años despues resolvió proseguir la conquista de los Llanos. Organizó al efecto treinta mil hombres y los puso á las órdenes de su hijo Inca Yupanqui.

Yupanqui fué por de pronto á Yauyu, donde se le presentaron con tropas Cuismancu y Chuquinancu. Bajó luégo á Rimac, hoy Lima, y consultó el oráculo. Pasó á Huaman. Envió allí en vano mensajeros al cacique de Parmunca, Huallmi, Sancta, Huanapu y Chimu: le halló resuelto á defender paso á paso el suelo de la pátria. Entró en tierra de Parmunca, pero con mal éxito. Halló tan dura resistencia que pidió apresuradamente un refuerzo de veinte mil soldados. Gracias á que Cuismancu y Chuquinancu por guerras que con él habían tenido aborrecían de muerte al cacique y no perdonaban medio para combatirle. Le arrojaron con Yupanqui de Parmunca y le hicieron retroceder á Huallmi, de Huallmi á Sancta. No les fué ya fácil desalojarle de este punto. La resistencia de los yuncas fué aquí tal y tan afortunada, que el cacique concibió esperanza de vencer y llamó á sí toda la gente de armas de los cinco valles.

Se habría visto apurado Yupanqui, y tal vez hubiese debido volver pié atrás si no le hubiesen llegado oportunamente los veinte mil hombres de refuerzo. Esto le salvó porque hizo desmayar á los yuncas. Renovó entónces Yupanqui comprendiéndolo las negociaciones de paz y obtuvo la sumision del cacique: avanzó hasta Trujillo que está sobre ocho grados al Sur de la Línea. No ganó ya más en tiempo de su padre. Levantó una fortaleza en Parmunca, construyó otros edificios, abrió acequias, dió nueva organizacion á los pueblos y volvió al Cuzco entre vítores y aplausos.

Pachacutec no pensó ya en nuevas conquistas; se ocupó en asegurar las hechas y dar unidad al Imperio. Estableció en las comarcas recien sometidas buen número de colonias, y sacó de ellas pobladores para otras provincias. Abrió en todas canales y convirtió en fructíferas las tierras hasta entónces incultas, levantó monumentos suntuosos, prolongó los caminos, los dotó de bien provistos tambos, y por medio de grandes y numerosos depósitos de víveres precavió contra los años estériles la ciudad y la aldea. Impuso á todos los servidores del Estado, inclusos los caciques y áun los capitanes y los soldados del ejército, el uso de la lengua quichua: no consintió que se diese al que no la supiera dignidades ni destinos. Fundó al efecto numerosas escuelas donde se la enseñara.

Otras leyes promulgó no ménos dignas de encomio. Asignó tierras fijas á los

pueblos y mandó que se las distribuyera entre los vecinos, salvas las que correspondiesen al Sol y al Inca. Deslindó los términos de los antiguos Estados. Admitió que fuesen hereditarios los señoríos y dispuso en cuanto á la sucesion que se rigieran como se regían cuando no formaban parte del Imperio. Dió á los padres mucha autoridad sobre los hijos. Penó duramente los crímenes. Castigó la vagancia. No eximió del trabajo ni á los ciegos. Quiso que prestaran servicios á la sociedad aún los niños de siete y cinco años. Castigó con la muerte el soborno y el cohecho.

Fué, por fin, Pachacutec hombre sentencioso y pensador profundo. Hé aquí, segun Valera, á quien cita Garcilaso, algunas de sus máximas: «La envidia es carcoma que roe y consume las entrañas del envidioso. Envidiar y ser envidiado es doble tormento. Mejor es, con todo, que otros te envidien por bueno, que no que tú los envidies por malo.—La embriaguez, la ira y la locura son hermanas: no difieren sino en que aquéllas son voluntarias y mudables; ésta, involuntaria y perpétua.—Los adúlteros hurtan la honra y la paz de sus semejantes: merecen igual pena que los ladrones.—Al varon noble y animoso se le conoce en la adversa suerte. La impaciencia es de almas viles.—El que no sepa gobernar su casa, ménos sabrá gobernar la República.—Gran necedad contar las estrellas cuando no se sabe contar los nudos de los quipus.»

Murió este Inca el año 1400. Sucedióle su hijo Yupanqui, á quien ya conoce el que me lea. Yupanqui es el jóven que sometió con su tío Capac desde Chucurpu á Caxamarca, desde Nanasca á Chincha; el general en jefe que extendió el Imperio desde Parmunca á Trujillo. Ya emperador, prosiguió conquistando. Sabía que al otro lado de la rama oriental de los Andes había pueblos completamente sumidos en la barbarie, y concibió el pensamiento de reducirlos á la vida culta. Fijóse primeramente en los moxos, que al Oeste se extendían hasta las márgenes del Huaporé y el país de los chiquitos y de Norte á Sur bajaban cuando ménos desde las riberas del Yacuma á las de Río Grande. Vió difícil el paso por cumbres coronadas de nieves eternas, y resolvió entrar en el país siguiendo el curso de uno de los afluentes del Beni ó del Amarumayu. Cerca de dos años invirtió en la construccion de las balsas. Ya que las tuvo hechas, embarcó hasta diez mil Incas, y los envió á la conquista de tan desconocidos pueblos.

Mucho hubieron de pelear los expedicionarios aún antes de saltar en tierra. Saliéronles al encuentro los chunchus, y los combatieron incesantemente sobre todo desde las orillas. Eran los chunchus belicosos y fuertes: iban poco ménos que desnudos, pintado el cuerpo de varios colores y ceñida la cabeza de plumas de guacamayo. No pudieron fácilmente resignarse á ver pisada su tierra por extrangeros; mas se les entregaron en cuanto se convencieron de la inferioridad de sus fuerzas. Lo hicieron entónces tan rendidamente, que mandaron embajadores á Yupanqui con miel, cera y pájaros de rico plumaje, y hasta le pidieron que les dejara establecer una colonia no léjos del Cuzco para más de cerca servirle.

En Tono la establecieron, á vientiseis leguas de la Capital, y allí los encontraron los españoles.

Aunque ya mermado, siguió el ejército de los Incas su camino, y no se detuvo hasta dar con los moxos. Venció los obstáculos de la naturaleza, arrolló los que le opusieron los hombres, y llegó por fin á medir sus armas con las de esos temidos bárbaros, que vivían sin leyes, se hacían mútuamente la guerra, sacrificaban y comían á los prisioneros, adoraban al tigre y apenas si conocían los dulces afectos del alma. Logró despues de numerosas luchas hacerlos confederados, pero no súbditos de Yupanqui; y, aunque allí se asentó y fijó y hasta les tomó las hijas por esposas, no consiguió traerlos á más humana vida. Es de advertir que cuando llegaron á concertarse con los moxos no pasaban de mil los Incas.

Ménos resultados obtuvo aún Yupanqui en la segunda campaña. Abrióla contra los chiriguanas, que vivían al Sudoeste de Chuquisaca, eran tambien antropófagos, carecían de todo vínculo político, tenían no ménos valor que los moxos y más perfidia. Envió contra estos nuevos bárbaros otros diez mil hombres, y con tan mala suerte, que á los dos años los vió volver rotos y en mucho menor número del que fueron sin haber conseguido que una sola tríbu se le declarase amiga, cuanto ménos vasalla. Verdad es que sus tropas habían debido lidiar, más aún que con los chiriguanas, con las malas condiciones de la tierra, escasísima de víveres, erizada de cerros, llena de inmensos bosques y cortada á trechos por pantanos y ciénagas.

No fué afortunado Yupanqui sino cuando bajó á Mediodía. Reunió grandes ejércitos en Atacama, que está á las puertas de Chile, y no los movió sino despues de haber sabido por sus descubridores cómo podría atravesar los desiertos que le separaban de Copayapu y Cuquimpu, hoy Copiapo y Coquimbo. Ya que tuvo trazado el camino, mandó sobre Copayapu, límite del primer despoblado, una division de diez mil hombres, y á los pocos días otra no ménos numerosa, que la apoyara y á la vez infundiera espanto á los enemigos. Los de Copayapu, al ver á los primeros diez mil Incas, vacilaron y apénas se atrevieron más que á lijeras escaramuzas; al saber la llegada de los otros diez mil, desmayaron y se rindieron.

Animado Yupanqui por tan fácil éxito, envió á Copayapu otros diez mil soldados con órden de unirse á los veinte mil y marchar sobre Coquimpu. Si los tres ejércitos hubieron ó no de emplear la fuerza para someterlo, no lo sabía Garcilaso; lo que sí aseguró, es que lo dominaron. Hicieron más envalentonados por sus triunfos: pasaron el río Maulli, hoy Maule, y llevaban ánimo de proseguir indefinidamente sus conquistas. No contaban con el espíritu de independencia de los purumancas, que al saberlos en el valle de Coquimpu se habían coligado con otros pueblos y apercibídose á la defensa. Los purumancas les salieron al paso y empeñaron una batalla que duró tres días y en los tres dejó indecisa la victoria. Al cuarto no salieron de sus campos ni los unos ni los

otros combatientes: al sexto se recogieron los unos á sus montañas, repasaron los otros el Maully.

Yupanqui, al conocer este resultado, cerró la campaña, y puso término á sus conquistas ordenando que se fortificara las márgenes del río y se hiciera cuanto cupiese en beneficio de Coquimpu y Copayapu. Podía en verdad darse por satisfecho: acaba de someter al Imperio de Norte á Mediodía sobre ciento veinte leguas de veinte al grado.

Balboa atribuye á Yupanqui otro hecho de importancia: el de haber trabajado por dar al Tahuantinsuyu la unidad de creencias, como lo había hecho Pachacutec por darle la unidad de idioma. Este Inca, dice, convocó á concilio general para el Cuzco los sacerdotes y los magos del Imperio, que eran á la sazon no pocos. Discutió tan respetable asamblea todas las cuestiones religiosas, y despues de amplios debates resolvió que el Sol, el primero de todos los séres, merecía en primer término la adoracion de los hombres, puesto que á él se debían el verano y el invierno, la noche y el día, la madurez de los frutos y la fecundidad de los campos; y que despues del Sol no eran dignos de culto sino el trueno, la tierra y las principales constelaciones, entre ellas la Cruz del Sud y las Pléyades.

Añade Balboa que, luego de terminadas estas deliberaciones, preguntó Yupanqui á los congregados si no creían que por encima del Sol hubiera quien ejerciese mayor influencia en nuestros destinos y los del mundo; y, como le contestaran negativamente, prorumpió en estas elocuentes palabras: «¡Oh hijos ignorantes de la tierra, indignos de mejor calificativo por la bajeza de vuestro entendimiento! es posible que siendo sacerdotes y como táles honrados y respetados por todas las gentes participeis así de los errores de la muchedumbre y admitais sólo por lo antiguas tan vulgares tradiciones? Levantad el espíritu á la altura de vuestro augusto ministerio, y vereis como no puede ser el señor del Universo quien para alumbrar la tierra y repartirle ya el calor y el frío, ya la luz y la sombra, se ve condenado á perpétuo y acompasado movimiento. No al Sol sino al que le obliga á tan incesante carrera debeis tener por el omnipotente creador del mundo. Lo miro yo como mi padre; pero no le reconozco la influencia que le atribuís en nuestros negocios.»

Terminaron los sacerdotes por dar la razon á Yupanqui, continúa Balboa, y acordaron invocar bajo el nombre de Ticci-Huiracocha-Pachacamac á ese Dios desconocido. Huiracocha Pachacamac fué desde entónces el Sér supremo; el astro del día, su manifestacion visible; y Pachacamac, el sol, el trueno, la tierra y las constelaciones, los únicos dioses á quienes cabía erigir templos y rendir culto en toda la extension del Imperio. Así lo dispuso, fundándose en las disposiciones del concilio, el Inca Yupanqui, que mandó derribar desde luego todos los altares levantados en honor de otros ídolos. [1]

---

[1] BALBOA, cap. V.

¿Es para creida esta relacion de Balboa? Pachacamac, el alma del mundo, vivía á no dudarlo de mucho ántes en el corazon de los Incas. No es en mi sentir ménos evidente que, si no su memoria, su culto estaba hacía tiempo eclipsado por el del Sol, único que se imponía á los pueblos vencidos. El hecho de haberse encontrado recientemente la religion de Pachacamac en los valles de los Llanos ¿no habría podido inducir á nuestro Inca á restablecerla en sus pueblos? Téngase en cuenta que Yupanqui fué el que viviendo aún su padre la descubrió en la costa é hizo con el cacique Cuismancu el tratado de que hablé en otro párrafo de este mismo capítulo.

Murió Yupanqui el año 1439. Su hijo Tupac-Yupanqui, despues de haber visitado detenidamente el Imperio, no pensó más que en extenderlo al Norte. Reunió un ejército de cuarenta mil soldados y lo llevó á tierra de Huacrachucu. No pudo pasar de allí, aunque había salido con ánimo de someter á los chachapoyas. Áspero el suelo, belicosas y fieras las gentes, sólo á costa de mucha sangre pudo penetrar en el corazon de la comarca. Hallaba defendidos por los contrarios los pasos difíciles, y dejaba en cada uno multitud de cadáveres. En vano les ofreció la paz, le respondieron con la guerra por haber prevalecido sobre los consejos de los ancianos los arrebatos de los mozos.

Yupanqui, no sabiendo ya como vencer tanta resistencia, recurrió al medio de dividir su ejército y caer á la vez de rebato sobre muchos pueblos y plazas fuertes. Desconcertó así á los huacrachucus, que faltos de estrategia, no acertaron ni á distribuir el suyo para hacer frente á tan simultáneos ataques ni á mantenerlo compacto para ir batiendo en detall las débiles columnas de sus enemigos. Les tomó aquí una ciudad, allí una fortaleza y los desalentó en términos que acabaron por pedir lo que ántes habían rechazado con desprecio. No por esto los trató con dureza ni con orgullo, que no permitían tál ni la política del Imperio ni los quebrantos del Inca.

Suspendió Tupac-Yupanqui la campaña, y al siguiente año, recogidos otros veinte mil hombres, la prosiguió contra los chachapoyas. Eran los chachapoyas valerosos y bien dispuestos, llevaban ceñida la honda á la cabeza, adoraban al condor y á la serpiente y ocupaban al Levante de Caxamarca un territorio como de treinta y seis leguas en cuadro, por el cual corre una de las ramas de los Andes. Si dificultades encontró Tupac en la conquista de los huacrachucus, mayores las hubo de vencer en la de esos chachapoyas, que, sobre no estar ménos favorecidos por la naturaleza, se habían fortificado desde el año anterior creyéndose no sin razon amenazados por los Incas. En vano tambien les brindó la paz y les dijo que no llevaba intencion de oprimirlos: los tuvo en frente armados y llenos de encono luégo que puso el pié en la frontera. Halló con obras de defensa aún las quebradas y los desfiladeros; así que apénas pudo dar paso que no dejara marcado con sangre.

Diez y ocho leguas adentro, en la cumbre de un monte altísimo había una

fortaleza de importancia. Trabajo costó ganar la cumbre y más trabajo entrar en la ciudadela; y, ya que se hubo conseguido, no se dió más que con viejos y niños. La gente útil y la capaz de seguirla habian salido por trochas y atajos á recogerse en otro cerro. Trató bien Tupac, segun costumbre de sus mayores, á los niños y á los ancianos, pero no sin que interiormente ardiera en cólera y despecho. ¿Cómo reducir, se diria, por otra parte, pueblos que así resisten?

En tan ruda campaña se vió contrariado Yupanqui por el mismo cielo. Al pasar Sierra Nevada perdió envueltos en torbellinos de nieve trescientos hombres. Hubo de pararse y esperar á que mejorara el tiempo; mas, ya que pudo seguir su camino avanzó hasta Cuntunmarca á pesar de disputarle palmo á palmo la tierra el enemigo. Estaba resuelto á no perdonar sacrificio para obtener un completo triunfo. Venció á Cuntunmarca é introdujo el desaliento en los demas pueblos. No le opuso ya resistencia sino Caxamarquilla, y aún ésta á los pocos encuentros dobló la cabeza al yugo. Comprendiendo los chachapoyas que nada podía detener al Inca, se fueron todos entregando, y Yupanqui llegó fácilmente hasta Llahuantu, que estaba en las fronteras de Muyupampa.

Los muyupampas reconocían cierta superioridad en los chachapoyas. Al saberlos domados, perdieron toda esperanza de conservar su libertad y se dieron á las primeras intimaciones del Imperio. Otro tanto hicieron los cascayuncas.

Al otro año dirigió Tupac-Yupanqui un ejército de cuarenta mil hombres contra Huancapampa, hoy Huancabamba. Huancapampa está muy al Sur de los Chachapoyas, y tal vez extrañe el lector que no se la conquistara anteriormente. Los Incas en sus campañas septentrionales fueron subiendo desde el país de los Chancas por el Noroeste así de la Sierra como de la Costa; y sólo cuando estuvieron en Caxamarca se acordaron de los pueblos del Nordeste. Emprendió Tupac-Yupanqui ante todo la reduccion de los huacrachucus y los chachapoyas, porque vivían más cerca de Caxamarca y él la tomaba como centro de operaciones. Ahora sobradamente había de comprender que no podía ménos de haber peligro en seguir extendiendo el Imperio al Norte cuando quedaban todavía libres entre la Capital y los huacrachucus comarcas tan importantes como las de Huancapampa y Huanuco.

Huancapampa no dió mucho que hacer á Yupanqui. Habitábanla gentes de diversas naciones y lenguas que estaban en constante guerra y la hacían al parecer con el solo objeto de robarse las mujeres y las hijas. Bárbaras, sin organizacion, sin régimen político, huyeron á los montes y á los desiertos apénas vieron á los soldados del Inca, y se rindieron cuando las acosó el hambre. Ya rendidas, obedecieron como niños á Yupanqui. Se dejaron instruir y vestir, consintieron que se les destruyera los ídolos, dieron culto al Sol, se congregaron en pueblos y aceptaron hasta las más estrechas condiciones de la vida culta. El Inca en cambio las favoreció abriéndoles acequias.

Algo más hubo de luchar Yupanqui por apoderarse de otras provincias cuya situacion ignoro: Cassa, Ayahuaca y Callua. Segun Garcilaso, tenian las tres sus ciudades, sus fortalezas y su forma de gobierno, una como república donde se elegía gobernadores para la paz y capitanes para la guerra. Resueltas á defender su libertad opusieron, segun el mismo autor, tal resistencia, que hicieron perder al Inca hasta ocho mil hombres. Rechazados de una fortaleza corrían á encerrarse en otra sin reparar en la suerte que pudiera caber á sus abandonadas mujeres é hijos. Con tan varonil energía irritaron de tal modo á Yupanqui, que contra la política de su raza se dice que les taló á sangre y fuego la tierra. Cayeron al fin en poder de los enemigos; pero sólo despues de acorralados en la última de sus ciudadelas y entregados por sus propios jefes.

Huanuco se encontraba poco más ó ménos como Huancapampa. Poblábanla tambien gentes de diverso orígen, bárbaras y sin vínculos políticos. Resistió, mas sin prolongar mucho la contienda. Primeramente lo aplacó Yupanqui por el rigor, despues lo ganó por la palabra y el beneficio. Lo hizo cabeza de las provincias comarcanas de los Andes, lo decoró con un templo al Sol á cuyo servicio estaban continuamente más de treinta mil hombres, segun escribe Cieza. [1]

No queda ya comarca por reducir al Sudeste de Caxamarca. Va ahora Tupac-Yupanqui á emprender la guerra de Quito, de que hablé en el capítulo veinte y daré sólo algunas noticias que completen y aclaren lo que allí dije. Abrió Tupac la nueva campaña entrando por el país de los paltas, que segun Garcilaso nada hicieron por su independencia y segun Balboa se fortificaron en las escarpadas alturas de Zaragaro. Pasó de allí á la tierra de los cañaris, que, con ser tan orgullosos y fieros, inclinaron desde luégo la cabeza á la servidumbre. Se sublevaron á poco esos cañaris, si he de creer al mismo Balboa, mas sólo para que les remacharan la cadena. Fueron vencidos y condenados á construir fortalezas en su propio daño y el de las vecinas tribus. [2]

Dejó Tupac bien guarnecida la ciudad de Tumipampa y dió la vuelta al Cuzco. Prosiguió al otro año la guerra con no ménos feliz éxito. Recibió embajadores que le invitaron á tomar posesion de la costa de Puerto Viejo y enviarle maestros y capitanes. Parte de su ejército, segun Cieza, venía subiendo por las playas del Pacífico: este acto de sumision no es de creer que fuese tan espontáneo, como pretende Garcilaso. Tan poco espontáneo era, que al decir de todos los autores se rebelaron despues los sometidos y pasaron á cuchillo á todos los Incas; hecho que sintió tanto más Yupanqui cuanto que por de pronto no pudo vengarlo ni castigarlo. [3]

Avanzó luégo Tupac sin combate nada ménos que hasta Alausi. Derrotó allí

---

[1] CIEZA DE LEON, *Crónica del Perú*, Parte I, cap. LXXX.

[2] BALBOA, cap. VI.

[3] CIEZA DE LEON, *Crónica del Perú*, Parte I, cap. XLVII.

á Hualcopo, rey de Quito, le venció en Teocaxas y le siguió hasta Mocha. En Mocha, segun vimos, había encontrado Hualcopo considerables refuerzos. No pudo adelantar más Tupac y volvió al Cuzco. ¿Fué ya él quien reanudó años despues la guerra? En mi entender no fué sino Huayna-Capac, su hijo. Pongo por esta razon fin al reinado de Yupanqui y á este ya largo capítulo.

Yupanqui había ganado más de cien leguas de territorio al Noroeste del Cuzco, poco ménos al Nordeste. No sin razon se le había dado el sobrenombre de *Tupac*, real, resplandeciente.

CAPÍTULO XXIII

Guerra de Quito.—Insurreccion de los caranguis.—Opiniones diversas.—Por qué sigo con preferencia á Velasco.—Conquistas de Huayna Capac al Norte y al Occidente.—Venganzas que ejerció en los Llanos.—Por qué no se ensañó con los chachapoyas á pesar de habérsele rebelado.—Su prediteccion por Quito.—Su última voluntad.—Su desacertada política al dejar á Atahualpa el reino de Quito y á Huascar el imperio del Cuzco.—Efectos desastrosos que ésta produjo.—Guerra entre Atahualpa y Huascar.—Su origen.—Atahualpa baja rápidamente contra los cañaris.—Su crueldad con la familia del hijo de Chamba.—Su retrato.—Su residencia en Tumihamba.—Embajada que le envia Huascar.—Conducta pérfida de los embajadores.—Atahualpa se ve cuando menos lo esperaba provocado á batalla.—La acepta y cae prisionero.—Logra evadirse y va á Quito.—Decision de los grandes por la guerra.—Organiza un crecido ejercito y baja de nuevo contra les cañaris.—Lo asuela y lo pasa todo á cuchillo.—Toma y destruye á Tumibamba.—Castiga con el mismo furor la provincia de Caxas.—Baja á Tumbez y divide en tres cuerpos su ejército.—Va contra la isla de Puna y cae herido de un flechazo.—Se hace trasladar a Caxamarca, ganada ya por sus generales.—Atacan los punos á Tumbez.—Quiere bajar á castigarlos Atahualpa y no puede sabiendo que ha salido contra él un ejército de la capital del Imperio.—Batalla de Huamachucu.—Atahualpa hace proposiciones de paz y Huascar las desprecia.—Batalla de Quipaipan y prision del Inca.—Manera como refiere estos dos hechos Garcilaso.—Crueldades que atribuye á Atahualpa.—Relacion de Velasco.—Los generales de Atahualpa dan muerte á veinte delegados de Huascar.—Atahualpa resuelve apoderarse del Imperio y se ciñe la borla de los Incas.—Manda sus generales al Cuzco.—Coincidencia de estos hechos con la entrada de los españoles.—Juicio crítico de Atahualpa.—Conclusion. (1)

DEJO referida en el capítulo veinte la continuacion de la guerra de Quito por Huayna-Capac. No repetiré lo que dije; recordaré sólo que vencido Cacha, hijo de Hualcopo, primero en Teocaxas y despues en Cayambi, no tardó Quito en formar parte del imperio de los Incas. Sobrevino á poco, segun escribí, la insurreccion de los caranguis, y ésta merece explicaciones.

En sentir de Balboa los caranguis y otros pueblos del Norte permanecieron independientes despues de la caida de los Scyris. Huayna Capac fué años más tarde, no á castigarlos, sino á someterlos. Por cierto que opusieron tal resistencia, que fueron objeto de tres campañas. Encerrados en una fortaleza, al primer ataque de sus enemigos llegaron á poner en riesgo la vida del mismo Inca; si en el último sucumbieron, no fué por la fuerza, sino por la astucia. Destacó Huayna dos divisiones, que fueron á situarse á espaldas del fuerte simulando que caminaban en direccion á otras comarcas; y, ya que las tuvo donde quería, intentó otro

(1) Fuentes generales de este capítulo: JUAN DE VELASCO, *Historia del reino de Quito*, lib. II, parte X; lib. III, párrafos del I, al IV; GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, tomo V.

asalto. Como luégo fingiera retirarse, logró que los sitiados para seguirle el alcance abandonaran la ciudadela y dieran lugar á que la entraran las dos columnas. Hizo entónces frente á los caranguis; y éstos, comprendiendo el engaño de que acababan de ser víctimas, cayeron en gran desaliento. Pelearon aún, pero en vano. Fueron impiamente pasados á degüello sin que se salvaran más que los niños. La matanza fué tal, que se enrojecieron, como dije, las aguas de Yahuarcocha.

Montesinos, que hace pasar la accion en esta misma laguna, pondera no ménos que Balboa el heroismo de los caranguis y los descalabros y la crueldad de Huayna. Arrebatado por su fogosa imaginacion, llega á dar á la lucha un carácter épico. Se combate allí, no sólo por tierra, sino tambien por agua. Parte de los caranguis, encaramados en la cumbre de los vecinos montes, dejan caer sobre los Incas enormes peñascos que ruedan con estrépito y teñidos en sangre corren á sumergirse con espantoso estruendo en el fondo del lago. Hasta árboles cortados de raíz aplastan las tropas y vuelcan las balsas del intrépido Huayna. Huayna, en cambio, no deja un enemigo á vida, y sólo despues de la batalla pone en libertad á los prisioneros de otras gentes.

¿Cómo, sin embargo, he seguido en el capítulo veinte la relacion de Velasco? Montesinos y Garcilaso creen, por de pronto, con este autor que los caranguis, cuando pelearon en Yahuarcocha, eran ya pueblos, no libres, sino rebeldes. Viene á mi modo de ver confirmada esta opinion por la misma crueldad que unánimes los cuatro escritores atribuyen á Huayna. Tuviéronla casi siempre los Incas con los insurrectos, jamás con los que nunca les habían jurado obediencia. Por mucho que se hubieran éstos resistido no dejaban de tratarlos noble y generosamente. Estaba, como se verá más tarde, en sus ideas esta diversidad de conducta. Velasco, por otra parte, si se muestra parcial, es en favor de Quito, donde nació y pasó gran parte de su vida; es obvio que, de habérselo permitido los autores que más confianza le inspiraron, no habría dejado de pintar á los caranguis en Yahuarcocha con los colores de Montesinos y Balboa. Aunque escribió en el siglo XVIII, dispuso, segun dice, de obras inéditas que se referían especialmente á Quito; y tanto por esta circunstancia como por el método y el buen criterio que en su libro manifiesta no sólo le seguí ántes, sino que pienso seguirle ahora que están ya confundidas la historia de los Scyris y la de los Incas. Balboa incurre en mil contradicciones. Montesinos es ménos historiador que poeta, y Garcilaso al hablar de Quito no parece sino que ha concluido el arsenal de noticias que para los sucesos anteriores tuvo. No se crea que por ésto trate de dar de mano á ninguno de esos historiadores, mucho ménos á Garcilaso.

Dicen si Huayna Capac extendió su imperio al Norte hasta los límites que hoy separan la república del Ecuador de la de Colombia; pero es cuando ménos dudoso. No lo es ya que al Oriente ganase desde Chimo, hoy Trujillo, á Puerto Viejo. Castigó allí rudamente no sólo á los que le fueron desleales, sino tambien

á los que lo habian sido con Tupac-Yupanqui. Ademas de haber pasado á cuchillo á los de Puna y hecho arrancar los dientes á los huancavillcas, diezmó en Puerto Viejo á todos los caciques y capitanes que habían ido de embajadores á su padre y ejecutado luego ó consentido la muerte de los gobernadores y maestros que su padre les había enviado. No se mostré ya tan duro con los chachapoyas, que se le sublevaron más tarde; pero fué porque al verle llegar con crecido ejército, se refugiaron á los montes, y los ancianos para desarmarle buscaron una matrona que había sido concubina de Tupac para que le saliera al encuentro con cuantas mujeres quisiera, é impetrara, ya con súplicas, ya con alaridos y lágrimas, el perdon de los rebeldes. De tal manera le supo hablar la concubina y tales muestras de dolor dieron sus acompañadas, que el Inca no pudo ménos de enfrenar su cólera y acceder á lo que se le pedía. Verdad es que, segun Garcilaso, no pudo jamás negarse á pretension de mujer alguna, y era tan afable y cortés con las damas, que no les hablaba sino poniéndoles la mano en el hombro, y llamándolas, si eran de más años, madres; si de tantos, hermanas; si de ménos, hijas.

Engrandeció Huayna Capac el Imperio y miéntras vivió lo mantuvo íntegro; pero lo dividió al fin, como ántes vimos, con menoscabo de la paz y de la independencia de su patria. Deseoso de asegurar la conquista de Quito, no se limitó á casarse con Paccha, la hija del último Scyri; manifestó por su nueva conquista una predileccion que la política no consentía. Nombró general en jefe de su ejército á Calicuchima y le dió en tiempo de paz el gobierno de Puruhua. A Cuchulima, hermano del anterior, le confió el mando de Cacha. De Quispi, hermana de los dos, hizo una de sus concubinas. Levantó grandes palacios, no sólo en Quito, sino tambien en Carangui, y entre ellos compartió su residencia. En los de Carangui se dice que engendró al famoso Atahualpa. Tuvo luego por éste su hijo una debilidad extrema. Le antepuso en su corazon al que le había dado su primera ó segunda mujer, Rava Ocllo, á Huascar, ántes conocido con los nombres de Atoco y de Ynti-Cusi-Huallpa; y en él derramó los tesoros de su saber y de su afecto. Le educó por sí, le llevó á sus últimas campañas y le adiestró en la guerra.

¡Si no hubiese llevado más allá las cosas!.. A su vuelta de Tumibamba, donde tanta sensacion le había producido la noticia de haber arribado á sus costas extranjeros de ignorado orígen, se sintió morir y convocó á los grandes. Ordenó que á su fallecimiento se le arrancara el corazon y se lo guardara dentro de un vaso de oro en el templo de Quito; que, embalsamado su cuerpo, se lo llevara al Cuzco; que Huascar, su hijo primogénito, se sentara en el trono de los Incas y Atahualpa en el de los antiguos Scyris. Repartió el Imperio contra la política tradicional de sus mayores precisamente cuando lo veía y lo creía amenazado por gentes que habían de destruirlo segun profecías que se atribuían á Huiracocha. Pudo con ésto asegurar la posesion de Quito y satisfacer los intereses de

Paccha: ademas de abrir la puerta á la discordia y la guerra, hirió de muerte el principio en que descansaba el poder de los Incas. Había, es verdad, muchos pueblos unidos al Imperio por flojos vínculos; pero ninguno que no reconociese la soberanía de los monarcas del Cuzco. Estaba reservado á Huayna Capac levantar un reino enfrente de otro reino. No los enlazó ni siquiera por la federacion, que en el Anahuac había dado tan ópimos frutos.

Los de la conducta de Huayna Capac fueron amargos. Se había ceñido este emperador en 1475 la borla de los Incas: murió del 1525 al 1526, sobre cincuenta años más tarde. El 1530 estaban ya en guerra sus dos hijos. Cómo y por qué no lo explican dos autores del mismo modo; pero tengo por la más probable la relacion de Velasco. El año 1529 falleció, segun este historiador, el cacique del Cañar, por nombre Chamba. El hijo que le sucedió, movido por otros señores de la tierra, fué á buscar la investidura, no en el monarca de Quito, sino en el del Cuzco. Se la dió Huascar, y, apénas lo supo Atahualpa, cuando envió apresuradamente un ejército contra los cañaris.

Esta explicacion es por lo ménos verosímil. Desde el principio de la guerra de Quito los cañaris se decidieron por los Incas. No opusieron la menor resistencia á Tupac-Yupanqui y en cambio detuvieron á Cacha cuando, recobrada ya Puruhua, quiso ganar las fronteras meridionales del tiempo de Hualcopo. Era natural que, independiente de nuevo la monarquía de los Scyris, y mal determinados sus límites, reconocieran otra vez como soberanos á los señores del Cuzco. No habiendo estallado por otra parte la guerra sino cinco años despues de la muerte de Huayna, no es de creer que ni Atahualpa ni Huascar la promovieran por causas que ya existiesen al comienzo de su reinado. Hubo de sobrevenir un hecho hasta cierto punto extraño á la voluntad de los dos, y éste pudo ser el de los cañaris.

Como quiera que fuese, Atahualpa obró con decision y energía. Puso de pronto su ejército á las órdenes de Quizquiz y de Calicuchima; pero no tardó en mandarlo. Bajó al Cañar con tal rapidez y tal golpe de gente, que, espantado el sucesor de Chamba, recurrió á la fuga, y los demas caciques se apresuraron á rendirle homenaje. No por ésto dejó impune la falta. Demolió al fugitivo el palacio, le asoló las propiedades y le empaló la mujer y los hijos porque no quisieron ó no pudieron decirle donde le encontraría. Rasgo de crueldad que empieza á descubrir quien fuese Atahualpa.

De Atahualpa se conservó durante dos siglos en Caxamarca un retrato que mandó hacer Hernando Pizarro. Era el hijo de Huayna, segun este retrato, de no malas facciones: algo enjuto de rostro, la nariz aguileña, los lábios un poco gruesos, los ojos negros y brillantes. De gentil presencia le hace ademas Garcilaso y de buen entendimiento. Era, añade, si valiente y aficionado á las armas, astuto y cauteloso. Que fuese tambien cruel nos lo dicen á voces no sólo hechos como el que acabo de referir sino sus propios amigos.

Reemplazó Atahualpa al cacique rebelde por un gobernador de su nombramiento, y recorrió el Cañar sin que hallara en parte alguna más que almas sumisas. Pasó luego á Tumibamba, ya entónces embellecida por grandiosos monumentos, y con el objeto de ir mañosamente ganando las provincias vecinas fijó allí su residencia y áun se construyó un palacio. Desprevenido Huascar, no pudo recurrir desde luego á las armas, pero no estuvo ocioso. Aconsejado por su madre Rava Ocllo, á quien animaban principalmente la ambicion y los celos, envió á su hermano so color de una embajada hombres que exploraran el ánimo de los cañaris y, de encontrarlo bien dispuesto, los concertaran y prepararan para la lucha.

Intimaron estos embajadores al Atahualpa que evacuase el Cañar como anejo al Cuzco y devolviese los Incas que habían ido con Huayna Capac á Quito, puesto que sólo por serlo formaban parte de la guardia y la nobleza del Imperio; y Atahualpa contestó tranquilamente que el reino de sus mayores se extendía á Payta, cuanto más á la tierra de los cañaris, y, si los Incas estaban destinados al servicio de los hijos de Manco Capac, bien podían servirle á él, que de allí descendía. Replicaron los embajadores que Huayna Capac no había podido cederle sino las provincias por él conquistadas y que la del Cañar lo había sido por Tupac-Yupanqui; y Atahualpa á su vez que se le había legado el reino de Quito y no las provincias sometidas por su padre. ¿No estuvo acaso el Cañar, preguntaba, bajo la soberanía de los Scyris?

Fingieron quedar convencidos los embajadores, demoraron cuanto pudieron la vuelta al Cuzco, y, ya que supieron impacientes á los cañaris por sacudir el yugo de Quito, reunieron tropas y pidieron secretamente hasta dos mil Incas. Se vió provocado Atahualpa cuando ménos podía esperarlo; pero no rehusó el combate. Tres días llevaba ya de batalla y en el último la mejor parte, cuando de repente entró en accion un cuerpo de reserva de los contrarios y le derrotó hasta el punto de hacerle prisionero. Logró Atahualpa escaparse, que, de no, allí habría concluido probablemente la guerra.

Ya libre el hijo de Paccha, voló á Quito, reunió la grandeza del Reino, refirió su trágica historia y hasta la exornó, segun parece, suponiendo que si había conseguido burlar á sus carceleros, lo debía á su padre el Sol, que le había trasformado en serpiente. Exaltáronse al oirle los nobles todos, y unánimes le ofrecieron vidas y haciendas para continuar la lucha. No se trataba ya de la simple defensa de Quito; nobleza y rey pretendían el castigo de Huascar y la ocupacion del Imperio. Estaba ya echada la suerte: ó Quito había de absorber al Cuzco ó el Cuzco á Quito.

Organizó precipitadamente Atahualpa un ejército que algunos hacen subir á cuarenta y cinco y otros á sesenta mil hombres. Le dió por generales á Quizquiz, á Calicuchima, á Rumiñahui, á Urco, gobernador de Tiquizambi; pero lo mandó en jefe con Hualpa Capac, su primogénito. Dejó la direccion de los

demas hijos á su hermano Illescas, encargó la del Reino á Cozo Panga, con quien no le enlazaban vínculos de sangre, y marchó sobre los cañaris, que le esperaban armados en la frontera. Los acometió con ímpetu, y sin perder una batalla los fué desalojando de todas las plazas en que se hicieron fuertes. Pasó, dicen, como un huracan por toda aquella provincia: taló la tierra, saqueó pueblos y mató millares de hombres. No se aplacó ni á las voces de multitud de niños que con ramos verdes en las manos salieron á pedirle clemencia: continuó asolando el país, donde no encontraba ya más que mujeres.

Así llegó á Tumibamba, que defendian á la sazon sus antiguos vencedores. La guarnecían sólo mil Incas, pero acampaban en las cercanías hasta cincuenta mil soldados. Atacó primeramente Atahualpa tan numeroso ejército, y, ya que lo hubo derrotado, tomó la ciudad á viva fuerza. No fué allí ménos cruel que en el resto de la comarca. Al jefe de los cañaris, uno de los embajadores de Huascar, hizo que le empalaran; de Tumibamba no dejó piedra sobre piedra. Castigaba, segun decía, más que la presente resistencia, la pasada perfidia.

No fué, sin embargo, más benigno con la provincia de Caxas, que se negó á rendirle homenaje. Hasta nueve mil moradores se cree que pasó allí á cuchillo. Blando no lo fué sino con los pueblos que, aterrados por el furor con que procedía ó amigos del reino de Quito, se apresuraban á darle obediencia. Corría á no dudarlo por sus venas otra sangre que la de los Incas.

Sometido ya el Cañar, bajó Atahualpa á Tumbez, que le era leal, con ánimo de caer sobre los isleños de Puna, que se habían decidido por el Cuzco. Distribuyó allí sus soldados, que llegaban á cien mil, en tres cuerpos: dos de cuarenta mil combatientes que puso á las órdenes de Quizquiz y Calicuchima para que penetraran en lo interior de Tahuantinsuyu, otro de veinte mil que se reservó para domar á los punos y tener á raya toda aquella parte de la costa. Marchó sobre la isla cuando tuvo construidas suficiente número de balsas, y lo hizo con mala suerte. Hubo de sostener ante todo un combate por mar que fué terrible para ambas partes; y, ya que tenía casi vencidos á los isleños, herido de un flechazo, hubo de retroceder y abandonar la empresa. Afortunadamente para él Quizquiz y Calicuchima habían ya entónces ganado las provincias de Caxamarca, Huanuco y Chachapoyas. Se hizo trasladar á Caxamarca, y tan oportunamente, que á poco los punos atacaron á Tumbez y pasaron á degüello á mil hombres que lo defendían.

Noticioso Atahualpa de este nuevo descalabro, no veía llegada la hora de volver á la costa, pero lo aplazó sabiendo que acababa de morir Rava Ocllo y un hermano de Huascar salía del Cuzco al frente de muchas tropas despues de haber jurado por el Sol y por todos los dioses que había de cortar la cabeza al usurpador y recamándola de oro convertirla en vaso para sus festines. Saltándole de ira el corazon, salió al encuentro del arrogante Inca y le derrotó y áun le prendió en el llano de Huamachucu. Mandó al punto que le decapitaran

y guardaran la cabeza, y es fama que en ella bebía cada vez que se acordaba de tan impío juramento. Llevaba el cráneo adherida aún la piel y la cabellera del Inca.

A pesar de esta victoria Atahualpa hizo proposiciones de paz á su hermano, y le invitó á determinar para siempre los límites de Quito y el Cuzco. ¡Lástima que, obcecado Huascar, no las oyera sino con desprecio! Decidido á ponerse al frente de las tropas que en aquel momento reunía, abrigaba la esperanza de que con su sola presencia en los combates había de cambiar la faz de las cosas, como si no supiera que en la guerra no suple nunca la majestad del poder la práctica ni el arte, cuanto ménos el corazon ni el génio. Huascar no se había educado como Atahualpa en los campamentos de su padre. ¿Qué había de poder, soldado bisoño, no diré ya contra su hermano, sino contra generales tan aguerridos y prácticos como Quizquiz y Calicuchima?

Confió Atahualpa sus ejércitos á estos dos generales, y se quedó en Caxamarca con el fin de reclutar nuevas gentes. No las necesitó por cierto. Avanzaron los dos generales al Mediodía y dieron con las fuerzas de Huascar, que pasaban de ciento treinta mil hombres, en un lugar llamado Quipaipan, no léjos del Cuzco. Viéndolas muy superiores á las suyas, no se atrevieron á presentar batalla y las dejaron pasar con ánimo de recurrir á la estratagema. Huascar iba á la retaguardia con sólo ochocientos Incas, y, segun parece, distraido y áun divirtiéndose en la caza. Cayeron de improviso los dos generales sobre este reducido cuerpo y lo hicieron pedazos. Mataron á los ochocientos Incas; no respetaron sino á Huascar, á quien llevaban órden de salvar la vida. Le prendieron, le pusieron á buen recaudo y con él detuvieron las demas tropas del Imperio. Cuando sabedoras del hecho bajaron á rescatarle, si quereis que muera, les dijeron, no teneis más que avanzar un paso. El mismo Huascar hubo de ordenar á sus soldados que depusieran las armas.

Refiere de otra manera Garcilaso tan importante hecho, mas con los mismos resultados. Hubo, dice, batalla y fué sangrienta. Duró todo un dia. Vencieron al fin los de Atahualpa, porque eran los del Cuzco gente nueva en las armas y faltaron los collas. Iba huyendo Huascar con cerca de mil hombres, cuando sus enemigos, que le seguían el alcance, lograron hacerle prisionero. De cuantos le acompañaban no quedó uno con vida. Los que no en manos de los de Quito murieron en las propias. Matáronse muchos desesperados por ver preso al Inca. La gente principal cogida en el combate fué sin número; la rota, completa.

Pinta despues Garcilaso con los más negros colores la conducta de Atahualpa. Atahualpa, segun él, abusó indignamente de la victoria. Pretextando que deseaba reintegrar á su hermano en todo lo que realmente constituyera el Imperio, convocó á los gobernadores, maestres de campo, capitanes y demas dignatarios del Cuzco, y los hizo matar á presencia del mismo Inca. Mandó luégo poner en dos filas á los prisioneros nobles y llevar por medio á Huascar, vestido de luto el

cuerpo, las manos á la espalda y una soga al cuello. Como los prisioneros, al ver en tan lamentable estado á su monarca, prorumpieran en grandes alaridos y se prosternaran para adorarle, ordenó que les dieran muerte ya con porras, ya con hachas. No perdonó ni á las mujeres ni á los niños de los Incas: extendió su saña hasta la más humilde servidumbre de los palacios del Cuzco. Fueron tantos los Incas que murieron al decir de Garcilaso, que no llegaron de mucho á trescientos los que escaparon con vida.

Muchos hubieron de morir, atendida la innegable dureza de Atahualpa y la circunstancia de constituir los Incas la guardia de los emperadores y el alto personal del Imperio; mas hay evidentemente exageracion en la pintura. Sobre no venir confirmados por ningun otro escritor tan atroces crímenes, desmienten á Garcilaso los muchos Incas que aún encontraron los españoles. Velasco presenta de muy distinto modo la conducta de nuestro héroe. Atahualpa, segun él, tuvo siempre á su hermano bajo buena guarda y aún con órden de que le matasen si por acaso intentara la fuga ó quisieran otros libertarle; pero, no sólo le respetó, sino que tambien le hizo respetar de cuántos le rodeaban. Ni fué él quien convocó á pocos ni á muchos para que fueran á decidir las cuestiones orígen de la guerra; se prestó simplemente á oir á veinte delegados de Huascar sobre los límites de los dos reinos. No estuvo ningun delegado á la altura de las circunstancias; trataron todos el negocio y formularon sus pretensiones como hubieran podido hacerlo al principio de la lucha; y, enojados los generales de Atahualpa, los cortaron la cabeza diciendo que se entenderían directamente los dos hermanos. Rasgo de barbarie que horripila, pero que está léjos de ser lo que cuenta Garcilaso en sus Comentarios Reales.

Atahualpa ¿cómo no? al saber preso á Huascar, resolvió descaradamente apoderarse del Imperio. No bien había recibido en Caxamarca la noticia, cuando añadía en su frente á la esmeralda de los Scyris la borla de los Incas. Le quedaban enemigos por vencer, y como que deseaba imponerlos por actos de terror como el de la muerte de los delegados. Inmediatamente despues de este hecho publicaba por todos los ámbitos de Tahuantinsuyu que sufrirían igual suerte cuantos no se apresuraran á deponer las armas; y para cumplirlo enviaba sus dos ya célebres generales Calicuchima y Quizquiz al Cuzco y á las demas provincias. Sed generosos, les dijo, con los que desde luégo os obedezcan; exterminad á los que resistan.

Creíase Atahualpa en la cumbre del poder y de la gloria, y ¡ay! estaban ya dentro de sus dominios los extranjeros que habían de prenderle y llevarle á morir en un patíbulo. Acontecía la toma del Cuzco por sus generales en 1532: la guerra había durado próximamente tres años. Hallábanse á la sazon en Tumbez los españoles. Como se ha visto, habían arribado ántes á las mismas costas y turbado el corazon del intrépido Huayna; no lograron turbar ahora el de Atahualpa, que al saberlos en poco número los miró con desprecio. No se movió si-

quiera de Caxamarca este confiado príncipe: no destacó siquiera de sus tropas gente que fuese á cerrarles el paso de los Andes.

Algunos de los historiadores primitivos de Indias, amigos de mezclar á Dios en los negocios de los hombres, explican casi todos por la Providencia esta rara conducta de Atahualpa. Atahualpa, dicen, era un usurpador, un tirano, un mónstruo de iniquidad que había colmado la copa de sus crímenes: la Providencia le cegó y no le dejó ver el peligro que tenía en los europeos para que fuera más pronto y más seguro su castigo. Aunque no sea mi ánimo defender á Atahualpa, algo he de escribir sobre estas apreciaciones, si algunas fundadas, otras destituidas de fundamento.

Que Atahualpa fuese duro, lo repito, es innegable. Las huellas de sus venganzas en el Cañar las alcanzaron á ver los españoles. Habla Cieza de Leon de los grandes aposentos de Tumibamba, y dice que estaban, cuando los visitó, desbaratados y en ruínas. Los indígenas, añade, creen que hay ahora en el Cañar quince veces más hembras que varones y lo atribuyen á las matanzas de Atahualpa. Confirma Zárate la desolacion de Tumibamba, y asegura que fueron sesenta mil los hombres que se pasó á cuchillo en la provincia. [1]

Por sí sólo no bastaría ésto, sin embargo, á distinguir á Atahualpa de los demas Incas. Así hemos visto que solían tratar todos á los pueblos que despues de unidos al Imperio se atrevían á levantarse en armas. Desgraciadamente Atahualpa llevó más allá las cosas. Aun prescindiendo de las muertes que Garcilaso le imputa se habría hecho acreedor al calificativo de cruel por la de los veinte delegados. Se lo hizo sobre todo por la del mismo Huascar, que ordenó, como se verá más tarde, cuando estaba ya en poder de Pizarro. Léjos de mandar entónces que le asesinaran, le habría puesto en libertad si hubiese podido prevalecer sobre sus fieros instintos el sentimiento de la patria.

Mas si por estos actos merece Atahualpa censura, no por el de haberse declarado en guerra con su propio hermano. Reinó cuatro años en Quito, segun el mismo Garcilaso, sin que Huascar protestara ni lo viera con malos ojos. Huayna Capac había dividido entre los dos el Imperio, y Huascar estaba decidido á respetar la voluntad de su padre. Si, cambiando despues de pensamiento, quiso este Inca hacer de Atahualpa un vasallo ó consintió por lo ménos en investir del cacicazgo del Cañar al hijo de Chamba, ¿quién sino él dió márgen y ocasion á la guerra? Violaba un derecho que había reconocido, y suya era la responsabilidad de la lucha.

Se dice que Huayna Capac no pudo desmembrar el Imperio; mas ¿dónde están las leyes que ponían límite á la autoridad absoluta de los jefes del Cuzco? En todas las monarquías absolutas de Europa hubo de esas desmembraciones durante la Edad Media. Allí, por otra parte, es muy de dudar que Quito hubie-

[1] Cieza de Leon, *Crónica del Perú*, cap. XLIV. Agustin de Zarate, *Historia del Perú*, cap. XII

se perdido ni por un momento su autonomia. Despues de la batalla de Hatun-Taqui no sé si recordará el lector que los Seyris proclamaron á Paccha. Tomóla Huayna por cónyuge, segun unos como esposa, segun otros como concubina, y se tituló rey de Quito. Así las cosas, ¿era tan de extrañar que reservara la monarquía de Quito para los hijos de la última Seyri? Pudo faltar á la tradicion de su familia y sobre todo á la política, no á las leyes.

Alegaba Huascar otras razones para legitimar su conducta; pero todas insostenibles. Huayna Capac al legar á Atahualpa el reino de Quito no lo limitó á la tierra por él vencida; parece que lo extendió por lo contrario á toda la que habían poseido los ascendientes de Paccha. ¿Qué motivos había para que se dejara de considerar el Cañar como parte de Quito, cuando de Quito había dependido no sólo ántes de las conquistas de Tupac-Yupanqui sino tambien durante la vida de Huayna y cuatro años despues de su muerte?

Era aún más frívolo decir que, separado Quito del Cuzco, no cabía retirar las fronteras del Imperio. Al Mediodía quedaban todavía por reducir todos los pueblos que vivían más allá del Maule, al Oriente las innumerables tribus esparcidas por las inmensas llanuras que se extienden entre los Andes y el Atlántico.

Es cierto que Atahualpa no se contentaba ya con su reino de Quito; mas ¿cuándo no fueron las represalias la condicion de la guerra? Si Huascar venciendo le había de privar del reino de Quito, de esperar era que, vencedor Atahualpa, quisiese apoderarse del imperio del Cuzco. Tiene sus límites la fuerza del derecho, no los tuvo nunca el derecho de la fuerza. Se alzó Atahualpa rey de Quito, escribe Herrera, por su sóla voluntad y no por la de su padre: y su tiranía es manifiesta. [1] Mas ¿en qué pudo fundar Herrera tan aventurado aserto?

Perdone el lector si aquí interrumpo bruscamente esta breve crónica de los Incas. Están ya los españoles en Tumbez, y pertenecen los hechos posteriores á otro período. Tócame ahora explicar las instituciones políticas, sociales y religiosas del Tahuantinsuyu, que deliberadamente he ido descartando de mi relacion para no repetirme. Constituyen éstas en mi entender la parte más instructiva de la Historia.

---

[1] HERRERA, Década 5.ª, lib. III, cap. XVII.

CAPÍTULO XXIV

Causas por que los Incas hicieron y consolidaron con facilidad sus conquistas.—Instituciones del Imperio.—Juicios contradictorios de que son objeto.—Manera como resolvieron los Incas el problema social.—Division general de las tierras de cultivo.—Reparto anual de las municipales entre los vecinos.—Labranza en comun de las tierras del Sol y las del Inca.—Manera de hacer frente á las necesidades de los años estériles.—Distribucion del algodon y la lana entre las familias.—Artes que sabía ejercer por sí cada hombre del pueblo.—Artes que se ejercían á expensas del Estado.—Servicios que pesaban sobre la plebe y condiciones bajo que los hacía.—Juicio sobre el sistema social de los Incas.—Sus inconvenientes.—Sus ventajas.—Organizacion política.—El Inca.—Leyes de sucesion al trono.—Autoridad absoluta del Emperador.—Respeto y veneracion en que se le tenía.—Magnificencia con que vivía é insignias que llevaba.—Sus viajes á las provincias.—Epítetos que se complacían en darle los pueblos.—Consideracion de que gozaba toda su familia.—Honores que le tributaban despues de muerto.—La emperatriz ó coya.—El Príncipe heredero.—Educacion que se le daba.—Ejercicios que había de hacer y pruebas que había de dar para que le armaran caballero y le dieran la borla amarilla.—Fiesta del «huaracu».—La nobleza.—Sus divisiones y subdivisiones.—Diversas clases de Incas.—Los Incas de mujer legítima; los Incas de concubina de la sangre; los Incas de concubina extraña; Incas por privilegio.—Los curacas.—Los amautas.—Division del Imperio en cuatro grandes regiones.—Los cuatros vireyes y el Consejo de Estado.—Division de las regiones en provincias.—Los gobernadores.—Division de las provincias en pueblos.—De quién dependían éstos.—Oscuridad que aún existe sobre las relaciones entre la organizacion social y la política.—Organizacion de varios servicios.—Los «chasquis» ó correos-postas.—Organizacion de los ejércitos.—Condiciones del servicio de las armas.—Ventajas que llevaban los Incas á los demas conquistadores.—Benignidad para con los enemigos ántes y despues de haberlos vencido.—La emigracion forzosa, consecuencia, no de la ley del vencedor, sino del despotismo (1).

En la rápida historia que acabo de hacer de los Incas habrá sin duda observado el lector, la facilidad con que muchas conquistas se hicieron y las pocas rebeliones que hubo. Nacía ésto de diversas causas. Primeramente de la inferioridad de los pueblos invadidos, tribus generalmente bárbaras, sin cohesion, sin disciplina, sin estrategia, sin táctica, no pocas veces quebrantadas por sus incesantes discordias y casi siempre empobrecidas por su falta de medios de cultivo. Luégo de la conducta de los Incas, que les enviaban embajadores ántes de pasar la frontera, les decían que no llevaban ánimo de reducirlos á servidumbre, se comprometían á respetar el señorío de los caciques que los gobernaban, les encarecían las ventajas de la vida culta y se las ofrecían con la sóla condicion de adorar á su padre el Sol y reconocerlos como soberanos. Tambien de la cuerda y hábil política que, ya vencedores, seguían estos mismos Incas con los vencidos, para los cuales abrían acequias, construían caminos, levantaban puentes, hacían nuevas distribucio–

---

[1] Fuentes de este capítulo: Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, los cuatro primeros tomos. Velasco, *Historia del Reino de Quito*; lib. II, párrafos VI, VII y VIII.—Rivero y Tschudi, *Antigüedades Peruanas*, cap. IV.—Prescott, *La conquista del Perú*. Introduccion, caps. I y II.

nes de tierras y en los últimos siglos hasta creaban escuelas y facilitaban maestros. Dábanles gobernadores, pero sin quitarles ni aún á los jefes que más se hubiesen resistido. A éstos por lo contrario se los llevaban al Cuzco, los deslumbraban con la magnificencia de la Córte, los halagaban regalándoles de sus joyas y vestidos y al despedirlos les vendían como un favor guardarles los hijos para educárselos al par de los príncipes. Quedábanse en realidad con los hijos como rehenes de la fidelidad de los padres; pero habían acertado á dorar con hidalgas apariencias tan odiosa medida. Con ésto, con los frecuentes trasiegos de poblacion que hacían y con lo terribles que eran para las provincias rebeldes aseguraban las conquistas como ninguna otra nacion del mundo. Las consolidaban principalmente con sus instituciones.

Las instituciones de los Incas han sido y son objeto de los más contradictorios juícios. Quién las ensalza y pone por encima de las de Solon y las de Licurgo; quién las mira como propias sólo de naciones bárbaras. No diré mi opinion sino á medida que las vaya explicando para que pueda el lector apreciarlas libre de todo género de prevenciones y por su propio criterio. Son verdaderamente dignas de exámen.

El Inca, es decir el Soberano, constituía la clave del edificio social de los tahuantinsuyus. Era á la vez el rey, el pontífice y el padre de los pueblos. Dictaba y ejecutaba las leyes, castigaba por sus jueces al que delinquía, velaba sobre la educacion de los niños, procuraba que no faltasen las subsistencias, dirigía el culto, declaraba la paz ó la guerra y regía el Imperio como si éste no fuera sino una familia. A los ojos de sus vasallos era algo más que un simple monarca y un mero sacerdote; era el hijo del Sol, la imágen de Dios en la tierra.

Necesitaba en realidad el Inca de este poder y este prestigio para llenar su cometido. Otros jefes de naciones, los de las nuestras por ejemplo, se limitan á conservar el órden, asegurar la persona y la propiedad de los ciudadanos, defender la patria contra el extranjero y procurar que se cumplan las leyes y la Constitucion del Estado. En la esfera social apénas hacen más que dar fuerza á los contratos, amparar los bienes de la mujer y el huérfano, difundir la enseñanza, proteger la industria del país contra la de otros pueblos y prestar algunos servicios, principalmente los que contribuyen á la mayor facilidad de las comunicaciones. Se cruzan respecto á todo lo demas de brazos, y contemplan con estóica indiferencia cómo de día en día se desnivelan las fortunas, y, miéntras unos huelgan y viven en el fausto, trabajan otros llenos de privaciones y de angustias sin hallar jamas un escudo ni contra las crísis metálicas ni contra la falta de cosechas. Para remedio de las calamidades privadas tienen cuando más establecimientos de beneficencia; para remedio de las públicas, exíguos y hasta miserables recursos. Dan de mano á las más graves atenciones y no pueden subsistir con todo sin ir agravando los impuestos hasta agobiar y aún arruinar al contribuyente.

Debía el Inca, sin olvidar ninguna de estas funciones, asegurar la vida y el bienestar de todos los súbditos, y no hay por qué encarecer si era el negocio difícil. Para la resolucion de tan árduo problema se ha ideado modernamente teoría sobre teoría sin que ninguna haya conseguido el asentimiento general de los ánimos. Verdad es que las condiciones de nuestras sociedades son muy distintas de las de aquel Imperio.

Llenaba el Inca este fin altamente social, y ¡cosa notable! lo llenaba por procedimientos que pudieron con facilidad aplicarse á tribus y razas heterogéneas esparcidas nada ménos que por una superficie de sesenta mil leguas. No había en todo el Tahuantinsuyu, segun lo alcanzaron á ver los españoles, ni mendigos ni pobres: no había ni una familia sin su hogar y su campo ó sin su destino en la República. ¿En qué consistía una organizacion que daba tan raros frutos?

Descansaba esta organizacion en el principio colectivista. Estaba dividida la tierra de cultivo en tres partes: una para el Sol, ó sea para el sacerdocio; otra para el Inca, ó sea para el Estado; otra para el pueblo, ó sea para el municipio. Recibía de su municipio cada hombre cuando se casaba un *topu* de tierra, como fanega y media; otro tanto para cada hijo que le nacía y la mitad para cada hija. Procedíase anualmente al reparto con el fin de recoger las tierras vacantes por muerte y distribuirlas entre los recien nacidos. Proporcionaba la comunidad el grano para la siembra, y levantaba un hogar para cada familia que se constituía. Si labraba cada terrateniente su haza, era con ayuda de sus vecinos. Comían juntos dos veces al mes para que recordasen que eran hermanos y apagasen sus mútuos rencores si por acaso los abrigaran.

Cultivaban luégo en comun los habitantes de cada pueblo primeramente las tierras del Sol, despues las de los huérfanos, las viudas, los inválidos y los ausentes por causa de la República y por fin las del Inca. Hacíanlo todo con órden invariable en tiempos determinados y fijos. ¿No lo tendrían por carga penosa y superior á sus fuerzas? Antes trabajaban en los campos del Inca con gran ceremonia y júbilo, vestidos en traje de fiesta, cantando himnos en que celebraban las proezas de sus caudillos y los triunfos del Imperio. Sabían que cuidar la hacienda del Inca y aún la del Sol era cuidar en gran parte la propia, y no les dolía el sacrificio. Era éste despues de todo su sistema de pagar los tributos.

Recogía el Inca por este sistema inmensas cantidades de víveres que guardaba en graneros públicos. Con ellos sostenía espléndidamente su servidumbre, su administracion y su ejército; y con los que sobraban en los años fecundos subvenía en los estériles á las necesidades de sus vasallos. ¿No le bastaban sus graneros? Jefe del sacerdocio, acudía á los del Sol, que, como afectos á menor número de atenciones, estaban generalmente más provistos. Así no se cuenta de un año en que el hambre afligiese tan afortunados pueblos.

Tenía el último hombre del Imperio con qué alimentarse y tambien con qué cubrirse. Era dueño el Inca de los innumerables rebaños de llamas que pacían

en los extensos páramos de los Andes, y los hacía esquilar en la estacion oportuna. Guardaba el vellon en espaciosos almacenes y repartía todos los años el necesario entre las familias ya para que se vistieran, ya para que contribuyeran en la parte que les correspondiese al equipo de sus servidores y sus soldados. Suyo tambien todo el algodon que producían las regiones cálidas, lo distribuía con igual objeto. No consumía tampoco al año ni la hilaza que se recogía ni los vestuarios que se recaudaba; así que solía tener tambien atestados de unos y otros artículos sus vastos depósitos.

Por este sistema, como va observando el lector, quedaban á la vez cubiertas las necesidades del individuo y las del Estado. Contaba, ademas, el individuo con su propia habilidad y los montes y las aguas del concejo de que formaba parte. No conocía aquí el plebeyo ni la ciencia ni las artes de lujo, pero sí las indispensables para las exigencias de la vida. Sabía el varon, sobre cultivar su campo, construirse una casa, vestirse, calzarse, fabricar sus armas y si era de la costa hacerse una almadia; sabía hilar y tejer la hembra sobre sus negocios domésticos. Vivían, es verdad, los dos humilde y sobriamente, pero nunca preocupados por el día de mañana. ¿Caía él enfermo? ¿Quedaba ella viuda? ¿Llegaban los dos á una edad que no les permitía el trabajo? Allí estaban los vecinos para suplir la falta. ¿Venían años de escasez? Allí estaba el Inca.

No por esto quedaba limitada la industria á tan pobres artes ni reducidas á tan corto número las funciones del Estado. Sentía el Inca en concepto de rey la necesidad de unir por grandes caminos los apartados puntos del Imperio é imponer á los vencidos pueblos con el esplendor y el fausto de su Córte; en concepto de pontífice la de levantar al Sol templos que por su magnificencia venciesen el corazon de tribus adoradoras de otros dioses. Para satisfacer esta doble necesidad dió orígen á otras artes, que á pesar de la falta de herramientas, llegaron á notable altura. Hubo allí diestros artífices de oro y plata, entendidos lapidarios, oficiales que del vellon de la vicuña hacían telas finísimas, alfareros que dejaban atras los de Europa y hábiles arquitectos.

Vivían todos estos hombres al amparo del Inca, y es de creer con Velasco que constituyesen uno de los órdenes de la nobleza. Del Inca habían de recibir los elementos de su trabajo, porque sólo él era dueño de todas las minas y canteras del Imperio y podía aprovechar la lana de las vicuñas; para el Inca habían de ejercitar sus manos y su inteligencia, porque sólo él levantaba monumentos y cubría las atenciones del culto y las de su numerosa aristocracia. Admitida la base del sistema, no cabía en realidad otra cosa: habían de vivir forzosamente á la sombra y á expensas del Estado todos los que no labrasen la tierra. Que se quisiese que no, habían de formar clase y una clase distinta de la plebe.

Clases aristocráticas cuentan algunos autores hasta cinco: es muy de notar que no estaba ninguna ociosa. De ellas salían los vireyes de las cuatro regiones del Imperio, los gobernadores de las provincias, los capitanes de las tropas, la

guardia de los Incas, los sacerdotes de los templos, los jefes todos del numeroso personal administrativo que se extendía como una red por todos los ámbitos de la monarquía. La sola guardia del Inca pasaba con frecuencia de dos mil hombres. Era no pocas veces la que decidía la suerte de las batallas y la que más sufría en las derrotas.

Quedaban otros servicios por llenar y pesaban todos sobre los plebeyos. Los plebeyos eran los que cubrían las filas del ejército, laboreaban las minas y construían y reparaban las obras públicas. Llevaban á no dudarlo sobre sus hombros el mayor peso del Estado, mas ¡bajo cuán otras condiciones que los de otros pueblos! En tanto que satisfacían estos tributos vivían mantenidos por el Inca, y no tenían ni sin labrar sus campos ni huérfanas y abandonadas sus mujeres ni sus hijos. Se los relevaba con frecuencia para que les fuese ménos duro el gravámen, y no todos venían indistintamente obligados á todas las cargas. El que arrancaba metales no debía, por ejemplo, levantar puentes ni abrir caminos. No había á lo que entiendo más servicios generales que el de las armas, el de hilar y tejer para los depósitos y el de cultivar las tierras del Sol y del Inca.

Estaba resuelto el problema, pero á costa de la libertad del individuo. No era dueño el tahuantinsuyu de holgar cuando quisiese ni de fijar el tiempo de sus distintas faenas. Hombre ó mujer, no podía estar ocioso sin incurrir en delito. Por ó contra su gusto había de trabajar desde los cinco años hasta que agotara sus fuerzas la edad ó las enfermedades. Aún siendo cojo, ciego ó manco, debía ocuparse en lo que permitiera su estado. Había de labrar su tierra y la de sus vecinos despues que la del Sol y ántes que la del Inca; no en otras épocas. Había de aplicar aún el algodon y la lana que para sí recibía á los usos prescritos por reglamento; jamas á los que pudiera sugerirle su comodidad ó su antojo. Hasta para las obligaciones consigo mismo estaba sujeto á la inspeccion de autoridades que había de recibir á todas las horas del día en su casa.

No era tampoco dueño el tahuantinsuyu de cambiar su domicilio. No podía pasar ni de una provincia á otra provincia, ni de un pueblo á otro pueblo, ni de un barrio á otro barrio. Habría alterado con su mudanza el órden en la distribucion de las tierras, y no cabía dentro del sistema que el individuo se sobrepusiese al Estado. Podía en cambio ¡oh dura ley del despotismo! ser trasladado á pesar suyo con toda su familia de la una á la otra extremidad del Imperio. No solo para consolidar recientes conquistas sino tambien para reducir á cultivo terrenos fecundos tenía el Inca el terrible derecho de trasportar, no diré pueblos, provincias enteras á donde mejor le pareciese. Cuando tál disponía, nadie podía oponerse á su mandato. Se dulcificaba la suerte de los emigrantes procurando llevarlos á climas análogos y manteniéndolos hasta que, establecidos en su nueva morada, pudiesen vivir de su trabajo; pero se los arrancaba al fin contra su voluntad del suelo en que se había mecido la cuna de sus hijos y estaba el se-

pulcro de sus padres. Eran allí conocidos con el nombre de *mitimac* ó de *mitmac* estos colonos por fuerza.

Tampoco podían cambiar de ocupacion los tahuantinsuyus. El hijo había de seguir la de sus progenitores, y, si plebeyo, renunciar al conocimiento de las ciencias. Las ciencias, decía Tupac Yupanqui, son para los ánimos generosos y para los que han de ejercer mando en el Imperio: conviene ocultarlas á la plebe para que no se ensoberbezca y menoscabe y apoque la República. No podían así los hombres de aquel país aspirar á salir nunca de su estado: triste condicion para el que siente algo que le levanta de la tierra á que está adherido y tiene conciencia de su servidumbre.

Llevaba consigo el sistema, ademas de estas restricciones, una organizacion complicadísima. Estaba políticamente dividido el Imperio en regiones, provincias y pueblos; y socialmente distribuidas las familias en grupos que constituían un todo jerárquico. El grupo inferior era la decuria; su jefe, un decurion ó *chunca-camayoc*, que era á la vez el síndico y el fiscal de todos los individuos que la componían. Debía este decurion acusarlos del menor delito que cometieran, proporcionarles la hilaza y las semillas de que necesitaran y hacer que les reparasen la casa en ruína. Para todo lo que no pudiese realizar por sí había de dirigirse al jefe del inmediato grupo superior, que constaba de cinco decurias ó cincuenta familias. Diez, ciento, mil decurias componían luego otros tres grupos. El de mil venía ya regido por el gobernador de la provincia.

Servía principalmente esta organizacion para formar el registro que se llevaba en el Cuzco y era otra de las condiciones indispensables del sistema. Consignábase en este censo, que se hacía por años, no sólo el número de los nacimientos y las muertes ocurridas en todo el Imperio, sino tambien el de los diversos productos que había dado la tierra ya en granos, ya en legumbres, ya en frutos, ya en metales, ya en algodon y lana. Recogíanse los datos relativos á las minas y á los ganados por medio de la administracion especial que cada uno de los dos ramos tenía; los demas por esa escala gerárquica que iba de los decuriones á los gobernadores.

No hablaré ahora de las numerosas visitas de inspeccion que el Gobierno Central enviaba para que no se relajase el celo de los jefes de los diversos grupos. Advertiré sólo que fuera de esa organizacion general había, como acabo de indicar, otras muchas particulares á cuya cabeza estaban otros tantos superintendentes. Ademas de los que dirigían la minería y la ganadería, había allí superintendentes para los caminos, para los correos, para las hospederías imperiales, para los pósitos, para los archivos, para las aguas del mar y para las de tierra y uno con el título de *Tucuyoc* ó *Tucuy-camayoc* que debía velar por que no se corrompiese en parte alguna la administracion ni se alterase la pureza de las costumbres.

Complicacion ¿como no la había de haber en un sistema por el cual se queria

que todos los hombres participasen de los dones de la naturaleza sin caer en el comunismo? El simple uso de las aguas para el riego exigía gran personal y minuciosos reglamentos. Los exigían tambien los abonos, especialmente el del *huanu*, de que tanto abundan las islas Chinchas. Había de surtirse cada provincia del de una isla determinada y tenerla dividida en tantas secciones como pueblos contuviese. Castigábase como delito no sólo invadir la seccion ajena sino tambien tomar de la suya más abono del que la ley consentía. Por necesidad habían de ser allí muchos los agentes del Estado.

Con todos estos vicios orgánicos dió el sistema excelentes frutos: el bienestar de todas las clases, un órden interior casi nunca interrumpido, el constante engrandecimiento del Imperio y la rápida transformacion de tríbus bárbaras en poblaciones cultas, un desarrollo industrial notable aunque reducido á pocas artes, la construccion de obras que por lo gigantescas y lo sólidas llenaron de asombro á Europa. Quizá solo por este sistema ú otro análogo se habrían podido llevar á cabo, no diré los palacios y los templos del Cuzco, pero sí los caminos que bajaban de Quito á Chile y enlazaban las costas del Pacífico y la rama oriental de los Andes. El que por la Sierra llevaba de Norte á Mediodía presentaba vencidas por soberbios escalones cortados en peña viva las más altas cumbres, por colosales macizos de ladrillo espantosos barrancos, por atrevidos puentes en el aire anchos é impetuosos ríos. No era ménos de admirar el que iba en la misma direccion por los Llanos. Estaba todo él constituido por un vasto terraplen que contenían á derecha é izquierda fuertes parapetos de piedra y protegían con su sombra altos y frondosos árboles plantados en las orillas. Interrumpíanlo á trechos arenales que por lo movedizos no eran susceptibles de obra alguna de asiento; mas aún allí lo podía seguir el viajero merced á grandes estacas hincadas en el suelo de que todavía quedan vestigios. Estaba enlosado el de la Sierra como las calzadas de la antigua Roma: tenían los dos sobre veinte piés de anchura. ¿Qué poder había de realizar tan largas y maravillosas vías como no dispusiese de las fuerzas de todo un pueblo?

Se comprenderá mejor la exactitud de esta observacion si se considera que no ya tan sólo en éstos sino en todos los caminos importantes del Imperio, á cada cuatro ó cinco leguas había unos edificios, por nombre *tambos*, donde se podían aposentar el Inca ó sus generales con el ejército que llevasen, y á más largos trechos almacenes atestados de armas y víveres para equiparlo y mantenerlo. Aunque fuesen estas fábricas de adobes ó cuando más de piedra en bruto y no se distinguiesen por su belleza arquitectónica, basta á dar idea de lo costosas que habrían sido la extension que no podían menos de tener cuando algunas, además de cuartel y depósito, eran palacio y fortaleza. Estaban casi todas provistas de agua, y la recibían muchas por acequias que la traían de léjos, circunstancia que habría aumentado no poco la dificultad de unas vías que á la época de su construccion no tenían par en el mundo.

Tampoco habria sido fácil bajo otro sistema hacer la guerra como la hacian los Incas. Gracias á esas mismas carreteras guarnecidas de tambos cabía llevar casi siempre las tropas hasta los linderos del país enemigo sin alojarlas en poblacion alguna ni esquilmar la tierra por donde pasaran. No empezaban allí los movimientos militares por vejar como aquí á los pueblos amigos. El Inca podía, por otra parte, levantar y licenciar cuantos ejércitos quisiera seguro de que no con ésto había de alterar ni el órden del Estado ni el de las familias. Así en la guerra de los Llanos le vímos durante mucho tiempo renovar cada tres meses ejércitos de treinta y más mil hombres, no solo sin excitar murmuraciones ni quejas, sino tambien mereciendo por su prudencia y su humanidad generales aplausos. En todas las luchas de alguna duracion se recurría con frecuencia á esas renovaciones, no siempre totales, tanto para que se repartiera con más igualdad entre los súbditos la carga del servicio como para que hubiera siempre en el campo gente de refresco.

Concluida la guerra y obtenido el triunfo ¿por qué otro sistema habrían podido tampoco los Incas ganar tan fácilmente el ánimo y el corazon de los vencidos? Bajo ningun otro sistema habría sido posible la colonizacion forzosa. Bajo ningun otro sistema, la aglomeracion de fuerzas por la cual convertían de súbito comarcas eriales en tierras de cultivo, sangraban los ríos y los arroyos, levantaban puentes y embellecían con templos y palacios los principales pueblos. Bajo ningun otro sistema, la brevedad con que siquiera para los actos oficiales hacían adoptar su idioma por tribus que, cuanto más bárbaras eran, más apego tenían á la lengua pátria.

Introducían los Incas en todas partes la civilizacion á la fuerza; pero, necesario es decirlo en elogio del sistema, lograban que al fin se hiciera por hábito lo que en un principio por obediencia y por miedo. Como ántes dije, iba el tahuantinsuyu con júbilo á labrar las tierras del Estado. La mujer amaba ya de tal modo el trabajo, que no acertaba á estar ociosa ni en la calle ni en la casa de sus amigas.

Si, por fin, llevaba consigo el sistema la division de clases y aún de castas, sobre hacerlas concurrir todas, como he dicho, á la conservacion y al engrandecimiento del Imperio, no autorizaba ni consentía en modo alguno la esclavitud, que tanto afeaba las instituciones de la mayor parte de los pueblos americanos. Ni voz había siquiera para expresarla en el idioma quichua. *Piñas* significaba, no esclavo, sino cautivo ó prisionero de guerra; y *yana* ó *yanacuna*, hombre ú hombres de servicio. Había de éstos gran número principalmente en los palacios del Inca y las casas de la nobleza, pero todos libres. Hecho tanto más notable, cuanto que aquí en Europa los sistemas análogos tuvieron la esclavitud por base. Sin esclavos ¿qué habrían sido ni Esparta ni Creta?

Pero es tiempo ya de que deje la organizacion social de los tahuantinsuyus por la política. El fundamento de esta organizacion era, como el de todas, el

Inca, soberano que no debia su poder sino á su orígen. Trasmitíase allí esta suprema dignidad dentro de los descendientes de Manco Capac de padres á hijos: el primogénito de mujer legítima sucedía por derecho propio. Nada de eleccion por el padre, la nobleza ni el pueblo; nada que pareciera sancionar directa ni indirectamente el hecho de subir el heredero al trono. Presenta la historia, lo recordará el lector, el caso de la destitucion de un Inca, el de la de Urco, hijo de Huiracocha; pero ésto en nada contraría lo que estoy diciendo. La excepcion no es la regla, y es natural que sobre todas las leyes de los monarcas prevalezca el instinto de conservacion de las naciones. Iba con Urco á perecer el prestigio de los Incas y á deshacerse el Imperio: fué verdadera necesidad deponerle.

Era soberano el Inca por su propio derecho, y gozaba de una autoridad absoluta. No la tenía limitada por instituciones de ningun género: dictaba y derogaba á su voluntad las leyes. Podía oir ó no oir á sus consejeros, seguirlos ó no seguirlos. Estaba siempre seguro de no encontrar ni en sus iguales quien se atreviera á desobedecerle, cuanto ménos en sus inferiores. Iguales llamo á los de su sangre. «Suspenderán los mismos pájaros su vuelo si yo se lo mando» decía hiperbólicamente Atahualpa á los españoles. La frase era feliz para indicar hasta que punto estaba sumiso el Imperio á la voz de sus monarcas.

Se hallaba el Inca á tanta altura de todos los súbditos, que no sólo no osaba nadie contradecirle, sino que hasta en la cámara real sus magnates entraban descalzos y con una lijera carga para más humillacion y respeto. Vivía en suntuosos palacios, cubiertos interiormente de vistosas telas y ricos adornos, cuando no en perfumados jardines donde á la sombra de frondosas arboledas caían en baños de oro aguas puras y cristalinas que bajaban por cañerías de plata. Vestía trajes de finísima lana de vicuña recamados de pedrería. Llevaba en señal de su dignidad al rededor de la cabeza el *llautu*, guirnalda de brillantes colores, de sien á sien el fleco carmesí que le cubría la mitad de la frente, y engastados en las orejas unos rodetes de oro á cuyo peso se ensanchaban los cartílagos hasta casi dar con los hombros. ¡Que de gentes no tenía en su servicio! Alternadamente y por vía de tributo se las escogían los pueblos inmediatos al Cuzco entre los descendientes de los primeros vasallos de Manco Capac y Mama Ocllo.

Bajaba una que otra vez el Inca á confundirse entre la muchedumbre y visitaba á tiempos las provincias: pero siempre acompañado de su guardia de honor y deslumbrando por su magnificencia. En andas guarnecidas de oro y esmeraldas iba á las provincias. Llevábanle en hombros mancebos de Rucana y Hatunrucana, enseñados desde niños á este servicio; y los que por acaso caían pagaban, si no con la muerte, con la afrenta el descuido. Precedíanle gran número de súbditos barriéndole el camino; seguíale la flor de la nobleza.

Distaban los pueblos de ofenderse de este fausto del Inca. Encontraban á lo que parece natural que un hijo del astro del día se presentara siempre con el

esplendor de su padre. Salían á recibirle con entusiasmo, y, si se dignaba descorrer el pabellon de sus andas, prorumpían en aclamaciones frenéticas. Tenían ya en adelante por sagrado el lugar de tan feliz acontecimiento. Complacíanse todos en dar á su querido soberano los mas altos calificativos. No satisfechos con llamarle *Inca*, le apellidaban *Capa-Inca*, que significa señor único. Le daban los epítetos de *Capac*, rico en virtudes, poderoso en armas; de *Intip-churin*, hijo del Sol; de *Huaccha-cuyac* ó *Huaccha-cuyapac*, bienhechor de pobres.

Sentían los pueblos casi igual veneracion por la familia del Inca, siempre numerosa. El Inca no podía tener más de tres ó cuatro mujeres legítimas, segun Velasco, más de una, segun Garcilaso de la Vega; pero podía tomar las concubinas que quisiese. La mujer legítima, la *Coya*, á la vez hermana y mujer, era adorada á la par del Inca. Llevaba el calificativo de *Mamanchin*, que quiere decir nuestra madre. Adorados eran tambien sus hijos, los únicos legítimos para la sucesion del trono. Lo eran aún los de las concubinas que descendían por línea de varon de los fundadores del Imperio. Si no aptos para suceder, eran todavía considerados como legítimos en sangre. No se miraba como bastardos sino á los de concubinas extrañas: y áun á éstos se los respetaba como engendrados por el Inca.

Lo más de notar es que el Inca era objeto de veneracion aún despues de su muerte. Se le hacían pomposos funerales, se le sacrificaba parte de sus concubinas y su servidumbre, se llevaba en procesion sus banderas y se cantaba en sentidos versos sus triunfos y sus hazañas, se le lloraba durante doce meses, y, luégo de embalsamado, se le conducía al templo y se le sentaba á la derecha del Sol en su silla de oro. Se le tenía desde entónces por un verdadero ídolo, y en ciertas festividades se le sacaba á la plaza mayor del Cuzco. Estaba como cuando vivo, enteras y bien conservadas las facciones, las manos sobre el pecho, los ojos bajos, el llautu y la borla en la cabeza, las ricas vestiduras de lana y pedrería sobre todo el cuerpo; y producía tal impresion en los ánimos que aún despues de la conquista no acertaba á verle un tahuantinsuyu que no hincara la rodilla y vertiera amargas lágrimas.

A mayores actos de idolatría daba aún márgen el Inca despues de su muerte. Se cerraba para siempre los palacios en que había vivido; se dejaba abierto uno solo, y no para su heredero. En este palacio quedaban su guardia y su servidumbre, y en él se los mantenía como cuando reinaba. Acontecía más, y era que en las festividades á que hace poco aludía convidaba el capitan de esa guardia á comer en la plaza, delante del momificado Inca, la flor de los aristócratas. Se servía la mesa con el mismo esplendor que si el Inca viviese, y se comía con la misma etiqueta.

La coya, la emperatriz, la mujer legítima gozaba tambien del privilegio de ser embalsamada á su muerte y conducida al templo. Se distinguía de su ma-

rido únicamente en que la llevaban al santuario de la Luna y no la sacaban jamas á la plaza. No disfrutaba ya de tan grandes honores ni aún el sucesor de la Corona.

El sucesor de la Corona estaba desde niño al cargo de los amautas, los sábios del Imperio. Aprendía las ciencias, sobre todo las relativas al culto y al gobierno, ejercitábase en las armas y hacíase á las privaciones y á las fatigas de la guerra. Debía á los diez y seis años entrar en lucha con los de su sangre para ganar las insignias de príncipe y de caballero; y mal había de poder ganarlas si no había procurado ántes hacerse diestro y fuerte. Al llegar á esta edad él y los que con él aspiraban á llevar agujereadas las orejas debían someterse á pruebas que no dejaban de ser duras: ¿cómo se podía exponer á que en ellas le venciesen los que más tarde habían de ser sus vasallos?

Empezaban los neófitos por sufrir durante seis días el más rigoroso ayuno: no comían más de un puñado de maiz ni bebían más de un jarro de agua. El que no lo podía resistir quedaba desde luégo fuera de combate. Confortados despues con algo más de alimento, habían de ir á la carrera desde la cumbre del Huanacauri á la fortaleza del Cuzco, trayecto de más de una legua. Solamente los diez que llegaban primero podían continuar los ejercicios. Debían en otros dos días los vencedores atacar unos y defender otros la fortaleza trocando los papeles á fin de manifestar que así servían para la defensa como para el ataque.

Venían luégo las luchas singulares, el tiro al blanco bien con arcos, bien con hondas, el certámen sobre quien arrojaría más léjos ya la piedra ya el dardo, las largas centinelas de noche para acreditar que se sabía resistir al sueño, el golpear brazos y piernas con varas de mimbre y amenazar de súbito con la macana ó la porra para ver si se cedía al dolor ó al miedo á la muerte. Como salieran bien los neófitos de todas estas pruebas, se les exigía otra de muy distinta clase. Habían de mostrar prácticamente que en casos de apuro se sabrían forjar unas armas: un arco, unas flechas, una lanza, un escudo y hasta unos zapatos.

Terminados tan rudos ejercicios, que duraban de luna á luna, se celebraba la fiesta que se conocía con el nombre de *huaracu*. En ella recibían esos bravos mancebos la recompensa de sus fatigas. Empezaba el Inca por encarecerles los altos deberes de los que descendían de Manco y les horadaba las orejas con gruesos alfileres de oro. Les calzaban otros las *usutas* ó lo que es lo mismo las sandalias. Ceñíanles otros la *huara*, el *maxtle* de los aztecas, que aquí equivalía á la pretexta de los romanos. Coronábanlos otros con guirnaldas de flores y les ponían sobre la cabeza una hoja de *vinay-huayna*, nunca marchita.

No recibían más los compañeros del Príncipe, pero sí el Príncipe, como hubiese salido airoso de tan penosas pruebas. Recibía en aquella misma fiesta la borla amarilla y el hacha de armas: la borla amarilla, como precursora de la carmesí que había de ceñir un día: el hacha de armas, como símbolo de la au-

toridad que estaba llamado á ejercer contra los violadores de las leyes y los enemigos de la patria. Quedaba declarado desde aquel momento sucesor del Inca, y se apresuraban los nobles todos, sus inmediatos parientes los primeros, á rendirle homenaje.

Los nobles estaban á no dudarlo divididos y subdivididos en multitud de clases. Constituían la primera los Incas; la segunda los Curacas; la tercera los Amautas. Bajo el nombre de Incas venían comprendidos todos los descendientes por línea masculina del fundador del Imperio; bajo el de Curacas, todos los caciques y sus hijos; bajo el de Amautas, todos los que sin ser Curacas ni Incas vivían del ejercicio de una profesion ó un arte y no estaban ni pegados al terruño ni puestos al servicio de nadie. La clase más numerosa era sin disputa la de los Incas, puesto que abrazaba á los que habían nacido ya de mujer legítima ya de concubina, y las concubinas de los emperadores se contaban por cientos. Seguía la de los Amautas, donde entiendo que estaban desde el sacerdote no inca hasta el alfarero. Venían por fin, los curacas.

Pensar que no hubiese distinciones entre los Incas me parece hasta absurdo. Los hijos del soberano reinante, llamados, si varones, *auquis*, si hembras, *ñustas*, sus tíos y sus primos no es en primer lugar verosímil que estuviesen confundidos con los demas Incas. No lo es tampoco que se encontrasen á la misma altura los nacidos de mujer legítima ó coya, y los nacidos de concubina ó palla. Lo es aún menos que hubiese perfecta igualdad entre los que procediesen de concubinas de la sangre y los hijos de concubinas extrañas. Estando ademas, como estaban distribuidos todos, en tantos *ayllus* ó linajes como emperadores habían reinado, es muy de temer que tuviesen más consideracion los del ayllu de Huiracocha, por ejemplo, que los del ayllu de Yahuar Huacac á quien aquél había destronado por cobarde. Casi todos los historiadores primitivos de Indias dejan entrever estas distinciones, y yo las tengo por ciertas.

A estas distinciones se refería sin duda Gomara cuando al hablar de los grandes que rodeaban al soberano del Cuzco decía que, aunque traían todos gran casa y servicio, no eran iguales en los asientos y honras, puesto que unos precedían á otros; unos iban á pié, otros en andas, otros en hamacas; unos se sentaban en bancos, otros en banquillos y otros en el suelo. [1]

Parece ademas innegable que había otra clase de Incas: los descendientes de los primeros vasallos de Manco Capac que habían obtenido el título y los honores de tales por privilegio. ¿Cómo suponer que estos Incas disfrutasen de las mismas prerogativas que los de sangre?

Los Incas todos se diferenciaban de los demas nobles en llevar, como su emperador, trasquilado el cabello y engarzados en las orejas unos más ó ménos

[1] Francisco Lopez de Gomara, *Historia de las Indias*, capítulo titulado: Corte y riqueza de Guaynacapac.

grandes rodetes que se las ensanchaban considerablemente. Por este particular distintivo merecieron de los europeos la calificacion de *Orejones* con que generalmente los conocemos. Aún en ésto se sabe que se distinguían unos de otros. No todos llevaban igualmente corto el cabello ni todos tampoco rodetes de la misma materia ni de las mismas dimensiones.

No sé que estuviese subdividida la clase de los curacas; presumo que lo estaría la de los amautas por la variedad de gentes que comprendía.

Vivían todos estos nobles á expensas del Estado, pero todos, como he dicho, le servían no ménos que los hombres del pueblo. No podía en rigor decirse que estuvieran exentos de tributos. Pagaban con su persona, cuando no con los productos de su trabajo. Circunstancia que habla muy alto en favor de las instituciones de los Incas.

Mas ¿cuál era esa administracion de que tantas veces he hablado? Estaba dividido el Imperio en cuatro grandes regiones: *Chinchasuyu, Collasuyu, Antisuyu y Contisuyu*; Chinchasuyu ó la region del Cuzco á las fronteras del Norte; Collasuyu ó la region del Cuzco á las fronteras del Mediodía; Antisuyu ó la region del Cuzco á la rama oriental de los Andes; Contisuyu ó la region del Cuzco á las costas del Pacífico. El Cuzco era el centro de la nacion y tambien el de los cuatro principales caminos que en forma de cruz la dividían, caminos que llevaban los mismos nombres que las cuatro regiones.

Al frente de cada region había un virey asistido de comisiones de guerra, justicia y hacienda; los cuatro vireyes juntos formaban el consejo de Estado del Inca. En aquel consejo estaba la suprema direccion de los negocios, no porque el Inca hubiese de someterse á las opiniones ni á los acuerdos de nadie, sino porque ordinariamente lo consultaba y por él se regía.

Estaba á su vez dividida cada region en varias provincias, en tantas como por aquel lado se había sometido á la Corona. Al frente de cada provincia y bajo la inmediata dependencia del virey respectivo había un gobernador ó prefecto. Distarían de tener estos gobernadores á lo que entiendo las facultades de los de nuestros días: estarían casi reducidos á procurar el cumplimiento de las leyes generales del Estado. Estaba limitada su accion por la de los curacas, que, como tantas veces he dicho, continuaban siendo por derecho hereditario señores de las provincias entónces agregadas y ántes independientes.

De que luégo hubiese en cada provincia pueblos, es decir cuerpos de familias, concejos, no me cabe la menor duda: me lo revelan los escritos de todos los autores del tiempo de la conquista. Mi duda está en si dependerían de los gobernadores ó de los curacas. Me inclino á creer que de los últimos, porque estoy convencido de que dependía de los gobernadores la organizacion por decurias, que era la nacional y la que más servía á los fines sociales de los Incas. Es áun por demas oscura la relacion entre estas dos organi-

zaciones—la decurial y la por pueblos:—tengo para mí que prestaría un verdadero servicio á la historia el que se consagrase á esclarecerla.

Había, ademas, como he indicado, organizaciones por servicios: aguas, caminos, ganados, pósitos, etc. No quisiera olvidar la de las postas, muy parecida á la de Méjico. Entre los tahuantinsuyus los peatones, llamados *chasquis*, estaban distribuidos por grupos en pequeños edificios que de cinco en cinco millas se hallaba á lo largo de los caminos. Eran hombres educados de niños para este servicio, tan ágiles como fieles. Iban y podían ir siempre á la carrera, puesto que no habían de llegar sino á la estacion próxima, y transmitían los encargos, órdenes ú objetos, á razon de ciento cincuenta millas por día. ¿Era posible conseguir más sin el auxilio de animales tan veloces como el caballo?

Diré ahora algunas palabras sobre la organizacion de los ejércitos. La organizacion militar era, como la civil, por grupos de diez, cincuenta, ciento, mil, cinco mil y diez mil hombres. Estaban mandados los cuatro primeros grupos por jefes que llevaban en su título el número de la gente que mandaban: por el *Chunca-camayoc*, oficial de diez; por el *Pichcachunca-camayoc*, oficial de cincuenta, por el *Pachcac-camayoc*, oficial de ciento; por el *Huaran-camayoc*, oficial de mil soldados. No sucedía así ya con los últimos. A la cabeza de una division de cinco mil hombres iba el *Hatun-apu*, literalmente traducido, el gran capitan ó sea el general de nuestros días; á la cabeza de otra de diez mil el *Apusquepay*, ó sea el jefe que da la voz de mando. El *Hatun apu* tenía, se dice, á sus órdenes un *Apu*, capitan de dos mil quinientos hombres, y el *Apusquepay*, un *Apusquiprantin*, que era su teniente. Llevaba cada division su *Unancha-camayoc*, ó lo que es lo mismo su abanderado, y tambien sus tambores y sus trompetas; cada ejército su arco iris, estandarte y blason de los Incas.

Cada batallon, es decir cada grupo de mil hombres, se componía á lo que parece de soldados de diversa provincia, usaba diversas armas, vestía diverso traje y ceñia su frente con guirnalda de diversos colores. Iba el uno armado de la honda, el otro del arco y la flecha, cuál de grandes lanzas, cuál de cortas picas, éste de clavas como las que hoy manejan los habitantes de Nueva Celandia y aquél de dardos y porras arrojadizas; y tenía cada uno su tiempo y su lugar en las batallas. Sobresalían entre todos, así por su gallardía y su táctica como por su bravura, los de los Orejones, guardia ya de los Incas, ya de los generales en jefe, que servía como de modelo al resto de las tropas.

Cuándo y cómo se exigiera ese penoso servicio de las armas no acierta á fijarlo nadie; mas del sistema social por que el Imperio se regía y de la obligacion que al llegar á cierta edad tenían los súbditos todos de asistir bajo las órdenes de su centurion dos ó tres veces por mes á determinados ejercicios militares cabe inferir prudentemente que el Inca, si bien sujetándose á riguroso turno, podía llamar á sus banderas cada y cuando quisiese cuantos soldados exigiera la necesidad de reducir nuevas tribus y vencer á los enemigos. No habrían sido de otra

manera posibles las frecuentes renovaciones de ejércitos de que ántes he hablado. Ni es de presumir, atendida esta misma circunstancia, que se entrase á servir por tiempo fijo.

Eran los Incas, segun se ha visto, belicosos, y necesitaban de grandes ejércitos. No entraré ahora en el exámen de si emprendieron siempre las guerras con el santo fin de reemplazar la barbarie por la vida culta. Aunque más de una vez se dejasen llevar de la ambicion y vertiesen más sangre de la necesaria, preciso es reconocer que así en el combate como en la victoria fueron, generalmente hablando, los más humanos de los conquistadores. He dicho en el primer párrafo de este mismo capítulo como se conducían con sus enemigos ántes de vencerlos y despues de vencidos: lo que más los honra es á no dudarlo la circunstancia de no extremar el ataque ni la defensa aún sabiendo que por no extremarla se había de prolongar la guerra. Aunque haya en el fondo de sus palabras un pensamiento egoista, es bello oirles decir una y otra vez á los soldados: «no aniquileis ni destruyais lo que habeis de ganar mañana.»

Es aún más grato verlos despues del triunfo tendiendo la mano á los vencidos, enseñándoles á cultivar y regar los campos, comunicándoles su propia lengua, imponiéndoles el culto al Sol sin arrojarles brutalmente de los altares los antiguos ídolos, respetándoles el cacique á cuya sombra vivieron, levantándolos desde luégo al nivel de sus demas vasallos. Se arrogaban á veces el derecho de arrancarlos por millares del suelo de la patria y trasladarlos á opuestas comarcas; pero ¿acaso no los hemos visto haciendo otro tanto con los vencedores? Era ésta la ley, no del vencedor, sino del déspota. Constituía despues de todo el despotismo la forma de gobierno de los Incas.

CAPÍTULO XXV

Administracion de Justicia.—Causas de su sencillez.—Leyes políticas.—Leyes criminales.—Garantías contra la prevaricacion de los jueces.—Escasez de litigios y de procesos.—Si eran, sin embargo, morales, los tahuantinsuyus.—Causas por que no podían serlo.—Religion del Imperio.—Inexactitud de las afirmaciones de Garcilaso acerca de este punto.—Ademas de la religion del Sol había otras muchas religiones.—Lo prueba de una manera inconcusa el libro de Arriaga, titulado «Extirpacion de la idolatría de los indios del Perú».—Religion del Sol.—Importancia que supieron darle los Incas.—Era la religion oficial del Imperio.—Templos que los Incas erigieron al Sol; descripcion del templo del Cuzco.—Santuarios que en él había consagrados á la Luna, las constelaciones, el trueno y el rayo y el Arco Iris.—Magnificencia general del templo.—El pueblo y gran parte de la nobleza lo creían aún de mayor magnificencia porque no podían verlo sino exteriormente.—Fiestas al Sol.—Fiesta de «Yntip-Raymi».—Fiesta de la Purificacion ó del equinoccio de Setiembre.—Fiesta del solsticio de Diciembre.—Fiesta del equinoccio de Marzo.—Sacerdotes.—Vírgenes del Sol.—Ofrendas.—Sacrificios.—Si se sacrificaba tambien al hombre.—Religiones populares.—Carácter esencialmente fetichista de todas, inclusa la del Sol.—Adoracion general de los séres de la naturaleza.—«Huacas».—«Conopas».—Carácter fetichista de estas mismas deidades.—Politeismo de que participaban, sin embargo, todas estas religiones.—Divinidades antropomórficas.—Huiracocha.—La diosa de las lluvias.—El dios del rayo.—Rimac.—La huaca de Hilavi.—Huarivilca.—Huari.—Tendencia del politeismo de los tahuantinsuyus á lo monstruoso.—Esta tendencia se observa hasta en las conopas.—Las conopas eran en su mayor parte amuletos.—General uso de los amuletos en los pueblos cultos y hasta en los pueblos salvajes.—Si realmente se elevaron los tahuantinsuyus á la adoracion de las ideas arquetipas.—Tendencias al monoteismo.—Con.—Pachacamac.—Huiracocha.—Conclusion.

Lo más sencillo en Tahuantinsuyu era la Administracion de Justicia. Había en cada localidad un juez que conocía de todos los pleitos entre particulares y de las causas por leves delitos. Las cuestiones entre pueblos y el castigo de los crímenes pertenecían á los gobernadores. Jueces especiales y una que otra vez el Inca dirimían las discordias entre las provincias. Todos los negocios habían de quedar resueltos á los cinco días de formulada la acusacion ó interpuesta la demanda. Los fallos eran inapelables.

Cabía tanta sencillez gracias al sistema social por el que, segun hemos visto, se regía el Imperio. No era fácil que hubiese litigios de propiedad donde todos los años se repartía entre las familias de cada pueblo la tierra que no correspondía al Estado. No era tampoco fácil que los hubiese para el cumplimiento de obligaciones allí donde los plebeyos satisfacían por sí mismos casi todas sus necesidades y los nobles vivían de la munificencia del Inca. Verdaderas contiendas

jurídicas apénas eran posibles sino entre las antiguas naciones. Habían de versar forzosamente sobre aguas ó sobre términos.

Apénas si había por otra parte leyes civiles. Eran casi todas ó criminales ó políticas. Políticas eran, por ejemplo, la ley municipal, que determinaba los bienes y los provechos de que había de gozar cada pueblo; la agraria, que prescribía el modo de medir y repartir las tierras entre los vecinos; la de hermandad, que definía la recíproca ayuda que se debían las familias en el cultivo de los campos y la edificacion de las casas; la de comunidad, que imponía á todos los plebeyos la obligacion de labrar el patrimonio del Sol y del Inca y concurrir á la construccion de las obras públicas; la llamada *Mitachanacuy*, que completaba la anterior fijando el órden que se había de seguir en la exaccion de este tributo para que no gravara más á los unos que á los otros; la suntuaria, que proscribía de los trajes ordinarios el oro, la plata, las piedras preciosas y todo género de fausto y de los banquetes toda comida supérflua; la de los pobres, que mandaba alimentar de los pósitos públicos á todos los hombres inútiles para el trabajo; la de hospedaje, que decía la manera como se había de recibir y tratar á los transeuntes en las casas que se conocían con el nombre de *corpahuaci*; la de vagos, por fin, que infamaba al ocioso y no consentía que lo estuvieran ni los niños ni los ciegos. Confinaba ya esta ley con las criminales, puesto que castigaba el ocio y aún el simple desaliño. Azotes en brazos y piernas imponía al varon ó la hembra que no mostraran aseo en sus vestidos y hasta en los últimos utensilios de su casa.

Las leyes penales eran las más, y tampoco abundaban. Las había contra las que retiraban ó quitaban los mojones de las heredades, desviaban del campo ajeno las aguas en beneficio del propio, dañaban la cosecha de sus vecinos, los privaban del abono que les correspondía ó les quemaban la casa. Las había contra los que derribaban puentes. Las había contra los homicidas, los ladrones y los adúlteros. Las había contra los que mentían. Las había sobre todo contra los que blasfemaban, inferían ultrajes de obra ó de palabra al Inca, se alzaban en armas, estupraban una de las vírgenes del Sol ó mantenían relaciones ilícitas con una de las coyas ó de las pallas.

No castigaban con la muerte estas leyes ni la mentira ni los daños en la propiedad privada; pero sí los demas delitos. Sobre ser pocas, eran claras, precisas y de aplicacion fácil. No buscaban como las de ahora la proporcion entre la criminalidad y la pena, ni apreciaban los diversos matices de los actos punibles, ni distinguían el convencimiento moral del legal sujetando á regla y medida el criterio de los jueces; tomaban á lo más en cuenta las circunstancias atenuantes para suavizar el castigo. Las circunstancias agravantes entiendo yo que para ellas debían estar reducidas á si había sido ó no la casta privilegiada el objeto del crímen. Se ha visto ya como se ahogaba en sangre las rebeliones á mano armada. Segun Garcilaso, el estupro de una vestal y el adulterio con una de las mujeres del Inca llevaban consigo, no sólo la muerte del reo, sino tambien la de

todos sus deudos y aún la de sus convecinos. Mandaba la ley, dice, que hasta se derribase las casas del pueblo y se dejase incultos los campos para que se considerase maldito el lugar y nadie se atreviese á hollarlo. Rigor absurdo y, á la verdad, no extraño si se atiende á que, dioses ó por lo ménos hijos de dioses los Incas, todo atentado contra ellos debía parecer, más que un delito, un sacrilegio.

Así las cosas, fácilmente comprenderá el lector que no se necesitaba gran número de tribunales ni de largos términos para fallar los negocios. El mismo recurso de apelacion ¿de qué habría podido servir donde eran tan escasas y terminantes las leyes? Contra la prevaricacion de los jueces había dos garantías: la obligacion en que estaban los inferiores de dar mensualmente á los superiores cuenta y razon de todas las causas de que conocían, y los inspectores que con frecuencia mandaba el Inca para que examinaran la conducta de los magistrados y la castigaran severamente si no la hallasen conforme á derecho.

Ni debían ser tampoco los procesos muchos más que los litigios. No podían ser numerosos los delitos donde el hombre aún en sus mayores desventuras se hallaba al abrigo de la miseria, donde faltaba toda clase de estímulos á la ambicion y la codicia, donde alimentaban y mantenían el espíritu de fraternidad los trabajos en comun y la reciprocidad de servicios, donde cada diez familias estaban bajo la vigilancia de un magistrado y se perseguía la ociosidad, madre de todos los desórdenes, donde las clases altas, ya porque las contenía su orígen, ya porque podían satisfacer hasta sus antojos, léjos de corromper las costumbres, eran los primeros en cumplir las leyes y dar su sangre por la patria. No podían abundar allí los delitos, y no abundaban efectivamente segun el casi unánime testimonio de los escritores del tiempo de la conquista.

Aseguran algunos de estos autores que los tahuantinsuyus hasta carecían de vicios. Por de pronto no me permiten que lo crea dos importantes hechos. Las fiestas, de que luego hablaré, concluían casi todas por danzar y beber sin tasa: la embriaguez era su más ordinaria consecuencia. Engendra la embriaguez harto frecuentemente la lujuria, y ésta venía fomentada por el mal ejemplo de la aristocracia. No era posible la continencia donde el Inca y sus nobles tenían, ademas de sus mujeres legítimas, gran número de concubinas y hubo emperador que llegó á contar en su palacio hasta setecientas. La ley debe ante todo parecer moral para que sirva de freno á la plebe, y la plebe no podía aquí reputar inmoral lo que los mismos hijos del Sol hacían. Sobre que la ley tampoco desplegaba gran severidad contra todos los delitos sensuales. Si era dura con los incestuosos y los adúlteros, no con los simples estupradores. Dejaba impune hasta el adulterio de hombre casado con mujer soltera, y toleraba la prostitucion, segun el mismo Garcilaso, que tanto interes manifiesta en demostrar que se conservaron puras las costumbres durante el Imperio. Dice este historiador que las prostitutas vivían en el campo, no podían entrar en los pueblos, eran miradas con desprecio

por los hombres y comunicaban su infamia á las mujeres que con ellas hablaran; pero reconoce que las hubo con el nombre de *pampayrunas*.

No suelen, por otro lado, ser morales los pueblos sin libertad que tienen la ley por pauta de su vida. Consideran lícito lo que el Estado no prohibe, y pierden, si es que algun día lo adquirieron, ese delicado sentimiento moral que nos veda multitud de actos que la ley permite y aún la razon general aplaude. Evitan el crímen, no el vicio; y se elevan raras veces á la virtud, que es la nobleza del hombre. Pierden poco á poco en la servidumbre la conciencia de la propia dignidad, base y condicion de la justicia, y más que á su decoro atienden á la vara del que los gobierna. Por confesion del mismo Garcilaso no vacilaban aquí los tahuantinsuyus en desprenderse de sus hijas para satisfacer los apetitos sensuales de cualquiera de los Incas. A dicha tenían los padres que sus hijas más hermosas entrasen de vírgenes del Sol para ser luego mancebas de su soberano. Desgraciadamente la religion, léjos de contener, favorecía este general relajamiento. El Sol era Dios y los Incas sus hijos: nada se podía negar á los divinos Incas.

Esto me lleva como por la mano á examinar la religion del Imperio. En el Imperio, segun Garcilaso, no se daba culto sino al astro del día. Se veneraba la luna, las estrellas, el arco íris, el trueno, el rayo; pero no se les erigía templos ni se les hacía sacrificios. Tampoco se adoraba á Pachacamac, alma invisible del Universo, por más que se le considerase autor de todo lo creado y nadie se atreviese á invocar su nombre sin que se encogiera de hombros, inclinara el cuerpo, alzara los ojos al cielo, los bajara á la tierra, y, abiertas y levantadas las manos, diera besos al aire. No había templos ni holocaustos sino para el Sol, y ni aún por el Sol se vertía la sangre del hombre.

Estas afirmaciones son inexactas. En primer lugar, segun refiere el mismo Garcilaso y revelan imponentes ruínas, en el valle de Lurin, al Sur de Lima, tuvo Pachacamac un templo célebre, al cual concurrían peregrinos de todas las naciones, hasta de las que vivían en discordia y guerra. Estaba cerca de allí el no menos célebre oráculo de Rimac, y se respetaba y se hospedaba aún al enemigo que iba á consultar el oráculo ó visitar el templo. Se veneraba ademas en todas partes á un dios llamado Huiracocha, de quien hablaban sin cesar al pueblo antiguas y venerandas tradiciones.

Había entre los tahuantinsuyus, sobre la religion del Sol, otras muchas religiones; y era natural que las hubiera atendidas la heterogeneidad del Imperio y la política de los Incas. El Imperio, lo ha visto ya el lector, se había ido formando por la sucesiva agregacion de tribus y naciones independientes que tenían su lengua, sus reyes y sus dioses. Los Incas, lo ha visto tambien, exigían de los vencidos que adorasen al Sol, no que dejasen de adorar los patrios ídolos. Léjos de pensar en destruírselos ni en derribárselos de los altares, es sabido que se los admitían en uno como panteon que habían edificado en su misma corte.

Hasta setenta y ocho se dice que llegaron á reunir en este raro templo, donde cada provincia mantenía y pagaba su culto. Es muy dudoso que lo hiciera derribar Yupanqui.

Aún sin ésto sería de presumir en tan hetereogénea monarquía la variedad de religiones. No cambian fácilmente de creencias los pueblos. Cuanto más rudos, más apegados están á sus dioses y á sus hábitos. Ni que hubieran seguido los Incas la más intolerante de las políticas, habrían logrado extirpar en muchos siglos la antigua idolatría. Ochenta años despues de la Conquista creían los españoles toda esa tierra del Perú convertida al cristianismo. Por ciertos indicios que recogieron empezaron á dudarlo, y nombraron una comision que investigara las ideas religiosas de los indígenas y destruyera todos los ídolos. La comision, á cuyo frente estaba el jesuita D. Pedro José de Arriaga, halló en casi todas las provincias viva la fe de otros tiempos. El resultado de la inspeccion escrito está por Arriaga en un libro titulado *Extirpacion de la idolatría de los indios del Perú*, que desgraciadamente no me he podidoproporcionar y no conozco sino por citas y extractos. Cuando otros datos no hubiera, bastarían los de este autor para conocer cuán inadmisibles son las afirmaciones de Garcilaso.

Como quiera que fuese, la religion del Sol era sin disputa la predominante en el Imperio. La habían hecho los Incas base de su autoridad y su poder, y con ella habían procurado atar las dispersas naciones que habían ido sometiendo por la persuasion ó las armas. Para mejor conseguir su objeto se habían esforzado en confundirla con las demas religiones. Habían admitido á Catequil en sus templos. Habian presentado á Huiracocha como hijo del Sol y por lo tanto como miembro de su familia. Habían levantado junto al santuario de Pachacamac otro al luminar del día para que lo eclipsara y lo oscureciera. Ni aún así habían conseguido que el Sol fuese la religion exclusiva de todos los súbditos, pero sí que todos los súbditos la reconocieran y profesaran como la oficial del Imperio. Empezaré por hablar de esta religion, y me haré despues cargo de las demas religiones de los tahuantinsuyus.

El Sol, decían los Incas, es la fuente de la vida. Sin su luz y su calor, de todo punto imposible la existencia de los séres que pueblan el Universo. No germinaría la simiente ni rompería la tierra. No se formaría la nube que fecunda los campos y mantiene caudalosas las corrientes de los ríos. Estéril la naturaleza y sumergida en impenetrables sombras, no sería para nosotros ni el sustento del cuerpo ni el encanto del alma. Adoremos al que todo lo vivifica y en la misma muerte engendra la vida. Sean para él nuestros corazones, nuestras ofrendas y nuestros sacrificios. Él fué quien aquí nos envió á nosotros, sus hijos, para que enseñáramos á los demas hombres. Por él salieron de la barbarie los pueblos.

Levantaron los Incas al Sol magníficos templos, y en ellos derramaron gran parte de sus riquezas. Uno hicieron en la Capital que asombró á los españoles y era á la verdad para causar asombro. Tenía de circuito cuatrocientos pasos. Es-

taba guardado por un fuerte muro de cantería. Llevaba en lo alto como por friso y corona una cenefa de oro que no medía ménos de una vara de ancho. La puerta, que miraba al Oriente, abría paso á una espaciosa nave. Estaban guarnecidas de planchas y clavos de oro así la puerta como las paredes interiores; era de oro macizo la cornisa, de oro el sol que extendía por el testero de Occidente sus innumerables rayos, profusamente salpicados de turquesas y esmeraldas. ¿Qué templo pudo jamas compararse en magnificencia con aquel templo? Había, como vimos, al pié del Sol las momias de los Incas: estaban todas sentadas en sillas de oro sobre tablones de oro. Había enfrente doce grandes vasos para el maiz que se enviaba en ofrenda: los doce, altos como una pica, eran todos de plata. De plata ú oro eran los demas utensilios del santuario. Lo eran hasta las fuentes del agua para los sacrificios; lo eran hasta los caños que la conducían. Estaba todo bruñido, acicalado, límpio: relumbraba al salir del Sol, que apénas cabía fijar allí los ojos.

Había detras de esta nave un claustro al que daban otros cinco santuarios. El claustro llevaba tambien por friso una ancha cenefa de oro; los santuarios tenían cubiertos de oro ó plata sus puertas y sus muros. Estaban consagrados estos santuarios el uno á la madre luna, el otro á las estrellas, el otro al arco íris, el otro al trueno, al relámpago y al rayo, el otro al colegio de sacerdotes: rivalizaban todos en esplendor y riqueza. En el de la luna la imágen de este astro, toda de plata, ocupaba tambien de esquina á esquina el testero del fondo. Al pié estaban las momias de las coyas sentadas en sus sillas de plata. Sobre tablas de oro se había reproducido el arco íris con sus más vivos y brillantes colores en una de las paredes de su recinto.

Formaban ademas parte de tan vasto monumento multitud de cámaras para las muchas gentes al servicio del templo, fuentes de bullidoras y cristalinas aguas, jardines artificiales de que no hay ejemplo en Europa y sólo pudimos ver muestras en los espléndidos palacios de Montezuma. Había imitadas en aquellos jardines con oro, plata y pedrería las más hermosas plantas y las más bellas flores, los árboles más gallardos, los animales todos desde el reptil al hombre. Descollaban allí por su hermosura la mazorca de granos de oro en medio de anchas hojas de luciente plata, la llama de vellon dorado, la pintada serpiente de plata doblando sus anillos en troncos de oro.

Era grande la riqueza del templo del Sol, y mayor aún en la imaginacion del pueblo. El pueblo y gran parte de la nobleza no veían de tanto esplendor sino el friso de oro que coronaba la parte exterior de las paredes. No podían ni siquiera atravesar la muralla que circuía el monumento. Llegaban cuando más á una plaza que la precedía y aún allí descalzos. Plebeyos y nobles, como no fuesen Incas, se habían de descalzar doscientos pasos ántes. Sólo los Incas gozaban de la prerogativa de cruzar los umbrales del templo, y tambien para cruzarlos se habían de quitar las sandalias. Podían los demas hacer llegar sus ofren-

das al Sol, pero sólo por mano de los sacerdotes. Aún entre los privilegiados tenian prohibida las mujeres la entrada en el santuario.

Todos los tahuantinsuyus tomaban, sin embargo, parte en las ostentosas fiestas del culto. Celebrábaselas el primer día de cada novilunio y los de la sementera y la cosecha; pero ningunas con más aparato que las de los solsticios y los equinoccios. Figuraban en éstas, que eran las principales, desde el último plebeyo al Inca. Las describiré para que pueda el lector formarse idea de lo que era la religion de aquellas gentes.

Fiesta del Sol, *Yntip-raymi*, llamaban por antonomasia á la primera de las cuatro fiestas. Verificábanla en el solsticio de Junio, allí el de invierno, aquí el de verano. Apagaban tres días ántes el fuego en todas las casas, y empezaban un rigoroso ayuno. Comían por todo comer la yerba *chucam* y un poco de maiz crudo, bebían agua. Se abstenían cuidadosamente de tocar á sus mujeres.

El día del solsticio, apénas despuntaba la aurora, salía el Emperador de su palacio y se dirigía á la plaza de Haucaypata, que era la mayor del Cuzco. Acompañábanle, ademas de sus Incas, todos sus curacas, que no dejaban nunca de asistir á la fiesta por sí ó por sus hijos. Era de ver, segun dicen, la riqueza y la variedad de trajes. Llevaban todos los concurrentes sus mejores vestidos y sus mas brillantes galas, y los curacas los emblemas de la nacion á que cada cual pertenecía: unos las alas del condor, otros la piel del leon, otras la del tigre, segun tenían á una ú otra de estas fieras por orígen de su raza.

Iba detras de la nobleza el pueblo distribuido á lo que parece por provincias, llevando en cada grupo distintas armas y banderas y cantando entusiastas himnos.

Llenábase de gente la extensa plaza de Haucaypata y aún la contigua de Cusipata, donde se detenían los caciques. Todo era allí de pronto silencio y calma; pero, no bien doraban los primeros rayos del Sol la cumbre de los cerros, prorumpía la multitud en gritos de júbilo. Resonaban cánticos, asordaban el aire instrumentos bélicos y crecía el estrépito á medida que el astro iba vertiendo sus rayos por la cabeza de sus adoradores.

Poníanse luégo de cuclillas nobles y plebeyos, abrían y alzaban al rostro las manos, daban besos al aire y rendían á su celeste númen fervoroso culto. En tanto el Inca tomaba dos grandes vasos de oro llenos del vino que la víspera habían preparado las sagradas vírgenes; ofrecía el uno al Sol, y lo derramaba en una fuente de oro que por una límpia cañería de piedra conducía el licor al templo; bebía del otro y distribuía el resto entre los de su sangre, que lo recibían en pequeñas copas de oro ó de plata. Bebían tambien los caciques, pero no del licor compuesto por las vestales.

Concluida esta ceremonia, dirigíanse al templo el Inca y su nobleza. No todos, como he dicho, penetraban en el misterioso santuario. Cruzaban los umbrales solamente los que llevaban en sus venas la sangre de Manco Capac y Mama Ocllo; quedaban los caciques en la plaza. Adoraba el Inca al Sol y le ofrecía por su mano

los dos grandes vasos de oro; pero no los demas Incas, que al par de los curacas debian hacer sus ofrendas por mano del sacerdocio. Eran las ofrendas variadas é infinitas. Daba cada noble reproducidos en plata ú oro los objetos que más abundaban en su tierra.

Al volver á la plaza el Inca, empezaban los sacrificios. Inmolábase primeramente una llama negra con el fin de augurar por sus entrañas el porvenir del Imperio: si eran de esperar triunfos ó derrotas, buenas ó malas cosechas. De no ser propicios los agüeros, se abría el cuerpo de otras llamas. Degollábase despues cientos de reses. Asábaselas, luego de quemados el corazon y la sangre, y se las repartía por órden entre todas las clases del Estado con un pan llamado *zancu*, obra tambien de las sagradas vírgenes.

El fuego en que se consumía el corazon de las víctimas era ya, segun Garcilaso, el fuego nuevo. Obteníaselo, si hacía sol, por un espejo cóncavo que llevaba en una sortija ó brazalete el Gran Sacerdote: si estaba el cielo oscuro, por la friccion de dos maderas, como en Méjico. Conseguido por uno ú otro medio, se lo enviaba solemnemente á la casa de las Vírgenes para que no lo dejaran apagar durante el año.

No acababa aquí la fiesta. Se servía despues del asado otros manjares á nobleza y pueblo; y, ya que concluía el banquete, el Inca, que lo presidía desde su silla de oro, daba principio á los bríndis. Invitaba á beber con él á los de su sangre, luégo á los curacas, principalmente á los que le habían servido de capitanes en el ejército y se habían distinguido por sus hazañas. A los que más quería distinguir los llamaba junto á sí y les daba de su propia mano la copa de oro; á los demas se la enviaba por mano de otros Incas. Los convidados le devolvían despues el cumplido bien que con el más profundo acatamiento: mudo el lábio, baja la cabeza, sin alzar los ojos.

Duraba la fiesta nada ménos que nueve días, y no cesaban en tanto ni los bríndis, ni el beber del pueblo, que tambien bebía, ni las danzas, agradables por lo várias. Las hacían los de cada nacion á su modo y eran notables las divisas que sacaban y las máscaras é invenciones que la imaginacion les sugería.

Las demas fiestas no eran ménos ostentosas. Celebrábase la segunda en el equinoccio de Setiembre y tenía por objeto la purificacion del hombre y la naturaleza. Despues de un ayuno, tambien rigoroso, la noche anterior á la fiesta, se bañaban los tahuantinsuyus y se frotaban cabeza, cara, hombros, pecho, brazos y piernas con una pasta amasada en sangre de niños de cinco á seis años, á quienes la sacaban del entrecejo. Frotaba cada jefe de familia con la misma masa la puerta de sus hogares; el tío más anciano del Inca, las del Palacio; el Gran Sacerdote, las del templo y las de la casa de las Vírgenes.

Reuníase al salir el Sol todo el pueblo en la plaza y lo invocaba rogándole que desterrase del mundo todas las impurezas: las enfermedades que aflijían al hombre, las plagas de insectos que devoraban los sembrados, las prolongadas sequías

que hacian infecunda la tierra y hasta los pensamientos que llevan a la corrupcion y al vicio. Se desayunaba y suplicaba de nuevo al Sol le enviase mensajeros que viniesen á purificar el Imperio. Bajaba entónces de la fortaleza del Cuzco un Inca ricamente vestido, el manto ceñido al cuerpo y en la mano una lanza con bandera de plumas. Era, decían, el deseado mensajero del Sol que, hallando al punto en la plaza otros cuatro Incas, armados tambien de lanzas, les ordenaba en nombre de su padre que corriesen á los cuatro vientos arrojando todo género de males de la ciudad y los alrededores.

Salían corriendo los cuatro Incas por los cuatro caminos que partían del Cuzco; y al verlos pasar, las gentes sacudían sus vestidos y se pasaban precipitadamente la mano por el cuerpo como para despojarse de todo lo impuro. Remudábanse los Incas de milla en milla hasta llegar á seis leguas del Cuzco, y allí los últimos hincaban en el suelo sus lanzas.

Terminaba aquel día la fiesta por danzas, bebidas y una especie de carrera de antorchas. Salían á la noche multitud de hombres con fajos, como los de nuestras provincias del Norte, que encendían y agitaban para que mejor ardieran. Recorrían con ellos la ciudad toda, y, apagándolos luégo, los arrojaban á los vecinos arroyos creyendo que así ahuyentaban los males nocturnos.

Verificábase la tercera fiesta en el solsticio de Diciembre. Coincidía con la del primer día del año, y era de las más notables. Invocábase en ella al Sol para que no abrasase la tierra y á la Tempestad (el relámpago, el trueno y el rayo), para que refrescase la atmósfera y humedeciese con el rocío y la lluvia los sedientos campos. No se olvide que allí este solsticio es el del estío. Hacíanse entónces entre los mancebos incas los certámenes de que ántes he hablado; ceñíaseles entónces el maxtle y taladrábaseles las orejas con alfileres de oro. La nacion entera tomaba parte en tan bella ceremonia y le daba no poca importancia. La nacion toda, digo mal, porque, segun parece, en tanto que duraba el huaracu debían estar en sus casas los caciques y no podían dejarlas interin no recibiesen de los Incas el pan de la alianza. Trasladábase los ya coronados mancebos á la plaza y duraban días los cantos y bailes.

La cuarta y última fiesta se celebraba en el equinoccio de Marzo. No me es posible determinar ni su índole ni su objeto. Le dan algunos por objeto el maiz, que era el pan de América; pero ni en aquel mes se lo sembraba ni se lo recogía. Dicen otros si entónces se renovaba el fuego; pero tampoco puedo admitirlo. Ponen los más esta ceremonia en el solsticio de Junio, y tengo su opinion por más probable. Tampoco puedo confundir esta fiesta con otra que se hacía en Mayo al guardar el maiz en las trojes: dada la significacion solar de las cuatro, no es de creer que aplazasen para Mayo la de este equinoccio. Como quiera que fuese, están los autores todos de acuerdo en que era al par de las otras brillante y espléndida.

Proponíanse los Incas fascinar la imaginacion y los sentidos por la magnificen-

cia del culto, y es preciso confesar que lo alcanzaban. No solo en el Cuzco habia un templo al Sol, sino tambien en las demas ciudades. ¡De qué numeroso personal no estaban todos asistidos! Cuatro mil servidores se dice que contaba el del Cuzco, cuarenta mil el de Huilcas, treinta mil el de Huanuco. Figuraban por mucho en estas cifras los sacerdotes.

Los sacerdotes en Tahuantinsuyu no tenían la importancia que en Méjico. No eran ni los depositarios de la ciencia ni los maestros de la aristocracia ni de la plebe. Su ciencia estaba reducida á saber el complicado ceremonial de su religion y los días de ayuno y los de fiesta; sus deberes á oficiar por turno en el templo y abstenerse en tanto de todo deleite ya que no hubieran hecho voto de castidad perpétua. No vestían siquiera estos ministros del Sol de modo que se los pudiera distinguir de los demas hombres. Gozaban, sin embargo, de gran respeto. Eran Incas todos los del Cuzco, é Incas tambien los jefes de los que moraban en provincias. Tenían por sumo sacerdote á un deudo del Emperador y por pontífice el Emperador mismo. Su rango al par de su oficio les conciliaban la estimacion de las gentes.

Contribuían allí tambien al esplendor del culto las vírgenes consagradas al Sol de las que tantas veces he hablado. Las solía haber donde quiera que hubiese templo, y no eran en parte alguna escasas en número. Pasaban de doscientas en muchas ciudades; de mil en la córte. Vivían recogidas en espaciosas casas de piedra decoradas con no ménos lujo que los palacios, y estaban de niñas bajo la guarda y tutela de unas matronas llamadas *mamacunas*. Carecían de relaciones hasta con sus padres; ni ver podían á hombre nacido como no fuese al Inca. ¡Ay de la que no se mantuviera perpétuamente casta! Se la enterraba viva. Podía sustraerse á tan horrendo castigo asegurando que el Sol había fecundado su seno; mas no si se conocía á su malhadado cómplice. Podían, con todo, pasar y pasaban con frecuencia á ser concubinas del Inca. Algunas hasta contraían matrimonio con varones de la nobleza.

Había, no ya respeto, sino veneracion para estas vírgenes. Eran Incas las del Cuzco; nobles las demas, y, si alguna plebeya, de rara y singular hermosura. Ellas eran las que hilaban la finísima lana de las vicuñas y la tejían para los vestidos del Emperador y las colgaduras del templo; ellas las que preparaban el pan y el vino para las grandes fiestas; ellas las que guardaban noche y día el fuego sagrado que en el solsticio de Junio encendía el Sumo Sacerdote por la friccion cuando no por el espejo cóncavo. Se consideraba poco ménos que divino cuanto salía de sus manos.

Por todos estos medios habían sabido los Incas levantar su religion á grande altura. Llovían las ofrendas sobre todos los templos del Sol, especialmente sobre el del Cuzco. No sin razon le daban el nombre de *Cori-cancha,* plaza de oro. Era tanto el que aquel templo recibía así de los Incas como de los curacas, que apénas había artífices para labrárselo. Lo recibía tambien labrado, como hemos visto.

Las ofrendas eran, sin embargo, várias. No todas consistían en oro: las había de plata, de esmeraldas, de turquesas y tambien de fieras del bosque y frutos de la tierra.

No eran ménos numerosos que las ofrendas los sacrificios. Inmolábase en todas las fiestas multitud de llamas, de alpacas, de huanacos y hasta de vicuñas. En la sola ciudad del Cuzco se cree que llegaban á doscientas mil las degolladas anualmente en holocausto. ¿No se derramaría nunca en honor del Sol la sangre del hombre? Desmienten la negativa de Garcilaso todos los historiadores primitivos de Indias. Se sacrificaba niños y hermosas vírgenes en determinados acontecimientos: á la coronacion de los Incas, al final de una guerra, cuando asolaba la peste al pueblo, cuando parecía un cometa y se temía por la salud de la patria. Al morir un emperador hemos visto ya que se mataba á muchos de sus criados y de sus mujeres: se cree que en tanto los sacerdotes inmolaban otras víctimas. Solo así se explica que en las exequias de Huayna Capac pereciesen hasta mil hombres.

En esto, con todo, llevaban los Incas gran ventaja sobre los aztecas. No hacían de tan bárbaros sacrificios el ritu obligado de sus fiestas religiosas. No se sabe que consagrasen á su Dios el corazon de los prisioneros de guerra. No se entregaban de mucho á las hecatombes que vimos en Méjico. No comían, y es más, la carne de las víctimas: no eran caníbales. Había motivos de sobra para censurarlos ¿quién lo duda? ¿Cómo nó si alguna que otra vez inmolaban á sus propios hijos? Mas en América representaban verdaderamente un progreso. Eran antropófagas las tribus que estaban más allá del Imperio, y no ya ninguna de las que obedecían al Cuzco. Continuaban aquéllas sacrificando á sus enemigos, y éstas los respetaban. Complacíanse aquéllas en verter la sangre de sus hermanos, y éstas no la vertían sino raras veces.

Pero he manifestado ya que no era el Sol el único ídolo de los tahuantinsuyus, y es hora ya de que deje la religion oficial por la del pueblo. De mis estudios infiero que los tahuantinsuyus eran esencialmente fetichistas. Ademas del Sol adoraban á la Luna. Le tenían dedicado un templo en la provincia de Huamantanca, y en el del Cuzco, segun hemos visto, uno de los cuatro santuarios que daban al claustro. Adoraban tambien al planeta Vénus y algunas de las constelaciones, principalmente las Hyades y las Pléyades; adoraban la tempestad y el arco íris. Para todos estos ídolos recordará el lector que había tambien santuarios en el templo de Coricancha.

Adoraban por otra parte los tahuantinsuyus al aire y al fuego; adoraban á la tierra bajo el nombre de *Mamapacha* y al mar bajo el de *Mamacocha*. A Mamapacha le ofrecían maiz molido y azua al sembrar sus campos para que les concediese abundantes cosechas; á Mamacocha la invocaban en viendo el mar para que no les inficionase con los vapores que exhala las fuentes de la vida.

Ni se satisfacían los tahuantinsuyus con ese culto por decirlo así genérico. Ado-

raban los altos cerros, sobre todo las cumbres coronadas de nieves eternas; adoraban los grandes lagos y los caudalosos ríos. No pasaban por cima de los Andes que no dejasen allí su ofrenda, ni por corrriente alguna que no tomasen y bebiesen agua en el hueco de la mano. Pretendían con esto obtener del rio que no los arrastrase, y si querían hacérselo más propicio le arrojaban del maíz que llevaban para el viaje.

Adoraban tambien á todos los séres extraordinarios de la naturaleza: al árbol que descollaba sobre todos los del bosque, á la roca gigante suspendida sobre el abismo, al peñasco de rara forma, al condor y al leon, rey el uno de los aires, el otro de las selvas, á los niños que habían nacido de piés ó de un mismo parto, á la flor que se distinguía por su hermosura, á las conchas de mar de extrañas labores, á la piedra jaspeada que habían recogido en el cauce del torrente.

¿Personificaban jamas los tahuantinsuyus esos séres ni esas fuerzas? Rendían generalmente culto á los objetos, no á sus representaciones por imágenes ni por símbolos. Distaban de haberlos antropomorfizado todos como los antiguos griegos. Si habían llegado á entrever las ideas madres ó arquetipas, cosa que dudo, no á convertirlas, en dioses de humana forma. De esos mismos astros que adoraban en primer término, del sol, de la luna, de la estrella de la mañana, de las constelaciones no habían sabido hacer todavía un Febo, una Diana, una Vénus, unas vírgenes hijas de Atlante ó del Océano. Tenían, como hemos visto, figurados en el templo del Cuzco el Sol y la Luna: el Sol era una simple cara de hombre circuida de rayos de oro; la luna, un rostro de mujer que despedía rayos de plata. Habían atribuido á estos dos astros funciones humanas, la generacion de sus Incas entre otras; pero no dádoles forma de hombres.

Eran los tahuantinsuyus de tal modo fetichistas, que hasta sus deidades históricas eran meros fetiches. Adoraban, segun he dicho, á los emperadores muertos. Adoraban tambien en algunas provincias á sus pasados caciques y á sus antiguos guerreros. ¿Los adoraban acaso en apoteosis, obra del arte? ¿por lo ménos en estátuas? No, sino en las momias que de ellos tenían. Así adoraba la numerosa familia de los Incas, á los que habían sido sus soberanos; así el pueblo de Huahualla á sus héroes *Caxaparca* y *Huaratanca*.

Se descubría ese fetichismo hasta en las *huacas*, divinidades de los pueblos, y en las *conopas*, dioses penates, génios tutelares de las familias. Los collas sentían gran devocion por las llamas de color blanco; los huancas, por los perros; los Autis, por las grandes serpientes y los tigres. En muchas localidades se consideraba como deidad protectriz una piedra que llamaban *guachecoal*, notable por su color ó su forma; en algunas, tres ó más rocas que se tomaba por una madre y sus hijas. Se tenía casi en todas gran veneracion á las piedras erguidas y aisladas. Se decía que al estallar la guerra se trasformaban en guerreros, y despues de haber luchado por la tribu hasta vencer á los enemigos se volvían á sus in-

mutables asientos. No se estimaba en ménos los meteorolitos y las piedras partidas por el rayo.

Entre las conopas figuraban en primer lugar los *munaos* ó *mallquis*, es decir, las momias de los antepasados. Guardábaselas en *machays*, sepulturas donde se las podía ver cuando se quisiese, y se les hacia todo género de ofrendas y de sacrificios. Rara era la familia que no tenía ademas en su *chacra* ó lo que es lo mismo, en su topu una piedra larga, en cuyo honor celebraba fiestas y holocaustos. Solía poner y adorar otra en las acequias, y adoraba aún las que servían de linde á su campo y al término de su pueblo.

Bajo á tantos pormenores á fin de que se comprenda el verdadero carácter de la religion de los tahuantinsuyus. Era, repito, esencialmente fetichista, por más que no dejase de participar algun tanto del politeismo y aún del monoteismo, como irán revelando los siguientes hechos. Aunque no muchas, había tambien allí sus deidades humanas. En Cacha, á diez y seis leguas del Cuzco, vimos ya la de Huiracocha. El Inca de este nombre la había hecho reproducir en piedra tal como aseguraba haberla visto en Chita. No sé de imágen alguna que representase la divinidad de las aguas; pero se infiere que se la había antropomorfizado de unos antiguos versos en lengua quichua que publicó Garcilaso: «Hermosa Princesa, le dicen en estas rimas, quiebra tu hermano tu urna y truena, relampaguea y baja á la tierra el rayo. Tú, Princesa, nos darás lloviendo tus lindas aguas, á veces el granizo, otras la nieve. Para este fin te dieron alma y vida el Hacedor del mundo, el que lo anima, el gran Huiracocha.»

¿Quién sería esta diosa? ¿Quién sería sobre todo su hermano que producía las tempestades? La Historia nos habla de un *Catequil* ó *Catequilla*, dios del trueno y del rayo, que, si en un principio estuvo representado por una piedra y no fué más que un fetiche, adquirió despues las formas de un jóven armado de maza y honda que disparaba meteorolitos contra la tierra. ¿No es por lo ménos probable que fuese en aquella mitología el hermano de la diosa de la lluvia? Tenía Catequil templos y era á lo que parece un oráculo en la provincia de Huamanchuco. Hay que contarle al par de su hermana entre las deidades antropomórficas.

Deidad antropomórfica era tambien la de Rimac, de que ántes he hablado. Estaba á la vera del río de su mismo nombre, donde hoy está sentada la ciudad de Lima, y contestaba, decían, á las preguntas que la dirigían por los sacerdotes no solo los yuncas, es decir los habitantes de los Llanos, sino tambien los moradores de la Sierra.

Antropomórficas eran aún algunas de las huacas ó divinidades de los concejos. A dos leguas de Hilavi, en una elevada cumbre donde había sepulcros suntuosamente labrados, halló el Padre Arriaga dos gigantescas estátuas unidas por la espalda y de piés á cabeza enlazadas por enormes culebras. Medían las dos tres estados de altura y estaban labradas en la misma roca. La una, con rostro de varon, miraba á Oriente, la otra, con cara de mujer, á Occidente. Tenían las

dos al pié un ara para las ofrendas, y eran todavía, poco ménos de un siglo despues de la conquista, objeto de veneracion y culto. ¿No es verdaderamente de lamentar que las hiciese destruir Arriaga por el afan de extirpar toda idolatría?

Esta especie de Jano andrógino debía de ser algo más que la representacion de dos divinidades; sería probablemente un mito de los antiguos tiempos, cuya significacion tal vez ignorasen ya los mismos indígenas. ¿No guardarían relacion alguna las dos estátuas con las que aún se conservan en Tiahuanaco?

Entre las huacas debían de haber bastantes deidades antropomórficas. Lo sería indudablemente la célebre *Huarivilca*, á quien se adoraba en el valle de Jauja junto á la fuente de su mismo nombre; *Huari*, objeto de culto en Quichumarca; *Huayca-Yurac*, que lo era en Timor, y *Apu-Yurac*, que lo era en Hupa; *Apu-Xillin*, y *Huayna-Xillin*, su hijo, venerados por el ayllu de Sopac, del que probablemente habrían sido caudillos ó héroes; *Humivillca* y sus hermanos, dioses de Choquechuco, *Quenac* y *Quenac-Huillca*, *Yusca*, *Taucatanca*, *Huamantucoc*, *Umy*, *Pariacaca*.

Mas ¡cuánto no distaba este antropomorfismo del de los antiguos griegos! Tendía éste á las formas bellas, aquél á las monstruosas. Ennoblecía y perfeccíonaba éste el tipo humano, aquél lo degradaba. Eran generalmente los dioses antropomórficos de los tahuantinsuyus más feos y monstruosos que los de los indios y los de los aztecas. Unos tenían humano solo el rostro. Otros carecían de piés y brazos. Otros no tenían ni poco ni mucho señaladas las ondulaciones del cuerpo. Otros, los más, eran tales que ponían espanto en quien los miraba. Aún los que mejor reproducían nuestras formas ó carecían de proporciones ó tenían exagerados los ojos ó estaban cubiertos de extraños aunque tal vez simbólicos adornos.

Otro tanto sucedía con las conopas antropomórficas que eran las ménos. Las conopas está generalmente admitido que eran los dioses domésticos de los tahuantinsuyus, los lares y los penates de los romanos. Así los he considerado yo, y así los sigo considerando, sobre todo cuando me fijo en los mallquis, ó sea en las momias que tan frecuentemente se guardaba y consideraba como génios tutelares de las familias. No puedo, con todo, ménos de consignar que para mí eran en su mayor parte amuletos, representacion cuando no reliquias de los séres á que cada cual prestaba más culto. Me lo revelan la circunstancia de ser casi todas de pequeñas dimensiones, la de haber sido encontradas gran número de las que hoy se conservan colgando del cuello de los cadáveres, la de presentar infinita variedad de sustancias y figuras y, sobre todo, la de consistir muchas en un simple anillo, una piedrecita bezoar, un pedazo de cristal de roca, una llama ó una vicuña sin piés, un diminuto ídolo de oro ó de plata, una mazorquita de maiz ya de metal ya de barro ó un sér de fantásticas é indefinidas formas.

Es sabido que los amuletos fueron durante la Edad Media de general uso en Europa y, si al fin se los desterró, fué porque el catolicismo los reemplazó con

sus escapularios, sus agnus y sus medallas, que estaban en realidad destinados á llenar el mismo fin, alhagaban las mismas preocupaciones y hacían igual oficio. Aún en la culta Antigüedad es no ménos indiscutible que los emplearon desde los caldeos y los egipcios hasta los griegos y los romanos. Hoy los encontramos todavía principalmente en las naciones mahometanas y, lo que es más de notar, en los pueblos salvajes, así del Africa y la Oceanía, como de la misma América. Conocedor el hombre de su debilidad y de los mil peligros á que está expuesto, ha buscado en todas partes algo que cuando ménos en su imaginacion le preservara tanto de los accidentes de la vida como de las sugestiones del espíritu del mal, en que casi siempre ha creido; y de aquí la general adopcion de esos amuletos, tan varios como los pueblos y los siglos á que han pertenecido. ¿Por qué habríamos de suponer exentos de esta inclinacion á los tahuantinsuyus, á quienes hemos visto adorando ó lo que es lo mismo reconociendo superiores á casi todos los séres de la naturaleza?

Las conopas antropomórficas, bien las que pueden, bien las que no ser consideradas como amuletos, adolecían generalmente, como he dicho, de la misma falta de belleza y de proporciones que las huacas. En sus *Antigüedades Peruanas* han reproducido muchas los Sres. Rivero y Tschudi, y en casi todas se ve la misma tendencia á lo extravagante y lo deforme. Principalmente por esta razon se me hace difícil creer que aquellas gentes se hubiesen elevado á la nocion de las ideas arquetipas, como tantos autores pretenden. Es cierto que hablaban de la madre del maiz, *zaramama*, de la madre de la quinua, *quinuamama,* de la madre de la coca, *cocamama*, y áun de la madre de las papas, *ascumama* ó *axomama;* pero no lo es ménos que distaban de dar aquí á la palabra madre la elevada significacion que se le atribuye. Por madre entendían cuando más el sér material de que recibía sustancia y vida otro ente: la prueba está en que léjos de dar madre al mar ni á la tierra, engendradores de tantos séres, los llamaban madres y los invocaban, como he dicho, bajo los nombres de *Mamacocha* y *Mamapacha*. Si se hubiesen levantado al idealismo de los filósofos griegos, mayor habría sido por otra parte la belleza de las conopas y las huacas antropomórficas. El idealismo de Platon influyó evidentemente en la portentosa belleza que llegó á dar la escultura helénica á las imágenes de los dioses del Olimpo.

Es ya más cierto que los tahuantinsuyus, sobre sus groseros fetiches y sus no ménos groseras deidades, creían en un dios impalpable é invisible que no cabía representar bajo ningun género de formas ni símbolos. Hablaban de un Sér Supremo llamado *Con,* de quien decían que había creado el mundo, levantado los montes, ahondado los valles, llenado de agua los mares, los lagos y los ríos, dado vida á los hombres, extendídolos por llanos y sierras y provístolos en todas partes de cuanto podía contribuir á que fueran felices. Entregáronse los hombres, añadían, á todos los deleites y vicios, é irritaron á Con, que en castigo los convirtió en gatos negros y otras bestias horribles tornando infecunda la tier-

ra y no respetando sino las aguas. Vino entónces al mundo, proseguian diciendo, *Pachacamac*, hijo de Con, que dió nuevo ser á la tierra y nueva vida á los hombres, y logró que agradecidos le erigiesen un templo y le adorasen.

Le hemos visto efectivamente adorado en Lurin, por multitud de naciones. Adorábanle hasta en la Sierra los tahuantinsuyus, puesto que al llegar cargados á la cumbre de un cerro, no bien soltaban su fardo, le invocaban, y pronunciando tres veces la palabra *apachieta*, le ofrecían ya un pelo de sus cejas, que soplaban en el aire, ya la coca que estaban mascando, ya una piedrecita, ya un puñado de tierra. Todavía hoy se conservan en las cimas de los Andes aquí montones de tierra y allí de piedras, resultado y recuerdo de tan piadosa costumbre.

Existía indudablemente este culto á Pachacamac ántes del advenimiento de los Incas. Prueban que subsistió despues dos hechos que dejo ya consignados en otro capítulo: el tratado del hijo de Pachacutec con Cuismancu y las resoluciones del concilio que, segun Balboa, hizo convocar el mismo Yupanqui. Trataron los Incas por razon de Estado de subordinarlo al del Sol y aún procuraron que se lo olvidara; mas al fin vinieron ellos mismos á darle importancia declarando que no cabía considerar como supremo dios á un astro que, sin darse punto de reposo, recorría eternamente y por una misma senda las regiones del cielo. Verdadero ó no el concilio de que habla Balboa, lo cierto es que Pachacamac vivía en el corazon de los tahuantinsuyus á la llegada de los españoles. Apénas hay autor de aquel tiempo que así no lo escriba.

Hablaban los tahuantinsuyus todos de Pachacamac y tambien de *Huiracocha*. ¿Quién era este nuevo Dios? Conviene que el lector no le confunda con el de la vision del hijo de Yahuar-Huacac en Chita. Este Huiracocha es la misma divinidad de que junto con la de Pachacamac hacen mencion los versos que ántes he transcrito. ¿No sería el mismo Pachacamac? Así lo creo. El dios invisible que para los yuncas era Pachacamac entiendo que era Huiracocha para los aymaras. No se debe perder nunca de vista que el Imperio se componía de distintos pueblos y aún de distintas razas.

Hé aquí en resúmen los elementos de la religion de los tahuantinsuyus. Era despues de todo tan fetichista, que aún en el templo de Pachacamac, donde no se había personificado á este dios, encontraron los Incas ídolos fetiches. Yupanqui, segun he dicho con referencia á Balboa, mandó destruir todos los altares que no estuviesen levantados en honor de esos mismos Pachacamac y Huiracocha ó en honor del Sol, la Luna, el rayo, el trueno, el planeta Vénus y las constelaciones: ¡qué poco eficaces debieron de ser sus órdenes! [1]

[1] Fuentes de este capítulo: GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*; tomo I, cap. XXVIII; tomo II, capítulos del XXV al XXXVI; tomo III, capítulos del XLIX al LII; tomo IV, capítulos XV, XVI y XVII. RIVERO y TSCHUDI, *Antigüedades Peruanas*, capítulos IV, VII y VIII. GOMARA, *Historia de las Indias*, capítulos Religion y dioses de los Ingas. La opinion que tienen acerca del diluvio y los primeros hombres. PRESCOTT, *Historia del Perú*. Introduccion, capítulos II y III.—RIALLE, *Mythologie Comparée*, chaps. IV et XVI.

CAPÍTULO XXVI

Creencias de los tahuantinsuyus.—Opiniones diversas sobre el diluvio.—Creencia en la inmortalidad del alma.—Creencia en la futura resurreccion de los cuerpos.—Supersticiones.—Agüeros.—Agoreros.—Hechizos.—Supersticiones respecto á los niños.—Supersticiones en la confesion.—Supersticiones para con los moribundos.—Estado de atraso de las ciencias.—Filosofía.—Jurisprudencia.—Administracion y Gobierno.—Medicina.—Cirujía.—Matemáticas.—Sistema de numeracion.—Falta de numeracion escrita.—Geometría.—Astronomía.—Manera de determinar los solsticios y los equinoccios.—Ideas sobre los eclipses y los movimientos de la luna.—Sistema cronológico.—Oscuridad que reina sobre este punto de la historia de los Incas.—Aserciones de Montesinos.—Imposibilidad de aceptarlas.—Estado de la navegacion.—Imposibilidad de admitir la expedicion marítima que Balboa atribuye á Tupac-Yupanqui.—Medios de navegacion de los tahuantinsuyus.—Balsas.—Sus diferentes clases.—Barcas de enea.—Se distinguían los tahuantinsuyus algo más que en la ciencia en la poesía.—Poesía erótica.—Haravis.—Comedias.—Tragedias.—Ollanta.—Opiniones sobre el oríjen de esta tragedia.—Opinion del autor.—Argumento de la tragedia.—Las comedias y las tragedias formaban parte de las fiestas públicas.—Quiénes las representaban.—Arte métrica.—Música.—Instrumentos de cuerda, de viento y de percusion.—Causa principal del estado general de atraso de los tahuantinsuyus.—Los quippus.—En qué consistían.—Cómo se determinaba por ellos los diversos órdenes de ideas.—Los quippu-camayoc.—El sistema de los quippus podía dar de sí mucho más de lo que generalmente se cree.—No se ha encontrado hasta aquí medio de descifrarlos.—No los sabía descifrar el pueblo.—Para el pueblo estaban cerradas las puertas de la ciencia.[1]

DIJE de la religion, diré ahora de las creencias de los tahuantinsuyus. Los tahuantinsuyus hablaban tambien de un diluvio con que Pachacamac había castigado á los hombres. Decían los más que sólo siete personas encerradas en una cueva habían logrado escapar de la catástrofe y vuelto á poblar el mundo; otros que no se había salvado nadie y la nueva humanidad había salido de tres huevos caídos del cielo: uno de oro, del que descendían los curacas; otro de plata, orígen de las ñustas; otro de cobre, del que había nacido la plebe. Algunos hacían aún de peor condicion á los plebeyos: los suponían engendrados por los orines del rayo. Ni faltaba quien diese por padres de los actuales hombres á cuatro hermanos y cuatro hermanas que habían parecido en Pacaritambo. Creían todos, no sólo que se había extinguido una ó más veces nuestro linaje, sino tambien que había de perecer de nuevo por una gran sequía y la caída de la luna en la tierra.

---

[1] Fuentes de este capítulo: GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales*, tomo I, caps. XXXIII, XLVII, XLVIII, y XLIX; tomo II, caps. I, II, III, IV y XXI; tomo III, caps. XXXVII, XXXVIII y XLI; RIVERO y TSCHUDI, *Antigüedades Peruanas*, caps. VI, VII y VIII.—PRESCOTT, *Conquista del Perú*, Introduccion, caps. III y IV; MONTESINOS, *Memorias sobre el antiguo Perú*, cap. VII.—BALBOA, *Historia del Perú*, cap. VII.—MARKHAM, *Contributions towards a Grammar and Dictionary of Quichua*, Introductory.

Se tenian tambien los tahuantinsuyus por séres compuestos de cuerpo y alma. «El alma, decian, es esencialmente activa: abandona el cuerpo dormido y recorre con libertad los espacios. Lo que entónces ve es lo que nos figuramos haber visto en sueños.» Suponíanla ademas inmortal y aseguraban que despues de la muerte, si buena en vida, gozaba de bienestar y reposo; si mala, sufría sin tregua dolores, trabajos y pesadumbres. Habían concebido al efecto tres paraísos y un infierno. Moraban, segun ellos, en el Sol las almas de los Incas; entre cielo y tierra las de los curacas; en cierto valle de nuestro propio planeta las de los plebeyos que habían sido justos. Era éste un lugar delicioso donde no hacía calor ni frío. Las almas de los réprobos bajaban á una region oscura que había en el centro de la tierra, á los dominios del terrible Cupay, génio del mal parecido al Ahriman de los persas y al Satanas de los cristianos.

No creían ménos los tahuantinsuyus en la resurreccion de los cuerpos. Entendían que los muertos habían de recobrar más ó ménos tarde la vida y reanudar sus antiguas tareas: el rey la de gobernar el reino, el capitan la de mandar á sus tropas, el labrador la de cultivar sus campos. Ponían por esta razon gran cuidado en conservar los cadáveres. Los convertían en momias exponiéndolos al aire frío y seco de las montañas; y los guardaban, ya en urnas de plata y oro, ya en las galerías de más ó ménos elevados túmulos, ya en el fondo de apartadas cuevas, ya en las hendiduras de las rocas, ya debajo de lijeras capas de arena, segun hubiesen sido nobles ó plebeyos y hubiesen perdido la vida en la Sierra ó en los Llanos. Movidos por la misma creencia, depositaban esmeradamente en los huecos de las paredes de sus casas los dientes y hasta los cabellos que se les caían; y, si por acaso los veían en el suelo, que fueran suyos, que ajenos tan miserables despojos, los recojían con amor y los reponían en el correspondiente agujero. Conviene, decían, prevenirse para que el día de la resurreccion encontremos pronto nuestros cabellos y nuestros dientes.

La idea de la resurreccion era en los tahuantinsuyus tan poderosa, que, como se dirá más tarde, puesto Atahualpa en el duro trance de morir agarrotado si consentía en recibir las aguas del bautismo y quemado si permanecía idólatra, abrazó una religion en que no creía sólo porque se conservase íntegro su cuerpo. Consumidas por el fuego mis carnes y mis huesos, se preguntaría, ¿cómo he de volver á la vida que ahora me arrebatan?

Más que de creencias estaban los tahuantinsuyus llenos de supersticiones. Se afanaban, como todos los pueblos de aquellos siglos, por averiguar lo porvenir, y eran muy dados á los agüeros. Fijábanse principalmente en los séres que inmolaban á sus dioses. Tenían por muy aciago que la víctima, despues de haber recibido el golpe de muerte, lograra ponerse en pié venciendo las fuerzas de los que la sujetaban; por el más próspero signo que estuvieran palpitando los pulmones al arrancárselos. Si por lo contrario veían ó rotos los pulmones ó lastimado el corazon de las pobres reses, concebían gran temor y espanto.

Sacaban, ademas, agüeros de los granos contenidos en montones de maiz hechos al acaso, de los piés de ciertas arañas, de la sangre de los conejos y del vuelo de los pájaros. Daban grande importancia á los sueños. Consideraban inevitable cuanto se les anunciaba en éxtasis á que se llegaba por el uso de bebidas narcóticas.

Tenían los tahuantinsuyus para cada uno de estos sistemas de predecir lo futuro hombres especiales que no podían sin prévio exámen ejercer el cargo. Los *pichiuricuc* se limitaban por ejemplo á observar el vuelo de las aves; los *moscoc* á interpretar los sueños. Por cierto que no los interpretaban sino durmiendo sobre vestidos ó cabello del que les hacía la consulta. En sueños afectaban explicar los sueños. No eran todos estos adivinos servidores del templo; pero formaban cuando ménos la parte baja del sacerdocio. Sacerdotes en el rigoroso sentido de la palabra lo eran solamente los que auguraban por las reses sacrificadas al Sol ó á las divinidades de los pueblos.

Creían tambien los tahuantinsuyus en los hechizos, es decir, en que por ciertas pócimas ó por ciertas prácticas ó por la sola influencia personal cabía encender el amor ó despertar el ódio ó producir enfermedades en quien se quisiera. Aún hoy, segun el nada sospechoso testimonio de los Sres. Rivero y Tschudy, creen muchos que se los puede poner tullidos ó fátuos con que se les coloque en la almohada ó entre los colchones ó en los agujeros ó las cuevas de sus casas muñecas de trapos cosidos ó claveteados con espinas de cáctus, y atribuyen la *cara*, ciertas manchas rojas, blancas y azules que se hacen en piés, brazos y rostro, á una bebida compuesta de maiz y de polvos de sapo.

Asomaba la supersticion en todos los actos de la vida. Cuando nacía un niño, se guardaba un pedazo del cordon umbilical para dárselo á chupar en todas las enfermedades propias de la infancia. Se vertía el agua con que se le lavaba en un hoyo practicado al efecto, y en tanto uno de los agoreros de que há poco hablaba vertía sobre el recien nacido palabras cabalísticas.

A pesar de lo que sostiene Garcilaso es un hecho inconcuso que los tahuantinsuyus se confesaban. Aún aquí eran supersticiosos. Empezaban por soplar la ceniza de los sacrificios que les ponía el confesor sobre una piedra. Recibían luégo una guija á que daban el nombre de *parca* é iban á lavarse la cabeza en la confluencia de dos ríos ó dos arroyos ó en otro lugar sagrado. «Oidme, cerros y llanos, exclamaban á su regreso; oidme, condores que volais y sabandijas que os arrastrais por la tierra; oidme, animales, árboles y yerbas; voy á referir mis culpas.» Entregaban al empezar la confesion una bola de barro colorado puesta en la espina de un cáctus, y cuando la concluían el sacerdote metía la espina en la bola hasta hacerla pedazos. Si los pedazos eran tres, se tenía la confesion por buena, si en dos por mala. Debía el penitente repetirla y, para probar que nada había ocultado, echar un puñado de maiz en una taza. Lo dejaba probado como resultase par el número de los granos. ¿Podían subir á más

las supersticiones? Asistían á los moribundos sacerdotes, médicos, hechiceros, brujas, y murmuraban todos salmodias y fórmulas para ahuyentar al demonio. Comunicacion con el demonio la creían generalmente los tahuantinsuyus en todos los sacerdotes de sus huacas.

Gran parte de estas supersticiones eran hijas de lo atrasadas que se hallaban en aquel imperio las ciencias. La Filosofía estaba al parecer reducida á unos apólogos por los que se enseñaba la moral al pueblo; la Jurisprudencia, al conocimiento del corto número de leyes que ántes hemos visto. Estarían sin duda más adelantadas la Administracion y el Gobierno; pero en la práctica, no en la teoría. Tampoco había salido la Medicina del más vulgar empirismo. Tenía por todo diagnóstico el estado de la membrana mucosa de la lengua; por su más eficaz terapéutica, la purga y la sangría. Cuando éstas resultaban ineficaces, dejaba obrar la naturaleza. Los purgantes que empleaba eran, al decir de Garcilaso, muy enérgicos; las sangrías las hacía á la raíz de la parte enferma. No que no emplease otros remedios: conocía la virtud de muchas yerbas y hacía frecuentemente uso de los bálsamos. Mas ¡cuán ignorante no debía de ser cuando había de apreciar la calentura, no por el pulso, sino por el estado de calor del cuerpo! Se dice, sin embargo, que hubo médicos famosos entre aquellas gentes.

No estaba ménos atrasada la cirujía. Aplicaba sobre las llagas y las heridas hojas y bálsamos; no cortaba jamás abscesos, ni amputaba miembros: desconocía del todo las operaciones. Aún las fracturas de los huesos las trataba en la Sierra por una yerba que llamaban *huarituru*, en los Llanos por ciertas plantas marinas.

¿Estarían más adelantados los tahuantinsuyus en las ciencias matemáticas? Disponían de un sistema de numeracion que era en el fondo el nuestro. Tenían como nosotros voces simples para expresar del uno al diez, el ciento, el mil y el millon; voces compuestas, para los demas números. Decían uno, *huc;* dos, *yscay;* tres, *quimsa;* cuatro, *tahua;* cinco, *pichca;* seis, *socta;* siete, *canchis;* ocho, *pussac;* nueve, *yscun;* diez, *chunca;* ciento, *pachac;* mil, *huaranca*; un millon, *hunu;* once, *chunca hucniyoc*, diez y uno; doce, *chunca-yscayniyoc*, diez y dos etc.; veinte, *yscay-chunca*, dos diez ó dos veces diez; treinta, *quimsa chunca*, tres diez ó tres veces diez, noventa, *yscun chunca*, nueve diez ó nueve veces diez; cuarenta y uno, *tahua chunca hucniyoc;* cincuenta y dos *pichca chunca yscayniyoc*, sesenta y tres, *socta chunca quimsayoc;* setenta y cuatro *canchis chunca tahuayoc;* doscientos, *yscay pachac;* doscientos treinta, *yscay pachac quimsa chuncayoc;* tres mil, *quimsa huaranca;* cuatro mil ciento y uno, *tahua huaranca huc pachac hucniyoc*; cien mil, *pachac huaranca*; cien millones, *pachac hunu*. Por la repeticion de la palabra *hunu* expresaban ademas el billon, el trillon, el cuatrillon, etc. *Hunuy hunu* era un billon; *hunuy hunuy hunu*, un trillon; *pantac hunu*, lo infinito.

Con tan sencillo y regular sistema no parece sino que aquel pueblo debió pro-

gresar mucho en el cálculo. No fué así á juzgar por el estado de sus conocimientos en ramos que tienen por base esta difícil ciencia. Si tenía buena numeracion hablada, es preciso tomar en cuenta que carecía de numeracion escrita. No había llegado de mucho á las cifras de que segun vimos usaban los moxcas: no había llegado ni siquiera á los símbolos por que en cierto modo las suplían los mejicanos. Disponía sólo de los quippus, medio, como diremos, imperfectísimo, y no podía ménos de hallarse detenido en su vuelo.

Tampoco habían hecho los tahuantinsuyus grandes adelantos en la Geometría. La conocerían practicamente, puesto que sabían medir sus tierras, cortar y ajustar con perfeccion los sillares de sus monumentos, levantar á nivel altos muros, construir torres cilíndricas y reproducir con las debidas proporciones en planos de relieve la topografía de sus ciudades y sus provincias, sin olvidar calles ni plazas ni caminos ni cerros ni collados ni aguas corrientes; pero no la conocían por principios ni por ese rigoroso método que desde el estudio de la simple línea nos lleva á determinar las dimensiones de los astros y describir las órbitas en que se mueven los planetas.

Dicho se está que sin la ciencia de la Geometría ni la de los números tampoco habían de poseer más que empíricamente la Astronomía. Determinaban, pero no por el cálculo, la época de los solsticios y los equinoccios. Para determinar la de los solsticios tenían edificadas en los cerros inmediatos al Cuzco, parte al Oriente, parte al Occidente, unas torres ó columnas que se correspondían y distaban en cada lado las unas de las otras sobre siete varas. Sabían que estaban en los solsticios al ver el sol entre dos de estas columnas así cuando salía como cuando bajaba al ocaso. Por un procedimiento análogo fijaban el día de los equinoccios. Habían levantado en la gran plaza del templo del Cuzco, en el centro de un vasto círculo cruzado de Levante á Poniente por una línea ó diámetro, una columna ricamente labrada que llamó la atencion de los europeos. Sabían que estaban en los equinoccios cuando la columna proyectaba exactamente sobre este diámetro su sombra, y á mediodía, casi del todo bañada por el sol, apénas la arrojaba.

Tenían de estas columnas ó gnomones en casi todas las ciudades del Imperio, y el día de los equinoccios se entusiasmaban de modo, que las cubrían de flores y guirnaldas y les ofrecían oro, plata y los más preciados frutos de la tierra. Encima de la del Cuzco hasta ponían la silla de oro del Sol como para indicar que su dios, como decían, se sentaba entónces con toda su luz sobre la columna. Estimaban en tanto este hecho, que llegaron á creer santa la ciudad de Quito, situada bajo la línea ecuatorial, sólo por haber observado que allí en los equinoccios no daban sombra alguna los gnomones. Celebraban, segun se ha visto, tanto en estos períodos como en los de los solsticios ruidosas y brillantes fiestas.

Para la colocacion de todas estas columnas y torres sobradamente comprenderá el lector que debieron entregarse los tahuantinsuyus á una larga série de mi-

nuciosas observaciones. Lo raro es que no las continuasen y las extendiesen á los planetas. No siguieron, á lo que parece, sino los movimientos de la luna y los de Vénus; no llegaron á explicarse la causa de los eclipses. Temíanlos, sobre todo los de la luna, tanto que al verlos prorumpían en grandes voces y azotaban á los perros á fin de que ladrando aumentasen el general estrépito. Creían, como he indicado, que la luna había de caer un día sobre la tierra y acabar con nuestro linaje, y cada vez que la veían perdiendo el color y cubriéndose temblaban de miedo que no se cumpliese la profecía.

De la luna no habían comprendido ni siquiera por qué crecía ni por qué menguaba. Llamábanla en el cuarto menguante *huañuc quilla*, luna moribunda, y en la conjuncion *quilla-huañuy* ó luna muerta.

Habían, sin embargo, dividido el año en doce meses lunares, cada uno de los cuales tenía su fiesta y su nombre propio. Así por lo ménos lo aseguran cuantos autores he consultado. Cosa por cierto bien rara, cuando se considera que allí se adoraba por dios al sol, se sabía que tardaba más de trescientos sesenta y cinco días en verificar su curso y no era fácil concertar con sus movimientos los de la luna. ¿Tendría realmente el año para los Incas solo trescientos cincuenta y cuatro días, seis horas y cuarenta y ocho minutos?

Estoy en que éste es uno de los puntos más oscuros de la historia de aquel pueblo. Hablan, es verdad, todos los escritores del siglo XVI del año lunar de los peruanos, pero sin acertar á decir ni cuantos días contaba el mes, ni en que períodos estaba sudividido, ni qué se hacía de los resíduos. Hablan, ademas, de un año solar, pero con poco acuerdo. Dicen unos que por él sólo se regían los labradores; otros que se consideraba los once días de diferencia entre los dos años como baldíos y se los consagraba al ócio; otros que por lo contrario se los embebía en las doce lunas. Opiniones todas á cual más insostenibles. ¿Habían de haber inventado solo para el cultivo de la tierra un almanaque? ¿No habrían podido acaso determinar la época de los principales trabajos agrícolas sólo por las estaciones ó lo que es lo mismo por los solsticios y los equinoccios? Que por otro lado se embebiera, ó que dejara de embeberse en los meses lunares los once días de diferencia, es óbvio que con solo admitirlos quedaba interrumpido el curso del año comun y entraba en la cuenta del tiempo la anarquía. Ese año solar ¿cómo estaba por otra parte dividido? Si lo estaba en doce partes iguales, como suponen los Sres. Rivero y Tschudi, ¿qué se hacía de los cinco días y horas que habían de sobrar indefectiblemente?

Habla Montesinos de un rey anterior á los Incas, que, viendo confusa en la mente del pueblo la antigua cronología, estableció el año solar de trescientos sesenta y cinco días y seis horas y distribuyó los años en períodos de diez, de ciento, de mil, ó sea en indicciones, ciclos y grandes ciclos. Con ser probable esta division del tiempo, no permiten que la creamos ni el escaso concepto de que este autor goza á causa de su oscuridad y sus contradicciones, ni el silencio que so-

bre hecho tan capital guardan los demas escritores de Indias, ni la circunstancia de atribuírsela á un príncipe y á una edad á que se conviene que no alcanza la luz de la Historia. No cabe hoy por hoy disipar las tinieblas que rodean esta parte de la civilizacion del Imperio, y, no considero lícito suplir por hipótesis la falta de datos.

Sin astronomía, sin haberse fijado más que en algunas constelaciones, sin haber buscado estrellas que les sirviesen de norte y guía es natural que los tahuantinsuyus tampoco hubiesen hecho en la navegacion grandes adelantos. Podían hacerlos tanto ménos cuanto que carecían de medios de transporte. No disponían siquiera de las piraguas y canoas que tantos otros pueblos de América; tenían por principal embarcacion la balsa—cinco ó siete palos ligeros fuertemente atados y cubiertos de cañas, el del medio el más largo, los de los lados cada vez más cortos—que apénas servía más que para surcar los ríos y recorrer las costas.

Refiere Balboa que, segun los historiadores indígenas, se había embarcado en tan frágiles tablas Tupac Yupanqui con parte de sus tropas y caminando á Occidente había arribado á unas islas de que despues de un año de expedicion se había traido hombres de color negro, cantidad de oro y plata, un trono de cobre y pieles de animales parecidos á los caballos; mas ni él se atreve á darlo por cierto ni puede creerlo nadie, atendida principalmente la inmensa distancia á que se hallan así de las playas del Ecuador como de las del Perú las islas de la Oceanía habitadas por gentes de la raza negra. Pudo haber negros en Tahuantinsuyu, puesto que los halló en Panamá Vasco Nuñez de Balboa; no traídos por los Incas. En balsas ¿cómo había de osar nadie engolfarse en alta mar y navegar por rumbos desconocidos, sobre todo no teniendo ni el auxilio de la brújula ni el de la ciencia astronómica? Audacia tál habría sido en súbditos una temeridad; en soberanos, cuando no un crímen, una locura.

Empléabase tambien la balsa para cruzar los lagos, y en el de Titicaca se la hacía de juncos á que se da el nombre de totora. Llevaba allí velas, y es notable que áun ahora las lleva como se las ve en los buques egipcios del sepulcro de Ramses III. ¡Qué de indicios para creer que hubo entre el antiguo y el nuevo continentes una comunicacion anterior á Colon y á los escandinavos y qué falta de datos para saber cómo y cuándo se la estableció y cómo y cuándo quedó interrumpida!

Garcilaso habla todavía de otras balsas de vara y media en cuadro, compuestas de grandes calabazas atadas unas con otras, que iban precedidas de uno como pretal donde metía un hombre la cabeza y nadando las arrastraba, unas veces sólo y otras seguido de auxiliares que las impelían. Lo raro era que los tahuantinsuyus áun con más débiles aparatos se atrevían, no sólo á esguazar ríos de impetuosa corriente, sino tambien á meterse mar adentro hasta seis y más leguas. De un haz rollizo de enea del tamaño de un buey, dice el mismo Garcilaso, hacían pequeñas barcas. Atábanlo fuertemente y así como por detras lo en-

sanchaban, por delante lo ahusaban y levantaban de modo que á la par de una proa rompiese el agua. Llevaban en medio y en lo más alto del haz la carga, y el que conducía el buque se ponía al bordo de la popa y se echaba de bruces haciendo servir de remos brazos y piernas. Internarse así por el mar lo tomaban á juego; en esas barcas ordinariamente verificaban sus pesquerías. La dificultad estaba en pasar los ríos de curso rápido, y sin embargo los pasaban cortándolos con indecible furia, aunque saliendo ciento y doscientos pasos más abajo del punto por donde entraban. Suplían por la destreza y el arrojo la falta de medios y de ciencia.

Distinguiéronse algo más los tahuantinsuyus en la poesía. Cantaban en verso las hazañas de sus reyes y sus héroes, expresaban en verso las emociones de sus almas, y componían en verso comedias y tragedias. Cultivaban sobre todo la poesía erótica, á la que de ordinario daban un tinte especial de melancolía. Para cada uno de sus cantos de amor tenían hasta su música, circunstancia que les permitía que con solo tañer la flauta los recordaran de léjos á sus enamoradas y las hicieran partícipes de sus sentimientos. Se conservan aún muchos de esos pequeños poemas llamados *haravis*: son dulces, sencillos, apasionados, tristes hasta conmover las más delicadas fibras del alma. «En las solitarias pampas, leo en uno, solíamos ver á los pájaros yendo á su nido. Lloraban lastimeramente por sus compañeros. Asi yo, al irte tú, amado mío.» Y en otro: «Miéntras me dure la vida—seguiré tu sombra errante—aunque á mi amor se opongan—agua, fuego, tierra y aire.»

Las comedias no estaban á lo que parece destinadas á poner en ridículo las faltas ni los vicios del hombre. No se distinguían de las tragedias sino en que tomaban generalmente por tema la vida social y éstas la política. Ponían de relieve y enaltecían las virtudes domésticas, al paso que las tragedias presentaban á los ojos del pueblo los grandes dramas de la Historia. No ha llegado hasta nosotros ninguna; pero tál era su carácter al decir de todos los escritores.

Hasta nosotros, que yo sepa, no ha llegado sino una tragedia que se titula *Ollanta*. Aun ésta la creen algunos posterior á los Incas. Segun Markham, hasta se sabe quien la compuso; la escribió el Doctor Valdés, cura de Sicuani, bien que aprovechando muchos antiguos cantos. Si esto es ó no verdad hallo difícil decidirlo. Me inclino á la opinion de Markham, cuando observo que está la tragedia en versos octosílabos consonantes y con frecuencia en redondillas; á la contraria cuando á lo mejor doy con versos libres entre los mismos cuartetos, hallo rimas que no obedecen á regla alguna, noto que se prescinde casi constantemente de la sinalefa y me fijo en el argumento del drama.

En las poesías que se considera unanimemente del tiempo de los Incas tambien se omite siempre la sinalefa y hay arbitrariedad en las rimas cuando no son, como de ordinario sucede, libres todos los versos. ¿Era fácil que en un poema largo no se apartase jamas de esta costumbre quien tuviese avezados los oidos á

la versificacion europea? Lo era todavía ménos que un sacerdote español y católico, cuando más se trabajaba por borrar de la memoria de los americanos los antiguos recuerdos, fuese á escoger por asunto de su tragedia, y de una tragedia que se proponía escribir en el idioma de los indígenas, los amores de dos paganos. Ménos lo era aún que en composicion de tan grandes proporciones no dejase entrever á pesar suyo sus creencias religiosas.

Ollanta segun la tradicion era uno de los más poderosos caciques del Tahuantinsuyu. Vivía en la ciudad de su mismo nombre, á no gran distancia del Cuzco, al abrigo de una vetusta fortaleza construida en la cumbre de un áspero y empinado cerro. Enamoróse de Cusi Coyllur, hija de Pachacutec, y fué por desgracia de ambos correspondido. Al advertirlo el Inca, trató con gran rigor á la hija y la encerró, quien dice que en un calabozo, quien que en el monasterio de vírgenes consagradas al Sol, su padre. Ciego Ollanta de amor y cólera, concibió nada ménos que la idea de ganar á Coyllur por la fuerza de las armas. Se sublevó contra su soberano, y alcanzó al principio brillantes triunfos. Derrotado despues, se hizo fuerte en su castillo, verdadero nido de águilas. Sostúvose allí algun tiempo desplegando un valor y una estrategia que no se esperaba de sus años; pero fué al fin vencido y preso por uno de los mejores generales del Imperio. Estaba ya entónces sentado en el trono del Cuzco Inca Yupanqui. Inca Yupanqui, no sólo le perdonó, sino que tambien le dió la mano de Cusi Coyllur, su infeliz hermana. ¿Era este argumento, repito, para un sacerdote del siglo de la conquista?

A pesar de la belleza de estilo que generalmente se observa en el *Ollanta*, es indudable que en sus páginas se halla á trechos voces no muy castizas y frases algo violentas. ¿No podía nacer ésto de que fuese en realidad un español el que recogiese de boca de los indígenas la tragedia, y no pudiendo conseguirlo sino á fragmentos, pusiese algo de lo suyo para casarlos y concertarlos?

Las comedias y las tragedias entre los tahuantinsuyus formaban parte de las fiestas públicas. Se las representaba, por ejemplo, despues de concluida la siembra en los campos del Inca, y en el mes de Octubre despues de la conmemoracion de los difuntos. Las oía el pueblo todo, y, no de bocas mercenarias, sino de lábios de los primeros nobles, que, luégo de concluida su tarea, bajaban á tomar entre los espectadores el puesto que por su rango les correspondía. Llovían plácemes y aún premios sobre los que mejor desempeñaban sus papeles, y se despertaba entre todos los actores una emulacion provechosísima.

Los versos no eran muy largos: su recitacion no había de ser difícil. Los más largos eran los octosílabos: los había de seis, de cinco, de cuatro y hasta de tres sílabas. Verdad es que éstos solían ir mezclados con los de cuatro. Los más en uso eran los octosílabos para las composiciones dramáticas, los cuatrisílabos para las líricas.

Solíase, como he indicado, cantar los versos líricos y áun acompañar con ins-

trumentos los de los haravis. Esto había dado cierto desarrollo á la música. Se conserva todavía la de muchas amorosas endechas, y los Sres. Rivero y Tschudi han publicado la de tres en sus *Antigüedades Peruanas.* Es dulce y melancólica al par de los mismos haravis y hasta parece que tenga cierto sabor religioso. ¡Lástima que no se conozca la de los cantos heróicos! Es posible que presentara el carácter estrepitoso á que se dice grandemente aficionados á los tahuantinsuyus.

No tenían los tahuantinsuyus más que un instrumento de cuerda, la *tinya*, una especie de guitarra. Tenían seis ó más de viento; pero todos variedades de la flauta, salvo la trompeta y un silbato de cinco voces á que daban el nombre de *ccuyci.* Entre las flautas había dos notables: la *chhayna,* cuyos tonos tristes y lúgubres llenan, segun los citados autores, el corazon de inciertos é inefables deseos y humedecen los ojos; y la *huayra-puhura* ó *ppucuna*, muy parecida á la que vulgarmente se llama flauta de Pan, la *sirigs* de los griegos, la *arundo* ó *fistula* de los romanos. Estaba tambien compuesta la huayra-puhura de cinco, de siete y áun de ocho tubos de diferente longitud y de igual diámetro, puestos en fila y atados cuando no embutidos en una más ó ménos elegante caja. De un punto más alto en cada uno de sus tubos, permitía que los músicos se respondieran en consonancia.

En una huaca, sobre un cadáver, halló el general francés Paroissien una de esas flautas, toda de talco. Se la reprodujo en yeso y se envió la copia al célebre Humboldt, de cuyas manos pasó al museo de Berlin, donde hoy se la conserva. Está compuesta de ocho tubos y presenta una particularidad que no es para echada en olvido. En cuatro tiene agujeros laterales. Permiten estos agujeros variacion en el diapason y dan, cuando cerrados, hasta siete tonos. Llevaba indudablemente ventaja á la *fistula* romana y la *sirigs* griega.

Los instrumentos estrepitosos, los que probablemente constituían la música militar y la del pueblo, eran, ademas de la trompeta, el tambor, el *huancar,* y las sonajas y los cascabeles conocidos con los nombres de *chhichiles* y *chanrares.* ¡Que se conociese y se usase el tambor en casi todas las naciones de América!

Como se ve, no estaba, generalmente hablando, muy adelantada la instruccion en el Imperio. Era en gran parte debido á la falta de toda escritura. Para consignar sus ideas no disponían los tahuantinsuyus, segun tantas veces llevo indicado, sino de los *quippus.* Se ha divagado mucho sobre la forma y el carácter de este medio de expresion del pensamiento; pero se sabe ya como eran gracias á los que se ha encontrado en diversos puntos. El quippu tenía por base un grueso cordon de lana. De este grueso cordon, largo á veces de un pié, otras de quince y veinte, colgaban otros cordones mucho más delgados de distintas longitudes y colores. La longitud y el color de estos hilos, los llamaré así para distinguirlos del cordon tronco, servían ya en cada quippu para determinar ideas.

Determinábaselas, ademas, por los nudos que en cada hilo se hacía. Cambiaban éstos de significacion segun la distancia á que estaban de su base, segun el hilo en que venían, segun fuesen uno ó muchos, segun estuviesen simplemente yuxtapuestos ó entrelazados. Tres nudos por ejemplo encerrados en otro distaban de decir lo que tres nudos independientes aunque juntos. Contribuía por fin á determinar ideas la mayor ó menor torsion de los hilos y la direccion en que estaban torcidos.

El sistema, como observará el lector, era más complexo de lo que generalmente se ha creido. Los signos simples ó fundamentales eran por lo ménos cinco: en los hilos, la longitud, el color, la torsion y el número de órden; en los nudos, la distancia al tronco. Los signos compuestos ¿quién puede hoy calcularlos? Los nudos múltiples, ya sueltos, ya entrelazados, podían ir del número dos al que permitiese lo largo del hilo; las combinaciones de los diversos nudos con los cinco signos fundamentales podían ser muchas.

Añádase ahora que todos estos signos cambiaban de significacion segun el órden de ideas á que se aplicaba el quippu. Estaban destinados los quippus unos al censo particular de las poblaciones ó al general del Imperio; otros á la recaudacion y distribucion de las rentas del Estado; otros al servicio, consumo, operaciones y alta y baja del personal de los ejércitos; otros á las minas ó á la construccion de obras públicas; otros á los hechos históricos; otros, segun algunos autores, á los cantos de guerra, á los himnos religiosos y aún á los haravis. En todos eran iguales los signos; la significacion, sólo en los de un mismo género.

Necesitábase naturalmente para la formacion y la inteligencia de estos quippus un estudio como el que hacemos para la escritura y la lectura. Había al efecto escuelas, y en ellas aprendían los que más tarde habían de ser *quippucamayoc* ú oficiales de quippus. Eran éstos muchos y estaban esparcidos por todo el Imperio. Tenía generalmente cada uno su especialidad, así que no solía servir, por ejemplo, para los quippus estadísticos el que servía para los históricos. Adquirían así todos una facilidad tal para escribir y leer por tan singular sistema, que cuando descifraban un quippu en presencia de los españoles los dejaban atónitos.

Suponen algunos que, cuando se había de interpretar los quippus en lugar distinto del de su orígen, habían de llevar consigo un comentario verbal ó lo que es lo mismo persona que indicara el asunto de que trataban. Añaden que, si por acaso se los confundía, era ya punto ménos que imposible entender sus nudos. No puedo aceptarlo. No puedo creer que careciesen de medio para vencer esta dificultad los que tan ingeniosos fueron en expresar por unos mismos signos tan distintas ideas. La diversidad de asuntos la podían indicar de muchas maneras: por el diverso color de la base ó cordon tronco, por su longitud, por su diámetro, por un hilo exclusivamente destinado á explicar por sus nudos el órden de ideas á que perteneciese el quippu.

Podía indudablemente dar mucho de sí el sistema y contener cada quippu gran número de datos ó pensamientos. Es otro yerro creer que del cordon tronco saliesen determinados hilos; se iba anudando hilos al tronco segun lo exigía la índole y la extension del asunto. Podía así un sólo quippu ser la historia de siglos ó el censo del Imperio. Esto explica que hubiese quippus de media arroba como el que encontraron en las inmediaciones de Lurin los Sres. Rivero y Tschudi. Es probable que, como estos autores opinan, los hubiese más voluminosos.

La lástima es que no se haya encontrado el medio de descifrarlos. Se dice si hay familias indígenas que lo poseen y lo guardan avaramente como un secreto; mas se me hace dudoso. Lo que sí parece cierto es que los pastores llevan aún hoy por quippus la cuenta de sus rebaños. Cosa en verdad no extraña, si se atiende á que las actuales tribus de la América del Norte tambien se valen de algo parecido al quippu para recordar sus tratados y cuantos hechos les interesan. El quippu no era ni siquiera primitivo de aquel continente; se lo conocía en el Asia Central, sobre todo en China.

Era sin duda este sistema imperfectísimo al lado del alfabeto—es de temer que para muchos de sus objetos fuese más bien una mnemotecnia que una escritura;—pero no es posible determinar hasta donde llegaría en las hábiles manos de los quippucamayos. Susceptible, como se ha visto, de gran desarrollo, es de presumir que lo tuviese por oficiales exclusivamente consagrados á usarlo y comprenderlo.

Lo malo era que, segun parece, ni su conocimiento formaba parte de la enseñanza general ni sus aplicaciones eran otras que las oficiales. No servía el quippu para la difusion de las ideas, y la instruccion era por lo tanto escasa aún en las clases nobles, cuanto más en el pueblo. Al pueblo vimos ya que se le tenía completamente privado de la luz de la ciencia. ¡Triste condicion, aunque estuviese compensada por la paz interior y el bienestar de las familias!

CAPÍTULO XXVII

La lengua quichua.—Ortología.—Analogía.—Declinaciones.—Formacion del plural.—Dual quichua.—Pronombres.—Pronombres personales.—Forma inclusiva y exclusiva de la primera persona del plural.—Pronombres demostrativos é interrogativos.—Pronombres posesivos.—Su importancia.—Sus diversas aplicaciones.—Su declinacion.—Concision y riqueza que daban á la lengua.—Como suplían á los pronombres personales, principalmente en la conjugacion del verbo.—Ejemplo por la conjugacion del verbo sustantivo «cani.»—Regularidad del verbo en general.—Conjugacion del activo «apa-n-y.»—Conjugaciones de transicion ú objetivas.—Si las hay ó no en la lengua española.—Formas de las cuatro conjugaciones objetivas.—Su comparacion con las del verbo nahuatl.—Su comparacion con las del verbo vascongado.—Particularidades del verbo quichua.—Nombres verbales.—Nombres derivados de otros nombres.—Diversos modos de formar los derivados.—Voces compuestas.—Su formacion.—Su abundancia.—Riqueza de proposiciones, conjunciones y adverbios.—Riqueza de formas comparativas.—Juego de los pronombres posesivos en los grados de comparacion.—Precision en determinar los de parentesco.—Originalidad de las lenguas americanas sobre este punto.—Sintáxis quichua.—Cotejo de la lengua de los quichuas con la de los aymaras.—Semejanzas y diferencias en los nombres del sistema numérico de los dos pueblos.—Otras semejanzas y diferencias léxicas.—Gramática de la lengua aymara.—Declinacion.—Pronombres.—Plural inclusivo y exclusivo.—Pronombres posesivos.—Su escasa importancia respecto á los de la lengua quichua.—Conjugacion del verbo.—Sintáxis.—Cual de las dos lenguas fuese mejor y cual de las dos mereciese el nombre de dialecto. [1]

Ese pueblo tan escasamente instruido poseía una de las mejores lenguas de América, la quichua, que contaba entre sus principales dialectos la de los quitos y la de los aymaras, y se había ido enriqueciendo con las voces y los giros de las numerosas tribus sometidas al Imperio.

Carecía la lengua quichua de las letras *B*, *V*, *D*, *F*, *G*, *J*, *X*, *Y* y *Z*; pero daba en cambio diferentes sonidos á la *T*, *S*, *Q*, *P*, *C* y *CH*. Tenía la *Ll*, ya que no la *L*; la *R* suave, ya que no la líquida ni la fuerte. No decía *huacra*, *papri*, *rocro*, *pocra* sino *huac-ra*, *pap-ri*, *poc-ra*, *ro-cro*.

Cargaba ordinariamente el acento en la penúltima sílaba de las voces polisilábicas, raras veces en la antepenúltima, jamas en la última. No pronunciaba *Huascar*, sino *Huáscar*; no *Yaguar-Huacac*, sino *Yáguar-Huácac*; no *Pachacutec*, sino *Pachacútec*.

Presentaba en su analogía muchas particularidades.

Tenía una sola declinacion, y la aplicaba indistintamente á los nombres, los

[1] Fuentes de este capítulo: Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales*, tomo IV, caps. XIII y XIV.—Rivero y Tschudi, *Antigüedades Peruanas*, cap. V.—Gonzalez Holguin, *Gramática y Arte Nueva de la lengua general de todo el Perú.*—Gonzalez Holguin, *Vocabulario de la lengua quichua.*—Tschudi, *Die kechua Sprache.*—Markham, *Contributions towards a Grammar and Dictionary of Quichua.*—Lucien Adam, *Etudes sur six langues americaines.*—Diego de Torres Rubio, *Arte de la lengua aymara.*—Bertonio, *Vocabulario de la lengua aymara.*—Olmos, *Gramática de la lengua nahuatl.*—Larramendi, *El imposible vencido, arte de la lengua vascongada.*

adjetivos sustantivados, los pronombres, los nombres y los adjetivos genitivados y los participios. Empleaba en ella dos formas, pero con diferencias meramente eufónicas. Hacía terminar en *p*, en *pac* y en *cta* el genitivo, el dativo y el acusativo de las palabras que concluían por una sola vocal; en *pa*, en *pac* y en *ta* el genitivo, el dativo y el acusativo de las que acababan por dos vocales ó una consonante. Distinguía el ablativo del nominativo por medio de las preposiciones *pi*, *huan*, *manta*, *raycu* etc., que usaba siempre como afijos; el vocativo por medio de la interjeccion *a*, que siempre anteponía, ó por medio de la *ya*, que anteponía ó posponía *ad libitum*.

Runa, el hombre, *runap*, *runapac*, *runacta*, *a runa ya*, *runa manta*.—Yuyay, el pensamiento, *yuyaypa*, *yuyaypac*, *yuyayta*, *a yuyay ya*, *yuyay pi*.—Ccapac, el hombre rico, *ccapacpa*, *ccapacpac*, *ccapacta*, *a ccapac ya*, *ccapac huan*.—Ñoca, yo, *ñocap*, *ñocapac*, *ñocacta*, *ñoca raycu*.—Cay, este, *caypa*, *caypac*, *cayta*, *caymanta*.—Pi, quien, *pip*, *pipac*, *picta*, *pi raycu*.—Apup, lo que es del juez ó del señor, *apuppa*, *apuppac apupta*, *apup huan*.—Rurac, el hacedor, el que hace, *ruracpa*, *ruracpac*, *ruracta*, *rurac manta*.

No se declinaba generalmente el adjetivo, casi siempre antepuesto al nombre, pero sí cuando iba pospuesto. Sinchi runa, el hombre fuerte, *sinchi runap*, *sinchi runapac*, *sinchi runacta*, *sinchi runa manta*. Huascar huaccha. Huascar el pobre ó el que es pobre, *Huascar huacchap*, *Huascar huacchapac*, *Huascar huacchacta*.

Tampoco solían cambiar ni los adjetivos ni los nombres de singular á plural, pero sí llevar un signo de pluralidad, la partícula *cuna*. Era entónces esta partícula la que se declinaba. Runa cuna, los hombres, *runa cunap*, *runa cunapac*, etc. Ñucñu taqui cuna, los suaves cantos, *ñucñu taqui cunap*, *ñucñu taqui cunapac*, *ñucñu taqui cunacta*.

Cuna era la forma ordinaria del plural, pero no la única. Se lo formaba no pocas veces repitiendo el nombre ó el pronombre. Hacha, árbol; *hacha hacha* árboles ó arboleda. Runa, hombre; *runa runa*, hombres ó muchedumbre. Sara, maiz; *sara sara*, maices ó maizales. Cay, este; *caycay*, estos. Pi, quien; *pipi* quienes.

Otras partículas había aún de pluralidad que eran á la vez comparativas: *chac*, *chaquen* ó *chacnin*, que, afijas á los adjetivos, les daban el carácter del superlativo absoluto; *chicachac*, *chicachaquen* ó *chicacchacnin* que, afijas al término de la comparacion, equivalían á «tan alto como» *Anac-chac rumi*, las más duras piedras. *Sinchi-chaquen runa*, los más fuertes hombres. *Pucara-chicachaquen urcu*, cerros tan altos como un castillo. *Runa-chicachac chuqui*, lanza de un estado ó de la altura de un hombre.

Indicaban tambien pluralidad á la vez que reciprocidad las partículas *pura* y *purantin* pospuestas á nombres ó participios. *Auca-purantin*, los soldados entre sí. *Macanacac-pura*, los que se baten.

Purap, *purapnin* y *purapnintin*, antepuestos, servian además para formar una especie de dual é indicar los objetos que son pares por su aplicacion ó su naturaleza. *Purap ñaui*, los dos ojos. *Purapnin caclla*, las dos mejillas. *Purapnintin maqui*, entrambas manos. *Purapnin usuta*, las dos sandalias.

El dual propio y exclusivo de la lengua quichua no era, sin embargo, éste sino el que se formaba añadiendo la terminacion *ntin* á ciertos nombres. *Cosa* significaba marido; *cosantin* marido y mujer. *Yaya*, padre; *yayantin*, padre é hijo. *Pana*, hermana; *panantin*, hermana y hermano. *Mama*, madre; *mamantin* la madre y el niño. *Ususi*, la hija; *ususintin*, la hija y la madre. *Hacha*, el árbol; *hachantin*, el árbol y sus raíces. Dual que sin disputa constituye uno de los rasgos más originales de la lengua.

No siempre daba la terminacion *ntin* la misma significacion á las palabras; pero siempre les comunicaba por lo ménos la idea de asociacion, de colectividad, de grupo. *Tahua-ntin*, los cuatro juntos. *Ayllu-ntin*, los de un ayllu ó linaje. *Huasi-ntin* los de una casa, la familia. *Llacta-ntin*, los de un pueblo. *Chacrantin* todo lo perteneciente á la heredad, á la quinta, al campo. *Yahuar-masintin*, toda la parentela. *Runa-huasi-ntin*, el hombre con su casa. *Huasi-runantin*, la casa con su dueño. *Quilla-ntin*, todo un mes. *Punchau-ni-ntin*, todo un día. La sílaba *ni* es aquí expletiva y eufónica.

Aumentaban las particularidades en los pronombres.

Los personales eran *ñoca*, yo; *cam*, tú; *pay*, él; *ñocanchic* ó *ñocaycu*, nosotros; *camchic*, vosotros; *paypay*, ellos. ÑOCANCHIC Y ÑÓCAYCU podían ser tambien *ñocanchiccu*, *ñocanchiccuna* y *ñocaycucuna*; CAMCHIC, *camcuna* ó *camchiccuna*; PAYPAY, *paycuna*. Las primeras y las segundas personas eran comunes de dos, y comunes de tres las terceras; los seis pronombres con todas sus formas, igualmente declinables. CAM, *campa*, *campac*, *camta*. CAMCHIC, *camchicpa*, *camchicpac*, *camchicta*. CAMCUNA, *camcunap*, *camcunapac*, *camcunacta*. CAMCHICCUNA, *camchiccunap*, *camchiccunapac*, *camchiccunacta*.

Lo aquí más de notar eran los pronombres *ñocanchic* y *ñocaycu*, nosotros. No se los podía emplear indistintamente: constituían dos plurales á que se suele dar los nombres de inclusivo y exclusivo. Usábase del *ñocanchic* cuando el que hablaba comprendía en la palabra «nosotros» á todos sus interlocutores; del *ñocaycu* cuando comprendía sólo algunos ó no comprendía á ninguno y se refería bien á las personas de su sexo, bien á las de su estado, bien á las de su clase, bien á las de su profesion, bien á las que concurrieron con él á verificar un acto ó realizar alguna empresa. Un soldado hablaba, por ejemplo, á sus padres y á sus hermanos de sí y de sus camaradas: decía *ñocaycu* ó *ñocaycu*, *auca runa*, nosotros, los soldados, jamas *ñocanchic*. Les hablaba por lo contrario de ellos y de sí mismo: decía *ñocanchic*, jamas *ñocaycu*.

Esta doble forma de la primera persona del plural, que se reproducía en los pronombres posesivos y en los verbos, daba, como no dejarán de comprender

mis lectores, gran precision al lenguaje. No era privativa de la lengua quichua, pero sí poco frecuente aún en las de América. Baste saber que se la hallaba en los dialectos de los quitos y los aymaras y no ya en el idioma de los muiscas ni en el de los moxas, pueblos que lindaban con el Imperio. Había tambien dos formas en lenguas como la dakota, pero con muy distinto objeto: era dual la una, plural la otra. Significaba *un-kaska* atamos nosotros dos; *un-kaska-pi*, nosotros atamos.

La precision era una de las cualidades características de la lengua quichua. Se la observaba, no sólo en los pronombres personales, sino tambien en los otros. Los había equivalentes á nuestros demostrativos: *Cay*, éste; *caycuna* ó *caycay*, éstos.—*Chay*, ese; *chay cuna* ó *chaychay*, esos.—*Chacay*, aquél; *chacay cuna* ó *chacaychacay*, aquellos. Había interrogativos para las personas, y los había para las cosas: *Pi*, ¿quién? *pi cuna* ó *pipi*, ¿quiénes?—*Yma*, ¿qué? *ymayma* ó *ima cuna*, ¿qué cosas? ¿qué objetos? Había ademas uno que abarcaba á la vez cosas y personas: *Maycan*, en plural *maycanmaycan* ó *maycan cuna*.

Mas entre los pronombres los más importantes eran los posesivos, que iban siempre afijos. *Y*, *niy* ó *ninñiy*, mio; *yqui*, *niyqui* ó *ninñiyqui*, tuyo; *n* ó *nin* ó *ninñin*, suyo; *nchic*, *ninchic* ó *ninñinchic*, nuestro (inclusivo); *ycu*, *niycu* ó *ninñiycu* nuestro (exclusivo); *yquichic*, *niyquichic* ó *ninñiyquichic*, vuestro; *n* ó *ncu*, *nin* ó *ninñincu*, suyo ó de ellos.

Las diferencias entre las tres formas, obedecían aquí tambien á razones meramente eufónicas. Empleábase la primera desinencia en las palabras que concluían por una sola vocal, y la segunda y la tercera en las que acababan por dos vocales ó una consonante, como sucedía en la declinacion del nombre.

Era notable la concision que estas formas de los posesivos consentían. Yaya, padre; *yaya-y*, mi padre; *yaya-yqui*, tu padre; *yaya-n*, su padre; *yaya-nchic*, *yaya-ycu*, nuestro padre; *yaya-yquichic*, vuestro padre; *yaya-n* ó *yaya-ncu*, su padre, el padre de ellos.—Hinantin, todos: *hinantin-niy*, todos los mios, *hinantin-ninchic*, *hinantin-niycu*, todos los nuestros.—Munasca, participio de pretérito del verbo *munani*, amado: *munasca-n*, lo amado por él; *munasca-ncu*, lo amado por ellos.—Munanca, participio de futuro del mismo verbo, lo que será ó ha de ser amado; *munanca-y*, lo que será amado por mí; *munanca nchic*, *munanca-ycu*, lo que será amado por nosotros.—Pi, ¿quién? *pi-y*, ¿quién de los mios? *pi-yqui*, ¿quién de los tuyos? *pi-ncu*, ¿quién de los suyos ó quién de los de ellos? *Ashuan alli-n*, mejor que yo; *puncu as hatun-yqui*, la puerta es un poco más alta que tú.

Adviértase ahora que todas estas frases posesivas podían declinarse y las susceptibles de pluralizarse pasar al plural por las ya establecidas reglas. Yaya-y, mi padre: *yaya-y-pa*, *yaya-y-pac*, *yaya-y-ta*—Yaya-nchic, nuestro padre: *yayan-chic-pa*, *yaya-nchic-pac*, *yaya-nchic-ta*.—Munasca-ncu, lo amado por

ellos: *munasca-ncu-p*, *munasca-ncu-pac*, *munasca-ncu-cta*.—PI-Y, ¿quién de los mios? *pi-y-pa*, *pi-y-pac*, *pi-y-ta*.—YAYA-NCHIC, *yaya-ycu*, nuestro padre: *yaya-nchic-cuna*, *yaya-ycu-cuna*, nuestros padres.—PI-Y-QUI, ¿quién de los tuyos? *pi-pi-y-qui* ó *pi-cuna-y-qui*, ¿quiénes de los tuyos?

Eran concisas estas formas y cabía convertirlas en pleonásticas. Podía decirse *apu-y*, mi señor y tambien *ñoca-p apu-y*, que equivalia á mi señor de mí; *apu-ncu*, su señor, y tambien *pay-cuna-p*, *apu-ncu*, su señor de ellos; *ruray-ninchic* nuestras obras y tambien *ruray-ninchic-cuna*, donde hay dos formas plurales; *pi-pi-y*, quiénes de los mios y tambien *pi-pi-y cuna*.

Los pronombres posesivos constituían en la lengua quichua un verdadero tesoro. Podía el genitivo de los personales acompañarlos pleonásticamente y tambien suplirlos. *Ñoca-p*, por sí sólo significaba mio ó lo que es mio; *cam-pa*, tuyo ó lo que es tuyo; *cay-pa*, suyo ó lo que es suyo; *ñocanchic-pa*, nuestro ó lo que es nuestro, etc. Para la traduccion de estas frases ¡qué de formas no tenía aquel rico idioma! Se podía traducir «lo que es mio» por *ñoca-p*, por *ñoca-lla-p*, por *ñoca-p-ni-y*, por *ñoca-lla-p-niy*, por *ñoca-p-ninñiy*, por *ñocap-chay-niy*, por *ñoca-p-caque-y*, por *ñoca-p-cac-niy*.

No estaba aquí, sin embargo, la mayor singularidad de los pronombres posesivos. Suplían á veces los personales. «Mismo» era en quichua *quiqui:* yo mismo, *quiqui-y*; tú mismo, *quiqui-yqui;* el mismo, *quiqui-n*; nosotros mismos, *quiqui-nchic*, *quiqui-ycu*; vosotros mismos, *quiqui-yquichic*; ellos mismos *quiqui-n* ó *quiqui-ncu*.

Reemplazaban á los personales, y ésto es más de notar, en los verbos. Algo semejante vimos ya en la lengua maya; pero allí servían para el verbo todos los pronombres primitivos, ya los que eran á la vez posesivos y personales, ya los que tenían sólo este carácter. Aquí los verdaderos posesivos formaban parte esencial del verbo, por más que á veces se los contrajera ó se los elidiera. *Ca-n-y*, yo soy; *ca-n-qui*, tú eres; *ca-n*, aquél es; *ca-nchic*, *ca-ycu*, nosotros (inclusiva ó exclusivamente) somos; *ca-n-quichic*, vosotros sois; *ca-ncu*, aquéllos son.—*Car-ca-n-y*, yo fuí; *car-ca-n-qui*, tú fuíste, *car-ca-n*, aquél fué; *car-ca-nchic*, *car-ca-ycu*, nosotros fuímos; *car-ca-n-quichic*, vosotros fuísteis; *car-ca-ncu*, aquéllos fueron.—*Ca-y-man*, ¡oh si yo fuese! *ca-n-qui-man*, ¡oh si tú fueses! *ca-n-man*, ¡oh si él fuese! *ca-nchic-man*, *ca-ycu-man*, ¡oh si nosotros fuésemos! *ca-n-quichic-man*, ¡oh si vosotros fueseis! *ca-n-man* ó *ca-ncu-man*, ¡oh si aquéllos fuesen!—*Ca-pti-y*, que yo sea; *ca-pti-yqui*, que tú seas; *ca-pti-n*, que aquél sea; *ca-pti-nchic*, *ca-pti-ycu*, que nosotros seamos; *ca-pti-yquichic*, que vosotros seais; *ca-pti-n* ó *ca-pti-ncu*, que aquéllos sean.

En este último tiempo, como habrá observado el lector, se conservan los pronombres posesivos con toda su pureza, en uno van al medio de la diccion, en otros sufren aféresis; pero en todos se los ve modificando al verbo. Se los ve hasta en el futuro y el imperativo, aunque no en todas las personas. *Ca-sac*, yo

seré; *ca-n-qui*, tú serás; *ca-n-cu*. aquél será; *ca-sun* ó *ca-su-nchic*, *ca-sac-cu*, nosotros seremos; *ca-n-quichic*, vosotros sereis; *ca-nca*, aquéllos serán.—*Ca-y*, sé tú; *ca-chu-n*, sea aquél; *ca-su-n*, *ca-su-ncu* ó *ca-su-nchic*, *ca-sac-cu*, seamos nosotros; *ca-ychic*, sed vosotros; *ca-chu-n* ó *ca-chu-ncu*, sean aquéllos. El metaplasmo es aquí de explicacion difícil, pero las formas posesivas no desaparecen.

El verbo quichua era tanto ó más digno de atencion que el pronombre. Era regularísimo. No tenía más que una conjugacion, ni más auxiliar que el *cany* de que acabo de hacer mérito. Con el *cany*, que significaba ser y estar, haber y tener, formaba los tiempos compuestos y la voz pasiva. Las terminaciones de este auxiliar, y es más, eran las de todos los verbos. Sabido uno, sabidos todos, incluso el sustantivo. No sé que suceda otro tanto en ninguna lengua de Europa.

Apany, yo llevo.—Indicativo.—Presente: *Apa-n-y; apa-n-qui; apa-n; apa-nchic, apa-ycu; apa-n-quichic; apa-ncu.*—Pretérito: *Apa-r-ca-n-y, apa-r-ca-n-qui; apa-r-ca-n; apa-r-ca-nchic, apa-r-ca-ycu; apa-r-ca-n-quichic; apa-r-ca-ncu.*—Futuro: *Apa-sac; apa-n-qui; apa-nca; apa-su-nchic, apa-sac-cu; apa-n-quichic, apa-nca-ncu.*—Imperativo: *Apa-y; apa-chu-n; apa-y-chic; apa-chu-ncu.*—Optativo: *Apa-y-man; apa-n-qui-man; apa-n-man; apa-nchic-man, apa-ycu-man; apa-n-quichic-man; apa-n-man* ó *apa-ncu-man.*—Subjuntivo presente: *Apa-pti-y; apa-pti-yqui; apa-pti-n; apa-pti-nchic, apa-pti-ycu; apa-pti-yquichic, apa-pti-n* ó *apa-pti-ncu.*—Infinitivo.—Presente: *Apa-y.*—Pasado: *Apa-sca.*—Futuro: *Apa-nca* ó *apa-na.*—Participios.—De presente: *Ap-ac.*—De pretérito: *apa-sca.*—De futuro: *Ap-ana* ó *apa-nca.*

Con ser tan grande esta regularidad, que lo mismo existía en los tiempos derivados y los compuestos que en los fundamentales, no era lo que más constituía la originalidad de la lengua respecto á las de orígen latino y germánico. He dicho que en quichua no había más de una conjugacion, y es cierto si se atiende á que unas eran las desinencias para todos los verbos. Es, con todo, muy para tomado en cuenta que allí cuando el objeto del verbo era un pronombre personal iba embebido en el verbo mismo y lo modificaba hasta el punto de producir conjugaciones verdaderamente distintas. Una había para el caso en que el sujeto de la accion fuese la primera persona y el objeto la segunda; otra para el caso en que el objeto fuese la segunda y el sujeto la tercera; otra para el caso en que el objeto fuese la primera y el sujeto la segunda; y otra por fin para el caso en que la tercera persona fuese el sujeto y la primera el objeto. «Yo te llevo, yo os llevo, nosotros te llevamos, nosotros os llevamos» daban, por ejemplo, orígen á la primera conjugacion; «él te lleva, él os lleva, ellos te llevan, ellos os llevan» á la segunda; «tú me llevas, tú nos llevas, vosotros me llevais, vosotros nos llevais» á la tercera; «él me lleva, él nos lleva, ellos me llevan, ellos nos llevan» á la cuarta.

Los españoles podemos tambien embeber en el verbo los pronombres personales objetivos. No es ni violento ni raro que digamos: «acompáñote á donde quieras; perdióte la ira; lleváraos léjos la disputa; condújonos el guía por muy mal camino, diríjeme á la posada, traednos á buen concierto.» Mas nosotros, cuando tál hacemos, en nada modificamos el verbo, como no sea prosódicamente. Lo modificamos analógicamente sólo en la segunda persona del plural del imperativo, y aún no en todos los casos, sino cuando la accion del verbo es reflexiva ó recíproca: «conoceos; amaos los unos á los otros.» En quichua, salva la raíz, se trasforma el verbo, circunstancia que en mi opinion basta para que no pretendamos ver sobre este punto analogía entre las dos lenguas.

Apa-n-y es yo llevo; *apa-nchic, apa-ycu*, nosotros llevamos. Yo te llevo es *apa-yqui*; nosotros te llevamos *ñocanchic* ó *ñocaycu apa-yqui*; yo os llevo *apa-yquichic*; nosotros os llevamos, *ñocanchic* ó *ñocaycu apa-yquichic*.—*Apan* es aquél lleva; *apa-n* ó *apa-ncu*, aquéllos llevan. Aquél te lleva es, nótese bien, *apa-su-n-qui*; aquel os lleva *apa-su-n-quichic*; aquellos te llevan, *paycuna apa-su-n qui*; aquellos os llevan, *paycuna apa-su-n-quichic*.—*Apa-n-qui* es tú llevas; *apa-n-quichic* vosotros llevais. Tú me llevas es *apa-hua-n-qui*; tú nos llevas, *ñocaycu-cta apa-hua-n-qui*; vosotros me llevais *apa-hua-n-quichic*; vosotros nos llevais, *camcuna ñocaycu-cta apa-hua-n-quichic*.—Aquel me lleva es por fin *apa-hua-n-mi*; aquél nos lleva, *apa-hua-ycu*; aquéllos me llevan, *paycuna apa-hua-n-mi*; aquéllos nos llevan, *paycuna apa-hua-ycu*.

Estas formas de verbo no eran tampoco exclusivas de la lengua quichua. Las había en otros idiomas de América, particularmente en los mejicanos. En algunos llegaban á seis las conjugaciones de este género. En el nahuatl, con todo, distaban de presentar la trasformacion que en el de los tahuantinsuyus. No cambiaban ni la raíz ni las desinencias del verbo; se interponía simplemente el pronombre objetivo entre el verbo y el sujeto. Verdad es que para este caso se empleaba pronombres especiales. Yo te amo, *ni-mitz-tlazotla*; yo le amo, *ni-c-tlazotla*; yo os amo, *n-amech-tlazotla*; yo les amo, *ni-quin-tlazotla*.—Tú me amas, *ti-nech-tlazotla*; tú le amas, *ti-c-tlazotla*; tú nos amas, *ti-tech-tlazotla*; tú los amas, *ti-quin-tlazotla*.—Aquel me ama, *nech-tlazotla*.—Nosotros te amamos, *ti-mitz-tlazotlah*.—Vosotros me amais, *an-nech-tlazotlah*.—Aquellos te aman, *mitz-tlazotlah*. *Ni*, *ti*, *an* eran los pronombres sujetos; *nech*, *mitz, c* ó *qui, tech, amech, quin* los pronombres objetos. Es de advertir que no llevaban pronombre sujeto las terceras personas.

Las mudanzas introducidas en el verbo por esas singulares conjugaciones eran mucho más graves en la lengua quichua. Más que con las del idioma nahuatl eran comparables con las de otro que se habla en nuestra misma España. En el vascuence hay tambien esa clase de conjugaciones, que unos llaman de transicion y otros objetivas. Las hay hasta el número de veinte y tres sólo para el verbo transitivo. Sirven aquí para la distincion de tiempos los modos del in-

finitivo: para la de números y personas unas terminaciones que llevan embebidos no sólo los pronombres personales acusativos sino tambien los dativos. Cambian de tal modo esas terminaciones de conjugacion á conjugacion y de persona á persona, que no es posible confundir ni aún á primera vista las diversas formas del verbo. *Jaten det; jaten dec, deu, dezú; jaten deu; jaten dégu; jaten dezue, dezute; jaten deuc, dute* se dice en vascuence para expresar «yo como, tú comes, aquél come, nosotros comemos, vosotros comeis, aquéllos comen;»—*jaten nac, nan, názu; jaten nau; jaten názue, zute; jaten náute, náue* para expresar «tú me comes, aquel me come, vosotros me comeis, aquéllos me comen»—*jaten át, áut; jaten ác, án, áu; jaten águ; jaten áte, áute, áue* para expresar «yo te como, aquél te come, nosotros te comemos, aquéllos te comen.»

Las particularidades del verbo quichua eran tantas que no acabaría en mucho tiempo este capítulo si quisiese apurarlas. Indicaré sólo algunas para dar á conocer mejor el carácter de la lengua. Si se quería indicar que era habitual la accion del verbo, se le anteponía su propia radical para reduplicarlo. HUACCANI, yo lloro; *huacca huaccani,* lloro sin descanso. LLAMCANQUI, tú trabajas; *llamca llamcanqui,* tú trabajas siempre.—Si se había de expresar dos acciones simultáneas como «voy llorando, camino y canto, trabajo hablando» se ponía cualquiera de las dos en el tiempo correspondiente, se traducía la otra por la tercera persona del singular del presente de indicativo reduplicándola y terminándola en *mi,* una de las formas del verbo substantivo. RINI, yo voy, HUACCANI, yo lloro: voy llorando, *huaccan huaccanmi rini.*—PURINI, camino; TAQUINI, canto; camino y canto, *taquin taquinmi purini.* LLAMCANI, trabajo, RIMANI, hablo; trabajo hablando, *riman rimanmi llamcani.* Podía decirse inversamente *rin rinmi huaccani, purin purinmi taqui, llamcan llamcanmi rimani.*—Entre los verbos impersonales había el *yachacun* y el *camacum,* me está bien, me es lícito. El «me, te, le, nos, os, les» se traducía por los posesivos, y éstos iban, no con el verbo regente, sino con el regido, que se ponía en participio de futuro. Me es lícito amar, *munanca-y yachacun*; pude amar á Ollanta, *Ollantacta munanca-y yachacurca.*

Es otra particularidad del verbo quichua que las voces del infinitivo se conjueguen como los tiempos de los otros modos. *Munay, munasca, munanca* ó *munana* son las tres voces del infinitivo de *munani,* yo amo. *Munay-niy* significa el amar yo; *munasca-yqui* el haber amado tú, *munanca-n* el haber de amar aquél; *munay-ninchic*, el amar nosotros; *munasca-yquichic,* el haber amado vosotros; *munana-n* ó *munana-ncu*, el haber de amar aquéllos.

El verbo quichua tenía, ademas, tres gerundios: uno de genitivo *munay-pacha*; otro de dativo ó acusativo, *munanca-pac*, *munana-pac* ó *munay-pac*, otro de ablativo, *muna-spa*, amando, en amando. Tambien cuatro supinos con distintas formas.

No era ménos curiosa en este idioma la formacion de los nombres verbales. Por de pronto se podía sustantivar, como en castellano, el presente de infinitivo. *Huayccay*, *huayñuy* significaban robar, danzar y tambien el robar y el danzar. Ni era raro que el presente de infinitivo fuese á la vez nombre. *Munay*, significaba á la vez que amar, el amor; *puñuy*, á la vez que dormir, el sueño. A la vez eran tambien participios y nombres los participios de presente. *Rurac* era el que hace y tambien el criador; *muna*, el que ama y tambien el amante. Como adjetivos sustantivados cabía emplear tambien los participios de pasado y de futuro. Lo amado, *munasca*; lo que debe ser amado, *munana* ó *munanca*. Por este mismo participio de futuro y sobre todo por el supino en *ypac* se podía traducir ademas nuestros adjetivos en ble: amable, temible. *Muna-ypac*, *munana*, amable. *Mancha-ypac*, *mancha-na*, temible y tambien el dios vengador, el juez severo, el hombre de condicion airada. Se sacaba del participio de futuro hasta el nombre de muchos útiles é instrumentos. *Tiyay*, asentarse, morar, *tiyana*, asiento; *upiyay*, beber; *upiyana*, vaso; *apay*, llevar; *apana*, todo objeto en que se lleva algo; *llamccay*, trabajar; *llamccana*, toda herramienta.

En cambio, de nombres y de otras partes de la oracion se formaba multitud de verbos. De *qquepa*, trompeta, *qquepa-n-y*, yo toco la trompeta; de *llamta*, leña, *llamta-n-y*, yo corto leña; de *ruru*, fruta, *ruru-n-y*, yo cojo frutas; de *challhua*, pescado, *challua-n-y*, yo pesco; de *cachu*, grama, *cachu-n-y*, yo como grama; de *micha*, económico, avaro, *micha-n-y*, yo economizo; de *hina*, así, *hina-n-y*, yo hago esto de este modo. Estos eran por decirlo así derivados simples: los había mediante la interposicion de las partículas *cha*, *ncha*, *pi-ncha*, *lli*, *llicu*, *llichi*. *Huasi*, casa, *huasi-cha-n-y*, yo construyo una casa; *uma*, cabeza, *uma-ncha-n-y*, yo doy en la cabeza; *rumi*, piedra, *rumi-pi-ncha-n-y*, yo coloco sobre la piedra; *usuta*, zapato, *usuta-lli-n-y*, yo pongo zapatos; *usuta-lli-cu-n-y*, yo me pongo los zapatos; *usuta-llichi-n-y*, yo pongo los zapatos á otro.

Había tambien verbos derivados de adjetivos mediante la interposicion de las partículas *cha*, *chana*, *ymana*, *ya*. SUMAC, bello; *sumac-cha-n-y*, embellezco; UPA, mudo, *upa-chana-n-y*, enmudezco; LLACCA, flaco, *llacca-ymana-n-y*, enflaquezco; MACHU, viejo; *machu-ya-n-y*, envejezco.

Había por fin verbos derivados de otros que modificaban de diversos modos la significacion del verbo primitivo. MUNANI, amo; *muna-cu-n-y*, amo mucho; *muna-ri-cu-n-y*, amo un poco; *muna-ri-ri-ni*, amo friamente; *muna-ri-ri-cu-n-y*, amo poquísimo; *muna-y-cu-cu-n-y*, amo con ternura; *muna-y-cu-ri-cu-n-y*, amo con gran ternura; *muna-r-co-n-y*, amo apasionadamente.—ASINY, río; *asi-cu-n-y*, me burlo; *asi-cuna-cu-nchic*, nos burlamos los unos de los otros; *asi-chi-n-y*, excito la risa; *asi-chi-cu-n-y*, suelto á reir; *asi-paya-n-y*, río excesivamente; *asi-paya-chaca-n-y*, me burlo de todo; *asi-paya-chi-cu-n-y*, dejo

que rían; *asi-ra-y-a-n-y*, rio durante mucho tiempo: *asi ri-cu n-y*, empiezo á reir; *asir-co-cu-ny-*, acabo.

De los nombres derivados de nombres hemos visto ya los acabados en *ntin*. Los había acabados en *yoc*, signo de posesion, en *nac*, que servía para la formacion de nombres privativos, en *ccaa*, que significaba desprecio, en *lla*, expresion de amistad y de ternura; en *cha* ó *ch*, término de posibilidad ó de ignorancia; en *s* ó *si*, que añadía al nombre ó al pronombre la frase «dicen ó se dice.»—Coya, mina, *coya-yoc*, poseedor de minas; cama, oficio, funcion, *camayoc*, oficial, funcionario.—Mama, madre; *mama-nac*, huérfano de madre; yacu, agua; *yacu-nac*, el que carece de agua.—Chacra, campo; *chacra-ccaa*, campo que nada produce; runa, hombre; *runa-ccaa*, hominicaco; huahua, niño; *huahua-lla*, niño querido; allcu, perro; *allcu-la*, perro gracioso.—Ñoca, yo; *ñoca-ch*, tal vez yo; ima, ¿qué? *ima-ch*, no sé que cosa.—Cam, tú; *cam-si*, dicen que tú; *pi*, ¿quién? *pi-s*, ¿quién dicen?

Abundaban aún más en la lengua quichua las voces compuestas. Con las interjecciones y el verbo *ñiy*, decir, se formaba una multitud de verbos. De *acan*, interjeccion de dolor, *acan-ñi-ni*, gemir, quejarse; de *acaya*, interjeccion de impaciencia y deseo de alejar al que nos estorba, *acaya-ñi-ni*, despedir al importuno; de *achay*, interjeccion admirativa, *achay-ñi-ni*, admirar; de *ala*, interjeccion de piedad, *ala-ñi-ni*, compadecerse; de *aray*, interjeccion de cólera, *aray-ñi-ni*, encolerizarse; de *amapas*, interjeccion que equivale á poco importa, *amapas-ñi-ni*, ser ó mostrarse indiferente.

Se hacía lo mismo con los adverbios. *Ama*, no, *ama-ñi-ni*, prohibir: *ari*, si; *ari-ñi-ni*, afirmar; *ichach*, tal vez; *ichac-ñi-ni*, dudar, poner en duda.

Había ademas voces compuestas de dos sustantivos, de sustantivo y adjetivo, de sustantivo y verbo, de sustantivo y preposicion y de sustantivo y adverbio sin contar las que lo eran de nombres verbales por considerarlos incluidos, ya en los sustantivos, ya en los adjetivos. De *anta*, cobre, y *cori*, oro, se había formado *anta-cori*, mezcla de cobre y oro. De *iscay*, dos, y *sonco*, corazon, *iscay-sonco*, hombre falso, hombre de dos corazones. De *acca*, chicha, y *huicsa*, vientre, *acca-huicsa*, gran bebedor de chicha. De *mama*, madre, y *cocha*, lago, *mama-cocha*, el mar, la madre de las aguas ó de los lagos.

Voces compuestas de dos sustantivos había muchas en la lengua quichua. Podía allí traducirse los genitivos de posesion: 1.° poniendo en genitivo el nombre de lo que poseía y anteponiéndolo al de la cosa poseida; 2.° anteponiendo simplemente el de la cosa poseida al nomivativo del de la poseedora. *Huasi*, era casa; *puncu*, puerta; *huasi-p puncu-n* ó *huasi puncu*, la puerta de la casa. Se empleaba tambien esta última forma cuando se hablaba de un objeto y se expresaba la materia de que estaba formado. *Cullqui*, plata; *aquilla*, vaso; *cullqui-aquilla*, vaso de plata. Esto daba lugar á gran número de voces compuestas. De aquí que se dijese: *Cusco-runa*, hombre del Cuzco; *puncu-camayoc*, oficial

de puerta, portero; *aya-huasi*, casa de muertos, sepulcro; *aycha-cato*, mercado de carne; *Anti-suyu*, provincia ó region de los Andes; *mayu-pata*, anden del río, orilla; *Titi-cacca*, roca de plomo; *cori-caytu*, hilo de oro; *anta-siui*, anillo de cobre, etc.

No escaseaban tampoco las composiciones de sustantivo y adjetivo. De *huaylla*, verde, fresco, y *pampa*, campo, se había hecho *huaylla-pampa*, prado; de *huccu*, hondo, y *pacha*, tierra, *huccu-pacha*, tierra honda, infierno; de *alli*, bueno, sano, y *yahuar*, sangre, *alli-yahuar*, hombre de limpia sangre, de alto linaje; *huicsa*, vientre, y *hunta*, lleno, *huicsa-hunta*, vientre lleno, mujer en días de parto; de *yana*, negro, y *kallu*, lengua, *yana-kallu*, lengua negra, golondrina.

Entre las composiciones de los demas géneros eran notables las siguientes: de *runa*, hombre, y *tucu*, llegar á ser, *runa-tucu-n-y*, hacerse hombre; de *aruy*, tener enredados los piés, y *cachu*, yerba, *arui-cachu*, planta enredadera; de *rincri*, oreja, y *huancuy*, mutilar, *huancu-rincri*, animal desorejado; de *hahua*, sobre, y *pacha*, tierra, *hahua-pacha*, cielo; de *hacha*, árbol, y *sapa*, únicamente, *hacha-sapa*, lugar lleno de árboles; de *senca*, nariz, y el mismo adverbio *sapa*, *senca-sapa*, hombre de grandes narices; de *llapa*, todo, y *atipac*, el que vence, *llapa-atipac*, el todo poderoso: de *arpana*, debiendo ser sacrificado, y *pacha*, tiempo, *arpana-pacha*, el tiempo de los sacrificios; de *aucay*, el batallar, y *huancar*, tambor, *aucay-huancar*, tambor de guerra; de *huiñay*, crecer, y *cac*, siendo, *huiñay-cac*, eterno.

A esta incomparable riqueza de voces derivadas y compuestas de que acabo de dar una insignificante idea, hay que añadir la de las preposiciones, conjunciones, interjecciones y adverbios. Veintiuna preposiciones cuenta Gonzalez Holguin para el genitivo, otras tantas para el ablativo. Diez y seis conjunciones. Veintisiete interjecciones. Veintidos clases de adverbios y diez maneras de componerlos. Pues ¿y las formas para los comparativos y los superlativos? Sólo para los comparativos de superioridad había ocho, las más con sus variantes. Para los de igualdad, tres, para los de inferioridad, cuatro. Tres principales para los superlativos.

Volvía á parecer en los comparativos el uso del pronombre posesivo, de inagotables aplicaciones. En algunas de las ocho formas de los comparativos de exceso era indispensable el empleo del posesivo de tercera persona, aunque el término de la comparacion fuese otro pronombre. *Sinchi*, fuerte, *sinchi-n-ñiy*, más fuerte que yo. *Yachac*, el que sabe, *yachaque-n-ñiyqui*, más sábio que tú; *yachaque-n-ñequen-ninñinchic*, más sabio que nosotros. *Huaquinin yachac-cunap yachac-nin* ó *yachaque-n*, el más sábio que los demas ó el más sábio de todos. No dejaba de emplearse el posesivo de tercera persona sino cuando se formaba los comparativos por la anteposicion del adverbio *ashuan*, más, ó la posposicion de las partículas *rac*, *chac*, *manta*. Otro tanto sucedía con los demas comparativos.

La variedad de formas era general en quichua. La habia de palabras, y ésta es ya otra particularidad de los idiomas de América, para la expresion de los grados de parentesco. No tenían los tahuantinsuyus como nosotros una sóla voz para determinar sus diversos ascendientes, descendientes y parientes colaterales. *Machu*, significaba abuelo; *paya*, abuela. *Churi*, hijo varon del padre, *huahua*, hijo ó hija de la madre, *ususi*, hija del padre. *Huanque*, hermano de hermano; *ñaña*, hermana de hermana; *pana*, hermana de hermano; *tora*, hermano de hermana. *Yaya* ó *yapap huanque*, tío hermano de padre; *mama* ó *mamap ñaña*, tía hermana de madre. Seguía la distincion indefinidamente y llegaba á los afines.

Esta distincion, que precisaba mucho el parentesco, hacía que el padre y la madre llamasen de distinto modo á sus hijos, áun cuando éstos les fuesen comunes, y los hermanos y las hermanas diesen tambien diferente nombre á sus hermanos. «Hijo mio, hija mia» eran en boca del padre *churi-y*, *ususi-y*, y en boca de la madre *huahua-y* ó si se quería determinar el sexo, *cari-huahua-y*, *huarmi-huahua-y*, hijo mio varon, hija mia hembra. Por la misma razon decía el hermano hablando de su hermana: *pana-y*, mi hermana, y la hermana hablando de la misma hermana que el hermano: *ñaña-y*, y no *pana-y*.

Era esta verdaderamente una particularidad de aquellos idiomas, que no creo tenga semejanza en los nuestros. Se admirará más el lector cuando sepa que en algunos, como en el de los moxas, cambiaban los demostrativos segun hablase la mujer ó el hombre. «Ese» en boca del hombre era, *ema*; en boca de la mujer, *eñi*; «aquel» en boca del hombre, *maccani*; en boca de la mujer, *pocñaqui*.

Fáltame sólo hablar de la construccion ó sea de la sintáxis de la lengua quichua. El hipérbaton, que es aquí la excepcion, era allí la regla. El adjetivo precedía al sustantivo, el término de la comparacion al objeto comparado, el caso regido al regente, los dativos, los ablativos y los adverbios á la palabra cuyo sentido completaban ó modificaban, el nominativo al acusativo y al verbo, la oracion determinada á la determinante. Se posponía en cambio las preposiciones, como no formaran parte de voces compuestas, las partículas á que se daba el nombre de finales, generalmente de puro ornato, y muchas de las conjunciones, inclusas las copulativas. No se empezaba jamas frase ni oracion alguna por el vocativo. Este órden era generalmente inalterable. No solía alterarlo sino el nominativo de persona que se anteponía á todo en las oraciones principales y se posponía en las incidentales al acusativo.

Dispense el lector si, faltando á la costumbre, dejo de poner sobre este punto ejemplos. Serían inútiles para el que conociese la lengua quichua é incomprensibles para el que no la conociese, á ménos que yo explicase palabra por palabra el sentido de cada frase, tarea ya sobrado larga para un capítulo de esta historia. Pondré fin á este penoso trabajo por un breve cotejo entre las lenguas quichua y

aymara, ya que no puedo estenderlo á la de Quito por falta de gramática y de diccionario.

Lo primero que ví de los aymaras fué el sistema numérico. Lo hallé desde luégo idéntico en el fondo al de los quichuas: el diez era tambien su base. Encontré ademas, gran semejanza cuando no igualdad, entre los nombres de bastantes números de los dos idiomas. Tres sonaba tambien en aymara *quimsa*; seis, *socta*; mil, *huaranca*. Cinco era *pisca*; diez, *tunca*; ciento, *pataca*; un millon, *huno*; palabras, como observará el lector, muy parecidas á las equivalentes del quichua: *pichca*, *chunca*, *pachac*, *hunu*. Las unidades agregadas á las decenas ví que se expresaban asímismo por una partícula pospuesta á las unidades mismas. *Tunca quimsani*, *tunca piscani*, respondian perfectamente al *chunca quimsayoc* y al *chunca piscayoc* del quichua.

Noté aún otras semejanzas é identidades. En quicha se convertían los números cardinales en ordinales con posponerles la preposicion *ñequen*, hácia; en aymara cabía hacer otro tanto añadiéndoles *iri*, terminacion del participio *canquiri* del verbo sustantivo. En ambos idiomas se traducía los numerales adverbiales «tantas veces» «de tantas maneras» incorporando á los cardinales las palabras *mitta*, *hamu*, que en los dos idiomas significaban vez, modo. *Quimsa-mitta*, tres veces; *socta-hamu*, de seis maneras.

No observé ménos ni ménos graves diferencias. Uno era en aymara *maya* ó *maa*; dos, *paya* ó *paa*, y tambien *mayni*, *pani* para personas. Cuatro era *pusi*, voz parecida á la de *pussac*, que en quichua significaba ocho. Siete, ocho y nueve eran ya nombres y números compuestos: *pa-callco*, *quimsa-callco*, *ñaña-tunca*. *Ñaña-tunca* equivalía á «cerca de diez»; á lo que equivaliese *callco* todavía lo ignoro. Debió equivaler en mi opinion á algo que diese de algun modo la idea de cinco, puesto que va con la radical del nombre de dos para decir siete y con la del nombre de tres para decir ocho. *Cayu* era pié: ¿sería *cayu* degeneracion de *callco*?

Esta singular mezcla de semejanzas y diferencias la ví despues en toda la lengua. El maiz era el comun y el principal alimento de aymaras y quichuas. En aymara se lo llamaba *tonco*, en quichua *sara*. La diferencia no podía ser más radical; y sin embargo se usaba de verbos semejantes para expresar el acto de desgranar aquel cereal y el de cocerlo. «Yo desgrano maíz» era en aymara *muchharatha*, en quichua *muchahani* ó *muchhani*; «yo lo cuezo» en aymara, *mottitha*, en quichua *muttini*. La semejanza no puede ser mayor si se atiende á que *tha* es en aymara y *ni* en quichua la terminacion de la primera persona del singular de los presentes de indicativo.

«Sol» tenía por lo contrario un mismo término en las dos lenguas; *inti*. No se parecían en cambio los distintos verbos y frases con que en la una y en la otra se expresaba que el sol salía, llegaba al zenith, bajaba á su ocaso, se ponía, echaba rayos, doraba las cumbres de los altos cerros. Salir el sol era en aymara

halsutha: ponerse, *halatatha*: estar en el zenith, *sunaquencatha*; declinar, bajar á Occidente, *inti-halaquipti*. En quichua no cabia siquiera traducir ninguna de estas ideas por un sólo verbo.

Se hacía aún más visible esta mezcla de semejanzas y diferencias en las palabras madre, hijo. Madre era en aymara *tayca*, no *mama*, como en quichua. Se decía, con todo, *mamay*, *mamatay*, *matay* así á la madre como á la señora, cuando se les quería hablar con reverencia. Se llamaba *mamata* á lo que nos sustenta; *mama-cota*, al mar ó madre de los lagos. *Cota*, significaba en aymara lago, como *cocha* en quichua. Recordarán ahora mis lectores que en quichua se daba el nombre de *huahua* sólo al hijo ó la hija de la madre; en aymara se lo aplicaba á todos los hijos indistintamente.

Podría multiplicar los ejemplos. Tierra era *pacha* en los dos idiomas; pero en aymara no se empleaba ya esta voz para indicar el cielo. El cielo era en quichua *hanak-pacha* ó *hanan-pacha*; en aymara, *llaccampu*. Sólo cuando se tomaba el cielo como mansion de los bienaventurados se lo llamaba en aymara *alach-pacha*. Se usaba, no obstante, de *pacha* en la traduccion de la palabra infierno. Infierno era en aymara *manqhue-pacha*, tierra profunda.

Se solía en ambas lenguas determinar por una larga série de verbos las diversas circunstancias de un mismo acto. Había en las dos verbos distintos para decir, por ejemplo, llevar á cuestas, llevar arrastrando, llevar en el puño, llevar en la palma de la mano, llevar por delante ganado ó gente, llevar en andas, llevar ropa de vestir, llevar loza, etc. etc. Escaseaban cuando no faltaban por completo las analogías en las dos séries de verbos.

En la parte gramatical ocurría otro tanto. Sus leyes eran casi las mismas, las formas distintas. Se declinaba tambien en aymara los nombres, los pronombres y los participios, y había para todos una sola declinacion; pero distaban de ser iguales las desinencias. *Haque*, el hombre, hacía *haque-na*; *haque-taqui*; *haque-h* ó *haque-ro*; *haque-y*; *haque-ta*, *haque-na*, *haque-mpi*. Se formaba tambien el plural por medio de una partícula, *naca*, pero interponiéndola, es decir, poniéndola entre la radical y la desinencia de cada caso. *Haque-naca*; *haque-naca-na*; *haque-naca-taqui*; *haque-naca-h* ó *haque-naca-ro*; *haque-naca-y*; *haque-naca-na*, *haque-naca-ta*, *haque-naca-mpi*. El adjetivo iba tambien siempre ántes del sustantivo y tampoco se declinaba. *Asqui haque*, el hombre bueno; *asqui haque-na*; *asqui haque-taqui*; *asqui haque-naca-na*; *asqui haque-naca-taqui*.

Una singularidad se observa aquí en la lengua aymara y es que el acusativo tenía dos terminaciones, una para la quietud otra para el movimiento: para la quietud, *haque-h*; para el movimiento *haque-ro*.

Para la primera persona del plural de los pronombres personales había tambien las formas inclusiva y exclusiva del quichua, pero constituidas de muy diverso modo. «Nosotros, vosotros, ellos» no eran en aymara sino el yo, tú, él, plura-

lizados por la misma partícula *naca*. *Na*, yo; *huma*, tú: *hupa*, *aca*, *uca*, él, éste, ese ó aquél; *na-naca*, nosotros; *huma-naca*, vosotros; *hupa-naca*, *aca-naca*, *uca-naca*, ellos, éstos, esos ó aquéllos. *Na-naca*, era el plural exclusivo é *hiusa* ó *hiuasa* el inclusivo.

Partículas afijas constituían tambien en aymara los pronombres posesivos; pero tampoco las había para decir «nuestro, vuestro, de ellos» y se las había de suplir por las del mio, tuyo, suyo y el genitivo de los correspondientes pronombres personales, genitivo de que ordinariamente se usaba aún para los posesivos del singular por vía de pleonasmo. Mi madre, *tayca-ha*; tu madre, *tayca-ma*; su madre, la de él ó ella, *tayca-pa*; nuestra madre, *na-naca-na tayca-ha*; vuestra madre, *huma-na-cana tayca-ma*; su madre, la de ellos ó ellas, *hupa-naca-na tayca-pa*. El nuestro exclusivo era el ya dicho *na-naca-na tayca-ha* y el nuestro inclusivo *tayca-sa* ó *hiusa-na tayca-sa*.

Estos pronombres posesivos distaban de tener en aymara las numerosas aplicaciones que en quichua. No eran aquí como allí la base de la conjugacion del verbo. Las desinencias del verbo estaban aquí formadas por muy otras partículas. La primera persona del singular terminaba por *tha* en el presente y el pretérito de indicativo, por *ha* en el futuro; la segunda en el presente y el pretérito por *ta* y en el futuro por *hata*; la tercera por *na* en el pretérito, por *ni* en el futuro y por la última vocal de la raíz del verbo en el presente; la primera del plural, si inclusiva, por *tana* en el imperativo y en todos los tiempos del indicativo y por la terminacion de la del singular precedida de *pisca* en los demas tiempos; si exclusiva, bien por la interposicion de esta misma partícula donde no la llevase la inclusiva, bien por la primera del singular con el pronombre personal *na-naca*, nosotros. La segunda y la tercera persona del plural llevaban simplemente entre la radical y la terminacion correspondiente del singular esta misma palabra *pisca*.

Con esta misma interposicion se formaban las dos últimas personas del plural del imperativo y las de todos los tiempos del optativo y del subjuntivo. Tambien la primera de los tiempos del optativo. La segunda persona del singular del imperativo concluía por *ma*; las tres del optativo presente por *sua*, *spa* ó *spana*; las del pretérito por *sana*, *sama*, *sapa*; las del subjuntivo presente por *hana*, *mana*, *pana*; las del pretérito por *rictha*, *ricta*, *riqui*; la primera persona del plural de estos dos tiempos por *rictana* y por *ricatana*. Prescindo de las escepciones, que eran poquísimas. Terminaba por *ña* el infinitivo presente y el participio de futuro, por *ri* el participio de presente y el supino; por *ta* el participio de pretérito, por *ñataqui*, el gerundio de dativo; por *sina*, el de ablativo. La voz pasiva se formaba por medio del verbo sustantivo *canatha*, que era el *cani* de los quichuas.

Había tambien en aymara las cuatro conjugaciones de transicion ú objetivas que vimos en la lengua general del Imperio; había nombres verbales, nombres

derivados de nombres y gran número de voces compuestas. Pero todo con otras partículas y otras formas. Era indudablemente uno el genio de las dos lenguas; la manifestacion, diversa.

Se presentaban casi iguales las dos en la sintáxis. La construccion de las frases y las oraciones era sobre poco más ó ménos la misma. El hipérbaton campeaba por igual en los dos idiomas.

Mas ¿cuál era entónces el mejor? ¿cuál de los dos merecía la calificacion de lengua y cuál la de dialecto? Gramaticalmente consideradas, tengo por superior á la quichua; léxicamente, quizá fuese la aymara, no tan rica, pero sí más enérgica. Prevaleció la quichua en el Imperio, y tuvo naturalmente mayor desarrollo. Tal vez bajo este sólo punto de vista merezca la aymara el nombre de dialecto.

CAPÍTULO XXVIII

Agricultura de los tahuantinsuyus.—Manera como aprovechaban los arenales de la costa y las faldas de los cerros.—Hoyas.—Andenes.—Llanuras elevadas.—Páramos.—Sistema de arar la tierra.—Abonos.—Riegos.—Acequias.—Orden para el aprovechamiento de las aguas.—Abundancia de productos agrícolas.—Escasez de instrumentos.—Manera como se molía el maiz.—Brevajes que de la harina se hacía.—Plantas textiles que se aprovechaba.—Ganadería.—Llamas, alpacas, huanacos, vicuñas.—Prohibicion de matar el ganado bravío.—Cacerías solemnes que anualmente se hacía.—Libertad que se daba á los huanacos y á las vicuñas despues de trasquilados.—Industria minera.—Desconocimiento de la virtud del azogue para separar el metal de la escoria.—Cómo se los separaba.—Como se suplía por ligas más ó ménos ingeniosas el hierro.—Falta de herramientas para el ejercicio de las artes.—Lo adelantada que estaba, sin embargo, la platería.—No lo estaba ménos la cerámica.—Se trabajaba tambien admirablemente la piedra.—No así la madera.—De madera se hacía, con todo, las principales armas.—Tejidos.—Curtido y adobo de pieles.—Comercio.—Se conocía las pesas y se disponía de bestias de carga, y el comercio distaba de tener la importancia que en Méjico.—Bellas Artes.—Pintura.—Escultura.—Arquitectura.—Carácter general de este arte.—Que monumentos no pertenecen, segun el autor, á la arquitectura de los Incas.—Error de Humboldt.—Carácter marcadamente ciclópeo de los edificios que los Incas levantaron.—Cotejo entre la arquitectura pelásgica y la incásica.—Diversos sistemas de corte y colocacion de piedras.—Argamasas.—No siempre los Incas hacían de piedra los monumentos.—Cómo se fabricaba los adobes.—Si había ó no bóvedas.—Cotejo entre los monumentos de los Incas y los que el autor tiene por más antiguos.—Diversas clases de edificios.—Tambos.—Almacenes.—Casas de juegos.—Baños.—Palacios y templos.—Fortalezas.—Descripcion de la del Cuzco.—Acequias.—Puentes.—Conclusion. [1]

El pueblo que hablaba tan hermosos idiomas había hecho notables adelantos, si no en las ciencias, en la agricultura. Poseedor de un suelo en gran parte estéril, había sabido vencer las dificultades que oponía al cultivo la naturaleza. En los abrasados arenales de la costa, donde jamas llueve ni corren muchos ni muy caudalosos ríos, había hecho excavaciones de uno y de dos estados de profundidad que tenía calzadas de adobes. Había ahondado hasta encontrar el humus, y allí plantaba su maíz y sus árboles. No había dado generalmente mucha extension á esas hoyas, pero las contaba hasta de tres y cuatro fanegas de sembradura.

Las faldas de sus cerros de Occidente, ásperos como ninguno, las había cortado en andenes, parecidos á los de nuestra serranía de Ronda, que iban disminuyendo de la raíz á la cumbre y estaban contenidos por muros de piedra con algun escarpe. Los había cubierto de tierra donde todo era roca, y había conseguido por este medio ver culebrear

[1] Fuentes de este capítulo: Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales*, tomo II, caps. V, XX y XXI; tomo III, caps. IV, X y XXXI; tomo IV, caps. XXXVII, XXXVIII y XXXIX; tomo V, capítulos XVI y XVII.—Rivero y Tschudi, *Antigüedades Peruanas*, caps. IX y X—Prescott, *La conquista del Perú*, Introduccion, caps. IV y V.—Humboldt, *Sitios de las Cordilleras*, parte III.—Ulloa, *Noticias americanas*, parte XXI.—Condamine, *Memoires ap. Hist. de l'Académie Royale de Berlin*, Vol. II, pág. 452.

sus maizales por sus más fragosos y empinados montes. Sacaba así de sus cordilleras abundante grano para sus trojes, que si eran de escasa cabida los andenes superiores hasta el punto de no consentir más de dos ó tres sulcos, eran en cambio los inferiores anchos y de gran circunferencia.

Tenía en la Sierra, es decir en las elevadas llanuras que se extienden de rama á rama de los Andes, campo que cultivar sin recurrir á tan ímprobos trabajos; pero no en todas tierra de pan llevar, puesto que algunas estaban á enormes alturas sobre el nivel del Pacífico. Había ido acomodando allí cada region á la labranza que el clima permitía y llevado á las que podían dar maiz colonias de mitimaes.

Había sabido aprovechar hasta sus páramos, si no para la agricultura, para la ganadería, que tanto la ayuda y favorece.

Araba aquel pueblo la tierra con una pértiga ó estaca terminada en punta, ancha de cuatro dedos, larga como de una braza, por delante llana y por detrás redonda, que llevaba á una media vara de su remate un sólido y firme travesaño. Clavábala el labrador en la tierra, y saltando de repente sobre el estribo la hincaba cuanto cabía. Sobre seis ó siete hombres, apalancándola juntos y á una voz, levantaban luégo enormes céspedes. Asistían á la faena las mujeres, y andaban volviendo los terrones de abajo arriba para que, puestas al cielo las raíces, más pronto se secaran y murieran. Procedimiento tardío y fatigoso, pero al fin suficiente para suplir la falta del arado y la de animales bastante fuertes para arrastrarlo.

Abonaba tambien aquel pueblo la tierra: en el valle del Cuzco y en casi toda la Serranía con excrementos humanos reducidos á polvo; en todo el Collao, que no medía ménos de ciento cincuenta leguas de Oriente á Occidente, con los del ganado; en la costa, ya con los que dejaban los pájaros marinos en las islas Chinchas, ya con las cabezas de las innumerables sardinas que el mar arrojaba frecuentemente sobre la playa. Tenía en tanta estima el estiércol de aquellas aves, sobre todo desde Arequipa á Tarapaca, que se castigaba con pena de la vida así al que las matase como al que se atreviese á penetrar en las islas al tiempo de la cría.

Ni se afanaba ménos por regar sus chacras. Había llevado agua al traves de sus escarpados cerros hasta los pocos valles que había entre los vastos arenales de los Llanos. Conducíala por canales subterráneos de piedra, largos algunos hasta de cuatrocientas y quinientas millas, que partían de elevadas lagunas y por una série de compuertas permitían el riego de las tierras aledañas. Entre estas obras las había verdaderamente admirables, como que venían atravesando ríos, rodeando montañas, perforando á veces las mismas peñas y salvando abismos. Son indecibles el tiempo y el trabajo que debieron de costar en tiempos donde se carecía, no ya tan sólo de los medios mecánicos de que hoy se dispone, sino tambien de herramientas.

Era aún más de notar el sistema que para los riegos se había adoptado. No se distinguía del que acá en España plantearon los árabes. Regábase las hazas por órden de superior á inferior y de anterior á posterior, y tenía cada terrateniente medido y destinado el tiempo de aprovechar el agua. Si dejaba pasar la vez, sobre no poder regar ya su topu, sufría castigo por holgazan y flojo. Ya se le daba con una piedra en las espaldas, ya se le azotaba con varas de mimbre brazos y piernas. El órden establecido era de todo punto invariable: no cabia alterarlo ni aún en favor de los curacas.

Merced á estas saludables prácticas y al sistema social que dejo ántes descrito reinaba la abundancia en el Imperio como en ninguna de las regiones más favorecidas por la naturaleza. Sobraba casi todos los años el maiz, tanto, que, cuando fueron los españoles, lo encontraron en los tambos por miles de fanegas y con él sostuvieron muchos años sus ejércitos. Encontraron tambien almacenada nuestros capitanes gran cantidad de quinua, especie de arroz á que se suele dar el nombre de mijo, y cantidad no menor de diversas clases de fríjoles. Formaban todas estas sustancias junto con la patata y la batata que se producían hasta muy cerca de la línea de las nieves la base de la alimentacion de aquel pueblo.

Estaban en cambio los tahuantinsuyus escasos de instrumentos agrícolas. He dicho ya cómo debían arar las tierras. Desconocían el molino y hasta el cedazo. Molían el maiz sobre una piedra plana con otra en forma de media luna, de tres dedos de canto, que agarraban con las dos manos por los cornejales. Rompíanlo primero á golpes, lo trituraban después, y á fuerza de batirlo y estrujarlo llegaban á reducirlo á más ó ménos tosca harina. Si querían luégo separarla del afrecho, no disponían de otro medio que el de extenderla sobre mantas de algodon para que, pegándose la flor, quedara suelto el salvado.

Hacian no ménos groseramente sus brevajes. Limitábanse ordinariamente á diluir esta harina en agua. Ya que deseasen un licor más fuerte, ponían en remojo granos de maiz y los dejaban hasta que echasen raíces. Machacábanlos entónces y los cocían con otras sustancias en la misma agua donde habían estado. El líquido que de aquí procedía, líquido que colocaban y guardaban hasta que se reposase y sazonase, era una bebida que los embriagaba casi instantáneamente. Llamábanla *huinapu* y tambien *sora*. Los Incas habían debido prohibirla por los estragos que producía.

No se extendía á mucho más la industria agrícola de los tahuantinsuyus. Fuera del algodon, apénas sabían aprovechar como planta textil sino el *chuchau,* el magüey de los mejicanos. Sacaban de este arbusto hasta tres clases de hilaza. De las hojas que se marchitaban y secaban al pié del tronco, uno como cáñamo muy récio de que hacían sogas y fabricaban las suelas de sus zapatos; de las aún verdes, que al efecto cortaban, majaban y exponían á las corrientes de los arroyos á fin de que dejaran de ser viscosas, otros dos ménos bastos, de

que se servían para sus hondas y sus redes de caza y aún para la ropa de vestir del pueblo.

Para las ropas de vestir, sin embargo, como ántes dije, usaban principalmente de la lana en las regiones templadas y sobre todo en las frías. Con el fin de procurársela fomentaban la ganadería manteniendo por una parte á costa del Inca numerosos rebaños de llamas y alpacas y haciendo respetar por otro los innumerables huanacos y vicuñas que ramoneaban libremente el ichu por los páramos de los Andes. Eran allí las llamas y las alpacas propiedad del Estado, y corrían á cargo de pastores que las trashumaban segun los tiempos al amparo de ordenanzas parecidas á las de la Mesta: sobre servir las primeras para los acarreos, daban unas y otras, especialmente las segundas, abundante lana, aunque no de la más fina. La más fina se la sacaba de los carneros bravos, particularmente de las vicuñas; así que no se consentía que nadie persiguiese ni matase vicuñas ni huanacos.

Se los perseguía y acorralaba sólo en cacerías solemnes que presidía ya el Emperador, ya sus vireyes. Celebrábase estas cacerías una sola vez al año, y siempre en distritos que tenían de cerco veinte y más leguas. De veinte á treinta mil hombres, provistos de palos y lanzas, se ponían en movimiento el concertado día: caminaban en opuestas direcciones á la deshilada y no se detenían hasta formar un dilatado círculo. Ya que lo habían formado, lo iban reduciendo hasta llegar á un valle de antemano convenido, que no era generalmente de gran contorno. Á medida que estrechaban el círculo ojeaban las reses dando grandes voces y alaridos; así que al bajar al llano llevaban por delante miles de huanacos y vicuñas mezclados con gamos y corzos, y tambien con zorras, leones y tigres. Mataban desde luégo todas las alimañas, ademas multitud de venados cuya carne distribuían al pueblo. No perdonaban de los venados sino las hembras y cierto número de machos para que se reprodujera la especie. Respecto á los huanacos y vicuñas no hacían más de trasquilarlos; luégo de recogida la lana los restituían á la libertad de los montes. Se permitía cuando más dar muerte á determinada cantidad de huanacos.

No repetían en ningun distrito la cacería sino despues de cuatro años: consideraban necesario este período tanto para que se repoblasen los bosques como para que recobrasen el vellon los carneros. Á tal punto llevaban la prevision y el órden.

Cultivaban los tahuantinsuyus, no sólo la ganadería y la agricultura, sino tambien la industria minera. Beneficiaban el oro, la plata, el cobre, el estaño y el plomo. No abrían como nosotros á fin de procurárselos hondas galerías en las entrañas de la tierra; pero sí perforaban los cerros y seguían las vetas horizontales hasta la profundidad que permitían sus herramientas. Sacaban el oro principalmente del lecho de los ríos y de las minas del valle de Curimayo; la plata, de las de Porco. El oro, segun algunos, lo tenían en mayor abundancia de la

que despues lo tuvieron los españoles: mas ésto no es creible áun admitiendo que Huayna Capac hubiese mandado construir la maroma que se le atribuye, récia como de dos pulgadas y larga de trescientos cincuenta pasos, áun admitiendo que fueran realmente camino de Caxamarca once mil llamas cargadas de este metal para el rescate de Atahualpa cuando éste acababa de morir en el suplicio. Sobre desmentirlo las inmensas cantidades de oro que de allí vinieron á Europa despues de la Conquista, lo hace de todo punto inverosímil la simple consideracion de los muchos más y mejores medios de que disponían nuestros compatriotas para el laboreo de las minas.

Conocían los tahuantinsuyus el azogue, pero no la virtud que posee de separar el metal de la escoria. Reputándolo, ademas de inútil, nocivo, hasta lo habían relegado de la industria. No consentían sino la extraccion del cinabrio, y ésta sólo para el embellecimiento y el adorno de sus pallas, que se pintaban una línea de bermellon del ojo á las sienes. Para separar la escoria se valían últimamente del plomo: depuraban ántes el metal á fuerza de fundirlo y refundirlo. Áun para fundirlo pasaban los mayores trabajos. Carecían de fuelles. Tenían solamente hornos portátiles, y no les podían dar el oportuno temple sino colocándolos en laderas donde no soplase ni muy récio ni muy blando el viento. Calcúlese si había de ser ó no la fundicion lenta y difícil.

Ignoraban tambien los tahuantinsuyus las infinitas aplicaciones del hierro. Así, aunque lo había en el Imperio, no lo beneficiaban. Sentían para el ejercicio de sus artes la falta de un metal duro, y cuando tan á mano lo tenían, se esforzaban en suplirlo por ingeniosas ligas que aún hoy son un secreto para la ciencia. Mezclaron el cobre unas veces con el estaño, otras con la sílice, y llegaron á darle casi la consistencia del acero. De estas dos composiciones, cuando no de piedra, hacían los instrumentos con que labraban el pórfido y el granito y tallaban las abundantes esmeraldas de que se surtían en los desiertos de Atacama.

Ni disponían de gran número de herramientas. Desconocían del todo el yunque, el martillo con mango, las tenazas, los clavos, la sierra, la barrena, el cepillo, la lima, el buril, las tijeras, la aguja. Por toda aguja usaban como los aztecas de ciertas espinas que empleaban tambien para la fabricacion de los peines. A los carpinteros apénas si les podían procurar más que el hacha y la azuela.

No por esto dejaron de hacer en la industria notables progresos. Vaciaban, soldaban, realzaban y batían el oro y la plata como los mejores artífices de Europa. Llenaron de asombro á los españoles con los muchos objetos que de uno y otro metal tenían, ya en los templos, ya en los palacios; y aún hoy acreditan su pasada destreza con los que posteriormente se ha descubierto en antiguos sepulcros. Se conservan todavía de aquel tiempo vasos perfectamente cincelados, que, á ser de más correcto dibujo, podrían competir con los de Italia; piezas

bruñidas hasta ocultar las soldaduras; ajorcas y collares de caprichosísimas labores. Es de notar que en algunas de esas joyas estaba mezclado el oro con el antimonio y el estaño.

Sabían ademas los tahuantinsuyus reducir el oro y la plata á delgados hilos y más delgadas hojas. Con aquéllos imitaban perfectamente las barbas de la mazorca del maiz en los jardines artificiales de que ántes dije, y con éstas suplían los dorados y los plateados de nuestro continente.

Al describir el templo de Coricancha hablé ya de la profusion con que se empleaba estos dos metales para ostentacion y pompa del culto; no se los prodigaba ménos en los palacios de los Incas. Había allí tambien jardines en que eran de oro hasta los figurados terrones del pavimento; de oro y plata solía ser el ajuar de mesa y de cocina. Ni era raro ver en los salones estátuas de tamaño natural ya de plata ya de oro: figuras de oro y plata decoraban hasta los muros de tan suntuosos alcázares. Han puesto algunos en duda tanta riqueza, pero la atestiguan á una los escritores del tiempo de la conquista.

De cobre no hicieron á lo que parece los tahuantinsuyus tan gran número de artefactos. Los hacían, con todo, segun es de ver por los que aún se conservan en el museo de Lima. Hay allí de cobre vasijas, ídolos é instrumentos, dos bastones macizos con sierpes embutidas y una como cabeza de cetro ó báculo con pájaros tambien de realce.

Vaciaban, y es más, aquellos hombres figuras con fajas de diversos metales. Una dan en su *Atlas de Antigüedades Peruanas* los Sres. Rivero y Tschudi con cintas de cobre, plata y oro tan bien casadas y unidas, que no se la diría sino de una pieza.

Otra industria tenían muy adelantada los tahuantinsuyus: la alfarería. Hay en el Museo Arqueológico de esta misma capital una coleccion de vasos que lo acredita brillantemente. Son unos grises, otros de barro colorado, otros de cierta arcilla negruzca, otros mezcla de varios colores; unos simples, otros dobles, otros cuádruples y hasta óctuplos. Están los más en figura ya de peces, ya de pájaros, ya de animales de tierra; algunos con formas humanas, en general tan caprichosas, que más parecen caricaturas que copia de séres reales. No se los cocía, segun se cree; se los secaba simplemente al sol y al aire; y eran, sin embargo, duros como no lo son los de nuestro siglo. Muchos, principalmente los dobles, solían ser, ademas, sonoros. No era raro, dicen los Sres. Rivero y Tschudi, que al escapar el aire de ciertos vasos comprimido por el agua, maullase como el gato ó silbase como el chihuanco: reproducía con frecuencia la voz del animal que el vaso representaba. Hablamos, añaden, por experiencia propia.

Por experiencia propia hablan tambien estos autores de ciertas vasijas redondas que se cargaba por el asiento. Ya llenas, podía volvérselas sin que se derramase una gota de agua. Para vaciarlas se las había de levantar de un sólo



VASOS PERUANOS

(De la coleccion existente en el Museo Arqueológico de Madrid)



lado. ¿Habrian realmente observado los tahuantinsuyus los efectos de la presion atmosférica sin adivinar la causa? ¿La habrían tal vez descubierto y lo ignoraríamos nosotros?

Algunos de estos utensilios eran de indisputable belleza. Son verdaderamente elegantes los que esos mismos señores han publicado en las hojas 28 y 36 de su Atlas. Los hacen bellos, no ya más ó ménos regulares grecas, sino graciosas y ondulantes curvas. De hermosas grecas están cubiertos multitud de vasos.

Esos mismos objetos los hacían los tahuantinsuyus de piedra comun y de mármol. De mármol jaspeado quedan todavía en el Perú diferentes tazas redondas trabajadas con el mayor esmero. En una de color pardusco hay de relieve dos culebras cuyas cabezas van á enroscarse en las asas. Son de plata los ojos de las dos serpientes; perfecto el círculo de la taza; delicadas las aristas.

En piedra se ejecutaban cosas verdaderamente admirables. He visto, dice M. de la Condamine, en algunas ruínas hocicos de animales por cuyas narices perforadas corren sendas argollas. Argollas y hocicos son todos de granito y de una sola pieza.

No labraban los tahuantinsuyus ni tan fácil ni tan perfectamente la madera. Usaban generalmente la de la chonta y el huayacan, que son durísimas, y apénas la empleaban más que para sus armas. No podían á lo que parece vencer con sus herramientas de cobre la fibrosa tenacidad de estas dos sustancias y la vencían difícilmente con las de piedra. Así escaseaba tanto la madera en sus vastos edificios; así se hallaron de madera tan pocos ídolos, y áun éstos deformes y toscos. No eran de madera ni las ventanas ni las puertas; no lo eran tampoco los muebles. Lo eran cuando más en las casas y en los monumentos los tejados, compuestos con no poca frecuencia de los fofos y ligeros troncos de los magüeyes.

Las armas en cambio eran todas de chonta y por lo pesadas y recias tanto ó más temibles que las de hierro. Lo eran las lanzas, las picas, las espadas, los machetes, las huicopas ó pequeñas porras arrojadizas y las huactanas ó grandes mazas. Llevaban algunas en el mango cuerdas con que sujetarlas á la mano, y muchas en la hoja labores entre las que á veces descollaba uno como dios de la guerra. Lo más notable es que entre las clavas había una de forma idéntica á las que hoy usan los habitantes de Nueva Celandia y otras islas del Pacífico.

El arte en que más sobresalieron los tahuantinsuyus fué el del tejido. Tejían maravillosamente el algodon y la lana, sobre todo la de las vicuñas. Con ella fabricaban los trajes del Inca y alfombras y colgaduras para los palacios y los templos. Sabían dar á sus telas la suavidad y el brillo de la sarga, fortalecerlas mezclando el vellon con el pelo de otros animales. Pintábanlas, ademas, con vivos y brillantes colores, adornábanlas con oro y plata y aún con piedras preciosas y orlábanlas de flores y borlas ya de la misma hilaza, ya de finas y delicadas plumas. Las labraban y embellecían con tal perfeccion, que sus conquistadores las creyeron dignas de nuestros reyes y las trajeron para la cama de Felipe II.

Quedan todavía algunas en la ciudad de Lima: sus colores son todos vejetales, segun ha demostrado el análisis químico.

Estaban en cambio atrasadísimos los tahuantinsuyus en el curtido y adobo de las pieles. Limitábanse á zurrarlas en grandes vasijas, á tenerlas por algun tiempo en orines y luégo á batirlas. De ellas, cuando no de la pita del chúchau, eran las usutas ó sandalias del pueblo. Debían los que las usaban quitárselas al pasar por lugares húmedos.

No sé más de la industria de aquellas gentes; sé mucho ménos de su comercio. El comercio distaría de tener para los Incas la importancia que para los aztecas. Atendida la organizacion social del Imperio, había de ser naturalmente más una funcion del Estado que una profesion libre. Debía de estar casi reducido á la distribucion oficial de los productos de la naturaleza y el arte por todas las provincias de la Monarquía; á suplir la escasez de los almacenes de las unas por la abundancia de los de las otras. No es de suponer que fuese ni extenso ni muy activo. Donde cada familia encontraba en su campo ó en los depósitos públicos cuanto necesitase para el sustento de su vida ¿qué interes había de tener para nadie?

Disponían los tahuantinsuyus para el comercio de más recursos que los mejicanos. No conocían la moneda, pero sí las pesas, á juzgar por las balanzas de plata que, segun Ulloa, se descubrió en ciertos sepulcros de los Incas. Ni carecían por otra parte de bestias de carga. Tenianlas en sus llamas, que pueden llevar hasta cuatro arrobas de peso y andar al día tres ó cuatro leguas, que van sin herradura ni aparejo y viven de la yerba que hallan al paso, que como el camello pasan sin beber semanas y áun meses si á tanto llega la carencia de agua, que duermen en las noches más frías al aire libre sin que ni aún la escarcha las dañe ni las ofenda, que, dóciles á la voz del conductor, marchan en recuas de mil y más reses sin jamas desviarse del camino y se rebelan sólo cuando se les exige un servicio superior á sus fuerzas. ¿Eran estas ventajas de poco momento para el tráfico? Sólo la organizacion semicomunista de aquella sociedad pudo, repito, hacerlas ineficaces. Así, en cuanto desapareció, se desarrolló el comercio, segun se dirá cuando lleguemos al período de la Conquista.

Réstame hablar de las bellas artes. No hace mencion la Historia de otra pintura que la de los condores de Huiracocha. La escultura, como se ha visto, tendía á lo monstruoso y á lo deforme: se la ve en la infancia áun donde se limitó á reproducir la naturaleza. Estaba más adelantada la arquitectura; pero no tanto que pudiera rivalizar con la de Europa. Carecía de la columna y del arco vertebrado. Levantaba á poca altura sus edificios. Techábalos ordinariamente de paja. No solía darles luz más que por la puerta, ni poner en comunicacion las dependencias de que se componían sino abriéndolas á un mismo patio. Escaseaba así en lo interior como en lo exterior de sus monumentos las molduras: era sencilla hasta rayar en pobre.

Adviértase que hablo de la arquitectura del tiempo de los Incas, y no tengo por tal ni la de Tiahuanaco, ni la del templo antiguo de Pachacámac, ni la de Huanuco el Viejo, ni la de la isla de Titicaca, ni la de los palacios del Gran Chimu, que estaban cerca de Trujillo. Como ántes he dicho, pertenece para mí la arquitectura de todos estos lugares á una civilizacion desconocida que tal vez nunca salga de las sombras en que está envuelta. Me lo hacen creer marcadísimas diferencias que señalaré más tarde.

Humboldt á pesar de su larga permanencia en los Andes apreció mal la arquitectura de los Incas. La juzgó por los edificios de Quito y cayó en graves errores. Debió estudiarla en el Cuzco y no en el reino de los Scyris. No habría entónces negado tan rotundamente el carácter ciclópeo de los muros construidos por los descendientes de Manco Capac y Mama Ocllo. Robertson, á quien censura, fué realmente injusto al hablar con desprecio de las obras de los Incas; pero sin haber visto ningun monumento peruano estuvo más en lo cierto que su censor cuando esplicó la manera de levantarlas.

El templo y la fortaleza del Cuzco son indudablemente del período de los Incas. De la fortaleza se sabe hasta el nombre de sus arquitectos. Acertó á ser ésta una de las últimas construcciones del Imperio y aquélla una de las primeras. En las dos están por decirlo así el alfa y la omega de tan notable arquitectura. ¿Dónde apreciarla mejor que en las ruínas de los dos monumentos? Del templo del Sol queda todavía parte de un muro en que descansa el convento de Santo Domingo; de la fortaleza, restos de la triple muralla que circuía la base del cerro de Saxahuáman por el lado que miraba al campo. Están reproducidos tan interesantes fragmentos en el Atlas de los Sres. Rivero y Tschudi: permítame el lector que los examine someramente.

En esas ruínas distan las piedras de estar cortadas y dispuestas como en las fábricas de orígen latino. Las hay cuadrangulares, las hay pentágonas, las hay exágonas. Ni todas son paralelepípedas, ni todas de las mismas dimensiones. Aún entre las de ambas ruínas hay diferencias notables. Si no vertical, horizontalmente forman las del templo hiladas; en ninguna direccion las de la fortaleza. Son así en cada hilera las del templo casi del mismo tamaño, por lo ménos de la misma altura; diferentes las del castillo. Las del castillo no están siquiera labradas por todas sus faces; por todas lo están las del templo, y tan bien ajustadas á pesar de la irregularidad de sus formas, que como dijeron los españoles del tiempo de la Conquista, no cabe introducir en sus junturas ni la hoja de un cuchillo.

Añádase á esto que las piedras, sobre todo las del castillo, son colosales. Las hay anchas de diez y seis piés, altas de más de trece. Las hay de treinta y seis de longitud por veinte y cuatro de anchura. Las hay anchas de seis piés, altas de veintidos, largas de cincuenta. Piedras gigantescas, que apénas se concibe cómo pudieron ser traidas de lejanas canteras y puestas donde las vemos cuando

carecía aquel pueblo de máquinas, de aparatos, de trasportes, de animales de tiro y de fuerza. Se las hubo de llevar arrastrando al traves de cerros y ríos, y en las pendientes algo rápidas emplear multitud de hombres no ya tan sólo para empujarlas sino tambien para impedir que se despeñaran.

Así las cosas ¿quién podrá negar el carácter ciclópeo de estas construcciones? No se las mira en una mala viñeta que no traigan á la memoria las de la isla de Gozzo, cerca de Malta, y la acrópolis de Tyrinto. Los pelasgos no tenían tampoco una sóla manera de cortar y disponer las piedras. Se acercan, por ejemplo, á la regularidad romana las que componen la puerta de lo que unos llaman sepulcro de Agamenon y otros tesoro de Atreo; parecen estar como salieron de la cantera las de la ciudadela de Tyrinto. Así y áun más toscamente están las de la fortaleza del Cuzco. «No son, al decir de Garcilaso, piedras talladas, sino rocas sueltas. Como las hallaban, las asentaban, escribe; unas son de un cabo cóncavas, del otro convexas, del otro sesgas; unas están esquinadas, otras sin esquinas. Emparejábanlas uniendo lo convexo á lo cóncavo, lo agudo á lo romo, lo sesgo á lo recto.» Estaban verdaderamente en algunos lugares emparejadas, no ajustadas; puestas las unas á lo largo, otras á lo ancho.

En la arquitectura ciclópea, segun muchos autores, no se empleó simultáneamente los dos sistemas. Entiendo que se los usó simultáneamente en la de los Incas. La fortaleza del Cuzco tenía, como se ha dicho, tres murallas por la parte del campo. Por la de la ciudad, en que era muy escarpado el cerro de Saxahuáman, no tenía más que una, y ésta construida, segun Garcilaso que la vió, con piedras labradas y regulares como las del templo.

Había aún en las dos arquitecturas otro sistema de cantería. Las piedras eran en él polígonas y desiguales y estaban unidas por todos sus cantos sin formar hiladas ni horizontal ni verticalmente. Usábanlo tambien los Incas á la vez que los otros sistemas á juzgar por las ruínas de Collcampata, que están en la plaza de S. Cristóbal de la misma ciudad del Cuzco. Mira la tradicion esos paredones como restos del palacio de Huayna Capac y Huáscar y por lo tanto como obra del mismo siglo en que se levantó la fortaleza.

Estoy tan léjos de Humboldt, que tengo por eminentemente ciclópea la fisonomía de la arquitectura que examino. Uno de los rasgos más característicos de los monumentos de los Incas es la forma de las puertas, anchas en el umbral, en el dintel estrechas. Se las compara, y no sin fundamento, con las de Egipto; pero yo las hallo tambien en las obras de los pelasgos. Más estrecha en el dintel que en el umbral es la puerta del tesoro de Atreo.

Dejo aquí ya la arquitectura pelásgica para mejor ocuparme en la de los Incas. ¿No tendrían los Incas otros sistemas de cantería que los expuestos? Me inclino á creer que en Quito se formaron otro quizá en vista de modelos que hasta entónces desconocieran. En el Cañar y en Callo han visto Ulloa, Condamine, Humboldt y otros viajeros paredes construidas de muy diverso modo que

las del Cuzco. Las piedras son todas paralelepípedas y de igual altura, aunque no igualmente anchas. Tienen convexidad en la cara exterior y cortados á bisel los bordes. Forman hiladas horizontales regularísimas. Carecen de jambas las puertas y llevan en cambio recuadros ciertos nichos abiertos sobre una misma línea en medio del muro.

Y que esas obras fuesen de los Incas no es casi lícito ponerlo en duda. Casas del Inca las llama la tradicion, y por de los Incas las pregona la figura de los nichos y de las puertas. Unos y otras son más estrechos arriba que abajo.

Se ha discutido mucho sobre si en todos estos sistemas unían ó no los Incas sus piedras con argamasa. Quién lo ha negado en absoluto diciendo que jamas usaron ni conocieron ninguna clase de mezcla. Quién ha sostenido por lo contrario que empleaban constantemente una sustancia compuesta de cierto betun y cal que hacía casi imperceptibles los intersticios. Quién ha pretendido que se servían de una lechada de barro colorado muy pegajoso. Quién por el análisis ha sacado que se valían de una marga arcillosa mezclada con piedrecitas. Yo entiendo que disponían de muchas argamasas, y no aplicaban, sin embargo, ninguna á ciertas construcciones. No creo que la hubiese, por ejemplo, en la triple muralla de la fortaleza del Cuzco; y estoy por que no en todos los edificios se usaba la misma, cuando observo que para significarla tenía diversos nombres la lengua quichua: *llanccac-allpa*, tierra gredosa; *iscu*, tierra de cal; *pachach*, tierra de yeso.

Es ahora de advertir que no siempre los Incas hacían de piedra sus monumentos. Hacíanlos de cascajo y arcilla y tambien de mampostería. Es obvio que no habían de igualar los tambos á los templos ni las casas de los chasquis á los palacios reales. Fabricaban los adobes con barro y la yerba *ichu* que picaban menudamente. Mezcladas las dos sustancias, las pisaban y majaban á fin de endurecerlas; y hechas ya ladrillos, las ponían por todo un año al sol y al aire. Daban por estos procedimientos á los adobes gran consistencia y una duracion de siglos. Cortábanlos generalmente en forma rectangular y no pocas veces del ancho de la pared á que debía aplicárselos.

Bóvedas no las tenían, ó, si las tenían en figura de campana, segun algunos afirman, era sólo en edificios pequeños como los sepulcros. Aún allí no eran vertebradas ni de piedra sino de cal y canto. De ordinario, como he dicho, se cubría las naves de los templos y los salones de los palacios con paja y con maderos que á falta de clavos se sujetaba por medio de cuerdas. No me atrevo á determinar si los ponían planos ó formando caballete.

Eran, repito, pobres, bien que siempre sólidos y en general imponentes los edificios de los Incas. Pobres, digo, arquitectónicamente, porque si bien en su interior estaban cubiertos de oro y plata y embellecidos por jardines ya naturales ya artificiales, carecían de columnas, de pilastras, de elegantes zócalos, de bellos frisos, de majestuosas cornisas. No lo eran de mucho tanto los que ántes

designé como anteriores al tiempo de Manco Capac y Mama Ocllo. Vimos ya en otro capítulo los relieves del templo monolita de Tiahuanaco. Allí entre ruínas descubrimos un fuste de columna cilíndrica terminado por dos molduras. En uno de los fragmentos esparcidos por el suelo asoma ademas la greca.

En Huanuco vimos tambien figuras de animales, unas echadas sobre el pretil de un mirador, otras en lo alto de una fachada dentro de elegantes recuadros. Entre los restos de los palacios del Gran Chimu, que ocupan tres cuartos de legua, se ve asimismo paredes interiores con adornos de relieve que recuerdan algo los del vasto frente de la necrópolis de Mitla. Los materiales eran aquí pobres—cascajo y arcilla, cuando más adobes;—rica en cambio la decoracion arquitectónica. Decorados exteriormente estaban por fin los muros de un antiguo edificio que hay aún en la isla de Coati, dentro del lago de Titicaca.

No paran aquí las diferencias. En este mismo edificio de Coati, en los de Huanuco, en el templo antiguo de Pachacámac distan de estar cortadas ni dispuestas las piedras segun el estilo ciclópeo. Lo están, por lo contrario, como si hubiese dirigido las obras el compas de Vitruvio: hilada sobre hilada, sólido sobre hueco. Ni tienen tampoco las puertas en ninguna de estas fábricas la forma egipcia que se ha observado en las de los monumentos de los Incas. Las jambas son rectas; los dinteles del ancho de los umbrales.

No conozco las puertas de ninguno de los palacios del Gran Chimu, y no puedo por consiguiente asegurar si tienen ó no la declinacion de las de Collcampata. Allí la declinacion, cosa verdaderamente singular, está en el doble muro que rodeó uno de los alcázares. Las dos murallas son de adobes aunque con base de piedra. Van disminuyendo de la base á la corona, tanto que en la corona son anchas de tres piés y en la base de quince. No recuerdo haberlas visto en parte alguna del mundo de tan rara forma.

Dada una idea general de la arquitectura de los Incas, creo conveniente decir algo de las diversas clases de monumentos que levantaron. Construyeron aquellos poderosos monarcas multitud de templos, de palacios, de casas de juegos, de baños, de hosterías, de pósitos, de fortalezas, de obras hidráulicas. Las hosterías y los pósitos, es decir, los tambos y los almacenes que había á la márgen de los caminos, carecían en realidad de importancia estética. Eran los tambos unos como galpones toscamente edificados al rededor de una plaza en medio de la cual se alzaba una torre que servía de atalaya. Distinguíanse de ellos los almacenes sólo en que el medio de la plaza estaba ocupado por una fortaleza. De los galpones de los tambos unos eran pequeños como para hospedar á los Incas; otros grandes como para alojar un ejército. Tenían los grandes sobre cuarenta piés de ancho por seiscientos ú ochocientos de largo.

Las casas de juegos eran ya de piedra labrada; pero no consistían tampoco sino en cuatro muros sobre que se extendía una sencilla techumbre. Como que no eran sino plazas cubiertas para cuando impidiesen las lluvias que se celebrase

las fiestas al aire libre. Solían ser tambien grandes: las había anchas de cincuenta pasos, largas de más de doscientos. ¿Tendrían para los nobles tribunas, para los Incas estrados? No lo dijo Garcilaso, que vió las del Cuzco.

El lujo empezaba al parecer en los baños. Exterior é interiormente estaban construidos con elegancia. Brotaba el agua de fuentes decoradas con figuras de leones, de culebras, de tigres, y corría por cañerías de piedra á vasos de mármol cuando no de plata ó de oro. Al rededor había pequeñas estancias en que desnudarse y vestirse. Eran sobre todo notables los de Huamalies.

No hablaré ya de los palacios ni de los templos. Describí el templo de Coricancha, y por él puede juzgar el lector de los demas del Imperio, nunca tan lujosos. Con el fausto interior de los templos rivalizaba el de los palacios.

Son dignas de atencion las fortalezas. Abundan en todo el Tahuantinsuyu. Están á veces las unas á la vista de las otras, y se comunican por galerías subterráneas. No es tampoco raro que estén subterráneamente en contacto con el pueblo para cuyo amparo se las hizo. Ocupan de ordinario la cumbre de escarpados cerros y bajan algunas hasta el valle por sus escalinatas y sus gigantescos muros. He hablado ya de la del Cuzco: diré lo que omití para que el lector pueda formar idea de lo que fueron castillos tan formidables.

La fortaleza del Cuzco estaba, como se ha indicado, al Septentrion de la ciudad, en la cima del monte de Saxahuáman. Tenía á la parte de la poblacion una sóla cerca; al campo tres, que descendían casi á la raíz del cerro; en la cumbre, una plaza angosta y larga, donde se alzaban tres grandes torreones; debajo, un laberinto de calles subterráneas que los ponían en comunicacion con los palacios de los Incas.

He hablado ya de la grandiosidad de las cercas. Formaban todas una série de ángulos entrantes y salientes, llevaban un adarve de más de una vara de alto y tenían enormes puertas que se cerraban con tres piedras levadizas. Se sabe el nombre de las puertas que había en los muros del campo. *Tiu-puncu* llamaban la del primero; *Acahuana-puncu*, la del segundo; *Huiracocha-puncu*, la del último; ó lo que es lo mismo puerta del Arenal, puerta de Acahuana y puerta de Huiracocha. Acahuana fué uno de los arquitectos de la fortaleza.

De los tres torreones dos eran cuadrados, uno redondo. Servían los cuadrados para alojamiento de la guarnicion del castillo; el redondo para el hospedaje del Inca y custodia de los tesoros de la ciudad en tiempo de guerra. Eran los tres de piedra más ó ménos bien labrada; el redondo, de tanta magnificencia como los palacios del Cuzco.

Los subterráneos eran vastísimos. Estaban las calles que conducían á la ciudad tan bien combinadas y con tantas vueltas y revueltas, que habrían bastado muy pocos defensores á detener un ejército. Había, por ejemplo, angosturas que apénas permitían el paso de un hombre; delante, plazoletas donde podían cómodamente manejar sus armas numerosos combatientes. No estaba, al decir de

Garcilaso, abovedada ninguna de estas calles; las cubrían lajas, como ellas de anchas, que descansaban sobre canecillos labrados en los muros.

Lo más notable es que, segun este mismo autor, se hallaba la fortaleza provista de buenas y abundantes aguas, traidas de léjos por conductos tambien subterráneos que eran entre los Incas un secreto. No tenía ésto nada de imposible atendidas las leyes hidráulicas y el hecho de existir á no gran distancia del Cuzco cerros mucho más altos que el de Saxahuáman; pero ¿hemos de conceder á los Incas la gloria de haber superado á los antiguos pueblos de Europa en el conocimiento de estas leyes? Pudo muy bien llevarlos á que las descubrieran el afan de abrir en todas partes acequias que hicieran posible el riego de los campos.

De las acequias he hablado; me falta sólo decir algo de los puentes. No sé que los hubiese de piedra. De uno de piedra hablan los Sres. Rivero y Tschudi en sus *Antigüedades peruanas;* pero de uno de escasa valía levantado sobre un acueducto. Áun éste debió de ser posterior á la conquista, puesto que se lo supone compuesto de tres enormes sillares sacados de la vecina fortaleza de Posoc, que está á un cuarto de legua del pueblo de Chavin de Huanta. Los puentes que los Incas hicieron eran como los que describí al hablar de Quito: puentes de una maroma por los que se pasa en cestos; puentes de cinco maromas, dos de pretil y tres de suelo; puentes de una sóla tabla de madera allí donde corren profundas y ahocinadas las aguas de los ríos. Puentes de cinco maromas los había aquí más sólidos y mejor construidos que en Quito: por ellos pudieron pasar los españoles con sus caballos.

Otra clase de puentes se hacía aún en Tahuantinsuyu que no es para echada en olvido. Con la larga, suave y correosa paja del ychu se fabricaba cuatro gruesas maromas de más longitud que la anchura del río sobre que se debía echar el puente. Se asentaba dos sobre el agua enterrando los cabos en la tierra de las orillas. Tendíase luégo sobre las dos y con las dos se ataba altos haces de juncia y de espadaña que estaban á su vez unidos unos con otros. Sobre los haces venían las otras dos maromas, y sobre estas maromas otros haces de menor altura. Todo tan fuertemente sujeto y junto que no parecía sino una misma cosa.

Solían ser altos estos puentes de más de una vara, anchos de cuatro á cinco, largos de hasta ciento cincuenta pasos. Duraban poco—unos seis meses—; pero, sobre no ser costosos ni de construccion difícil, servían en tanto que subsistían hasta para el tránsito de grandes ejércitos. Para el de sus tropas hemos visto que hizo Capac Yupanqui uno en el desaguadero del lago de Titicaca.

Como habrá observado el lector, no se elevaron los Incas en arquitectura á grandes concepciones estéticas. No dejaron, con todo, de satisfacer por ella las necesidades de la vida. Si no por la belleza, por la grandiosidad y el atrevimiento de las formas los pondrán siempre muy altos, sus calzadas, sus acueductos y sus fortalezas.

CAPÍTULO XXIX

Vida doméstica de los tahuantinsuyus.—Nacimiento.—Destete.-Educacion.-Casamiento.—Trabajo.—Vestido.—Alimentacion.—Bebidas.—Paz del hogar.—Divorcio.—Fiestas.—Vanidad femenil.—Preparacion para la muerte.—Enterramiento.—Reflexiones.—Conclusion del libro.

DIJE hasta aquí de la vida política y social de los tahuantinsuyus: diré ahora de la doméstica. Perdone el lector si en mucho me repito.

Adquirían los tahuantinsuyus desde su nacimiento severas costumbres. Paríanlos sus madres sin auxilio de partera ni de médico, se lavaban y los lavaban en agua fría, los envolvían, los dejaban en la cuna y seguían en sus quehaceres. La cuna era un banquillo de cuatro piés, el uno más corto que los demas para que se pudiese mecerla. Teníanlos allí sujetos por una gruesa red que hacía las veces de colchon y abrigo, y no los levantaban como no fuese para de nuevo lavarlos y remudarlos. Se recostaban cuando querían darles el pecho, y no se lo daban sino tres veces al día: á la mañana, á la tarde, á la noche. No los tomaban jamas ni en la falda ni en los brazos; ya que los veían capaces de estar de pié, les abrían en el suelo un hoyo á la altura del pecho y allí los ponían con juguetes en que se entretuvieran y ejercitaran las fuerzas. Como no estuviesen enfermas, los habían de amamantar por sí, aunque fueran mujeres del Inca, sin

que durante la lactancia, que solía ser de dos años, pudiesen alimentarlos más que de su propio cuerpo.

Ya de dos años los tahuantinsuyus, principalmente si eran primogénitos, se reunía solemnemente la parentela con el fin de cortarles por primera vez el cabello y bautizarlos. Con un cuchillo de pedernal les cortaba un mechon el padrino; tras él los otros deudos por órden de edad y de jerarquía. Les ponían luégo un nombre, y les ofrecían, quién ropa de vestir, quién armas, quién vasos, quién joyas. Bebíase después, cantábase, bailábase y prolongábase la fiesta dos y más días. En el fondo la ceremonia era igual para todos: las diferencias consistían sólo en la importancia del padrino, el valor de las ofrendas y la duracion de los regocijos. Cuando se destetaba, por ejemplo, al sucesor de la corona, el padrino era el sumo sacerdote, con los Incas de la sangre se reunían los caciques del Imperio, los presentes eran de oro, plata y piedras preciosas, la fiesta continuaba por más de veinte días.

A los cinco años trabajaban ya los tahuantinsuyus que no pertenecían á la clase de los Incas. Que quisieran que no, habían de seguir la profesion de sus padres y ayudarlos, si varones, en el cultivo de los campos ó en el ejercicio de las artes, si hembras, en las faenas de la casa. Hijos de la plebe, no podían, como se ha dicho, ser recibidos en las escuelas. Se temía que por el estudio no se ensoberbecieran y aspiraran á intervenir en los negocios del Estado. Los hijos de la nobleza recibían, en cambio, de boca de los amautas ó sábios todo el caudal de conocimientos atesorados por el Imperio. Recibíanlos en colegios que á veces honraba el Inca no sólo con su presencia sino tambien con sus discursos, y allí se ejercitaban ya en las ciencias ya en las armas. Dedicábase despues cada cual á estudios especiales: quién á la medicina, quién á la arquitectura, quién á la minería, quién á la liturgia, quién á la manera de formar y descifrar los quippus.

Podían casarse los hombres á los veinticuatro años, las mujeres á los diez y ocho. Habían de elegir consorte dentro de su linaje y obtener el consentimiento de sus progenitores. Si de la nobleza, los casaba el Inca; si de la plebe, en el Cuzco uno de los ministros, en las provincias el gobernador ó el curaca. Cierto día del año reuníase toda la gente casadera en la plaza pública, á un lado los mancebos, al otro las doncellas. Parecía á poco aquí el curaca, allí el Inca, tomaba de la mano á los novios, los juntaba y los entregaba á los padres, que celebraban con tres ó cuatro días de banquetes y bailes tan sencillo matrimonio.

Nadie podía casarse con más de una mujer, como no fuese el monarca; nadie tampoco sino el monarca tomar por esposa á la hermana. Tenían concubinas el Inca y los nobles, no los plebeyos.

Casado ya el tahuantinsuyu, constituía familia aparte. Plebeyo, le asignaba un topu de tierra el municipio, le labraban los convecinos la casa, le daban el ajuar los parientes. Noble, vivía del Estado, como sus padres. Le construían unos por vía de tributo un palacio, turnaban otros para servirle.

Trabajaba de soltero el tahuantinsuyu plebeyo y más despues de casado. Había de cultivar, como se ha visto, su campo y en épocas determinadas el del Sol y el del Inca. Debía asistir dos días por mes á los ejercicios militares, y de los veinticinco á los cincuenta años entrar en el ejército siempre que lo exigiesen las necesidades de la guerra. Segun la provincia á que pertenecía, estaba obligado cuando le llegaba la vez á servir personalmente en casa de los Incas, beneficiar las minas ó concurrir á las obras públicas. Si dependía de algun curaca, debía, ademas, labrarle las tierras y prestarle todo género de servicios. Había de cuidar tambien solícito el campo de la viuda, el del huérfano, el del inválido y el del ausente por causa de la República. La mujer debía ayudarle en las faenas agrícolas y en casa hilar y tejer para la familia y el Estado.

Era incesante el trabajo de los tahuantinsuyus. En lugar de reducirlo, procuraba el Inca aumentarlo á fin de que no se les relajara la actividad ni abriera la holganza la puerta al vicio. Emprendía, segun se ha dicho, obras á cual más gigantescas; y en los últimos años del Imperio, hacía traer casi siempre de las más remotas canteras la piedra de sus edificios: de las del Cuzco la de los monumentos de Quito, de las de Quito la de los monumentos del Cuzco.

No era ménos contínuo, aunque no tan penoso, el trabajo de los nobles. Llenaban, como dije en otro capítulo, los cuadros de los ejércitos, componían el numeroso personal de la vasta administracion del Estado y dirigían esas mismas obras que tanto sorprendieron á sus conquistadores. Amautas, guardaban el fuego sagrado de la ciencia, comunicaban los progresos de las pasadas á las presentes generaciones, mantenían la pureza del idioma y transmitían oralmente y consignaban en quippus la historia del Imperio. Sacerdotes, llevaban el culto del Sol á las naciones bárbaras luégo de sometidas por la persuasion ó las armas, y desterraban los sacrificios humanos de los altares de los ídolos. Artesanos, no cesaban de trabajar por satisfacer las múltiples necesidades del Estado.

Para llenar las suyas era, sin embargo, el tahuantinsuyu excesivamente sóbrio. Calzaba *usutas,* unas pobres sandalias; vestía la *huara,* el maxtle de los aztecas, llevaba del medio de los muslos arriba una camiseta sin collar y sin mangas; se ceñía á la cabeza una como guirnalda, ordinariamente del color que constituía la divisa de su provincia. Poníase encima una manta de vara y media en cuadro, que no pocas veces usaba como talego. Manta, camiseta, guirnalda, eran de lana en los países fríos, de algodon en los cálidos; el algodon y la lana, más bastos ó más finos y de uno ó de más colores, segun las diversas categorías. De cáñamo de magüey repito que solían ser las usutas, cuando no de piel de venado.

Jamas el tahuantinsuyu dormía en blando; un mal banquillo de madera le servía de almohada como al nicaraguateca.

Ni era tampoco el tahuantinsuyu dado á la gula. Tenía por base de su alimentacion el maiz, la quinua, la patata, los fríjoles. No comía generalmente

más carne que la de las cacerías que dejo descritas. Cortábala en delgadas hojas, la secaba al sol y la guardaba para todo el año. Llamábala *charqui*. Una que otra vez probaba de las aves del campo, que cazaba en redes. Sazonaba comunmente sus viandas con el *uchu*, el *axi* de los mejicanos, el pimiento de Europa. Tomaba casi á regalo la fruta del plátano y la piña. Amaba, sobre todo, la hoja de la *cuca*, hoy coca, en la que creía y cree aún haber encontrado un preservativo contra el hambre, la sed y el cansancio. Algo seca ya, cubríala de una capa de cal y la mascaba. Con algunas de estas hojas y un poco de maiz tostado no vacilaba en emprender largos y penosos viajes. El maiz, como llevo dicho, apénas lo tomaba hecho pan sino en las grandes fiestas. Comíalo ordinariamente tostado ó cocido. Habla con todo Garcilaso de un pan comun que llamaban *tauta*. *Zancu*, dice, era el pan de los sacrificios; *huminta*, el de las fiestas; *tauta*, el de cada día.

Era el tahuantinsuyu mucho ménos sóbrio en la bebida. Hacía vino del maiz y la quinua y tambien del chúchau; y lo bebía con exceso en todas las fiestas, así las privadas como las públicas. Parecíase en esto á la mayor parte de los pueblos de aquel continente: no pudieron los Incas poner freno á la embriaguez como los reyes aztecas.

Atribúyenlo algunos á que el tahuantinsuyu necesitaba cortar de algun modo la monotonía de su vida; mas su vida no era tan monótona como generalmente se escribe. Las fiestas duraban días. Por cuatro y cinco días acabamos de ver que se prolongaban las del destete y el casamiento; por más de veinte, las del bautismo del Príncipe. En nueve días no se dejaba de comer, beber y danzar despues de la de Raymi. ¡Qué de fiestas no había por otra parte ademas de las religiosas! Fiestas eran las cacerías de que ántes dije. En fiestas se había sabido convertir la labranza de los campos del Inca. Fiesta y no de escasa importancia era una en que los emperadores, al par de los de la China, araban todos los años la tierra con pértigas de oro. Por ruidosas fiestas se celebraba finalmente los triunfos sobre los enemigos y la vuelta de los ejércitos vencedores. Sobre que no cabe monotonía en naciones que se desviven por ir ensanchando indefinidamente sus fronteras y llevar al través de montes inaccesibles sus acequias y sus calzadas.

Tenían los tahuantinsuyus sus diversiones y sus placeres, y no eran extraños á ninguno de los sentimientos á que deben su orígen los múltiples dramas de la vida. Agitábanlos el amor, los celos, el afan de parecer bien, el espíritu de nacionalidad, el deseo de gloria. Desplegaban las clases nobles, sobre todo en las ceremonias públicas, verdadero fausto, y aún la plebe andaba codiciosa de orlar con franjas sus camisetas y sus humildes mantas. No se pintaban ni se labraban el cuerpo como tantas otras gentes ni plebeyos ni patricios; pero lo adornaba cada cual hasta donde se lo permitían su ingenio y sus fuerzas. Hemos visto á los Incas poniéndose en las orejas rodetes de oro y á las pallas con un filete de

bermellon del ojo á las sienes: las mujeres todas se sometian á duros procedimientos para conservar negro y lustroso el cabello. En cuanto veían que se les volvía castaño ó se les ahorquillaba ó se les caía, lo cocían al fuego en una caldera de agua junto con la raíz del magüey y distintas yerbas. Gustaban todos, hombres y mujeres, de la belleza, y amaban apasionadamente la poesía, la música, el canto y el baile.

En lo que no abundaban generalmente los tahuantinsuyus era en comodidades. Vivían en casas pequeñas, de pocos aposentos, y áun éstos sin comunicacion alguna, mal alumbradas, como que no recibían luz más que por la puerta, si de piedra en algunos pueblos, en los más de adobes y en los de la costa de simples cañas. Teníanlas de ordinario sueltas y esparcidas en las villas y las aldeas: unidas y formando calles y plazas en las ciudades. De unas hablan los señores Rivero y Tschudi en sus *Antigüedades Peruanas* que debían de ser más sepulcros que moradas de vivientes. Las hay, dicen, en las provincias de Junin y Ayacucho. Son como torres de diez y seis á diez y ocho piés de altura, que están divididas en tres pisos por lajas de piedra. Es su cabida interior de seis piés en cuadro; de pié y medio de profundidad, sus paredes. No pasa de seis lo alto de cada estancia, y se sube de la una á la otra por una abertura practicada en el techo. La puerta, que suele estar á Oriente ó Mediodía, tiene de elevacion sobre diez y ocho pulgadas; de anchura, sobre veinticuatro. Hay en el piso alto unas como ventanas que parecen troneras.

No me atrevería á tomar por viviendas tan singulares torres, si los Sres. Rivero y Tschudi no aseguraran que en la planta baja se conoce todavía donde estuvo el hogar y abiertos en el muro hay vasares donde se conservan mazorcas de maiz, coca, ollas y vasos. Aún así dudaría, si no añadieran que encontraron en lo interior enormes piedras para cerrar así la puerta de la calle como la abertura del primer techo. ¿Qué destino sería el de estas raras construcciones cuando ni por su posicion ni por su altura podían servir de atalayas?

Sus ciudades estaban á lo que parece dispuestas á imitacion de la del Cuzco. Tenían por núcleo una plaza que cruzaban á los cuatro vientos otras tantas calles. Entre las cuatro se extendían más ó ménos populosos barrios. Hasta doce se refiere que contaba el Cuzco, dividido en alto y bajo por el camino de Antisuyu. La plaza principal era la de Haucaypata, que un arroyo separaba de la de Cusipata. Los barrios y aún en muchos las calles estaban habitadas por gentes de diversas provincias: por gentes de las provincias del Norte, los barrios y las calles del Norte; por gentes de las del Sur, los del Sur, y así sucesivamente. Distribucion que, como hace observar muy bien Garcilaso, hacía de la ciudad una especie de imágen en miniatura del Imperio.

Vivían en el Cuzco multitud de curacas y la mayor parte de los Incas. Abundaban naturalmente los palacios, pero no eran las casas más cómodas. Distaban de poder compararse con las de Méjico. Comodidades repito que no las tenían

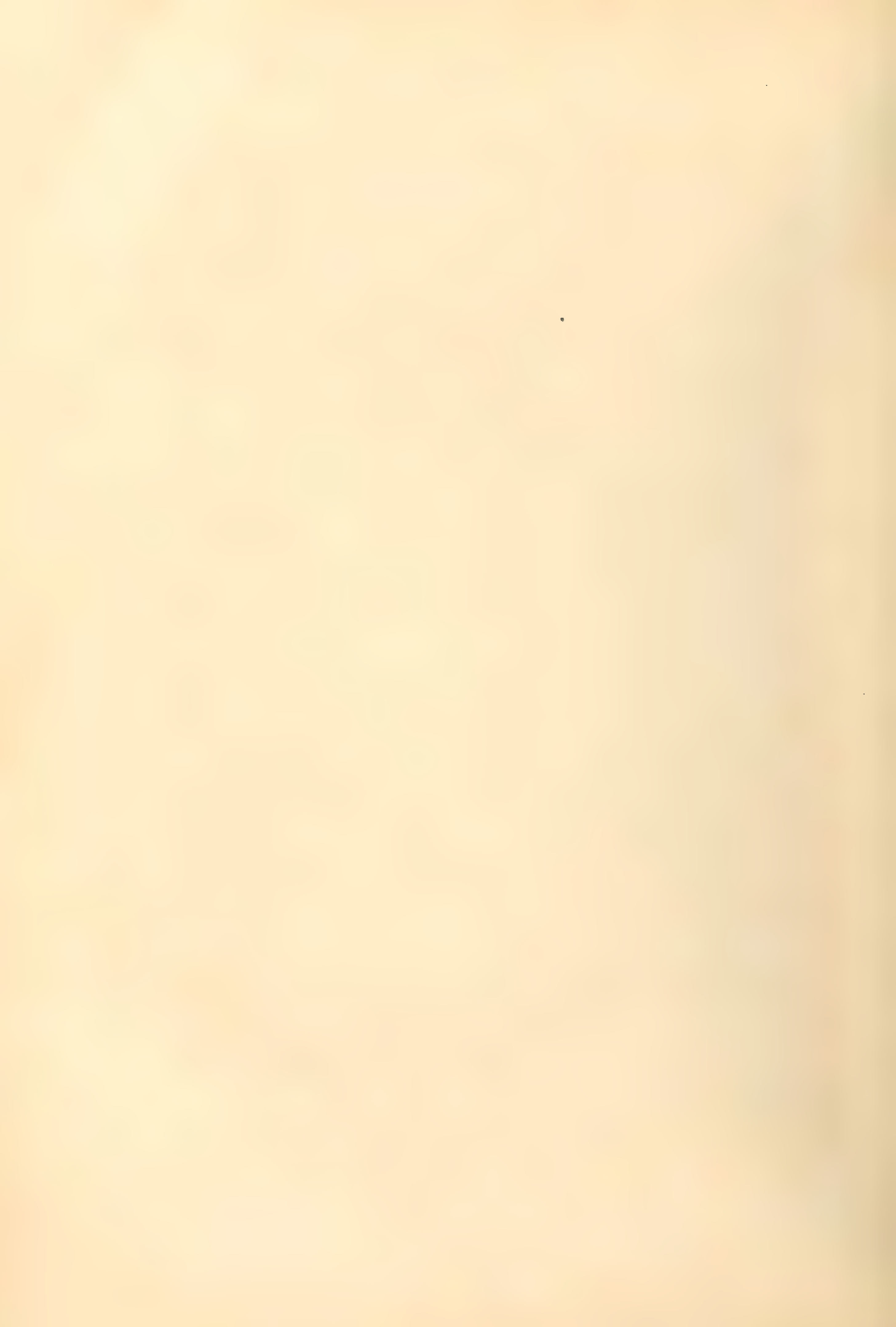
los tahuantinsuyus: en cambio no carecían de lo necesario para la vida. Contribuía no poco ésto á que muchos alcanzasen una edad avanzada. No escaseaban los que morían más de viejos que de enfermos. Verdad es que era tambien debido á la sobriedad y sencillez de su alimentacion no ménos que á lo incesante de su trabajo.

Moría el tahuantinsuyu sin grandes preocupaciones. Creía firmemente que había de resucitar, y consideraba el sepulcro y áun el reino de Cupay como pasajera morada. Se confesaba, sin embargo, segun he dicho en otro capítulo. Muerto ya, ordinariamente se le momificaba. Suponen algunos que á la manera egipcia, extrayéndoles los sesos, la lengua, los pulmones y los intestinos, vaciándoles los ojos, ungiéndoles la cara con cierto aceite de color de naranja y llenando la cavidad del vientre y del pecho de un polvo sutil con olor á trementina; pero sin que el exámen de las muchas momias que aún existen haya venido á corroborar sus asertos. Aunque es muy verosímil que se usase de éste ó de otro procedimiento análogo con los cuerpos de los reyes, que, segun los españoles que los vieron, parecían vivos á pesar de haber estado expuestos al aire en los templos del sol y de la luna; ha venido á demostrar el análisis que se momificaba los demas por medios que sugería en aquel país la misma naturaleza. En los Llanos el sol abrasador y la calcinada arena y en la Sierra los vientos puros y fríos de los cerros bastaban, como bastan hoy, á desecar los cadáveres; y es más que probable que por estos sistemas se los desecara. Sobre que había allí como aquí cuevas y otros lugares donde no se depositaba cuerpo que no se momificase. Aquí, en Marchena, tuve ocasion de ver el año 1851, multitud de momias naturales en el panteon subterráneo de una iglesia. Se las habría dicho de madera: pesaban tan poco que cogiéndolas por un pié se las podía levantar sin esfuerzo con dos dedos de la mano. Momias naturales habían de ser tambien las que se encontró el año 1857 en la provincia de Granada, cerca de la villa de Albuñol, en la cueva de los Murciélagos.

Las momias de los tahuantinsuyus están generalmente acurrucadas, la barba en las rodillas, las manos cruzadas sobre el pecho cuando no sosteniendo la cabeza. Se las suele ver envueltas en una tosca estera de junco ajustada por una red de cabuya, de anchas y espaciosas mallas. Algunas, principalmente en el Alto Perú, desaparecen bajo un empalmado de totora en forma de colmena, que tiene una abertura cuadrada por donde asoma el rostro. Llevan las más, liada á la garganta con tres ó cuatro vueltas una récia soga; pendientes del cuello, una conopa de piedra, de barro, de plata ó de oro; en la boca una pequeña rodaja de uno de estos metales cuando no de cobre.

Debajo de la estera de totora ó de junco se descubre al desnudarlas tres envolturas: una faja de algodon, que las ciñe de abajo arriba; un paño de lana, comunmente rojo; y una sábana fina, un tiempo blanca y hoy por los años amarillenta. Se les ve tambien en la cabeza dos ó tres fajas: una más ancha, gene-





ralmente con listas de colores, otra más estrecha, que es no pocas veces de esparto.

Suelen conservarse bastante bien estas momias, pero no como las de los reyes. Están avellanadas las carnes y desfiguradas las facciones. Incólume á la accion de los siglos no lo está sino el cabello, en las mujeres cuidadosamente trenzado. Aún éste ha tomado un color rojizo.

Falta saber ahora dónde se enterraba estos amojamados cadáveres. Segun Gomara, se metía en urnas de oro y plata los de los nobles de sangre real, los de los curacas y los de otros magnates. Los españoles encontraron efectivamente en prados y bosques gran número de estos vasos, de que no existen ya ejemplares. Construíase tambien para las momias de gente principal, segun escribe Cieza, altos y magníficos sepulcros adornados de losas y bóvedas. A juzgar por los que hoy subsisten, en unas partes eran túmulos como los que vimos entre los aztecas y los muiscas; en otras, unos como hornos fabricados de adobes; en otras, torres de sillería ya cuadradas, ya ovales, ya en forma de obelisco. Los cadáveres de la gente comun se los sepultaba de ordinario, bien debajo de la arena, como en los Llanos, bien en cuevas ó en hoyos cercados de piedras, como en la Sierra. No era raro que se los introdujera hasta en las hendiduras de las rocas.

En los sepulcros de la nobleza parece incuestionable que se enterraba con el difunto no sólo las joyas que había usado y los muebles de que se había servido, sino tambien las mujeres que más había amado y los criados predilectos. Teníanlo á honra los elegidos para el sacrificio; y con no poca frecuencia los que tal distincion no habían merecido se mataban y sepultaban en los campos de su señor esperando por ahí volver á servirle. Algunas mujeres, escribe Cieza, impacientes por inmolarse á su muerto cónyuge, llegaban á colgarse de sus propios cabellos.

Solía encerrarse, ademas, en esos sepulcros provisiones de boca: maiz, quinua, coca y cántaras de vino. No tenía ninguno puerta, pero sí agujeros por donde cupiese echar de todas esas sustancias en los días consagrados á los mallquis.

Lo que ignoro son las ceremonias para tales enterramientos. A juzgar por las que se hacía en los de los Incas y los caciques, todo se reducía á llantos, salmodias y ofrendas. Lloraban al difunto los deudos y tambien plañideras como las que hubo en Europa. ¿Intervendría en las exequias el sacerdote? No puedo asegurarlo. [1]

[1] Hé aquí cómo describe Cieza el entierro de los caciques: «Y cuando los señores morían se juntaban los principales del valle, y hacían grandes lloros, y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedar sin ningunos, y con atambores y flautas salían con sones tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solía festejarse más á menudo para provocar á llorar á los oyentes. Y, habiendo llorado, hacían más sacrificios y supersticiones teniendo sus pláticas con el demonio. Y despues de he-

Tampoco puedo asegurar á quién pasaban los bienes del que moría. Dejo escritas las leyes de sucesion á la Corona. La trasmision de los estados ó señoríos de los curacas se sabe que obedecía á diferentes reglas. Aquí reemplazaban los hijos á los padres por órden de primogenitura. Allí el cacique designaba por sucesor al descendiente que más se había sabido granjear la voluntad y el amor de los pueblos. Más allá prevalecía el sistema de los reyes de Méjico: primeramente los hijos, despues los hijos del primer hijo; ó, lo que es lo mismo, primero los hermanos, despues los sobrinos. Pero ¿y los bienes de los particulares? Propiedad particular inmueble en rigor no la había; mas ¿y la mueble? Es de suponer que á la manera del poder público corriera de padres á hijos. *Regis ad exemplum totus componitur orbis.* [1]

Pongo aquí fin á la historia de los tahuantinsuyus. Podría reproducir la pregunta que hice cuando acababa de reseñar las instituciones de Méjico: —¿era el imperio de los Incas culto ó bárbaro?—; pero allí está la contestacion, y no he de repetirla. Tenían las dos naciones grandes puntos de contacto y tambien marcadas diferencias. Las pondré en cotejo para que el lector pueda estimar por sí cual de las dos estaba más cerca de la civilizacion de sus conquistadores.

Vivían aislados los tahuantinsuyus como los aztecas sin conocer más tierra que la medida por sus armas, sin extender más allá su comercio, sin otro medio para sus transacciones que el cambio directo de productos. Disponían para el trasporte de gentes y mercancías por mar sólo de la balsa. No conocían ni la brújula, ni el astrolabio, ni lo bastante el cielo para guiarse por las estrellas cuando perdiesen de vista las costas. Tenían despobladas y silenciosas las aguas de sus puertos.

No usaban tampoco del hierro que había en el corazon de sus montañas. Lo suplían para la fabricacion de sus herramientas ya por el pedernal, ya por una mezcla de estaño y cobre. Con carecer de instrumentos del temple de los de Europa labraban como querían el pórfido, el granito, y la esmeralda. Eran diestros en la orfevrería, la cerámica y los tejidos; inhábiles en las demas industrias. Estaban poco adelantados en la escultura y la pintura y algo más en la arqui-

---

cho ésto y muértose algunas de sus mujeres los metían en las sepulturas con sus tesoros y no poca comida, teniendo por cierto que iban á estar en la parte que el demonio les hace entender. Y guardaron, y aún agora lo acostumbran generalmente que ántes que los metían en las sepulturas los lloran cuatro ó cinco ó seis días ó diez segun es la persona del muerto, porque, mientras mayor señor es, más honra se le hace y mayor sentimiento muestran llorándolo con grandes gemidos y endechándolo con música dolorosa diciendo en sus cantares todas las cosas que sucedieron al muerto siendo vivo. Y si fué valiente llévanlo con estos lloros cantando sus hazañas, y al tiempo que meten el cuerpo en la sepultura, algunas joyas y ropas suyas queman junto á ella, y otras meten con él.» *Crónica del Perú,* cap. LXIII.

[1] Fuentes de este capítulo: Garcilaso de la Vega, *Comentarios Reales,* tomo II, caps. XXXVII, XL, XLI y XLII; tomo IV, caps. XVIII, XIX y XXI; tomo V, caps. del I al VII; Rivero y Tschudi, *Antigüedades Peruanas,* caps. VII y VIII; Cieza de Leon, *Crónica del Perú,* caps. LXII y LXIII; Gomara, *Historia general de las Indias,* cap. CXXII; Prescott, *Conquista del Perú,* Introduccion, caps. III y IV.

tectura. Por el sentimiento de la divinidad iban más á lo monstruoso que á lo bello. Cultivaban y amaban la poesía.

Habían hecho tambien en filosofía y en ciencias escasísimos progresos. En astronomía apénas habían llegado á medir el curso aparente del Sol, observar la marcha de Vénus y reunir en corto número de constelaciones las estrellas que más han llamado en todas las épocas la atencion de los hombres. En geometría y cálculo eran más prácticos que teóricos. Distaban de haber dado con el alfabeto, cuanto más con la imprenta. Debían confiar principalmente á la tradicion oral sus ideas y sus leyes.

Eran de bastante moralidad, en religion idólatras.

En lo político vivían bajo un gobierno invasor y absoluto, bajo la férula de reyes fastuosos á quienes separaban del pueblo insondables abismos. Si desde su nacimiento no estaban como los aztecas destinados á la guerra, á la guerra se habían de sacrificar siempre que se lo exigiesen los Incas. Estaban regidos tambien por instituciones semi–comunistas y semi–feudales.

Hé aquí ahora en qué aventajaban los tahuantinsuyus á los aztecas. En religion, si no habían completamente desterrado del templo los sacrificios humanos, los habían reducido hasta el extremo de ponerse en duda si los consintieron. No eran antropófagos: no consta que bajo los Incas probasen ni aún de esas víctimas inmoladas en sus altares. Si aún adoraban en muchos ídolos, rendían culto preferente al Sol ó á Pachacámac, y estaban por lo tanto cerca del dios uno de los pueblos semíticos. Tenían reducido el sacerdocio á las funciones puramente religiosas: no lo habían hecho ni un poder del Estado ni el exclusivo depositario de la ciencia. Veían á la vez en los Incas á sus reyes y sus pontífices.

En política, aunque no ménos despótico, era más patriarcal el gobierno. Velaba por el bienestar de todos los súbditos. Dirigía su actividad á que no les faltase lo necesario ni los abrumasen las cargas públicas. En la guerra economizaba cuidadosamente la sangre de los soldados, y, salvas pocas excepciones, aún la de los enemigos. Como se ha visto, hasta renovaba con frecuencia los ejércitos para que fuese más llevadero el servicio de las armas.

Ni hacía tampoco la guerra aquel gobierno con el sólo fin de ensanchar el Imperio y buscar nuevas fuentes de tributos. Llevaba la civilizacion en la punta de sus lanzas y á las tribus vencidas indisputables beneficios: calzadas, puentes, acueductos, escuelas y una organizacion social que las ponía al abrigo de la orfandad y el hambre. No habían bastado los calpullis en Méjico á impedir la mendicidad ni el pauperismo; pero sí las instituciones de los Incas.

Aventajaban por fin los tahuantinsuyus á los aztecas en haber adoptado un sistema de numeracion más sencillo y completo, ostentar ménos fausto y llevar ménos desnudas las carnes, ser más solícitos para el trabajo, gustar más de la música y el canto y tener más dulces y suaves costumbres.

En cambio los aztecas eran superiores en otros puntos á los tahuantinsuyus.

Vivían vida más individual: no tenían su personalidad completamente absorbida por la del Estado. Se hallaban divididos en clases, pero no condenados á morir cada cual en la suya. Podía el último hombre del pueblo elevarse por sus hazañas á la mayor nobleza: entraban nobles y patricios en la órden de los tecutlis. No veía nadie cerrada la puerta á la esperanza.

Habían hecho por otra parte los aztecas mayores adelantos en las ciencias. Se regían por el año solar y lo habían calculado con tanta precision como en Europa. No necesitaban ni de torres ni de columnas para fijar la época de los solsticios ni la de los equinoccios. Tenían años bisiestos y un sistema cronológico que les permitía remontarse á lejanos siglos. Más de ciento ochenta siglos, segun el códice del Vaticano, daban de edad al mundo.

Disponían tambien de otros medios para la transmision de sus conocimientos. Empleaban el jeroglífico, no sólo el figurativo y el simbólico, sino tambien el fonético, que tanto se acerca á la escritura. Fabricaban un papel que por lo ménos valía tanto como el papyros de los egipcios y los griegos.

En moralidad tal vez rayaran tambien más alto que los tahuantinsuyus. Habían desterrado la embriaguez, cosa allí nada fácil.

Si es en las artes ¿quién mejor que ellos utilizaba así para vestidos como para adornos las brillantes plumas de sus pájaros?

En arquitectura supone Prescott más adelantados á los Incas. Opino lo contrario. Aún sin tomar en cuenta la bóveda vertebrada de Xochicalco, que no tiene par en los monumentos construidos por los soberanos del Cuzco, no me permiten seguir á Prescott las colosales pirámides de Papantla y de Cholula, aún hoy asombro del viajero. ¿Qué son á su lado los edificios de los Incas, de escasísima altura, de líneas siempre verticales, más bien estrechos que anchos y cubiertos de malas techumbres? Quizá tuviera razon Prescott si pudiese considerarse obra de los Incas los tantas veces mentados restos del templo antiguo de Pachacámac y los de Huanuco el Viejo; mas repito que datan de otros hombres y otros siglos. En ajustar los sillares eran sin disputa habilísimos los canteros de los Incas; ¿lo eran acaso ménos los de los aztecas?

No sólo en la arquitectura, sino tambien en la escultura, aventajaban para mí los aztecas á los tahuantinsuyus. En arquitectura no los creo inferiores sino en las acequias y los caminos.

Llevaban por fin los aztecas la primacía en las armas para la defensa. No sé que se haya encontrado en el Imperio del Cuzco coseletes, cascos ni grebas, como los de Méjico.

¿Era pues superior la civilizacion azteca? Por tal la tendría en conjunto á no recordar el estrecho fin de sus guerras, sus banquetes de caníbales y las sangrientas hecatombes de sus templos. Si no resolvió del todo el problema social, tampoco forzó á los ciudadanos á dejar por tierras desconocidas y tal vez incultas, las de la pátria.

CAPÍTULO XXX

Sobre si hubo en América más pueblos civilizados de los hasta aquí descritos.—Rocas grabadas y pintadas que hay en todo aquel continente.—No indican á los ojos del autor la existencia de otros pueblos cultos.—Códices pintados y otras clases de jeroglíficos encontrados en pueblos bárbaros.—Tampoco son suficiente indicio para resolver la cuestion de que se trata.—Lo son ya las ruínas de Copan.—Su situacion y descripcion.—Sus esculturas.—Sus altares.—Su significacion.—Si el templo en ruínas pudo ser obra del pueblo que encontraron en Honduras los españoles.—Semejanzas y diferencias entre estas ruínas, las de Yucatan y las de Palenque.—Ruínas de Quirigua.—Su situacion y su descripcion.—Semejanza entre estas ruínas y las de Copan.—Ruínas de Cinaca-Mecallo.—Comparacion con las de Copan y Quirigua.—Otras ruínas de dudosa existencia.—Ciudades de Patinamit y Utatlan.—Ruínas de Patinamit.—Ruínas de Utatlan.—Otras ruínas en Guatemala.—Ruínas del lago de Peten.—Ruínas del lago de Yaxhaa.—Ruínas de Tikal.—Todas estas ruínas parecen revelar la existencia de tres pueblos desconocidos.—Los Mound-Builders.—Campos atrincherados.—Campos-fortalezas.—Campos-templos.—Si lo eran verdaderamente.—Túmulos.—Túmulos-templos.—Túmulos en figura de séres animados.—Túmulos-cónicos.—Ruínas más allá del Gila y el Colorado.—Reflexiones y conclusiones.[1]

Doy aquí fin á la historia de los pueblos cultos. Antes de pasar á la de los bárbaros, objeto del libro segundo, considero indispensable examinar si realmente los hubo que al tiempo de la Conquista hubiesen ya desaparecido ó vuelto á la vida salvaje. Me he decidido por la afirmativa al hablar de los monumentos de Palenque y de las ciudades y ruínas descubiertas más allá de las márgenes del Gila; pero al decir de muchos escritores revelan otros restos de pasados siglos la existencia de otras civilizadas y desconocidas gentes. Tocaré esta cuestion, más que con el ánimo de resolverla, con el de recoger lo que haya podido dejar olvidado en mi camino y rectificar los errores á que me haya llevado la falta de libros y estampas que con posterioridad he podido proporcionarme.

Al Oriente de los Andes no encontraron los españoles y los portugueses más que tribus bárbaras. En las riberas del Cauca, en las del Ori—

---

[1] Las noticias de este capítulo están en su mayor parte tomadas de la excelente obra de Bancroft titulada: *The native Races of the Pacific States of North America.* De los importantes libros que sobre las muchas ruínas de aquel continente se han escrito y publicado modernamente no he podido ver sino el de Dupaix sobre las antigüedades de Méjico, el de Rivero y Tschudi sobre las del Perú y los de Waldeck sobre las de Yucatan y las de Palenque. No he podido adquirir ni están en la biblioteca nacional de esta Córte los de Stephens, Catherwood, Squier y otros autores que las han visitado y reproducido en, segun mis noticias, excelentes láminas. Bancroft ha escrito sobre éstos y otros libros de no ménos interés el tomo IV de su obra; y yo le sigo casi á la letra en todo lo que son datos y noticias. Le sigo hasta en algunas de sus clasificaciones.

noco, en las desiertas llanuras de la Guyana se hallan, con todo, rocas de granito en que están grabadas figuras de tigres y cocodrilos, ademas de otros caractéres al parecer simbólicos. Segun refiere Humboldt, aseguran y saben por tradicion los indígenas que existían ya estos jeroglíficos cuando sus antepasados se establecieron en tan cálidas regiones. No por esto sé ver en tan rudos monumentos indicios de pueblos cultos.

Rocas de esta clase, ya grabadas, ya pintadas, las hay en las tres Américas. En el istmo de Panamá las hay, á pocas millas de David, en Caldera; en Nicaragua las hay á la entrada de una cueva de Guaximala, en un barranco cerca de Masaya, conocido con el nombre de El Baño y en los muros que rodean el lago de Nijapa; en Honduras las hay cerca de las fronteras de Guatemala, en la márgen oriental del Copan, río célebre por ruínas de que hablaré más tarde; en Méjico las hay en el Estado de Veracruz, en un pueblo que llaman Atliaca; en diversos territorios de los Estados Unidos las hay en las orillas meridionales del Gila, en las del Colorado, en la confluencia de los arroyos Bill, Williamí, Jork y Santa María, en las riberas del Puerco, no léjos de las fuentes del Zuñi, entre el Lago Salado y Harmony, y junto al río Columbia.

Aunque los jeroglíficos de todas estas rocas presentan cierto aire de parentesco, no dejan de llevar los de cada region un sello particular que los distingue y revela que fueron obra de diversas manos. Si es grande la semejanza que se observa entre los de Panamá y el Lago Salado, difieren en cambio señaladamente los del Lago y los del río Gila con no estar unos de otros á gran distancia. Adoptando el criterio de Humboldt, habríamos de admitir ó la existencia de tantos pueblos desconocidos como sistemas de jeroglíficos descubriésemos en esa dilatada série de rocas, ó la distribucion de las diversas ramas de un sólo pueblo por las tres Américas; hipótesis que desmienten innumerables hechos. Son generalmente estos jeroglíficos toscos é informes y reflejan más la barbarie que la cultura: no hay necesidad de recurrir á suposiciones aventuradas para explicar su existencia. Entre los del Gila, se los ha creido ver de fecha reciente.

Otros datos aduce Humboldt más significativos. Entre los panos, dice, en las riberas del Ucayale, algo al Norte de la confluencia del Sarayacu, vió el Padre Gilbar en los primeros años de este siglo á un anciano que, sentado al pié de una palmera, descifraba á multitud de jóvenes, el sentido de las pinturas de un cuaderno que formaban hojas de tela de algodon cosidas con hilo de pita. Hízose con uno de esos códices, hoy desgraciadamente perdido, y lo vió cubierto de figuras y caractéres ordenadamente distribuidos, todos de vivos y brillantes colores. Distaban los panos de conocer la pintura y áun de sentir la necesidad de trasmitir sus ideas por signos gráficos: ni podían ser los autores de tan notables manuscritos ni descifrarlos sino por medio de una tradicion vinculada en ciertas familias. [1]

---

[1] Humboldt, *Sitios de las Cordilleras*, parte segunda, cap. XII.

Este dato es verdaderamente grave. ¡Lástima que no se conserve el cuaderno recogido por el padre Gilbar y no podamos cotejarlo con los atribuidos á los aztecas y los mayas! Pinturas jeroglíficas se sabe que las había tambien entre los bárbaros de la América del Norte. Las hacían sobre madera los iroqueses y los hurones; y los indígenas de Virginia, no sé si recordará el lector que representaban simbólicamente en ruedas de sesenta radios los sucesos de otros tantos años. Mas el Padre Gilbar aseguraba que en los códices de los panos había figuras y caractéres; y caractéres no se dice que los usaran sino los mayas y los pueblos que levantaron los monumentos de Copan y los de Palenque. ¿Habría llegado al Ucayale alguna de esas naciones? ¿Habría sido otra nacion la que escribiese esos libros?

Como otras veces dije, los toltecas, en opinion de algunos escritores, se esparcieron despues de la ruína de Tula, no sólo por la América Central, sino tambien por la del Mediodía. Se ha llegado, segun se ha visto, á considerarlos autores de los edificios de Tiahuanaco. Hemos encontrado signos evidentes de su influencia en Nicaragua: su cronología, parte de sus dioses, algunos de sus ritus, voces algo desfiguradas de su lengua. Mas ¿quién dijo hasta ahora que hubiesen penetrado en la América meridional ni los mayas ni los pueblos de Copan y de Palenque? Se parecían los antiguos habitantes de Nicaragua no ménos á los mayas que á los toltecas, y usaban al decir de Oviedo figuras y caractéres para comunicar sus pensamientos; mas no bastan estas analogías para asegurar que ni los mayas ni los toltecas pasaran más allá del Istmo y se derramaran por las llanuras al Oriente de los Andes. ¿Ha de bastar más el aserto del Padre Gilbar para presumir la existencia de un nuevo é ignorado pueblo en la comarca de los panos?

Hablan ya, me parece, de ignorados pueblos las asombrosas ruínas de Copan, situadas en la márgen oriental del río del mismo nombre, en una de las más fértiles regiones de Honduras, casi en las fronteras de la República de Guatemala, cubiertas de vastos é impenetrables bosques. Hay allí vestigios de murallas de sillería que encerraban un área casi rectangular de mil seiscientos piés de longitud por novecientos de anchura. Dividida el área casi en dos mitades, está ocupada al Norte por un terraplen de setenta piés de altura, que mide ochocientos nueve de largo y seiscientos veinticuatro de ancho, salpicada al Mediodía de gigantescas estátuas y altares de piedra. Era la entrada, segun muchos autores, por Occidente, entre dos pirámides que todavía subsisten.

Contenían el terraplen récios muros de escarpe, que al Occidente bajaban hasta el río, y á los demas vientos estaban cortados por escalones de pié y medio de altos. Contaban estos muros sobre veinticinco piés de profundidad en su base; y en ciertos puntos, por la parte que miraba al campo, se elevaban hasta el remate de las construcciones levantadas sobre la plataforma. Consistian

las principales construcciones en cuatro soberbias pirámides y dos hondas plazas cuadrangulares circuídas de gradas á la manera de los circos de Roma. Eran sobre todo imponentes las pirámides que se alzaban en el ángulo Nordeste y en uno de los del Mediodía: formadas sus paredes exteriores por la prolongacion de los referidos muros, tenían para el que las miraba de abajo más de cien piés de altura. Aunque roto y medio hundido, todo ésto existe: se conmueve el viajero ante las ruínas y gime al verlas ganadas por multitud de arbustos y árboles que van de cada día separando los bien asentados sillares de tan grandiosas fábricas. Álzanse al cielo en lo alto de una de las pirámides interiores dos colosales ceybas de seis piés de diámetro, que extienden á más de cincuenta sus poderosas raíces.

Las dos plazas ó patios están á cuarenta piés sobre el nivel del terreno, á treinta debajo del de la plataforma. Es más capaz la que está al Oriente; pero se conserva mejor la más próxima al río. Tiene ésta noventa piés de ancha por ciento cuarenta y cuatro de larga, y la gradería de Occidente separada y dividida en dos tramos por un terraplen, ancho de doce piés, junto al cual se abre una estrechísima galería. A la entrada de esta galería hay á diez y siete piés de profundidad un hoyo de cinco en cuadro; de cuyo fondo parte otra que conduce á uno como panteon, ancho de cinco piés, largo de diez y alto de cuatro. En uno como panteon, digo, porque se encontró allí hasta cincuenta vasos de arcilla encarnada llenos de huesos humanos y, ademas de afilados y puntiagudos cuchillos de piedra, tres cabezas artificiales, una de ellas imágen de la muerte á juzgar por sus casi cerrados ojos y sus torcidas facciones. No tiene otra de las tres más de dos pulgadas, pero es de verde y blanco jade.

Distínguese la plaza al Oriente por una estátua y más aún por una piedra exágona, ancha y larga de seis piés, alta de cuatro, que descansa por sus ángulos en otras cuatro redondas y está cubierta de jeroglíficos en su cara superior y de figuras de bajo relieve en las laterales. Están las figuras todas sentadas y con la piernas en cruz sobre almohadones; llevan en la cabeza una especie de casco, en el cuerpo algo parecido á un coselete y en la mano derecha un objeto de representacion dudosa. No hay dos iguales en vestido ni en facciones; y, aunque distantes de la fiel reproduccion de la naturaleza, no dejan de revelar adelantos así en el dibujo como en el arte de cincelar la piedra. Mejor modelados aún están los jeroglíficos, cuadrados é indescifrables como los de Yucatan y Palenque.

Debajo del gran terraplen, junto á estas construcciones hay otra pirámide, alta de treinta piés, ancha de veinte, otro espeso muro que rompiendo al Oriente la cerca exterior se prolonga por los vecinos bosques, y algunas estátuas ú obeliscos que, junto con las del Mediodía y la que acabamos de ver en la última de las dos plazas, constituyen una de las más originales páginas de la historia del arte. Son estas raras obras, piedras enormes de tres á cuatro piés de profun-

Esculturas de Copan



didad y de once á trece de altura, profusamente labradas en alto relieve de la base á la cúspide. Imposible de todo punto dar idea de sus complexos y fantásticos adornos: no cabe decir sino que medio perdida en ese mar de molduras se distingue una estátua, no ménos caprichosamente decorada, que ocupa como las dos terceras partes de tan extraños pedruscos.

Tienen casi todas esas estátuas tranquilo y placentero semblante; sólo en una se ve medio abiertos los lábios y salientes los ojos como si quisieran saltar de sus órbitas. Llevan generalmente vueltas y apoyadas en el pecho las manos, ceñidos los brazos por ajorcas, una como saya ó cota en el cuerpo, y calzados los piés de sandalias. No es raro verlas ataviadas con hermosos bustos y elegantes carátulas, como las de Palenque. Distincion de sexo apénas si la presentan: aventajaban en ésto á los escultores de Copan, aún los que en Nicaragua hicieron los bárbaros y gigantescos ídolos de Zapatero, Pensacola y Momotombito. [1]

Descansan muchas de estas obras de Copan sobre pedestales de seis á siete piés cúbicos, y alguna sobre un basamento circular de diez y seis piés de diámetro. Las hay más estrechas abajo que arriba; y casi todas llevan esculpidas en dorso y lados más ó ménos líneas de jeroglíficos. ¡Qué luz para la historia si se llegara un día á descifrarlos! Parece imposible que tal se alcance no habiendo de aquellas gentes lenguaje escrito; mas ¿qué no vence el hombre?

Enfrente de esas piedras, á cortísima distancia, suele haber otras ya medio sumergidas en la tierra, altas de cuatro piés, anchas y largas de seis á siete, no ménos de notar por la belleza y la variedad de sus formas. La más rica es la que ya vimos en uno de los dos patios: de las que están al nivel del terreno, una parece reproducir la espalda de una tortuga, otra un cráneo, otra un extraño grupo de tres cabezas. Tienen algunas en su parte superior uno ó más hoyos; y ésto ha hecho presumir que fuesen altares donde se vertiese la sangre de las víctimas inmoladas á dioses de que podían muy bien ser imágen las próximas estátuas.

El aire general de las ruínas es efectivamente el de un templo. Las pirámides tuvieron en todos los pueblos de América un fin y un carácter religioso; y las hondas plazas con escalones en forma de anfiteatro, no es nada inverosímil que estuviesen destinadas á ciertos ritus y solemnes sacrificios. Si no altares, ¿qué otro objeto podían ser, por otra parte, esas bien labradas piedras erigidas á doce y á seis piés de las estátuas? Las estátuas no llevan, ademas, armas ni señales de guerra: debieron de representar, más bien que soldados, dioses.

[1] Al hablar de Nicaragua dije que no tenía noticia de que se hubiese encontrado en todo aquel territorio ídolos de piedra. Los hay, y de un estilo muy original, sobre todo en las islas de los lagos. Véase el libro segundo y el apéndice de esta primera parte.

Sobre que los muros con gradas no habían de ser los mejores para la defensa.

Mas si éste era el templo, ¿dónde estaba la ciudad ó la nacion que aquí rendía culto á sus ídolos? Cuando la Conquista, el cacique de Copan resistió bravamente á los españoles. Vencido en el campo, se retiró á su capital, y aún allí se defendió levantando barricadas y peleando como un héroe. Creyóse en un principio que la córte del cacique era la antigua ciudad poseedora de esas maravillas; mas hubo despues cambio en la opinion y se aseguró que no había podido existir punto alguno de contacto entre el viejo Copan y el pueblo en que tanta resistencia había encontrado Chaves. Entiendo que el cambio fué justísimo. De haber conquistado Chaves una poblacion correspondiente á la grandeza de estas ruinas, Copan no habría gozado desde luégo en Europa ménos fama que la de Méjico. Cuarenta y seis años despues habría conservado todavía sombras y léjos de lo que hubiese sido, y no habría dejado de llamar la atencion del licenciado Palacio que visitó en 1576 aquellos lugares y no halló cerca de lo que consideramos templo sino lugarejos. Palacio vió ya entónces esos importantes restos en el estado que hoy tienen y oyó de boca de los indígenas que no habían levantado ellos ni sus mayores tan estupendas fábricas. ¿Por dónde se ha de poder presumir que el pueblo autor del templo fuese el ganado por Chaves?

Precisamente en Honduras, como dije en el capítulo XVIII, encontraron los españoles las tribus más bárbaras de toda la América del Centro. Ni aptos serían aquellos salvajes para admirar tan venerandas reliquias. Cuenta el mismo Palacio que las atribuían á un señor de Yucatan que allá en remotos tiempos había bajado á Cerquin y despues de haber levantado multitud de edificios se había vuelto á su patria, dejando sóla y despoblada la tierra; pero deja entrever que aún ésto lo decían envuelto en patrañas y tradiciones ridículas.

Con los monumentos yucatecas tenían los de Copan escasos puntos de contacto. Parecíanse algo más á los de Palenque; no lo bastante para considerar á los unos y los otros creacion de un mismo pueblo. No hay en los de Copan señales de haberse empleado el estuco. Las hay de haber sido exteriormente pintados; no de que estuvieran cubiertos de relieves. Sólo en una de las pirámides se ve hileras de cráneos más bien de monos que de hombres. Relieves no los había generalmente sino en las piedras de que hablé y en algunas de las gradas del templo, donde aún existen colosales cabezas. Son éstas comunmente de buen dibujo; pero no las estátuas. Entre las estátuas y algunas de las que decoran la fachada del palacio mayor de Palenque median verdaderos abismos.

Las principales semejanzas entre las dos clases de monumentos están en el traje de las figuras y en los jeroglíficos. Los atavíos de las figuras de Copan son tan numerosos y complicados como los de las figuras de Palenque: en las unas y las otras se observa el uso de las carátulas por dijes. En las unas y las otras

esas carátulas suelen estar bien dibujadas y labradas. Los jeroglíficos de los dos países tienen por otra parte un ostensible aire de parentesco. Son todos cuadrados, están regularmente distribuidos y presentan entre sus elementos constitutivos esferas y barras. Es de creer que unos y otros sean caractéres, tanto más cuando se los compara con los de los mayas. ¿Serían mayas, palenquetecas y copanecas ramas de un mismo tronco, es decir, pueblos de una misma raza? El perfil de las figuras que hemos visto en una de las plazas de Copan es muy parecido al que hice notar en las de Palenque.

Es enigmática la historia de América, y tan poco feliz, que andan discordes los que recorrieron aquel continente aún sobre cosas que caen bajo la accion de los sentidos. Palacio, que, como he dicho, visitó en el siglo XVI las ruínas de Copan, habla de una piedra grandísima en forma de águila; de estátuas que ceñian mitra y llevaban sortijas en las manos como nuestros obispos; de otras, imágen de guerreros con muchas labores en las armas; de otras, representacion de mujeres con largos ropajes y tocados al uso de las damas de Roma; de una escalera que al Occidente bajaba á la márgen del río, por muchas gradas [1]. Fuentes, que parece haber visto las mismas ruínas á fines del siglo XVII, refiere que á corta distancia del patio en forma de circo había en cierto portal de piedra dos estátuas vestidas á usanza de Castilla, con bragas, gorguera, espada, gorro y capa corta. Añade que detras de este portal había dos pirámides de que pendía una hamaca con dos figuras de distinto sexo en traje indio. Lo maravilloso, dice, es que con ser de piedra figuras y hamaca y por lo tanto de enorme peso, se las puede poner en movimiento al más ligero impulso de nuestra mano [2]. Nada de ésto han sabido ver los artistas ni los escritores que han estudiado y áun copiado en este siglo tan asombrosos restos. ¿Es que no ha existido nunca? ¿es que ha desaparecido?

Creerá tal vez el lector que exagero al hablar de la grandeza de estas ruínas. Se calcula que para la construccion de las obras que he descrito se empleó nada ménos que veintiseis millones de piés cúbicos de piedra. Es de advertir que no entran en el cálculo las dos pirámides del centro. Añádase ahora á todo que fuera de las murallas de circunvalacion continúan las ruínas y se cree con fundamento que se extienden á los próximos bosques. Por los bosques próximos aseguraron los indígenas á Mr. Hardcastle, que pasa un camino de muchas leguas; y es ya cosa averiguada que río arriba, como á una milla de distancia, hay otro muro de sillería con un edificio circular y una hoya que al parecer fué depósito.

---

[1] *Relacion hecha por el Licenciado Palacio al rey D. Felipe II, en la que describe la provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables.* COLECCION DE DOCUMENTOS INÉDITOS de *D. Luis Torres de Mendoza*, tomo VI, pág. 5.

[2] SUARROS, *Historia de Guatemala,* págs. 56 y 57.

A dos millas del río, al Norte, en una larga línea de colinas, se ha encontrado, ademas, una cueva que puede muy bien ser la que mencionó Fuentes con el nombre de cueva de Tibulca. Falta sólo saber si esta cueva es hija del arte.

No es posible, repito, que tan vastas construcciones fuesen obra de gentes bárbaras, y es por lo tanto preciso admitir que aquí vivieron y prosperaron pueblos distintos de los que encontraron los españoles. Los debió de haber aquí y en toda la tierra que va de las fronteras septentrionales de Honduras á Méjico. En Quirigua, cincuenta millas al Nordeste de Copan, orillas de un pequeño arroyo que afluye al Motagua, hay sobre un monte de piedras sin labrar una pirámide de sillería que tiene veinte y cinco piés de altura. Ni en la pirámide hay esculturas de ningun género ni en el montículo nada que revele construcciones subterráneas; pero sí alrededor fragmentos que arrojan alguna luz sobre la cuestion objeto de estas páginas.

Hay en primer lugar al pié de la pirámide una piedra oval, parecida á una cabeza humana, de seis piés de altura y treinta y cinco de circunferencia, toda cubierta de figuras de medio relieve, entre las cuales se distingue por su buen estado la de una mujer sin manos ni piernas que está con los brazos al suelo. Lleva esta mujer un tocado de diez y seis pulgadas de altura, en cuya parte superior se ve la cabeza de un ídolo ceñida por una diadema; y tiene estrecha y deprimida la frente como algunas de las imágenes que acabamos de ver en Copan y vimos ántes en Palenque.

Hay, ademas, una como piedra de molino, que en uno de sus lados está cubierta por una cabeza de tigre; y en ella y en lo demas, inclusos los cantos, llevan jeroglíficos idénticos á los de Copan, segun los escritores que pudieron examinarlos.

No ya junto á este monumento, pero sí tres ó cuatrocientas varas al Norte, se encuentra al rededor de un muro piramidal un grupo de pilares-ídolos que no se diferencían de los de Copan sino en que son mayores, de ménos arte y de esculturas de menor relieve. Uno hay entre doce que tiene diez piés de inclinacion y levanta veintiseis del suelo. El menor levanta nueve. Son generalmente todos de tres piés de profundidad y cuatro de anchura, y están cubiertos de jeroglíficos que se extienden hasta el traje y los adornos de las estátuas. De éstas hay una con rostro mitad irracional, mitad humano: otra que lleva en su caprichoso tocado una cabeza de mónstruo.

Descansa uno de estos ídolos, de forma circular por cierto, sobre un pequeño túmulo cercado de una muralla con escalones. Entre la muralla y el túmulo hay un altar sostenido por dos colosales cabezas. Está ese altar, como los muchos que allí yacen medio enterrados, lleno de jeroglíficos.

Su semejanza entre los monumentos de Quirigua y Copan no puede ser más visible. Hubieron de ser todos obra de la misma edad y del mismo pueblo. No es

ya probable que lo fuesen los que descubrió el Padre Urrutia en Cinaca-Mecallo, en la meseta de unos cerros que se levantan sobre el río Paza, límite entre las repúblicas de Salvador y Guatemala. Dentro de una cerca ó muralla cuyos restos permiten aún trazar la línea oval que describía, vió el Padre Urrutia galerías subterráneas, vestigios de calles y edificios en ruínas. Excavando en roca viva halló uno á su parecer templo con entrada al Oriente. En la puerta, formada por gruesos sillares estrechamente unidos, observó, esculpidas en bajo relieve, las imágenes del sol y la luna y pintados de rojo ciertos símbolos; en lo interior jeroglíficos, distantes, por lo que escribe, de ser caractéres como los de Copan y Quirigua. Ni fué ésta la sola construccion troglodita que encontró en Cinaca. Otra vió y recorrió hasta dar con un recinto donde había cinceladas algunas piedras. Es ya otro estilo y aún otra religion lo que aquí se distingue.

Habla, ademas, el Padre Urrutia de un grandioso sillar con inscripciones, entre las cuales hay un árbol y un cráneo, símbolos, segun él, de la vida y la muerte; y de una roca donde está grabado un tigre, recuerdo, en su opinion, de algun señalado acontecimiento. Revelan á mi modo de ver todas estas obras la mano de un pueblo más en la infancia que el de Copan, cuanto más que el de Palenque.

Es ahora de sentir que no existan datos ciertos sobre algunas construcciones del territorio de Guatemala. Dícese que en la hacienda del Carrizal, como veinte millas al Norte de la ciudad, en una de las alturas que defienden la entrada del valle de Motagua, hay masas de piedras en bruto que están puestas las unas sobre las otras sin argamasa de ningun género y forman gigantescos muros de estilo verdaderamente ciclópeo. Dice Juarros en su *Historia de Guatemala* que en la confluencia del Xilotepec y el Pancacoya hay una línea de columnas bellamente labradas con sus capiteles y sus molduras. ¡Que no tengamos dibujos de tan significativos restos! Se dice tambien si ocho ó diez millas al Sud del Amatitlan y veinticinco ó treinta al Oeste del mismo lago hay dos hermosos acueductos de piedra y junto al último nueve ídolos, cada uno de seis piés de altura. ¿Con qué ídolos serán éstos comparables?

Debo llamar la atencion del lector sobre dos antiguas ciudades de importancia: la de Patinamit, capital que fué de los cakchiqueles y la de Utatlan ó Qumarcaah, que lo fué de los quichés. Estaban las dos en altas mesetas cercadas de profundos barrancos, y sólo por una senda eran cada una de las dos accesibles. Hallábase situada la de Patinamit quince leguas al Sudeste del lago Atitlan y cuarenta al Noroeste de Guatemala; y la de Utatlan, hácia los confines de Vera Paz, treinta millas detras de las montañas al Noroeste de Quetzaltenango.

Hoy ya la de Patinamit es un confuso monton de escombros. Apénas si cabe distinguir más que el plano de dos edificios y la nariz y los ojos de dos escul-

turas que yacen por el suelo. Fuentes, que la visitó en el siglo XVII, tuvo ocasion de ver más, y á él debo referirme. Alcanzó todavía dos puertas de cantería, entrada de un estrecho camino que conducía á lo alto de la meseta; arriba la ciudad dividida en dos partes por un foso de seis á ocho piés de hondura, que corría de Norte á Sur y estaba calzado de piedra y aún armado de un parapeto de mampostería. Pudo ver todavía que las calles se cruzaban en ángulos rectos, contemplar las ruínas de uno que creyó palacio y las de muchas casas, convencerse por sus ojos de que había edificios con cien varas cuadradas de base. Mas desgraciadamente no bastan esos datos para apreciar la arquitectura de los cakchiqueles.

De la ciudad de Utatlan quedan por fortuna más restos. A la entrada del sólo camino por donde se pasa el barranco hay una larga línea de construcciones, todas de bien labrados y sobrepuestos sillares, que se comunican por una zanja. Dentro de esta línea se alza la enorme fortaleza llamada hoy *El Resguardo*, de ciento veinte piés de altura, de forma piramidal, de tres pisos, el uno de menor base que el otro, á que se sube por otros tantos tramos de escalones. Cerca á su vez una muralla de sillería cubierta de duro cemento toda el área de la meseta, en cuyo centro se levanta una torre tambien provista de gradas. Describir la multitud de informes ruínas que hay en esta plataforma sería de todo punto imposible. Descuellan entre todas las del verdadero ó supuesto palacio de los reyes de Quiché que se dice haber sido de mil cien piés de longitud y dos mil doscientos de anchura. No quedan ya de tan importante edificio sino los pavimentos y restos de tabiques; pero son lo bastante para persuadirnos á que estaban interiormente pintadas las paredes y debía de ser el monumento de notable grandeza.

Otra fábrica subsiste aún en Utatlan de indiscutible importancia: el Sacrificatorio, una pirámide de piedra de sesenta y seis piés cuadrados de base y once varas de altura á que se sube por tres tramos, de diez y nueve gradas cada uno, situados á Norte, Oriente y Mediodía. Está el lado de Occidente cubierto de diversas capas de estuco, todas pintadas de figuras, entre las cuales sólo se distingue el cuerpo de un leopardo. Tiene la pirámide en ruínas la cúspide; pero es de suponer, atendidos los sangrientos ritus de aquellos hombres, que sostuviera el altar de los sacrificios.

Se ve aquí empleado el estuco y no se ha encontrado ningun objeto esculpido, como no sea una figura sentada y dos cabezas de *terra cotta*. No es ya posible suponer de la misma edad ni del mismo pueblo estas obras y las de Copan y Quirigua.

Abunda en edificios y ciudades antiguas la tierra de Guatemala. En Zakuleu, capital que fué de los Mames, cerca de Huehuetenango, hay dos pirámides de ciento dos piés cuadrados de base y veintiocho de altura, compuestas de piedras sin labrar unidas por argamasa y un día cubiertas de estuco. De Huehuetenango

á Salama, por una extension de cerca de cien millas, se dice que cabe seguir á trechos una línea de ruínas de fortalezas y pueblos situados á la embocadura de los ríos y en altas posiciones como para guardar la entrada de fértiles valles. En la confluencia del Pacalah con el Usumacinta quedan todavía restos de otra línea de fortificaciones, túmulos piramidales y torres atalayas. Una pirámide hay allí de dos pisos, alta de cuarenta piés, á que se sube por una escalera dividida en tres tramos. Segun Squier se acababa de descubrir el año 1850 en esta misma provincia de Vera Paz dentro de un vasto y espeso bosque las ruínas de una ciudad que dejaba atras en magnificencia las de Copan y Palenque y había llevado el arte á una altura que no alcanzaron los mejores monumentos yucatecas. De otra ciudad grande como Utatlan habla un cura de Santa Cruz que dice haberla visto á cuatro leguas de Coban, si caidas ya las calles, en pié el palacio. Otra se mienta aún en el camino de Utatlan á Méjico.

Ya en la provincia de Peten, en el lago del mismo nombre, en una isla que ahora llaman Remedios, hubo hace siglos otra ciudad, por nombre Tayasal, que al tiempo de la conquista poblaban los itzas. Contaron en ella los españoles hasta veintiun adoratorios, de que no existen ya ni restos. Atestiguan, sin embargo, su pasada existencia toscas figuras y vasos de barro allí por casualidad encontrados y pequeños ídolos descubiertos en antiguos sepulcros. Se dice que los ídolos se parecen á los de Yucatan; y no es de extrañar como se recuerde que los itzas fueron una rama de los mayas.

Hubo aquí mezcla de razas y, como era natural, de estilos. En el lago de Yaxhaa ó Yasja, dos jornadas al Oriente del de Peten, en el camino de Belize, hay una torre de cinco pisos que van disminuyendo en base. Tiene de planta sesenta y seis piés cuadrados. Carece de puertas y ventanas en sus cuatro primeros pisos, y sus paredes suenan, con todo, en hueco. Al Occidente conducen al último piso escalones altos de cuatro piés, anchos de siete. Tiene este piso por la parte opuesta, es decir á Oriente, una puerta que no permite entrar sino á gatas y está dividido en tres estancias que se comunican. Carece hoy de techo; mas se conoce que lo tuvo. Cerrábalo al parecer una de esas bóvedas angulares tan comunes en muchos pueblos de América. Es la torre toda de piedra labrada y calicanto y de formas tan distintas de las que se observa en la mayor parte de los monumentos de Guatemala, que recuerdan los de Copan y Quirigua.

Cuarenta millas al Nordeste de la extremidad oriental del lago de Peten hay por fin las ruínas de Tikal, que se extienden por espacio de más de una legua. Son allí muchos los palacios ó templos de sillería que se levantan sobre colinas de escasa altura. Uno hay, no obstante, que ocupa la cumbre de un otero, en muchos puntos calzado de mampostería, que mide ciento cuarenta piés de elevacion. Se sube á la cima por gradas de setenta de anchura, y se ve un grandioso edificio, alto de ochenta y seis, largo de setenta y dos, ancho de veinti-

cuatro, que mira á Oriente. Está dividido tambien en pisos, cada vez de menor base; y en los muros del primero, lisos y cubiertos de una capa de duro cemento, se abre un nicho de cinco á seis piés de profundidad provisto en su parte superior de anillas de madera como para colgar cortinas é interiormente adornado de pinturas y jeroglíficos. Es sólido este primer piso y está relleno de cascajo y tierra. No es probable que lo estuviese el segundo á juzgar por las ruinas de una al parecer escalera que á él conducía. Sobre que tiene esculpido el frente, cosa que no sucede en el primero.

En otro altozano, donde no hay señales de haber existido gradas, se alza otro edificio de las mismas dimensiones, más deteriorado y caido, pero con salas bien conservadas, tambien cubiertas por triangulares bóvedas. Las paredes de estos salones, profundas de siete piés é interiormente decoradas por jeroglíficos y pinturas, están circuidas de corredores, anchos de seis piés y largos de doce, con ventanas ó respiraderos. En lo alto del portal hay vigas sin labrar de madera de zapote. En otro tercer palacio estas vigas llevan esculpidos multitud de adornos y figuras jeroglíficas.

Lo aquí más notable son once ídolos de piedra de cinco á seis piés de altura que se encontró en una especie de patio abierto al pié de la colina del primer edificio. Descansan tres sobre anchos y redondos pedestales, de los que hay sueltos hasta veinte. De los veinte, ocho llevan un medallon con figuras de bajo relieve; los demas parecen sin concluir, segun están de toscos. Otros tres se conservan aún de forma oval no ménos interesantes. Mide el uno cinco piés y medio de largo por cuatro de ancho y lleva en uno de sus lados la figura de una mujer de ostentoso ropaje; el otro el perfil de un supuesto dios; el otro una escultura que así puede ser una serpiente como cualquiera otro de los reptiles. A qué estilo pertenezcan todos estos objetos de arte no puedo juzgarlo por la total carencia de dibujos: idénticos á los de Yucatan los hace el autor á quien sigo.

Tenemos indicado hasta aquí por la arquitectura y la escultura la existencia de tres grandes pueblos: el que levantó los monumentos de Copan y Quirigua; el que hizo los de Yucatan y gran parte de los de Guatemala y el que fabricó los de Palenque. Supongo que el lector recuerda los de Palenque y Yucatan de que hablé en otros capítulos. ¿Faltan entre ellos analogías? Como dejo indicado, hay una grave y capaz por sí sola de hacer pensar á los futuros descubridores de la historia antigua de América: la semejanza de los jeroglíficos. Pero las diferencias son más y no ménos graves, y alcanzan á esos mismos caractéres hoy, por desgracia, aún indescifrables. Caractéres, digo, porque sólo á los jeroglíficos que tengo por tales me refiero, no á los figurativos ni á los simbólicos. ¿Deberemos, repito, ver ahí tres pueblos distintos ó tres ramas de un mismo pueblo? Si tres ramas de un sólo pueblo, indispensable será reconocer el tronco en los mayas. Mas no nos precipitemos y sigamos nuestro viaje.

No me detendré de nuevo en Yucatan ni en Palenque por más que disponga ahora de mejores datos sobre sus obras de escultura y arquitectura. Sólo diré de paso que, aún suponiéndolas muy semejantes, ya entre sí, ya con las que acabamos de ver desde Panamá á las fronteras de Méjico, tienen las de cada region un sello tan particular y signos tan característicos, que hasta para el ménos conocedor de las evoluciones del arte es imposible confundirlas. Ya que pudiéramos admitir que fuesen todas hijas de un mismo pueblo, deberíamos á la vez confesar que entre las pirámides de Copan y Quirigua, por ejemplo, y la de los Sacrificios de Uxmal, que Waldeck ha bautizado con el nombre de pirámide de Kinsborough, media por lo ménos tanta distancia como entre las primeras iglesias románicas y las ojivales del siglo XIII de nuestra Europa. Hay distancia, aunque no de mucho tan grande, entre los palacios del mismo Uxmal y los de Palenque.

No volveré tampoco á detenerme en las comarcas al Occidente del golfo de Méjico entre los ríos Guazacoalco y Panuco. No recordaré siquiera los monumentos de Mitla, á los ojos de muchos obra tambien de un pueblo distinto del de los zapotecas del tiempo de la conquista; pasaré á escribir desde luégo de construcciones de muy diversa índole. En un extenso espacio de tierra circunscrito al Norte por el Alto Canadá, los Grandes Lagos y Minnesota, al Oriente por la parte occidental de Nueva York, Pensilvania, Virginia y la costa del Atlántico hasta el extremo meridional de la Florida, al Sud por el Golfo y al Occidente por una línea que va de Tejas á Minnesota por el Territorio Indio, Kansas y Nebraska, hay infinitos túmulos y campos atrincherados que, en opinion de todos los escritores, revelan un estilo y una raza sin igual en las demas regiones de las tres Américas. Son verdaderamente originales las obras de esos hombres, á que se suele dar el nombre de Mound-Builders, constructores de montañas. Si no lo son esos mismos túmulos por su forma, lo son por su vária aplicacion y carácter.

De los campos atrincherados, unos son fortificaciones, otros recintos religiosos. De los túmulos, unos son de regular contorno y grandes dimensiones, otros cónicos, otros de formas que imitan las de pájaros, las de otros animales y aún las de humanos séres. Suelen ser templos los primeros y tener plana la cúspide, escalonadas las vertientes. De los segundos, unos son altares, otros sacrificatorios, otros sepulcros. De los terceros se ignora por completo la significacion y el destino.

Los que yo denomino campos atrincherados suelen estar en lo alto de colinas que dominan valles ó en las terreras que ha ido formando el curso rápido de los ríos y los torrentes. Están siempre formados de los materiales que pudieron hallar más á mano sus constructores: de tierra, de piedra, ó de la mezcla de ambas cosas. No tiene ninguno ni sillares, ni adobes, ni argamasa, ni siquiera pedruzcos dispuestos con algun órden. La tierra extraida del vecino foso cons-

tituye no pocas veces la muralla. Cuando no, excavaciones inmediatas ó á poco trecho revelan de dónde se tomó los materiales. Ni suele verse tampoco en esas obras esfuerzo alguno por guardar ninguna clase de simetría. Si algun esfuerzo se hacía era sólo para colocarlas y disponerlas de modo que fuese fácil la salida y fácil surtirse de agua cuando se las cercase por los enemigos. Eran generalmente bajos los muros, pero se cree que tuvieron empalizadas. Señales de que las hubo existen aún en muchos de esos campos. La extension de éstos era vária: medían los más de ciento veinte á ciento sesenta áreas; algunos hasta seis hectáreas.

Abundan principalmente en la cuenca del Ohio estas sencillas fortificaciones. Cerca de Hamilton, en Butler-Hill, hay una en la cumbre de una colina que se levanta doscientos cincuenta piés sobre el nivel del río. Es de tierra y cascajo, de perfil irregular, sin foso, con entradas defendidas por túmulos y contramuros. Mide la muralla treinta y cinco piés de profundidad y cinco de altura; encierra un campo de seis á siete hectáreas.—En Fort-Hill hay otro que parece ser á la vez fortaleza y templo. Es de más regular contorno y de tal extension, que á los ojos de Squier fué una ciudad murada, no que un simple fuerte. Limita un espacio de cuarenta y cuatro hectáreas. Contiene varios túmulos y ademas dos pequeñas cercas, la una circular, semicircular la otra. Por la parte que mira al arroyo á cuyo pié está situado carece de foso y tiene alta de cuatro piés la muralla; por los demas puntos alta de seis y profunda de treinta y cinco. Es todo de arcilla y piedra.—Otro hay en Paint Creek, cerca de Bourneville, de piedra, de unos mil trescientos piés de circunferencia; otro en Fort Ancient, orillas del Miami, de cuatro millas de ruedo y murallas que á trechos son de diez y ocho y veinte piés de altura.—Hasta una línea de circunvalacion de diez y siete millas hay en el Estado del Ohio; en todo el Estado, sobre trescientas seis millas de tan toscos muros.—Están muchos sin foso exterior, pero lo tienen algunos interiormente. Servían, segun parece, los fosos interiores para la defensa de los túmulos.

Reunen muy distintas condiciones los campos atrincherados de carácter religioso. Suelen estar en llanuras circuidas de cerros. Son generalmente de formas regulares, y presentan bien definidos sus ángulos y curvas. Encierran superficies de una á veinte hectáreas. No tienen piedra ni fosos. Están cercados algunos por murallas de grande altura.—Levantan treinta piés las de Néwark—; pero son los ménos. Forman ordinariamente grupos.

Un grupo hay en Liberty por demas notable. Está compuesto de un campo cuadrado, de diez á once hectáreas, y de otros dos circulares, el uno de mil setecientos y el otro de ochocientos piés de diámetro. Se comunican los tres, y no parece sino que constituyen una sóla línea, aquí recta, allí ondulante. Las figuras, así el cuadrado como los círculos, son perfectas. Las murallas, todas de tierra, carecen de foso y miden cuatro piés de altura. Hay numerosos túmulos

en dos de los tres campos. Los hay fuera de los muros, principalmente al Norte. Túmulos todos que se presume fuesen sacrificatorios.

Otro grupo hay en Hopeton no ménos digno de exámen. Lo forman tambien un campo circular y otro cuadrado á que están contíguos otros dos circulares de mucho ménos diámetro y unidos; á cierta distancia al Oriente otro circular de buenas dimensiones, al Occidente dos muros paralelos que se extienden hasta el antiguo cauce de un no lejano río. El área del cuadrado y la del círculo principal son iguales: consta cada una de ocho á nueve hectáreas. Miden las murallas del rectángulo nada ménos que cincuenta piés de profundidad y veinte de altura; son las del círculo algo más bajas. Sólo los dos campos circulares inmediatos al cuadrangular tienen fosos y éstos interiores. El grupo es todo de barro.

Grupos hay de figuras inscritas y circunscritas. Uno hay en Portsmouth que consiste en cuatro círculos concéntricos cortados por cuatro calles á los cuatro vientos y tiene en el centro un túmulo de ancha plataforma. Otro hay en Pike County que es un cuadrado inscrito en un círculo de trescientos piés de diámetro.

Sin formar grupo no deja de haber tambien numerosos recintos. Son ordinariamente circulares y suelen tener su entrada al Este. Algunos, bajos y sin entrada, se calcula que fuesen campamentos. Foso exterior no lo tiene sino un campo de Bourneville; interior muchos. No es raro encontrar dos círculos concéntricos y entre los dos un foso.

¿Serían verdaderamente esos campos monumentos religiosos? No creo que pueda asegurarlo nadie. Se los ha considerado táles principalmente por la posicion que ocupan. No es en efecto de creer que se levantara obras de fortificacion en llanuras dominadas por vecinos montes. Acabamos de ver, con todo, que algunos tienen todas las apariencias de campamentos. En Cedar Bank, cerca de Chillicothe, hay uno que no cabe dejar de tomar por una fortaleza. Es rectangular, aunque de algo redondeadas esquinas. Consta sólo de tres lados, porque al Occidente le sirve de línea de defensa un río. Lleva foso exterior y bastante ancho y profundo; dentro de la cerca, un terraplen, alto de cuatro piés, ancho de ciento cuarenta, largo de doscientos cincuenta, con gradas de treinta de anchura que conducen á la plataforma. Al Sudeste, á corta distancia tiene otro campo rectangular, si estrecho, de ochocientos piés de largo, con murallas de tres á cuatro de altura. Es tan difícil determinar el destino general de cada una de estas dos clases de campos circunvalados como trazar la línea divisoria entre las dos clases.

Los túmulos ó montes hechos á mano no abundan ménos que los campos. Se cree que pasan de diez mil sólo en el estado del Ohío. Los hay en valles y en llanos, en las vertientes y en la cumbre de las colinas, aislados y en grupos, en y sin relacion con los recintos atrincherados, á largas y á cortas distancias

de otros monumentos. Los hay en los demas pueblos de América—los vimos en Méjico y tambien en Quito;— los hay en la misma Europa y los usaron ya los antiguos griegos; pero en ninguna parte son de mucho tan numerosos como en esas comarcas que bañan el Mississipi y sus tributarios.

Dije ya que esos montes se dividen en tres clases. Los que se calcula que fuesen templos son comunmente de tierra, de formas regulares, de bien definidas curvas y ángulos, de una altura que varía de cinco piés á noventa, de una base que ya mide trece varas de diámetro, ya ocupa una superficie de más de tres hectáreas. Terminan siempre por una plataforma á que conducen de ordinario anchas y suaves gradas que suben aquí en línea recta, allí serpenteando. Los hay de varios pisos y varias plataformas. Los hay aislados y los hay formando grupo. Se dice si llevaban todos en la cúspide construcciones de madera; la verdad es que no queda ni rastro de semejantes construcciones.

El mayor túmulo de esta clase, el de Cahokia, en el Estado de Illinois, tiene de base quinientos piés por setecientos, de elevacion noventa; como á la mitad de esta altura una plataforma de ciento sesenta por trescientos cincuenta; arriba, en lo más alto, otra de doscientos por cuatrocientos. En cambio el de Lovedale, Estado de Kentucki, mide sólo cinco piés de altura y lleva en su cumbre dos montes cónicos. Otro hay en Georgia, el Messier Mound, que es notabilísimo. Está en la cumbre de un cerro que domina una grande extension de tierra. Es de cincuenta y cinco piés de altura y de pendiente rápida, y carece, sin embargo, de rampas y escalones. Por la parte del Norte forma una sola línea con la del cerro; al Sur está cercado por un ancho foso.

Entre los grupos de túmulos el más sencillo es sin duda el de Marietta, en el Estado del Ohío. Se compone de cuatro montes adheridos á los cuatro lados de un terraplen cuadrangular de diez piés de altura. Quizá esté el más complicado en el Washington County, donde hay de catorce á diez y seis túmulos casi todos piramidales, unos de pequeñas, otros de grandes dimensiones. Mide uno trescientos noventa piés por trescientos treinta; otro cuatrocientos setenta por quinientos noventa.

Los túmulos de segunda clase abundan principalmente en el Estado de Wisconsin, aunque no deja de haberlos en el de Ohío. Se los encuentra frecuentemente en valles fértiles, raras veces en las orillas de los lagos. Consisten los más en simples muros, ya rectos, ya angulosos, ya curvilíneos, que apénas levantan del suelo ni se parecen á ninguno de los objetos de la naturaleza. Otros, los ménos, como una décima parte, reproducen en su contorno ya el del lagarto, ya el de la serpiente, ya el de la tórtola, ya el de otros pájaros y reptiles, ya el de cuadrúpedos. Reproduce tambien alguno el del hombre, aunque rudamente. Túmulos hay de cuadrúpedos con cuerpo y cola de cincuenta á doscientos piés de largo; de pájaros con alas de ciento; de lagartos que miden doscientos y aún

cuatrocientos: de serpientes que arrojan hasta mil de la cabeza á la cola. Lo hay en Adams County, en lo alto de una colina, que se parece á una monstruosa culebra que tuviese recojida la cola y encorvado el cuerpo. Tiene cinco piés de altura, treinta de ancho, cerca de mil de largo. Esta con las fauces abiertas como en actitud de tragar un túmulo oval de ciento sesenta piés por ochenta. Se ignora tambien cuál fuese el objeto de tan gigantescos montículos: se los cree en relacion con las ideas religiosas de sus constructores.

Los túmulos ó montes cónicos se distinguen principalmente por la total carencia de gradas y plataformas. Son por lo general simples montones de cascajo y tierra. Están ya en llano, ya en la cima de más ó ménos altos cerros; ya aislados, ya en grupos; ya en, ya sin relacion con los recintos atrincherados. Como el lector ha visto, pocos son los campos en que no haya túmulos, sobre todo á las entradas. Son esos túmulos ordinariamente cónicos. Verdad es que en todas partes abundan más los cónicos que los de las otras clases. Cónicos son los de Méjico, cónicos los de Quito. No quiere ésto decir que todos tengan una misma planta. Cuál la tiene redonda, cuál elíptica; cuál triangular, cuál cuadrada, cuál exágona. Forman hasta muchos de los compuestos figuras regulares. Aquí están en círculo al rededor de uno central, allí ocupan los ángulos de un cuadrilátero. Lo más frecuente, sin embargo, es verlos esparcidos, cuando ménos al parecer, sin órden ni sistema.

En los demas géneros de túmulos no se encontró nunca objeto alguno: alguno y aún algunos, en muchos del de los cónicos. Montes cónicos hay que allá en su cúspide llevan algo parecido á un altar, generalmente de barro cocido, rara vez de piedra. Son esos presuntos altares unos redondos, otros polígonos; y, aunque varían en dimensiones, suelen ser de escasa altura. Tienen comunmente de cinco á ocho piés de largo, y apénas si alcanzan de alto diez y ocho pulgadas. Presentan casi todos en su parte superior una concavidad que en no pocos está llena de cenizas y otros recuerdos de los Mound-Builders. Cúbrenla con bastante frecuencia huesos humanos y planchas de mica.

Lo raro es que esos túmulos-altares, que así se los denomina, léjos de ser homogéneos como los otros, están compuestos con gran regularidad de capas de tierra, cascajo, arena, arcilla y otras sustancias, capas que van siguiendo la curva de la superficie. La capa exterior es casi siempre de cascajo.

No se observa ya esta particularidad en los túmulos-sepulcros, tambien cónicos. Aunque cada uno solía servir para un solo muerto, los había que encerraban muchos. Cuando solo, estaba por regla general tendido el cadáver de Oriente á Occidente; cuando muchos, colocados en círculo de modo que los piés concurriesen á un mismo centro. Quisieron algunos escritores considerar esos túmulos como cementerios, pero infundadamente. Aquí como en tantas otras partes no se los levantaba sino para honrar la memoria de los héroes, de los caudillos, de las personas de rango. Segun fuese grande el hombre á que se lo destinaba, así solía ser el túmulo.

Hay aún otra clase de montes cónicos á que se da la calificacion de anómalos. Muchos, los más, no llevan altares ni contienen esqueletos; otros tienen esqueletos y altares. Uno hay elíptico con altar en uno de sus dos centros y esqueleto en el otro. Cuál pudiera ser su destino, se ignora; hay quien los cree atalayas ó alturas para ahumadas de guerra. Los hay de considerables dimensiones: el de Miamisburgo, en el Ohío, es de sesenta y ocho piés de altura y ochocientos cincuenta de ruedo. No es de los mayores, pero sí de los grandes. Los hay de las tres clases altos de setenta piés y altos de pocas pulgadas; los hay de cuatro piés de diámetro y los hay de trescientos.

¿Conoce el lector en la historia del arte algo parecido á las obras de esos Mound-Builders? Hubo en Europa un pueblo al cual se atribuye no ménos sencillos monumentos. Los celtas levantaron tambien túmulos sobre el cadáver de sus héroes. Les dieron á veces la altura de un metro y á veces la de ciento cincuenta. Ni siempre los hicieron para sepulcro de sus guerreros. Los hay en cuyo corazon no se ha encontrado ni tumba ni sarcófago; los hay que llevan allá en su cima uno como altar, un *dolmen*. Están á veces aislados y otras en grupos; y no es raro verlos junto á campos como los que acabamos de contemplar en las riberas del Ohío.

Los celtas, por otra parte, construían tambien bajo el nombre de *cromlechs* recintos sagrados. Dejaron dos en Inglaterra hoy más que nunca célebres: el de Abury y el de Stone Henge ó *Chorea Gigantum*. Son ambos redondos, y el segundo está formado por dos círculos concéntricos, el mayor de sesenta metros de diámetro. Contiene el primero otros dos recintos circulares y está circunvalado de foso.

A la par de los Mound-Builders hicieron, por fin, los celtas obras de vasta extension cuyo objeto se ignora: las dilatadas filas de *men-hires* de Bretaña entre las cuales descuellan las once de Carnak, que se extienden á más de tres kilómetros. Están divididas las de Carnak en cuatro principales grupos, y se calcula que no constaron de ménos de diez mil men-hires. Tres mil hay todavía en pié, y junto á uno de los grupos, junto al campo de Kervarieau, un gigantesco dólmen.

Mas esas obras y sagrados recintos de los celtas se componían, no de cascajo ni arcilla, sino de piedras enormes, casi siempre aisladas, que cuando más estaban unidas de dos en dos por unos como arquitrabes. Eran tambien éstos de una pieza, y los hay todavía que miden un metro de profundidad, seis de longitud y dos de anchura. Entre los celtas hasta en lo interior de los túmulos-sepulcros había ademas ya salas, ya sarcófagos de piedras; cosa que distaba de suceder en los montículos de los Mound-Builders. La diferencia entre los dos pueblos resultaba ser grande, por más que esos colosales pedruzcos estuviesen de ordinario sin labrar y los que más, ligeramente escuadrados. El arranque, el transporte y la colocacion de tan bárbaras moles presuponían la existencia de

medios mecanicos, de que no necesitaban los ignorados constructores de los monumentos del Ohio. Bastábanles á éstos paciencia y someras nociones de geometría para edificar sus obras de barro.

De todos modos estas obras son altamente significativas. Si presentan algunas analogías con las de Europa, ninguna con las de otros pueblos de América á no ser en los túmulos; y ésto lleva lógicamente á creer que las hicieron gentes distintas de las más ó ménos cultas que poblaban la tierra del Pánuco al Maule. ¿Vivían aún estas gentes en la cuenca del Mississipí al tiempo de la Conquista? Debían haber desaparecido ó vuelto al estado salvaje, puesto que no encontraron allí los europeos sino tribus bárbaras. Posible es lo primero: ¿lo es lo segundo? Experimenta la humanidad grandes retrocesos, pero sólo por invasiones como la que aquí sufrimos hace mil cuatrocientos años: ¿quiénes fueron ó pudieron ser los invasores de los Mound-Builders? Aún con tales mudanzas no suele morir del todo la civilizacion de los vencidos; y allí había muerto de modo que ni recuerdos quedaban de quiénes hubiesen podido ser los autores de tan vastos recintos.

¿Desaparecieron entónces los Mound-Builders? ¿se extinguió la raza? Los Mound-Builders hubieron de ser numerosos á juzgar tanto por la extension de sus monumentos como por la del territorio que ocupaban, de los Grandes Lagos al Golfo. Para que se extinguieran habrían debido pasar por grandes y terribles cataclismos ó vivir sujetos durante siglos á tribus salvajes animadas para con ellos de inextinguibles ódios. ¿No ha de parecer más racional la hipótesis de que, empujados por tribus de esta clase, penetraron en la tierra de las naciones cultas establecidas al Sudoeste y perdieron su individualidad como pueblo? Recuerde el lector las muchas razas que fueron sucesivamente entrando en Méjico á la caída de los toltecas; recuerde sobre todo la suerte de esos toltecas mismos, diseminados y perdidos por la América Central despues de haber alcanzado una civilizacion superior á la de todos los Estados de aquella parte del mundo y de aquel tiempo; y verá como solamente así se explica que á la entrada de los europeos no hubiese ya Mound-Builders en los lugares donde construyeron tan singulares obras.

Mas ¿estaban tan adelantados esos hombres, se preguntará tal vez, que mereciesen la denominacion de cultos? No me cansaré de repetir que las palabras cultura y barbarie carecen de valor absoluto. Civilizados eran los Mound-Builders con relacion á las tribus que los reemplazaron. Conocian, segun parece, la agricultura: pueblos meramente cazadores, no habrían jamas emprendido la construccion de vastos monumentos. Eran hábiles en la alfarería. Grababan, aunque poco, en la piedra. Sabían el arte de la fortificacion, segun lo bien que colocaban y disponían sus reductos. Poseían el sentimiento de la armonía, y por lo tanto el de la belleza. Es notable principalmente en los que tenemos por sus recintos sagrados lo perfecto de las curvas y los ángulos y la relacion que

guardan unas con otras las figuras de las plantas. Casos hay, como se ha visto, donde son idénticas en superficie las areas de un cuadrado y un círculo contiguos, casos en que no pueden estar mejor distribuidos los túmulos de un grupo.

Los Mound-Builders habian de vivir por otra parte bajo un gobierno regular y rendir á Dios un culto, si no incruento, sencillo. Hasta es de presumir que tuviesen el poder espiritual y el temporal en una sola mano. Obras tan numerosas y considerables como las que llevo descritas, siquiera sean de barro, no las han hecho nunca sino pueblos alentados por la fe religiosa y sometidos á un duro régimen. Y aquí hay la particularidad de que á veces dentro de un mismo grupo, á veces con no gran distancia intermedia, se hallan reunidos fortalezas y templos, no siendo raro que en un mismo túmulo estén, como he dicho, el altar de Dios y el sepulcro del hombre de guerra.

Pero es hora ya de que deje á los Mound-Builders y prosiga y concluya mi penoso viaje. Recordará el lector que en las márgenes del Gila hay una casa grande que llaman de Montezuma con señales de una acequia ó zanja que se dirigía á una ciudad en ruínas. Restos de antíguas poblaciones y edificios aislados los hay en las riberas de casi todos los afluentes del mismo río. En las del Salado, entre el Gila y el Verde, por más de una milla en cuadro se extienden montones de escombros que apénas permiten determinar la direccion de las calles ni la de los muros. Parten del cauce del río numerosos canales de riego, entre ellos uno, hondo de cuatro á cinco piés, ancho de veinte á veinticinco, que atraviesa y debió fecundar un día gran parte de aquel hoy triste y solitario valle. Subsisten todavía en pié trozos de paredones de dos fábricas. Era pequeña la una; mas la otra medía de largo sobre doscientos piés, de ancho sobre setenta y al parecer tenía tres ó más altos. Asoman por todas partes cascos de objetos de alfarería, y todo indica que hubo allí un gran pueblo. Las construcciones eran todas de ladrillo crudo.

Continúan las ruínas al decir de viajeros ó indígenas por toda la cuenca del Salado y el Verde, sobre todo á las orillas de este último río, donde hay, además de abundantes restos de acueductos, murallas sólidas de tres piés de espesor y cincuenta y más de longitud con dos altos y, segun Leroux, trozos de edificios de piedra.

Se ha descubierto las más importantes de estas ruínas en las márgenes de los arroyos que dan nacimiento al Verde. En la cima de un monte de tres á cuatrocientos piés de elevacion hay un recinto atrincherado, no ya de barro, sino de piedra, cuyas murallas, así las que lo forman como las que lo dividen, no cuentan ménos de cinco piés de profundidad y diez ó doce de altura. En las vertientes se observa aún señales de haber existido paredes de adobe como en el cerro á mano de Cholula. En una rama de uno de los arroyos hay otro recinto cuadrado de cinco pasos de área, y en lo que llaman el Paso Azteca, otro largo

de cien pies y ancho de veinte á veinticinco. Como ve el que me lea, se reproducen aquí los campos atrincherados de los Mound-Builders, pero con distintas condiciones. Allí eran grandes, aquí son pequeños: allí de cascajo o tierra, aquí de piedras sin labrar, puestas á lo que parece sin argamasa.

Se encuentra tambien á cada paso ruínas en las dos márgenes del San Pedro. «Donde no constituyen las montañas el cauce del río ni cierran la entrada del valle son tantos, dice un viajero, los más ó ménos importantes restos de antiguos caseríos, que á mis ojos debió de haber allí en otros tiempos una poblacion de cien mil almas. En cierto lugar, añade, hay un ancho valle de veinte millas de largo cubierto en su mayor parte de ruínas y cascos de utensilios de barro. A juzgar por lo que aún queda en pié, las casas eran rectangulares y se componían de paredes de ladrillo sobre bases de piedras en bruto.

Más allá del San Pedro, riberas del Gila, han hallado otros viajeros, cuando ménos en doce puntos distintos señales de haber existido ciudades aborígenas. Estaba la mayor ciudad, segun ellos, en la confluencia de un arroyo que baja del Sudeste, acaso el Santo Domingo.

Se presume que continúan las ruínas en las márgenes del Colorado, hasta aquí objeto de pocas exploraciones; pero se sabe que las hay numerosas en las del Colorado Chiquito, principalmente en las cimas de los vecinos oteros. Algunas casas eran allí de tres pisos; las paredes, de piedra. Recintos de piedra hay tambien en lo alto de unas rocas.

Cuarenta millas más allá, en una comba que hace el río, sobre un aislado cerro de piedra arenisca se levantan los restos de una fábrica rectangular que mide trescientos sesenta piés por ciento veinte. Cuál fuera en mejores días su destino nadie se atreve á indicarlo. Hasta diez piés de espesor tenían sus paredes. Están aún en pié dos postes de madera de doce piés de altura y esparcidas por el suelo en bastante buen estado muchas vigas de pino.

No acabaría si quisiera dar cuenta, una por una, de tan inagotables ruínas. Paso en silencio los muchos lugares en que se ha encontrado ya puntas de flecha, ya rotos artículos de alfarería, ya restos de edificios de poca importancia. Queda aún, con todo, algo que decir en corroboracion no sólo del tema de este capítulo sino tambien de lo que dejo descrito en los capítulos V y VI.

Dos ó tres millas al Sudeste del Zuñi, en la orilla meridional del río, se alza un monte de mil piés de altura en cuya meseta, cercada por todas partes de precipicios, hay en medio de un bosque de cedros murallas altas de diez á doce piés, cuyos escombros cubren en confusos montones algunas hectáreas de tierra. Construidas con pequeños sillares de pié y medio de espesor unidos por argamasa de barro, descansan sobre otras al parecer más antiguas, de seis piés de grueso. En las faldas del cerro, en medio de los recodos del camino que conduce á la cima se levantan aún otros muros coronados de almenas. ¿No habrían puesto la mano en esta fortificacion los españoles?

En las fuentes del Zuñi hay por lo ménos cuatro ó cinco ruinas de pueblos. Dos son elípticas y tienen de ochocientos á mil piés de circunferencia. Lo raro es que, segun permiten juzgar los cimientos, las casas se extendían al rededor de esta periferia, que venía á ser para todas un ancho y espacioso patio. Eran las casas de barro y piedras; el patio tenía probablemente en medio la estufa de que habla Simpson, alta de diez piés, ancha de doce, larga de diez y ocho, hoy aún bien conservada y con el techo íntegro.

No es ménos de notar la roca llamada «El Moro», situada unas diez y ocho millas al Sudeste de esas fuentes del Zuñi. Tiene esta roca, alta de dos á trescientos piés, en la base inscripciones ya españolas ya indígenas, en la cima, cortada por un profundísimo barranco, ruínas de dos grandiosos edificios rectangulares, el mayor de trescientos siete piés de longitud por doscientos seis de anchura, cuyas paredes levantan aún en algunas partes de seis á ocho sobre el nivel del suelo. Son récias las paredes y están construidas de cascajo y tierra, pero revestidas de sillares unidos por barro que miden de tres á ocho pulgadas de profundidad, catorce de longitud y seis de altura y forman hiladas como las de nuestras construcciones. No hay, creo, para que decir si esas hiladas y esos sillares revelan grande adelanto sobre los demas monumentos de más allá del Gila. Constaba cada uno de los dos edificios de un patio y multitud de estancias, pero éstas reducidas en términos que apénas contaban más de ocho piés de longitud por siete de anchura. Era algo más espaciosa una estufa que allí había y aún existe de treinta y un piés de diámetro.

Semejantes á estas ruínas hay otras de mucha mayor importancia en el arroyo Chaco, uno de los afluentes del río de San Juan, que á su vez desagua en el Colorado. Once son las allí descubiertas en el espacio de veinticinco millas, y todas tan de igual estilo, que puedo muy bien describirlas en conjunto. Consisten todas en un patio generalmente rectangular á cuyo alrededor se extienden de tres á cuatro órdenes de aposentos. Está el patio por uno de sus lados en unos edificios abierto y en otros cerrado por una muralla en forma de arco de círculo. Debajo ya del patio ya de los aposentos hay de una á siete estufas, todas circulares y calzadas de piedra, algunas divididas en estancias y una tan capaz, que mide unos doce piés de profundidad y sesenta de diámetro.

Eran las once fábricas, por lo que dejan apreciar sus restos, exterior é interiormente de sillería, y tan delgados los sillares, que raras veces tenían de espesor más de tres pulgadas. Sillares mejor labrados y distribuidos podría difícilmente dárselos: sobre ser perfectos en sus ángulos y frentes, estaban dispuestos de modo que se interrumpiese el paralelismo de las juntas. No los unía argamasa de ningun género y no presentaban, sin embargo, intersticios: se los llenaban sutiles hojas de la misma piedra, una arenisca gris á que han dado los siglos y la intemperie cierto color rojizo.

Se componían estos edificios de tres, de cuatro y tal vez hasta de seis pisos;

y sus paredes, si bien no exterior, interiormente iban de piso en piso disminuyendo en profundas, tanto que si contaban de dos á tres piés en la base, no tenían uno en el coronamiento. Entraban algunas hasta dos pies en la tierra; y en su actual estado de ruina las hay que miden aún de ocho á diez varas de altura. No tuvieron jamás puertas las exteriores; tampoco ventanas, si no es en los más altos pisos.

Puertas había por donde se comunicaban unos con otros los aposentos y todos con el patio; mas tan pequeñas, que no pasaban de treinta pulgadas en cuadro. Llevaban unas por dintel sillares; otras, vigas atadas con mimbres, algunas, piedras que iban adelantando las unas sobre las otras hasta formar, permítaseme locucion tan impropia, uno como arco triangular á la manera de los que hemos visto en monumentos de los yucatecas.

Tampoco eran grandes los aposentos. Tenía el que más catorce piés de largo, ocho de ancho, diez de altura. Se hacían, no obstante, gratos á la vista por la excelente sillería de sus muros, que no parecían sino de ladrillos de piedra, y la ingeniosa construccion de sus techos, formados por maderos sin labrar de seis á once pulgadas de diámetro, sobre los cuales descansan trasversalmente palos de ménos espesor, alguna que otra vez separados, generalmente juntos y con los intersticios cubiertos de piedrezuelas. Llevaban con frecuencia esos techos una segunda cubierta de tiras de cedro y algunos cierta capa de mortero ó barro. Una que otra vez las paredes estaban tambien enlucidas de yeso.

Mas ¿por dónde se entraba en tan singulares edificios? ¿por dónde se subía del patio á los aposentos superiores? No quedan señales de haber existido ni escaleras ni rampas: hubo de ser forzosamente por medio de escalas y así nos lo dicen pequeñas plataformas que se observan á la division de cada piso en los extremos del patio.

Por escalas de mano se subía verdaderamente á las muchas casas-pueblos establecidas en las márgenes de los arroyos que son como las fuentes del Río Grande del Norte; casas todas notables, no sólo por su construccion, sino tambien porque indican la existencia de gentes que debían de vivir en pleno comunismo cuando hasta se alojaban en un mismo edificio. Parecíanse estas fábricas á las del Chaco en algo más que en carecer de escaleras y puertas exteriores; se parecían tambien en la distribucion, puesto que pocas dejaban de presentar al rededor de un patio más ó ménos órdenes de aposentos y ninguna tenía ménos de tres pisos. Si en algo esencial diferían, era en que los muros, no ya interior, sino exteriormente, iban en cada piso disminuyendo de base y retrocediendo, tanto que en cada uno se hacía una más ó ménos ancha banqueta. Diferían tambien en que eran las más, no de piedra, sino de adobes.

Podría bajar á minuciosos detalles; pero describiré sólo por vía de ejemplo las dos casas-pueblos del Taos y dos de las siete de Moqui. Ocupan las primeras las opuestas márgenes de aquel arroyo, segun se dice, unidas en lo antiguo por un

puente. Es cada una de las dos de tres á cuatrocientos pasos de longitud y en su base de ciento veinte de anchura. Tienen de cinco á seis piés, y éstos separados por andenes ó plataformas. Vistas á distancia, no parecen sino dos gigantescas torres con más gigantescas gradas. Está dividido cada piso en numerosas estancias de reducidas dimensiones, si las que miran al campo alumbradas por pequeñas ventanas, oscuras las demas y sólo propias para graneros. Por toda entrada hay una puerta oculta al nivel del primer alto; por todo medio de subida, la escalera de mano, que al anochecer quitaban. No había en ninguna de las dos casas patio, y por esto las he citado entre muchas: dada la regla, conviene dar á conocer las excepciones.

Como excepcion presento tambien las casas-pueblos de Moqui. Están en lo alto de una quebrada y puestas al mismo borde del precipicio. De léjos no parecen ya torres sino castillos con almenas. Forman casi un cuadro, circuído por una muralla de piedra, de quince piés de altura, sobre cuyo anden se levanta otra á que conducen escalones. En el anden de esta segunda muralla, sobre el cual descansa otra, está la puerta de entrada. Los aposentos ó estancias son de diez piés por quince; sus paredes, de adobes; sus tabiques, de fuertes maderos; el suelo, de barro. Hay aquí ya escaleras y, lo que es más, jardines y estanques. No se hallan éstos, con todo, al nivel de las casas, sino en las vertientes de la quebrada, donde se hizo algunas plataformas. Baja el agua por tubos á las albercas.

Creo inútil decir que cerca de todas esas ruínas, derramadas por los territorios de Arizona y Nuevo Méjico, se encuentra en abundancia cascos de objetos de alfarería. No faltan nunca en América donde hubo siquiera sombras y léjos de cultura. Los hay aquí de varios colores; y algunos, aunque pocos, están como barnizados. Muchos contienen dibujos, pero casi siempre geométricos; son raros los que reproducen la naturaleza. Ni se ha dejado de hallar otra multitud de objetos que revelan la civilizacion de aquellos siglos: metales generalmente rotos, hachas de piedra, puntas de flecha de obsidiana, cuarzo, ágata ó jaspe, conchas de mar, cuentas de mármol azul habilmente trabajadas, piedras semejantes á las amatistas y otros ricos fragmentos.

Conviene ahora averiguar si tanto esas reliquias como aquellos edificios hablan, á la par de las construcciones de los Mound-Builders, de alguna raza que se embruteció ó desapareció de la haz de la tierra. Así lo han creido muchos, tal vez sin fijarse en que hoy están aún habitados caseríos como los descritos, y los actuales indígenas trabajan todavía el barro, si no con la misma habilidad, con las mismas formas y adornos de sus antecesores. Al descubrir nuestros compatriotas aquellas regiones las hallaron, como en otra ocasion dije, escasamente pobladas, pero no con las casas-pueblos de que ántes he hablado envueltas en ruínas. Fueron los primeros en describirlas y apénas hablaron de una que otra medio derribadas por anteriores luchas.

He aventurado ántes la opinion de si pudieron ser aquellas comarcas el primitivo asiento de los aztecas, ya que no de los chichimecas. Así continuo opinando. No pretendo, adviértase bien, que los aztecas se detuviesen allí más ó ménos años en su largo viaje: creo que allí tuvieron su pátria y de allí salieron para ir á establecerse al fin en el lago de Méjico. Puedo admitir en aquel continente una inmigracion del Asia, no tantas como invasiones hubo en los pueblos al Oeste del Golfo; y pues de América hubieron de salir los aztecas y al entrar en el Anahuac tenían ya cierta cultura, los he de suponer lógicamente oriundos del país cuya civilizacion distase ménos de la que en el Anahuac mostraron y desarrollaron.

Los antiguos habitantes de Arizona y Nuevo Méjico acabamos de ver que eran como los aztecas, no sólo hábiles alfareros, sino tambien hombres de conocimientos en arquitectura. Hacían sus edificios, ya de mampostería, ya de sillería. Labraban perfectamente la piedra, y la colocaban cruzando las juntas. Daban hasta cinco y más pisos á sus casas; y, gracias á su sistema de separarlos por anchas banquetas, las edificaban que no parecían sino pirámides escalonadas como las que vimos en el Anahuac y podríamos ver en Egipto. Conocían la argamasa si no la de cal, la de barro, y sabían enlucir de yeso las paredes de sus aposentos. Levantaban sobre planos completamente regulares y geométricos casi todas sus fábricas. Es verdad que á nivel del terreno jamás abrían puertas sobre el campo, como no fuese en las mismas riberas del Gila; pero no lo es ménos que podían haber adoptado esta medida por la necesidad de prevenir ataques repentinos de tríbus que permanecen bárbaras y son todavía un peligro para los pueblos al Norte de Méjico.

Los habitantes de aquellas comarcas se sabe, por otro lado, que eran labradores, cultivaban el maiz y lo molían en metates, es decir en piedras parecidas á las que no hace aún mucho tiempo se usaban aquí para moler el cacao. ¿Trabajarían tambien en comun la tierra? He dicho ya que así es de creer, viviendo como vivían en casas comunes. Estas casas á mis ojos son la representacion material del *calpulli* mejicano, de aquellas comunidades agrícolas que vimos ántes esparcidas por todo el imperio de Montezuma. Suele haber en las casas-pueblos, como llevo dicho, estufas generalmente subterráneas. Allí, segun nuestros escritores del siglo XVI, se reunían los varones y deliberaban sobre sus negocios. Prevalecía el comunismo en las instituciones del Anahuac, y comunistas entiendo que eran las de las naciones que ocupaban las cuencas del Gila, del Colorado y del Río Grande del Norte.

En las cuencas de esos ríos, se dirá tal vez, no se ha encontrado ni templos ni ídolos cuanto ménos lugares para los sacrificios. Mas ¿ha dicho acaso álguien que los aztecas ántes de emprender su larga peregrinacion rindiesen culto á la divinidad vertiendo la sangre del hombre, como hicieron despues en Méjico? Dice por lo contrario la historia que sólo cuando se negaron á salir de Coatepec

desobedeciendo por primera vez las órdenes de sus caudillos comprendieron por el misterioso castigo de sus amotinadores que sólo con sangre cabia aplacar la cólera de Huitzilopochtli. De ese mismo Huitzilopochtli se refiere ademas que no era sino la apoteosis del primer jefe que en su peregrinacion tuvieron. La falta de ídolos, templos y sacrificios, léjos de separar de los aztecas á los moradores de Arizona y Nuevo Méjico, estoy en que corrobora la opinion que sigo.

Pretenden algunos que bajaron los aztecas de más septentrionales regiones; y aún esta pretension se compagina con lo que estoy diciendo. Ya en el territorio de Utah, al márgen del profundísimo torrente de los Mancos, orillas del Mc-Elmo, en las mismas riberas del Hovenweep hay ruínas, si no iguales, muy parecidas á las que hemos visto en Arizona. Siguen los reducidos aposentos de ocho y diez piés en cuadro, los sillares de siete por doce pulgadas labrados con el mayor esmero, el cruzar de las juntas, la argamasa de barro, los enlucidos de yeso, las techumbres de madera. No están ya las puertas exteriores en los altos, pero tampoco al nivel del terreno. Continúan las séries de habitaciones, por más que sean ya numerosos los edificios aislados, principalmente las torres, algunas circulares y aún de dos círculos concéntricos.

Hay en ese nuevo territorio muros de piedras desiguales con otras más pequeñas en los intersticios; pero los hay en cambio de la más regular sillería que pueda concebirse, y si alguna particularidad presentan, consiste en haberse vencido mayores dificultades. En una de las construcciones de la barrancada de los Mancos el muro exterior sigue los curvilíneos bordes del precipicio, hondo de más de mil piés, quizá de mil doscientos. Tiene, asómbrese el lector, una inclinacion de cuarenta y cinco grados. No parece, segun el viajero que lo descubrió, sino que ha de bastar el peso de una libra para hacerlo resbalar al abismo. Se descubre aquí hasta cierto afan por hacer alardes de inteligencia y de osadía. ¿Vendrían los aztecas de los lagos que bañan las tierras de Utah?

Omito ruínas de no ménos importancia. Deseo poner fin á este ya largo viaje, y con él al libro primero de esta historia. Que ademas de las civilizaciones descritas en los anteriores capítulos haya habido en América otras tantas hasta aquí desconocidas y sólo reveladas por monumentos no creo que lo niegue quien se haya fijado en los de Copan, Quirigua, Palenque, Mitla y el gran valle del Mississipí, que ocuparon los Mound-Builders. Que cada una de estas ignoradas civilizaciones suponga é implique la existencia de una raza muerta es ya más para puesto en duda. Tengo para mí que, pues no hay relacion alguna entre los vastos recintos de cascajo y tierra del Mississipí y las obras arquitectónicas del resto del Continente, es por lo ménos seguro que hubo allí una raza de que no quedaban ni restos ni memoria cuando la Conquista. Digo sin vacilar otro tanto de los grandiosos monumentos de Mitla, singulares en el mundo. Me inclino á pensar lo mismo aún respecto á los de Palenque. Los hombres allí reproducidos, ya en estuco, ya en piedra, eran por la configuracion de su cráneo

completamente distintos de los yucatecas; el estilo de los monumentos mismos, apénas comparable con el de los que fueron obra de los mayas. Me parece ver grandes analogías entre los edificios del mismo Palenque, Copan y Quirigua, pero no las bastantes para considerarlas obras de un mismo pueblo. En mi opinion pueden serlo cuando más de pueblos de una misma raza, de ramas de un mismo tronco. Creo descubrir ya la mano de los yucatecas en las ruinas de Guatemala y la de los aztecas en las de los territorios de Utah, Nuevo Méjico y Arizona.

Entremos ya en los pueblos bárbaros.



LIBRO SEGUNDO

LOS PUEBLOS BÁRBAROS

CAPÍTULO PRIMERO

Método que se seguirá en este libro.—Dificultades que ofrece la historia de los pueblos bárbaros.—Diferencias que estos pueblos presentan.—Tribus que ocupaban el territorio de la actual república de Chile.—¿Habrían sido en otro tiempo cultos y formado un solo imperio?—Su sistema de numeracion.—Su idioma.—Originalidad de esta lengua ó sea del Chilidugu.—Ortología y prosodia del chilidugu ó lengua chilena.—Sencillez y regularidad de la analogía.—Artículo.—Nombre.—Manera de declinarlo.—Números del nombre.—Formacion del dual y el plural.—Géneros.—Pronombres.—Pronombres personales.—Pronombres demostrativos.—Pronombres posesivos.—Verbo.—Voces, modos, tiempos.—En que consisten las terminaciones de la conjugacion.—Características por las que se forman sobre el tiempo de presente los demas tiempos.—Tiempos del modo indicativo.—Tiempos del subjuntivo.—Imperativo.—Cómo se suple el modo optativo.—Infinitivo.—Formacion de la voz pasiva.—Formacion de la impersonal y la [illegible].—Conjugaciones [illegible].—Modo de [illegible] negativos los verbos afirmativos.—Sintáxis.—Parte léxica de la lengua.—Facilidad en hacer verbos de todas las partes de la oracion.—Verbos derivados de otros.—Verbos nombres.—Nombres verbales.—Nombres derivados de nombres.—Nombres abstractos.—Modo de formar palabras derivadas por medio de partículas interpuestas.—Concision y energía del idioma chileno.—Los chilenos no estaban adelantados sólo en la lengua.—Su agricultura.—Sus artes.—Su industria minera.—Su alfarería.—Sus tejidos.—Sus medios de comunicar los pensamientos.—Sus supersticiones.—En qué consiste su barbarie.—Division geográfica de las tribus de Chile.—[illegible] [1]

En el libro primero seguí los pueblos cultos desde el Anahuac al Tahuantinsuyu, de Septentrion á Mediodía: en éste seguiré las tríbus bárbaras, primero de Norte á Sur, desde el Tahuantinsuyu al cabo de Hornos, despues de Sur á Norte, desde el cabo de Hornos á la Groenlandia y al Océano Glacial Ártico. Son tantas esas tríbus que no bastarían para describirlas todas ni dos volúmenes; las reuniré en grupos tomando principalmente por criterio la comunidad de lengua. Comprenderé por ejemplo en un grupo todas las que al Occidente hablaban el idioma chileno, el chili-dugu; en otro todas las que al Oriente se valían de la lengua tupi ó guaraní para expresar sus pensamientos.

Comprenderá sin esfuerzo el lector que, si me fué difícil la composicion del primer libro, me lo ha de ser más la del presente. Fijáronse poco los escritores del tiempo de la Conquista en hombres á los que, precisamente por lo bárbaros, miraban con desprecio. Tan poco

[1] Fuentes de este capítulo: Juan Ignacio Molina, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*, parte primera, libro I; parte segunda, lib. I, caps. I á IV.—Andrés Febrés, *Gramática de la lengua chilena*.—El mismo autor, *Diccionario chileno-hispano é hispano-chileno*.—Alcide d'Orbigny, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tome quatrième, chapitre III, Nation Auca ou Araucana.

se fijaron, que apénas podríamos escribir nada de muchas de aquellas tríbus si no continuaran incultas ó no conservaran las ya sometidas al cristianismo gran parte de sus antiguas costumbres. Más o ménos reducidas, existen hoy casi todas las que entónces existian: y algunas, tal vez las más, con la misma rudeza y las mismas instituciones. Cabe aún estimar por lo que son algo de lo que fueron con descartar de los elementos de su vida los que con toda evidencia tomaron de la civilizacion de Europa. No tomaron por desgracia mucho: generalmente, sólo aquello que más podía contribuir á la satisfaccion de sus instintos. En las del Norte, verbigracia, no hay sábios, pero sí grandes tiradores de rifle: quizá estén hoy en las del Sur los más diestros jinetes del mundo.

Aunque difícil la tarea, pondré en llenarla toda la buena voluntad y el ahinco que puse en cumplir la primera; y ya que más no consiga, abriré camino por donde otros con más fortuna realicen lo que tímidamente y con gran desconfianza intento. Podría salir facilmente del paso con trazar, imitando á Robertson, un cuadro general de la política y las costumbres bárbaras; pero hoy se exige con justicia del historiador que, siguiendo el método inductivo, aduzca primeramente hechos, los coteje despues, diga lo que presentan de singular y de comun y vaya gradualmente determinando las leyes á que en las diversas evoluciones humanas obedece la vida de los pueblos. Se ha hecho tal abuso de los acontecimientos para reducirlos á determinadas teorías y sistemas, que hoy se quiere, por decirlo así, ver la trama y la urdimbre de la historia.

Difieren las tríbus bárbaras de América hasta el punto de hablar unas en lenguas tan escasas de formas y voces, que bien se las podría calificar de embrionarias, cuando otras disponen de idiomas que en riqueza compiten y rivalizan con los de Europa. No deja de haberlas, con ser muy pocas, que en determinadas artes igualan si no aventajan á pueblos que hemos clasificado entre los cultos. Acontece ésto precisamente en las primeras tríbus de que debo hacerme cargo, en las que ocupaban orillas del Pacífico la tierra comprendida entre el desierto de Atacama y el archipiélago de los Chonos, ó, lo que es lo mismo, el territorio de la actual república de Chile.

Eran muchas esas tríbus, vivían independientes y tenían, sin embargo, un mismo sistema de numeracion y una misma lengua. Habían adoptado la numeracion decimal, y hablaban una de las más ricas y regulares lenguas del Nuevo Mundo. ¿Habrían formado en otros siglos un sólo imperio? ¿habrían llegado á mayor cultura que la de los tiempos de la Conquista? Se dice si la numeracion la recibieron de los Incas, dominadores, como es sabido, de las que se extendían de Norte á Sur hasta las riberas del Maule; pero en mi opinion sin fundamento. De que diesen al ciento y al mil nombres parecidos ó iguales á los de los quichuas no creo que se pueda inferir en buena lógica que de los quichuas tomasen todo el sistema. Se podría sospechar cuando más que por el de sus vencedores hubiesen ampliado ó corregido el suyo.

El idioma es, por otra parte, original en sentir de todos los linguistas. No cuenta veinte voces de origen inca. Tiene, como el griego, tres numeros — singular, dual y plural —; y no, como el quichua, el plural inclusivo y el exclusivo. Suple los pronombres posesivos por el caso genitivo de los personales, y no les puede dar naturalmente la maravillosa flexibilidad de que gozan en la lengua de los tahuantinsuyus. Son en cambio más sus conjugaciones de transicion y tambien más sencillas. Ni toma el hipérbaton por regla, aunque lo use con tanta frecuencia y más libertad que nosotros. Al decir del Padre Febrés, determina finalmente el nombre por un verdadero artículo. ¿Necesitaría acaso de más para singularizarse?

Es tan notable este idioma que creo necesario dar á conocer su estructura, aunque no sea más que en ocho ó diez páginas.

Consta casi de los sonidos del nuestro. No carece en rigor sino de la *x*. Apénas si usa de la *b*, la *f*, la *s* y la *z*; pero se asegura que las tiene. Cuenta en cambio dos *ll* y dos *nn* y, al decir de Molina, una *e* muda. Da á la *g* el doble sonido de la *g* española y la francesa; pronuncia como los franceses la *j*. Presenta en las más de sus voces una feliz combinacion de vocales y consonantes; pero sólo admitiendo con Molina que ponga constantemente entre sus consonantes reunidas ó la *u* oscura ó la *e* muda. Resultaría evidentemente ingrata y áspera si no interpusiese la *u* en *mlen*, *tva*, *tvey*, *cme*, *tcun* y la *e* en *eluimn*, *eluign*, *elulmn* y demas personas del plural del verbo. Con la interposicion de las mudas es por lo contrario hasta sonora: en las palabras de muchas sílabas lleva generalmente el acento en la penúltima si acaban por vocal, en la última si por consonante. Como tuviera esdrújulos, no podría parecerse más en su prosodia á las lenguas italiana y española.

Es sencillísimo en su analogía. Si está realmente dotado de artículo, no cuenta más que uno, *chi*, y éste indeclinable. Por un solo modelo declina todos los nombres, por uno solo conjuega todos los verbos; y en la conjugacion como en la declinacion es regularísimo.

Forma en la declinacion los casos posponiendo al nombre, ya partículas que por sí solas nada significan, ya preposiciones: el genitivo por la partícula *ñi*, el dativo por la partícula *meu*, el vocativo por las partículas *em* ó *yem*, el ablativo por las preposiciones *mo*, *egu*, *entu*, etc. No siempre usa del *meu* para el dativo ni del *em* ó *yem* para el vocativo; pero sí del *ñi* para el genitivo. No lo suele suprimir sino cuando el genitivo no es de estricta posesion y va detras del nombre que lo rige: *charu pulcu*, jarra de chicha ó pulque; *huircao huenu*, arreboles del cielo.

Tiene, segun dije, dual y plural lo mismo para el nombre y el pronombre que para el verbo. Dualiza el nombre anteponiéndole la palabra *epu*, ambos; lo pluraliza anteponiéndole *pu*, á la vez preposicion y partícula de ignorado sentido. Lo pluraliza tambien, segun Molina, añadiéndole *ica* ó *egeu*; pero Febrés lo

niega. La declinacion es la misma en los tres números. Cara significa ciudad: hé aquí como se lo declina:

Singular. *Cara*, *cara–ñi*. *cara–meu*. *cara*, *cara–yem*, *cara-mo* ó *cara–egu*. Dual. *Epu cara*, *epu cara–ñi*. *epu cara-meu*, *epu cara*, *epu cara-yem*, *epu cara-mo*. Plural. *Pu cara*, *pu cara–ñi*, *pu cara-meu*, *pu cara*, *pu cara–yem*, *pu cara–egu*.

No admite Febrés otra forma de plural sino para los sustantivos acompañados de adjetivos. El plural, dice, se forma en este caso posponiendo la partícula *que* al adjetivo, que suele ir delante del nombre. *Cume*, bueno, *malghen*, mujer: *cume que malghen*. ó *chi cume que malghen*, las buenas mujeres. Forma cuya existencia reconoce tambien Molina.

Géneros no los hay en ese sencillísimo idioma de Chile. Así los adjetivos son invariables, y aún el sexo de los animales se determina por voces supletorias: por *alca* y *domo* si se trata de aves, por *huenthu* y *domo* si de otros séres animados. *Alca thehua*. perro. *domo thehua*. perra: *alca athoull*. gallo. *domo athoull*, gallina. Por nombres distintos se designa con todo al hombre y la mujer, al padre y la madre, al hermano y la hermana y el distinto sexo de otros muchos parientes.

Despues del nombre merecen atencion los pronombres. Se declinan en singular como el nombre los de primera y segunda persona, pero tienen para el dual y el plural desinencias. Inche, yo, es en singular *inche*, *inche-ñi*, *inche-meu*, *inche*, *inche-mo*: en dual *inchu*, *inchu-yu*, *inchu*. *inchu*, *inchu-mo*; en plural *inchiñ*, *inchi–ñin*, *inchiñ*, *inchiñ*, *inchiñ-mo* ó *inchiñ-egu*. Eymi, tú, es en singular *eymi*, *eymi-mi*, *eymi*, *eymi*, *eymi-yem*, *eymi-mo*: en dual *eymu*, *eymu–mu*, *eymu*, *eymu*, *eymu-yem*, *eymu-egu*; en plural *eymn*. *eymn–mu*, *eymn*. *eymn*, *eymn-em*, *eymn-mo*. En este pronombre se aparta de la declinacion comun hasta el genitivo del singular; en cambio hasta en el dual y el plural la sigue con ligeras variaciones taye, aquel, aquella, aquello. Singular. *Taye*, *taye-ñi*, *taye*, *taye*, *taye mo*. Dual *Taye epu*, *taye epu–ñi*, *taye epu*, *taye epu*, *taye epu–mo*. Plural. *Taye pu*, *taye pu–ñy*, *taye pu*, *taye pu*, *taye pu–mo* ó *taye pu egu*.

En los pronombres están verdaderamente las mayores irregularidades de la lengua. Tva, este, hace en plural *tvachi*; tveychi, ese, hace en dual *tvey*, en plural *veychi*. Es de notar su construccion cuando más que pronombres son adjetivos demostrativos. *Cara tva*, esta ciudad, *cara tva-ñi*, *cara tva mo*, *epu cara tva*, *epu cara tva-ñi*, *epu cara tva mo*; *tvachi pu cara*, *tvachi pu cara-ñi*, *tvachi pu cara egu*. *Tveychi ruca*, esa casa, *tveychi ruca-ñi*, *tveychi ruca mo*; *epu ruca tvey*, *epu ruca tvey–ñi*, *epu ruca tvey mo*; *veychi pu ruca*, *veychi pu ruca–ñi*, *veychi pu ruca egu*. La sílaba *chi* ¿será aquí el artículo pospuesto?

A las partículas de genitivo se suele anteponer en los pronombres otras meramente expletivas. Se dice con frecuencia *ta-ñi*, *ga-mi*, *ga-mn*, *ga–ñin*, etc. Los posesivos, que, como he dicho, se suplen por el genitivo de los personales, van

muchas veces indicados sólo por estas dobles partículas. Mi padre es *inche-ñi chao* y tambien *ta-ñi chao*; nuestra madre, *eymu-mu ñuque* y tambien *ta-mu ñuque*.

Donde, empero, se distingue más la lengua es en el verbo. Tienen los chilenos uno sustantivo, *gen*, que no parece sino la contraccion del *geneszai* de los griegos y se conjuega como los activos. En la conjugacion tampoco difieren los activos de los neutros: terminan todos en el infinitivo y en la primera persona del primer tiempo del indicativo por la letra *n* que no siempre va precedida de la misma vocal y lo está muchas veces de otra consonante. *Pep-an*, pasar á ver; *relmal-en*, aguardar; *pel-in*, empujar; *rithocun-on*, enderezar, componer algun negocio; *riat-un*, rajar leña; *rogh-n*, brotar, retoñar los árboles; *recul-n*, recostarse.

Cuatro son allí las voces del verbo: activa, pasiva, impersonal, recíproca; cinco los modos: indicativo, imperativo, subjuntivo, optativo, infinitivo; cuatro los tiempos del indicativo y cuatro los del subjuntivo. Los pronombres personales constituyen á no dudarlo las desinencias de los tiempos. Si no parece así en las terceras personas, entiendo que es por haberse perdido la memoria de antiguos pronombres que cayeron en desuso [1]. MUPILTUN, creer. Yo creí, creo ó he creido, tú crees, creiste ó has creido etc.: singular—*mupiltu-n, mupiltu-ymi, mupiltu-y*; dual—*mupiltu-yu, mupiltu-ymu, mupiltu-ygu*:—plural—*mupiltu-iñ, mupiltu-imn, mupiltu-ign* ó *mupiltu-ygen*.

Conocido este tiempo, se forma sin dificultad los demas con sólo conocer su correspondiente característica. Concretándonos por ahora á los tiempos del indicativo, la característica del pretérito imperfecto y el plusquamperfecto es *vu*; la del futuro simple y compuesto *a;* la del mixto—había de creer, creyera y creería, había de haber, hubiera y habría creido— la combinacion de las dos, *a vu*. Se obtendrá estos tiempos con sólo anteponer á las desinencias del primero la oportuna característica. Pret. imp. y plusq. perf. *mupiltu-vu-n, mupiltu-vu-ymi, mupiltu-vu-y; mupiltu-vu-yu, mupiltu-vu-ymu, mupiltu-vu-ygu; mupiltu-vu-yñ, mupiltu-vu-ymn, mupiltu-vu ygn* ó *mupiltu-vu-ygen*. Fut. imp. y perf.: *mupiltu-a-n, mupiltu-a-ymi, mupiltu-a-y; mupiltu-a-yu, mupiltu-a-ymu, mupiltu-a-ygu; mupiltu-a-yñ. mupiltu-a ymn, mupiltu-a-ygn*. Mixto: *mupiltu-a-vu-n, mupiltu-a-vu-ymi, mupiltu-a-vu-y; mupiltu-a-vu-yu, mupiltu-a-vu-ymu, mupiltu-a-vu-ygu; mupiltu-a-vu-yñ, mupiltu-a-vu-ymn, mupiltu-a-vu-ign* ó *igen*.

¿Cabe mayor regularidad? Aunque no es tan perfecta la de los tiempos del subjuntivo, conservan todos la característica del correspondiente de indicativo

---

[1] Las terceras personas del plural acaban en *ygn*, las del dual en *ygu*. Tengo para mí que *ygn* ó *egn* hubo de ser por lo ménos el signo de plural del pronombre personal aquéllos, cuando no el pronombre mismo.

y llevan otra general, la *l*. Pres. y pret. perf.: *mupiltu-l-i*, *mupiltu-l-mi*; *mupiltu-l-e*; *mupiltu-l-iu*, *mupiltu-l-mu*, *mupiltu-l-e egu*; *mupiltu-l-i-yñ*, *mupil-tu-l-mn*, *mupiltu-l-e-egn*. Imp. y plusq. perf.: *mupiltu-ru-l-i*, *mupiltu-ru-l mi*, *mupiltu-ru l-e*; *mupiltu-ru-l-iu*, *mupiltu-ru-l-mu*, *mupiltu-vu-l-e egu*; *mupiltu-vu-l-i-yñ*, *mupiltu-vu-l-mn*; *mupiltu-vu l-e egn*. Fut. imp. y perf.: *mupiltu-a-l-i*, *mupiltu-a-l-mi*, *mupiltu-a-l-e*; *mupiltu-a-li-u*, *mupiltu-a-l-mu*, *mupiltu-a l-e egu*; *mupiltu a-l-i-yñ*, *mupiltu-a-l-mu*, *mupiltu-a-l-e-egn*. Mixto: *mupiltu-a-ru-l-i*, *mupiltu-a ru-l-mi*, *mupiltu-a-ru-l-e*; *mupiltu-a-ru-l iu*, *mupiltu-a-ru-l-mu*, *mupiltu-a-ru-l-e egu*; *mupiltu-a-ru l-i-yñ*, *mupiltu-a-vu-l-mn*, *mupiltu-a-vu-l-e-egn*.

El imperativo está tomado del presente de indicativo. Son no obstante distintas las terminaciones del singular y sufren modificacion las de los otros dos números. *Mupiltu chi*, *mupiltu-ge*, *mupiltu-pe*; *mupiltu-yu*, *mupiltu-mu*, *mupiltu-gu* ó *mupiltu pe egu*: *mupiltu-yñ*, *mupiltu mn*, *mupiltu-gn* ó *mupiltu-gen* ó *mupiltu-epe egn* ó *mupiltu-pe-egen*.

Modo optativo no lo hay realmente; se lo suple por los tiempos mixtos ó por los del imperativo y el subjuntivo seguidos de las voces *chi*, *vuel* ó *velem*. *Duguarun-chi*, ¡ojalá que yo hablara!; *lachi vuel*, ¡ojalá me muera!; *eymi ghulmen gevulmi velem*, ¡tú cacique fueses ojalá! ¡ojalá fueses tú el cacique!

En el modo infinitivo cambian generalmente las terminaciones y reaparecen las características. Infinitivo de presente y pretérito imperfecto: *mupiltu-n*; infinitivo de pretérito imperfecto y plusquamperfecto: *mupiltu-vu-m;* participio activo de presente y pretérito perfecto: *mupiltu-lu*; de pretérito imperfecto y plusquamperfecto: *mupiltu-vu-lu;* de futuro: *mupiltu-a-lu*; participio pasivo de presente y pret. imp.: *mupiltu-el*; de pret. imp. y plusq. perf.: *mupiltu-vu-el*; de futuro: *mupiltu-a-l*; mixto: *mupiltu-a-vu-el*; gerundio de genitivo: *mupiltu-n*; de acusativo: *mupiltu-am*; de ablativo: *mupiltu-um* ó *mupiltu-vu-m*, segun sea de futuro ó de pretérito. Revisten los supinos una forma especial: llevan antepuesta á la *n* del infinitivo la partícula *pa* ó las *me* ó *pu*, segun sea venir ó ir el verbo determinante. *Mupiltu-pa-n*, vine á creer; *mupiltu-me-n* ó *mupiltu-pu n*, fuí á creer; supinos que pasan á ser verbos y por lo tanto se conjuegan.

Ahí tiene el lector en resúmen la voz activa del verbo chileno. Antes de pasar á las demas voces creo indispensable hacer presente: 1.° que cuando se quiere marcar la actualidad de los hechos, se modifica el primer tiempo de indicativo anteponiendo á sus desinencias las partículas *que*, *cle*, *lle*, *pe*, y, cuando la remota época en que ocurrieron, las partículas *uma* ó *uye:—mupiltu-que-n*, *mupiltu-que-ymi*; *mupiltu uye-n*, *mupiltu-uye-imi*—; circunstancia que ha dado orígen á creer en la existencia de dos presentes y dos pretéritos perfectos; 2.° que cuando el verbo acaba en dos consonantes, como *eln*, dejar, se pone una *i* entre la primera consonante y las terminaciones que empiezan por otra *y*, co-

mo *ymi, y, ymu, igu—eln, el-i-ymi, el-i-y; el-i-yu, el-i-ymu, el-i-ygu; el i-yñ, el-i-ymn, el i-ygn* ó *el-i-ygen*;—3.° que por lo contrario, cuando los verbos ó algunos de sus tiempos concluyen por *in*, como *pin*, decir, se suprime la *i* en los mismos casos—*pi-n, pi-mi, pi; pi-yu, pi-mu, pi-gu; pi-n, pi-mn, pi-ng* ó *pi-ngen*.

Obsérvese ahora la sencillez y la regularidad con que se forma las demas voces.

Afijo el verbo sustantivo *gen* á la radical del activo, queda hecha la voz pasiva. Se conjuega el *gen*; y la radical del activo permanece inalterable. AYUN, amar. *Ayu-gen, ayu-ge-ymi, ayu-ge-y; ayu-ge-yu, ayu-ge-ymu, ayu-ge-ygu; ayu-ge-yñ, ayu-ge-ymn, ayu-ge-yng* ó *ayu-ge yngen.—Ayu-ge-vun, ayu-ge-vu-ymi, ayu-ge-vu-y.—Ayu-ge-a-n, ayu-ge-a-ymi, ayu-ge-a-y.—Ayu-ge-a-vu-n, ayu-ge-a-vu-ymi, ayu-ge-a-vu-y.—Ayu-ge-l-i, ayu-ge-l-mi, ayu-ge-l-e.—Ayu-ge-vu-l-i, ayu-ge-vu-l-mi, ayu-ge-vu-l-e.—Ayu-ge-a-l-i, ayu-ge-a-l-mi, ayu-ge-a-l-e.—Ayu-ge-a-vu-l-i, ayu-ge-a-vu-l-mi, ayu-ge-a-vu-l-e; ayu-ge-a-vu-l-iu, ayu-ge-a-vu-lmu, ayu-ge-a-vu-l-e-egu; ayu-ge-a-vu-l-i-yñ, ayu-ge-a-vu-l-mn, ayu-ge-a-vu-l-e egn* ó *egen*.

Se forma la voz impersonal cambiando en *am* la *n* de los tiempos del indicativo y la sílaba *li* de los del subjuntivo; la recíproca ó sea la primera de transicion, poniendo una *u* entre la radical y las diversas terminaciones de todos los tiempos; la segunda de transicion—yo le amo, tú le amas, etc.—interfiriendo en lugar de la *u* la sílaba *vi*. *Pi-am, pi-vu-am, pi-a-y-am, pi-a-vu-am* de PIN, decir; se dice, se decía, se dirá, se diría. *Ayu-u-n, ayu-u-mi, ayu-u-y; ayu-u-vu-n, ayu-u-vu-ymi, ayu-u-vu y:* yo me amo, tú te amas, aquél se ama; yo me amaba, tú te amabas, aquél se amaba. *Ayu-vi-n, ayu vi-mi, ayu-vi, ayu-vi-yu, ayu-vi-mu, ayu-vi-gn;* yo le amo, tú le amas, él le ama, nosotros dos le amamos, vosotros dos le amais, aquellos dos le aman.

En esta última conjugacion hay ya, sin embargo, irregularidades; unas de construccion, otras meramente eufónicas. Siempre que un tiempo lleva característica, la característica de transicion va detras y no ántes de la del tiempo. No se dirá *ayu-vi-a-n*, sino *ayu-a-vi-n;* no *ayu-vi-a-li*, sino *ayu-a-vi-li*. Siempre que la característica del tiempo es *vu* ó *a-vu*, se suprime la consonante. No se dirá tampoco *ayu-vu-vi-mi* ni *ayu-a-vu-vi-l-i*, sino *ayu-u-vi-mi, ayu-a-u-vi-l-i*. Las terceras personas del singular, dual y plural cambian de característica en ciertos casos: cambian en *eyeu* ó *eu* sincopado la *n* de los tiempos del indicativo y la *i* de los del subjuntivo. *Taye* ó *taye e n ayu-eyeu*, aquél ó aquéllos le aman.

La tercera conjugacion de transicion es más reducida y más complicada. Más reducida porque abraza sólo las relaciones de primera á segunda persona—yo te amo, yo os amaba, nosotros te amaremos, nosotros os habremos amado—: más complicada porque no tiene la misma forma para las relaciones de singular á singular que para las de singular y plural á dual y plural. Conserva siempre,

con todo, la misma característica, la letra *e*, cosa que no veremos ya en otras conjugaciones. Yo te amo, yo te amaba, yo te amaré, yo te amaría: *ayu*-E *ymi* ó *ayu*-E-*yu*, *ayu vu* E *ymi*, ó *ayu-vu*-E-*yu*, *ayu-a*-E *ymi* ó *ayu a*-E-*yu* ó *ayu a-yu*, *ayu-a-vu*-E-*ymi* ó *ayu-a-vu*-E-*yu*. Yo ó nosotros os amamos, amábamos, amaremos, amaríamos: si dual, *ayu*-E-*ymu*, *ayu-vu*-E-*ymu*, *ayu-a*-E *ymu*, *ayu-a-vu*-E-*ymu*; si plural, *ayu*-E-*ym*, *ayu-vu*-E-*ymn*, *ayu-a*-E-*ymn*, *ayu-a-vu*-E *ymn*. Puede tomar aún esta transicion otra forma que no deja de estar muy en uso. Yo os amo: *inche ayu*-U-*yñ eymu;* nosotros te amamos, *inchiñ* ó *inchu aya*-U-*yñ eymi*. El verbo toma aquí la forma de la voz recíproca.

Prescindo de las pequeñas anomalías que se observa en la construccion de estas transiciones. La cuarta conjugacion, la de segunda persona á primera, lleva por característica en las relaciones de singular á singular la misma letra *e* antepuesta á la *n* de los tiempos de indicativo y á la sílaba *li* de los del subjuntivo; en las demas relaciones la partícula *mo*, puesta inmediatamente despues de la raíz del verbo. Tú me amas, me amabas, me amarás, me amarías, me amases: *ayu–e–n*, *ayu-vu*-E-*n*, *ayu–a*–E–*n*, *ayu–a-vu*–E-*n*, *ayu–vu*–E–*li*. Vosotros me amais, me amabais, me amaréis, me amaríais, me amaseis: *ayu*–MO–*n*, *ayu*-MO–*vu–n*, *ayu*–MO–*a–n*. *ayu*-MO–*a–vu–n*, *ayu*–MO–*vu–li*. Tú ó vosotros nos amais, amabais, amaréis, amaríais, amaseis: si dual, *ayu*-MO–*yu*, *ayu*–MO-*vu–yu*, *ayu*–MO–*a–yu*, *ayu*–MO–*a–vu-yu*, *ayu*–MO-*vu–li–u*; si plural, *ayu*-MO–*yñ*, *ayu*–MO-*vu–yñ*, *ayu*–MO-*a–yñ*, *ayu*-MO-*a-vu-yñ*, *ayu*-MO *vu-li-yñ*.

La transicion quinta, la de tercera persona á segunda, lleva dos características *e* y *mo*: la *e* siempre ántes del pronombre objetivo, el *mo* siempre despues. El pronombre objetivo cambia tambien naturalmente, segun está en singular, dual ó plural. Aquél te ama, amaba, amará, amaría, amase: *ayu*-E-*y*–MO, *ayu-vu*-E-*y*-MO, *ayu-a*-E-*y*-MO, *ayu-a-vu*-E-*y*-MO, *ayu-vu*-E *l*-MO. Aquél os ama, amaba, etc.: si dual el os, *ayu*-E-*ymu* MO, *ayu vu*-E *ymu*-MO; si plural, *ayu* E–*ymu*-MO, *ayu-vu* E–*ymu* MO. Pierde en esta transicion la *i* el *li* del subjuntivo.

La sexta transicion por fin, la de tercera persona á primera, tiene tambien dos características: *e* y *o* en los singulares de indicativo, *e* y *mo* en los plurales y duales y en todo el subjuntivo; el *mo* y la *o* siempre pospuestos, la *e* siempre antepuesta al pronombre objetivo. Inútil sería decir que éste cambia tambien su número. Aquél me ama, aquél me amaría: *ayu*-E-*n*-O, *ayu-a-vu* E *n*-O; aquél me ame, aquél me amase: *ayu*-E-*li*-MO, *ayu-vu*-E-*li*-MO. Aquél nos amaría: si dual el nos, *ayu-a-vu*-E-*yu*-MO, si plural, *ayu-a-vu*-E-*yn*-MO.

Véase cuánto no puede dar de sí una lengua aglutinante. Se suple á veces por esas transiciones hasta dos pronombres: uno objetivo y otro oblícuo. ¿*Incheñi huampar cay?:* de mí vaso y? ¿y mi vaso? *Quintu-le-vi-ge:* búscatelo. Se incorpora ademas constantemente al verbo los signos de negacion: *la* en los tiempos de indicativo, *que* en el imperativo, *no* en el subjuntivo y el infinitivo. Amo, *ayu-n*; no amo, *ayu–la–n*. Amaba, *ayu–vu–n*; no amaba, *ayu–la–vu–n*.

Ama tú, *ayu-chi*; no ames tú, *ayu-que-l-mi*. Nótese de paso que en las frases de negacion toma el imperativo la forma del subjuntivo, como en castellano. Ame, *ayu-li*; no ame, *ayu-no-li;* amar, *ayu-n*; no amar, *ayu-no-n*, etc. Se verifica esta incorporacion lo mismo en la voz pasiva que en la activa, lo mismo en las conjugaciones de transicion que en la ordinaria. Soy amado, *ayu-ge-n*; no soy amado, *ayu-ge-la-n*; me amo, *ayu-u-n*; no me amo, *ayu-u-la-n*; le amaré, *ayu-a-vi-n;* no le amaré *ayu-la-ya-vin* (aquí la *y* es eufónica); os amaría á los dos, *ayu-a-vu-eymu;* no os amaría, *ayu-la-vu-eymu*...

¿Es posible creer que este idioma haya sido producto de un pueblo bárbaro? Lo creerá ménos el que examine su sintáxis. Apénas hay en español frase ni idiotismo que no tenga en chileno su traduccion y su equivalencia. Los modismos abundan. El uso de los participios, de los gerundios y de los supinos, la abundancia de preposiciones y de partículas, la misma libertad en invertir ó dejar de invertir el órden lógico de las palabras, dan orígen á infinitas combinaciones que hacen vario y agradable el discurso. Hay con frecuencia multitud de formas para expresar un pensamiento.

No tomaré ya, con todo, su sintáxis por objeto de mis observaciones. Prefiero hacerlas sobre su parte léxica. Sus raíces, segun el abate Molina, pasan de mil novecientas; sus voces derivadas y compuestas son innumerables. De una interjeccion, de un sustantivo, de un adjetivo, de un adverbio, de partículas á veces, forma verbos. Forma verbos de verbos y tambien de simples supinos. Ni es raro que incorporando el caso objetivo al verbo componga otro verbo. *Alu-lu*, ¡ay! ¡ay! quejidos de escozor ó dolor; *alulu-n*, doler la herida, escocerle á uno algo. *Antu*, sol; *antu-n*, hacer sol. *Anca*, mitad; *anca-n* ó *ancantu-n*, estar en la mitad. *Epu*, dos; *epu-n*, ser dos. *Cume*, bueno; *cume-n*, ser bueno. *Caru*, verde, crudo; *caru-n*, ser una cosa verde, estar cruda. *Hueda*, mal, cosa mala; *huedadugu-n*, hablar mal; *huedatu-n*, maltratar; *huedale-n*, estar en mal estado las cosas. *Epe*, casi; *epel-n*, estar ya casi; *epel-i inmau*, casi está ya ó casi dispuesta está ya la comida. *Eñumu-n*, calentarse; *eñumul-n*, calentar algo al fuego. *Ghuñam*, amancebado; *ghuñamtule-n*, estar amancebado. *Elu-n ruca*, dar la casa; *eluruca-n*.

De un solo verbo, ya por composicion, ya por derivacion, pueden salir muchos. De ELUN, dar, *eluclen*, estar dando; *eluguen*, dar de más; *eluduamen*, querer dar; *elullen*, dar de veras; *eluyaun*, andar dando; *elumen*, ir á dar; *elumon*, ser necesario dar; *elupan*, venir á dar; *elupen*, dudar si dar; *elupran*, dar en vano; *elupun*, pasar dando; *elurquen*, parecer dar; *elurumen*, dar repentinamente; *elutun*, volver á dar; *eluvalen*, poder dar; *eluvalun*, fingir dar, etc., etc.

Hay en cambio verbos que son á la vez nombres. *Dugun* es hablar y habla. *Taye duguy*, aquél habla; *mapu dugun*, el idioma de la tierra. *Eltun* es tambien enterrar y entierro; *percan*, moho y enmohecerse; *huellin*, vaciar y cosa vacía; *huegan*, abertura y abrirse; *molcan*, errar y error; *thecan*, pasar y paso; *prun*, bailar y baile.

¿Cómo no había de haber ademas nombres verbales? Se forma los en *or* cambiando la *n* del infinitivo en *voe* ó *ve*. *Elu–voe* ó *eluve*, el dador; *vem–voe*, ó *vem–ve*, el hacedor. *Vill–vem–voe*. el hacedor ó creador del Universo. A veces entre el *voe* y la radical del verbo se intercalan partículas expletivas: hablador se traduce generalmente por *dugu que-ca–voe*. Se forma los verbales en *ble* poniendo la partícula *val* entre la radical y la terminacion del participio de presente. *Ayu–val–lu*, amable; *mupiltu-val–lu*, creible.

Ni se deja de hacer nombres derivados de nombres. De *tue*, tierra, sale *tue-tu*. terrenal, *tue–no–tu*, celeste; de *llum*, cosa oculta, *llumu*. ciego; de *milla*, oro, *millantu*, mina de oro; de *cume*, bueno, *cumegen*, bondad. *Gen* recordará el lector que es el infinitivo presente del verbo sustantivo. Se lo emplea con mucha frecuencia para hacer de sustantivos concretos y de adjetivos nombres abstractos. De *vuta*, grande. se hace *vutagen*, grandeza: de *ayuvallu*, amable; *ayuvalgen*, amabilidad; de *ligh*, blanco, *lighgen*, blancura: de *quidu*, solo, *quidugen*, celibato. Los que han dicho que las lenguas americanas carecen de voces para expresar lo abstracto convendría que se fijasen en esta clase de nombres. Jamas se tradujo lo abstracto por una terminacion más propia ni se hizo extensiva á más ideas esta clase de derivados. Hasta la nacionalidad se acostumbraba á significar por este medio. *Huincagen*, *chegen*, de *huinca*, español, de *che*, gente y por antonomasia indígenas, equivalen, perdóneseme la impropiedad de estas palabras, á españolidad é indigeneidad.

¡Que no tenían los pueblos de América nombres abstractos! Los chilenos los tenían y los tienen tambien para las siguientes ideas: universo, *nugmapu*; espacio, *lap*, de que han hecho *lapumn* ó *lapumen*; tiempo, *then;* alma, *pullu;* espíritu ó aliento, *lihue*; la carne en general, *ilon*; lo eterno, *mollquechigelu*, que han derivado de *mollquechi*. siempre. Abstractos son ademas los nombres de especies y géneros de séres, y de esos nombres no carecían ni Chile ni otros pueblos de aquel continente.

Pero volvamos á los derivados. Sería error grande creer que los hiciesen los chilenos abitrariamente. Tenían para formarlos sus reglas y sobre todo una multitud de partículas que les servían para modificar de una manera más ó ménos determinada la significacion de las raíces ó voces primitivas. Explicar esas partículas y reglas no entra en los límites de esta obra. Hablaré sólo de algunas por vía de ejemplo. Por la interposicion de las partículas *ca*, *lca*, *l*, *lel*, *m*, *tu* se convierte con facilidad en transitivos los verbos intransitivos. *Athun*, cansarse ó estar cansado, *athu–ca–n*, cansar; *yehuen*, avergonzarse, *yehu-elca–n*, avergonzar; *lladcun*, tener pena, estar triste, *lladcu–tu–n*, apenar, inferir agravio. Sirven tambien estas partículas, sobre todo la *l*, para modificar la accion de los mismos verbos transitivos. *Putun*, beber, *putu-l–n*, dar de beber; *ilen*, comer, *ile–l–n*, dar de comer.

La partícula *elo*, interpuesta, añade al verbo la significacion de ayuda y de

concurso: *cuno*, la de poner ó dejar: *hue*, la de más: *yeu* y *au*, la de andar haciendo lo que dice el verbo: *ye* ó *yen*, la de tener por ó mirar como: *pe*, la de duda; *pra*, la de en vano: *pu* ó *rpu*, la de pasar de aquí allá: *rpa*, la de venir de allá acá; *rume*, la de repentinamente; *tu*, la de reiterar; *ca–valu*, la de atribuirse ó fingirse algo. *Meñcun*, cargar; *meñcu–clo-ri-ge*, ayúdale á cargar. *Lupuln*, estar boca abajo; *lupu–cuno–n*, poner ó dejar boca abajo. *Mulen*, haber; *mule–hue–y*, hay más. *Thecan*, pasar, paso; *theca–yau–n*, andar dando pasos ó paseando. *Chao*, padre; *chao-ye-vi-n*, le tengo por padre. *Lan*, morir; *la–pe–y*, habrá muerto. *Dugun*, hablar; *dugu–pra–que-l–mi*, no hables en vano. *Pin*, decir; *pi-rpu–a-n*, pasaré á decir; *yen*, llevar; *ye-rpa–n*, pasar ó llevar á la vuelta—*uñotulmi*, *ye–rpa-ya–ymi pulcu*, cuando vuelvas pasarás á llevar chicha ó pulque. *Lan*, morir; *la-rume–y*, murió de repente. *Yen*, llevar; *ye–tu–n*, volver á llevar. *Cuthan*, enfermo; *cuthan-ca-valu–y*, se fingió enfermo.

Con estas circunstancias es evidente que no podia ménos de ser el idioma conciso y enérgico. Lo era tanto más cuanto que los chilenos ponían y aún ponen gran cuidado en hablarlo de modo que hieran la imaginacion y cautiven los ánimos. Los que aún permanecen bárbaros se esfuerzan principalmente en ser oradores para descollar sobre la muchedumbre. Pronuncian expresivas y fogosas arengas llenas de tropos y de figuras, y no suelen darse por satisfechos que no vean brotar del corazon de sus oyentes el fuego del entusiasmo. Ni son extraños á la poesía. Cantan en más ó ménos sonoro metro las hazañas de sus guerreros y las vicisitudes de su historia, y hay quien asegura que dan á la misma prosa cierta cadencia. ¿Qué no harían en los tiempos donde en lucha con España se elevaban al heroismo?

Pero me voy sin sentirlo á los araucanos, y es tiempo aún de examinar en conjunto las tribus de Chile. ¿Estarían adelantadas sólo en la lengua? Eran agrícolas, conocían y usaban una especie de arado y cultivaban los mismos cereales que en Tahuantinsuyu. Se dice si hacian tirar del arado á sus carneros de más fuerza, los *chilihueques;* pero no es creible, por más que sirviesen estos animales de bestias de carga. No sólo labraban la tierra sino que tambien la abonaban y aún la regaban, segun demuestran restos de antiguas acequias. Molían, á lo que parece, el maiz ya crudo, ya despues de haberlo tostado; y al paso que con aquella harina amasaban pan, con ésta hacían tortas y aún cierta bebida que usaban en lugar del chocolate. Tuvieron, segun Molina, hasta cedazos. Lo indica á la verdad la lengua, que tiene una palabra para la flor de la harina, *achiul;* otra para el salvado, *amchi;* y otra para el cernedor, *chinihue* ó *chinidhue*. De las semillas de varios árboles sacaban por fin nueve ó diez licores que conservaban en vasos de tierra. No los bebían sino despues de muy fermentados; y con frecuencia se ponían ébrios.

En artes distaban tambien los chilenos de ser completamente bárbaros. Extraían el oro, la plata, el cobre, el estaño, el plomo; los purificaban y los apli–

caban á labores ya curiosas, ya útiles. Empleaban el cobre para la fabricacion de sus herramientas; pero mucho más la piedra, principalmente el basalto. Lo raro es que tenían voz para designar el hierro. Llamábanlo *panilhue*, y *me panilhue* á la escoria. ¿Lo habrían conocido hasta el punto de beneficiarlo y acomodarlo á las necesidades de su industria? No lo dice ninguno de los escritores del tiempo de la Conquista, ni se ha encontrado en sepulcro ni monumento alguno de Chile ningun objeto de hierro. Las lenguas, como demostraré más tarde, si bien no dejan de servir de guía para explorar la antigua civilizacion de los pueblos, no bastan casi nunca por sí sólas á determinarla. Extraían ademas los chilenos la sal gemma, y hacían salinas en las riberas del Pacífico.

Tampoco eran torpes en la alfarería. Fabricaban ollas, platos, tazas y aún vasos grandes de barro. Cocíanlo en hornos ó por mejor decir en hoyos que abrían en las vertientes de las colinas. Sabían tambien barnizarlo con una tierra mineral á que daban el nombre de *colo*. Barnizada estaba cierta urna de notables dimensiones que se encontró en el fondo de una cantera de los montes de Arauco. Es muy de observar que hacian á veces estos utensilios de mármol y maderas durísimas. De madera labraban los peines, en su lengua *runcas*.

Salvo las alpacas, tenían los chilenos las mismas clases de carneros que los tahuantinsuyus. Tejían bastante hábilmente la lana de sus chilihueques ó llamas y sus vicuñas. Habían inventado al efecto dos especies de telares, uno parecido al europeo, que llamaban *gurehue*; otro casi vertical, que denominaban *uuthalhue*. Si nos hemos de dejar llevar por los indicios de la lengua, cosían tambien y bordaban. *Nuduren* y *dumican* equivalen al coser y bordar de nuestro romance. Ni ignoraban aquellas tribus el arte del tinte. Con colores ya vegetales, ya minerales, teñian sus ropas, y habían dado, segun parece, hasta con cierta sustancia para fijarlos. Lavaban por fin sus vestidos: suplían el jabon con la corteza del *quilhuy*.

Intelectual y moralmente no estaban los chilenos tan adelantados. Aunque tuvieran en su idioma una voz equivalente á la de escribir, es indudable que no conocían la escritura. *Ghillcan*, dice Molina, era primitivamente sinónimo de *guirin (hugrin)* que significa pintar: con la voz *ghillcan* pudieron referirse á la escritura pintada. Ni esta clase de escritura cabe admitir entre ellos atendido el silencio de los primeros historiadores. ¿Usarían tal vez de los quipus? Es ya ésto más fácil recordando que los Incas dominaron casi la mitad de Chile. Las tribus bárbaras hacen aún hoy sus nudos en cordones ó hilos para sus cálculos y cuentas. A ésto parece referirse el verbo *procunon*, anudar, derivado del sustantivo *pron*, nudo. La numeracion, lo hemos ya dicho, era poco más ó ménos la de los tahuantinsuyus, aunque con nombres diferentes para los números.

Debería hablar ahora de los sistemas religioso y cronológico de los chilenos. Lo reservo para el capítulo segundo en que hablaré particularmente de los arau-

canos y de los pueblos al Oriente y al Mediodía que con ellos se aliaron. Sujetos los demas á los Incas en la época de la Conquista, es de creer que por los de los Incas hubiesen trocado su cronología y su culto. Diré algo sólo de sus muchas supersticiones y costumbres. Tenían de Dios una idea terrible: expresaban á la vez por la palabra *pillan* ó *pillañ* á Dios y al trueno. Creian en un espíritu del mal que llamaban *Huecuvu* y consideraban como el autor de las enfermedades y la muerte. Buscaban para todo y respetaban hasta la idolatría á sus adivinos, en quienes suponían un poder sobrehumano. Decían de unos, que mandaban en los *choroyes*, una especie de papagayos, y por ellos tomaban de quien querían todo género de venganzas; de otros que tenían en su mano desatar y suspender las aguas del cielo; de otros que eran reyes de los gusanos y los enviaban á su antojo á devorar las plantas y las carnes del hombre. Sus *machis* ó *machituvoes*, los médicos, no eran despues de todo sino otros tantos sortílegos: con sortilegios pretendían sanar á los enfermos.

Acaso no falte quien vea en ésto uno de los más decididos rasgos de barbarie; mas si así fuese ¡qué de pueblos calificados de cultos por la historia no deberíamos relegar al mundo de los bárbaros! La barbarie está aquí en el corto número de industrias que los chilenos cultivaban, en la carencia de todo comercio, en la escasez de ideas, en la falta de toda escritura, en la casi completa ignorancia de las bellas artes y sobre todo en lo rudimentario de la vida civil y la organizacion política. Salvo los araucanos, vivieron aquellas tribus, como ántes dije, independientes miéntras no fué á enlazarlas el despotismo de los Incas; aún despues continuaron sometidas á *ghulmenes* ó caciques que tendían al antiguo aislamiento. Estaban distribuidas en caras ó ciudades, pero no en pueblos formando calles, sino en desordenados grupos de casas con techo de juncos y paredes de madera enlucidas de barro ó cuando más de ladrillo. Nada allí aún de leyes penales al entrar los Incas: la venganza particular substituida generalmente al castigo. Nada aún de gobierno regular y permanente; la autoridad casi nula al acabar de la guerra. Nada aún de contribuciones: el servicio personal sobre el tributo en especie. Tal vez la única institucion civil la propiedad hereditaria de la tierra. Mucho debieron reformar los Incas ese estado de cosas; mas no debe olvidarse que á la llegada de los españoles hacía pocos años que dominaban en Chile.

Las tribus de Chile eran muchas. Había desde el desierto de Atacama al río Rapel las de Copiapó, las de Coquimbo, las de Quillota y las de Mapocho; del Rapel al Maule los temidos promaucaes; del Maule al Biobio los curies, los cauquis, los pencoas; del Biobio al Valdivia los célebres araucanos, de quienes son como ramas los chonos, que viven al Sud de Valdivia, y los pehuenches, que ocupan las mesetas de los Andes. Sobre estos últimos pueblos, aún hoy libres y bárbaros, escribiré el siguiente capítulo.

CAPÍTULO II

Los araucanos.—Lo que fueron y son todavía.—Comarcas que ocupaban ántes de la Conquista.—Carácter físico y moral de este pueblo.—Gobierno.—Ghulmenes y apoghulmenes.—Vuta-coyaghs ó parlamentos.—Manera cómo se los celebraba.—Parlamentos de guerra.—Parlamentos para las paces.—Los thoquis.—Corta extension de la autoridad de los ghúlmenes.—Juicios criminales y civiles.—La propiedad.—Trajes.—Trajes de paz.—Trajes de guerra.—Armas.—Adelantos militares.—Instituciones bélicas.—Organizacion del ejército.—Extrema vigilancia en los campamentos.—Consejos de capitanes.—Formalidades para decretar la guerra.—Importancia de los contingentes que para hacerla aprontaban los ghúlmenes.—Conducta de los araucanos con los prisioneros.—Creencias religiosas que profesaban.—Carencia de todo culto á Dios.—Culto al Diablo.—Nombres y formas que á éste se daban.—Ofrendas y holocaustos.—Sacrificio de un prisionero despues de cada victoria.—Génios benéficos.—Ideas sobre el diluvio.—Ideas sobre la inmortalidad del alma.—Funerales.—Supersticiones.—Agüeros y agoreros.—Estado de las ciencias.—La Aritmética y la Geometría.—La Astronomía.—La Cronología.—La Medicina.—Los machis.—Los médicos y los cirujanos empíricos.—Total ausencia de las Bellas Artes.—Oratoria y poesía.—Costumbres domésticas.—Nacimientos.—Bautizos.—Crianza y educacion de los niños.—Libertad de que gozaban los varones.—Libertad de las hembras.—Ceremonias practicadas á los primeros ménstruos.—Matrimonios.—Compra de las novias.—Ceremonias para los desposorios.—Raptos.—Condicion de la mujer casada.—Constitucion de nuevas familias.—Hospitalidad.—Arrogancia de los araucanos.—Diversiones y juegos.—Si era conocido el ajedrez en el antiguo Arauco.—Criterio erróneo que parece seguir Molina. [1]

Los araucanos son uno de los pueblos bárbaros que más justamente han llamado la atencion del mundo. Se resistieron siempre al dominio de los españoles, y los acometieron á veces con tal furia, que los obligaron á estipular con ellos paces y erizar de castillos y baluartes las fronteras. Permanecen aún libres; y, léjos de haber perdido terreno, se han derramado al Oriente de los Andes por las pampas del Sur hasta las riberas del Atlántico. Son incontestablemente araucanas las tríbus de ranqueles que viven entre las orillas del Quinto y las del Negro; araucanas, las que con el nombre de chilenas están acampadas en las fuentes de este último río. Hablan unas y otras la lengua de Arauco, cuentan por el mismo sistema de numeracion, se rigen por las mismas instituciones y profesan las mismas ideas religiosas. Las separan de sus hermanos de Occidente algunas diferencias, pero todas debidas á su distinta situacion topográfica. No se vive de igual modo en las montañas que en espaciosas y desiertas llanuras difíciles de atravesar por sus muchos arenales y pantanos.

---

[1] Fuentes de este capítulo: MOLINA, *Compendio de la Historia Natural y Civil del reino de Chile*, tomo II, lib. II; ERCILLA, *La Araucana*, cantos I, XVI y XXV; PEDRO DE OÑA, *Arauco Domado*, cantos II y VI; D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tome IV, Nation Auca ou Araucana; tome II, chapitre XXI, paragraphe I; FEBRÉS, *Diccionario Chileno-Hispano;* LUCIO V. MANCILLA, *Una excursion á los indios ranqueles.*

No puedo ahora hablar especialmente de esas tríbus, puesto que estoy examinando la América del tiempo de la Conquista; hablaré en general de las que entónces ocupaban ya las mesetas, ya las faldas occidentales de los Andes.

Opina D'Orbigny que en aquel siglo se extendían los araucanos desde Coquimbo al archipiélago de los Chonos; mas ni dice en qué se funda ni es de creer que fuesen araucanos los que de Atacama al Rapel doblaron tan fácilmente la cabeza primero al yugo de los Incas y despues al de los españoles. Lo más que podría admitir es que llegasen al Norte hasta la tierra de los promaucaes. Las tribus que vivían á la una y la otra márgenes del Maule figuraban en los ejércitos de Caupolican al decir de Ercilla, á quien considero más historiador que poeta. Se los pone generalmente del Biobio al Valdivia, y por ésto los he colocado entre los dos ríos.

Eran y son los araucanos de no grande estatura, pero fornidos, de ancha espalda, de levantado pecho, de varoniles y enérgicas facciones, ágiles, desenvueltos, forzudos, sufridores de hambre y de sed, de calor y de frío y de las demas inclemencias del cielo. Tenían á la par del cuerpo el ánimo; y eran ademas valientes, intrépidos, audaces, indóciles á todo freno como no fuese para la guerra y la destruccion de sus enemigos. No temían la muerte ni estimaban en mucho la vida, y eran pródigos de su sangre. La vertían no sólo para defender su pátria y su libertad, que era lo que más amaban, sino tambien para satisfacer sus rencores y dirimir las discordias suscitadas por sus rivalidades. Susceptibles y propensos á la ira, no era raro que llegasen de las palabras á las manos aún en sus parlamentos.

Con tales condiciones era difícil que los araucanos vivieran sometidos á un gobierno regular, como algunos autores pretenden. Al decir de Molina, tenían dividida la tierra de Norte á Sur en cuatro *vutalmapus,* cada vutalmapu en cinco *ayllaregues,* cada ayllaregue en nueve *regues* ó condados: al frente de cada regue un *ghulmen,* al de cada ayllaregue un *apo-ghulmen,* al de cada vutalmapu un *thoqui;* á los ghúlmenes bajo la autoridad de los apoghúlmenes, á los apoghúlmenes bajo la de los thoquis, á los thoquis, independientes, aunque para el bien comun confederados. Advierte el mismo autor que no existía este órden jerárquico sino para las cosas de la guerra, y yo dudo que ni aún para la guerra hubiese jefes supremos hereditarios ni vitalicios. De diez y seis principales señores pinta Ercilla poseido el Arauco, y asegura que no había ninguno preferido en el gobierno. Si se necesitaba de un general que mandase las tropas, lo elegían, según él, esos mismos caciques para mientras durase la lucha.

La organizacion de que habla Molina no acertaron á verla ni ese Ercilla, que peleó largo tiempo con aquellas tríbus, ni Pedro de Oña, que en Arauco había nacido y vivido. A ser cierta ¿es de creer que la hubiesen ignorado hombres que pertenecieron al siglo de la Conquista, eran buenos observadores y vieron el país por sus ojos? En el año 1641 hicieron los araucanos la paz con el capitan

general de Chile, el marques de Baides. Con desearla y quererla todos, no se pudo conseguir que los caciques se reunieran en un sólo punto para estipularla. Hubo de hacerla el Marques primero en Quillin, despues en Repocura y por fin en la Imperial, cerca del río de Valdivia. Es indudable que, si hubiese existido aquel régimen jerárquico, habría bastado para la paz la convocatoria de un parlamento por los cuatro thoquis. Pudo estar constituido de este modo el gobierno cuando escribió Molina; en el siglo XVI no es de presumir que lo estuviese.

En mi opinion había entre los araucanos, ademas de los ghúlmenes, apoghúlmenes, es decir caciques mayores que tenían á los menores por vasallos. Lo dice Ercilla, lo deja entrever Oña y lo confirman las mismas paces de 1641. Sobre los apoghúlmenes entiendo que no estaban sino los *vuta-coyaghs* ó lo que es lo mismo las grandes asambleas que se celebraban para decretar y organizar la guerra ó ponerle término. Formaban parte de estas juntas los caciques todos, y todos tenían en ellas voz y voto. El voto de la mayoría formaba acuerdo, y por él habían de estar y pasar las minorías. Por él están y pasan aún los araucanos que hoy viven así al Occidente como al Oriente de los Andes.

Tenían esas juntas ó parlamentos un carácter especialísimo. Convocadas generalmente por uno de los apoghúlmenes, se reunían los caciques en amenos valles á la sombra de altos y frondosos árboles que extendían sobre una como plaza sus gallardas copas. Sentábanse á la redonda, comían, bebían, danzaban, invocaban á Huecuvu, y explicado el objeto con que se los había llamado, abrían los debates. No faltaban discursos templados, pero tampoco fogosas y apasionadas arengas. Si se decretaba la guerra, se elegía desde luégo al general que debía mandar en jefe las tropas. A éste entiendo que se daba el nombre de *thoqui,* y á éste obedecían sumisos aún los araucanos que más valían. No importaba que se le escogiera entre los hombres más humildes; ejercía miéntras no se depusiera las armas una autoridad absoluta, aunque no tanto, que sin acuerdo de los primeros capitanes pudiera condenar á nadie á muerte.

Antes de empezar á discutir se acostumbraba tambien en esas juntas á consultar los agüeros. No era raro, segun Oña, sobre todo cuando se trataba de negocios de importancia, que se inmolase con este motivo á Ivumche algun hijo querido si no una hermosa niña. Lo innegable es que en los parlamentos donde se concertaba la paz se mataba previamente mayor ó menor número de llamas, se les arrancaba el corazon y se rociaba con la sangre la vara de canela que llevaba el thoqui y era entre aquellas gentes lo que el ramo de olivo entre los griegos. Hasta veintiocho llamas se sabe que se sacrificó en el valle de Quillin al estipularse la paz de 1641. Con ésto querían al parecer los araucanos significar que estarían en adelante quietos y guardarían la palabra que empeñasen hasta perder la vida. No observan ya hoy los aucas, es decir los araucanos de las Pampas, tan singular costumbre.

Son de advertir al paso las semejanzas que se nota entre estos bárbaros y los que en el siglo v invadieron el Mediodía de Europa. Tambien éstos se reunían y deliberaban en comun sobre los negocios públicos. Tambien consultaban los agüeros. Tambien escogían á los reyes entre los nobles y á los generales entre los valientes. *Reges ex nobilitate,* dice Tácito, *duces ex virtute sumunt.* Aquí la dignidad de ghúlmen y la de apoghúlmen eran hereditarias y, sólo á falta de sucesores, de libre eleccion del pueblo; y en cambio se sacaba no pocas veces á los generales, no diré ya de los hijos segundos de un ghúlmen, sino de la misma plebe. De la plebe era el que en 1722 peleó al frente de los araucanos con los españoles.

Era la autoridad de los thoquis temporal y pasajera, pero incontrastable; si permanente la de los ghúlmenes, casi nula. Apénas podía el ghúlmen exigir de sus vasallos otro servicio que el de las armas. Por sus criados y sus cautivos había de labrar sus tierras; por sus algaradas, procurarse la gente de su servidumbre. Tenía el derecho de juzgar y castigar á los culpables, pero lo veía no pocas veces anulado por los parientes de las víctimas, que solían tomarse por su mano la venganza.

La sociedad estaba en la infancia y el yugo de las leyes se hacía insoportable para aquellas almas indómitas. Un asesinato, un robo daban con frecuencia márgen á una guerra de familia á familia cuando no de tribu á tribu. ¿Era el ofendido un ghúlmen ó alguno de sus deudos y pertenecían á otro ghumenato los ofensores? Nacía la guerra civil y se multiplicaban los crímenes. Se robaban unos á otros en los caminos, entraban á saco los pueblos, cometían todo género de violencias. Designaban y designan aún con el nombre de *malon* esos arrebatados ataques y desenfrenadas correrías.

Los juícios y las penas de los delincuentes eran por otra parte bárbaros. De la acusacion al castigo mediaban generalmente horas: no había cárceles para la detencion de los presuntos reos. Aplicábase generalmente el talion, allí conocido por el nombre de *thavlonco*; condenábase á muerte á los traidores, los homicidas, los hechiceros y los adúlteros. Ni eran tampoco largos los litigios: pocas las leyes, mucha la tierra para los que la poblaban, era comunmente fácil la resolucion de los negocios. Existía allí la propiedad y era transmisible por herencia; pero distaba de ocasionar las complicaciones y discordias que entre nosotros. No las suele traer en pueblos aislados y sin comercio miéntras la produccion basta para el consumo.

Con saber que contaban entre sus instituciones la propiedad, sobradamente comprenderá el lector que no eran nómadas los araucanos. Vivían, si no en pueblos formando calles, en caserías derramadas por deleitosas campiñas cuando no por las márgenes de los ríos ó los arroyos. Labraban la tierra, la regaban, y cultivaban con preferencia el maiz, que les servía como á tantas naciones de América, de pan y de vino. Eran agricultores y pastores y en la costa pescadores.

Ni eran del todo extraños á la industria. Trabajaban los metales ó hilaban y tejían el vellon de sus rebaños. De él hacían los trajes así para los varones como para las hembras.

Solían vestir los hombres camisa, jubon y bragas y una como capa en forma de casulla que llamaban *macuñ*, hoy *poncho*, y se metían por la cabeza. Las bragas eran estrechas y cortas; la capa, holgada y suelta de modo que les permitiese toda clase de movimientos. Completaban el hábito una faja ceñida al cuerpo y otra al rededor de las sienes que para la guerra iba adornada de vistosas plumas. Todo era de lana y todo de azul turquí, principalmente para los plebeyos. Solo los ghúlmenes acostumbraban á llevar de otro color la capa. Sólo tambien los ghúlmenes y sus familias usaban, ya botas tejidas, ya sandalias de cuero. Iban los demas descalzos.

De lana azul turquí vestían así mismo las mujeres. Llevaban de la garganta á los piés una túnica sin mangas que se prendían á la espalda con broches y se sujetaban por una faja á la cintura; en la cabeza, una mantilla corta que se ataban al pecho con hebillas de plata.

No estaba del todo proscrito el lujo ni de unos ni de otros trajes. Adornábanse las hembras con falsas esmeraldas el cabello que, partido en trenzas, dejaban caer graciosamente sobre los hombros; usaban collares, zarcillos, ajorcas, y atestaban de sortijas sus dedos. Los varones, por su parte, sobre todo los caciques y sus deudos, orlaban sus ponchos ó capas con franjas de varios colores y caprichosos dibujos de las que á veces colgaban elegantes flecos. Ni era raro que fuesen tambien de muchos colores sus botas de lana.

Para la guerra vestían los hombres muy de otra manera. Traían dobles y fuertes petos, grebas, golas, cascos de piel curtida que resistieron á nuestras armas de mejor temple. Embrazaban escudos, tambien de cuero. Blandían quién la lanza, quién la pica, quién el hacha, quién la maza con puntas de piedra. Ya iban provistos de flechas, ya de dardos, ya de lazos que hacían de mimbres y bejucos. Ni dejaban de usar la espada, aunque de madera.

Como si hubiesen nacido para la guerra, en lo militar habían hecho sus mayores adelantos. Dejaron no sin razon asombrados á los españoles por lo bien que escogían el sitio para sus combates; la facilidad y la inteligencia con que se parapetaban aquí abriendo fosos, allí levantando muros y trincheras; el órden admirable con que se presentaban en batalla; el acierto con que combinaban las diversas armas—las flechas, por ejemplo, con las picas;—la rapidez y el arrojo con que cubrían las líneas deshechas por el enemigo, la estrategia que desplegaban en los más apurados trances, la rigorosa disciplina á que vivían sujetos; el silencio que guardaban sobre los proyectos de sus caudillos; la sagaz presteza con que acomodaron su táctica y el empleo de sus medios de defensa á lo que exigía el uso del hierro, los caballos y la pólvora por los europeos. Solían en otros siglos para hacerse fuertes cercar de corpulentos árboles el lugar que ele-

gían, generalmente cuadrado, y levantar en los ángulos elevadas torres; dentro de este cercado construir otro de tablones sobre que levantaban muros coronados de almenas; y en torno de la fortaleza abrir cuando más anchos y profundos fosos. Ya que vieron los caballos de los españoles, rodearon sus parapetos de hoyos, armados de agudas estacas, que cubrían de carrizo, yerba y flores para que, engañados nuestros jinetes, fueran á caer para no levantarse al pié de sus trincheras. Ni se entretuvieron ya cuando conocieron los estragos de las armas de fuego en disparar horas y horas flechas; las arrojaban sólo en tanto que lograban poner el ejército contrario al alcance de sus picas.

Eran diestros en la guerra, y no es extraño, atendidas sus instituciones militares. No aprendían á manejar más de un arma, y ésta la manejaban desde sus primeros años. Acostumbrábanse de niños á la vida de los campamentos: tenían á gala arrostrar las privaciones y las fatigas. En la infancia aún, luchaban por ser los primeros en llegar á la cima de pedregosas cuestas: no sólo se hacían sufridos, sino tambien ágiles. No se atrevían á mostrar flaqueza por no verse excluidos de la milicia, cosa que les era de grande afrenta; rivalizaban por lo contrario en bravura sabiendo que sólo á fuerza de valor se ganaba los altos puestos. Como ántes he indicado, prevalecía en la guerra la virtud sobre la nobleza.

Como los soldados de la antigua Roma, iban provistos los de Arauco de víveres y medios de asentar sus reales. Marchaban al son de atabales y trompetas y á la sombra de banderas en que se veía una estrella. Llevaban delante exploradores, detras, segun Oña, sus mujeres y sus hijos. Sabedores de que sus derrotas alcanzaban inmediatamente á sus familias, ¿cómo no habían de disputar porfiadamente el triunfo al enemigo? Estaban distribuidos en batallones de mil plazas, en compañías de ciento. Una compañía solían presentar, segun Ercilla, por frente de sus batallas.

Distinguíanse principalmente por lo vigilantes. De noche prodigaban los centinelas y las escuchas. Para que no se durmieran debían hacer fuego delante de cada tienda y cuidar de que no se apagase; circunstancia que daba un carácter extraño á sus campamentos y no dejó de imponer á los españoles. Amigos de arrebatos y sorpresas, temían ser víctimas de las de sus enemigos: no escaseaban para evitarlo las precauciones.

Ni andaba el general ménos alerta que los soldados. Velaba por todo y sobre todos, y no perdonaba la menor falta. Armado del hacha de pórfido, insignia de su mando, lo mismo recorría de noche su campo que durante la batalla las filas de su ejército. Allí reprendía, aquí animaba con su ejemplo y sus arengas. ¡Desgraciado del que se atreviera á desobedecer la más insignificante de sus órdenes! Tenía junto á sí un vice-thoqui, una especie de lugarteniente, y éste había de ser el primero en cumplirlas. En las ocasiones difíciles no se desdeñaba, sin embargo, de consultarle ni á él ni á los demas capitanes de nota. En consejo

de capitanes se estudiaba y decidía ordinariamente el plan de cada campaña.

Faltábales en realidad poco á los araucanos para dejar de merecer la calificacion de bárbaros. Habría bastado que hubieran seguido en la paz el régimen que en la guerra. Habrían formado permanentemente cuerpo de nacion y vivido bajo el jugo de las leyes. Porque, adviértase bien, la guerra tenia tambien entre ellos sus reglas. Se la decretaba, como se ha visto, en los grandes parlamentos; y despues de resuelta cabía aún derogarla. Se oía la opinion de todo el que deseaba emitirla, siquiera fuese la del último hombre del pueblo; y á los tres días se ratificaba ó revocaba el acuerdo. ¿Se lo ratificaba? Se enviaba emisarios á todas partes con hacecillos de flechas atadas por un hilo rojo, y se prevenía á cada apo-ghúlmen el contingente que debía aprontar para la campaña.

La importancia de estos contingentes es difícil apreciarla. Ercilla, que escribía en el siglo XVI, y suponía que la milicia formaba en la sociedad y el Estado cuerpo aparte, daba á las tropas de Caupolican millares de guerreros; tres mil al mando del cacique Paicabí, seis mil al de Lemolemo, cuatro mil al de Ongolmo, etc. En cambio Molina, que escribía á fines del siglo XVIII, y veía en cada araucano un soldado, no creía que constase el ejército activo de más de seis mil hombres. Grandes cambios pudieron y debieron ocurrir durante dos siglos en la poblacion de aquellas comarcas; mas ¿cómo, aún admitiéndolos, compaginar tan enormes diferencias?

Hacían los araucanos la guerra con pasion y hasta con encarnizamiento; mas no sacrificaban, generalmente hablando, á los prisioneros como los adoradores de Huitzilopochtli. Los reducían simplemente á cautiverio y se prestaban á cangearlos, no siendo nunca tan duros ni tan feroces que se negasen á concertar honrosas paces. Las admitían fácilmente aún de los españoles siempre que se les dejase á salvo la libertad y la independencia.

Nacía ésto principalmente de que no profesaban un culto sangriento. Está para mí en duda si daban los araucanos nombre especial á Dios. Me inclino á creer que no le designaban sino por los atributos que le concedían. Llamábanle por ejemplo, *Villvemvoe*, el creador de todo, *Villpepilvoe*, el omnipotente, *Molquechigelu*, el eterno. Pretende Molina que le denominaban tambien *Pillan*, el espíritu; pero le desmienten los demas autores. Pillan no era, segun éstos, Dios sino el Diablo. Veían efectivamente los araucanos en Pillan al sér que cabalgaba en la tempestad, lanzaba el rayo sobre la amedrentada tierra y hacía rebentar en humo y fuego el cráter de los volcanes; tanto que no usaban de otra voz para indicar estos mismos fenómenos. Pillan era á la vez para ellos el diablo, el trueno, la erupcion, la tormenta.

Ercilla hasta supone ateos á los araucanos. Son, dice, gente sin Dios que sólo respetan al que Jehová precipitó del cielo. Lo indudable es que no rendían á Dios ninguna clase de culto. Escribe alguien que le adoraban en silencio desde el fondo de los bosques; pero sin motivo. No se les encontró ni templos

ni ídolos; no se los vió jamas hacer sacrificios ni ofrendas al Creador del Universo. Reservábanlos para el diablo, á quien daban, á lo que parece, diversas formas y nombres. Temían, no sólo á *Pillan*, sino tambien á *Epunamun*, *Huecuvu*, é *Ivumche*. Como veían en Pillan al autor del rayo, veían en Huecuvu el origen de las enfermedades y la muerte, y sentían por él hasta un terror supersticioso. No lo sentían ménos por Epunamun, de quien hace Molina el dios de la guerra y Ercilla el espíritu del mal que consultaban ántes de resolverse á dar una batalla. Quién fuese Ivumche nos lo dicen Febrés y Oña: un oráculo por cuya boca hablaba el mismo génio de las tinieblas. Era, segun Oña, un cadáver insepulto á quien se había arrancado los intestinos.

Aún para el diablo no eran grandes las ofrendas ni muchos los holocaustos. Las ofrendas estaban en mi juício reducidas á libaciones de pulque; los sacrificios, á los que se hacía en los parlamentos. Otro se verificaba aún, al decir de Molina, que no es para olvidado. Como para aplacar los manes de los que morían en los combates parece que era costumbre y aún ley entre aquellas gentes que despues de cada victoria se inmolase con bárbara pompa á uno de los enemigos. Colocábase á la infeliz víctima en el centro de una doble circunferencia que formaban los capitanes y los soldados. Colocábasela junto al hacha del thoqui, hincada en el suelo. Obligábanla por de pronto á cavar la tierra, luégo á echar en el hoyo unos palillos que le ponían en la mano. A cada palillo que arrojaba había de nombrar en alta voz alguno de los héroes de su patria: soldados y capitanes á cada nombre prorumpían en feroces alaridos. Mandábanle despues que tapase la recien abierta fosa.

Concluidos estos preliminares, el encargado de la ejecucion se acercaba con una maza al prisionero y de un solo golpe le quebrantaba la cabeza. Otras le arrancaban al punto el corazon y lo presentaban al thoqui para que lo chupara. Mojaban allí sus labios los caudillos todos del ejército; y en tanto el thoqui fumaba y despedía bocanadas de humo á los cuatro vientos. Descuartizaban los soldados la víctima, le mondaban los huesos, se los convertían en flautas y al son de tan lúgubres instrumentos le paseaban la cabeza sobre la punta de una pica. ¿No se había roto el cráneo al golpe de la maza? Servía de copa en los banquetes.

Esto dice Molina y no los poetas Ercilla y Oña. ¿Habrá sido aquí más fecunda la imaginacion de los prosistas? *Ralilonco* se llamaba, segun Molina á la copa ó taza que se hacía del cráneo del prisionero; y á ser verdad habría de creerse que del cráneo hacían un tambor y no una copa. *Lonco* en chileno es cabeza; *rali*, el tambor de los machis. Como quiera que fuese, los sacrificios resultaban en Arauco escasísimos y sin mezcla de antropofagismo.

Al diablo, segun el mismo historiador Molina, oponían aquellos hombres algunos génios benéficos. «De esos espíritus, dice, unos eran varones, otros hembras; unos llevaban el nombre de *gen* y otros el de *amey-málghen*. Preciábase

cada araucano de tener el suyo, y al suyo atribuía el buen éxito de sus negocios.» *Gen* significaba ser: *anchi-malghen*, no *amey-malghen*, duende, imágen ó cosa de la otra vida. Puede que el vulgo tuviese en realidad esos entes por sus dioses lares, por una especie de ángeles custodios.

No abundaban los araucanos ni en divinidades ni en tradiciones. Hablaban de un diluvio universal; pero lo explicaban de muy diverso modo que los cristianos. Decían que la tierra en uno de sus temblores había sido inundada por el Océano y que unos pocos hombres se habían salvado en la triple cumbre del Thegtheg, que flotó sobre las aguas. Creían tambien en la inmortalidad del espíritu. Aseguraban que los muertos iban á un lugar de eternos placeres sito más allá del mar, al Occidente; que justos y pecadores vivían allí la misma vida; que los casados seguían con sus mujeres, pero ya sin reproducirse.

No tendrían, con todo, sobre este punto ideas muy definidas á juzgar por sus funerales. En muriendo uno, se reunían sus deudos y amigos, se sentaban al rededor del cadáver en la dura tierra y vertían abundantes lágrimas. Colocado el muerto en un alto ataud, continuaban llorando. Dos y aún tres días pasaban gimiendo, bebiendo y regando de pulque el suelo. Conducían despues el féretro á lo hondo de un bosque ó á lo alto de una colina. Iban delante dos mancebos corriendo cuanto podían; en torno de la caja, sostenida por los parientes, unas como plañideras; detrás una mujer esparciendo rescoldo por el camino á fin de que el alma no intentase volver á su casa.

Al llegar al sitio destinado para la sepultura, se ponía en la tierra el cadáver, si varon junto con sus armas, si hembra con su huso y su rueca, hombre ó mujer con gran cantidad de víveres y vasos de vino. De tanto se creía que necesitaba ya para llegar al paraíso ya para presentarse bien entre las demas sombras. Se amontonaba luégo sobre todo piedras y tierra, se regaba de pulque el túmulo y se despedían amigos y deudos llorando y deseando al muerto el más próspero viaje. Entendían que no había de tardar en ir por el alma una vieja en forma de ballena y llevarla al traves del mar á los encantados valles de Occidente. Si era el alma la que debía pasar el Océano sobre las espaldas de la vieja, ¿á qué el vino ni el maiz ni las herramientas ni las armas? Si el cadáver, ¿á qué sepultarlo bajo un monte de piedra y guijas?

En lo que más abundaban los araucanos era en supersticiones. Creían en los hechiceros, los temían y los perseguían de muerte. Creían en apariciones y duendes. Concedían un poder sobrenatural á sus *machis* ó médicos. Tenían sus agoreros y los consultaban al acometer empresas de importancia. No faltaban entre los jefes militares hombres que se riesen de las predicciones de esos adivinos diciendo que el éxito de los combates dependía del ánimo de los soldados y la fuerza de las armas; pero los más abandonaban ó cuando ménos aplazaban sus negocios como les fuese adversa la profecía.

Eran allí los agoreros una especie de sacerdotes: guardaban vida estrecha, se

abstenían de toda clase de placeres. Interpretaban los sueños, se esforzaban por leer lo futuro en el canto y el vuelo de las aves y buscaban inspiraciones en el cielo y las estrellas. Reuníanse frecuentemente en cuevas oscuras y se entregaban á misteriosos ritus. Danzaban gravemente al son de sus *thultuncas*, tambores de platos de madera cubiertos de redaños de llama; evocaban á Huecuvu y hacían sacrificios á Ivumche. Su persona era sagrada y su palabra un oráculo.

Había, ademas, entre los araucanos esos agüeros comunes que hallamos aún en los pueblos cultos. El buho, la lechuza, los pájaros nocturnos en general, presagiaban desventuras al que los veía. Ciertos sapos hechizaban, otros hacían feliz al que los cogía, otros de gran tamaño conservaban puras y saludables las aguas. No vivía mucho tiempo el que acertaba á ver la culebra *pihuchen*, de la cual decían que volaba silbando. Se tenía por dichoso el que cazaba un gato pequeño que llamaban *quirque*. Lo usaban mucho los médicos para la curacion de las más graves dolencias. Excusado es decir si estaría muy adelantada la Medicina donde formaba parte de la mágia.

En ninguna de las ciencias habían hecho los araucanos grandes progresos. Usaban el sistema decimal; pero nada indica que hubiesen llevado muy allá las operaciones aritméticas. De Geometría alcanzaron á tener sólo vagas nociones. No los obligó á desarrollarla como á tantos otros pueblos la Arquitectura. Conocieron algo más la Astronomía. Llegaron á medir el curso del sol y determinar por las sombras los solsticios y los equinoccios. Distinguieron entre el infinito número de estrellas la marcha de los planetas. Se fijaron en los cometas y, segun Molina, hasta se los explicaron. Distribuyeron los astros en muchos más grupos que los tahuantinsuyus y los mejicanos. Tenían por lo ménos nombres para multitud de constelaciones. Verdad es que estos nombres significaban casi todos el número de estrellas principales que las componían. *Cayu-pal*, las cabrillas, *melirithu*, la cruz del Sur, equivalían á constelacion de seis, grupo de cuatro.

Gracias á esos adelantos astronómicos disponían los araucanos de un sistema de cronología no del todo imperfecto. Habían dividido el año en meses, el mes en días, el día en horas. Distinguían las mismas estaciones que nosotros. Contarían en un principio por lunas, puesto que dieron á todos los meses treinta días. Qué hicieran de los cinco días sobrantes lo ignoro: es de suponer que los dejasen como los toltecas para el fin del año. No sé tampoco si partieron el mes en semanas como los judíos ó en quintiduos como los mejicanos ó en décadas como los muiscas. Lo indudable es que dividieron el día en doce horas y las determinaron parte por el curso del sol, parte por la posicion de otros astros. Que el sistema había de ser defectuoso no habrá de seguro quien lo niegue; pero ¿cabía acaso esperar más de un pueblo bárbaro?

En Medicina he indicado ya cuán atrasadas debían estar aquellas gentes. Sus machis eran lo que los médicos de casi todas las naciones salvajes que veremos

en la parte oriental de América. Atribuían las enfermedades difíciles á venenos suministrados por enemigos, y buscaban á la vez la curacion del mal y el descubrimiento del autor del crímen. Mandaban alumbrar con numerosas luces la estancia del enfermo: allá en un ángulo ponían entre ramas de laurel una de canela de que colgaban el tambor mágico; y al pié tenían una llama dispuesta para el sacrificio. Ordenaban á las mujeres allí presentes que entonaran al son de atabales una cancion lúgubre; y ellos en tanto incensaban por tres veces con humo de tabaco la canela, la víctima, las cantoras y el enfermo. Mataban luego la llama, le arrancaban el corazon, chupaban la sangre, lo clavaban en el ramo, hacían como que buscaban el veneno en las entrañas del paciente y descolgando el tambor mágico tocaban, cantaban y paseaban con los circunstantes. Caíanse de repente como aturdidos, y hacían los más extraños gestos y violentas contorsiones. En medio de ese real ó fingido paroxismo revelaban el éxito de la enfermedad, los remedios aplicables y no pocas veces el nombre de los supuestos envenenadores, hecho con que encendían la guerra en las familias.

No siempre, con todo, empleaban los machis este procedimiento. No lo empleaban sino cuando la enfermedad no cedía á la terapéutica ordinaria. Ni faltaban, por otra parte, en Arauco médicos sin pretensiones que se limitaban á estudiar las virtudes de las plantas y con los solos recursos de la naturaleza procuraban curar las heridas, combatir la fiebre y restablecer el órden y la regularidad en el organismo. Había médicos prácticos y tambien cirujanos que entendían en dislocaciones y fracturas. Mas ¡cuán léjos no estaban todos de la ciencia! Los que no en la supersticion caían en el empirismo.

No hablemos de las artes. Arquitectura, escultura, pintura, música, estaban como proscritas de la tierra de los araucanos. No florecieron allí sino la oratoria y la poesía. Celebrábase en verso las hazañas de los héroes y las glorias de la pátria: había cantos de guerra. Se peroraba, no sólo en los parlamentos, sino tambien en los palacios de los ghúlmenes y aún bajo los más humildes toldos. Que se pidiese en casamiento la mano de una vírgen, que se asistiese á los funerales de un deudo, que se fuese á pelear ó se estuviese peleando, se pronunciaba largas y calurosas arengas. Y no vaya á creerse que se hablara desmalazadamente. Se tenía por todos en mucho la pureza del lenguaje, el vigor de los tropos y de las figuras, la buena entonacion y el colorido. Se consideraba inepto para el mando al que no reunía al valor la elocuencia. No bastaba allí convencer; era preciso saber persuadir y hasta exaltar y apasionar los ánimos. Aún hoy se exige esta condicion en los que quieren acaudillar las tribus. «He oido á jefes araucanos, escribe D'Orbigny, perorando largas horas. Su palabra es firme y segura, su entonacion varia: llenan tan pronto de ira como de ternura el corazon de sus oyentes.»

Eran aquellos hombres osados en la oratoria y más osados en la poesía. Se abandonaban á su imaginacion y sus pasiones, y hacían viriles y enérgicos sus

cantos. Los debían sujetar á compas y medida; pero no se dejaban aprisionar por vanas reglas. Si los componían generalmente en versos ya de ocho ya de once sílabas, no vacilaban en interrumpir el metro cuando así lo exigían lo atrevido de sus conceptos ó el creciente oleaje de su entusiasmo. Los componían á la manera de los que se atribuyen á Ossian, reflejo de la de las naciones bárbaras que en los primeros siglos de la Edad Media eran dueños de Europa.

No diré ahora de la industria de los araucanos, reducida, como antes indiqué, al ejercicio de unas pocas artes, ni del comercio, circunscrito al cambio de productos entre las diversas tribus; concluiré el capítulo haciendo un rápido bosquejo de las costumbres domésticas.

El araucano, como el quichua, no bien nacía cuando se le bañaba en el próximo río ó en el vecino lago. No se le fajaba; se le envolvía simplemente en una manta y se le ponía en cierta cuna de pieles que colgaba del techo. Pendía de la cuna una cuerda: la madre de vez en cuando le mecía sin casi dar tregua á sus habituales trabajos. Á los pocos días se buscaba padrino que diese al párvulo nombre. Se hacía este bautizo entre pobres con escasa ó ninguna ceremonia, pero no entre ricos. Entre ricos acudía á la casa al rayar la aurora el padrino con sus deudos y amigos provistos de dones. Se sujetaba por los piés y se tendía en el suelo una llama, y sobre ella iba depositando cada cual su ofrenda. Cambiaban estos regalos segun el sexo del recien nacido: si era varon, consistían principalmente en armas. Se arrancaba luégo el corazon á la llama; y con él señalaba el padrino á su ahijado en la frente y le daba nombre, nombre que repetían tres veces los espectadores. Pasaba entónces el niño á los brazos del padre, y el padrino, levantando al aire el corazon del carnero, que aún destilaba sangre, pedía fervientemente á Huecuvu que no privara al infante ni de la vida, ni del valor, ni de la elocuencia. Terminaba la fiesta por un banquete.

Cuidábase al niño, pero sin violentarle ni para que se pusiera en pié ni para que marchara. Se dejaba su desarrollo á los pechos de su madre y á la naturaleza. No se le contrariaba ni aún en sus caprichos. Se inquietaban poco sus padres porque fuera antojadizo, revoltoso, díscolo, soberbio: lo tomaban á buen agüero y se consolaban creyendo que había de ser hombre de iniciativa y de inquebrantable temple. La libertad era el principio de la educacion así en lo moral como en lo físico: se reputaba contrario al fin del hombre y al interes de la sociedad apocar la infancia por una sumision prematura y refrenar sus ímpetus. Se quería, no ciudadanos dóciles, sino varones indómitos que pusiesen por encima de todo su propia dignidad y la de la pátria; y no se creía posible alcanzarlo sin dar abierta y franca expansion á los primeros instintos y sentimientos. Así el padre no podía pegar á sus hijos; y, ya que lo hiciera y los dañara, estaba expuesto á la venganza de los deudos de la madre.

No por ésto los padres descuidaban la moral de los hijos. Los asociaban lo ántes que podían á sus trabajos y los dirigían, ya que no por la fuerza, por el

ejemplo. Acostumbraban á las hembras á los quehaceres domésticos; á los varones, principalmente si ricos, á todo lo que pudiese hacerlos guerreros y oradores. Aprendía el araucano en edad temprana de boca de sus mayores el manejo de las armas, la historia de su nacion y de su tríbu y la de las tríbus y naciones enemigas, las hazañas de los héroes, la geografía de los lugares donde eran por entónces más frecuentes las guerras, las leyes del lenguaje y las más acabadas arengas. Temprano tambien solía acompañar á su padre tanto en las campañas como en los parlamentos. Sentía así pronto el acicate de la emulacion y el amor á la gloria, y encaminaba á la independencia y la grandeza de Arauco sus no domados instintos. Áun siendo pobre y habiendo de contribuir al cultivo del fundo paterno, podía y debía pensar en la guerra y sintiendo los mismos estímulos y aún los mismos deseos poner al servicio de la pátria sus mal reprimidos ímpetus.

Las hembras no gozaban de ménos libertad que los varones. En sintiéndose mujeres, debían participarlo á su madre, que lo comunicaba á su vez á los deudos. Estaban todo aquel día en un rincon de la casa sin poder llevar los ojos á ningun hombre. Salían al otro día mañana y tarde con su misma madre y una de sus más próximas parientas, y debían correr por el campo hasta fatigarse. Al tercer día debían ir al bosque por tres brazados de leña y volver á cada viaje por distinto camino á fin de que se enterara toda la tríbu de tan fausta nueva. Eran despues objeto de una gran fiesta y quedaban completamente dueños de sí mismas. No podían disponer de su mano; pero sí arrojar el corazon á los piés de cualquier mancebo. Estraña libertad y más estraña costumbre.

De la mano de las hembras sólo disponían los padres. Podían allí los varones casarse con cuantas mujeres quisieran, pero habían de comprarlas: los padres de la novia eran los que fijaban el precio. Poníanlo generalmente alto, porque de los objetos en que se lo pagase habían de hacer partícipes á todos sus parientes. Así ¿qué importaba que se hallase establecida la poligamia? Con ser absoluta apénas si regía más que para los ghúlmenes. Multitud de mozos habían de resignarse á vivir sin mujer lejítima y buscarse una cautiva ó abarraganarse. Era esto un mal, pero se convertía no pocas veces en nuevo estímulo para que los jóvenes deseasen y amasen la guerra. Ya que no pudieran obtener por otro camino el precio de sus amores, corrían frecuentemente á buscarlo en el botin de las batallas.

Es error de Molina creer que el rapto fuese entre los araucanos una especie de *conditio sine qua non* del matrimonio. El rapto era medio para conseguirlo, pero no el único. Se lo verificaba muchas veces, es verdad, á sabiendas del suegro, pero no siempre. La novia, áun pedida en forma, solía, tambien es verdad, oponer resistencia á ir á manos del novio; pero la oponía ante sus propios padres y es óbvio que no se podía calificar de robo la aparente fuerza que para obligarla á ceder empleaban el futuro marido y sus parientas. Era ésta eviden-

temente una de tantas fórmulas como han inventado en todos los tiempos y en todos los pueblos las mal llamadas conveniencias sociales. Es muy de advertir que el rapto no eximía nunca al raptor de pagar el precio de la mujer robada. Algo con todo solía rebajar el precio.

Lo comun era allí como aquí el matrimonio por consentimiento de los padres. El mancebo que tenía ya escogida novia y deseaba casarse, empezaba por reunir y comunicarlo á sus parientes. Calculaba con ellos qué podría exigir el padre de su futura y los recursos de que disponían para pagarla. Ya que todos los creyeran bastantes, fijaban el día y el lugar en que habían de congregarse cada cual con su ofrenda. Solía verificarse esta nueva junta al despuntar el alba: en ella se elegía á los que habían de pedir la novia, que eran siempre los más elocuentes. Partían éstos, se constituían en el hogar de la favorecida y al ver á los padres dejaban caer algunos de los regalos como para dar á entender el objeto que allí los llevaba. Abrazábalos con efusion el padre, y ellos uno tras otro le exponían su mensaje en largos y pomposos discursos, donde ponderaban los méritos del pretendiente y los de la familia á que pertenecía. No era ménos facundo el padre ni se esforzaba ménos en hacer el panegírico de su hija. Terminaba aceptando, si así le convenía, y preguntaba á su mujer, aunque por mera fórmula, si aprobaba el matrimonio.

Debatíase entónces el precio de la novia y no siempre se hacía fácil acordarlo. Ya que estaba acordado, se llamaba á los referidos parientes que acudían al punto, entraban y salían en silencio, é iban á sentarse fuera del umbral de la puerta formando un semicírculo en cuyo centro se colocaba el novio con sus más próximos deudos. Alzábase junto al novio un monton de vestidos: aquél era el asiento destinado á la novia.

Salía á poco el padre, saludaba á la asamblea y señalaba con el dedo el lugar en que estaba su hija. Aquí era donde la hija por pudor afectaba resistirse á dejar la casa. La cogían el novio y sus parientas y la conducían como por la fuerza al dispuesto é improvisado trono. Cubríanla allí de regalos y le ceñían la corona de las desposadas. Mezclábanse de improviso las dos familias, comían juntas, se entregaba el precio de la alianza y se acompañaba á los cónyuges á la casa del marido, donde á los pocos días se consumaba el matrimonio.

El rapto no cambiaba esencialmente las ceremonias; simplificábalas y abreviábalas la pobreza. Cuando mediaba rapto, estaba reducida la mudanza á que los oradores del novio añadiesen al acostumbrado panegírico algunos párrafos sobre lo ligera que es la juventud y el arrebato que producen las pasiones.

Casada ya la hembra, había de renunciar para siempre á sus devaneos. ¡Ay de ella si faltaba á sus deberes! Podía el marido hasta quitarle la vida como los suegros se lo consintieran. Debía ser en sus nuevos hogares poco ménos que una esclava. Aún á la guerra había de acompañar á su consorte, si su consorte se lo exigía. Las mujeres, tiene razon Oña, formaban casi siempre la retaguardia de

los ejércitos: esperaban el término de las batallas para asistir al botin y entrar en el reparto.

Era allí la mujer casada tanto más esclava, cuanto que había de compartir el lecho nupcial con otras. El marido para tenerlas á todas en paz señalaba cada día la que debía dormir con él y comer á su mesa, y tenía á las demas casi como extrañas. Para éstas había hasta fogon aparte. Se dice que la primera gozaba de cierta supremacía y parece confirmarlo el hecho de designársela con distinto nombre; pero es muy difícil que tál sucediera. Despues de las segundas esposas venían las cautivas, sobre todo en las casas de los ghúlmenes. Se necesitaba que el marido estuviese armado de grande autoridad para que el hogar no fuese campo de discordia.

Pasaba el hombre en cuanto contraía matrimonio á constituir nueva casa y familia. Había de vivir de su propio trabajo, ganar no sólo para alimentar á sus mujeres y sus hijos sino tambien para abrigar bajo su techo al extranjero. La hospitalidad era más un deber que una virtud entre los araucanos: no se atrevía ninguno á negar mesa y cama al peregrino. Viven hoy nómadas y en toldos los aucas, y no los tienen jamas cerrados para el viandante. Que el huésped esté allí días ó meses, no le despiden como no les falte. Mucho ménos si comprendiendo que debe mostrarse agradecido los ayuda en los trabajos del campo ó en los de la guerra.

Era hospitalario el araucano por deber y por orgullo. Consideraba inferiores á todos los demas hombres, y se creía obligado á protegerlos. No reconoció superioridad ni aún en los europeos. Los vió con armaduras de hierro, con caballos, con armas cuyo secreto no comprendía, y los tuvo, sin embargo, por de innoble raza. Los confundió bajo el nombre genérico de *huincas* con los pueblos que ya conocía. Así no vaciló en combatirlos. Así una y otra vez roto en los campos de batalla, luchó hasta ver asegurada su independencia. En realidad sólo él se reputaba hombre. Hombre y valiente se expresaban en su lengua por una misma palabra: *huenthu;* y sólo él se decía valiente.

Era en efecto valiente y más que valiente sufrido y sóbrio. Sóbrio no dejaba de serlo sino en sus banquetes, que se sucedían con bastante frecuencia. Comía entónces abundancia de carnes asadas y sobre todo bebía. Se embriagaba á la par de esas mismas naciones americanas que miraba con desprecio.

Se creerá tal vez que era monótona su vida, pero distaba de serlo. Sobre sus muchas fiestas tenía el araucano sus juegos, juegos generalmente de fuerza y de lucha, pero al fin juegos: el de pelota, que hemos hallado en las tres Américas, el *palican* que bajo el nombre de *chueca* usamos acá en España, el *peuco* que representa el asedio de una fortaleza. Pretende Molina que de tiempo inmemorial se jugaba ademas el ajedrez en Arauco; pero lo dudo. Si juego de tanta combinacion hubiera realmente existido en la antigua América, las relaciones ante-colombianas entre el viejo y nuevo continentes por el Pacífico dejarían de

ser una hipótesis. Aislados los dos mundos, sobrado comprenderá el lector cuán improbable no había de ser que se hubiese venido en los dos á tan complicado y laborioso divertimiento.

Molina á mi entender se deja llevar en éste como en otros puntos de un criterio muy ocasionado á errores. De que una idea ó un objeto tengan voz propia en el chili-dugu parece inferir que no fueron importados en Chile por los europeos. Podrá ser cierta la ilacion en algunos casos: no lo es de seguro en todos. Los idiomas son todos más ó ménos refractarios á la adopcion de voces extranjeras: dan con bastante frecuencia á ideas y objetos extranjeros voces propias. En esta misma lengua araucana, al paso que se ha traducido caballo por *cahuellu*, carreta por *carita*, silla de montar por *chilla*, espada por *irpada* y por *ancha*, bueyes ó mansos por *mansum*, etc., etc.; se ha traducido fusil por *thalca*, disparar armas de fuego por *thalcátun* y *thópumn*, carta por *chillca*, escribir por *chillcan*, trigo por *cachillahue*, blanquear el trigo por *chúllun*. ¿Habíamos de inferir de aquí que no fueron importados en Chile por los españoles el trigo, la escritura ni las armas de fuego?

Para completar este bosquejo debería pintar á los araucanos en la guerra, en la cama, en el lecho de muerte. Lo hice ántes y no he de repetirme. Harto he dicho de este pueblo, aunque sea uno de los más originales de América.

CAPÍTULO III

Los fuegios.—Nombres que en otro tiempo llevaban.—Su situacion geográfica.—Cuestiones á que han dado orígen.—Cómo los pinta Oviedo.—Cómo los describen Knivet y otros autores extranjeros.—Exageracion de estas descripciones y pinturas.—Restablecimiento de la verdad por D'Orbigny.—Si habrá degenerado desde los tiempos de la Conquista la raza de los patagones y los fuegios.—Afirmaciones de Albo, Uriarte y Urdaneta.—Curiosas noticias dadas por Sarmiento de Gamboa.—Causa de los errores de Oviedo.—Errores de Argensola.—Errores del mismo D'Orbigny.—Entre los fuegios como entre los patagones había gente de talla superior á la de los europeos.—Entre los fuegios hay razas distintas.—Por qué se las ha confundido en una.—Traje de los fuegios.—Alimentos.—Viviendas.—Carencia total de agricultura y artes.—Los fuegios están exclusivamente dedicados á la caza y la pesca.—Sus armas.—Sus piraguas.—Manera como las construyen.—Carácter nómada de esas tríbus.—Manera como se trasladan de una isla á otra.—Condicion de la mujer allí y en casi todos los pueblos bárbaros.—Poblacion.—Es ahora escasa y no era muy abundante cuando la Conquista.—Citas del diario de Sarmiento.—Diferencias características entre los fuegios de la region occidental y los de la region oriental del estrecho de Magallanes.—Hechos belicosos de los fuegios de la region oriental contra los españoles.—Temor que infundía un arcabuzazo á los de la region oriental.—Carácter moral de los fuegios.—Asomos de cultura en la region oriental.—Falta de organizacion política.—Total carencia de leyes y tribunales.—Religion.—Ideas sobre la vida futura.—Sacerdotes.—Médicos.—Funerales.—Lengua.—Voces fuegias sacadas de la relacion de Sarmiento.—Por qué no escribo la historia de los pueblos bárbaros y me limito á describir su estado social.—Estado de barbarie en que vivían y viven los fuegios.[1]

Los araucanos se extendían indudablemente hasta el archipiélago de los Chonos. De allí al cabo de Hornos ocupaban la multitud de islas en que parece despedazada la costa los hoy llamados fuegios y ayer conocidos bajo los nombres de *yekos* y *yacana-cunnys*, *laguediches* y *areguediches*, *enoos*, *kemeneltas*, *keunekas* y *karaikes*. Estaban derramados por la isla de la Tierra del Fuego y las contrapuestas orillas del estrecho de Magallanes; llegaban al Norte hasta la sierra en que está como recostada la península de Brunswick.

A muchos debates han dado orígen estos bárbaros y sus vecinos los patagones. Háse creido mucho tiempo que eran ó por lo ménos contenían una raza de gigantes. Los soldados de Magallanes, al decir de Oviedo, habían visto en el puerto de San Julian unos hombres de doce á trece palmos de altura, que se metían sin daño por la garganta una flecha de medio codo; los de Loaisa los

[1] Fuentes de este capítulo: Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias,* parte II, caps, I y VI.—Fernandez de Navarrete, *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles,* tomo IV, documento núm. 22; tomo V, documentos núm. 14 y núm. 26.—Pedro Sarmiento de Gamboa, *Viaje al estrecho de Magallanes,* edicion de Madrid del año 1768, páginas 109, 122, 191, 211, 244, 264, 268.—Bartolomé Leonardo de Argensola: *Historia de las Malucas,* libros III y IV.—Antonio de Alcedo, *Diccionario Geográfico Histórico de las Indias Occidentales,* artículo «Fuego (tierra del).»—D'Orbigny, *L'Homme Américain,* tome I, III rameau, Nation Fuégienne, tome II, Nation Patagone ou Téhuelche.—*Collection de Purchas,* tome IV, liv. VI, chap. VII.—Renneville, *Recueil de la Compagnie des Indes,* tome II, pag. 300, tome VIII, pag. 128.

habían vuelto á ver ya en las riberas del Estrecho de tan desmesurada grandeza, que no les alcanzaba europeo alguno á las ingles. Eran estos colosos para el mismo escritor de tales fuerzas, que sueltos y sin fatiga llevaban en hombros una danta como si fuese un cordero y á rodeabrazo arrojaban muy léjos piedras de dos y más libras; tan ágiles y corredores, que dejaban atras al más fogoso y veloz caballo áun cuando nunca hubiese tascado el freno; y tan voraces, que engullían de un bocado carne que un europeo no hubiera comido en un día y casi de un sorbo una cántara de agua. Las mujeres, añade Oviedo, no eran de menor estatura ni ménos vigor que los hombres; ausentes éstos, sabían, si lo exigía la necesidad, manejar el arco y la flecha.

No fué solamente Oviedo el que pintó gigantes á los patagones y los fuegios. Knivet, que formó parte de la expedicion de Cavendish, verificada el año 1592, aseguraba haber visto en Puerto Deseado hombres de quince á diez y seis palmos, cuyos piés eran cuatro veces más largos que los suyos. Disparaban, segun él, estos mónstruos, como los cíclopes y lestrigones de los antíguos poetas, cachos de roca contra los viajeros. Sebaldo de Weert, que iba seis años despues con Simon de Cort, escribe que encontró cerca de la Bahía Verde siete canoas de salvajes altos de diez á once piés, que, al verse perseguidos, saltaron en tierra y se parapetaron con gruesos árboles que arrancaron por sus propias manos. Los holandeses Lemaire y Schouten no vieron el año 1615 en Tierra del Fuego más que sepulcros: de las osamentas infirieron que debían de tener los habitantes de diez á once piés de altura.

Copiaron estas noticias los más de los escritores, y la gigantesca talla de aquellas tríbus pasó á proverbio. La exageracion es, sin embargo, manifiesta. Ha vivido D'Orbingy ocho meses entre los patagones y los ha medido. La mayor estatura ha resultado ser de cinco piés y once pulgadas francesas, la media de cinco y cuatro. ¿No habrá degenerado en tres siglos la raza? No, la raza no era más alta en los tiempos mismos de la Conquista: nos lo dicen á una los diarios de Magallanes, [1] Uriarte y Sarmiento.

Magallanes no vió indígena alguno desde el cabo de las Vírgenes al Pacífico; pero había tenido ocasion de examinar en el puerto de San Julian á los patagones. Se limita á decir que «son muy livianos, corredores y hombres muy cumplidos y bien afaicionados». Uriarte, piloto de Loaisa, no los mienta sino una vez y ésta sin calificarlos. Iba con él Andrés de Urdaneta y escribió una extensa carta sobre la expedicion á nuestro Cárlos V. Al hablar de un patagon que se trujo á las naos cuando estaban surtas en la bahía de la Victoria, no refiere sino que era feo y grande de cuerpo.

Dice algo más Sarmiento de Gamboa, que desde el Perú bajó á buscar por Occidente la entrada del Estrecho; pero nada que legitime aquellas exageracio-

[1] El diario de Magallanes está escrito por Francisco de Albo.

nes. Penetró por el canal de la Trinidad en el mar de Magallanes, y no vió fuegios hasta llegar á una de las islas que están entre la de Hanóver y la Patagonia. Observó que iban desnudos y pintados de rojo, no que fuesen altos. Cinco ó seis leguas más abajo los volvió á ver en una piragua y tampoco le llamaron la atencion por la estatura. Dió nuevamente con ellos en el puerto de la Candelaria, ya en la boca del Estrecho, y tampoco notó que fueran de gran talla. No los encontró altos hasta que ya en el canal de Froward arribó á un puerto de la isla de la Gente. No los calificó, sin embargo, de gigantes sino de *gente crecida*. Ni así los llamó ya cuando los vió por quinta vez en la bahía llamada tambien de la Gente. Denominó gigantes á los que le dieron voces en una ensenada fronteriza á la isla de Lawson; pero sólo en el sentido de hombres grandes, crecidos de miembros. Diez de sus hombres arremetieron allí contra los indígenas, y se trajeron uno preso á pesar de las flechas que otros les dispararon. El preso, escribe, es *crecido de miembros* ó lo que es lo mismo alto y fornido.

No llegó á más Sarmiento. Habla á poco de los fuegios que le hirieron en la bahía de San Gregorio; y no los pondera sino por la agilidad con que huyeron. ¿Se habría caido en tantas exageraciones si desde luégo se hubiese consultado esos concisos y modestos diarios? Escribió Oviedo por lo que leyó en Pigafeta y le refirió Juan de Areizaga, expedicionario el uno de los de Magallanes, el otro de los de Loaisa; y de aquí sus gravísimos errores. Lo triste es que la atmósfera por él creada vició de tal modo los espíritus, sobre todo acá en España, que Argensola repitió los mismos disparates aún extractando la sensata reseña de Sarmiento. Habla en su *Historia de las Malucas* del indígena cogido enfrente de la isla de Lawson y escribe: «El indio preso era entre los gigantes gigante y dice la relacion que les pareció cíclope.» «Segun otras, añade, tiene cada uno de éstos más de tres varas de alto y á esta proporcion son anchos y robustos.»

Es aún más de sentir que D'Orbigny haya juzgado en esta cuestion á los españoles por los libros de Argensola y Oviedo. ¿Por qué no hubo de buscar las cartas de los descubridores él, que tantas obras compulsó é hizo un estado comparativo de las observaciones hechas sobre la estatura de los patagones y los fuegios desde la Conquista?

Segun D'Orbigny no están sobre la talla de los europeos sino los patagones; los fuegios son bajos. No debía de ser así cuando la expedicion de Sarmiento. Sarmiento, como acabo de consignar, vió la gente crecida y de crecidos miembros en las islas y las riberas del estrecho de Magallanes. O los patagones se extendían hasta la orilla meridional del Estrecho ó había tambien entre los fuegios tríbus que llamaban la atencion por la altura de sus hombres. La diferencia está para mí en que no todos los fuegios eran grandes, y lo eran comunmente los habitantes de Patagonia. Recuérdese que Sarmiento no encontró sus gigantes hasta el canal de Fróward. Añádase que segun él eran el terror de las gentes que vivían más hácia la mar del Sur; y se verá cuán exacto es lo que

voy diciendo. Los fuegios altos constituían verdaderamente una raza aparte.

Razas distintas entre los fuegios las han reconocido casi todos los viajeros. Se las ha confundido al fin en una porque las enlaza todas la unidad de costumbres y la de lengua. Se hallan los fuegios todos en igual grado de barbarie; están poco más ó ménos como estaban cuando el Descubrimiento. Iban y van desnudos, pintado el cuerpo, en los hombros una mala piel de guanaco, ya que no de lobo marino. Cual anda el hombre, tal la mujer: no viste de más sino un delantal para cubrir las partes que el pudor exige. Son uno y otra, sin embargo, amigos de adornos. De dientes de pez y conchas de mar se hace la hembra collares, brazaletes, ajorcas; el varon se ciñe á veces á la cabeza vistosas plumas. Ni siempre se satisfacen con llevar de un solo color el cuerpo. Calzan todos abarcas.

No comen los fuegios mejor que visten. Se mantienen de mariscos ya asados ya crudos, de peces, de pájaros, de lobos marinos. Por corrompidas que estén, no rechazan jamas las carnes. Ofrecieron un día parte de uno de esos lobos á los soldados de Sarmiento: estaba, sobre mal aliñada, hedionda. No hicieron por otra parte gran caso de los alimentos de Europa que estos mismos soldados les dieron. Pasaron por el bizcocho; derramaron el vino en cuanto lo probaron.

Comodidades apénas si conocían ni conocen ninguna. Vivían y continuan viviendo en chozas bajas y redondas, unas construidas á cierta profundidad y otras á flor de tierra, y todas cubiertas de arcilla, de cuero, ó de cortezas de árboles. Hombres, mujeres, ancianos, niños, perros, están allí confusamente hacinados sin más respiradero para el humo del hogar como para su aliento que una estrecha y miserable puerta por donde no cabe entrar sino encorvado el cuerpo. Están generalmente compuestas las paredes y los techos de tan pobres viviendas de ramas hincadas en el suelo formando círculo, por su parte superior dobladas y atadas con tendones de fieras. Débil abrigo en tierras lo más del año frías y azotadas por impetuosos vientos, pero el único posible para gentes nómadas.

Los fuegios no ejercían ni ejercen ninguna de las artes que hemos visto entre los araucanos. No eran ni son ni tejedores ni alfareros ni artífices de oro y plata. Si usan de la madera, es como se la dan sus árboles. No cultivan tampoco la tierra. Se ocupan exclusivamente en la pesca y la caza; y cuando éstas les faltan, mueven sus ranchos y se trasladan á más abundantes comarcas. Cazan ya con la honda, ya con el arco y la flecha; pescan ya metiéndose en el mar, ya clavando desde sus piraguas el dardo en los peces que descubren. Ponen en sus dardos puntas de pedernal ó de hueso, arman con tendones de animales sus pequeños arcos, hacen sus piraguas de cortezas de árbol. Traban tambien con tendones estas cortezas, tapan con juncos los intersticios y dan al todo un baño de resina. Piraguas construyen donde pueden ir hasta ocho personas, piraguas anchas de

dos á tres piés, largas de doce á quince. Son notables la habilidad con que las manejan y la rapidez que les imprimen.

Como habitan los fuegios en territorio despedazado por canales y estrechos, se hicieron temprano navegantes y anduvieron de isla en isla. De una isla en otra van á veces de caza y mudan tambien sus asientos. Es entónces curioso verlos en marcha. Cargan su pobre ajuar en las piraguas, entran en ellas con sus familias y se deslizan al compas de los remos por la corriente. Reman las mujeres; están de pié los hombres y con el dardo en la mano acechan y hieren al pez que pasa. ¿Llegan al fin de su viaje? Saltan en tierra y miéntras cazan los varones, construyen las hembras la nueva choza. Es ordinariamente la mujer en los pueblos bárbaros la que está consagrada á los más rudos trabajos. Aquí sobre los deberes de su sexo hasta viene condenada á la pesca y arrostra medio sumergida en las aguas los rigores del invierno. No siempre la prostituye la barbarie; pero casi siempre la embrutece y reduce á bestia de carga.

Tríbus errantes y cazadoras, necesitan naturalmente para su vida extensos y dilatados terrenos. Extensos y dilatados los tenían y los tienen los fuegios con ser tan pocos. No pasan hoy de cinco mil segun los mejores cálculos; y, aunque es de presumir que fuesen más en los tiempos de la Conquista, no serían tampoco muchos á juzgar por los diarios de los descubridores. Dice Oviedo que Juan de Areizaga y sus compañeros vieron hasta dos mil juntos; pero sabe ya el lector lo que valen las noticias de Oviedo. No las confirman ni Andrés de Urdaneta ni Martin de Uriarte. Sarmiento, por otro lado, consigna ó deja entrever que los vió casi siempre en corto número. Cuando los descubrió por primera vez, «vimos, escribe, unos en una breña; y en la costa brava, junto á la mar, entre peñascos, quince mancebos.» No dió la segunda vez sino con cuatro ó cinco en una piragua. Distinguió más en una punta de tierra, y al llegar allí no encontró sino una choza. La tercera vez no halló tampoco más de cuatro ó cinco. No tropezó con verdadera poblacion con alguna cantidad de hombres, mujeres, chozas y piraguas miéntras no llegó á la isla de la Gente; y aún allí no deja traslucir que viera millares de almas. No habla de que esté muy poblada la tierra sino cuando está en la ensenada al Este de la península de Brunswick y en la bahía de San Gregorio. Aquí despues de herido persigue á los fuegios, y desde la cima de un monte descubre unos llanos entre dos lomas donde se distingue «gran cantidad de bultos como casas.» «Esta region, dice, es templada, y bien se echa de ver, pues sufre tanta poblacion de gente.» Se objetará que pudo haber en lo interior muchos más indígenas; pero se sabe que vivían y viven solo en las costas.

Lo que al parecer puede inferirse de la relacion de Sarmiento es que, como ántes he indicado, no eran todos los fuegios de una misma raza y había diferencias verdaderamente características entre los de la region occidental y los de la oriental del Estrecho de Magallanes. En la occidental estaban los de baja ó

regular estatura; en la oriental los grandes, los de crecidos miembros. En la occidental se habían reproducido poco; algo más en la de Oriente. En la occidental eran pacíficos y al ver á los extranjeros, una vez depuestos la desconfianza y el temor, se regocijaban y los abrazaban; en la oriental sentian siempre impulsos de rechazar al que sin ser de su tribu se atreviese á pisar su tierra. En la occidental no se observó ni asomos de cultura; en la oriental algunos.

Acometidos imprudentemente los de la península de Brunswick por los soldados de Sarmiento, no sólo les hicieron cara sino que tambien los obligaron á echarse al agua y ganar con precipitacion las naves. Los de la bahía de San Gregorio, aún sin ser atacados, despues de haber recibido de los españoles numerosas dádivas los acribillaron por simples recelos á flechazos. Con una flecha hirieron entre los ojos á Sarmiento por fortuna al soslayo, con otra le dieron en una cuera de anta, con otras en la rodela. Eran sólo cuatro y no se intimidaron ni por el número ni por las armas de fuego de sus enemigos, cuando en la region occidental bastaba un arcabuzazo para que se amedrentasen los fuegios y prorumpiesen en grandes alaridos sus hembras.

Difieren los autores sobre el carácter de aquellas gentes. Quién las pinta dulces é incapaces de hacer daño, cándidas hasta la inocencia, humanitarias hasta el punto de sacrificarse por socorrer á los viajeros; quién arrogantes, indómitas, crueles, pérfidas cuando buscan la amistad de los extraños. Tal vez se deba esta diversidad de pareceres á que unos escritores las estudiasen en Occidente y otros en Oriente. Las de Oriente hasta llevaban la guerra á los indígenas de otras islas.

Los asomos de cultura en la region oriental nos los indica tambien Sarmiento. Dice que vió allí hombres con mantas de pieles de vicuña, llanos apacibles á la vista y de muy linda verdura como sementeras, ganado manso y bravo. Con relacion al gigante que apresó añade que daba algodon la tierra.

Mas omitamos ya diferencias y volvamos á la descripcion general de los fuegios. Viven y vivían libres é independientes, sin vínculos civiles entre sus diversas ramas, sin más gobierno en cada tribu que el de los ancianos, sin obedecer á estos jefes más que cuando se trata de la comun ofensa ó la comun defensa. [1] No dan ni reciben leyes: el padre es en su hogar rey, juez y ver-

---

[1] Si hubiésemos de creer á Oviedo, tendrían los fuegios, por lo ménos los de la ribera septentrional del Estrecho, unos como reyes ante quienes no se atreverían ni á levantar los ojos. Cuenta que prisioneros Juan de Areizaga y otros dos españoles en poder de los indígenas, estaban ya para perder la vida cuando se presentó «un mancebo, que en su aspecto parescia muchacho, y con él otros veynte gigantes, los quales traian sendos arcos y sus flechas, y cubiertos los estómagos con unos cueros blandos y pelados como de carneros muy finos y muy hermosos penachos blancos y colorados de plumas de avestruces. Al qual, como le vieron los otros gigantes, todos se sentaron en tierra, é baxaron las cabezas y hablaron algun poco entre sí como quien reza en tono baxo y ninguno alzaba los ojos del suelo, aunque eran mas de dos mill los que avian despojado á estos tres chripstianos.» Este mancebo, que parecía todo un monarca, reprendió á los desalmados gigantes y por su mano puso en libertad á los españoles. Mas ¿no tiene acaso toda esta relacion el aire de novela?

dugo. Castiga cada familia si puede los agravios que recibe; si es débil, los sufre miéntras no se le ofrece ocasion de vengarse. El temor de la ajena venganza es allí el solo freno del hombre.

La religion no parece que lo sea. Aunque creen los fuegios en otra vida, no entienden que en ella se haya de tomar para nada en cuenta sus virtudes ni sus vicios. La consideran sólo como justa recompensa de sus actuales sufrimientos. No hay que olvidar que van desnudos y habitan comarcas en su mayor parte estériles y excesivamente frías. A Dios no se sabe si le conocen; se dice que temen más bien que adoran á un génio que miran como el orígen de todos sus bienes y la fuente de todos sus males. Lo que sí tienen son sacerdotes que llevan como distintivo el cabello empolvado y ceñidas á la cabeza dos plumas blancas. ¿Usarán los sacrificios y las ofrendas? Lo ignoro; leo tan sólo que carecen como los araucanos de templos, altares é ídolos.

Les sobran en cambio supersticiones. Son esos mismos sacerdotes y algunas viejas los que los cuidan enfermos. Los remedios son ya la presion, ya la succion de la parte lastimada ó herida, conjuros, sortilegios, palabras mágicas. ¿Alguien se muere? Se le llora y se le entierra con ceremonias para nosotros completamente faltas de sentido. Así sucede donde quiera que sobre la razon prevalece la fantasía.

No diré ya más de los fuegios. No hablo de su lengua porque no la poseo. Segun D'Orbigny, que tampoco parece conocerla mucho, es sumamente gutural y se acerca, si por los sonidos á la de los patagones y los puelches, por las formas á la de los araucanos. Son, creo, contadas las voces que hasta aquí se ha recogido de tan oscuro idioma ó dialecto, y no están de acuerdo los autores sobre la manera de pronunciarlas y escribirlas. Son para D'Orbigny difíciles y duras; no dejarán de serlo á juzgar por las que leo en la relacion de Sarmiento. Llamábase en fuegio á la vicuña *neuxo*; á la tercera ensenada del Estrecho entrando por el Pacífico, *Alguilgua*; á la opuesta costa, *Xaultegua*; á la isla que hay en otra ensenada algo más abajo, *Capitloilgua*; á la vecina playa, *Caycayxixaisgua*; á un ancon y una caleta que están á una legua de la ensenada de Mucha Nieve, *Exequil* y *Pelepelgua*; á otra isla *Cayrayxayiisgua*. *Axijtote* escribe Sarmiento que exclamaron los indígenas de la bahía de San Gregorio para decir «saltemos en tierra, hermanos.»

Extrañará tal vez el lector que en este libro segundo me limite á describir el estado social de cada pueblo en los tiempos de la Conquista. Segun dije al principio del primer libro suelen carecer de historia los pueblos bárbaros. Vaga, insegura y corta hemos visto que es la de las naciones cultas que no tuvieron medios gráficos de comunicar sus pensamientos; ¿por dónde saber la de gentes en que hasta la tradicion falta por lo aisladas que viven las familias? Para que la tradicion no se interrumpa es preciso que esté encarnada en alguna corporacion ó clase que se encargue de trasmitirla: ¿cómo no se ha de interrumpir

donde no haya organizacion de ningun género? Añádase á ésto que los pueblos bárbaros, precisamente por serlo y no sentir los estímulos que producen en los civilizados el movimiento y el progreso, pasan siglos y siglos sin que su vida experimente alteracion ni mudanza. ¿En qué ha de consistir su historia?

Acabamos de ver á los fuegios. Son todavía lo que eran cuando los vió Sarmiento de Gamboa. Tres siglos de mayor ó menor relacion con los europeos no han bastado á sacarlos de su deplorable inercia. Han cogido, segun parece, algunas palabras españolas: éste ha sido todo su adelanto. No han mejorado ni siquiera las condiciones materiales de su triste vida: forman indudablemente una de las postreras capas de la barbarie. No serán así por fortuna todos los demas pueblos que recorramos. Los encontraremos algo más altos en la escala de los salvajes.

CAPÍTULO IV

La Patagonia.—Esterilidad de sus vastas llanuras.—Condiciones físicas de sus habitantes.—Vestidos.—Pinturas del rostro.—Falta de limpieza y amor al trabajo.—Condiciones morales.—Pasion por la guerra.—Armas ofensivas y defensivas.—Precauciones militares.—Gobierno durante la campaña.—Carencia de gobierno durante la paz.—Composicion y carácter nómada de las tribus.—La caza.—Manera como levanta el patagon su toldo.—El patagon apénas conoce la industria.—No ha sabido nunca hacerse una canoa ni una balsa.—Tiene, sin embargo, su sistema de numeracion, su cronología y algunos conocimientos astronómicos.—Ideas pueriles que ha concebido acerca del cielo.—Creencias.—Doble naturaleza del dios Achekenat-Kanet.—Ausencia de todo culto.—Conjuros.—Terapéutica especial y rara empleada por los adivinos.—Supersticiones.—Vida social y doméstica.—Libertad de que gozan los varones.—Cuando la alcanzan las hembras.—Ceremonias para cuando éstas llegan á la pubertad.—Matrimonios.—Ritos que en ellos se observan.—Monogamia.—El patagon considera un crímen casarse con hembra de otra raza.—Cómo trata á la mujer.—Cómo la trata cuando le es infiel.—Es blando en sus costumbres.—No es duro en la paz sino con los enfermos.—Terror que le inspiran las epidemias.—Cómo las combate.—Amor y respeto que conserva para con los muertos.—Duelo de las viudas.—Funerales.—Falta de sucesiones.[1]

LINDABAN con los fuegios los patagones, que se extendían al Norte hasta las orillas del Colorado y de Occidente á Oriente desde el pié de los Andes hasta las riberas del Atlántico. Espacioso era el territorio que ocupaban, pero falto de agua, estéril y tan uniforme y llano, que no lo podían recorrer sin peligro de extraviarse como no tomaran por guía el sol ó las estrellas. Fuera de los Andes y sus estribos apénas veían más cerros que las dunas de la playa; fuera de las márgenes de los ríos, otra vegetacion que densos y espinosos matorrales. Vivían verdaderamente en un desierto, en un desierto que pudo ser en otro tiempo mar segun los muchos arenales y lagos de sal que contiene. Con ser pocos necesitaban sus diez mil leguas cuadradas de tierras. Tenían en las costas abundancia de focas y leones marinos; en lo interior cuguares, zorras, lobos rojos y gatos salvajes; en lugar alguno sobra de animales que les pudieran servir de alimen-

---

[1] Este capítulo está entresacado principalmente de lo mucho que sobre los patagones escribió Alcides d'Orbigny en las doscientas veinticuatro primeras páginas del tomo II de su *Voyage dans l'Amérique Méridionale*. D'Orbigny los vió y los estudió durante ocho meses desde las orillas del Río Negro. No penetró en lo interior del país; pero habían visto mucho ménos que él cuantos escritores-viajeros le habían precedido. Los expedicionarios de Magallanes no habían podido apreciar á los patagones sino en el puerto de San Julian; el comandante Byron, que hizo á mediados del último siglo su viaje al rededor del Mundo, no vió sino á los fuegios de la costa septentrional del Estrecho. De cuantos autores he consultado no creo que haya ninguno más digno de crédito que D'Orbigny. Vendrán indudablemente estudios posteriores á completar y tambien á rectificar el cuadro.

Tal vez extrañe el lector que en éste y otros capítulos hable más en presente que en pretérito. Con-

to. Gracias á que no carecían de aves ni de huanacos y en no pocos puntos hallaban unas como liebres, por nombre *maras*, que llegaban á pesar treinta libras.

Eran esos patagones, como se ha visto, de alta estatura y de fornidos miembros. Tenían grande la cabeza, cuadrado el rostro, ancha la espalda, levantado el pecho, robustos los hombros, macizas las carnes, hercúleas las formas; algun tanto aplanada la cerviz en el occipucio, abultados los pómulos, las cejas, la frente, los lábios, hundida por lo contrario la nariz y pequeños los ojos. No se hacían con todo repugnantes; agradaban, como agradan hoy sus descendientes, por la varonil belleza de su conjunto. No eran hermosas las mujeres, tambien de formas agigantadas y enérgicas; pero llamaban la atencion por lo breve de su pié y su mano, la extraordinaria igualdad y blancura de sus dientes, lo suave de su voz y lo dulce y expresivo de su semblante. En varones y hembras era oscuro el color, negro el cabello.

Vestían y visten mal los patagones; pero no ya con la pobreza de los fuegios. Llevan los hombres sujeto á la cintura el maxtle de las aztecas, liada al cuerpo una manta de ocho piés en cuadro con la que se embozan á la manera de los antiguos griegos dejando arrastrar por el suelo uno de los cabos; las mujeres, una camisa que les baja de los sobacos á las rodillas, un delantal que les cuelga del cinto y una manta parecida á la de los varones. Calzan todos sandalias. Sandalias, mantos, delantales, cinturones, maxtles, todo es de piel de huanaco ó de zorra. Va la piel con el pelo á la carne en invierno, al aire en verano. El envés está generalmente adornado de grecas.

Hombres y mujeres se parten por la mitad el cabello. Se lo recogen las mujeres en trenzas; y los hombres de cien caprichosas maneras sobre el cerviguillo. Unos y otras se pintan asimismo el rostro: de encarnado, de los ojos á la boca; de negro, en la parte inferior de los párpados. Los hombres, principalmente cuando van á la guerra, se suelen poner ademas dos manchones de blanco sobre las cejas. No irá ninguno de viaje que no lleve en saquitos de cuero los tres colores. No saldrá tampoco de su tienda que no se los haya aplicado ni se haya cuidadosamente peinado con su cepillo de raíces.

Distan, con todo, de ser limpios. No se lavan ni bañan sino en verano. No barren jamás sus toldos. Cuando los ven ganados por la inmundicia, los cambian de asiento. Ni son tampoco amigos del trabajo. Van de caza cuando los acosa el hambre; á la guerra, cuando la dignidad ó la venganza. Ya en sus hogares,

---

viene no olvidar que los pueblos bárbaros están poco más ó ménos como estaban en tiempo de la Conquista. Quítese, por ejemplo, á los araucanos y los patagones el caballo, importacion de los españoles, prescíndase de las mudanzas que en la vida de unos y otros ha introducido el empleo de este generoso animal, tan útil al hombre; y se tendrá á los patagones de Magallanes y á los araucanos de Valdivia. Como sean, con todo, mi ánimo y mi deber referirme á la época del descubrimiento, omito con cuidado esas mudanzas y las reservo para otro lugar de la obra.

no cuidan sino de sus a mas: tienen por indigna cualquiera otra faena. Pasan así lo más del día durmiendo. Verdad es que esto depende en mucho de su carácter. No gustan de hablar: son reservados y lacónicos. Poco ó nada curiosos, no se afanan jamas por averiguar lo que no les importa. Aún para lo que les interesa suelen mostrarse indiferentes. Se lo exige el orgullo y se lo aconseja la polític .

Ese mismo orgullo los hace enteros. No codician nunca los bienes ni la mujer de los hombres de su tríbu. No quebrantan por motivo alguno palabra que empeñen. Guardan inviolablemente los secretos que se les confía, máxime si revelándolos pueden comprometer la seguridad ó la independencia de la pátria. Ni que se los amenace con la muerte descubrirán su pecho al enemigo. Luchan por su libertad hasta el heroismo, y prefieren perder la vida á vivir en la servidumbre. Son en esto parecidos á los araucanos, de quienes no los separan sino os Andes.

Como todos los pueblos salvajes tienen los patagones verdadera pasion por la guerra. Se pintan horriblemente para los combates, arrollan su manta y lucen sus atléticas y desnudas formas, se arman de todas sus armas, sujetan al cinto las que no pueden llevar en la mano y someten con gusto su voluntad á la de su jefe. No les basta el arco y la flecha: usan la honda, el dardo, la bola enlazada y la bola perdida. Son comunmente sus arcos de noventa centímetros, de madera sin labrar, de tendones por cuerda; cortas sus flechas y armadas de una punta de sílice que se queda en la herida al querer arrancarlas; de piel sus largas hondas, de piedra sus bolas. Han hecho de las bolas aquellas gentes su arma favorita: las usan ya para matar, ya para aprisionar al enemigo. Sueltas, las disparan á no corta distancia ni sin mucho acierto contra el que han escogido por blanco de sus iras; sujetas á un palo por tiras de cuero, las blanden y las manejan que así enlazan y prenden al hombre como á la fiera.

Armas defensivas no las usan entre los patagones sino los jefes. Visten éstos del cuello á las rodillas, á manera de coraza, una camisa con mangas compuesta de siete ú ocho dobles de piel flexible que no podrían atravesar las más aceradas flechas. Llévanla pintada ordinariamente de amarillo, cruzada por una lista roja y de tal modo levantada que les cubre la barba y el occipucio. Protegen algunos la cabeza con un casco-sombrero tambien de pieles; otros, y son los más, prefieren llevar el cabello flotando sobre los hombros.

No suelen abrir los patagones sus campañas sino en los plenilunios. Obran así, no de supersticiosos, sino de cautos: quieren contar, sobre todo para el caso de salir vencidos y deber retirarse, con dos ó más noches. Cautos lo son como ningun otro pueblo. Envían exploradores á diez y más leguas de distancia, se comunican por fuegos los peligros que corren, aplican el oido á la tierra para expiar los movimientos de sus enemigos, caminan á veces poco ménos que arrastrándose para dar sus rebatos. Sorprender, ésta es toda su táctica.

Son impetuosos en sus ataques, fieros y sin piedad con los caidos. No se baten, como los araucanos, en órden de batalla; pero se inflaman, como ellos, á las arengas de sus jefes y caen como un torrente sobre sus contrarios. ¡Ay del que sucumbe! No dejan varon á vida. Si respetan á las hembras, es sólo para hacerlas sus cautivas; si á los niños, sólo para convertirlos en servidores de sus mujeres. No son hoy tan bravos con los europeos, cuyos cañones les dan espanto; pero sí tan feroces. Bravos lo son especialmente en las guerras civiles. Lo son áun cuando luchan con los demas pueblos bárbaros.

¿Están interesados en una guerra todos los patagones? Sólo entónces cabe decir que tienen gobierno. Los manda y dirije con autoridad absoluta un caudillo, á quien sirven de brazo y consejo los jefes de tribu. No pierde ese cacique en la paz el poder de que está investido; pero ha de aguardar para ejercerlo á que sobrevenga otra lucha por ó contra la Patagonia. A veces hasta lo transmite á uno de sus hijos. Lo consigue siempre que el heredero haya cautivado por su liberalidad, su arrojo y su elocuencia el amor de la muchedumbre.

En tiempo de paz no hay verdadera nacion, no hay más que tribus. Se compone cada una de treinta ó cuarenta familias y vive independiente. Nómadas todas, ni siquiera tienen asiento fijo. Levantan á lo mejor sus toldos y cambian de domicilio. Vagan unas al Norte y otras al Mediodía: aman unas el vasto horizonte de los inmensos llanos y otras el abrigo de los Andes. Ya se establecen en las márgenes de los ríos, ya bajan por esas mismas riberas á las playas del Océano. Viajan á veces por mera curiosidad é invaden el territorio de otras razas.

Donde quiera que estas tribus acampen viven sin tribunales, sin leyes, sin autoridad de ningun género. No tienen ni idea del Estado: ni prestan servicios, ni pagan tributos, ni ven en su jefe sino un capitan para sus depredaciones y correrías. Se toma cada individuo la venganza por su mano; y cada padre de familia es en su tienda juez y verdugo. Domina allí el sentimiento de la igualdad, y ni siquiera se consiente que los caciques tomen como tales del botin de las batallas más que el último soldado. No puede llevar allí nadie sino lo que coja por sí, sus mujeres ó sus hijos.

Despues de la guerra, la caza es la ocupacion de los patagones. De ella y de unas pocas raíces que les da el campo se alimentan; de ella, como se ha dicho, se visten. La practican, aunque en más reducida escala, á la manera de los tahuantinsuyus: forman círculo, lo van reduciendo y acorralan por este medio multitud de piezas. Usan para cogerlas de las mismas armas que en los combates: la flecha, el dardo, la bola, el lazo.

Provisto ya de mantenimientos, vuelve el patagon á su tienda, y vive la más descansada y tambien la más triste vida. Edifica su toldo con pieles de huanaco que extiende sobre estacas, unas, las del medio, más altas que las otras. Lo reduce ó lo ensancha segun lo numeroso de su familia; pero sin levantarlo

más de dos metros. Deja en el vértice un respiradero por donde salga el humo; y con ésto y con no estar muy unidas las pieles apénas si logra preservarse de la lluvia. Interiormente pone en el centro el hogar; en los lados, cueros á la vez sillas y camas; pendientes de las estacas, aquí su manto y sus armas, allí los vestidos y los atavíos de sus mujeres. Junto al mismo hogar coloca su tosca vajilla: unas mal fabricadas ollas de barro y unas conchas marinas que le sirven de copa. Nada emplea para decorar ni hacer agradable tan pobre vivienda: desconoce del todo el sentimiento del arte.

¿Qué hace el patagon allá en su toldo? Contemplar cuando más cruzadas las piernas como trabaja su mujer ó retozan sus niños. No es ni agricultor ni industrial: no tiene en qué ocuparse. Sabe adobar las pieles, juntarlas, hacer hilo y cuerdas de los tendones del avestruz y el huanaco; mas ésto lo deja para la mujer, en quien mira una esclava. A la mujer entrega tambien la educacion de sus hijos. No los lleva consigo sino cuando pueden ya manejar el arco. Los instruye primero en la caza, despues en la guerra y les enseña al paso la topografía del país y la manera de orientarse por los astros. No los adiestra como el fuegio á navegar ni á pescar, porque ni pesca ni navega. Aunque posee dilatadas costas sobre todo á Levante, esta es la hora en que no sabe construirse ni una mala canoa ni una balsa.

Son ignorantes los patagones y tienen, sin embargo, su sistema de numeracion, su cronología y algunos conocimientos astronómicos. Han tomado, no diré si directa ó indirectamente, de los aymaras los números ciento y mil; *pataca* y *huaranca*. Dividen el tiempo en años, meses y días. Cuentan los meses por lunas, y, segun D'Orbigny, ajustan el año al curso del sol cuando empiezan á retoñar los árboles. Conocen la situacion relativa de muchos astros y la posicion que éstos ocupan en su horizonte del anochecer al rayar del alba. Los han distribuido, como nosotros, en grupos á que dan nombre. Que quisieran, que no, han debido, como indiqué, hacerse astrónomos á causa de sus grandes llanuras, verdadero océano de tierra. Por cuatro constelaciones señalan aún hoy los puntos cardinales.

Tienen, con todo, acerca del cielo las más pueriles ideas. En la vía láctea no ven sino el camino que sigue lleno de fatiga un anciano decrépito; en la Cruz del Sur, los piés del pájaro ilhui; en las manchas australes, los rimeros de pluma que forman los cazadores. Verdad es que aquí llama tambien el vulgo á la vía láctea el camino de Santiago y á las Pléyades las Cabrillas. ¿Qué pueblo por otra parte no ha llevado al firmamento las cosas de este pobre planeta?

Otro tanto cabe decir de sus creencias y supersticiones. ¿Qué supersticion suya dejará de tener aquí su análogia? ¿Qué creencia por disparatada que sea habrá dejado de surgir del cerebro de algun pueblo culto? Creían y creen los patagones en una divinidad, á la vez orígen de todos los bienes y fuente de todos los males, á cuya doble naturaleza son debidas las vicisitudes del hombre y las

revoluciones del globo. Ese dios es, segun ellos, el autor de la naturaleza, el que los creó y les dió armas para la guerra y la caza. Produjo de una vez todos los séres que existen; pero puede producir otros. Ese dios es tambien, segun ellos el que enciende el rayo, desata los vientos, levanta las olas del mar y engendra las enfermedades y la muerte. Como génio bienhechor, no tiene hijos ni mensajeros; como génio del mal, ha dado la vida á multitud de espíritus que entran en el hombre y le perturban, en el Oceano y lo agitan, en la tierra y la hacen temblar como el que está poseido por la fiebre.

No rinden los patagones á esa divinidad ningun género de culto. La temen como génio del mal; pero no la adoran. A la par de los fuegios y los araucanos carecen de templos, altares é ídolos. Consideran indigno todo acto de humillacion, tanto, que si hoy miran con desprecio á los cristianos, es principalmente por haberlos visto de rodillas ante imágenes de madera y de piedra. Se dice si deponen ofrendas en las ramas de un árbol que hay entre los ríos Negro y Colorado en medio de una inmensa llanura; pero es por lo ménos dudoso. Ese árbol que llaman del *Hualichu* puede muy bien ser el fetiche de los puelches y los aucas, que dan este nombre al diablo; no es de presumir lo sea para los patagones que denominan *Achekenat-kanet* á su génio. Aún admitiendo que hoy lo fuera, no sería de creer que lo fuese en tiempo de la Conquista. Distaban entónces de estar como están hoy reunidas las tres razas en las márgenes del río Negro.

Contra el espíritu del mal y los que le sirven no tienen los patagones sino conjuros. Orientan sus toldos, y al salir el sol derraman una copa de agua para que los libre durante el día de las asechanzas y poder del demonio. Al pasar orillas de un río ¿ven acaso un leño arrastrado por la corriente? Lo toman por el demonio mismo y le hablan y le conjuran á voces. ¿Se detiene en algun remanso? Creen que los escucha, y le arrojan cuanto llevan, inclusas las armas. Conjuran á veces al maligno espíritu pública y solemnemente. Lo verifican sobre todo cuando se consideran amenazados por terribles males y quieren sondar lo futuro.

Se reune entónces al aire libre toda la tríbu. Se sientan á la redonda y mirando á Oriente los padres de familia; al rededor, sus mujeres; á los lados, las doncellas y los mancebos. Una vieja, una especie de pitonisa, se coloca delante del círculo vueltos tambien los ojos á Levante. Gesticula, reflexiona, habla y dirige con creciente fuerza sus conjuros al temible espíritu. Va refiriendo una por una las calamidades que han afligido á su pueblo, y le pide con vehemencia que no las repita. Expone despues patéticamente las que todos temen, y le conjura á que declare por su boca si ocurrirán y de ocurrir cómo las apartarán de su cabeza. Se recoje luégo en sí misma, levanta los ojos al cielo y parece como presa de convulsiones y vértigos. Al reponerse está ya como animada por el espíritu y pronuncia á poco sonidos que nadie comprende. Habló ya el oráculo.

Lo expone la anciana, y, segun es adverso ó favorable, nace en todas las almas el terror ó el júbilo.

Son estas mismas mujeres las encargadas de curar á los enfermos. Como los suponen poseidos de algun espíritu maligno, empiezan dándoles fuertes golpes y conjurándole á que salga. Les chupan el ombligo, los hombros, las narices, la boca; y hacen desesperados esfuerzos por arrancársele del cuerpo. Parecen á poco ser ellas las que sufren segun gesticulan y se retuercen. Repiten la operacion dos ó tres veces, y llevan la succion hasta los ojos. De improviso dan una voz y dicen, ya que han visto salir al réprobo, ya que le tienen en la mano. No es raro que muestren entónces á los atónitos espectadores algun repugnante insecto y lo supongan la imágen del demonio que atormentaba al paciente. Extrañará sin duda el lector tan rara terapéutica, usada ya, como vimos, entre los araucanos; mas en el fondo ¿usaban acaso de otro procedimiento nuestros exorcistas?

La medicina y el don de profecía no son allí patrimonio exclusivo de las hembras. Hay tambien entre los patagones médicos-adivinos á quienes se respeta y teme. Se los cree á todos en relacion con los génios del mal y hasta se dice si despues de muertos se convierten en otros tantos diablos. Esto hace que no siempre se los castigue por los parientes de los enfermos que fallecen despues de sus conjuros. No son por otra parte médicos-adivinos todos los que lo desean. Se los escoge entre los niños nerviosos, principalmente los que padecen de epilepsia, y se los prepara de mozos para el ejercicio de tan sublimes artes.

No hay para que decir si han de ser supersticiosos los patagones. Hasta cuando se fatigan atribuyen á los malos espíritus su cansancio. Si no encuentran á mano un médico, se sangran desde luégo brazos, rodillas, hombros. Ya que se corten el cabello, cosa por demas rara, lo queman ó lo arrojan á la corriente de un río, temerosos de que, si lo coge una hechicera, no les ocasione la muerte haciéndoles salir la sangre por todos los poros del cuerpo. Sacan agüeros de los más comunes accidentes: del ave carnicera que cruza el espacio, del agua que murmura, del viento que sopla, del humo que sale por el techo ó por la puerta de su toldo.

Trascienden, como es natural, todas estas supersticiones á la vida doméstica, de la que haré segun costumbre un bosquejo rápido. A los siete años el patagon empieza si hombre á manejar las armas, si mujer á contribuir con su madre á la satisfaccion de las necesidades de la familia. Crece libre el varon como el ave ó el árbol del bosque. Por grandes que sean sus travesuras y maldades nadie le castiga. Poco tiempo despues asiste con su padre á la caza, con su madre á la guerra. No va á la guerra con su padre sino cuando es ya capaz de batirse cuerpo á cuerpo con el enemigo. Hace entónces suyo el botin que coge por su mano. ¿Suyo? Como no puede esperar nada por herencia, tiene necesidad de empezar temprano á formar su peculio. Que no lo haya formado, que no haya

adquirido fama de cazador y de guerrero, no puede, ademas, pensar en casarse. Se compra allí la mujer como entre los aucas.

Las hembras no gozan tan pronto de la libertad como los varones. No la gozan sino cuando ya púberes han pasado por una ceremonia no sin alguna semejanza con la que vimos en Arauco. Al sentirse aquí mujeres, han de comunicarlo tambien á su madre ó á su más próxima parienta, que no deja de ponerlo á su vez en conocimiento del padre y del resto de la familia. Entran en un toldo que se levanta y decora al intento: y allí desde una especie de altar ó trono reciben las felicitaciones de toda la tríbu. Las pagan hoy dando á cada uno de sus convecinos y convecinas un poco de carne de yegua: pagábanlas ántes de la Conquista dándoselo de carne de huanaco. Van luégo conducidas en una manta por su madre y sus tías al más cercano arroyo. Precédelas una vieja machi, que canta incesantemente como para conjurar los espíritus malignos: síguelas multitud de compañeras. Penetra la comitiva toda en el arroyo detrás de la anciana profetisa, que, tomando agua en la mano, la arroja al aire, y reza sin duda para que el génio del mal proteja á la nueva adulta. A la nueva adulta se la sumerge por tres veces en la corriente, se la seca, se la tiende en otra manta, se la cubre de los más preciados objetos y se la lleva con solemnidad á la tienda de sus padres. Es ya desde entónces libre; puede como la araucana entregar su cuerpo á quien le plazca. Segura está de que al casarse le pida nadie cuenta de sus liviandades y extravíos.

Se suele casar el patagon á los veinte años. Es difícil que ántes haya recogido con qué pagar á los padres de la novia. Ya convenidos y satisfechos los regalos, contrae cuando quiere matrimonio. El ritual es sencillo. Se levanta un nuevo toldo, y se lo hace desde luégo albergue de los futuros cónyuges. Acuden á verlos adivinos y parientes, y les prodigan consejos: al varon, sobre la conducta que ha de seguir con su esposa y los deberes que contrae; á la hembra, sobre lo sumisa que ha de estar al marido y lo esclava que debe ser de sus hijos. Cantan y bailan despues en torno de la tienda al son de grandes calabazas y cuernos marinos; y otros hombres en tanto encienden fuego y asan un carnero de que á menudo dan algunos bocados á los dos consortes. Se pasa la noche en contínua fiesta, y á la mañana siguiente visita á los novios toda la tríbu. Están casados como toda la tríbu los encuentre en una misma cama. Solo entónces la novia se permite engalanarse con los presentes de su amado y de sus deudos. Recibe á sus amigas y sale á recorrer la toldería.

Casa siempre el patagon con patagona. Considera hasta un crímen casar con hembra de otra raza. Tiene en su esposa poco ménos que una sierva; pero no la pega ni la repudia. Tampoco la humilla poniéndole al lado otra mujer legítima; ya que tome concubinas no las eleva nunca al rango de su cónyuge. Ni á las concubinas abandona si le dieron hijos. Obliga indistintamente á sus mujeres á todos los trabajos que no sean el de la caza y de la guerra; pero no

les retira jamas la proteccion á que por su debilidad son acreedoras. Si ni aún recien paridas las dispensa de las tareas ordinarias, preciso es recordar que entre todas aquellas gentes dista de ser el parto una enfermedad como en la civilizada Europa. ¿No hemos visto acaso que hasta entre los cultos tahuantinsuyus se bañaba la mujer inmediatamente despues del parto en algun arroyo ó lago y se íba por su pié á su casa?

La mujer entre los patagones es, generalmente hablando, fiel á su marido. Lo sería quizá siempre de no casarla tan frecuentemente contra su inclinacion y su gusto. Acontece por esta razon unas veces que niegue su cuerpo al marido, otras que le deje para volar en brazos de su amante. Es raro que aún en estos casos la trate el hombre con violencia. Ya la devuelve á los padres, ya la vende al afortunado mortal en quien ella adora. La suele castigar sólo cuando es por vicio adúltera ó se entrega á persona de ménos rango.

Fuera de los campos de batalla es el patagon blando en sus costumbres: amigo de su familia, hospitalario, poco dado á la embriaguez y la lujuria. No había ni siquiera probado las bebidas alcohólicas en los tiempos de la Conquista. Hecho verdaderamente notable cuando apénas había pueblo bárbaro que no hubiese encontrado en el fruto ó las raíces de algun árbol medio de procurarse más ó ménos espirituosos licores.

No es duro el patagon sino con los enfermos. Los suele abandonar cuando no pueden seguirle. Les deja un poco de carne y agua, y los entrega al destino. Es sobre todo cruel en las grandes epidemias. Levanta en seguida sus toldos y huye á remotos lugares. No consiente en su comitiva á ninguno de los atacados del azote. Va con sus armas cortando el aire por creer que así rompe el hilo del contagio; y no hace alto que no las ponga de punta contra la comarca de que ha salido. No respeta ni padres ni mujeres ni hijos, cuanto ménos los demas parientes. El instinto de conservacion le sofoca todos los sentimientos, el terror le ciega. ¿Qué de extraño si tambien ciega á los europeos?

Todo lo que el patagon tiene de inhumanidad para los enfermos tiene de respeto y amor para los difuntos. Mujer hay que no deja de recordar con lágrimas ni un sólo dia los muchos que pasó felices con su marido, muerto hace muchos años; marido hay que no cesa de llorar á su perdida esposa. ¿En qué país habrá viuda que tanto duelo muestre al fallecer su cónyuge como no sea en los pueblos donde con él baja al sepulcro? Concluidos los funerales, se pinta de negro el rostro, se corta los cabellos de la frente y deja caer los demas sobre la espalda, se encierra en una antigua tienda y no sale en doce meses á la luz del día. Está allí triste, sola, guardando el más severo ayuno, sin poderse lavar ni pintar ni recibir á sus más próximos deudos.

Los funerales son tambien de notar en Patagonia. No bien muere un jefe de familia, se le desnuda y se le pone como ponían á sus muertos los tahuantinsuyus: dobladas las rodillas de modo que dén con la barba, los brazos cruza-

dos sobre las piernas, el cuerpo sentado sobre los talones. Se destruye su tienda y se despoja á su mujer y á sus hijas de todo lo que exclusivamente no les pertenezca. Le conducen sus descendientes á la última morada y allí entierran con él las armas y los vestidos de que usó en vida. Le sepultan en una fosa circular, lo bastante honda para el encogido cadáver, la rellenan y cubren de tierra é inmolan al animal que él pudo querer más, hoy el caballo. Se lo sacrifican todo para que pueda, dicen, presentarse con decoro en la deliciosa tierra á que, segun suponen, se va despues de la muerte. ¡Que en todas partes conciba el hombre esa esperanza de otra vida futura! que casi en ninguna se conforme á la total aniquilacion de su existencia!

Despues de lo dicho habrá ya comprendido el lector que no se conoce ni se conoció nunca en Patagonia las sucesiones. Si todo finía y fine con el jefe de familia, ¿qué podía quedar para los herederos? ¿La tierra? La tierra no es patrimonio de nadie en los pueblos nómadas y cazadores. Recuérdese que tampoco lo era entre los adelantados tahuantinsuyus.

CAPÍTULO V

Las tríbus del río de la Plata.—Los puelches.—Como eran físicamente.—Como vestian y vivian.—Como eran de animo.—En qué estado tenían el arte, la industria y la ciencia.—Que creencias profesaban.—Culto que rendían á Hualichu.—Importancia que daban á sus médicos.—Servicios que de ellos recibían.—Cómo enterraban á los muertos.—Gobierno por qué se regían.—Lo amigos que eran de la igualdad.—Sus ritus y ceremonias.—Los charruas.—Tríbus de que se componían.—Situacion que ocupaban.—Su aspecto físico.—Su porte.—No se pintaban ya como los patagones y los puelches.—Usaban en cambio el barbote y se labraban las mujeres en la cara tres rayas azules.—Su traje.—Sus toldos.—Sus frecuentes cambios de asiento.—Razones que para ellos daban.—Su industria.—Sus alimentos.—Lo graves y taciturnos que eran.—No tenían distracciones ni pasatiempos.—Armas de qué usaban.—Lo diestros que eran en manejarlas.—No conocieron las bolas de los patagones y los puelches.—Sus asambleas.—Su respeto á la opinion y la libertad ajenas.—Su modo de hacer la guerra.—Su ardimiento y su vocerío en los ataques.—Su fiero amor á la independencia.—Su buen trato para los prisioneros.—Qué hacían de los niños y las mujeres que cautivaban.—Por qué ni unos ni otros solían abandonar la tríbu.—Los charruas no sabían aprovechar las consecuencias de sus victorias.—Carecían de gobierno.—Ventilaban sin necesidad de juicio sus contiendas.—Se pegaban, pero no se mataban.—No mataban ni aún á los que cometían adulterio con sus esposas.—Sus matrimonios.—Cuál era la condicion de sus mujeres.—Cuál la educacion de sus hijos.—Cuál su religion.—Cuál su culto.—Cuáles sus ceremonias para los entierros.—Lo bárbaros que eran sus duelos.—Duelos de las mujeres.—Duelos de los hombres.—Reflexiones sobre tan inhumanas costumbres.—Duelos de los minuanes.—Otras diferencias entre esta tríbu y la de los charruas.—Quiénes eran los guenoas de que habla Lozano.—Carácter de las lenguas de todos aquellos pueblos. [1]

No hablaré de los aucas, esparcidos de las orillas del Colorado á las del Quinto, tanto porque los considero parte de los araucanos como porque me inclino á creer que en los tiempos de la Conquista no ocupaban todavía esta region oriental de América. Paso desde luégo á escribir de los puelches y los charruas, que poblaban las dos márgenes del río de la Plata.

Habitaban los puelches en el siglo XVI el actual territorio de Buenos Aires. Llevaban á lo que parece el nombre de querandis. Eran, como los patagones, de buena estatura: medían por término medio cinco piés, dos pulgadas. Tenían no ménos ancho el rostro, algo más salientes los pómulos, muy rasgada la boca, gruesos los lábios, blancos y hermosos los dientes, el color más oscuro. Llevaban tambien arremolinados los cabellos, cubiertas las partes, liado en mantas de pieles el cuerpo. Vivían exclusivamente de

[1] Fuentes de este capítulo. D'Orbigny, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tome II chap. XXI, par. II: tome V pag. 224; Felix de Azara, *Descripcion é Historia del Paraguay y del rio de la Plata*, tomo I, cap. X; Pedro Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay*, lib, I capítulos XVIII y XIX; Ulrich Schmidel, *Histoire Véritable d'un voyage curieux*, chap. VI et VII, *Collection Ternaux Compans* vol. V.

la caza, la pesca y la guerra. Usaban el arco, la flecha, una media pica y las bolas. Eran nómadas. Vivían en toldos de cuero.

Parecíanse por otra parte á los araucanos en lo belicosos, en lo enemigos de toda sujecion y todo freno y en el amor á la elocuencia. Hicieron tambien una implacable guerra á los españoles; y, cuando no pudieron ya sostenerla, ántes que doblar la cabeza al yugo, se fueron bajando al Sur hasta las orillas del Río Colorado. No respetaban ni á las tríbus vecinas; no pasaban jamas un año sin levantar sus tiendas. Blanden ahora la lanza y suelen hincarla delante de sus toldos; pero estoy en que la tomaron de esos mismos araucanos con posterioridad al Descubrimiento.

Quizá no lleguen hoy á seiscientos, y en la época de la Conquista eran tantos, que llegaron á ser el terror de las Pampas del Mediodía. De niños estudiaban practicamente la geografía del país, y se ejercitaban en el manejo de las armas. Tenían su táctica y su estrategia. Eran tan valerosos en el peligro como prudentes en los ataques.

En cambio estaban al nivel de los patagones en el arte, la industria y la ciencia. No sabían construir más que sus miserables tiendas. No dieron con la balsa ni la canoa para cruzar sus ríos. No hilaban ni tejían la lana de sus huanacos. No contaban sino hasta cien mil, ni conocían del cielo más que lo necesario para orientarse por sus dilatadísimas llanuras.

Ni estaban más adelantados en punto á creencias. Al génio del bien tampoco le rendían el menor culto: entendían que había de favorecerlos sin necesidad de oraciones ni ofrendas. Temían al del mal, á *Hualichu,* y para éste reservaban sus sacrificios. He hablado ya de un árbol del mismo nombre entre las riberas del Colorado y las del Negro. De las ramas de aquel árbol colgaron desde que lo vieron armas y mantos; en el hueco tronco de aquel árbol depusieron sus más preciosos objetos; bajo la sombra de aquel árbol inmolaron los animales que más amaban. No padecían enfermedad grave que no consultaran sus médicos á tan tenebroso espíritu. Invocábanle éstos de noche, á gritos, en mitad del campo, y no aplicaban más remedios de los que decían haberle oido.

Daban tambien los puelches á sus médicos grande importancia, tanta que, cuando pasaban cerca del sepulcro en que los sabían enterrados, guardaban el más profundo silencio, temerosos de que, si tal no hacían, se había de levantar el muerto á castigarlos. Esos poderosos doctores, sin embargo, no conocían otra terapéutica que la de los de Patagonia: la succion, el conjuro, los gestos, los mil y un medios de herir la imaginacion del paciente. Decían que Hualichu se les aparecía en forma de esqueleto.

Creían asimismo aquellas tríbus en la inmortalidad del hombre, y sepultaban con el que moría joyas y armas. Lo que, segun parece, no hacían era destruir la hacienda ni despojar á la mujer ni á los hijos del difunto. No condenaban

como los patagones á las viudas sin prole á vivir de la caridad ajena en cuanto fallecía su esposo.

Gobierno tampoco tenían los puelches ninguno, como no fuese en la guerra. Tampoco en la paz prestaban servicio ni pagaban tributo á sus caciques. Eran tan amantes de la igualdad, que no consentian siquiera á sus jefes el uso de insignias de mando. Entre los aucas los primeros capitanes llevaban debajo del hierro de sus lanzas una cinta colorada y dos ó tres piés más abajo un penacho rojo: los inferiores, un penacho de plumas blancas y la cinta roja con filete negro. Entre los puelches traían unos y otros escueta la lanza como el último soldado.

Las ceremonias del nacimiento, de la pubertad, del matrimonio eran poco más ó ménos las mismas de los patagones. No se distinguían sino en ser algo más sencillas y rudas. Era tambien el matrimonio la venta de la novia: sólo la huérfana y la viuda disponían de su propia mano.

Había ya mayores diferencias entre los pueblos hasta aquí descritos y los charruas. Entiendo con D'Orbigny que no eran sino tríbus de charruas los minuanes, los yaros, los bohanes y los chanas. El mismo Azara, que las describe como naciones distintas, apénas acierta á determinar rasgo alguno que caracterice y dé á las tres últimas especial fisonomía. Los bohanes y los yaros habían, segun él, desaparecido cuando escribía. Con todas estas tríbus ocupaban los charruas casi todo el territorio de la actual república de Montevideo: al Occidente desde la confluencia del Uruguay y el Paraná hasta los desiertos; al Oriente desde Maldonado á la boca del lago de los Patos. Cogían al Sur toda la ribera septentrional del Plata. Los minuanes, los yaros, los bohanes y los chanas vivían al parecer unos en las islas, otros en la márgen oriental, otros en la misma confluencia del Uruguay: en las islas los bohanes y los chanas, en la márgen oriental los yaros, en la confluencia los minuanes.

Eran los charruas todos gente gallarda y bien dispuesta, altos como los puelches, erguidos, casi negros, de facciones regulares y enérgicas: los ojos, si pequeños, oscuros y relucientes, la nariz poco chata y en su orígen estrecha, blancos é iguales los dientes, cortos el pié y la mano, mal pobladas las cejas, denso y largo el cabello, lampiño el cuerpo, si no es en el púbis y el sobaco. Llevaban notable ventaja á los europeos no sólo en lo bien formados, sino tambien en lo ágiles, lo sufridores de hambre y sed y lo perspicaces de vista y oido.

Llevaban tambien los charruas largo el cabello: prendido y adornado de plumas los varones, suelto y flotando por la espalda las hembras. Mas no se pintaban ya el semblante como los patagones y los puelches; se lo labraba sólo la mujer al sentirse púber. Hacíase entónces picándose la piel y dándose con arcilla tres rayas de azul oscuro: una vertical que iba de la punta de la nariz á lo alto de la frente, dos transversales que cruzaban las sienes. Taladrábanse en cambio

los hombres el labio inferior á la raíz de los dientes, y usaban el barbote como los aztecas. Traíanlo de muy niños, casi desde su nacimiento.

No se cubrían. Sólo en invierno solían vestir una camiseta sin mangas que no les llegaba á los muslos. No habían adquirido todavía el sentimiento del pudor, que algunos creen innato en el hombre: ni siquiera se ceñían como los puelches y los patagones el maxtle. Llevaban las hembras por todo traje un delantal que les llegaba á las rodillas. Tampoco se lavaban jamas varones ni hembras cara ni manos: se bañaban sólo en verano para refrescar sus abrasados miembros.

Vivían en toldos, pero en toldos más bajos que los de Patagonia. Construíanlos cortando tres ó cuatro ramas verdes, hincándolas por las dos puntas en la tierra y extendiendo pieles sobre los arcos, cuadrangularmente distribuidos. Habían de entrar poco ménos que á gatas en esa especie de madrigueras y dormir hacinados y reveltos con sus hijos, sus mujeres y sus cautivas. No habría sido posible encender allí fuego sin ahogarse: lo encendían siempre en el campo.

Eran todavía más nómadas y más inquietos que los habitantes de las Pampas. Cambiaban con frecuencia de asiento: decían que no gustaban de ocupar muchos días un mismo suelo ni ver un mismo horizonte. Movían sus toldos principalmente al mudar de las estaciones: buscaban en invierno las costas, en verano los montes y los frescos valles.

Fuera de la caza, no ejercían género alguno de industria. Ni hilaban, ni tejían, ni labraban el barro, ni cultivaban la tierra. Tampoco navegaban. No detenían su marcha ni ante los arroyos, ni ante los ríos, ni ante las lagunas, ni ante los esteros; mas ó los vadeaban ó los pasaban á nado. Cazar y guerrear: no tenían ni más ocupaciones ni otros medios de subsistencia Asaban la carne metiéndola en palos que hincaban en el suelo é inclinaban sobre la lumbre, y la comían con frutas y raíces silvestres. Bebían despues aguamiel, si jefes de familia; agua pura, si mujeres ó hijos.

Comían en silencio. Eran de suyo graves y taciturnos. No reían; manifestaban cuando más su hilaridad por un casi imperceptible movimiento en los ángulos de la boca. Hablaban generalmente bajo; no solían dar voces sino en el momento de atacar á sus enemigos. Dábanlas entónces desaforadas y armaban el mayor estrépito. No conocían distracciones ni pasatiempos: no entretenían ni con el baile, ni con el canto, ni con el juego sus largos ócios. Ejercitábanse exclusivamente en el manejo de sus armas: la lanza y la flecha. Eran así tan buenos tiradores, que rara vez dejaban de herir avecilla para que tendiesen el arco. Ni eran ménos hábiles en blandir sus lanzas.

Las lanzas eran como las de los aucas: altas de diez ó doce piés, de caña los mangos, de pedernal las puntas. Las flechas solían tambien ser cortas: de ordinario se las llevaba en carcaj á la espalda. No es cierto que los charruas empleasen tambien las bolas, como aseguran Barco y Lozano. No las usaban

ni en la caza ni en la guerra: es muy probable que ni siquiera supiesen que las había. Vivían completamente aislados, como que los separaban de los demas pueblos vastos desiertos y ríos tan grandes como el Uruguay y el Plata.

Reuníanse los cabezas de familia al anochecer, y se sentaban á la redonda sobre sus talones. Convenían primeramente en las centinelas que habían de establecer para guardarse de toda sorpresa y pasar la noche en sosiego. Decía luégo cada cual si había encontrado en aquel día indicio de enemigos y declaraba el lugar á que pensaba la siguiente mañana dirigir sus pasos. Querían saberlo unos de otros para disminuir ó redoblar las precauciones y, si alguno faltaba al otro día, ir á buscarle y averiguar quién le hubiese quitado la libertad ó la vida. Hablaban por fin de los negocios comunes que por cualquiera se propusiesen. ¿Debía la tríbu mudar de asiento? ¿Era conveniente declarar á otra la guerra? ¿Urgía poner fin á la ya empezada? La asamblea deliberaba y resolvía despues de maduro exámen.

El amor á la libertad era tal entre los charruas, que no se obligaba á las minorías á estar y pasar por el acuerdo de las mayorías. ¿Los había, por ejemplo, contrarios á la convenida guerra? Podían permanecer en sus toldos sin que nadie se lo achacara á rebelion ni á flaqueza. Podían, y es más, hacer otro tanto los que hubiesen votado por la lucha. Consideraban sin duda inútiles para la guerra almas tibias á quienes no moviese la sed de sangre.

Al decidir una invasion empezaban los charruas por poner á salvo sus familias en el fondo de los bosques. Reuníanse en ejército y enviaban exploradores que se les adelantaran cinco ó seis leguas. Poníanse luégo en marcha; y, ya que por éstos sabían la importancia, la posicion, las avenidas y las avanzadas del campamento enemigo, examinaban si podían ó no atacarlos con esperanza de triunfo. Si estaban en que podían, caminaban sigilosamente de noche hasta llegar á tiro de sus contrarios. Parábanse, y al romper del alba acometían gritando. Iban dándose palmadas en la boca para más aumentar el vocerío. Se hacía dificilísimo contenerlos segun era su rapidez y su ímpetu. A la par de los patagones y los puelches no dejaban con vida sino á las mujeres y á los niños. Hay quien asegura que desollaban la cabeza de los vencidos, pero no lo entiende así Azara ni yo lo creo.

A valerosos, á intrépidos, á feroces no los ganaba verdaderamente nadie. Igualaban si no dejaban atras á los araucanos. Tampoco los sobrepujaba nadie en cariño á su libertad y su independencia. Hicieron prodigios cuando la llegada de los españoles: con no ser muchos, vertieron al decir del mismo Azara más sangre nuestra que los innumerables soldados de Atahualpa y Montezuma. No pasarán hoy de mil quinientos, y no ha logrado todavía nadie uncirlos á su coyunda.

Trataban, sin embargo, bien á los prisioneros. Criaban á los niños al igual de sus hijos; hacían de las mujeres, no sus concubinas, sino las sirvientas de

sus esposas. Hasta las declaraban libres en cuanto un charrua las pedía en matrimonio. Tan bueno era el trato, que aún entre los cautivos españoles fueron raros los que pudiendo abandonaron la tribu. No la abandonaban los varones porque de niños se habían acostumbrado á la vida salvaje y veían en sus vencedores más bien padres que dueños; tampoco las hembras, porque habían podido contraer y habían generalmente contraido vínculos de familia. Sobre que la vida salvaje no deja de tener sus encantos para el que siente las necesidades de la materia y no las del espíritu.

Habrían logrado aún más los charruas contra sus enemigos, si hubieran sabido aprovechar las consecuencias de sus victorias. Satisfechos con el primer golpe, solían como vulgarmente se dice, dormirse sobre sus laureles. Mas esto es achaque de todos los pueblos bárbaros y aún de los medianamente cultos. Así procedíamos nosotros hace veinte siglos contra los cartagineses y los romanos. Veinte victorias nuestras no valían lo que una de los invasores.

En la paz vivían los charruas, como los puelches y los patagones, sin sombra de gobierno. Verdad es que en la guerra tampoco se sabe que llevaran jefes como no se tome por tales á todos los cabezas de familia. Las asambleas de que ántes hablé no tenían atribuciones ni para mandar ni para juzgar á nadie. Las contiendas entre partes las ventilaban las partes mismas: si no las podían arreglar á buenas, venían de las palabras á las manos. No hubo, con todo, ejemplo de que se mataran: no empleaban las armas, sino los puños.

No se mataban los charruas ni por causa de adulterio. Si celoso, maltrataba el marido á los adúlteros que cojía in fraganti, no les daba muerte. Si celoso, digo, porque no eran allí comunes los celos. Podía cada varon casar con cuantas mujeres quisiera, y éstas dejarle en cuanto encontrasen con quien estar solas. No eran para engendrar celos ni estas costumbres ni las de considerar el matrimonio, no como lazo de amor, sino de conveniencia. Al llegar á cierta edad nadie permanecía allí célibe: se dirijía á los padres de la doncella en quien ponía los ojos, y se la llevaba como ellos quisieran. La mujer no oponía nunca la menor resistencia: se entregaba gustosa al que la pedía fuese viejo ó jóven, hermoso ó feo. Era no obstante raro que dos varones se aviniesen á estar con una misma hembra. No se conocía la prostitucion ni entre los charruas, ni entre los patagones, ni entre los puelches.

La condicion de las mujeres era la misma en los tres pueblos. Salvo las funciones de la casa y la pelea, desempeñaban todas las que exigía la existencia de la familia. Guisaban, cuidaban al marido y á los hijos, armaban y desarmaban los toldos y servían de bestias de carga en todas las emigraciones. La crianza de los hijos no les debía ser á la verdad molesta despues de haberlos destetado. Los dejaban en completa libertad, como los araucanos. No los refrenaban ni los reprendían. Querían que cada uno se desarrollara segun sus inclinaciones y sus instintos, y los contenían cuando más con el ejemplo. Hijos de la naturaleza,

fiaban esos pobres salvajes á la naturaleza el porvenir de las nuevas generaciones.

Religion ignoro si la tenían los charruas. D'Orbigny supone que seguían poco más ó ménos la de los puelches; Azara y Lozano guardan sobre este punto silencio. Lo indudable es que no conocían tampoco aquellas gentes ni templos, ni altares, ni idolos. Tampoco se sabe que celebraran con ceremonias de ninguna clase los nacimientos ni los matrimonios. Observaban ciertos ritus sólo para los entierros, y con ésto daban á entender que tambien creían en otra vida. Llevaban á los muertos á la más próxima colina y allí los sepultaban en medio de los ayes y los alaridos de los parientes. Metían en la tumba las armas del difunto, y hoy sacrifican sobre ella el caballo de combate.

Lo bárbaro y lo incomprensible eran allí los duelos. Las hijas por el padre, la viuda por el marido, las hermanas por el hermano jefe de familia se cortaban un artejo ó coyuntura de uno de sus dedos, y se clavaban repetidas veces en brazos, pechos y costados el cuchillo ó la lanza del muerto. Habían de estar además dos meses en un rincon de su toldo tristes, ocultas y guardando rigoroso ayuno. Empezaban la desarticulacion de los dedos por el meñique y tal había que los tenía mutilados casi todos.

Alcanzaba tambien el sacrificio á los varones. No lo hacían el marido por la mujer ni el padre por los hijos, pero sí los hijos por el padre. Empezaban los hijos por estar dos días en su tienda comiendo poco y sin dejarse ver de nadie. A la segunda tarde otro charrua les atravesaba los brazos con puntiagudas cañas de un palmo de longitud y dos á cuatro líneas de anchura. Clavábaselas de pulgada en pulgada de la muñeca á los hombros, y en tal disposicion que las cañas salieran igualmente por ambos lados. Así puestos y chorreando sangre habían de ir al vecino bosque ó á la más vecina loma, abrir con la punta de una vara un pozo en que cupieran del pecho abajo y pasar allí de pié el resto de la noche. Al amanecer pasaban á un toldo especial donde se quitaban las cañas y estaban sin comer ni beber otros dos días, comiendo y bebiendo de lo que otros en silencio les llevaban, hasta diez y doce.

¿De qué habría nacido tan singular y cruelísima costumbre? ¿á qué pensamiento obedecería? Hemos tenido ocasion de ver en la misma América pueblos donde se enterraba vivas á las viudas con el cadáver de sus maridos, á los esclavos ó servidores con el de sus amos. Esta costumbre, aunque bárbara, tenía por lo ménos esplicacion en una creencia religiosa. Se decía que los muertos renacían en otro lugar de la tierra; y no se quería que allí careciesen ni de los criados que mejor les hubieran servido ni de las personas á quienes más hubiesen amado. ¿Qué esplicacion ha de ser posible dar á los duelos de los charruas? Azara los cree de todo punto injustificables, y no advierte que no son más que la exageracion de los que se ha usado en las naciones cultas. En todas las naciones se ha manifestado y se continúa manifestando por signos exteriores el

sentimiento que no puede ménos de producirnos el óbito de los parientes. Estos signos son en todas partes más pronunciados para con los deudos á quienes miéntras vivieron debimos respeto. El rigoroso luto, la obligacion en muchos lugares de acompañar el cadáver hasta la fosa, el alejamiento de todo espectáculo, la tristeza, el llanto son hoy signos comunes á casi todos los pueblos. Mas ¿se reducen ni se redujeron siempre los duelos de Europa á tan poco difíciles prácticas? Villas y ciudades hay en nuestra misma España donde al fallecimiento del jefe de la familia se deja entornada por un año la puerta, se tapía con dobles y triples celosías ventanas y balcones, se deja sin blanquear y sin barrer la casa y no se la abandona sino para ir á rezar por el alma del difunto. .Pásese ahora de un salto á la antigua Roma, recuérdese las víctimas sacrificadas sobre la tumba de Junio Bruto, sobre todo los combates de gladiadores con que despues se substituyó tan horrendo holocausto; y véase si no hay tambien duelos de sangre en la historia del viejo mundo. Aún sin la opinion de los demas el sólo sentimiento nos lleva á mortificarnos por la muerte de los que ver daderamente amamos ¡qué mucho que pueblos salvajes se exageraran este deber en parte personal en parte público y cayeran en las aberraciones que llevo descritas?

Los minuanes, como se ha visto, eran una tribu de los charruas. Los duelos eran, si parecidos, no iguales. Ademas de cortarse la mujer un artejo por el marido, se despuntaba la cabellera, se la echaba al rostro y se cubría los pechos. Otro tanto hacían las hijas adultas no por su padre, sí por el que las había criado. Nacía ésto de que los padres, despues de haber destetado á sus hijos, los entregaban para siempre á cualquiera de sus deudos. El sufrir de los varones duraba sólo la mitad del tiempo que entre los charruas. Atravesábanse en cambio con una gruesa espina de pescado piernas y muslos y el brazo de la muñeca al codo.

Diferenciábanse tambien los minuanes de los charruas en que algunos se pintaban de blanco las quijadas, y todos de niños llevaban tres rayas azules, que pasando por la nariz, iban de mejilla á mejilla. Lo más singular era que las mujeres no se labraban sino una de la extremidad de las narices á la raíz de los cabellos, y ésa sólo al hacerse púberes.

No diré ya más de los minuanes, aunque Azara consigna otras diferencias de ménos importancia. Tampoco hablaré de los guenoas, que Lozano supone enclavados en el mismo territorio de los charruas. Esos guenoas estaban, segun él, junto á ó no léjos de la orilla septentrional del Plata, entre el río Uruguay y el Atlántico. O mucho me engaño ó eran éstos una tríbu advenediza que bajó del Paraguay al promediar del pasado siglo y establecieron allí los jesuitas despues de haberlos convertido al Evangelio. No estaban, á mi entender, en las riberas del Plata cuando la Conquista. Me lo confirma el silencio de Azara, que de tantas otras naciones bárbaras ha escrito.

Pondré fin al capítulo diciendo algunas palabras sobre las lenguas de los descritos pueblos. La de los charruas, segun Azara, era gutural, nasal y distinta de la que usaban las vecinas tríbus, es decir las que estaban á la otra orilla del Uruguay y el Plata. La de los puelches y la de los patagones la aventajaban al parecer en dureza. Tenía la de los puelches muchos sonidos que no cabía expresar por ninguno de nuestros caractéres; multitud de voces terminadas en *et*, *at*, *ex*, *ek*, *ig*, *ep*, *ch;* consonantes dobles y de tan difícil pronunciacion como la *tz* y la *nz*. Contaba en cambio con la *r* líquida y la *f*, de que carecían idiomas de gentes más cultas.

Con ser tan rudos estos idiomas se prestaban á la oratoria no ménos que el de los araucanos. Hablaban y hablan aún todas aquellas tríbus, al decir de Orbigny, un lenguaje sumamente figurado y pintoresco. Expresaban con facilidad sus pasiones, sobre todo las que les inspiraba su amor á la guerra. Verdad es que de la exaltacion de los sentimientos han nacido en todas las épocas y en todas las naciones la elocuencia y la poesía.

CAPÍTULO VI.

Los mbocobis, los tobas y los payaguas.—Situacion respectiva de estas naciones.—Caractéres físicos y morales de los payaguas.—Cómo se cortaban estos el cabello y se pintaban el cuerpo.—Cómo vestian.—Cómo se adornaban.—Artes que conocian.—Canoas que fabricaban.—Destreza que tenian en manejarlas.—Los buenos navegantes que eran.—Su régimen político.—Sus sentimientos de libertad é igualdad.—Su manera de educar á los hijos.—Su comportamiento con la mujer.—Sus divorcios.—Sus matrimonios.—Sus ceremonias para el parto de sus mujeres.—Sus fiestas.—Su fiesta-sacrificio del mes de Junio.—Reflexiones sobre el carácter y fin de esta fiesta.—Creencias de los payaguas.—Los pocos documentos que [illegible].—Sus crueldades con los guaraníes.—Sus hechos con los españoles.—Su conducta para con los prisioneros.—Su division en cadiques y siucuás ó paiguas y agaces.—Su manera de construir los toldos.—Su indolente vida.—Sus médicos.—Su extraña manera de curar las enfermedades graves.—Su mas extraño modo de enterrar á los muertos.—Los mbocobis y los tobas. Hoy han substituido á los payaguas en las márgenes del Paraguay y el Paraná.—Son un solo pueblo y se los describirá bajo el nombre genérico de tobas.—Territorio que ocupaban los tobas en tiempo de la Conquista.—Cómo eran físicamente.—No se pintaban, pero se labraban el cuerpo.—Sus trajes.—Sus alimentos.—Sus viviendas.—Porqué se [illegible] á cada tribu.—Los tobas eran tambien belicosos.—Usaban el arco, la flecha, las bolas.—Pasaban á nado los lagos y los ríos.—Se gobernaban como los charruas.—Eran mas hoscos y feroces que estos.—Trataban, sin embargo, con dulzura á sus mujeres.—Eran polígamos.—Porqué no abundaban con todo en hijos.—Infame costumbre de sus mujeres de provocar el aborto.—Sus creencias.—Sus conocimientos.—Su Medicina.—Su astronomía.—Sus tradiciones.—Los tobas labraban ya la tierra.—Aún en las artes estaban mas adelantados que los demas pueblos hasta aquí descritos.[1]

RUEGO al lector que, tomando la orilla derecha del Paraná, entre de nuevo en las Pampas, donde hemos visto á los aucas y los puelches. Desde Santa Fe al río Ypitá ó Bermejo ranchean hoy los mbocobis y desde el Bermejo al lugar por donde entra el Pilcomayo en el Gran Chaco los numerosos tobas, de que no son aquellos sinó una rama. Ocupan mbocobis y tobas la mayor parte de la ribera occidental del Paraguay y el mismo Paraná, mas no lo ocupaban en los tiempos de la Conquista. Eran entónces dueños de estos dos grandes ríos los payaguas, los mejores navegantes del Mediodía de América. Escribiré primeramente de esta nacion, luégo de los mbocobis y los tobas.

Eran los payaguas de buena estatura, de medianas carnes, de bellas proporciones, de severa fisonomía. Tenían grueso, tupido y lacio el cabello, ancha la frente, negros y brillantes los ojos, blancos los dientes, pequeños pié y mano. Se distinguían por lo ágiles. Criá-

---

[1] Fuentes de este capítulo: AZARA, *Descripcion é Historia del Paraguay*, cap. X; ULRICH SCHMIDEL, *Historia verdadera de un viaje curioso*, caps. XIX y XXII, Collection de Ternaux-Compans, tome V; ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, *Comentarios*, cap. XVII; D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tom. I, chap. X, par. II; tom. V, pág. 223; PADRE GUEVARA, *Historia del Paraguay*, pág. 32.

banse robustos, eran poco propensos á las enfermedades y llegaban sin achaques á viejos. Los había muy ancianos que conservaban aún pobladas cabeza y encías. A la par de los charruas no reían ni manifestaban en el semblante las pasiones del ánimo: sufrían sin quejarse los más agudos y vivos dolores. Hablaban tambien bajo y en voz que más pecaba de ténue y desapacible que de gruesa y sonora.

Se cortaban los varones al rape los cabellos de la cara, al nivel de la oreja los de las sienes y se ataban los demas como los pueblos que hasta aquí he descrito; se cortaban las hembras sólo los de la frente y dejaban flotar los demas por la espalda. Pintábanse aquéllos con extraños dibujos de varios colores todo su cuerpo; éstas, pechos, brazos y muslos. Labrábanse ademas las mujeres el rostro en cuanto menstruaban. Se hacían de la raíz del pelo á la punta de la barba, saltando por el lábio superior, un liston oscuro; al traves de la frente y los párpados de arriba siete ó nueve líneas verticales; de los extremos de la boca á la mitad de la mejilla dos cadenitas paralelas á las mandíbulas; en el ángulo exterior de cada ojo dos eslabones unidos que terminaban en lo alto de los carrillos.

Iban los varones completamente desnudos: sólo cuando sentían frio se cubrían con una manta ó se ponían una estrecha camisa sin mangas ni cuello. Del ombligo y á veces del hombro abajo se envolvían las mujeres en otra manta. Llevaban ademas sujeta á la cintura y colgando una piel de diez y ocho pulgadas en cuadro. Se adornaban tambien, pero sólo con alguna sortija. Adornábanse mucho más los hombres. Sobre que usaban del barbote, no era raro verlos ceñida la cabeza de plumas, las orejas con pendientes, los tobillos y los brazos con ajorcas, la muñeca con pezuñas de ciervo que se entrechocaban y sonaban al menor movimiento. Joyeles todos por de contado sin valor y sin arte.

Arte apénas lo tenían más que para la navegacion y la guerra. Fabricaban y pintaban ollas y otros objetos de barro, pero toscamente. Hilaban y tejían el algodon, pero en malos husos y sin peine ni lanzadera. No cultivaban los campos. Apénas cazaban. La misma pesca la hacían principalmente á flechazos. Usan hoy el anzuelo, mas es de creer que lo tomaron de los españoles. Fabricaban en cambio lijerísimas canoas de una pieza, largas de diez y seis á treinta y dos pies, anchas donde más de dos á cuatro, agudísimas de proa y poco ménos agudas de popa, que marchaban á impulso de remos de tres y más varas. ¿Se proponían simplemente ganar terreno? Bogaban de pie sobre la extremidad de la popa. ¿Querían pescar? Se sentaban en medio y se dejaban llevar de la corriente. ¿Estaban de guerra é intentaban un ataque? Se colocaban seis ó más á lo largo de la nave, la hacían volar no que correr, y al dar con el enemigo convertían en lanzas sus remos.

No importaba que embarcacion de tan poco asiento se lés volcase. Se sumergían en el agua sólo hasta el pecho por muchas que fuesen las brazas de fondo, cogían la canoa cual si fuera un juguete, la sacudían y volvían á ocuparla sin

haber perdido cosa que llevasen: remos, armas, pescado, víveres. Se hallaban en los ríos y lagos como en su elemento, y eran allí invencibles. Por este motivo sin duda, miéntras no bajaron á establecerse en la Asuncion, impidieron que se acercasen á las codiciadas orillas del Paraguay y el Paraná los mbocobis y los tobas, que las poseen desde el promedio del último siglo. Los mbocobis y los tobas con haber siempre vivido en tierra cortada por muchas aguas no fueron jamas navegantes.

Eran temidos los payaguas casi tanto como los charruas, á quienes se parecían un poco en gobierno y costumbres. Se regían tambien por asambleas de padres de familia; y, aunque tenían caciques y caciques hereditarios, ni les pagaban tributo, ni les permitían distincion de ningun género, ni los consideraban superiores en jerarquía á las respectivas tribus. Los miraban como sus consejeros, no como sus jefes: no les concedían autoridad ni mando ni aún en la guerra. Si los veían sin entendimiento para guiarlos, tampoco vacilaban en deponerlos sin respetar los derechos de herencia. Amaban como todos los pueblos de aquellas vastas llanuras la libertad y la igualdad; y ni querían coaccion para sí ni se creían con facultades para ejercerla sobre sus hijos. Tambien allí crecían los niños sin que nada ni nadie refrenase sus ímpetus.

Entre los payaguas venía á ser la mujer igual al hombre. Hilaba, tejía, trabajaba el barro, armaba y desarmaba el toldo; pero no asistía ni á la pesca, ni á la caza, ni á las correrías por agua, ni á la guerra. El hombre guisaba ordinariamente el pescado para toda la familia. Había, si bien se mira, entre el hombre y la mujer una bastante equitativa distribucion de cargas. No solían las hembras ni probar la carne ni beber licores; pero tampoco la comían ni los bebían los mozos. Casada, era objeto de consideracion para el marido; y, ya que lo fuese de repudio, cosa que rara vez acontecía, llevaba consigo canoa, toldo, hijos, cuanto constituía el hogar á excepcion de las armas. Podía desde luégo contraer segundas nupcias: era absoluto el divorcio.

La mujer se casaba tambien aquí ménos por amor que por conveniencia, ménos por su voluntad que por la de su padre. No aportaba al matrimonio sinó su cuerpo. No procuraba enriquecer al esposo más que en hijos. Tampoco hacía del parto una enfermedad como las damas de Europa: dábalos generalmente á luz sin asistencia de nadie y corría á lavarse en el próximo arroyo. Sólo cuando era tardía bajaban á socorrerla sus vecinas. El socorro era por cierto bien extraño: iban todas con sonajas y las sacudían á intervalos en la cabeza de la paciente. Colocábanse, ya que ésta paría, en dos hileras desde la casa al lugar del baño, y la hacían pasar por medio.

Daba allí el nacimiento de un hijo lugar á una fiesta. Dábalo asímismo la primera menstruacion de las hijas. Bebían los jefes de familia hasta embriagarse, y guardaban tal imperio sobre sí mismos, que ni aún entónces reñían con sus compañeros ni faltaban al decoro á las hembras. De muy distinta índole era

otra fiesta que se celebraba por el mes de Junio. Iba en ella mezclado con el goce el sufrimiento. Pintábanse los hombres graves lo mejor que sabían, y se engalanaban la cabeza con plumas y raros adornos. Se limitaban el primer día á batir de la mañana á la noche con dos palitos ollas de barro cubiertas de pieles; mas al amanecer del otro bebían hasta perder los sentidos. Cogíanse á la sazon los unos á los otros las carnes y se las atravesaban, ya con espinas de pescado, ya con agudos leños. No anochecia que no tuviesen todos lacerados y vertiendo sangre brazos, piernas y muslos. Como si ésto no bastase, taladrábanse una y otra vez la lengua y el miembro. Con la sangre de la lengua se frotaban el rostro; con la del miembro llenaban un hoyuelo que hacían en la arena. Nada, sin embargo, reflejaba el dolor ni en su voz ni en su semblante.

¿Qué significaba tan extraña fiesta? Azara había oido decir á los payaguas de su tiempo que no la celebraban sinó para manifestar esfuerzo de ánimo. Es muy posible que al acabar del último siglo hubieran ya olvidado aquéllos salvajes el orígen y la causa de estos sacrificios; que esta causa y este orígen fueran muy otros, me parece más que probable. Los toltecas y los aztecas, lo recordará el lector, se taladraban con espinas de magüey las carnes, especialmente la lengua. Los yucatecas derramaban con frecuencia la sangre de sus venas, especialmente la del miembro. Tenían tambien unos y otros á gala sufrir sin que se les demudara el rostro tan bárbaros tormentos; mas no los buscaban sólo por el placer de mostrarse bravos. Se herían y se mutilaban el cuerpo movidos principalmente por una idea religiosa, la de expiar sus faltas y hacerse gratos á sus dioses. Hubo de ser esta misma idea la que llevasen los payaguas á la fiesta de Junio. Aislados como vivían de los demás pueblos antes de mezclarse con los españoles; ¿á los ojos de quién podían tener interés en acreditarse de valientes? Conozco dentro y fuera de la religion atormentadores del prójimo; no conozco fuera de la religion atormentadores de sí mismos.

Ignoro, no obstante, cuál fuese la religion de los payaguas. Sé tan sólo que sepultaban á los muertos con joyas y armas, hacían manifestaciones de júbilo á cada nueva luna y siempre que las tempestades les asolaban los toldos parecía como que las desafiaban arrojándolas tizones encendidos y dando puñadas al aire. Alguien escribe que se creían á veces favorecidos por la aparicion de sus dioses, y cuando tal sucedía, dando al olvido sus más estrictos deberes, cantaban y danzaban hasta que no podían con su cuerpo; mas no tengo por digno de crédito el testimonio. No se les encontró tampoco ídolos, altares ni templos.

La verdad es que si alguna religion tenían no los hacía humanos ni pacíficos. Viólos en el siglo XVI, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y los pinta crueles y feroces. Andan, escribe, por el río pirateando en sus canoas, y saltan en tierra para robar y prender á los guaraníes, que consideran como sus principales enemigos. Traen maniatados en sus naves á los que cautivan, los llevan delante del

lugar en que vivieron y los azotan hasta que reciben abundantes vituallas de los parientes de las víctimas. No por ésto los sueltan; acaban por decapitarlos y exponer las cabezas á lo largo de las riberas del Paraguay en lo alto de unas pértigas.

No debe de ser exagerada la pintura á juzgar por la conducta que siguieron con los españoles. Fueron los payaguas los que en Marzo de 1528, saliendo precipitadamente de una emboscada, mataron sin dejar uno á los soldados y oficiales que tomaron tierra en el bañado de Nembucú por órden de Gaboto; ellos, junto con los albayas, los que diez años más tarde dieron muerte á Juan Ayolas y sus ciento ó doscientos camaradas que volvían de una atrevidísima expedicion á los Andes; ellos los que destruyeron el pueblo de Ohomas y la villa de Talavera é hicieron poco ménos con Itati, Ipané y Santa Lucía.

Tenían tambien por costumbre los payaguas no perdonar en la guerra sinó á las mujeres y á los niños, que reducían á servidumbre. Si cautivaban á varones, era sólo en sus piraterías, y segun se ha visto, con deliberado propósito de matarlos. ¡Que sea tan fiero el hombre con sus semejantes! ¡que no deje de serlo ni aún en los pueblos cultos!

Estaban divididos los payaguas en cadiqués y siacuás, nombres que trocaron por los de paiguás y agaces ó agacés nuestros españoles. Vivían más abajo de la Asuncion los segundos; los primeros en la confluencia del Paraguay con el lago de Ayolas. Nómadas todos, cambiaban, sin embargo, de asiento con harta frecuencia; no era raro ver siacuás al Norte y cadiqués al Mediodía. Reconocíanse unos y otros de una misma raza y comunicaron andando el tiempo su comun denominacion al río, teatro de sus depredaciones y sus proezas. Payaguay no Paraguay llamaban los guaraníes á la abundosa corriente que desde las Siete Lagunas de Matto Grosso baja á confundir con el Paraná sus aguas.

Cadiqués y siacuás tenían las mismas costumbres. Hacían todos sus tiendas clavando en el suelo dos filas paralelas de maderos ahorquillados, los del medio más altos que los otros, sobre todos los cuales ponían travesaños y tendían pieles. De sentir frio, corrían otra piel sobre uno de los extremos del toldo, á Oriente ó á Occidente segun la direccion del viento. Allí guisaban, allí comían, allí dormitaban ó dormían segun muchos sobre cueros, segun algunos en hamacas. Si por acaso estaban enfermos, no faltaba quién les chupase el estómago. ¿Se agravaban en vez de curarse? Llamaban al médico para que les espantara la enfermedad y se la arrojara del cuerpo.

Visitábalos entónces el médico provisto de una pipa, unas calabazas y una corbata de estopa que le llegaba á la cintura. Empezaba por ponerlos tendidos á la larga, la boca al cielo, descubiertas las carnes. Fumaba luego en su pipa, en cierto palo grueso como la muñeca, toscamente barrenado y con más toscos dibujos, á que iba pegada una como boquilla; y echaba el humo en dos calabazas huecas, unidas por el fondo y taladradas por sus dos extremidades con agujeros el uno mayor que el otro. Repetía la operacion tres ó más veces bañando en cada

una las calabazas; y, aplicándolas despues al lábio superior por donde más abiertas estaban, producía sonidos verdaderamente extraños con que decía que espantaba la dolencia. En tanto que ésto hacía, ya con el pié golpeaba á compás la tierra, ya se contoneaba sobre el enfermo. Sentábase por fin, sobaba y chupaba con fuerza al paciente, y fingía extraerle bien una espina, bien una pedrezuela, bien sangre, que dejaba caer de su boca.

Esta rara terapéutica, lo he dicho ya, es comun á casi todos los pueblos bárbaros. La veremos hasta en los que habitan la América del Norte. ¡Que hasta entre los salvajes nazca la superchería! Indudablemente el hombre es tanto más crédulo cuanto ménos culto: la credulidad de los enfermos no es aquí lo que me admira. Lo que me admira es el médico, impostor sin ser más culto. ¿De dónde pudo sacar tan raros y extravagantes medios de engañar á sus iguales?

Muerto el payagua, se le envolvía en su manta con sus armas y se le conducía en canoa al cementerio. Se le enterraba sentado; y ¡costumbre singular! se le dejaba fuera del sepulcro la cabeza. Se limitaban sus deudos á tapársela con una olla para que no se la comieran tatúes ni jabalíes. Se le lloraba poco: no le lloraban sinó dos ó tres días su esposa y sus hijas. Sólo cuando había muerto en manos de enemigos era motivo de mayor duelo. Iban entónces todas las mujeres dando día y noche vueltas á la tríbu y exhalando lastimeros gritos.

Hoy los payaguas no viven ya derramados por las riberas del Paraguay como en los tiempos de la Conquista. Habitan en la ciudad de la Asuncion, los unos, los siacuás desde el año 1740, los otros, los cadiqués, desde 1790. Paso ahora á escribir de los que, como dije, los han substituido en la márgen occidental del río, los mbocobis y los tobas.

Los mbocobis y los tobas se hicieron más de una vez la guerra. No por ésto se ha de creer que fuesen naciones distintas. Entre los bárbaros se hacen la guerra hasta tríbus unidas por vínculos de sangre. Hablan tobas y mbocobis, segun D'Orbigny, una misma lengua, y no puedo ménos de considerarlos como un sólo pueblo. De este pueblo, al decir del mismo ethnógrafo, forman parte los pitilagas, los aguilotes y los machicuis de Azara: lo admito y los incluyo en la misma monografía. Los comprenderé á todos junto con los mbocobis bajo el nombre genérico de tobas.

Los tobas, cuando la Conquista, vagaban, como aún vagan, por dilatadísimos territorios. Estaban en las márgenes del Juramento, en las del Bermejo, en las del Pilcomayo y llegaban al Noroeste hasta los últimos estribos de los Andes de Bolivia. Se extendían del grado treinta y dos al veintiuno, y ocupaban, interpolados con otras naciones, buena parte del Gran Chaco, vasta region donde se dice que se refugiaron dos veces así las tríbus salvajes de la Cordillera como las de los llanos para sustraerse al yugo de los Incas y al de los españoles. Amaban principalmente las orillas de los ríos; y, aunque nómadas, hacían en ellas largo asiento.

Eran los tobas de color bronceado claro, de buena talla, esbeltos, sanos, robustos; de ancha espalda y abultado pecho, de cara y frente espaciosas, de nariz prolongada, de pómulos muy salientes, de boca grande, de voz desapacible y ronca; de negro y lácio cabello, de arqueadas cejas, poca barba y ésta arrancada por ser tal la costumbre de casi todos los pueblos de América. No solían ser tan bellas sus mujeres en doblando los veinticinco años: eran comunmente anchas de caderas, casi sin talle, de pechos, si no mal redondeados ni distribuidos por la naturaleza, planos y caidos por el arte. Aplanábanlos y dilatábanlos á propósito con el fin de poder en sus viajes dar de mamar á sus hijos, que llevaban á la espalda, sin detenerse ni cambiarlos de postura.

No se pintaban ni varones ni hembras; pero se labraban todos el cuerpo: los hombres en el rostro, las mujeres, luégo que eran púberes, en la nariz, las mejillas, las sienes y el ángulo exterior de los ojos. Partíanse unos y otras por mitad el cabello, y dejábanlo caer sobre la espalda.

No se vestían mujeres ni hombres miéntras no fuesen núbiles. Ya que lo eran, se arrollaban á la cintura unos paños que los cubrían hasta las rodillas, y al sentir frío se envolvían en mantos de pieles de coypus. Son los coypus ratas de pelo duro y sedoso vello que se crian en todo el curso del Paraná y en los pantanos del Gran Chaco y de noche interrumpen el silencio de las más solitarias regiones con sus plañideros gritos. Se solían los tobas embozar en esos mantos, como los patagones y los antiguos griegos. Adornábanse ademas las hembras cuello y brazos con sartas de pequeñas conchas.

Comían sóbria, pero variamente. Se alimentaban de carne y de pescado, de raíces que cogían en los bosques, de cereales, de mandioca, de batatas. Asaban la carne fresca sobre ascuas y acecinaban la sobrante. Ignoro cuáles fueran sus bebidas espirituosas.

No vivían ya en toldos aislados como los pueblos salvajes que hasta aquí hemos visto. Vivían en chozas de ciento á doscientas varas de largo, divididas en tantos compartimentos como familias había en la tribu. Se extendían estas singulares construcciones de Oriente á Occidente, estaban cerradas al Norte y contaban al Mediodía tantas puertas cuantos eran los vecinos. Componíanse exclusivamente de cañas las paredes y el techo; de cañas, unos zarzos que en cada particular aposento levantaban dos piés del suelo y cubiertos de pieles servían de cama. ¿Por qué habrían los tobas edificado tan raras viviendas, ordinariamente situadas en las riberas de los lagos y de los ríos? Recuerde el lector las casas-pueblos que hallamos arruinadas y desiertas más allá del Gila en la América del Norte. Aunque las unas de caña y las otras de cascajo ó piedra, es probable que respondiesen todas á una misma necesidad y un mismo pensamiento. La comun habitacion facilitaba la comun defensa: á una sola voz podía la tribu toda ó todo el pueblo empuñar las armas.

Los tobas eran tambien esencialmente belicosos. Se atrevían á retar y hacer

la guerra á los mismos chiriguanos, que, sobre ser no ménos valientes, eran numerosísimos; y más de una vez lucharon con gentes de su propia sangre. No blandían lanzas ni picas, pero sí mazas; no usaban la honda ni el dardo, pero sí las bolas. Llevaban generalmense arcos cuadrangulares de más de un estado; flechas de cuatro piés con la moharra de palmera y los gavilanes corvos. De caronday, madera durísima, hacían la punta de las flechas.

No disponían para cruzar los ríos de balsas ni canoas; pero los pasaban á nado como los charruas. No hallaban nunca en sus expediciones nada que bastase á detenerlos. No hay para qué decir si eran amigos de las emboscadas y los rebatos: ¿qué salvajes dejaron allí de serlo?

Obedecían en la guerra á la voz de su jefe. Le conservaban en la paz, aunque sin considerarle superior á sus asambleas de padres de familia. Por los acuerdos de éstas y no por los mandatos de aquél determinaban la conducta de las tríbus. Al jefe ni le prestaban tampoco servicios ni le concedían preeminencias. Ni derecho le daban de vivir aparte; ocupaba el primer compartimento oriental de la casa-pueblo. Como el de los payaguas, por su consejo más que por su autoridad ejercía influencia en los ánimos. Era á la verdad punto ménos que imposible influir por otro medio en hombres que tan celosos estaban de su libertad y su independencia.

Los tobas lo estaban extremadamente. Eran por otra parte quizá más hoscos y fieros que los charruas. Ni hablaban sin motivo, ni reían, ni cantaban, ni tenían género alguno de expansion ni de juego. Pasaban las horas juntos sin decirse palabra. Si algo se les preguntaba, respondían brevísimamente. Pecaban ya de sombríos. Eran terribles cuando ébrios.

Trataban, sin embargo, con dulzura á sus mujeres, de que rara vez se manifestaban celosos, comían en familia, se mostraban excesivamente blandos con sus hijos, de cuyos antojos llegaban á ser esclavos, y no cerraban jamás su puerta al extranjero, como no tuvieran motivos para considerarle enemigo.

Eran polígamos. Se casaban siempre con acuerdo de los padres de la novia, á quienes hacían algunos regalos. Se dice si consumaban el matrimonio en presencia de amigos y deudos. Aún con muchas mujeres, no solían tener muchos hijos. Se debía ésto, segun parece, á una infame costumbre que por desgracia veremos en otros pueblos. Con harta frecuencia provocaban allí las mujeres el aborto. Se tendían de espalda y se hacían dar golpes en el vientre. Considerábanse viudos los maridos por el embarazo de sus esposas: no las conocían en dos ó más años. No se resignaban las jóvenes á tan largo alejamiento; y, apénas concebían, trabajaban por malograr el fruto de sus amores. Aberracion verdaderamente propia de gentes bárbaras.

Creían, con todo, los tobas en un Dios autor del Universo, segun escribe Guevara; decían que despues de muertos subían al cielo por el árbol *llagdigua*. No es así de extrañar que enterrasen tambien á sus difuntos con todo lo que les había

pertenecido. Adoracion, culto, no los rendían tampoco ni á Dios ni al Diablo.

Tampoco abundaban en conocimientos. En medicina estaban reducidos á las succiones y los conjuros. En astronomía tenían ideas parecidas á las de Patagonia. Veían un avestruz en la más brillante de sus constelaciones; perros, en las estrellas que la circundan, penélopes, tatues, perdices, en los planetas; una mujer en el sol; un hombre, en la luna. Contaban que el sol había caido un día del cielo y lo había levantado un mbocobi; que había vuelto á caer é incendiado los bosques. Se habían salvado los mbocobis, decían, trasformándose en gabiais y caimanes: un hombre y una mujer que se subieron á la copa de un árbol para huir del peligro y ver pasar las olas de fuego se abrasaron la cara y se convirtieron en monos.

Ni siquiera se guiaban del cielo en sus viajes por las grandes llanuras. Iban á la deshilada, los ancianos delante, los mozos en medio, detrás las mujeres. Precedían la caravana los viejos como los más prácticos en el terreno. Iban generalmente encorvados todos, segun ellos por la costumbre de atravesar largas y enmarañadas selvas cubiertas de bejucos. Llevaban las mujeres el bagaje, y en cada estacion levantaban tiendas provisionales.

He dicho ya que los tobas eran nómadas; debo añadir que entre los nómadas eran los más sedentarios. Pasaban á veces años en un mismo punto. Hacían así sus plantaciones de maiz: cultivaban la tierra. Notable ventaja sobre cuantos pueblos se nos han ido presentando desde el estrecho de Magallanes. Es verdad que no sabían arar los campos ni abrir más que hoyos para la siembra; pero habían entrado en la agricultura.

Eran los tobas labradores, cazadores y pescadores. Iban á cazar por tandas que se renovaban cada diez días; hecho que, unido al de las casas-tribus, me hace sospechar si se regían por los principios del comunismo. Distinguíanse en ésto muy particularmente de los payaguas: dos payaguas no cazaban nunca juntos. La pesca la ejercían tambien á flechazos contra los peces que salían á la superficie de sus lagos.

En artes se hallaban tambien más adelantados que los ya descritos pueblos. Fabricaban sus armas. Labraban el barro y á veces incrustaban en sus vasijas fragmentos de conchas. Hacían de bromelia fortísimos cordeles. Hilaban el algodon y la lana, los tejían y los teñían de vivos colores. Éstos los extraían de diversas plantas. Dábales un amarillo brillante una del género solidago que luce en verano sus doradas ramas en el Gran Chaco y allá donde el Paraguay y el Paraná mezclan sus turbias aguas.

¿No es verdad que se ve ya en esos tobas los arreboles de una civilizacion naciente?

CAPITULO VII.

Dificultades con que se tropieza para la enumeracion y clasificacion de los pueblos bárbaros.—Causas de que proceden.—Diferentes nombres que se da á unos mismos pueblos y tambien á unos mismos ríos.—Aumento de confusion por los europeos.—Urgente necesidad para disiparla de reproducir las gramáticas y los diccionarios de los idiomas de aquellas naciones, imprimir los manuscritos y escribir los que aún faltan.—Naciones á orillas del Paraná.—Timbues y Caracaraes.—Por qué no los describo.—Abipones.—Galianos y quilmes.—Juris y tonocotes.—Lenguas.—Por qué recibieron este nombre.—Su carácter moral y físico, su manera de tocarse y adornarse.—Guaycurues.—Su posicion, su presuncion y su fiereza.—Sus costumbres.—Su gobierno y sus duelos á la muerte de los caciques.—Su grado de cultura.—Consideraciones que guardaban á la mujer.—Barbarie que mostraban matando á los hijos ilegítimos.—Aperues ó yapirues.—Cómo los describe Alvar Nuñez.—Mbayas ó Albayas.—Su posicion de hoy y la que tenian cuando la Conquista.—Su carácter físico y moral y su gobierno.—Su tocado.—Sus alimentos.—Sus armas.—Sus condiciones militares.—Fiesta que hacían las mujeres con las cabelleras de los enemigos.—Infame costumbre de provocar el aborto.—Cómo se cohonestaba este crímen.—Religion, inhumanidad y creencias de estos bárbaros.—Enterramientos.—Relaciones con los guanaes.—Grupos en que estaban divididos guanaes y albayas.—Condiciones físicas y morales que distinguieron á estos dos pueblos.—Lo hospitalarios que eran los guanaes.—Cómo levantaban sus casas.—Cómo construían sus camas.—Cómo se casaban.—Cómo deshacían sus matrimonios.—Por qué mataban á muchas de sus hijas.—Sus fiestas.—Sus adornos.—Su traje.—Carecían de juegos, de bailes, de instrumentos músicos, de gobierno.—Si pertenecían á la nacion de los mataguayos.—Quiénes fueran éstos.—Su situacion.—Sus diversas tríbus.—Dónde solían establecerse.—No eran navegantes, pero sí excelentes nadadores.—Aunque nómadas, tardaban en cambiar de asiento.—Sus casas, sus camas, su industria.—Si eran ó no belicosos.—Si se acomodaban fácilmente á la servidumbre.—Su carácter moral.—Su amor á la danza.—Su lengua.—Su astronomía.—Su manera de enterrar á los muertos.—Los chiriguanos.—Por qué no los describo y pongo aquí fin al capítulo. [1]

LAS dificultades con que tropiezo son tales y tantas, que apénas me siento con bríos para vencerlas. No extiendo un mapa ni abro las páginas de un libro, que no crezca á mis ojos el catálogo de los pueblos bárbaros. Hasta sesenta y nueve cuenta un autor en ese Gran Chaco donde acabamos de ver á los mbocobis y á los tobas. No son muchos ménos los que otros escritores enumeran del Chaco al Plata, sobre todo cuando recorren las orillas de los ríos que tienen el Paraná por sepulcro. Nace ésto principalmente de que en el estado salvaje, aisladas y no pocas veces en guerra aún las tríbus de un mismo tronco, forman con frecuencia naciones y hablan distintas lenguas; pero tambien de que se haya considerado naciones á cuantos grupos llevaban diverso nombre. Aquí, para colmo de confusion, los había llamados diferentemente por los que con ellos lindaban, circunstancia que no pudo ménos de inducir á muchos y graves errores, no todos corregidos aún por la topografía y la linguística.

[1] RUY DIAZ DE GUZMAN, *Historia Argentina*, libro I, caps. II al IV, Coleccion de obras y documentos relativos á la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, por Pedro de Angelis, tom. I; *Índice geográfico é histórico*, escrito por el mismo Pedro de Angelis y publicado á continuacion de aquella Historia; ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, *Comentarios*, caps. XXVII al XXXII y XXXIX; AZARA, *Descripcion é Historia del Paraguay*, tom. I, cap. X; D'ORBIGNY, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tom. V, pages 234-244.

Los mbocobis, por ejemplo, recibían la denominacion de *guanlang* en el idioma de los mataguayos, las de *natocoet* é *incanabacte* en el de los lenguas, la de *caliazec* en el de los abipones; los lenguas á su vez la de *cadalú* en el de los payaguas, la de *cocoloth* en el de los tobas, la de *juiadgé* en el que ellos mismos hablaban. Acontecía otro tanto con algunos ríos, hecho que tampoco ha dejado de embrollar la geografía de aquellos países. Uno de los afluentes del Paraná que dejo citado, se llamaba *Araguay* en el idioma de los guaraníes, *Itica* en el de los chiriguanos, *Pilcomayu* en el de los quichuas. Muchos ríos y pueblos, y tambien sierras, cabos, puertos, islas, han tomado despues otro nombre en boca de los europeos y no siempre lo han conservado: ha crecido la confusion y cuesta no poco trabajo disiparla. Perdone el lector si en este segundo libro de mi historia observa aún más yerros y lagunas que en el primero; se necesita estudios superiores á las fuerzas de muchos hombres, cuanto más á las mias, para arrojar luz sobre todas las simas de tan confuso y revuelto caos.

De muchos idiomas de aquellas gentes no existen aún ni diccionarios ni gramáticas. De otros, si los hay, están manuscritos y guardados como tesoros en archivos y bibliotecas de ambos continentes. De otros, los tenemos reproducidos por la prensa, pero ya casi tan raros como los manuscritos. Aumentarán de día en día las dificultades, si no se reimprime los unos, se da á la estampa los otros y no van entendidos filólogos á recoger de boca de los bárbaros las lenguas que desconocemos. Alguna que otra de aquellas naciones ha desaparecido; muchas están reducidas á cortísimo número de familias. Continuaré mi descripcion como lo permita el actual estado de los conocimientos; y, á fin de no prolongarla desmesuradamente, la circunscribiré á los pueblos que más separados estén por el habla ó las costumbres y más hayan figurado en la historia de la Conquista.

No puedo abandonar aún las riberas del Paraná, el Paraguay y sus afluentes. Orillas del Paraná, á cuarenta leguas de Buenos Aires, pone Rui Diaz de Guzman á los timbues y los caracaraes, de quienes dice que son más afables y de mejor trato y maneras que los pueblos más al Mediodía. Cultivaban, segun él, los campos, eran ingeniosos y hábiles y solían llevar por gala en cada pared de la nariz una piedra azul ó verde. Se extendían los timbues á lo que parece por el río Carcarañal, donde los vió Francisco de Mendoza; navegaban en piraguas, y como señal de amistad levantaban al aire las palas de sus remos. Dícese tambien si los caracaraes ocupaban las islas de la Laguna Ibera, hoy aún objeto de misteriosas leyendas. No me detendré en los unos ni en los otros porque con Angelis los considero ramas de la nacion guaraní, á que consagraré un capítulo.

En la márgen occidental del mismo Paraná, un poco más al Norte, del grado veintiocho al treinta y uno de latitud, vivían los abipones. Eran parecidos á los mbocobis y los tobas en fisonomía, en lengua, en traje, en armas, en carácter, en costumbres. Tal vez los ganaran en ferocidad y en vehemencia de pasiones.

Estaban frecuentemente en guerra con las vecinas tribus: y despues de la Conquista prefirieron á tenerlas por señoras acogerse al pabellon de España. Pintábanse los varones el cuerpo y usaban el barbote; labrábanse las hembras el rostro y se cortaban al rape el cabello del colodrillo á la frente. Temían unos y otras al espíritu del mal, y lo conjuraban ó se lo hacían propicio por las ceremonias y las artes de escuálidas viejas; enterraban tambien á los muertos con vestidos y armas.

Nada diré, porque nada conozco, ni de los galianos ni de los quilmes, tríbus que, segun Azara, vivían hácia Santiago del Estero; tampoco de los juris ni de los tonocotes, que se extendían en aquellas mismas comarcas por las riberas del Dulce y el Salado. No he leido de los tonocotes sino que se cortaban á la par de los charruas la coyuntura de un dedo por cada pariente mayor que se les moría, y contaban entre sus alimentos cierto barro cocido al rescoldo y empapado en aceite, aceite que sacaban de peces de sus ríos. Diré primero de los lenguas, despues de los guaycurues.

Estaban los lenguas al Septentrion de los tobas. Eran de buena estatura, de color de bronce, de ojos ligeramente inclinados como los pueblos del Asia. Llevaban cortado el cabello parte á media frente, parte á la altura de los hombros; suelto los más, prendido algunos y ataviado con plumas de avestruz que les caían sobre la cabeza. Como los Incas, se taladraban las orejas y se metían en los agujeros rodajas cada vez mayores que llegaban á ser en los viejos de dos pulgadas de diámetro. Eran aquí las rodajas de madera, si en los Incas de oro. Usaban, además, los lenguas de otro adorno estrafalario. Se hacían en el lábio inferior una cortadura trasversal, y por ella introducían otro rodete semi-elíptico terminado en forma de horquilla, que ajustaban á las encías. Iban tambien agrandando los rodetes hasta darles un diámetro de doce á diez y ocho líneas. Por esta bárbara costumbre recibieron de nuestros soldados el nombre con que ahora los conocemos. Levantaban sus toldos á la manera de los puelches si bien dándoles más espacio y cubriéndolos de esteras de junco; blandían larguísimas lanzas y eran terribles en el uso de la macana. No los sobrepujaba nadie ni en lo soberbios, ni en lo feroces, ni en lo amigos de la guerra. Tampoco perdonaban á los vencidos que no fueran ó niños ó mujeres.

No eran ménos presuntuosos y fieros los guaycurues. Bajo este nombre han comprendido ordinariamente españoles y brasileños á todas las naciones del Chaco: yo hablo aquí de la que vagaba por el delta del Pilcomayo y abrazaba diversas tríbus: unas que solían fijarse en las orillas de los ríos, otras que buscaban su abrigo en lo interior de los bosques. Eran estos guaycurues guerreros y valientes, pero tan presuntuosos, que blasonaban de ser los más esforzados hombres de la tierra. Al decir de Alvar Nuñez, cazaban al venado y al puerco montés á fuerza de correrlos y fatigarlos, perseguían al jaguar y otros animales fieros, no paraban mucho tiempo en ninguna parte, hostigaban sin tregua á

sus vecinos y cuando los vencían les arrancaban la cabellera. Lo cierto es que por su feroz bravura eran el terror de los guaraníes.

Iban los guaycurues casi totalmente desnudos. Se pintaban el cuerpo segun la edad y la categoría: de negro si adultos, de encarnado si mozos, de varios colores si ancianos ó jefes. Raíanse tambien el pelo caprichosamente, pelábanse cejas y párpados, agujereábanse labios, narices y orejas. No carecían de gobierno. Tenían en paz como en guerra caciques armados de autoridad absoluta, y hacían gran duelo cuando se les morían. Dejaban entónces de adornar sus carnes; se condenaban á rigorosas abstinencias. No consentían, sin embargo, que esos caudillos usasen insignia alguna de mando; les permitían por todo honor que ocupasen el centro de sus tolderías. Sentimientos religiosos no se los concede Pedro de Angelis; en mi opinion los revelan las fiestas que celebraban las noches de plenilunio. En los plenilunios, como al solemnizar sus victorias, sacudían con estrépito las esteras de sus toldos, se dedicaban á la lucha y la carrera y bebían hasta embriagarse.

Ni eran ya tan bárbaros como otros pueblos. Cazaban y pescaban. Se hacían mantas del hilo de ciertos cardos. Asaban la carne en unas como parrillas que levantaban dos piés del suelo y llevaban el nombre de barbacoas. Comían así de las frutas de los campos como de los animales de tierra y agua. Gustaban de la miel silvestre. Pintaban sus arcos y los adornaban con vistosas plumas. Obligaban como todos los salvajes á la mujer á sobrellevar las fatigas de la casa y aún la hacían partícipe de sus expediciones y sus peligros; pero la miraban con cierta predileccion y le guardaban algunas consideraciones. No mataban á cautivo que una mujer viese y perdonase; no tenían un momento esclava á la que cogían en la guerra. Ni eran polígamos ni toleraban el concubinato; consentían sí el divorcio y aún lo facilitaban más de lo que convenía para el buen órden de las familias.

Procuraban allí las mujeres ahogar en su seno al hijo del adulterio ó del estupro; si nacía, le mataban. Esto hizo en opinion de Angelis que Azara creyese tambien costumbre de los guaycurues el aborto voluntario para no aumentar los hijos de matrimonio. No sé quién acierta. Lo que sé es la inhumanidad de uno y otro hechos. En sí y no en sus hijos deberían haber castigado su flaqueza la madre estuprada y la madre adúltera. Verdad es que aquí en las naciones cultas todavía castigan tambien la sociedad y la ley, aunque no con la muerte, á los que han nacido de ilegítimo coito, sin que se acierte á verse que no pueden en justicia responder del delito de sus padres séres que no por su voluntad vinieron al mundo.

Escribe Alvar Nuñez de otros bárbaros que unas veces llama aperues, otras yaperues y debieron de estar, por lo que en él leo, sobre el mismo río Paraguay, al Norte de los guaycurues. «Son, dice, gente crecida, valientes, guerreros, grandes corredores. No labran ni crían; se mantienen de la caza y la pesca.

cambian de asiento cada tres días y van á todas partes, aún á la guerra, con sus mujeres é hijos. Odian á los guaycurues y á los guaraníes.» Tenían, con todo, segun el mismo autor, tan alta idea de esos guaycurues, que al saberlos sometidos á los españoles, bajaron espontáneamente á la ciudad de la Asuncion y depusieron las armas creyendo inútil toda resistencia. No sé más de esta nacion y prosigo mi viaje.

Subió Alvar Nuñez por el Paraguay hasta el lago de los Xarayes. Describe otros muchos pueblos, todos los que por sus ojos ó los de sus capitanes vió en las riberas; mas yo no pienso hablar en este capítulo sino de los que no estaban más allá del grado veintiuno, término septentrional del Gran Chaco. Despues de los guaycurues y los yapirues no había al Norte en las márgenes del Paraguay más tribus de verdadera importancia que las de los mbayas ó albayas. Los mbayas ó albayas viven hoy en la parte oriental del río; pero se sabe que vivían en la occidental cuando la Conquista.

Tienen los albayas por término medio cinco piés y ocho pulgadas francesas; formas y proporciones, en sentir de Azara, superiores á las de las razas de Europa. Son de mirar algo más franco que los otros salvajes y tambien más comunicativos; pero tanto ó más fríos en sus amistades ó galanteos, tanto ó más impasibles en sus dolores, tanto ó más enemigos de toda superioridad y de todo freno. Ni rien ni manifiestan en el semblante sus pasiones, se hacen la justicia por su mano, nada enseñan ni prohiben á sus hijos. Como los guaycurues, se creen la gente más noble y valerosa del mundo: son altivos y soberbios. Como los charruas, se rigen por las asambleas de jefes de familia. Obedecen á caciques y á caciques hereditarios, pero sólo en la guerra. No les pagan tampoco tributo ni les conceden preeminencias de ningun género.

Se arrancan todos el pelo de las cejas y los párpados y se afeitan la cabeza: sólo las mujeres se dejan de la frente al cerviguillo una como cresta alta y ancha de doce líneas. Se visten, se adornan, se pintan y se labran como los payaguas: el clima les permite ir desnudos y lo van casi siempre.

Comen los varones todo lo que tierra y agua les suministran; no las mujeres. Solteras, no prueban sino pequeños pescados y legumbres; casadas, ninguna otra carne que la de pequeños animales. Ni casadas ni solteras acercan en sus menstruos á los labios cosa de grasa: dicen que salieron cuernos á quien tal hizo.

Usan estos bárbaros, como todos, la flecha y el arco, pero sólo en la caza y la pesca. En las batallas combaten como los lenguas á sus enemigos sólo con lanzas de gran longitud y macanas de veinte á veinticuatro líneas de diámetro, que unas veces blanden y otras arrojan con ímpetu. Son éstas generalmente de una vara de largo, iguales en toda su extension, pesadas como el hierro, terribles en manos de aquellos robustos y fornidos hombres.

Disponen hoy de caballos; pero no eran ménos peligrosos cuando no los te-

nían. Éranlo entónces como ahora por sus emboscadas y falsos ataques, por su cautela en acercarse al campamento de sus contrarios, por el arrojo con que volvían al combate aún despues de haberse declarado en fuga, sobre todo si veían disgregada la hueste de los vencedores. Se mostraban tambien implacables con los vencidos: á excepcion de los niños y las mujeres los mataban y les arrancaban la cabellera como los guaycurues. Una ó dos veces al año hacían sus esposas una fiesta, no sé con qué objeto. Daban vueltas al pueblo llevando en las lanzas de sus maridos esas cabelleras de los enemigos muertos en batalla. Pretendían todas que su hombre era el más valiente, llegaban á las manos y raramente se retiraban sin chorrear sangre. No parecía sino que la lucha fuese la condicion de vida de los albayas: contemplaban indiferentes los varones aquel pugilato de las hembras. No sólo no tomaban parte en la pelea; coronaban la fiesta bebiendo y no consentían que hiciesen otro tanto las que acababan de batirse para honrarlos y enaltecerlos. Allí como en tantas otras naciones salvajes, no probaban el vino las mujeres ni los impúberes.

Las mujeres entre los albayas tenían tambien la infame costumbre de provocar el aborto. Excusaban el crímen diciendo que los muchos hijos les serían de grande estorbo en sus frecuentes marchas, y los hombres alegando que no consideraban digno inmiscuirse en los negocios de sus esposas. La verdad es que allí las mujeres servían tambien de bagaje en los cambios de asiento. Ellas armaban y desarmaban los toldos, y ellas los acarreaban con todo el ajuar de la casa. Construían esos toldos por el sistema de los puelches; pero los hacían tambien más espaciosos y más altos, y los cubrían de juncos. Los hombres se ocupaban sólo en la caza, la pesca y la guerra: no eran labradores, no cultivaban por sí los campos.

Religion ignoro si la tenían. Si la tenían, no los hacía muy humanos. Abandonaban al enfermo que no los pudiera seguir en sus emigraciones, y tambien al que no se reponía en largo tiempo. Excusado sería decir que no empleaban ni conocían otra terapéutica que la de los pueblos descritos.

Creencias no las revelaban sino en los enterramientos.[1] Llevaban los cadáveres al cementerio de la tríbu, y, si acertaba á estar léjos, los envolvían en una estera, los colgaban de un árbol y esperaban para trasportarlos á que estuvieran amojamados y secos. Los enterraban tambien con armas y alhajas, y hoy inmolan sobre el sepulcro cuatro ó más caballos. Lloraban los parientes vivos á los muertos tres ó cuatro lunas. Mujer, hijas, esclavas guardaban en tanto

[1] Pedro de Angelis en su *Indice Geográfico é Histórico*, artículo Bayás, les atribuye esta creencia: «Tupa, decían ellos, hizo á un mbayá y á su mujer cuando había acabado de crear á las demas naciones. Nada le quedaba por dar, puesto que todo lo había repartido entre sus primeras criaturas. Movido por los ruegos del mbayá, que le pedía un rincon de tierra para él y sus descendientes, le hizo decir por el caracará (y el embajador era bien escogido) que podía invadir á sus vecinos, ocupar sus terrenos y hasta apropiarse sus familias.»

el más absoluto silencio. No contestaban á nada ni á nadie; no comían sino fruta y legumbres.

Eran verdaderamente notables esos albayas. Aunque belicosos y fieros como los demas bárbaros, algo habían de tener que cautivara á sus semejantes. Cuando la Conquista es sabido que habían incorporado á su servicio á hombres de otro pueblo más al Norte, los guanaes. ¿Los habían vencido por las armas? No, sino por el trato. Sin mandarles con imperio lograban que les labrasen la tierra, les trajesen leña y agua y ayudasen á sus esposas en todos los quehaceres domésticos. Hacíanlos en cambio partícipes de su mesa y hasta de sus mujeres. Su lengua era, por otra parte, segun Azara, más dulce que la de las vecinas tríbus. Carecía de sonidos guturales y nasales, terminaba las palabras en boca de las hembras de diverso modo que en la de los varones.

Algo debo ahora decir de los ya mencionados guanaes. Están aún dentro de los límites del Chaco. Si no lo están, lo estuvieron, porque al igual de los albayas sólo despues de la Conquista pasaron de la márgen occidental del Paraguay á la de Oriente.

Estaban divididos los albayas en cuatro grupos; los guanaes, en ocho. Echiqueboes, gueteadeboes, beutueboes y catiqueboes eran albayas; layanas, ethelonoes ó quiniquinaos, chabaranaes ó choroanaes ó echoaladies, cainaconos ó nigotesibues, inmaenoes, tayes y yamocoes eran guanaes. Conocíase ademas á los albayas con los nombres de tajuaniches y guayquiles, y á los guanaes con los de apianches y sologunes.

Los guanaes diferían bastante de sus vecinos. Eran de ménos estatura que los albayas. No invadían nunca el territorio de otras naciones; se limitaban á defenderse de los que invadían el suyo. Cultivaban la tierra. Criaban aves, especialmente patos. Eran hospitalarios: recibían, alojaban y daban de comer á los pasajeros y los acompañaban hasta el pueblo más próximo. Se acomodaban fácilmente al servicio: los acabamos de ver criados de los albayas; lo fueron despues de los españoles. A los españoles hasta los vieron con júbilo: se prestaron á guiar á Irala, el primero que los descubrió, por lo interior de sus tierras. Se consideraban á lo que parece aún más que los albayas.

Levantaban tambien de muy diverso modo sus albergues. Construían al rededor de una plaza cuadrada los de cada tríbu. Hacíanlos todos cuadrilongos; anchos de diez varas, largos de veinte. Ponían en dos líneas paralelas de palmo á palmo ramas de árbol que doblaban por la parte superior y unían con otras dándoles forma de arco, ataban de cimbra en cimbra, desde el nivel del suelo, ramas transversales, y lo cubrían todo con paja, que sujetaban lo mejor que sabían. No dejaban más abertura que una puerta; cerraban las extremidades con bóvedas cónicas, compuestas de los mismos materiales que la cilíndrica. Destinaban cada una de estas casas á doce familias, y no las dividían, sin embargo, como los tobas en compartimientos.

Tampoco dormian los guanaes en la dura tierra. Hincaban en el suelo cuatro estacas con remate en forma de horquilla, tendían de la una á la otra gruesos y fuertes palos, ponían sobre ellos varas como mimbres, pieles y paja. Allí descansaban de sus fatigas.

Eran tambien singulares en sus costumbres. Casaban con niñas de nueve años. Pedíanlas á los padres, y en presencia de los padres y los parientes estipulaban con sus novias los recíprocos derechos y las recíprocas obligaciones de los futuros cónyuges. Determinaban anticipadamente hasta qué punto habría de ayudar la mujer al marido: si le habría de hilar y tejer una ó dos mantas, si habría de labrar con él los campos, si habría de tener ó no á su exclusivo cargo la cocina, si podría ó no prestar su cuerpo á otros varones. Obligábase por su parte el novio á ser monógamo ó se reservaba la facultad de ser polígamo. Era allí el matrimonio un verdadero contrato, y como tal se deshacía por la voluntad de los contrayentes. Abundaban los divorcios: provocábanlos generalmente las hembras.

Las hembras entre los guanaes eran caprichosas y exigentes. Podían serlo merced á una práctica todavía más salvaje que la del aborto voluntario. Enterraban vivas á muchas de las hijas que les nacían para que nunca hubiera más mujeres que hombres. Eran así objeto de constante solicitud y perpétuas atenciones, y hacían, ya que no imposible, difícil la poligamia.

Mostrábanse bárbaros los guanaes en muchos otros actos. Celebraban fiestas análogas á las de los payaguas y otra no ménos cruenta en que sólo tomaban parte los niños de ocho años. Salían éstos para el campo al romper del alba; y sin haber comido ni bebido volvían á la tarde al pueblo procesionalmente y en silencio. Calentábanles la espalda en una hoguera las madres y otras mujeres; y con huesos puntiagudos les atravesaban una y otra vez los brazos apergaminadas viejas. Alabábanlos y encomiábanlos si no daban muestras de sufrimiento, y á la postre los regalaban con maíz hervido. Repito que no puedo atribuir esta clase de fiestas sino al sentimiento religioso.

Eran tambien bárbaros los guanaes en sus adornos. Pintábanse el cuerpo hombres y mujeres. Los hombres usaban ademas el barbote y se rapaban de extraño modo. Quienes se cortaban el cabello á media frente, y se afeitaban una media luna sobre cada oreja; quienes se trasquilaban la mitad de la cabeza y quienes se la dejaban calva toda sin más de un mechon en lo alto. Vestían en invierno como los payaguas: por todo traje una manta revuelta al cuerpo.

No tenían ni juegos, ni bailes, ni cantos, ni instrumentos músicos. Carecían tambien de gobierno. Dejaban en libertad á sus hijos. Entregaban los enfermos al cuidado de viejas machis. Enterraban los muertos á la puerta de sus casas y los lloraban en familia.

Sospecha d'Orbigny si esos guanaes eran de la nacion de los mataguayos. No creo fundada la sospecha. El lector juzgará por la pintura que me propongo

hacer de estas nuevas gentes. Los mataguayos se extendían por gran parte del Chaco. Bajaban desde las riberas del Pilcomayo á la septentrional del Bermejo; y á la otra márgen de este río se corrían hasta Santiago bajo los nombres de matacos, bejosos, chunupis y ocoles. Se hallaban, á lo que parece, divididos en muchas tríbus: mataguayos eran los vilelas ó velelas, los queanaes y los yoes; mataguayos los isitineses y los orystineses de que habla Lozano; mataguayos, en mi opinion, los frentones, que segun Angelis vivían entre el Tucuman y el Paraguay, y segun Rui Díaz de Guzman en la comarca de la ciudad de Vera. Estaban más al Occidente que los pueblos descritos de los payaguas á los albayas: llegaban hasta la misma cordillera de los Andes.

Eran amigos los mataguayos, como los tobas, con quienes lindaban, de las grandes llanuras y las riberas de los ríos. Establecíanse generalmente en pequeños ribazos que los pusiesen á cubierto de las inundaciones propias de la estacion de las lluvias; y los abandonaban sólo para la guerra ó la caza. No sabían, con todo, fabricarse ni piraguas ni almadías: que hubiesen de cruzar aguas mansas, que corrientes, las pasaban á nado. Eran sí excelentes nadadores: por hondos é impetuosos que fuesen los ríos, los atravesaban con sus familias; ellos, los hombres, sueltos y libres, como no fuese de sus armas; ellas, las mujeres, llevando el ajuar en hombros y en la cabeza á sus hijos. Los niños de teta, se entiende, que á los mayores los enseñaban á que se asieran fuertemente de una rama flotante y los iban empujando á la opuesta orilla.

Eran antiguamente nómadas, si hoy sedentarios y agricultores. Cambiaban, sin embargo, á lo que parece, muy de tarde en tarde de asiento; y de tiempo inmemorial cultivaban que poco que mucho la tierra. Vivían, como los tobas, en casas comunes muy divididas, y dormían en camas algun tanto levantadas del suelo. Para la caza se valían de sus armas, no para la pesca: de siglos, á lo que entiendo, conocían las redes. No estaban, como otros pueblos, sin género alguno de industria: hilaban tambien y tejían.

Distaban, no obstante, de ser pacíficos. Aunque no tan belicosos como los payaguas y los charruas, llevaban con frecuencia sus hordas á las naciones vecinas y no se avenían fácilmente á estar bien consigo mismos. Se hicieron respetar y temer de los tobas, y tuvieron en casi constante lucha las tríbus del Norte del Pilcomayo con las del Mediodía, para todas las cuales aquel río es todavía insuperable valla. Empleaban en la guerra, ademas del arco y la flecha, una lanza corta y la macana.

Dicen si ántes de la Conquista estaban sometidos los queanaes á los chiriguanos, y los ayudaban á labrar la tierra. Posible es sabiendo que otras tríbus de mataguayos aún hoy al tiempo de la cosecha ván á bandadas á Salta, á Jujui, á Oran, á Tarija para alquilar sus brazos y granjearse á cambio de servicios objetos de que carecen. No era ésta á buen seguro la índole general de la Nacion en los siglos por que va mi historia. Amaban los mataguayos la libertad

y la independencia como los que más del mundo, y no reconocían tampoco superioridad en nadie. Se dejaban guiar en sus viajes por un anciano y en sus guerras por un cacique; mas no obedecían en sus hogares á sér nacido. Admitían consejos, no mandatos, y no sometían á juez alguno sus discordias.

No se parecían especialmente á los guanaes sino en ser algo más alegres, de aire más franco y de ménos feroz mirada que los albayas y los tobas. Alegres lo fueron más que los mismos guanaes: se desvivían por la danza, sobre todo cuando el aguamiel se les subía á la cabeza.

Eran de buena musculatura, anchos de espaldas, robustos, de color bastante oscuro, de cinco piés y cuatro pulgadas francesas. Hablaban un idioma gutural y duro, erizado de consonantes. Vestían á lo toba. Se fijaban en el cielo como los puelches, y contaban gran número de constelaciones. Ignorantes con todo en Astronomía, creían devorados el sol y la luna en los eclipses por un pájaro de grandes alas. Tenían su genio del mal, *Avaqua*. Llevados por la esperanza de otra vida, enterraban como los patagones al que moría con todo lo que le había pertenecido en vida. Le enterraban sentado y acurrucado á la manera de los tahuantinsuyus.

Pongo aquí termino á la descripcion de las naciones bárbaras del Chaco. Tal vez se extrañe que no la complete con la de los chiriguanos, de que acabo de hacer mérito. Los chiriguanos ocupaban efectivamente en aquella comarca una posicion importante: se extendían al pié de los Andes por las fronteras de Mizque, Tomina, Paspaya y Tarija. Eran ademas numerosos y bravos: infundían respeto á las demas naciones. Pero se sabe que eran otra rama de los guaranies. En el capítulo sobre los guaranies me tocará dar á conocer sus costumbres.

Como habrá observado el lector, hay entre todos los pueblos hasta aquí descritos notables semejanzas y no ménos notables diferencias. Podría ya generalizar, pero lo guardo para más oportunos tiempos. Estoy resuelto á seguir, por ménos ocasionado á errores, el método inductivo.

CAPÍTULO VIII

Los guaxarapos ó guarapayos.—Su situacion.—Su vida ordinaria.—Su vida en las crecientes de sus ríos.—Los guatos.—Lo ariscos que eran.—Los sacocies ó chanes.—Estaban en las orillas del lago Marione y en las del rio Cheane.—Sus precauciones contra los insectos.—Los orejones.—A qué debían su nombre.—Vivían en la laguna de Sayba.—Dieron orígen á una verdadera fábula.—Los artaneses.—Su extraña manera de ataviarse.—Su pobreza.—Los xarayes.—Su mayor cultura.—Se vestían y se adornaban.—Molían y amasaban el maíz.—Tenían pueblos de mil hogares.—Tenían ya un principio de organizacion política.—Exageraciones que sobre éllos se ha escrito.—Dudas á que estas exageraciones han dado márgen.—Los pueblos de tierra adentro.—Los Chiquitos.—Los Chiquitos (género).—No eran ya nómadas.—Eran pacíficos, dóciles, sumamente hospitalarios.—Carecían de religion.—Tenían caudillos.—No formaron jamás cuerpo de nacion.—No hablaban una sola lengua.—Caracter general de sus diversos idiomas.—Condiciones físicas.—Los chiquitos (especie).—Extension de tierra que ocupaban.—Tribus sin número en que estaban divididos.—No se pintaban ya ni se labraban.—Su traje.—Sus galas.—Sus armas.—Su generosa conducta con los vencidos.—Su bondad.—Su falta de gobierno.—Sus caciques-médicos.—Sus ideas sobre el orígen de las enfermedades.—Su terapéutica.—Su horror á los hechizos.—Sus agüeros.—Sus creencias.—Su amor á los festines.—Su poco apego á la familia.—Su aficion á la música, al baile y á los juegos.—Su juego de pelota.—Su agricultura.—Sus cacerías.—Su monogamia y la poligamia de sus caciques.—Obligaciones de sus mujeres.—Educacion de sus hijos.—Sus casas.—Sus comidas.—Su lengua.—Los manacicas, rama de los chiquitos.—Su organizacion política.—Su ley de sucesion para los caciques.—Su religion.—Sus principales dioses.—No se ocultaban éstos como los de otras teogonias.—Oráculos que pronunciaban.—Cómo desaparecían.—Cómo fingía el sacerdote que volaba con éllos al cielo y cómo volvía.—Si había realmente en esta teogonia algun reflejo del cristianismo.—Si lo había en una tradicion del mismo pueblo.—Ideas de los manacicas sobre la vida futura.—Ayunos.—Industria. [1]

En el viaje que hizo por el río Paraguay al lago de los Xarayes, encontró Alvar Nuñez más allá del Chaco pueblos que se extendían gran trecho por aquellas orillas y se llamaban, segun él, guaxarapos, segun Rui Diaz de Guzman guarapayos y segun los albayas, guachis. Los halló establecidos en la confluencia del Yapaneme, hoy Camapoa, á los diez y nueve grados y veinte minutos, donde empiezan las vertientes de la sierra de San Fernando.

Iban desnudos todos, si no es algunas mujeres que llevaban tapado lo que más la honestidad exige; traían agujereados bezos y orejas y con puas de raya labrado el rostro. En extremo belicosos y mudables, no era raro que se hicieran unos á otros la guerra: hacíansela ordinariamente por agua y no tenían piedad para con los vencidos. Eran en la navegacion tanto ó más diestros que los payaguas. Usaban de canoas por lo comun pequeñas y á dos re-

---

[1] Fuentes de este capítulo: ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, *Comentarios*, caps. del L al LXVI;—AZARA, *Descripcion é Historia del Paraguay*, tomo I, cap. X; D'ORBIGNY, *Voyage dans l' Amérique Méridionale*, tome V, pages 245-252 et 258-265;—PEDRO DE ANGELIS, *Coleccion de Obras y Documentos relativos á la historia de las provincias del Río de la Plata*, tomo I, Indice Geográfico é Histórico;—JUAN PATRICIO FERNANDEZ, *Relacion Historial de las misiones de los indios que llaman chiquitos*, caps. II y XII.

mos, y volaban en éllas lo mismo río abajo que río arriba. No los alcanzaba, al decir del mismo Alvar Nuñez, ni un bergantin á vela con doce remeros.

Crecen allí las aguas en Enero y convierten el campo en dilatadísima laguna: cubren hasta las copas de los más altos árboles. Cuando tal sucedía, se entraba el guarapayo con su familia en la canoa, que proveía de un fogon y lastraba de barro. Recorría á sus anchas aquel vasto mar en los cuatro meses que la inundacion duraba, y se mantenía, ya de las escasas provisiones que llevaba consigo, ya de la caza que cogía en las tierras al descubierto, á donde se refugiaban huyendo del agua los venados, las dantas y los demas animales silvestres. Ni dejaba de aprovecharse de la pesca: sabía, no sólo pescar á flechazos, sino tambien construirse redes con el hilo de ciertos cardos, que machacaba, metía en ciénagas, raía valiéndose de conchas de almejones y curaba y dejaba blancos al par de la nieve.

Volvía el guaxarapo á las orillas del Paraguay en cuanto empezaba el descenso de las aguas, y, ya que veía secos los campos, vivía muy diversa vida. Pescaba en el río y cazaba por los contornos; pero cultivaba tambien el suelo sembrando principalmente maíz y mandioca. No estaba entónces solo: bajaban á gozar con él de la amenidad y abundancia de las riberas los pueblos de la tierra adentro, que eran, segun parece, numerosísimos. Grande era en todos el regocijo, frecuentes los cantos y los bailes. Carecían todos de gobierno y gozaban de libertad completa. ¡Lástima que la guerra interrumpiese á menudo tanta ventura!

Junto á los guarapayos estaban los guatos. Vivían, segun Rui Diaz, en la laguna del Aracay, y eran tan diestros navegantes y pescadores como sus vecinos. Azara los pinta sumamente ariscos: no veían, dice, que alguien los miraba que no corriesen á ocultarse entre las espadañas y los juncos.

No los vió Alvar Nuñez ó no los anotó por lo ménos en sus *Comentarios*. Despues de los guaxarapos escribe que encontró á los sacocies ó chanes en las márgenes de otra laguna. Debió de ser en la de Manione ó Marione, situada casi frente por frente de la embocadura del río de Cuyabá, que lleva el nombre de Cheane despues de haber recibido las aguas del de los Porrudos. Extenderíanse probablemente por las orillas del Cheane y las del lago. Vivían, segun el mismo Nuñez, en tierra fértil y abundosa, no sólo de caza y pesca, sino tambien de granos y frutas; y abundosa y fértil es la de aquella comarca.

Eran tambien labradores esos chanes ó sacocies. Sembraban dos veces al año maíz y mandioca, y cogían grandes cosechas. Criaban, ademas, patos, así para que les sirvieran de sustento, como para que los libraran de la multitud de grillos que les entraban en la choza por el techo y les roian las mantas. Habían de vivir muy precavidos, no sólo contra este insecto, sino tambien contra el murciélago, que desangraba al que mordía, y unos hormigones cuya picadura producía rabiosos dolores.

No léjos de los sacocíes, junto al lago Jayba, allá por los diez y ocho grados, estaba el puerto de los Reyes. Llamólo así Domingo Irala, pero lo llamaron otros de los Orejones. Vivían allí bárbaros que al par de los Incas recibieron este nombre de su extraña aficion á prolongarse desmesuradamente las orejas. Horadábanselas é iban agrandando de tal modo los agujeros, que podían meter por ellos pequeñas calabazas. No dió orígen el hecho á poco estupenda fábula en los tiempos de la Conquista. Aquellos salvajes para algunos escritores eran nobles del Cuzco que habían venido á las márgenes de este río huyendo del furor de Atahualpa. Como si entre las guerras de Atahualpa y la invasion del Paraguay por los españoles hubiesen mediado siglos, y no hubiesen existido en el Chaco ni en el Brasil bárbaros de igual costumbre.

Los orejones iban completamente desnudos: ni llevaba maxtle el varon ni delantal la hembra. Tenían, sin embargo, sus creencias religiosas: adoraban ídolos de madera al decir de Nuñez. Ni carecían tampoco de todo género de industria: hilaban el algodon y cultivaban los campos. Reducida allí tambien la mujer á bestia de carga, acarreaba cuanto había que acarrear, inclusas las cosechas. Vivía cada familia en su choza: eran desconocidas las casas-pueblos.

Orillas del Paraguay no vieron ya los soldados de Nuñez sino á los artaneses y á los xarayes: á los artaneses, como á una jornada del puerto de los Reyes; á los xarayes, al rededor del lago de este mismo nombre.

Eran los artaneses de crecidos miembros y fea catadura. Llevaban los varones suspendida del lábio inferior, que cortaban horizontalmente á par de los lenguas del Chaco, cierta cáscara de fruta, ancha y redonda como una gran tortera; labradas, las hembras, sus no muy limpias carnes. Siquiera las mujeres conocían el sentimiento del pudor y cubrían lo que el pudor reclama; ni ésto hacían por lo comun los hombres.

Cultivaba tambien el artanés la tierra, pero con escaso provecho. Segun era aquí de arenisca, allí de cenagosa, no podía aplicar sino muy poca á la siembra de cereales. Debía aprovechar principalmente la pesca del río y la de sus lagunas, y aún haciéndolo vivía en la mayor pobreza.

Se hallaban los xarayes en muy distintas condiciones. Eran ricos, si rico se puede ser en la barbarie. Abundaban en mantenimientos. No carecía ninguno de brillantes plumas con que adornarse en los dias de gala y fiesta. Vestían hombres y mujeres delantales de cuentas blancas; y de las mujeres muchas iban envueltas en largas ropas. Unos y otras se sentaban y dormian en redes de algodon, no ya en el suelo. Tenían para la guerra, ademas de sus arcos y sus flechas, sus atabales y sus bocinas, sus preseas y sus penachos.

Molían y amasaban el maíz, cosa que no hemos visto desde que salimos de la tierra de Arauco. Apunta aquí otra vez la civilizacion entre sombras y tinieblas.

Se la vé todavía más clara en otros hechos. Los mensajeros de Alvar Nuñez

entraron allí en un pueblo de mil hogares y seiscientos hombres de guerra. Fueron conducidos á la mitad de una anchurosa plaza donde estaba sentado un cacique en medio de trescientos ancianos. Abierta calle, dijeron por intérprete su embajada, y obtuvieron satisfactoria respuesta. No advirtieron que en nada se dejase de respetar al jefe; ántes observaron que le obedecían hasta los pueblos á la redonda.

Se nota aquí otra vez un principio de verdadera nacionalidad, de organizacion política. De sentir es que no haya sobre aquellos hombres más numerosos y precisos datos. Mucho se ha escrito sobre ellos, mas disparatadamente. Segun Rui Diaz de Guzman, tenían los xarayes poblaciones de sesenta mil vecinos, se dividían en perabazanes y maneses y eran todos de gran docilidad y cultura. Las exageraciones han sido tales, que se ha llegado á poner en duda la existencia del lago, en cuyas orillas vivieron. El famoso lago, recuerdo haber leido, no es más que un lodazal inmundo, como si no se supiera ó pudiera olvidarse que es intermitente y si está en realidad seco lo más del año, es en cambio durante meses un mar sin orillas.

No encontró Nuñez en las riberas del Paraguay más pueblos bárbaros; pero escribió de otros muchos que sus soldados tuvieron ocasion de ver tierra adentro. Hizo mencion de los chimeneos ó chimenoes, de los carcaraes, de los gorgotoquies, de los payzuñoes, de los estarapecocies, de los candirees, de los arianicosies; y dijo de todos en general que tenían jefes, labraban la tierra, criaban patos y vivían en chozas de madera y paja. Todos estos pueblos, situados al Occidente, debían ya de formar parte de la generacion ó raza conocida por el nombre de los Chiquitos. A los ojos de Orbigny eran Chiquitos hasta los chanes ó sacocies.

Siguiendo al mismo Orbigny, comprenderé por de pronto bajo la denominacion de Chiquitos, no sólo á los así llamados, sino tambien á sus afines los samucues, los paiconecas, los saravecas, los otukes, los curuminacas, los curaves, los covarecas, los corabecas, los tupiis, y los curucanecas.

Se extendían todas estas naciones por una superficie de más de quince mil leguas, cerrada á Mediodía por el Gran Chaco, á Oriente por el Paraguay, á Norte por la provincia de Matto Grosso y las orillas del Iténes y á Occidente por las de Río Grande y las del Parapiti, tierra casi toda poblada de colinas y espesos bosques, cruzada por multitud de arroyos y no desprovista de caudalosas corrientes, sujeta, como la que vimos entre los guaxarapos y los jarayes, á fuertes inundaciones periódicas y como ella abundante en ciénagas y pantanos: tierra caliente, destemplada, enfermiza, gérmen de numerosos insectos y ponzoñosas víboras.

No eran ya nómadas los Chiquitos como las naciones de las llanuras, ni se invadían mútuamente el terreno en busca de caza; vivían cada pueblo y aún cada tribu en la vertiente de la colina ó á la sombra del bosque donde habitaron

sus mayores. Bastábales este bosque para ir en pos de la danta y el venado, esta colina para la siembra de sus cereales. Lagos para la pesca los tenían tambien á mano, sobre todo en la estacion de las lluvias: no habían de abandonar para buscarlos el suelo de su reducida pátria. No vaya, sin embargo, á creerse que estuvieran siempre en paz con sus vecinos; conocían las armas: ademas del arco y la flecha, usaban la macana de filo y aún la lanza, y hacían la guerra, cuando no fuese más que para dar muestra de hombres. Aunque por naturaleza pacíficos, no querían pasar plaza de cobardes: escogían á sus caciques entre los valientes y sólo á valientes daban sus hijas.

Por naturaleza los Chiquitos, ademas de ser poco inclinados á la guerra, eran dóciles, buenos, expansivos, joviales, amigos de fiestas y banquetes y extrañamente aficionados á hospedar y agasajar al extranjero. Visitábanse frecuentemente, y nada encontraban tan grato como beber su vino de maíz con gentes ajenas á su familia. Así, léjos de asustarse de los portugueses ni de los españoles, los recibieron cariñosamente en los tiempos de la Conquista; y aunque mal pagados y objeto por unos y otros de infame tráfico, acogieron más tarde á los jesuitas y abrazaron casi todos el cristianismo.

A excepcion de una de sus tríbus, de la cual se dice que era politeista, apénas si tenían los Chiquitos otra religion que la esperanza en otra vida y el temor de influencias malignas, que creían orígen de todos sus infortunios y contratiempos. Ya que se hicieron cristianos, cristianos fervorosos fueron á pesar de conservarse fieles á sus antiguas costumbres. Ni han dejado nunca de serlo, que otra de sus cualidades es la constancia.

No tenían dioses ni reyes, pero sí un caudillo para cada una de sus parcialidades, elegido generalmente por los ancianos. Distaba de ejercer este caudillo una autoridad absoluta: era, sí, capitan en la guerra, en la paz un padre, no un verdadero jefe. Cuerpo de nacion no lo formaron nunca los Chiquitos: vivía independiente cada tríbu, y las había constituidas por una sola familia.

Tampoco había una lengua comun á todas las gentes que ahora comprendo bajo el nombre de Chiquitos. No hablaban por ejemplo los samucues la de los paiconecas ni los otukes la de los tupiis. Guardaban sí cierta relacion unas con otras, y se distinguían bastante de las del Chaco y las Pampas de Mediodía. Eran tomadas en conjunto más eufónicas, más dulces, y tambien más complicadas. Sus múltiples formas gramaticales, más aún que su pronunciacion, desalentaban y desesperaban á los misioneros de Europa. ¿Quién ha de poder, exclamaban éstos, con tantas reglas y tantas excepciones?

Como habrá observado el lector, diferían mucho los Chiquitos de los pueblos que vimos en las llanuras y las riberas. Diferían mucho más en los caractéres físicos. Eran de ménos estatura y más contorneadas formas: en parte alguna del cuerpo dejaban entrever el juego de sus músculos. Tenían grande y casi redonda la cabeza, lleno el rostro, baja y comba la frente, bien marcadas las

cejas, pequeños y vivos los ojos, nada salientes los pómulos, cortas y no muy abiertas las narices, fino el lábio, bien proporcionada y risueña la boca, ralos el bigote y la barba, si de tales merecía el nombre un ligero bozo, franca y alegre la fisonomía, reflejo de su alma. Podría difícilmente darse un tipo más diferente de los que hasta aquí describimos: se parecían los Chiquitos á los pueblos del Chaco sólo en el color, y aún éste era ménos oscuro y rojo.

No eran de mucho tan bellos como los habitantes de las llanuras. No lo eran ni las mujeres, en que había aún más escaso movimiento de líneas que en los hombres. Hombres y mujeres tenían casi de un mismo diámetro todo el contorno de su cuerpo.

Pero he de hablar ya, no de los Chiquitos género, sino de los chiquitos especie. Los chiquitos propiamente tales ocupaban la mayor parte del territorio y eran muchos más en número que los indivíduos de todas las demas naciones. Constituyen hoy las cinco séptimas partes de la poblacion total, y es de presumir que sucediera otro tanto ántes de la Conquista. Extendíanse en latitud del grado diez y seis al diez y ocho y en longitud del cincuenta y tres al cincuenta y siete de nuestro meridiano. Estaban divididos en innumerables tríbus, tríbus tanto más difíciles de fijar, cuanto que solían cambiar de nombre á la muerte de sus caciques. La más famosa era la de los manacicas, á quienes se atribuía el ya mencionado politeismo; despues las de los penoquis, los piñocas, los boxos, los tapiquas, los taus, los penotos y los xamaros. Estaban subdivididas algunas en parcialidades: hasta noventa se dice que había en la sola tríbu de los manacicas. [1]

En color, en talla, en cuerpo, en semblante, eran iguales los chiquitos especie á los Chiquitos género. Cortábanse de niños el pelo, dejábanselo crecer á los veinte años, y aquél se tenía por más hermoso y más noble que mejor cabellera lucía. No se pintaban ya ni se labraban; pero se agujereaban todavía las orejas y el lábio. Colgaban del lábio una hoja de estaño, algunos dicen de plata, y de las orejas plumas riquísimas. Vestían las mujeres camiseta de algodon con mangas al codo; iban desnudos los hombres, como no fuesen caciques. Llevaban los caciques la camiseta de las mujeres, pero más corta.

Eran varones y hembras amigos de galas. Adornábanse cuello y piernas con sartas de piedras que relumbraban como si fueran esmeraldas y rubíes, y la cintura con una faja de plumas bellísima por la variedad y la brillantez de los

---

[1] Orbigny explica la distribucion que tenían los chiquitos cuando estuvo en aquellas comarcas. Para que el lector forme idea de las muchas parcialidades en que aún entónces estaban divididos (del año 30 al 37) pongo á continuacion las que cita: los piococas, los quemecas, los quiriquias, los punasiquias, los xamariacas, los mococas, los cuciquias, los yurucaritias, los tapacuracas, los pequicas, los saracas, los parahacas, los guazoroch, los yazoros, los guarayos, los sañepicas, los quehuciquias, los guarayocas, los samanucas, los xuruberecas, los punasiquias, los guazorocas, los matahucas, los huatasis, los peroquiquias, los boros, los macarañis, los maxamanucas y los mataiminicas.

colores. Ceñianse á la cabeza no ménos vistosos penachos cuando iban de guerra.

Amaban tambien los chiquitos las armas. Eran los más belicosos de la Provincia, y tenían á gala ser diestros en el manejo del arco. Nunca andaban más ufanos que cuando podían presentarse á su tribu colgados del hombro plumas de pájaros y colas de animales cogidos en sus cacerías. Eran tambien hábiles en el uso de la macana, que difería mucho de la de otros pueblos. Aunque más larga y en el medio más gruesa, tenía la forma de la pala con que jugamos á la pelota. Aguda por los dos lados, era verdaderamente una espada de doble filo.

En la guerra obtenían los chiquitos casi siempre la victoria. Sobre ser bravos, luchaban generalmente con naciones tímidas. Mas no solían abusar de sus triunfos. Respetaban la vida de los vencidos; y, si bien los hacían esclavos, los trataban con moderacion y les daban no pocas veces sus propias hijas. Indicio manifiesto de grandeza de corazon y de bondad extrema. Si así procedían con sus contrarios ¿qué no harían con sus amigos?

Bondadosos lo eran como ninguno. Exageraban los deberes de la hospitalidad y hasta para el que les imponía castigos tenían las más delicadas atenciones. No conocían el rencor ni por lo tanto la venganza: volvían bien por mal como si no salieran jamas de niños. Ni estaban contaminados por los brutales vicios á que tan comunmente se entregaban los pueblos bárbaros: la embriaguez era su principal delito y quizá la sola causa de sus desórdenes. Ébrios, reñían como la mayor parte de los hombres, y no era difícil que llegasen al homicidio.

Autoridad, gobierno, apénas los conocían: regíanse como todas las naciones de su raza, por jefes electivos, más bien padres que jefes. Lo extraño era que sus caciques solían ser médicos. ¿Usarían mejor terapéutica de la que hasta aquí vimos? Chupaban tambien la parte dolorida y espantaban las enfermedades batiendo la tierra con sus macanas. Eran ignorantes y atribuían á las más peregrinas causas todas las dolencias. ¿Había echado el paciente á los perros carne de venado ó de tortuga? Ofendida el alma de la tortuga ó del venado se le había entrado en el cuerpo y le atormentaba á proporcion de la recibida afrenta. Sufría otras veces el enfermo porque había derramado vino de maíz ó de mandioca ó porque le había querido mal alguna mujer de la tríbu. Debía en este caso el médico revelar el nombre de la hechicera, y ¡ay de la designada! A palos y á golpes se le quitaba la vida. Salvajismo era; mas ¿acaso no se ha hecho otro tanto en Europa con pretendidas brujas?

Aborrecían de muerte los chiquitos no sólo á las hechiceras sino tambien á los hechiceros. No sabían de uno á quien con sus espadas no hiciesen pedazos. Creían en los sortilegios, y ¡en tantos otros desatinos! De los cantos de las aves, de los aullidos de las fieras, de las ramas de los árboles, de la espuma de los torrentes y del más ó ménos raudo curso de los ríos inferían los sucesos futuros,

y se aterraban á veces hasta el punto de abandonar sus aldeas, internarse en los bosques y separarse los maridos de las mujeres, los padres de los hijos. ¡Que se desviva siempre la humanidad por descubrir su destino, y cuando crea saberlo se preocupe más de lo porvenir que de lo presente!

Grandes creencias religiosas he dicho ya que no las tenían los chiquitos. Llamaban madre á la luna, pero no le rendían culto. Se limitaban en los eclipses á lanzar desaforados gritos y arrojar flechas al aire para defenderla de unos perros que en su opinion la mordían. No adoraban dios alguno; carecían, como tantos otros pueblos, de altares é ídolos. Creían sí en otra existencia. Enterraban tambien á los muertos con víveres y armas; y, cuando tronaba y caía el rayo, decían que estaba enojado con ellos alguno de sus difuntos. No sólo admitían otra vida, la ponían, segun se acaba de ver, en el cielo. Hacían de los muertos los autores de las tempestades y por lo tanto séres más que humanos, ángeles ó demonios. ¿Creerían tambien, ya que no en Dios, en el Diablo? Se dice si lo conjuraban al dar principio á sus festines.

Lo innegable es que en la vida futura no veían esperanza de premio ni temor de castigo. Pasaban así los días y los años sin apénas acordarse de la muerte. No buscaban jamás el dolor ni el sacrificio; corrían por lo contrario á caza de placeres y los prolongaban cuanto podían. En cada forastero que llegaba á la tríbu encontraban motivo para fiestas y banquetes; se los procuraban despues devolviendo la visita al obsequiado huésped. Bebían y bailaban dos ó tres días y otras tantas noches, y se olvidaban por completo de cuanto podía afligirlos. Extremadamente egoistas, no se atormentaban mucho ni aún por sus familias: las abandonaban con la mayor facilidad cuando se lo aconsejaban reales ó supuestos peligros; y en los días en que se los hizo objeto de lucro llegaron á vender por un cuchillo, por un hacha y aún por artículos de ménos monta, á sus hermanas y á sus hijas. A sus propias mujeres vendieron, que no pecaron nunca de celosos.

Eran aficionados los chiquitos no sólo al baile y los banquetes, sino tambien á la música, el canto y el juego. Tocaban la flauta; cantaban en verso las glorias de su tríbu y jugaban apasionadamente á la pelota, que recibían y arrojaban, no con la mano ni con los muslos, sino con la cabeza. Tomaban parte en este juego, que llamaban *guatoroch*, hasta doscientos y trescientos y le daban indescriptible animacion y vida.

No por esto descuidaban el trabajo. Desmontaban y sembraban sus próximas colinas; las araban con palos de madera tanto ó más dura que el hierro. Recogida la cosecha del maíz, se distribuían en grupos y partían de caza. Dos y aún tres meses pasaban en lo interior de los bosques: perseguían al mono, al ciervo, á la cabra montés, al oso hormiguero y, para que no se les corrompiera la carne, la chamuscaban y acecinaban. Ponían todo su orgullo en volver á sus hogares rebosando de *charqui* la cesta. Por el mes de Agosto, época de la siembra, estaban ya de regreso en su tríbu.

La caza era entre los chiquitos de tal importancia, que ningun padre habría dado su hija á varon que no le pusiese al umbral de la choza un centenar de piezas por él cogidas ó muertas. No cabía suplir esta manera de arras sino por esclavos ú otros objetos ganados en la guerra.

A excepcion de los caciques, no tomaba ningun chiquito más de una esposa. Podía repudiarla y volver á casarse, pero no ser bígamo. Los mismos caciques reunían difícilmente más de tres mujeres bajo su techo: aún éstas las escogían no pocas veces entre sus hermanas. Buscaban principalmente estos jefes en sus cónyuges quien les hiciera y les escanciara el vino, y los súbditos en la suya quien les aprestara la comida y los proveyera de agua y leña. Venía ademas obligada la mujer plebeya á labrar sus camisetas y la hamaca del marido; pero tan de tarde en tarde que no dejaba nunca de sobrarle tiempo para fiestas y visitas.

En educar á los hijos se parecían los chiquitos á los demas bárbaros. Criábanlos tambien sin sujecion ni freno, y despedían de sus hogares á los ya adultos. A los adultos los enviaban todas las familias de la tríbu á un caseron abierto por todos sus lados, donde los obligaban á vivir juntos mientras permanecieran célibes. Dejábanlos allí en libertad completa, y hasta en las noches ordinarias les permitían que bailaran dos ó más horas al son de sus flautas y siguieran danzando en rueda por los caminos. Exigían tan sólo que bailasen en distintos corros los dos sexos.

Si eran ó no venturosos los chiquitos lo dejo á la discrecion del que me lea. Vivían ordinariamente dentro de los bosques, en chozas de paja de forma cónica, por cuyas reducidas puertas sólo cabía entrar á gatas. Hacían, á lo que parece, tan mezquinas entradas, así para defenderse de los insectos, como para impedir que de noche los asaetearan sus enemigos. Dormían los hombres en hamacas, pero no las mujeres. Las mujeres descansaban en esteras más ó ménos hábilmente entretejidas, cuando no en toscos y desiguales palos. Comían unos y otras dos veces por día: cuando estaba el sol en el zénit y cuando bajaba al ocaso. No se acostaban tarde y, sin embargo, no madrugaban: temían el rocío.

Eran indudablemente los chiquitos un pueblo original entre los pueblos bárbaros. ¡Lástima que no haya podido hacerme con una gramática y un diccionario de su lengua! No sé que los haya impresos. Que se los escribió nos lo dice un misionero, cuyas palabras copia en su *Relacion Historial* el Padre Juan Patricio Fernandez; que se conservan manuscritos lo asegura D'Orbigny, que recorrió detenidamente aquellas apartadas regiones. Los vió por sus ojos y á sus noticias voy á referirme.

La lengua de los chiquitos era, segun este autor, una de las más acabadas y copiosas de América. Las aventajaba á todas en riqueza merced á las muchas combinaciones á que se prestaban sus numerosas partículas. Para expresar una misma idea y designar un mismo objeto, cambiaba la terminacion de las pala-

bras y á veces las palabras mismas en boca de los dos sexos. *Yyay* llamaban los varones al padre; *yaupa*, las hembras. Aunque tambien nasal y gutural, distaba de ser tan dura como las del Chaco. Acentuaba mucho la *a*, pronunciaba la *ch* como los franceses.

Su gramática era, segun otro escritor, dificilísima; muy complicado el artificio de sus verbos. Ademas de las conjugaciones de transicion, que no bajarían de cinco, presumo que, como la del idioma vasco, las tenía para determinar ya la causalidad, ya la condicionalidad de nuestros actos. Ignoro, y lo siento, cuántos y cuáles fuesen sus tiempos, sus modos, sus voces. Tal vez aventure sobre este punto una opinion al hablar del idioma de los moxos.

Pondría aquí fin al capítulo, si no creyera indispensable hacer una rápida pintura de los manacicas, segun ya dije, la primera y la más importante rama de los chiquitos. Vivían los manacicas dos jornadas al Norte de San Francisco Javier, dentro de grandes y frondosos bosques puestos en lo alto de un cerro, por cuyas vertientes y base estaban derramados innumerable multitud de pueblos [1], si diferentes en lengua, parecidos en las creencias y las costumbres. No eran, segun parece, en apartados tiempos más que familias de los chiquitos: separados más tarde por la discordia, alteraron el idioma de sus padres, mudaron instituciones y cayeron en la idolatría. La verdad es que si erraron en religion, adelantaron bastante en policía y gobierno.

Tenían en sus ranchos calles y plazas y unos caserones comunes, divididos en salas y aposentos, que servían á la vez para festines de tríbu á tríbu, morada de sus jefes y templo de sus dioses. Construían ya sus albergues sobre firmes tablones, y los hacían holgados y cómodos. Estaban divididos en clases: nobleza y plebe; sujetos en la paz á caciques hereditarios que ejercían verdaderas funciones de mando. Reos de cualquier delito, caían ya, no bajo la airada mano de los parientes de la víctima, sino bajo la jurisdiccion y el imperio de estos semi-reyes. No podían destituirlos; habían de obedecerlos en todo y aún servirles y pagarles tributo. Les habían de fabricar y reparar la casa, cultivar los campos, abastar la mesa de los mejores alimentos y entregarles el diezmo de la caza y la pesca. Estaban sometidos al cacique los varones y á la mujer principal del cacique las hembras.

El sucesor al cacicazgo, el hijo primogénito, no había de esperar allí para obtenerlo á que su antecesor falleciese. Entraba á mandar en cuanto se lo permitían el entendimiento y los años. Recibía entónces el poder de manos de su propio padre, que se lo confería solemnemente y con gran ceremonia. No por esto el padre perdía el respeto ni el amor de los súbditos. Llorábanle todos cuando moría, le hacían pomposas exequias y le enterraban en una bóveda subterránea, que fortalecían con piedras y palos, á fin de que no le fuese pesada la

[1] El Padre Fernandez cita hasta noventa, y dice que deja por mentar otros muchísimos. Véase en su *Relacion Historial* las páginas 226, 227 y 228.

tierra. Allí, á lo que parece, los caciques no abusaban de su autoridad absoluta: no eran duros sino para los criminales, á quienes con sus macanas quebrantaban los huesos.

Como tenían los manacicas jefes para la paz, los tenían para la guerra. Invadían con frecuencia el territorio de otras tribus, y á veces por consejo de los sacerdotes. No habíamos visto sacerdotes desde que dejamos la tierra de los Incas; los encontramos aquí de nuevo y no con escasa influencia. Formaban con los caciques y los capitanes la nobleza del Estado; cobraban tambien su diezmo sobre la pesca y la caza. ¿Cómo no respetarlos y aún temerlos si se decía que volaban y eran los encargados de llevar al paraíso el alma de los que morían?

La religion manacica era verdaderamente notable, si no la entendió mal y la trasmitió fielmente el que asegura haberla recogido de quienes la profesaban. Creían aquellos bárbaros en tres dioses principales: *Omequeturiqui* ó *Urayozoriso*, *Urasana* y *Urapo*. Omequeturiqui había engendrado á Urasana en su esposa *Quipoci*; de quién fuese hijo Urapo no lo dice Fernandez. Hablaba Urasana con las narices, Omequeturiqui en voz muy alta, Urapo con la del trueno. Omequeturiqui era la justicia; Urasana, Urapo y Quipoci los que intercedían por los hombres. Salvo Quipoci, eran todos de horrible aspecto: la cabeza y el rostro de color de sangre, la nariz chata, las orejas grandes, los ojos brotando llamas, el vientre ceñido de dragones y víboras. Tenían, sin embargo, resplandeciente el cuerpo. Quipoci despedía luz hasta del semblante, y al cantar llenaba de armonía los espacios.

No se ocultaban estos dioses á los mortales como los de otras teogonias. Se presentaban en medio de las tribus siempre que éstas se reunían para sus banquetes ó para las exequias de sus caciques. Anunciábanse turbando el aire todo con descompasado ruido y haciendo estremecer las esteras que constituían las paredes del templo. Ya que en el templo estaban, decía cariñosamente Omequeturiqui á sus fieles: «¿Estais, hijos, comiendo? Comed y bebed, que por vosotros velo y para vosotros hice cuanto bueno produce la tierra.» Si estaban silenciosos y lacios, era tan bueno que los alentaba á que siguieran holgando y bailaran, y aún á veces se lo prescribía por boca del sacerdote. La muchedumbre, con todo, no lograba sino sentir y oir á sus dioses; no los veía nunca.

Bajaban de su Olimpo estas deidades acompañadas de una legion de sombras, que tomaban los manacicas por almas de los enemigos muertos en la guerra. Permanecían las sombras en pié; se sentaban y bebían en copas labradas los dioses. Cantaba luego Urasana, y á su voz, que se oía de léjos, se entregaban los devotos á frenéticos bailes. Llegaba á poco el momento de los oráculos. Entraba el sacerdote en el templo, interrogaba á la divina tríada sobre el porvenir de su tribu y ya que lo supiese se apresuraba á comunicarlo. ¿Se reía por acaso la plebe de sus vaticinios? La amenazaba con grandes catástrofes y le imponía silencio.

Recibían los dioses gran número de ofrendas, y desaparecían con mayor estrépito del que habían aparecido. Fingía el sacerdote que volaba tambien al cielo, y volvía en brazos de Quipoci, que le arrullaba y adormecía con sus melodiosos cantos. Oía la plebe á la diosa, pero tampoco la veía. Acogíala, no obstante, con gran regocijo y fiesta, y le prodigaba frases de amor y respeto á que ella correspondía prometiendo guardarlos contra Omequeturiqui, cruel y sangriento cuando encendido en ira.

Se ha querido encontrar en esta rara teogonia un reflejo del cristianismo, y no comprendo á la verdad la causa. Los cristianos ven tres personas y un solo Dios verdadero donde los manacicas vieron tres dioses. El Urasana de los cristianos es un hijo engendrado necesariamente por un acto del entendimiento del padre, cuando el Cristo de los manacicas es un hijo engendrado y concebido voluntariamente en el seno de una diosa. Los cristianos hacen proceder á Urapo del padre y del hijo, y los manacicas, atendido el silencio de Fernandez, distaban de darle tan noble orígen. Los cristianos no tienen, por fin, más dios que su dios trino, y los manacicas tuvieron otros muchos, ademas de Omequeturiqui, Urasana y Urapo: los *isituus* ó *isituucas*, dioses del agua, y *Tatusiso*, especie de Aqueronte encargado de pasar las almas por un puente construido en el camino del cielo.

Hay trinidad en las dos religiones; pero ¿acaso no la hay en casi todas las de Oriente?

Se ha pretendido ver otro reflejo del cristianismo en una tradicion de los mismos manacicas. «En los pasados siglos, referían estos bárbaros, concibió una vírgen un hermoso niño. Hombre ya el infante, hizo maravillas con que asombró al mundo. Estando un día en presencia de muchos «ved, les dijo, cuán diferente de la de vosotros es mi naturaleza.» Alzó de la tierra, voló al cielo y se trasformó en el sol que nos alumbra.» Mas ese niño ¿era por ventura Urasana, el hijo de Omequeturiqui? La vírgen que le concibió ¿era la diosa Quipoci? Analogías tan vagas como ésta no es difícil encontrarlas en todas las religiones. Sobre este mismo punto ¿no las hay acaso más concretas entre el budismo y el cristianismo? En la misma religion de los aztecas vimos sobre el orígen de Quetzalcoalt una tradicion algo más parecida que la de los manacicas á la encarnacion de Cristo.

Cuando llegue en esta historia la ocasion de generalizar diré á qué son en mi sentir debidas esas semejanzas entre religiones de apartados continentes y diversos siglos. Completaré ahora la pintura de los manacicas exponiendo brevemente sus creencias sobre la vida futura.

Las almas de los muertos iban todas, segun los manacicas, á un lejano paraíso, á donde no llegaban sino despues de un largo y trabajoso viaje. El camino estaba erizado de espesos bosques y riscosos cerros, pasaba en los valles por ciénagas resbaladizas y dilatadas lagunas, y se hacía dificilísimo en cierta en-

crucijada que abría paso á innumerables veredas. Corría junto á la encrucijada un caudaloso río, y sobre el río un largo y muy estrecho puente. Allí era donde las almas no podían seguir su marcha como no las pasara Tatusiso al través del puente y no las pusiera un sacerdote en la vereda que conducía al cielo. Llevaban consigo al sacerdote desde que habían dejado su tribu; y á Tatusiso le encontraban siempre dispuesto á servirlas, como se dejasen lavar sus manchas. Puestas ya en el buen sendero, llegaban pronto al Paraíso.

El Paraíso no era nada seductor ni poético. Se nutrían las almas de un poco de miel, de una goma que destilaban gruesos árboles, y del pescado que les procuraban los Isituus. Estaban distribuidas en regiones á cuyo frente había otras tantas divinidades. En una region vivían los que habían muerto en los ríos ó los lagos, en otra los que en las selvas, en otra los que en su rancho. La region mejor era, segun parece, la de la diosa Quipoci. Las distracciones eran en todas escasas: las travesuras de ciertos monos y las maravillas de un águila de grandes dimensiones, que daba sin cesar vueltas al rededor de aquella tan poco envidiable mansion de las sombras.

No había allí distincion entre los pecadores y los justos, y sin embargo los manacicas tenían idea de la falta y de la penitencia. Ayunaban ciertos días del año. Ayunaban rigurosamente sobre todo á la dedicacion de sus templos. En los cinco días ántes de la ceremonia, se abstenían de comer carne, vestían luto, daban tregua á sus banquetes y á sus danzas, guardaban silencio y se ocupaban sólo en tejer esteras para el tabernáculo. En cambio al otro día hallaban en el mismo templo mesa franca y bien abastecida de cuanto la tierra producía. ¿Creerían que despues de la muerte bastaba para borrar todo pecado el lavatorio de las almas por Tatusiso?

Difícil religion en verdad era la que describo. Por ignorantes que fueran los manacicas, exigían en los sacerdotes cierta mágia cuya existencia no se acierta á comprender en aquella edad y entre aquellas gentes. La existencia de la religion misma se hace poco ménos que inesplicable. ¿Cómo, siendo los manacicas una rama de los chiquitos, pudieron sin haber pasado á otras regiones ni recibido en su seno extraños pueblos concebir un sistema religioso de que no tuvieron nunca sus hermanos la más remota idea? Es de advertir que en la industria avanzaron tambien más que los chiquitos. No sólo fabricaban sus armas y tejían, sino que tambien hacían hermosas esteras de junco, labraban el barro hasta hacerle sonoro al par de los metales y construían de madera sus casas. ¿No es verdaderamente de admirar que dejaran tan atrás á los pueblos todos de la comarca?

CAPÍTULO IX.

Las demas naciones de la provincia de los chiquitos.—Los samucues.—Su situacion topográfica.—Sus condiciones físicas.—Su traje.—Su carácter moral.—Sus instintos belicosos.—Modo como cultivaban la tierra.—Cuando iban á caza.—Situacion topográfica de los curaves, de los corabecas, de los tupiis y los otukes, de los covarecas, de los paiconecas, de los curucanecas, los curuminacas y los saravecas.—Falta de fisonomía propia en estos pueblos.—Los Moxos.—Los Moxos, género.—Superficie que ocupaban.—Caractéres físicos que los distinguian de los Chiquitos.—Su traje.—Sus adornos.—Su falta de comodidades.—Su industria.—Su ignorancia.—Su medicina.—Sus creencias.—Sus fiestas religiosas.—Sus sacerdotes.—Su jerarquía sacerdotal.—Sus ideas sobre la inmortalidad del alma.—Su manera de enterrar á los muertos.—Su falta de gobierno.—Su modo de hacer la guerra.—Su respeto á la vida de los prisioneros y su crueldad para con los hijos.—Motivos de esta crueldad.—Los Moxos eran sin embargo de buena índole.—Cómo celebraban sus matrimonios.—Los moxos, especie.—Territorio que ocupaban.—No diferian de los Moxos, género, ni en condiciones físicas ni en costumbres.—Es probable que fuesen más cultos.—Su sistema de numeracion.—Su sistema cronológico.—Motivos por que vacilo al determinar el grado de cultura de este pueblo.—Lo peligroso que es determinarlo inconsideradamente por las voces sin relacion con las de Europa que se encuentran en las lenguas.—Demostracion de esta tésis por la lengua de los Moxos.—Aserto de Francisco Viedma sobre los medios gráficos de los moxos.—Falta de confirmacion de sus palabras.[1]

Las demas naciones chiquitas apénas se diferenciaban de la que acabo de pintar más que en la situacion y el dialecto. No exige descripcion aparte sino la de los samucues, que estaba dividida en multitud de tríbus.

Eran samucues los morotocos, los potureros, los guarañocas, los coroinos, los careras, los ugaronos, los aguiteguedichagas y los ninaquihuilas. Moraban todos del grado diez y ocho al veinte, entre los cincuenta y cuatro y cincuenta y seis de nuestro meridiano, en las últimas colinas cubiertas de impenetrables bosques, linde septentrional de las llanuras del Gran Chaco, no léjos de las orillas de uno de los afluentes del Paraguay, el río Oxúquis. Amaban los collados y las frondosas selvas, y allí tenían sus pueblos y sus humildes chozas. Deseaban, naturalmente, estar al abrigo de las inundaciones.

En talla y apostura podían rivalizar los samucues con las razas de Europa: medían más de cinco piés; no eran ni flacos ni obesos. Distinguíanse física–

---

[1] Fuentes de este capítulo: D'Orbigny, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tom. V, pág. 277-257; Marban, *Arte y vocabulario de la lengua mora*. *Relacion de la mision de los Moxos*, impresa en Lima por órden del obispo de la ciudad de la Paz, Urbano de Mata, é inserta en el tomo III de la obra titulada *Voyages de François Corenl aux Indes Occidentales*, publicada en Amsterdam el año 1722.

mente de los demas chiquitos en que tenían algo más larga la nariz y un tanto inclinados los ojos. Hablaban un idioma armonioso y dulce: Orbigny no vacila en llamarlo el italiano de los desiertos.

Iban tambien desnudos los varones; las hembras con unas como enaguas que las cubrían de la cintura al tobillo; varones y hembras con el cabello corto y adornos en cuello y brazos.

Dejaban atrás los samucues á todos los bárbaros de la Provincia en lo alegres y lo amigos de la danza. Reían á todo reir, en todo hallaban motivo de diversion y gozo, y, cuando había sido abundante la cosecha, pasaban días visitándose, bebiendo y bailando. Bailaban las mujeres en corro, al rededor de un hombre que cantaba y movía sin cesar una calabaza provista de pequeñas guijas. Repetían la cancion del guía silbando, saltando y tomando diversas actitudes. En tanto los varones, repartidos en dos filas, tocaban la flauta de Pan y producían salvajes melodías.

Entre los Chiquitos eran, sin embargo, los samucues los más fieros é independientes. Tal reputacion gozaban de fuertes y bravos, que infundían en todas partes respeto y en todas se imponían. No por ésto eran pendencieros ni buscaban la guerra. No la hacían casi nunca más que por represalias.

Se dedicaban, principalmente, á la agricultura. Reducían á cultivo colinas y valles con sólo derribar los árboles, quemarlos y derramar las semillas sobre la haz de la tierra. Abrían cuando más pequeños hoyos para guardarlas. Recogido el maíz, concluidas sus fiestas, se internaban como los demas chiquitos por los bosques á caza de venados y liebres. Apénas si se mantenían más que de miel silvestre miéntras duraba tan penoso ejercicio.

Las demas generaciones de los Chiquitos estaban distribuidas del siguiente modo. Al Oriente de los samucues, hácia el grado diez y nueve de latitud y entre los cincuenta y tres y cincuenta y cuatro de longitud, vivían derramados los curaves por las riberas del Tucabaca; al Noroeste estaban los indóciles corabecas, que, despues de convertidos al cristianismo, abandonaron las misiones de los jesuitas y volvieron á sus antiguos bosques; al Nordeste, entre los grados diez y siete y diez y ocho, habitaban los tupiis, raza ya próxima á extinguirse, de ignorada lengua, y los otukes, si algo taciturnos, de índole pacífica, habla dulce y claro acento; más al Norte, en el grado diez y siete de latitud y cincuenta y cinco de nuestro meridiano, satisfacían los covarecas su amor á la vida errante y su inclinacion al robo y á la caza; en la parte más septentrional de la Provincia, entre los orígenes del río Blanco y el Verde, se extendían los paiconecas, los de ménos alegre carácter y más fea catadura; al Oriente, estaban por fin los curucanecas, los curuminacas y los saravecas, pueblos colindantes, algunos sentados á la misma raíz de los cerros de granito que constituyen las fronteras brasileñas. Gentes sin fisonomía propia, no podría describirlas sin repetirme y confundir á mis lectores: subiré al país de los Mo-

xos, otro grupo de naciones no ménos importante que el de los Chiquitos.

Comprendo ahora bajo la denominacion general de Moxos á todos los pueblos que ocupaban la provincia de este mismo nombre ántes de la Conquista: á los moxos propiamente llamados tales, á los chapacuras, á los cayuvavas, á los itenes, á los pacaguaras, á los itonamas, á los canichanas y á los movimas. Con no ser muy numerosas, estaban derramadas estas naciones por una superficie de doce mil leguas que limitaban á Oeste y Sudoeste los Andes de Bolivia, al Sud los bosques de Santa Cruz de la Sierra, al Este las frondosas colinas del Brasil y los Chiquitos, y al Norte las extensas y desconocidas llanuras que atraviesa el Beni y el Madeira hasta desaguar en el Amazonas; superficie llana que cruzan y tienen inundada gran parte del año los caudalosos Mamoré y Machupo, con sus afluentes; superficie que no cubren ya impenetrables selvas, pero cortan é interrumpen á cada paso ríos, arroyos, lagunas y dilatadas ciénagas. Subían los Moxos del grado diez y siete al once de Mediodía á Norte y se extendían del cincuenta y ocho al sesenta y seis de Oriente á Occidente.

Eran todos estos hombres algo más pálidos y de color más amarillento que los Chiquitos; más esbeltos, más altos, de más carnes, de mejores formas; más vigorosos, más robustos, de aspecto más varonil, de ménos alegre fisonomía. Tenían tambien grande la cabeza, pero algo saliente el occipucio; ménos ancha y redonda la cara, más corta y plana la frente, más arqueadas las cejas, más pequeños y horizontales los ojos, más pronunciados los pómulos, ménos abierta la nariz, más recogida la boca y ménos gruesos los lábios, sólo el superior y el menton con alguna barba, liso y negro el cabello.

Vestían túnicas sin mangas y hacían uso de galas y adornos. Quienes se pintaban el rostro, quienes se taladraban nariz y lábios y de una y otros colgaban frívolos dijes; quienes se ceñían al cuello sartas de dientes arrancados, bien á las fieras, bien á sus enemigos. Cubríanse los más de vistosas plumas cabeza, rodillas y brazos.

Comodidades apénas las conocían. Se albergaban en miserables chozas, y de noche dormían generalmente al aire libre en hamacas que suspendían, como pudieran, entre dos árboles. Constantemente habían de tener lumbre á su alrededor si querían gozar de tranquilo sueño. Sólo por el humo podían alejar á los insectos, y por las llamas á las bestias voraces. Al llegar la estacion de las lluvias, debían levantar su campo, ordinariamente establecido en las riberas de los lagos y los ríos, y refugiarse á los más próximos cerros. Alimentábanse en la llanura principalmente de la pesca y de raíces que les daba abundantemente la tierra; en la montaña, de las reses que cogían. Cazaban allí cabras y puercos monteses; tambien monos de varias clases, cuya carne, acecinada, les parecía por demas sabrosa. Sembraban, ademas, á lo que parece, maíz, mandioca, maní. Ni carecían, por su desventura, de bebidas fermentadas.

En industria es posible que aventajasen á los Chiquitos. Hilaban y tejían bien

el algodon, y con fuego y hachas de piedra se construían de troncos de árboles excelentes piraguas. Conocían, sin embargo, muy pocas artes. Fuera de sus pobres chozas no acertaban á levantar sino enramadas para sus fiestas. Fabricaban esteras de junco, se hacían sus armas.

Ignoraban por completo las ciencias. No contaban más que hasta cinco; apénas se habían fijado en el movimiento de los astros; no sabían aplicar á sus dolencias las muchas plantas medicinales de que disponían. Se entregaban cuando enfermos á los sacerdotes, que les vendían como especial merced chupar con fuerza la parte herida, y se limitaban comunmente á prometerles que harían por curarlos rigorosos ayunos y aspirarían tantas ó cuantas veces por día el humo del tabaco.

Si tenían sacerdotes, habían de tener creencias. Teníanlas en efecto, y muy notables. Suponían animados por invisibles espíritus el cielo y la tierra, los montes y los valles, los bosques y los yermos, los ríos y los lagos y aún las mismas fieras, sobre todo el jaguar, á quien no sin razon temían. En la hostilidad de esos espíritus veían la fuente de sus desventuras, y en aplacarlos y hacérselos propicios ponían todo su ahinco. Son irresistibles, decían, y sólo por la religion cabe desarmarlos. Así unos adoraban al espíritu del Sol y la Luna, otros al de los cerros, otros al de las llanuras, la mayor parte al de los tigres. ¿Qué más era en el fondo el politeismo griego? Vimos algo parecido en los tahuantinsuyus, que estaban al otro lado de los Andes: ¿habría habido comunicacion de ideas entre los dos pueblos?

El culto á esos espíritus de la naturaleza era singularísimo. En ciertos días del año, principalmente en los novilunios, reunían los sacerdotes su tríbu al rayar del alba. Iban juntos en silencio al más cercano otero, y al llegar á la cima prorumpian en espantosos gritos. Con ellos creían que ablandaban el corazon de sus dioses. Pasaban todo el día en ayunas repitiendo de vez en cuando sus confusos alaridos, y al cerrar la noche se entregaban al júbilo. Empezaban los sacerdotes en señal de alegría por cortarse el cabello y cubrirse el cuerpo de jaldes y rojas plumas. Se hacían traer grandes vasos, derramaban en ellos el licor preparado para la fiesta y bebían sin freno. Sin freno bebían tambien los fieles, y bailaban y cantaban miéntras no teñían el cielo los arreboles del día. Cantaba uno, y danzaban los demas en corro contoneándose lúbricamente, arrastrando á compás los piés y moviendo á uno y otro lado la cabeza. Rara vez dejaba de terminar la fiesta por duelos y sangre.

Celebraban los Moxos otros bailes que no por carecer de solemnidad eran ménos religiosos. Hacíanlos en pleno día, á la sombra de frescas enramadas, al son de más ó ménos acordes instrumentos, mezclado tambien con el rumor de los piés el de sus copas de barro. Continuábanlos de sol á sol, y los concluían por no menores desórdenes. Mas, ¿habían de haber reducido á estos actos los ritos del culto? No les atribuye más el autor á quien sigo. Sólo en una ó dos de sus

naciones, dice, se descubrió cierta especie de sacrificios; en las demas no se advirtió sino que muchos llevaban sobre su cuerpo ídolos de rara forma. No me parece con todo creible, atendida la organizacion y la importancia del sacerdocio.

Había, segun el mismo escritor, sacerdotes de dos categorías: los que tenían á su cargo la curacion de los enfermos y los que habían de aplacar la cólera de los dioses. No podían entrar en la primera sino los que por haber caido en las garras del jaguar y salvado su vida daban claros indicios de estar bajo la proteccion del invisible espíritu de los tigres. Aún esos obtenían tan alta distincion sólo despues de un año del más riguroso ayuno. Ni carne ni pescado habían de probar en los doce meses. Tras largo tiempo de haber ejercido sus funciones médicas podían pretender el ingreso en la segunda categoría; pero no alcanzarlo sin someterse á otro año de abstinencia y llevarla á tal extremo que se revelara en la flaqueza del cuerpo y la palidez del rostro. La consagracion era peligrosa. Vertíanles en los ojos el jugo de ciertas plantas que les producía agudísimos dolores y les debía aclarar la vista.

Con instituciones de esta índole es muy de creer que esté en lo cierto Orbigny y tuvieran los Moxos templos, bien que rústicos y pobres como sus chozas, donde se juntaran y en ciertos días suspendieran las armas. Entre los que no abrazaron el cristianismo y permanecen salvajes subsisten todavía, segun parece, estas raras costumbres.

Los Moxos, sin embargo, ó no creían en otra vida ó, si creían, para nada la tomaban en cuenta. Era sencillísima su manera de enterrar á los muertos. Los parientes del difunto abrían una fosa á donde le acompañaban en silencio ó sollozando. Le desnudaban allí de vestidos y dijes, se los repartían y le sepultaban. No le proveían ya de víveres ni armas para un soñado paraíso ni un más soñado infierno.

Estaban divididos los Moxos, como tantos otros bárbaros, en tribus independientes. Sólo para la guerra tenían jefes, y ni aún á éstos obedecían en cuanto llegaban á las manos con sus enemigos. Batíanse tumultuariamente. Peleaba cada cual con las armas que tenía, quien con la flecha, quien con la lanza. Seguían ó no, segun les parecía, el alcance á los vencidos. Una sola regla seguían invariablemente: la de respetar la vida de los prisioneros. Como los antiguos romanos, se limitaban á reducirlos á servidumbre, que fuesen varones, que hembras, que fuesen niños, que adultos.

De buenos instintos debían de ser los Moxos á juzgarlos por este hecho; mas no lo eran para con sus hijos. Mataban á los gemelos, y enterraban con la madre á los que no habían salido de los primeros años de la infancia. Ni era raro que las hembras se deshiciesen de los que les causaran estorbo. Lo atribuye Orbingy á funestas supersticiones, pero estoy en que se engaña. Con el autor anónimo que me sirve de guía lo conceptúo debido á mal entendidas razones de conveniencia. De los gemelos no dejaban más que uno porque no creían que bastase

una mujer para amamantar á muchos. Con la madre sepultaban al hijo que necesitaba ajenos servicios, porque entendían que sin ella había de llevar flaca, penosa y desmedrada vida. Se deshacía de alguno la que tenía muchos, porque consideraba que no podía prodigar á todos los indispensables cuidados. Aberracion era; pero algo disculpable en familias que al llegar la estacion de las lluvias debían trasladarse con todo su ajuar á lejanas alturas. Sobre que el amor á los hijos no era, por lo que hasta aquí se ha visto, muy vehemente en los pueblos bárbaros.

Fuera de esto eran los Moxos tan buenos ó mejores que los Chiquitos. Amaban como ellos la sociedad y el trato, se convidaban los unos á los otros y se desvivían por los extranjeros. Fácilmente doblaron tambien la cabeza al cristianismo, y se sometieron al régimen de los jesuitas. Permanecieron unos pocos en la vida salvaje: los que entraron en las misiones no las abandonaron jamas ni jamas se alzaron en armas. Eran perseverantes como sus vecinos.

Perseverantes lo fueron hasta en sus matrimonios. Aunque podían casarse con muchas mujeres, raro era el que tenía más de una bajo su techo. No recurrieron sin graves razones al divorcio. Tenían por suyo el decoro de sus esposas, y castigaban á veces hasta con la muerte el adulterio. Cosa tanto más rara, cuanto que no elegia el novio á la novia ni la novia al novio. Concertaban allí los padres los casamientos sin consultar para nada la voluntad de los hijos. El hijo, despues de convenidos los padres, hacía un regalo á los suegros y recibía en cambio la consorte. Debía desde entónces seguirla á donde quiera que á ella se le antojara.

Hasta aquí de los Moxos, género; voy á escribir ahora de los moxos, especie. Eran los moxos la nacion principal del grupo. Componían la mitad de la poblacion de toda la Provincia. Se extendían del grado trece al diez y seis de latitud y del cincuenta y ocho al sesenta y tres del meridiano de esta Córte. Se hallaban derramados por las orillas del Mamoré y buen número de sus afluentes: por las del Aperé, Tijamuchi y Securi al Oeste: al Este por las del San Ramon y el Blanco. Estaban divididos en muchos pueblos á gran distancia unos de otros: se cree que comprendían los bauras y los muchojeones.

No diferían en realidad los moxos, especie, de los Moxos, género, ni en condiciones físicas ni en costumbres. Quizá no fuesen tampoco más cultos; pero á juzgar por su lengua parecen haberlo sido. Aunque tenían un sistema de numeracion reducido y pobre, no tanto que no pudiesen contar más de cinco objetos. Expresaban «uno, dos, tres, cuatro» por las palabras *eto*, *api*, *mopo*, *ticahiri*, ó *tiquiahiri*; cinco por *titapebou* ó *amuiripebou*, diez por *taitobiboupeono* ó *taitobibouquiono*. *Titapebou*, *amuiripebou* significaba toda la mano; *taitobiboupeono*, *taitobibouquiono*, las dos manos ó los dedos todos de las manos. Por los dedos juntos de las manos y los piés se sabe que llegaban á veinte: luego podían contar por lo ménos hasta ochenta.

Debían tener tambien, aunque muy imperfecto y rudimentario, su sistema cronológico. Dudo que hubiesen llegado á la nocion de año. *Muu* ó *mu* no significaba año sino estacion: *une-mu* ó *une-muu*, estacion de aguas: *boono-mu* ó *boono-muu*, estacion de sequedad ó de vientos del Mediodía. Pero habían de seguro dividido el tiempo en meses lunares. *Cohe* llamaban á la luna y *cohe* á cada una de las revoluciones de este astro de la noche. Disponían por otra parte de voces equivalentes á las de novilunio, plenilunio, cuarto creciente y cuarto menguante; hecho de que cabe inferir que por las fases de la luna subdividían los meses. Son tanto más lógicas estas deducciones, cuanto que no hay en la lengua términos ni para nuestro mes solar ni para nuestra semana.

Es tambien de creer que dividieran el día en cuatro períodos principales: mañana, medio día, tarde y media noche; palabras á que, si no me engaño, correspondían *riyatico*, *tilupiriqui*, *cooperey* é *inumururui*.

Extrañará tal vez el lector que ande con tantas vacilaciones. Las lenguas, lo he dicho ya cuando hablé de la de Arauco, son á mis ojos incierta y peligrosa guía. Me lo confirma ahora la de los moxos. Adelantadísima habría de creer yo la civilizacion de aquel pueblo, si la midiese inconsideradamente por los muchos objetos que allí tienen nombres sin relacion alguna con los de nuestro idioma. Habría de admitir que tuvieron los moxos multitud de herramientas: el azadon, el arado, el martillo, las tenazas, la cuña, el escoplo, el barreno, la azuela y aún la balanza. Podría asegurar que levantaron algo más que chozas, que construyeron casas con puertas y ventanas y hasta edificios con arco y bóvedas. Debería asegurar que se rigieron por reyes, tribunales y códigos. Habría de añadir que hasta conocieron los abogados y de ellos tomaban consejo.

No incurriré en tan grave yerro por haber observado que para cosas evidentemente importadas por los españoles hay asimismo en aquel idioma voces sin relacion alguna con las de las lenguas de Europa. ¿Puede alguien dudar, por ejemplo, que llevamos allí nosotros las armas de fuego? Arcabuz es, sin embargo, en moxo *eziporocú* ó *apucurunó*; tirar ó disparar el arcabuz *nu-caaquierú* ó *nu-casutocó*. ¿Puede tampoco dudar nadie que allí introdujimos nosotros la escritura? «Yo escribo» es, sin embargo, *nu-ahucho*; el papel en blanco, *ahuchosá*; el papel ó libro escritos, *ahureco;* la tinta, *ahuruomo;* la firma, *ahucuna,* etc.

El fenómeno, por raro que parezca, es de esplicacion facilísima. Para designar las nuevas cosas, procedieron los moxos por analogía, y no hicieron más que extender el significado de voces ya puestas en uso. Cogieron la analogía entre pintar y escribir, y extendieron á la escritura la significacion de las palabras que para la pintura tenían. Vieron la que hay entre el arco que dispara flechas, y el arcabuz que dispara pelotas de hierro, y aplicaron á las dos armas el término que usaban para la primera. *Ahu* significaba en moxo pintura; *eziporocú*, arco. Véase como indicaron tambien la punta del cuchillo. Le aplicaron la voz *siri*,

que empleaban ya para la punta de la nariz y el pico de las aves. Otro tanto hicieron con el barreno. Le aplicaron la voz *amiraqui*, de *ami*, agujero, que designaba los dos palos con que encendían fuego mediante el taladro del uno por el otro. Podría multiplicar los ejemplos.

Derivaban otras veces los moxos el nombre de las nuevas cosas del que ya tenía en su lengua alguno de los usos para que servían. Sirve el abogado para aconsejar, y le llamaron *neocorá*, de *neo*, dar buenos consejos. Sirve la iglesia para oir la palabra del sacerdote, y la llamaron *samoroy* de *samo*, oir, *samororocó*, oir al que habla.

Considérese despues de ésto si es ó no aventurado buscar en la parte léxica de los idiomas el estado de cultura de los pueblos. Francisco Viedma redactaba el año 1877 un informe general de la provincia de Santa Cruz y decía textualmente: «un indio moxo escribe los anales de su pueblo en una tabla ó un pedazo de caña por medio de signos cuya inteligencia y manejo pide mucha combinacion y feliz memoria.» En la lengua nada que yo sepa confirma tan singular aserto. ¿Cabrá de aquí inferir que sea falso? Es obvio que Viedma usa del verbo escribir, no en el sentido que generalmente le damos, sino en el de consignar hechos por otro procedimiento que el de la escritura. ¡Que no haya ningun otro autor que tál diga!

CAPÍTULO X

La lengua moxa.—Su prosodia.—Su analogía.—Importancia de sus pronombres.—Pronombres personales.—Pronombres demonstrativos.—Diferente manera de designar por estos pronombres las cosas y personas presentes y las ausentes.—Aplicacion de la forma neutra de estos mismos pronombres.—Pronombres posesivos absolutos.—Los hay equivalentes al *leur* francés, al *sein* y al *ihr* de los alemanes y á los *his, hers, its* de los ingleses.—Pronombres posesivos relativos.—Cuando perdían una de sus letras.—Diversos usos de estos pronombres.—Genitivos de posesion.—Acusativos y ablativos de movimiento.—Dativos.—Números.—Verbos.—Verbos sustantivos.—Tiempos fundamentales: presente y futuro.—Manera de formarlos en los verbos *nutichu* y *nutihó*.—Diverso modo de formarlos cuando iba con nombre el verbo.—Escasez de tiempo tanto en el modo indicativo como en los demas modos.—Como la suplían.—Infinitivo.—Formas de negacion.—Carácter elíptico de las frases de verbo sustantivo.—Verbos atributivos.—Formacion de sus tiempos.—Gerundios y participios.—Participios de presente.—Participios de pretérito.—Participios de futuro.—Supinos.—Conjugacion de supinos, participios y gerundios.—Formas de negacion.—Formas de reciprocidad y de transicion.—Forma pasiva.—Uso de los pronombres de tercera persona en los verbos.—Uso de estos pronombres con los relativos, las preposiciones y los adverbios.—Semejanza de las lenguas moxa y quichua en la importancia y el desarrollo de los pronombres posesivos.—Preposiciones, conjunciones, adverbios, interjecciones.—Sintáxis.—Hipérbaton.—Particularidades de la lengua.—Uso de distintos pronombres y aún interjecciones y nombres por las mujeres.—Laconismo con que se expresaba el número y la cosa numerada.—Diversidad de nombres para el padre propio y el extraño.—Modificaciones que sufrian muchas palabras al unirse con pronombres posesivos.—Palabras compuestas.[1]

Consagré un capítulo al idioma de los chilenos y otro al de los quichuas; permítame ahora el lector que dedique unas páginas al de los moxos. Ya que sobre él he tenido la fortuna de ver la gramática y el diccionario que publicó en Lima el jesuita Marban á principios del pasado siglo, considero indispensable darlo á conocer en su estructura y su índole. Las noticias filológicas de Orbigny y otros autores son tan escasas... Siento afan por darlas, hoy que puedo, algo más hondas y extensas.

La lengua de los moxos era dulce y sonora. Rara vez presentaba juntas dos consonantes. No abundaba ménos en palabras graves que agudas, y las tenía tambien esdrújulas. Carecía de la *R* doble. No la hacían algun tanto dura sino la *H* aspirada y la *J*. Le faltaban la *D*, la *F*, la *G* y la *L*.

Entre sus partes de la oracion la de más importancia era sin duda el pronombre, como que por él principalmente se declinaba el nombre y conjugaba el verbo.

Sus pronombres rigurosamente personales eran: *nuti*, yo; *piti* tú; *ema*, él;

[1] Fuentes de este capítulo: Pedro Marban, *Arte de la lengua moxa con su vocabulario y catecismo:* libro raro que necesita de pronta reimpresion y de entendidas y concienzudas correcciones y enmiendas.

biti, nosotros; *eti*, vosotros; *eno*, ellos. Eran tambien personales y ademas demonstrativos: *maca*, este; *suca* ó *posuca*, esta; *hoca*, *pohoca* ó *potoca*, esto; *noni* ó *pononi*, estos; *maro*, ese; *esu*, esa; *eto*, *toro*, *potoro* ó *pohoro*, eso; *noro* ó *ponoro*, esos; *maena*, *manaqni* ó *macani*, aquel; *esu*, *suena*, *posuena*, *sucaena*, *sucani*, *sunaqui* ó *posunaqui*, aquella; *hoena*, *pohoena*, *potoena*, *tacani* ó *tanaqni*, aquello; *nacani*, *nanaqui*, *ponacani*, *ponanaqui*, *ponacaena*, *naena*, *ponaena*, aquellos.

Empiece por fijarse el lector en los muchos pronombres que correspondían á uno de los nuestros No vaya, sin embargo, á creer que se los pudiera usar todos indistintamente. *Maro*, *maena*, *suena*, *posuena*, *toro*, *potoro*, *pohoro*, *hoca*, *pohoca*, *potoca*, *hoena*. *pohoena*, *potoena*, *noro*, *ponoro*, *naena*, *ponaena*, servían sólo para el caso en que estuviese presente la persona ó cosa á que el pronombre se refería, y se las mostrase ó señalase con el dedo; *manaqui* ó *macani*, *sucaena*, ó *sucani*, *sunaqui* ó *posunaqui*, *tacani* ó *tanaqui*, *nacani* ó *nanaqui*, *ponacani* ó *ponanaqui* y *ponacaena*, sólo cuando la persona ó cosa de que se hablase estuvieran ausentes. Esta distincion, si bien se la examina, guarda cierta analogía con la del plural inclusivo y exclusivo que observamos en el idioma quichua: tampoco sé que la haya en ninguna lengua de Europa.

Sería tambien error grande creer que la forma neutra de estos pronombres equivaliese á la nuestra. *Eto*, *toro*, *potoro*, etc., se los aplicaba con referencia á todas las cosas inanimadas sin distincion de género. Géneros es de advertir que no los había en la lengua moxa.

De los pronombres personales derivaban, como en casi todos los idiomas, los posesivos. *Nu-yee*, mio; *pi-yee*, tuyo; *ma-yee*, suyo, relativamente á varon; *su-yee*, suyo, con relacion á hembra; *ta-yee*, suyo, tratándose de séres irracionales ó inanimados; *bi-yee*, nuestro; *e-yee*, vuestro; *na-yee*, suyo, de ellos, es decir, de hembras ó varones; *ta-yee*, suyo, de ellos, ó sea de los demas séres. Parecen aquí nuevas distinciones de que nosotros carecemos. Encontramos aquí, no sólo el *leur* francés, sino tambien el *sein* y el *ihr* de los alemanes y el *his*, *hers*, *its* de los ingleses. Decimos nosotros tambien «suyo, suya, suyos, suyas»; pero en concordancia con la cosa poseida, no con el que la posee. Tan delicadas distinciones ¿no son verdaderamente de notar en lenguas de pueblos bárbaros?

Esos eran los posesivos absolutos. Los más en uso y más importantes eran sin duda los relativos, una especie de contractos, como los «mi, tu, su, mis, tus, sus» de nuestro idioma. Iban éstos siempre antepuestos y afijos á nombre ó verbo, y revelaban muchas veces su existencia por una sola de sus letras. Mi era *nu;* tu, *pi*; su, de él, *ma*; su, de élla, *su*; nuestro, a, *bi*; vuestro, a, *e*; suyo, a, de ellos ó ellas, *na*; suyo, a, de séres irracionales ó inanimados, *ta* ó *to*. *Nu-muiria*, mi vestido; *pi-muiria*, tu vestido; *ma-muiria*, su vestido, el del varon; *su-muiria*, su vestido, el de la hembra; *bi-muiria*, nuestro vestido;

e–muiria, vuestro vestido; *na–muiria*, su vestido, el de ellos ó ellas; *ta–muiria*, su vestido, el del sér ó de los séres inanimados ó irracionales. Quedaba de estos pronombres una sola letra cuando empezaban por *ara*, *e* ó *i* los nombres á que se unian. *Araicone*, agua recien traida. *N-araycone*, *p-araycone*, *m-araycone*, *s-araycone*, *b-araycone*, *araycone*, *n–araycone*, *t-araycone*. En *araycone*, vuestra agua recien traida, desaparece, como se vé, por completo el posesivo. *E-araycone* debería haberse dicho siguiendo la regla: el uso debió de ir suprimiendo la *e* por razon de eufonia. En cambió conservó la *u* en el posesivo femenino de tercera persona de los nombres que empezaban por *e* y por *i* como *enirobe*, *ibope*. *Su–enirobe*, *su–ibope*, decía, y no *s–enirobe*, *s-ibope*, su anzuelo y su pié, los de la hembra.

Por estos posesivos se hacía en los nombres el genitivo de posesion ó, para mejor expresarme, se marcaba la relacion entre el poseedor y lo poseido. La construccion era por cierto bastante rara. No se anteponía el posesivo al nombre del poseedor sino al de la cosa que se poseía. *Ma–muiria achane* literalmente «su vestido hombre» equivalía á «el vestido del hombre»; *ta-ibope ichini*, literalmente «su pié tigre» equivalía á «el pié del tigre».

Solía tambien usarse del posesivo, pero no ya del relativo sino del absoluto, ni ya tampoco antepuesto sino pospuesto, en los acusativos y ablativos de movimiento, con la particularidad tambien de que iba unido, no al caso regido, sino al verbo regente. *Natupi*, yo voy; *cahacure*, río: voy al río, *natupi cahacure* ó *natupi–tayee cahacure*. *Nuasea*, yo vengo, *esaneti*, chacra, campo, hacienda: vengo de la chacra *nuasea esaneti* ó *nuasea-tayee esaneti*.

Para los demas acusativos y ablativos, así de los nombres como de los pronombres, no había ya ni posesivos ni determinadas proposiciones ó partículas. Tampoco para los vocativos ni los nominativos. Sólo para el dativo se empleaba la partícula *iná* que era á la vez signo característico del futuro del verbo substantivo *nutichu*. Iba esta partícula siempre pospuesta. *Ma-muiria iná*, para su vestido; *n enirobe iná*, para mi anzuelo; *achane iná*, para el hombre; *n-ahire iná*, para mi cautivo.

Números ya hemos visto que los había en los pronombres. En los nombres se formaba el plural añadiendo *no* á los que terminaban en *o* ó en *a*, *ono* á los que por cualquiera otra letra. *Eseno*, la mujer, *eseno-no*, las mujeres; *achane*, el hombre, *achane-ono*, los hombres; *ihururupá*, el huso, *ihururupa-no*, los husos; *hyasiri*, el sombrero, *hyasiri-ono*, los sombreros. Tomaban á veces esta forma plural los mismos pronombres personales. Se decía generalmente *biti*, *eti;* pero se podía decir *biti-ono*, *eti-ono*.

Servían tambien los pronombres posesivos y los personales para determinar los números y las personas del verbo. Paso por esta razon á escribir de los verbos y dejo para más tarde hablar de los demas pronombres.

En la lengua moxa había, ademas del verbo substantivo, otro de estado. Por

los dos, *nutichu* y *nutihó*, como por los nuestros ser y estar, cabía distinguir las condiciones esenciales de las accidentales de los séres. Empleábase, sin embargo, el *nutihó* principalmente para significar la permanencia en determinada situacion ó sitio.

Los tiempos fundamentales de los verbos moxos eran sólo dos: uno á la vez presente y pretérito, otro futuro. En *nutichu* y *nutihó* bastaba la anteposicion de los pronombres personales á la radical para formar el primero; en *nutichu*, que era tambien *nutirichu* y *nutireichu*, la anteposicion de los mismos pronombres y la postposicion de la partícula *iná*, para formar el otro. *Nuti–chu, piti-chu, ema-chu, esu-chu, eta-chu, biti-chu, eti-chu, eno-chu:* yo soy, era, fuí ó había sido; tú eres, eras, fuiste ó habías sido; aquél es, era, fué ó había sido; aquélla es, era, fué ó había sido; aquello era, fué ó había sido; nosotros somos, éramos, fuimos ó habíamos sido, etc. *Nuti-hó, piti-hó, ema-hó, esu-hó, eta–hó*...: yo estoy, estaba, estuve ó había estado; tú estás, estabas, estuviste ó habías estado... —*Nuti-iná, piti-iná, ema-iná, esu-iná, eta-iná, biti-iná, eti-iná, eno-iná:* yo seré, tú serás, aquél será, aquélla será, aquello será, nosotros seremos... *Nutiho* se distinguía aquí de *nutichu* en que conservaba la radical *ho,* entre la partícula y el pronombre. No hacía *nuti-iná*, sino *nuti-ho-iná*, *piti-ho-iná*, *ema-ho-iná*, etc.

Formábanse muy de otra manera el presente y el futuro de *nutichu* cuando iba con nombre. Haciase ya entónces uso de los pronombres posesivos ó personales contractos. Se los posponía al nombre, se los suprimía de ordinario en las terceras personas y se convertía el *pi* en *bi*, el *bi* en *abi*. *Achichaco–nu, achichacobi, achichaco, achichaco-abi, achichaco-e, achichaco* significaban yo soy ó fuí cacique, tú eres ó fuiste cacique, etc.; *achichaco-nu iná, achichaco bi iná, achichaco iná, achichaco-abi iná, achichaco-e iná, achichaco-iná*, yo seré, tú serás... cacique. Se empleaba los pronombres en las terceras personas sólo cuando se hablaba con énfasis y en este caso, no los posesivos sino los personales. *Achichaco ema, achichaco eno* se decía para expresar «él si que es cacique», «ellos si que son caciques».

Supongo que habrá ya observado el lector la escasez de tiempos que había en el modo indicativo. No la había menor en los otros. El imperativo y el presente y el pretérito de subjuntivo eran iguales al futuro. *Achichaco-bi iná* podía traducirse por «tú serás, tú seas, tú fueras, tú hayas sido cacique» y tambien por «sé tú cacique». Forma tanta pobreza de tiempos singular contraste con la abundancia de los pronombres; y sería verdaderamente inesplicable, si no estuviese parcialmente suplida por el uso de algunas conjunciones y partículas y por el de la perífrasis. Se daba al presente un marcado carácter de pretérito posponiendo al pronombre la partícula *ripo*. *Achichaco-nu-ripo* excluía toda idea de actualidad y decía «fué cacique». Obteníase otro tanto por medio de una frase negativa. *Achichaco voy nu po* significaba literalmente «cacique no yo ya»; libremente «cacique fuí, dejé de serlo».

Iban determinados los tiempos del subjuntivo bien por otro verbo, bien por conjunciones como *tacae* (aunque, cuando), bien por la citada partícula *ripo*, bien por la *i* ó la *ini* que hacían condicionales las oraciones. *Tacae achane-nu iná*, cuando, como ó aunque yo sea hombre. *Achane-nu ina-i*, si yo fuera hombre. *Achane-nu ina-ini*, si yo hubiera sido hombre. *Achane-nu ina-ripó*, yo habría ó hubiera sido hombre. Iban tambien determinados por interjecciones. *Azipa nu-peno ina hoca* ¡ojala mi casa será ésta! ¡ojala fuese mia esta casa! *Nu-muiria iná bore*, ó *yavoy* ó *boreyavoy* ¡oh si fuera mio el vestido!

El infinitivo tomaba tambien frecuentemente la forma futura. *Achane iná* podía tambien significar «ser hombre». Solía llevar con todo el infinitivo en vez de *iná* las partículas *yaré* ó *roye* y en este caso equivalía á querer ser ó haber de ser. *Achane-nu-yaré*, quiero ser hombre ó he de ser hombre. Substituido *iná* por *choo*, *richoo* ó *reichoo*, resultaba el gerundio. *Amoperu-bi choo*, siendo tú muchacho; *achichaco reichoo*, siendo él cacique.

En muchas lenguas americanas la negacion daba una forma especial al verbo. Así lo vimos en la chilena y así sucedía en la moxa. *Iná*, signo de futuro, pasaba por la negacion á serlo de presente. *Voy nuti iná*, *voy piti iná*, no soy ó no fuí, no eres ó no fuiste. Para que lo fuese de futuro debía llevar la partícula *cu* antepuesta. «No seré, no serás hombre» era *voy nu-cu-iná achane*, *voy pi-cu–iná achane*.

En el verbo *nutihó* el cambio era todavía más notable.—*Nuti-ho*, yo estoy; *ni-ha-iná*, yo no estoy ó no estuve. *Nuti-ho-iná*, yo estaré; *voy nu–cu-i-ha*, *voy bi-cu-i-ha*, no estaré, no estaremos. Por la negacion se contraen aquí en los dos tiempos los pronombres personales y se convierte en *o* la *a* final del verbo. En el tiempo futuro no queda más que la *i* del signo *ina*; en la primera persona del presente sufre alteracion hasta la vocal del pronombre. No es *nu-ha–ina* sino *ni-ha-ina*.

¿No es verdad que tanto en *nutihó* como en *nutichu* apénas se ve más que una sombra de verbo? Sobre todo en *nutichu* el verbo desaparecía con singular frecuencia. El nombre y el pronombre bastaban las más de las veces para formar oracion ó frase. Mucho se prestaba á la elípsis el *esse* de los latinos, pero no más que el *nutichu* de los moxos. *Me prætore*, decían los latinos; *ego Deus*; *omnia præclara rara; initium sapientiæ timor Domini*; y los moxos *achane-nu*, yo soy hombre, *muraca-iná*, para que sea fuerte.

Los verbos atributivos no perdían nunca sus letras radicales. Terminaban en *co* los más, pero no todos. Lo que sí llevaban todos antepuesto era el signo posesivo de primera persona: *ne* unos, *ni* otros, *nu* la mayor parte. Venían indicadas las personas y los números por esos mismos pronombres contractos; los tiempos fundamentales, el presente y el futuro, ya por la desinencia, ya por la modificacion de estos pronombres. Los verbos en *co* se conjugaban de la manera siguiente:

Nu-nico, yo como. Presente y pretérito. Yo como, comía y comí: *nu-nico, pi-nico, ti-nico, bi-nico, e-nico, ti-nico*. Futuro. Yo comeré: *nu-ni-quia, pi-ni-quia, ti ni-quia, bi-ni-quia, e-ni-quia, ti-ni-quia*.—Ne-munaco, yo amo. Presente y pretérito. Yo amo y amé: *ne-munaco, pe-munaco, te-munaco, be-mu-naco, e-munaco, te-munaco*. Futuro. Yo amaré: *ne-munac-a, pe-munac-a, te-munac-a, be-munac-a, e-munac-a, te-munac-a*.—Ni-moco, yo duermo. Presente y pretérito. Yo duermo y dormí: *ni-moco, pi-moco, ti-moco, bi-moco, ei-moco, ti-moco*. Futuro. Yo dormiré: *ni-moc-a, pi-moc-a, ti-moc-a, bi-moc-a, ei-moca, ti-moc-a*.

Como se habrá observado ya, los verbos que llevaban antepuesto *ne* ó *ni* conservaban respectivamente la *e* y la *i* en todas las personas; los presentes pasaban á futuros por el solo cambio de la *ó* en *á*, como no llevasen la *i* ó la *e* ántes de sus letras finales. El *co* se convierte entónces en *quia* para los más de los pueblos moxos. Aunque no terminasen en *co*, todos los verbos acabados en *o* ó en *oo* hacían en *a* ó en *aa* el futuro. Yo llevo, *nu-omo*; yo llevaré, *nu-om-a;* yo veo, *ni-moo;* yo veré, *ni-m–aa*.

Cuando los verbos terminaban, no en *o* ni en *co*, sino por cualesquiera otras letras, la conjugacion era muy distinta. La sílaba final permanecía inalterable: el cambio de presente á futuro se hacía en los pronombres.—Nu-hapanu, yo me compadezco. Presente y pretérito Yo me compadezco y me compadecí: *nu-hapanu, pi-hapanu, bi-hapanu, e-hapanu, ti-hapanu*. Futuro. Yo me compadeceré: *n-a-hapanu, p-a-hapanu, t-a-hapanu, b-a-hapanu, t-a-hapanu*.

Sucedía con los verbos atributivos lo mismo que con *nutichu*. Conocido el futuro, conocidos estaban el imperativo y el presente y el pretérito de subjuntivo. Eran todos estos tiempos iguales, y sólo se los distinguía por las conjunciones, partículas é interjecciones que ántes dije. *Tacae na–hapanu*, cuando ó ya que me compadezca; *tacae pi–niquia*, cuando tú comas; *ni–moca–i*, si yo durmiese; *azipa* ó *ezipa nu–niquia*, ó si yo comiera; *e–munaca–ini*, ¡si vosotros amárais! Se daba tambien carácter de pretérito á los presentes por medio de la partícula *po* ó *ripo*.

La mayor variedad del verbo moxo estaba en los gerundios y los participios, principalmente el de pretérito. El que llamaban los antiguos gramáticos gerundio de dativo «para amar, para que yo ame» se hacía en los verbos acabados en *o* cambiando la *o* en *ia*; en los acabados en *co* substituyendo á *co* la terminacion *sia*; en los acabados por cualquiera otra letra ó sílaba añadiéndoles *iya*. *Nunico*, yo como; *nuni–sia*, para que yo coma;—*nusamo*, yo oigo; *nusam–ia*, para que yo oiga;—*nuhapanu*, yo me compadezco; *n–a–hapanu–iya*, para que me compadezca. Aquí, como se ve, el gerundio derivaba del futuro; en los demas verbos del presente. Había, con todo, en ésto sus irregularidades: *nusemo*, estar enojado, tenía por gerundio de dativo *n–a–semo–ya*. Los verbos en *oo* perdían, ademas, una *o* y tomaban la terminacion *iya: nimoo*, yo veo; *nimo–iya*, para que yo vea.

Era de más sencilla formacion el gerundio de ablativo. Se lo formaba por regla general añadiendo *ri* á la terminacion del presente del verbo. Se convertía en *a* la *o* si terminaba el presente por esta vocal y no iba precedida de *b*, *m*, *n* ó *p*. *Nunico*, yo como; *nunic-ari* ó *nunic-ariini*, comiendo. *Nusamo*, oir: *nusamo-ri*, oyendo. *Nuhapanu*, yo me compadezco; *nuhapanu-ri*, compadeciéndome.

Participio de presente no lo había en la lengua moxa; se lo suplía como en la nuestra por los relativos: *Nuti nemunaco*, yo soy el que ama ó el amante.

El de pretérito revestía diversas formas. ¿Terminaba el verbo en *aco*, *eco*, *ico*, *oco?* Se cambiaba el *co* en *ru*. ¿Terminaba el verbo en *uco*? Cambiaba el *co* en *re*. *Nemunaco*, yo amo; *nemuna-ru*, cosa amada; *nunico*, yo como; *nuni-ru*, la cosa que comí y tambien la comida; *netereco*, yo salto, *netere-ru* el espacio que pasé de un salto; *nuyuco*, yo flecho, *nuyu-re*, la cosa por mí flechada. Exceptuábase *niico*, voy por agua, que hacía el pretérito *niquiione*, y *nuchunoco* que hacía *nuchonotu*. Terminaba el participio en *eru* cuando el verbo en *quio*; en *quiene* cuando el verbo de cualquiera otro modo. *Nuaquio*, yo tiro, *nuaqui-eru*. *Nuomo*, yo llevo, *nuopono*, yo trepo, *nuhapanu*, yo me compadezco: *nuomo-quiene*, *nuopono-quiene*, *nuhapanu-quiene*. *Quiene* era en realidad la forma general: hasta los verbos en *co* podían tomarla. Podía decirse indistintamente *nemunaquiene* y *nemunaru*.

Aunque no frecuentemente, se construía tambien este participio suprimiendo el signo de posesion y la sílaba final del verbo. *Muna* era sinónimo de *nemunaru* y *chuno* de *nuchunoru*.

El participio de futuro se hacía por fin añadiendo *iná* al de pretérito, y el supino añadiendo al presente de indicativo la partícula *pona* ó substituyéndola al *co* de los verbos acabados por esta sílaba. *Nemunaru-iná*, lo que he amar; *nimoo-pona*, voy á ver; *netere-pona*, voy á saltar, etc.

Conviene ahora observar que todo ésto se conjugaba. Conjugábanse supinos, participios, gerundios, y se decía *ne-terepona*, *pe-terepona*, *ma-terepona*, *nemunaruina*, *pe-munaruina*, *ma-munaruina*; *ne-munaquiene*, *pe-munaquiene*, *ma-munaquiene*, *su-munaquiene*; *nu-nicari*, *pi-nicari*, *ma-nicari et sic de cœteris*.

Al hablar de *nutihó* y *nutichu* vimos ya las alteraciones que sufría por la negacion la marcha del verbo. En los verbos atributivos estas alteraciones eran más considerables. La forma del tiempo futuro servía para el presente; la del presente con la interposicion de la sílaba *cu* para el futuro. *Voy nuniquia*, *voy piniquia*; *voy tiniquia* significaba yo no como, tú no comes, aquél no come; *voy nucunico*, *voy bicunico*, yo no comeré, nosotros no comeremos. En muchas tríbus, sin embargo, la forma negativa se reducía, como entre nosotros, á preponer la negacion á las formas afirmativas: *nina nunico*, no como; no comeré, *nina nuniquia*.

Fáltame sólo escribir de los verbos recíprocos y las transiciones. Se hacen recíprocos los verbos activos con sólo añadir las partículas *bo* ó *po* á sus diversas formas. *Nunico*, yo como, *nunico bo*, yo me como ó me muerdo. *Biniquia*, nosotros comeremos, *biniquia-po*, nosotros nos morderemos. *Nunisia* para que yo coma, *nunisia-po* para que yo me muerda. *Nunicoquiene*, lo que yo comí; *nunicoquiene–bo* lo que yo me he mordido. *Po* despues de *a*; *bo* despues de las demas vocales.

Las transiciones ó conjugaciones de transicion son en realidad sólo dos y sencillísimas. El caso objetivo se traduce por el pronombre contracto y se pospone al verbo. No hay que observar sino que el *pi* se convierte á veces en *bi* y el *bi* en *abi*.

Transicion á segunda persona del singular. Tú me amas ó amaste, aquél me ama ó amó, etc: *pemunaco nu*, *temunaco nu*, *emunaco nu*, *temunaco nu* ó *nuono*.—Transicion á primera persona del plural. Tú nos amas, etc: *Pemunaco bi*, *temunaco bi*, *emunaco bi*, *temunaco bi* ó *biono*. Se empleaba la forma *abi* sólo en los verbos que conservaban en el futuro la terminacion del presente. Tú nos compadeces; *pihapanu abi*.

Transicion á segunda persona del singular. Yo te amo, aquél te ama...: *nemunaco bi, temunaco bi*, etc. Yo te amaré, aquel te amará...: *nemunaca-pi, temunaca pi* —Transicion á segunda persona del plural. Yo os amo, aquéllos os aman: *nemunaco-e*, *temunaco-e*. No se usaba en singular de *bi* sino en los tiempos en que se modificaba la terminacion del presente.

Las más extrañas formas eran las de la voz pasiva. Hacíasela en los verbos acabados por *co* suprimiendo esta última sílaba é interponiendo una de las partículas *ca*, *cae*, *cai* entre la radical y el pronombre. *Nezeiaco* yo azoto; *nucae–zeta* yo soy azotado. En la primera persona del presente de indicativo no consentía otra forma de pronombre que el *nu* la interposicion de estas partículas. Aunque no muy en uso, cabía tambien dejar de suprimir el *co* y añadirle *si* para cambiar en pasiva la activa. *Nechuco*, yo corto con hacha; *ti-cae-chu-co-si*, está cortado. Para los verbos que no acababan en *co* esta era la forma ordinaria.

¿Quería acaso decirse: «yo fuí azotado por él, tú lo fuiste por nosotros?» Para expresar «por él, por nosotros» se empleaba los correspondientes posesivos absolutos. *Nucaezeta mayee*, *bicaezeta biyee*. Cabía tambien traducir estas frases por el participio de pretérito: *mazetaru nu*, *bizetaru pi*.

Las mayores dificultades del verbo no estaban, con todo, en la voz pasiva, sino en el uso de los pronombres de tercera persona. ¿Cuándo debía usarse de *ti*, cuando de *ma* ó *su* segun el sexo? Parece lógico que no debiera emplearse el *ti*, contraccion del pronombre neutro, sino con relacion á los séres irracionales ó las cosas. Seguíase muy distinta regla. En los singulares del imperativo y el subjuntivo se usaba siempre de *ma* ó *su*; en los plurales, de *na* para las perso-

nas, de *ta* para los demas séres. En el indicativo se empleaba *ti* ó *te*: 1.° cuando se daba forma exclusiva de actualidad al tiempo de presente y pretérito: *tinicari*, está comiendo, *teenicari himo*, está pescando; 2.° cuando en la frase había transicion de tercera persona á primera ó á segunda: *tinicomu tamucu*, mordióme el perro; 3.° cuando precedía al verbo un pronombre personal agente y había verdadero pleonasmo: *esu tizomeco numuiria* ella tejió mi vestido; 4.° en respuestas donde entrase verbo de movimiento. Empleábase *ma* ó *su* en todos los demas casos.

Acabamos de ver el importante papel que desempeñaban en el nombre y el verbo los pronombres posesivos. Lo desempeñaban en el pronombre mismo, en el pronombre relativo. El que, la que «se traducía por *ema ti* ó *te*, *esu te* ó *ti*; y los interrogativos «quién, quiénes, cuál cuáles» por *ma-iha, na–iha* ó *ma–buoze, na buoze*. *Ema temunaco*, el que ama; *esu temunaco*, la que ama; *eno temunaco,* los que aman. *¿Mahaze ticopeno hoca? ¿nacaze tacamuiria hoca*? ¿de quién es esta casa? ¿para quién es este vestido?

Hasta en muchas preposiciones y adverbios iban embebidos estos pronombres contractos. *Ne equiene*, detrás de mí; *pe-equiene,* detrás de tí; *ma-equiene* detrás de él; *su-equiene*, detrás de ella. *Mo peno re nu*, sin casa yo; *mo peno-re bi*, sin casa tú, ó, lo que es lo mismo, no tengo, no tienes casa. *Ni-cibo*, en mi lugar *pi-cibo*, en el tuyo. Empleábase con algunos adverbios y preposiciones los pronombres personales. *Nuti-pobo*, despues de mí; *biti-pobo*, despues de nosotros. *Po-nuti*, ahora yo; *po-eno*, ahora ellos.

Tenía el pronombre en el idioma moxo tan grande importancia como en el quichua: dominaba á no dudarlo la analogía y aún la sintáxis de las dos lenguas. Lo llevaban las dos incrustado de tal modo en los nombres y los verbos, que en muchos no cabía separarlo. Así tengo para mí que, aún cuando léxicamente diferían por completo, gramaticalmente pertenecían á un mismo tronco. Parecíanse gramaticalmente, si no todas, las más de América; pero no en ese especial desarrollo del pronombre. Ni dejaban de presentar moxo y quichua cierta semejanza en la combinacion de los sonidos de sus palabras. Era más áspero el quichua; pero tenían los dos bastante bien distribuidas las vocales y las consonantes. A juzgar por las pocas voces que á mí han llegado de la lengua de los chiquitos, aún ésta se había de acercar en sonidos, cuando no en más, á la moxa. La de Quito, la aymara, la quichua, la moxa, la chiquita ¿formarían parte de un mismo grupo?

En preposiciones, en adverbios, en conjunciones, en interjecciones no era muy rica la lengua moxa. Escaseaba tanto en preposiciones, que para traducir «donde, á donde, de donde, por donde, hácia donde», no tenía más que una voz: *aya* ó *aya-ze*; para traducir aquí, de aquí, por aquí, hácia aquí, otra voz: *ani* ó *anaqui*. Sólo por el verbo se determinaba la significacion de las dos voces. *Iná*, para; *cu* ó *amucú*, dentro; *quie* y *eynau*, encima; *emoe*, debajo; *equiene*,

detras, eran las preposiciones más en uso. De los adverbios de tiempo se habló ya en el anterior capítulo; los de lugar eran, ademas de *aya* y *ani*, *ene*, ahí, *horo*, allá, *anireychu*, aquí cerca, *anaqui hincha*, allá lejos. *Voy*, *voyabahu*, *guani*, *nina* eran otras tantas negaciones; *ee*, *eyucó*, *eehoini* adverbios afirmativos. Escaseaban aún más las conjunciones: se las suplía á menudo por medio de verbos. Las principales eran *poze*, y; *pucá*, ó; *yaro*, luego; *etoro*, por esto. *Atá* era interjeccion de asco; *acó*, de dolor; *ecobayobahú*, de admiracion; *accmoyabahú*, de admiracion y de lástima.

Es muy de notar que preposiciones, conjunciones y aún algunos adverbios iban afijos y generalmente pospuestos. «Tú y yo» eran en moxo: *piti nuti-poze*, es decir «tú yo y»; «luego tú me amas» era *piti-haro pemunaco-nu* ó lo que es lo mismo «tú luégo ámasme». [1].

Por estas y otras inversiones que habrá observado ya el lector se viene en conocimiento del carácter de la sintáxis moxa. Aunque no tan sistemáticamente como en la quichua, dominaba en ella el hipérbaton. Mas que hipérbaton había en ciertas frases. Hemos visto ya la extraña construccion del genitivo. En frases donde entraban adverbios de tiempo acontecía no pocas veces que los signos característicos de los tiempos del verbo pasasen á los adverbios. *Yana* significaba irse; *acara*, cuando: para expresar ¿cuándo te irás? no decían *¿acara payana?* sino *¿acara–ina piyana*?

He de escribir ahora de ciertas particularidades de la lengua. La mujer no indicaba aquí al varon por los referidos pronombres. «Ese, aquél» los traducía, no por *ema* sino por *eñi;* éste, no por *maca*, sino por *ñiquia*, *ñaca* ó *poñiquia*; ése (mostrándole), no por *maro*, sino por *ñiro* ó *poñiro*; aquél (ausente), no por *manaqui* ó *macani*, sino por *poñenaqui* ó *poñecani*. Así para expresar «su ves tido» (el vestido de él) no decía tampoco *ma–muiria* sino *ñi–muiria*; su anzuelo (el anzuelo de él), no *ma-enirobe*, sino *ñ-enirobe*. Tampoco decía *¡ezipa nuniquia!* ¡oh si yo comiera! sino *¡ezi–bore nuniquia!* Tampoco, llena de admiracion, exclamaba como los varones. *¡Otè!* ni *¡ecobayobahu!* sino *¡eee!* ó *¡ecobore!* Se ha querido explicar este hecho, comun á otros idiomas de América, por la costumbre que tenían los pueblos bárbaros de cautivar y guardar las mujeres de los vencidos , pero dista la explicacion de ser satisfactoria. Lo sería algun tanto si las mujeres hubiesen empleado diversas voces para las cosas de que más usan ó para los diversos grados de parentesco; aquí las empleaban, como se acaba de ver, sólo para los pronombres masculinos de tercera persona y algunas interjecciones [2]. A ser cierta la razon, ¿por qué no las habrían debido tener

[1] Por extraña que parezca esta construccion, no lo es más que la latina. *Pater filiusque*, decían los romanos. *Honestumne factum sit an turpe dubitant. Si infantes pueri, mutæ etiam bestiæ loquuntur*.

[2] Usaba la mujer de voces especiales en otros casos, pero no en muchos. *Isa* llamaba al compañero de su marido en las cacerías de tigres; *yaya*, á su amiga.

para séres como hijos, padres, objetos como huso, olla y todos los pronombres así personales como posesivos?

Otra particularidad de la lengua moxa era el laconismo con que por la posposicion de monosílabos y aún de simples letras á los numerales se expresaba á la vez el número y los objetos numerados. *Eto*, significaba uno: *eto-na*, un hombre (varon ó hembra); *eto-be*, un anzuelo; *eto-mo*, una camisa; *eto-o*, un animal; *eto-no*, un plátano; *eto-pe*, una herramienta; *eto-qui*, un árbol; *eto-se*, una pluma; *eto-si*, una olla; *eto-a*, un huevo; *eto-e*, una vez; *eto-i*, un ave. Añadíase las mismas finales á *api*, dos, *mopo*, tres, *aya*, cuántos, *taha*, qué, y se decía «dos hombres, tres camisas, ¿cuántas plumas? ¿qué herramienta?» ¿Es tampoco de fácil explicacion este hecho? Muchas de esas finales carecen realmente de sentido para nosotros. Yo, sin embargo, creo que todas lo tuvieron un día para los moxos; que todas fueron contracciones de nombres por aféresis ó por apócope. Hombre era *acha-ne*, mujer *ese-no*, ellos, ellas, *eno*, ellos, ellas, afijos á verbos, *na*; ¿cabe desconocer la razon por que *eto-na* significaba ya una mujer ya un hombre? *Eto-si* era una olla y una olla *mezu-si*; *eto-be* un anzuelo y un anzuelo *eniro-be*; *eto-qui*, un árbol y un árbol *yucu-qui*; *eto-se*, una pluma y una pluma *nuahura-se*. Recuérdese ahora que en muchos idiomas de América hay gran cantidad de voces compuestas que no retienen de las simples más que sílabas, y se verá si es ó no fundado mi dictámen.

Distinguíase tambien la lengua moxa de sus vecinas en que no aplicaba al padre y la madre propios el mismo nombre que á los ajenos. Mi padre era *tata*, mi madre *meme*; tu padre, su madre, nuestro padre, vuestra madre, *p-liya*, *ma-eno* ó *su-eno*, *bi-iya*, *e-eno*. Había el mismo nombre para los abuelos extraños que los propios, pero con modificaciones siempre que llevaba afijo pronombre posesivo. *Achu*, abuelo, *zeze*, abuela; mi abuelo, tu abuela, su abuelo, nuestra abuela, *nu-achu-có*, *pi-oze*; *ma-achu-có* ó *su-achu-có*, *bi-oze*. Otro tanto sucedía con otros nombres de parentesco. *Nebo*, sobrino de varon; *nu-a-nebo*, *pi-a-nebo*, mi sobrino, tu sobrino. *Echavico*, hermano mayor; *ne-chobi*, *pe-chobi*, mi mayor hermano, tu mayor hermano.

Acontecía lo mismo con muchos nombres comunes. Al juntarse con posesivos, cambiaban algunos de terminacion, tomaban otros ciertas partículas, perdían otros alguna de sus sílabas. *Tumor-è*, el cuchillo; *nu-tumor-á*, mi cuchillo; *iti*, la sangre; *ni-iti-ne*, mi sangre; *ache-ne* el camino, *nu-o-che*, mi camino.

Abundaba la lengua moxa en voces compuestas y derivadas; mas esto no la particularizaba ya respecto á los demas idiomas de América. Convertian casi todos con la mayor facilidad y frecuencia los verbos en nombres y los nombres en verbos; y á fuerza de unir verbos, nombres, adverbios, preposiciones, partículas, formaban á menudo voces que cencerraban todo un pensamiento. Aventajaban muchos en ésto al de los moxos, pero no en la manera de expresar por medio de ligeras adiciones al nombre ó al verbo las diversas partes ó circunstancias de

un objeto ó de un acto. *Cohobo*, el ciervo, *cohobo–mo*, la piel del ciervo. *I chini*, el tigre. *ichini–mo* la piel del tigre. *Varayu*, la gallina; *vayaru–se* la pluma de la gallina. *Upohi*, el palo; *upohi–a* el huevo del pato; *Seponi*, maíz, *seponi–pay–re*, tierra de maíces. *Himo*, pescado; *himo–cure*, río abundante en pescado. *U–ne*, agua; *une–cure*, laguna. *Sabaré*, tabaco; *sabare-omo*, caldo de tabaco. *Ubomoi*, la pampa; *ubomoi–rinano*, los que viven en la pampa; *toobaparú*, la playa; *toobaparu–runano*, los que moran en la playa. *Nunico*, yo como *nuni-rihi*, los restos de la comida. *Nupoyco*, ando; *nupoy-poy-co*, me paseo. *Nuye-repaco*, yo acarreo tierra; *nuyeropa-rai-co*, ando acarreándola. *Nucopitico*, esprimir; *nucopiti–ri–co*, esprimir mucho. *Nimoco*, yo duermo; *n–u-cai-moco*, hago dormir á otro. *Netataco*, yo clavo; *n–u–be–tatacó*, yo desclavo. *Numitacó*, arranco; *ni–mi–mitacó*, yo ayudo al que arranca, etc., etc.

Debería escribir mucho si quisiera apurar este punto. Los ejemplos que acabo de poner bastan: entraña cada uno una regla. ¿Es ó no importante el estudio de la lengua moxa?

CAPÍTULO XI

Itonamas y canichanas.—Su situacion geográfica.—Condiciones físicas de los itonamas.—Condiciones morales.—Religion.—Supersticiones.—Los canichanas.—Sus condiciones físicas y morales.—Su audacia.—Sus invasiones.—Costumbre que observaban á la primera menstruacion de sus hijas.—Los cayuvavas.—Su situacion.—Su carácter.—Génios en que creían.—Los itenes.—Su situacion.—Su arrojo y amor á la independencia.—Su destreza como navegantes.—Su gusto artístico.—Su lengua.—Los movimas.—Su situacion, su estatura, su lengua, su génio del mal y sus supersticiones.—Los chapacuras.—Su situacion.—Sus costumbres.—Los pacaguaras.—Su situacion.—Su bondad.—Su espíritu emprendedor.—Sus génios del bien y del mal.—Gusto musical de todos los Moxos.—Nuevo grupo de pueblos en la falda oriental de los Andes.—Descripcion de la comarca.—Pueblos de que sólo se sabe el nombre.—Pueblos de que se conoce el estado social y las costumbres.—Color de estos pueblos.—Estatura.—Formas.—Condiciones generales de vida.—Trajes.[1]

Entre los Moxos los que más se apartaban del tipo general eran los itonamas y los canichanas, pueblos limítrofes y, sin embargo, de opuesto carácter. Vivían ambos en el mismo grado de latitud, del trece al catorce; los unos del cincuenta y nueve al sesenta y uno y los otros del sesenta y uno al sesenta y dos de nuestro meridiano. Extendíanse aquéllos por las orillas del San Miguel desde la laguna de su nombre hasta el Machupo; éstos por las fuentes y las riberas de este último río.

Eran los itonamas de ménos estatura que el resto de los Moxos; si de gran pecho y espalda, flacos en lo demas del cuerpo; de algo ménos redonda cara, más pronunciados pómulos y más estrecha frente. Tipos de falsedad y astucia, tenían pobre la barba, sutil el lábio, afeminado el rostro, recelosa y poco alegre la fisonomía. Vestían la camisa sin mangas, pero muchos negra. Impúberes, iban, si hembras, desnudos, si varones, con ligas en las gargantas de pié y pierna. Llevaban cinturon las adultas.

Moralmente no se hacían simpáticos. Eran egoistas, de escasos afectos, poco

[1] Fuentes de este capítulo: D'Orbigny, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*, tom. V, páginas 154-160; 288-310.

sociables, nada celosos de su honra, sin pudor, con vicios. Entregaban la esposa al apetito de sus parientes, cambiaban de mujer en sus frecuentes orgías, enseñaban á ser lúbricos á sus propios hijos, no ponían á la sensualidad dique ni freno. Aunque amigos del trabajo, sentían aficion al robo: pillaban y saqueaban á las vecinas gentes, como pudieran hacerlo sin peligro.

Gobierno, religion, no sé que los tuvieran. Temían á cierto espíritu del mal que llamaban *Chukiva;* y si algunos ritos guardaban, era sólo para hacérselo propicio.

Eran en cambio muy supersticiosos. Al caer enfermos se habían de trasladar, por distante que estuviera, á la choza en que hubiesen nacido; y al estar desahuciados, consentir que les taparan ojos, narices y boca para que la muerte no saliese del recinto de su cuerpo y se propagara á la tríbu.

Eran por lo contrario los canichanas de aspecto feroz y duro: grande y oblonga la cabeza, corta y arqueada la frente, hundidos, pequeños y con alguna inclinacion los ojos, gruesos los lábios, enérgicas las facciones, triste, fea y torva la fisonomía. Aventajaban en lo audaces á todos los bárbaros, llevaban á los pueblos del contorno el terror de sus armas. Tenían en una fortaleza de anchos fosos la flor de sus guerreros, y de allí caian ya sobre los itenes, ya sobre los cayuvavas, ya sobre los mismos itonamas como devastador torrente. Si no encontraban resistencia, se limitaban al robo; si la encontraban, se batían con indomable arrojo y comían en solemnes festines á los prisioneros.

Cultivaban poco la tierra, pescaban y eran hábiles cazadores. Desplegaban sin igual destreza sobre todo en la persecucion de los caimanes, para ellos manjar sabroso.

Gobierno, religion, tampoco sé que los conocieran. Rendían cuando más culto á otro génio del mal, *Tinijama,* único sér á quien temían.

Una costumbre observaban que hace recordar á los pueblos más al Mediodía. Cuando por primera vez menstruaban sus hijas, las obligaban á ocho días de ayuno, pasados los cuales reunían á sus deudos y se entregaban á libaciones y fiestas. Aunque rudos y fieros para los extraños, no dejaban ni habían dejado de sentir nunca los dulces afectos de familia.

Lindaban al Sud con los canichanas los cayuvavas. Vivían al grado trece de latitud y al sesenta y dos de longitud, en la ribera occidental del Mamoré, como á quince leguas de la union de este río con el Iténes, en llanuras á cada paso cortadas por pantanos y pequeños bosques. Eran tambien atrevidos, belicosos, ardientes, pero francos y leales. No hacían ya la guerra por mero espíritu de robo ni comían á los prisioneros; buscaban principalmente en el trabajo los elementos de su vida. Así, lejos de inspirar terror, como los canichanas, ni de excitar antipatías, como los itonamas, eran bienquistos de todas las naciones á la redonda. Sobre cazar y pescar, labraban los campos, ejercían algunas industrias.

Creían en algo más que el diablo. Reconocían un génio del mal, que llama-

ban *Mainaje*, y uno del bien, protector de todos los séres, por nombre *Idaapa*. Si los adoraban ó no lo ignoro. Altares, templos ni ídolos no los tenían.

Supersticiosos lo eran como todos los pueblos de la comarca. No trabajaban durante los menstruos de sus mujeres; no emprendían, viudos, cosa de peligro, temerosos de que en el peligro sucumbirían.

Al Occidente de los cayuvavas, en el mismo grado de latitud y hácia el sesenta y uno de nuestro meridiano, por el delta que forman el Mamoré y el Guaporé al ir á confundir sus aguas, se extendían los itenes, pueblos aún salvajes, dispuestos á morir por su libertad y su independencia. No cedían en valor sino á los canichanas, y á éstos los aventajaban en nobleza de sentimientos. Intrépidos cazadores, recorrían sin cesar las casi inaccesibles selvas que allí cubren la tierra. Diestros como los payaguas en el manejo de sus canoas, tambien largas y estrechas, navegaban con no ménos ardor por los dos grandes ríos entre cuyas riberas moraban. No eran ajenos á la agricultura, pero vivían más de la caza y la pesca.

Se distinguían los itenes de las demas naciones moxas por cierto gusto artístico. Se ceñían gallardamente á la cabeza coronas de plumas, aplicaban vistosos colores á las telas de que hacían sus túnicas, adornaban con dibujos el astil de sus flechas. Tenían gracia hasta en pintarse el rostro.

No era ménos hermosa su lengua. No la había más concisa entre las del Sur de América, pero tampoco más suave ni más eufónica. Terminaban por letra vocal todas sus palabras, y no contenía ninguna consonantes dobles ni ásperas. Cosa tanto más de notar, cuanto que los idiomas de sus vecinos eran extremadamente duros. En el de los canichanas, por ejemplo, abundaban las terminaciones en *ac*, *ec*, *ip*, *ij* y *ch* y los nexos *jl*, *tz*, *ts;* en el de los itonamas nexos como *jl* y *jn*.

En lo que no estaban los itenes más adelantados que los demas pueblos era en religion y en política. Carecían de gobierno. Tenían en *Tumekè* su génio maligno.

No estaban muy apartados de todas estas gentes los movimas. Ocupaban los llanos que hay entre las riberas del Mamoré y las del Yacuma, hácia el grado catorce de latitud, entre los sesenta y dos y sesenta y tres del meridiano de esta Córte. Diferían poco del tipo general de los Moxos. Eran algo más altos y más robustos. Hablaban una lengua durísima, erizada de nexos como *tch*, *chl*, *jn*, *jl*, *js*, *lj*, *ts*. Tenían su génio del mal en *Canibaba Kilmo*. Participaban de las supersticiones de los cayuvavas. No acometían viudos al jaguar por creer seguro que si lo hiciesen perecerían, no mataban las serpientes por no verse atacados de la lepra.

Hallábanse enclavadas las naciones hasta aquí descritas entre los chapacuras y los pacaguaras, aquéllos la nacion más al Mediodía, éstos la más al Norte.

Los chapacuras se llamaban á sí mismos huachis y eran tambien conocidos bajo los nombres de tapacuras y quitemocas. Vivían en las márgenes del Río

Blanco, no lejos de un gran lago, en los bosques limítrofes de la provincia de Chiquitos. De los Chiquitos habían tomado sus armas y sus chozas, y se les habrían parecido más que á los Moxos de no andar en piraguas á busca de caza y pesca. Ni se pintaban ni se labraban el cuerpo; no se horadaban nariz ni lábios. No seguían á los Moxos sino en untarse con aceite de coco los cabellos, trenzárselos y llevarlos á la espalda. Iban desnudos los varones ó con sólo un pedazo de cuero entre los muslos; con la camisa sin mangas las hembras. Varones y hembras eran extremadamente buenos: atacaban raras veces á sus vecinos.

Bondadosos, hospitalarios, francos, leales, pacíficos, eran tambien los pacaguaras. Vivían hácia el grado diez de latitud, entre los sesenta y uno y sesenta y dos de nuestro meridiano, en la confluencia del Mamoré y el Beni, ya fuera de la provincia. Si no geográfica, etnográficamente pertenecían á los Moxos; y por ésto los incluyo en el grupo. No los aventajaba nadie en lo buenos, pero tampoco en lo emprendedores. Navegaban osadamente por los dos ríos, y sabían mantener su independencia aún prestando sus armas á los que pudieran tener interes en destruirla. Eran á la vez cazadores, pescadores y agricultores. Creían en un espíritu del bien y otro del mal como los cayuvavas. Llamábanlos *Huara* y *Yochina*.

Pongo aquí término á la descripcion de los Moxos, de quienes sólo me falta decir cuán aficionados eran á la música. La flauta de Pan que vimos entre los quichuas la usaban y la usan aún los moxos en todas sus fiestas. La habían prolongado desmesuradamente: habían llegado á darle seis piés de largo. Producían con ella y producen agradables bien que algo bárbaras melodías.

Al Occidente de los Moxos vivía otro grupo de pueblos de muy diverso carácter y muy distintas costumbres. Estaban derramados por las húmedas y calurosas regiones de la falda oriental de los Andes del Perú y Bolivia, del grado trece al diez y siete de latitud, en una faja que no tenía de anchura ménos de veinte leguas. Moraban al pié de los torrentes y las cascadas sin número que de sublimes y rasgados cerros bajan allí entre abismos con sonoro estruendo á sombríos y profundos valles. Bajo las copas de gruesos árboles, cuyos erguidos y entrelazados ramajes oponían á los rayos del sol una casi impenetrable bóveda, habían levantado los más sus espaciosas cabañas y llevaban cómoda y placentera vida. Habrían podido difícilmente elegir suelo en que la naturaleza desplegase mayores galas. Alturas y llanos estaban materialmente cubiertos de una vegetacion tan bella como grandiosa.

Decir todos los pueblos que en tan deliciosos lugares habitaban y habitan es hoy por hoy de todo punto imposible. Son en su mayor parte desconocidos, y no se sabe de muchos sino el nombre. Sólo el nombre hemos adquirido de los huacanuas, los suriguas, los machuis, los ultume-cuanas, los chontaquiros, los quixos y los chayavitos. Se conoce algo más de los yucararés, los mocetenes, los tacanas, los maropas y los apolistas, y á ellos circunscribiré la pintura

del nuevo grupo. Lo vió por sus ojos Orbigny y á Orbigny me refiero.

Los rasgos comunes á los cinco pueblos eran á la verdad muy pocos. Figuraban como principales el color, la estatura y la forma.

No era de mucho tan oscura la piel de esos moradores de los Andes como la de sus fronterizos de Oriente y Occidente: los Moxos, los quichuas y los aymaras. Sobre todo los yucararés habrían podido rivalizar en blancura con los europeos. Yucararés y no yucararés solían presentar, ademas, esparcidas por todo el cuerpo manchas de blanco mate que les daban singular carácter. Sospecha Orbigny que fuesen debidas á cierta enfermedad cutánea: mas no me parece probable.

En estatura superaban los cinco pueblos á los que estaban al otro lado de los Andes, no á los Moxos ni á los Chiquitos. Oscilaban entre un metro setenta y seis centímetros y un metro sesenta y cuatro: los más altos, los yucararés; los más bajos, los apolistas.

En lo que á todos sus vecinos aventajaban, así á los orientales como á los occidentales, era en gallardía de formas. Revelaban energía sus miembros, y en muchos cuerpos hasta se dibujaban exteriormente sus vigorosos músculos; pero iban unidas á la virilidad la gracia y la belleza. Sólo en las riberas del Paraná y el Paraguay ó en las llanuras del Chaco se habría podido encontrar hombres que presentasen tan felizmente combinadas la fuerza y la elegancia. Eran esos andianos bastante esbeltos, de buenas proporciones.

Fisonómica y moralmente se parecian poco los cinco pueblos. Eran generalmente mezcla de ferocidad y dulzura, poco alegres aún en sus fiestas, aficionados á la caza y la pesca y sólo por necesidad agricultores, indóciles á todo freno, amigos de la guerra. No formaban tampoco nacion ni juntos ni separadamente: estaban divididos en pequeñas tríbus apénas si con gobierno. Entregábanse con bastante frecuencia á las bebidas espirituosas y sólo en sus orgías á monótonas danzas. No ejercían otras artes que la alfarería, el tejido del algodon y la lana, la fabricacion de sus armas, reducidas al arco y la flecha, y la construccion de las balsas en que solían pasar los ríos. Algo estéticos eran, puesto que adornaban tambien con plumas el astil de sus saetas y aún sus vestidos con dibujos curvilíneos de vivos colores.

Iban vestidas las mujeres; de los hombres, unos completamente desnudos, otros con túnicas sin mangas, ya tejidas, ya de la corteza de ciertos árboles; hombres y mujeres, descalzos, al aire la cabeza, largos los cabellos y atados por la espalda. No se labraba nadie el cuerpo; se pintaban el rostro sólo los yucararés y los mocetenes. Usaban collares las hembras y algunas hasta ajorcas.

Eran muy distintas las lenguas en los cinco pueblos; ásperas unas, dulces y eufónicas otras. Distintas eran tambien las religiones. Tal vez no convinieran más que en la total ausencia de culto.

Hablaré particularmente de cada pueblo en el siguiente capítulo, sobre todo de los yuracarés verdaderamente dignos de la atencion de los lectores.

CAPÍTULO XII

Los yuracarés.—Su situacion.—Belleza de la tierra que ocupaban.—Caractéres físicos.—Trajes y adornos.—Agilidad y destreza para la caza y la pesca.—Carácter moral.—Agricultura.—Habitaciones.—Alimentos.—Caza.—Pesca.—Fabricacion de armas.—Otras industrias.—Costumbres.—Nacimientos.—Educacion hasta los siete años.—Educacion posterior.—Casamientos.—Distribucion de las cargas conyugales.—Cambios de domicilio.—Visitas á parientes de apartadas tierras.—Falta de sociabilidad.—Falta de subordinacion y disciplina.—Ceremonias de la nubilidad en las hembras.—Carácter sangriento de sus fiestas.—Supersticiones.—Supersticiones respecto á la agricultura y la caza.—Supersticiones respecto á las enfermedades.—Supersticiones respecto á sus hijos.—Si era la supersticion ó la religion lo que los llevaba al sacrificio de su propia sangre.—Creencias.—Incendio de la naturaleza por Sararuma.—Salvacion de un solo hombre.—Ayudado este hombre por el mismo Sararuma, cubre de nuevos bosques la tierra.—Da con una mujer y engendra varios hijos.—Su hija única se enamora de un árbol llamado Ulé y logra verlo convertido en mancebo y tenerle por esposo.—Va Ulé á caza con sus cuñados y muere desgarrado por un tigre.—Su esposa reune los destrozados miembros y les restituye la vida.—Ulé, sin embargo, al ver en las aguas de un arroyo que le falta parte de la mejilla, se niega á seguir á su consorte.—Extraviada la esposa, va á parar en una casa de jaguares.—La madre de los jaguares quiere salvarla y la oculta á sus hijos, pero inútilmente.—Perece la mujer de Ulé despedazada por uno de los tigres.—Se encuentra en su seno á Tiri.—Le salva la madre de los tigres.—Enterado Tiri de la muerte de su verdadera madre, se resuelve á matar á los jaguares.—Yerra el tiro al querer matar el cuarto, y creyéndose perdido invoca el socorro de la naturaleza.—Le salva la Luna.—Tropieza Tiri, pierde la uña del dedo gordo del pié y de la uña sale Caru.—Van Tiri y Caru á un banquete, vuelca Tiri una copa é inunda el mundo.—Perece Caru en el diluvio y Tiri le devuelve la vida.—Caru y Tiri cohabitan con el pájaro pospó y engendran cada uno una mujer y un hombre.—Por qué está condenado el hombre al trabajo, al dolor y la muerte.—Orígen de los papagayos, los tucanes y otros pájaros.—De dónde salieron las diversas naciones de la tierra.—Por qué reina entre ellas la discordia.—Tiri, al terminar su tarea, se retira al Occidente.—A pesar de estas tradiciones no rendían los yuracarés á dios alguno adoracion ni culto.—Creencia en la inmortalidad del alma.—Dónde ponían el paraíso.—Originalidad de los yuracarés.—Su sistema de numeracion.—Su lengua.—Sus suicidios.—Sus duelos.—Su orígen.—Los mocetenés.—Su situacion.—Las diferencias que los separaban de los yuracarés.—Los tacanas.—Los maropas.—Los apolistas.[1]

Los yuracarés eran la nacion principal del grupo. De Norte á Sur vivían por los grados diez y seis y diez y siete; de Oriente á Occidente, de Santa Cruz de la Sierra á Cochabamba. Se extendían por los gigantescos bosques de que están cubiertos los últimos estribos de los Andes y las inmediatas llanuras. Habrían podido encontrar difícilmente más hermoso albergue: el suelo tapizado de musgo y helechos; palmeras de esbelto y flexible tronco agitando unas sobre otras sus más bien plumas que hojas; á cien metros de altura sombrías bóvedas formadas por el soberbio ramaje de frondosos árboles; ríos y arroyos sin número, que corren á confundir con las del Mamoré sus cristalinas aguas, uniendo sus murmullos á los trinos de pájaros de brillantes colores y llenando de armonía la encantada selva.

Correspondían á tanta magnificencia los yuracarés con sus gallardas formas y pintados trajes. Eran altos, derechos, de airoso porte y fiero continente; oval el rostro, aguileña en muchos la nariz, negros y horizontales

[1] Fuentes de este capítulo: ORBIGNY, *Voyage dans l' Amérique Méridionale*, tom. III, chapitre XXXVII; tom. V, pág. 161-174.

los ojos, largo el cabello, que cortaban por delante al nivel de las cejas y ataban por detrás junto al cerviguillo. De vistosas y enhiestas plumas se solian adornar la cabeza, cuando no del blanco plumion de las águilas; de unas como borlas sus agujereadas orejas; la cara, de líneas rojas ó negras, que de ordinario les bajaban de las sienes á la boca y de la boca al cuello. Vestían como los Chiquitos y los Moxos la túnica sin mangas, pero no de algodon, sino de corteza de árbol con dibujos de color y más ó ménos estrechas orlas. Agradaba verlos marchar por los oscuros senderos de sus bosques ó las orillas de sus arroyos descalzo el pié, medio al aire la pierna, desnudos garganta y brazos, suelto y ágil el cuerpo, en la muñeca ó la cabellera su cuchillo de monte, en la mano sus grandes arcos y sus largas saetas.

Eran como ninguno flexibles y lijeros. Así corrían tras las disparadas reses, como trepaban á lo más alto de sus higueras y nogales y saltaban por las ramas de copa en copa. Así andaban por la tierra, como nadaban por el agua empujando la frágil canoa en que llevaban su ajuar y sus hijos. Se ejercitaban de mozos en el manejo del arco, y solían poner, donde el ojo, la flecha. La clavaban en el pájaro que se mecía en los más elevados árboles y en el pez que asomaba á la superficie de sus claros y transparentes ríos.

Parecían niños por su carácter. Eran alegres, vivos, prontos en concebir y ejecutar sus pensamientos, imprevisores, volubles, codiciosos de cuanto veían, enemigos de toda reprension y aún de todo consejo, arrogantes hasta la soberbia. Se creían los primeros hombres del mundo, tenían en ménos á los demas y miraban con desden las obras de los pueblos cultos con que lindaban al Occidente. No agradecían lo que se les daba, como no se les otorgase cuanto pedían. Sin razon plausible mudaban cada dos ó tres años de asiento. No recogían casi nunca todo el maíz que les producía la tierra, y del que segaban convertían gran parte en vino y se apresuraban á consumirlo. No decidían cosa alguna que al instante no pusiesen por obra. Amaban los banquetes y la danza. No decían bueno al que se atrevise á echarles en cara la mayor de las impertinencias, ni buena á la madre que no satisficiese los antojos de sus hijos. Eran, ademas, habladores, atrevidos, sin miedo en el corazon ni freno en la lengua. Preciábanse de bravos y tambien de elocuentes.

Se dedicaban los yuracarés, como acabo de indicar, al cultivo de los campos. Donde quiera que se establecían empezaban por derribar árboles y levantar, más que una cabaña, un espacioso cobertizo que dejaban abierto por las dos extremidades y cubrían con hojas de sus palmeras. Construían á los lados otra habitacion en que hacían sus armas, y con la corteza del moral una baja choza en que dormían sobre esteras de palma á fin de guardarse de los mosquitos. Plantaban al rededor plátanos, yuca, legumbres; y allá en el fondo del bosque, el socorrido maíz, el trigo de América. Es de advertir que, como casi todos los pueblos de aquellas regiones, se fijaban principalmente en las orillas de los arro-

yos. Procurábanse por este lijero trabajo abundantes alimentos á que se unían los sabrosos frutos de sus fecundas tembees, que los daban de Febrero á Junio.

Ademas de labrar la tierra cazaban y pescaban. No iban nunca á la caza solos, pero se dispersaban en lo interior de los bosques. No por ésto dejaban de ayudarse. Decíanse por silbidos dónde abundaban las reses, qué direccion tomaban las fugitivas, cuándo se veían atacados por fieras y necesitaban socorro. Se esforzaban en coger vivos ciertos animales bravíos y tenían gusto en criarlos. Perseguían principalmente á los monos. Buscaban solícitos la flecha que habían disparado, y hacían por recogerla, aún viéndola clavada en altísimas ramas. Con flechas pescaban tambien, pero no cuando á causa de grandes lluvias bajaban turbias las aguas de los ríos. Empleaban entónces las redes.

No fabricaban las flechas como los pueblos hasta aquí descritos. Dábanles metro y medio de largo, adornábanlas con grandes plumas de condor ó de águila y otras pequeñas de brillantes colores, y las terminaban, ya por afiladas hojas de caña, ya por agudas astillas de madera, ya por dos palos en cruz, segun las destinasen á corzos, jaguares ó pájaros. No hacían de ménos longitud sus arcos, rectos miéntras no se los tendía. Tan importante creían la construccion de estas armas, que no consentían en el taller la presencia de sus mujeres.

Apenas ejercían otras artes. No hilaban ni tejían. A dos industrias se dedicaban, sin embargo, que desconocían aún los vecinos quichuas. De láminas delgadas de bambú, que unían con hilo de color artísticamente trenzado, hacían vistosos peines, aún hoy codiciados por la gente culta. Con planchas de madera grabadas pintaban sus túnicas de corteza; procedimiento nada comun cuando la Conquista aún en la misma Europa. ¡Que de tan desigual y tan distinto modo se desenvuelva el ingenio de los hombres! [1]

En lo que son más de notar los yuracarés es en las costumbres y las creencias. Nacían como los araucanos y los quichuas en las riberas de los lagos y los ríos: allí se había trasladado su madre con algunas parientas al sentir los dolores del parto. ¡Felices si no se había de antemano decidido su muerte! Los mataba al punto la mujer si engendrados por el adulterio ó el estupro, si contrahechos, si tenía ya muchos hijos ó era de edad y había perdido á los que en su juventud concibiera. En sus tres primeros años criábanse á los pechos de la madre; hasta los siete á la tierna solicitud de la madre vivían exclusivamente confiados. No hallaban en todo este tiempo obstáculo alguno para el desarrollo de sus facultades y sus instintos. Mandaban, no obedecían.

Ninguna ceremonia á su nacimiento. Los bañaba su madre, se bañaba, volvía por su pié al hogar y proseguía, como si nada hubiese acontecido, sus ordinarias tareas. Tampoco había allí forma alguna de bautismo. Tomaba el recien

[1] ¿Habrían tomado los yuracarés de los españoles las dos industrias? Es muy de notar que no las ejercen los Chiquitos ni los Moxos, sus vecinos, á pesar de haber estado en más sólidas y duraderas relaciones con nuestros jesuitas.

nacido el nombre que le iban dando los que le rodeaban, tal vez el de un insecto, tal vez el de un pájaro, tal vez el de una fiera.

A los siete años iban ya los yuracarés de caza con sus padres. Dedicábanse en edad temprana, no sólo á manejar el arco, sino tambien á conocer la topografía y los secretos de sus bosques, subir á las encumbradas copas de sus árboles y desafiar y salvar toda clase de peligros. El ejercicio del arco no lo dejaban un solo día: no hallaban mujer con quien casarse como no fuesen hábiles arqueros. Vivían de la caza lo más del año: ¿cómo sin ser arqueros mantener á sus familias?

Casaban de ordinario con parientas: no reputaban incestuosos sino los enlaces entre padres é hijos. Habían de comprar por costosos regalos sus esposas, si acertaban á buscarlas fuera de sus deudos. No pocas veces las disputaban en duelo á temidos rivales. Lo más comun era que se encontrasen casados por sus abuelos en un banquete. Concertábanse éstos cuando más ardían las cabezas al calor del vino, y unían en dulce consorcio á sus nietos sin consultarlos. El que hacía de padrino gozaba el primero de los favores de la novia; cogía luégo por la mano á los dos cónyuges, los llevaba á una choza y los dejaba no bien los había instruido sobre los deberes que contraían. Costumbre rara, que hacía naturalmente poco fuertes y duraderos los vínculos del matrimonio. No era allí legal la poligamia, pero existía de hecho gracias á la frecuencia de los repudios.

Casados los yuracarés, solían habitar de pronto en casa de la madre de la novia. Se establecían despues, y vivían vida independiente. Correspondían al marido los trabajos de la caza y la pesca, la construccion de sus armas, la defensa del hogar y el cultivo de la yuca; á la mujer, la cocina, el cuidado de los hijos, la provision de agua y leña, la siembra y la cosecha del maíz, la fabricacion del vino y tambien la de la vajilla, que no hacían sino solas y en lo interior de los bosques. ¿Se resolvían á cambiar de domicilio? No tomaba el marido sobre sí más que su arco y sus flechas: cargaba la mujer con todo el ajuar y lo llevaba á cuestas en una como red que sujetaba á la frente. Gracias que no debiera añadir á la carga niños que no pudieran por su pié andar el camino. Desigual era el reparto, pero la excusaba el marido alegando la necesidad de servir de escudo á la familia contra los ataques de las fieras. ¿Había de poder defenderla con más peso que el de sus armas?

Emprendía á veces el marido viajes con muy distinto objeto, con el de visitar á parientes que moraban en apartados sitios. Se ponía al efecto su mejor túnica y sus joyas, se pintaba lo mejor que sabía el rostro, se untaba con aceite de coco y se adornaba con plumion de águilas la cabellera. Bañábase y peinábase al estar cerca de la choza á que se dirigía, y se anunciaba haciendo resonar el aire con una flauta. Ya que tenía delante á su deudo, que generalmente le salía al paso, no bien concluidos los saludos, con maravillosa volubilidad y soltura y sacudiendo á trechos sus armas le dirigía una arenga, donde sin parar le

daba cuenta de su origen, las vicisitudes de sus mayores y sus propias aventuras y desventuras. Oía luégo con calma á su pariente, que no era ni ménos fácil ni ménos largo, y tal vez se pasaban las horas y aún el día refiriéndose de pié y al aire libre hasta los más insignificantes pormenores de su vida.

Lo extraño era que despues de todos estos discursos se bañaban juntos los dos interlocutores, y al entrar en la choza, comunmente la que servía para la fabricacion de sus flechas, sentados el uno al par del otro, prorumpían en copioso llanto, se cubrían la cara con los cabellos y no cesaban en muchas horas de lamentar alternadamente y como si hablaran en verso, ya la muerte de sus antepasados, ya lo que por ella perdieron. Era aún más de extrañar que, cambiando bruscamente de tono, se preguntasen tranquilamente por su salud, y se pusiesen á comer satisfechos y animosos cual si de improviso hubieran desaparecido de su alma tan tristes memorias.

Duraba tres días la visita, y no podía en los tres cerrar el viajero los ojos. Recibía uno tras otro á los habitantes de las vecinas chozas, y había de pasar á despedirse de todos, si no quería tenerlos por enemigos. Era aquel pueblo demasiado altivo para no tomar á ultraje la descortesía.

Ni siempre el yuracaré hacía solo estas excursiones. Ya que le acompañasen algunos, iban todos á la deshilada. A la deshilada corrían tambien á labrar sus campos. Marchaba uno delante tocando la flauta; le seguían los demas llevando los pocos aperos que conocían.

No vaya por ésto á suponerse que fuesen muy sociables. Estaban distribuidos, no por tríbus, sino por familias. Vivían sin gobierno. Comían aparte varones y hembras. No había ni entre cónyuges ni entre deudos subordinacion ni disciplina.

Generalmente hablando, los padres eran allí los esclavos de los hijos, no los hijos de los padres. Aún las hijas, por lo ménos hasta ser púberes, mandaban en sus progenitores. Núbiles ya, eran objeto de ceremonias algo parecidas á las que vimos entre los araucanos, los patagones y los puelches. Si por ellas perdían de su libertad no seré yo quien lo afirme. En Arauco recordará el lector que adquirían la de arrojar su corazon á los piés de cualquier mancebo.

En siendo mujer una niña, la metían los yuracarés en una cabaña construida al intento, y la condenaban á cuatro días de tinieblas, soledad y riguroso ayuno. Rompía á llorar la madre, y con sus compañeras iba al bosque por agua, mandioca y leña. El padre en tanto fabricaba artesas en que hacer el vino, y al cuarto día, mucho ántes de romper el alba, llamaba á voces á todos sus vecinos y parientes. Encontraban sentada á la niña en una piedra, junto á unas hojas de palmera que estaban ardiendo; le cortaban por órden un mechon de pelo y corrían dando gritos á sepultarlo en el hueco de un árbol. Sentábanse á su vez en cuanto volvían del bosque, y, puestos á la redonda, de las mismas manos de la heroína de la fiesta recibían sendas calabazuelas llenas de chicha. No empe-

zaban á beber que con agudos huesos no hubiesen herido en los brazos á sus propios hijos, que tenian junto á sí para el objeto: mas, ya que habían cometido este acto de barbárie y aún á veces lastimádose á sí mismos, bebían, tocaban la flauta, cantaban y se entregaban al baile hasta la noche, sin que bastasen á impedírselo ni la lluvia ni la tormenta.

Reuníanse otras dos veces deudos y vecinos: al otro día para beber la chicha del mani, á los quince ó á los veinte para repetir la fiesta. En ella se mezclaba ya la jóven núbil con las demas mujeres. No podía, sin embargo, en cinco ó seis meses hablar con hombre nacido ni llevar la cerviz sin la corteza de algun árbol.

Fiestas no dejaban de tenerlas los yuracarés, pero todas sangrientas. En todas se pinchaban los brazos; y del hombro á la mano se pasaban por la piel á manera de sedales huesos de mono lo más afilados posible, que para mayor suplicio frotaban con sustancias picantes. No se satisfacían con atormentarse á sí propios; atormentaban á sus más tiernas hijas.

¿De qué podía nacer tan general y feroz costumbre? Eran los yuracarés á no dudarlo, uno de los pueblos más supersticiosos del mundo. Cuando iban á caza de fieras, se pintaban extrañamente el rostro para infundirles miedo; cuando á caza de monos, tomaban un oscuro brebaje, que sacaban al parecer de cierta clase de acacias, creyendo evitar con ésto que les cayesen á la cabeza las flechas disparadas en alto y conseguir que fuese certera su puntería. A los monos que mataban los envolvían en hojas de palmera, los rociaban con vino y les dirigían blandas y amorosas palabras con el fin de que estuvieran contentos los que habían dejado en el bosque y no se se sustrajeran otro día á sus tiros. Con análogo objeto recogían cuidadosamente los huesos y las espinas de los animales que comían, y los enterraban ó los arrojaban, bien al fuego, bien á las aguas de sus ríos y arroyos. Por temor de que los aplastasen no probaban carne de pecari, el jabalí de América, el día en que iban á derribar árboles. Temían que se les malograse el maíz con ir á verlo miéntras crecía. Lo sembraban, y no volvían al campo hasta la época de la cosecha.

No paraban aquí las supersticiones. No querían los yuracarés que se los reprendiera ni reprendían á sus hijos porque decían que la reprension llevaba consigo la muerte. Atribuían generalmente sus dolencias á brujos y espíritus malignos. Si padecían de lombrices, se limitaban á quemarlas; si de tumores, daban el pus á ciertas hormigas para que el humor no les volviera á ganar el cuerpo. Purgábanse á veces con el fruto de árboles llamados *tomochi* y *soto*: los arrancaban de cuajo como el enfermo viniera á morirse. Tenían puesta la fé en charlatanes que, sentándoseles al lado, les llamaban el alma, fingían llevarla en la mano y despues de atento exámen, «malita estás, decían, pero en tantos ó cuantos días te pondrás buena». Maldecían el arco iris y tambien los arreboles del sol poniente, porque los creían présagos de enfermedades. Infalible anuncio

de grandes epidemias entendían tambien que era el canto de ciertas aves que suponían viudas. ¿Estaba malo alguno de sus deudos y acertaba á retumbar con fragor el trueno? Consideraban terminada la vida del paciente. ¿Relampagueaba ó tronaba en la region de que les venía un extranjero? El extranjero era portador de graves desventuras. ¿Soplaban por fin rachas de viento que les producían dolores ó vómitos? Los génios del mal cabalgaban en el viento.

Eran supersticiosos los yuracarés hasta en esas ceremonias de la pubertad que dejo descritas. Había de ayunar la jóven núbil y abstenerse medio año de hablar con varones, porque de otro modo se le morirían desgraciadamente los futuros hijos. O se los mordería una serpiente, ó se los mataría el rayo, ó se los desgarraría un jaguar, ó se los aplastaría un árbol, ó caerían heridos por sus propias flechas.

Es muy de creer que por supersticion lastimasen tambien aquellos pobres bárbaros su cuerpo y el de sus hijos. Como otros muchos pueblos se sangraban las piernas al sentirse rendidos de fatiga. Si erraban muchas veces el tiro, dábanse en los brazos con sus huesos de mono. Al atormentar por otra parte á sus tiernos vástagos, para sacarlos diestros pescadores y cazadores alegaban que lo hacían; tanto que á cada golpe les prometían nuevos pescados y nuevas reses. Repito, sin embargo, lo que tantas veces he dicho: no puedo convencerme de que estos sacrificios no fuesen, por lo ménos en su orígen, fruto de la idea de expiacion que veo palpitar en el seno de todas las religiones. De la religion á la supersticion no hay á mi entender abismos.

Verdad es que los yuracarés no rendían, que yo sepa, culto ni á Dios ni á la naturaleza. Pero ¿acaso no creían en génios del mal que acibaraban su vida? Tenían ademas una especie de cosmogonía, de que no puedo ménos de dar un resúmen.

El mundo empezó, decían, por nuestros vastos y frondosos bosques. Abrasólos un espíritu maléfico, *Aima Suñé,* ó *Sararuma,* y no dejó sér con vida sobre la haz de la tierra. Escapó del general desastre sólo un hombre que había tomado la precaucion de abrirse una profunda cueva, y bajó á ocuparla en cuanto observó el incendio. Por tres veces sacó á la entrada de la caverna una larga varilla: dos la retiró inflamada; la última, fría. Cuatro días dejó transcurrir aún ántes de abandonar su tenebrosa morada: salió el quinto á la luz y quedó espantado al ver erial y seco lo que poco tiempo atras eran frescas y sombrías selvas.

Vagaba triste el hombre por tan solitario desierto, cuando se le apareció Sararuma, vestido de rojo, y con afable voz le dijo: «aunque soy la causa del mal, te compadezco; toma este puñado de semillas y espárcelas sobre la tierra». No bien las hubo derramado, surgió como por encanto un bosque magnífico.

Dió á poco el hombre con una mujer de quien tuvo prole. Adulta ya su hija, lamentaba incesantemente la soledad en que vivía. Puso los ojos en un árbol

llamado *Ulé*, de purpúreas flores, y le amó con tal amor que no pasaba día sin que le embelleciera y le hablara. ¡Si fueras hombre! le decía. Suspiraba, lloraba y no se cansaba de dar al viento sus quejas. Tuvo al fin la suerte de ver á Ulé trasformado en mancebo, pero le ganaba de noche y le perdía á la aurora. No le ganó definitivamente hasta que por consejo de su madre le ató y usó de la fuerza. Ulé á los cuatro días de preso consintió en quedarse y recibirla por esposa.

Vivían felices los dos cónyuges, cuando partió Ulé con sus cuñados á la caza de los marimonos, y en las garras de un jaguar acabó la vida. ¿Qué reflexiones habían de ser bastantes para contener á la enamorada hija del hombre luégo que la hiciesen sabedora de tal desventura? Corrió la fiel esposa con sus hermanos al bosque, recogió y juntó como pudo los dispersos miembros del marido y vertió sobre él tan dulces palabras y tan copioso llanto que le arrancó á la muerte. No por ésto fué más dichosa. Ebria de gozo, le cubrió de caricias y besos, y le quiso llevar á su casa. Sediento Ulé en el camino, se paró á beber de un arroyo, se vió en las aguas, observó que le faltaba parte de la mejilla, y se negó resuelta y obstinadamente á seguir los pasos de su consorte.

Le encargó Ulé al despedirse que no volviera el rostro aún cuando á su espalda sintiera caer de lo alto de los árboles hojas ó ramas, pues de hacerlo se extraviaría. Atenta por mucho rato anduvo al consejo la infeliz viuda; pero al caer de una hoja no fué dueña de sí misma y volvió la cabeza. Perdió al punto con la razon el camino, y, en vez de ir á su casa, llegó á la de unos jaguares que había en lo más oculto del bosque.

Condolióse de la viajera la madre de los tigres, y la escondió para sustraerla á la voracidad de sus hijos, que estaban cazando; pero no pudo conseguir su intento. Al regresar los jaguares, olieron la huéspeda, la descubrieron, y ya que no pudieron matarla, la obligaron á que les quitara de la cabeza y comiera unas venenosas hormigas que se la infestaban. ¿Cómo había de consentir la pulcra hija del hombre en pasar á su cuerpo tan repugnantes insectos? Recibió secretamente de su protectora pepitas de calabaza y las fué comiendo en lugar de las hormigas. Pudo así engañar á tres de los jaguares, pero no al cuarto, que tenía más ojos, y al notar el fraude la acometió con furor y la hizo pedazos.

Acertaba la pobre viuda á estar embarazada y fuera de cuenta. Recogió el jaguar la criatura y la regaló á su madre. Aunque ésta fingió echarla en una marmita que tenía al fuego, la guardó y la crió como si la hubiese llevado en sus propias entrañas. No tardó en verla hombre ni en recibir el pago de sus servicios: por *Tiri*, que así se llamaba el hijo de Ulé, veía constante y abundantemente provista de caza su choza. Le encargó un día que matara de un flechazo á cierto animal llamado *yxeté*, la paca de los brasileños, que le comía las calabazas, y decretó sin saberlo la muerte de su familia.

Se puso Tiri en acecho, erró el tiro y no hirió al yxeté sino en la cola. Se volvió entónces el manso animal y le dijo: «vives en paz con los asesinos de tu madre, y á mí, que ningun mal te hice, me quieres quitar la vida». Deseó Tiri conocer el sentido de estas palabras, y pregunta tras pregunta se enteró de su lamentable historia. Aguardó furioso á que volviesen de la caza los jaguares, mató á tres y, aunque no pudo, quiso hacer otro tanto con el de los dobles ojos.

En gran peligro hubo de verse Tiri por haber herido y no matado al cuarto tigre. Subióse apresuradamente á la copa de un árbol y llamó en su ayuda la naturaleza. «¡Favorecedme, palmeras! exclamaba: ¡salvadme, sol y estrellas! ¡socórreme, oh luna!» Oyóle el primero el astro de la noche, y le abrazó y ocultó á las miradas del jaguar, más que nunca sediento de sangre.

Tiri era señor del mundo: podía cuanto quería. Viendo desconsolada á su protectora por la pérdida de los jaguares, le hizo in continenti uno que dejó atras en hermosura y grandeza á cuantos habían asordado los bosques con sus ahullidos. Solo en la ancha y despoblada tierra, vivía descontento y triste. Tropezó un día por su fortuna en un hoyo, y con el dedo gordo del pié dió de tal modo contra un árbol que le salto la uña. Dejóla en el hoyo y la vió convertida á poco en un hombre llamado *Caru*, de quien hizo desde luégo su confidente.

Juntos vivieron Caru y Tiri, juntos cazaron y juntos asistieron á los banquetes á que los invitaron dos aves. En el primero, como sazonasen con sal las viandas, satisficieron tanto el gusto del pájaro y tantos elogios le oyeron, que le dejaron cuanta tenían. No supo el ave guardarla, dejóla al aire y la vió desaparecer á las primeras lluvias. Les sucedió en el otro banquete que se les llenaba el vaso á medida que se iba vaciando. Atónito y curioso Tiri, lo tocó lijeramente con su varilla, lo volcó y fué causa de que se inundara el mundo. Salió el licor á torrentes, con tal ímpetu y tan de súbito, que pereció en el diluvio Caru. Que lo sintió y lloró Tiri no hay por que decirlo: apénas se retiraron las aguas, buscó afanosamente los restos de su amigo y les devolvió la vida.

No pudiendo Caru y Tiri avenirse por más tiempo á la soledad en que estaban, cohabitaron con hembras del pájaro *Pospó* y tuvieron cada uno dos hijos: una mujer y un hombre. Vivieron los de Tiri, pero murió el varon de Caru Queriendo Tiri algun tiempo despues resucitarle, órdenó á su amigo que fuera en busca del muerto y pusiera mucho cuidado en no comérsele. No halló Caru, por su mal, en la tumba de su hijo sino frescas plantas de mani cubiertas de fruto. Lo comió y oyó al punto de la boca de Tiri estas formidables palabras: «Acabas de comer á tu hijo y me has desobedecido: quedais en castigo tú y todos los hombres sujetos al trabajo, al dolor y á la muerte».

Caru se volvió á comer á su hijo. Sacudió Tiri un árbol é hizo caer un pato. Ordenó á Caru que lo cociera y comiera; y ya que éste lo hubo hecho, «has devorado nuevamente, le dijo, al sér que engendraste». Concibió Caru tal horror, que

arrojó cuanto había comido. Salieron entónces de su boca los papagayos, los tucanes y otrospájaros.

Fueron por fin Tiri y Caru á visitar á la madre de los tigres, y, como la viesen con sangre en los labios, creyeron que acababa de nutrirse de carne humana. Furioso Tiri, quiso matarla y empezó por cortarle el pelo de la cabeza. «Comí efectivamente á un hombre, exclamó la anciana; pero á un hombre muerto por la serpiente que se esconde en aquel agujero y muerde á cuantos pasan». «Tú y toda tu casta, le dijo Tiri, os alimentareis en adelante de lo que otros maten», y la convirtió en gallinazo. Llamó al punto á la cigüeña para que cogiese y destruyese la serpiente, y vió salir sucesivamente del agujero á los mansiños, á los solostos, á los quichuas, á los chiriguanos y á muchos otros pueblos. Mandó cerrarlo en seguida porque vió asomar al rey de todas estas naciones.

Enseñan aún los yuracarés el punto de que, segun esta rara tradicion, salió nuestro linaje. Está junto á la confluencia de los ríos Soré y Sacta, cerca de una roca llamada *Mamoré*, á la cual nadie puede subir ni se atreve á acercarse por creer que está aún á la entrada la enorme serpiente.

Tiri, continúa diciendo la biblia yuracaré, dirigió á las naciones estas palabras: «Conviene que os dividais y pobleis la tierra: pondré por ésto la discordia entre vosotros y os haré enemigos». Llovieron del sol multitud de flechas, de que se armaron principalmente los chiriguanos, y empezó entre los pueblos una larga y sangrienta guerra á que sólo pudo poner término el mismo Tiri. Concluyó la lucha, pero no los odios; y de ahí que todavía existan fronteras entre los hombres.

Dió Tiri por terminada su tarea y no quiso permanecer más en estos bosques. Quiso retirarse léjos, muy léjos; y para saber por dónde se ensanchaba más la tierra, envió un pequeño pájaro que consigo tenía primero á Oriente, de donde vino prónto y desplumado, luégo al Norte, en que no fué más venturoso, y despues á Occidente, de donde volvió tarde y con brillantes plumas. Entendió que lo más remoto y mejor estaba al Occidente, y allá se fué con hombres escogidos que como él viven y vivirán eternamente, porque se van sin cesar rejuveneciendo.

Esta larga historia la saben y la repiten hoy los yuracarés con los detalles que acaban de referirse. Por ella explican que sea rabona la paca, nocturno el jaguar y calvo el gallinazo; por ella que estén faltos de sal sus bosques; por ella que el mejor lazo del matrimonio sea, no el mútuo consentimiento, sino la fuerza; por ella que deban vivir separados los pueblos y sea inextinguible en el mundo la discordia. ¿Cómo no suponer que en más ó ménos remotos siglos les inspirase esta especie de génesis sentimientos religiosos? Es muy para tomado en cuenta que tenían y tienen otras divinidades: *Mororoma*, el dios del trueno; *Pepezu*, el del viento; *Chuchu*, el de la guerra; *Telé*, el de la sabiduría y los consejos.

La verdad es, sin embargo, que ni se les conoce adoracion ni culto, ni se sabe que los tuviesen ántes de la Conquista. Las cosas, decían y dicen, nacieron por sí mismas: no las debemos agradecer á nadie. Sararuma y Tiri más nos hicieron daño que provecho. Incendió Sararuma por maldad los primitivos bosques, é inundó Tiri por indiscrecion la tierra. Habíamos nacido inmortales, y nos hizo Tiri vasallos de la muerte. Mororoma desde lo alto de las nubes y las cimas de los montes nos acecha y nos lanza sus rayos; Pepezu nos arranca en alas del huracan del fondo de nuestras selvas; Chuchu enciende en nuestras almas la cólera y el odio. Sólo Telé se nos presenta vestido de blanco y nos instruye y aconseja. ¿Por qué habíamos de mostrar reconocimiento á nuestros dioses? Preferían desafiarlos por más que los temieran. Amenazaban con sus flechas á Mororoma cuando sentían retumbar el trueno sobre sus cabezas y se extendía la luz del rayo sobre sus bosques como un manto de fuego.

Creían los yuracarés en la inmortalidad del alma, pero sin esperar tampoco futuros castigos ni recompensas. Es muy de notar la manera como llevaban al sepulcro á sus parientes. Al verlos gravemente enfermos levantaban en sus campos una humilde cabaña donde á presencia de toda la familia abrían una fosa. Allí los conducían en cuanto los consideraban próximos á la muerte. Esperaban á que dispusieran de los bienes que habían disfrutado, y les hacían multitud de encargos para los difuntos. Rogadles sobre todo, les decían, que tengan bien cultivadas sus tierras para cuando nos muramos. Ya que los veían cadáveres, los ponían en la fosa, la cabeza al Oriente. Prorumpían todos en grandes alaridos: quien se echaba sobre el muerto, quien rasgaba su túnica para cubrirle. Enterraban con él las flechas, el arco, los muebles que no había legado en vida, y ademas los regalos que cada cual hacía á sus deudos de ultratumba. Quemaban despues sobre la fosa cuanto había dejado sin dueño, y rompían la vajilla de la viuda. Abandonaban por fin la chacra en que había sembrado el maíz y la mandioca.

Lloraban durante muchos años á los que morían. Principalmente los ancianos los recordaban todos los días al despertar, y vertían copioso llanto. Daban todos el pésame exhalando gritos desgarradores, y les contestaba con otros tantos el que lo recibía. ¿Por qué tanta amargura? ¿Creerían acaso que la otra vida era más trabajosa y áspera? La ponían debajo de la tierra, pero en lugar delicioso donde nada empañaba la ventura de los moradores, donde había bosques llenos de pecaris y no faltaba jamas la caza. ¿Habían de ser los yuracarés los únicos bárbaros que no amoldasen á sus gustos el paraíso?

Eran, con todo, los yuracarés uno de los pueblos más originales de América. Contaban por el sistema decimal; hablaban una lengua que, á excepcion de la *f*, reunía todos los sonidos de la nuestra. No terminaban sus voces por otra consonante que la *s;* tenían signo para el plural y dos terminaciones para los adjetivos. Conocían y practicaban el suicidio y el duelo, cosas que no ví en ningu–

na de las naciones hasta aquí descritas. Solian ahorcarse para dar fin á largas dolencias, arrojarse de lo alto de los árboles cuando los afligian hondos pesares ó terribles contratiempos. Se desafiaban por celos ó por ofensas; tambien cuando alguno de sus deudos perecía mordido de una serpiente. Atribuían ordinariamente esta desgracia á enemigos del muerto.

Bañábase el retador, vestía su mejor traje, cogía su arco y sus flechas, se dirigía á la casa de su adversario y le llamaba en alta voz llenándole de ultrajes. Salía al punto el injuriado con sus armas y se ponía á cinco pasos de distancia del que tan arrogantemente le provocaba. Presentábanse los dos el hombro izquierdo, porque tal era la ley del desafío, y usaban los dos flechas de corta punta, porque no permitía otras la costumbre. Tiraba primero el retado, despues el retador, y continuaban disparándose al brazo hasta que se daba el uno por satisfecho ó el otro por vencido. Aunque el duelo no era nunca á muerte, quedaba una que otra vez en el campo uno de los rivales. ¿Podía acaso evitarse que por error ó por malicia diese una de las flechas en el cuello, la cabeza ó el pecho de los contendientes? Nada allí de carteles, ni de padrinos, ni de conciertos, ni de farsas: venía el duelo tras el agravio. Lo condeno en absoluto; mas, de admitirlo, lo querría como en aquel pueblo. Todavía me parecen allí de más la prescripcion de usar determinadas flechas y la de no apuntarlas sino al brazo. No pueden á mis ojos legitimar algun tanto el desafío sino la pasion y el arrebato, que no admiten leyes.

No diré más de esa nacion de los Andes. Yuracarés era, segun Orbigny, la equivalencia de hombres blancos. En lengua quichua *yurac* significaba efectivamente blanco; *ccari*, varon; *yurac-ccari*, blanco varon; *yurac-ccari-cuna* blancos varones. Mas de aquí se deduce evidentemente que éste no era el verdadero ó por lo menos el primitivo nombre de aquel pueblo. Se consideran los que hoy viven descendientes de los solostos y mansiños, que salieron de la roca Mamoré guardada por la serpiente; y solostos y mansiños debieron en otros siglos llamarse. Estaban los solostos á Oriente y los mansiños á Occidente, y eran tríbus en constante rivalidad y en perpétua lucha: ya reconciliados, debieron de aceptar el nombre comun que les daban los Incas. Se los conoce tambien con las denominaciones de *conis*, *cuchis* y *enetes*. Parte de la misma nacion, se cree que formaban los oromos, destruidos por los mansiños.

De las demas naciones andianas puedo escribir muy poco. Se ignora cuál fué su religion, cuáles fueron sus creencias; hay escasas noticias de sus costumbres. Fijaré su respectiva situacion y marcaré las diferencias que las separaban bien de los yuracarés, bien de todo el grupo. Estaban los mocetenés al Sud de los apolistas, al Norte de los quichuas, al Este de los aymaras, al Oeste de los yuracarés y los moxos. Vivían á lo largo del río Beni y los que le pagan tributo, en hondos barrancos á que daban sombra altos y copudos árboles, entre los grados quince y diez y seis de latitud y los sesenta y tres y sesenta y cinco de

nuestro meridiano. Aunque divididos en muchas tríbus, constituían ya pueblos. Llámanlos hoy maniquiés los yurucarés, chunchos los bolivianos.

Sin dejar de ser arrogantes de ánimo, eran los mocetenés de tan afeminado semblante y redondas líneas, que se confundia facilmente á los varones con las hembras. Tenían como los yuracarés manchado el cuerpo: no eran tan esbeltos ni tan altos. Revelaban en la fisonomía la bondad de sus almas: se amaban unos á otros y eran para con los demas sobradamente confiados y crédulos. No invadían nunca el territorio de sus vecinos; se limitaban á defender su pátria.

Cultivaban la tierra, hilaban, tejían, pintaban sus telas con vivos colores, que sacaban del jugo de ciertas plantas; pero se distinguían principalmente por la habilidad con que navegaban en almadias hechas de lijeros troncos de árboles por los tributarios del Beni y aún por sus rápidos torrentes. Se valían tambien de la balsa para la pesca, recorrían los bosques en persecucion de monos y de pecaris. Construían ya más que cobertizos; hacían de caña sus chozas. Ni mudaban tampoco de asiento: allí morían donde habían nacido.

Vestían como los yuracarés túnicas sin mangas, pero cortas hasta la rodilla, de algodon ó de lana, de color violeta, con franjas rojas. Se pintaban en el rostro líneas azules, llevaban aretes, se ceñían la cabeza para sus bailes con plumas de la cola de los papagayos.

Gobierno, á pesar de vivir distribuidos en pueblos, tampoco lo tenían. Desobedecían con bastante frecuencia á sus caciques, como no estuviesen en guerra.

Eran pocos los rasgos característicos de los mocetenés y ménos aún los de los tacanas. Comprendo bajo este nombre á los atenianos, á los isiamas, á los cavinas y á los toromonas, pueblos que hablaban todos la misma lengua. Estaban los tacanas del grado trece al quince de latitud y del sesenta y cuatro al sesenta y cinco del meridiano de esta villa, al Norte de los mismos mocetenés, en los barrancos de la márgen occidental del Beni, en el seno de montañas siempre húmedas, cubiertas de una vegetacion rica y espléndida. Eran agricultores, pero no habían de trabajar mucho para arrancar á la tierra opimos frutos. Ni labraban tampoco más de la que exigía la necesidad de las familias.

Diferenciábanse los tacanas de los mocetenés en que eran de más varoniles facciones, de más carácter, más severos y taciturnos. Si tejían groseramente el algodon, sabían en cambio hacerse de pluma hermosos vestidos para sus fiestas: manifestaban verdadero gusto en la combinacion de los colores. Debía cada cual edificarse al contraer matrimonio la casa en que se había de albergar con la esposa y los hijos: era para ellos oprobioso no saber construirla.

Vivían tambien por tribus. No tenían jefes sino para la guerra. Iban generalmente desnudos. Reservaban los trajes para sus danzas.

Era ya tan poco lo que separaba de los mocetenés á los maropas y los apolis-

tas, que creo ocioso consignarlo. Ocupaban los maropas buena parte de la cuenca del Beni: estaban entre los tacanas, los cayuvavas y tríbus casi desconocidas que se extendían al Norte de la provincia de Moxos; los apolistas, en las cercanías de Apolobamba.

Eran indudablemente los yuracarés y los mocetenés los dos pueblos importantes del grupo.

CAPÍTULO XIII

Por qué no se habla de los guarayos ni de los pueblos situados en la cuenca del río de las Amazonas.—Por qué no se habla tampoco de las tribus de Quito de que escribió Velasco.—Pueblos bárbaros del reino de Bogotá.—Los panches.—Su situacion, sus tríbus, sus armas, su crueldad con los enemigos.—Invadían el territorio de sus vecinos, pero no lo incorporaban al suyo.—Su carácter físico y moral.—Su traje y sus galas.—Su caza, su pesca y su agricultura.—Su confraternidad.—Su bárbara costumbre de matar á las hijas en tanto que no tenían un hijo.—Su gobierno.—Su religion.—Los sutagaos.—Su situacion.—Su carácter.—Sus latrocinios y su manera de santificarlos.—La dulzura de su voz y la maldad de su alma.—Los tocaymas y los natagaymas.—Su situacion.—Su bravura.—Lo celosos que estaban de sus mujeres.—Los pantagoros y sus tríbus.—Los pijaos.—Su valor.—Sus dioses y su rara manera de hacerlos.—Los musos y los colimas.—Su situacion.—Sus creencias.—Su total carencia de dioses.—Es de dudar si creían en la inmortalidad del alma.—Sus suicidios.—Sus entierros.—Su falta de instituciones políticas.—Su justicia.—Sus casamientos.—Su conducta en los adulterios de sus mujeres.—Manera como criaban y educaban á sus hijos.—Su caracter belicoso.—Los laches.—Su aficion á la lucha.—Sus dioses.—Su brutal sensualismo.—Su extraña costumbre de convertir en hembras algunos de sus varones.—Lo extendida que estaba la sodomía.—Los chitareros.—Sus tribus.—Su barbarie.—Reflexiones.[1]

No hablaré ahora de los guarayos, que estaban entre los Chiquitos y los Moxos, porque como á los chiriguanos los considero guaraníes. Tampoco escribiré de los pueblos esparcidos por la cuenca del río de las Amazonas. Sobre ser tambien guaraníes, si no todos, muchos, principalmente los que vivían hácia el Atlántico, desconozco por completo sus particulares instituciones y costumbres. Hácia los Andes entiendo que había muy pocos. Me lo hacen creer así por una parte el silencio que sobre ellos guarda Juan de Velasco en su Historia del Reino de Quito, por otra lo desiertas que hallaron las márgenes de aquel río y las del Napo Francisco Orellana y Gonzalo Pizarro. Enumera Velasco las naciones salvajes de que estaba rodeado Quito cuando lo invadieron los caras, y no pone ninguna al Oriente de la Cordillera. Por las orillas del Napo se sabe que bajó Pizarro al país de la Canela: tan despoblada encontró la tierra, que hubo de suspender su marcha agobiado por el hambre, y encargar á Orellana que con cincuenta soldados fuera en un

[1] Fuentes de este capítulo: *Diario de la expedicion de Francisco de Orellana por el río Napo y el de las Amazonas* que escribió Fray Gaspar de Carvajal y está contenido en el capítulo XXIV, libro L de la *Historia General y Natural de las Indias* por Gonzalo Fernandez de Oviedo; Lúcas Fernandez Piedrahita, *Historia General de las conquistas del Nuevo Reyno de Granada,* libro I, cap. II y libro V cap. I; Antonio de Herrera, *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del mar Océano,* década VI, págs. 115, 117, 150; década VII, pág. 193; década VIII, libro III, caps. V, VI, VII y VIII.

mal barco y unas pobres canoas á buscar por agua pueblos y víveres. Cuando tal resolvió, estaba á doscientas leguas de Quito: otras doscientas hubo de recorrer Orellana para dar con las primeras tríbus que vió: las de los imaraes ó irimaraes.

Tal vez crean mis lectores que debería por lo ménos describir las naciones bárbaras de que habló Velasco; mas las que no por los Seyris, fueron reducidas por los Incas, y al imperio de los Incas llevo ya consagrados en el libro primero largos capítulos. Las que en mi opinion no puedo pasar por alto son las que circuían el vecino Estado de los muiscas con estar las más no al Oriente sino en las mismas mesetas de los Andes. Permanecieron independientes hasta la entrada de los españoles y sostuvieron largas y sangrientas luchas, ya con los reyes de Bogotá, ya con los de Tunja. Las describí ligeramente al poner el pié en esta parte de América; ampliaré el bosquejo.

Los bárbaros de más importancia en el reino de Bogotá eran sin duda los panches. Vivían como á nueve leguas de Santa Fé, al Ocaso, en las fragosas montañas que miran al río de la Magdalena; lugar áspero, si los hay, lleno de profundas quebradas é impetuosos torrentes. Estaban divididos en gran número de tríbus, las principales los siquimas, los tocaremas, los calandaymas, los gandules, los ambalemas, los sasaymas, los anapoymas y los guataquíes. Eran belicosos, osados y crueles con sus enemigos. Usaban la flecha, el arco, las altas picas, la honda, la espada á dos manos y paveses que les cubrían de los piés á la cabeza. En el forro del paves, que era de pieles, llevaban las demas armas. No perdonaban medio para defender su independencia. Sacrificaban y comían á los prisioneros, y no pocas veces chupaban y bebían la sangre aún caliente de los soldados que acababan de morir en batalla. Tenían no mucha táctica, pero sí grande estrategia: admiraron por sus ardides á los españoles. Paz no la pedían nunca por sí mismos: la hacían solicitar cuando más por sus mujeres.

Se dice que respetaron siempre el territorio de sus vecinos, pero no es exacto. Para contenerlos hubieron de guarnecer los zippas de Bogotá los pueblos fronterizos de Thibacuy, Subia, Tena, Sienega, Luchuta y Chinga con los temidos güechas, hombres de gallardo porte, astutos y valientes, que llevaban horadadas narices y lábios y en los agujeros tantos canutillos de oro cuantos eran los enemigos á que habían dado muerte en la guerra. Lo que jamas pretendieron fué extender el suelo de la pátria: no se fijaron nunca en el de los vencidos.

Eran de buenas facciones y airosa apostura, pero feroces de rostro y ánimo: llana la frente, alta la cabeza, torva la mirada, largo y flotante el cabello, ante el peligro impávidos, nada celosos de la propia ni de la ajena vida. Menospreciaban constantemente á sus contrarios, y, aún viéndolos con mayores fuerzas, rara vez esquivaban el combate. Donde mayor era el riesgo, allí se arrojaban con mayor bravura.

Iban desnudos, pero no sin adornos. Se teñían de negro los dientes y de otros colores piernas y brazos, usaban zarcillos en narices y orejas, llevaban en cuello y cintura sartas de varios objetos, y los que ya se habían distinguido por sus proezas se taladraban el lábio y se ceñían las sienes de brillantes plumas. Por todo recato se ponían las mujeres en sus partes una pequeña tira de algodon que ondeaba á merced del viento.

No vivían los panches sólo de la guerra. Eran diestros en la pesca y la caza y no inhábiles agricultores. Hacían vino del maíz, de la yuca, de la batata y de la piña. Como la mayor parte de los americanos, cifraban en la bebida su mayor goce. Ni eran tampoco enemigos de apurar su codiciado licor en reuniones y fiestas. Juntábanse á menudo y se entregaban locamente á la danza.

Léjos de ser insociables, se consideraban todos hermanos, de tal modo que ninguno casaba con mujer de su pueblo. Tenían por incestuosos los ayuntamientos con sus propias hembras.

Tal vez esto contribuyese á una de sus más bárbaras costumbres. Hasta que habían tenido un hijo mataban los panches á cuantas hijas les iban naciendo.

Gobierno ignoro si lo conocieron. Que en la guerra obedecían á un solo jefe me lo dicen las porfiadas y sangrientas luchas que sostuvieron con los españoles.

En religion adoraban, segun parece, á la Luna, de quien decían que bastaba para la salud de la tierra. Los abrasaba el Sol y no le creían digno de amor ni culto. Ya en la costa del Perú vimos un pueblo que pensaba de una manera análoga. ¡Que adoremos al Sol! decían los chinchas á Inca Iupanqui: ¡bendita sea la mar que nos da frescas brisas y sabrosos alimentos! Esos mismos yuracarés de que hablaba en el anterior capítulo, cuando se les preguntaba por su génio tutelar, enseñaban su arco y sus flechas. Los pueblos fetichistas, es natural que así suceda, ven generalmente á Dios en el sér que más los favorece, al Diablo en el que más los daña.

No se parecían á los panches los sutagaos, puestos entre los dos ríos que forman el Fusagasuga y corren á perderse en el de la Magdalena. Vivían más al Nordeste, y, aunque flojos, dominaban las tríbus de Suma Paz, Neyva y Cundaya. Eran de baja estatura y de más bajo espíritu. Salían á los caminos y robaban á los pasajeros, no la vida, pero sí la hacienda. Lo de notar es que adoraban en ídolos de oro, barro y madera, tenían sus sacerdotes, y no se olvidaban nunca de dar á unos y otros en ofrenda parte de sus rapiñas. Las creían santificadas por este medio y gozaban tranquilos del fruto de sus crímenes. Aberracion lamentable, que hallamos, con todo, en muchos bandoleros de nuestros mismos días.

Hablaban los sutagaos con voz dulce y melíflua: nadie habría adivinado al oirlos que fuesen tan malvados. Emponzoñaban sus flechas, y se habían dedicado con tal ahinco al estudio y al uso de los venenos, que por ellos más que

por sus armas se habían hecho temibles. No por otro camino se habían impuesto á las referidas tríbus.

Eran ya más nobles y leales los tocaymas y los natagaymas, que los tenían fronteros y ocupaban la márgen occidental del Magdalena. Altos, fornidos de miembros, armados de formidables lanzas, se hacían respetar de los mismos panches, con quienes más de una vez lucharon. No se dejaban vencer fácilmente ni en campo abierto ni en oscuras emboscadas: gracias al exquisito olfato de que los dotaba la naturaleza y á los líquidos más ó ménos aromáticos de que casi todos los bárbaros se untaban el cuerpo, sentían por donde quiera que pasaban la presencia del enemigo.

Distinguíanse principalmente natagaymas y tocaymas por lo celosos. Hembra que había caido en desliz no se atrevía á guardar nunca el fruto de sus torpes amores. Como en tantos otros pueblos, al sentir allí la mujer los primeros dolores del parto, se acercaba á las orillas del vecino lago ó del próximo río. Sumergía en las aguas á su hijo si le sabía bastardo y temía que lo sospechara su marido.

Vivían al otro lado del Magdalena los pantagoros, que se dividían en camanaes, guarinoes, marquetones, guasiuyas, pijaos, gualies, guaguas, guazquias y doymas. Ocupaban tierras en parte montuosas, en parte llanas, unas frías, otras por demas ardientes. Contaban entre sus más valerosas tríbus á los pijaos, que batieron no pocas veces á doble número de españoles con no disponer de más armas que las peñas de sus cerros y altísimas lanzas, y nos hicieron por más de veinte años encarnizada guerra.

Los pijaos rivalizaban en valor con los panches, y no eran antropófagos ni sacrificaban á los prisioneros. Fuera del campo de batalla no mataban á semejantes suyos sino para hacerlos dioses. No adoraban ni Sol, ni Luna, ni estrellas, ni sér alguno del Universo; tenían por dios sólo al hombre sin culpa á quien daban inesperada muerte. Dábanla á veces á una mujer, otras á un niño, otras al viandante que les salía al paso, y le declaraban por unos meses la divinidad de la tríbu. Creían firmemente que esa divinidad se había de interesar por su causa y sobre todo patrocinar al que la hubiese despojado de su carnal vestidura. Debían para ésto buscar la víctima, no entre sus amigos ni sus enemigos, sino entre personas que ni les inspiraran sentimientos de venganza ni les estuvieran unidas por vínculos de sangre.

O mucho me engaño ó había en el fondo de esta costumbre la creencia en Dios y en el dualismo de nuestra vida. No rendía culto aquel pueblo al cadáver, sino al sér que lo había abandonado. No hacía de este sér una verdadera divinidad, sino un génio protector de la tríbu. Parecía por otra parte decir que sólo la inocencia sacrificada podía establecer lazos entre Dios y el Hombre. ¿No es realmente de extrañar que en pueblo tan salvaje lata la idea madre del cristianismo?

Eran muy otras las creencias de los musos y los colimas, que estaban veinte leguas al Norte de Bogotá entre el Sogamoso y el Magdalena. Decían unos y otros que allá en el principio del mundo un sér á quien llamaban *Are* había esculpido en madera rostros de humana forma y los había arrojado al agua; que convertidos éstos en hombres y mujeres, los había casado y distribuido por la haz de la tierra; que había luégo desaparecido ó por lo ménos ocultádose á las miradas de sus criaturas. ¿Adoraban, sin embargo, en Are? No le erigieron jamas adoratorios ni templos; no se los erigieron á dios alguno.

En realidad ni dioses tenían. Llamaban padre al Sol, madre á la Luna; se acongojaban al verlos en eclipse, les rogaban con dulces y amorosas palabras que volviesen y tocaban en son de duelo sus atambores y sus trompetas; en las tempestades y los aguaceros no cesaban de implorar el auxilio del astro de la noche; pero ni á Sol ni á Luna reconocieron jamas por dioses ni les tributaron clase alguna de culto. Antes que ellos nacimos nosotros, decían orgullosamente.

Llego á dudar que creyeran en la inmortalidad del alma. Recurrían con frecuencia al suicidio. Se herían unos con sus propias flechas al saber adúlteras á sus esposas; ahorcábanse otros por motivos más frívolos. No sé por otro lado que ninguno enterrara á sus muertos con las solemnidades y ceremonias de tantos otros pueblos salvajes. Era comun que se los tostara ó por mejor decir se los desecara entre dos hogueras, y se los mantuviera insepultos, si caciques, siempre, si no caciques, un año. A los caciques se los embetunaba despues de secos.

No vaya por esto á suponerse á colimas ni á musos con verdaderas instituciones políticas. Obedecían á jefes cuando más en la guerra. Carecían de tribunales. Se tomaban la venganza por su mano, y no pocas veces ponían á precio el perdon de los más graves delitos. Lo extraño era que el castigo del que mataba al huérfano de padre correspondía á los parientes de la madre. Verdad es que allí la viuda se llevaba los hijos al lugar de su naturaleza y les imponía su apellido, como no la heredase el hermano del marido difunto.

Colimas y musos eran polígamos. Escogían á sus mujeres, pero no las solicitaban. Dejábanlo á cargo de sus padres, que se dirigían á los de sus elegidas. Concertado el casamiento, visitaban tres días á la novia y le prodigaban caricias y halagos. No lograban sino desdenes y ultrajes hasta el cuarto día, en que les aderezaba y enviaba uno de sus platos favoritos. Labraban entónces un maizal para la suegra, hacían su regalo de boda y dormían con la desposada, bien que absteniéndose de consumar el matrimonio en tanto que durase la luna.

Aunque tenían de ordinario más de dos mujeres, estaban de todas extremadamente celosos. Cuando una caía en adulterio, ó se suicidaban, como ántes dije, ó explayaban su cólera rompiendo el ajuar de la casa. Si acontecía lo primero, mala suerte llevaba la adúltera. Había de ayunar tres días sin probar más que algun vaso de chicha y en tanto sostener con sus rodillas el cadáver

del marido. Debía luégo ausentarse del mancillado hogar y aún de la ofendida tríbu, pues no había de encontrar ni entre sus deudos quien la cobijara ni le tendiera la mano. Retirábase ordinariamente á lo más oculto de un valle ó cerro, sembraba su maíz y allí vivía sola y entregada á sus pensamientos hasta que pasasen á recogerla, unidos con los suyos, los parientes del difunto. No acostumbraba á suceder esto ántes del año, porque comunmente se desecaba el cuerpo del suicida, se lo ponía con sus armas en una barbacoa y sólo al año se le daba sepultura.

Suerte muy distinta llevaba la adúltera si el marido no había hecho más que romper las ollas y las vasijas de la casa. Era entónces él quien huía á lo más cerrado de un monte, se levantaba una choza y comía de lo que espontáneamente le daba la tierra hasta que su mujer, repuesta ya la vajilla, le buscaba y le volvía al hogar acoceándole y aún arrastrándole por los cabellos. Solía durar el destierro de luna á luna: buscaba aquí evidentemente el marido, no castigar el crímen, sino consentirlo cubriendo las apariencias.

Resultaban de cualquier modo extremadamente blandas las penas del adulterio. Tener por tres días en las rodillas el cadáver del esposo habría sido tal vez la más grave, si no hubiesen hecho otro tanto por costumbre las más castas mujeres de los principales varones. Al morir un cacique se sentaban en fila sus viudas y le sustentaban entre todas tambien por tres días.

Criaban los musos y los colimas á sus hijos con el mismo descuido que tantos otros bárbaros. Los envolvían recien nacidos en hojas de vihao, y á poco los ponían cabeza abajo en estrechas cunitas de cañas que inclinaban contra las paredes de sus chozas. Deseaban principalmente hacerlos fuertes, y creían que así lo alcanzaban. No se desvivían por hacerlos andar á los pocos meses; dejaban que se los desarrollara y se los pusiera en pié la naturaleza. Dábanles nombre á los cuatro ó cinco años, y de los siete arriba los enseñaban á tirar el arco, blandir la macana y cubrir con el paves el cuerpo. Conocían, pero no empleaban, otro género de armas.

Belicosos no lo eran ménos que los pijaos. Rechazaron las invasiones de los muiscas, y hostigaron de tal modo á sus vecinos los nauras, que los obligaron á pasar el Magdalena y establecerse en la angostura de Carare. Demostraron igual bravura con los españoles. En la batalla que dieron orillas del rápido Sarbe desplegaron á la vez arrojo y cautela. Se los cree antropófagos.

Fieros é indómitos eran tambien los laches, á quienes separaba de Tunja el río Sogamoso. Tan fieros eran, que contaban entre sus juegos el de adornarse con sus mejores plumas y galas, salir al campo divididos en parcialidades y luchar unos con otros sin más armas que sus puños hasta caer á golpes ó de fatiga. *Momas* llamaban á tales peleas, y las hacían con tal ardor y coraje, que aún despues de la Conquista se bajaba á verlas de muchos pueblos á la redonda. Estaban aliados con los ipuyes, los caquetios ó caquesios, los tames y los acha-

guas; y extendian léjos su influencia, no sólo hácia el Norte, sino tambien hácia Oriente.

Tenían creencias singularísimas. Consideraban dioses á las piedras y tambien á su misma sombra. Las piedras, decían, fueron hombres y volverán á serlo en más ó ménos remotos días: no muere hombre que no se transfigure en piedra. Veían por otra parte en las sombras misteriosos séres emanados de los objetos: en las de todos los cuerpos encontraban dioses. Era nuestra sombra para ellos el dios del hombre; la sombra de los árboles, el dios de los árboles; la sombra de las piedras, el dios de los dioses. Presentábase aquí en una de sus más groseras fases el panteismo, idea que un atento exámen descubre en el fondo de muchas religiones.

No sé, con todo, que esta idea influyese en la moralidad de los laches. Estaban entregados al más brutal sensualismo: eran sodomitas. Podía la mujer que tuviese uno tras otro cinco varones convertir en hembra al quinto, y solía hacerlo á las doce lunas de haberlo sacado al mundo. De hembra le vestía, como hembra le criaba, á juegos y labores de hembra le sometía, y lograba al fin que de hembra tomase hasta las facciones, cuanto más las maneras y las costumbres. Tambien como hembra le casaba, y tal vez acontecía que encontrase marido para él con más facilidad que para sus hijas. Ni por esto le miraba mal nadie: le lloraban por lo contrario hombres y mujeres si moría en edad temprana.

Si debió esto causar escándalo á los conquistadores no hay por qué escribirlo. Baste decir que fué una de las primeras cosas en que la Audiencia de Bogotá se creyó obligada á poner la mano. Se impuso á esas fingidas hembras el traje y los trabajos del hombre; pero no se les pudo arrebatar sino con la vida la índole que les había dado la educacion contra la naturaleza.

No habíamos todavía observado en ninguno de los descritos pueblos de esta parte de América tan repugnante vicio. Existía desgraciadamente en muchos de los que estaban sentados hácia el mar de los Caribes. Lo hallamos por de pronto en los chitareros, última nacion de este grupo, que vivía al Norte de los laches, más allá del Sogamoso, en la comarca de la actual ciudad de Pamplona. No cabe ya mayor barbarie de la que estos hombres tenían, no cabe más desenfrenado sensualismo. Permítame el lector que guarde sobre ellos reserva, sobre ellos y las muchas tríbus en que estaban divididos: los tymotos, los barbures, los cayos, los chinatos, los suvataes, los motylones y los capachos.

¿No parece verdaderamente increible que floreciese la civilizacion de los muiscas en medio de tan salvajes naciones? Estaban apiñadas todas al rededor de los hijos de Bochica; ménos por Oriente los circuían por todos lados. Vivían unos y otros en las mesetas y en las vertientes occidentales de los Andes, en las orillas de los mismos ríos, en regiones donde había casi la misma flora y la misma fauna: ¿por qué cultos los unos, bárbaras las otras?

Acaso álguien crea ver ya en esas naciones la raza de los guaraníes: al describirlos demostraré cuán difícil y peligroso es buscar la filiacion de los pueblos por otro criterio que el de las lenguas.

Estamos entre los grados siete y ocho de latitud Norte y los sesenta y nueve y setenta y cuatro de nuestro meridiano. Nos queda todavía algo que recorrer ántes de llegar á los guaraníes.

CAPÍTULO XIV

Los caquesios.—Considerable extension de tierra que ocupaban.—Condiciones físicas que los distinguían.—Cuán diverso carácter tenían los de la Costa y los de las montañas y los Llanos.—Los caquesios de la Costa.—Sus principales poblaciones.—Su régimen político.—Su lealtad y su hidalguía.—Los caquesios del Sur.—Lo numerosos que eran segun Nicolás Federmann.—No tenían un jefe supremo; pero es de presumir que estuviesen confederados.—Siguieron con los españoles muy distinta conducta que los de la Costa.—Eran los de los Llanos y la Cordillera bravos é indómitos.—Fortificaban sus poblaciones.—Su industria.—Oscuridad que reina sobre sus instituciones, creencias y costumbres.—Distribucion general de los pueblos bárbaros que había desde el reino de los Muiscas al mar de las Antillas.—Carácter de estos pueblos.—Cómo se vestían.—Qué adornos usaban.—Cómo envenenaban sus flechas.—Lo bien que nadaban y bogaban los de las riberas del lago de Maracaybo.—Lo comunes que eran en todas aquellas naciones la poligamia, la sodomía y el incesto.—Condiciones especiales de los urabaes.—Manera como enterraba este pueblo á sus caciques.—Su génio del mal.—Su completa carencia de culto.—Los cuytas tenían ya templos, ofrendas y sacrificios.—Se parecían á los caquesios, con quienes vivían unidos en la ciudad de Acarigua.—Los guajiros.—Lo bárbaros é indómitos que siempre fueron.—Extraña contraposicion de caractéres en pueblos fronterizos. [1]

En el anterior capítulo menté á los caquesios. A pesar del silencio de muchos historiadores debieron de tener importancia. Por las escasas noticias que con no poco trabajo he recogido, vivían parte en las mesetas de los Andes, parte en los llanos al Oriente, parte en la costa. Extendíanse en los llanos por las orillas del Sarare y del Apure, y subían por las del Acarigua á lo alto de Barquisimeto. De allí por las del Yaracui salían al mar de los Caribes. Ocupaban la costa desde Puerto Cabello hasta más allá de Coro y ademas las cercanas islas de Curazao y Oruba. Al Sur hay quien cree que llegaron por la Cordillera hasta las márgenes del Tunjuelo, que baña el antiguo reino de los Muiscas. Estaban aquí mezclados y allí interpolados con otras gentes; pero dominaban siempre considerable extension de tierra.

Eran todos de gentiles proporciones y gallardo continente; las hembras, sobre todo las de las islas y las del valle de las Damas, de singular hermosura. Gustaban hombres y mujeres de galas y adornos, y se expresaban elegantemente en uno de los más sonoros idiomas de América. No tenían ya

[1] Fuentes de este capítulo: *Narration du premier voyage de* NICOLÁS FEDERMANN, LE JEUNE, D'ULM, collection Ternaux-Compans, tom. I, chap. depuis le I jusqu' au XIII.—FR. PEDRO SIMON, *Primera parte de las noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales;* noticia II, cap. II; noticia III, cap. V; noticia V, caps. XVII y XXIII; noticia VII, caps. XVI y XVIII;—JOSÉ DE OVIEDO Y BAÑOS, *Historia de la conquista y poblacion de la provincia de Venezuela,* Parte I, lib. I, caps. III, V y XIII;—FERNANDEZ PIEDRAHITA, *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada,* lib, I, cap. II;—JOANNIS DE LAET, *Americæ utriusque descriptio,* liber octavus, Terra Firma;—HERRERA, *Historia de las Indias Occidentales,* decada I, lib. VII, cap. XVI;—JUAN DE CASTELLANOS, *Elegías de varones ilustres de Indias,* parte II, introduccion; elegía I, cantos I y II.

todos el mismo carácter: distinguíanse los de la costa y las islas por lo blandos y apacibles, y los de Barquisimeto y los Llanos por lo belicosos y soberbios. Recibieron aquéllos en paz á los españoles y doblaron fácilmente la cabeza al yugo; y éstos lucharon con tenacidad y bravura por su independencia.

Estaban distribuidos los de la costa en muchas y muy renombradas poblaciones: las principales Todariquibo, Zacerida, Cumarebo, Carao, Tamadoré, Carona, Guaybacoa, Capatarida, Miraca, Urraqui y Hurehurebo. Obedecían en todas á caciques, y reconocían un jefe supremo á quien pagaban tributo. Éralo en los días de la Conquista, segun todos los historiadores, un varon de claro entendimiento, por nombre Manaure, que se hacía respetar y temer en muchas leguas á la redonda, no sólo por sus dotes de gobierno, sino tambien por sus virtudes y por decirse árbitro del cielo y la tierra. No salía este hombre á la calle sino en hamacas sostenidas por sus más nobles gentes, reprimía con vigorosa mano los delitos y premiaba los buenos actos, daba de sus bienes cuanto podía en alivio de los pobres y los enfermos; y ejercía sobre sus pueblos tal ascendiente, que los hizo cristianos con sólo prestarse á recibir las aguas del bautismo. Ya cristianos y españoles esos generosos caquesios, tales eran de hidalgos y pacíficos, que no faltaron jamás á la fé jurada, aunque con harta frecuencia fueron víctimas de la violencia y la rapacidad de nuestros héroes.

Grandes y numerosas eran tambien las poblaciones de los caquesios del Mediodía. Hasta veintitres contó Nicolás Federmann en las márgenes de un río que era en mi opinion, el Acarigua, uno de los afluentes del Apure. Distaban, segun él, la una de la otra de quinientos á mil pasos, estaban fortificadas y contenían tal multitud de familias, que en medio día habrían podido reunir entre todas un ejército de veinte á treinta mil hombres. Estaban tambien regidas por caciques, mas no sé que tuvieran ningun jefe superior en paz ni en guerra. Del mismo Federmann y de otros autores que he leido creo poder inferir que vivían confederadas, y en junta de caciques deliberaban y resolvían sobre los comunes negocios. De los valles como de los llanos habían arrojado á otros pueblos y obligádolos á recogerse á los vecinos montes, y no es de creer que lo hubiesen conseguido sin mancomunar sus fuerzas. Hasta para contenerlos necesitaban estar unidas, que no eran dóciles ni cobardes los xaguas, los cuytas, los ciparicotes ni los itotos, sus fronterizos. Contaban entre sus enemigos á tribus de su propia raza, á las que ocupaban el valle de Vararida ó de las Damas, no muy distante del de Barquisimeto: sin estar bien que mal aliadas habrían difícilmente podido gozar del fruto de su trabajo.

Sin admiracion ni temor vieron tan arrogantes caquesios á los españoles. Les facilitaban víveres y hasta les regalaron tres mil pesos de oro, mas, no en señal de sumision, sino de hospitalidad y riqueza. No les salieron al encuentro con ni sin armas; los esperaron tranquilamente en sus hogares. En vano les envió Federmann indígenas que los enterasen de su llegada y sus nada hostiles propósi-

tos: contestaron que estaban dispuestos á recibirle. No siguieron la conducta de Manaure, que se adelantó á visitar al capitan Ampués con la mayor pompa y fausto: él llevado en hamaca de vistosas labores, sus magnates en número de ciento coronada la cabeza de brillantes plumas y ceñidos cuello y brazos de ricas sartas de perlas. No se dignaron aquí los caciques ni aguardar á nuestros soldados á la entrada de sus respectivos pueblos.

Avanzó Federmann por la llanura hasta las orillas del Meta, y al volver los encontró unidos para su ruína con los guayquiríes. Hubo ya de sostener con ellos rudas contiendas, sobre todo en uno de los pueblos más al Norte, donde, hecha pedazos la rodela y derribado al suelo, perdió el sentido y estuvo en grave riesgo de perder la vida. No halló benévolos, como ántes, sino á los de las riberas del Acarigua; en los de Vararida, que veía entónces por la vez primera, no pudo ménos de observar el enojo con que le miraban y comprender los males á que se expondría de prolongar su permanencia en el valle.

Eran todos los caquesios del Mediodía, lo mismo los de los Llanos que los de la Cordillera, bravos é indómitos. Ejercitábanse en el manejo de las armas, y sabían pelear ordenadamente. Fortificaban sus pueblos con empalizadas de gruesos troncos de palmeras ú otros árboles y con una honda cava, cubierta de agudas estacas, que solían ocultar bajo una lijera capa de tierra. Unían la astucia á la fuerza, y eran á no dudarlo temibles.

No desconocían, sin embargo, las artes. Como los caquesios de la costa, cultivaban el maíz y tenían á la entrada de sus buhios para guardarlo trojes altas de cinco á seis piés, que levantaban quince del suelo. Labraban el oro. Tejían hamacas. Vivían en relaciones de comercio con algunos de los vecinos pueblos. Cazaban y pescaban.

Nada sé desgraciadamente sobre sus instituciones, creencias ni costumbres. Las dejaron Nicolás Federmann y Fray Pedro Simon para la segunda parte de sus respectivas crónicas; y, ya que la escribiesen, no la conozco. Tampoco puedo referir la manera como vivían todas las demas gentes establecidas desde el límite septentrional del país de los Muiscas al mar de las Antillas. Reina sobre ellas tal oscuridad, que ni siquiera cabe determinar concretamente dónde estaban en los primeros años de la Conquista. A mi entender se hallaban sobre poco más ó ménos distribuidos del siguiente modo.

Tomo por punto de partida los valles en que acabamos de ver á los caquesios. Al Sudoeste bajaban por la Cordillera primero los cuytas, despues los cuyones: los cuytas hácia la actual ciudad de Trujillo, los cuyones hácia la de Mérida. Al Oeste se extendían los xaguas y los ayamanes. Ocupaban los ayamanes las vertientes de las montañas que cierran los llanos de Carora. Al Norte poblaban la sierra de Santa Lucía los xideharas ó xizaharas, fronterizos de los caquesios de Manaure. Al Occidente de Maracaybo, de Pamplona al mar, había los caratas, los alcoholados, los pocabuyes, los guajiros y los cocinas: los tres primeros

hácia Tamalameque y el río Cesaré y los últimos hácia la laguna. Cuando la Conquista hervían, segun muchos historiadores, las riberas de este lago en gentes que tenían sobre el agua sus humildes casas: años despues eran todavía asiento de los zaparas, los aliles, los parautes, los eneales, los quiriquires, los mopotos y los topocoros. No puedo hoy por hoy fijar la situacion de otros que los zaparas y los quiriquires, y la de éstos por lo mucho que hicieron y dieron que hacer aún despues de sometidos á los españoles. Vivían los zaparas en la boca del mismo lago; y los quiriquires dentro de los límites de la ciudad de Maracaybo, por otro nombre Nueva Zamora. En lo más occidental, más allá del río Magdalena, ya en las playas del Pacífico, moraban, por fin, los urabaes, que empezaban en el golfo de Darien y acababan en Antioquia. Los ciparicotes y los itotos he dicho ya que estaban en las fronteras de los caquesios meridionales: rancheaban en los cerros del valle de las Damas; los ciparicotes en el de Occidente y los itotos en el de Oriente.

De muy pocas de estas naciones cabe escribir algo con certidumbre. En todas, inclusa la de los caquesios, iban desnudos varones y hembras. Llevaban los varones el miembro en canutos, generalmente en el cuello de una calabaza; las hembras en sus partes cierta faja ó pañizuelo, y muchas un simple hilo de algodon, no más grueso que un bramante, suspendido de otro que ataban á la cintura. Más ó ménos adornos los usaban unos y otras: para la guerra se ceñían los hombres á la cabeza penachos de plumas de varios colores. Solían tambien pintarse; mas no en tiempo de paz como no fuese en señal de valor y de nobleza. Pintábanse en la paz el brazo si en batalla ó en duelo habían dado muerte á un enemigo; los pechos si habían vencido en dos batallas, del ojo á la oreja si en tres, condicion precisa para salir de la plebe y entrar en la corte de sus caciques.

Emponzoñaban las más de estas naciones algunas de sus flechas, y raras veces dejaban de producir en el que con ellas herían, despues de crueles dolores, la muerte. Emponzoñábanlas, segun dicen, untándolas de cierta mistura que hacían al fuego con las plantas y los animales, ya de mar, ya de tierra, que tenían por más venenosos. Confeccionábanla, escribe Herrera, al aire libre, en despoblado, y eran de tal naturaleza los ingredientes, que del olor y el vaho que despedían mataban al cautivo encargado de cocerlos y revolverlos. Ademas del arco y la flecha empleaban aquellos salvajes el dardo y la macana: tambien el escudo. Guardaban á los prisioneros, mas ordinariamente para cebarlos y comerlos en repugnantes festines. No todos, sin embargo, eran caníbales.

Distinguíanse los de las riberas de Maracaybo por lo bien que nadaban y bogaban. Cuando se rebelaron contra los españoles, allá en los comienzos del siglo XVII, venían sobre nuestros barcos en rápidas canoas, las abandonaban de improviso á sus mujeres, saltaban al lago y disparaban de allí sus flechas como hubieran podido hacerlo en tierra. Ya que veían mermada la tripulacion,

asaltaban los buques y no dejaban hombre á vida. Recorrían la laguna y tambien algunos de los ríos que en ella desembocan: bajaban por el Zulia hasta Cucuta.

No ya tan sólo entre los de Maracaybo, sino tambien entre los demas, eran bastante comunes la poligamia y el incesto. No dejaba tampoco de ser frecuente la sodomía, por más que la castigasen condenando á los que la practicaban á las faenas mujeriles: hilar el algodon, moler el maíz, guisar, ir por agua y leña. Prevalecían con la barbarie los mayores vicios. El incesto era tan general que los urabaes, algo más cultos que otros pueblos de aquella region, tenían por costumbre casar con las hijas de sus hermanas.

Entre esos urabaes llevaban los varones el miembro en caracoles de oro; ceñíanse las hembras paños que las tapaban desde el ombligo á los piés, y se cubrían con mantas lo demas del cuerpo. Eran hermosas las mujeres, blasonaban de serlo y se peinaban y ataviaban gallardamente.

Creíanse invencibles los hombres, y sobresalían por su arrogancia. De madera de palma, extremadamente dura, hacían arcos de más de una braza y grandes y agudas flechas con que traspasaban al más robusto de nuestros soldados como no llevase muy forrada en algodon la jacerina. Sólo despues de muchas derrotas abatieron algun tanto su orgullo.

Respetaban, obedecían y aún temían á sus caciques. Lloraban mucho al que se les moría, y enterraban con él, ademas de comida y vino, las armas, el tesoro, y algunas de las mujeres que había tenido en vida. No hacían otro tanto con sus iguales, pero los sepultaban tambien con arco, flechas y víveres. Creían que los muertos iban á lejanas tierras, y los proveían para el viaje. Sus caciques ¿habían de vivir por otra parte en el paraíso sin las esposas que más hubiesen amado?

Hablaban los urabaes de un génio del mal, y aseguraban que se les aparecía bajo espantables formas. Delegaban personas, unos como sacerdotes, para que le dirigieran la palabra y le hicieran propicio al pueblo. Culto no sé que lo rindiesen á nadie: no se les halló tampoco ni templos, ni altares, ni ídolos.

Teníanlos ya los cuytas, que otros llaman cuybas y otros cuicas. Creían tambien los cuytas en el Diablo, no en Dios, y le adoraban en espaciosos buhios bajo mal formadas imágenes de algodon, de madera ó de barro. Ofrecíanle sal, pequeñas mantas, sartales de piedras de varios colores y, como lo más exquisito, la manteca del cacao, blanca al par de la nieve. Le sacrificaban ademas venados, de cuyas cabezas encontraron los españoles cubiertas las paredes de los templos. Con él como los urabaes se decían en relacion por medio de sacerdotes.

Eran los cuytas muy parecidos á los caquesios del Mediodía: ágiles, bien dispuestos, amigos de grandes poblaciones defendidas por fosos y empalizadas. Segun Federmann, con los caquesios vivían mezclados en una ciudad á que da el nombre de Acarigua, más que ciudad, conjunto de villas situadas las unas

cerca de las otras, que contenian cerca de diez y seis mil hombres de guerra. Si no tan belicosos, eran tal vez más arteros. Usaban de flechas con veneno, y uno de sus caciques supo engañar a Federmann haciéndose representar por uno de sus esclavos. [1]

Guerreros, atrevidos, indómitos, feroces no los había en toda esta region como los guajiros. Iban todos completamente desnudos. No tenían más casa ni más abrigo que la sombra de los árboles. Aunque infinitos en número, no formaban pueblos ni tenían asiento fijo. Cazaban, pescaban, no cultivaban la tierra. Vivían sólo de lo que les daba la naturaleza y les proporcionaba el robo. Imposible de todo punto que dejaran en paz á sus vecinos. Su estado era la guerra, y sólo para la guerra se concertaban y unían sus fuerzas. Igualábanlos tal vez los xizaharas; no los aventajaban. Opusieron unos y otros tenaz resistencia á nuestras armas, y libres permanecieron. En vano se los quiso ganar despues al cristianismo: desoyeron á los obispos de Santa Marta y á los misioneros que se encargaron de reducirlos. Ni la palabra ni la espada pudieron jamas con pueblos tan bárbaros.

No diré ya más de las naciones materia de este capítulo. Sólo haré observar la contraposicion de caractéres que existía entre las que casi se tocaban y confundían. Al Norte de los guajiros estaban los cocinas, blandos y humildes; al Norte de los xizaharas, los caquesios de la costa.

---

[1] Juan de Castellanos dice que estos cuycas adoraban á una diosa llamada Icaque y le sacrificaban hombres. Pondera ademas la grandeza de las casas en que vivían.

> Yeaque se decía, y era diosa
> Que de bulto tenían retractada
> En casa de tres naves espaciosa,
> De grandes y menores frecuentada:
> Hacíasele fiesta generosa
> A tiempos y por días señalada,
> Donde sacrificaban gentes vivas,
> Ó de sus naturales ó captivas.
>
> El sacerdote de estos ministerios
> Entonces era Toy, grande hechicero,
> El cual interpretaba los misterios
> Y sucesos del tiempo venidero.
> . . . .
> Las casas de grandeza tan pujante,
> Tantas y por tal órden y concierto,
> Que no se vido cosa semejante
> En cuanto por allí se ha descubierto.
>
> Parte II, elegía III, canto III.

No hallo confirmadas estas noticias por los historiadores que he consultado.

CAPÍTULO XV

Los Llanos.—Su extension y sus límites.—Descripcion del Orinoco.—La cuenca de este río dista de estar animada toda por la vegetacion ni poblada por el hombre.—Los omeguas ú omaguas.—Si realmente existieron.—Utre los encontró, segun Fray Pedro Simon, catorce jornadas al Sur del río Guaviare.—Dónde estaban á juzgar por lo que refiere de esta expedicion de Utre Juan de Castellanos.—Hubo y hay omaguas.—Los hay en el Amazonas y entre el Curaray y el Putumayo.—Laet escribe que los habia tambien en las fronteras de la República Argentina y las de Bolivia.—Cuál pudo ser la cultura de este pueblo.—Se le atribuye la costumbre de comprimir entre dos tablas la cabeza de los niños.—Carencia de datos sobre sus instituciones y sus costumbres.—Los caberres.—Su institucion.—Su carácter belicoso.—Sus luchas con los caribes.—Los guajivos y los chiricoas.—Su situacion.—Su carácter nómada.—Sus cacerías.—Su poco respeto á la vida del hombre.—Orden que llevaban en sus expediciones.—Sus contínuas guerras y sobresaltos.—Los achaguas.—Su situacion.—Sus condiciones físicas.—Su traje y sus adornos.—Sus armas.—Su manera de hacer las paces.—Su moral.—Sus creencias.—Su industria.—Sus procedimientos para hacer el pan y el vino.—Su quiripa.—Importancia que tomó entre los achaguas y otros pueblos esta fruslería.—Los ayricos y los jiraras no diferían mucho de los achaguas.—Los salivas.—Su situacion.—Su docilidad y su cobardía.—Su afeminacion.—Su vanidad.—Pomposas exequias que hacían á sus caciques.—Exequias á los súbditos.—Supersticiones y preocupaciones.—Lo mal que miraban los salivas á las mujeres que parían mellizos.—Manera como azotaban á sus mancebos en la época de la siembra.—Cuidados que pesaban sobre las mujeres.—Industria de los salivas.—Los otomacos.—Su situacion.—Su régimen comunista.—Su obediencia á los caciques.—Su juego de pelota.—Su bárbara costumbre de sajarse el cuerpo.—Su equitativa distribucion de los frutos del trabajo.—Su comida.—Sus bailes.—Su vigoroso temple.—Su continencia.—Su costumbre de casar á los solteros con las viudas y á los viudos con las solteras.—Su frecuente estado de embriaguez por el uso del vino de mandioca y el uso de la yupa.—Su audacia y su destreza en la pesca del caiman y la tortuga.—Su agricultura.—Su pan.—Su comercio.—Sus camas.—Los guamos.—Su situacion.—Sus estrechas relaciones con los otomacos.—Sus costumbres.—Los mapuyes, palenques y guayquiríes.—Sus ceremonias para los casamientos.—Su manera de conjurar al diablo.—Pueblos de la márgen derecha del Orinoco.—Total carencia de noticias sobre estos pueblos.—Los guaraúnos.—Manera como vivían en sus islas.—Partido que sacaban de la palmera murichre.—Vida alegre y feliz que llevaban. [1]

Al escribir de los caquesios hice mencion de los Llanos. Se da este nombre á los que hay al Oriente de los Andes y tienen por límite el Orinoco, el Casiquiare y el Río Negro. Consagro este capítulo á las naciones bárbaras que ocupan ú ocuparon un día tan dilatadas planicies.

El Orinoco es, como sabe el lector, uno de los primeros ríos de América. Nace á los dos grados y treinta minutos de latitud septentrional en los montes de Jaruguoca. Camina al Norte hasta la confluencia del Guaharibos, al Occidente hasta la del Casiquiare, al Noroeste hasta la del Ventuari, otra vez al Ocaso hasta la del Guaviare, al Nordeste hasta la del Guarico, al Oriente por fin hasta el Atlántico, donde entra por cincuenta bocas. Sale al mar á los ocho grados y treinta y cinco minutos. Tiene de curso dos mil y quinientos kilómetros, y recibe las aguas de ríos con que no

---

[1] Fuentes de este capítulo: Fray Pedro Simon, *Primera parte de las Noticias Historiales de las conquistas de Tierra Firme*, Noticia V, caps. del V al IX; Lúcas Fernandez Piedrahita, *Historia General de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*, lib. X, caps. II y V; Antonio de Oviedo, *Historia de la Conquista y Poblacion de la provincia de Venezuela*, lib. III, caps. del I al III; Joannis de Laet, *Novus Orbis*, lib. XIV, cap. XII; José Cassani, *Historia de la provincia de la Compañía de Jesus del Nuevo Reino de Granada*, lib. I, cap. XIV, XX, XXIV y VXV; José Gumilla, *El Orinoco Ilustrado*, tomo I, caps. IX, X, XI, XII, XIII y XVIII; tomo II, cap. XVIII; Humboldt et Bonpland *(Voyage de)* Atlas géographique et physique, Carte itinéraire du cours de l' Orenoque, Carte du río Caura, Carte du cours du río Meta, Carte de la partie orientale de la province de Varinas, Carte générale de Colombia; Juan de Castellanos, *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, parte II, elegía III, canto I.

son comparables los más caudalosos de España: por su márgen izquierda el Atabapo, el Guaviare, el Meta, el Sinaruco, el Arauca, el Apure: por la derecha el Ventuari, el Caura, el Aruy, el Caroni. Por el Casiquiare, que se cree derivacion suya, comunica con el Río Negro, y por éste con el de las Amazonas. Sería larga tarea enumerar los sub–afluentes. Ocho cuenta el Guaviare, algunos de tanta importancia como el Ariari y el Guayavero; veinte el Meta, entre ellos el Cusiana, el Crabo, el Ariporo, el Chire, el Casanare; pocos ménos el Apure, de que son tributarios el Sarare, el Orivante, el Santo Domingo, el Masparro, el de la Portuguesa y el Apurito. No se comunican por otra parte sólo el Orinoco y el Río Negro sino tambien el Sarare y el Arauca, el Arauca y el Apurito, el Guarico y el Apure. Las aguas que pierde el Apure se unen hasta con las del Sinaruco.

A pesar de tantos ríos y de innumerables arroyos distan esas inmensas llanuras de estar animadas todas por la vejetacion ni pobladas por el hombre. Si contienen centenares de leguas cubiertas de vírgenes é impenetrables bosques, centenares de leguas contienen tambien de terrenos estériles, arenosos, desiertos, en que sólo á largos trechos levantan algunas palmeras al cielo sus desnudos troncos ó doblan la cabeza al viento no muy lozanas gramíneas. Forman en este punto contraste las del Norte con las del Mediodía: las de Venezuela, por ejemplo, con las comprendidas entre el Orinoco, el Casiquiare, el Atabapo y el Río Negro. Aunque embellecidas éstas por frondosos y gigantescos árboles, no son hoy tampoco asiento de nacion alguna: lo son, como lo eran ántes de la Conquista, sólo las riberas del Orinoco y de los ríos á que sirve de sepulcro.

Mas los omeguas ú omaguas se dice que estaban al Sur del Guaviare, del que es afluente el Atabapo: ¿no tendrían por allí sus ciudades? Hoy está en duda la existencia de ese pueblo. Se lo mezcló con la fábula del Dorado, país, segun algunos, donde eran de oro guijarros y rocas, nacion, segun otros, donde el Rey se untaba todos los días el cuerpo y se lo salpicaba de polvos de oro, y con el Dorado se ha querido borrarlo de las páginas de la Historia. Me ha de permitir el lector que le dedique algunos párrafos.

Fray Pedro Simon supone descubiertos á los omaguas por Felipe de Utre. Utre, dice, al querer pasar el Guaviare, dió con un cacique llamado Macatoa, que le recibió cariñosamente y llevó la generosidad al punto de hacer desocupar la poblacion en que vivía para mejor alojarle á él y á los soldados que llevaba. Indicóle desde allí Macatoa el asiento de los omaguas, y no pudo disuadirle del propósito de visitarlos por más que se los pintó numerosísimos, dueños de vastas ciudades y diestros en la guerra. Catorce días anduvo Utre por rasas tierras y escusadas trochas ántes de encontrarlos. Vió á los primeros omaguas en una aldea de cincuenta buhios, segun le aseguraron, destinada sólo á los que tenían el cargo de guardar las sementeras de los vecinos pueblos. Como huyesen despavoridos, los siguió á todo el correr de su caballo, y con tan mala suerte, que

cayó al bote de una lanza. Aún así estuvo perplejo en ordenar la retirada ó el ataque hasta que le advirtieron el peligro en que se hallaba las voces de alarma y el ruido de atabales, caracoles y cornetas que á lo léjos se oia. Aprovechó la oscuridad de la noche, y retrocedió cuan brevemente pudo al lugar de un cacique amigo de Macatoa, que distaría de allí sobre cinco jornadas. Aunque logró ganarlo, no tardó en verse amenazado por quince mil omaguas, que venían vestidos, ceñidas las sienes de flotantes penachos, con altas picas de tostadas puntas y en recios y bien formados escuadrones. No porque no pudiera salir personalmente á batirlos dejó de vencerlos ni de obligarlos primero á retirarse en buen órden, y luégo á ponerse en declarada fuga. Dejó, con todo, para más tarde invadirles la tierra creyendo para tanto escasas las fuerzas de que disponía y no pudiendo preveer que en Coro le aguardase la más inesperada y desastrosa muerte.

Repiten esta narracion José de Oviedo y Lúcas Fernandez Piedrahita; mas ninguno de los tres determina por dónde pasó Utre de las orillas del Guaviare al pais de los omaguas, y ninguno deja entrever, por lo tanto, dónde estuvo tan misterioso pueblo. Cabe inferir cuando más de sus unánimes relaciones que estaba catorce jornadas al Mediodía del Guaviare: dato oscuro y vago.

En sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias* adelanta algo más Juan de Castellanos. Cuenta la expedicion de Utre más allá del Guaviare, no ya con referencia á Pedro Simon, como Piedrahita y Oviedo, sino por lo que oyó á los mismos capitanes de Utre, principalmente á Juan de Arteaga. Aunque relata la herida de nuestro caudillo y el ataque del campo español por quince mil indígenas, difiere bastante de los tres historiadores. Tanto difiere que califica, no de omaguas, sino de chocoes á los quince mil combatientes. Yerra aquí sin duda, puesto que los chocoes estaban más arriba, al otro lado de los Andes, en las playas del Pacífico; pero aún así deja entrever mejor que Fray Pedro dónde estaban los últimos pueblos visitados por Utre. Venían, segun él, los quince mil de las riberas del Montoa, evidentemente el Mocoa, tributario del Yupura, que corre como sesenta leguas al Mediodía del Guaviare. Allí es efectivamente probable que empezasen los omaguas.

Los omaguas no sólo existieron; contínuan existiendo. Los hay reducidos al cristianismo en ámbas márgenes del Amazonas: en San Joaquin, á los cuatro grados de latitud meridional y á los sesenta y nueve y cuarenta minutos de longitud, y en Olivenza ó San Paulo, á los tres, treinta y seis de latitud y á los sesenta y cinco, veintiocho de nuestro meridiano. Los hallaron allí los jesuitas que los convirtieron, y tambien entre el río Curaray y el Putumayo, que por sus fuentes se acerca mucho á las del Mocoa. Uniendo las relaciones de Simon y Castellanos hasta indudable parece que los viera en el Mocoa Felipe de Utre.

Laet pone omaguas mucho más abajo: en el camino de Salta al Potosí, sobre

catorce leguas al Noroeste de Jujui, poco más ó ménos á los veintitres grados de altura. Puede que se equivoque, y puede tambien que acierte. No es en primer lugar nada raro en América encontrar pueblos de una misma familia separados por otras muchas gentes y colocados á enormes distancias: lo veremos pronto en los achaguas y los macos y más tarde en los guaraníes. No lo es en segundo lugar que esos mismos pueblos se recojan y desaparezcan de regiones que por más ó ménos tiempo ocuparon: sucedió ántes de la Conquista y mucho mas despues que los misioneros empezaron á someterlos al yugo de Cristo. Escribía Laet en la primera mitad del siglo XVII, y sólo en el año 1686 se emprendió por el aleman Samuel Fritz la conversion de los omaguas.

Mas ¿eran realmente estos y los demas omaguas tan numerosos y cultos como, segun Fray Pedro, se los pintaba á Felipe de Utre el cacique Macatoa? Numerosos debían de serlo, atendidos los extensos territorios por que estaban derramados. Cultos es de presumir que lo fuesen algo más que los pueblos de la cuenca del Orinoco. Es unánime el aserto de que iban vestidos. De lana dice Laet que lo estaban los que coloca en las actuales fronteras de Buenos Aires y Bolivia. Que vivían en sociedad lo aseguran tambien, ademas de los citados historiadores, los misioneros. Ejércitos disciplinados y capaces de retirarse en buen órden no se los atribuye sino Pedro Simon y los que le copian; en lo que sí convienen todos es en que no usaban de más arma que las altísimas lanzas cuyas puntas hacían al fuego. Opulentos supone Laet á los suyos; mas ¿en qué podía consistir su opulencia? Salvo en el andar vestidos tengo para mí que habían de estar á poca mayor altura que los caquesios. Una costumbre se dice que tenían muy parecida á otra que vimos en la península yucateca y hubo tal vez en la raza que levantó los maravillosos monumentos de Palenque: la de comprimir por la frente y el occipucio entre dos tablas la cabeza de los recien nacidos.

Siento no haber podido recoger más noticias sobre tan importante pueblo. Desgraciadamente no poseo muchas más sobre algunos de los del Orinoco, que me propongo recorrer de Sur á Norte. Desconozco los que pudieron existir desde las fuentes de aquel río hasta la confluencia del Guaviare. Estaban aquí los caberres, que se extendían por las orillas del Guaviare mismo hasta la boca del Ariari. Eran los caberres hombres belicosos y antropófagos: hacían la guerra á sus vecinos sin más objeto que saciar por los prisioneros su brutal apetito. Se imponían á todos sus vecinos y aún á los caribes, que subían el Orinoco en busca de esclavos. Inútilmente los caribes intentaron repetidas veces hacerles sentir el peso de sus armas; no lograron vencerlos ni por sorpresa. Tenian los caberres centinelas en altozanos que dominaban gran parte del río: no veían á sus contrarios que no tocasen su tambor de alarma y no llamasen en su defensa la flor de sus guerreros. Hacía llegar el tambor sus voces á tres y más leguas de distancia, y era contestado al punto por otros tambores de no ménos fuerza; acudía siempre más gente de la necesaria para conjurar el peligro. Sa-

lieron derrotados los caribes en cuantas luchas empeñaron con tan valerosas tribus, y llegaron al fin á temerlas de suerte que no pasaban por la embocadura del Guaviare sin alejarse lo más que podían de la ribera.

Entre el Guaviare y el Meta había otra nacion sumida en mayor barbarie. Dilatadísimos llanos tenía por suyos, y todos los había menester para no morirse de hambre El espacio entre los dos ríos es casi todo yermo: carece de árboles fuera de los últimos estribos de los Andes y de toda fertilidad fuera de la region que bañan el río Uua y el arroyo de Aguas Negras. Sólo por el trabajo se hubiera podido suplir la escasez de la naturaleza, y no lo conocían los guajivos, de que no eran á mis ojos los chiricoas más que una rama. Guajivos y chiricoas eran nómadas: andaban constantemente de río en río y no pasaban en parte alguna más de dos noches. Aquí pescaban, allí cazaban, y en tanto sus mujeres desenterraban raíces, unas por nombre guapos, otras cumacapanas, que les servían de pan cuando no de todo sustento. Ni reparaban para acallar el estómago en comer de cuantos animales producía la tierra: así devoraban los venados como los tigres. Por cierto que para cogerlos empleaban tambien el procedimiento de los Incas. Salían de caza formando una media luna, y, ya que tenían ojeadas algunas reses, cerraban el círculo y las mataban á flechazos. Eran, ademas de cazadores, gente de guerra: atacaban en sus correrías á cuantos pueblos caían bajo el alcance de sus armas. No comían ni mataban, sin embargo, como los caberres á los prisioneros.

No por ésto se crea que estimasen en mucho la vida del hombre. Marchaban en todas sus expediciones á la deshilada: delante los más vigorosos mancebos con arco, flechas y lanza; despues los casados tambien con sus armas y tal vez alguno de sus hijos en hombros; luégo la gente débil agoviada por las enfermedades ó los años; detras las casadas llevando en enormes cestos á los niños que no podían andar por su pié y el ajuar de la familia; por fin hombres forzudos conduciendo en canastas á los inválidos. El que hacía cabeza debía ir apartando y pisando los matorrales del camino: cuando se cansaba ó no podía ya con sus heridas, confiaba tan penosa tarea al que le seguía en órden, dejaba pasar la tribu, que acaso cogía más de una legua, y se ponía á la retaguardia. ¿Acertaba á morir durante la expedicion alguno de los enfermos? Le medio enterraban los que le conducían sin que los demas suspendieran un solo momento su marcha. Tampoco la suspendían porque á cualquiera de sus mujeres la asaltasen los dolores de parto. Se hacía la mujer á un lado, envolvía la criatura, la lavaba y se lavaba en el primer arroyo y corría á ocupar su puesto en la caravana. Gracias que la ayudase alguna de sus amigas.

Vida inquieta y azarosa era la que esos guajivos llevaban. Merced á sus constantes guerras estaban sobre todo de noche en contínuo sobresalto. No dormían jamas donde cenaban y encendian sus fuegos: arrostraban el peligro de las fieras para salvarse del de los hombres. Los había, con todo, segun mis no-

ticias, que no eran nómadas. Tales considero los que Humboldt pone con los chuenas al otro lado del Meta, al Norte, entre los ríos Cusiana y Guarimena. Guayvas llama Gumilla á los de las llanuras del Guaviare.

Eran mucho ménos bárbaros los Achaguas. Vivían los más á no gran distancia del Meta: unos al Mediodía, otros al Oriente, otros al Norte. Se los encontraba tambien no léjos del lugar en que bifurca sus aguas el Apurito: entre este río y el Payara. Estaban aquéllos en los cuatro y cinco grados de latitud septentrional y éstos entre los siete y treinta minutos y siete y treinta y cinco. Aún entre los del Meta había otros muchos pueblos: los amaricanos, los chorotas, los guajivos del Guarimena. No diré ahora los que mediaban entre los del Meta y el Apurito, porque los he de examinar aparte y los irá viendo el lector á medida que hable de su posicion y sus costumbres.

Eran los achaguas de gentil cuerpo y brío. Cuidaban esmeradamente del cabello, que tenían á gala llevar largo y untaban con aceite de palma. No consentían en cambio pelo en su rostro: por tres ó cuatro veces ponían en la cara de sus hijos cierto betun que al secarse les arrancaba lo mismo el pelo de la barba que el de las cejas. Pintábanse de piés á cabeza con el zumo de hojas de distintas plantas, y aquél se creía más honrado que más brillantes colores usaba. Labraban en las niñas con sutiles dientes de pescado y con jagua unos como vigotes que les caían sobre la barba en forma de arco. Usaban por todo vestido varones y hembras un tonelete que sujetaban á la cintura.

Como casi todos los bárbaros, tenían gran destreza en el manejo de las armas. Ademas del arco y la flecha hacían de madera, que endurecían poniéndola al fuego, espadas muy semejantes á las españolas con que de un mandoble partían en dos la más robusta fiera. Sabían tambien blandir la macana, especie de porra con astil de una vara de largo.

No se distinguían, sin embargo, por su bravura. Confiaban generalmente para vencer más en la astucia y la traicion que en la fuerza de las armas. Por venenos muy activos que habían descubierto procuraban deshacerse de sus contrarios. Su más singular costumbre era el ceremonial para celebrar sus paces. Los que las proponían disparaban contra la tierra y levantaban al cielo sus arcos. Hacían otro tanto los enemigos si estaban en ánimo de aceptarlas. Acercábanse despues los dos bandos, y se dirigían á voz en grito los más groseros ultrajes. Se recordaban con acritud los agravios mútuamente inferidos porque entendían que sólo había de cubrir la paz los que en aquellos instantes fuesen objeto de acusacion y queja. No se satisfacían con estas reconvenciones: puesta la mano en las macanas, se daban rudos y tremendos golpes, bien que respetándose cabeza y brazos. Duraba la lucha miéntras no soltasen el arma sus caudillos. Arrojábanla entónces todos, se daban las manos, y quedaban hechas las paces. Costumbre, segun parece, comun á muchos pueblos de la comarca.

Relativamente á los guajivos eran los achaguas dóciles y de vivo ingenio.

Doblaron pronto la cerviz al cristianismo. Verdad es que, atendida la manera como vivian, no debieron hacerse violencia para someterse á la nueva moral y al nuevo dogma. Aunque polígamos, guardaban la fidelidad conyugal y eran implacables para con la mujer que la quebrantaba. Sentían gran respeto por el hogar ageno. Apénas tenían más vicio que el de la embriaguez, tan general en América. Idolatría no la conocieron: ni al diablo siquiera rindieron culto. Se reducian sus creencias á la de otra vida que habían imaginado vagamente. Ponían tambien en las sepulturas, ademas de las armas que había usado el difunto, pan y vino: el vino y el pan á fin de que bebiera y comiera interin se hiciese á los usos de la otra tierra; las armas para que se defendiera de los enemigos que hubiese tenido en vida. De aquí al cielo de los cristianos era fácil el tránsito.

Ni estaban los achaguas desprovistos de industria. Cultivaban la yuca ó mandioca. Hacían de las raíces de esta planta su pan, su *cazabe*; y al efecto habían debido inventar un aparato con que rallarlas y un procedimiento para extraer el jugo venenoso que algunas encierran. Las rallaban por medio de una especie de trillo que hacían estriando una tabla de dos tercias de largo por una de ancho é introduciendo en las estrías pedernales de agudo corte que sujetaban con la goma cocida de ciertos árboles. Las purgaban del virus que traían las ponzoñosas metiéndolas dentro de costales armados en su parte inferior de un balancin que servía para golpearlas con fuerza. Colgaban el costal de la rama de un árbol, y ponían en uno de los extremos del balancin á una mujer que con subir y bajar apaleaba y secaba la yuca. Ya limpias y ralladas las raíces, las amasaban y las tendían sobre piedras que estaban ardiendo.

De este pan, es decir, del que hacían de la yuca venenosa, formaban su vino. Ponían el pan á la accion del humo, y, cuando estaba ya enmohecido, lo echaban en ollas de agua hirviendo. Frío ya el líquido, lo trasegaban pasándolo por un tamiz ingeniosamente compuesto de sutiles cañas. Con esta bebida y el cazabe celebraban todas sus fiestas. Comían ordinariamente, ya carne, ya pescado; mas no en las reuniones de familia ó de tribu. Permitíanse aquí cuando más mojar el cazabe en caldo de ají para avivar la sed hasta embriagarse.

Sabían tambien los achaguas hilar, tejer, pintar, hacer quiripa. De los cogollos de las palmeras sacaban hilos como de pita á que daban gran variedad de colores. Con esos hilos tejían sus costales y sus toneletes. La quiripa la hacían de puntiagudas cáscaras de caracoles. Partían las puntas con pedernales que les servían cual de martillo, cual de yunques; taladrábanlas con instrumentos de metal que se forjaban y labraban por sus propias manos; redondeábanlas en piedras de afilar y las ponían brillantes á fuerza de batirlas en agua unas con otras. Las fabricaban ya del tamaño de dos reales, ya del de real, ya del de nuestras diminutas lantejuelas.

Es indecible la importancia que había adquirido esta fruslería en aquel pue-

blo y otros muchos de la comarca. Aquel se tenía por más rico y mas feliz que más quiripa tenía. Usábanla hombres y mujeres para adorno y gala de su cuerpo: había quien la llevase en sartas del peso de media arroba. Fué la quiripa objeto de activo tráfico y sirvió al fin de moneda.

En usos, ritus y costumbres eran muy parecidos á los achaguas los ayricos y los jiraras. No diferían sino en algunas creencias donde parecía reflejarse, aunque muy débilmente, la luz del cristianismo. «Hay, decían, un dios autor del Universo. Reina y gobierna todavía porque murió el hijo á quien envió á la tierra. Enojado con el hombre, anegó un dia el mundo.»

Ignoro la situacion de estos dos pueblos. Conozco algo mejor la de los salivas, una de las más importantes naciones de la region que nos ocupa. Los salivas se extendían, como los achaguas, por muy apartados territorios. Los había en las orillas del río Vichada, entre las del Pauto y el Guanapalo y en las del Sinaruco. Simples ramas suyas se sospecha que fuesen los abanes, los quirrubas y sobre todo los atures. Si no hablaban el mismo idioma, eran de la misma índole y las mismas costumbres.

No podían ser los salivas ni ménos belicosos ni más dóciles. Les faltó corazon para resistir á los caribes, y hubieron de rendirles párias. Habrían naturalmente resistido ménos á los españoles: no bien oyeron la palabra de los jesuitas, cayeron á los piés de Cristo. Fueron desde entónces fervientes católicos: los afligía y desconcertaba la sola idea de que pudiesen los Padres abandonarlos. Verdad es que en los Padres veían á la par que un consuelo, un escudo.

Observábase en los salivas un fenómeno verdaderamente raro. Tenían tanto de varoniles las mujeres como de afeminados los hombres. Hablaban ellos póco y bájo, que apenas se les oía; ellas álto y con soltura. Eran allí principalmente los varones los amigos de la limpieza y gala. Dos veces al día se hacían peinar y redondear el cabello por las hembras; dos veces al día untarse y pintarse minuciosamente el cuerpo. Acicalados ya, eran esclavos de sí mismos. No se atrevían á tocarse ni consentían que los tocara nadie por temor de que se les desordenara el pelo ó se les descompusieran los afeites. De gallarda y gentil presencia, se creían más hermosos de lo que eran, y se hacían por su vanidad verdaderamente insufribles.

Vanos lo eran los salivas hasta el punto de, á pesar de su cobardía, darse aires de valientes, usar de penachos y otras divisas de guerra, echar bravatas y fuera de todo peligro esgrimir con brío sus armas. Eran por esto amigos de grandes espectáculos, y habían concebido exequias como las de sus caciques. Al morir un cacique le ponían dentro de una verja cuadrilonga con columnas en los ángulos y el centro, dos terminadas por coronas, dos por pájaros y dos por caras llorosas, las manos en los ojos. Ponían al pié del cadáver á la viuda malamente cortado el cabello y desnuda de adornos y aún de toda pintura; al rededor á los parientes.

Iban luégo todos, no en tumulto, sino por compañías á la casa mortuoria. En cuanto llegaban á la puerta prorumpian en gemidos y lágrimas, á que con lágrimas y gemidos respondían los de adentro. Bebían instantes despues y bailaban alegremente hasta que venía otro grupo. Renovaban entónces el llanto, despues la danza y así sucesivamente.

Sonaban á poco lúgubres instrumentos: unos flautones de barro, largos de dos y tres piés y con dos y más concavidades, que daban sonidos á cual más bajos y profundos, y unos estrechos tubos, metidos en tinajas vacías, que los producían espantablemente lóbregos. Iban en tanto pareciendo cuadrillas de danzantes, cubiertos de piés á cabeza de pluma de varios colores. Llevaban todas sus músicos; y al paso que unas marchaban grave y reposadamente marcando el compas ya con las plantas, ya dando en el suelo con pintados y vistosos bastones, pasaban otras tocando pífanos, contoneándose, batiendo asimismo la tierra con piés y palos y moviéndose con increible celeridad y lijereza. Una venía despues de muchas que era el asombro de los vecinos pueblos. Presentábanse en corro doce mancebos con largos plumajes de guacamayo y altos y flexibles mimbres adornados tambien de brillantes plumas. Sujetos por las puntas los doce mimbres á una corona, á cuyo peso cedían, formaban una hermosa cúpula; y esta cúpula no se descomponía con ejecutar los bien enseñados mozos las más caprichosas danzas. Es indecible el efecto que producían, sobre todo vistas de léjos, todas estas cuadrillas, junto á las cuales iban de dos en dos haciendo extraordinarias cortesías y ceremonias otros músicos con flautas de caña negra, largas de más de seis piés, que sonaban la una de tenor, la otra de contralto y armonizaban agradablemente.

Concluidas las danzas, allá al caer de la tarde, retirábase cada cual á su hogar y quedaba la tribu en silencio. No terminaban aquí, sin embargo, las exequias. Al comenzar del otro dia reuníanse en el campo hasta noventa salivas: treinta con pífanos, treinta con trompetas de á dos varas y treinta que las sostenían sobre sus hombros. Andaban todos bailando y caminando en círculo y armando, principalmente con las trompetas, tan diabólico estruendo, que ponían espanto en el corazon del extranjero que los oyese á distancia. Acercábanse lentamente al pueblo, y ya que daban vuelta á la plaza, salían de nuevo las cuadrillas del dia anterior y repetían sus evoluciones bien que interrumpiéndolas á trechos para dar tregua al llanto y al panegírico del difunto. Callaban entónces todos, y exclamaba uno en voz alta y lastimera: «¡oh, y qué excelente pescador se ha muerto!» ó bien «¡oh, y qué admirable arquero acaba de perder la tribu! donde ponía el ojo allí la flecha.» Terminaba la ceremonia por ir en procesion al río todos los súbditos del cacique: primero los danzantes, despues los trompeteros, á continuacion la gente del duelo llevando el fúnebre aparato de la sala mortuoria, detras la muchedumbre. Arrojaban á la corriente pífanos, flautas, trompetas, columnas, verja, túmulo, lavábanse y volvían tranquilamente á sus chozas.

No dice el autor á quien sigo qué se hacía del cadáver: es de suponer que lo sepultaran, como tantos otros salvajes, con víveres y armas. El Padre Cassani refiere una costumbre de los salivas del Sinaruco que, sobre diferir de la que acabamos de ver en los del Meta, daba al cuerpo de los difuntos singular destino. Estos salivas, dice, entierran al deudo que se les muere con las armas é insignias que tuvo en vida, y al año celebran los funerales. Le exhuman entónces, le llevan á la casa que ocupó, le ponen en la mitad de una espaciosa pieza, reunen á los parientes y hacen una confusa mezcla de festin y duelo. Sentados al rededor del cadáver, ya casi esqueleto, los concurrentes, comen y beben cazabe mojado en agua de pimiento y sendas copas de vino. Lloran despues, suspiran y encarecen, cada cual como sabe, las dotes que adornaron al muerto. Se entregan luégo á la danza hasta faltarles el aliento; y, ya que están rendidos, vuelven á sus lágrimas y tambien á sus copas. Alternando de esta suerte la alegría y la tristeza, tal vez acontece que pasen los seis y los ocho dias. Levantan al fin una pira, queman los restos del difunto, recogen cuidadosamente las cenizas y se las beben con el último vaso de chicha.

Eran todos los salivas muy supersticiosos: se les quebrantaba el ánimo y se abatían al sucederles la menor cosa que tuviesen por mal agüero. Eran tambien preocupados: tomaban á mal que sus hembras pariesen mellizos. Creían que uno de los gemelos había de ser fruto de adulterio, y las maltrataban ya que no las repudiasen. Las mismas mujeres las llenaban de improperios comparándolas á los animales que más hijos arrojaban de un parto. Así la infeliz á quien cabía tan desdichada suerte se apresuraba á matar y enterrar al primer mellizo á fin de que nadie observara ni supiera su falta.

Otra costumbre tenían esos pobres bárbaros que no es para echarla en olvido. Al llegar el tiempo de limpiar sus vegas y sembrar su maíz y su yuca ponían en dos filas á sus mancebos, y los azotaban cruelmente para quitarles, decían, la pereza y disponerlos mejor al trabajo. Lo sufrían los mozos sin exhalar una queja aún cuando se les acardenalara ó les sangrara el cuerpo.

Desmiente esta costumbre á los que sostienen que entre los salivas eran tambien las hembras las encargadas de las labores del campo. Lo eran los varones; cuidaban ellas cuando más del acarreo de las cosechas. No por ésto llevaban las mujeres descansada vida, que necesitaban las horas del dia y más que tuviera para criar á sus hijos, amasar y cocer el pan, hacer el vino, asar los pescados y las carnes y untar y pintar mañana y tarde el cuerpo no sólo al marido sino tambien á cuantos huéspedes hubiera en la casa.

Eran industriales los salivas ademas de agricultores. Nos lo dice lo que vimos en las exequias de sus caciques: sus instrumentos de música, su verja, sus columnas, sus coronas, sus pájaros, sus bustos. Sabían tallar bien que mal la madera y concordar los sonidos, cosa que no hemos visto hasta aquí en ningun pueblo de los Llanos. Las descomunales trompetas de que ántes hablé sonaban

broncamente y ahogaban la voz de los pífanos cuando se las oía de léjos; de cerca formaban con esos mismos pífanos agradable armonía.

No eran ménos de notar los otomacos. Estaban, segun mis noticias, estos bárbaros en las mismas riberas del Orinoco y empezaban donde el Meta une con él sus aguas. Extendíanse tambien por dilatadas tierras, tanto que Gumilla habla de tres ancianos que para bajar á las misiones en que estaba habían empleado veintisiete dias. Nacion numerosa era y digna de estudio por más que algunos autores la hayan menospreciado calificándola de comedora de tierra.

Vivían los otomacos bajo un régimen esencialmente comunista. Si no por la ley, por la costumbre tenían determinado todo lo que habían de hacer y practicar para bien suyo y provecho de su tribu. Mucho ántes de rayar el alba conmovían el aire con tristes alaridos. Lloraban á lágrima viva por sus difuntos: quien por el padre, quien por el hijo, quien por la mujer, quien por el hermano. No amanecía cuando estaban ya bañándose en el río ó el vecino arroyo. Acudían al salir el sol á la puerta de sus respectivos jefes y de allí á la faena que se les imponía. Vosotros, les decia su capitan segun los tiempos, ireis hoy á pescar en canoa ó á coger tortugas ó á cazar jabalíes; vosotros á desbrozar los campos ó á sembrarlos ó á segar la cosecha. No podían replicarle, cuanto ménos desobedecerle.

No todos los otomacos estaban cada día sujetos al trabajo. Iban los ociosos al trinquete, donde jugaban con entusiasmo y júbilo. Habían de recibir y arrojar la pelota con el hombro derecho; y era tal su destreza que con el hombro la recibían y arrojaban aunque viniese al ras de la tierra. Dividíanse en bandos así los jugadores como los espectadores, y tomaban todos interés en la lucha. Apostaban los unos, atravesaban los otros, y seguían todos con ansiedad las peripecias del juego. Suscitábanse á menudo cuestiones y discordias; pero allí estaban para dirimirlas jueces que se hacían respetar más por sus años que por la autoridad de que los revestían los caciques.

Dedicábanse en tanto las hembras á fabricar artículos de alfarería y tejer con el hilo que sacaban del muriche esteras, mantos, canastas y pabellones contra los insectos; mas abandonaban á mediodía la tarea y se dirigían tambien al trinquete. Hacían uso de la pala, y con tal ímpetu disparaban la pelota, que no se atrevían los varones á recibirla en el hombro. Si hábiles se mostraban los unos, tanto ó más las otras. Eran para todos las pelotas de cautchuc y de gran circunferencia; redondas las palas, del ancho de una tercia de bordo á bordo y de astil grueso y largo como para cogerlo á dos manos.

Lo extraño era que en lo más ardoroso del día se sajaban hombres y mujeres brazos, muslos y piernas sin suspender el juego ni reparar en si regaban con más ó ménos sangre la tierra. Se lanzaban al río cuando querían restañar las heridas, y si con ésto no lo alcanzaban, las cubrían de arena ó barro. Obraban

así, al decir de algunos, para evitarse peligrosos tabardillos. La verdad es que pocos pueblos los aventajaban en lo sanos, robustos y corpulentos.

No dejaban los otomacos el trinquete hasta que por sus muchachos sabían la vuelta de las barcas pescadoras ó en la época de la cosecha el regreso de las gentes enviadas al campo. Acudían entónces de nuevo á la puerta de sus capitanes, donde se depositaba íntegro el fruto de los trabajos del día. Del pescado, la caza ó los cereales recogidos les daba el jefe segun los hijos que cada cual tuviera. Nada allí de privilegios. Trabajaban todos para todos, y era para todos igual el reparto. ¿Qué importaba que holgasen unos y trabajasen otros? Los ociosos de hoy eran los trabajadores de mañana; los trabajadores de hoy los que mañana divertían sus ocios en el juego. Si eran iguales los beneficios, lo eran tambien las cargas.

Comían los otomacos una sola vez por día: al desaparecer el sol del horizonte. Del alba á la noche probaban cuando más frutas ó algun puñado de tierra. De tierra digo, y diría mejor de arcilla. Amábanla extraordinariamente y, segun ciertos autores, la digerían gracias á la mucha grasa de tortuga y caiman que tomaban, ya sola, ya con su maíz y su yuca. Devoraban al anochecer más bien que comían, evacuaban el vientre en hoyos que abrían adrede y tapaban al punto como los israelitas, y corrían á bañarse de nuevo en arroyo ó río.

Bailaban luégo hasta media noche. No disponían de las flautas ni de las trompetas de los salivas, pero tampoco las necesitaban. Asíanse de las manos los varones, y formaban corro. Asíanse á su vez las hembras, y se extendían en círculo al rededor de los hombres. Asíase á su vez la gente menuda, y se corría en torno de las mujeres. En órden ya los tres corros, daba el tono el director de la fiesta, y empezaban á la vez el canto y la danza. Marchaba todo á compas y sin descomponerse por más que frecuentemente cambiase de tono el maestro.

Era, como se ve, tan metódica como activa la manera de vivir de los otomacos. Apénas dormían. Cuando no al trabajo, se dedicaban á ejercicios de fuerza. Se herían sin piedad, y no temían por lo tanto la sangre. Se bañaban dos y tres veces por día. Se alimentaban una, pero abundantemente. Eran así una generacion vigorosa que nadie sujetaba. Cuerpo á cuerpo se batían siempre con los caribes, y los rechazaron cuantas veces los tuvieron en sus riberas. Sajábanse con puntas de hueso las carnes al entrar en batalla, y «cuenta, se decían á sí mismos, que si no eres valiente, comerte han los caribes.» Los acompañaban en la guerra las mujeres, y los ayudaban, no peleando, pero sí recogiendo y entregándoles sin cesar las flechas de los enemigos.

No enervaban, por otra parte, los otomacos el vigor de su cuerpo ni la energía de su alma con prematuros ni excesivos placeres. Eran monógamos. Casaban ordinariamente á los mancebos con las viudas y á los viudos con las doncellas. Entendían que por este camino, sobre no condenarse á eterna y peligrosa viudez á las mujeres que hubiesen tenido la desgracia de perder el marido,

habia de hallar el cónyuge mozo en su consorte freno á sus locuras y prudentes lecciones para gobernar su casa.

Enérgicos lo eran los otomacos más de lo justo. Enojábanse por los más frívolos motivos, y con cualquier pretexto recurrían á las armas. Una voz que se levantase anunciando reales ó supuestos peligros bastaba para que se conmoviesen y se agrupasen con arcos y macanas al rededor de sus jefes. Lo ocasionaba la constante alarma en que los tenían los caribes y tambien la embriaguez, á que no se entregaban ménos que las demas naciones. No se privaban ya tan sólo con el vino de mandioca, sino tambien con polvos de yupa y de las calcinadas conchas de ciertos caracoles. Mezclaban estos polvos, y con aspirarlos por las narices entraban en furor tal, que cometían los mayores crímenes como no los detuvieran y aún ataran sus mujeres.

Más que por el uso de la yupa se distinguían los otomacos por sus adelantos en la pesca y las artes agrícolas. Nadie acertaba como ellos á sacar de los ríos las tortugas y los caimanes de más gigantescas dimensiones. Se echaban sobre la tortuga cuando saltaba de la orilla al agua, la perseguían hasta el fondo de la corriente, la volvían de arriba abajo, se la ponían de espalda sobre la cabeza, y con los piés y la mano que les quedaba libre nadaban y ganaban la ribera. Se valían contra el caiman de análogo procedimiento. Se proveían dos pescadores de una soga terminada por un lazo, cogíala cada uno por uno de los extremos y se acercaban sigilosamente á la fiera que veían en la playa. Al saltar el caiman al río llevaba ya caballero sobre sí al pescador que tenía la soga por el lazo; al bajar al fondo estaba ya preso. Subía rápidamente el intrépido buzo, tiraba de la cuerda desde la orilla junto con su compañero y sacaba afuera al terrible mónstruo. Aturdíanlo con un fiero garrotazo en los ojos; y aún vivo le arrancaban las conchas del pecho á causa de haber observado que despues de la muerte se le difundía el almizcle por todo el cuerpo y le corrompía la carne, de otro modo sabrosa, tierna y blanca al igual de la nieve.

Cultivaban, como tantas otras naciones, los otomacos el maíz, la yuca, la batata, el pimiento y ademas el plátano, aún hoy el socorro del pobre. Eran notables principalmente por la manera como sabían aprovechar la tierra de las lagunas á medida que iban bajando las aguas. Sembraban allí una clase de maíz que llamaban *onona*, y á los dos meses tenían ya en sazon las mazorcas y podían recoger la cosecha. De haber sido más previsores, no habrían jamas padecido hambre.

No la padecerían fácilmente segun sabían sacar partido, no sólo ya de los cereales, sino tambien de muchas raíces y frutas que les daba la naturaleza. Distinguíanse en ésto de los demas pueblos. Aún de productos que generalmente se rechazaba por amargos y nocivos hacían pan esos hábiles otomacos. El procedimiento es por demas curioso. Junto al río abrían hoyos donde quiera que abundase la arcilla. Amasábanla y preparábanla á fuerza de tenerla en agua, y

enterraban en ella el grano, la raíz ó el fruto más conformes á sus apetitos. A los pocos días, incorporada aquella sustancia con el barro, pasaban el amasijo á unas cazuelas donde por segunda vez lo revolvían y lo diluían hasta ponerlo líquido. Lo trasegaban en tal estado á claras y limpias vasijas, esperaban á que se posase, lo separaban cuidadosamente del agua, lo mezclaban con gran cantidad de manteca de caiman ó tortuga, le daban la forma que mejor les parecía, comunmente la esférica, y lo metían en hornos de que lo retiraban blando y, segun ellos, sabroso. Sólo por la manteca lograban sacarlo tierno; les salía, de no, poco ménos duro que el ladrillo.

Industria hemos visto ya la que tenían. Estaba reducida á la alfarería, los tejidos de hilo de muriche y la fabricacion de armas. Añadiré ahora que no limitaban su produccion á su consumo. Eran comerciantes: iban á trocar sus artefactos por los de los vecinos pueblos. ¿Quién con ésto no los diría medianamente cultos? Esos hombres que disponían de pabellones contra los insectos, carecían, sin embargo, de camas: dormían, revueltos el marido y la mujer con los hijos, en montones de arena que recogían de las playas de sus ríos. Extraño contraste de civilizacion y barbarie.

Despues de los otomacos no puedo ménos de hablar de los guamos, que estaban en las bocas del río Apure. Entre uno y otro pueblos había estrechas relaciones: no era sino muy frecuente que los otomacos diesen en matrimonio sus hijas á los guamos y los guamos á los otomacos. Comían los guamos tierra, y se cree que era debido á esos enlaces. No la comían, á lo que parece, ántes de entrar en contacto con esos inventores del pan de arcilla.

Tenían los guamos singularísimas costumbres. Llevaban desnudas sus partes, y en la cintura bellas fajas de algodon, tan delicadamente hiladas y tejidas, que las buscaron y pagaron á buen precio los españoles de otros siglos. Celebraban sus fiestas bajo vistosas enramadas. Bebían en ellas sin suspender el baile ni perder el compas que les daban hábiles flauteros. Cuando estaban ya sofocados por el calor de la danza y el vino, se abrían las sienes. Pródigos de su sangre lo eran no sólo para sí mismos sino tambien para otros. Con la que sacaba de su lengua teñía la madre el cuerpo todo de su niño enfermo; con la de sus venas untaba el cacique el pecho de los súbditos á quienes aquejasen graves dolencias.

Se parecían los guamos en todo lo demas á los otomacos. Cultivaban las mismas semillas, aprovechaban la tierra de los lagos, eran diestros pescadores, y se repartían el trabajo y los frutos que producía. Parecidos á los otomacos debían de ser tambien los yaruros ó iraruros, hoy reunidos con ellos entre los ríos Cariven y Urupe. Ni diferirían mucho de entrambos pueblos los numerosos paos, que estaban junto al Orinoco, en las fronteras mismas de los otomacos. Sembraban tambien el maíz onona en las riberas de las lagunas. Diversidad de costumbres no la conozco ya sino en los mapoyes ó mapuyes de Uruana, que vivian en la boca del Arauca, y en los palenques y guayquiríes que ocupaban la del Ujape y

estaban con los caquesios en las orillas del Sarare y del Apure; naciones que tal vez fuesen ramas de los caribes.

La costumbre característica de estas naciones eran las ceremonias del casamiento. Los cuarenta días ántes de la boda estaba la novia encerrada y sujeta á rigoroso ayuno: tomaba en cada uno por todo alimento tres dátiles de la palmera muriche, tres onzas de cazabe y un jarro de agua. Decían aquellos pobres bárbaros que corrompía la mujer en sus menstruos cuanto alcanzaba á tocar con sus piés ó sus manos, y creían que por tan larga y ruda abstinencia la purgaban de la ponzoña que despedía. La víspera de la fiesta entraba la macilenta reclusa al cuidado de viejas que con la mayor prolijidad la untaban, pintaban y cubrían de plumas. Recibía primeramente en todo su cuerpo un baño de aceite; despues otro de resina sobre la cual le pegaban sutiles pleitas de vários dibujos y colores é infinidad de vistosas plumas, ya blancas, ya rojas, ya verdes, ya azules, que dispuestas en regulares filas iban ganándola de los piés á la cabeza.

Sentábase al otro día, apénas asomaba el sol, el cacique en la plaza, y daba principio á las ceremonias. Bajaba del inmediato bosque un bien concertado cuerpo de danzantes, que al son de flautas y timbalotes daba vueltas y revueltas á la casa de la novia hasta recibir de manos de una anciana un plato de comida. Ofrecíalo al diablo conjurándole á que no turbara la fiesta, y corría á todo correr al bosque de donde vino. Ceñíase allí coronas de flores, tomaba en la mano izquierda un ramo y en la derecha unas como sonajas, y volvía á la puerta de la novia, donde había ya otro que bailaba al compas de flautones de á dos varas como los que vimos entre los salivas. Eran de ver las dos cuadrillas, segun iban de engalanadas y segun lo bien que hacían, sobre todo al rápido girar del baile, las plumas de colores de que llevaban tambien adornado el cuerpo. Estaban las dos diversamente embellecidas, y aumentaba la variedad la brillantez del espectáculo.

Al ponerse en marcha una y otra danzas, entre las cuales iba el novio, salía con una vieja á cada lado la prometida esposa. Al sacrificio, no que al tálamo, parecía que la llevasen. Lloraban las dos viejas y cantaban alternadamente: las palabras que le decían no eran á la verdad para alegrarla. «¡Ay, hija mia! cantaba la una, si supieras las pesadumbres que te ha de dar el marido ¿cómo habías de casarte?» «¡Ay, hija mia! exclamaba la otra, no te casaras si supieras lo que son los dolores del parto.» El contraste que de aquí resultaba era verdaderamente peregrino: donde empezaba el acompañamiento, bailes y regocijos; donde acababa, lágrimas y fúnebres profecías.

Daba la vuelta á todo el pueblo la comitiva, acompañada por el cacique, y llevaba la novia al hogar del novio, donde concluía la fiesta, como todas, por un banquete.

Lo aquí más singular era indudablemente el hecho de conjurar al diablo. Quizá no recuerde el lector que lo observamos ya entre los yucatecas. Se lo

conjuraba allí en las ceremonias del bautismo y por un procedimiento análogo. ¿Creían pues en el diablo mapuyes y guayquiríes? Rarísimo era el pueblo que en él no creyese. En Dios dejaron de pensar muchos; en el diablo pocos. Sentían todos el mal, se reconocían impotentes para evitarlo y lo atribuían á un sér invisible, enemigo del hombre. Era natural que no se afanasen tanto por inquirir el orígen del bien, que sólo estimamos despues de perdido.

No he hablado hasta aquí sino de los pueblos sentados en la márgen izquierda del Orinoco. Los de la derecha no eran ménos en número. Casi en las fuentes del río, entre los afluentes Manaviche y Chigure, estaban los guaycas, de blanquecino cútis; un poco más al Norte, entre el Padamo y el Ocamo, los guainares; al Noroeste, en la ribera occidental del mismo Padamo, los inquietos macos, hoy con mansiones en las orillas del Mariata, al septentrion del nacimiento del Cotaniapo y al oriente del Parueni; entre el Puruname y el Guanami, los aberianas; entre el Padamo y el Yao, los mariquitares; al Nordeste de los cerros de Sipapo, los guaypunabis; entre los ríos Mariata y Manipiare, los curacicanas; entre el Manipiare y el Asisi por fin los jaravanas; pueblos todos montañeses, perdidos los más en el fondo de oscuros bosques. Eran aquí infinitos los pueblos. Sólo en las márgenes del Caura había al Oriente los purucotos, los arinacotos, los parabenas, los mapojos, los quiriquiripas; al Occidente los inaos, los tabajaris, los gujancomos y los aguaricotos; más al Ocaso los jaditanos y los mejopures. No diré de los del río Caroni, generalmente caribes.

Cito esa multitud de naciones sólo para que el lector se haga cargo de lo inagotable que es la materia. Nada sé ni de sus instituciones ni de sus costumbres. Sólo he podido averiguar que los quiriquiripas, con ser una rama de los caribes, estaban como sitiados en sus montañas por los que vivían más al Atlántico; que así ellos como los curacicanas se distinguían por el cultivo del algodon, de que hacían, sobre todo los primeros, excelentes hamacas y finísimas telas; que los macos fueron un día nómadas é invasores y por ésto se los halla establecidos, ya solos, ya con los piraoas, en tan diversas comarcas como la del Padamo y la del Parueni, que están á más de dos grados de distancia.

De un pueblo he de hablar aún que vivía en las mismas bocas del Orinoco: de los guaraúnos que, con tener en frente á los caribes, eran inofensivos. Ocupaban los guaraúnos muchas islas que, sobre estar cubiertas de agua la mitad del año, á causa de las crecientes del río, lo estaban al día dos veces á causa de las mareas del Oceano. Tenían levantadas sus poblaciones sobre altísimas estacas sumergidas en tan cenagoso suelo hasta la tierra firme y unidas en su parte superior por maderos horizontales á que no llegaba ni el mar en sus flujos ni el río en sus avenidas. Sobre aquellas vastas y espaciosas tarimas, á que subían por medio de escalas, habían distribuido en calles y al rededor de una plaza sus modestas casas de muriche. Bailando y cantando pasaban allí lo más del tiempo merced á lo fácil que les era encontrar de qué sustentarse.

Podían cubrir y cubrían los guaraúnos sus necesidades con la sola palmera muriche de que estaban abundantemente pobladas todas aquellas islas. Dábales este nuevo árbol de la vida, miéntras estaba en pié, racimos de dátiles de escasa pero sabrosa carne que, batida y desleida en agua, hacía el mejor de los refrescos. Caido y excavado, destilaba por muchos días un licor que, recogido en vasijas, era primeramente dulce, luégo espirituoso y fuerte y por fin lo bastante ágrio para sazonar las viandas. Producía á la vez gusanos como el dedo pulgar de grandes, que no eran sino manteca viva y llegaron á constituir para los mismos españoles un manjar tan agradable como suculento. Aún despues de extraidos licor y gusanos quedaba con una esponjosa masa, que era fácil convertir en menuda harina con solo licuarla, pasarla por cedazo y dejarla posar en el fondo de la artesa.

¿Qué no se podía hacer luégo del tronco y de las hojas? Del tronco sacaban los guaraúnos tablas para el pavimento de sus calles y para las paredes y el techo de sus casas; del tronco, las estacas que sostenían sus pueblos. De la corteza del vástago fabricaban canastos, aventadores y abanicos. Con las hebras de las hojas tejían los utensilios de pesca y la red en que se entregaban al sueño. De las mismas hebras componían sus cuerdas y sus maromas. En el arranque de las hojas encontraban el maxtle que se ponían los varones y el delantal con que se cubrían las hembras.

Derribaba cada guaraúno las palmeras que necesitaba, y con ésto y los productos de la pesca, tambien abundantes, cubría sin trabajo las atenciones de su familia. ¿Qué mucho que pasara la vida en contínua fiesta?

CAPÍTULO XVI

Descripcion de los pueblos de los Llanos en conjunto.—Condiciones físicas.—Galas y adornos.—Vestidos.—Armas y manera de fabricarlas.—Guerras.—Modo de llamar á las armas las tribus.—Tambores y atabales.—Escasa resistencia al enemigo.—Falta de disciplina.—Pruebas á que debian someterse los que aspiraban á ser jefes.—Afan general por pasar plaza de valiente.—Pueblos hábiles en el manejo de las armas.—Falta de educacion de los hijos.—Poligamia.—Casamientos.—Incestos y repudios.—Adulterios.—Carencia de penas públicas, de leyes y de gobierno.—Falta de culto.—Tenían algunos pueblos por diosa á la Luna.—Lo que hacian en los eclipses.—Tradiciones y creencias.—Diversos modos de enterrar á los muertos.—Lutos.—Duelo de los betoyes.—Cuidados á los enfermos.—Resignacion á la muerte.—Venenos y antídotos.—Numeracion.—Cronología.—Astronomía.—Supersticiones.—Triste condicion de las mujeres.—Agricultura.—Dificultades con que se labraba la tierra.—Caza.—Orden con que se renovaban los grupos de cazadores.—Ranchos que se formaba bajo las arboledas de más copa.—Manera de cazar á los javalíes y los pecaris.—Caza de monos y dantas.—Diversidad de procedimientos para la pesca.—Pesca del manatí.—Pesca en el raudal de los Atures.—Pesca por medio de raices narcóticas.—Otras industrias.—Las necesidades de la vida material estaban satisfechas, no las del espíritu.—Lenguas.—Lijeras noticias sobre su caracter. [1]

Descritos individualmente los pueblos de los Llanos, los examinaré en conjunto. A los ya enumerados ha de añadir el lector los anabalis, los betoyes, los atabacas, los colacas, los tunevos y los guanes. No los he incluido en el anterior capítulo porque ni siquiera puedo fijar donde estuvieron: sé tan sólo que los guanes vivían en los inmensos bosques del Apure, y los tunevos cerca de Chita y del lago Saché, donde aseguraban que se les aparecía el espíritu del mal en figura de serpiente.

Participaban los pueblos de los Llanos de las facciones y aún de muchas costumbres de los que hemos visto más al Mediodía. Tenían negro el cabello, las pestañas, los ojos, salientes los pómulos, chata y carnosa la nariz, más bien grueso que fino el lábio, unidos, iguales y como de marfil los dientes. A excepcion de los achaguas y los maypures, bajos y obesos, eran de buena estatura y gentiles proporciones. Parecíanse en lo blancos á los yuracarés los que moraban en las selvas, y en lo oscuro de su color á los payaguas los que se extendían por las márgenes de los rios y habían hecho de la pesca su principal oficio.

[1] Fuentes de este capítulo: las mismas del anterior y ademas FR. ANTONIO CAULIN, *Historia Corografica Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía*, lib. I, cap. XII y XIII y E. URICOECHEA, *Gramática y Vocabulario de la lengua chibcha*, Introduccion.

Fuera de los otomacos arrancábanse todos la poca barba que les nacía: los ayricos, hasta las cejas. Ni dejaba ninguno de lavarse y untarse el cuerpo dos ó más veces por día como no fuesen los chiricoas y los guajivos. Dábanse ordinariamente un simple baño de aceite de palma ó de achiote; para sus fiestas otro de caraña, resina que mezclaban con ingredientes de varios colores. Gustaban de ir pintados y se ponían feos y horribles para la guerra. Taladrábanse las orejas; y algunos, los guamos, de tal modo agrandaban los agujeros y recortaban los bordes, que no parecían sus pulpejos sino grandes aretes. Gruesos colmillos de caiman solían atravesar por las suyas las mujeres de todas aquellas naciones. Abríanse ademas todos las ternillas de las narices y se las adornaban, como pudiesen, con láminas de plata ó de oro.

Vestidos no los usaban en realidad los pueblos de los Llanos. Cubrían cuando más los varones sus partes con informes retazos de tela; con delantalillos las hembras y tal vez con mazos de hilo que sacaban del árbol muriche. Engalanábanse en cambio los hombres con vistosos penachos de colores, pelucas de plumion como las que vimos en los yuracarés y borlas que llevaban en las gargantas de pié y pierna; y las mujeres, ya con ajorcas y collares de dientes de mono, ya con sartas de quiripa. De muelas y dientes arrancados á los enemigos se hacía sartales el caberre de igual manera que el moxo.

Por gala tambien solían ir con armas todas aquellas gentes. No salía de fiesta ni aún el pacífico saliva sin llevar en la diestra la macana y en la siniestra el fotuto. Usaban de todas las que hemos encontrado en los demas pueblos: no sólo de la macana, sino tambien de la flecha, la lanza y la rodela. Fabricábanlas desbastando la madera por el fuego y el agua y acepillándola con cascos de caracol, de sus escasas herramientas la más afilada que conocían. Puas de raya empleaban generalmente para hierro de sus lanzas y saetas: asegurábanlas en el astil por medio de un hilo que embreaban con peraman al calor de la lumbre.

Empleaban tambien las armas en su propio daño. No siempre se limitaban á defenderse de los caribes; se acometían con harta frecuencia los unos á los otros ya por rivalidad, ya por venganza. Como tantos otros pueblos, buscaban no pocas veces en la guerra cautivas que los enaltecieran y los ayudaran en las faenas del campo. Por mero adorno solamente los salivas acostumbraban á tomar sus arcos.

Es aquí de notar la manera como aquellas naciones convocaban las tribus para sus campañas. Como los araucanos, corrían la flecha, es decir, enviaban á todas partes mensajeros que la clavasen en la choza de los caciques ó en la plaza pública. Ni de ésto necesitaban donde había tambores de los que vimos entre los cabres. Bastaba allí el ronco estruendo de tan bárbaros atabales para que se moviera la gente de guerra.

Lo que fuesen estas cajas lo sabemos por testigos de vista. Se las hacía de

troncos de árboles. Se les daba de dos á tres varas de longitud y como dos brazas de circunferencia. Se las ahuecaba. Se les abría por una parte respiraderos curvilíneos, y se les pegaba por la opuesta un grueso pedernal que no pesaba ménos de dos libras. Cerradas ya en sus dos extremos, se las suspendía de travesaños puestos sobre dos estacas. Era indecible el estrépito que producían como se las batiese en el respiradero central con mazos cubiertos de cierta resina. Sobre todo si repercutía en vecinos bosques ó cerros, despertaba á leguas de distancia el ardor bélico de las tribus. No había en pueblo alguno cajas de tanta fuerza como las de los cabres, pero todas llamaron vivamente la atencion de los europeos.

Disponían ademas aquellas gentes para sus marchas y sus combates de tambores parecidos á los nuestros, de las flautas que llamaban fotutos, de trompetas, de cuernos marinos. Para no rendirse á la fatiga ni al miedo habían sentido tambien la necesidad de algo que les excitara el ánimo. A excepcion de los caberres y los otomacos se desalentaban, sin embargo, pronto y recurrían fácilmente á la fuga. Verdad es que contribuía no poco á este resultado su falta de disciplina. Desoían la voz de sus jefes al entrar en batalla y se batían en tumulto. Al primer contratiempo solían abandonar el campo.

Lo extraño era que esos capitanes á quienes tan inconvenientemente desobedecían no llegaban á serlo que no saliesen airosos de las más rudas pruebas. No lo podía ser el que, cruelmente azotado por los ya jefes, diera la más leve muestra de dolor en el semblante ó exhalara el más débil quejido. No lo podía ser, aún venciendo, si atado á su hamaca y cubierto de mordaces hormigas, pestañeara al sentirse herido en las cejas ó los párpados. No lo podía ser como, envuelto en hojas de plátano y puesto á fuego manso en un cañizo sin poder respirar más que por un tubo, hiciese el menor movimiento. Sucumbían muchos en tan fieros ejercicios, y no faltaba con todo quien los arrostrase para alcanzar tan ilusorio mando.

Era ésto en gran parte debido á lo mucho que estimaban aquellos hombres el título de valientes. «Soy rabioso como un caiman ó soy bravo como un tigre,» solían decir á voces al comienzo de las batallas; y, ya que volvían á sus hogares, reproducían en hojas de palma la imágen de los enemigos muertos por su mano. Colgaban esas efigies del techo de sus chozas, y no recibían huésped á quien no las enseñasen refiriéndole con énfasis todas sus proezas. En dos ó tres naciones los había realmente muy esforzados y hábiles en el manejo de las armas. Con otomacos dimos los españoles que paraban á la vez los golpes de tres soldados. En tirar el arco eran todavía más diestras todas aquellas gentes. No era sino muy comun que los niños debiesen ganar á flechazos la comida que les daban sus padres.

No vaya, sin embargo, á creerse que los pueblos de los Llanos educasen bien á sus hijos. Tampoco los sometían á género alguno de disciplina. Amaban

con desatinado amor al impúber, miraban con despego al adulto, y si acertaban a tener muchas mujeres, los dejaban todos á cargo de la respectiva madre. Cada una de las esposas del polígamo constituía aquí, como en Arauco, fogon aparte: con ella y no con él vivía la prole.

Era lícita en todas aquellas naciones la poligamia, pero estaba fuera del alcance del pobre. No podía generalmente casarse sino el que poseyese campo y casa y se obligase á labrar uno ó más años la sementera del suegro. En una ú otra forma debía el novio comprar á la novia, y la pagaba naturalmente más caro el que más mujeres tenía. Estaba comunmente reducida la poligamia á los capitanes y los caciques.

En muchas naciones se verificaban los matrimonios sin la voluntad de los contrayentes. Los concertaban entre sí los padres, y tal vez acontecía que los trajesen convenidos desde el día en que sus hijos nacieron. Celebrábanlos ordinariamente con danzas y banquetes, no, que yo sepa, con ritus como los que en Europa tuvimos desde edades remotas. ¿La cuidarás? preguntaba en algunos pueblos el padre de la novia al novio; y, como el novio contestase afirmativamente, pasaba al punto de novio á marido. No podía ser ni más lacónica la fórmula, ni más sencilla la ceremonia.

Sólo en la nacion betoya estaban prohibidos hasta el quinto grado los enlaces entre deudos. Podían casarse en las más los parientes de tercer grado, y en algunas hasta los hermanos. El divorcio era en todas más frecuente que el incesto: se repudiaba á la mujer por los más frívolos motivos. Pueblos había donde los maridos cambiaban por más ó ménos días las esposas y se vengaban del adulterio de las suyas cohabitando con las del adúltero. En ninguno dejaba de mirarse como delito la infidelidad de los cónyuges; pero en muy pocos se la castigaba con penas públicas.

Penas públicas no las había en realidad para ningun crímen. Castigábase á sí mismo el matador desterrándose de la pátria: si tal no hacía, quedaba expuesto á las iras de la familia del muerto. A su sabor explayaba el ofendido su enojo en el que le había robado ó le había inferido ultrajes de obra ó de palabra. No caben penas públicas donde no hay gobierno; y allí sobre no haberlo para cada nacion, servían cuando más los caciques para convocar y llevar á la guerra las tríbus.

Culto no lo conocieron tampoco aquellas naciones. Tenían los betoyes al sol por dios, y hablaban los salivas de un creador de todo lo bueno á quien daban el nombre de *Puru*; moraban en los cerros del Orinoco pueblos que veían divinidades ya en la luna, ya en el sapo; pero todos carecían de templos é ídolos. Sólo en los eclipses hacían ofrendas á la luna los que la miraban como su diosa; sólo en las grandes sequías volvian los ojos al sapo los que lo creían señor de las aguas. En los eclipses salían las mujeres á la puerta de sus chozas y arrojaban al aire puñados de maiz prorumpiendo en tristes alaridos; tocaban los hombres

instrumentos bélicos y aprestaban sus arcos, ya que no echasen mano de las herramientas y se dedicasen á cortar leña ó á más rudos trabajos. Suponían que se velaba la luna por verlos cobardes y perezosos; y ya que recobraba la luz, soltaban herramientas y armas y se entregaban llenos de júbilo á la bebida y al baile. Al sapo le miraban con cariño y le respetaban la vida; mas, léjos de adorarle, solían azotarle con varillas cuando escaseaban las lluvias y estaban sedientos los campos.

Tenían tambien algunas de aquellas gentes sus tradiciones. Hablaban los achaguas de una sumersion general de la tierra; y los salivas decían que un hijo de Puru habia aplastado cierta serpiente que devoraba al humano linaje. Creían, ademas, todas que despues de la muerte iba el hombre á deleitosos lugares donde conocía á sus antepasados y volvía á reunirse con su familia. Segun pueblos de la montaña, no podían llegar las almas á tan afortunadas regiones sin pasar cierta laguna en el vientre de enormes culebras.

A pesar de tan generales creencias no todas aquellas naciones enterraban de igual modo á sus muertos. Los sepultaban las más con víveres y armas; pero muchas les quemaban armas y joyas y aún les talaban las sementeras. Los tenían algunas insepultos siete y ocho días: los exhumaban al año, los quemaban y concluían por aventar las cenizas creyendo que, esparcidas por los aires, les habían de traer abundantes lluvias. Los ataban los guaraúnos, los sumergían en el río, y al otro día los sacaban convertidos en blancos y limpios esqueletos. Separaban entónces los huesos, los acomodaban y encerraban en bellas canastas y las colgaban del techo de sus viviendas. Entre los pueblos que practicaban la inhumacion esforzábanse muchos por que la tierra no pesara sobre el cadáver. Hacían tumbas y las cubrían con fuertes cañizos que levantaban del suelo como dos cuartas. Extendían sobre estos cañizos primero anchas hojas de plátano y luégo capas de arcilla, cuyas grietas iban cuidadosamente tapando á fin de que las hormigas no turbaran el sueño del difunto.

Tampoco en aquellas naciones eran iguales los lutos. Entre los ayricos y los jiraras se teñían de jagua todas sus carnes los hijos, los hermanos y las mujeres del muerto; piés, piernas, brazos y parte de la cara, los parientes de segundo grado; piés y manos solamente, los otros deudos. Solían éstos, sin embargo, salpicarse con la misma tinta el rostro. Da la jagua en infusion un color negro tan permanente, que no se lo quitaban en mucho tiempo ni aún bañándose dos y tres veces por día: guardábanla un año sobre su cuerpo y no podía en tanto el viudo convolar á segundas nupcias.

Era ménos durable, pero más patético el duelo de los betoyes. Levantaban los betoyes montículos de tierra sobre las sepulturas de sus difuntos, y el día del entierro, al caer de la tarde, reunían en torno del túmulo á los amigos y los parientes. Sentábanse á un lado los mancebos, al otro las mozas, detras de éstas las mujeres, detras de aquéllos los hombres; los hombres provistos de

lúgubres instrumentos. De pronto en voz lamentable y arrasados los ojos en llanto entonaban el viudo ó el huérfano estas breves y sentidas palabras: «*ay asidi! Marrijubi. ¡Ay asidi!* ¡Ay de nosotros! Ya se nos murió. ¡Ay de nosotros!» Repetíanlas á coro todos los circunstantes, ménos los hombres, que las acompañaban con el triste y bajo son de sus flautones; y todos tan al unísono y con tan profunda tristeza, que conmovían y aún arrancaban lágrimas al que los oía.

Lloraban aquellas naciones por sus difuntos, y no cuidaban á sus enfermos. Que fuese el enfermo el padre, que el hijo, que la mujer, que el hermano, le dejaban tendido en la red que les servía de cama sin darle el menor consuelo. A las horas de comer le ponían al alcance de la mano de que satisficiera la sed y el hambre: en él estaba probarlo ó no probarlo. Llamaban á veces al médico, y valía más que no le llamaran. El médico hacía generalmente lo que en casi todos los pueblos bárbaros: chupar al paciente y fingir que le había extraido ya piedrecillas, ya venenosas hierbas. Gracias que no estuviera sin cesar rociándole con agua fria, como era costumbre en el país de los otomacos, ó no le sumergiera de la garganta á los piés en barro fresco, como sucedía entre los guahivos y chiricoas.

El enfermo por su parte sufría con estoica resignacion las más largas dolencias y los más acerbos dolores. No exhalaba un ¡ay!; no profería una queja. Veía sin inmutarse como se iba acercando la muerte, y aún sintiéndola sobre su rostro permanecía impasible. La miraba como el descanso de sus fatigas, no como el orígen de futuras penas, y más bien la deseaba que la temía. Aún despues de la Conquista enfermo hubo que se hizo llevar por sus hijos al campo y enterrarse vivo. «¿A qué, les dijo, prolongar mi existencia cuando no puedo serviros sino de estorbo?»

Considero inútil encarecer cuán atrasada estaria allí la Medicina. No puedo, sin embargo, pasar por que se desconociera del todo la virtud curativa de muchas plantas. Creo imposible ignorancia tal en gentes que habían descubierto poderosísimos venenos y eficaces antídotos. Conocían los caberres ó cabres y usaban con ellos muchas naciones el activo *curare*, que mata casi instantáneamente como se introduzca en los vasos sanguíneos. Sacábanlo de un bejuco del género *Strychnos*, que crece en las riberas del Orinoco, el Río Negro y las Amazonas; y en otro bejuco habían encontrado un preservativo contra toda clase de tósigos. Principalmente con el curare emponzoñaban sus flechas.

Habían hecho aquellas naciones en otras ciencias parecidos adelantos. Tenían sistemas de numeracion no tan despreciables como se pretende: cinco voces simples para contar otros tantos objetos; la combinacion del cinco y las cuatro anteriores unidades para llegar á nueve; los dedos de las manos para expresar la decena; los de manos y piés para decir veinte; los de las manos y los piés de dos hombres para enumerar cuarenta y así sucesivamente. No parece

que por este medio pudiesen llegar á más de cuatrocientos 20 20 400—; pero escribe Jumilla que contaban algunas hasta ocho y diez mil, y se hace posible que así fuese con sólo recordar que los aztecas, tomando el cuatrocientos por nueva unidad, subian hasta ocho mil, que es el cubo de veinte. *Abacaje* significaba efectivamente en lengua achagua cinco y los dedos de una mano: *juchacamaje*, diez y los dedos de ámbas manos: *abacaytacay*, veinte y los dedos de piés y manos; *juchamatatacay*, cuarenta y los dedos de los piés y las manos de dos hombres: *abacaymatatacay*, cuatrocientos y los dedos de los piés y las manos de veinte personas. *Abacaymatatacayjuchamatatacay* ¿por qué no había de poder significar cuatrocientos cuarenta?

Era más imperfecto el sistema cronológico. Contaban casi todos los pueblos los meses por lunaciones; los años, por la aparicion de las Pléyades en Oriente al sumergirse el Sol en Occidente. Carecían de semanas, y habían debido recurrir á una especie de quippus para saber á punto fijo el vencimiento de obligaciones contraidas á plazos de ménos de treinta días. Cuando tales obligaciones se estipulaba, dábanse los otorgantes un cordon con tantos nudos como días tuviese el plazo: desataban á cada sol un nudo y sin esfuerzos de memoria determinaban el día del vencimiento.

La Astronomía, como ve el lector, no podía estar allí en mayor atraso. En los eclipses no se conmovían y acongojaban sólo las naciones que miraban como diosa á la Luna: temían todas que iban á quedar para siempre sumidas en las tinieblas, y las que ménos daban lastimeras voces. Las había donde mujeres y hombres salían con tizones en las manos y corrían á esconderlos en la arena ó la tierra creyendo que, de apagarse el astro del día ó de la noche, no había de quedar más fuego del que enterrasen. Las había donde las hembras iban hechas un mar de lágrimas, los varones tocaban su formidable tambor, presentaban sus armas y lanzaban desaforados gritos, y los ancianos azotaban á los jóvenes hasta sacarles sangre. Las había donde los hombres daban con las flechas contra los arcos, rogaban á la luna que no se muriese, y, como vieran que continuaba oscureciéndose, apremiaban á las mujeres primero con reprensiones, luégo con súplicas, por fin con dádivas á que saliesen y la alentasen para que no desfalleciese y llegase á perder la vida.

Sobre que todas aquellas naciones eran extremadamente supersticiosas. No mataban animal que no fuese nocivo ni comestible, porque entendían que con matarlo habían de poner enfermos á sus hijos. Cuando iban de caza, no ponían el pié en el monte sin teñirse el rostro con esencias de raíces ó yerbas, porque sin ésto creían que habían de llevar mala suerte. Temían otro tanto en sus pesquerías si no se colgaban del cuello los puyones que criaba cierto escarabajo. Con los corzos á que daban muerte hacían algo parecido á lo que los yuracarés con los monos: les abrían la boca y les echaban de su vino para que los del bosque, noticiosos del agasajo, no se pusiesen fuera del alcance de sus flechas.

En algunos pueblos cuando la mujer paría, guardaba el marido casa porque la criatura no se malograra. Otros, durante las luchas con los caribes, azotaban cruelmente á dos mancebos. Si los veían firmes, creían que sus soldados podían con los enemigos; si débiles, que llevaba su ejército lo peor de la batalla.

Eran, ademas, aquellas naciones poco morales: volubles, perezosas, ingratas, para el mal prontas, para el bien tardías, para la bebida y la lujuria sin sujecion ni freno. Condenaban de ordinario á las mujeres á las más rudas faenas; y, cuando ya entradas en años, no era sino muy comun que las recompensasen casando con jóvenes que las mataban á celos y desdenes. Allí, como en otros tantos pueblos salvajes, bien sola, bien con su marido, cultivaba la mujer los campos. Si cargada iba, más cargada volvía, tal vez con uno de sus hijos al pecho y otro en la canasta. Salía á su regreso á la choza por agua y leña; y, miéntras marido y prole dormían, pasaba lo más de la noche moliendo maiz y haciendo vino. Hacíalo comunmente para su daño: no lo probaba y era blanco de las iras que la embriaguez produce. No por otra razon enterraban algunas madres á sus hijas luégo que las daban al mundo: querían por una rápida y prematura muerte sustraerlas á tan amarga vida.

La tierra la beneficiaban todas aquellas gentes con gran trabajo. Tenían abundancia de arroz silvestre en los anegadizos del Orinoco, del Apure, del Meta, del Casanare y de otros ríos: pero no lo utilizaban ignorando que pudiera servirles de grato alimento. Cultivaban el maiz, la yuca, otras muchas raíces y con particularidad el pimiento, del que conocían várias clases y usaban para sazonar sus viandas. Con palas de madera, no ménos dura que el hierro, levantaban el suelo á los dos lados del surco soterrando en lo posible la paja y el heno. No era tan difícil la labor en las campiñas rasas, pero sí en las vegas y sobre todo en los bosques. Debían empezar allí por cortar la maleza y derribar los árboles sin disponer de más herramienta que el hacha de piedra. Para hacer el hacha, que era de doble boca, necesitaban no sé qué tiempo; para el derribo de cada árbol, sobre dos meses. En vegas y bosques se obtenían, en cambio, más pingües cosechas. Quemábase el abrojo y los árboles caidos; y la tierra, parte por la humedad, parte por la hojarasca, parte por el calor del fuego y por la ceniza, se hacía vigorosa y fecunda. En cuanto daba sus frutos, la mayor dificultad estaba en defenderla de los guacamayos, los pericos, los loros y otros muchos pájaros, lo mismo que de los astutos y rapaces monos.

No se dedicaban ménos aquellas naciones á la caza que á la agricultura. Como los chiquitos, iban á los vecinos montes por grupos que se renovaban cada quince días. Se dirigían los más á la otra banda del Orinoco. Escogían allí á la orilla del río las arboledas de más copa, despejaban el suelo para no ser víctimas de las culebras, tendían de unos á otros árboles sus hamacas ó redes, y sobre cuatro ó seis horquillas, de dos á tres piés de altas, tejían los cañizos en que más tarde habían de chamuscar la carne de las reses muertas. De noche tenían

constantemente encendidas vastas hogueras que alimentaban por medio de centinelas: sólo así podían verse libres de los jaguares, cuyos rugidos apénas les dejaban conciliar el sueño.

Dedicábanse principalmente á la caza de los jabalíes. Empleaban para cojerlos arpones de hueso, lijeramente afirmados en el astil por largas cuerdas de pita. Se desprendía del astil el arpon luégo que se clavaba; y por mucho empuje que llevase en la fuga la res herida no tardaba en ver parados sus piés por los matorrales donde se enredaban astil y cuerda. Abundaban los jabalíes, sobre todo los de la clase de los pecaris, que se dió en creer de doble ombligo; mas, aún cuando escasearan, no perdían su tiempo los cazadores, que no les faltaban nunca monos donde cebar sus armas. Tenía predileccion cada pueblo por determinados monos: cuál por los amarillos, cuál por los negros, cuál por los blancos; se desvivían todos por comer de esos animales tan parecidos al hombre. Los achaguas perseguían particularmente á las dantas: sentados entre la paja tierna á que son muy aficionadas, las atraían por reclamo y les disparaban flechas con tinta de curare. Ni desperdiciaba nacion alguna las aves de gran tamaño; así que volvían todas al rancho cargadas de carne. Allí la chamuscaban y acecinaban.

Eran aún los pueblos del Orinoco más diestros en la pesca. Cuando el desove, con sólo dar á los remos llenaban de peces sus canoas: para que no se las hundiera el mucho peso iban entónces á boga arrancada. Cuando el crecer del río, bajaban á los anegadizos, y, ya con lanzas, ya con garrotes, se hacían de cuantos peces les reclamaba el apetito. Cuando el desagüe, cortaban con sendos cañizos la retirada á los peces de escasas dimensiones y los cogían en indecible número. En las grandes lagunas se apoderaban por este mismo sistema de tortugas y bagres de dos y tres arrobas y de manatíes de veinte y treinta. Empleaban aquí en vez del cañizo la estacada, y la fortalecían con enormes maderos sentados sobre firmes y robustos troncos. Sin ésto habría roto el manatí la estacada y abiértose paso al río. Aún con ésto se lo abría como no fuesen muy sólidos los travesaños de barranca á barranca.

Pescaban aquellas gentes el manatí en el mismo Orinoco, y era á la verdad digno de aplauso el procedimiento de que se valían. Entraban marido y mujer en su canoa provistos de un arpon sujeto á una cuerda que prendían al borde del buque. Clavaban el arpon en el manatí al verlo á flor de agua, y se dejaban por de pronto arrastrar del monstruoso cetáceo, que, al sentirse herido, andaba con la celeridad del rayo. Asidos de ambas manos á la canoa habían de ir para no caerse. Recogían la soga en cuanto el manatí paraba su precipitado curso; mas no lograban todavía cogerlo. Por segunda y aún por tercera vez se les disparaba, aunque con ménos ímpetu, hasta que al fin rendido quedaba de lomo sobre el agua. Abríanle entónces el vientre y le dejaban muerto.

Saltaban aquí el marido y la mujer al río, puesta en la frente á manera de

gorro un vaso que llamaban *totuma*; inclinaban la canoa hasta medio llenarla de agua á fin de que calase hasta el bordo: la iban cuidadosamente poniendo debajo del monstruo; y, cuando lo conseguían, la vaciaban con los dos jarros. Ya el manatí en la barca, sentábase el marido en la cabeza, la mujer en la cola, y bogaban los dos la proa al puerto.

En el raudal de los Atures se precipita estruendosamente el Orinoco por tres sucesivos despeñaderos, sobre el último de los cuales se alza un peñon, en aquellos siglos asiento de toda una tribu. Se pescaba allí por medio de canastos de bejucos, altos de dos varas, anchos de vara y media, armados de muchas asas y suspendidos de fuertes sogas, á donde iba á dar gran número de peces arrastrados por la corriente. Se sumergía los canastos en el fondo del río; y, cuando se les creía llenos, se los subía no sin trabajo.

Empleaban, ademas, casi todas aquellas naciones para la pesca ciertas raíces con que la atontaban, de modo, que podían cogerla á mano y llenar en momentos sus gruesas banastas. Huian al olor los peces; mas tropezaban á poco en cañizos que les impedían el paso, y, ya que los saltasen, caían en otros, puestos horizontalmente, donde quedaban presos. Por este sistema pescaban hasta las mujeres y los niños en los arroyos y los ríos de caudal escaso. Engolosinaban primero á los peces con pan de maiz, y los embriagaban despues con pasta de aquellas raíces. La cosecha era rápida y abundantísima.

En ciertas industrias no estaban tampoco muy atrasados los pueblos del Orinoco. Fabricaban atinadamente todo género de cordeles, de cestas y de objetos de barro. De tablaje construían algunos sus casas. Hacían canoas de aguante para muchas arrobas de peso. Habían aprendido á emparejarlas con fuertes maderos por la proa y la popa de modo que no se les volcaran ni cuando más arreciara el oleaje ni cuando soplaran con más furia los vientos. Empleaban para cruzar los ríos los medios que vimos primero entre los quitos y despues entre los tahuantinsuyus: ya la simple maroma sujeta á postes en ambas márgenes, ya el puente de bejucos suspendido entre añosos y corpulentos árboles de las dos orillas. Ni usaban ménos de la balsa, compuesta generalmente de tres órdenes de cañas.

Las primeras necesidades de la vida las cubría á no dudarlo con holgura la mayor parte de aquellas naciones. Lo que no satisfacían eran las del espíritu. Sobre no cultivar ni arte, ni religion, ni ciencia, vivían casi todas aisladas, más aún que por el odio, por la diversidad de idiomas. Había, segun todos los autores, en la cuenca del Orinoco multitud de lenguas: la betoya, la jirara, la saliva, la achagua, la guajiva, la otomaca, la guaraúna y la tuneva que algunos tienen por matrices: la sínsiga, la ature, la piaroa, la maypure, la avane, la cavene, la parene, la guipanave, la quirrupa, la guisaniva, la amarizana, la taparita, la quiriquiripa, la ele, la ayrica, la situfa, la guane, la manare, la tayne, la cocatia, la guaycan, la chiricoa, la amorua, la enagua, la tama,

la zeona, la luculia, la jabue, la quilifay, la anabali, la lolaca y otras que pasan unas por derivadas, otros por dialectos. No hablo de la aruaca ni de la caribe porque no entran en los límites de este capítulo.

Poco ó nada puedo escribir acerca de tantas lenguas. Miro Cussani la tuneva como rama de la muisca ó chibcha; pero, segun Uricoechea, no se parecían las dos sino en los giros. La más dulce y elegante, para Jumilla, era la de los achaguas; la más escabrosa y áspera, la betoya; las de pronunciacion más rápida, la guaraúna, la otomaca, la guajiva y la chiricoa; la más nasal, la saliva; la más gutural, la situfa. Carecía ésta de la letra R; y en cambio la betoya la tenía en las más de sus voces. «Porque me hurtais el maiz os he de apalear» era en betoy: «*day raquirrabicarré romé, robarriabarrorraacajé.*»

¡Qué sean aún tan escasos los conocimientos sobre los idiomas de América! En el pasado siglo se habían extinguido ya doce desde las orillas del Caqueta al mar de los Caribes. Como no se apresuren á recogerlas entendidos filólogos, desaparecerán muchas más sin que nos quede sino la noticia de que existieron.

CAPÍTULO XVII

Costas de Oriente.—Se cree que las poblaban naciones de una misma raza, los tupíes ó guaraníes.—Se cree que formaban parte de los tupíes los caribes.—Es indudable que tupíes y guaraníes eran de una misma familia.—Tradicion que lo corrobora.—Dudas sobre si lo eran tupíes y caribes.—Lo que más parece hermanarlas es la comun tendencia de los dos pueblos á extender sus dominios.—Hipótesis de que son hoy objeto los tupíes.—Hipótesis del vizconde de Porto Seguro.—Los tupíes, segun él, descienden de los antiguos carios del Asia Menor.—Cómo pudieron arribar á las costas de América.—En qué época.—Fundamentos de esta hipótesis.—Analogías filológicas.—Analogías en las costumbres y en los dioses.—Escasa solidez de estos fundamentos.—Cuándo prueban algo las analogías puramente léxicas.—Las analogías en las costumbres probarían algo más, si éstas no fuesen comunes á muchos otros pueblos de América.—Se prueba esa comunidad de costumbres.—Es mas fundada la hipótesis de Brasseur de Bourbourg, que hace descender de los carios á los americanos todos.—No es, sin embargo, admisible ninguna.—Brasseur para sostener la suya tiene que amontonar hipótesis sobre hipótesis.—Son, no obstante, de notar los muchos nombres de pueblos y lugares que empiezan por *car, cari*.—Lengua de los tupíes ó guaraníes.—Ortología.—Metaplasmo.—Reglas á qué obedecía.—Partes de la oracion.—Nombre.—Declinacion.—Falta de números.—Cómo se la suplía.—Adjetivos.—Grados de comparacion.—Manera de formar los diminutivos.—Numerales cardinales.—Ordinales, distributivos y partitivos.—Pronombres.—Su declinacion.—Pronombres especiales para cuando se señalaba la persona ó cosa á que se referían.—Formas exclusiva é inclusiva del pronombre de primera persona del plural.—Pronombres posesivos.—Pronombre relativo y recíproco.—Diversas maneras de formarlos.—Sobre si eran aquí tambien los pronombres notas características del verbo.—Verbos activos.—Su conjugacion.—Observaciones.—Riqueza de tiempos en el infinitivo y pobreza en los demas modos.—Formacion de los supinos.—Conversion de los verbos en nombres.—Conjugacion negativa del verbo activo.—Conjugaciones de transicion.—Voz pasiva afirmativa.—Voz pasiva negativa.—Verbos neutros.—Lo difícil que era distinguirlos.—Su conjugacion.—Carencia de verbos sustantivos.—Verbos irregulares y defectivos.—Adverbios, preposiciones, conjugaciones é interjecciones.—Diferente manera de hablar del varon y la hembra.—Sintáxis tupí.—Parte léxica.—Monosilabismo y polisinteismo de la lengua. [1]

TOCAME ahora escribir de las naciones que ocupaban las costas de Oriente. Vimos ya las que había del cabo de Hornos á la laguna de los Patos; falta decir las que hubo desde esta laguna al mar de las Antillas.

Es hoy creencia general que se extendían por tan dilatadas riberas pueblos casi todos de una misma raza, la de los tupíes ó guaraníes. Pretenden unos historiadores que los tupíes eran una especie de los guaraníes y otros que los guaraníes eran una especie de los tupíes; pero están acordes todos en que unos y otros constituían una sola familia. A esta familia se dice tambien que pertenecían las numerosas gentes que con los nombres de *galibis*, *calibis*, *caraibes* y *caribes* subían por la Guyana al golfo de Paria y por la isla de la Trinidad á la de Santo Domingo.

Que fuese comun el orígen de tupíes y guaraníes es indudable. Vivían cuando la Conquista separados por inextinguibles ódios y se hacían frecuentemente

[1] Fuentes de este capítulo. GUEVARA, *Historia del Paraguay*, párrafo II.—RUI DIAZ DE GUZMAN, *Historia Argentina*, lib. I, cap. V.—MOLINA, *Compendio de la Historia Geográfica Natural y Civil del reyno de Chile*, tomo II, apéndice bajo el título de «Idea de la lengua chilena».—VIZCONDE DE PORTO SEGURO, *L'Origine touranienne des americains tupis-caribes et des anciens egyptiens*;—BRASSEUR DE BOURBOURG, *S'il existe des sources de l'histoire primitive du Mexique dans les monuments egyptiens*, chaps. X et XI.—ULRICH SCHMIDEL; *Histoire Veritable d'un pays curieux*, chap. XX.—RUIZ DE MONTOYA, *Arte y Tesoro de la lengua guaraní ó más bien tupí*. El Guevara y el Rui Diaz de Guzman, en la coleccion de PEDRO DE ANGELIS; el Schmidel en la de TERNAUX-COMPANS.

la guerra: pero hablaban un mismo idioma y observaban las mismas costumbres. Tenian, ademas, segun el Padre Guevara, una tradicion significativa. Allá en apartados tiempos, decían, vinieron en barcas primero á Cabo Frio y despues al Brasil dos hermanos con sus familias; y, como no hallasen más que fieras, creyéndose dueños del país, levantaron casas y fundaron ciudades. Multiplicáronse y vivieron muchos años en paz y ventura; pero riñeron al fin por un locuaz papagayo que se disputaban las mujeres de dos cabezas de tribu. Por no consumirse en luchas estériles se resolvieron á dividirse. *Tupí*, el mayor de los hermanos, se quedó en el Brasil, teatro de la discordia; *Guaraní* se bajó con todos los suyos hácia el Paranaguazu, hoy río de la Plata.

No es ya en mi opinion tan claro que los caribes fuesen tambien tupíes ó guaraníes. Tradicion que lo revele no conozco por de pronto ninguna. Dícese que eran dialectos de la lengua tupí la galibi y la oyampi de la Guyana: desgraciadamente no he podido hacer su cotejo. Lo que sí puedo asegurar es que entre los idiomas tupí y caribe hay ménos analogías léxicas que entre el araucano y el moxo. Las hay que sorprenden, pero son rarísimas. Los caribes, por otra parte, mostraron en los tiempos de la Conquista un carácter muy distinto del de los guaraníes. Fueron tan rebeldes á nuestras armas como á nuestras misiones, cuando los guaraníes se hicieron pronto amigos de España y pronto doblaron la cabeza al yugo de Cristo. No me atrevo á negar, sin embargo, que fuesen unos y otros de la misma raza: no me lo permite la tendencia conquistadora que en todos observo, tendencia que en mi sentir los distingue de los demas pueblos bárbaros. Más ó ménos invasores lo eran, como ha visto el lector, casi todos los que llevo descritos: resueltos á sojuzgar el país que invadían, no recuerdo que lo estuvieran sino los tupíes, los guaraníes y los caribes. Aún despues de la Conquista atravesaron unos guaraníes el Chaco y fueron á establecerse al pié de los Andes: para conseguirlo no vacilaron en exterminar á cien mil indígenas.

Caribes, tupíes y guaraníes fueron naciones verdaderamente notables. Son hoy objeto de profundas investigaciones y atrevidas hipótesis, y no es de extrañar, atendida su importancia. Compréndelos á todos bajo el nombre de tupíes el Vizconde de Porto Seguro, y los hace descender de los antiguos carios, de ese pueblo del Asia Menor, que tuvo un día su principal asiento en las costas del Mediterráneo al Sur de la Lidia y la Frigia. Los carios, dice, no se dedicaron ménos á la navegacion y al comercio que los fenicios: con los fenicios compartieron el dominio sobre las islas del Archipiélago, y como los fenicios salieron al proceloso Océano. Es muy de presumir que en una de sus catástrofes quisiesen ganar las islas Canarias, y, arrebatados por la tempestad ó la corriente del golfo de Méjico, fuesen á dar en las Antillas.

Sobre el siglo en que tal pudo acontecer está indeciso y aún contradictorio el Vizconde. Se inclina á que hubo de suceder concluido el sitio de Troya cuando

recuerda que los tupíes no conocieron naves de más de un órden de remos; está en que se hubo de verificar despues de la conquista de Egipto por el segundo Cambíses al inferir de la filología comparada que debieron los antecesores de los tupíes vivir mucho tiempo en relacion inmediata con los egipcios. No parece, por otro lado, que dé grande importancia á esta cuestion cronológica. Pudo, escribe, ocurrir el hecho ó bien en una de esas dos épocas, ó bien cuando á consecuencia de repetidas hambres se despobló el Asia Menor y bajaron á Umbría los tirrenos, ó bien cuando trás la victoria de Sardes se apoderó de la Caria Harpago, jefe de los persas.

No hace hasta aquí el Vizconde más que sentar una hipótesis: veamos en qué la funda. Entresaca de la lengua tupí cuatro ó cinco voces griegas, de cuarenta á cincuenta coptas ó egipcias, una que otra asirias, accadias, turcas, húngaras, vascas, árabes. Consigna las analogías que á su modo de ver existen entre las canoas, las armas, los instrumentos músicos, ciertos aparatos agrícolas y ciertas industrias de los tupíes y los egipcios. Pone de relieve la semejanza que cree descubrir entre los dos pueblos en costumbres como la de untarse los cabellos, respetar los animales domésticos y dejar vino y cereales en los sepulcros de los parientes. Recuerda que unos y otros se consideraban los solos hombres de la tierra. Los supone parecidos hasta en algunas creencias y supersticiones. Todos veneraban y temían, dice, un ave nocturna: los egipcios y despues los griegos la lechuza, consagrada á Minerva; de los tupíes quiénes al ibyau, de la especie de los *caprimulgus*, quiénes al urubutaú, al urubú-fantasma. El *Tiphon* y el *Smot* de los egipcios pudieron muy bien, añade, haber sido el orígen del *Tupan* y el *Sumé* de los tupíes.

No disputaré sobre la exactitud de estas analogías. Aún dándolas todas por ciertas, las creo insuficientes para tan aventurada hipótesis. Molina encontró en el idioma chileno veinte voces griegas y veintisiete romanas: estuvo léjos de inferir de ésto que los antecesores de los araucanos hubiesen procedido de Europa. Hasta en la lengua moxa he dado yo con voces al parecer latinas: NEBO, *nepos*, sobrino; AVI, *avus*, abuelo. Sobre que hay séres que vienen designados casi por los mismos nombres en lenguas de multitud de naciones que jamas se comunicaron. Señor, jefe, caudillo, juez es *apu* en quichua, en aymara y en el idioma de los igorrotes; *ahpop* en quiché; *apo* en hastí; *abbas*, en caldeo. Madre es *mama* para los hijos en puelche, en tupí, en quichua, en chapacura, en cumanagota, en malaco, en chino, en aleman, en inglés y en las lenguas de Camba y el Congo; *mamá* en español; *maman* en francés; *mamma* en italiano y en griego; *meme* en boca de los yuracarés y los moxos; *ma* en la de los tembues de Africa. Padre es *papa* en tupí, en otaiti, en latin y en casi todos los idiomas que de él derivan: *papá* en español y en francés: *baba* en galibi, en khiva y en la lengua de los bereberes; *pa* en ticopua; *fa* en bambara.

No pueden revelar en mi opinion las analogías puramente léxicas lo que el

Vizconde pretende sino cuando son tan numerosas como las que existen, por ejemplo, entre el aleman y el inglés ó el aymara y el quichua. Escasas y no todas evidentes, sólo pueden significar algo si los pueblos cuyos idiomas se compara no están separados como aquí lo estaban los tupíes y los carios por enormes distancias y desconocidos mares. Pueden ser en otro caso meramente casuales, y es de presumir que lo sean como no vengan nuevos datos á reforzarlas.

Con analogías de otra índole ha querido el Vizconde fortalecer las léxicas; pero en mi entender con poca suerte. Dirían mucho las relativas á las costumbres si no se las encontrase entre los tupíes y otras naciones de la misma América. Mas de seguro ha visto ya el lector en alguno de los pueblos descritos todo lo que á los ojos del Vizconde era comun á tupíes y carios. Piraguas como las de los tupíes las usaban los moxos, los payaguas y muchos pueblos del Orinoco. Bogaban tambien los payaguas de pié, y al dar con sus enemigos convertían los remos en armas. Arcos de cinco piés y flechas poco ménos largas los encontramos en los yuracarés, y macanas de la hechura de nuestras espadas en los belicosos panches.

El tambor oblongo era general en América. Oblongo era el *teponaztli* de los aztecas, y oblongo ese estrepitoso atabal de los cabres que se oía á tres leguas de distancia. La flauta simple, el fotuto, la acabamos de oir en lo alto de Bogotá y en la cuenca del Orinoco; la de Pan, la vimos en los aymaras, los chiquitos y los moxos. Imposible tomar la *maracá*, es decir la calabaza con piedrezuelas, como instrumento característico de los tupíes: la agitaban en sus fiestas muchas naciones, entre ellas la de los chiquitos. El cuerno marino ¡en qué de pueblos no servía para convocar y alentar la gente de guerra!

El *tepetí*, la bolsa ó el saco para exprimir el jugo venenoso de la mandioca, no era tampoco exclusivo de los tupíes: lo descubrimos hace poco entre los achaguas. Ni lo era la alfarería pintada y embellecida con grecas y caprichosos dibujos: en objetos de barro dejaron muy atras á los tupíes, no sólo las aztecas, sino tambien los quitos y los quichuas. Comun era tambien en América la costumbre de untarse los cabellos, taladrarse la nariz, las orejas, el lábio y engalanarlos con piedras de más ó ménos precio, cuando no con oro: ¿tengo acaso necesidad de recordar las muchas gentes que tal hacían?

Ademas de los tupíes preciábanse de ser los únicos hombres de la tierra los yuracarés, los guaycurues y los araucanos; blandos con los vencidos no lo eran sino contados pueblos. Perdonaban los más la vida sólo á los niños y las mujeres; llevaban algunos la ferocidad al punto de comerse á los enemigos. En los sepulcros de sus deudos ¿cuántas naciones dejarían de poner su pan y su vino junto con las armas del difunto?

Supersticiones y creencias por fin las hemos encontrado en muchas partes. Tambien los aztecas oían con temor el canto de la lechuza y lo creían presagio de muerte. Tambien otros pueblos tenían su espíritu del bien y su espíritu del

mal, y, cuando se veian afligidos por la enfermedad ó azotados por la tormenta, procuraban aplacar la cólera del diablo. Tambien para multitud de gentes hubo hombres á la vez sacerdotes, hechiceros y médicos.

De las analogías del Vizconde de Porto Seguro cabría con más razon inferir el comun orígen de los americanos y los pueblos al Oriente del Mediterráneo que el de los carios y los tupíes. Buscándolas principalmente en las tradiciones religiosas, terminó Brasseur de Bourbourg por atribuir á los carios la civilizacion de las tres Américas, y estoy en que procedió con más acierto. No por ésto admito ninguna de las dos hipótesis. Si los carios eran, como pretende Brasseur, pueblos de gran cultura, si atrevidos navegantes llegaron á las costas de América por el Atlántico, si allí, léjos de embrutecerse derramaron por todo el continente la luz de sus artes y de sus creencias, ¿es fácil de explicar por qué no volvieron á Europa y quedaron incomunicados con el resto del mundo?

Brasseur amontona para explicarlo hipótesis sobre hipótesis. Existió la Atlántida. Antes de que desapareciese estaban ya los carios en América. Sobrevino la gran catástrofe, y embargados por un terror quizá supersticioso, no se atrevieron á surcar el Océano. Perdieron poco á poco sus aventureros arranques, se limitaron á recorrer las costas y los ríos de su nueva pátria y acabaron por olvidar su orígen. Les sucedieron en Europa los fenicios; pero, no tan cultos ni tan intrépidos, avanzaron cuando más hasta las islas de los guanches. Les faltó el empuje de los carios, tal vez los mismos atlantes que, segun Platon, invadieron el Egipto y fueron derrotados por las armas de los atenienses. ¿Descansa hoy por hoy alguna de estas afirmaciones en bases algun tanto sólidas?

No me detendré ahora en examinar las analogías que Brasseur aduce. Se refieren, como he dicho, á todos los americanos, y no puedo sin faltar al método hacerlas objeto de crítica en un capítulo consagrado especialmente á los tupíes. A decir verdad no han podido ménos de llamarme la atencion sobre este problema algunos hechos. Segun Rui Diaz de Guzman, se llamaba lengua de los carios á la de los guaraníes. Segun Ulrico Schmidel había carios en uno de los afluentes del río de la Plata y en las inmediaciones de la capital del Paraguay. Los carios, dice, son bajos y corpulentos, ocupan altas colinas, se distinguen por su bravura y emprenden viajes largos como ningun otro pueblo. Había ademas en el Brasil cari–jos ó cari–joes y del Amazonas arriba cari–bes. No sé que en lengua tupí significasen nada por sí ni *car* ni *cari*; pero es de notar que en la de Hayti como en la quichua se designase por la voz *cari* ó *scari* al hombre.

¡Qué de nombres luégo que empiezan por *car* ó *cari* en la geografía de aquella parte oriental de América! Cari es uno de los ríos tributarios del Orinoco y uno de los pueblos sentados en sus orillas; Cariaco, un golfo de Cumaná y un río que en él desagua; Cariay, una pequeña corriente de la cuenca del Amazonas; Caribana, la parte de la Guyana al Mediodía del citado Orinoco;

Carichana, uno de los raudales ó estrechuras de este río y una villa de las misiones del Meta; Cariocos, un lago, uno como rebalso que ántes de entrar en el Amazonas forma el río de Tupinambaranas; Caripores, de los pueblos bárbaros del Brasil uno de los más cultos. No acabaría si quisiese apurarlos: Carimú, Carinis, Caripe, Cariuitos, Carabana, Carabatang, Caracaraes, Caracares, Carachis, Caracoli, Caraguatay, Caramatiba, Carambaba, Carap, Caracaypura, Carapo, Carapu, Carara, Carori, Caropi, etc., etc. No faltan en otros puntos de América nombres geográficos que empiecen por las mismas letras: pero son real y verdaderamente escasos con relacion á los muchos que hay de Santo Domingo al Plata.

Aunque insuficientes para toda conclusion me he considerado en el deber de consignar estos hechos por la mucha importancia que, segun dije, se da hoy á los tupíes. La tendría esta nacion cuando no fuese más que por su lengua.

La lengua tupí ó guaraní era pobre en consonantes, rica en vocales. Carecía de las consonantes *F*, *K*, *L*, *R* doble, *R* líquida, *S*, *V*, *X* y *Z*. Tenía en cambio, ademas de nuestras cinco vocales, una que se parecía en el sonido á la *U* francesa. Eran éstas naturales, nasales, guturales, guturales-nasales ó guturales-contractas; tambien largas ó breves. A fin de diccion eran generalmente largas: no dejaban de serlo sino en los gerundios y supinos, en los nombres, ya sustantivos, ya verbales, que terminaran por consonante y llevaran la *á* pospuesta, en las voces que acabaran por la partícula *po* ó bien por diptongo y en algunos vocablos no sujetos á regla. Escaseaban las palabras graves, abundaban las agudas.

Abundaba tambien el metaplasmo. Las voces que empezaban por *b* llevaban casi todas antepuesta la *m*: *mbaé*, *mbaguari*, *mbaracá*, *mbó*, cosa, garza, sistro, mano. Muchas de las que principiaban por *p* la convertían en *mb* ó simplemente en *m*: *pí*, pié, *mbí*; *poriahú*, pobreza, *mboriahú*; *piruá*, ombligo, *miruá*; *poahé*, quejido, *moahé*; *pocab*, arcabuz, *mbocaba*. Se elidía á veces la *b* de *mb*, y se decía *maè* por *mbaè*, *maracá* por *mbaracá*, *miru* por *mbiru*. *Ryrè*, despues, *ñote*, solamente, perdían la inicial cuando se los posponía á palabras terminadas por consonante: de *apab* y *ryrè*, *opab-yrè*: de *ahechag* y *ñote*, *ahechag-ote*.

Mo hacía compulsivos los verbos ó nombres á que se lo anteponía. Cambiaba la inicial del verbo, si era *c*, en *g*; si *p*, en *mb*; si *q*, en *ng*; si *t* ó *c* con cedilla, en *nd*; *carú*, comer, *amo-ngarú*, hacer comer; *caú*, beber vino, *amo-ngaú*, hacer beber vino; *pag*, despertar uno, *amo-mbab*, despertar á uno; *pituú*, descanso, *amo mbituú*, hacer descansar; *quirá*, gordura, *amo-ngirá*, engordar; *quirey*, diligencia, *amo-ngirey*, hacer diligente; *tiquí*, gota, *amo-ndiquí*, hacer gotear; *tuy*, rebosar, *amo-nduy*, hacer rebosar la copa. Acontecía otro tanto si se anteponía cualquiera otra partícula que acabase por vocal nasal: de *mará* y *potá* se componia *mara-mbotá*; de *mará* y *tecó*, *mara-ndecó*; de *mará* y *catú*,

mara-ngatú. Hasta cuando el verbo ó nombre pospuestos empezaban por vocal solían verificarse estas mudanzas: de *me*, varon, y *a*, coger, se formaba *amendá* coger varon, casarse; de *me* é *i*, signo de relacion, *me-mbi*, hijo ó hija de la mujer ó de la hermana.

Cuando los verbos ó nombres pospuestos á las partículas no empezaban, con todo, por *c*, *g*, *p*, *q*, *t* ó *c* con cedilla, la regla del metaplasmo no era siempre la misma: de *mará* y *ey*, negacion, se hacía *mara-n-ey*, bueno, entero, incorrupto; de *mará* é *i*, partícula diminutiva, *mara-n-í*, ruindad, maldad; de *me*, varon, y *o*, tomar, *me-n-ó*, fornicar; de *membí*, hijo, y *a*, caer, nacer, *membi-r-á*, dar á luz á un hijo. Si comenzaban por vocal ó por otras consonantes los verbos ó nombres pospuestos, no era raro que conservaran sus iniciales. La conservaban, por ejemplo, las palabras compuestas *mo-ang*, pensar; *mo-ati-ró*, arreglar lo revuelto; *mara–mona*, guerrear; *mara-nunga*, pariente. Eran infinitas las exigencias de la eufonía, y no había poca dificultad en satisfacerlas.

Distaba de tener el pronombre en la lengua de los tupíes la importancia que en la de los quichuas y los moxos. Empezaré aquí por el nombre el estudio de la analogía. El nombre se declinaba del siguiente modo: Abaré, el sacerdote— N. *abarè*; G. *abare mbae*; D. *abarè upè*; Ac. *abarè*; V. *abarè*; Ab. *abare–gui*. *abare-pipe*, *abare-rehè*, *abare-pe*. *Upè* equivalía á la preposicion española «para»; *gui*, *pipe*, *re*, *rehè* á las preposiciones «de, con, en, por».

No había en realidad signo para el genitivo. *Abarè mbae* eran dos nombres que juntos decían: cosas ó bienes del sacerdote. Se expresaba la relacion de lo poseido al poseedor casi de la misma manera que la de los objetos á la materia de que están compuestos. *Ibirá*, madera, *ñaembè*, plato; *ibirá ñaembè* ó *ñaembè ibirá*, plato de madera. Estaba la diferencia en que aquí cabía y allí no la inversion de los dos términos.

Para la relacion de materia cabía, sin embargo, emplear y se empleaba frecuentemente las preposiciones *pe* ó *rehè* y la partícula *guara*. *Itá*, piedra, *abá*, hombre; *abá-itá rehe-guara*, hombre de piedra. Construccion que se usaba tambien en frases como «cosas del cielo ó tocantes al cielo: *mbae iba-pe-guara* ó *ibag rehe-guara*».

No variaban los nombres de singular á plural. Se los hacía plurales, ya reduplicándolos, ya por medio de los numerales cardinales, ya por adjetivos como *hetá heir*, muchos, *amó amó*, algunos. *Abá abá-nugui* significaba «muchos hombres son esos».

Los adjetivos iban siempre pospuestos á los sustantivos y llevaban tras sí los signos de la declinacion. Abaré marangatú, el sacerdote bueno.—G. *abarè marangatu mbaè*; D. *abarè marangatu upè*; Ab. *abarè marangatu gui*.

Era de notar cómo se formaba la comparacion de superioridad. Se añadía al adjetivo el adverbio más, *be*, y se ponía como en latin el término de la comparacion en ablativo. «Mejor que tú», *marangatu-be nde-he-gui*. *Nde* es «tú»;

he, partícula expletiva y eufónica. Se hacía el superlativo con los adverbios *eté*, *etey*, *tecatú*, *mateté*, *nande* ó *tei*, antepuestos ó pospuestos. *Che marangatú eté* ó *etey che marangatú*, soy muy bueno. Habia tambien comparativos absolutos: *yiai-be-guera*, los peores; *icatupiri-be-cuera*, los mejores.

Se hacía diminutivo el nombre con sólo añadirle una *i*. *Mitang*, hijo: *mitang-i*, hijito. *Abá*, hombre; *aba-í*, hombrecillo.

No son tampoco para echados en olvido sus numerales. Uno era *petei ñe petei* ó *moñepetei* y tambien *ñyrui* ó *iruey*, formas negativas de *irú*, compañero; dos, *mocoi*; tres, *mbohapí*; cuatro, *irundí*; cinco, *irundí hae nyrui* (cuatro y uno) y tambien *ace po-petei* (de persona mano una); diez, *ace po-mocoi* (de persona manos dos); veinte, *mbo mbi abė* ó *ace-po ace-pi-abė* (manos piés tambien ó de persona manos piés tambien, los piés y las manos).

De estos pocos numerales cardinales nacían, como en casi todas las lenguas, los ordinales, los distributivos y los partitivos. *Y-mo-mocoi* ó *y-mocoi–bae*, el segundo; *y–mo-mbohapi* ó *y–mbohapi–bae*, el tercero. No se apartaba de la regla sino «el primero», que era *i-y–ipí*: *i*, signo de relativo; *y*, nexo; *ipí*, principio. Podía tambien traducirse «el segundo, el tercero etc.» por *y-mo–mocoi-haba*, *y–mo–mbohapi–haba*.—*Petei teí* ó *petei ci* era de uno en uno; *moco–mocoi* ó *mocoi ci* ó *moco–mocoi ci*, de dos en dos: *mbohapi–hapi* ó *mbo–hapí–hapí ci*, de tres en tres; *irundi-rundí* ó *irundí–ci*, de cuatro en cuatro. —*Ore mocoi gui petei* ú *ore amó peteí*, de nosotros dos uno; *ore amó mocoi*, dos de nosotros; *peė mocoi gui peteí*, de vosotros dos uno; *peė amó peteí*, uno de vosotros.

Difería el pronombre del nombre en que tenía plural. Yo, *che*; nosotros, *orė*, *ñandė*:—tú, *nde*; vosotros, *peė*:—aquél, aquélla, aquéllo, *cuibae*; aquéllos aquéllas, *cuibae* ó *engüibae*. Difería tambien en la declinacion, pero á mi entender solo eufónicamente. Che: g. *che-mbae*; d. *che-be;* ab. *che-he-gui*, *che-pipe*, *che-rehė*. Oré: *ore-mbae*, *ore-be*, *ore–he–gui*. Ñandé: *ñande–mbae*, *ñande–be*, *ñande-he-gui*. Nde: *nde–mbae*, *nde–be*, *nde-he-gui*. Peé: *pe–mbae*, *pee–me*, *pe–hė-gui*, etc.

Los pronombres de tercera persona abundaban como en la lengua moxa. *Co*, *cobae*, *au*, *aubae*, éste, ésta, éstos, éstas, estas cosas. Servían todos para singular y plural, y sólo para plural *ang* y *angbae*. *Ebocoi*, *ebocoiba*, *aipó*, *aipobae*, ese, eso, esas cosas: sólo para plural *ñuguí*, *enguí*, *eguibae*. *Cuibae*, *pebae*, *acoi*, *acoybae*, *nueuy*, aquél, aquéllo, aquéllos, aquellas cosas: sólo para plural *engüibae*. *Ae*, *hae*, *haeai*, *aete*, *catuai*, *aetecatú*, ese mismo, esa misma, esos mismos, esas mismas cosas.

Otro reflejo de la lengua moxa se observa en el uso que se hacía de esos pronombres. Aquél, aquélla, aquéllo eran *cui*, *cuibae*, *pebae*, *eupebae* con la *i* y la *e* guturales contractas siempre que se mostraba la persona ó cosa á que los pronombres se referían.

La lengua moxa no tenía, como recordará el lector, los plurales inclusivo y exclusivo; la tupí los tenía con el mismo alcance que la quichua y la aymara. Nosotros, yo y mis oyentes ó interlocutores, *ñandè;* nosotros, yo y los de mi clase, profesion ó estado, *orè. Orè* exclusivo; *ñandè* inclusivo. Incluía *ñandè* á la persona ó personas con quienes se hablaba y *orè* las excluía. Ha dicho álguien que el tupí se separaba de los demas idiomas americanos: ignoro en qué habrá podido fundarse.

Los pronombres personales eran á su vez posesivos. *Che-mbaguarí*, mi garza; *nde-mbaguarí*, tu garza; *ore–mbaguarí*, nuestra garza (la mia y la de otro); *ñande-mbaguarí*, nuestra garza (la tuya y la mia); *pe-mbaguarí*, vuestra garza. No se traducían de una manera especial sino los posesivos de tercera persona. Su garza era *y-mbaguarí*, si el «su» tenía un carácter meramente relativo; *o-mbaguarí*, si recíproco. Hacíase aquí la misma distincion que los latinos cuando decían: *Tiberius Gracchus* EJUSQUE *frater occisi sunt* y *Tiberius Gracchus fratrem* SUUM *valde dilexerat*. Mi padre y su garza, *cheruba hae ymbaguarí;* mató mi padre á su garza, *cheruba ombaguarí oyuca*.

No siempre la *y* y la *o* eran los posesivos relativo y recíproco de tercera persona. Lo eran cuando no empezaba el nombre por *r, t, h* ni recibía *r* en sus cambios eufónicos; cuando ésto sucedía, el «su» relativo era *h*, el recíproco *g, gu, gui. Tera*, nombre; *h-era*, nombre de él; *nomen ejus; gu–era*, su nombre: *nomen suum*; *tebè*, vientre; *h-ebè*; *gu-ebè. Hapó,* raiz; *h-apó*; *gu-apó. Royró*, desprecio; *h oyró*; *gu-oyró*. Tal era la regla, aunque con muchas excepciones. Nombres había que empezaban por *t* y la conservaban en el posesivo relativo: *tuba*, padre; *taira*, hijo; *tayira*, hija, etc. Los había que, ya la conservaban, ya la cambiaban por *h: tatiú*, suegro; *tamoy*, abuelo; *tiquera*, hermana, etc. Los había, y no pocos, que empezaban por *r* y tenían la *y* y la *o* por posesivos relativo y recíproco: tales eran entre otros *ra*, señal, mancha; *ririí*, temblor; *roí*, frío; *rurú*, postema.

Lo notable era que esa distincion de los latinos la habían extendido los tupíes á las demas partes de la oracion. La hacían en los verbos, en los participios y hasta en las preposiciones, ó por mejor decir posposiciones. *Tenondè*, delante, hácia; *h-enondè*, *gu-enondè*, delante de él, delante de sí.

En cambio no distinguía aquel pueblo en los posesivos ni el número plural del singular, ni el género femenino del masculino. Carecía, no sólo del *leur*, *leurs* de los franceses, sino tambien del *sus* y el *suyo*, *suya* de los españoles. Hallábase en ésto muy por debajo del de los moxos, que, como vimos, tenía pronombres equivalentes al *sein* y al *ihr* de los alemanes y á los *his*, *hers*, *its* de los ingleses.

En las lenguas de la América Meridional hasta aquí examinadas constituían en gran parte los pronombres posesivos la conjugacion del verbo. Llevábalos el verbo bien antepuestos, como en la moxa, bien pospuestos, como en la chilena,

la quichua y la aymara; pero siempre adheridos y determinando, si no los tiempos, las personas y los números. Así acontecía en la tupí, aunque á primera vista no lo pareciese. Venían aquí determinadas por el prefijo *o* las terceras personas de singular y plural; y *o* hemos visto ya que era el *suus, sua, suum* de los latinos, el *su* recíproco. Veníalo la primera persona del plural por los prefijos *oro* y *ña* ó *ya* y la segunda por el prefijo *pe*; y hemos visto tambien que «vuestro» era *pe-ė* y «nuestro» en su forma exclusiva *orė*, en la inclusiva *ña-ndė*. ¿Qué importa que ninguna relacion tuviesen con los pronombres conocidos *a* y *ere*, prefijos de la primera y la segunda persona del singular? En una lengua donde son tantas y tan radicales las modificaciones eufónicas que cuesta no poco trabajo inquirir los elementos y la primitiva construccion de millares de voces ¿podemos acaso asegurar que en otro tiempo no fuesen pronombres los dos ahora ininteligibles prefijos?

Determinábase por los referidos pronombres los números y las personas; y, ya por afijos, ya por otros prefijos los tiempos. Seguro de que ha de servir más al lector un ejemplo que las más prolijas explicaciones, paso á dar desde luégo la conjugacion del verbo activo.—Mboé, enseñar.—Indicativo.—Presente y pretérito. *A-mboė, ere-mboė, o-mboė, oro-mboė, ña-mboė, pe-mboė, o-mboė.* —Futuro. *A-mboe-ne, ere-mboe-ne, o-mboe-ne; oro-mboe-ne, ña-mboe-ne, pe-mboe-ne, o-mboe-ne.*—Imperativo. *E-mboė* ó *t-ere-mboė, t-o-mboė; pe-mboė* ó *t-a-pe-mboė, t-o-mboė.*—Optativo.—Si yo enseñara, enseñase, hubiera ó hubiese enseñado: *A-mboė t-amó, ere-mboė t-amó,* etc.—Subjuntivo.—Presente y pretérito. Como yo enseñe, enseñara, enseñase, hubiera ó hubiese enseñado ó enseñando: *A-mboe-ramo, ere-mboe-ramo.*—Permisivo.—Enseñe yo, séame lícito enseñar: *T-a-mboė, t-ere-mboė, t-o-mboė; t-oro-mboė, t-i-na-mboė* ó *ch-a-mboė, t-a-pe-mboė, t-o-mboė.*—Infinitivo.—Presente: *Mboė.* Pretérito: *Mboė haguera.* Futuro imperfecto: *Mboė haguama.* Futuro perfecto: *Mboė ranguera.* Supino: *y-mboe-bo.*—Participios.—Forma primera en *hara.* De presente: *Mboė-hara.* De pretérito: *Mboė-ha-rera.* De futuro imperfecto: *Mboe-ha-rama.* De futuro perfecto: *C-mboe-ha-ra-n-guera.*—Forma segunda en *bae.* —De presente: *O-mboe-bae.* De pretérito: *O-mboė-bae cuera.* De futuro imperfecto: *O-mboė-bae rama.* De futuro perfecto: *O-mboe-bae ranguera.*—Forma tercera en *temí.*—De presente: *Che-remi-mboė,* el que yo enseño; *nde-remi-mboė,* el que tú enseñas; *h-emi-mboė,* (forma relativa); *gu-emi-mboė,* (forma recíproca), el que aquél enseña. De pretérito: *Che-remi-mboė cuera.* De futuro imperfecto: *Che-remi-mboė rama.* De futuro perfecto: *Che-remi-mboė ranguera.*—Verbales.—De presente: lugar y tiempo en que enseño, manera como enseño, *i-mboe-haba.* De pretérito: *i-mboe-haguera.* De futuro imperfecto: *i-mboė-haguama.* De futuro perfecto: *i-mboe-ha-banguera.*

Era el verbo tupí, como se ve, pobre de tiempos en los modos indicativo, subjuntivo, optativo y permisivo. Tenía en todos un solo tiempo para lo pre-

sente y lo pasado, uno solo en el indicativo para lo futuro. Se esforzaba en suplir por conjunciones y adverbios la falta de los pretéritos y del futuro perfecto de nuestro idioma; pero no lo conseguía completamente. Por sus múltiples combinaciones daba á los tiempos fundamentales un carácter, ya demasiado concreto, ya sobradamente vago. Para lo que había reservado su lujo era para el infinitivo. Distinguía allí de una manera regular y precisa lo pasado, lo presente y los dos futuros, contaba nada ménos que tres formas para el participio activo y no sólo en cada una de las tres sino tambien en los verbales discernía los cuatro tiempos. ¿Se explica fácilmente por qué no aplicaría sobre todo al indicativo las voces *cuera* ó *haguera*, *rama* ó *haguama* y *ranguera* de que aquí se servía para determinarlos? Cuando las aplicaba hasta á los nombres verbales ¿por qué no á todos sus modos?

Aplicaba la lengua tupí estas voces, modificándolas más ó ménos, y éste era uno de sus más característicos rasgos, aún á los nombres que no derivaban de verbo. Traducía por *abá* el hombre de hoy; por *abá-cue*, el hombre que fué; por *abá-rama*, el hombre que ha de ser; por *abá-ranguera*, el hombre que había de haber sido: por *taba*, el pueblo actual; por *taba-cuera*, el pueblo que dejó de existir; por *taba-rama*, el pueblo en proyecto; por *taba-ranguera*, el pueblo que se debió construir y no se había construido.

No era difícil la conjugacion del verbo tupí sino respecto de los supinos, de formacion casi tan varia como los de la lengua latina. Los hacían en *bo* los verbos que acababan por *r* ó cualquiera de las cinco vocales naturales; en *pa* los acabados en *b*; en *ca* los acabados en *g*; en *ta* los acabados en *i* gutural contracta; unos en *bo* y en *pa* y otros en *ca* los acabados en *i* gutural; unos en *mo*, otros en *nga* y otros en *na* los acabados en *a*, *e* y *u* nasales; en *na* los acabados en *i* nasal; unos en *ma* y otros en *mo* los acabados en *i* nasal-gutural; unos en *mo* y otros en *nga* los nasales en *o*; siendo de advertir que muchos los formaban mudando y añadiendo letras. *A-iquatia*, yo pinto, *yquatia-bo; a-hendub*, yo oigo, *hendu-pa*; *a-hechag*, yo veo, *hecha-ca*; *a-ahí*, yo rayo, *haibo; a-momboi* (i contracta), yo desafio, *y-momboi-ta; a-gueyi* (i gutural), yo desciendo, *gueyi-bo* ó *gueyi-pa*; *a-yti* (i gutural), *heiti-ca; a-yapó*, yo hago, *yyapo-bo*; *a-y-potar*, yo quiero, *ipota-bo*; *a-yzuú*, yo muerdo, *y-zuu-bo* ó *y-zuugua-bo*; *a-yetuú*; yo me siento, *gui-yetuu-gua-bo*, etc., etc.

El supino era tambien gerundio y el infinitivo nombre. No sólo decían los tupíes como nosotros «el comer, el beber, el pasear» sino tambien *a-i-potá ndehó*, quiero tú ir, por «quiero que te vayas». Carecían de la conjuncion «que» y la suplían por este medio. *A-i-potá nde che-mboé mbae ibape guararí* significaba á la letra «quiero tú me enseñar las cosas cielo al tocantes»; libremente «quiero que me enseñes las cosas del cielo». Construccion al parecer rara y sin embargo parecidísima á la de la lengua latina: *te res cœli me docere vellem*. Verdaderamente rara no lo era ni aún la construccion de las frases en que el

verbo querer y su determinado se referían á la misma persona agente. Es verdad que se traducia la oracion «quiero comer» no por *carú a-i-potá* ni por *a-i-potá carú* sino por *a-carú-potá*; mas, ¿quién puede ver en esto más que la inversion de los dos verbos y la anteposicion á los dos del signo de primera persona? Era aquí tanto ménos de notar esta forma, cuanto que en realidad se hacía de los dos verbos uno, cosa por demas frecuente en la mayor parte de los idiomas de América.

En el de los tupíes, como en el de los chilenos y el de los moxos, constituía la negacion una de las voces del verbo. Formábase esta voz por la combinacion de las formas afirmativas con las partículas *na*, *nde*, *y*, *ey*, *eym*, *eyma* y *emé* ó *imé*, que sólo servía para los modos imperativo y permisivo. MBOE EYM, no enseñar.—Indicativo.—Presente y pretérito: *N-amboe-i*, *nd-eremboe-i*, *n-omboe-i*; *nd-oromboe-i*, *n-i-ñamboe-i*, *ña-pemboe-i*, *n-omboe-i*.—Futuro: *N-amboe-i-ce-ne*, *nd-eremboe-i-ce-ne*, *n-omboe-i-ce-ne*, *nd-oromboe-i-ce-ne*, *ni-ñamboe-i-ce-ne*, *ña-pemboe-i-ce-ne*, *n-omboe-i-ce-ne*.—Imperativo: *Emboė emé* ó *imė*, *tomboe emė*; *pemboe emė*, *tomboė emė*.—Optativo: *N-amboe-i-ce-t-amo* ó *amboe ey-tamo*, etc.—Subjuntivo: *Amboė ey-in-amo* ó *amboė ey-ramo*.—Permisivo: *Tamboė emė*, *teremboė emė*, etc.—Infinitivo.—Presente: *Mboe eym*.—Pretérito: *Mboe haguer-eym-a*.—Futuro imperfecto: *Mboe haguam-eym-a*.—Futuro perfecto: *Mboe ranguer-eym-a*.—Participio activo en *hara*.—De presente: *Mboehar-eym-a*. De pretérito: *Mboehar-e-r-ey*. De futuro imperfecto: *Mboeharam-eym-a*. De futuro perfecto: *Omboeharanguer-ey*.—Participio activo en *bae*.—De presente: *Ombo-eym-bae*. De pretérito *Omboebae cuer-ey*. De futuro imperfecto: *Omboe ey-bae rama*. De futuro perfecto: *Omboebae ranguer-ey*.—Participio activo en *temí*.—De presente: *Cheremimboė-ey*. De pretérito: *Cheremimboė cuer-ey* ó *cheremimboė ey cuera*. De futuro imperfecto: *Cheremimboe ram-ey-ma* ó *cheremimboė ey-rama*. De futuro perfecto: *Cheremimboė ranguer-ey* ó *cheremimboė ey-rague*.—Verbales: *Imboehab-eym-a*, *imboehaguer-eym-a*, *imboehaguam-eym-a*, *imboehabanguer-ey*.

Formas especiales de transicion no había sino dos en la lengua de los tupíes: de primera á segunda persona y de segunda á primera. Se traducía en aquélla el caso recto por *che* y *ore* y el objetivo por *oro* y *opo*, que iban prefijos al verbo; en ésta el caso objetivo por *che* y *ore* y el recto por *epė* ó *epeyepė*, que iban siempre pospuestos. *Che oro-mboė*, yo te enseño; *che opo-mboė*, yo os enseño; *ore oro-mboė*, nosotros te enseñamos; *ore opo-mboė*, os enseñamos nosotros. *Che-mboe epė*, tú me enseñas; *che-mboe epeyepė*, vosotros me enseñais; *ore-mboe epė*, tú nos enseñas; *ore-mboe epeyepė*, nos enseñais vosotros. Fuera de estas dos transiciones se empleaba los pronombres personales para los casos objetivos y, permítaseme la palabra, se los prefijaba al verbo. ¿Acertaba el pronombre objetivo á ser de primera ó segunda persona? El verbo perdía entónces su nota personal característica. No se traducía la oracion «el sacer-

dote os enseñará» por *abarè pee-pe-mboe-ne* sino por *abarè pe-mboe-ne*.

La formacion de la voz pasiva era bastante singular. Perdía el verbo sus signos personales y tomaba el de relacion que le correspondía segun las reglas que expuse al hablar del nombre; llevaba pospuesta y afija la partícula *pira* y al fin los pronombres *che*, *nde*, *orè*, *pèe*, *cuibae*, que iban siempre sueltos. Yo soy enseñado ó el enseñado soy yo: *i-mboe pira che*, *i-mboe-pira nde*, *i-mboe-pira cuibae*, etc. Habia aquí ya tiempo de pretérito, y se lo distinguía del de presente por la partícula característica del pretérito de infinitivo, *cuera*, tan modificada y sincopada por cierto, que apénas cabía distinguirla. *I-mboe-pi-re-ra che*, yo fuí enseñado. Tomaba tambien el verbo en los futuros del indicativo las características de los del infinitivo y las conservaba más puras. *I-mboe-pira-ma che*, yo seré ó he de ser enseñado; *I mboe-pira-nguera nde*, tú habrás sido ó habrás de haber sido enseñado. Por eufonía era á veces PIRA *ibira*, otras *mbira*, otras *nguimbira*.

He dicho ántes que los participios y aún los nombres se conjugaban. Servía mucho para estas conjugaciones la partícula *pira*. *Pira* era la característica del participio de pretérito. *Yuca*, matar; *i-yucapira*, el muerto. De aquí se formaba *i-yuca-pi-re-ra*, el que fué muerto, *i-yuca-pi-ranguera*, el que había de ser muerto, *i-yuca-pi-rama*, el merecedor ó digno de la muerte. *Pi-rama* ó *pira-ma*, contraccion de *pi-guarama*, equivalía á la terminacion *bilis* de los latinos. *Haihú*, amar; *ahaihu-bi-pirama*, AMABILIS, amable.

La voz pasiva negativa no difería de la afirmativa sino en que llevaba pospuestos *ey* ó *eima*. *I-mboe-pir-eyma che*, yo no soy enseñado; *i-mboe-pir-ey nde*, tú no eres enseñado; *i-mboe-pi-re-r-ey che*, yo no fuí enseñado; *i-mboe-pi-ranguer-ey che*, yo no había de haber sido enseñado ó yo no habré sido enseñado, etc.

He hablado hasta aquí de los verbos activos. Los había en tupí activos, neutros y absolutos. Eran activos los que podían trasmitir directamente su accion á persona ó cosa; neutros, los que solo indirectamente; absolutos los que de ningun modo. Distinguir los unos de los otros no era á la verdad tarea tan fácil como á primera vista parece. *Mundá*, hurtar, era neutro; *mundá*, sospechar, activo. Eran activos, entre otros, *yai*, reirse de; *henondeá*, tomar la delantera á; *hey*, brindar á ó por; *menó*, fornicar con; *ipoihú*, recelar de; *ñiypirú*, dar principio. Eran neutros *maè*, ver; *maená*, atalayar; *maña*, espiar; y absolutos *yeairó*, ahijar; *ñemboè*, aprender, *ñembocee*, engreirse. Para conocer la naturaleza de los verbos había en tupí las mismas dificultades que para saber en la lengua latina el régimen del verbo y el adjetivo. Afortunadamente cabía estimarla en muchos verbos por la inicial que llevaban. La *h* y la *y* hemos visto ya que eran dos signos de relacion: podía desde luégo considerarse como activos todos los verbos que empezasen por *h*. Entre los que comenzaban por *y* la regla no era ya tan absoluta. Había en primer lugar muchos donde la *y* reemplazaba

la *ñ* y era signo de reciprocidad, no de relacion; los habia en segundo lugar que aún sin esta circunstancia eran, ya absolutos, ya neutros. Sólo los en *yo* y *ño* eran todos activos; lo eran tambien los en *ñi* si se exceptúa *ñiñiy*, arrugarse. Comprenderá fácilmente el lector que en un libro donde no me propongo más que dar á conocer la índole y el mecanismo generales de algunos idiomas de América no he de apurar sobre éste ni otros puntos ni las excepciones ni las mismas reglas.

Los verbos neutros, y aquí comprendo en la denominacion los absolutos y los recíprocos, no se conjugaban todos como los activos. Aún los que se conjugaban como tales carecían del participio en *temí* y en el gerundio y el supino llevaban por notas características de las tres personas del singular *gui*, *e*, *o* y por las cuatro del plural *oro*, *ya*, *pe*, *o*, en parte iguales á y en parte distintas de las del indicativo: *Aha-gui-manomo*. voy á morir yo; *erehó e-manomo*, vas á morir tú; *ohó o-manomo*, va á morir aquél; *oroho oro-manomo*, vamos á morir nosotros (forma exclusiva); *yahá ya-manomo*, vamos á morir nosotros (forma inclusiva); *pehó pemanomo*, vais á morir vosotros; *oho o-manomo*, van á morir aquéllos.

Conjugábanse ordinariamente los verbos neutros sin las notas características de los activos y con los pronombres personales. De estos pronombres no dejaba de usarse sino los de la tercera persona del singular y el plural que se substituía por *y* MAENDUÁ, acordarse. Indicativo.—Presente y pretérito: *Che-maenduá, nde-maenduá*, *i–maenduá*; *ore-maenduá*, *ñande-maenduá*, *pe–maenduá*, *i-maenduá:* con la negacion, *n-ache–maendua-r-i*, *n–a-nde-maendua-r-i*, *n–i–maendua-r-i*; *n-ore-maendua-r-i*, *n-i-ñande–maendua-r-i*, *na–pe-maendua-r–i*, *n–i–maendua–r-i*.

Seguían invariablemente esta conjugacion los verbos que se hacía de los nombres y de los objetivos. Eran éstos muchos porque con ellos se suplía el verbo «ser», de que en absoluto carecía aquel idioma. *Abá*, hombre: *Che–abá*, *nde–abá*, *y-abá*; yo soy hombre, tú eres hombre, aquél es hombre. *Marangatu*, bueno: *Che–marangatu-ne*, *nde-marangatu-ne*, *i–marangatu–ne*; yo seré bueno, tú serás bueno, aquél será bueno. No soy hombre: *n–ache-aba-r-i* y mejor *n ache ruguay*. Examinándola atentamente se ve que aquí más bien se elidía que se suplía el verbo *esse*. Nótese al paso á qué frases tan elípticas no daba lugar esta rara construccion. *¿Che–pa?* decía ¿soy yo?; *na–che ruguay*, yo no soy; *¡che-tamo!* ¡oh si yo fuera!; *na che–r–uba ruguay*, no es mi padre. Verdad es que esta última oracion resultaba ambigua, puesto que podía significar igualmente no soy padre.

Llevaba el verbo recíproco prefijas las partículas *ye* ó *ñe* y seguía, como se ha dicho, la conjugacion del neutro.

Había por fin en la lengua tupí sus verbos irregulares y tambien sus defectivos. Eran irregulares *e*, decir; *ten–ae*, estar tenaz; *u*, comer y beber; *ho*,

ir: *i*, estar; y *ya*, coger; y defectivos, muchos más, algunos tanto que no tenian más de un tiempo y aún de éste una sola persona. Constituian el verbo todo *co*, toma tú, tomad vosotros; *tobè*, deja tú, dejad vosotros; *queremè*, ven tú, venid vosotros; *oyebe*, deja tú, dejad vosotros; *hinyè*, no quiero, no me place; *hiyei*, si quiero, pláceme; *he* ó *heruyua*, no lo sé de cierto.

Se ha encarecido por muchos la regularidad y aún la facilidad de la lengua tupí ó guaraní; pero es indudable que tenía muchas reglas y no pocas excepciones. Era ademas abundantísima en sinonimias, en adverbios, en modos adverbiales, en preposiciones, en conjunciones y en interjecciones, circunstancia que siempre dificulta el estudio de los idiomas. Simplemente para la traduccion de nuestro modo adverbial «he aquí» tenía diez voces: *chanicó*, *chatepe*, *chapacó*, *chapangá*, *chanacó*, *chapindó*, *chateró*, *chairó*, *chaquerei* y *chatepacó*; para la de nuestro adverbio «ciertamente» cinco: *na*, *nangá*, *niá*, *ne*, *ruguá;* para la de nuestro «ya» cuatro: *ra*, *imá*, *reá* y *coite*. En los adverbios de lugar llevaba el lujo y la determinacion á donde no la podemos llevar nosotros sino por perífrasis. *Quie* significaba aquí; *eupepe* y *eguimè*, ahí; *ape*, allí; *pepe*, allá léjos; *pe*, allá, hasta donde alcanza la vista; *cupe*, allá léjos, donde la vista no alcanza. Entre los adverbios de tiempo figuraban tambien *oyrá* y *oyrande* para decir «probablemente mañana» y *cury coè* y *aryrè* para decir «mañana decididamente».

Contaba la lengua tupí treinta y dos preposiciones, ó por mejor decir posposiciones; y algunas, como las nuestras, se equivalían y servían para multitud de frases. Correspondía AHOCE sólo al *supra* de los latinos; COTÍ sólo al *versus*; EYMBOBÉ ÑANONDÉ solo al *ante*, *anteaquam*; Y sólo al in; pero AGUI, GUI, al *ab*, al *ex*, al *abs*, al *propter*, al *extra*, al *sine*; PE al *usque*, al *cum*, al *in* de quietud y al *in* de movimiento; REHÉ, RI, ARÍ al *propter*, al *per*, al *cum*, al *simul*, al *pro*, al *in*, al *ob*, al *ab*, al *adversum*, al *contra*. Abundaban á causa de esto los modismos como en nuestro idioma.

No eran tantas las conjunciones, pero sí las interjecciones, que nos vuelven á recordar la lengua de los moxos. Había aquí tambien interjecciones para el varon y para la hembra. Eran para el hombre las interjecciones de admiracion *¡tú! ¡toú! ¡totoi! ¡tuharí! ¡ataí! ¡atatai!*; y para la mujer *¡heú! ¡heaí! ¡eaí! ¡acaí!*. *¡Tutuí!* ó *¡eu!* exclamaba el varon para manifestar desprecio, y *¡eguá!* la hembra. *¡Hahá!* decía el hombre al reirse, y la mujer *¡hehei!*

Acontecía otro tanto con alguno que otro adverbio y sobre todo con los nombres de parentesco. Afirmaba el varon diciendo *ta*, y la mujer *heè*. Llamaba el yerno á la suegra *cheraichó*, y la nuera *chemendí;* el yerno al suegro *cheratiú*, y la nuera *chemenduba*. Llamaba la mujer al hermano *chequibí* y el hombre *chereindi*. *Che* era en todos estos nombres el posesivo de primera persona. En esto, preciso es confesarlo, se parecían mucho el tupí y el caribe. En caribe los suegros llamaban tambien á sus yernos con distinto nombre que las sue-

gras, y las nueras á los suegros con distinto nombre que los yernos. No se hacía, sin embargo, diferencia entre la suegra y el suegro ni entre el yerno y la nuera. En otro punto coincidían las dos lenguas, y era en que las dos distinguían la afinidad y el parentesco no ménos prolijamente que los quichuas.

De la sintáxis tupí ó guaraní puedo escribir muy poco. Concordancias entre el sustantivo y el adjetivo no eran posibles, puesto que carecían los nombres de géneros y números. Cabían, sí, entre el nombre y el verbo, tanto que por el verbo se determinaba generalmente la singularidad ó la pluralidad de la persona agente. La parte principal de la sintáxis estaba en el régimen de los verbos neutros, y harto comprenderá el lector que no he de entrar aquí en tan engorroso exámen. La construccion era sobre poco más ó ménos libre como la nuestra. Se podía anteponer y posponer al verbo lo mismo el caso recto que el objetivo. Se podía anteponer la cosa poseida al poseedor y tambien el poseedor á la cosa poseida. Prevalecía aquí, no obstante, el hipérbaton como en las lenguas moxa, chilena, quichua y aymara. Era no pocas veces obligatorio, como se ha visto en la conjugacion de las diversas voces del verbo, y no pocas tambien violentísimo. Las preposiciones iban siempre pospuestas al caso regido: se las suele llamar por esta razon posposiciones.

Entro ahora en la lexicografía. Era la lengua tupí eminentemente monosilábica y polisintética. Entre nosotros las cinco vocales son otras tantas voces: *á* es preposicion; *é*, *í* conjunciones copulativas; *ó*, *ú* disyuntivas; mas entre los tupíes, sobre ser partes de más importancia en la oracion, tenían muchos y muy diversos sentidos y daban orígen á gran número de palabras. La vocal *a* por sí sola significaba cabello; día, vez, mundo, entendimiento, juicio; tronchar; caer y caida, nacer y nacimiento, embarcarse y embarque, salir bien ó mal los negocios. Significaba tambien sobre; y, si era nasal, estar en pié, estar levantado. Tomémosla en cualquiera de sus acepciones, en la de tronchar, por ejemplo. De ella nacían *a-ye-á* (*a*, nota característica de la primera persona del singular, *ye*, signo de reciprocidad, *á*, tronchar) «descoyunteme»; *a-mbo-ye-á* (*mbo* por *mo*, partícula compulsiva) «hice descoyuntar á otro», «he sido causa de que otro se descoyunte»; *a-ye-cang-a* (*cang*, hueso) «tronchéme el hueso». Tomémosla en el sentido de caer, y veremos salir de ella *a-á*, yo caigo; *o-a-bae o-a-hara*, el que cae, el caido; *a-a-bibi* (*bibi*, cerca de, á riesgo de) «estuve á punto de caer»; *che-mbo-a-bibi* (*mbo* por *mo*) «por poco me hace caer ó me derriba»; *a-a-nde-yague-pipe* (*nde*, tú; *yague*, síncope de *yaguera*, participio activo de pretérito del verbo *e*, decir; *pipe*, en) «caigo en lo que tú dijiste». No daba márgen á ménor número de voces y frases cuando se la empleaba como simple partícula de composicion. Significaba entónces, ya cojer ó imitar, ya cabeza, fruto, semilla, etc. *A-heco-á* (*heco* por *teco*, ser, estado de vida, condicion, costumbre, ley, hábito) «cojo las maneras de otro, le remedo, le imito»; *a-heco-marangatu-a*, cojo las buenas costumbres á otro, le imito en

sus virtudes: *che-r-opeii-a*, (*ropeii* por *topehii*, sueño) «el sueño me cogió». —*Che-a-piré*, de mi cabeza la piel ó la piel de mi cabeza: *tayacu-a-pire*, piel de la cabeza del cerdo; *a–y-a–pirog* (*y*, contraccion de *ye*, signo de verbo recíproco, *pirog*, desollar, desolladura) «yo me desuello la cabeza».

La vocal *e* contaba todavía más acepciones que la *a*. Era interjeccion, y equivalía á nuestra *¡oh!;* adverbio, y significaba á parte, á solas, tarde ó temprano, á veces, bien, bien, me place; conjuncion, y correspondia á despues de, despues que; adjetivo, y decía otro, distinto, cóncavo, hueco; nombre sustantivo, é indicaba aptitud, inclinacion, destreza; verbo, por fin, y era ya decir, ya salirse ó rezumarse. Las palabras compuestas á que daba lugar eran tambien muchísimas. De *e*, destreza, había salido *mbo ė* (*mbo* por *mo*) enseñar, hacer diestro; *ñe-mbo-ė* (*ñe*, signo de reciprocidad) «aprender», es decir, «hacerse diestro, enseñarse»; *t-emi–mboė* (*t*, signo tambien de reciprocidad, *temí* una de las formas del participio activo) «el que se enseña, el que aprende, el discípulo»; *poro-mbo ė* (*poro*, partícula que, antepuesta al verbo, indica hábito en el ejercicio de la accion del verbo mismo) «el que tiene por hábito enseñar, el maestro». No multiplico los ejemplos por no prolongar desmesuradamente este capítulo.

La *i* no era ménos digna de estudio que las vocales anteriores. Era, como se ha visto, signo de relacion: *y-ang*, el alma de él, *ejus anima; i-marangatú*, él es bueno. Si precedía los tiempos de los modos indicativo, subjuntivo y optativo correspondía á nuestro afijo «le»: *che-y-yuca-r-amo*, si yo le matase. A fin de verbo significaba ya decision, ya perseverancia: *a–ha–i-ne*, iré sin duda; *a–yerure-i*, pídolo con insistencia. A fin de nombre equivalía á «mismo»: *che-r-oba-pe-i* (*robá* por *tobá*) «en mi mismo rostro». Suplía á veces la posposicion *pe: atua-i* en el cerviguillo. Con gerundio ó con *ramo* decía porque: *ó-nupa-ramo-í o–manó*, porque le aporrearon, murió, murió á palos.

Significaba, ademas, *i* estancia, estar, poner; quitar, despegar, cortar; agua, río; hasta, mástil, astil de herramienta, capitan, jefe. ¡Qué de voces compuestas en cada una de esas acepciones! La tomaré solamente en el sentido de agua, río. *I-bú* y tambien *i–pupú* manantial (*bu*, salir, rebosar, *pu* ó *pupú*, hervir); *i-cang*, arroyo ó río de caudal escaso (*cang*, seco, enjuto); *i–pau*, isla, (*pau*, cosa intermedia, intervalo); *i-apó*, pantano (*apó*, grueso, hinchado); *i–ña*, chorro de agua (*ña*, lista, listado); *i-ciri*, agua corriente (*ciri*, correr); *i-ru-ra*, avenida, (*ru*, *ru-r*, *ru-r-a*, traer, traida); *ama-nde-i*, agua llovediza (*amá*, nube, *nd*, nexo eufónico); *i-ey*, sin agua (*ey*, partícula negativa); *i-gu-aba*, vaso (*haba*, forma verbal cambiada por eufonía en *guaba*); *i-gu-ara*, bebedor de agua y tambien ribereño (*hara*, forma de participio activo, por eufonía *guara*); *i-ne-mombi-a*, río manso, apacible (*mombi*, atar, *ñe-mombi*, atarse) «río que se ata ó no se sale de madre». No acabaría en mucho tiempo si quisiese apurar la materia.

La *o* era la vocal que tenía ménos significados y aplicaciones. Servía, sin embargo, de nota característica para las terceras personas del singular y el plural de los verbos y hacía recíprocos, verbos y nombres. *O-haihú,* aquél ama, aquéllos aman. *O-mbae-o-meè*, sus cosas él dió ó dió sus bienes. Equivalía ademas á nuestra interjeccion *¡oh!* y significaba tomar, quitar, remendar, tapar. *A-i-po-o*, yo lo quité con la mano, *a-i-po-o ib—á*, yo cojí la fruta del árbol.

La vocal *u* significaba, por fin, comer y beber; echar y sacar; poner y quitar; cierto gusano que se criaba en el cuerpo del hombre y muslo. Se unía con otras muchas voces, sobre todo en el sentido de comer y beber. *A-u-góo*, como carne; *ca-u*, bebo vino. Vino era en tupí *caguí;* se conservaba en la composicion solo la primera sílaba, práctica observada en casi todas las lenguas que he podido someter á exámen. Podían entrar en combinacion con el verbo *u* todos los vocablos que indicasen mantenimientos: las palabras con él compuestas eran infinitas.

Preguntará tal vez alguno como era posible distinguir el sentido de esos y otros monosílabos entre tantas y tan contrapuestas acepciones como todos tenían; mas si tal hay, convendrá no olvide que no abundan ménos en significados muchas de las voces de nuestros idiomas latínos, y distinguimos el que en cada locucion se les da por el conjunto de la locucion misma. En tupí había frecuentemente otro medio para distinguirlo. Tanto estas vocales como muchas de las palabras en vocal terminadas podían tomar una consonante, y no en todos sus sentidos tomaban la misma. *U*, por ejemplo, tomaba la *r* cuando significaba gusano, y la *b,* cuando muslo; *a* la *r*, cuando nacimiento, día, juício; *b,* cuando cabello. *A-r-a,* mi vez, mi día; *a-b-a-ci* (*ci* contracto de *ciey*) «cabello corto».

Ignoro si el lector habrá observado la filosofía de este idioma en la composicion de las palabras. La haré más palpable con un ejemplo. *Ang* en tupí significaba espíritu, alma: *ang-á* (*a*, cojer) «cogida del alma, amor, ternura»; *an-ho* (*ho*, ir) «irse el alma, suspiro»; *ang-a-i* (*i*, negacion) «mala alma, mala conciencia»; *ang-ai-pa* (*pa*, *pab*, fin, muerte) «muerte del alma, pecado»; *angaipa-popia* (*popia,* aguijon, diente de culebra, veneno) «ponzoña del pecado, remordimiento»; *anga-reco* ó *anga—rerecó* (*recó*, inquietar) «inquietud del alma»; *ang-horí* (*tori*, alegría; *h*, signo de relativo) «consuelo espiritual, alegría que el alma engendra»; *ang-atu-ra* (*atú* de *catú*, bueno; *ra*, parecido, semejante) «cosa parecida á la buena alma ó al buen espíritu», es decir, «hermoso, honrado, noble»; *mo-ang* (*mo*, partícula compulsiva) «hacer mover el alma, ponerla en actividad, pensar, enlazar ideas».

¿Qué no dice esa larga lista de voces compuestas cuyo principal y comun elemento es *ang*, alma? Imposible parece verdaderamente que tal fuese la lengua de un pueblo bárbaro. No acierto á esplicármelo sino cuando recuerdo que

los tupíes, como los araucanos, daban grande importancia á la oratoria y á la cultura del lenguaje. Entre tantos idiomas como se hablaba en la América Meridional, preciso es consignarlo, ninguno llegó á tanta perfeccion ni transmitió á los demas tan gran número de voces, como no fuese el de los Incas. En el centro de aquella vasta region, en los Llanos como en el Chaco, multitud de ríos, de montes, de pueblos, de plantas, de animales, de piedras llevan en sus nombres el sello de una de las dos lenguas: la de los quichuas ó la de los tupíes. Algo de comun debieron de tener las dos naciones y algo en verdad tuvieron: el espíritu de invasion y de conquista.

CAPÍTULO XVIII

Opiniones sobre el primitivo asiento de los tupíes.—Estoy en que subieron de Mediodía á Norte.—Razones en que me fundo.—Orden cronológico y geográfico de las excursiones de los tupíes.—Los chiriguanos estaban en los Andes de Bolivia mucho tiempo ántes del año 1541.—Los caribes, en las Antillas mucho ántes de la Conquista.—Si se parecían los tupíes, como invasores, á los quichuas.—Índole especial de sus guerras.—Su aptitud para las guerras marítimas.—Sus medios de defensa.—Su gobierno.—Su culto.—Los guarayos adoraban á Tamoi; pero Tamoi no era el dios de todos los tupíes.—Para el Autor adoraban los tupíes en Tupá á Dios, en Añang al Diablo.—Si tenían ídolos.—Qué eran los payes de los tupíes y los boyes de los caribes.—Creencia en otra vida.—Manera de enterrar á los difuntos.—Duelos.—Supersticiones.—Ayunos.—Flagelaciones y sajaduras.—Tradiciones.—Orígen que se daban los caribes.—Carencia total de medios objetivos para la trasmision de los pensamientos.—Cronología.—Agricultura.—Caza y pesca.—Canoas de peri, planta acuática.—Casas.—Muebles.—Armas.—Instrumentos de música.—Ocupaciones de los caribes.—Sistema de vida de los demas tupíes.—Constitucion de la familia.—Casamientos.—Privaciones al hacerse núbiles las niñas.—Al estar embarazadas.—Al dar á luz un niño.—Al estar enfermos los hijos.—Falta absoluta de educacion.—Manera como los caribes desfiguraban la cabeza de los recien-nacidos.—Costumbre de horadarse el rostro.—Trajes, galas y adornos.—Fiestas.—Fiesta original de los caribes.—Carácter poco expansivo y alegre de los tupíes.—Melancolía de los caribes.—Saludos que se hacían al verse despues de larga ausencia.—Los tupíes distaban de ser pusilánimes, como pretende Azara.—Eran realmente antropófagos.—Afinidad que revelan los hechos anteriores entre todas las naciones tupíes.—Condiciones físicas.—Estatura.—Robustez.—Facciones.—Color.—Las diferencias entre las diversas naciones tupíes confirman la identidad de orígen.—Los chiriguanos.—Los guarayos.—Los Sirionos.[1]

Se ignora cuál fuese el primitivo asiento de los tupíes. Parecieron, segun algunos, en el Brasil y subieron de Mediodía á Norte; segun otros en las Antillas y bajaron de Norte á Mediodía. Estoy con los primeros. Me llevan á pensar así la tradicion que tomé del Padre Guevara en el anterior capítulo, la que recogió el Padre Breton de boca de los caribes de la Dominica y razones de filología. A Cabo Frio decían los guaraníes que habían llegado sus primeros padres; en el Brasil añadían que se establecieron. «Nuestros antepasados, decían por su parte los caribes de la Dominica, eran galibis: vinieron de Tierra Firme para conquistar las islas, exterminaron á los indígenas con excepcion de las mujeres y llevaron á las cavernas de la playa las cabezas de sus enemigos para que fueran mudos testigos de su valor á los ojos de las futuras generaciones. Nos llaman los europeos caribes, pero somos *callínagos*. Nos distinguimos de los del Continente por el sobrenombre de *oubaobanum*, que significa isleños». Es ya valioso argumento para mí la con-

[1] Fuentes de este capítulo: Azara, *Descripcion é Historia del Paraguay*, cap. X; D'Orbigny, *L'Homme Américain*, nation guaranie; Raymond Breton, *Dictionaire Caraïbe-Français;* Ulrich Schmidel, *Histoire Veritable d'un voyage curieux*, chaps. XIX y XXII; Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, *Comentarios*, caps. VI y XVI; Rui Diaz de Guzman, *La Argentina*, caps. II, III y IV; Guevara, *Historia del Paraguay*, Primera parte; Garcilaso de la Vega, *Historia General del Perú*, tomo IV, cap. XXVII; Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, lib. VI; Humboldt, *Voyage*, t. VIII, pág. 264; tom. IX, pág. XI: *Art de vérifier les dates*, tom. XIII, pág. 214; Montoya, *Conquista Espiritual*, fól. 14.

formidad de las dos tradiciones; pero lo es mucho más el hecho de que la lengua tupí degenerara de Sur á Norte. Estaba ya muy alterada en el Orinoco, poco ménos que desconocida en las islas de Barlovento.

Tengo ahora por punto ménos que imposible determinar el órden cronológico y geográfico que siguieron los tupíes en sus excursiones. Diré lo que me parece más probable despues de haber consultado á los principales autores del tiempo de la Conquista. En mi opinion debieron de limitarse los tupíes, tal vez por siglos, á la sola posesion de las costas. Si ocuparon las islas adyacentes, no la tierra adentro. Hubieron de subir en edad temprana hasta Pernambuco; sólo despues del rompimiento de que habla Guevara bajar á la laguna de los Patos. Entiendo que se movieron desde entónces en contrapuestas direcciones: los tupíes del Mediodía al Septentrion y los guaraníes del Septentrion al Mediodía. Fueron acercándose los guaraníes al lago de Mirim y los tupíes á la embocadura del Amazonas. Los grandes ríos abrieron despues á los unos y á los otros nuevos caminos. Entráronse los tupíes por el Amazonas y llegaron no sólo hasta la confluencia del Madeira, donde está la isla de los Tupinambaes, sino tambien hasta la del Yapura ó Caqueta; los guaraníes, por el Iguazú ó Curutiba y saliendo al Paraná se establecieron en la actual república del Paraguay. Recorrieron despues los guaraníes los dos ríos, el Paraguay y el Paraná, y al paso que al Norte fueron hasta la boca del Jaurú, descendieron al Sur hasta las islas situadas donde el Uruguay y el Paraná se confunden y forman el río de la Plata. Hallábaselos cuando la Conquista bajo el nombre de *tapes* en los alrededores de la Asuncion, bajo el de *gualachos* en las islas del río Coronda, bajo el de *caracaraes* en Santi-Spiritu, bajo el de *tiembues* y *mbeguas* en Baradero.

Es de creer que en ésto ó despues de ésto atravesasen los guaraníes las llanuras y fuesen á establecerse con el nombre de *chiriguanos* al pié de los Andes de Bolivia, con el de *sirionos* entre Santa Cruz de la Sierra y los Moxos, con el de *guarayos* entre los Moxos y los Chiquitos. Fíjase generalmente en el año 1541 la expedicion de los chiriguanos, y se la atribuye al temor de que los castigaran los portugueses por la muerte de Alejo García; pero estoy en que hay aquí confusion y yerro. Los chiriguanos, segun Garcilaso, estaban ya donde hoy en tiempo de Yupanqui. «Los encontró este inca, escribe aquel autor, al Oriente de los Charcas, y tan bravos y poderosos, que despues de mucha sangre vertida hubo de renunciar á la empresa de reducirlos. Fueron desde entónces el bú de los niños en todo el Imperio.» Me inclinan estos datos á pensar que no fué la primera la expedicion de 1541.

Más difícil es en mi opinion vislumbrar cuando subieron los tupíes de la embocadura del Amazonas á la del Orinoco y por el golfo de Paria ganaron las Antillas. Hablaban los caribes de la Dominica de sus mayores como de una generacion remota, y dejaban entender que habían pasado desde la ocupacion de las islas por diversas formas de gobierno. «En otros tiempos, decían, tuvi-

mos reyes: llamábase *abouyou* á los que los llevaban en hombros. De estos abouyou descienden los callínagos que hoy viven al pié de los azufrales. Vieron aún los franceses en los antros de la playa las cabezas de los que se suponia enemigos muertos por los primeros invasores; mas esto nada significa en contra de la pretendida antigüedad de la conquista. ¿Qué no puede durar un cráneo? De mis investigaciones resulta por lo ménos claro que al descubrirse la América no eran nuevos los caribes en las Antillas como algunos autores pretenden.

Fueron invasores los tupíes como los quichuas; pero ¡cuán de otra manera! Lo fueron los quichuas para incorporar naciones al imperio de los Incas y hacerlos partícipes de su organizacion social, sus leyes y su culto; los tupíes, sólo para ocupar nuevas comarcas, aunque al intento debiesen exterminar á los vencidos. Léjos de haber formado jamas un sólo cuerpo, se hallaron siempre divididos los tupíes en innumerables tríbus, cuando no enemigas, independientes: mal habían de llevar á parte alguna la unidad los que nunca la tuvieron ni la conocieron. Bárbaros ademas ¿qué podían dar sino barbarie? A donde quiera que iban se esforzaban los quichuas por suprimir los sacrificios humanos, y empezaban ellos por comerse en repugnantes festines el cuerpo de sus enemigos. Tampoco se parecían los dos pueblos en el arte de hacer la guerra. Distaban los tupíes de la táctica y la estrategia de los quichuas: sólo á imponerse por el terror dirijían sus esfuerzos. Les eran en todo inferiores: no los aventajaban sino en pelear por agua. No tenian en ésto más rivales que los payaguas ó payaguaes, tal vez de su mismo orígen.

Eran los tupíes, como invasores, de rara y especial índole. No disponian de más armas que la flecha y la macana. No podían reunir medianos ejércitos sin la voluntad de muchos jefes de tríbu. Convocábanlos en mayor ó menor número cada vez que deseaban ó temían guerras exteriores, y estaban por lo que los más decidían. Esperaban tranquilos el fallo de la asamblea, que solía deliberar de noche y no resolver hasta el otro día, despues del baño; y obedecían sumisos al capitan que para la expedicion les daba. Como no se tratase de vengar agravios, no siempre se detenían donde encontraban tenaz resistencia: orillaban no pocas veces las dificultades en vez de vencerlas, y dejaban en su camino libres é incólumes unos pueblos, esclavos otros. Sería grande error creer que del lago de Mirim á Santo Domingo ocuparan sin interrupcion la tierra; compartíanla así á Mediodía como á Norte con gentes de distinta raza. Eran de ordinario crueles: se ensañaban con los vencidos y los insultaban despues de muertos. Los caribes especialmente envenenaban sus flechas; algunos mojándolas en el jugo blanco y lechoso que destilan las ramas del manzanillo.

Como dejo indicado, eran de temer esos tupíes sobre todo en sus guerras marítimas. Hacían largas y estrechas canoas generalmente del tronco de un árbol que vaciaban y desbastaban, como los demas bárbaros, parte por el fuego, parte con sus hachas de piedra. Dábanles hasta sesenta piés de eslora

por ocho ó diez de manga, capacidad bastante para sesenta y más hombres. Las embreaban ó por mejor decir las embetunaban: los de las Antillas con la goma de un árbol que llamaban *chibou*, goma de un negro hermoso y brillante. En esas canoas, que armaban de muchos bancos, andaban ciento y doscientas leguas así por la costa del mar como por la corriente de los ríos. Convertían con suma frecuencia al dar con sus enemigos los remos en lanzas, y con no ménos facilidad reponían la barca si por acaso se les volvía. Navegaban con tanta rapidez como convenía á sus fines: no los alcanzaba en tiempo de la Conquista el más velero buque. Bogaban á lo que parece más de pié que sentados. Semejanzas con los payaguas ó payaguaes verdaderamente significativas.

Segun Ulrico Schmidel, no desconocían tampoco los tupíes los medios de defensa. No protegían su cuerpo con escudos ni cotas, pero sí las poblaciones con empalizadas y fosos. Con foso y doble empalizada tenían su ciudad de Lampere los guaraníes del Paraguay, los carios. De diez á doce pasos había de trinchera á trinchera: las estacas, del grueso de un hombre, con estar metidas hasta seis piés en la tierra, eran de tanta altura, que nuestros españoles no llegaban á la cima con la punta de sus espadas. Medía el foso de cinco á seis varas de profundidad y estaba erizado de agudas astillas artificiosamente encubiertas con paja y zarzales. Para mejor defenderse se establecían ademas los tupíes, como pudieran, en lugares altos, orilla de los ríos.

Gobierno comun ya dije que no lo tuvieron nunca esos tan derramados y esparcidos pueblos. Teníalo separadamente cada tríbu: y sólo en las guerras, como acabamos de ver, acontecía que algunas se confederasen y aceptasen un comun caudillo. Los jefes de tríbu eran todos hereditarios: los caudillos, de libre eleccion y sólo para la lucha que se los nombraba. En cambio la autoridad de éstos era absoluta, y la de aquéllos tan limitada, que se reducía á dar consejos y castigar á los ladrones y los adúlteros. Los caciques y sus deudos constituían allí una clase, la nobleza; los demas la plebe. Plebe y nobleza debían acudir al servicio de las armas; sólo la plebe conservar la casa y cultivar los campos del cacique. Los caudillos podían ser y fueron alguna vez plebeyos como entre los araucanos. Para la sucesion de los caciques se observaba rigorosamente el derecho de primogenitura.

Culto comun no creo que lo tuviesen tampoco los tupíes. Habían construido los guarayos un templo octógono, y, sentados en él á la redonda, batían el suelo con sus bambues y cantaban himnos donde rogaban á la naturaleza que se engalanara para que los ayudase á manifestar su amor á *Tamoi*, su primer padre. Decían de Tamoi que había vivido en la tierra, enseñádoles la agricultura, y, elevándose un día al cielo, prometídoles que no los olvidaría y cuando muriesen los trasportaría desde la copa de un árbol sagrado á cierto lugar donde volverían á encontrarse todos y no les faltaría jamás la caza. Invocábanle en

las grandes sequías para que lloviese y en los años estériles para que les diese abundantes cosechas.

Mas ese Tamoi distaba de ser el dios de todos los tupíes. Tamoi en la lengua general significaba solamente abuelo, el padre de nuestros padres. No significaban tampoco más las voces *tamoucou* é *itamoulou* de los caribes. Como no fuese en boca de los guarayos ninguna de las tres palabras tenía sentido religioso. *Itamoulou* era en caribe abuelo é *imetamoulou* suegro. Partícipes de la teogonía de los guarayos dudo que lo fuesen ni siquiera los chiriguanos, de quienes se sabe que veneraban á sus antepasados.

Para mí los tupíes creían todos en Dios y el Diablo. Llamaban en la lengua general á Dios *Tupá*, al Diablo *Añang*: y en la de los caribes á Dios *Icheiri* ó *Icheiricou* y al Diablo *Mapoya*. Pretende el Vizconde de Porto Seguro que *Tupá* era el Diablo y *Sumé* Dios, pero no sé en que se funda. Por la voz Tupá designaban tupíes y guaraníes á Dios despues de haber abrazado la doctrina de Cristo.

Lo que no puedo asegurar es si tupíes y guaraníes rendían á Dios ó al Diablo alguna clase de culto. Rendíanselo por lo ménos los caribes. Los caribes, leo en Breton, no rezaban ú oraban, pero hacían libaciones y ofrendas á ciertos espíritus que creían al servicio de sus *boyes* y miraban como el orígen de todos sus males. Los habitantes de las Antillas y aún los de Tierra Firme, dice Oviedo, tenían gran número de ídolos de espantable figura, imágen de sus *cemíes*. No sólo los ponían en lo interior de sus casas y los esculpían en sus bancos ó *duhos*, sino que tambien los llevaban consigo á manera de amuletos.

Se ha querido ver sacerdotes en los *payes* de los tupíes, pero en mi sentir injustificadamente. Los payes de los tupíes, como los boyes de los caribes, eran principalmente hechiceros y médicos. Se decían en contacto ya con Dios ya con el Diablo, y eran objeto de veneracion, cuando no de temor, para las gentes; mas no servían en templo alguno ni levantaban á la divinidad altares ni trasmitían á sus naciones la voluntad del Cielo. Tenían un carácter más bien privado que público: sólo en las Antillas me ha parecido ver lo contrario.

En lo que creían todos los tupíes era en otra vida. Entre los guarayos como entre los caribes bajaban los muertos al sepulcro cubiertos de todas sus galas, pintados como para un día de fiesta, con la macana, las flechas y el arco. Se les dejaba en todas partes víveres para el largo viaje; y, cosa que vimos ya en el Orinoco, se los enterraba de modo que no los oprimiese la tierra. Lo singular era que en algunos pueblos se les ponía tambien sobre la tumba cazabe y vino. Las almas, se decía, vagan largo tiempo al rededor del cadáver; es obligacion nuestra procurarles de qué satisfagan las aficiones de su vida.

Tampoco habían concebido, sin embargo, los tupíes una morada para los justos y otra para los pecadores: daban entrada en su cielo á todos los que morían. Cristianos ya, admitían aún con trabajo la existencia del infierno. No recono–

cian sino un corto número de delitos, y éstos los castigaban ó los vengaban: ¿á qué, dirian, nuevos suplicios? Amenazábase á un chiriguano con las abrasadoras llamas del infierno, y decía con la mayor calma: «apartaré las áscuas» ó «no se verá el diablo en este espejo». Cuerpo, era libre y ¿no había de serlo, espíritu?

Eran tambien conocidos los duelos entre los tupíes. Si moría un guaraní de la nobleza, dice Guevara, prorumpía la viuda en espantosos alaridos; si un plebeyo, se desgreñaba la viuda la cabeza, se abrazaba al cadáver y cantaba en tristes endechas las hazañas del esposo. Lloraban los tupíes largo tiempo la muerte de sus deudos, y no se visitaban que no empezasen como los yuracarés por recordar con lágrimas á los que habían vivido. Entre los caribes, segun Breton, el marido por la mujer, la mujer por el marido y los hijos por los padres se cortaban durante un año el cabello; los esclavos por el señor, hasta que morían. Enterraba el caribe á sus difuntos en medio de la casa que habían ocupado, y por muchos días, ántes de salir el sol y al caer de la tarde, bañaba en llanto la fosa que los cubría y entonaba lúgubres cantos. Solía romper al año la tapa del sepulcro y dejar caer la tierra sobre el ya medio consumido cuerpo. No era raro que abandonase entónces para siempre tan sombría morada, sobre todo si el muerto había sido cacique.

Eran supersticiosos los tupíes como los demas bárbaros. Enfermos, no creían que pudiesen recobrar la salud sin las hechicerías de sus payes; en cinta sus mujeres, no salían á caza de fieras; núbiles sus hijas, se entregaban á rigorosos ayunos. Omito ya por sabidos los agüeros que sacaban del vuelo y el canto de las aves, del inesperado encuentro de ciertos animales de tierra y de los cambiantes del cielo. Arrojábanse al mar los caribes no bien veían las constelaciones del perro mayor y el perro menor en el horizonte; soplaban con fuerza en sus manos y decían *piom*, «pasad, id adelante» cada vez que asomaban tormentosas nubes; y cuando en cama no consentían que les visitaran los casados porque no se agravaran sus males.

Ayunaban los caribes no sólo á la pubertad de sus hijas, sino tambien al nacimiento del primer niño, á la muerte de sus deudos y aún á la captura de sus enemigos. Pasaban sin comer ni beber tres ó más días, cuatro alimentándose exclusivamente de sustancia de cazabe, dos ó tres meses sin probar más que pan de yuca, otros dos absteniéndose de lo que más les agradase. Interrogados por los europeos sobre el motivo de tan duras privaciones, contestaron que sin ellas envejecerían más pronto, serían ménos rápidos en la carrera, tendrían á no tardar corrompida la sangre por la superabundancia de humores é inficionarían la de sus hijos.

Ayunaban los caribes por mera supersticion, y por mera supersticion se prestaban á mayores tormentos. Los he visto, dice Breton, en sus festines de pié en medio de la plaza y las manos en la cabeza recibiendo sin murmurar furi-

bundos golpes de plano que otros les daban con sus largas flechas: los he visto sufriendo silenciosos é impávidos que implacables viejas les azotaran con hojas de anana que cortan como sierras segun son de agudos sus dientes: los he visto rajado el cuerpo y sobrellevando que se les restañara con pimienta la sangre de las heridas. Sajábanse, añade Breton, algunas veces por remedio, las más por antojo.

Tenían tambien los tupíes todos sus tradiciones. En el capítulo anterior vimos ya lo que decían sobre su orígen los que se extendían desde el río de las Amazonas al de la Plata. Se consideraban descendientes de hombres que habian venido por mar de extrañas tierras. Los caribes se daban más elevada alcurnia. La luna era, segun ellos, varon, no hembra. «La luna, decían, vió una noche á cierta jóven que estaba durmiendo y la dejó en cinta. Nació de esta cópula *Hiali*, fundador de nuestra nacion. Hiali fué despues llevado á su padre por el pájaro *yerettė*, el colibrí, que recibió en recompensa el más bello copete y los más brillantes colores.»

Tupíes y guaraníes tenían su tradicion sobre el diluvio. Supo *Tamanduaré* por Tupá la futura catástrofe, y se recogió con algunas familias en la copa de una elevadísima palmera cargada de fruto. Ya que cesó la inundacion, bajaron todos, crecieron y se derramaron por la haz de la tierra. Aconteció ésto naturalmente mucho tiempo ántes de la discordia entre los dos hermanos.

Tradiciones tendrían de seguro muchas todas aquellas gentes: ¡lástima que no se las recogiese á su tiempo! En las arengas que se dirijían, en las canciones que entonaban durante sus fiestas es sabido que sin cesar recordaban las proezas de sus antepasados y los triunfos de su pátria. No se dió á esa especie de discursos oficiales y romances heróicos la importancia que merecían, y se privó á la Historia de multitud de indicaciones que, á falta de mejores datos, habrían podido ilustrarla. Escritura, jeroglíficos, quippus, medios objetivos de trasmitir los pensamientos no se sabe que los conociesen los tupíes.

Tampoco estaban muy adelantados en cronología. A juzgar por su lengua no llegaron á la nocion clara y concreta del año. Segun el vocabulario español-guaraní de Montoya designaban el año por las voces *Roi* y *Quarací-pucú*. *Roi* significaba en su acepcion más genuina frío, invierno; *quarací-pucú* sol largo, verano. En mi opinion da esto claramente á entender que á lo sumo apreciaban el año por la vuelta del verano ó del invierno. Me confirmo en este sentir cuando observo que á nuestras frases «año fértil, año estéril, año de hambre» correspondían en tupí otras donde se empleaba con preferencia la voz *ara* que equivalía á la de «tiempo». *Ara-tiabo*, año de hambre; *ara-mbae ñemoñangatú*, año fértil.

Para mí no pasaron los tupíes de la nocion concreta de mes, lunacion, luna. Nada hallo en su lengua bien determinado sobre las revoluciones del astro del día, pero sí sobre las fases del astro de la noche. *Yací pihaú*, luna nueva;

yací cuaquaa, luna creciente; *yací obaguazú*, luna llena; *yací angaibó*, luna menguante; *yací ogüe*, eclipse de luna. A no dudarlo habían los tupíes fijado principalmente su atencion en ese melancólico satélite de nuestro planeta. A él referían los demas astros. Llamaban á la estrella *yací tatá*, luna de fuego; al lucero *yací-tatáguazú*, luna de fuego de gran tamaño; á la exhalacion y al cometa; *yací-tata-hoá*, luna de fuego que va, que pasa. Decimos «luna de fuego» en el sentido de «luna que centellea».

Ignoro como dividieron el día. Hallo en la lengua voces para expresar la salida del sol, el mediodía, la puesta del sol y la media noche. Dudo que llegasen á dividir el día en más de ocho partes.

En la agricultura y la industria habían adelantado algo más los tupíes. Cultivaban el maiz, el maní, la mandioca ó yuca, la patata y algunas legumbres; criaban aves domésticas. Hacían pan de mandioca, y para exprimirla, despues de amasada, habían descubierto y usaban un sencillísimo aparato. Construían de hojas de palmera ó de flexibles juncos una bolsa cilíndrica estrecha y larga que cerraban por uno de los extremos y armaban de una especie de asa. Asa ponían tambien en el otro extremo, mas sobre una boca lo bastante ancha para recibir la yuca. Cargada la bolsa, disminuía naturalmente en longitud y aumentaba en circunferencia. Colgábanla por el asa superior ya de un árbol ya de cualquier garabato; suspendían de la inferior un gran peso; y comprimida la masa, iba soltando su venenoso jugo. Era en el fondo este procedimiento igual al de los achaguas; pero mucho más ingenioso y económico.

No sé que los tupíes hubiesen inventado cosa alguna para la caza, á que eran grandemente aficionados, ni para la pesca, en que eran diestros los que habitaban así la costa del mar como la ribera de los ríos. Dije ya como fabricaban las canoas; he de añadir ahora que, segun Gabriel Soares, algunos, principalmente los caités, las hacían de cierta planta acuática á la manera que del papyrus las hicieron los egipcios. De esa planta, que llamaban *peri* y era, segun Porto Seguro, la *malacachoete riparia* de Nees, de la familia de las cyperáceas, construían barcas donde diez y más hombres podían costear el Atlántico y sorprender á sus enemigos.

Edificaban los tupíes sus chozas con madera y paja; hacíanlas generalmente espaciosas; en las Antillas, al rededor de una plaza que les servía de patio; en el país de los guarayos, octógonas. No fabricaban otros muebles que bancos en que sentarse; dormían en hamacas de algodon que tejían las mujeres. En cambio ya de mimbre, ya de hojas de palma, ya de listones de bambú, qué hábilmente entrelazaban, hacían hermosas cestas pintadas de vivos colores. Tambien bellos utensilios de barro con no conocer la rueda del alfarero. Habían aprendido á barnizarlos por el uso de ciertas resinas. En armas no los excedía ningun otro pueblo bárbaro. Sus grandes arcos, apénas corvos, disparaban á gran distancia y con grande ímpetu las flechas; sus macanas eran á la vez

hacha y maza cuando no verdaderas espadas. Como todos los americanos eran oblongos sus tambores; como en el Orinoco y el Maracaybo figuraba el cuerno marino entre sus instrumentos de guerra. De uno y tambien de dos ó más tubos eran las flautas de que se valían para sus fiestas y para su propio recreo.

Especialmente los caribes pasaban horas enteras tocando la flauta: tendidos indolentemente en sus hamacas, así divertían con frecuencia sus largos ócios. Porque no mataba nunca el trabajo á esos pobres salvajes: no los mató hasta que los hizo instrumento de su codicia la culta Europa. Despertaba el caribe y empezaba por arrancar á su zampoña algunos acordes. Bañábase luégo, calentábase si estaba frío el tiempo y no salía al campo ni iba de caza ni entraba en su canoa que no hubiese caido el rocío de la mañana. Por el afan de acabar pronto su tarea era en su accion impetuoso: volvía pronto al hogar y comía, no sin volver á bañarse. Ocupábase á veces ya en desbastar una piragua, ya en alisar y pulir un remo, ya en fabricarse una cesta, mas sólo por diversion y pasatiempo. Invertía en algunas de estas operaciones, no días, sino meses. Se bañaba por tercera vez, cenaba y á la noche se reunía con sus vecinos en el patio, donde solía deliberar sobre sus intereses y los de su tribu.

Por la mañana hacía la mujer su cazabe, preparaba la comida y consagraba sus cuidados á los hijos. Barría por la tarde el frente de su casa, salía al campo, arrancaba mandioca, rehacía los surcos, volvía á su choza y daba de cenar á la familia. De noche rallaba y exprimía la yuca en tanto que el marido hablaba ó peroraba en el patio.

Este sistema de vida que leo en Breton era á mis ojos sobre poco más ó ménos el de todos los tupíes. Si no con tales pormenores otro tanto escriben sobre los guaraníes cuantos autores consulto. En su orígen privado ¡diferían realmente tan poco los pueblos sedentarios de América!

Su familia no estaba muy sólidamente constituida. Se permitía entre los tupíes la poligamia y era frecuente el repudio. A gala tenía allí el hombre disponer de muchas mujeres: no buscaba en la guerra tesoros, pero sí concubinas. Dícese que á pesar de esto había paz en las casas, porque siempre era preferida á todas la primera esposa y compartían las demas por turno la mesa y el lecho del marido; pero no lo cree así el Padre Guevara.

La verdad es que la mujer no gozaba allí de más consideracion ni estima que en la generalidad de los pueblos bárbaros. No era nunca dueña de su voluntad para elejir novio. Sus padres ó la vendían, como era costumbre entre los guaraníes, ó la destinaban desde que salía á luz á uno de sus deudos, como se practicaba entre los caribes de las Antillas. Ya Schmidel había observado que entre los carios los padres vendían á las hijas, los maridos á sus cónyuges y hasta los hermanos á las hermanas. Aquí, decía, se compra una mujer por una camisa, un cuchillo, un anzuelo ó cualquiera otra baratija. Si tal hacían con los extraños ¿qué no harían con los propios? Por un poco de maiz ó de man-

dioca asegura Guevara que llegaban algunos padres á vender á sus hijas.

¿Qué no hacían, sin embargo, esos tupíes con el fin de preparar á la mujer para el matrimonio? Apénas llegaba á la pubertad, la cosían en una hamaca sin dejarle más abertura de la que la respiracion exijía, y en esta disposicion la sujetaban por dos ó más dias al más rígido ayuno. Entregábanla despues á una matrona que la enseñaba al trabajo y á los más penosos ejercicios, le cortaba el pelo y le prohibía comer carne interin no volviese el cabello á cubrirle la oreja. Otro precepto se le daba y era el de guardar desde entónces el mayor recato, llevar siempre bajos los ojos y no fijarlos livianamente en el rostro de ningun hombre.

No encuentro, á decir verdad, contradiccion alguna entre este rigor y aquella enagenacion á bajo precio. Si la mujer había de tomar al marido que la comprase, lógico era y hasta humanitario que se la prohibiese fijar los ojos en varon nacido desde que pudiera su cuerpo empezar á sentir los estímulos de la naturaleza. Lo extraño era que, segun parece, despues que le había vuelto á crecer el cabello podía faltar á su recato y entregarse á quien quisiese. Temo que aquí se engañe el autor á quien sigo por más que sean frecuentes las aberraciones hasta en las costumbres de los pueblos cultos.

Ceremonias especiales para el casamiento no sé que las tuviesen los tupíes. Entre los caribes, cuando llegaba la hora del de los prometidos esposos, iba el varon á la casa de la hembra, si plebeyo; la hembra con sus padres á la casa del varon, si cacique ó hijo de cacique. Comían los novios sentados en el suelo, y quedaban casados. No había despues ni danza ni fiesta de ningun género; á lo más, y esto rara vez, algunos brindis entre los parientes.

Cuando ménos para la mujer no era motivo de alegría el matrimonio. La aguardaban en el nuevo hogar el trabajo, la esclavitud, los celos y á cada embarazo nuevas privaciones. Debía ayunar miéntras estaba en cinta y abstenerse cuidadosamente de todo lo que, segun las preocupaciones de su nacion pudiese dañar al hijo que llevaba en el seno. No había de comer danta porque no saliese el niño con nariz deforme, ni pequeñas aves porque no le hiciese débil, ni dos espigas de maiz porque no diese á luz gemelos. Verdad es que en cambio ayunaba el marido despues del parto de la esposa, y en algunos pueblos hasta debía guardar cama interin no se purificase la mujer en agua corriente y lavase al recien nacido. Por rara que parezca esta costumbre, existia ya, segun escritores de Grecia y Roma, en nuestros antiguos cántabros.

Se privaban tambien marido y mujer, en cuanto se les ponía enfermo uno de los hijos, de comer y beber cuanto creían que pudiera serle nocivo. Tenían por seguro que sin este sacrificio se había de agravar la dolencia y sobrevenir la muerte. Amaban á todos sus hijos de una manera tan desordenada y loca, que ni á reprenderlos se atrevían por no causarles disgusto. Como tantas otras naciones, los dejaban abandonados á la naturaleza: no les encauzaban los sen-

timientos ni les reprimian los instintos por más que los viesen caminando al crímen. Daba el padre por cumplidas todas sus obligaciones con adiestrarlos en el manejo de las armas y hacerlos veloces en la carrera.

No los desfiguraban todos los tupíes, pero sí los caribes. La madre caribe les aplastaba la frente en cuanto nacían; y, para que no perdieran esta á sus ojos elegante forma, no los veía dormidos en su regazo que no les pusiera sobre la frente su mano derecha, sobre la mano el codo izquierdo, y sobre el codo la cabeza. Ocho días despues de nacidos les hacía taladrar ademas las orejas, el labio inferior y la ternilla de las narices para que más tarde se las pudieran adornar con los dijes que su pobreza les consintiese. Concluida la operacion los bautizaba, es decir les daba nombre.

Lo de agujerear el rostro á los niños era ya costumbre de muchas naciones tupíes. Pocas dejaban de llevar cuando ménos atravesado el bezo. Porque se colgaban pedrezuelas de las narices se dió á lo que parece el nombre de ti-mbues á los guaraníes del Baradero. *Ti*, nariz; *pu*, *mbu*, sonido; *timbú* sonido de la nariz, nariz que suena. *Pu*, *mbu*, no encuentro en parte alguna que significase agujero, como pretenden Angelis y el mismo Ruiz Montoya.

Eran amigos de adornos todos los tupíes. Iban desnudos: llevaban cubiertas á lo sumo las partes los varones por una estrecha faja, las hembras por una faldeta de algodon que les bajaba del ombligo á la mitad del muslo; pero se pintaban y labraban el cuerpo, se ceñian guirnaldas de plumas artísticamente combinadas y entretejidas, se engalanaban con ligas, pendientes, collares y ajorcas, y algunos se abrían hasta las mejillas y los ángulos de la boca para lucir en el rostro más dijes y alhajas. Pintábanse á veces en el cuerpo prolijos y delicados dibujos de varios colores; y cuando se lo labraban apénas se cortaban la carne con espinas mojadas en tinta de carbon menudo. Reservaban generalmente los penachos para sus campañas y sus fiestas. «Era muy gran placer de los ver, dice Alvar Nuñez, cuando salian para la guerra hechos escuadrones, los arcos y las flechas en las manos, las plumas de papagayos en la cabeza, pintado de muchas maneras y colores el cuerpo».

Fiestas especiales no sé que las tuviesen. Estaban como en tantos otros pueblos reducidas á bailes y borracheras. Guiaba uno la danza, cantaban otros, tocaban otros sus rústicos instrumentos y la muchedumbre se movía en corro siguiendo el compas ya con los piés ya con sus maracaes ó sonajas. Despues del baile y aún durando bebian todos á ratos sendos vasos de chicha hasta caer beodos. Despiertas entónces las malas pasiones, solía la fiesta convertirse en tragedia. Por fortuna las mujeres tampoco bebian entre los tupíes: evitaban muchos desastres ya interponiéndose en las contiendas, ya retirando del tumultuoso escenario á los maridos y los hijos.

Fiesta original no conozco sino la que bajo el nombre de *eletouac* celebraban, segun Breton, los caribes jefes de familia. En la ceremoniosa fiesta, cuya pre-

paracion exigía al parecer tres ó cuatro meses, se cortaba el cabello de las sienes á los niños, se les permitía por primera vez que probasen el pescado, se les sajaba el cuerpo y se los obligaba á permanecer por tiempo tendidos y en determinada postura guardando rigoroso ayuno. Cortábase el cabello de las sienes no sólo á los hijos sino tambien á las madres; practicábanse incisiones en las carnes de todos: adultos é impúberes, casados y célibes. Otra cosa se hacía que parecerá más rara. Sobre la cabeza de los pequeños se rompía la de pequeños pájaros; sobre la de los grandes la de las aves de rapiña. Quedaban así las cabezas de todos chorreando sangre.

¿Qué significarían esos actos? Lo he dicho y lo repito: actos de tal índole hubieron de tener forzosamente un orígen religioso. No importa que no lo recordase ya la generacion indígena del tiempo de la Conquista ó no acertasen á descubrirlo nuestros primitivos escritores de América; fueron siempre religiosos la expiacion y el sacrificio. Sobre que aquí el boye, es decir el hechicero, el sacerdote, era el protagonista del drama. Por su mano y sólo por su mano se hacía el corte de cabellos, las incisiones, la reclinacion de los niños, la muerte de las aves.

Había tambien sus danzas en la fiesta, pero ¡qué danzas! Seis ú ocho mancebos se untaban el cuerpo con goma elemí, negra como el ébano, extendían sobre ella plumion y se coronaban de plumas. Bailaban de dos en dos el brazo del uno en los hombros del otro, y daban la vuelta al patio hasta dar con calabazas de *ouicou*, el peor de los brevajes. Habían de apurarlas. Perdían muchos el color y algunos hasta el sentido; por todo consuelo debían permitir que otros les estrujaran el vientre hasta hacerles arrojar la infame bebida. Ni aún entónces quedaban libres de tan bárbaro tormento: habían de repetirlo.

Celebraba el caribe más alegres fiestas, á que solía asistir armado, pero sin rasgos ya que las caracterizasen ni las distinguiesen de las comunes á los demas tupíes.

Los tupíes en general se entregaban poco á la expansion y al regocijo. En sus facciones como en sus costumbres revelaban seriedad y tristeza. Esos mismos caribes eran, al decir de Breton, extraordinariamente melancólicos y taciturnos. Dos amigos que hubiesen pasado algun tiempo sin verse no se encontraban que no se abrazasen, doblasen al suelo una de las rodillas, reclinasen la cabeza el uno en los hombros del otro, entonasen un canto lúgubre y á fuerza de prolongarlo no rompiesen en lágrimas y sollozos. Eran los caribes, continúa escribiendo Breton, abstraidos y caprichosos: comían arcilla y, si no la encontraban, tierra como mujer en cinta. Teníalos al parecer ensimismados y cavilosos el temor de sus mapoyas ó diablos de quienes decían que los atormentaban en sueños.

Había en los tupíes, si se exceptúa á los chiriguanos y los sirionos, mezcla de arrogancia y de dulzura. Los califica Azara de pusilánimes, pero se refiere sin duda á los que bajo la férula de los jesuitas se habían convertido en dóciles

servidores de la iglesia de Cristo. Cobardes no lo pudieron ser hombres que se extendieron por tan dilatados territorios exterminando no pocas veces á los indígenas. Es verdad que se sometieron pronto á los portugueses y los españoles; pero no lo es ménos que otros tanto ó más belicosos y acostumbrados á domar naciones hicieron otro tanto. Reconocieron desde luégo la superioridad material y moral de los europeos, y de aquí su fácil obediencia. Hasta con júbilo sabemos por nuestros mismos capitanes que los recibieron en muchas tribus. Salían los del Paraguay al paso de Alvar Nuñez, y le aclamaban, y le proveían de bastimentos, y hasta le desmontaban y limpiaban los caminos. ¿Era por cobardía? se daban luégo por satisfechos y orgullosos con que los llevara de auxiliares y aliados en las expediciones contra los demas pueblos bárbaros.

Los caribes no se manifestaron por otro lado tan sumisos. Opusieron en todas partes una tenaz resistencia á los europeos, y aún despues de tenerlos en su territorio continuaron sus incesantes excursiones. Proseguían los de las Antillas sus feroces guerras contra los aruacas de Tierra Firme, y los de la Guyana bajaban armados por el Orinoco hasta cerca de las fuentes de tan caudaloso río. Se entraban otros por el Caroni, por el Paragua, por el Paruepa, por el Caura y molestaban á los pueblos de la Sierra. Buscaban ántes cautivos para sí, y ahora para venderlos á los holandeses.

Se ha calificado injustamente á los tupíes de pusilánimes y justamente de antropófagos. Si no lo eran todos, la mayor parte. Inútil es que Azara lo niegue y lo pongan otros en duda: lo dicen cuantos escritores los vieron en los tiempos de la Conquista. Los carios, escribe Schmidel, comen carne humana siempre que pueden: ceban á los prisioneros de guerra como nosotros á los cerdos. En todo este camino y tierra por donde venimos descubriendo, dice Alvar Nuñez, vive gente de la generacion de los guaraníes: comen carne humana. Los guaraníes que fueron al país de los chiriguanos, leo en Rui Diaz de Guzman, al principio se comían á los vencidos, ahora los venden. No hablemos de los caribes. Breton, que estuvo en las Antillas durante el primer tercio del siglo XVII, presenció todavía un banquete donde los callínagos se comieron un aruaca. Despues de haberlo devorado, escribe, medio tambaleándose y revolviendo extrañamente los ojos, se pusieron á cantar con tal vehemencia y furia que me horrorizaron. Constituía para ellos la comida de sus enemigos un verdadero día de fiesta.

Se ha exagerado el hecho hasta el punto de asegurar que algunas de aquellas gentes se comían á sus propios hijos; mas el hecho es indudable. ¿Ni qué de extraño cuando lo vimos en naciones semi-cultas como la de Méjico y lo veremos despues en nuestros mismos españoles, bien que acosados por la necesidad y el hambre? Los tupíes aborrecían de corazon á sus enemigos y los insultaban y maltrataban aún despues de muertos como los héroes de la Iliada. De aquí á comérselos no había más que un paso. ¿Conoce alguien el límite de las aberraciones humanas?

Al llegar aquí supongo que el lector estará convencido de la grande afinidad que había entre tan apartadas naciones, por ejemplo, como los guaraníes del Paraguay y los caribes de la Dominica. Aún prescindiendo de las analogías entre las lenguas que unos y otros hablaban, es imposible dejar de reconocer que todos los pueblos por mí comprendidos con cierta inseguridad bajo el genérico nombre de tupíes tenían en sus condiciones de vida la suficiente semejanza para atribuirles identidad de orígen. La vida toda se parecía en aquel sin número de tribus esparcidas por más de mil leguas de territorio; y cuando tal sucede hasta sería temerario negar que fuesen todas oriundas de una sola familia.

Se parecían aquellas naciones hasta en lo físico. Los habitantes de Tierra Firme, decía Oviedo, son de la misma estatura y color que los de las Islas: tienen generalmente ménos talla que los españoles. Así resultará de la descripcion de los tupíes con que me propongo cerrar este capítulo.

Los tupíes eran realmente de mediana estatura. Los más altos, los guarayos no pasaban por término medio de cinco piés, una pulgada y seis líneas, ó sea un metro, sesenta y seis centímetros. Constituían una verdadera excepcion, debida á particulares circunstancias, los caraibes del Orinoco de que habló Humboldt, altos de cinco piés y medio á cinco y doce pulgadas francesas. De hermosa talla dice Breton que eran tambien los caribes de las Antillas, pero sin determinarla.

No eran altos los tupíes, pero si membrudos. A primera vista se los distinguía de las demas naciones por su levantado pecho, sus recios hombros, sus grandes caderas y sus robustos brazos y piernas, que formaban singular contraste con lo pequeño de sus piés y manos. Las hembras eran aún más fornidas que los varones: anchas, cortas, de gruesa garganta, de poca ó ninguna ondulacion de líneas, eran la viva imágen de la mujer nacida para la procreacion y los trabajos de fuerza. Tupíes algo más esbeltos y de más bellas proporciones no los había sino entre los guarayos, que vivían en húmedos y frondosos bosques, y los caribes de las islas.

En facciones se diferenciaban tambien los tupíes de los demas pueblos. Su rostro como su cabeza eran casi redondos; fuerte, largo y negro el cabello; abultada la frente; estrechas y bien arqueadas las cejas; pequeños, expresivos y algo levantados por el ángulo exterior los ojos; cortas, no muy anchas y poco abiertas las narices; sutil la boca; nada salientes los pómulos en la gente moza y algo en los viejos; reducida y semicircular la barba; limpio el semblante como no fuesen el menton y el lábio, á que daban sombra escasos, récios y erizados pelos. Barba propiamente hablando no la tenían sino los guarayos, y áun éstos, no rizada como los europeos, sino áspera y cerdosa como los demas tupíes, de quienes no se sabe que se la arrancaran á la manera de tantas otras naciones.

El color de los tupíes era generalmente entre amarillo y rojo, claro, bastante parecido al de los pueblos de la Oceanía. Se modificaba segun las circunstancias topográficas de cada grupo: era, por ejemplo, mucho más oscuro en los guaraníes del Paraguay y los chiriguanos porque vivían en lugares rasos; se asemejaba al de los europeos en los guarayos y los sirionos, porque habitaban espesos bosques donde penetraban difícilmente los rayos del sol y prevalecían sobre el calor y la luz la humedad y la sombra; pero conservaba en todos los tupíes el tinte amarillento.

Como había entre los tupíes grandes semejanzas, había sus diferencias; no sólo los hasta aquí observados, sino tambien otros de enumeracion difícil. ¿Había de ser esto obstáculo para que los comprendiésemos en una sola familia? Diferencias las hay aquí en Europa entre las provincias de una nacion y los pueblos de una provincia; ¿cómo no había de haberlas, áun siendo todos de una misma raza, entre hombres derramados por dilatadísimas costas y por márgenes de ríos, en extension los primeros del mundo?

Algunas de esas mismas diferencias confirman la identidad de orígen de los tupíes. Se sabe, por ejemplo, que los chiriguanos solían enterrar acurrucados á sus muertos debajo de grandes campanas ó vasijas de barro. Montoya vió de esos raros sepulcros en el Paraguay; los autores del *Arte de verificar las fechas,* en el Brasil, en la tríbu de los Coroados; Humboldt en las riberas del Orinoco. ¿Puede ser ésto casual? ¿Cabe explicarlo sin suponer por lo ménos el paso de una misma raza por tan distintas y apartadas regiones?

Véase ahora la pintura que se hace de los guarayos. Eran, se dice, buenos, afables, francos, respetuosos con los ancianos, á quienes miraban como el oráculo de las familias, hospitalarios para todo el mundo y tan preciados y contentos de sí mismos, que se tenían por los mejores y más felices de los hombres. No se cortaban nunca el cabello los varones, pero sí las hembras en la parte que les caía sobre la frente. Construíanse espaciosas cabañas que cubrían con hojas de palmera; y cuando llegaba la cosecha del maíz no tenían más placer que el de invitar á sus vecinos á que fueran á beber con ellos su fresca y sabrosa chicha. Recuérdese lo que dije de su religion, y difícilmente habrá quien no los considere como distintos de los tupíes.

Esos guarayos, con todo, expresaban sus conceptos en la lengua de los tupíes, como los tupíes se vestían, se pintaban, se labraban y se taladraban el rostro, al par de los tupíes enterraban á sus muertos, como los tupíes se gobernaban por jefes hereditarios, simples consejeros en la paz, capitanes en la guerra. Sus mismas diferencias distaban de ser tan características como á primera vista parecían. Sociables ¿no lo eran acaso los mismos caribes? ¿No los hemos visto reunidos todas las noches en el patio comun de sus casas? Bondadosos y sensibles ¿no nos han revelado que lo eran sus tiernos y afectuosos saludos? Hospitalarios lo eran casi todos los salvajes; orgullosos de sí mismos lo estaban no sólo todos

los tupíes sino tambien los guaycurues, los yuracarés y sobre todo los araucanos. Entre los caribes hasta hemos visto objeto de ceremonia y fiesta el corte del cabello de la mujer sobre la frente.

Los que más diferían de la masa general de los tupíes eran indudablemente los sirionos, avecindados aún hoy en los sombríos bosques que separan el río Piray del Río Grande, entre Santa Cruz de la Sierra y la provincia de los Moxos. Ese pueblo, tal vez rama de los chiriguanos, como D'Orbigny supone, era tan salvaje, que no se dedicaba sino al ejercicio de la caza y no había acertado á construirse una canoa. Vivía en chozas pobrísimas; y fiero y huraño, ni se comunicaba con nadie ni respetaba á quien no viese con las armas en la mano.

No es fácil explicar por que fuesen esas tríbus tan bárbaras ni posible tampoco segregarlas de la familia de los tupíes. Aunque corrompida, en lengua tupí hablaban, y como los tupíes disparaban sus largas flechas valiéndose á la vez de los piés y las manos para arrojarlas con más ímpetu.

Se empieza hoy á conocer á los tupíes: sabe Dios lo que serán mañana á los ojos de la Historia.

CAPÍTULO XIX

Dificultades para determinar la situacion de las naciones en que estuvieron divididos los tupíes [illegible] —Cambios de lugar de muchos pueblos despues y antes de la Conquista.—Situacion de [illegible] tapuyas [illegible] los tupíes.—Carácter inquieto y feroz de estas gentes.—Constituian su tipo los aymorés [illegible].—[illegible] tenian su principal fuerza en los bosques.—Amaban con pasion la caza y la guerra.—Empleaban casi siempre [illegible] la astucia.—Eran antropófagos.—Carecian de casas de pan y de todo género de industria.—Los goytacaes.—En qué se diferenciaban de los aymorés.—Los putigoares.—Eran ya tupíes.—Aventajaban en cultura á todos los tapuyas.—Los cayetés ó caytés.—Los tupinambaes.—Estaban diseminados por casi todo el Brasil.—Formaban una sola familia con los tobayaras.—Su monografía, por Hans Staden.—Sus poblaciones.—Sus cabañas.—Sus camas.—Su habilidad en la caza y la pesca.—Su manera de aprovechar el pescado que no podian consumir.—Sus trabajos agrícolas.—Sus diversos modos de emplear la mandioca.—Sus bebidas.—Su cerámica.—Sus herramientas.—Sus canoas.—Sus armas.—Sus estratajemas.—Sus preparativos de guerra.—Sus expediciones militares.—Sus combates.—Su conducta con los prisioneros.—Sus ceremonias al matarlos y devorarlos.—Sus buenas cualidades morales.—Su aficion á las galas y los adornos.—Su desnudez.—Sus sentimientos de pudor.—Sus casamientos.—Su buen órden aún en las casas de los polígamos.—Sus hijos.—Su manera de darles nombre y educarlos.—Su gobierno.—Su carencia de leyes.—Su adoracion á sus propias maracas.—Sus payes.—Sus ceremonias para divinizarlas.—Sus creencias y tradiciones.—Sus profetas.—Los tupinamquis.—Se parecian á los tupinambaes.—Los tupinaes.—Su especial manera de vengar los homicidios.—Los tamoyos.—Los goayanaes.—Sus particulares costumbres.—Sus sacrificios á los muertos.—Los carijoes.—Las naciones del Amazonas.—Muchas de ellas eran tupíes.—Descripcion de los omaguas, por Acuña.—Dudas sobre el carácter general de los tupíes.—Si realmente comian los tupíes á los prisioneros.—Si eran realmente vengativos.—Si eran ó no valientes. [1]

No es mi ánimo decir todas las naciones en que estuvieron divididos los tupíes ni las que con ellas hubo desde la isla de Hayti al río de la Plata; enumeraré sólo las principales haciendo observar al paso lo que más las distinguía.

Trescientas ochenta y siete había, segun Warden, en el territorio del Brasil y ciento cuatro en la Guyana francesa: ciento cincuenta, segun Cristóbal de Acuña, en las orillas del Amazonas y de los numerosos ríos que le pagan tributo. Fijar la situacion de todas sería en extremo difícil. Determinaron la de muy pocas los autores del tiempo de la Conquista; y la de las demas, hombres que la estimaron por la de su siglo. Escribe, por ejemplo, Acuña donde moraban en el año 1639 las que vió cuando bajó de Quito al Atlántico; dice solo de dos ó tres las emigraciones que allá las llevaron. Y del 1500 al 1600 ¡hubieron de ocurrir tales mudanzas!

---

[1] Fuentes de este capítulo: Warden, *Art de vérifier les dates*, tome XIII, pag. 120 et suivantes.—Cristóbal de Acuña, *Nuevo descubrimiento del gran rio de las Amazonas*.—Magalhanes de Gandavo, *Histoire de la province de Sancta Cruz*. Collection Ternaux.—Hans Staden de Homberg, *Histoire d'un pays situé dans le Nouveau Monde, nommé Amerique*.—Hans Staden, el mismo autor. *Relation véridique et précise des mœurs et coutumes des Tuppinambas chez lesquels j'ai été prisonnier*. Collection Ternaux.—Antonio de Santa María Jaboatam, *Novo Orbe Seráfico Brasilico ou Chrónica dos frades menores da provincia do Brasil*, vol. I, digressam 1 e 2.—Fray Gaspar de Carvajal, *Relacion del viaje de Orellana por el Amazonas*, contenida en la *Historia natural y general de las Indias*, de Gonzalo Fernandez de Oviedo, lib. 47, cap. 24.—Ulrich Schmidel, *Histoire véritable d'un pays curieux*. Collection Ternaux.

Encontró pueblos el mismo Acuña, no solo de la boca del Amazonas á la confluencia del Napo, sino tambien Napo arriba, cuando un siglo ántes ni en las riberas del Napo ni en las del Amazonas habían descubierto Pizarro y Orellana por más de cuatrocientas leguas uno solo á quien dirigirse en demanda de bastimentos. Dió en cambio Orellana despues de tan desiertas regiones con el de los imaraes y el de los aparios, y no los mienta Acuña, tan minucioso en citar los que acertó á ver en su largo viaje. Acosados á la vez por los europeos en la costa oriental y los Andes, hubieron de empujarse y rechazarse los unos á los otros con tal ímpetu y desórden, que vinieran los más á cambiar de asiento. Consta positivamente que lo cambiaron los tupinambaes y parte de los omaguas.

Los tupinambaes en los años de la Conquista ocupaban las costas de Pernambuco y las de Río Janeiro; y á principios del siglo XVII estaban en las márgenes del Amazonas. Derrotados por los portugueses, á quienes hicieron cruda guerra, se habían metido tierra adentro y establecídose de pronto en las fuentes del Madeira; habían ido luego bajando por este río hasta la isla á que dieron su propio nombre. De los omaguas parte habían ganado y abandonado ya en 1639 la provincia de los Quixos, y parte quedaban en el nacimiento del Putumayo.

Aún ántes de la Conquista se hallaban interpuestas unas naciones en otras. Vivían frecuentemente en lucha, y pocas eran las que no tenían separadas sus propias tríbus por tríbus enemigas. ¿Cómo no incurrir en errores al querer fijar donde algunas estuvieron? Diré lo que tengo por más probable.

Designaban los tupíes con el nombre de tapuyas á todas las naciones enclavadas en su territorio que no hablaban su idioma y les hacían constante guerra. Así los tapuyas estaban derramados por casi todo el Brasil, donde no en las costas, en las serranías. Se extendían por las playas del Atlántico desde la embocadura del Amazonas hasta la del Jaguaribe, por las montañas hasta la laguna de los Patos, otra vez por las riberas del mar hasta cerca del río de la Plata. Eran tapuyas, segun Vasconcelos, los potentues, los guaytacaes, los guaramomíes, los goaregoares, los yecarusues y los amanipaques; lo eran tambien los aymorés, que hoy llamamos botocudos.

Tenían generalmente los tapuyas fama de inquietos y crueles. Pretende Magalhanes de Gandavo que no comían la carne de los prisioneros de guerra, pero viene desmentido por los demas autores. Devoraban, al decir de un escritor, hasta los hijos que les nacian muertos; segun el mismo Magalhanes, á sus hermanos y aún á sus padres. Cuando veían, escribe, enfermos y sin esperanza á sus próximos deudos, los mataban de súbito, creyendo más humano abreviarles la vida que dejarlos en lucha con las ansias de la muerte. Los asaban luego y se los comían por considerar vil tumba la tierra para séres queridos y noble sepulcro sólo su cuerpo.

El tipo de los tapuyas estaba, segun parece, en los aymorés, que vivieron

en la sierra hasta los tiempos de la Conquista, y el año 1555 bajaron a la costa y ocuparon parte de la capitanía de los Ilheos y parte de la de Porto Seguro. Pueblos más feroces no los habia en todo el Brasil para los primitivos historiadores. Amaban con pasion los aymorés la guerra y la caza: se dedicaban escasamente á la pesca; nada á la agricultura. En los bosques tenian su principal elemento y sus principales fuerzas: acechaban allí lo mismo á los hombres que á las fieras, y los hacían blanco de sus tiros. Altos y robustos, usaban arcos en proporcion á su corpulencia y su estatura: no disparaban nunca en vano sus largas flechas.

Eran, sin embargo, cobardes. No se batían jamas cara á cara con el enemigo: le esperaban ocultos detrás de los árboles, y, si les hacía frente, huían confiando más en la agilidad de sus piés que en la fortaleza de sus armas. Huían á veces para adelantársele y volverle á combatir donde ménos lo temía; pero le atacaban hurtando como ántes el cuerpo al peligro y recurriendo á la traicion y la astucia. Eran diestros en tender celadas, destrísimos en aprovechar las dificultades que oponía á sus contrarios la naturaleza. ¿Iban pocos y necesitaban socorro? Llamaban por silbidos á las vecinas tríbus. Por silbidos les indicaban tambien la direccion y el número de la gente que perseguían, las fuerzas que se debía reunir y los puntos en que se había de apostarlas para obtener victoria.

Antropófagos no hay que decir si lo eran. Cuéntase que, vivos aún los prisioneros, les cortaban lonjas de carne y se las comían. Increible parecerá esta costumbre, pero la atestiguan muchos y la observaron los españoles en otros pueblos.

Casas ni chozas nunca las tuvieron. Dormían sobre la dura tierra, que cubrian á lo sumo con una capa de hojas. De hojas se hacían tambien un mal cobertizo cuando llovía: allí acostumbraban á estar de cuclillas mientras no escampaba. Manteníanse principalmente de caza y frutas silvestres: pan no podían amasarlo, puesto que no cultivaban ni el maíz ni la mandioca. Andaban todos desnudos, varones y hembras; todos tambien labrado el cuerpo. No era la mujer ménos feroz que el hombre: asistía á los combates armada de una porra con que solia rematar á los vencidos.

Dicho se está que esos aymorés desconocían del todo la industria. Hasta el siglo XVI no supieron pasar á nado los ríos: cuando los querían atravesar, buscaban vado por donde esguazarlos aunque fuese á costa de largos viajes. No dispusieron jamas ni de canoas ni de almadias.

Despues de estos bárbaros eran de notar entre los tapuyas los goaytacaes ó goaytacaces, que se dividían en goaytacamopíes, goaytacaguasues y goaytacajacoritoes. Ocupaban en la costa las frescas y deliciosas llanuras que hay entre la embocadura del Reritygb, quince leguas al sur de Espíritu Santo, y San Juan de la Barra, donde el Parahyba del Sud vierte sus aguas en el Océano.

Tenian asimismo por toda cama el suelo con hojas, por toda techumbre el cielo, por todas armas el arco y la flecha, por todo medio de cruzar los ríos la natacion ó el vado. No se distinguian de los aymorés ó botocudos sinó en que peleaban á cuerpo descubierto, cultivaban ciertas legumbres y se dedicaban algo más á la pesca. Eran sobre todo hábiles en la de los tiburones que ahogaban metiéndoles osadamente por la garganta un agudo palo. Aprovechaban de esos temidos selacios no sólo las carnes sinó tambien los dientes, que eran los hierros de sus flechas.

Diferenciábanse tambien de los aymorés los goaytacaes y los demas tapuyas en que, si llevaban agujereado el rostro, no afeados con grandes rodajas labios y orejas. Dejaban en esto atrás los aymorés á los lenguas del Chaco y á los orejones del puerto de los Reyes. Los discos de que usaban en orejas y labios, comunmente de madera, tenían de dos á tres pulgadas de diámetro. Estaban horrorosos aquellos hombres, más aún que por tan raros adornos, por la costumbre de cortarse el cabello al nivel de las sienes.

Todos esos tapuyas constituían una familia especial y hablaban, como dije, idiomas distintos del de los tupíes. Eran ya tupíes los putigoares, que se extendían por la ribera del mar desde la boca del Jaguaribe hasta la del Parahyba del Norte. Bastante más cultos que los tapuyas, labraban la tierra y hasta se envanecían de estar bien provistos de mantenimientos: declaraban á veces la guerra á pueblos vecinos sólo para apoderarse de las márgenes de un río que consideraban fecundas. Tenían hamacas en que dormir, casas donde albergarse y villas en que, reunidos por tríbus, estaban al abrigo de repentinas invasiones.

No por ésto eran los putigoares ménos belicosos que los tapuyas. A fuerza de luchar hoy con los tobayaraes, mañana con los cayetés, pueblos vecinos, fueron ensanchando sus fronteras y llegaron un dia á ser dueños y señores de los distritos de Goyana y Tamaracá y aún de parte de los de Pernambuco y Olinda. Tenaces en sus propósitos, no soltaban el arco sin que los hubiesen conseguido, y eran implacables con el que vencían. No perdonaban jamas la vida á los contrarios: los mataban y los devoraban. Para realizar sus intentos buscaban á veces por aliados á los mismos tapuyas.

Los cayetés ó caytés ocupaban la costa desde el Parahyba del Norte al San Francisco. Guerreros como los putigoarés, atravesaban con frecuencia este río en sus embarcaciones ó balsas de junco, y acometían con furor á los tupinambaes, que estaban á la otra orilla. No perdonaban tampoco á los prisioneros; no perdonaban ni aún á los navegantes que tenían la mala suerte de naufragar en sus playas. Fueron á naufragar en ellas el dia 16 de Junio del año 1556 el primer obispo del Brasil, Don Pedro Fernandez Sardinha, con otras cien personas entre hombres, mujeres y niños. Murieron casi todos en manos de esos salvajes, que añadieron á la crueldad la perfidia.

Recibieron los caytés á los náufragos con muestras de sentimiento, los agasajaron en sus chozas y los condujeron por un camino donde prepararon una emboscada. Despues de haberlos despedido cortesmente los entregaron a corazones empedernidos que no respetaron sinó á un portugués y dos indígenas. Ni á uno solo de los asesinados dejaron de sepultar en su propio cuerpo.

Eran tambien antropófagos los tupinambaes. Tenían esos bárbaros su principal asiento entre el río de San Francisco y la bahía de San Salvador; pero estaban diseminados por toda la costa. Los había cerca del Gran Pará ó el Amazonas, en el Marañan ó Maranhao, en el Parahyba, en Tamaracá, en Pernambuco y en muchas islas, entre ellas la de Itaparica. Extendíanse mucho más al Sur, si hemos de guiarnos por Hans Staden, que estuvo meses con ellos esperando por instantes la muerte. Los encontró por su mal Staden más abajo de Río Janeiro, á los veinte y cuatro grados de latitud meridional, en la isla y puerto de San Vicente, dentro de la bahía de Santos. Confinan, dice, al Septentrion con los goaytacaes, al Austro con los tupiniquines y al Poniente con los vayganas y los carayos, otras dos ramas de los tapuyas: ocupan las dos márgenes del Parahyba del Mediodía. Hasta sesenta millas les concede por aquel punto.

O mucho me engaño ó aquí se confunde y no puede ménos de confundirse á los tupinambaes con los tobayaras ó tobayaraes. De los tobayaras se dice tambien que estaban derramados por toda la costa; de unos y otros, que se vanagloriaban de haber sido los primeros pobladores de aquellas comarcas. ¿No serían los dos pueblos, más bien que naciones, familias de un mismo orígen que con el tiempo habrían venido á ser rivales? *Tobayará* no significa en tupí «señor del frente de la tierra», como Jaboatam pretende; aún tomando la voz *toba* en la acepcion de rostro y la voz *yara* en la de señor, no equivaldría sinó á «señor del rostro» ó «rostro inmutable y sereno». *Tobayará* significa real y verdaderamente competidor, émulo. Así lo dice Montoya y así la etimología. *Tobai*, en-frente; *hara*, primera forma del participio activo: *tobai-hara* ó por síncope *toba-y-ara*, el que está en-frente.

Como quiera que sea, voy á comprender bajo el nombre de tupinambaes á los tobayaras. A esos tobayaras, despues de todo, sobre omitirlos varios autores, no hay quien les señale asiento fijo. Tan mezclados y revueltos debían de estar con los mismos tupinambaes.

De los tupinambaes tenemos una buena monografía en las obras de Hans Staden, que, como dije, vivió con ellos y pudo minuciosamente observar las costumbres que seguían. La daré en resúmen para que el lector pueda acabar de conocer la índole de los tupíes.

Los tupinambaes, dice Staden, se establecen con preferencia en lugares donde abunden la pesca y la caza ó por lo ménos el agua y la leña. Cuando lo han consumido todo, se trasladan á otro sitio bajo la direccion de un jefe que tiene

de ordinario á sus órdenes treinta ó cuarenta familias, generalmente compuestas de sus parientes y amigos. Rara vez cuentan en sus poblaciones más de siete cabañas. Las construyen al rededor de una plaza que les sirve para todas sus deliberaciones y fiestas, y las defienden con dos empalizadas de nueve piés de altura, la una más densa que la otra, hechas con gruesos troncos de árboles.

Son sus cabañas verdaderos caserones, anchos de catorce piés, largos de ciento cincuenta, altos de doce, que están cerrados por bóvedas de hojas de palma. Tienen tres puertas –dos en los extremos, una en medio– todas tan bajas, que no es posible atravesarlas sin inclinarse. Aunque albergan á diferentes familias, constituyen en su interior una sola pieza. No por ésto viven las familias hacinadas y confusas; dispone cada una de doce piés en cuadro para su hogar y sus utensilios. Ocupa la del jefe el centro.

Se sientan los tupinambaes en bancos y se acuestan en redes de algodon, que cuelgan de dos estacas á cierta altura del suelo. Duermen con fuego para alejar á las fieras; evitan salir de noche por miedo al diablo.

No van nunca de camino sin armas. Pájaro que ven, mono que distinguen entre las ramas, tigre ó jabalí que descubren en las profundidades del bosque los hacen blanco de sus flechas y los persiguen hasta cazarlos. Disparan tambien sus arcos, y rara vez inútilmente, contra los peces que levantan la cabeza ó el cuerpo sobre las olas del mar ó la superficie de los ríos. Al creerlos heridos, se arrojan al agua y van á buscarlos á cinco y seis brazas de fondo. Para la pesca usan, no obstante, con más frecuencia redes, que hacen de las fibras de ciertas hojas. El pescado que no pueden consumir lo pulverizan, lo mezclan luego con harina de mandioca y lo conservan por mucho tiempo. Lo reducen á polvo sujetándolo á la accion del humo ó del fuego, desmenuzándolo, volviéndolo á poner á la lumbre en ollas de barro, machacándolo y haciéndolo pasar al fin por un cedazo.

Donde quiera que se establecen, si no hallan tierra de labor, derriban gran número de árboles. Los dejan secar, los queman, remueven el suelo para mezclarlo con las cenizas y con ésto lo tienen preparado para el cultivo. Plantan al instante la mandioca, que llega á sazon á los seis meses. Las raíces de este arbusto las aprovechan de distintos modos. Unas veces las hacen pedazos, las machacan, esprimen y purgan la pasta en los sacos de que ántes dije, pasan por tamiz la harina, la amasan y la convierten en delgadas tortas; otras las maceran en agua, las curan al humo, las guardan y cuando las necesitan las muelen en unos como almireces; otras, para mejor conservar y hacer más sabroso tan necesario alimento, mezclan mandioca reciente con mandioca añeja.

Carecen de sal, pero la suplen por la pimienta, con que sazonan todas sus viandas. De lo que cuecen vierten en calabazas el caldo. Acecinan así el pescado como la carne.

Las bebidas las sacan todas de la mandioca. Ponen á hervir las raíces y tra–

siegan el agua. Las hacen luego masticar por sus hijas, y las trasladan a otro vaso, las agitan, las cuecen de nuevo y derraman el líquido en medio enterradas tinajas. No tardan más de dos dias en poder beberlo. Empieza pronto á fermentar y se trasforma en un licor espeso que á la vez embriaga y nutre.

Cada cabaña fabrica y consume ordinariamente su vino; no así en las fiestas públicas, donde todo es de todos. Andan á la sazon los bebedores de casa en casa hasta apurar la chicha de toda la tríbu. Beben sólo los hombres, y éstos sentados; de las mujeres unas les sirven respetuosamente la copa y otras danzan y cantan al rededor de las vasijas. Bailan tambien á trechos los varones y gritan y tocan la trompeta. Ya borrachos, arman grande estrépito, pero sin que riñan. Se llevan todos bastante bien, y los unos para con los otros no suelen ser avaros de sus bienes.

Los vasos, las tinajas, todos los objetos de barro los hacen allí las hembras. Amasan cierta arcilla y le dan la forma y el color que les sugiere el pensamiento. Dejan que el tiempo la seque, la ponen sobre unas piedras, la cubren de viejas ramas y la tienen al fuego hasta que esté como hierro candente. La consideran entónces suficientemente cocida y dan por acabada la obra.

Ejercen los tupinambaes otras industrias. De unas piedras de color azul oscuro, que suelen tener tres pulgadas de ancho y seis de largo, se fabrican hachas que sujetan á un mango por medio de cuerdas; de los dientes del jabalí y la paca, una manera de cepillos con que pulen sus arcos y el astil de sus flechas hasta dejarlos como hechos á torno; de la corteza de cierto árbol, que saben arrancar entera, canoas de cuarenta piés de eslora por cuatro de manga que pueden llevar hasta treinta hombres. Van con esas cortezas á la playa, las calientan, las doblan por los extremos sobre firmes travesaños y se hacen barcos ligerísimos en que es indecible lo que viajan á lo largo de las costas. Los sacan á tierra en cuanto hay tormenta, y los vuelven al agua así que escampa.

En armas no abundan. Ponen por hierro en sus flechas afilados huesos. Defienden el cuerpo con escudos, ya de piel, ya de cortezas de árbol. Emplean, sin embargo, medios ingeniosos contra sus enemigos. Cubren unas veces las saetas de algodon y cera, y las encienden al dispararlas á fin de abrasar las cabañas de la poblacion que combaten; otras, si vá el viento para los contrarios, hacen grandes hogueras en que arrojan cantidad de pimienta. El humo es tan incómodo, que obliga al que lo recibe á dejar el campo. A veces erizan tambien de agudas espinas el suelo.

Son notables sus preparativos para las expediciones militares. Se reunen los jefes y deliberan sobre el modo y el tiempo de llevarlas á cabo. Ordenan á las tríbus que se dispongan para la marcha. Como no tienen calendario, suelen fijar la partida para cuando madure tal ó cual fruta; mas por regla general escogen la época en que deshuevan los peces. Arman sus canoas, hacen acopios de harina de mandioca y polvos de pescado y consultan á los agoreros. En mu-

cho estiman las profecías de estos hombres, pero se fijan más en los sueños, ya propios, ya extraños. Si sueñan que están asando carne de los enemigos, dan casi por cierta la victoria; si que ven asar la suya, abandonan la empresa. Ya que se decidan á realizarla, se reunen con sus gentes y danzan y beben al son de sus maracas, á las que todos piden que les conceda un prisionero.

Marchan los tupinambaes al otro dia, y la antevíspera del primer combate vuelven á poner su atencion en los sueños. En un banquete, donde comen sentados con sus caudillos, refiere cada cual el suyo y como vean robustecidas sus esperanzas, beben y danzan de nuevo al compás de sus toscos sistros.

Reconocen ordinariamente de noche el campo enemigo y lo atacan en cuanto amanece. Prorumpen de pronto en feroces alaridos, baten con fuerza el suelo y asordan los aires con trompas hechas de calabazas. Llevan plumas rojas para distinguirse de sus contendientes, y rodeadas á la cintura cuerdas para atar á los prisioneros. Prisionero que ven herido lo rematan y tuestan; prisionero que cogen vivo lo llevan en triunfo á su pátria.

¡Desgraciado del que cogen vivo! No llega al pueblo de sus vencedores cuando de palabra y de obra le maltratan danzando mujeres y niños. Se le cubre de plumas grises, se le rapa las cejas y se le sujeta de modo que no pueda escaparse. Se le deja en ésto de atormentar y aún se le procuran placeres, mas sólo para cebarle y disponerle á sabroso pasto de toda la tríbu. Por todo el tiempo que sus verdugos disponen se le alimenta bien y se le dá mujer con quien huelgue y pase alegremente la vida. Si queda la mujer en cinta, mucho mejor para aquellos caníbales: devoran al padre y al hijo.

Cuando se ha resuelto ya la muerte del prisionero, se fabrica un vaso para el color con que se le ha de pintar el rostro, se teje la cuerda que se le ha de poner al cuello y se llena de vino las espaciosas tinajas. Hasta los forasteros se invita á la fiesta: «venid, se les dice, y ayudadnos á comer á nuestro enemigo». Todo es algazara y júbilo: así que éstos llegan corre la copa de mano en mano, menudean en la plaza los bailes y bebe y habla con los recien venidos hasta la pobre víctima. La pobre víctima lleva ya entónces pintado el semblante y la soga al cuello.

Se cuida especialmente la maza con que se ha de consumar el sacrificio. Se la pinta, se la cubre de cierta sustancia glutinosa, se la salpica de menudo polvo de cáscaras de huevo, se la orla de bellos copos de vistosas plumas, se la cuelga del techo de una cabaña que nadie habite, y el día de la ejecucion se canta á su alrededor desde mucho ántes de rayar la aurora. Duerme en tanto el prisionero en otro pequeño albergue que se le ha construido en medio de la plaza.

Desaparece la improvisada vivienda al dorar el sol los montes, y queda el infeliz esclavo al pié de un monton de piedras, atada la soga, no á la garganta, sino al cuerpo. Puede, si quiere, apedrear á las mujeres que andan en torno suyo amenazando devorarle.

Ve á poco junto á sí arder la hoguera donde le cocerán las entrañas: en manos de una mujer y luego de un hombre la maza con que le harán saltar los sesos; pintado de gris y seguido de catorce ó quinze mozos á su bárbaro verdugo. Toma éste la maza, la entrega á su jefe para que le dispense el alto honor de pasársela por las piernas, la vuelve á coger, y se acerca osadamente á la víctima. «Aquí me tienes, le dice, vengo á matarte. Así mataron y devoraron los tuyos á muchos de mi raza.» «No faltará quien me vengue», responde el prisionero, si es animoso; y recibe al punto en la cabeza un golpe que se la hace pedazos.

Hembras son las que por de pronto se apoderan del cadáver y arrimándolo al fuego le rascan la piel con el fin de emblanquecerla; varon, el que despues le corta las piernas y los brazos; cuatro mujeres, las que los arrebatan y recorren la villa lanzando gritos de júbilo. Mujeres son tambien las que cuecen las entrañas, y, despues de haber bebido el caldo y dádolo á beber á sus hijos, las comen junto con la lengua, los sesos y la carne de la cabeza. Se abre al fin el cadáver por la espalda, se lo descuartiza y se lo distribuye entre todos los que participaron de la fiesta.

Por muy honrado se tiene el que sacrificó la víctima. Añade otro nombre al suyo y recibe en el brazo una señal indeleble que su cacique le traza con el diente de una fiera. Descansa todo aquel dia en su red para que del homicida golpe no se le vuelva insegura la mano. Se entretiene cuando más en disparar flechas al aire.

Coger y matar enemigos es para los tupinambaes el mejor título de gloria. Los comen no para satisfaccion de su apetito sinó por espíritu de odio y venganza.

No por ésto son extraños á todo noble sentimiento. Se favorecen los unos á los otros: comparten fácilmente su pan y su vino con el que no los tiene. Sin propiedad territorial, sin moneda, sin otra posesion que la de sus alimentos, no saben lo que es codicia. Cubiertas sus escasas necesidades, se afanan cuando más por recoger plumas con que embellecer su cuerpo, ó procurarse hermosas piedras para sus labios.

Como la generalidad de los bárbaros, son amigos de galas y adornos. Dejan las mujeres crecer el cabello; no los hombres, que se afeitan la parte superior de la cabeza y, como los monjes, se dejan solo una corona de pelo al nivel de la frente. Se pintorrajean unos y otros; pero más los varones. Ni se satisfacen éstos con pintorrajearse. En la cerviz, en el brazo, en la espalda se pegan á menudo con goma altas y vistosas plumas. Se taladra la mujer sólo las orejas, de que cuelga largos pendientes; el hombre, el labio superior y las mejillas, que decora con más ó ménos vistosas piedras. Usa ademas el varon collares de conchas, algunas reducidas con mucho trabajo á delgados hilos.

Van los tupinambaes llenos de adornos y, sin embargo, desnudos. No se cubren siquiera las partes.

Conocen, no obstante, el pudor y cohabitan en secreto. Aunque se desposan niños, se casan adultos. Núbil la mujer, le cortan el cabello, le hacen largas incisiones en la espalda y le ciñen á la garganta dientes de fieras. Luego que se le han cicatrizado las heridas y le ha vuelto á crecer el cabello, la entregan al prometido esposo. No tienen más ceremonial para el matrimonio, así de los plebeyos como de los nobles. Pueden tomar todos muchas hembras, pero son generalmente monógamos. Su poligamia en realidad apénas existe más que para los caciques. De la poligamia legal hablo, porque es allí costumbre que se cedan los unos á los otros las mujeres, inclusas las hermanas y las hijas.

No reina ménos el órden en la casa del polígamo que en la del monógamo. Aunque la primera esposa goza siempre de mayor respeto, tienen todas en la cabaña sitio, hogar, víveres y hamacas propias para sí y para su prole. Recibe cada una de sus hijos ya mozos la pesca ó la caza que cogieron, y las asa ó cuece independientemente de las otras, bien que siempre dispuesta á partirlas con la compañera que lo necesite. La que disfruta de los favores del esposo, esa le prepara y le sirve la comida.

Nacen los hijos sin necesidad de médico. Sale de su trabajo la mujer por su propio esfuerzo ó con auxilio del primero que llega, varon ó hembra. En junta de parientes se dá nombre al recien nacido: al varon el de algun animal bravo, á la hembra el de una flor, un pez ó un pájaro. Este es por decirlo así el nombre de pila: va luego el varon recibiendo tantos como enemigos coge y mata. Tambien la hembra por los enemigos que coge y mata el marido.

La educacion es casi nula, casi nulo el gobierno. Se obedece á los caciques y se respeta á los ancianos sólo por la costumbre. El jefe que más se distinguió en la guerra, ese es el más querido. Leyes no se las conoce: la venganza es la única salvaguardia de las familias. Se vengan del matador los parientes de la víctima y tienen á oprobio dejarla inulta. De aquí gran parte de las discordias civiles que traen agitadas aquellas tribus.

Culto á Dios ni al diablo no lo rinden los tupinambaes. Adoran sólo á sus propias maracas, es decir, á los calabazos con guijas de que se sirven para el canto y el baile. Despues de santificadas por sus payes, las reputan dioses y las creen capaces de otorgarles cuanto les pidan. Son los payes una especie de profetas que recorren el país una vez por año y dicen haber recibido de cierto espíritu que vino de apartadas regiones la facultad de hablar con esos toscos instrumentos y dotarlos de un poder omnímodo. Los tupinambaes todos se apresuran á sacar sus maracas y presentárselas para que se las divinicen.

Las ceremonias para esa divinizacion son por demas curiosas. Se coloca el paye en la extremidad de una cabaña de que hace salir á las mujeres y á los niños. Luego que pone su maraca en el suelo, hacen otro tanto los que le rodean, y le ofrecen á porfía cuanto más aman: flechas, plumas, piedras de engaste para labios y mejillas, armas y adornos de todo género. Recogen des-

pués sus maracas y las zahuman con olorosas yerbas. Entónces el paye las va tomando una por una, acercándoselas á la boca, agitándolas suavemente y diciéndoles con energía: «habla y haz que te oigan si es que estás dentro.» Pronuncia entónces palabras en voz tan baja, que no es fácil distinguir si salieron de la maraca ó de sus labios. Á la maraca las atribuyen naturalmente aquellos pobres salvajes.

¡Qué contentos no van ya con sus improvisados dioses! Construye cada cual para el suyo una pequeña cabaña, le prodiga los más tiernos epítetos, le ofrece cuanto come y bebe y le invoca tanto para que le libre de mal como para que le colme de bienes. No habla de ningun dios autor del Universo, cree que existieron siempre el cielo y la tierra, y ninguna tradicion tiene sobre la creacion del mundo. No la tiene sinó sobre cierta inundacion general de que solo escaparon algunos de sus mayores, ya embarcándose precipitadamente en canoas, ya subiéndose á la copa de elevados árboles.

Influyen los payes sobre la suerte de aquellas tribus no sólo convirtiéndoles los sistros en dioses, sinó tambien excitándolas á la guerra. Lo hacen á veces directamente convenciéndolas de que el espíritu de las maracas está hambriento de carne humana y sediento de sangre; y otras indirectamente reuniendo á las mujeres y embriagándolas con perfumes. Fuera de sí las mujeres, lloran, corren y saltan hasta que de fatiga caen como gente muerta. Prorumpen, luego que recobran los sentidos, en fogosos discursos, y apasionan por la lucha al pueblo haciéndole entrever festines donde comerá lleno de júbilo el cuerpo de los enemigos.

Todo es hijo de la impostura, y el tupinambá lo atribuye, sin embargo, al poder de los espíritus. ¡Son tan ignorantes esos bárbaros! Enciende el tupinambá el fuego por el frote de dos maderos no mayores que los dedos del hombre; y cuando ha de contar más de diez objetos, ha de recurrir al artificio de enseñar sus manos y sus piés cuando no los piés y las manos de los que le rodean.

Dice más Staden, pero es hora de poner fin á su excelente monografía. ¡Qué de verdad respiran las páginas de su pequeño libro! ¡Qué de cosas no aclaran! ¡Qué de dudas no desvanecen! Esta monografía y la *Historia de la Provincia de Santa Cruz* que compuso Magalhanes de Gandavo, obras las dos escritas en el siglo XVI por testigos presenciales, constituyen un verdadero tesoro. Magalhanes de Gandavo observó en toda la costa del actual imperio del Brasil casi las mismas costumbres que Hans Staden en la isla de San Maro, situada á cinco millas de la de San Vicente: ¿cómo dudar ya de la identidad de los numerosos pueblos comprendidos bajo el genérico nombre de tupíes?

Pero no he de adelantar ideas que hallarán en este mismo capítulo más oportuna cabida. Quedan aún naciones especiales que mencionar y he de concluir la comenzada tarea. Despues de los tupinambaes llamaban la atencion en las

playas brasileñas los tupinamquis, tupiniquies ó tupiniquines, á mis ojos un mismo pueblo. Los pone Jaboatam de los catorce á los diez y ocho grados, del río Camamú al Cricaré, un poco más abajo del de las Carabelas; mas ó se engaña este autor ó cómo los tupinambaes estaban desparramados por diversos puntos de tan dilatada costa. En su segundo viaje al Brasil arribó Hans Staden sin querer, á un puerto que, segun sus cálculos, estaba á los veinte y ocho grados, treinta millas al Norte de Santa Catalina y veinte y tres al Sud de la de San Vicente. Habiendo preguntado en dónde se encontraba, le contestaron que en un puerto de los tupiniquines. Esos tupiniquines, leo en otro capítulo de su libro, están por todas partes rodeados de enemigos: tienen al Sud á los carios, al Norte á los tupinimbas, es decir, á los tupinambaes.

Decíanse parientes de los tupinambaes los tupinamquis, y se les parecían á la verdad, no sólo en la lengua sinó tambien en las costumbres. Diferenciábanse tan sólo en que eran más labradores y gente de más trabajo. No que no fueran muy dados á la guerra, para la cual tenían arte y sobrado esfuerzo; confiaban en el botin de los combates, pero más en el cultivo de los campos. Fueron despues de la Conquista un poderoso auxiliar para los portugueses contra los aymorés y los tamoyos.

Puestos entre los tupinamquis estaban los tupinaes. Vivían á lo que parece entre Porto Seguro y Espíritu Santo. Aborrecían éstos por lo contrario las faenas agrícolas; se alimentaban exclusivamente de pesca, de caza y de frutas silvestres. Eran en lo demas como los tupinambaes: no los aventajaban sinó en haber regularizado la venganza. Debía allí ser entregado el homicida por sus parientes á los de la víctima. Juntos unos y otros se le estrangulaba. Vertían amargas lágrimas, pero comían tambien y bebían segun en sus duelos acostumbraban. Si huía el matador, se ejercía la venganza en uno de sus hijos; á falta de hijos, en uno de los hermanos; á falta de hermanos, en el más próximo deudo. No podía éste, sin embargo, sufrir más pena que la servidumbre. Pasaba á ser esclavo del más inmediato pariente del muerto.

Debo ahora saltar á los tamoyos, que ocupaban la costa desde el cabo de Santo Tomé hasta Angra de los Reyes. Se habían apoderado estos tupíes de las muchas islas adyacentes, inclusas las de la ensenada de Río Janeiro. Eran enemigos acérrimos, no sólo de los guaytacaes, con quienes confinaban y vivían en constante guerra, sinó tambien de todos los pueblos vecinos, si se exceptúa los tupinambaes, de quienes tambien se decían parientes. No había quien los ganara ni en la construccion de sus casas ni en la fortificacion de sus aldeas; tampoco quien los igualara en la música ni el baile. Componían bellas canciones que entonaban con singular donaire al son de sus maracas; embellecían en las grandes fiestas sus barbotes con plumas de colores.

De Angra de los Reyes á la isla Cananea vivía otro pueblo que se distinguía bastante de los demas por sus condiciones de carácter y algunas costumbres.

Hablo de los goayanaes ó goayanaces. Aceptaban, no provocaban, la guerra: hacían esclavos, no mataban, á los prisioneros. Peleaban siempre en campo raso y noblemente, jamas recurrían á emboscadas ni á perfidias. Léjos de pecar de maliciosos, pecaban de cándidos y crédulos. Ni cultivaban la tierra ni estaban reunidos en poblaciones: eran sus casas cuevas donde ardía sin cesar el fuego; sus camas, las pieles de los animales que mataban en sus cacerías.

Vuelve á parecer en esos goayanaes la costumbre de inmolar hombres vivos á los muertos. Cuando era plebeyo el difunto, se enterraba con él á sus más próximos deudos, varones si varon, hembras si hembra, mozos si mozo, viejos si viejo; cuando cacique, cierto número de sus vasallos. Solían ofrecerse muchos súbditos y parientes al sacrificio; mas si tal no sucedía, se llenaba por la fuerza el acostumbrado cupo. El muerto, se decía, ha menester en otra vida de gentes que le sirvan y con sabrosas pláticas le diviertan.

Desde la isla Cananea á la laguna de los Patos estaban por fin los carijoes, á quienes Hans Staden llama caríos. Desconfiad de los salvajes caríos, dijeron dos portugueses á ese mismo Staden en la isla de Santa Catalina; mas no parece que la prevencion fuese justa. Esos caríos ó carijoes eran poco más ó ménos como los goayanaes: poco guerreros, enemigos de emboscadas y sobradamente respetuosos de sus prójimos para devorarlos. En ciertas cosas hasta los aventajaban. Vivían en casas perfectamente cubiertas con hojas y cortezas de árboles. Labraban la tierra. Vestían pieles en invierno.

Staden padeció indudablemente error al confundir ese pueblo con el de los caríos. Los verdaderos caríos los vimos en el Paraguay, y bien distintos por cierto de los carijoes. Eran aquéllos, lo recordará el lector, belicosos y antropófagos, cebaban á los prisioneros y vendían á sus propias hijas.

No volveré ya ni sobre ellos, ni sobre los guaraníes, ni sobre los tapes, ni sobre los caracaraes, ni sobre los timbues, y mbeguas, ni sobre los tupíes que hallamos al pié de los Andes: los chiriguanos, los siryonos, los guarayos. Dije las cualidades que los caracterizan y no podría sinó repetirme. En este capítulo sólo hablaré ya y muy someramente de las naciones del Amazonas.

Tomo aquí por guía el viaje de Cristóbal de Acuña, escrito en 1640, y el de Gaspar Carvajal, compuesto un siglo ántes y contenido en la *Historia Natural y General de las Indias*, de Gonzalo Fernandez de Oviedo. Había indudablemente en el Amazonas pueblos de diverso orígen; pero formaban muchos parte de la generacion que nos ocupa. «Allí donde se divide el río en brazos, escribe Acuña, pueblan diferentes naciones multitud de islas. Aunque no todas hablan la misma lengua, las más entienden la de la costa, es decir, la de los tupíes.» Pasa luégo á designar las naciones principales, y cita en primer término la de los tapuyas, en último termino la de los pacaxas, que pinta distribuidos en sin número de aldeas.

En la boca del río Tapajos encuentra luégo bárbaros de este mismo nombre,

que son el terror de los vecinos pueblos, así por su bravura como por sus emponzoñadas flechas; y en las orillas del Cunuris á los apantos, que hablan, dice, el idioma general del Brasil. Da poco después con los tupinambaes, tal vez lo más puro de los tupíes. Refiere que los tupinambaes usan tambien la lengua de la costa, lengua, añade, que corre casi entre todos los pueblos de las conquistas del Marañon y el Pará.

Por lo que indica no es ya fácil atribuir orígen tupí á los indígenas del Río Negro, de quienes se limita á escribir que envenenan los más las flechas; ni á los del Purus ó el Cachiguara, que supone hábiles en trabajos manuales, principalmente en hacer bancos de comodidad y belleza y sacar de toscos leños ídolos que podían envidiar nuestros escultores; ni á los belicosos yorimanes, segun él esparcidos desde poco más allá del Purus hasta el Catua, que desagua en el Amazonas entre el Coary y el Cayambe; ni á los curuciraries, situados entre el Catua y el Jurua, de quienes dice que abundaban en mantenimientos y utensilios y eran diestros en la alfarería; ni á los ya mencionados y numerosos omaguas, á quienes asegura haber visto por espacio de doscientas leguas á lo largo de las orillas del gran río. Se detiene Acuña algun tanto en la descripcion de este pueblo, y sobre confirmar en gran parte la de los autores que seguí en otro capítulo, hace patente que pertenecían á muy distinta raza. Esos aguas ú omaguas, dice, tienen en figura de mitra la cabeza por la manera como de recien nacidos se la entablillan sus madres. Andan todos, varones y hembras, decentemente vestidos. Usan vistosos paños, unos tejidos, otros pintados de vários colores, y hasta los venden á los vecinos pueblos. Léjos de vivir en la anarquía, son obedientes y sumisos á la voz de sus jefes. Al Sur están frecuentemente en guerra con los curinas, al Norte con los tecunas. No matan de ordinario á los prisioneros; los hacen esclavos. Matan sólo á los principales y más valientes: los sacrifican en sus juntas como por vía de fiesta. Les cortan la cabeza para guardarla como trofeo y arrojan el cuerpo al río. A los esclavos los tratan con tanto cariño, que los obligan á comer en su mismo plato. No los venden nunca: se deshacen de todo ántes que de su cautivo.

De orígen tupí es obvio que no podemos admitir que lo fueran esos omaguas. Ménos aún los encabellados, que vivían en las márgenes del Napo, cerca de la boca del Aguarico. Por el testimonio de Acuña se ve claro que los tupíes no llegaban sino diez grados adentro del Amazonas. ¡Lástima grande que por el relato de Carvajal no podamos apreciar la situacion de casi ninguno de los pueblos que en él se mencionan! Carvajal sobre este punto nos podría ilustrar más que Acuña.

Uno y otro dan noticias generales sobre los indígenas de tan famoso río, que presentan en muchas partes poblado de inmensas gentes; pero á decir verdad pocas que recuerden la especial manera de vivir de los tupíes. En muchas se reflejan, más que las costumbres del Brasil, las de la cuenca del Orinoco.

No hablaré ahora de los pueblos que estaban más allá del Amazonas. Desvaneceré ántes las dudas que puedan quedar sobre el carácter de los tupíes. ¿Las abrigará todavía el lector sobre que la mayor parte de estos bárbaros cebasen, matasen y devorasen á los prisioneros?

El mismo Alvar Nuñez cuenta de los guaraníes del Paraguay que cuando cautivaban á varones de otra generacion los llevaban á sus pueblos y los hacían motivo de grandes fiestas y placeres; los ponían á engordar y les daban cuanto querían, inclusas las mujeres y las hijas; ya gordos, los mataban en medio de cantos y bailes entregándolos primero á la macana de un valiente y despues á las hachetas de tres niños; muertos por fin los cocían y devoraban renovando por muchos días los cánticos y las danzas. El matador, añade, tomaba el nombre de la víctima. ¿En qué difiere esta relacion de la de Staden como no sea en meros accidentes?

Magalhanes de Gandavo confirma la de Staden en los más pequeños detalles. Segun él se empezaba tambien por llenar de ultrajes al cautivo, se le ataba para que no se escapase, se le daba casa en que viviera, hamaca en que descansara y moza con quien se divirtiera, se preparaba la fiesta de su muerte llenando de vino las anchas vasijas, se le llevaba el día de la ejecucion al próximo río para que se bañase, se le conducía despues á la plaza, se le pasaba la cuerda á la cintura, se le dejaba libres las manos para que pudiese apedrear á los circunstantes y se le mataba de un solo golpe luégo que había contestado al discurso de su matador fiando á sus deudos la venganza. Muerto ya, se le descuartizaba tambien, segun el mismo Gandavo, se le guisaba y se le repartía entre las familias de la tríbu. Solo el ejecutor dejaba de probar las carnes de la víctima: se retiraba y se mandaba hacer incisiones en todo el cuerpo imaginando que sólo así podía evitar su pronta muerte.

Habla aquí Magalhanes de todos los tupíes. Ulrico Schmidel escribe en el fondo lo mismo respecto á los tapes y á los caríos. Cuando hacen prisioneros, dice de los tapes, los conducen en pompa á sus aldeas como aquí á los novios; cuando quieren matarlos, preparan una especie de triunfo. El que los guarda les da cuanto puedan desear y piden: víveres, mujeres, alhajas. Los caríos, refiere en otra parte, ceban á los cautivos como cebamos aquí á los cerdos. Conservan por algunos años á las cautivas jóvenes y bellas; pero al fin las matan. Hacen para ésto un banquete fastuoso como lo hacemos aquí para una boda. Dejan morir de muerte natural á los prisioneros ya en años. [1]

Imposible ya dudar sobre el canibalismo de los tupíes; imposible tambien dudar que los animase cierto espíritu de venganza. Por venganza, repito, y no

---

[1] ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, *Comentarios*, cap. XVI; MAGALHANES DE GANDAVO, *Historia de la Provincia de Sta. Cruz*, cap. XII; SCHMIDEL, *Historia verdadera de un Viaje Curioso*, capítulos XX y LII.

por gala se comían á los prisioneros: y prisionero que así concluia engendraba eterna sed de venganza y eternos ódios entre su pueblo y el de sus verdugos. Amigos de la venganza lo eran hasta el punto de no sosegar hasta haberla satisfecho. Dos casos refiere Magalhanes ocurridos despues de la Conquista que son por demas significativos. Asaltada por tríbus enemigas una aldea de la capitanía de San Vicente, murió en la lucha el hijo de uno de los magnates. Quisieron deudos y amigos honrarle segun costumbre y pagarle su tributo de lágrimas; y el padre les suplicó que suspendieran toda clase de honores fúnebres. Organizó meses despues una expedicion contra aquellas tríbus, apostó en un bosque sus tropas, con solo diez ó doce arqueros se entró cautelosamente donde estaba el matador de su hijo, y por su propia mano le cortó la cabeza. En vano le quisieron detener los contrarios al reponerse de la sorpresa: primeramente con sus arqueros y despues con toda su hueste los rechazó y batió haciendo morder á muchos el polvo del campo de batalla. Puso al volver á su aldea la cabeza del que mató á su hijo sobre una estaca, y reuniendo en torno amigos y parientes «llorad, les dijo, ahora que no podrán caer vuestras lágrimas sobre el honor del padre.»

Amenazaron en otra ocasion los portugueses á unos tupíes que habían tomado por fuerte una cabaña con incendiarla. La incendiaron viendo que los sitiados no cedían, y entónces el cacique, se lanzó, lleno de furor, sobre uno de sus enemigos, que imprudentemente se acercó á la casa, y le arrastró consigo á las llamas donde, sin jamas soltarle, con él ardió y exhaló su postrer suspiro. En aquel mismo lugar otro tupí, dividido casi en dos por una cuchillada, cogió al espirar una paja que junto á sí tenía y la arrojo al rostro del europeo como para manifestarle, ya que de otra manera no podía, sus deseos de venganza.

Ese espíritu de venganza se lo veía por otra parte claramente en lo que los tupíes hacían por castigar el homicidio. La costumbre de los tupinamquis llegó, segun Magalhanes, á ser adoptaba por todas las naciones. Por bárbara que fuese, constituía un verdadero adelanto sobre la de otras gentes donde cada homicidio ocasionaba una guerra entre dos familias, cuando no entre dos tríbus. [1]

Recae la postrera duda sobre si los tupíes eran pusilámines ó valientes. Muestras de valor, bien que inspiradas por el afan de vengarse, acabamos de verlas. En mi sentir ha nacido la duda principalmente de los actos á que los llevaban las supersticiones. No eran solamente los tupinambaes los que consultaban los sueños ántes de acometer una empresa y en la víspera de una batalla. Los consultaban casi todos los tupíes y creían en otros mil agüeros. Ya en marcha contra el enemigo, abandonaban á veces la expedicion por haber encontrado un pájaro ó cualquiera otra cosa de malos auspicios. Levantaban otras el cerco de una villa próxima á rendirse no más que por haber oido ciertas palabras á un papagayo.

[1] Magalhanes de Gandavo. *Historia de la Provincia de Sta. Cruz*, cap. X y XI.

¿Qué no había de suceder como les hablasen en son de profecia sus mujeres ó sus payes? [1]

No, pusilánimes no lo fueron en general los tupíes; la pusilanimidad de la superstición ¿qué pueblo no la tuvo? Ménos pusilánimes parecerán aún como se fije la vista en los caribes.

[1] Magalhanes, cap. XI.

CAPÍTULO XX

Los caribes.—Por qué costas se extendian.—Por las riberas de qué rios.—Con qué pueblos vivían interpolados.—Aborrecían de una manera especial á los aruacas.—De qué pudieron nacer tan profundos odios.—Semejanza entre los caribes y los tupíes.—Los caribes eran aún más audaces.—Su intrepidez en la navegacion.—Su bravura.—Terror que infundían á los pueblos vecinos é infundieron á los mismos europeos.—Su antropofagismo.—Sus incursiones en la isla de Boriquen, segun Pedro Mártir de Anglería.—Su carácter vengativo.—Su arrogancia.—Odio que generalmente se les profesaba.—Orígen que les atribuían los salivas y los achaguas.—Unían á la crueldad la doblez y la perfidia.—Eran, sin embargo, afables, hospitalarios y amigos de galas y adornos.—Lo eran, sobre todo, sus mujeres.—A dónde las conducía la vanidad.—Alcanzaba la vanidad á los caciques.—Manera como se los llevaba en hombros.—Escasa autoridad que, no obstante, gozaban.—Carencia total de leyes.—Quién castigaba allí á los adúlteros.—Condicion de la mujer.—Triste suerte reservada á las de los caciques.—Sacrificios de vivos á los muertos.—Generalidad y barbarie de esta costumbre.—Los caribes de Cumaná.—Su adoracion al Sol y la Luna.—Su temor al diablo.—Su respeto á sus payes ó piaches.—Sus adornos.—Sus fiestas.—Fiesta en honor de sus caciques.—Conducta de sus mujeres en esos festines.—Descripcion de la mujer cumanesa.—Matrimonios.—Entierros.—Industria.—Los caribes de Santa Marta.—Lo industriosos que eran.—Su carácter.—Los caribes de Cartagena.—Sus cualidades.—Reflexiones generales.[1]

Se extendian los caribes, no sólo por las costas del Atlántico desde la embocadura del Amazonas al cabo de Paria, sino tambien por las del mar de las Antillas desde el cabo de Paria al golfo de Darien. Ocupaban, además, el vecino archipiélago desde la isla de la Trinidad á la de Santa Cruz, y tenían puesto el pié en las de Boriquen y Hayti, hoy Puerto Rico y Santo Domingo. De la de Hayti se dice que no poseían sino el territorio que en la época del Descubrimiento constituía los dominios de Caonabo.

En algunas partes vivían tambien tierra adentro. No eran señores de la playa en el Darien, y sí de los altos montes que allí separan á los dos Océanos. Internábanse principalmente por las riberas del Orinoco y las de algunos ríos que le rinden tributo. Por el mismo Orinoco llegaban hasta la confluencia del Oyapi. Habitaban al Norte en las márgenes del Cari y del Arocopiche; al Mediodía, en las del Caroní y el Aruy, por donde bajaban á las del Essequibo.

---

[1] Fuentes de este capítulo: CAULIN, *Historia corográfica natural y evangélica de la Nueva Andalucía*, lib. I, caps. del XII al XIV; GUMILLA, *El Orinoco Ilustrado*, parte I, caps. VI, VIII y XIV; parte II, cap. VIII; GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO, *Sumario de la natural historia de las Indias*, caps. IX y X; FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA, *Historia de las Indias*, caps. Cartagena, Santa Marta, Cumaná y Maracapana; RALEGH KNIGHT, *The discoverie of the large, rich and beatiful empire of Guyana;* HUMBOLDT, *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, lib. IX; WASHINGTON IRVING, *Vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. VI, cap. III; PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA, *Sumario de la India Occidental*, fol. XXII, tomo III de la coleccion Ramusio.

No vaya, sin embargo, á creerse que ocuparan solos tan dilatadas regiones. Como los tupíes, estaban interpolados con otros muchos pueblos. En las mismas bocas del Orinoco tenian á los guaráunos, de quienes hablé en otro capítulo, y á los maruisas, dueños de la isla Chaguanes; más al Sud á los aruacas, nacion que se había derramado hasta cerca de las fuentes del Berbice; de allí al Ecuador, á los guerreros guacabayos, á los acurias, á los noragues, á los acocuas, á los parabayanaes, á los pirios y á los amicobanes, que habitaban ya en las orillas de uno de los afluentes del Amazonas, el Anaurapucu. Tenían tambien pueblos de otras razas al Norte del Orinoco, principalmente en la costa de Tierra Firme, donde recordará el lector que vimos á los caquesíos.

Aborrecían á muchas de esas gentes, pero de una manera especial á los aruacas. Les hacían aún despues de la Conquista la más encarnizada guerra y cifraban en comérselos la mayor gloria y el mayor deleite. ¿Por qué tan implacables odios cuando no sin razon se dice que unos y otros procedían de un mismo orígen? En mi opinion venían á ser para los caribes los aruacas lo que para los tupíes los tapuyas. Eran tambien los aruacas pueblos inquietos y movedizos que por todas partes se habían metido entre los caribes, y los hostigaban sin tregua, y les tendían constantemente celadas, y cuando ya sometidos á nuestro yugo, los espiaban y los denunciaban siempre que los creían dispuestos á levantarse en armas contra los españoles. Ya que se ignora de qué pudieron nacer tales odios, ¿es difícil presumir por qué crecieron?

Los caribes eran sin duda parecidos á los tupíes. Reunían, y tengo para mí que algun tanto exageradas, casi las mismas condiciones. Disto aquí del parecer de Washington Irving, que se inclina á considerarlos ménos crueles de lo que generalmente se los pinta.

Los caribes aventajaban en lo audaces á los más audaces tupíes. No se detenían ante ningun obstáculo. Atravesaban en sus canoas los raudales y saltos del Caroní y el Caura á pesar de la frecuencia con que perdían en tan peligroso paso á sus más bravos marinos. Donde se les acababa un río tomaban en hombros sus barcos y se dirigían á otro que tal vez distase veinte y más leguas. Así se trasladaban del Iniquiari, afluente del Caura, al Manapiare, que lo era del Ventuari, tributario del Orinoco. Ni eran ménos atrevidos por el Océano. Iban sin temor de isla en isla y de las islas á la tierra firme.

Hacían tan aventuradas expediciones con el solo fin de asaltar pueblos y procurarse cautivas. Bravos, no temían la lucha en campo abierto, pero la evitaban siempre que podían cayendo de noche sobre las plazas objeto de su codicia ó su venganza, tomándoles sigilosamente las salidas, atacándolas de rebato, incendiándolas y para mayor confusion aturdiéndolas con espantosos alaridos. Como los demás bárbaros, no dejaban con vida sino á los niños y las mujeres; mataban y aún comían á los adultos y eran el terror de las gentes. Aterradas tenían á todas las naciones de la cuenca del Orinoco, si se exceptúa la de los

caribes, aterradas las costas, aterradas las Antillas; y verdaderamente aterrados tuvieron despues á los mismos europeos. Los llegaron de pronto á imponer con sus repetidas incursiones en la isla de Boriquen, tan felices como sangrientas, sus matanzas en Cumaná y su defensa en Castillos del Oro, su inesperado canibalismo y sobre todo sus flechas, de tal veneno untadas, que solía morir rabiando el que las había recibido en sus carnes.

A causa de ese terror supone Washington Irving que se los hizo más antropófagos de lo que realmente eran; yo tengo para mí que, si hecho hay adverado en la historia de América, lo es el bárbaro antropofagismo de los caribes. Segun los misioneros del Caraní, el Bajo Orinoco y los llanos del Carí, dice Humboldt, los caribes son quizá los ménos antropófagos del Nuevo Continente; mas de lo que fuesen á fines del pasado siglo ó á principios del actual es obvio que no cabe inferir en buena lógica lo que fueran cuando la Conquista. Cuando la Conquista los presentan comiéndose en repugnantes banquetes á sus enemigos desde Pedro Mártir de Anglería hasta el último de los que como testigos presenciales escribieron bien de las Antillas, bien de Tierra Firme.

Estando de gobernador de la isla de Boriquen un hijo del conde de Carmiña, escribe Pedro Mártir, se propuso establecer una colonia junto á un seguro y bellísimo puerto, y á fin de ponerla al abrigo de futuras invasiones construir una fortaleza. Ya que lo puso por obra, desembarcaron un día los caribes, le acometieron, le mataron á él y á todos los cristianos y repartiéndose por canoas los cadáveres se volvieron alegres á las vecinas islas. Atacaron otro día en el mismo Boriquen la villa de un cacique, amigo de los españoles, y no dejaron á vida ni uno solo de los habitantes. Los asaron, se los comieron y terminaron por incendiar la villa. Interrogados sobre el motivo de tan atroz conducta, respondieron que no habían hecho sino vengar á siete de sus camaradas, muertos á manos de aquel cacique por el solo delito de haber ido á buscar árboles con que fabricar piraguas.

Eran vengativos como los demás tupíes y principalmente por espíritu de venganza devoraban tambien á sus enemigos. No eran ménos orgullosos y soberbios. Hemos visto ya el orígen que se daban. No tenían por hombres sino á los de su raza y se creían con derecho á reducir los demás á servidumbre. *Ana cariná rote*, decían con arrogancia, sólo nosotros somos gente; y cuando hablaban de las otras naciones, *amucon papororo itoto nantó*, todas las demás gentes son nuestros esclavos. Así eran cordial y universalmente aborrecidos.

Aborrecian á los caribes todos los demás pueblos y distaban de reconocerlos hijos de la luna. «Allá en apartados tiempos, decían los salivas, infestaba las regiones del Orinoco una horrible serpiente que todo lo destruía: hombres y cosas. Bajó del cielo para matarla el hijo de Puru, y muerta la dejó sobre la tierra. Grande fué el regocijo de todas las naciones, pero se convirtió pronto en duelo. Pudrióse la serpiente, y de cada gusano que en ella se formó salieron

una hembra y un varon caribes.» No atribuían á esos caribes los achaguas más nobles ascendientes. Los suponían oriundos de los tigres y los llamaban por esta razon *chavinavies*.

No por ésto moderaron los caribes sus feroces instintos ni aún despues de la Conquista. En relaciones con los holandeses los del Orinoco se dedicaron al comercio de esclavos. Compraban desde entónces gente donde hallaban quien se la vendiese; pero seguían, donde no, procurándosela por la fuerza. Llevaban á tal punto su maldad y su audacia, que en el último pueblo de cada una de esas expediciones dejaban parte de sus mercancías y con ellas á dos ó más de sus hombres. «Miéntras estemos ausentes, guardaos, decían al pueblo, de tocar en uno solo de sus cabellos á nuestros compatricios; con sangre y fuego pagaríais mañana el menor de los ultrajes.» Tomaban de aquí pretexto para reiterar la visita. La reiteraban al otro año, bien para recoger las mercancías, bien para vengar reales ó supuestas injurias. Añadían á la crueldad la doblez y la perfidia.

Eran, con todo, afables y hospitalarios para los que sin ánimo hostil se acercaban á sus aldeas. No ménos vanidosos que soberbios, se esmeraban además en parecer bien y gustaban de adornos y galas como ningun otro pueblo. Principalmente los de la costa de Tierra Firme es indecible lo que se ataviaban. No se daban por satisfechos con ceñirse á las sienes coronas de plumas; como pudieran, se cubrían de joyas y piezas de oro brazos y cuerpo, y ya en los tobillos, ya en las muñecas, ya debajo de las rodillas, ya en la garganta se ponían sartas de menudos caracoles de mar, unas blancas, otras negras, otras del color de la grana ó la violeta, que no era tampoco raro que mezclaran con olivetas y cuentas de oro. Usaban anillos en las narices, aretes en las orejas; y en saliendo de guerra se pintaban de negro y encarnado con jagua y bija. Multiplicaban las mujeres los collares, y, si eran hijas de caciques, sostenían y levantaban sus pechos con bronchas de oro labrado que por finos cordones de algodon sujetaban á los hombros [1]

Sentían las mujeres todas que se les cayeran los pechos y para evitarlo eran con harta frecuencia madres sin entrañas. De ahí que provocaran, como las de otros tantos pueblos, el aborto y sepultaran recien nacidos á sus propios hijos, sobre todo si eran gemelos. Livianas, querían y buscaban el placer; vanidosas, temían los efectos que produce; y almas sin moralidad, ahogaban los más dulces sentimientos de la naturaleza.

---

[1] Describe esas bronchas Gonzalo Fernandez de Oviedo en el capítulo X del Sumario de la Natural Historia de las Indias. Hé aquí sus palabras: «Las mujeres principales á quienes se van cayendo las tetas las levantan con una barra de oro, de palmo y medio de luengo y bien labrada. Pesan algunas (las barras) más de doscientos castellanos. Están horadadas en los cabos y por allí atados sendos cordones de algodon. El un cabo vá sobre el hombro y el otro debajo del sobaco, donde lo añudan en ambas partes.»

Alcanzaba la vanidad á los caciques. No solian viajar los caciques sinó en hombros de esclavos ó de gentes de servicio, que corriendo ó medio trotando los llevaban tendidos en hamacas. De sol á sol recorrían tal vez por este medio quince y más leguas. Remudábanse á trechos los servidores, y no se retardaba la velocidad por el cansancio: como los Incas del Perú, iban esos jefes de tríbu algo ménos que por la posta. Costumbre en los caribes antigua, si hemos de juzgar por la tradicion que, segun vimos, se atribuye á los de la Dominica.

No gozaban, sin embargo, estos señores de mayor autoridad que los de otras naciones bárbaras. Eran tambien, más que reyes, capitanes á guerra; apénas podían emplear en la paz más que el consejo. Inútilmente habrían pretendido que los llevasen á cuestas hombres libres. ¿Qué importaba que fuesen hereditarios? No había allí tampoco ni leyes ni otro castigo que la venganza. Si morían los adúlteros era sólo por justicia y mano del pueblo. Como entre los judíos el pueblo los mataba allí en la plaza pública.

Mataban los caribes á los adultos, pero no se distinguían por lo castos. Eran polígamos, y, no satisfechos con sus mujeres, buscaban cautivas en que saciar su apetito. Por un sentimiento, no de pudor, sinó de orgullo, ponían sobre el asesinato el adulterio. Miraban como inferior á la mujer y ¿habían de consentir que les fuera infiel la suya? Hasta en los pueblos cultos late ese espíritu de soberbia debajo de las leyes contra los adúlteros.

Como inferior al hombre, había de sobrellevar tambien la mujer entre los caribes las principales cargas de la familia. Cuidaba del hogar, labraba los campos, recogía y acarreaba las cosechas y á veces iba á la guerra para rematar á los enemigos. Iba más frecuentemente si era esposa de algun cacique. Gozaba con serlo de más comodidades; pero ¡ay del día en que le faltaba el marido! Puesto en una hamaca entre dos árboles, había de velarle por treinta días con sus compañeras aventando sin cesar las moscas para que no le turbaran el sueño; y despues, tal podía ser de infortunada, que con él hubiese de bajar al sepulcro. Ya que no llegase á tanta desventura, que quisiese, que no, entraba en poder del cacique heredero, como no fuera su propio hijo. Perdía con la viudez la libertad, cuando no la vida.

Volvemos á ver aquí entre los caribes el sacrificio de los vivos á los muertos. ¡Que fuese en América tan general esta costumbre! La hemos visto ya lo mismo en naciones cultas que en naciones bárbaras, lo mismo en tríbus fieras y belicosas que en las más pacíficas. Para caer en abominacion tal, valiera más que no hubiesen creido tan innumerables gentes en la inmortalidad del alma. Se forjaron casi todas un cielo, y casi todas supusieron que para ese cielo hacían falta las cosas y las compañías de la tierra. Enterraba tambien el caribe con sus difuntos las armas y los utensilios de que se habían servido en vida y les dejaban pan y vino para el viaje. Lo raro es que los exhumaban al año, los guardaban en uno como ataud y los colgaban del techo de sus cabañas: ¿cómo al encontrar

allí intactos alimentos, utensilios, armas, ¿no comprendían la inutilidad de habérselos dejado? Verdad es que no raciocinó jamas el fanatismo.

Los caribes de Cumaná tenían, segun Lopez de Gomara, creencias particulares. Veían en el sol y la luna marido y mujer, y los reputaban dioses. Si tronaba y relampagueaba, lo atribuían á enojo del sol para con la tierra; si se eclipsaba nuestro satélite, á enojo del sol para con la luna. Entristecíanse mucho en los eclipses: ayunaban todos; y las hembras, si casadas, se arañaban el rostro y se mesaban los cabellos; si solteras, se sangraban de los brazos con espinas de peces. Temían tambien mucho á los cometas por considerarlos de mal agüero: daban para ahuyentarlos grandes alaridos y tocaban bocinas y atabales.

Adoraban esos caribes á los dos grandes astros del día y de la noche; pero, como todos los demas, tenían en mucho al diablo. Todo lo esperaban de sus payes ó piaches, porque con el diablo y no con la luna ni el sol los creían en relaciones. Á sus piaches acudían cuando enfermos; á sus piaches, cuando querían saber el éxito de sus guerras, las mudanzas del tiempo ó el porvenir de sus hijos. Á sus piaches, y es más, entregaban sus mujeres ántes de consumar el matrimonio. Entendían que necesitaban las esposas esa especie de santificacion para que no las ganase el espíritu del mal y no trajesen á su hogar la discordia.

Otras costumbres especiales observaban esos caribes que no son para olvidadas. Llevaban el miembro en cuellos de calabaza, conchas de mar, listas de algodon ó canutos de oro. Vestían mantas para la guerra. Iban á sus areitos coronada de plumas la cabeza, ceñidas las piernas de sartas de chaquira para que sonaran como cascabeles, puestas al pecho grandes placas de oro, pintado el cuerpo de varios colores, cuando no engomado y cubierto de vistosas plumas. Amigos de fiestas y regocijos, tal vez se pasaban ocho días en danzas y banquetes. Bailaban ya sueltos, ya asidos de las manos; paseaban, saltaban, volteaban y se contoneaban, unos callando, otros cantando y todos siguiendo el tono del que los guiaba. Empezaban por sones más bien tristes que alegres y terminaban por otros que parecían inspirados por la locura.

Una fiesta hacían en honor de sus jefes que tenía visos de guerra. Reuníanse gran número de mancebos, y se dirigían en correcta formacion á la cabaña de su cacique. Cantaban al principio en voz baja, y á trechos disparaban sus arcos; iban luégo subiendo de punto, y respondían en coro al maestro: «Buen señor, decían, tenemos; tenemos buen señor; señor tenemos bueno»; y de aquí no salían en mucho rato. Adelantábase despues el guía y caminaba de espaldas á la puerta. Era de ver la diversidad de gestos con que entraban todos en la cabaña. Quiénes hacían el ciego, quiénes el cojo; quiénes pescaban, quiénes tejían; quiénes reían, quiénes lloraban. Ya la comitiva adentro, refería uno en graves y cadenciosas palabras las glorias del cacique y los caciques muertos: el cacique en recompensa daba un banquete. Sentábanse en cuclillas los mancebos,

y comían y bebian hasta caerse de puro beodos: que tal era en aquellas naciones el fin y remate de todo festejo: la borrachera.

Observábase tambien allí la costumbre de que las hembras no bebiesen. Escanciaban el vino, jamas lo probaban; y cuando ya ébrios, conducían á su casa tal vez á sus hijos, tal vez á sus esposos, tal vez á sus padres, conducíalos la mujer cumanesa cantando, y cantando tan tristes endechas y en tan triste tono, que arrancaba lágrimas al que la oía.

Era notable esa mujer de Cumaná aún entre los caribes. Se ponía, como pudiese, ricas ajorcas, gargantillas de perlas, bronchas y arracadas de oro; pero amaba tambien y sabía manejar las armas. Recibía de jóven la misma educacion que los varones, y podía rivalizar con todos lo mismo en el salto y la natacion que en el tiro del arco, la carrera y la lucha. No por esto olvidaba los deberes del hogar ni el cultivo de los campos. Iba siempre desnuda, largo y flotante el cabello, sueltos los brazos, ni bien recatada, ni bien deshonesta. De sobrado casta no parecía á la verdad que pecase.

No podía, como fuese noble, casarse sin llevar dos años de encierro. Sus nupcias eran de cualquier modo objeto de fiesta. Honrábanlas con su presencia amigos, parientes, vecinos, y todos le llevaban, si hembras, pan, vino, pescado, fruta; si varones, madera y paja bastantes para labrarle una casa. Bailábanle y cantábanle las mujeres en tanto que los hombres al novio; y novio y novia, despues de cortado el cabello de la frente por persona del respectivo sexo, recibían sus atavíos de boda. Empezaba entónces el comer, el beber y el embriagarse: duraba el festin hasta la noche. Á la noche se ponía á la esposa en manos del esposo, y quedaba perfecto el matrimonio.

Para el entierro de sus difuntos tenían tambien los caribes de Cumaná singulares ceremonias. Los lloraban mucho, y los cantaban en sentidas endechas. Sepultábanlos después en sus hogares ó los desecaban al fuego y los convertían en momia. Reuníanse de nuevo al año si el muerto había sido cacique, comían, y, en anocheciendo, le desenterraban. ¡Qué de lágrimas no vertían! Daban vueltas en torno del cadáver con las manos en los piés y la cabeza entre las piernas, y al reincorporarse prorumpían otra vez en llanto y en grandes alaridos. Quemaban por fin el cuerpo y entregaban el cráneo á la viuda que más había merecido los favores del consumido monarca.

Fueron singulares esos caribes hasta en la industria. Llevaban negros los dientes, y se los teñían de una vez para siempre con sólo masticar una yerba que habían descubierto en sus bosques. Sabían tejer el algodon y fundir y labrar el oro. Grandes buzos, se dedicaban con provecho á la extraccion de las perlas. Pescaban con flechas y redes y tambien por medios de su invencion que sorprendieron no poco á los europeos. Hábiles nadadores, se colocaban dentro del mar formando círculo, apaleaban las aguas, ojeaban, por decirlo así, á los peces y los acorralaban en las orillas. Llamábanlos otras veces de noche á la su-

perficie navegando con teas y tizones ardiendo: arponeábanlos entónces á su sabor y cogían en abundancia los de mayor tamaño.

En la industria no estaban, á lo que parece, ménos adelantados los caribes de Santa Marta. Hacían hermosas esteras de palma y junco, paramentos de algodon, oro y aljófar, diademas de pluma hábilmente entretejida de las que colgaban flotantes chias. Ademas de cincelar el oro, doraban al fuego el cobre despues de haberlo untado con el jugo de cierta yerba. Labrábanse para sus collares joyeles donde no pocas veces representaban la sodomía. Empleaban por hierro en sus flechas espinas de raya, y las envenenaban con el zumo de la fruta del manzanillo. De caracoles de mar se fabricaban sartales bellísimos; tambien hilos que ponían por fleco en las puntas de sus hamacas. Eran, por fin, superiores á todos los demás caribes en el cultivo de la yuca.

No los aventajaba tampoco nadie en crueldad y fiereza. Llevaban al cuello los dientes de los enemigos muertos por su mano. Hincaban en las puertas de sus cabañas las cabezas de los prisioneros que sacrificaban á su venganza Castraban y cebaban á los niños que cogían en los combates para hacerlos más sabrosos y tiernos. No tenían muchas veces calma bastante para esperar á sus contrarios en la costa; se arrojaban al mar con sus arcos y los acometían con sin igual bravura. Así atacaron en el siglo XVI las naves de Pedrarias de Ávila. Eran no obstante, como he indicado, sensuales hasta la sodomía: no los enervaban los placeres.

Eran tambien bravos los caribes de Cartagena. Lo eran hasta sus mujeres, no ménos diestras en el manejo de las armas que las cumanesas, ni ménos amigas de atavíos. Una cogió cuando la Conquista el bachiller Enciso, que, con no tener más de veinte años, blasonaba de haber matado ocho españoles. Llevaban las más atravesada la nariz por un palillo de oro. Eran como los hombres bien dispuestas y gallardas.

Había, como se ve, muchas diferencias entre los caribes; pero en el fondo todos eran lo mismo: valerosos, vengativos, antropófagos, navegantes intrépidos, invasores, crueles y por lo ménos tan amigos de su libertad como enemigos de la ajena. Otro tanto hemos observado en la generalidad de los tupíes; así que entiendo que hoy por hoy no puede negarse la identidad de orígen que desde un principio admití para los unos y los otros pueblos. Es verdad que, como apunté, no hay de mucho entre la lengua de los tupíes y la de los caribes de la Dominica, la sola que yo conozco, la analogía que, por ejemplo, vimos entre la aymara y la quichua; pero tambien lo es que no puede ménos de reconocerse en las dos cierto aire de familia. Lo racional, repito, es creer que tupíes y caribes nacieron de un mismo tronco.

CAPÍTULO XXI

Islas de Puerto Rico, Sto. Domingo, las Lucayas, Cuba, Pinos y la Jamaica.—Descripcion física de los habitantes.—Manera como vestian y se adornaban.—Sus cualidades morales.—Su absoluta sumision á los caciques.—Caminos y atarjeas que hicieron.—Sus armas.—Su pusilanimidad.—Su industria.—Sus canoas.—Sus bancos y sus vajillas de madera.—Sus objetos de oro.—Sus esculturas.—Sus herramientas.—Sus escasísimos adelantos en las ciencias.—Sus areitos.—Quien se los componía.—Cómo los aprendia el pueblo.—Fiestas notables.—Forma de gobierno.—Leyes.—Altura á que sabían mantenerse los caciques.—Su nobleza de modales y su cortesía.—Caciques mayores.—Caciques menores.—Nitaynos.—Leyes de sucesion.—Multitud de nombres que se daba á los caciques cuando nacian.—Bárbara costumbre de enterrar con los caciques á sus más hermosas mujeres.—Exequias.—Ideas sobre la vida futura.—Notable arenga de un anciano de Cuba sobre el destino de nuestras almas.—Teogonía de Hayti.—Guamaonocon, sér supremo.—Atabeira, su madre.—Los cemíes, sus mensajeros—Culto á los cemíes.—Frecuencia con que se los reproducía en diversas clases de imágenes.—Templos.—Manera de consultar á los dioses.—Varios cemíes de que los haytianos contaban verdaderos milagros.—Por qué no se hacía de la misma sustancia todos los ídolos.—Diversidad de cemíes.—Los bohitis á la vez sacerdotes y médicos.—Su grosera superchería.—Valor que daban sobre todo las mujeres y los caciques á las piedras que los bohitis fingían sacar del cuerpo de los enfermos.—Supersticiones.—Ideas sobre el orígen de las cosas.—Cueva de que se decia haber salido el Sol y la Luna.—Cuevas de que se decía haber salido los primeros hombres.—Maracoel.—Guagagiona.—Guagagiona se lleva todas las mujeres y las deja en Matinino.—Desconsuelo de los hombres al encontrarse sin esposas ni hijas.—Séres sin sexo que descubren entre los árboles.—Modo como los cogen y les dan sexo.—Orígen del mar.—Iaia.—Los cuatro hijos gemelos de Itiba Tahuvava.—Pormenores de tan rara cosmogonía.—Su incoherencia y motivos que pueden haberla producido.—Si era comun á las demas islas la cosmogonía de Hayti.—No lo era ni aún la teogonía.—Adoracion del Sol en una comarca de la isla de Cuba.—Forma de gobierno.—Diferencias dentro de la misma isla de Hayti.—No por ésto es posible dejar de incluir en un grupo todas las islas al Noroeste de la de Puerto Rico.—Poblaciones.—Casas.—Juegos de pelota.—Eran los isleños tan hábiles en este juego como los otomacos.—No eran tan fuertes.—Porque no lo eran.—Sensualismo de aquellos bárbaros.—Vida social de los mismos segun el Almirante. [1]

Diferían mucho de los caribes los pueblos que ocupaban la mayor parte de las islas de Boriquen y Haiti, las Lucayas, la de Cuba, la de Pinos y la de Jamaica. Eran, segun Cristóbal Colon, de buena talla, de color prieto, de hermosas facciones, bien formados y esbeltos; ancha la frente, grandes y negros los ojos, grueso y firme el cabello, récias las carnes. Llevaban por delante cortado el pelo al ras de las cejas, por detras largo y á merced del viento. Se pintaban quien de blanco, quien de negro, quien de rojo; quien todo el cuerpo, quien sólo el semblante, quien sólo la nariz ó los párpados. Se agujereaban las narices y las orejas, y se las adornaban, como pudiesen, con piececitas de oro. Iban generalmente desnudos los hombres; tambien las mujeres, como fuesen doncellas. Sólo las que habían conocido varon se cubrían, si plebeyas, de la cintura á la mitad del muslo ó de la pierna, si nobles, hasta el tobillo. Usaban al efecto mantas de algodon á que daban el nombre de naguas. Iban allí desnudos hasta los reyes: no se distinguían de sus vasallos sino por sus joyas.

[1] Fuentes de este capítulo: PETRI MARTYRIS DE ANGLERIA, *De Orbe Novo*, decades 1.ª ac 3.ª; EJUSDEM AUCTORIS *Epistolæ*, lib. X, epístolae 177 ac 180; DEL MEDESIMO AUTORE, *Sommario dell' historia dell' Indie Occidentali*, foglie 7, 10, 11, 26 e 41, *Collectione Ramusio*, Terzo Volume; FERNANDO COLON, *Historia de el Almirante D. Cristóbal Colon*, cap. LXI, *Coleccion Barcia*, tomo I; GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO, *Historia General y Natural de las Indias*, lib. III, cap. XII, lib. V, cap. I, lib. VI, cap. I, lib. XVII, cap. IV; FR. IÑIGO ABAD Y LASIERRA, *Historia Geográfica, Civil y Natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico*, cap. IV; *Diario del Primer Viaje de Colon*, *Coleccion Navarrete*, tomo I.



FRAGMENTOS DE PIEDRA HALLADOS EN LA ISLA DE CUBA. — ÉPOCA ANTECOLOMBIANA.



Eran todas aquellas gentes, segun el mismo Colon, dulces, afables, dóciles, por demas cándidas, tan pródigas de lo suyo como enamoradas de lo ajeno, de corazon, aunque cobarde, abierto á los más generosos sentimientos. Huían al ver á los españoles; pero, ya depuesto el temor, se les acercaban y les ofrecían todos sus bienes: su agua, su pan, su vino, sus frutas, sus aves, el algodon que recogían é hilaban, el mismo oro con que embellecían su rostro. Aquí les ponían la mano sobre la cabeza en señal de amistad y respeto, allí les besaban los piés, mas allá los tocaban á fin de cerciorarse de que eran de carne y hueso. Por felices se tenían con recibir de esos hombres, que entendían bajados del cielo, la menor fruslería. Por tres ceutis de Portugal que equivalían á medio maravedí, una blanca de Castilla, llegaron á dar más de una arroba de algodon hilado; por cascos de loza, sus propias armas; por contezuelas de vidrio, por una mala agujeta, pedazos de oro que pesaban dos castellanos.

Obedecían sin murmurar á quien los dirigía: hasta la veneracion llevaban el respeto á sus caciques. Los acompañaban á donde quiera que iban, los conducían en andas, les pagaban tributo, los honraban y los festejaban vivos y los lloraban muertos. Así habían construido en Hayti anchos y buenos caminos y en tierras de secano atarjeas por donde corrían las aguas de apartados ríos. Aunque poco dispuestos al trabajo por no exigírselo sus necesidades y encontrar sin grande esfuerzo en la naturaleza más de lo que consumían y deseaban, habían ejecutado tan útiles obras sólo porque se lo habían ordenado sus jefes.

Armas apénas las tenían. Es probable que no las hubiesen conocido sin las invasiones y amenazas de los caribes. En muchos lugares ni siquiera usaban el arco y la flecha, sólo sí azagayas de madera, bien con la punta endurecida al fuego, bien armadas de espinas. Eran así tan pusilánimes, que al descubrimiento de Colon no se atrevían mil contra diez españoles. Al oir en la corte de Guacanagari el primer disparo de nuestras lombardas hasta se cayeron de espanto. Bajaron en Cuba á las orillas del Boma para acometernos, y corrieron á todo correr sólo porque un lucayo, que iba con el Almirante, los amenazó enseñándoles una ballesta y desnudando una espada. En cuanto se les hablaba de los caribes se ponían trémulos. Lo observó Colon, y se los atraía con decirles que había ido allí para librarlos de tan fieros enemigos.

Eran pacíficas todas aquellas gentes, y en las artes de la paz sobresalieron. Tenían extensos campos de maíz y dilatadas huertas. Hacían de la yuca pan sabroso y blanco. Cultivaban el algodon, lo hilaban y con él tejían sus hamacas y las naguas de sus mujeres. De hilos de palma se sabe que fabricaban redes para la pesca; de cierta sustancia córnea, anzuelos; de hueso, fisgas. Labraban diestramente la madera: de madera construían sus canoas, sus asientos y hasta sus utensilios de cocina y boca. No trabajaban con ménos habilidad el barro, de que Colon vió cántaros como los de Castilla. Recogían oro principalmente

del cauce de sus ríos y lo convertían en obras de arte. Pintaban, esculpían, grababan.

Hacían sus canoas con rebordes, generalmente largas, estrechas y hondas, de un tronco de árbol y por lo tanto de una sola pieza, sin quilla, sin chumaceras, sin toletes, los remos en figura de pala de horno y ahorquillado el puño. Hacíanlas para un solo hombre y tambien para más de cuarenta, algunas tan grandes, que podían contener ciento cincuenta almas y medían noventa y cinco palmos de eslora. Solían pintarlas, sobre todo si las destinaban al servicio de sus caciques; tallábanlas á veces y dábanles siempre cierto aire de elegancia y hermosura.

Mucho más que á sus canoas se lo daban á sus bancos y á sus vajillas de madera. Sorprendieron á los europeos los vasos, fuentes, platos, artesas y asientos que regaló Anacaona, ya viuda de Caonabo, á uno de los hermanos del Almirante. Se los creyó de ébano por lo negros y lustrosos, y se los comparó á los objetos etruscos por las figuras que llevaban grabadas de flores, de pájaros, de serpientes, de hombres, de séres fantásticos. Vió por otra parte Colon en esas islas bancos á la vez cómodos y bellos, que reproducían las formas de varios animales y debían de parecerse no poco á los, segun Acuña, fabricados por los pueblos que vivían en las márgenes del Purus y el Cachiguara.

Eran tambien hábiles aquellas naciones en labrar el oro. De oro hacían joyas, diademas, imágenes de cemíes. Con oro enriquecían sus carátulas, adorno á que eran muy aficionados. Regaló Guacanagari á Colon un cinto donde venía una careta en lugar de bolsa: tenía la careta en oro de martillo orejas, nariz y lengua. Hasta los ojos llevaba de oro la que nuestro argonauta recibió días despues de manos del mismo cacique. Nada ménos que de tamaño natural había mandado cincelar este régulo, segun uno de sus privados, una estátua de oro.

Que hubiese escultores en aquellas islas no cabe ponerlo en duda. Por los contornos de la bahía de Nuevitas hallaron en Cuba los soldados de Colon figuras de mujeres y cabezas labradas á guisa de carátulas. En Hayti vió Colon mismo ídolos de varias dimensiones, algunos huecos. Modernamente se han encontrado en Puerto Rico cemíes de los que adoraron los indígenas; y aunque toscos, revelan esfuerzos por salir de la naturaleza y llegar al arte. Son de piedra pulimentada ya cuarzosa, ya caliza. Se componen casi todos de dos piezas que encajan perfectamente: un anillo elipsoidal, por cuya superficie exterior corre entallada la cola de una culebra, y una masa cónica, llena en su base de caprichosas molduras, que lleva por vértice una cabeza, algunas veces de hombre, las más de monstruo.

No disponían, sin embargo, aquellas gentes de mejores instrumentos que los demas pueblos bárbaros. Por el fuego y la sílice habían de ahuecar tambien los troncos de árboles de que sacaban sus canoas. Con herramientas de pedernal ó de guijas, que buscaban en el lecho de sus ríos y aguzaban por el roce, habían

de labrar y labraban lo mismo la madera que la piedra y el oro. No conocieron, que yo sepa, ni esa aleacion del estaño y el cobre que tanto favoreció entre los aztecas el desarrollo del arte y la industria ni el uso de la obsidiana, propia de terrenos volcánicos.

Tampoco estaban más adelantados en ciencias. Medían el tiempo, á no engañarme, por la revolucion diurna del sol, las estaciones y las lunas, contaban hasta diez, recurrían para la curacion de sus dolencias más que á la medecina al sortilegio, y carecían de todo género de escritura.

La escritura la suplían, con todo, por sus areitos. Eran allí los areitos lo que aquí los romances, pequeños poemas donde se consignaban los hechos que se quería trasmitir á las futuras generaciones. Por ellos se sabía, principalmente en Hayti, los arcanos del cielo, el orígen de las cosas y los hombres, las vicisitudes por que habían pasado los pueblos y la genealogía y las glorias de los reyes.

Componían y conservaban esos cantos los caciques y los sacerdotes, y por los hijos de los magnates los comunicaban á la muchedumbre. Sin sentir aprendían allí varones y hembras los areitos. Entonábanlos todos en sus frecuentes bailes al son de sus timpanos, no pocas veces al de atabales de madera como los que vimos en otras gentes. Cantaba una estrofa el que guiaba la danza, y la repetían á coro cuantos participaban de la fiesta. Estrofa tras estrofa, romance tras romance, las cuatro y las seis horas se pasaban aquellos felices mortales refiriendo la historia de sus mayores.

Felices, digo, porque les dejaba el afan de la vida sobrado vagar para que muchos días se reunieran en alegre concierto y confundieran sus almas á la sombra de las más lozanas arboledas y bajo el más claro y trasparente cielo. Bailaban ya solos los hombres, ya solas las mujeres, ya confundidos y enlazados mujeres y hombres. Eran de ver sobre todo cuando celebraban la vuelta de sus caciques ó recibían á los extranjeros. En Hayti, despues del Descubrimiento, bajó un dia Behechio á su capital con uno de los Colones. Saliéronles al encuentro bailando y cantando treinta hermosas mujeres desnudo el seno y esparcida por los hombros la caballera, bien que sujeta á la frente por una cinta. Sin dejar el canto ni el baile se fueron acercando á Colon, é, hincada la rodilla, le ofrecieron palmas que llevaban graciosamente en las manos. Driadas escribe un autor que parecieron á los ojos de los españoles.

Ni pararon aquí las fiestas. En uno como teatro repitieron al otro dia los vasallos de Behechio los coros y las danzas, y mostraron por atrevidos saltos la agilidad de sus cuerpos; y á poco en la llanura parecieron formando opuestos escuadrones y se batieron como no lo habrían hecho con los caribes. No dieron en realidad un simulacro sino una batalla, donde parte por azagayas, parte por flechas se vertió la sangre de muchos combatientes. ¿Serían ya los súbditos de Behechio tan pusilánimes como los de Guacanagari?

Contribuían no poco los caciques á la felicidad de aquellas gentes. Aunque armados de un poder absoluto, eran más bien padres que monarcas. No disponían de los medios de corrupcion que nuestros reyes, y procuraban más ser amados que temidos. A la astucia recurrian, no á la fuerza, si por acaso habían de exigir de la muchedumbre algo que le fuese violento: le hacían comunicar sus mandatos por boca de sus cemíes. A mantener á sus pueblos en paz y defenderlos contra los caribes dirigían principalmente sus esfuerzos. No tenían tribunales: decidían como árbitros las contiendas civiles y penaban como jueces los delitos. Apénas castigaban más que el robo. Empalaban vivo al que lo cometía, y miraban tan mal á los que hablaban de salvarle, que no se atrevían á interceder por él ni padres ni hijos. Eran así generalmente estimados; no iban á parte alguna que no los acompañasen y llevasen en andas sus vasallos; no sentían dolor ni gozo de que sus vasallos no participasen.

Se mantenían, con todo, esos caciques á cierta altura de sus pueblos. Significaban su voluntad más por señas que por palabras. Llevaban como insignias de su poder al cuello una placa de oro que llamaban *guanin* y en la cabeza una corona. Se ceñían uno como talabarte con carátulas por adornos. Vivían en casas espaciosas y tenían gran número de mujeres y de concubinas. Se distinguían sobre todo por lo fino de sus modales y su aire de nobleza. Hasta corteses eran á juzgar por sus primeras entrevistas con nuestros españoles. En Hayti, en el puerto de la Paz, sube un cacique jóven con gran séquito á la carabela Santa María. Al ir á penetrar debajo del castillo de popa, donde estaba comiendo el Almirante, detiene con un gesto á los mancebos que le acompañan y entra con solo dos ancianos, que parecen sus consejeros. No da lugar ni á que Colon salga á recibirle ni á que se levante. Invitado á comer, acepta. Siéntase, y se sientan á sus piés los ancianos, sobre el tablaje de la cubierta el resto de la comitiva. Los platos que se le presenta apénas hace más que probarlos; el vino que se le sirve apénas más que acercarlo á los lábios; lo pasa todo á su gente. Despues de mútuos regalos se despide por fin ofreciendo á Colon cuanto posee en la isla. No se portaron luégo ménos gentil ni ménos caballerosamente Guacanagari, Behechio, Anacaona y otros caciques, ya del mismo Hayti, ya de Cuba. Se adelantó un día Guacanagari á recibir á Colon, le llevó del brazo á su casa, le hizo sentar en su estrado y le puso en la cabeza su corona de oro. Acto de mayor respeto y cortesía era ya difícil.

No todos esos caciques tenían el mismo rango. El año 1492 había cinco en Hayti, verdaderos reyes: Guarionex, Caonabo, Behechio, Guacanagari y Cayacoa. Los había ademas inferiores, no ménos queridos en sus comarcas. Cinco presenciaron en casa de Guacanagari la coronacion del Almirante. Eran éstos una especie de feudatarios de aquellos monarcas. Asomaba aquí ya cierta organizacion política, tanto más cuando, segun Oviedo, se confederaban los caciques mayores á cada invasion ó amenaza de los caribes y, segun Colon y Las Casas,

entre la Corona y el Pueblo existía con el nombre de *nitaynos* una clase de nobles.

Los cacicazgos eran allí todos hereditarios. Sucedían, segun Pedro Martir, primero los hijos de hermana, despues los hermanos, por fin los hijos; pero tengo por más cierta la asercion de Oviedo, segun la cual venían llamados ante todo los hijos, luégo los hermanos, á la postre los hijos de hermana. Oviedo, aunque posterior á Pedro Martir, dice que lo supo y es muy fácil que lo supiera de indígenas que habían alcanzado el tiempo de los caciques. Resulta de todas maneras indudable que eran preferidos los hijos de hermana á los de hermano. Dábase por toda razon que sólo de aquéllos cabía asegurar que llevaran sangre de la familia.

Recibían los caciques al nacer multitud de nombres. Recibíanlos de los muchos magnates que se apresuraban á visitarlos y los saludaban con diversos epítetos. Así Behechio se llamaba *Tureigua Hobin*, rey que brilla como el oro; *Starei*, refulgente; *Huiho*, alteza; *Duiheyniquem*, caudaloso río. Con estas y otras muchas denominaciones se le había saludado en la cuna, y con todas se decoraba siempre que de una manera solemne había de significar su voluntad á los súbditos. Como observará el lector, alcanzó tambien á los monarcas salvajes la manía de encabezar con larga série de nombres pragmáticas y decretos.

Esta costumbre, si ridícula, era por lo ménos inofensiva. No lo era ya la que se observaba al morir de los caciques. De grado ó por fuerza bajaban con ellos al sepulcro sus más hermosas mujeres: se las enterraba vivas con todos los objetos que más agradaran en vida al difunto. Tres habrían bajado á la tumba de Behechio por mandato de Anacaona á no haberlo impedido con sus reflexiones y ruegos unos padres de la órden de San Francisco. Bajó una, Guanahaltabenequena, de quien se dice que aventajaba en belleza á todas las de la Isla. Era muy celebrada la que se ofrecía voluntariamente al sacrificio.

Afortunadamente no en todas las islas ni en toda la de Hayti se observaba tan feroz costumbre. Se enterraba en muchos lugares con los caciques solo las joyas, las armas, cazabe y un cántaro de agua. Fajábase ordinariamente los cadáveres con anchas cintas de algodon de los piés á la cabeza, y se los sepultaba en profundas hoyas que se abovedaba con cañas para que no los oprimiese la tierra. No se los dejaba tendidos, sino sentados en bancos ó duhos. Duraban las exequias quince y veinte días. No se dejaba del alba á la noche de cantar las virtudes y lamentar la pérdida del ilustre difunto.

El cazabe y el cántaro de agua los ponían aquellas gentes en todos los sepulcros. Creían, como tantos otros bárbaros, que había un más allá en la vida. Hablaban todas de un cielo á que iban los muertos, y algunas hasta de un infierno donde los malvados purgaban sus delitos. Es notable sobre este punto lo que un anciano de ochenta años dijo á Colon en Cuba despues de haberle regalado una cesta de frutas: «Sabemos que con poderosa mano has recorrido estas islas, hasta

ahora para ti desconocidas, y has llevado á todas no poco temor y espanto. Te ruego consideres que hay para las almas al salir de los cuerpos dos caminos: uno que conduce á un lugar triste y tenebroso, donde gimen los que hicieron violencia al humano linaje, otro que lleva á deleitosas y alegres moradas donde gozan los que viviendo amaron la paz y el reposo de los pueblos. No dañarás ni molestarás á nadie como recuerdes que eres mortal y has de recibir despues de muerto por tus obras buenas premio, por las malas castigo.»

Naciones que tal creyeran no podían dejar de ser religiosas. Habían de admitir queriendo ó no la existencia de un juez sobrehumano que pesara en justa balanza nuestras virtudes y nuestros vicios. Díjose por algun tiempo que no adoraban sino el Sol y la Luna; pero súpose despues que por lo ménos en Hayti hablaban de un sér inmortal é invisible á quien daban los nombres de *Guamaonocon* y *Yocaúna*. Habitaba este dios, segun sus tradiciones, en los estrellados cielos con su madre, y manifestaba su voluntad á la tierra por sus mensajeros los cemíes. La madre se llamaba *Atabeira*, *Jemaona*, *Guacarapita*, *Yiella* y *Guimaroa;* y los cemíes eran espíritus que así dictaban como ejecutaban las órdenes del celeste númen. A esos cemíes se rendía exclusivamente culto: de ellos y solo de ellos se esperaba la lluvia para los sedientos campos, la fausta suerte de los que nacían, la paz y el descanso para los conturbados pueblos.

Representaban generalmente aquellas naciones á los cemíes bajo las feas y espantables formas que acostumbramos á dar al diablo. Teníanlos en cada poblacion y en cada hogar, como los antiguos romanos á sus dioses lares, entallábanlos en sus duhos, los llevaban con no poca frecuencia al cuello, y, cuando iban de guerra, se los ataban á la frente como para que les sirvieran de amuleto y escudo. Grabábanlos en sus joyas, pintábanlos en sus moscadores, poníanlos donde quiera que tuviesen interes en recordarlos, y á cada momento les hacían ofrendas, les dirigían preces y les pedían cuanto necesitaban ó podía contribuir á su más agradable vida. Los interrogaban tambien sobre lo porvenir; pero no en sus casas sino en sus templos.

Llamo templos á ciertas casas grandes que solía haber en cada pueblo consagradas á los cemíes. Estaban comunmente adornadas de hojas y flores y algunas de altos relieves; tenían en el fondo el altar del cemí con una fuente de tabaco en hoja ó en polvo. Allí se reunían en ocasiones solemnes con exclusion de la profana muchedumbre los caciques, los nitaynos y los bohitis, los médicos-sacerdotes de otros pueblos. La muchedumbre quedaba á la puerta para recibir luégo de segunda mano las revelaciones del ídolo. Consultábase, por ejemplo, al cemí sobre la conducta que debía seguirse para obtener victoria contra los caribes ó para que alguna calamidad cesara de afligir la Isla. Absorbía un bohiti por las narices el polvo ó el humo del tabaco, y caía á poco al suelo trastornados los sentidos. Ya que se reponía algun tanto, se incorporaba y permanecía buen rato la cabeza baja, las manos en las rodillas. De improviso, como si volviera de

un sueño, levantaba la frente, ponía los ojos en el cielo y profería ininteligibles palabras. «Ha vuelto ya de su conferencia con los dioses» exclamaban los circunstantes, y prorumpían en voces de júbilo. El bohiti entónces se levantaba y decía en tono grave lo que pretendía haber oido de boca de los mismos cemíes; los nitaynos lo repetían al vulgo.

A veces los cemíes hablaban directamente al pueblo. Huecas sus imágenes, comunicaban por tubos escondidos entre ramas y flores con lugares oscuros del templo. Desde allí les hacían los caciques dictar las órdenes ó dar los consejos que les convenían. Empleaban este medio y permitían la entrada de la muchedumbre en el sagrado recinto siempre que se proponían, como ántes he dicho, exigirle algo á que no estuviese dispuesta. Habían aprendido tambien los reyes de aquellas islas á tomar la religion por instrumento. No se apenaron poco al ver descubierta la supercherías por los soldados del Almirante: les rogaron con grande ahinco no la revelaran á sus vasallos.

De algunos cemíes contaban los haytianos verdaderas maravillas. Aseguraban que el cacique Guamarete allá en la cumbre de su casa tenía atado y sujeto uno por nombre *Corocoto*, que con harta frecuencia rompía las ligaduras y bajaba á cohabitar con las mujeres del pueblo. Los hijos del Cemí, decían, se distinguen de los demas niños en que nacen con dos coronas en la cabeza. Fué vencido un día Guamarete y devastada su córte: Corocoto escapó ileso y pareció á más de trescientos pasos de distancia.—Hablábase de otro cemí llamado *Epileguanita*, que abandonaba muchas veces sus altares por los vecinos bosques. Al notar la falta sus adoradores, iban por compañías á buscarle no sin recitar piadosas preces; y, ya que le encontraban, habían de volverle en hombros al desamparado templo.—Se hacía memoria de un cemí hembra que tenía otros dos númenes á sus órdenes. Cuando se irritaba ese cemí con sus fieles porque no le rendían el debido culto, se refería que enviaba á uno de sus dos servidores á los demas cemíes para que cubrieran de nubes el horizonte y soltaran los vientos, y delegaba al otro para que recogiera las aguas que bajasen de los altos montes y lanzándolas sobre los valles como impetuoso torrente arrasara los campos.

No todos esos cemíes eran de la misma sustancia. Los había de piedra, de barro, de madera, de oro, de algodon, de yuca. Pretendían los haytianos que cuando les daban cuerpo era porque los habían visto en espíritu; y los hacían de una ú otra materia segun habían tenido la fortuna de verlos en peñascos, en tierras blandas, en bosques, en minas de oro, en algodonales ó en yucatales.

Ni eran todos los cemíes igualmente poderosos. A semejanza de los dioses del Paganismo tenían unos en sus manos la luz y las tinieblas, otros la tempestad y la calma, otros la salud y la peste, otros la paz y la guerra, otros la vida y la muerte. Quienes eran los génios de las selvas y quienes los de los campos; quienes los del mar y quienes los de la tierra. Sobre que no había pueblo, cacique ni familia que no creyera tener los mejores cemíes y no mirara con desden los ajenos.

Los bohitis ó sacerdotes de esos cemíes he indicado ya que eran médicos. Conocían y aplicaban la virtud de muchas plantas: pero, como las de otras tantas naciones salvajes, para curar las dolencias de gravedad recurrían más á la impostura que á la naturaleza. Se presentaban al enfermo llevando ocultos en la boca huesos, piedras ú otros objetos; y despues de repetidas andanzas y raros gestos, y chuparle y frotarle de piés á cabeza le hacían creer que le habían extraido del cuerpo aquel hueso ó guija. «Hé aquí lo que te hacía sufrir, le decían: por concluidos puedes dar tus padecimientos.»

Lo extraño era que esas piedras pasaban á ser para los haytianos materia de veneracion y culto. Guardábanlas sobre todo las mujeres, que las creían de grande eficacia para sus alumbramientos: las tenían envueltas en finísimos paños y las estimaban y consideraban como á los cemíes. Segun Colon, hasta los caciques daban valor á tan insignificantes piedras. Los más, dice, poseen tres á que son muy devotos: una buena para que produzca el suelo abundantes frutos, otra para que sean felices los partos, otra para que oportunamente se sucedan el sol y la lluvia.

No es todo eso tan de extrañar si atendemos al carácter supersticioso de aquellas gentes. Creían que de noche andaban errantes los muertos, comían de cierta fruta que llamaron *guanaba*, se acostaban con los vivos y tomando formas viriles excitaban el sensualismo de las mujeres; que se desvanecían en cuanto las hembras intentaban saciar sus apetitos; que carecían de ombligo y podían por esta falta ser fácilmente distinguidos de los mortales; que gustaban de aparecerse en los caminos, y, así como se disolvían al dar con esforzados viajeros, espantaban de tal modo á los cobardes que les producían la muerte. Creían tambien que cuando fallecía alguno de sus deudos, podían arrancarle y le arrancaban mediante ciertas ceremonias y sortilegios la declaracion de haber ó no sucumbido por negligencia del médico. ¡Desgraciado del bohiti si entendían que la declaracion era afirmativa! Procuraban matarle á palos; y, ya que no lo consiguiesen, le arrancanban los testículos y los ojos. Le suponían en relaciones con el diablo, y pensaban que solo por este medio le podían quitar la vida.

Por disparatadas que parezcan tales ideas, lo han de parecer mucho más las que los haytianos habían concebido sobre el orígen de las cosas y de los hombres. Decían aquellos pobres bárbaros que habían salido el Sol y la Luna de cierto antro, sito en los dominios del cacique Machinnech, que había por nombre *Yohuanaboyna* ó *Yovovava*. En los primeros años de la Conquista hacían aún frecuentes peregrinaciones á tan profunda cueva, que estaba toda cubierta de pinturas y contenía dos cemíes de piedra, llamados *Boiniael* y *Maroyo*. Teníanla en tanto, escribe Pedro Martir, como los griegos á la ciudad de Corinto y los cristianos á las de Jerusalem y Roma.

En otras dos cavernas afirmaban que habían nacido los primeros hombres: en las de *Cacibagiaguá* y *Amayaúva*, que estaban abiertas en el cerro de Canta

ó Cauta, uno de los más notables de la region de Caunaná ó Caanau. Las cosas que sobre esos hombres contaban eran singulares. Nuestros padres, decian, no pudieron en mucho tiempo dejar sus oscuras cuevas: les estaba prohibido ver la luz del Sol y la Luna. Estaban guardados de noche por *Maracoel*, que no se apartaba de la boca de los dos antros. Dejóla cierta noche por el deseo de conocer la tierra, y quedó convertido en piedra luégo que le alcanzó el Sol con sus primeros rayos.

Se perdieron tambien otros por su impaciencia. Salieron á pescar en noche cerrada y como no acertasen á volver á sus cuevas ántes del día, no bien fueron heridos del Sol, se volvieron mirabolanos.

Había entre aquellos hombres uno llamado *Guagagiona* ó *Vaguoniona*, de gran resolucion y energía. Envió á su criado *Yadruvaba* por una yerba con que acostumbraban todos á frotarse el cuerpo cada vez que se bañaban, y no le volvió á ver porque se le ganó tambien el Sol y se le trasformó en cierto pájaro que canta como el ruiseñor al apuntar el día. No pudiendo ya sufrir por más tiempo tantas privaciones ni tan dura servidumbre, «dejad, dijo á las mujeres, vuestro maridos y vuestros padres, tomad vuestras joyas y vámonos á otras tierras: volveremos despues por vuestros hijos».

Partió Guagagiona con todas las hembras, las abandonó en Matinino y fué recorriendo el mundo. Grande fué el dolor de los hombres de Cacibagiaguá y Amayauva cuando se encontraron sin sus hijas y sus esposas. Dejaron sus oscuras moradas, se extendieron por la tierra de Hayti, y no salían de sus casas que no anduvieran buscando las huellas de sus mujeres. Un día, miéntras se estaban lavando, con gran sorpresa y no menor contento acertaron á distinguir entre las ramas de los árboles séres con formas humanas aunque sin sexo. Se afanaron por cogerlos, pero inútilmente: no los alcanzaban que no se lés deslizasen como anguilas. Buscaron entónces por consejo y órden de sus caciques á ciertos leprosos llamados *caracaracoles*, de quienes esperaron que por tener ásperas las manos habían de poder apresar tan resbaladizos séres. Lograron al fin su intento, mas ¿qué hacer de personas, si bellas, inútiles para el placer é ineptas para la reproduccion de la especie?

Idearon á la sazon utilizar los instintos de un pájaro que taladra las cortezas de los árboles con el fin de procurarse insectos para satisfaccion de su apetito: el picamaderos, en lengua de Hayti *inriri*. Ataron de piés y manos á los séres neutros, los sujetaron á postes, les aplicaron en lugar conveniente inriris y los vieron á poco trasformados en mujeres. Reemplazaron así á las perdidas hembras, y, pudiendo ya reproducirse, se derramaron por la haz de la tierra.

Lo más raro es que los haytianos daban al mar un orígen posterior al del hombre. Hubo aquí, decían, un varon poderoso, por nombre *Iaia*, que tuvo amenazados sus días por *Iahiael*, su propio hijo. Le desterró primero, le mató despues y le dió por sepulcro una calabaza que colgó del techo de su palacio.

Deseó volverle á ver trascurridos algunos meses, y con asentimiento de su esposa bajó la calabaza. ¡Cuál no hubo de ser su maravilla al encontrar en vez de los huesos de su hijo peces grandes y chicos que pugnaban por salir de tan estrecha cárcel!

Colgó de nuevo Iahia el raro sepulcro de Iahiael, pero no sin participar á vecinos y deudos el prodigio. Un día que estaba en sus conucos, es decir en sus campos, tuvo por desventura en su casa á cuatro hermanos mellizos, cuyo nacimiento había costado la vida á su madre *Itiba Tahuvava*. Llevaban deseo los cuatro de contemplar la calabaza, y al ver los peces no pudieron resistir á la tentacion de comérselos. Sienten á poco los pasos de Iaia, se turban, no aciertan á reponer las cosas en el lugar que les corresponde y dejan caer el incomprensible vaso. Roto ya, todo un mar cubre la tierra con sus cetáceos y sus ondas. Sobrenadan sólo los montes y sus mesetas, es decir las islas. De aquí el Océano, de aquí las Antillas, de aquí el Archipiélago.

¿Qué no podría decir ahora si fuese amigo de apoyar aventuradas teorías en las más absurdas tradiciones? Puesto que aquí se daba al mar un origen posterior al del hombre ¿sería tan violento suponer que Hayti formó un día parte de la tierra firme y los que la habitaban no tuvieron idea del Océano hasta que por un cataclismo como el que refiere Platon á propósito de su Atlántida quedó roto en mil pedazos aquel continente?

He despojado de inoportunos pormenores esa extraña cosmogonía de los haytianos para que sin esfuerzo se la pueda abarcar en conjunto. Los consignaré ahora para completar la leyenda. Los niños de pecho de las mujeres que partieron con Guagagiona quedaron en las orillas de un arroyo. Acosados por el hambre, no cesaban de repetir *too*, *too*, es decir teta, teta. Fueron convertidos, quien dice en ranas, quien en animalillos á que se daba el nombre de *tonas*.—Aunque se ha dicho que salió Guagagiona de la cueva sólo con las mujeres, se llevó, á lo que parece, á su cuñado Anacacugia, que era tambien su cacique. Codicioso de todas las hembras y á fin de no tener con quien compartirlas, le arrojó por engaño al mar un día que lo pasaban en su barca.—Matinino estaba desierto cuando llegó allí Guagagiona. Como no lo ocuparon sino mujeres, aún en los años de la Conquista se lo supuso poblado de unas como amazonas que no admitian varon sino por tiempo.—Era sensualísimo Guagagiona y estuvo plagado de bubas. Vió un día á cierta mujer á quien había dejado en el mar despues de supremos goces, y ansioso de repetirlos se retiró á lugar apartado en que se consagró exclusivamente á lavar y limpiar su cuerpo. Ya que lo tuvo limpio, disfrutó nuevamente de aquella mujer, que se llamaba *Guabonito*, y de ella recibió, sobre muchas sartas de pedrezuelas para los brazos y la garganta, el guanin que fué luego insignia de la autoridad de los reyes.—Los cuatro mellizos, por fin, despues de haber promovido la inundacion de la tierra, se llegaron á la puerta de Basamanaco y le pidieron cazabe. Colérico el hombre se echó

la mano á la nariz y arrojó á las espaldas de Damivan una calabaza llena de tabaco ó lo que es lo mismo de *cogioba*. De las espaldas de Damivan, que con el golpe se hincharon desmesuradamente, nació viva una tortuga que los hermanos llevaron á sus nuevos hogares. ¿Cabrán mayores ni mas incoherentes extravagancias?

La incoherencia tal vez sea hija, no de la imaginacion de los haytianos, sino del escaso talento del eremita Fray Roman Pane, que aprendió la lengua del País y recogió estas noticias de labios de los indígenas. No acertó Pane á dar unidad y cohesion á tan heterogéneos datos; y tuvo por otro lado tan mala suerte, que apénas cabe determinar lo que escribió sobre ciertos puntos segun las variantes con que se lo ha reproducido en la *Historia del Almirante* por Fernando Colon y en las *Decadas y Epístolas* de Pedro Mártir de Anglería. Concuerdan sólo en lo sustancial las dos reproducciones: ¿para cuál de las dos se tendría á la vista el manuscrito original del Eremita? Es probable que lo poseyera Fernando, puesto que por encargo de su padre Cristóbal se hizo tan interesante trabajo.

Lo difícil es ahora saber si esas tradiciones y creencias de Hayti eran comunes á las demas islas objeto de este capítulo. Lo eran indudablemente las costumbres. Lo era el idioma á juzgar por lo que escribe Colon y la facilidad con que sus intérpretes lucayos entendían á los habitantes de Cuba y Santo Domingo. Se hablaba en toda aquella parte del Archipiélago varios dialectos, pero una sola lengua. Uno solo era tambien el modo de construir las casas, las canoas, las armas. Se creía universalmente en la vida futura, se adoraba ídolos, se edificaba templos y había médicos-sacerdotes. Lógicamente no cabe, sin embargo, inferir de tales y tantos hechos que hubiese la misma idea de Dios ni la misma cosmogonía. Los manacicas, como recordará el lector, profesaban una religion completamente distinta de la que seguían los demas Chiquitos; y aquí la cosmogonía tiene un sello local que permite muy bien dudar fuese la de todas las islas que describo.

No lo era á mi entender ni aún la teogonía. En la isla de Cuba, en la comarca del noble octogenario que dirigió á Colon tan sentidas palabras sobre la otra vida, se consideraba dios, segun Pedro Mártir, al astro del dia y se le tributaba culto. Dirigíanse al amanecer varones y hembras á la orilla del mar, á la de una fuente ó á la de un río, se bañaban manos y rostro en cuanto doraba el Sol las cumbres de los montes y humillándose le adoraban.

Era distinta en aquella comarca, segun el mismo Pedro Mártir, hasta la forma de gobierno. Mandaban allí los ancianos. No se conocía la distincion de lo tuyo y lo mio, si estímulo de la actividad del hombre, semilla de tantas discordias y de tantos males: como la luz y el agua era comun la tierra. Retirábanse los hombres de edad, luégo de haber saludado al Sol, á la sombra de altos y verdes árboles para deliberar sobre los negocios de la República; y en tanto los mozos iban segun los tiempos á sembrar los campos ó á recoger las cosechas que habian

de servir para el comun sustento. Pocas las necesidades, muchos los medios de cubrirlas, todo de todos y nada de nadie, se vivía allí, dicen, en paz y ventura sin cercados, puertas, leyes, tribunales ni suplicios. Vida realmente feliz, si no tuviéramos otro destino que el de satisfacer los apetitos del cuerpo.

Diferencias las había dentro del mismo Hayti. Sin hablar de los caribes, que vió Colon ya en su primer viaje cuando al volver á España por la bahía de Samaná envió gente á tierra, se sabe de unos hombres completamente salvajes que poblaban los montes de Guacayarima. Ignoraban estas gentes la agricultura y no se mantenían sino de las raíces, yerbas y frutos que les daba espontáneamente la naturaleza; tenían por morada cavernas y desconocían toda industria que no fuese la de sus armas; poseían en comun lo poco de que disponían y sólo en propiedad á sus mujeres, de las que se apartaban cuando querían.

No bastan, con todo, estas diferencias, á lo que entiendo, para dejar de incluir en un grupo las islas de que escribo. Son muchas más las semejanzas; y es evidente que, si por diferencias tales hubiésemos de distinguir los pueblos en historias que no fueran simples monografías, habríamos de renunciar á toda clasificacion aún dentro de naciones constituidas desde siglos, como lo son hoy casi todas las de Europa. En nuestra misma España, en la provincia de Cáceres, en las Hurdes hay todavía salvajes que no difieren mucho de los de Guacayarima. He abrazado por esta razon y seguiré abrazando en un solo estudio todas las islas al Noroeste de la de Puerto Rico.

En todas estas islas eran de ordinario grandes las poblaciones. No las constituian siete ú ocho caseríos al rededor de una plaza como entre los caribes. Las vió Colon de mil y dos mil fuegos así en Cuba como en Hayti. Estaban muchas á la vera del mar ó de los ríos; no pocas en la cumbre ó las vertientes de pequeños altozanos. Carecían generalmente de calles; tenían en los contornos los conucos donde se hacían las plantaciones y las siembras. Había casi en todas, principalmente en las de Santo Domingo, *batey* ó juego de pelota, en algunas hasta dos: uno dentro, afuera el otro. No era sino muy comun que en el de las afueras hubiese asientos para los espectadores.

Las casas eran de ordinario para una sola familia. Las había tambien para muchas, si hemos de creer á los soldados de Colon, que hablaron de un pueblo de Cuba de cincuenta hogares y mil vecinos. La construccion era en todas partes la misma. Alfaneques, es decir tiendas de campaña, parecieron en todas las islas á nuestro Almirante. Y que esta fuese su forma nos lo confirman el texto y los dibujos de Gonzalo Fernandez de Oviedo. Eran, no cilíndricas, pero sí poliédricas hasta el arranque del techo, cónicas hasta el remate. Se les daba el nombre de *buhios*, en Santo Domingo el de *eracras*.

Se levantaba esos buhios de la manera siguiente. Se hincaba en el suelo á la redonda un número de postes ó troncos doble del de los lados que había de tener la casa, y en el centro un madero de mucho mayor altura. A ese madero se

hacía luego converger las varas que habían de formar el techo y arrancaban de las soleras que se ponía en la parte superior de los postes. De poste á poste se hacía paredes con hermosas cañas que se entraba tambien en la tierra y se unía y sujetaba por flexibles bejucos; y de vara á vara, otro tejido horizontal de cañas que se cubría con hojas de bihao ó luengas y delgadas pajas. Solían estas casas tener dos puertas.

Eran algo diferentes las de los caciques y nitaynos. Tenian más altas las paredes, cuadrilátera la planta, á dos aguas el techo y la entrada en el fondo de un zaguan que les daba cierto aire de grandeza. Presentaban las unas como las otras bueno y agradable aspecto: las hacía hasta bellas la igualdad de los postes, de las cañas, de las ataduras de los bejucos y de las pajas ú hojas de bihao. Puertas y ventanas llevaban dintel y jambas. Estaban los aposentos aseados y limpios.

Los bateyes ó juegos de pelota distaban de ser como los trinquetes de España. Carecían de cerca los de los campos; tenían los de las plazas por límites las casas contiguas. En los de los campos los asientos eran todos de piedra para el vulgo des los espectadores, de madera prolijamente entallada y labrada para los caciques. Jugaban allí hombres contra hombres y mujeres contra mujeres, y alguna vez hembras contra varones y casadas contra doncellas. Divididos en dos bandos los jugadores y puestos uno de otro á bastante distancia, el juego consistía unicamente en que hiciera cada partido pasar la pelota más allá del contrario y el contrario lo impidiera. No hacían falta paredes ni se las conocía que pudiesen resistirla y rechazarla.

Eran las pelotas sumamente elásticas aunque macizas. Estaban compuestas de raíces, jugos y yerbas de que por el fuego se hacía una pasta. Recibirlas con la mano era punto ménos que imposible: se las recibía con el hombro, con la cabeza, con el codo, con la rodilla y principalmente con la cadera. No mostraban en ésto los habitantes de nuestras islas ménos habilidad que los otomacos. No eran, sin embargo, tan fuertes.

Tal vez fuese ésto debido al desenfrenado sensualismo de aquellas naciones. Oviedo no vacila en afirmar que las mujeres de Hayti eran las más voluptuosas de América. En Hayti y en las demas islas estaban permitidos la poligamia y el repudio. Se era sodomita hasta con las hembras: achaca el mismo Oviedo este vicio al cacique Guacanagari. Hombres sin pudor se prestaban al oficio de rameras y lo publicaban vistiendo naguas. No estaba prohibido sino el incesto. Nadie casaba con madre, hija ni hermana: el que con ellas yacía era infame á los ojos de sus convecinos.

Lo que no he podido averiguar son los ritus para el matrimonio. Tal vez aquellas gentes no los tuvieron. Tal vez redujeran las bodas como tantos otros pueblos á la simple entrega de la novia por los padres. No sería de extrañar la falta de ceremonias donde tan embrionarias eran así la autoridad civil como la religiosa.

Se conoce poco la vida social de los habitantes de aquellas islas. Pongo fin al capítulo reproduciendo las noticias que da Colon sobre la conducta que seguían con los enfermos y los muertos. A lo que parece no eran más humanos con los enfermos que los patagones y los tapuyas. Desde el momento en que creían imposible curarlos ó los echaban de sus hogares, ó los dejaban solos poniéndoles á la mano cazabe y vino, ó los mataban para abreviarles la agonía. Solían abreviar así la de los caciques y cuando éstos lo permitían la de los vasallos. A los muertos no siempre los enterraban; quemaban á muchos en vastos hogueras. Ni siempre tampoco fajaban los cadáveres de sus reyes; los abrían á veces y los secaban al fuego ántes de sepultarlos. Ni era raro que hiciesen otro tanto con la cabeza de otros difuntos.

Cambian aquí las costumbres de lugar á lugar, de villa á villa: ¿cómo no habían de cambiar allí donde tan débil era el sentimiento de colectividad y tan escasas las relaciones de pueblo á pueblo?

CAPÍTULO XXII

America Septentrional.—Florida.—Extension que tiene hoy.—Extension que se le daba en tiempo de la Conquista.—Por que me limito en este capítulo a la actual Florida.—Caracter físico y moral de los habitantes.—Traje.—Manera de llevar el pelo.—Adornos.—Fausto de los caciques.—Sentimiento de belleza que en todos los habitantes se observaba.—Ejercicios y certamenes.—Armas.—Destreza en manejar el arco.—Formidables disparos que con el se hacian.—Guerras.—Imponentes ceremonias por que se las empezaba.—Marcha de los ejércitos.—Nuevas ceremonias al entrar en territorio enemigo.—Batallas.—Actos de crueldad con los contrarios que sucumbían.—Respeto á los prisioneros.—Incendio de pueblos.—Toma de plazas.—Nuevas ceremonias despues de la guerra.—Súplicas de las viudas.—Como se recogía á los soldados muertos en accion de guerra.—Enterramientos.—Panteones de los caciques.—Asambleas.—Bebida de la casina.—Ejecuciones.—Sacrificio de los hijos primogénitos.—Casamiento de los caciques.—Manera como se llevaba á la novia al lugar en que la esperaba el marido.—Manera como el marido la recibía.—Duelos á la muerte de los caciques.—Leyes de sucesion.—Culto al Sol.—Fiesta del Ciervo.—Cultivo de la tierra.—Acopios de cereales y legumbres.—Hambres.—Caza.—Vacas.—Venados.—Manera de cazar á los ciervos.—Manera de cazar á los caimanes.—Industria.—Habilidad en curtir y adobar pieles.—Artes de construccion.—Casas.—Poblaciones.—Vida social.—Costumbres.—Los sodomitas.—Educacion de los hijos.—Condicion de la mujer.—Preocupaciones.—Estado de la Medicina.[1]

Vuelvo á poner el pié en la América Septentrional, objeto de mis primeros estudios. Hablé ántes de sus pueblos cultos: hablaré ahora de sus pueblos bárbaros.

Entro por la Florida, que llamaron *Jaguaca* sus antiguos moradores y *Caucio* los habitantes de las cercanas islas. Hoy es uno de los Estados de la república de Washington y se extiende al Norte sólo del grado veinticinco al treinta y uno, de Oriente á Occidente sólo desde el Atlántico á las márgenes del Perdido; mas en los años de la Conquista abrazaba nada ménos que todas las riberas del golfo de Méjico desde Pánuco al estrecho de Barens y tierra adentro hasta los grandes lagos y el río de San Lorenzo. No creían á la sazon haber salido de la Florida ni los españoles que con Hernando de Soto habían desembarcado en la bahía de Tampa y reembarcádose en las bocas del Mississipí, ni aquel famoso Alvar Nuñez Cabeza de Vaca que despues de la catástrofe de Pánfilo de Narvaez fué desde las orillas del Appalachicola á Culiacan, hoy ciudad de Méjico y entónces alcaldía mayor del reino de Nueva Galicia. Como parte de la Florida consideraban tambien los franceses

[1] Fuentes de este capítulo: Garcilaso de la Vega, *La Florida*, lib. I, cap. IV, lib. II, cap. III: segunda parte del mismo libro, caps. XVIII y XXV.—Cardenas y Cano, *Ensayo Cronológico para la Historia General de la Florida*, décadas 1.ª 5.ª y 6.ª—Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, *Naufragios del mismo*, caps. VII, XIV, XV y XXIV.—Lemoyne, *Indorum Floridam Provinciam inhabitantium icones..... nunc a* Theodoro de Bry *in aes incisae et evulgatae*. Vol. Florida.—

de aquel siglo las posesiones que tenían más allá del grado treinta y dos en la costa de Levante.

En esta vastísima extension de tierra había, sin embargo, tantas y tan diversas naciones, que sería ilógico describirlas confusa é indistintamente. Era ya grande la variedad de costumbres que se notaba entre las de la actual Florida y las de Georgia, las dos Carolinas y Virginia; así que á la actual Florida reduciré por de pronto el campo de mis observaciones.

Eran los hombres de la Florida altos, enjutos, bien dispuestos, ágiles y de muchas fuerzas; valientes, belicosos é indóciles á todo extranjero yugo; no ménos astutos y pérfidos que esforzados contra sus enemigos; blandos y sumisos para con sus reyes. Iban en algunas partes completamente desnudos; pero en las más con pañetes de cuero de venado entre los muslos á guisa de maxtles. Llevaban ademas, sobre todo los de alguna distincion, mantas de pieles que sujetaban al cuello. Enteramente desnuda no sé que fuese ninguna hembra: cubrían todas su naturaleza ya que no con faldas de gamuza, con esas hermosas *tillandsias* que tan frecuentemente cuelgan de los árboles de aquellos bosques en forma de largos y elegantes flecos.

Mujeres y hombres dejaban crecer el cabello; mas no todos lo llevaban de igual manera. Llevábanlo las mujeres suelto y flotando por la espalda; recogido y atado los hombres. Hacíanse algunos al rededor de la cabeza una especie de corona de pelo corto; ceñíanse otros madejas de hilo de color que anudaban en la frente de modo que los cabos vinieran á caer sobre las sienes. Hembras y varones se taladraban las orejas; en algunos pueblos los varones el lábio inferior y hasta los pechos. Pintábanse los hombres, no las mujeres, y los hombres sólo cuando iban de guerra. No se labraban el cuerpo sino los caciques.

Amigos de adornos lo eran aquellos habitantes como los de otras comarcas. Los prodigaban principalmente en sus embajadas y sus fiestas. Poníanse en la cabeza altas y vistosas plumas, en las orejas vejiguillas de pescado teñidas de rojo que relumbraban como carbunclos, en la garganta collares de conchas, en manos y piés sartas de menudos dientes, sobre el cuerpo las ya indicadas pieles, casi todas de varios y caprichosos colores. Dejaban á veces las hembras el faldellin por el maxtle, y se ceñían á las caderas anchos cíngulos de que colgaban pequeños óvalos de oro y plata, ó suspendían de sus hombros tillandsias que á manera de bandas les caían sobre los muslos.

El mayor fausto estaba naturalmente en los caciques. Llevaban cubiertas sus carnes de bellos é indelebles dibujos, en pecho y espalda sendas placas de oro, al cuello, en los codos, en las muñecas, debajo de las rodillas sartales de gruesas y ricas perlas, en la mano un baston cuya cabeza formaba una como piña de vistosas plumas, prendido al hombro derecho un manto de piel de marta que trascendía de léjos á almizcle y habrian podido envidiar los primeros monarcas

de Europa. En las grandes ceremonias iban entre dos mancebos que les daban aire con altos moscadores y seguidos de otro que les sostenía la cola del manto para que no anduviera barriendo la tierra.

Había indudablemente en esas naciones, sobre todo en las que ocupaban la costa del Atlántico, mayor sentimiento de belleza del que hasta aquí hemos visto en los pueblos salvajes. Lo revelaban la manera de llevar el cabello, el uso de las tillandsias, la sobriedad y la simetría que se observaba en los dibujos y los adornos, el buen gusto de los collares y principalmente el de las martas enriquecidas con orlas. Esmerábanse allí varones y hembras hasta en acanalar y aguzar las uñas de piés y manos, y algunos se pintaban de azul los bordes de los lábios.

Distaban, con todo, aquellos hombres de ser gente afeminada y débil. De mozos se ejercitaban en la carrera, la caza, el tiro y el juego de pelota. Tenían para ésto sus certámenes y distribuían premios: un arco y un carcaj al que con más ímpetu y acierto disparaba sus flechas, un collar, tal vez un manto, al que más pronto alcanzaba la meta ó daba con la pelota en cierto cuadro de mimbre que fijaban allá en la cima del elevadísimo tronco de un árbol. Estimaban en mucho al cazador de fieras, y miraban hasta con supersticioso respeto al matador de leones.

A excepcion de las de fuego, conocían todo género de armas: la saeta, el dardo, la clava, la honda, la macana, la pica. Pero ninguna usaban más ni manejaban con más destreza que el arco. Hacíanlo de roble ó de otra madera no ménos dura, largo de seis á siete piés, récio como el brazo; y lo armaban, ya con nervios de venado, ya con tiras de cuero que mojaban, torcían, estiraban por enormes pesos y reducían á delgadas cuerdas. Lo tendían con suma facilidad hasta llevar la mano detras de la oreja, cuando no pudo enarcarlo español alguno hasta llevar la mano al rostro. La sacudida era tal despues del tiro, que no habrían podido resistirla á no traer defendida la parte interior del brazo izquierdo por un tejido de gruesas plumas á que daba siete ú ocho vueltas una ancha correa de piel de ciervo.

Hacían con este arco formidables disparos. Hirieron en Apalache al maese de campo de Soto sin que bastaran á protegerle un jubon estofado, una finísima cota de malla y una cuera de ante. Habían herido anteriormente á un caballo por los pechos, y le habían atravesado el corazon, el buche y los intestinos. Hasta cuatro dobleces de malla rompían con sus flechas; hasta robles gruesos como la pierna pasaban de parte á parte. Cosa tanto más de admirar, cuando no daban por hierro á sus largas saetas sino espinas de pescado ó puntas de pedernal más ó ménos agudas.

Hasta en esas armas satisfacían á veces su amor al lujo. Ya cubrían de ricas pieles sus arcos, ya los barnizaban y embetunaban, ya ponían arpones de oro en sus flechas. Ni era tan raro que llevasen á la espalda hermosos carcajes de pintado cuero.

Sin armas no iban jamas de viaje. Si acertaba su nacion á estar en guerra, hasta dormían con su arco. No despertaban de noche que no lo tentaran para ver si permanecía tirante. Como fuese mucho el peligro, ni cerraban los ojos: amigos de asechanzas y sorpresas, temían con razon las de sus contrarios. Y en guerra ¡vivían tan frecuentemente! No la hacían por espíritu de conquista, pero sí por rivalidades, por odios, por bravura de corazon, por hambre. Todo habían de temerlo entónces de sus enemigos: la esclavitud, la muerte, el incendio de sus hogares, el saqueo de sus panteones, la tala de sus campos; á excepcion de la pérdida de la pátria, todo género de azotes.

Abrían esas feroces guerras por imponentes ceremonias. A la voz de sus caciques se reunían en vastas llanuras. Iba cada cual con sus armas, y los ya conocidos por sus proezas, ó coronados de plumas ó cubiertos de cabezas de águilas, leones ó tigres. Sentábanse todos al rededor de su jefe, que tenía á su derecha dos cubos de agua y á su izquierda una hoguera encendida y guardaban profundo silencio. En pié el cacique, levantaba sus ojos al cielo, los revolvía airado, gesticulaba, decía entre dientes palabras que nadie entendía y terminaba por arrojar alaridos que repetía frenética la multitud dándose en los muslos con sus propias armas. Recibía en ésto un plato de madera lleno de agua y pedía respetuosamente al Sol que le permitiese derramar la sangre de sus enemigos como el agua que iba á verter sobre sus guerreros. Vertía efectivamente el agua sobre sus soldados y les decía: «¡así podais mañana con ajena sangre rociar la tierra!» Apagando luégo con uno de los dos cubos la hoguera, «¡así podais, añadía, extinguir á mis contrarios!» Prorumpía en grandes voces todo el ejército, se levantaba y se ponía en marcha.

No en toda la Florida caminaban las tropas ordenadamente, pero donde tál hacían guardaban invariables reglas. Iban divididas en frente, alas y retaguardia. En medio llevaban á su cacique; en las alas, mancebos ágiles que servían de exploradores; delante, esforzados caudillos que á falta de atabales y cornetas comunicaban sus órdenes por heraldos de voz de trueno. Donde se les ponía el Sol, allí acampaban. Distribuíanse entónces por decurias: en torno del Rey, las diez decurias de los hombres más valerosos y nobles; á diez pasos de distancia, otras veinte decurias; veinte pasos más léjos, otras cuarenta y así sucesivamente. Era verdaderamente singular la forma de los reales: una serie de círculos concéntricos al rededor del Monarca.

Al entrar el ejército en territorio enemigo, se celebraban nuevas ceremonias. A la faz de todos sus guerreros interrogaba el Cacique sobre el número, la fuerza y el asiento de sus contrarios á cierto anciano profeta que consigo llevaba. Colocábase el Mago en medio de las tropas, ponía en el suelo un escudo, trazaba en torno círculos y notas é hincaba en el paves las rodillas. Gesticulaba y murmuraba como si rezase, y á los pocos minutos se transfiguraba de modo que apénas se descubrían en su rostro vestigios de su primera efigie.

Hacía las más violentas contorsiones, y no parecía sino que se le descoyuntasen los huesos por los chasquidos que daban. De improviso recobraba su antiguo estado y permanecía momentos como atónito; salía del círculo mágico, saludaba al Rey y daba en alta voz cuenta de la situacion de los enemigos.

Ya frente á frente los dos campos, no tardaban en acometerse: si sometidos á táctica, en forma de cuadro; si no, confusamente apiñados al rededor de su cacique. Jugaban tras los arcos las porras, y se luchaba pronto cuerpo á cuerpo. Era generalmente ruda la batalla, tremendos los golpes, mucha la sangre vertida, grande la ferocidad de los vencedores. Con astillas de caña se cortaba y arrancaba la piel del cráneo á los contrarios que morían, como se pudiera haberlo cortado con escalpelos del mejor temple. Se los amputaba piernas y brazos, y rara vez se dejaba de entrarlos por el ano el hierro de una flecha. No se esperaba que concluyese la lucha para llevar á cabo tan bárbaros ultrajes; gentes escogidas al intento sacaban del campo á los enemigos que sucumbían y los mutilaban escudados por valerosas turmas. Allí mismo, como pudieran, curaban al fuego esas húmedas pieles y ensangrentados miembros. Por los que despues llevaban colgados de altas picas se medía la importancia del triunfo: que se los recogiera en el mayor número posible era el afan de todos los caciques.

En cambio respetaban todas aquellas naciones á los prisioneros. Ni los devoraban ni los mataban; los hacían esclavos. Sólo en algunas provincias para tenerlos más seguros los deszocaban, es decir les cortaban los nervios de un pié ó por encima del calcañar ó por el empeine. Ni á servidumbre los reducían si habían caido compatricios suyos en poder de los contrarios; los guardaban entónces para rescates. Tál sucedía de poder á poder, aunque no de hombre á hombre. De hombre á hombre solía ser más inhumana la guerra: el vencedor podía resistir difícilmente al deseo de arrancar al vencido la piel del cráneo.

Ni estaba reducido todo para los ejércitos á batallas campales. Se destacaba á veces cuarenta ó más soldados para destruir un pueblo. Provistos de flechas incendiarias, partían de noche estos bravos tan á las calladas que casi siempre lo sorprendían. Disparaban á una sus arcos, y, ya que lo veían arder, huían precipitadamente. La oscuridad, la confusion que el fuego producía, el deseo general de apagarlo les permitía por lo comun volver incólumes al campo. Otras veces se movía todo el ejército para tomar una plaza. La incendiaba tambien como la entrase, y se desvivía por llegar al enterramiento de los reyes. Quería á todo trance despojarlo de los trofeos que en la misma campaña ó en otras se le hubiese cogido. Allí estaban tal vez las cabelleras, tal vez los miembros de algunos de sus antiguos capitanes ó sus antiguos caciques.

Concluida la guerra y vueltas las tropas á sus hogares, se renovaba las ceremonias. Parecían hombres y mujeres en un llano donde se veía sobre altos postes los recien adquiridos trofeos. Sentados á la redonda, empezaban por oir

en silencio las imprecaciones que dirigía contra los enemigos uno de sus profetas. Estaba de pié el Profeta en medio del círculo con una pequeña imágen en la mano; delante de él, de rodillas, un hombre con una clava y otros dos con sonajas. A cada imprecacion del colérico Mago respondia el hombre de la clava descargándola con ímpetu sobre una piedra; acabadas las imprecaciones, cantaban los otros dos hombres al compas de las maracas las glorias de su pueblo. Prorumpía entónces la muchedumbre en alaridos de entusiasmo y se retiraba saludando á sus reyes.

A los pocos días acudian al Cacique las viudas de los soldados muertos en la campaña. Poníanse en cuclillas, se tapaban con las manos el rostro, y á grandes voces y con grandes lamentos le pedian que vengara á sus difuntos maridos. Le pedian tambien que no las desamparara en tan triste estado y las autorizara para otras nupcias concluido el plazo que establecian las leyes. Asentía á todo el Cacique, decíales palabras de consuelo, y salian las viudas gimiendo y llorando. Gimiendo y llorando continuaban hasta el día de honrar las tumbas de sus esposos. Cortábanse en aquel día los cabellos al ras de la nuca y los esparcian sobre las sepulturas. Allí dejaban tambien las armas del muerto y la concha en que habia bebido. No podian casarse de nuevo que no volviese la cabellera á cubrirles los hombros.

Extrañará tal vez el lector que pudiesen ir las viudas á los sepulcros de sus consortes. Es de advertir que aquellas naciones en sus guerras procuraban recoger los cadáveres de sus soldados y, como cupiera, los conducian á tierra pátria. Llevaban á propósito en sus ejércitos hombres de carga que iban provistos de parihuelas con asiento de mimbre, y no cuidaban sino de levantar y trasladar á los heridos y los muertos. Se ponía en las parihuelas á los muertos con la cabeza sobre una manta y cuando ménos una de las piernas ceñida por una faja de piel de gamuza. A algunos, tal vez á los más nobles, se les ceñia, ademas, con pieles un muslo y el pecho.

Los entierros no eran iguales en todas las naciones. Prevalecía la inhumacion en las de Oriente. Se inhumaba allí hasta los cadáveres de los caciques, en torno de cuyas fosas se hincaba en el suelo un círculo de flechas. En muchos pueblos de Occidente sepultaban tambien á los muertos; mas en otros los ponían dentro de ataudes de madera con tapas sin cerraduras ni goznes, y los llevaban á cementerios en despoblado donde se los dejaba á flor de tierra en tan mal guardadas arcas. No se enterraba en ninguna nacion de Occidente á los caciques. Se los metía en cajas algo mejor labradas y se los conducía al panteon de sus mayores, uno como templo en que se guardaba los trofeos ganados al enemigo y riquezas atesoradas en siglos.

Entre estos panteones los habia verdaderamente notables. No los describiré en este capítulo, porque los mejores estaban mucho más allá de la Florida, al Poniente, en el país de los Chickasaws, á las orillas del Yazoo. Los daré á

conocer en otras páginas de este libro, y se admirará indudablemente el lector de que en tan salvajes pueblos hubiesen podido llegar á tanta altura las artes y el fausto. Gigantescas estatuas á los dos lados de la puerta, sobre cada sepulcro la imágen del héroe que en él yacía, debajo de la cornisa largas series de figuras, del suelo á la techumbre pirámides de arcas llenas de aljófar y perlas, al rededor salones atestados de ricas y lujosas armas, tales eran los más característicos rasgos del panteon que vieron Hernando de Soto y sus capitanes en la corte de la reina Cofachiqui, panteon que no por ser de madera dejaba de revelar en su conjunto y en sus partes el alma de un pueblo artista.

Eran en la Florida omnipotentes los caciques. Solían tener, con todo, su consejo de nobles y consultarlo para la decision de los negocios arduos. Lo reunían algunos con gran ceremonia. En cierto lugar al aire libre hacían poner en hemiciclo tres bancos. Sentábanse en el del medio, un poco más alto que los otros, y recibían gravemente á sus senadores, que no tomaban asiento sin haberle saludado segun costumbre levantadas las manos á la cabeza. Reunida ya la asamblea, proponían el asunto que había motivado la convocatoria y abrían los debates. Debía cada senador decir lo que opinaba.

En tanto unas mujeres cocían allí mismo en grandes calderos de barro hojas de ciertas raíces de que hacían un mal brebaje llamado *casina*. En una misma concha bebíanlo primeramente el Rey, despues sus nobles. Teníase en tan poco al que no pudiéndolo resistir lo devolvía, que ni se le confiaba empresa difícil ni se le daba cargo alguno en los ejércitos. El soldado, se decía, está expuesto á pasar tres y cuatro días sin encontrar de que se alimente y con una taza de este licor resiste la sed y el hambre veinte y más horas: ¿qué cabe esperar del que no pueda recibirlo en su estómago? Terminaba la sesion por estas libaciones.

De esos mismos nobles se rodeaban los caciques en todos sus actos oficiales, hasta en el juicio y el castigo de los delincuentes. Como celebraban sus juntas, presidían las ejecuciones. Se obligaba á los condenados á muerte á que se hincaran de rodillas en el centro del hemiciclo. Les ponía el verdugo el pié en la espalda, y con una clava de ébano les abría de un golpe la cabeza.

Eran los caciques generalmente respetados y temidos. En algunas provincias hasta se los hacía objeto de culto. Se les sacrificaba nada ménos que los hijos primogénitos. Sentábase el Cacique el día del sacrificio en un escaño de madera á corta distancia del cual había un tajo; y al pié del tajo sobre los calcañares la desgraciada madre de la víctima cubierto con ambas manos el rostro. No léjos se colocaba entre seis mancebos uno gallardamente puesto, armado de lujosa clava. Adelantábase á poco, seguida de numerosas vírgenes, la más próxima parienta de la madre con el niño en brazos. Lo ofrecía al Cacique; y ya que éste lo aceptase, formaban corro las vírgenes y danzaban alegremente. Alegremente danzaba tambien en medio del brillante círculo la conductora de la pobre víctima. Danzaba y aún cantaba llena de júbilo y entusiasmo las alabanzas de sus

reyes. Se ponía luégo el niño sobre el tajo, y lo inmolaba el mancebo de la hermosa clava. ¡Ay de la madre!

No ya en algunas provincias sino en todas se celebraba con pompa el casamiento de los caciques. En andas se conducía á la afortunada esposa desde su casa al lugar en que la esperaba el marido. Iba sentada bajo un dosel de verde ramaje, llevada en hombros de nobles, precedida de músicos, acompañada de pajes que la defendían de los rayos del sol por altos y vistosos abanicos, seguida de jóvenes de su sexo con sartas de perlas en todo el cuerpo y canastillos de frutas en las manos, escoltada por guardias armados de picas, rodeada y aclamada por la muchedumbre.

Esperábala el marido con sus próceres en cierto lugar donde se alzaba entre dos bancos una ancha tarima con dos escaños. Sentábala al recibirla en el escaño izquierdo, sentábase él á la derecha y se sentaban en los bancos los senadores. Exponía el esposo á la esposa los motivos que le habían impulsado á elegirla, y contestaba la esposa al esposo cuan graciosamente podía sin faltar al recato. Empezaban al punto las danzas. Jóvenes de extraordinaria hermosura, substituido el faldellin por el pañete, colgadas del cinto piezas de plata y oro y atados, no recogidos, los cabellos, se desplegaban en círculo y bailaban cantando á coro ya las glorias del Rey, ya las gracias de la Reina. Reina y Rey iban luégo paseando con toda su servidumbre hasta el próximo bosque. Los acompañaba el pueblo.

No se honraba ménos á los caciques cuando morían. Guardaban sus vasallos por tres días y tres noches abstinencia y luto. Varones y hembras se recortaban los cabellos. Reuníanse durante seis lunas en torno del sepulcro multitud de plañideras, y asordaban los aires con lúgubres clamores. Tres veces por día renovaban estas mujeres sus lamentos: al rayar del alba, al mediodía y al caer de la tarde. Se quemaba con todo el ajuar la casa del difunto.

La ley general de sucesion era la primogenitura masculina. Sucedía al cacique muerto, no el primer hijo, sino el primer varon habido en la primera esposa. Habla Garcilaso de un reino poseido por tres hermanos y de otro regido por una hembra; pero están los dos fuera de los límites á que he circunscrito la Florida. La excepcion no destruye, por otra parte, la regla. ¿Determinaría la misma ley las sucesiones de los vasallos?

Segun ciertos autores no tuvieron aquellas gentes religion ni culto. No conocieron efectivamente templos, altares ni ídolos; y es muy de sospechar que algunas ni de Dios tuviesen la más remota idea. Es, sin embargo, indudable que las más adoraban el Sol y la Luna. Sobre haberlo escrito los capitanes de Hernando de Soto y aún los de Pánfilo de Narvaez, lo vió Jacobo Lemoyne por sus mismos ojos. Todos los años, dice, en los últimos días del mes de Febrero cogen los vasallos de Utina la piel del mayor ciervo que cazaron y la rellenan de todas las clases de raíces que más estiman. De cuernos, garganta y lomos le

cuelgan, ademas, ya coronas ya cintas de escogidos frutos. Así adornado, lo llevan al son de cánticos y flautas á una vasta y deliciosa llanura, y lo ponen en lo más alto del tronco de un árbol. Junto al árbol está de pié Utina y su mago; en torno los súbditos hincada la rodilla. Ruega el Cacique al Sol que le conceda abundante cosecha de cuantas raíces y frutos le ofrece, y la muchedumbre toda repite la plegaria. Se deja allí la piel del ciervo, y se retiran todos con la esperanza de que fecunde el Sol la tierra.

La tierra la cultivaban muchas de aquellas provincias con bastante ingenio. De huesos de grandes peces se habían fabricado azadones: la cavaban, le abrían con puntiagudos palos largas series de agujeros y en ellos depositaban las semillas. Sembraban principalmente maíz y fríjoles; y, como la cosecha lo permitiese, hacían de todo grandes acopios. Los hacían, á lo que entiendo, los súbditos y tambien los jefes. De los considerabilísimos depósitos de maíz que hallaron en algunos pueblos los españoles puede por lo ménos inferirse que á la manera de los reyes aztecas mantenían ciertos caciques graneros públicos para los años de hambre.

Segun el testimonio de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca el hambre era general y constante en algunas regiones de Occidente. Habla aquel escritor de pueblos á quienes la necesidad obligaba á cambiar todas las semanas de asiento. Los hay, escribe, condenados á mantenerse de raíces que tardan en asarse dos días: comen, ya que las encuentren, hormigas, lagartos y serpientes; y, si aciertan á coger pescado, guardan cuidadosamente las espinas y las reducen á polvo para tambien comerlas. Participó él de tan horrible pobreza, y añade que no se padece trabajo mayor en el mundo.

Se remediaba de vez en cuando tanta miseria por la caza. Segun el mismo Alvar Nuñez, había allí vacas como las de Europa. Tres veces las he visto, dice, y aún he comido de ellas: son á mi parecer del tamaño de las de Castilla; no tienen sino menores los cuernos, más largo el pelo, mejor y más gruesa la carne. Del cuero de las mayores, añade, fabrican los indígenas mantas; del de las más pequeñas, zapatos y escudos.

Lo que abundaba en la tierra no eran, sin embargo, las vacas. Había muchos venados en toda la Florida, especialmente al Norte. Era por cierto ingeniosa la manera como en algunos pueblos se los cazaba. Cubiertos con pieles de ese mismo género de animales, se ponían agachados los cazadores á la orilla de los arroyos en que solían beber los ciervos; flechaban allí á sabor y sobre seguro á todo el que bajaba y bebía.

No se empleaba menor astucia para cazar á los caimanes. Se reunían diez ó más hombres, se armaban de un largo y nudoso tronco de árbol, se situaban no léjos de las márgenes de un río, levantaban una garita con agujeros, ponían allí su centinela y esperaban tranquilos á que, hostigado por el hambre, saliese del agua alguno de tan colosales lagartos. Cogían todos del áspero tronco en

cuanto oían la voz de alerta, y corrían á introducírselo por las fauces cuan alto podían á fin de que mejor pudieran asegurarlo y volcarlo sobre la espalda. Ya vuelto, lo mataban hiriéndolo en el vientre con dardos ó saetas.

Cazaban y pescaban todas aquellas naciones; y muchas trasladaban á los silos, ya privados, ya públicos, de que ántes hice memoria, los productos que no exigía la necesidad del momento. Curábanlos ántes al humo en altas barbacoas, y con tal arte que los podían conservar mucho tiempo sin que se les corrompieran.

Estaban tambien adelantadas en algunas industrias. Hacían de mimbres esteras para sus casas, lechos para sus parihuelas y cestos y canastillas de bellas y variadas formas; de corpulentos árboles, largas y estrechas canoas iguales á las que vimos en las islas de Cuba y Hayti; de arcilla, todo género de vasos; de madera y de pedernal, sus herramientas y sus armas. Eran sobre todo hábiles en curtir, adobar y pintar las pieles: de martas cebellinas componían flexibles y hermosas mantas que, segun los escritores todos del tiempo de la Conquista, dejaban atras las mejores de Europa.

Distaban en cambio de saber labrar los metales y recoger más oro del que arrastraban las arenas de sus ríos: sabían sólo extraer y perforar las perlas y aún no sin quitarles brillo y hermosura.

Tampoco habían hecho en las artes de construccion grandes progresos. Daban ordinariamente forma circular á sus casas y las cubrían de hojas de palma. Edificábanlas en algunas comarcas para una sola familia y en otras para muchas. Casas vió Alvar Nuñez capaces de trecientas personas y Hernando de Soto en unas pocas alojado su ejército.

Eran algo mejores que las casas la situacion y la fortificacion de los pueblos. Se los solía establecer en las regiones de Occidente á la raíz de bajas colinas. Donde no se las encontraba, las suplía por terraplenes de dos y tres picas de altura. Se ponía en la cumbre, que al efecto allanaban, el hogar del Cacique y los de sus deudos; abajo, al rededor de una plaza, los de los nobles; esparcidos por la llanura, los de la muchedumbre. Se subía al del Cacique por una escalera ancha de quince á veinte piés cercada de gruesos tablones. Por todos los demas puntos estaba la colina cortada.

En algunos pueblos tenían las escaleras de cien á cien pasos empalizadas ó palenques defendidos por los mejores guerreros.

Hácia Oriente estaban casi todas las poblaciones en llano. Vivía en medio el cacique; en torno suyo, la nobleza; más allá, la plebe; todos, dentro de una línea espiral de recios y altos maderos cuya estrecha entrada tenía en sus dos extremos garitas muy parecidas á las de Europa. Los maderos levantaban del suelo como dos estados y casi se tocaban: eran muro bastante contra las armas de que podían usar los enemigos.

No estaban tampoco muy adelantadas las costumbres en aquellas naciones.

Prevalecía la monogamia en los súbditos y se castigaba el adulterio; pero abundaban los sodomitas. Léjos de ocultar estos hombres su vicio, lo publicaban vistiendo de mujer, como en la isla de Hayti; léjos de ser mal vistos, eran por lo altos y robustos generalmente buscados y empleados como hombres de carga. Pretende Lemoyne que los hombres de carga de la Florida eran los hermafroditas, *utriusque naturæ participes*; pero creo y creerá sin duda preferible el lector la opinion de Alvar Nuñez. El divorcio era, ademas, comunísimo entre los cónyuges sin prole.

No se criaba ni se educaba mejor á los hijos que en los demas pueblos bárbaros; se los dejaba tambien abandonados á sus instintos. Se los trataba hasta inhumanamente en las tribus que forzaba el hambre á cambiar de asiento. Se dejaba con frecuencia á los que no andaban por su pié ó no podía llevar la madre. Se cometía tamaña impiedad principalmente con las hijas, que no podían casar con deudos por no caer en afrenta, ni con hombres de otros pueblos por no contribuir á la multiplicacion de los enemigos.

Ni se trataba tampoco á la mujer con más cariño que en otras naciones. Se le imponía tambien el cuidado del hogar, parte de las faenas del campo y en los viajes la penosa tarea de llevar al pecho ó á la espalda sus párvulos asi al traves de los bosques y los cerros como al de los ríos. Cuando estaba en sus menstruos, se la huía y no se comía de lo que hubiese tocado; aún no estándolo, se derramaba ciertas bebidas si en el acto de hacérselas proyectaba sobre ellas su maléfica sombra.

Había en la Florida otras muchas preocupaciones. Se sangraba á los enfermos por la frente, se les chupaba la sangre y se la vertía en vasos ó tazas. Que estuviese la mujer lactando, que en cinta, se afanaba por beber de aquel líquido á fin de que fuera mejor su leche y más esforzados sus hijos.

Era ya, empero, algo más racional la medicina. Se empleaba, no sólo la sangría, sino tambien la fumigacion, el cauterio y, sobre todo, muchas plantas, entre ellas el tabaco. El tabaco se lo fumaba ya en pipa, como ahora en Europa.

Tomados en conjunto los pueblos de la Florida, presentaban á la verdad una extraña mezcla de cultura y barbarie.

CAPÍTULO XXIII

Qué pueblos indígenas pudieron ocupar la Florida en la época del Descubrimiento.—Si fueron los semínolas.—Tradicion de los shawanoes.—Dificultades que presenta la calificacion de las tríbus norte americanas.—Esfuerzos de Gallatin y Schoolcraft.—Por qué seguimos las clasificaciones establecidas.—Los apalaches.—Naciones comprendidas bajo este nombre.—Hablaban vários dialectos, pero una misma lengua.—La nacion principal era la de los muscogees.—Nombres con que eran conocidos.—Opiniones sobre su orígen.—Orígen que se daban los chickassaus.—Falta de cronología en todos los pueblos muscogees ó creeks.—Carencia absoluta de conocimientos astronómicos.—Ideas sobre la tierra.—Explicacion de los meteoros.—Estado de la Medicina.—Supersticiones.—Conocimientos matemáticos.—Sistema de numeracion.—Falta de desarrollo económico.—Falta de signos gráficos.—Artes mecánicas.—Manera de construir las chozas.—Plazas.—Galpones.—Estufas.—Mayos.—Diversos destinos de las plazas públicas.—Diversas clases de poblaciones.—Ciudades blancas y ciudades rojas. Sus diversos jefes.—Escasa autoridad de que gozaban.—Los clans.—Qué venían á ser.—Cómo se distinguían.—Carácter militar de los muscogees.—Importancia que daban á la guerra.—Bebida de la casina.—Efectos que atribuian á este licor.—Ceremonias con que lo servían.—Fiesta de la cosecha.—Significacion de esta fiesta.—Divinidades de los creeks.—Hesakadum Esseé y Stefuts Asegó.—El Paraiso y el Infierno.—Ideas particulares de los chickassaw.—Enterramientos.—Idea de los chickassaws sobre el diluvio.—Sacerdotes.—Casamientos.—Efectos del matrimonio legal.—Penas contra los adúlteros.—Estado de las costumbres.—Educacion de los hijos.—Bravura de los creeks.—Bravura y crueldad de los semínolas.—Esa bravura era lo que amaba la mujer en el hombre.—Continencia de los creeks.—Sustancias de que se alimentaban.—Leyes y reglas sobre la caza.—Propiedad.—Manera de trasmitirla.—Delitos.—Ejecuciones.—Carácter físico y moral de los creeks.—Traje.—Divertimientos.—En la tierra ocupada por los creeks debieron de estar los panteones de Cofachiqui de que habla Garcilaso.—Dónde hubieron de estar y si son ó no fabulosos.—Entrevista de la Señora de Cofachiqui con Hernando de Soto.—Panteon de Talomeco.—Reflexiones. [1]

No es fácil determinar á qué familia perteneciesen los pueblos que en la época del Descubrimiento ocupaban la Florida. Semínolas no era posible que lo fuesen. Los semínolas es un hecho inconcuso que no bajaron á la Florida hasta el año 1644. Hubieron de ser más bien los floridios yamesses, polarches y caloosas, ya que con las tríbus de estos nombres lucharon los semínolas para hacerse dueños de la comarca. Pero ni estos nombres suenan en los libros que me sirvieron de fuentes para el anterior capítulo, ni de estas tríbus se dice que llegasen á cierta cultura.

Y que fueran algo cultos los habitantes de la Florida nos lo revelan, ademas de las ya descritas costumbres, los numerosos túmulos descubiertos en la bahía de Apalachícola y los muchos utensilios de barro que se encontró junto á los esqueletos. ¿Será verdad que los algonquines se derramaron por la costa del Atlántico desde el río de San Lorenzo al Golfo? Tienen por tradicion los shawanoes que mucho ántes

[1] Fuentes de este capítulo: HENRY R. SCHOOLCRAFT, *Information respecting the history, condition and prospects of the indian tribes of the United States*, part. I, págs. 265-283, 309-312; part. II, pág. 83 and 84; part. III, pág. 75-83; part. V, pág. 251-283; —CASTELNAU, *Essai sur les séminoles de la Floride*, Bulletin de la Société de Géographie de Paris, Juin 1842; —GARCILASO DE LA VEGA, *Historia de la Florida*, capítulos IX al XVII.

de la Conquista hallaron sus antepasados en la Florida vestigios de industrias desconocidas por los hombres de piel roja y en los bosques troncos de arboles con evidentes muestras de haber sido cortados por otros instrumentos que los de piedra. En la Edad Media ¿llegarían realmente á la Florida empujados por fuertes huracanes marinos del Norte de Europa?

En distintas ocasiones he ponderado cuán difícil se hace escribir la historia antigua de América. He de encarecerlo una vez más ahora que estoy en la América Septentrional, morada tambien un tiempo de innumerables tríbus, unas ya muertas, otras reducidas á corto número de familias, la mayor parte violentamente desalojadas de su primitiva pátria. Tambien aquí aumentan la confusion los muchos nombres con que suelen venir designadas unas mismas tríbus: el que les han dado los europeos, el que se dieron á sí mismas y los que les daban las contiguas naciones. Se ha hecho en lo que va de siglo grandes trabajos por clasificarlas; se ha estudiado cuidadosamente su religion, sus leyes, sus usos y sobre todo sus lenguas; pero se está aún léjos de haber conseguido tan útil propósito.

Trazó Alberto Gallatin el año 1846 una sinópsis lingüística de las tribus desparramadas por toda la América del Norre, á excepcion de Méjico, y las distribuyó en treinta y siete familias. Seis años más tarde rectificaba Enrique Schoolcraft tan difícil trabajo y concluía por decir que faltaban aún muchos materiales para una clasificacion exenta de vicios y errores. No son más seguras las clasificaciones que despues se ha hecho tomando por criterio, no ya el idioma, sinó las condiciones generales de vida de las diversas tribus.

Las aprovecharé, con todo, así para establecer algun órden, como para no hacer interminable este segundo libro de mi larga historia. Son, despues de todo, mucho más firmes que la de Orbigny para las tríbus de la América del Mediodía. Orbigny, como naturalista, las clasificaba principalmente por los caractéres físicos: sobre las lenguas había hecho tan superficiales estudios, que de ordinario se limitaba á decir si eran suaves ó ásperas y si empezaban ó no por una misma sílaba las voces que significaban los distintos miembros del cuerpo del hombre. Aquí las investigaciones han sido, á no dudarlo, más extensas y más profundas.

Bajo el genérico nombre de appalaches se comprende hoy á los choctaws, los chickasaws, los musckogees, los hitchittees, los semínolas, los coosadas y los alibamos, que, segun parece, ocupaban en los días de la Conquista los actuales estados de la Florida, la Georgia, las dos Carolinas, el Alabama, el Mississipí y la Luisiana. Vivían entre estas naciones los utchees y los nátchez; pero es general creencia que formaban diferentes familias.

Es sin disputa ese grupo de los appalaches uno de los más bien formados. Las naciones que lo constituyen hablan, segun sus propios jefes y cuantos escritores las visitaron, dialectos de un mismo idioma. Así se explica que de la bahía de

Tampa al Mississipí no necesitara Soto más de un intérprete para hablar con los indígenas, y al Occidente de este río hubiese de emplear dos y aún muchos más para dar á conocer sus pensamientos. Hablaban todas aquellas gentes una misma lengua, y vivían, salvas pocas diferencias, una misma vida.

La nacion dominante era allí la de los musckogs ó musckogees; y tanto por este motivo como porque á Norte y Oeste lindaba con la Florida, la elijo como representante de todo el grupo y la hago objeto principal de este capítulo.

Los musckogees llevaban y llevan el nombre de *creeks*. Dábanse primitivamente el de *alabamianos*, y recibían de las demas tribus de la comarca el de *Oke-choy-atte*, vida. Aunque se decían hijos y por lo tanto dueños de la tierra, se consideraban nietos de los senecas y los delawares. Segun Castelnau, es presumible que en otro tiempo morasen por el istmo de Panamá: los ancianos, escribe, me dijeron que sus padres habían venido de montañas desde cuya cima se descubría las aguas de dos mares. Mas no respondieron así los ancianos á los agentes de la república de Washington que los interrogaron sobre su orígen. Nosotros, contestaron, procedemos de las riberas del Cahawba y el Alabama: aquél fué nuestro primer asiento.

Que hayan venido de apartadas tierras no lo han dicho sinó los chickassaws. Segun ellos, sus mayores vivían al Occidente. Decidieron un día partir á Levante y emprendieron la marcha defendidos por un perro y guiados por una pértiga. El perro, que era de grandes dimensiones, les advertía la proximidad del enemigo; y la pértiga, que hincaban de noche en la tierra, en amaneciendo les indicaba, por la inclinacion que tenía, hácia donde habian de encaminar sus pasos. No dieron con ríos caudalosos hasta que llegaron al Mississipí, ni hicieron alto hasta que, siguiendo las riberas del Alabama, entraron en la region donde está sentada la moderna ciudad de Huntswille. Permaneció allí la pértiga unos días completamente recta, pero al fin volvió á inclinarse. Dirigiendo entónces su rumbo al Sudoeste, alcanzaron los Viejos Campos de su nombre, los Campos Chickassaw, en que no se ladeó ya más la pértiga ni pareció más el perro. El perro fué, segun dicen, á perderse en una honda sima desde la cual dejaba oir al caer de la tarde sus ahullidos. Allí arrojaban los hijos de los guerreros las cabelleras arrancadas á los vencidos en la guerra. Huían luego de espanto, y, si al huir caían, se daba por seguro que habían de entregar á hóstiles manos la libertad ó la vida.

Al ver así reemplazada la historia por la leyenda, se inclina uno á creer que se trata de una emigracion de remotos siglos. Los chickassaws que hoy refieren esta peregrinacion, cuentan, sin embargo, que, al ponerse en marcha sus padres, se les encargó que evitasen relaciones con los blancos si no querían ver corrompidas por los vicios de esta raza sus buenas costumbres. ¿Habrán añadido á la antigua tradicion este rasgo en odio á los europeos de quienes han recibido tan larga série de agravios? Es de advertir que no van nunca muy allá los recuer-

dos de las naciones bárbaras. Aún á hechos verdaderamente lejanos suele asignar el salvaje no muy lejana fecha.

No contribuye poco á que tal suceda lo imperfecto de su cronología. Ninguno de los pueblos creeks conocía astronómicamente la longitud del año. Empezábanlo por la fiesta que celebraban al estar en sazon los maices, y lo dividían en dos estaciones y doce lunas [1]. Deslindar cuando empezaba el verano y cuando el invierno, concordar con la renovacion de la cosecha las doce lunas ó meses ni lo sabían ni se lo habían jamas propuesto. Contaban cuando más por dieces los años y los días, y computaban las estaciones por las diversas faces de la naturaleza. Aún las décadas y los decennios habían de ser desconocidos para la mayor parte de los hombres. Eran pocos los que podían decir sus años de vida; pocos los que podían fijar la época de acontecimientos ocurridos tres ni dos años ántes. Aún de los ocurridos en el año anterior no determinaban sinó la luna.

¿Qué de extraño si estaban atrasadísimos en Astronomía? Consideraban sólido y semicircular el cielo, aunque no limitado por los mares ni por la tierra; el sol, como centro de calor ó como pelota de fuego; la luna, habitada por un perro y un hombre. Decían que la luna, el sol y algunos planetas giraban al rededor del mundo; y entendían que los demas astros estaban inmóviles y suspendidos del firmamento. Nada sabían de las estrellas ni ninguna influencia las atribuían sobre los animales ni sobre las plantas. Veían en los cometas indicios de guerras; en la vía lactea, la senda de los espíritus; en los eclipses, el sol ó la luna devorados por un perro mónstruo. No tenían la menor idea de las revoluciones del astro del día: no acertaban á explicarse por qué volvía á parecer en Oriente despues de muerto en Occidente.

Ni conocían mejor la tierra. La suponían plana y fija en medio de vastos mares. La miraban como un sér dotado de vida y alma. Creían que debajo de la que pisaban había otra y aún otras ocupadas por otros hombres. Nada tampoco

---

[1] Las dos estaciones y las doce lunas eran las siguientes:

INVIERNO.

Heyóthlúcco, luna en que llegan á completa madurez los frutos, Agosto

Otauwoóskóchee, luna de las pequeñas castañas, Setiembre

Otauwoóskólúcco, luna de las grandes castañas, Octubre.

Heewóolée, luna de la caida de la hoja, Noviembre.

Thláffölúcco, luna del grande invierno, Diciembre.

Thláfföchósee, luna del pequeño invierno, Enero.

VERANO.

Hootáhlähásee, la luna ventosa, Febrero.

Taúsaútchöosee, luna de los pequeños retoños, Marzo.

Taúsaütchéelucco, luna de los grandes retoños, Abril.

Keéhássee, luna de las moras, Mayo.

Kóchöhassee, luna de las zarzamoras, Junio

Hóyeüchee, luna en que empiezan á madurar los frutos, Julio

Inútil sería advertir que distaban estas lunas de corresponder exactamente á nuestros meses

sabían de las riquezas y virtudes que encerraba ni del orígen y la causa de los meteoros. Creían que las nubes se formaban del humo que despedían sus hogares y las nieblas que se levantaban sobre sus lagos y sus ríos; no sabían darse razon ni de la lluvia, ni de la nieve, ni del granizo, ni de las tormentas. Veían en el arco iris un signo de buen tiempo; en la aurora boreal, la amenaza de tempestades próximas; en los aerolitos, excrementos caidos del cielo, que, mezclados con otras sustancias, eran muy eficaces para la curacion de sus enfermos.

Eran en Medicina supersticiosos como tantas otras gentes. Empleaban el ceonoto para las calenturas, el sasafrás para la pleuresía, una especie de té para limpiar el estómago, cocimientos y vahos contra las erupciones cutáneas, la sangría y la ventosa para calmar los dolores y aún el baño de vapor contra la parálisis; aplicaban hilas y vendajes á las heridas, entablillaban los miembros dislocados ó rotos, y sin amputaciones, que nunca usaron, reparaban muchos de los males producidos por sus armas; pero á la par de tales remedios, hijos probablemente de la observacion y la experiencia, recurrían, no sólo á los bólidos, sino tambien al conjuro, al canto, al baile, á la succion y á la superchería de fingir que habían extraido del cuerpo del paciente la causa material de la dolencia. Tenían al efecto sábios de los dos sexos que reunían el triple carácter de médicos, sacerdotes y magos.

Eran supersticiosos hasta cuando empleaban remedios naturales: no cocían sus raíces ni sus yerbas que no las revolviesen con misterio, soplasen, silbasen ó murmurasen palabras que nadie entendía. Quedábase el médico entre los chicksasaws á solas con el paciente, y á fin de espantar la enfermedad cantaba y sacudía con fuerza su maraca. Por el canto que más parecía agradar á su cliente hacía su diagnóstico. Recetaba, pero no sin hacer ántes sus conjuros. Encargaba, ademas, que se reunieran los parientes y celebraran ruidosas fiestas: ésto, decía, levantará el ánimo del enfermo y abatirá el del diablo.

Los creeks todos llevaban tan léjos la supersticion, que atribuían á invisibles armas así el dolor de costado como los del reuma. Pretendían que miéntras estaban durmiendo podían ser heridos por contrarios que tal vez se hallasen á quinientas millas de distancia. Exigían siempre del médico que devolviese á sus enfermos la salud perdida; y si no lo alcanzaba, suponiéndole bajo la influencia del espíritu del mal, le daban feroces castigos cuando no la muerte. Entendían que la mujer debia parir sola y en el campo: en cuanto sentía los primeros dolores, aún cuando lloviese, nevase ó hiciese la tempestad estremecer la tierra, la obligaban á salir á treinta varas de su choza.

Conocían mal la Medicina; ignoraban muchas otras ciencias. Sólo en la Aritmética habían debido de hacer adelantos. Poseían un sistema de numeracion tan regular como el nuestro: podían contar cientos de millares. Tengo á la vista el de los choctaws. Era decimal como el de los Yncas: *Chuffa*, *Tuk lo*, *Tu-chi-na*, *Ush-ta*, *Tath-la-pi*, *Han-ali*, *Un-tuk-lo*, *Un-tu-chi-na*, *Chac-ka-li* equivalían

á nuestros dígitos. *Po ko li* significaba diez. *Po-ko–li tuk–lo*, diez veces dos, veinte: *po-ko-li tath-la-pi*, diez veces cinco, cincuenta: *po–ko–li chac ka-li* diez veces nueve, noventa. *That–le–pa chufa* era un ciento ó ciento por uno. *That-le pa tuk-lo*, ciento por dos, doscientos: *that-le-pa tu chi na*, ciento por tres, trescientos; *that–le–pa chac–ka–li*, ciento por nueve, novecientos. Mil carecía ya de voz propia: era un cien multiplicado por diez ó cien veces diez multiplicado por uno: *that–le–pa si pok ni chuffa*; dos mil, cien veces diez multiplicado por dos: *that–le–pa si pok ni tuk-lo*; cien mil, cien veces diez multiplicado por ciento multiplicado por uno: *that–le–pa si pok ni that-le-pa chuffa*; nuevecientos mil, cien veces diez multiplicado por ciento multiplicado por nueve: *that-te-pa si pok ni that le-pa chac–ka–li*. Cuentan hoy hasta por millones; pero lo han tomado evidentemente de los europeos, de los ingleses. Traducen un millon por *mil-yan chufa;* dos billones por *bil-yan tuklo*. ¿No parece verdaderamente imposible que en pueblos tan bárbaros hubiese tales sistemas? Tengo tambien á la vista el de los hitchitees. El fondo es el mismo por más que las voces sean diferentes. Aún entre éstas hay sus semejanzas. To–KAY, dos, *tuk-lo;* TO-CHAY, tres, *tu-chi-na*; SEE-TAH, cuatro, *ush-ta*; PO-KO-LIN, diez, *po-ko-li*.

Serían fáciles de explicar tan grandes adelantos en la Aritmética si hubiesen coincidido con un gran desarrollo económico. Pero no consta que los creeks tuvieran signo alguno monetario ni medida comun de valor para los cambios. No hicieron servir de moneda ni las pequeñas conchas, la chaquira que vimos empleada como tal en alguno de los pueblos del Orinoco.

Tampoco usaron ni conocieron ningun género de escritura. Aún hoy apénas hacen más que designar por rayas los números dígitos, por cruces las decenas, por astillas de madera ó de caña los años transcurridos desde los sucesos dignos de memoria. Marcan á veces los dias agujereando una tabla y corriendo una clavija por los agujeros.

No sobresalían ni en las artes. Sacaban el aceite, á que eran muy aficionados, de las bellotas, las nueces y las castañas: extraíanlo á fuerza de machacarlas y ponerlas en ollas al fuego. Amasaban y trabajaban la arcilla con las solas manos; daban casi siempre á sus vasijas la misma forma. Terminábanlas generalmente en punta: si para usarlas necesitaban que estuviesen derechas, las habían de apoyar en piedras ó estacas. Hacían de astillas de caña bieldos y cestas, pero todos de la misma figura. Carecían de inventiva y de gusto. De cortezas de árbol retorcidas fabricaban ordinariamente sus cuerdas y sogas; sólo alguna que otra vez, de una yerba sedosa que, seca, parecía lino. Lo que mejor hacían era adobar las pieles. Untábanlas con sesos de venado, y las curaban despues con humo de madera podrida.

Vivían en chozas, no en casas. Solían construirlas anchas de diez á quince piés, largas de doce á veinte, altas de siete á ocho; darles por pavimento la

tierra, por techo vigas sobre un caballete cubiertas de ripia; levantar las paredes con postes hincados en el suelo, cañas trasversales y barro en los intersticios; poner, no en medio, sino en uno de los extremos el hogar y la chimenea. Tenían junto al hogar unos como tablados de caña, en que dormían, y colgando del techo sus utensilios y sus armas de caza y guerra.

No eran, sin embargo, iguales todas las casas. Había en casi todas las poblaciones creeks una plaza cuadrangular de treinta piés de lado. Daban frente á esta plaza y por aquella parte estaban completamente abiertos cuatro espaciosos galpones. Componíase cada galpon de tres compartimientos, separados por muros de tres piés de altura; y ocupaban cada compartimiento tres tarimas en forma de gradas, sobre las que se extendía una comun estera de caña. Corría por lo interior y lo alto de cada galpon una tabla en que se veía pintados los emblemas de las familias á que pertenecían: tal vez un búfalo, un oso, un caiman, un ciervo; y allá del techo colgaba indecible multitud y variedad de objetos: plumajes de águila, alas de cisne, cuchillos para los escalpes ó sea para arrancar la cabellera á los enemigos, aros en que tenderla, picas y mazas de guerra, manojos de serpentaria, cestas, cuanto en una palabra constituía el ajuar de tan pobres gentes.

Plazas de estas había cubiertas por un cañizo; otras, que tenían pintados de rojo y con los bordes blancos ó negros todos los postes y las vigas de su perímetro. Se entraba en todas por los espacios entre los galpones; y con todas lindaba al Nordeste una estufa, al Sudoeste un anchuroso patio circular de cuyo centro se levantaba un mayo. La estufa era una pirámide polígona de veinticinco piés de elevacion y otros tantos de base; sus muros, de barro hasta la altura de seis piés y de cortezas de árbol desde allí hasta el vértice. Se caldeaba fácilmente su interior gracias á la casi total carencia de ventiladores. Ardía en medio la hoguera; corría al rededor de las paredes un banco de cañas.

Estufa y patio servían principalmente para los bailes: aquélla en invierno, éste en verano. La plaza era verdaderamente el foro de aquellas tríbus. Allí bebían los guerreros su licor favorito; allí se celebraba las asambleas populares, las ceremonias sagradas y las fiestas de guerra; allí se hospedaba á los forasteros que no tenían en la poblacion amigos ni parientes; allí ponían en señal de luto verdes ramas de árbol cuando se les moría uno de sus hombres. ¿Sufrían una derrota? ¿Habían perdido en sus batallas alguno de sus jefes? Hasta vengarse no bebían ni practicaban sus ritus en la plaza.

Vivían en el galpon de Oriente sus caciques; en el de Mediodía, sus más distinguidos capitanes; en el del Septentrion, sus caudillos de segundo órden: en el de Occidente componían sus brebajes y sus medicamentos.

Era la plaza lo principal de cada pueblo; y en las noches de invierno servía de albergue la estufa para los ancianos que no tenían de qué cubrir sus carnes.

Mas no eran tampoco iguales entre los creeks todas las poblaciones. Las había

que llevaban el nombre de ciudades blancas y venían á ser recintos sagrados en que hallaban seguridad y refugio los vencidos que habían podido evitar por la fuga el tormento y la muerte. Las había con el epiteto de ciudades rojas, en realidad plazas de guerra. Las había por fin, y eran las más, que carecían de distintivo. Estaban en general gobernadas por jefes á que daban el título de *miccos* ó *minkos* y tambien el de *steutsa-cco-cho-otas*, que significa los grandes hombres amados; pero sólo por los guerreros, las ciudades rojas. En las blancas solían ser considerados como reyes los *miccos*.

Eran todos estos jefes, si no hereditarios, por lo ménos de determinados clans ó familias. Cuando hereditarios, bajaba la sucesion por la línea de las hembras. ¿Creerían los creeks ó muscogees, como los indígenas de las Antillas, que en la procreacion sólo es cierta la madre? Hereditarios ó no, gozaban aquellos caciques de una autoridad que tenía, más que de poder, de consejo. Habrían inútilmente procurado imponerse á tan fieras y orgullosas tríbus, como no fuese estando amenazadas de perder sus campos ó sus territorios de caza. Aún entónces su autocratismo habría sido pasajero: habría desaparecido con el peligro.

Jefes superiores á los de las ciudades no se dice que los hubiera. Se dice sí que los había inferiores, sobre todo entre los chickassaws. Entre los chickassaws parece que guardaban los clans cierto órden jerárquico. Cada clan, segun su jerarquía, daba un jefe más ó ménos elevado en la escala política. Pero ¿qué venían á ser los clans? preguntarán tal vez mis lectores. El clan era en casi todos los pueblos de la América del Norte lo que la familia en la antigua Roma, una familia con todas sus ramas. No estaba determinado por un nombre, pero sí por un emblema. Tal tenía por emblema el tigre, tal el oso, tal el caiman, tal el lobo, tal la raiz, tal el viento; y los había que sellaban con el suyo á sus hombres ó cuando ménos á sus capitanes para que á donde quiera que éstos fuesen se conociera el clan á que perteneciesen y se ayudaran y favorecieran en toda ocasion y lugar los que fueran de un mismo orígen. Procedimiento sin duda bárbaro y salvaje, pero útil en naciones tan propensas y aficionadas á la guerra.

La guerra era despues de la caza la pasion de los musckogees. No tenían por hombre al que jamas había entrado en batalla ni al que nunca había arrancado la cabellera de un enemigo. Llamábanle vieja ó bien decían con desprecio que no era nadie; agravio que no pocas veces daba lugar á sangrientas y feroces reyertas. ¿Se trataba de mozos que por su edad no habían podido consagrarse todavía al ejercicio de las armas? No sólo se les negaba asiento entre los hombres; se los destinaba á las más serviles faenas interin no hubiesen salido á campaña y vuelto con su escalpe. Se les hacía preparar la bebida de los guerreros, acarrear leña y hasta cuidar del aseo de la plaza pública.

Sentían los jóvenes gracias á tal costumbre impaciencia por medir sus armas con las de otras razas. ¿Iban y por acaso venían con cabelleras arrancadas por

su mano? Mucho ántes de llegar á la ciudad lo anunciaban con alaridos que se oia á mil y más pasos de distancia. Veíanse á poco aclamados hombres por una muchedumbre entusiasta que los conducía á la plaza entonando himnos de guerra. Depositado allí su escalpe ó repartido á los camaradas, pertenecían desde luégo al órden militar y asistían con los guerreros á todos los ritus y ceremonias.

Una de estas ceremonias era la bebida del licor que vimos ya en uso entre los habitantes de la Florida. Es la casina un arbusto cuyas hojas tienen casi las mismas propiedades que las del té chino de más fuerza. Tostaban los creeks aquellas hojas, las cocían en medio de la plaza, las dejaban posar y de uno en otro vaso trasegaban el líquido hasta que fermentando arrojaba gran cantidad de espuma. Licor blanco lo llamaban, y le atribuían tales efectos, que lo consideraban como don del cielo. Nos lo otorgó, decían, á nosotros no más el Grande Espíritu, porque somos sus hijos.

Pretendían que la casina los limpiaba de toda impureza, los hacía en la guerra bravos y venturosos, y les servía de lazo con las demas naciones. Nacion con quien tratasen y bebiesen el licor blanco, entendían que no les podía quebrantar la fé jurada; extranjero que con ellos apurase una concha de casina, le miraban como sagrado é inviolable huésped.

Servíase por esta razon la casina con muchas solemnidades. Ya que la tenían preparada, tres jóvenes convocaban á son de tambor á los guerreros. Entraban los llamados en la plaza, se dirigían á sus respectivos bancos, y ya que ocupaba cada cual su asiento, se colocaban los tres mancebos delante de los tres primeros caudillos. Llenaban al punto los humildes servidores sus copas, se las ponían á la altura de los lábios y las acercaban á los jefes, inclinado el cuerpo. Aunque los jefes se apresuraban á tomárselas, no bebían que no empezasen el *yohullah*, cierta nota que los tres mancebos daban y prolongaban cerca de medio minuto. En este medio minuto debían apurar la casina.

Se la servía con las mismas ceremonias á los otros guerreros, mas sin la repeticion del *yohullah*, dificilísimo aún para los hombres de pulmon robusto. Lo más extraño era que todos hacían despues por arrojarla. Arrojarla, como se ha visto, era motivo de infamia entre los indígenas de la Florida; y aquí los creeks para conseguirlo se apretaban violentamente el estómago y se doblaban en arco. Es de advertir que ni en uno ni en otro pueblos se conocía el azúcar.

Otro ritu había entre los creeks que tenía más importancia: una fiesta anual que se celebraba al estar en sazon la cosecha. Parecida al jubileo de los israelitas, lavaba toda clase de manchas, borraba los mayores agravios y restablecía en los hogares la paz y la calma. Dura hoy cuatro dias; duraba ántes ocho, y miéntras no amanecía el último, varones y hembras guardaban rigoroso ayuno. Ni con la punta de los dedos podía el hombre tocar á la mujer ni la mujer al hombre.

La víspera de la fiesta se apagaba el fuego en todas las casas, se aventaba las cenizas, y se decoraba las paredes con frescas y verdes ramas de árboles. Presentábase al otro dia en la plaza, no bien amanecía, el sacerdote de la tríbu, cubiertos de cuero blanco piés y piernas y con una blanca piel de venado en los hombros. Frotaba una con otra dos secas astillas de madera; y, en cuanto las había encendido, las dejaba en el suelo. Asomaban entónces por los cuatro ángulos de la plaza otros tantos jóvenes con sendas varas en las manos, se adelantaban lentamente y con gran reverencia las ponían en la nueva lumbre. Luégo que ardía bien la hoguera, recibía el sacerdote cuatro tiernas mazorcas de maíz de otros tantos jóvenes, que entraban con no menor respeto y ceremonia, y las arrojaba al fuego. Parecían poco despues cuatro guerreros, que llevaban casina de la aún pendiente cosecha. Tomábala el sacerdote, echaba una pequeña cantidad á la lumbre y entregaba el resto para que desde luégo lo molieran y cocieran. A todo ésto iba el ministro del Señor murmurando incomprensibles y misteriosas palabras; tanto, que no había quien no le supusiese en comunicacion con el Grande Espíritu.

Ocupaban á la sazon la plaza todos los hombres de guerra y bebían del blanco licor en las tres acostumbradas copas.

Trasladábase en tanto fuera de aquel lugar el recien encendido fuego. De él tomaban las mujeres todas el que necesitaban para volver la vida á sus muertos hogares. Danzaban despues con los niños, pero sin entrar en la plaza.

En los cinco dias siguientes, las hembras se bañaban; los varones, ó continuaban bebiendo casina, ó apuraban uno tras otro vasos de serpentaria. Rayaba la séptima aurora, y salían de caza y de pesca los jóvenes: cuanto pescaban y cazaban servía para el banquete de fin de fiesta. Al otro dia la poblacion toda estaba reunida en la plaza: hombres y mujeres, niños y ancianos, gente de paz y de guerra, caciques y súbditos. Desaparecían allí las distinciones de rangos y clases: confusos y revueltos los vecinos todos, comían y bebían alegremente. Abundaba todo género de víveres; abundaban sobre todo el nuevo maíz y la nueva casina. Satisfecho el apetito, abundaban tambien los divertimientos. No concluían sino con la noche las danzas, los juegos, los cantos y los bulliciosos alaridos.

¿Qué significaría tan notable fiesta? El acto de apagar en todas las casas el fuego y el de renovarlo en determinado día por mano del sacerdote nos hacen recordar á los aztecas; el comun y fraternal banquete del último día, á los tahuantinsuyus; los ayunos prévios y la abstinencia de los placeres sensuales, á multitud de naciones de aquel mismo continente. Los ritus, no eran, sin embargo, idénticos á los de ningun otro pueblo. En la gran fiesta del Sol que celebraban los Incas distaban de confundirse las clases. Los aztecas renovaban el fuego, no al fin de cada año, sino al de cada ciclo. Lo encendían, como recordará el lector, sobre el rasgado pecho de un infeliz prisionero.

Para mí la fiesta de los creeks era á la vez religiosa y agrícola. La hacían al estar maduras las mieses, y ofrecían al fuego las primicias de la cosecha. ¿Sería aquí el fuego el ignorado sér á quien rendirían culto? Por el fuego afirmaban que había de acabar la tierra. «Cuando se acerque, decían, el fin del mundo, arderá todo en discordias y profundos odios. Parecerá entre nosotros un pueblo desconocido, y por él vendremos á ruina y muerte; mas se consumirá por un incendio la tierra y no gozarán del triunfo los vencedores».

Es, sin embargo, indudable que tenían los creeks otros dioses. Hablaban de un espíritu del bien, por nombre *Hesakádum Eseé*, el Señor del Aliento; y de un espíritu del mal, por nombre *Stefuts Asegó*, el Hechicero, el Diablo. Decían de Hesakádum que vivía en region donde abundaba todo género de bienes, crecía siempre el maíz y corrían aguas cristalinas que jamas secaba el Sol ni el viento; de Stefuts, que moraba en vastos desiertos poblados de agudas y desolladoras zarzas, donde no había ni caza ni aceite de oso. A Hesakádum atribuían todas sus dichas; á Stefuts Asegó, todas sus desventuras. ¿Entenderían tambien que iban con Hesakádum los justos, con Stefuts los réprobos? No falta quien lo asegure ni quien lo niegue.

Los pueblos creeks ó musckogées eran, como ántes dije, muchos: tal vez no todos pensaran sobre este punto lo mismo. De los chichassaws, por ejemplo, se sabe que no creían en castigo alguno para despues de la muerte. Afirmaban que el alma revestía la forma del cuerpo al abandonarlo y vagaba libre y contenta entre los vivos; y hoy, que residen al Occidente del Mississipí, pretenden que corre á unirse con los que se despojaron de la carne en las afortunadas regiones de Oriente. No le dan ni le dieron nunca por mansion el cielo sino la tierra.

De los creeks especie se dice por lo contrario que, si virtuosos, tenían la esperanza de ser despues de la muerte grandes guerreros ó hábiles cazadores en los reinos de Hesakádum; y, si malos, el temor de verse proscritos en los áridos y tenebrosos desiertos del Diablo.

Lo notable es que todos enterraban de igual modo á los muertos. Se reunían los parientes del difunto, y en la misma casa donde había vivido le abrían una fosa circular donde le ponían sentado, envuelto en una manta y sujetas y juntas las piernas. Si había sido hombre de guerra, sepultaban con él armas y joyas; hubiéralo sido ó nó, le vestían el mejor traje. Tapaban luégo la fosa con cañas y una capa de arcilla que bastaran á sostener el peso de un hombre; y durante cuatro dias lloraban y exhalaban en señal de duelo tristes alaridos. Abandonaban la casa, principalmente si el ya cadáver había sido persona de jerarquía: miraban como lugar predilecto de trasgos y duendes la sepultura de sus muertos.

Otras creencias tenían los chickassaws que no son para olvidadas. Decían con los demas creeks que el mundo había de acabar por fuego, mas añadiendo que

ántes había de llover aceite y sangre. Recordaban que la tierra había sido en remotos siglos cubierta por el agua; y referían que sólo una familia se había podido salvar de la catástrofe. Pretendiéronlo, segun ellos, muchas embarcándose en firmes y espaciosas almadías; pero algo parecido á un oso blanco cortaba las cuerdas de las balsas y sumergía en el seno del improvisado mar á los pobres náufragos. ¡Que en todas partes se conservara memoria de esa espantosa revolucion de la naturaleza, hoy demostrada por la Geología!

El arca de todas esas tradiciones y creencias se habrá ya figurado el lector que eran los sacerdotes. Los había en todos los pueblos creeks, y, como en tantas otras naciones, apénas debían su importancia más que á la Medicina. Curar á los enfermos, guardar los recuerdos de la tribu, dividir el tiempo en meses y años, encender fuego al madurar de las cosechas, ésto y no más hacían. No eran ni poder ni clase; influían rara vez en los que mandaban como no fuese por sus conjuros. No intervenían poco ni mucho en los supremos actos de la vida: ni en los nacimientos, ni en los matrimonios, ni en los entierros.

Lo que se hacía en los nacimientos y en los entierros lo hemos ya visto: los entierros eran negocio exclusivo de las familias; los nacimientos, de las madres. Paría la madre sola y en lugar solo y apartado; y por su pié llevaba á la casa paterna al fruto de sus entrañas. Nada de ceremonias ni de fiestas. Las había ya en el matrimonio, aunque tampoco muy complicadas. El mancebo que deseaba contraerlo empezaba por mandar á su elegida un vaso de aceite. Como lo supiese admitido, la ayudaba á cultivar el maíz y sembrar las aluvias y, ya que las veía brotar, plantaba cuidadosamente las cañas en que habían de enredar sus flexibles tallos. Cubiertas las cañas de hojas, altos los maizales, llegaba la hora del casamiento. Con la venia de los tíos ó de los hermanos, no de los padres, se trasladaba la novia á la casa del novio.

Los efectos de este matrimonio eran singulares. Miéntras duraba, no podían, sin caer en las penas de los adúlteros, ni la hembra tomarse libertad alguna con otro varon ni el varon con otra hembra; roto por la muerte, no podía tampoco la mujer hablar en cuatro veranos con ningun hombre sin que la castigasen de igual modo los parientes del marido. Pero estaba en la voluntad de los cónyuges disolverlo. Se lo disolvía como lo pidiese uno de los dos é insistiese en la separacion hasta la próxima fiesta del fuego nuevo.

Las penas contra los adúlteros no eran nada suaves. Se reunían los parientes del ofendido, y buscaban al ofensor recurriendo á la estratagema. Ya que le encontraban, le deshacían á palos hasta dejarle sin sentido. Le cortaban entónces al rape las orejas para que en parte alguna pudiera ocultar su crímen. No renunciaban á desorejarle sino cuando lograba evadirse miéntras le azotaran.

No vaya, sin embargo, á creerse que se distinguieran los creeks por la pureza de sus costumbres. La simple fornicacion no era delito: mantenía el clan sin disgusto ni queja á los hijos del estupro. ¿Había cedido la mujer bajo men-

tida palabra de casamiento? Nada tenía derecho á pedir y sí á matar al fruto de sus amores, bien dejándole donde le daba á luz, bien arrojándole al agua.

Eran ademas frecuentísimos la poligamia y el repudio. Varon había que se casaba á la vez con dos y más hermanas: no pocos á los cuarenta años habían sucesivamete conocido gran número de hembras. Tenían casi todos prole de muchas cónyuges, y pocas tres ó más hijos de un marido. Era allí casi desconocido el amor paterno: cuidaban de los hijos sola y exclusivamente las madres.

Las madres, como en la mayor parte de los pueblos bárbaros, llevaban todo el peso de la familia. Tenían á su cargo las faenas del hogar y las del campo, y apénas si podían permitirse algun reposo. No escaseaban, con todo, las atenciones ni para con los hijos ni para con sus consortes. A los hijos los criaban y los educaban hasta hacerlos aptos, si varones, para la caza y la lucha, si hembras, para el trabajo y el matrimonio.

La educacion no dejaba de ser dura. Cuando un hijo cometía una mala accion, le arañaba la madre con espinas de pescado piernas y muslos hasta bañárselos en sangre. Le castigaba de este modo, tanto para corregirle, como porque pensaba que así le hacía más flexibles los miembros. Otra mira se llevaba y era la de enseñarle que se podía perder sangre sin perder la vida. Queríale ante todo valiente porque no consideraba hombre al cobarde.

Distinguíanse efectivamente los creeks por su bravura. La pregonan á gritos sus luchas de ayer con los españoles y sus guerras de hoy con los soldados de la república de Washington. Sobre todo los semínolas se han batido años y años como héroes ántes no han consentido en dejar la tierra sepulcro de sus padres. ¡Qué de privaciones y desgracias no han sufrido! ¡Con qué encarnizamiento no han peleado! Crueles por naturaleza, lo injusto de la agresion los hizo fieros. «He visto, dice Castelnau, una granja el dia despues de atacada por los semínolas. Dos hombres que se habían defendido con las armas en la mano estaban salvajemente mutilados y sin cabellera. Unos pobres niños habían sido asados en presencia de su madre; la madre, quemada en vida despues de tan horrendo espectáculo. Junto al hogar se veía impresas en sangre las huellas de los vencedores, que habían danzado alegremente en torno de sus víctimas.

Por lo bravo, no por lo bello, amaba generalmente la mujer al hombre. No le solía querer, como no le supiese ágil cazador ó valiente guerrero. Recibía como el mayor obsequio el escalpe arrancado por él á cabeza enemiga ó la caza por él muerta. Esposa ya, continuaba amándole, á pesar de verse despreciada y sierva del trabajo, sólo porque le consideraba dotado de valor y fuerza.

Estaban orgullosos de su bravura los mismos hombres. Por no perderla ni amenguarla rehuían el frecuente uso de los placeres que enervan. Marido y mujer no vivían nunca bajo un mismo techo: llevaba consigo todo casamiento la construccion de dos chozas. Como no fuese llamada, no iba la mujer al marido sino para servirle el sustento.

Tampoco enervaba á los creeks lo que comian. Su ordinario alimento era el maiz, que usaban cocido. Molíanlo y poníanlo á hervir mezclado con cenizas de *carya*, árbol parecido al nogal de Europa. No lo retiraban del fuego que no viniese á formar unas como poleadas. Evitaban por medio de las cenizas que se acedase, y lo podían guardar de uno para otro dia aún durante el verano. Fuera del maíz, no tenían sino algunas legumbres y productos de caza y pesca.

La caza era libre. No había ni leyes que la regulasen ni cotos que la reservasen para ciertas y determinadas familias. Se cazaba indistintamente en las tierras de la tríbu propia y en las de la tríbu vecina: ni entre dos naciones solía haber límites. Nacía ésto principalmente de que no se conocía allí más propiedad que la de los frutos del trabajo. Hacía suyo el creek los maices que sembraba, no la tierra que los producía; suyos el ciervo y el búfalo que hería, no el bosque ni el valle en que los encontraba. Ni suyos los hacía si acertaba á ser miembro de una partida de caza. Pertenecía en este caso la piel al que los ojeaba, la carne á todos los cazadores.

La propiedad de las cosas muebles era trasmisible por herencia. *Ab intestato* pasaban á los hijos del difunto; por testamento en presencia de dos testigos abonados, á la persona ó personas que el testador nombrara. Era desconocido el derecho de primogenitura: se repartía los bienes entre los hijos por iguales partes. Iba á los hijos del primer marido el patrimonio de la viuda casada en segundas ó terceras nupcias.

Tenían los creeks, aunque vagas, algunas nociones de derecho. Dábanle por orígen inmediato la caza, la guerra, la fuerza; por orígen mediato Dios, ó sea el Grande Espíritu. Veían en la fuerza hasta el orígen del poder público.

La fuerza constituía tambien el derecho penal. Castigaban al homicida, no la ley, sino el hermano ó el más próximo pariente del muerto. ¿Habían de poder hacerlo como no fueran más fuertes que la familia del agresor? Entre los semínolas se mataba á los autores de todo homicidio como vimos que se ejecutaba entre los indígenas de la Florida á todos los delincuentes: por un golpe de maza en la cabeza.

He hablado ya mucho de los creeks, y no he dicho aún todas sus condiciones personales. Eran los hombres de buena estatura, fornidos y hermosos. Altas eran tambien las mujeres, pero bastas, cuellicortas y feas. Desfiguradas por el trabajo y la intemperie, tenían la mayor parte formas varoniles, y carecían de todo atractivo. En lo moral apenas se distinguían los dos sexos. No los ganaba nadie en frialdad é indiferencia. Venía el marido de largas correrías y lueñes tierras, y la mujer se limitaba tal vez á saludarle con un «á lo que veo has vuelto». Contestaba el fatigado viajero por un monosílabo, y dejaba para otro día y otro sitio referir á la larga sus aventuras. Referíalas en la plaza pública, no á su mujer ni á sus hijos, sino á sus camaradas. Eran ademas los creeks excesivamente ignorantes y crédulos.

Hasta los doce años y hasta los catorce iban los varones completamente desnudos en invierno como en verano. En verano las hembras de toda edad llevaban por traje un zagalejo que no les bajaba sino á las rodillas. Completábanlo en invierno con una manta que se echaban en los hombros. Mancebos ya los varones, se ceñían cuando más un pañete ó maxtle y un chaleco de caza. Ordinariamente vestíanse unos y otras de pieles.

Pueblos cazadores, estaban acostumbrados los creeks á todas las inclemencias del cielo; no necesitaban de grandes precauciones contra el calor ni contra el frio. Contra el frio tenían, por otra parte, sus danzas y sus juegos. Eran aficionadísimos al de la pelota, donde á fuerza de ejercicios violentos no faltaba quien se quebrase brazos y piernas; aficionadísimos á los bailes, si reposados unos, rápidos otros hasta el vértigo. Era, por ejemplo, de grande animacion el que se conocía con el nombre de baile del Búfalo; tranquilo por demas el que llamaban de Plumas de Aguila.

Los semínolas, escribe Castelnau, ejecutaban bailes en que imitaban los gritos y los movimientos ya del caiman, ya del opossum, ya del ciervo. El más notable era el del maiz verde, especie de ofrenda que de las primicias de la cosecha hacían á un dios desconocido. ¿Estaría entre los semínolas reducida á este baile la fiesta que, segun vimo , hacían los demás creeks al madurar de las mieses?

Acabo de hacer la pintura de uno de los más interesantes pueblos de América del Norte. Que en la tierra ocupada por este pueblo debieron de estar los suntuosos panteones de que hice mencion en el anterior capítulo y habla extensamente el Inca Garcilaso casi no admite duda. Hubieron de estar, por lo que este autor escribe con referencia á personas que formaron parte de la expedicion de Soto, en el actual Estado de Alabama, entre el río de este nombre y el Appalachicola, á considerable distancia del Yazoo, donde algunos escritores los pusieron. Nada revela, sin embargo, que los creeks fuesen por su civilizacion capaces de levantar y decorar tan ricos enterramientos. ¿Habrían vivido con naciones más cultas? ¿Habrían venido al país despues de la expedicion de Soto?

El libro de Garcilaso es una verdadera historia. Ademas de venir escrito sobre las relaciones casi unánimes de Alonso de Carmona, Juan Coles y otro conquistador de la Florida, designa multitud de lugares con nombres muy parecidos á los que aún llevan pueblos de Georgia y Alabama. Altapaha, Cofa, Coza, Tascaluza, Mauvila, Chicaza, Talise no difieren mucho, creo, de Allapaha, Coffee, Coosa, Tascaloosa, Mobile, Chickassaw y Tallasee. Es de presumir que, si no en todos sus pormenores, en lo principal por lo ménos es auténtica la descripcion que en aquel libro se hace de la cultura de Cofachiqui. Me inclino á pensar que en tan vasta extension de terreno como la que se dice ocupada por los musckogees debió de haber otros muchos pueblos.

Como quiera que fuese, considero éste el lugar más oportuno para dar una

sucinta idea de lo que en ese Cofachiqui se asegura que vieron los españoles.

No mucho despues de haber entrado en la provincia de Cofachiqui, escribe Garcilaso, dieron los españoles con un ancho y caudaloso río, en cuya opuesta orilla estaba sentado un gran pueblo. Como no pudieran rodearlo ni dispusieran de barcas ni almadías, llamaron á voces á unos indígenas que había en la otra márgen, diciéndoles como traían cierta embajada para el señor de la tierra. Admirados los indígenas, así del aspecto de los españoles como del de los caballos, entráronse precipitadamente en la poblacion para dar noticia de lo que habían visto y oido; y á poco parecieron seis varones como de cuarenta á cincuenta años que atravesando en una gran canoa el río vinieron á donde Soto estaba. Hicieron estos hombres, que parecían gente principal y noble, tres profundas reverencias: una al Sol, vuelta la cara al Oriente; otra á la Luna, vueltos los ojos á Occidente y otra al capitan castellano, á quien desde luégo preguntaron si venía de paz ó de guerra. Como le oyeron que no deseaba sino víveres para su ejército y paso libre para otras provincias, le pidieron vénia para ir á poner lo que pedía en conocimiento de su reina y señora, mujer discreta y de levantado pecho que acababa de heredar aquellos vastos dominios.

Presentóse á no tardar en la otra ribera una jóven de rara hermosura, á quien acompañaban ocho mujeres de gran distincion y nobleza. Entróse con todas en una canoa de rico toldo llevada á remolque por otra en que iban con muchos remeros los seis varones de ántes; y ya en tierra se sentó enfrente de Soto despues de haberle saludado con tanta dignidad como cortesía. Discretísima y liberal anduvo en la plática, donde se ofreció á facilitar por de pronto seiscientas fanegas de maiz á los expedicionarios, alojar en su propia capital á los oficiales y armar frescas enramadas para los soldados: y, como para más parecerlo, se quitó y regaló á Soto un collar de gruesas y magníficas perlas que despues de darle tres vueltas al cuello le bajaba á los muslos. Recibió de nuestro gobernador á cambio de tanta fineza una sortija de oro con un rubí de vistosas luces, y lo aceptó con el comedimiento de la mujer más pudorosa y culta.

Fué aquella señora con los españoles magnánima y espléndida hasta el punto de no perdonar medio para satisfacer la codicia que los atormentaba. Les hizo traer abundantemente de lo que sus vasallos creían oro y no resultó ser más que dorado y resplandeciente cobre; y sabiéndolos con gana de piedras preciosas, les enseñó dos templos, sepulcro de sus antecesores, de que les permitió tomar cuantas perlas y cuanto aljófar quisieran.

Los dos templos ó por mejor decir panteones eran riquísimos. Estaba el uno en el mismo pueblo de Cofachiqui; el otro, en el de Talomeco, que distaba una legua, contaba quinientos hogares y ocupaba lo alto de una barranca. Era éste el enterramiento de los reyes y por lo tanto el de mayor magnificencia: le describiré y prescindiré del otro por no repetirme.

Tenía el panteon de Talomeco más de cien pasos de longitud y cuarenta de anchura, las paredes altas á proporcion, las puertas grandes y la techumbre levantada en ángulo y con mucha corriente. Lo más vistoso era por de pronto la techumbre, cubierta de cinco ó más esteras de caña hábilmente tejidas que la defendían del agua, embellecida por conchas y caracoles de mar, unos pequeños y otros de extraña grandeza, con las bocas al cielo y adornada en los espacios intermedios de madejas de sartas, unas de perlas y otras de aljófar. A los vivos reflejos del sol como á la tranquila luz de la pálida luna todo brillaba y resplandecía.

Junto á la puerta había doce gigantes de talla, seis en cada lado, que, segun estaban de amenazadores, no parecían sino los guardas del monumento. De jambas afuera iban de mayor á menor y guardaban gran simetría. Los inmediatos á la puerta, de cuatro varas de altura, llevaban sendas clavas guarnecidas en su parte superior de cintas de cobre y puntas de diamante. Teníanlas con ámbas manos y espantosa fiereza. Armados estaban tambien los otros: quiénes de montantes de madera como los de hierro y acero de España; quiénes de bastones de braza y media que se ensanchaban de abajo arriba hasta rematar en pala; quiénes de formidables hachas de armas con la hoja ya de pedernal, ya de azófar; quiénes de enormes arcos no ménos altos que sus cuerpos y flechas con punta á manera de daga; quiénes por fin de largas y hermosas picas con hierros de cobre. La actitud de todos era hostil y el ademan imponente: veíase enarbolados los bastones, los montantes, las hachas; tendidos los arcos; enristradas las picas.

Estaba el panteon por dentro lujosa y profusamente adornado. Constituíalo una ancha y espaciosa nave dividida á lo largo en cuatro calles por cinco filas de bancos de madera, base de gran número de arcas. En las arcas laterales yacían los cuerpos de los reyes y los de sus familias: encima, como á tres cuartas de altura, se levantaban sobre pedestales fijos en las paredes las estátuas de los que así dormían el sueño de la muerte. Las arcas del centro formaban séries de pequeñas pirámides: eran de várias dimensiones y estaban de mayor á menor sobrepuestas las unas á las otras. Contenían las de abajo perlas y las de arriba aljófar: cada una aljófar ó perlas del mismo tamaño. Había entre estas arcas muchos y grandes fardos de gamuza; ademas muchedumbre de mantos, algunos de finas y olorosas martas.

Eran de ver las paredes. En lo alto, junto á la cornisa, por todo el recinto del templo corrian dos hileras de estátuas, ya de hombres, ya de mujeres, puestas sobre pedestales ricamente labrados. Estaban las de las mujeres en ademan humilde; las de los hombres, con armas. No estaba tampoco desnudo el espacio entre estas imágenes y las de los reyes: cubríalo infinidad de rodelas y paveses de caña, unos grandes, otros chicos, adornados con hilos de perlas y rapacejos de colores.

Ni era ménos vistoso el techo. Decorábanlo como por de fuera conchas, caracoles, madejas de aljófar y perlas y además penachos de brillantes plumas, unos sujetos, otros suspendidos á distintas alturas de hilos que desde el suelo no se percibía.

El aspecto que el conjunto presentaría lo dejo á la consideracion de mis lectores. Todo estaba limpio, acicalado, brillante; todo en órden y simetría; todo armónico; todo inspirado por un visible sentimiento de belleza.

Al rededor del templo había ocho salones llenos de armas: uno atestado de largas picas con hierros de cobre que por lo encendido del color parecía de oro; otro cuajado de clavas con grandes adornos y no menor riqueza; otro bien provisto de hachas cuya cuchilla era de cobre ó pedernal y cuyo martillo de punta de diamante; otro cubierto de arcos, á que cierto betun daba visos de esmalte, y de flechas con puntas de piedra, ya en forma de arpon, ya de escoplillo, ya redondas, ya de doble filo como las de daga; otros surtidos de bastones y montantes con cintas de aljófar y hermosos rapacejos; otros por fin abundantísimos en rodelas de madera ó de cuero y en paveses de caña tan fuertemente tejidos, que apénas había ballesta que pudiese atravesarlos: armas todas á que daban magnificencia y realce numerosos anillos de perlas.

¿No parece verdaderamente esta descripcion hija pura de la fantasía? Medite, sin embargo, el lector, y verá como despues de todo no se ha descrito sino un templo bárbaro. Ignoro de qué serían las paredes: supongo que no serían de granito. De latas era el techo, y estaba cubierto de esteras de caña. De madera se dice que fueron las estátuas, cuyo valor artístico desconocemos. Las flechas, las picas, las hachas, los montantes llevaban el hierro de pedernal y cuando más de cobre. Los paveses eran generalmente de bambú; las rodelas, de cuero. Los sepulcros de los reyes consistían en mejores ó peores arcas con tapas sin cerraduras ni goznes. Se pudrían allí los cadáveres inficionando la atmósfera de la anchurosa nave. Las perlas, las conchas y los caracoles de mar, los plumajes eran al fin dones de la naturaleza: las mantas, pieles que curtieron no ménos bien otros muchos pueblos salvajes, entre ellos los de la Florida.

Lo que daba aquí en realidad importancia y valor al monumento era, ademas del tamaño y el número de las estátuas, la buena disposicion y la armonía del conjunto. Revelaba ésto sin duda la existencia de un pueblo que distaba en cultura del de los creeks ó musckogees; pero no la de un pueblo que se acercara á los semi-civilizados del Perú y de Méjico. No tuvo el de Cofachiqui, propiamente hablando, arquitectura; no conoció ó por lo ménos no supo aprovechar ninguna clase de sustancias textiles; no se elevó á sistema alguno de religion ni de astronomía; no hizo, que sepamos, ningun progreso en la árdua tarea de trasmitir por signos gráficos el pensamiento. Hubo de estar algo más adelantado en materia de gobierno ya que la señora de aquel reino tenía, por decirlo así, sus ministros, acopios de maiz en varias poblaciones y caciques distintos que le

obedecieran; pero tampoco tanto que hubiese llegado de mucho á una constitucion política tal como las de los aztecas y los Incas.

¿Cuál pudo ser ese pueblo? Sigamos nuestra fatigosa peregrinacion y tal vez demos con alguno que se le parezca. Escasean los datos auténticos, y estoy falto de libros que podrían serme de grande auxilio.

CAPÍTULO XXIV

Los nátchez y los utchees.—Situacion de los dos pueblos.—Carácter físico y moral de los nátchez.—De dónde se los cree oriundos.—Sus tradiciones.—Sus soles ó reyes.—Autoridad absoluta de que éstos gozaban.—Veneracion que se les tenía.—Oficios públicos.—Formacion de una aristocracia.—El Rey, primer sacerdote.—Puntos de semejanza y diferencias entre los soles y los Incas.—Leyes de sucesion.—Las jefes hembras.—Incontinencia de estas mujeres y de los monarcas.—Efectos que produjo.—Costumbre de matar al cónyuge plebeyo.—Funerales de los reyes.—Sacrificios.—Religion.—Templos.—Fiestas.—Fiesta de la luna del Maiz.—Fiesta de la luna del Corzo.—Guerra.—Costumbres militares.—Conducta que se seguía con los prisioneros.—Cambios de nombre.—Supersticiones.—Tratados.—Ceremonial que en ellos se observaba.—Barbarie general de estas costumbres.—No eran ménos bárbaras las otras.—Médicos.—Magos.—Lutos.—Matrimonios.—Cabañas.—Cabaña del Sol.—Si estaban en gran decadencia los nátchez cuando les vieron por primera vez los europeos.[1]

En el anterior capítulo presenté interpolados con los musckogees á los nátchez y á los utchees. Los nátchez vivían efectivamente en la orilla izquierda del Mississipí, debajo de la confluencia del Yazoo, en vastas praderas interrumpidas á trechos por manchones de corpulentos nogales y robustas encinas. Al Sur debían de estar los utchees, si por acaso eran los mismos pueblos que ocupaban el país á que da el historiador de Soto el nombre de Utiangue.

Nada sé de los utchees, sí de los nátchez, que murieron como héroes el año 1750, dejaron huella en la historia y han sido modernamente objeto de sentidos y brillantes poemas. Echarlos aquí en olvido sería imperdonable falta.

Eran los nátchez de buena estatura y gentiles proporciones; pero se afeaban labrándose y pintándose rostro y cuerpo y prolongando y ahusando la cabeza de sus hijos. Aunque no fundaban su gloria en la destruccion de los demas hombres, tenían bravura y aún fiereza así para defender su patria, como para vengar sus agravios. Los pinta Garcilaso echán-

[1] Fuentes de este capítulo: Charlevoix, *Histoire de la Nouvelle France,* tome III, lettre 30; Chateaubriand, *Voyage en Amerique*; Domenech, *Voyage Pittoresque dans les grands déserts du Nouveau Monde,* chaps. XIII, XIV, XV et XVI; Garcilaso de la Vega, *La Florida,* libro IV, capítulos XII y XIII.

dose en el suelo despues de vencidos y dejándose arrastrar y matar ántes de someterse á voluntaria servidumbre. De uno refiere que con un hacha de armas, cogida á los europeos, se defendió de tres españoles, dos de á pié y uno de á caballo, y á los infantes les partió de un solo golpe la rodela. Las rodelas de nuestros soldados las llegaron á romper hasta con bastones.

Se duda si esos nátchez eran indígenas ó alienígenas. Créese hoy generalmente que procedían del Sudoeste. Lo indican, ademas de sus tradiciones, ciertas afinidades recien descubiertas entre su lengua y la de los mayas. Próxima á desaparecer la raza, decían algunos de sus caciques que, al emigrar sus mayores de la primitiva patria, se habían fijado en el Anahuac y servido á los aztecas. «Nuestros antepasados, añadían, favorecieron á Cortés en la guerra con Montezuma; sólo cuando se convencieron de la tirania de los españoles, levantaron de nuevo el campo y vinieron á estas llanuras: quinientos soles habían ya reinado entónces sobre nosotros.»

Quinientos soles eran en boca de los nátchez quinientos reyes. Quinientos reyes suponían por lo ménos diez mil años. Para que se vea por cuán antiguas se tenían aquellas gentes. «Allá en remotas edades, continuaban diciendo los ancianos, estaban sumidos nuestros ascendientes en la ignorancia y la anarquía. Los compadecieron los hijos del Sol, y bajaron á la tierra. Eran un hombre y una mujer cubiertos de hermosas y esplendentes vestiduras. Reunidos de noche los nuestros, acordaron ofrecerles el mando; pero no lo aceptó el hijo del Sol hasta que los vió resueltos á obedecer ciegamente sus órdenes, seguirle adonde los condujera y perpetuar en su familia el gobierno. Vivió *The*, así se llamaba el celeste númen, hasta conocer á sus biznietos, y fué el autor de todas nuestras instituciones. El fuego que arde perpétuamente en el sagrado recinto de nuestros misteriosos templos lo bajó él del cielo. Descienden de aquel poderoso varon nuestros reyes, y por ésto los llamamos soles.»

Gozaban estos reyes de una autoridad absoluta. Disponían de vidas y haciendas, y sin retribucion alguna podían exigir de sus vasallos todo género de servicios. Recibían de plebeyos y nobles las primicias de la caza y la pesca; fijaban día para la recoleccion de granos y guardaban en sus trojes las cosechas de todo el pueblo. A su antojo distribuían las amontonadas mieses. Si álguien los ofendía, bastaba que dijesen á sus *alluès* ó guardias «libradme de este infame» para que desapareciera.

No se les acercaba nadie, ni aún los jefes de tríbu, sin hacerles tres saludos y exhalar uno como alarido; no se atrevía nadie á dejarlos volviéndoles la espalda. Los dejaban todos los súbditos caminando hácia atras y repitiendo el alarido y los saludos. El que acertaba á verlos en la calle ó el campo les abría camino, detenía sus pasos y hasta que habían pasado no cesaba de dar los alaridos. No bebían con ellos en la misma copa ni comían en el mismo plato ni aún los más próximos parientes. Hijos del Sol, estaban aquellos monarcas por en-

cima de los hombres. No los miraban como ciudadanos, sino como esclavos.

Había entre los nátchez dos capitanes á guerra, dos sacerdotes, dos maestros de ceremonias para los tratados de paz y de guerra, cuatro para las fiestas públicas y un veedor de obras y graneros. Eran todos de nombramiento de los reyes, y de ellos recibían autoridad y prestigio. Con el tiempo, sin embargo, habían venido á ser estos destinos patrimonio de ciertas familias y conducido á la formacion de una aristocracia.

Era allí el Rey hasta gran sacerdote. Cada día al amanecer salía á la puerta de su cabaña, y, vuelto el rostro á Oriente, daba tres aullidos y se prosternaba. Cogía luégo una pipa, fumaba y dirigía sendas bocanadas de humo á las cuatro partes del mundo. Consagraba la primera al sol naciente. A su ejemplo los vasallos rendían culto al astro del día.

Supongo que el lector habrá ya recordado en esos jefes de los nátchez á los Incas. Es á la verdad notable esta semejanza entre dos pueblos que, sobre estar separados por mil leguas de distancia, se desconocieron é ignoraron. Preciso es, con todo, advertir que esos jefes nátchez se diferenciaban en mucho de los Incas. No tuvieron jamas espíritu de invasion ni de conquista, no dieron gran desarrollo á sus instituciones ni fomentaron las artes, no llevaron á cabo ni emprendieron obras en cuyas ruinas se refleje su grandeza, no llegaron á salvar las fronteras de la barbarie. Se parecieron á los Incas principalmente en la manera de establecer el despotismo y la religion de la naturaleza; y no supieron revestir al uno ni la otra de brillantez y pompa ni poner siquiera á sus pueblos al abrigo de la miseria acostumbrándolos á la sobriedad y al trabajo.

Aún dentro de las instituciones de la Monarquía se distinguieron mucho de los Incas los reyes nátchez. No casaban con sus hermanas, ni compartían con sus esposas la autoridad ni los honores. La autoridad no la compartían con nadie; los honores, sólo con su más cercana parienta, á quien se daba el título de jefe-hembra ó hembra-jefe. Al hijo primogénito de esta mujer y no al suyo propio trasmitían el poder á su fallecimiento. Creían como los de tantos otros pueblos que sólo por la madre cabía fijar sin riesgo de error el estado civil de los hijos. De aquí la veneracion á dicha jefe-hembra, que en vida podía hacer matar á los que la desagradasen y en su muerte arrastraba consigo á sus guardias y al resto de su servidumbre.

Casaba el Rey con cuantas mujeres quería, y la jefe-hembra con cuantos hombres la cautivaban. No solía, con todo, el Rey tener más de dos cónyuges en su choza; dejaba las demas en poder de las madres que las habían concebido. A ésas las visitaba cuando bien le parecía; y cuando bien le parecía las abandonaba. Como que para hacerlas sus esposas le había bastado decir á esas madres: «en tu hija puse mis ojos».

Rara vez el despotismo deja de corromper las costumbres. Produjo á la larga este desórden la general prostitucion de las mujeres, la falta de dignidad y de-

coro en los maridos, la frecuencia de los repudios y la más espantosa crápula. Pueblo más sensual ni más desmoralizado, dicen los que aún pudieron verlo, no lo había al Oriente de la América del Norte. La prostitucion llegó al fin á ser forzosa, y la mujer tanto más estimada cuanto más prostituta.

Trascendieron allí, como en otras monarquías, todas las aberraciones de los reyes. Se empezó por consentir que el sucesor al trono hiciese al morir su madre estrangular á su padre, si plebeyo; y acabó por ser ley ó por lo ménos universal costumbre matar á todo marido plebeyo sobre la tumba de la mujer noble; sobre la tumba del marido noble á toda mujer plebeya. Primero los jefes de tríbu, despues la aristocracia toda siguió el ejemplo de los soles.

Trascendió otra costumbre más bárbara. Como entre los aztecas y los Incas, se inmolaba al morir los reyes nátchez á muchos de sus servidores. Costaba á veces la muerte de un sol la vida de cien vasallos. Se sacrificaba constantemente á los guardias del difunto y casi siempre á más ó ménos súbditos que se ofrecían en holocausto. Fué poco á poco haciéndose otro tanto por las jefes-hembras, y no hubo al fin noble á quien no se empeñaran en acompañar á la region de las almas criados, amigos y deudos. Tal furia entró por este género de sacrificios, que se llegó á considerar como señalada honra morir sobre el sepulcro de los reyes y otras gentes principales, y se la solicitó cuando estaban aún llenos de vida aquellos por quienes se quería perder el aliento.

Describe Charlevoix en su *Historia de la Nueva Francia* una de esas inhumanas exequias; y, aunque muy posterior á la Conquista, creo indispensable describirla á mi vez para que conozca el lector á donde llegan las aberraciones humanas aún en los pueblos que se suele considerar ménos distantes de la naturaleza. Si despues de la Conquista pudieron sufrir alguna modificacion tan sangrientos ritus, no cabe á buen seguro atribuirla al contacto de los europeos.

Había fallecido una hembra-jefe casada morganáticamente. Se empezó por estrangular al marido, vaciar la cabaña, construir un lecho mortuorio y poner en él los dos cadáveres. Colocóse á poco al rededor de los dos los de doce niños que acababan de matar sus padres por órden del primogénito de la difunta. En la plaza pública se levantó en seguida catorce cadahalsos, cubiertos de telas en que se veía pintadas diferentes figuras y adornados de ramas de árboles. Subieron á los cadahalsos otras tantas personas. Iban todas vestidas de sus más ricos trajes y con una gran concha en la mano. Acompañábanlas sus parientes, el más próximo con una cuerda debajo del brazo izquierdo y una maza en la diestra.

Aquellas catorce personas estaban destinadas al sacrificio. Al grito de muerte que daban de vez en cuando estos sus más cercanos deudos bajaban de su respectivo tablado y bailaban juntas en medio de la plaza, ya delante del templo, ya enfrente de la cabaña, donde yacía la jefe-hembra. Presenciaba todo el pueblo el espectáculo, y no pocas gentes envidiaban la suerte de las futuras víctimas.

No se verificó el enterramiento de la hembra–jefe y su marido hasta los ocho días. En tanto los moribundos, pintada de rojo la cara y seguidos cada cual de cinco criados, recorrían las calles, siendo en todas objeto de regalos y de muestras de veneracion y cariño.

Al octavo día se condujo los régios cadáveres al templo. Rompían la marcha distribuidos en dos filas los padres y las madres de los doce niños muertos: las madres los llevaban en los brazos. Iban detras por el mismo órden las catorce víctimas. Seguían los parientes y los amigos de la difunta, cortados los cabellos en señal de luto. Cerraban por fin el cortejo fúnebre cuatro mancebos llevando en hombros el pesado féretro.

De diez en diez pasos dejaban las doce madres caer en tierra á sus yertos hijos, y no los recogían que no se los hubiesen pisado y girado en torno los mancebos de las andas. A trechos prorumpían los amigos y los deudos de la hembra-jefe en espantosos alaridos hasta asordar los aires. No bien se restablecía el silencio, danzaban las catorce víctimas. A los bailes sucedían lúgubres cantos.

Ya en el templo los dos cadáveres, miéntras se los enterraba, se dió muerte á las catorce víctimas. Se las despojó de vestidos y adornos, se las hizo sentar en el suelo junto á la puerta y se las entregó á salvajes de robustas fuerzas. Les sujetó un salvaje las rodillas con toda la pesadumbre de su cuerpo, otro los brazos á la espalda, y parientes de la hembra-jefe les enlazaron al cuello la soga que ellas mismas se habían tejido. Se les cubrió entónces la cabeza con una piel de corzo, se les hizo tragar tres píldoras de tabaco, se les dió á beber un vaso de agua, y dos de aquellos parientes, tirando de los opuestos cabos de la cuerda, las estrangularon ¡oh crueldad! cantando. Una misma fosa devoró luégo los catorce cadáveres.

¿Qué pudo llevar al pueblo de los nátchez á tan bárbaros ritus? El culto de la naturaleza no siempre excluyó ni impidió los sacrificios. El Sol entre los aztecas no reclamaba ménos víctimas que el belicoso Huitzilopochtli. De la carne y de la sangre de los soldados que morían en batalla se decía que se sustentaba el padre de la luz y el fuego. Mas aquí no era el culto del Sol el orígen de los holocaustos. Creían los nátchez á la par de otras muchas naciones que despues de la muerte iban nuestras almas á una region de la misma tierra, donde conservaban sus afectos, sus pasiones y su jerarquía. Ni los reyes querían ir solos á esa region de las sombras, ni el pueblo creía decoroso que hiciesen solos el viaje. Los reyes por otra parte sentían una tendencia en cierto modo natural á llevar más allá del sepulcro el despotismo.

El enterramiento de los reyes no era, al parecer, definitivo. Se los exhumaba despues de consumidas sus carnes, se lavaba sus huesos, se los envolvía en lo que se consideraba más precioso, se los encerraba en cestos de caña cubiertos de piel de corzo, se los ponía delante del altar del templo, y allí se los dejaba hasta que los reemplazase el esqueleto de otro monarca. Se los sepultaba entón–

ces para siempre, mas debajo de ese mismo altar, en que ardía el fuego sagrado. Ni falta quien refiera que, en vez de enterrarlos, se los momificaba y dentro de un templo redondo coronado por una cúpula se los colocaba en forma de círculo los piés al centro y los cráneos á la circunferencia. ¡Lástima que nadie asegure haberlo visto!

Los templos de los nátchez eran, á juzgar por el que vió Charlevoix, sumamente humildes: cuadrilongos, de cuarenta piés de longitud por veinte de anchura, bajos de techo, sin más luces que las de la puerta, por paredes tapias. Caía la puerta, que miraba al Oriente, en medio de uno de los más largos muros: exteriormente había á sus dos lados bancos de piedra. En lo interior, frente á frente de la misma puerta, se levantaba un altar ancho de cuatro piés, alto de tres, largo de cinco. Por todo ornato veíase al aire en las dos extremidades del techo dos águilas de madera toscamente labradas, que no parecían sino dos veletas.

Ardían perpétuamente en el recinto de esos templos, sobre la tierra, tres leños unidos por sus puntas é igualmente separados los unos de los otros. Velaba constantemente un hombre por que no se apagaran, y los había de respetar hasta el punto de no calentarse á la lumbre que despedían ni aún cuando sintiera ateridos sus miembros por el rigor del invierno. Sobre el altar ardían tambien perpétuamente cortezas de encina. Velaban aquí ya el fuego, no un simple guarda, sino cuatro venerables ancianos que se relevaban cada ocho días y no podían en los ocho dejar el templo. Había doce mancebos destinados á suministrar esas cortezas de encina; y si por acaso se las dejaba apagar, se las debía encender con los leños que ardían en medio de la nave.

Parece todo ésto indicar que el culto del Sol por el fuego era exclusivo en los nátchez. Charlevoix, sin embargo, asegura haber visto en un templo cabezas de madera, y añade haber oido que hubo, tambien de madera, una serpiente de cascabel y algunos ídolos. El culto del fuego era, por lo ménos, el predominante. Celebraba aquel pueblo su principal fiesta en la luna del Maíz, que correspondía á nuestro mes de Setiembre: en ella se hacía la ceremonia de encender fuego nuevo que vimos primeramente en el Anahuac, despues en el imperio de los Incas y hace poco en la tierra de los muscogees.

Venía la fiesta preparada de léjos. En sazon oportuna los hombres de armas tomar escogían un terreno vírgen, lo descuajaban quemándolo, y lo sembraban de maíz á las órdenes de su capitan á guerra. Aquel campo era desde entónces sagrado: ninguna otra persona lo podía labrar sin caer en pena de muerte. Ya próxima á madurar la mies, se la ponía en una troj bien guardada del sol que al efecto construían los mismos hombres. Al saberlo el Rey, señalaba día para la fiesta; y el pueblo en tanto se fabricaba al rededor del campo chozas en que ponerse al abrigo de la intemperie.

En el día prefijado salía el Rey en andas cubiertas de pieles y embellecidas

por hojas de magnolia y guirnaldas de rojas y blancas flores. Diez y seis guerreros, que se renovaban de cien en cien pasos, le llevaban en hombros y le conducían á todo galope al campo entre las aclamaciones de la muchedumbre. Deteníase á la puerta de la troj, donde le esperaba la flor de la nobleza; y no se movía que los sacerdotes no hubiesen encendido fuego por el rápido frote de dos maderas. Al distinguir la nueva lumbre, saludaba las cuatro partes del mundo y daba la órden de distribuir el maíz al pueblo. Allí mismo debía cada familia cocer y consumir el recibido grano.

Despues de la comida cantaban los guerreros y referían por turno sus hazañas. A la noche se danzaba á la luz de las antorchas. Formábase al rededor de un músico un corro de mujeres y al rededor de las mujeres un corro de hombres. Las mujeres estaban enlazadas las unas con las otras por guirnaldas de plumas; los hombres marcaban el compas ya con los piés, ya con las sonajas que llevaban en la mano. Movíanse constantemente los dos corros en direccion opuesta: el baile, aunque monótono, agradaba la vista. Jugábase al otro día á la pelota y concluia la fiesta por danzas guerreras y baños que reparasen las perdidas fuerzas. Hemos visto una fiesta semejante en los muscogees y en los pueblos de la Florida; no será el de los nátchez el último en que la veamos.

Celebraban los nátchez otras muchas fiestas: una al principio de cada uno de sus trece meses lunares. Todas eran á la vez religiosas, militares y agrícolas. En la de la luna del Corzo, primer mes de su año, correspondiente á nuestro Marzo, predominaba el carácter militar por recordarse en ella la salvacion de uno de los antiguos reyes. Hacíase á la sazon entre dos bandos bien provistos de armas un simulacro de batalla donde se recurría á todo género de estratagemas y se combatía tan á lo vivo, que no parecía sino que peleasen fieros y encarnizados enemigos. Aludía el espectáculo á que uno de los soles, habiendo oido una noche grande alboroto en su pueblo, salió creyéndolo tumulto y cayó prisionero de extrañas tríbus que habían á la callada y por sorpresa invadido la plaza. Sus vasallos le habían libertado ántes de rayar el día á costa de no pocas vidas y de mayores peligros; y se había perpetuado en este anual combate la memoria de tan insigne proeza.

El amor á la gloria he dicho ya que no era la pasion de los nátchez. Tenían, con todo, sus guerras; y, al intentarlas, empezaba el capitan que había de dirigirlas por plantar en determinado sitio dos árboles, pintarlos de rojo, adornarlos de plumas, flechas y mazas y picarlos por donde miraban á la nacion de los enemigos. Presentábansele cuantos querían tomar parte en la empresa manchado el rostro de vários colores y con sus más ricas preseas y armas; y, ya que tenía bastantes soldados, los reunía y les hacía servir la casina. No dejaban ya los soldados desde aquel día de parecer mañana y tarde en la plaza, bailar, referir sus hazañas y entonar el canto de muerte.

En el día fijado para la expedicion salían los nátchez con grande entusiasmo

y no ménos órden. Sabian acampar bien y tomaban sus precauciones; pero no ponían centinelas. Cuando querían de noche entregarse al descanso, se encomendaban á sus espíritus, pasaban con la maza en la mano por delante de sus ídolos, que ponían de cara al país enemigo, prorumpían en inútiles amenazas que llevaba el viento, apagaban sus hogueras y dormían tranquilamente procurando no roncar fuerte y tener á mano las armas.

En el ataque no eran ménos impetuosos y rudos que la mayor parte de los bárbaros. Como pudiesen, arrancaban tambien la cabellera á los vencidos. Respetaban, sin embargo, al que no hubiese dado con el cuerpo en tierra, y no trataban mal en sus marchas á los prisioneros. Mas ¿qué importaba si concluían por sacrificarlos? Al volver á sus cabañas les hacían cantar y bailar á la puerta del templo y los entregaban como esclavos á los parientes de los que habían muerto en la guerra. Se los recibía llorando y más ó ménos tarde se los quemaba vivos.

Solían tambien los nátchez cambiar de nombre á cada victoria: escogían entre los de sus antiguos héroes el que más acomodado les parecía al hecho de que se vanagloriaban. Otra costumbre tenían más singular, y era la de abstenerse por un mes del contacto de sus mujeres si habían cogido algun prisionero ó hecho algun escalpe. Temían que de otra manera ó habían de morir acosados por los espíritus de sus víctimas, ó sucumbir á la primera herida que recibiesen, ó ser derrotados por sus enemigos. Eran supersticiosos, y hasta un punto tal que, como los tupinambaes, dejaban de dar no pocas veces la más ventajosa y mejor dispuesta batalla por un sueño que habían tenido.

Antes como despues de sus guerras celebraban los nátchez tratados: despues, tratados de paz; ántes, de alianza. Son para conocidas las ceremonias de tan graves actos. Ya que sabía el Rey el día de la llegada de los embajadores, daba órdenes para la recepcion y designaba los súbditos que habían de alojarlos y mantenerlos. Llegada la hora, los esperaba rodeado de su nobleza. Cada noble ocupaba el lugar que por su rango le correspondía.

Los embajadores eran ordinariamente muchos: treinta varones y seis hembras. Iban á su cabeza los seis que más se distinguían por su voz y su habilidad en el canto. Deteníanse todos á quinientos pasos del Rey y entonaban el cántico de paz ó de alianza. A una señal del Príncipe volvían á ponerse en movimiento: eran entónces de ver los bailes, los gestos y las contorsiones de los que conducían el *calumete* de paz ó, lo que es igual, la pipa. Adelantábanse éstos cantando y no cesaban de moverse y agitarse hasta que con esa pipa habían frotado al Sol del calcañar á la cabeza. Reincorporábanse en seguida con el resto de la embajada.

Cargaban á la sazon los embajadores sus correspondientes pipas y las encendían despues de haber ofrecido una al gran monarca. Con él fumaban todos procurando echar la primera bocanada de humo al astro del día, la segunda á la

tierra y la siguiente al rededor del horizonte. Pasaban despues sus pipas á la comitiva régia, frotaban con sus manos el estómago del Príncipe, se frotaban á continuacion su propio cuerpo, dejaban las pipas en palos ahorquillados al efecto, y el orador decía su embajada en una arenga que no duraba ménos de una hora.

Concluido el mensaje, los embajadores, que hasta aquí habían permanecido de pié, se sentaban á una señal del Monarca. Otra hora hablaba este poderoso autócrata contestando al discurso de los enviados. Encendía luégo un maestro de ceremonias otra pipa y la presentaba sucesivamente á los mensajeros, que se limitaban á tragar una bocanada de humo. Preguntábales á poco el Rey por la salud; y despues de análogos cumplimientos por sus cortesanos los hacía conducir á la cabaña que les tenía dispuesta y servirles un banquete opíparo.

Aquella misma tarde les devolvía el Rey la visita. Salían los embajadores á recibirle, llevábanle en hombros á su aposento, le daban una gran piel por silla y, miéntras uno le mecía y zarandeaba, sentados los demas en el suelo á la redonda, cantaban sus hechos de armas. Repetíanse mañana y tarde por muchos días estas visitas y ceremonias hasta que en uno ponían los extranjeros un poste en medio de su cabaña y sentados al derredor esperaban á que el Sol llegase acompañado de sus guerreros. Iban aquel día los guerreros con sus mejores atavíos, danzaban batiendo sucesiva y acompasadamente el poste, referían sus hazañas y hacía cada cual su regalo á los embajadores. Hasta entónces no podían éstos recorrer el pueblo: no salían á la calle que no fuesen objeto de fiestas. Cuidaba el Rey de alimentarlos hasta que repasaban la frontera.

Todas estas costumbres habrá ya observado el lector que llevan aún el sello de la barbarie. Lo llevaban otras muchas. Los médicos nátchez empleaban las mismas supercherías y los mismos procedimientos que los de tantos otros pueblos de América. Había, ademas de los médicos, una especie de magos que pretendían tener el secreto y el poder, unos de provocar la lluvia, otros de serenar el tiempo. Poníanse los primeros agua en la boca y por uno como embudo lleno de agujeros en la garganta rociaban el aire miéntras con una mano tocaban el *chichikuè*, uno de los instrumentos músicos de aquel pueblo, y con la otra agitaban un ídolo. Se dirigían al cielo, especialmente á las nubes, si las había, y las conjuraban por espantosos gritos á que regasen la abrasada tierra y fecundasen los campos. Se subían los otros magos al techo de sus cabañas y conjuraban por lo contrario á las nubes á que pasaran y dejaran claro y limpio el horizonte. Danzaban y cantaban en torno de sus ídolos si por acaso las nubes acertaban á moverse y, cuando veían ya serena la atmósfera, tragaban humo de tabaco y presentaban al cielo sus pipas.

En señal de luto se cortaban los nátchez el cabello, no se pintaban el rostro y dejaban de parecer en público. El matrimonio lo realizaban, como la mayor parte de las naciones bárbaras, comprando la novia: habían de hacer regalos á todos los parientes de su futura. A llevar la novia al novio se reducían todas las

solemnidades; á celebrar un banquete, todas las fiestas. Habían de elegir las damas nobles por marido hombres oscuros; pero los podían despedir á su antojo. Para esos hombres el matrimonio era una humillacion contínua. Habían de tratar á sus mujeres con el mismo respeto que los criados, no podían sentarse cuando la tenían delante, comian en otra mesa. Hasta la vida perdían si llegaban á serles infieles; y no podían castigarlas ni repudiarlas aún cuando las cogieran en flagrante adulterio. Vivir exentos del trabajo y ejercer autoridad sobre los servidores de sus esposas eran todos sus privilegios y beneficios.

Habitaban, por fin, los nátchez en cabañas cuadrangulares bajas y no muy espaciosas, cubiertas de hojas y paja de maíz, cuando no de cañas y yerba. Los techos solían ser á manera de horno; las paredes, de ripia y sin ventanas; la puerta de tan escasa altura, que no se la podía cruzar sin agacharse. Era mayor y más alta la cabaña del Sol, sita en lugar eminente, pero no más rica. No tenía más adorno que estar por dentro blanqueada y enlucida, ni más mueble que una estrecha cama de tablas que levantaría como tres piés del suelo.

Suponen algunos que esos nátchez habían venido á gran decadencia cuando los visitaron por primera vez los europeos; mas si entónces no los vimos en mayor cultura y ellos por su parte no tenían más tradiciones que las transcritas, ¿cuál puede ser el fundamento de la hipótesis? Entre el país donde moraban los nátchez y el que contenía los soberbios panteones de Cofachiqui había gran distancia.

CAPÍTULO XXV

Pueblos de las costas de la Carolina del Norte.—Cuales fueron los que encontraron los capitanes Amidas y Barlow.—Sus caractéres físicos.—Su caracter moral.—Recepcion de Amidas por la esposa de Granganameo, hermano de Wingina, cacique de Roanoke.—Cultura que se observaba en todas aquellas naciones.—Traje.—Tocado.—Adornos.—Traje particular de los sacerdotes.—Traje de los agoreros.—Importancia que se les daba.—Sistema religioso.—Kewas.—Cómo le representaban.—Templos.—Panteones de los reyes.—Manera como se conservaban los cadáveres.—Creencia en el paraiso y el infierno.—Culto á los astros.—Fiesta notable.—Poblaciones.—Cómo estaban dispuestas.—Casas.—Signos de cultura.—Contraste de estas naciones con las de los iroqueses.[1]

No quiero salir del grupo de los apalaches sin hacerme cargo de los pueblos que en las costas de la Carolina del Norte y de Virginia descubrieron el año 1584 y el 1585 primeramente Felipe Amidas y Arturo Barlow y despues Ricardo Greenvil, que viajaban á cuenta de Sir Arturo Ráleigh. Aunque algunos, y acaso todos, á juzgar por la terminacion de las voces de sus lenguas, deben ser considerados como algonquines, presentaban tan característicos rasgos y tan especial fisonomía, que no puedo ménos de consagrarles un capítulo, sobre todo cuando en lo que tenían de ajeno se parecían no poco á los indígenas de la Florida.

Aportaron los capitanes Amidas y Barlow en la isla de Wococon, una de las situadas entre los cabos Fear y Hatteras; y por el estrecho de Pamptico ó Pampticoe subieron á la de Roanoke, puesta en la boca del de Albemarle. En la de Roanoke desembarcó un año despues Greenvil y llevó sus excursiones hasta la bahía de Chesapeake. Los pueblos que de Wo–

---

[1] Fuentes de este capítulo: THOMAE STARIOT, *Admiranda narratio, fida tamen de commodis et incolarum ritibus Virginiae*: JOANNIS WITH, *Vivae Imagines et ritus incolarum ejus provinciae in America quae Virginia appellata est ab Anglis*: WILLIAM STITH, *The History of the firts discovery and settlement of Virginia*. Cook 1ᵗ.

cocon á Chesapeake encontraron los tres argonautas fueron, segun sus principales historiadores, los pampticoughs, que habitaban en las orillas del río y el estrecho de su nombre; los shawanos ó shawanoes, que vivían en las márgenes de los afluentes del Showan; los weopomeokes, tribus que se extendían desde este río y el estrecho de Albemarle hasta las costas de la bahía; y los chesapeakes, que tenían en los alrededores de la bahía misma su morada y asiento. Por allá, es decir, por la actual Virginia, se sabe que estaban tambien los nanticokes, los conies, los tutelos y los pawhatanes.

Los pueblos entónces descubiertos por los ingleses los vieron por sus ojos Tomás Hariot y Juan With, y los describieron el uno con la pluma, el otro con el lápiz. Poco despues, el año 1590, publicó Teodoro de Bry en Francfort descripcion y dibujos; y nos dejó una de las más interesantes monografías que puedan apetecerse. A ella principalmente me referiré en este no muy largo capítulo.

Eran aquellas gentes bien proporcionadas y esbeltas, afables y corteses en su trato, humildes y respetuosas con sus reyes. Mandaba á la sazon en Roanoke Wingina, hijo de Ensenore y hermano de Granganameo. Recibió la esposa de Granganameo al capitan Amidas, que se adelantó con siete soldados en una lancha por el estrecho de Pamptico, y fué para con él todo lo hospitalaria y gentil que podía ser una princesa bárbara. Mandó sacar á tierra el bote en que los nuestros venían para que no lo maltratara el romper de las olas y traer á su casa los remos para que no los robaran sus compatricios; regaló á todos los huéspedes lavándoles en agua caliente los piés y sirviéndoles limpia y abundante comida; y porque algunos indígenas se atrevieron á entrar armados en el aposento é inspiraron recelos á los ingleses los hizo azotar despues de haberlos obligado á romper arcos y flechas. Reembarcáronse los europeos al caer de la tarde y se apartaron de la costa; y la generosa dama les envió á la playa cena, gente que les guardase el sueño y esteras que los abrigasen del frío de la noche. Mandaba esta mujer y la obedecían sin vacilar los súbditos de su cuñado Wingina, tan sumisos todos, que ninguno se atrevía ni á sentarse ni á proferir una palabra en presencia de la familia de sus jefes.

Notábase verdaderamente cierta cultura en todas aquellas naciones. A excepcion de los sacerdotes, labrábanse ordinariamente rostro y cuerpo varones y hembras; se hacían en ellos adornos que distaban de carecer de regularidad ni de belleza. Elegantísimamente se ceñían todos la piel con que se cubrían las partes. Llevábanla con orla y fleco y prendida de modo que les cayera en ondas. En los hombres no tapaba sino la parte anterior del cuerpo; por la posterior la cola, despues de sujetarles el carcaj al lomo, les daba en los calcañares. Se ataban las hembras esa piel al cinto; los varones al bajo vientre; en varones y hembras llegaba cerca de la rodilla.

Se observaba la misma elegancia en los tocados. Por detras se cortaba la mu-

jer el cabello al nivel de los hombros; por delante, casi al de las cejas; en lo alto de la cerviz se ponía un cordon á manera de corona. Dejábase el hombre en la mitad de la cabeza, de la frente al occipucio, una cresta de pelo: el pelo restante, si plebeyo, se lo rapaba, si noble, se lo recogía detras de la oreja. En cada oreja se prendía una pluma; á la raíz de la cresta, otra pluma más erguida y brillante.

Para mayor hermosura usaban aretes hembras y varones: quien de perlas, quien de oro, quien de garras de águila. Los dos sexos solían tambien adornarse con ajorcas y collares de muchas vueltas; no pocas mujeres, sin embargo, los llevaban simplemente labrados con su sangre en brazos y pecho. Iban todas desnudo el seno; mas se lo cubrían las vírgenes en la calle subiendo á los hombros las manos. Las realzaba sobremanera esa sombra de pudor y de modestia.

Era algo distinto el traje de los sacerdotes. Se raían la cabeza sin dejarse más que dos crestas: la de la frente al occipucio y otra que formaba arco sobre la frente misma. De léjos no parecía sino que llevasen capacetes como los soldados de la Edad Media. Vestían pieles á la par de los profanos, pero á modo de capa, atadas al hombro derecho y con el pelo afuera. No se pintaban ni se labraban. Tampoco usaban adornos como no fuesen aretes. Aún estos no habían de ser ni de oro ni de perlas.

Los agoreros ó mágicos tenían tambien sus distintivos: á la sien derecha un pájaro negro tendidas las alas, al cinto una piel y una bolsa que les caía sobre la cadera.

Con mentar á los agoreros no hay para qué decir si eran supersticiosas aquellas gentes. Los consultaban sobre el futuro éxito de sus guerras y de todos sus negocios, los suponían en comunicacion con los espíritus del mal y los creían capaces de producir todo género de transformaciones y maravillas, los consideraban dotados de virtud y energía para vencer las enfermedades y la misma muerte.

No eran ménos religiosas. Aunque politeistas, reconocían en *Kewas* al padre de los dioses y los hombres. «Kewas, decían, existe *ab æterno:* dió vida á otros dioses tan sólo para que le ayudaran á crear y gobernar el mundo. Hizo las aguas, y de ellas sacó todos los séres: así los visibles como los invisibles. Formó especial y directamente á la mujer, pero no al hombre: el hombre fué engendrado en la mujer por uno de los dioses.»

Concebían los pueblos de Georgia y Virginia todas esas divinidades á su imágen y semejanza. Representaban á Kewas bajo la figura de un jóven de grave y melancólico aspecto, que estaba sentado en una doble tarima abiertos los muslos, las manos en las rodillas y los piés acercándose por los talones; vestía almilla sujeta al pecho, llevaba al cinto la piel de corzo y calzaba unos como coturnos de elegantes labores; iba tocado á la manera de los habitantes de la Florida, lucía un vistoso collar y tenía en cada una de sus corvas dos ricas sartas de perlas.

Erigían en cada poblacion á este Supremo Dios cuando ménos un templo, bien circular, bien polígono, que no recibía luz sino por la puerta y era excesivamente sombrío y lúgubre. Sumida la imágen de Kewas en la oscuridad, imponía al que entraba. Había dos y áun tres en algunos templos, y no se les acercaba nunca sin temor el creyente. Allí se oraba, allí se cantaba, allí se hacían en ciertos días ofrendas. Tomaba el vulgo el ídolo por el dios mismo.

Inspiraban aún más horror los panteones de los reyes. Tendidos en fila yacían los cadáveres sobre un tablado que sostenían troncos de árboles de ocho á diez piés de altura. Debajo del tablado estaba sin cesar un sacerdote murmurando preces; fuera, en lugar más alto, allá en la sombra, Kewas descansando eternamente las manos sobre sus rodillas. Aumentaba en invierno el tétrico carácter de tan lóbrego recinto por el vago y desigual fulgor de los leños que se encendía para los ministros del enterramiento, que de noche dormían sobre pieles de fiera allí donde en el día rezaban y oraban.

Se conservaba por un singular procedimiento los cadáveres de los reyes. Se los destripaba, se los desollaba y se los descarnaba procurando dejar intactos los ligamentos. Se cubría despues la osamenta con cuero de venado, se reemplazaba la carne por otra sustancia y se los revestía de la piel que les quitaron. Se lograba así dejar con las facciones que en vida tuvieron á hombres que aún despues de muertos se quería que fuesen objeto de veneracion para los pueblos.

Sobre que todas aquellas naciones tenían por inmortal nuestro espíritu y decían que las almas, inmediatamente despues de abandonar el cuerpo, si habían sido buenas, iban á gozar de perpétua ventura en la morada de los dioses; si malas, á sufrir en el inextinguible fuego de un ancho foso que llamaban *Popogusso* y suponían situado al Occidente en los confines de la tierra. Nada ménos que por revelaciones de muertos pretendían conocer así la existencia de este profundo báratro como la espléndida de los palacios de Kewas á que conducían largas y espaciosas sendas entre árboles de rara hermosura y de nunca vistos ni bien ponderados frutos. Hasta despues de la entrada de los europeos afirmaron que la tierra había arrojado de su seno un cadáver y este les había hablado del paraiso de las almas justas, para que se vea cuán inseparables son los milagros aún de las religiones más bárbaras.

El culto de los pueblos de Georgia y Virginia se extendía al Sol, la Luna y los demas astros. No obtenían victoria ni pasaban por fausto suceso que no encendiesen enormes hogueras, no se sentasen al rededor, mezclados varones y hembras, no cantasen ruidosa y alegremente al son de sus maracas, y no cenasen en comun banquete.

Otra fiesta celebraban que tal vez guardase relacion con el mismo culto. Cierto día del año cercaban en el campo mayor ó menor cantidad de terreno hincando á trechos en la tierra postes que disminuían de arriba abajo, y terminaban en su parte anterior por caras de mujer con tocas parecidas á las de nues-

tras monjas. Entre poste y poste bailaban al declinar del sol jóvenes de ámbos sexos, diversamente vestidos, pero todos con maraca y ramo. Cantaban y bailaban; y en tanto, en medio del círculo, tres hermosas vírgenes, unidas y enlazadas como se pinta á las Gracias del Paganismo, daban saltando vueltas á otra área de mucho menor circunferencia. Bajábase á la fiesta de muchas millas á la redonda, y algunos se presentaban enteramente cubiertos de flores y hojas.

Religiosa había de ser la ceremonia, puesto que en ella tomaban parte los agoreros y los sacerdotes; pero agrícola habí de ser á la vez si se toma en cuenta la diversidad de ramos que en sus manos llevaban varones y hembras. Con formas varias se ve que había en todas esas tríbus de la América del Norte una fiesta para celebrar la fecundidad de la Naturaleza. Recuerde el lector las que hemos visto ya en los pueblos de la Florida, ya entre los muscogees.

Como los indígenas de la Florida, tenían tambien los de Georgia y Virginia muchas de sus poblaciones con altas, aunque no tan densas ni tan robustas, estacadas. Sus más amenas y pintorescas villas eran, sin embargo, las abiertas, generalmente situadas en las orillas de los ríos y no léjos de frondosos bosques. Hallábanse allí agradablemente esparcidas y mezcladas huertas y casas; lozanos árboles dando sombra á los más humildes hogares; aquí el templo, allí el palacio del régulo, más allá el área destinada á las fiestas solemnes; á un lado los campos de maíz con largos y bien dispuestos surcos. Desatábanse sobre las ya crecidas mieses enormes vuelos de pájaros; para ahuyentarlos daban voces y armaban grande estrépito hombres metidos en redondos sombrajos, que se levantaban sobre más ó ménos bajas tarimas en mitad de las hazas. Templos, palacios, enterramientos, casas, todo se componía de troncos hincados á trechos en la tierra y cubiertos de bien tejidas y vistosas esteras. Diferían los edificios en magnitud, no en riqueza ni en forma; así que todos, con la sola excepcion de los templos, eran cuadrangulares y presentaban encañonados sus techos como las bóvedas de nuestros hornos.

No daban gran muestra de cultura esas casas; pero sí las esteras, de varios y brillantes colores; la bien entendida labranza de los campos y sobre todo los ídolos, ademas de no mal tallados, de justas proporciones. Pueblos que en el camino del arte llegan á reproducir medianamente la humana forma distan ya mucho de los que no aciertan á bosquejar sino en rudas líneas bien sus propias armas, bien los animales objeto de sus cacerías. Ni en la Florida vimos tan grande adelanto: no lo veremos tampoco en los iroqueses.

Los iroqueses aventajarán en cambio á estas naciones de Georgia y Virginia en independencia y gobierno. Vivían todas, como la de los nátchez, bajo el mayor despotismo: no podían jamas levantar su voz sobre la de los reyes. Formará con ellas singular contraste la que vamos á describir en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXVI

Los alleghanis.—Su antigüedad.—Su lucha con los delawares.—Sus guerras con los iroqueses.—Los delawares.—Su primitivo nombre.—Su antigüedad.—Su situacion.—Su decadencia.—Su traslacion á las márgenes del Susquehanna.—Los iroqueses.—Su importancia histórica.—Alta idea que de sí mismos tenian.—Como los israelitas, se creian un pueblo escogido por Dios.—Sus tradiciones.—Orígen del hombre terrestre.—Hermanos gemelos que nacieron de una celeste pareja.—Enigorio, génio del bien y Eningonhahetgea, espíritu del mal.—Enigorio hace de la cabeza de su padre el Sol y del cuerpo la luna.—Desata los ríos y los arroyos, puebla de animales la tierra y crea dos imágenes á su semejanza.—Eningonhahetgea crea entre tanto las fieras y corta la tierra en espantosos derrumbaderos.—Sus esfuerzos por crear otros hombres.—Formidable duelo entre los dos espíritus.—Puntos de contacto entre estos dos génios de los iroqueses y los de los antiguos persas.—Atahocan.—Tarenyawagon.—Atahentsic.—Thoitsaron y Koskeke.—Agreskoo.—Ausencia de todo culto entre los iroqueses, segun algunos escritores.—Primitivo asiento de este pueblo.—Sus luchas con los monstruos.—Sus guerras con los pueblos del Norte y el Mediodía.—Tradicion sobre pueblos venidos de otros continentes.—Período de organizacion de los iroqueses.—La Casa Larga.—Las seis familias de que se componía.—Su supuesta distribucion por Tarenyawagon.—Tarenyawagon les dispensa otros beneficios.—Identidad de vida y de procedimientos en las cinco familias.—Orígen de la confederacion iroquesa.—Leyenda sobre este orígen.—Bases de la confederacion.—Poder legislativo.—Poder ejecutivo.—Diversas clases de jefes.—Por qué las magistraturas tendieron á ser hereditarias en pueblos tan libres.—Administracion de Justicia.—Relaciones extranjeras.—Trato de los iroqueses para con los pueblos vencidos.—Adopcion.—Sus efectos.—Valor que se daba al hecho de ser iroqués.—Idea que de sí habian hecho concebir los iroqueses á las demas naciones.—Lo que tenían dominado cuando la Conquista.—Rápida historia de lo que ántes de la Conquista habian hecho segun las tradiciones recogidas por Cusic.—Lo orgullosos que estaban los iroqueses de su forma de gobierno.—La recomienda Canassatego á los delegados de Pensilvania, Maryland y Virginia el año 1744. [1]

Dejo ya el grupo de los apalaches. Antes de examinar el de los iroqueses considero necesario escribir algunas palabras sobre los alleghanis y los delawares, con quienes estuvo desde apartados tiempos en alianzas y guerras.

Las tríbus de los alleghanis pasan hoy por las más antiguas de la república de Washington. No falta quien las tome por las de esos célebres *mounds builders* que desde el golfo de Méjico hasta la bahía de Húdson cubrieron de túmulos y campos atrincherados la América del Norte. Que hubieron de tener importancia no cabe dudarlo: basta recordar que dieron su nombre á la cordillera que enlaza el Estado de Nueva York con los de Georgia y Alabama. Ocuparon un día toda la cuenca del Ohío y hasta se extendieron por las riberas orientales del Mississipí, donde es fama que levantaron grandes y hermosas ciudades.

«Nosotros, dicen los delawares, vinimos de Occidente. Cuando llegamos al Mississipí, dimos con los poderosos alleghanis. Permitiéronnos de pronto el

[1] Fuentes de este capítulo: SCHOOLCRAFT, *Ethnological Researches respecting the red man of America*, vol. 1º, pág. 316; vol. 3º, pág. 181; 311; vol. 5º, pág. 133-142; 631-646; WILLIAM SMITH, *The History of the province of New-York*, part. 1ª, pág. 47; GEORGE HENRY LOSKIEL, *History of the mission of the United Brethren among the indians in North America*, part. 1ª, chap. 1º.

paso; mas nos lo negaron cuando nos vieron numerosos Hicimos entónces alianza con los iroqueses, establecidos más al Norte; y juntos vencimos despues de largas y sangrientas luchas. No sólo pasamos el río sino que tambien rechazamos los vencidos á la otra orilla. No lo conseguimos sin trabajo, porque el enemigo defendió con trincheras sus pueblos y construyó vastas fortalezas; pero lo alcanzamos al fin y nos repartimos las tierras que ganamos».

A los alleghanis se refieren probablemente los mismos iroqueses cuando en una de sus tradiciones cuentan que allá en siglos remotos nombraron las tríbus del Norte un príncipe que bajó inmediatamente al Sud y visitó al gran monarca de la Ciudad de Oro, capital de un dilatado imperio. Andando el tiempo, dicen, edificó este monarca en sus dominios gran número de fuertes y penetró muy cerca del lago Erie. Sobreexcitadas las gentes del Septentrion y temerosas de verse desalojadas de las playas australes de los Lagos se resolvieron á defenderse. Hábiles en el manejo del arco y de la flecha y sobre todo sufridoras de fatigas que no podían ménos de ser fatales para hombres del Mediodía sostuvieron guerras que duraron sobre cien años. Vencieron al fin y destruyeron todas las ciudades y fortalezas de los enemigos hasta dejarlas convertidas en montones de ruinas.

¡Lástima que no sepa más de tan famosos alleghanis! ¡Que haya tantos y tan significativos datos sobre una civilizacion que debió de crecer y morir en la cuenca del Mississipí y no los bastantes para reconstruirla y presentarla como fué á los ojos de nuestra Europa, tan ávida hoy de penetrar y descifrar los arcanos de la Historia! Algo más conozco de los delawares; pero se los tiene hoy por una rama de los algonquines y no he de hablar aquí sino de su nombre, sus tierras y sus relaciones con los iroqueses.

Los delawares no se llamaron así hasta el siglo XVI, en que Lord De la Ware se apoderó de la bahía á que dan entrada los cabos May y Henlópen. Llamábanse ántes *lenapis*, es decir hombres, segun muchos filólogos. Como tantos otros pueblos bárbaros, se consideraban por su antigüedad, valor y saber los primeros hombres del mundo. Muy antiguos debían realmente ser cuando tríbus de su mismo linaje los miraban como sus abuelos. Veían hermanos menores en los demas algonquines y sólo reconocían como de más edad á los iroqueses, de quienes se decían sobrinos.

Fueron tambien los delawares bravos y prudentes. Ocupaban en los tiempos de la Conquista sólo las bajas márgenes del río de su nombre; pero se habían extendido un día desde la boca del Nanticoke, en la bahía de Chesapeake, hasta las fuentes del Húdson. Empezaron á declinar cuando gracias á la confederacion de las cinco naciones crecieron los iroqueses; y fué desde la llegada de los europeos tan rápida su decadencia que en el año 1744, obedeciendo á una orgullosa intimacion de sus tíos, hubieron de abandonar las orillas del río Delaware por las del Susquehanna.

Esto me lleva como por la mano á tratar especial y detenidamente de los iroqueses, objeto principal de este capítulo.

Son los iroqueses en la Historia de América de no ménos importancia y fama que los aztecas y los incas. Agregaron éstos por el despotismo muchas y muy diversas gentes y llevaron á muy apartadas tierras el rumor de sus armas; fueron aquéllos no ménos temidos, unieron multitud de pueblos y vivieron bajo un régimen que tenía la libertad por base. Cuando no por otro motivo, serían dignos de atencion por estas sus instituciones, que no parece sino que han sido la norma de las que tanta vida y movimiento han dado en nuestro siglo á la célebre república de los Estados Unidos del Norte. Vimos en Méjico una confederacion de reyes; veremos aquí una confederacion de pueblos, y una confederacion tal, que trae involuntariamente á la memoria la anfictionía de los mejores tiempos de Grecia.

Los iroqueses tampoco se llamaban así ántes de la Conquista. Llamábanse *ongue-honwe*, hombres que aventajaban á los demas de la tierra. Como los delawares tenían alta idea de sí mismos y habían logrado infundirla á los vecinos pueblos. A la manera de los israelitas hasta como nacion escogida por Dios habían llegado á considerarse: en sus tradiciones Dios los había distribuido por las orillas de los lagos y los ríos, Dios los había ayudado á vencer á los gigantes y los monstruos y Dios los había unido por el lazo de federacion y alianza que tan poderosos los hizo.

Recogió esas tradiciones en nuestros mismos días un iroques de la nacion de los tuscaroras, David Cúsic, y las escribió, aunque no con mucha correccion, en la lengua de los ingleses. Voy á seguirle paso á paso con el objeto de que el lector comprenda desde luégo la índole y el carácter de aquel pueblo. Por el rápido bosquejo de tan fidedigno autor cabe apreciar fácilmente lo que pensaban los iroqueses tanto sobre Dios y el mundo como sobre el valer de sus mayores y el orígen y la naturaleza de su constitucion política: completaré luégo el trabajo con los datos de Schoolcraft y Cólden y con mis propias reflexiones.

Segun los iroqueses había al principio dos mundos: un mundo superior donde vivían hombres, otro inferior que no era sino un mar sin orillas, sumergido en la oscuridad y habitado por monstruos. En el superior había concebido una mujer dos mellizos; y, ya próxima al parto, sentía abatido el espíritu y fatigado el cuerpo. Por consejo de sus parientes se recostó junto con su marido en uno como lecho, que empezó á hundirse luégo que conciliaron el sueño los dos cónyuges. Viendo los monstruos del otro mundo bajar la celestial pareja, se afanaron por encontrar algo sólido que le sirviera de asiento. Hicieron que una gigantesca tortuga levantara sobre la haz del mar su robusta concha, y la cubrieron de tierra, que fueron á buscar debajo de las aguas.

Creció la tortuga en cuanto fué mansion del hombre; y con tal rapidez y de tal modo, que era á los pocos días ancha y espaciosa isla poblada de arbustos.

Aunque en las tinieblas, gozaban allí de ventura los dos consortes; mas no tardaron en perderla. Estando todavía en el claustro materno, se empeñó uno de los gemelos en saltar por encima de su hermano: de la lucha que entre los dos surgió se originaron horribles dolores para la madre. Nacieron los mellizos empujados el uno por el otro: si enemigos eran ántes, más lo fueron despues que vinieron al mundo. Causaron á poco la muerte de su padre, se criaron sin nodriza y se hicieron con la edad vigorosos y fuertes.

De los dos gemelos tenía el uno gentileza de cuerpo y alma; el otro, maldad y soberbia. Llamábase aquel *Enigorio*, éste *Eningonhahetgea*, y correspondían casi exactamente al Ormuz y al Ahriman de los antiguos parsis.

Era Eningonhahetgea el espíritu del mal y quería á todo trance conservar oscura la tierra. Enigorio, el espíritu del bien, se propuso dotarla de luz, y lo consiguió á pesar de su hermano convirtiendo en sol la cabeza y en luna el cuerpo de su propio padre.

Al ver la luz se disgustaron los monstruos y de temor se escondieron en lo más hondo del Océano. Enigorio entónces desató de los altos cerros los arroyos y los ríos; pobló de animales la tierra, el aire y las aguas; formó de barro dos imágenes á su semejanza, varon y hembra; soplándolas en el ombligo, les infundió vida y alma; y les dió por sustento los frutos de la naturaleza. Llamó á las dos imágenes *ea-gwe-howe*; con el fin de hacerles agradable y fecunda la tierra creó la tempestad para que se la regara con abundantes lluvias.

Eningonhahetgea en tanto recorrió la isla, y aquí la erizó de rocas, allí la cortó en espantosos derrumbaderos, más allá despeñó en cascadas las corrientes, acá y acullá derramó por las aguas y los bosques lagartos y fieras. Quiso tambien hacer de barro dos séres á su semejanza; pero no pudo en su primer ensayo sino dar existencia á dos monos. Ni habría jamas conseguido crear hombres, si no se hubiese prestado Enigorio á dotárselos de alma. Conocieron éstos el bien y el mal, cuando sólo el bien conocían los del bueno y poderoso espíritu.

No quedó aquí la discordia de los dos hermanos. Despues de haber Eningonhahetgea intentado repetidas veces destruir las obras de Enigorio y Enigorio haber puesto enmienda á los descalabros de Eningonhahetgea, convinieron los dos rivales en acabar por un duelo tan prolongada lucha. Dos días duró el combate empleándose por uno y otro contendientes las más poderosas armas. Al fin Enigorio, blandiendo astas de ciervo, único instrumento por el que podía morir su adversario, las descargó con tal ímpetu sobre la cerviz de Eningonhahetgea, que le derribó casi exánime al suelo. Tendré despues de muerto igual poder sobre las almas, dijo Eningonhahetgea y bajó á la eterna morada. Visitó Enigorio á su pueblo y desapareció tambien de la tierra. Y los dos continuan siendo el uno el génio del mal, el otro el génio bienhechor del hombre.

Dije ántes que estos dos espíritus correspondían al Ormuz y al Ahriman de los persas, y creo no haberme engañado. Son hijos los dos de un mismo padre

y por añadidura gemelos; pero Eningonhahetgea, inferior á Enigorio. No le puede vencer ni por la astucia ni por la fuerza; no le puede impedir que realice el bien, no puede sobrepujarle ni igualarle en la creacion de la naturaleza. Pretende hacer hombres como los de Enigorio; y no acierta á darles el soplo de la vida racional, es decir el alma. Solo y sin el auxilio de su hermano, se le trasforman los hombres en monos.

Otro punto de contacto hay aún entre los dos génios iroqueses y los dos génios persas. Enigorio y Eningonhahetgea no son tampoco dioses ni hipóstasis de Dios; son hijos de los hombres, aunque de los hombres de los cielos. El dios de los iroqueses es *Atahocan*, el Señor del Firmamento, que gracias á la existencia del espíritu del mal no es tampoco responsable de las miserias y aflicciones del mundo. Atahocan, por otra parte, no baja á la tierra sino para salvar á sus pueblos de las calamidades ó los peligros que los amenazan y guiarlos por el camino que puede conducirlos á la ventura.

Atahocan, segun parece, tenía un hijo ó hermano en *Tarenyawagon*, el Micabo ó Manabhozo de los algonquines, y había creado allá en el cielo una hembra y seis varones. La hembra llamada *Atahentsic*, había sido la que de uno de los seis mancebos había concebido á Enigorio y Eningonhahetgea. Había visto con malos ojos Atahocan este consorcio, y en castigo había mandado los culpables á esta entónces oscura region de las aguas. Qué nombre se diese al varon no he podido averiguarlo; sólo he sabido que Atahentsic tuvo más tarde una hija y de ella dos nietos: *Tho-it-sa-ron* y *Kos-ke-ka*. Kos-ke-ka mató á Tho-it-sa-ron como nuestro Cain á su hermano, y, único en la tierra, recibió de su abuela el cetro de las naciones. ¿Habría aún entre los iroqueses otras divinidades? Había por lo ménos la de *Agreskoe*, el dios de la guerra [1].

No se dice, sin embargo, que aquel pueblo tributase á dios alguno ningun género de culto: no se le encontró ni templos, ni altares, ni ídolos. Hasta dudan algunos, aunque en mi sentir infundadamente, si creía en la futura existencia de los espíritus. Vestía lo mejor que podía á sus muertos, y en los sepulcros, donde los enterraba ya de pié, ya sentados, ponía entre muchos objetos sartas de *wampum* [2]; pero no cabe asegurar, dicen, que lo hiciese pensando en otra vida. A juzgar por el aserto de escritores que le vieron y estudiaron lo real y positivo parece ser que no daba más importancia á sus tradiciones exclusivamente religiosas que á las políticas, tambien religiosas en el fondo.

Segun esas tradiciones vivían los primeros iroqueses con otros pueblos en las orillas del *Kanawaga*, hoy río de San Lorenzo, y no tardaron en extenderse por las de los Grandes Lagos. Poblada la tierra de monstruos, apénas si podían

[1] En la leyenda Hiawatha de que despues hablaremos se habla de *Owayneo*, morador de los cielos. ¿Será el mismo Atahocan?

[2] *Wampum* era poco más ó ménos lo que vimos bajo el nombre de chaquira en algunos pueblos del Oricono. Hablaré más detenidamente de esta clase de objetos en otro capítulo.

dormir tranquilos. Habían de luchar hoy con el quisquis, tal vez el mammouth, que en las márgenes del lago Ontario les derribó muchas villas y les mató muchos hombres; mañana con el alce, que costó la vida á gran número de guerreros; al otro día con enormes culebras que cerraban el paso á los montes de caza; al otro con serpientes de cuernos que sólo pudo ahuyentar el trueno y el rayo. Veíanse, ademas, invadidos, cuando no por los *ronnongwetowancas*, gigantes que bajaban del Norte, les entraban los pueblos y se llevaban cautivos á cuantos varones y hembras podían, por pueblos que moraban al Sud y habían, como ántes he dicho, constituido un grande y poderoso imperio. Ni dejaron de tener tampoco sus guerras civiles ni tiranos como Shotyeronsgwea, que por lo perverso consideraron instrumento del espíritu de las tinieblas.

Pinta aquí la tradicion al vivo las rudas batallas que no pudieron dejar de sostener los primeros hombres con la naturaleza y la inseguridad en que no pudieron dejar de vivir tríbus exclusivamente cazadoras movidas por pasiones indómitas. Lo más de notar es que habla tambien de gentes que vinieron de ignorado puerto y arribaron impelidas por la tempestad á las costas meridionales de la Grande Isla. ¿A qué gentes podrá referirse? ¿De qué parte del mundo saldrían? ¿Qué harían ya en América? La tradicion las cubre aquí sin duda con el velo del símbolo. Halcones, dice, las llevaron á la cumbre de una montaña; halcones las amenazaron y las obligaron á bajar al valle; monstruos que recorrían la comarca las destruyeron y acabaron.

Entra luégo la tradicion en otro período histórico donde empiezan á organizarse los iroqueses y forman la confederacion de las cinco naciones. Inducidos no se sabe por quién, se habían retirado los pueblos del San Lorenzo á las cascadas de *Kuskchsawkish*, las que hoy conocemos por el nombre de Oswego. Hallaron al bajar á la llanura á Tarenyawagon, el poseedor de los cielos, y se prestaron á seguirle. Viajaron siempre hácia Oriente; y bajaron primero por el río Mo-hawk y despues por el Húdson, entónces el *Shaw-na-taw-ty*, á las playas del Atlántico. Acamparon allí unas noches: hablaban todavía una sola lengua.

Algunos de esos expedicionarios se dirigieron por la costa más al Mediodía; pero regresaron todos á la hoy bahía de Nueva-York; y siempre bajo la direccion de Tarenyawagon volvieron á entrar por las orillas del Húdson. Había entre aquella multitud un cuerpo que se componía de seis numerosas familias y se llamaba á sí mismo la *Casa Larga*. Tarenyawagon lo distribuyó en la siguiente forma. Estableció la primera familia, la de los *mohawks* en las riberas del mismo Húdson; la segunda, la de los *oneidas*, cerca de un riachuelo más al Occidente, derivacion del río Susquehanna; la tercera, la de los *onondagas*, en la cumbre de un cerro de este nombre; la cuarta, la de los *cayugas*, en las márgenes del lago Goyogoh, ahora tambien Cayuga; la quinta, la de los *senecas*, al pié de una empinada altura, sita al Mediodía del lago Canandaigua. Caminó

la sexta con otras hácia Poniente hasta dar con las playas del lago *Kau-ha-gwa-rals-ka* hoy Erie; y bajó al Austro hasta el Mississipi, entónces *Ouau-we yo-ka*. Cruzó aquel río sobre una vid que se rompió al querer pasar las otras gentes, se dirigió á Levante y llegó al Océano. Fijóse cerca de la boca del Nuse, en la Carolina del Norte, y quedó separada por siglos de la Casa Larga. Fué esta familia la de los *Kaw-ta-nohs* ó *tuscaroras* que no entraron en la liga iroquesa hasta mucho despues de la Conquista.

Tarenyawagon, segun esas mismas tradiciones, no se limitó á distribuir las cinco familias desde los Grandes Lagos al Húdson; las unió por los lazos de la federacion, y, si no por sí mismo, por uno de sus mensajeros, les dió semillas con que fecundar la tierra, perros con que perseguir la caza, medios para hacerse con utensilios y preceptos de moral á que ajustar sus actos. Dicen que hasta les habló de un paraiso donde gozarían las almas de los que le obedecerían y de un infierno donde los infractores de sus mandatos sufrirían la mayor miseria.

La tradicion marca aquí evidentemente el paso de la vida patriarcal á la política, el de la vida de los instintos á la moral, el de la vida cazadora á la agrícola. Cuándo ocurriesen tan graves mudanzas sobradamente comprenderá el lector que no es fácil determinarlo: no creo que descanse en fundamento alguno el aserto de Cúsic que las da como verificadas sobre catorce siglos ántes del Descubrimiento.

Mas ¿llegarían ya entónces los iroqueses á la organizacion que tan famosos los ha hecho en el mundo? La tradicion los pinta en adelante moviéndose como un solo pueblo. Luchan juntos contra los monstruos que aún infestan la comarca, símbolo tal vez de naciones enemigas; se defienden juntos de otros gigantes del Mediodía, contra los que habrían sido impotentes sin el nuevo auxilio del poseedor de los cielos, que aplasta á tan orgullosos titanes bajo las rocas del monte Onondaga. Hacen todos por un mismo procedimiento sus fortificaciones, á que dan como los mount-builders una puerta para las entradas y otra para las salidas por agua; labran todos de igual modo la tierra y de igual modo fabrican su vajilla y sus armas. Una sola cosa han perdido, la unidad de idioma, y ésta no hasta el punto de no entenderse. Hay aún hoy entre los dialectos iroqueses, incluso el de los tuscaroras, mucha mayor afinidad que entre las lenguas de raza latina.

Segun la misma tradicion constituían los iroqueses de aquel tiempo más bien una sola nacionalidad que cinco: se regían por una asamblea y un jefe. La verdadera federacion vino, á lo que parece, más tarde: trajéronla discordias civiles. ¡Cosa por cierto singular y muy para tenida en cuenta! Siglos ántes de Colon, dice Cúsic, se hicieron independientes las cinco naciones y tuvo cada una su asamblea. Sobrevino una guerra intestina, duró tiempo y, despues de concluirla, Atotarho, jefe de la fortaleza de Onondaga, renovó el pacto de

alianza y convirtiéndose en legislador dió una constitucion al pueblo. Nada ménos que cinco años tardó en formularla.

Atotarho, añade Cúsic, era un hombre formidable: llevaba ceñidas cabeza y cuerpo de negras serpientes y comía en el cráneo de sus enemigos. Se hizo desnudar de sus horribles vestiduras y se ciñó en señal de paz un ancho cinturon de wámpum. En señal de paz tambien se plantó en Onondaga un árbol que había de llevar su copa á las nubes y servir de abrigo y sombra á la asamblea de los confederados. Allí, bajo las ramas de aquel árbol, que se extendían á los cuatro vientos, se reunieron en adelante los diputados de las cinco naciones para deliberar sobre sus comunes negocios; allí fumaron su pipa los jefes de los pueblos á cada pacto que celebraron con otros pueblos y otras gentes.

No una tradicion sino muchas tenían los iroqueses acerca del orígen de su celebrado gobierno. Una tengo á la vista que no es para olvidada. En ella Tarenyawagon es tambien el autor de la liga; pero la causa ocasional, una invasion de las tríbus del Norte.

Tarenyawagon, dice esta leyenda, enseñó á los iroqueses la agricultura, las artes y la observancia de las máximas y leyes del Grande Espíritu. Los ayudó á dominar los grandes monstruos de la comarca, les hizo claras y trasparentes las aguas de los lagos, les removió los obstáculos que impedían ó dificultaban la navegacion de los ríos. Tenía una canoa sin remos que, segun él quería, bajaba ó subía por las más impetuosas corrientes. Era tan sábio como poderoso: no había quien le ganase ni á buen cazador, ni á bravo guerrero, ni á orador elocuente. Oíale el pueblo con admiracion, y recibía con profundo respeto los consejos que le oía.

Ya que hubo concluido Tarenyawagon su celeste encargo, se propuso ser norma de vida para los hombres, y se estableció en las deliciosas orillas del lago de la Cruz, entónces lago de Tioto. Levantó allí su casa, labró sus campos de maíz, guardó su canoa mágica y eligió esposa. Como no se tenía ya por mensajero del Grande Espíritu, cambió su nombre por el de Hiawatha. No por ésto fué ménos considerado ni ménos obedecido. Quiso pertenecer y perteneció á la nacion de los onondagas, tan eminente entre las demas, que ya todas la reconocían con derecho á encender el fuego sagrado en las asambleas.

No se turbó en muchos años la paz; pero hubo de pronto grande y general alarma. Venía del Norte de los Grandes Lagos una turma de feroces guerreros que todo lo devastaba y mataba sin perdonar niños ni hembras. Amenazaba igual ruina á los medrosos que á los valientes, á los que desde luégo inclinaban la cabeza al yugo y á los que resistían. Hiawatha entónces aconsejó á las invadidas tríbus que no malgastaran sus fuerzas en vanas y parciales luchas, convocaran á todas las que se extendían de Oriente á Occidente y se reunieran en la colina que dominaba las márgenes del lago Onondaga.

Allí se reunieron todas: no ya tan sólo los guerreros que habían de tomar

parte en la Asamblea, sino tambien multitud de ancianos, mujeres y niños que estaban ansiosos de saber los medios de evitar la muerte. No parecía Hiawatha; y á los tres días fueron tan generales la ansiedad y el temor, que se le envió mensajeros para que no dejase de asistir á la Junta. Resistiólo Hiawatha, manifestando el presentimiento de que había de serle funesta la partida; mas, vencido al fin por reiteradas súplicas, montó en su canoa con su hija única y bajó por el río Seneca al Onondaga.

No bien le vieron en el lago los guerreros de la colina prorumpieron en saludos y alaridos de júbilo que no cesaron hasta el momento del desembarque. Lenta y majestuosamente subió Hiawatha con su hija á la cumbre; y ¡ay!, apénas la dominó, cuando se estremecieron y zumbaron los aires como si los sacudiese violenta ráfaga. Alzó los ojos al cielo, y distinguió algo que bajaba rápidamente y crecía por instantes en velocidad y tamaño; pero ni se inmutó ni se movió por más que vió dispersa de terror á la muchedumbre. Creyó cobardía huir, necedad querer sustraerse á los designios del Grande Espíritu y permaneció á pié firme con su hija.

Lo que había Hiawatha distinguido en el aire era un gigantesco pájaro blanco que descendía abiertas sus agudas alas. Cayó sobre la inocente vírgen como suelen caer sobre su presa las aves de rapiña y la derribó muerta al suelo. Con tal ímpetu cayó, que del golpe en la tierra se mató dejando enterrados pico y cabeza. Se había cumplido el presentimiento: Hiawatha había perdido á su hija, y de tal modo, que se la buscó inútilmente debajo del cuerpo del misterioso monstruo. ¿Quién podrá consolar á tan desdichado padre?

Hiawatha no dió en su rostro muestras de turbacion ni de sobresalto; pero quedó transida de dolor el alma. De repente, como si despertara de un letargo, se puso á la cabeza de la Junta, tomó sitio entre los guerreros y oyó con atenta gravedad las medidas propuestas por diferentes oradores. No habló aquel día; pero al otro usó de la palabra y dijo:

«Amigos y hermanos, perteneceis á muchas tríbus y habeis venido de lejanas tierras. Estais reunidos para nuestra mutua seguridad y la salvaguardia de comunes intereses. ¿Cómo podreis alcanzarlas? Imposible de todo punto que cada tríbu resista el empuje de esas feroces hordas del Norte miéntras tan á menudo esteis discordes. Sólo uniéndonos por fraternales lazos podemos esperar buen éxito. Unámonos pues y arrojaremos del suelo de la patria al enemigo. Oidme por tríbus.

»Vosotros, los mohawks, que estais sentados á la sombra del Grande Arbol cuyas raíces tanto ahondan en la tierra y cuyas ramas tanta tierra cubren, vosotros sereis la primera nacion, porque sois guerreros y poderosos.

»Vosotros, los oneidas, que reclinais el cuerpo en la Inmortal Piedra que nada ni nadie puede mover, vosotros sereis la segunda nacion, porque dais siempre sábios consejos.

»Vosotros, los onondagas, que habitais al pié de los Grandes Cerros y recibís sombra de los peñascos que los coronan, vosotros sereis la tercera nacion, porque os fué otorgado el don de la palabra.

»Vosotros, los senecas, que vivís en el Bosque Negro y teneis por casa la tierra, vosotros sereis la cuarta nacion, porque sois eminentes cazadores.

»Vosotros, los cayugas, que vivís en las Abiertas Llanuras y sabeis mucho, vosotros sereis la quinta nacion, porque no hay quien os aventaje en cultivar el maíz y construir cabañas.

»Uníos, vosotras las cinco naciones, aunad vuestros intereses y no temais que vengan enemigos á invadiros ni á subyugaros. Y vosotros, pueblos que sois como débiles arbustos, y vosotros, pueblos pescadores, poneos bajo nuestra proteccion y os defenderemos. Os defenderemos tambien á vosotros, si venís, pueblos del Mediodía y el Occidente. Deseamos con ardor la alianza y la amistad de todos vosotros.

»Si os unís por este gran lazo, no lo dudeis, hermanos, os será propicio el Grande Espíritu y sereis libres, prósperos y felices. Si permaneceis como estais, incurrireis en la cólera del cielo y perdereis la libertad, la hacienda y quizá la vida. Moriremos arrebatados por la borrasca de la guerra y no repetirán las presentes ni las futuras generaciones nuestros nombres ni en la danza ni en el canto.

»Hermanos, tales son las palabras de Hiawatha. He dicho. He concluido.»

Al día siguiente, continúa diciendo la leyenda, se discutió de nuevo este proyecto de union y fué aprobado por la Asamblea. Hiawatha, considerando entónces terminada su obra, dirigió á los iroqueses otro discurso lleno de prudentes consejos y les anunció su vuelta al cielo. Bajó á la playa, tomó otra vez asiento en su mística nave y sonó al punto en los aires blanda y dulce música. En tanto que ésta regalaba los oidos de la atónita muchedumbre fué lentamente remontándose la canoa al firmamento y desapareció de la vista de los mortales que no podrán nunca olvidar los beneficios de Hiawatha.

Trascribo á la larga estas significativas tradiciones, tanto para que se comprenda el alcance de la federacion de que me propongo hablar como para que se vea la importancia que á esta federacion daban los pueblos que por tantos siglos la sostuvieron. No la reducían los iroqueses á las cinco naciones; querían por lo ménos alianza y amistad con las que no entrasen en la liga. Ya veremos á donde los condujo esta noble extension de miras. Es notabilísima esta federacion, sobre todo en la historia de la antigua América, porque es verdaderamente la antítesis de los gobiernos centralizadores y absorbentes del Perú y de Méjico.

Segun ántes apunté, la confederacion de los iroqueses no era, como la del Anahuac, una confederacion de reyes, sino de pueblos. Hasta el año 1714 se compuso de las cinco naciones que acabo de poner en boca de Hiawatha. Constituía cada nacion una república independiente y libre: tenia sus especiales jefes

y su asamblea. Sin consultar á las otras hasta podía declarar la guerra cuanto más deliberar y resolver sobre sus negocios interiores; lo que no podía era comprometerlas por sus resoluciones ni por sus actos. Debía, por ejemplo, contar sólo con sus armas si declaraba por sí la guerra.

Estaban confederadas las cinco repúblicas sólo para el arreglo de los intereses comunes. Tratábanlos por medio de representantes en asambleas que solían reunirse en Onondaga. Grandes eran allí el vigor y la calma con que se los discutía. Se votaba por naciones sin que el acuerdo de las más obligase nunca á las ménos. ¿Se acertaba á decidir la guerra por una simple mayoría? Estaba en su derecho la minoría permaneciendo tranquila en sus hogares. Ni aún á las naciones que habían votado en pro cabía exigir más contingente del que á sí mismas se hubiesen fijado.

Lo raro es que, segun Schoolcraft, asistían matronas á las juntas de Onondaga, y, como estuviesen por la paz, hacían imposible la guerra. No me explico fácilmente ese voto concedido á la mujer en pueblos de suyo belicosos que la estimaban á la par de los demas bárbaros en poco, segun la tenían condenada á las faenas de la casa y las del campo. ¿Habrá padecido error Schoolcraft? No parece probable cuando echa en cara á Cólden que no haya sabido ver ese rasgo característico del gobierno de los iroqueses; pero es muy de notar que no lo hayan visto ni Cólden ni Cúsic.

Como se ve, la base de aquel régimen político era el sentimiento de la libertad y de la independencia. Este sentimiento era allí tal, que no sólo conservaba cada república su autonomía dentro de la confederacion, sino tambien cada fortaleza ó lo que es lo mismo cada villa dentro de cada república. Cada fortaleza tenía asimismo su consejo de *sachems* ó ancianos. Elegía el pueblo los representantes para todas las asambleas y los renovaba anualmente. Ni una nacion reconocía la superioridad de otra nacion, ni una villa la de otra villa. La esclavitud era de todo punto desconocida; la fuerza, empleada sólo contra los malhechores. Por el honor se estimulaba y conducía allí lo mismo á los individuos que á los pueblos.

No he hablado hasta ahora más que del poder legislativo. Al frente de la Confederacion, como al de cada una de las cinco naciones, había un jefe civil y otro de guerra. Estaba cada nacion dividida en tribus y administrada la justicia en cada tribu por dos varones. Llevaba el jefe civil de cada república el dictado de *Aukoyaner*; el de la Confederacion, el del primer jefe, de Atotarho. Se ha dudado si todas estas magistraturas eran hereditarias ó electivas; y yo me inclino á pensar que fuesen á la vez uno y otro. Hereditarias en el sentido de que no podían ó no solían salir de una familia, de una tribu ó de una república; electivas en el sentido de que la sucesion por la sangre necesitaba la confirmacion del pueblo.

Dos hechos en mi sentir igualmente inconcusos me afirman en este pensa-

miento: el de ser preferidos en la sucesion los sobrinos de parte de hermana á los hijos, y el de ser depuestos los magistrados al carecer de las dotes que exigía su cargo. Allí, como en tantas otras naciones bárbaras, se obtenía las magistraturas, no por el favor, sino por el mérito, y se las perdía por la degradacion y el envilecimiento.

Las tríbus en que se dividía cada una de las cinco naciones eran, segun Cólden, la del *Oso*, la de la *Tortuga* y la del *Lobo*; segun Cúsic, la del *Lobo*, la de la *Tortuga*, la del *Oso*, la del *Castor* y la de la *Nutria*. Llamábaselas así porque tenían estos animales en su respectivo *totem*, es decir su divisa, y la llevaban generalmente pintada en sus propias carnes. Había de ser de la tríbu del Oso el jefe militar de cada república, y de la tríbu de la Tortuga el Aukoyaner. Mohawk había de ser, por otra parte, el capitan á guerra de las Cinco Naciones y onondaga el Atotarho. No debían, pero solían, ser ademas de familias determinadas.

Parece á primera vista anómalo que hombres tan amantes de la libertad tendiesen á las magistraturas hereditarias; mas no lo parecerá tanto si se considera que, adjudicadas siempre al valer y dando orígen á más deberes que derechos, no podían ser como aquí objeto de la general codicia. Ni los jefes civiles ni los militares tenían allí emolumentos; tampoco insignias que los distinguiesen de los demas ciudadanos. Daban mucho de lo suyo, recibían poco de lo ajeno y eran generalmente pobres. Entraban por ménos que el último soldado en la distribucion del botin de las batallas; por ménos que el último hombre del pueblo en el reparto de los tributos que se exigía á las naciones vencidas. Llevaban algunos en la cabeza ricas y brillantes plumas, pero como premio del valor, no como señal de mando; y éstas podían usarlas cuantos se hubiesen distinguido en los combates. En el sacrificio, no en el provecho ni en la satisfaccion de la vanidad debían ser siempre los primeros; por el saber y la experiencia si hombres civiles, por la estrategia y la bravura si militares, en ningun caso por su ostentacion ni por sus goces, habían de distinguirse: ¿qué mucho que se fuese vinculando las magistraturas en ciertas familias?

Era sencillo este régimen y sin embargo completo. No había jueces federales. La competencia de los de cada república venía determinada por el lugar del contrato ó del delito. Donde se había cometido un crímen, allí debía ser juzgado y castigado; donde se había hecho un pacto, allí se había de dirimir las cuestiones que de él naciesen. El procedimiento era siempre rápido: en una sola audiencia se solía ver y fallar los negocios. Respondía de las deudas primero el que las había contraido, despues sus parientes. Se azotaba á los ladrones. Se raía la cabeza y se desterraba á las adúlteras. Se ponía al asesino en manos del más próximo deudo de la víctima, que ordinariamente le hacía saltar los sesos de un golpe de clava. Matador y muerto bajaban á una misma fosa.

Era notable esta confederacion sobre todo en sus relaciones extranjeras. Acep-

taba y aún solicitaba la amistad y la alianza de las vecinas naciones. Como la antigua Roma, buscaba en su proteccion á las débiles motivo para avasallar á las fuertes. Amaba con pasion la guerra y la hacia con encarnizamiento. Deseaba nada ménos someter á todos los pueblos de aquella parte de América. A los que voluntariamente se le incorporaban los consideraba desde luégo confederados y les concedía igualdad de condiciones y de derechos; miraba eternamente como tributarios á los que había sojuzgado por el temor ó las armas. Error grave que la obligó no pocas veces á gastar sus fuerzas en vencer rebeliones y acabarlas por el exterminio de los vencidos.

Por un solo medio dulcificaba la confederacion esta bárbara tiranía con los pueblos reducidos á la fuerza. Este medio era la adopcion, empleada frecuentemente hasta con los prisioneros. Cesaban contra el prisionero todos los ultrajes y todas las venganzas desde el momento en que le adoptaba una familia iroquesa. Era desde aquel punto y hora iroques, y gozaba de todos los derechos é inmunidades de los demas ciudadanos. ¿Le adoptaba por acaso una viuda? Los hijos de la viuda le debían el mismo respeto que á su padre, aunque tuvieran muchos más años. Cabía adoptar á cualquiera, amigo ó enemigo, de la misma ó de distinta raza; se daba al adoptado el nombre del adoptante y se le consideraba como al adoptante mismo.

Vendían los iroqueses el otorgamiento de esta adopcion como el más señalado favor del mundo. Para ellos ser iroques no valía ménos que para los antiguos latinos ser ciudadanos de Roma. Teníanse, como dije, por muy superiores al resto de los hombres; y á fuerza de decirlo é inculcarlo en el ánimo de sus propios hijos habían logrado que los reconociesen tales cuantos pueblos los rodeaban. Es indecible lo que por este sentimiento de superioridad, unido á la fuerza que la federacion les daba, emprendieron y realizaron. En el siglo XVI habían bajado desde el río de San Lorenzo á la Carolina del Sud; y es muy de creer que, á tardar cien años más la Conquista, hubiesen llegado al Golfo de Méjico. Extendíase en aquel siglo el territorio de su mando á Mediodía hasta la boca del río Wabash y á Occidente hasta las más apartadas orillas de los lagos Ontario y Erie. Era esto nada para lo que dominaban por el solo terror de sus armas. Al Norte habían llevado sus guerreras excursiones á la entrada del Lago Superior; y á lo largo de los montes Alleghanis no faltaba quien les obedeciese ni á Levante ni á Poniente. Había contribuido no poco á darles tanto poder é influencia lo ventajoso de su situacion, que les permitía bajar en canoas por ríos como el mismo San Lorenzo, el Húdson, el Delaware y el Susquehanna y caer de rebato sobre sus enemigos.

¿Qué no habían hecho ya esos iroqueses cuando arribaron los europeos á las costas de la América del Norte? Segun las tradiciones recogidas por Cúsic, ya en muy apartados tiempos se habían batido los senecas en las márgenes del río Genesee con los squawkihows, una de las más poderosas tríbus. En completa

derrota, habían recibido socorros de Onondaga, y, gracias á los esfuerzos de la Confederacion, sitiado y vencido á los enemigos, que ocupaban la principal de sus fortalezas. Habían hecho prisioneros á todos los cercados y puesto fin á la guerra por la muerte del caudillo de los squawkihows. A fin de evitar futuras rebeliones se habían establecido despues por órden del gobierno central en las mismas riberas del Genesee y defendídolas con numerosos fuertes. No habían arrojado del país á los vencidos.

Habían acontecido estas cosas en tiempo del segundo Atotarho. Bajo el tercero los oneidas se habían extendido por las orillas del Susquehanna; y la Confederacion había ganado todas las colonias que tenían los messissaugers entre el arroyo Oak-Orchard y el río Niágara, colonias todas florecientes.

En los días del sexto Atotarho, la asamblea de Onondaga había autorizado una expedicion para recorrer y explorar las comarcas al Mediodía. Con objeto de facilitarla había enviado á los otawahs mensajeros que les pidiesen franco paso. La expedicion, que constaba de quince guerreros dirigidos por dos capitanes, había bajado al Mississipí y encontrado la mejor acogida. Gentes que habían venido de muchos y diferentes pueblos la habían recibido danzando y cantando al compas de pequeños atabales y conducídola á la casa que aquella nacion tenía para embajadas y fiestas. Habían los iroqueses pasado el río y dirigídose á Occidente. Habrían llegado hasta las Montañas Rocosas á no haber encontrado resistencia cuando estaban ya para tocarlas.

No mucho tiempo despues había pedido la Confederacion la paz, no sólo á los otawahs, sino tambien á los kentahkes, pueblos que vivían en las riberas orientales del Ohío. Habíala pedido tambien á los messissaugers en tiempo del octavo Atotarho, y por cierto despues de una larga y sangrienta guerra en que habían sido numerosas las escaramuzas y no pocas las batallas. Había sostenido siempre con valor y fortuna el fuerte Kauhanauka, hoy Tuscarora, objeto de repetidos ataques; pero no había podido á pesar de su desesperado arrojo vencer al enemigo en el paso del Niágara, y, agotadas sus fuerzas, había debido solicitar la paz comprometiéndose á restituir todos los prisioneros.

Bajo el noveno Atotarho se había desprendido de los senecas una familia, ya entónces grande y poderosa, la de los kanneastokaroneahs ó eries, que ocupaba toda la region contenida entre los ríos Niágara y Genesee. Se había declarado independiente, y, segun parece, había sido reconocida tal por la asamblea de las Cinco Naciones. No había tardado, con todo, en asociarse á los messissaugers contra los iroqueses. Había hecho frente al mohawk Shorihowane, y obligádole á recoger hasta los niños y los ancianos. Había, es verdad, perdido en una batalla orillas del Genesee hasta seiscientos guerreros y debido emprender la retirada; pero logrando que el enemigo no le siguiera el alcance. A pesar de esto es posible que ya entónces hubiese sido arrojada de su residencia, si una flecha disparada del fuerte Kauquatkay no hubiese dejado sin vida á Shoriho-

wane que había ido á cercarlo á la cabeza de cinco mil confederados. Los confederados habían tomado á pecho vencer á los eries y habían reunido contra ellos tan numerosas fuerzas. Shorihowane, adviértase bien, era el jefe militar de las Cinco Naciones.

La Casa Larga era ya á la sazon poderosísima. Habían llegado á contar los mowhawks 5000 guerreros; 3500, los oneidas; 6000, los senecas; 4000, los onondagas; 4500, los cayugas: total, 23000 guerreros. La sexta nacion, aquella familia de los tuscaroras que había atravesado el Mississipí y fijádose en las playas del Atlántico, aunque dividida en tres tríbus, había permanecido una para la guerra, y arrojando de la bahía de Chesapeake á los nanticokes se había hecho dueña y señora de gran parte del litoral de Oriente.

Contaban á la sazon los tuscaroras veintiseis populosas ciudades y podían presentar en batalla seis mil hombres; pero bajo el gobierno del undécimo Atotarho se habían puesto en lucha con pueblos más al Mediodía y vístose en gran peligro. Años y años habían debido pelear con los oyatohs, los kwatariroraunuhs y los cawedas; y habían llegado á tal situacion, que tenían ya muy reducidos los establecimientos de sus fronteras. Habrían probablemente sucumbido si las Cinco Naciones, cuya alianza solicitaron, no hubiesen bajado á socorrerlos. La presencia y la bravura de los confederados habían puesto término á la guerra y contenido por mucho tiempo á los meridionales.

Segun Cúsic había habido allí tambien sus profecías sobre el no lejano desembarque de los europeos. Se había dejado sentir un terremoto y se decía si había caido un cometa de larga cola en las aguas de los lagos. Uno de los sachems había visto en sueños á Tarenyawagon y había sabido que hombres de color blanco iban á cruzar las grandes aguas, traer licores fuertes y comprar las tierras de los pieles rojas. Guardaos de acceder á los deseos de esas nuevas gentes, había dicho á sus conciudadanos, porque serán vuestra ruina. Arrancarán el árbol de la paz de Onondaga y disolverán la asamblea de las Cinco Naciones.

Pocos años ántes de que tal sucediera había estallado la guerra entre los mowhawks y los moheganes ó mohicanos, que ocupaban la márgen izquierda del Húdson. Despues de numerosas escaramuzas habían los mowhawks pasado el río dejando en él sus canoas para asegurarse la retirada: vencieron y obligaron al enemigo á pedir la paz porque en aquel momento de órden del duodécimo Atotarho unieron con ellos sus armas los oneidas y los onondagas.

No se cerró aquí la historia militar de los iroqueses. Ya en América los europeos, arrojaron los iroqueses á los eries de las playas meridionales del lago de este nombre, á los hurones de las riberas bajas del San Lorenzo, á ciertas tríbus de la familia de los alleghanis de las márgenes del Susquehanna, á los delawares de las orillas del río de su nombre. No bastaron entónces Francia é Inglaterra para agotar la actividad de este pueblo, que no parecía ver en los

demas sino pasto de su ambicion y de sus belicosos instintos. Ellos cada día más fuertes y los demas cada día más débiles contra los blancos, hasta ensancharon la confederacion que tan temibles los había hecho. El año 1712 recibieron en la liga á los tantas veces nombrados tuscaroras; once años despues á los necariagos de Michillimacinac y el lago Huron y á los messissaugers que á la sazon contaban cinco fortalezas y ochocientos cincuenta guerreros. Ocho llegaron á ser, como se ve, las naciones confederadas.

Es imposible fijar de cuántas recibirían los iroqueses tributo. Tan amedrentadas las tenían, que bastaba para cobrarlo un viejo sachem, cubierto de una mala camisa y envuelto en una pobre manta. Este sachem, dice Cólden, podía sin peligro dictar órdenes con tan arbitraria autoridad como un dictador de Roma.

No sin razon estaban orgullosos esos bárbaros de su forma de gobierno. No sin razon Canassatego, uno de sus más entendidos jefes, el año 1774, próximos á ser independientes los hoy Estados Unidos del Norte, la recomendaba en los siguientes términos á los delegados de Pennsilvania, Maryland y Virginia. «Nuestros sábios mayores, les decía, establecieron amistad y concordia entre las Cinco Naciones. Esto nos ha hecho formidables; nos ha dado gran peso y autoridad entre las vecinas naciones. Somos una poderosa confederacion, y, si vosotros seguís la conducta de nuestros antepasados, adquirireis á no dudarlo poder y fuerza. Sucédaos lo que quiera, os aconsejo que no os separeis los unos de los otros.»

Canassatego no apreciaba aquí la federacion sino por la fuerza que produce; los descendientes de los puritanos á quienes hablaba supieron apreciarla por la fuerza que produce sin menoscabo de la libertad.

CAPÍTULO XXVII

Los iroqueses.—Su valor, su aptitud para la guerra, su astucia y su perfidia.—Sus costumbres militares.—Su crueldad.—Su manera de consignar la importancia y el éxito de sus expediciones.—Su conducta para con los prisioneros.—Sus adopciones.—Sus sacrificios.—Su elocuencia.—Discurso del jefe de los onondagas al ingles Dongan.—Discurso de Garrangula al frances De la Barre.—Discurso de Canassatego á los delawares.—Carácter de estos discursos.—Significacion que tenían.—Los iroqueses eran naturalmente irónicos.—Cultivaban á la vez que la elocuencia el idioma.—Carácter de las lenguas iroquesas.—Numeracion.—Medios de transmitir los hechos y los pensamientos.—El wampum.—Estado de las ciencias.—Cronología.—Astronomía.—Medicina.—Supersticiones.—Capacidad intelectual.—Capacidad material de los cráneos.—Sentimientos.—Cualidades físicas.—Trajes.—Adornos.—Armas y herramientas.—Estado de las artes mecánicas.—Estado de la agricultura.—Prevision de los iroqueses como labradores.—Alimentos.—Habitaciones.—Pueblos.—Caminos.—Organizacion social.—Carácter originalísimo de esta organizacion.—Parentesco.—Matrimonios.—Cómo se los concertaba.—Cómo se los contraía. Cómo se los disolvía.—Nombres de los hijos.—Fiestas.—Carácter que tenían.—Si eran sacerdotes los que las preparaban y celebraban.—Cuántas y cuáles fuesen estas fiestas.—Danzas.—La de la guerra.—La de los muertos.—La de las plumas.—Juegos.—Enterramientos.—Lutos.[1]

Distinguíanse los iroqueses, como los araucanos, por lo indomables y lo elocuentes. Ni se cansaron nunca de pelear, ni se dieron jamas por vencidos. Mantuviéronse firmes hasta contra los europeos, á quienes hicieron muchas veces morder el polvo de sus campos de batalla. Tenían verdadera aptitud para la guerra: sobre ser estratégicos y tácticos eran astutos y cautelosos hasta rayar en pérfidos. No los aventajó nadie ni en aprovechar los odios entre dos naciones ni en dividir á los enemigos para quitarles fuerza. Hallábanse el siglo XVII entre las armas de Inglaterra y las de Francia: desplegaron singular destreza para desconcertar por las unas los intentos de las otras. ¡Con qué facilidad no entraron por otra parte en el uso y manejo de nuestros arcabuces y nuestras hachas! Hoy son de los más certeros en el tiro del rifle, y disparan de tal modo el hacha, que, dando vueltas sobre sí misma, cae siempre de filo en el blanco á que la dirigen.

Son dignas de nota sus antiguas costumbres militares. No partían los iroqueses para una expedicion que no se reunieran en fraternal banquete, y comie-

---

[1] Schoolcraft, *Information respecting the History, Condition and prospects of the Indian Tribes*, Part. 3th, pág. 181, and 507; Charlevoix, *Histoire et Description Générale de la Nouvelle France*, liv. 7.e et 11.e; Smith, *The History of the province of New-York*, part. 2.e; Morgan, *League of the iroquois;* Buchanan, *History Manners and Customs of North American Indians;* estas dos últimas obras consultadas en la de Herbert Spencer, *Descriptive Sociology or groups of sociological facts.*

ran carne de perro. Celebraban la víspera de la salida una gran fiesta á que solían asistir todos los guerreros de la comarca: llevaban ya horriblemente pintados los rostros como para espantar al enemigo. Danzaban primeramente al son de una especie de tambor de guerra; sentados despues en dos filas, iban levantándose por turno y refiriendo con animados gestos así las propias hazañas como las de los mayores. De vez en cuando todos los circunstantes aplaudían en coro las relatadas proezas. Crecía la exaltacion por momentos, y se llegaba por fin al mayor entusiasmo. Exagerábase al intento los ultrajes inferidos por los extraños y el heroismo de los compatricios. Nuevos bailes acompañados de canciones bélicas ponían fin á la fiesta.

Salían los expedicionarios al amanecer del otro día con sus mejores galas, y á cierta distancia las substituían por viejos y humildes trajes. Solían allí descortezar un árbol, generalmente un roble, y pintar de rojo en el desnudo tronco su proyectada empresa: una ó más canoas con la proa al punto á que encaminaban sus pasos, tantos remeros como soldados eran y el *totem* ó emblema del pueblo que amenazaban. Iban comunmente á la deshilada y con el mayor silencio; disponían sus etapas de modo que llegaran siempre de noche á la poblacion objeto de sus iras. Emboscábanse calladamente en los alrededores y esperaban á que rayase el alba. Acometían entónces tan de súbito y con tal ímpetu, que rara vez bastaban á detenerlos ni empalizadas ni hombres.

Tan fieros como valientes, no dejaban con vida á niños, mujeres ni ancianos, pegaban fuego á las chozas y todo lo devastaban y destruían. ¡Infeliz el pueblo de que se propusiesen tomar venganza! Lo hubo donde las madres se vieron puestas en el duro trance de asar vivos á sus propios hijos. No respetaban aquellos bárbaros sino á los hombres aptos para la guerra. A estos querían más bien cogerlos que matarlos, porque tenían á gala volver á sus hogares con gran número de cabelleras tendidas en sus arcos y no menor número de cautivos á su espalda.

Al regreso de la expedicion hacían alto los iroqueses donde á la ida mudaron trajes; y en el mismo ó en otro roble consignaban su victoria ó su derrota. Si vencedores, pintaban de blanco las canoas, vuelta la proa hácia su fortaleza; de negro, tantos escalpes como enemigos muertos en combate y tantas esposas como prisioneros. Poníanse luégo en marcha llevando á la cabeza dos heraldos que iban anunciando por alaridos de júbilo la fausta nueva. Entraban en su villa recibiendo los honores del triunfo: en un banquete adonde eran admitidos todos sus deudos referían á presencia de los ancianos y los guerreros las peripecias y la suerte de la campaña y eran objeto de bélicas danzas y atronadores aplausos.

Dejaban para otro día los sacrificios. Miéntras no llegaban á sus hogares cuidaban los iroqueses de sus prisioneros más que de sí propios. Se abstenían á veces hasta de lo necesario para mântenerlos. Permitían que se los azotaran los

pueblos del tránsito, no que se los matasen. Ya en sus villas, seguían para con ellos muy otra conducta. Los ofrecían en adopcion á los ciudadanos que hubiesen perdido en la guerra al padre, al marido, al hijo, al hermano; y si nadie se los admitía, los hacían morir para satisfaccion y contento de la muchedumbre por los más horrorosos suplicios. Ya los quemaban á fuego lento; ya les cortaban y comían las manos; ya les abrían hondas heridas y les bebían la sangre; ya les arrancaban los ojos y les metían ascuas de lumbre en las vacías cuencas; ya les sacaban el corazon y rociaban con él la frente del pueblo. Una que otra víctima rara vez dejaba de haberla despues de cada triunfo: habría habido indudablemente muchas más sin la costumbre de la adopcion, sostenida y fomentada por la política.

Eran los iroqueses muy bravos, pero crueles. No inmolaba aquí á los prisioneros la religion sino la venganza; no los dioses sino los hombres. El sacrificio repugnaba aquí cien veces más que entre los aztecas. Sobre que los aztecas no prolongaban los sufrimientos de sus víctimas. Pretende en vano Cólden disculpar á los iroqueses recordando á los héroes de Homero y á los inquisidores del Cristianismo: ni los héroes de Homero llegaron á tanta crueldad, ni los inquisidores dejaron de obrar como los sacerdotes de Méjico á impulsos del fanatismo religioso, el peor y el más sanguinario de los fanatismos.

Debíase esta crueldad en gran parte al exagerado aprecio que de sí mismos hacían los iroqueses. Ofendíanse de que las demas naciones se atreviesen á resistirles y aún á tomar acuerdos que más ó ménos directamente pudieran afectar sus intereses. He dicho que eran oradores: citaré algunas arengas por donde se comprenda á la vez la elocuencia con que hablaban y la arrogancia con que se dirigían á los otros pueblos. Adivinará fácilmente el lector que no he de sacarlas de la historia de los antiguos tiempos, escasa de noticias generales, cuanto más de pormenores: no porque sean de la época de la Conquista y aún de más reciente fecha, dejarán de retratar al vivo el carácter de aquellas gentes.

Allá en el año 1684 De la Barre, gobernador del Canadá, quiso llevar sus armas al país de los senecas. Deseosos de evitar la guerra, se interpusieron los onondagas entre los senecas y los franceses. Súpolo Dongan, que regía la colonia de Nueva York, y trabajó por que los onondagas, en vez de procurar la paz, reuniesen las fuerzas de las cinco naciones y sacudiesen el yugo del rey de Francia. Envióles al efecto un embajador, que les habló en tono de mando. Ofendido el jefe de los onondagas, le contestó no ménos imperiosa y altaneramente. Es de advertir que en aquel tiempo designaban los iroqueses á los gobernadores de Nueva York por el nombre genérico de *Corlear* y á los del Canadá por el de *Ononthio*.

«Sábete que el Onondaga se ha puesto entre Ononthio, su padre, y el Seneca, su hermano, para impedir que se batan. Habría creido siempre que Corlear se había de poner á mi espalda y gritarme: ánimo, Onondaga; no permitas que se

maten el Padre y el Hijo. Me sorprende mucho que su enviado me hable otro lenguaje, y lleve á mal que yo detenga el brazo del uno y el otro. No me podrás convencer de que Corlear tenga tan depravado el corazon como tú dices. Onontbio me ha dispensado el honor de venir á tratar en mi cabaña: ¿se pretende que el hijo deshonre al padre?

»Escucha, Corlear: Onontbio me adoptó por hijo: como hijo me trató en Montreal y como hijo me vistió el traje que llevo. Juntos plantamos allí el árbol de la paz, y juntos lo plantamos en Onondaga, á donde envía siempre sus mensajeros por carecer de talento los senecas. Otro tanto hacían ya sus antecesores; ni á ellos ni á nosotros nos pesa. Tengo dos brazos: extiendo el uno sobre Montreal para sostener el árbol que allí pusimos; el otro sobre la cabeza de Corlear, que es hace tiempo mi hermano. Corlear es hace tiempo mi hermano y Onontbio mi padre; pero, entiéndelo bien, sólo porque así lo quiero.

»Ni el uno ni el otro son mis señores: del creador del mundo recibí la tierra que ocupo. Soy libre. Respeto á los dos; pero no reconozco en ninguno el derecho de mandarme. Ni lo tiene nadie para quejarse de que yo procure por todos los medios posibles evitar la guerra. Tomóse mi padre el trabajo de venir hasta mi puerta, y no me hizo nunca sino proposiciones razonables: voy á verle, no puedo diferirlo por más tiempo.»

Onontbio, sin embargo, ese mismo De la Barre á quien llamaba padre el Onondaga, había concebido nada ménos que la loca empresa de reducir por fuerza de armas á las Cinco Naciones. Había bajado por el río de San Lorenzo al lago Ontario; y, despues de haber perdido tiempo en Frontenar, había venido á situarse en la costa de Oriente, donde el hambre y la enfermedad estaban acabando con su ejército. Supo aquí la buena disposicion de los onondagas; y como no tuviese ya otra esperanza que la de conseguir una más ó ménos honrosa avenencia, se decidió á llamar á parlamento los mismos pueblos por cuya servidumbre había pensado engrandecer su nombre. No logró que acudieran á su voz sino los onondagas, los cayugas y los oneidas; y, ya que los tuvo reunidos, los amenazó con la guerra, si no se obligaban formalmente á cortar sus bárbaras excursiones por el país de los miamis y los ilineses. Garrangula, uno de los caudillos iroqueses, segun unos seneca, segun otros onondaga, le contestó del siguiente modo:

«Onontbio, ¡honor á tí y á los guerreros que te acompañan! Tu intérprete ha concluido tu arenga; empieza ahora la mia. Mis palabras herirán pronto tus oidos: escúchalas.

»Cuando abandonaste la fortaleza de Quebec, debiste sin duda haber creido que el sol había abrasado los bosques por los que os fué siempre inaccesible nuestra comarca ó los lagos habían salido de madre y circuido nuestros castillos de modo que no pudiéramos salir á combatiros. Sí, Onontbio, algo de ésto debiste concebir en tus sueños: la curiosidad de ver tanta maravilla te habrá sin

duda traido tan léjos. Debes estar ya desengañado, puesto que nos ves á tu presencia y podemos asegurarte que viven aún los mohawks, los senecas, los onondagas, los cayugas y los oneidas.

»En nombre de estos valientes guerreros te doy las gracias por haberles traido la pipa que tu antecesor recibió de sus manos. Habría sido mejor para tí que hubieses dejado so la tierra esa hacha mortífera, tantas veces teñida en sangre francesa. Oye, Ononthio: yo no sueño; abiertos tengo los ojos, y el sol que me alumbra me presenta á la cabeza de una compañía de soldados á un capitan que habla como si estuviera durmiendo. Dice que no vino al lago sino para fumar la pipa de la paz con los onondagas; y yo veo lo contrario y digo que nos habría dado en la frente si la enfermedad no hubiese enflaquecido los brazos de sus franceses.

»Te veo, Ononthio, furioso entre guerreros escuálidos, que, gracias a estar enfermos, han podido salvar la vida. Sábete que ya nuestras mujeres habían descolgado sus clavas; y nuestros niños y ancianos habrían ya llevado al corazon de tu campo sus arcos y flechas, si no los hubiesen desarmado y detenido nuestros héroes cuando vino á nuestros castillos tu mensajero. Tal como sucedió te lo digo. Oye ahora y ten presentes mis palabras. Nosotros no expoliamos sino á los franceses que proporcionan fusiles, pólvora y balas á los twightwis y á los chictaghis. Pueden estas armas traernos la muerte, y seguimos el ejemplo de los jesuitas, que hacen pedazos las barricas de ron introducidas en nuestros fuertes por temor de que, ébrios, no se las estrellemos en la cabeza. Nuestros héroes no tienen bastantes castores con que comprar esos arcabuces que aquéllos toman; y nuestros ancianos no temen la guerra. Confirma este cinturon mis palabras.

»Entramos nosotros á los ingleses en nuestros lagos para que comerciasen con los otawas y los quatoghis; y los adirondacks entraron á los franceses en nuestros castillos para facilitarles un tráfico que Inglaterra pretende ser suyo. Nacimos libres, y no dependemos ni de Corlear ni de Ononthio. Podemos ir á donde nos plazca, llevar con nosotros á quien queramos y comprar y vender lo que se nos antoje: si vuestros aliados son esclavos vuestros, tratadlos en hora buena como tales y mandadles que no reciban á ningun otro pueblo. Nosotros no somos esclavos de nadie. Confirma este cinturon mis palabras.

»Si dimos en la cabeza á los twightwis y á los chictaghis, sábete que lo hicimos porque cortaron los árboles de paz que servían de lindes á nuestras naciones. Vinieron á cazar en territorio ajeno, y contra toda costumbre mataron lo mismo al castor macho que al castor hembra. Nos trajeron ademas á los shawanoes para hacerlos auxiliares y cómplices de los negros designios que habían concebido contra nosotros. Harto ménos hicimos que vosotros, los franceses y los ingleses, que tantas tierras habeis usurpado y á tantos pueblos habeis arrojado del suelo que era la tumba de sus padres. Confirma este cinturon mis palabras.

»Oye, Ononthio: lo que te digo es la voz de las cinco naciones. Oye lo que te contestan, abre tus oidos á lo que te hablan. Dicen los mohawks, los senecas, los cayugas, los onondagas y los oneidas que, cuando a presencia de tu antecesor sepultaron el hacha en medio del fuerte de Cadaracui, plantaron allí mismo el árbol de la paz y quisieron que se lo conservara cuidadosamente para que fuese cita de mercaderes el que había sido hasta entónces abrigo de soldados, y venta de castores y otros artículos de comercio la que siempre había sido plaza de armas y municiones de guerra.

»Oye, Ononthio: procura en adelante que no sea tal el número de tus soldados que ahogue el árbol de la paz plantado en tan pequeño fuerte. Sería de sentir que despues de haber echado tan fácilmente raíces detuvieras su crecimiento é impidieras que cubriese tu país y el nuestro con sus frondosas ramas. En nombre de las Cinco Naciones puedo asegurarte y te aseguro que danzarán nuestros héroes bajo sus hojas, fumarán la pipa de la paz, se mantendrán quietos en sus petates y no desenterrarán su hacha de guerra, miéntras Ononthio y Corlear no intenten juntos ó separados atacar la tierra que de manos del Grande Espíritu recibieron nuestros antiguos padres. Confirma este cinturon mis palabras y este otro la autoridad de que me revistieron las Cinco Naciones.

»Ahora, añadió el orador volviéndose al intérprete, sé tú de esforzado corazon, habla y repite mis palabras sin olvidar ninguna. Dí á Ononthio, tu gobernador, todo lo que le dicen sus hermanos y amigos por boca de Garrangula, que os ama, desea que acepteis este castor como pequeña señal de cariño y os convida á su fiesta. Ese castor, dile á Ononthio que se lo regalan todas las Cinco Naciones de los Lagos.»

Da aún más exacta idea del carácter de los iroqueses el discurso que pronunció Canassatego el año 1744, al celebrarse el tratado de Lancáster, en aquella asamblea donde se intimó á los delawares ó lenno-lenapis que abandonasen el río de su nombre y fuesen á buscar en otras márgenes asiento.

«Sobrinos, dijo Canassatego á los delawares, dejad que os castigue con este cinturon de wámpum. Mereceríais que os cogiera por los cabellos y os sacudiera rudamente la cabeza hasta que recobrarais el juicio y os hicierais sóbrios. Ni sabeis dónde estais ni lo que haceis. La causa de nuestro hermano Onas es evidentemente justa: Onas desea conservar su pacto de alianza. Vuestra causa es por lo contrario mala; y vuestro corazon, protervo. Intentais maliciosamente romper los lazos que nos unen con Onas y sus gentes Sobre las mismas tierras en cüestion he visto por mis propios ojos un documento que cincuenta años atras firmaron nueve de vuestros antecesores y una cesion que suscribisteis no há mucho quince ó más de vosotros. ¿Cómo os atreveis ahora á venderlas? Nosotros os conquistamos y os hicimos mujeres. Ni como tales podeis vender tierras, ni sería justo que pudierais haciendo de vuestra libertad mal uso. Esas tierras que reclamais pasaron ya por vuestros estómagos: en vestidos, en lico-

res, en víveres os las satisficieron. Las pedís de nuevo, como si fuerais niños.

»¿Qué os pudo llevar á venderlas en la sombra? Jamas nos habeis dicho que las hubieseis vendido. Nada nos habeis dado de lo que cobrasteis; nada, ni un mal tubo de pipa..... Nos habeis contado no sé qué oscura historia... No en ésto sino en todo obrais con malicia. En cuanto se refiere á nuestros hermanos sois todo oidos para la calumnia. La acogeis con no ménos ánsia que acogen las mujeres disolutas los besos de sus licenciosos amantes. Os intimo por todas estas razones que dejeis al punto la tierra: ni tiempo os doy para pensarlo. Sois mujeres, tomad el consejo de un hombre cuerdo y levantad inmediatamente el campo. Volved al otro lado del Delaware, donde un tiempo estuvisteis. Quizá ni allí os permitan vivir, segun estais degradados; quizá tambien pasasteis por vuestras gargantas aquellas tierras. Os doy á escoger entre dos sitios, el Wyoming y el Shamokin: adonde quiera que vayais os tendremos á la vista y observaremos vuestra conducta. No discutais, marchaos y tomad este cinturon de wámpum.»

Obedecieron en el acto los lenapis; y ántes no se partieran, tomando Canassatego en la mano un cordon de wámpum, «este cordon, les dijo, sirve para prohibiros á vosotros, á vuestros hijos, á vuestros nietos y á vuestras más remotas generaciones que os mezcleis en cuestion alguna de tierras: ni vosotros, ni ninguno que de vosotros descienda, se considere jamas con derecho á venderlas. Conservad este cordon en memoria de lo que hoy os han ordenado vuestros tios. Tenemos ahora otros negocios que resolver con nuestros hermanos: salid de la asamblea y rumiad nuestras palabras.»

Todos estos discursos, llenos de arrogancia y energía, revelan en mi sentir hasta dónde es cierto que estaban los iroqueses convencidos de su fuerza y sabían traducir en elocuentes frases los pensamientos. Pronunciábanlos generalmente los oradores al aire libre, de pié, en medio de asambleas ó de muchedumbres, erguido el cuerpo, fiera la mirada, revuelto el manto al hombro, desnudo el brazo, solemne el tono y adecuado á la palabra el gesto. Afluentes, concisos, pulcros, metódicos, los solían componer de manera que agradasen, moviesen el corazon, se imprimiesen fácilmente en la memoria del que los oyera y no lastimasen los oidos de la mujer más casta. Matizábanlos ordinariamente de metáforas y daban por ellas color y relieve aún á sus más abstrusos conceptos. Acababan de darles fuerza por la ironía.

Irónicos lo eran los iroqueses hasta con sus víctimas. Atormentaban el año 1649 al Padre Brobeuf y le decían: «no tienes derecho á quejarte; debes por lo contrario estarnos agradecido. Asegurabas no há mucho que tanto más se goza en el cielo cuanto más se padece en la tierra. Para tu mayor ventura en el paraíso nos esmeramos en multiplicar tus sufrimientos.»

La elocuencia en las Cinco Naciones era una de las artes que más se cultivaba. En pueblos donde la vida pública estaba toda en los campos de batalla y

las asambleas había de ser naturalmente la oratoria la que rivalizase con el valor y la pericia militares para obtener los más altos puestos del Estado. Como entre los araucanos, hasta en las relaciones de la vida social era allí costumbre hacer pomposas y atildadas arengas. Esto había sido causa de que los iroqueses perfeccionaran sin cesar su idioma. Aumentaban cada día su diccionario por nuevas composiciones de palabras y las hacían cada vez más eufónicas, más gratas al oido.

No conozco la lengua ó por mejor decir las lenguas de los cinco pueblos. He visto un pequeño vocabulario comparativo, que me permite considerarlas hijas todas de un tronco; pero ninguna gramática. Sobre su fuerza de composicion y su eufonía tengo, no obstante, datos que considero dignos de la atencion de mis lectores. Voces compuestas había que eran la completa definicion de los objetos por ellas expresados. Se dió, por ejemplo, al vino el nombre de *Oncharadeschvengtseragherie*, que significa licor hecho del zumo de la uva. Había gran regularidad en la formacion de muchas de esas voces; tanta que con saber el sentido de algunas terminaciones cabía comprender el de gran número de palabras. *Co*, verbigracia, equivalía á cascada; *ti* á agua; *tar* á roca; *on* á colina. *Co–at-atea*, *ti–at–atea*, *tar-at–atea*, *on-at-atea*, *asto-atea* correspondían á valle debajo de una cascada, valle de regadío, rocas del valle, colinas del valle, angostura de un río por el valle: valle, ATEA. *Ti–ar-oga*, *on-tar-oga*, *co-at-ar-oga*, *ti-at-ar-oga*, *tar-at-ar-oga* á lugar de agua y rocas, lugar de colinas y rocas, lugar de cascadas, lugar de húmedos valles, lugar de valles abundosos en rocas: lugar, OGA, como en la lengua vasca. *Co–io*, *te-io*, *on-t-io*, *tar-io* á hermosas cascadas, hermosas aguas, hermosas colinas, hermosas rocas: hermoso, a, IO. *Co–at-ara*, *ti–at–ara*, *tar-at-ara*, *on–at–ara*, *con–at-ara* á cascada, agua, roca, colina, árbol en un desfiladero: desfiladero, garganta de un monte, ARA. Pregúntese ahora el lector por qué se decía *tar-at-atea* y no *asto–at–atea*, y verá que era sólo por razon de eufonía. La eufonía llevaba en muchos casos á los iroqueses á singulares transposiciones. Fuego en la lengua de los senecas era *ogilla*; grande *cawaunna*; fuego grande *i-ogillawaunna*. Transposiciones que observaremos en otras lenguas.

Fuera de ésto poco puedo afirmar de los idiomas ó dialectos de las cinco naciones. Tenían segun Du Ponceau escasa variedad de sonidos. «En las lenguas iroquesas, dice, se puede escribir con nuestras cinco vocales y seis consonantes: la *k*, la *h* gutural, la *n*, la *r*, la *t* y la *s*. La *i* y la *u* son á la vez consonantes y vocales; la *a*, la *e* y la *o* se hacen nasales ántes de la *n*.» Morgan opina, sin embargo, de muy distinto modo: distingue veintitres sonidos simples ó lo que es lo mismo veintitres letras en el dialecto seneca, y da diez y nueve al de más reducido alfabeto. En lo que todos los autores convienen es en que los seis dialectos, incluyo aquí el de los tuscaroras, carecían de sonidos labiales. A lo que parece reputaban los iroqueses hasta indigno del hombre hablar con la boca cerrada.

De todos estos idiomas ó dialectos el más acabado y majestuoso era, segun los indígenas, el de los onondagas; y el de ménos vigor, el de los oneidas. Para nosotros los europeos, el de los oneidas era el más armonioso y dulce; el de los onondagas, el más duro y áspero. La pronunciacion se nos hacía en todos difícil á causa de la desmesurada extension de muchas de sus palabras. Los monosílabos eran raros en las seis lenguas; los disílabos y los trisílabos, muy pocos; los cuatrisílabos, comunes; las voces de ocho y más sílabas, abundantes.

La analogía, segun Morgan, no dejaba de presentar en todas las gramáticas de los iroqueses particularidades dignas de nota. No se conocía en ninguna el artículo indefinido, pero sí el definido. Los nombres tenían tres géneros; los nombres, pronombres y verbos, tres números: singular, plural y dual. Reunía el verbo casi las mismas voces, modos, tiempos y personas que los de las lenguas de Europa: no carecía sino de infinitivo y participio. Si he de creer á un misionero escoces que al promediar del pasado siglo vivía entre los iroqueses, no se hacía la conjugacion por inflexiones sino por partículas prefijas. Era, segun Morgan, muy regular; no tanto segun Cólden.

La numeracion era, segun dicen, embrionaria. Se asegura que sólo á fuerza de artificios llegaban los iroqueses á contar hasta ciento. Cuando querían designar mayor número de objetos, recurrían á términos descriptivos, insuficientes por lo vagos. Poseían, con todo, voces equivalentes á las inglesas *firstly*, *secondly*, *thirdly*.... voces que no podemos traducir nosotros sino por perífrasis.

Lo que no conoció ninguna de aquellas naciones fué la escritura. Ya hemos visto cómo consignaban la mayor ó menor importancia y el mejor ó peor éxito de sus expediciones militares: los pintaban en los desnudos troncos de los árboles. Esos rudos jeroglíficos que no tardaba en borrar el tiempo, los cantos de guerra con que se acompañaban los bailes y el interes de cada familia en conservar y recordar incesantemente los hechos de los antepasados constituían casi todos los medios de trasmitir la historia de las presentes á las futuras generaciones. Uno había que no es para olvidado: el *wámpum* que mencioné ya en el anterior capítulo.

Wámpum en el país de los iroqueses y en el de otros muchos pueblos del Norte eran pequeñas conchas que se recogía en las riberas de los arroyos y los ríos y se desgastaba ó cortaba y se reducía á piezas de seis á doce líneas de diámetro. Se las agujereaba á veces y se las ensartaba en tendones de ciervo; y otras de cuatro ó cinco de esas sartas se componía cinturones como los que hemos visto en manos de Garrangula. Suelto, servía el wámpum de monedas; en cuerdas ó en cintos, ya de signo de autoridad, ya de confirmacion y sello para los contratos. Ni los indivíduos ni los pueblos solían allí dar por contraida una obligacion miéntras no se hubiesen mutuamente entregado una cuerda ó cinturon de wámpum. Otro fin tenían aún estos, para nosotros, raros é insig-

nificantes objetos: como los *quipus* de los peruanos, eran una especie de mnemotecnia, el memorandum de lo que se había dicho en momentos más ó ménos solemnes ó de lo que se había estipulado entre dos personalidades jurídicas. No por otra razon hemos visto que Canassatego concluía por estas palabras su arenga á los delawares: «conservad este cordon de wámpum en memoria de lo que hoy os han mandado vuestros tios.»

Tenían en tanto los wámpums este objeto, que en Onondaga había un sachem encargado de guardar y descifrar los de la Confederacion; cargo no poco parecido al que ejercían los *quippu-camayoes* en el ya citado imperio de los Incas. Distaban sin duda de expresar las muchas ideas que venían traducidas por los quipus; mas expresaban algunas, y esto basta para considerarlos como uno de los medios de trasmitir los pensamientos. Segun Morgan, recordaban los iroqueses hasta sus antiguas leyes por cintos y cordones de wámpum.

Ciencias es de suponer que no las conociese ninguna de aquellas naciones. No se sabe que se rigiese ninguna por un verdadero sistema cronológico. Contaban el tiempo, segun mis noticias, por el mudar de las estaciones, la sucesion de las noches y los días y el paso del sol por el horizonte. De noche se dirigían en sus excursiones durante el otoño y el invierno por las Pléyades, y durante la primavera y el verano por otra constelacion que llamaban *Cwe-o-ga-ah*, cuatro estrellas que ocupan los vértices de los ángulos de un rombo. Andaban de noche, no sólo en épocas de guerra, sino tambien en días de paz: para comunicar las órdenes de la Confederacion á todos los pueblos tenían adiestrados correos que, segun se dice, hacían de sol á sol cien millas.

Tampoco habían hecho adelantos en Medicina. Se limitaban para la curacion de las enfermedades al empleo de ciertas raíces y yerbas y al de los medios supersticiosos que tan frecuentemente hemos visto en los demas pueblos bárbaros. Supersticiosos lo eran como nacion alguna del mundo. Creían en los duendes, y daban grande importancia á los sueños, que miraban, ya como avisos, ya como consejos de sus dioses. Si acertaban á soñar que estaban cortando la garganta de alguno de sus deudos ó amigos, no era raro que se la cortasen. Llegaban por los sueños á padecer raptos de locura; y en uno como carnaval, que celebraban á fines del invierno, iban disfrazados de cabaña en cabaña pidiendo la explicacion de lo que habían soñado y destruyendo la propiedad de los que no acertaban á descifrárselo. Hablaban de pigmeos que vivían en lo interior de la tierra y tenían tal fuerza que arrancaban de raíz los robles y los disparaban de sus arcos á modo de flechas; de un búfalo de tan vastas dimensiones, que derribaba los bosques por donde pasaba; de cabezas con alas que cruzaban los aires; de culebras que paralizaban con la vista á brutos y hombres; de un monstruoso mosquito que hincaba el aguijon en el cuerpo de sus víctimas y en un abrir y cerrar de ojos las dejaba sin sangre; de gigantes de piedra que moraban al Norte; de un oso más terrible que el búfalo y de un lagarto más destructor que las serpientes.

Desconocían los iroqueses, no sólo las ciencias, sino tambien las bellas artes, y aventajaban, sin embargo, á todas las naciones del contorno en brillantez de imaginacion y fuerza de fantasía. Lo vimos ya en su mitología y en su hermosa leyenda sobre el orígen de la confederacion de Onondaga; lo podríamos ver en multitud de maravillosos cuentos, ya sobre celestiales apariciones, ya sobre aventuras de caza y guerra. Ademas de imaginacion poseían aquellas gentes claro y agudo ingenio: se distinguían por la oportunidad y viveza de sus contestaciones y réplicas, por lo fácilmente que cogían las más sutiles relaciones entre las ideas y por la ática ironía con que, segun hemos visto, sazonaban así sus pláticas como sus discursos. Debían de ser y eran realmente hombres de más entendimiento que todos los de aquella region de América: nos lo dice por una parte la supremacía que en ella ejercieron y por otra la capacidad interna de sus cráneos. Segun las observaciones hechas hasta aquí, la capacidad média de los pueblos al Norte y al Mediodía del San Lorenzo era de ochenta y cuatro pulgadas cúbicas, y la média de los iroqueses de ochenta y ocho pulgadas y seis líneas. Se ha obtenido este dato por la medida de diez cráneos pertenecientes á las más importantes tribus de la raza.

Distinguíanse tambien los iroqueses por la nobleza de sentimientos. Eran íntegros, generosos, hospitalarios como ningun otro pueblo, leales, esclavos de su palabra, enemigos de la hipocresía y la mentira. Faltaban rara vez á sus tratados. Obedecían dócilmente á sus padres, respetaban á los ancianos, guardaban inquebrantable fidelidad á sus jefes. No tenían propension ni al robo ni á la lujuria. Pecaban más bien de frios que de sensuales: hallábanse por acaso juntos dos jóvenes de distinto sexo y apénas se hablaban ni se miraban. Muestras exteriores de cariño no solían darlas ni los novios á las novias ni los padres á los hijos. Empezaban los padres á interesarse por los hijos sólo cuando podían tomarlos por compañeros de guerra y de caza. En tanto que ésto no sucedía, amparaban á los hijos el amor y la solicitud de las madres.

En lo físico sobresalían los iroqueses más por lo ágiles que por lo robustos. Eran ordinariamente de más talla que los europeos; de escasas carnes. Si podían sufrir grandes privaciones, no gran trabajo. Tenían delgados y estrechos los labios, oscura la tez, negro y lacio el cabello.

Iban vestidos y no con mal gusto. Usaban hermosos borceguíes de flexible cuero; botines atados encima de la rodilla; una como saya escocesa que sujetaban á la cintura por anchos ceñidores de wámpum ó de piel de corzo; túnica ajustada al cuerpo; manta prendida y revuelta al hombro; gorra sin visera, redonda, adornada por delante con una larga pluma de águila vuelta hácia la espalda y por arriba con un blanco y vistoso penacho. El gorro, el ceñidor y la saya eran lo más pintoresco y característico del traje: la armazon del gorro se parecía á la de las chichoneras de nuestros niños; las sayas sobresalían y colgaban de los ceñidores. Llevábase á veces hasta dos cinturones: uno en forma de

tahalí, cruzado por el pecho; otro á manera de talabarte. Estaba cubierto el gorro de cierta especie de randa; era casi todo lo demas de piel de venado.

Amantes de galas como los demas pueblos bárbaros, embellecían aquellos hombres estos vestidos ya manchándolos de varios colores, ya poniéndoles franjas ordinariamente compuestas de púas de puerco espin, que los servian, á la vez que para cubrir las costuras, para resguardar las orillas contra los espinosos arbustos de los bosques. Ni dejaban tampoco de llevar anillos pendientes de nariz y orejas. Despues de la Conquista, ignoro si ántes, hasta brazaletes de cobre usaban, cuando no de plata. Iban las hembras poco más ó ménos como los varones. El varon se cortaba, sin embargo, el cabello, la hembra se lo trenzaba y se lo recogía en una como albanega.

Las armas de los iroqueses eran el arco, la flecha con punta de pedernal, la jabalina, la maza de armas, el *tomahawk*, ó lo que es lo mismo el hacha, y el cuchillo para los escalpes; las herramientas, la cuchilla de cuarzo, el escoplo y la guvía de piedra, una manera de taladro, la cerbatana para matar pájaros. Las herramientas servían á veces de armas y las armas de herramientas. El tomahawk, por ejemplo, era á la vez herramienta y arma. Aunque no de acero, sino de piedra, se cree que lo empleaba ya mucho ántes de la Conquista. Usábase tambien desde remotos siglos el mortero de pedernal para moler el maíz, reducir á polvo los colores minerales y triturar las yerbas y raíces aplicadas á la curacion de los enfermos.

Escasas las herramientas, no podían estar los iroqueses muy adelantados en las artes. Cortaban los árboles y hacían sus canoas por el mismo procedimiento que las más salvajes naciones: por el fuego y el hacha ó por el fuego y el escoplo. Encendían tambien lumbre por el roce. Vaciar á fuerza de trabajo la madera, tal era su industria para construir lo mismo sus naves que sus vasijas, sus dornajos y sus cucharas. Para que no le fuera tan difícil, hacía frecuentemente de corteza todos estos utensilios. De la corteza de sus árboles hasta había aprendido á sacar filamentos para la fabricacion de cuerdas y correas.

Daban los iroqueses á sus barcas de doce á cuarenta piés de eslora; capacidad para dos y tambien para treinta hombres. Las construían, al decir de muchos, no sin belleza. De madera, sin embargo, lo que mejor labraban eran los cucharones, despues substituidos por cucharas. Esculpían en los mangos figuras de animales que no dejaban de revelar buen gusto. Ni trabajaban del todo mal la piedra de que armaban las saetas y la porra de las mazas. No cabe empero decir que sobresalieran sino en dos artes: la del tundidor y la del alfarero. Los cascos que de sus pasadas vajillas se conservan son notables; sus pieles de ciervo eran suaves y flexibles como las mejores del mundo. Del mismo modo que los creeks, las adobaban los iroqueses con sesos de venado. Mezclaban los sesos con musgo, los reducian á pasta, los ponían á secar al fuego y los conservaban por este medio cuanto querían. Luégo que estaba la piel limpia de pelo y asperezas,

cosa que no conseguían sino á fuerza de rascarla con sus cuchillos sobre un madero cilíndrico, la sumergían en una olla donde acababa de hervir aquella especie de jabon y soltar el musgo. Bastaban horas para que adquiriese por aquel baño las mejores propiedades. No faltaba despues sino que se la torciera y secara.

Tampoco habían hecho aquellas cinco naciones muchos progresos en la Agricultura. Cultivaban el maíz, el haba, el cidracayote; pero no mucho mejor que los demas bárbaros. Se habían distinguido más como prudentes que como buenos labradores. Procuraban todos los años recoger más cereales y legumbres de lo que su consumo exigía, y guardaban los sobrantes en profundos silos á fin de ponerlos al abrigo de la humedad de la tierra y la del cielo. Habían alcanzado con ésto conjurar los males que acarrea á pueblos imprevisores una más ó ménos larga serie de malas cosechas.

Adelantos en la agricultura y las artes no eran de esperar en pueblos donde se consideraba digno del hombre sólo la pesca, la caza y la guerra. Contaban por esta razon los iroqueses con no muchas comodidades ni gran variedad de alimentos. Comían carne de venado, de oso y de multitud de peces y pájaros; frutas silvestres, raíces, habas y sobre todo maíz, ya crudo, ya tostado, ya en forma de pan, ya hervido. No hacían ántes de cocer el maíz sino desgranarlo y romperlo: llamábanlo *hommony* ú *homini*, si lo ponían solo al fuego; *succotash*, si con alguna legumbre. Su principal bebida era un cocimiento de ramas de cicuta que sazonaban con azúcar de arce.

Vivían en casas, ya para una, ya para muchas familias. Las hacían, si para una sola familia, largas de veinte piés, anchas de quince; si para más, anchas de diez y seis, largas de cincuenta á ciento treinta. Estas las dividían de doce en doce piés en compartimientos, cada uno de los cuales contenía un solo hogar y dos familias. Podían así colocar diez hogares y veinte familias en casas de ciento veinte piés de largo. Grandes ó pequeñas, construían las casas todas de igual manera y les daban de quince á veinte piés de altura. Describiré para mayor claridad las de una sola familia.

Constituían la armazon de estas casas, todas rectangulares, cinco palos ó postes en cada lado, cuatro en cada testero. Los palos eran todos altos de diez piés y estaban profundamente hincados en el suelo. Sobre los laterales, que tenían figura de horquilla, descansaban seis travesaños. Servían éstos á su vez de ligazon y sustento para flexibles maderos, que, combados por su parte superior y sujetos interiormente, formaban una especie de bóveda. Entre arco y arco, de la misma manera que entre poste y poste, había tablas de corteza de olmo ó de fresno, que impedían el paso al viento y al agua. Esas tablas, ya secas y planas, venían, bien sostenidas por otros postes, bien afianzadas por cuñas y cuerdas. Sacaban siempre afuera su parte rugosa y áspera.

Había en estas cabañas y aún en las destinadas á muchas familias sólo dos

puertas: una en cada extremo. Estaban cerradas o por pieles de oso ó de ciervo que colgaban del dintel ó por otras tablas de corteza que giraban sobre toscos gozues de madera. En lo alto de una de las dos puertas se veía entallada la divisa de la tríbu á que pertenecía el jefe de la familia.

Interiormente no eran estas casas ménos notables. Estaba el hogar en medio, debajo de una abertura practicada en el techo para el escape del humo. En los dos lados, á lo largo de las paredes, como á dos piés del suelo, corría una ancha tarima, á la vez asiento y cama. En las mismas paredes, á cinco piés de este banco, había otro firmemente sostenido por la armazon de los muros. Arriba, suspendidas de los travesaños por recios manojos de cuerdas, colgaban en sacos las provisiones de invierno. Por los testeros veíase finalmente esparcidos aquí instrumentos de caza, allí armas de guerra, acullá utensilios de cocina, más allá trajes y adornos. Las dos tarimas eran tambien de tablas de corteza: en ellas se acomodaba de noche toda la familia.

Seguían raras veces dos de estas casas la misma rasante. No habían llegado los iroqueses á la nocion de calle, y no procuraban sino tener las de cada pueblo lo suficientemente juntas para la comun defensa. Encerrábanlas con bastante frecuencia dentro de un espacio de doscientas á cuatrocientas áreas, que rodeaban de un profundo foso y de una trinchera donde no era raro que pusie en dos y más estacadas. Las reunían difícilmente en descompasado número: no se sabe que albergara ninguna de sus poblaciones más de tres mil almas. Las reunían, sí, como pudiesen, á la márgen de arroyos ó de ríos de fácil vado ó, cuando ménos, cerca de ricos manantiales ó caudalosas fuentes. Los obligaba á tanto el total desconocimiento de los pozos.

Lo singular era que aquellos hombres querían bien separados unos de otros lo mismo á sus pueblos que á sus naciones. Si estaba situado uno de sus pueblos junto á un río, había de ocupar las dos orillas; si una de sus naciones junto á un lago, había de ocupar toda la playa.

Es todavía más de notar que tan orgullosos y bárbaros guerreros pensaran en unir por regulares caminos sus naciones y sus pueblos. No cabe sin embargo dudar que hicieron de Oriente á Occidente una carretera que empezaba en Albany sobre el Húdson, tocaba al Mohawk en Schenectady, seguía por las riberas de este río hasta Roma, cruzaba el valle de Onondaga, corría al Norte de los lagos Cayuga y Seneca, atravesaba en Avon los llanos de Genessee y moría en el arroyuelo de Búfalo. Existe aún el camino y lo admiran y ponderan cuantos lo han visto, sobre todo cuando observan los muchos ramales que tuvo y lo bien que salvaba las distancias y enlazaba los territorios del Canadá y el Húdson.

Era estrecha la carretera—de doce á diez y ocho pulgadas—pero sólida y tan profunda, que iba en ocasiones hasta doce pulgadas por debajo del nivel de la tierra. Dábanle sombra como á la que iba por el litoral del Perú grandes y fron-

dosos árboles. Que fuese estrecha ¿cómo extrañarlo sabiendo la costumbre de los iroqueses de marchar siempre á la deshilada?

Algo había aún que caracterizaba más á los iroqueses: la organizacion social, base tal vez de la política. Dije ya que cada una de las cinco naciones se dividía en tríbus; falta saber cómo estaba constituida la familia y se hacía al morir su jefe la transmision de bienes. La familia allí era siempre heterogénea, porque no se permitía que varon alguno casase con mujer de su tríbu. A la tríbu de la madre y no á la del padre pertenecían segun ley los hijos; y como se hallaba establecido que los bienes, inclusos los cargos y títulos, no pudieran salir de la tríbu que los poseyese, heredaban los hijos los bienes de la madre y no los del padre. De ahí que siempre bajasen por la línea femenina así la propiedad como los cargos públicos que hubiesen medio adquirido el carácter de hereditarios. El hijo por sucesion intestada no podía recibir ni el tomahawk de su padre: no lo recibía sino cuando el padre se lo había dado en presencia de uno ó más testigos. Pasaban y debían pasar los bienes y los cargos del padre á los hermanos ó á los hijos de las hermanas.

No conozco en pueblo alguno organizacion semejante. Hemos visto en la misma América naciones bárbaras donde los cacicazgos bajaban por la línea femenina; ninguna en que hubiese esa division y forzosa mezcla de tríbus ni esa especie de troncalidad tribual para la conservacion y la transmision de bienes. Estaban allí enlazadas las tríbus todas por los vínculos del matrimonio; y no había, sin embargo, ni para las personas ni para las cosas posibilidad de cambiar de nacion ni de tríbu. No pierda aquí de vista el lector que las tríbus eran las mismas en las cinco naciones. Si una mujer onondaga de la tríbu *Lobo* casaba, por ejemplo, con un seneca de la tríbu *Tortuga*, sus más remotos descendientes por la línea de hembra continuaban siendo onondagas de la tríbu Lobo, aunque por una indefinida serie de casamientos con los senecas de la tríbu Tortuga no les corriese por las venas gota de sangre onondaga. Sus tierras, sus inmuebles permanecían tambien eternamente en poder de la tríbu Lobo. Con tal rigor seguían allí los hijos la naturaleza de la madre, que si un iroques casaba con mujer extranjera, no llegaban á ser iroqueses ni los nietos de sus nietas como no fuese por la adopcion; y si por lo contrario casaba varon extranjero con mujer iroquesa, por iroqueses eran tenidos sus hijos y los hijos de sus hijas, aunque en tierra de iroqueses no vivieran.

Otra particularidad, tambien sin ejemplo en el mundo, se observaba en la familia iroquesa. La línea colateral ascendente no existía. Era tambien mi padre el hermano de mi padre, y mi abuelo el hermano de mi abuelo. Iba, por decirlo así, entrando la línea colateral descendente en la directa de primos abajo. El hijo de mi primo era ya mi sobrino; y el hijo de este sobrino, mi nieto.

Veamos ahora cómo se convenía, se contraía y se disolvía el matrimonio. Rara vez lo concertaban los futuros cónyuges, jamas sus padres. Negociábanlo

generalmente las madres, bien dejándose llevar de sus propios sentimientos, bien guiadas por las matronas y los ancianos de las tríbus á que pertenecían. Por lo comun los futuros cónyuges ni siquiera se elegían ni se buscaban. Desconocían, como he dicho, el amor, y dejaban tambien aquel cuidado á sus madres. Distaba de ser raro que se escogiese para mancebos de veinticinco años mujeres de cuarenta, acaso ya viudas, y para viejos sesentones doncellas de veinte: como en otras naciones que llevo descritas, se alegaba por motivo la conveniencia de suplir el poco seso de uno de los consortes por la madurez del otro. A jóvenes que no hubiesen cumplido los veinticinco años raramente se los casaba: no es bueno, se decía, que se desmedren ántes de haberse acostumbrado á las fatigas de la caza y de la guerra ni pierdan ántes de tiempo su libertad y entren en los fatigosos cuidados de la vida.

Hecha la eleccion por las madres y consentida por los hijos, se pedía la vénia de los parientes de la elegida, que solían tomarse plazo para concederla ó negarla. No bien se la obtenía, amigos del novio llevaban más ó ménos cuantiosos regalos á las casas de la novia con destino á esos mismos deudos; y al otro día pasaba la novia á las del novio acompañada de su madre y de las personas que más quería. Entregaba la novia al cruzar el umbral de la puerta unas tortas ácimas de maíz á su futura suegra como para demostrar que conocía y sabía cumplir los quehaceres domésticos; y la suegra á su vez entregaba á la madre de la futura nuera alguna pieza de caza para significar que su hijo era tambien capaz de procurar el sustento de su familia. No se necesitaba más para la perfeccion del matrimonio: ese cambio de presentes era el sello del contrato.

No era lícita entre los iroqueses la poligamia. No lo era ni para los jefes, ni aún para los mismos atotarhos. Se conocía y se permitía sí el divorcio. Si entre marido y mujer nacían disensiones, debían trabajar las madres de los dos por acallarlas y evitar que se reprodujeran. Si á pesar de esto renacían y se las consideraba hijas de verdadera disparidad de carácter, procedía la separacion, bien por mutuo consentimiento, bien por la firme voluntad de cualquiera de los cónyuges. No era, sin embargo, comun la ruptura. La miraba mal la sociedad, y he dicho ya que la opinion pública servía de freno á los iroqueses.

Los hijos seguían en absoluto la suerte de la madre. De los parientes maternos recibían su nombre al venir al mundo; y sólo cuando en la próxima asamblea de la nacion se publicaba su nacimiento, se decía junto con su nombre y el nombre y la tríbu de la madre el nombre y la tríbu del que los había engendrado. Ese nombre que recibían era, generalmente hablando, tan característico de su tríbu, que no era difícil conocer la tríbu sólo por el nombre. Lo perdían algunos; pero cuando se elevaban al rango de sachems ó de capitanes á guerra. Sachems, solían dejarlo por el del cargo que se les confería; capitanes á guerra, por alguno que recordara las proezas, orígen de su encumbramiento. Perdían tambien el suyo los extranjeros que de bueno ó mal grado fuesen objeto de

adopcion: les daban los adoptantes el que mejor les parecía y lo publicaban en la más cercana fiesta del pueblo.

Las fiestas entre los iroqueses no dejaban de ser frecuentes. Las más, segun ciertos autores, tenían carácter religioso. Lo extrañará tal vez el lector recordando lo que escribí en el anterior capítulo; pero sin templos, altares ni ídolos pudieron muy bien levantar el corazon á sus dioses. Los iroqueses, dice Morgan, tributaban á Dios cierta clase de culto: adoraban y rendían acciones de gracias á su Grande Espíritu por una serie de fiestas que celebraban al cambiar de las estaciones, al madurar de los frutos y al tiempo de las cosechas. A las divinidades inferiores, escribe, ademas, Buchanan, ofrecían variedad de objetos: para hacerse propicio al dios de las aguas arrojaban á los lagos y los ríos tabaco y aves á que acababan de dar muerte; en honor del Sol, echaban al fuego parte de cuanto bebían y comían; temerosos de que no les fuesen contrarios los genios de los lugares por donde pasaban, cubrían de sartas de wámpum, de mazorcas de maíz, de pieles y de osamentas de animales sobre todo las orillas de las cascadas y las peligrosas sendas. Ya buscaban perros blancos y por los piés los colgaban de las ramas de los árboles; ya murmuraban preces y hacían libaciones invocando misteriosamente al dios objeto de su culto. Habían divinizado la naturaleza toda, y como los pueblos de Virginia se habían elevado á la poética creacion de tres bellísimas hermanas—el espíritu del maíz, el de las habas y el del cidracayote—que, enamoradas una de otra, vivían siempre juntas como las Gracias del Paganismo.

Rigorosamente hablando, añade Morgan, no cabe decir que tuvieran los iroqueses un cuerpo de sacerdotes; pero tenían indudablemente gran número de varones y hembras encargados de preparar las fiestas, reprender á los pecadores y en determinadas circunstancias deliberar juntos sobre la situacion moral del pueblo. Revestían de estas funciones en cada tribu á cuantos querían; y aunque no les dispensaban distintivo, honor ni privilegio alguno y solamente les permitían cambiar de nombre, á ellos acudían cuando necesitaban de alivio á sus penas ó de consejos para la vida. Nadie, por alto que estuviera, podía rehusar el cargo; los jefes todos, así los militares como los civiles, lo recibían con la investidura de sus correspondientes oficios.

Antes de cada fiesta religiosa, escribe el mismo autor, solía celebrarse un gran banquete. La celebracion del banquete y los preparativos todos de la fiesta eran de la exclusiva competencia de las mujeres; en las ceremonias de la fiesta misma prevalecían los hombres.

Seis eran, á lo que parece, las principales de tan sagradas fiestas: la del arce, esbelto árbol que en su opinion les favorecía con blandas y dulces aguas; la de la siembra, en que invocaban la bendicion del Grande Espíritu sobre las semillas confiadas á la madre tierra; la de la fresa, en que daban gracias á Dios por haber producido la naturaleza sus primeros frutos; la del maíz á que daba mo-

tivo el brotar de las mazorcas en las erguidas cañas; la de la cosecha en que se adoraba á la divinidad como sustentadora del hombre; la de año nuevo, por fin, gran jubileo, en que se inmolaba un perro blanco al par de la nieve; fiestas las seis á la vez religiosas y agrícolas, como casi todas las que hemos visto en esa parte septentrional de América.

Se dice si hasta el baile participaba entre los iroqueses del carácter religioso. Tal vez lo tuviesen algunas danzas; no todas, ni aún la mayor parte. Hasta treinta y dos conocía aquel pueblo; de las treinta y dos las veintiseis pretendía haberlas inventado. Una había, la de la guerra, cuyo exclusivo objeto era evidentemente inflamar los ánimos y despertar el sentimiento de la patria. La vimos usada ya en la víspera de las expediciones militares; se la repetía á la vuelta de los vencedores, en la adopcion de los cautivos, en el banquete del forastero y hasta en el acto de elevar á los ciudadanos á la dignidad de sáchems. Era animadísima: en las violentas actitudes de los que la ejecutaban se veía el reflejo de las más ardientes pasiones. Dentro de un mismo grupo estaba uno en actitud de atacar, otro en la de rechazar el ataque; éste hacía como que disparaba el arco, aquél como que dejaba caer su fornida clava; quien parecía arrojar el tomahawk, quien escuchar ó espiar la ocasion de abalanzarse al enemigo; batían los demas con fuerza el suelo como para marcar el compas de la danza. Acababan de dar vida al cuadro los pintorescos trajes y la gallarda apostura de los que bailaban, el son de las flojas sartas de wámpum que llevaban éstos en las rodillas, el salvaje estrépito del tambor y sobre todo el creciente entusiasmo de la muchedumbre.

Formaba singular contraste con esta danza la de los muertos, que ejecutaban mujeres solas, guiadas, no por la música, sino por el canto. Creían los iroqueses todos que asistían á esta danza los muertos mismos, y la prolongaban desde que anochecia hasta el romper del alba, donde imaginaban, como tantos otros pueblos, que se desvanecían las sombras de los difuntos. Cantaban unos hombres; y las mujeres, sin dejar el baile, respondían á coro. Coro, cantos y danza eran tan lúgubres y melancólicos, que no se los permitía en fiesta alguna ni en lugar que no estuviese apartado del comun de las gentes.

Otra danza había, la de las plumas, notable, tanto por la belleza de los trajes, como por lo grave y gracioso de los movimientos. Esta, segun Morgan, era la que más parecía inspirada por el sentimiento religioso. Sin dejar de ser en momentos agitada y viva, revelaba en su conjunto cierto carácter ceremonioso y ritual, propio de los bailes sagrados.

Mas estas no eran á la verdad las danzas populares. Ejecutábanlas sólo personas escogidas, que rara vez pasaban de veinticinco, cuando en las populares tomaban ordinariamente parte hasta doscientas y trescientas. La música en todas era el tambor ó cuando más el tambor y la flauta, que allí daba tan sólo las seis primeras notas de la escala.

No hablaré ahora de los juegos, unos de azar, otros de fuerza, y todos objeto de apuestas en que á veces perdía el iroques hasta su arco y su manta. Cerraré este ya largo capítulo por una rápida noticia de cómo aquel pueblo enterraba y lloraba á sus muertos.

No creo que los iroqueses tuvieran para ésto uniformes costumbres. Primitivamente se dice que sepultaban los cadáveres y los ponían sentados la cara vuelta al Oriente. Despues, ya levantaban sobre cuatro postes ó troncos de árboles una especie de catafalco, colocaban allí al difunto, dejaban que el aire lo redujera á esqueleto y lo volvían, bien á la casa que ocupó en vida, bien á una pequeña cabaña de corteza, panteon de la familia; ya lo enterraban ó guardaban en rústicos sepulcros. Cualquiera que fuese el procedimiento que adoptaran, parece indudable que cuidaban singularmente de pintar al muerto, vestirle el mejor traje, dejarle sus armas, surtirle de vituallas, encenderle de noche fuego donde pudiera cocerlas ó asarlas y abrirle en la tumba uno ó más agujeros ó grietas por donde pudiera entrar á visitarle el alma.

Obedecían aquí evidentemente á sus creencias ó supersticiones sobre la vida ulterior del espíritu, en la que contra la opinion de Cólden entiendo yo que creían. Aseguraban, segun Morgan, los iroqueses que andaba el espíritu vagando al rededor del cuerpo despues de rotos por la muerte los lazos que con él le unían y sólo despues de días se determinaba á emprender su viaje para la venturosa region de las sombras. Suponían en sus primeros siglos que tardaba nada ménos que un año en llegar al cielo; mas terminaron por afirmar que no tardaba sino diez días. Tal vez para acortar el plazo observaban la inocente costumbre de llevar al sepulcro un pájaro vivo y soltarlo á fin de que en su vuelo arrastrara al materializado y perezoso espíritu.

Segun abreviaron los iroqueses el viaje del alma, abreviaron los lutos, reducidos á lamentos, sollozos, cantos y preces. En cuanto comprendían que el alma había llegado á la tierra de los dioses, trocaban el dolor y la tristeza en placer y regocijo y no volvían á mentar el nombre del muerto.

Nada aquí de sacrificios ni de tormentos propios: entre los pueblos bárbaros eran sin duda los iroqueses los más sensatos y de más claro juicio.

CAPÍTULO XXVIII

Los hurones.—Su territorio.—Sus afinidades con los iroqueses.—Su carácter físico.—Su tocado.—Sus adornos.—Su carácter moral.—Su exagerada lascivia.—Sus matrimonios.—Sus ceremonias nupciales.—Sus divorcios.—Su viciosa manera de educar á los hijos.—Sus principales profesiones.—Su division del trabajo.—Sus leyes sobre la propiedad.—Su organizacion política.—Sus jefes y sus asambleas.—Su consejo de anfictiones.—Sus creencias.—Su Yoscaha y su Atahensic.—Su mitología.—Sus enterramientos.—Sus ceremonias fúnebres.—Su singular confraternidad.—Su fiesta de los difuntos.—Sus banquetes.—Sus banquetes bélicos y los de triunfo.—Sus convites de familia.—Sus danzas.—Sus danzas y sus convites para los enfermos.—Sus medios curativos.—Sus baños rusos.—Sus supersticiones.—Su ignorancia.—Sus falsas ideas astronómicas y meteorológicas.—Su industria.—Su manera de construir las canoas.—Sus bellas artes.—Sus casas.—Sus pueblos.—Sus fortificaciones.—Sus cambios de asiento. [1]

En los tiempos de la Conquista lindaba con los iroqueses un pueblo que vivía al Norte del lago Erie, al Oriente del Huron y al Occidente del Ontario. Ocupaba de Mediodía á Septentrion unas setenta leguas, de Poniente á Levante sobre ciento setenta y cinco; tierra generalmente llana y abundante en aguas, aquí interrumpida por verdes y suaves colinas, allí cubierta de hermosas praderas, más allá erizada de bosques sobre que descollaban altos y robustos cedros. Llevaba primitivamente el nombre de *yendat* y recibió despues el de *huron* de boca de los franceses.

Hallábase este pueblo en constante guerra con las Cinco Naciones, y debía de ser, con todo, de la misma familia de los iroqueses á juzgar por su idioma, sus instituciones y sus creencias. Le consagro por esta razon el presente capítulo, para el cual me habrá de servir no poco la monografía de Fr. Gabriel Sagard, recoleto de la órden de San Francisco, que en el primer tercio del siglo XVII llevó allí la palabra del Evangelio.

[1] Fuentes de este capítulo: FR. GABRIEL SAGARD THEODAT, *Le Grand Voyage du pays des Hurons*, vol. I; CHARLEVOIX, *Journal d'un voyage fait par ordre du Roi dans l'Amérique Septentrionale*, págs. 30, 31, 32, 82, 189, 196, 267, 284, 326, 399.

Eran, segun este autor, los hurones de gallarda apostura, ni gordos ni flacos, ágiles, aptos para el viaje y la fatiga. Recortábanse los varones el cabello en diversas formas dejando sobre las orejas unos como bucles que entrelazaban con vistosas plumas; labrábanse en el cuerpo figuras de serpientes, de lagartos, de monstruos; y, cuando mozos, se teñian hasta el rostro para las asambleas y los festines. Recogíanse las hembras el pelo á la espalda en una sola trenza, y no se labraban ni se pintaban. Embellecíanse unos y otras con múltiples adornos de wámpum, y ellas no pocas veces con cinturones de cerdas de jabalí, tan curiosamente pintadas como tejidas.

Distinguíanse esos hurones en lo moral por lo sufridos, lo piadosos y lo alegres. Aborrecían lo mismo la ajena que la propia tristeza, se ayudaban los unos á los otros, tenían siempre abiertas para el extranjero sus cabañas, no proferían una queja en medio de las mayores desventuras ni de los más bárbaros tormentos. Temían, ademas, como nadie la deshonra, y respetaban y envidiaban á todo el que sobresalía por la alteza de sus hechos. No eran feroces sino con sus enemigos: no sólo mataban á los prisioneros; se los comían. No perdonaban sino á las mujeres y á los niños, y aún á éstos, no la libertad, sino la vida. Como tantos otros pueblos, los reducían á servidumbre.

Otra buena cualidad tenían que no es para el olvido. Hablaban lenta y mesuradamente con disponer de una lengua abundante y llena de energía; no se precipitaban nunca en la contestacion ni en la réplica; eran en la resolucion tardíos, si en la ejecucion prontos y rápidos. Se expresaban, como los iroqueses, con elocuencia, y daban por el tropo y la figura animacion á sus discursos; no recurrían jamas ni á exagerados gestos, ni á prolijos exordios, ni á las cáusticas sales del sarcasmo ni la ironía. Sobre todo en sus asambleas y en las conferencias con sus enemigos eran siempre formales y serios. No era raro que faltasen á sus compromisos con los europeos; ¿quién fué siempre leal con sus agresores?

Eran, en cambio, lascivos y disolutos. Por el número de sus amantes contaba la mujer sus puntos de honra. Por bagatelas ofrecían las madres á sus hijas y los maridos á sus esposas. Estaba en uso el concubinato á la par del matrimonio; y ni el uno ni el otro imponían los deberes de la fidelidad á varones ni hembras. El divorcio era frecuentísimo entre los cónyuges sin prole: repudiábanse á la menor desavenencia y á veces por mero antojo. Alcahuetes y rufianes los había en casi todas las villas. Era allí libre el amor y desconocidos los celos. Un solo hecho atenuaba la repugnancia de tan asquerosa lujuria: en público guardaban los dos sexos el mayor recato.

Estaba prohibido el matrimonio entre padres é hijos, entre hermanos y entre primos. Necesitábase para realizarlo el consentimiento de los progenitores de la novia. Tambien el de la novia, á quien para obtenerlo solía entregarse un collar, un brazalete ó unos zarcillos de wámpum. Como admitiese la mujer el regalo,

podía ya el hombre gozarla por tres ó más noches. Se los casaba luégo, si insistían en unirse; no, si renunciaban el uno al otro. Verificábase la boda en un banquete, donde, reunidos los parientes y los amigos de ambas partes, comían carne de perro, de oso ó de ciervo. No bien acababan de sentarse los convidados al rededor de la cabaña, levantábase el padre de la novia ó persona por él delegada y decía el objeto de aquel festin de familia. No faltaba más para que estuviera consumado el matrimonio. Despues de la comida acostumbraban las parientas á llevar á casa de la novia sendos haces de leña, y allí terminaban las ceremonias y los ritus.

No era comun el divorcio en las familias con prole, pero sí posible. Cuando ocurría, quedaban generalmente los hijos á cargo del padre, como no estuviesen todavía en la lactancia. Hecho por demas anómalo donde se consideraba tambien dudosa la paternidad y sucedían al padre, no los hijos, sino los sobrinos de hermana.

Abundancia de hijos los había en muy pocos hogares. No porque no los deseasen los maridos, que los querían para futuro sosten de sus casas, sino porque las mujeres se hacían por la promiscuidad infecundas. No sólo se los apetecía, sino que tambien se los amaba con delirio. Criábalos la madre en sus propios pechos, jamas en los ajenos; y, si por acaso no se lo consentía la naturaleza, dábales de su misma boca los alimentos de que necesitaban. De su boca se los daba tambien el padre viudo. Padre y madre los educaban detestablemente á causa del cariño que les tenían: raras veces dejaban de recibir en ultrajes el premio de amor tan sin juicio y medida.

Gracias á tan viciosa crianza solían ser los hurones hasta que la razon y los años los corregían, no sólo desobedientes á los padres, sino tambien indóciles á todo freno, antojadizos, soberbios y sin respeto á los ancianos. Hacíanse, en cambio, fuertes, porque, libres y á sus anchas, así corrían y jugaban en verano expuestos á los rayos del sol, como se revolcaban en invierno por la nieve. Ni dejaban desde muy mozos de ejercitarse, ya en el manejo del harpon y del arco, ya en juegos que les daban agibilidad y vigor al cuerpo. Cobraban á poco los varones aficion á la caza, la pesca y la lucha, y acababan de desarrollar sus fuerzas.

No eran allí tenidos por hombres los que no se dedicaban á una de esas tres profesiones. Habrían pedido inútilmente la mano de la más infeliz de sus vecinas: no la habrían obtenido. Cazadores ó soldados, se habían de labrar sus armas; pescadores, sus canoas. Debían tambien, cuando la necesidad lo reclamaba, prestarse á descuajar la tierra. Pertenecía á la hembra el cultivo de los campos; al varon, el desmonte. Tarea á la verdad difícil por falta de herramientas. Para llenarla se había de cortar los árboles á dos ó tres piés del suelo, consumir el tronco restante con el fuego de las ramas caidas, ir luégo descarnando y arrancando las raíces. Meses y aún años se consumía en tan dura faena.

Los bosques, las praderas, la tierra no descuajada eran comunes entre los hurones. Nadie hacía propia sino la que desmontaba por sus manos; y aún éste la perdía como dejase de cultivarla. Sólo por el trabajo se adquiría la propiedad, y sólo por el trabajo se la mantenía. No se incurría, como aquí, en la contradiccion de hacer del trabajo para unos título de propiedad, para otros motivo de servidumbre, ni en la de oponer la prescripcion contra el que deja de poseer la tierra por treinta años y no contra el que por treinta años deja de labrarla. Se dice del antiguo derecho romano, aún hoy predominante en Europa, que es el código de la razon escrita; sería más justo decir que es el código de la holganza y el privilegio. No sería malo ponerlo de vez en cuando en parangon con las instituciones de algunos pueblos bárbaros.

No era ménos importante en los hurones la organizacion política. Estaba dividida la nacion en provincias y pueblos; los pueblos y las provincias, regidos por jefes y asambleas. Componía las asambleas el cuerpo de ancianos; trasmitíase por sucesion el cargo de jefe, como el sucesor no desdorase por su cobardía ó sus vicios el valor ó las virtudes de sus antecesores. No había sino un jefe en cada pueblo; pero se juntaban tres y á veces más en las capitales de provincia. Gobernaba en éstas uno como rey á cuyas inmediatas órdenes estaban dos ó tres magnates, ademas de un asesor y un lugarteniente. Los jefes de los pueblos dependían, á lo que parece, de tan elevado caudillo.

No se ejercía allí la autoridad por el mando, sino por la persuasion y el ejemplo. Por la persuasion se ganaba las asambleas y por el ejemplo las muchedumbres. Los jefes habían de ser elocuentes, esforzados y justos so pena de verse primero desobedecidos y luégo privados ignominiosamente del cargo.

Se convocaba las asambleas por voz de pregonero; se las celebraba en las chozas de los jefes, alrededor de una hoguera, sentados gravemente los ancianos en sendos petates. Proponía el jefe las cuestiones, y emitía desde luégo su opinion razonándola en más ó ménos larga y pomposa arenga; concisa y pausadamente iban manifestando los demas lo que sentían; se contestaban y replicaban todos sin jamas interrumpirse; y, ya que estaba agotado el debate, se votaba por cañas ó pequeños juncos. Deliberaban aquellos hombres la pipa en la boca, extrañamente tocada la cabeza, medio desnudos, sin gestos, mediando á veces minutos de oracion á oracion y aún de palabra á palabra; y seducían, sin embargo, por la viva expresion de su rostro, lo pintoresco de su lenguaje, la belleza de sus pensamientos, la exactitud de sus raciocinios y lo acertado de sus acuerdos.

Las asambleas entre los hurones eran generalmente públicas. Las había tambien secretas, que, sigilosamente convocadas, se reunían de noche y no se componían sino de los principales del pueblo ó la provincia. En ellas se concertaba los ardides de la guerra y la diplomacia: la manera de burlar á los enemigos y la de ganarlos por la sorpresa. Otras asambleas había aún que eran las

más notables. Equivalían á las que celebraban los iroqueses en Onondaga: tenían por objeto la conservacion de los intereses generales y la destruccion de las naciones con quienes no se estuviese en amistoso comercio. No se juntaba más de una al año; pero se la revestía de gran solemnidad y pompa. Acompañábanla bailes y festines, mutuos regalos, vistosos alardes y animados juegos. Constituíala un delegado por provincia; y en ella se renovaba una especie de pacto de alianza, cuyo orígen se perdía en la noche de remotos siglos.

No tengo, me parece, por qué advertir la semejanza que había entre estas instituciones y las iroquesas: sobre el principio de la federacion descansaban evidentemente las unas y las otras. No se parecían ménos las creencias de los dos pueblos. Reconocían los hurones en cierto dios llamado *Yoscaha* al creador del Mundo, y le daban por abuela á la diosa *Atahensic*, segun los iroqueses, la madre de nuestro linaje. Decían saber de Yoscaha por un *Altiuindaron* que le había conocido y en una roca á la orilla de un arroyo había visto impresa la planta de tan poderoso númen. Yoscaha vivía para ellos en una cabaña tan humilde como la de todos los hurones; como ellos comía, bebía y labraba la tierra. Abundaba empero en todo lo necesario para la vida y tenía los animales todos á su servicio.

Veían los hurones en Yoscaha el principio de todo bien, y de Yoscaha creían recibir los pingües dones de la naturaleza. A la vieja Atahensic atribuían por lo contrario sus desventuras; pintábanla contrariando sin cesar los buenos propósitos y destruyendo las buenas obras del nieto. Decían de Atahensic que era una mujer decrépita, y de Yoscaha que no podía ser nunca anciano, pues se rejuvenecía en cuanto le faltaban las fuerzas.

¿Quién no verá aquí en Yoscaha al Koskeka de los iroqueses, nieto tambien de Atahensic, á quien debía el cetro de las naciones?

A Yoscaha no se sabe que los hurones tributasen ningun género de culto. Hacían, segun parece, ofrendas sólo á sus *okis*, espíritus, unos ángeles, otros diablos. Como los pueblos paganos de Europa tenían okis para sus cerros y sus valles, sus bosques y sus desiertos, sus lagos y sus ríos, sus paces y sus guerras, sus enfermedades y sus festines, sus virtudes y sus vicios. Ofrecíanles tabaco, y no era raro que les dirigieran más ó ménos ceremoniosamente fervorosas preces. Como los peruanos veneraban tambien ciertas rocas de extraño aspecto, á sus ojos metamórfosis de númenes que pasaron por la tierra.

Una creencia singular profesaban los hurones y era la de atribuir alma á los séres todos de la naturaleza. «Nuestra alma, decían, en cuanto muere el cuerpo, va por ese blanco cinturon de estrellas que atraviesa el cielo á la venturosa mansion de Yoscaha. Por las orillas de la misma senda van las almas de los perros. Allá van tambien, aunque por otros caminos, las de los objetos que depositamos en la tumba de nuestros difuntos.» *Atiskein anchahatey*, vía de las almas, llamaban aquellos bárbaros á lo que nosotros conocemos con el nombre de vía láctea.

Entendían los hurones que allá en el cielo sentían las almas las mismas necesidades que acá en la tierra los cuerpos: enterraban por esta razon á sus muertos, como tantas otras naciones, con panes de maíz, aceite, pieles, calderos, hachas de piedra y otras herramientas. En vano se los quería apartar de esta costumbre haciéndoles ver que todas estas cosas permacecían quietas en los sepulcros; aquí están, respondían, pero no sus almas. Sepultaban á veces los cadáveres á flor de tierra y levantaban sobre las fosas cabañas de corteza de árbol á cuyo rededor construían modestas y bajas cercas; mas lo general era que los guardasen en ataudes y los colocasen en lechos de madera puestos sobre cuatro mal pintadas estacas de nueve á diez piés de altura. Al pié de esos tristes y solitarios lechos iban frecuentemente de noche á llorar por sus deudos.

Las ceremonias fúnebres eran allí notables. En cuanto moría un huron se le ceñía al cuerpo el mejor de sus vestidos y se le dejaba en la estera donde había exhalado su postrer aliento. Allí estaba acompañado constantemente de uno de su familia, interin se convidaba al entierro á sus parientes y se rogaba á todo el pueblo hiciera los mejores festines que pudiese por el alma del difunto. En cada hogar se preparaba desde luégo más ó ménos suculentos platos, y se los distribuía entre deudos y amigos; y en cada hogar se comía de lo que deudos y amigos mandaban. Confraternidad particular, nada comun en la historia.

Llegada la hora del entierro, se ponía el cadáver en andas cubiertas de pieles y se le llevaba en hombros al lugar de su eterno descanso. Iban tras él en dos filas los hombres y las mujeres de todo el pueblo: los hombres, tristes, con la cabeza baja y los ojos en la tierra; las mujeres llorando y lamentándose hasta que uno como capitan les decía: «basta de lágrimas». No se hacia ya manifestacion alguna de dolor cuando se elevaba el ataud del muerto al lecho de madera: presenciaban el acto los circunstantes, unos sentados y otros de pié, todos en silencio.

No tardaba, sin embargo, en suceder al silencio el tumulto. Poníase ordinariamente á la derecha y á la izquierda del ataud sendos cilindros de madera, largos de un pié y anchos como el brazo; y á la izquierda las mujeres, á la derecha los hombres se disputaban acaloradamente quién sería el primero en coger el respectivo palo, levantarlo al aire y obtener el premio que al vencedor se daba. Gritos, puñadas, costalazos, lamentos, alaridos de triunfo iban revelando las peripecias de la lucha. Por otra parte, encaramado en la rama de un árbol, estaba uno diciendo á voces lo que la gente pacífica le entregaba para ayuda y solaz de la viuda, los hijos, los padres ó los hermanos del muerto. La escena, como se ve, terminaba por ser tragi-cómica.

Todos los enterramientos de que acabo de hablar eran provisionales. De diez en diez años los hurones tenían su fiesta de los difuntos. Celebrábanla en el lugar que de antemano fijaba el Consejo General de las tribus; y casi siempre con asistencia de las naciones circunvecinas. Acudían allí de muchas leguas á

la redonda infinidad de mujeres, que llevaban en hombros y en bien ataviados talegos ya la osamenta de sus muertos con los dijes y las galas de wámpum que habían podido recoger de sus deudos, ya víveres, ya calderos, pieles y útiles á que se daba gran precio.

Abríase en el lugar señalado una vasta y profunda fosa, y en sus orillas se levantaba una especie de catafalco. Cubríase de pieles de castor el pavimento y las paredes de tan grandiosa tumba, echábase en el fondo por capas toda clase de objetos de valía, dejábase caer desde el catafalco los recogidos huesos, tapábaselos con otras pieles y otros artículos de no menor estima y se lo rellenaba todo de leña y tierra. En tanto al rededor ardían innumerables fogatas sobre que estaban suspendidos enormes calderos: aquí se comía y bebía, allí se cantaba, más allá había sagrados bailes, á donde quiera que se volvía los ojos se veía unidas por lazos de amor á las más desconocidas y opuestas familias. Para recuerdo hincábase en torno de la fosa algunas estacas ó tablones de madera, y se volvía cada cual á su pueblo.

Se acaba de ver que hasta en los entierros y los funerales se acostumbraba celebrar banquetes. Los banquetes eran muy comunes entre los hurones. Se los daba en todos los acontecimientos, faustos ó infaustos; tambien para curar y divertir á los enfermos; á veces con el fin de preparar la juventud á los combates y la guerra; otras con el de solemnizar las victorias obtenidas sobre los enemigos. En todos los festines bélicos reuníanse ancianos y mozos, y, como si se aborreciesen de muerte, peleaban y blandían con furor sus hachas cantando y vomitando injurias sobre los pueblos que más odiaban. Reuníanse tambien jóvenes y viejos en los convites de triunfo; pero cantaban en más dulce tono y solamente para enaltecer las hazañas de sus héroes.

Los banquetes de familia no tenían nada de ruidosos. Se ponía la caldera al fuego luégo que tomaban asiento en la cabaña los convidados; y en cuanto el anfitrion decía «cocido está el perro ó el ciervo» no se permitía la entrada ni al más cercano pariente. A las palabras del anfitrion respondían los convidados sacudiendo con los puños la tierra. Los criados empezaban al punto á llenar y y distribuir los platos: nadie podía dejar de comer lo que se le daba. No se bebía jamas vino; generalmente ni agua como no se estuviera muy sediento. Ayunaba el anfitrion y consumía el tiempo bien fumando, bien cantando, bien pronunciando arengas. De cualquier venado de que se sirviera se ofrecía la cabeza al más valiente.

Los banquetes para solaz de los enfermos solían ser extremadamente sobrios. No se servía en algunos sino pan ni en otros sino tabaco. El convidado iba allí verdaderamente más á sufrir que á gozar, puesto que debía seguir en todo las caprichosas órdenes del médico: ahora sentarse á tal ó cual distancia de la estera del paciente, ahora entonar tal ó cual cancion, ahora despedirse haciendo las más extrañas muecas.

Las danzas entre los hurones no eran ménos comunes que los banquetes. Se las hacía ordinariamente en espaciosas cabañas, los ancianos y los niños sentados contra las paredes, los jóvenes en medio formando corro. Solían ir desnudos los que bailaban ó llevar cuando más un pañete para cubrir sus partes; pero no sin collares, zarcillos, brazaletes, gargantillas para piés y piernas ni otros mil dijes que les sugería el ingenio. Cantaban dos capitanes al son de unas conchas de tortuga que agitaban en sus manos, y no concluían una estrofa que no prorumpiera en alegres *he*, *he*, *hees* la muchedumbre. Danzaban sueltos mancebos y doncellas, y ya se contoneaban, ya daban saltos, ya hacían graciosos saludos, ya sacudían con ímpetu la tierra. Duraban estos bailes dos y más tardes.

Los había tambien para los enfermos; y algunos tan raros por cierto, que se resiste á consignarlos la pluma. No se admitía en éstos sino mujeres; y ya que estaban concluidos, se preguntaba á cada una con qué mozo del pueblo dormiría de mejor gana á la otra noche. A la otra noche dormian en la cabaña del enfermo los mozos y las mozas, en tanto que á los dos extremos de la estancia cantaban sin cesar dos capitanes al son de sus tortugas. Facilitaba ya este hecho la liviandad que hemos visto en los hurones; pero la facilitaba mucho más el respeto que tenían á los antojos de los enfermos. Desprendíase un huron de lo que tenía en mayor aprecio como soñara un enfermo que lo necesitaba para su curacion ó su alivio.

La Medicina no estaba allí mejor que en otros pueblos. Los médicos eran tambien mágicos y servidores del Diablo. Le invocaban á la cabecera de sus enfermos y empleaban los remedios de costumbre: soplar la parte dolorida, hacer incisiones, chupar la sangre, sacar de su boca algo que suponían haber extraido del cuerpo del paciente y presentaban como la causa principal de la dolencia; luégo recetar cantos, festines, bailes, conjuros, carreras de día ó de noche y todo género de extravagancias. Conocían, sin embargo, la virtud curativa de algunas plantas y para ciertas enfermedades usaban de lo que ahora llamamos baños rusos.

Con frecuencia, leo en Sagard, se procuraban nuestros indios sudores copiosos. Ponían en medio de una cabaña ó de un campo un grueso monton de piedras enrojecidas al fuego; en torno á la redonda una como empalizada no más alta que la cintura, cuyas estacas, por su parte superior corvas, venían á formar una especie de mesa. Colocábanse los hurones en cuclillas entre la empalizada y las piedras prietos los unos contra los otros y se cerraba todo con pieles y cortezas de árboles. Era poco ménos que insufrible el calor que á poco sentían; pero lo aguantaban permitiéndose cuando más levantar por segundos las pieles. Sudaban al fin á mares, porque para más estimular la transpiracion cantaban y aún bebían muchos jarros de agua. Abandonaban entónces de improviso aquella infernal estufa y corrían á sumergirse en el más próximo lago ó en el más ve-

cino arroyo. Si no los había á mano, se lavaban por lo ménos con agua fria. Para que se vea que no hay nada nuevo en el mundo y lo que se estima como signo de cultura y de progreso fué ya costumbre en pueblos bárbaros.

Supongo que el lector habrá ya conocido por lo escrito cuán supersticiosos eran los hurones. Daban como los iroqueses grande importancia á los sueños. Más por sus propios sueños que por las visiones de sus médicos se regían para la curacion de sus enfermedades; y en ciertas ceremonias que practicaban cuando estaba malo de muerte uno de sus caudillos ó azotaba la peste al pueblo se tenían por muertos como pidiendo dádivas de choza en choza no acertasen á recibir lo que en sueños codiciaran.

Otro órden de supersticiones tenían que derivaba en parte de su ignorancia, en parte de considerar con alma los séres todos de la naturaleza. De ningun pez que cogiesen ni de ninguna res que cazasen echaban al fuego espinas ni huesos. Si lo hiciésemos, decían, las almas de los aquí muertos se lo contarían á los peces de nuestros lagos y á los venados de nuestros bosques, y no podríamos dedicarnos más á la pesca ni á la caza. A los peces sobre todo los trataban con cariño: hasta los exhortaban por boca de ciertos predicadores á que convenciesen á los aún vivos de la conveniencia de dejarse prender en sus anzuelos y sus redes. Delante de sus redes no se atrevían ni á murmurar de los habitantes de los lagos: temían que se lo refirieran.

Su ignorancia era grande, sobre todo en Astronomía y Meteorología. No acertaban á distinguir las estrellas fijas de los planetas; no tenían por fija sino la estrella polar, que tomaban por guía en sus viajes de noche. Creían que era plana la tierra y estaba agujereada al Occidente: por este agujero decían que entraba el Sol cuando bajaba al ocaso. Allí se estaba segun ellos hasta el otro día en que iba á salir por Oriente. No podían naturalmente explicarse los eclipses: atribuían los del Sol á grandes luchas entre los elementos de la naturaleza, los de la Luna á que este pálido astro padecía síncopes. Como tantos otros pueblos, al ver eclipsada la luna armaban grande estrépito y para aumentarlo azotaban á los perros. Constelaciones apénas las conocían: á las cuatro estrellas que en la Osa Mayor componen la caja del carro las llamaban las danzarinas; á las tres del eje, los tres cazadores; á la que parece acompañar á la segunda de las tres, el caldero. Cuando tronaba, suponían que un pájaro monstruoso batía en el cielo sus enormes alas.

Estaban los hurones algo más adelantados en la industria. Hacían sus canoas de madera de abedul, y las reforzaban interiormente con piezas circulares de cedro blanco. Les daban la forma de lanzadera: tan leves las construían, que el hombre de ménos fuerza podía llevarlas bien sobre la cabeza, bien al hombro. La que más, tenía de ocho á nueve pasos de eslora, paso y medio de manga: eran ordinariamente mucho más pequeñas. Es notable la rapidez con que marchaban cuando movidas por hábiles remeros: hasta treinta leguas llegaban á correr por día.

Fabricaban los hurones sus armas como los demas pueblos de aquella parte de América. Se distinguían, como los iroqueses y tal vez más que los iroqueses, en la escultura. Sobre madera y aún sobre piedra representaban en relieve hombres, fieras, pájaros y animales fantásticos: con trabajos tales embellecían sus tabaqueras y sus pipas. Eran tambien amigos de la pintura: la ejercían sobre sus cuerpos y sobre los frentes de sus cabañas. Disponían de hermosos colores.

Esto hacian los hombres. Las mujeres se dedicaban á muchas otras artes. El tiempo que les dejaban libre los cuidados del hogar y la labranza de los campos lo empleaban ya en hilar cáñamo, ya en fabricar esteras de junco, ya en tundir y adobar pieles de castor y de ciervo, ya en trabajar el barro, ya en labores de cestería, ya en hacer vajilla de cortezas de árbol, ya en bordar con pelo de jabalí, ya en recoger y ensartar wámpum para sus collares, sus brazaletes y sus bandas. Hilaban el cáñamo sobre sus muslos sin huso ni rueca. Utilizaban el junco, no sólo para sus petates, sino tambien para sus cestas y para las cortinas que ponían en las puertas de sus casas y solían pintar de varios colores. Con sesos de venado adobaban tambien las pieles. Sin piés y sin asas fabricaban ordinariamente sus vasijas de barro. De corteza de árbol hacían platos, fuentes, escudillas, cucharas. En sus bordados y en sus dijes de wámpum se mostraban por fin entendidas y primorosas.

Entendían allí las mujeres hasta en la construccion de las casas, que solían ser para muchas familias. Las casas ó cabañas de los hurones medían por lo comun de ancho sobre seis toesas; de largo, de veinticinco á treinta. Tenían en medio un andén de diez á doce piés de anchura, y en cada una de sus extremidades un desahogado y espacioso pórtico. Formaban bóveda como las de Virginia; como las de los iroqueses, llevaban á lo largo de las paredes, á poca altura del suelo, una especie de tarima que servía á la vez de asiento y cama. Contenían para cada dos familias un fuego.

Tampoco las casas estaban allí distribuidas en calles. Constituían sí pueblos, unos fortificados, otros abiertos, que ocupaban generalmente las faldas ó la cumbre de colinas situadas cerca de más ó ménos caudalosos ríos. Los pueblos mejor atrincherados eran naturalmente los de las fronteras: tenían dos y tres empalizadas en forma de espiral, armadas de hondos y anchos fosos y defendidas por una tan angosta y tan bien acondicionada puerta que no cabía pasarla sino de lado. Esas empalizadas eran, á no dudarlo, mucho más fuertes que las de los vecinos iroqueses. Reforzábanlas por detras gruesos troncos de árboles, puestos sobre cortos y ahorquillados estacones y encima de los troncos muros de corteza. Poníaseles ademas en lo alto una manera de adarve con grandes acopios de piedras y agua: piedras para alejar á los sitiadores, agua para apagar el incendio de las mismas empalizadas.

De los pueblos de los hurones se componía el que más de doscientas cabañas.

Debe, con todo, no perderse de vista que doscientas cabanas suponian de tres mil á cuatro mil familias, de doce á diez y seis mil habitantes. En algunas comarcas cambiaban esas poblaciones de asiento cada quince ó treinta años. Obligábalas á tanto principalmente la falta de combustible, que llevaban en haces sujeto á las sienes, como no fuese en invierno, donde lo acarreaban con facilidad sobre la nieve por medio de una especie de trineos.

¡Al fin siempre angustiosa la situacion de las naciones bárbaras!

CAPÍTULO XXIX

Los algonquines.—Su importancia segun los muchos dialectos de su lengua.—Su principal asiento al llegar los europeos.—Territorio que ocupaban.—Pueblos que los constituian.—Tradicion que tenían sobre su propio orígen.—Sus guerras con los hurones y los iroqueses.—Sus creencias.—Su Espíritu Supremo.—Monedo y Gezis.—Gitchi Monedo y Mudje Monedo.—Carácter de ese dualismo religioso.—Espíritus inferiores.—Poesía de ese politeismo.—Los cuatro genios de los puntos cardinales del Universo.—El Sol, la Luna, los demas planetas y los truenos.—Wing, dios del Sueño.—Los gnomos, los gigantes y los ángeles custodios.—Fiesta al Sér Supremo.—Si estaba realmente consagrada á Monedo ó al astro del día.—Ideas sobre el orígen y la primitiva educacion del hombre.—Los cuatro hijos de Monedo.—Lucha entre dos de ellos, Chokanipok y Manabozho.—Muerte y resurreccion de Chibiabos.—Region de las almas.—Si la ponian en el cielo.—Leyenda.—Consecuencias que de ella se desprenden.—El paraíso de los algonquines es superior al de los hurones y los iroqueses.—La Magia, la Medicina y el arte de Profecía.—Asociaciones mágicas. Los medas y los wabenos.—Ceremonias para la admision de un aspirante en la asociacion de los medas.—Los tres grados de la órden de los medas.—Curacion mágica de los enfermos.—Exagerado poder que se atribuian los magos.—Reflexiones.[1]

Historié hasta aquí dos de los grupos en que distribuyó Gallatin los pueblos bárbaros que ocupan ú ocuparon el área de los Estados Unidos. Hablé de los apalaches y los iroqueses. Forman algunos autores un grupo intermedio con las tribus de la Carolina del Norte, á que dan el genérico nombre de chicoreos; mas yo no las he sabido ver con caracteres que permitan separarlas de los demas grupos. Entro ahora en el de los algonquines, tal vez el más numeroso.

De los algonquines se cree que llegaron por las costas de Oriente hasta el golfo de Méjico. Se ha encontrado efectivamente reflejos de su lengua en la Florida, en Virginia y sobre todo en Maryland, entre los nanticokes de la bahía de Chesapeake. Que debieron de vivir largo tiempo en la parte septentrional del Atlántico nos lo dicen ya multitud de dialectos; el más acentuado, el de los lenni–lenapis ó delawares. Se oyó dialectos más ó ménos marcadamente

[1] Fuentes de este capítulo: Schoolcraft, vol. I, pág. 18, 19[illegible], 3[illegible]7, 317, 321 y 358; vol. V, pág. 401, 4[illegible]6; Baron de la Hontan, *Voyages*; Banier et Mascrier, *Histoire Générale des Cérémonies, Moeurs et Coutumes religieuses de tous les peuples du Monde*, tom. VII, pág. 91.

algonquines en los valles del Húdson, en los del Connecticut, en Nueva Inglaterra, en Nuevo Brunswich y en Nueva Escocia.

Al llegar los europeos, eran, sin embargo, el principal asiento de este grupo las tierras al Norte del San Lorenzo. Hallaron los franceses tribus algonquinas entre Quebec y los Tres Ríos, en el lago Nepissing, en las fuentes del Ottawa y en torno de los lagos Superior, Huron, Michigan y Erie. Viéronlas tambien los franceses hácia Mediodía en las márgenes del Illinois y el Wabash hasta la confluencia del Mississipí y el Ohio; pero las han visto otros hácia Septentrion hasta la bahía de Húdson y el lago de Athabasca.

Aunque vivían los algonquines interpolados con otros pueblos, es innegable que se habían esparcido por inmensos territorios. Segun Bancroft, se extendían desde el golfo de San Lorenzo hasta las Montañas Rocosas. Segun Charlevoix, se hablaba su idioma en más de mil doscientas leguas. Segun Du Ponceau, eran innumerables sus dialectos. «Muchos de sus dialectos, escribe Du Ponceau, se han ya extinguido y otros están para extinguirse: conozco unos treinta, pero son muchísimos más los que aún existen.»

Sería difícil enumerar todos los pueblos que constituían tan dilatada familia. Eran indudablemente algonquines los chippewas ú ojibwas, los attawas ú ottawas, los lenapis, los abenaquis, los mahicanos, los nipercinios, los montagnis, los piés negros, los saskatchewines, los salteadores (pillagers), los cries (crees) ó kenistenoes, los miamis, los wias (weeas), los piankaskaws, los shawnis (shawnees), los pottawatomies, los sacos, los zorros, los kickapus ó kickapoos y los ilineses. ¿Lo eran ya los assicúnaigs y los miscotines? De esas dos tribus se asegura que moraban en las orillas de los lagòs Huron y Michigan al entrar los algonquines por las márgenes del San Lorenzo: mal habían de ser de la misma raza. Pudieron adoptar con el tiempo la lengua y las costumbres de los extranjeros: debió de ser otro su orígen.

Por extranjeros se tenían real y verdaderamente los algonquines en América. Hablaban de un viaje por mar, y decían que sus mayores durante siglos habían hecho todos los años sacrificios á Dios por su feliz arribo á las costas de aquel continente. Habían entrado, segun Jhonston, por la Florida. ¿Cuándo? ¿por qué motivo? Lo calla la tradicion, cuanto más la historia.

Lo ya cierto es que los algònquines en distintos tiempos y por diversas causas hubieron de sostener largas y sangrientas luchas con los hurones y los iroqueses. Tenian á los iroqueses en la otra ribera del San Lorenzo, á los hurones en dos de sus mismos lagos: no era posible que vivieran por muchos años en paz estando tan cerca de tan belicosos pueblos.

Los pone Charlevoix en paralelo con los hurones, y creo bastante exactos sus juicios. Eran efectivamente los algonquines de más imaginacion y más sentimiento; espíritus poco abiertos, corazones dóciles; almas sensibles y crédulas, prontas para recibir impresiones, demasiado flojas para retenerlas; inhá-

biles tanto para las virtudes austeras como para los mas hediondos vicios. Lo que mas al vivo los retrata son sus creencias, y á sus creencias voy á consagrar este capítulo

Hablaban los algonquines de un Espíritu Supremo, á quien daban los nombres de *Monedo* y *Ozheaud* y no invocaban sin anteponerle los calificativos de *gehza* ó *gitchi*, misericordioso ó grande. Decíanle sabio, eterno, omnipotente y sobre todo bueno. Acerca del lugar en que residiese no tenían ideas muy fijas: ya le ponían en las regiones etéreas, ya en sus campos elíseos. Poníanle con más frecuencia en el Sol, *Gezis*, con quien no pocas veces le confundían. A Gezis como á Monedo atribuían comunmente la luz, la vida y la inteligencia del Mundo. ¿Sería que mirasen al Sol como símbolo del Invisible Espíritu?

La verdad es que al Sol le consideraban hombre y le pintaban, como nosotros, bajo la forma de un rostro que despide rayos, miéntras que á Monedo no le creían susceptible de representacion, le reconocían en las grandes obras de la naturaleza y le llamaban unas veces padre, otras sosten del Universo.

Hablaban, ademas, de otro Monedo, Mudje Monedo, orígen de todos los desórdenes de la tierra y de todos los males que nos afligen. Obra de este nuevo Ahriman decían que eran los despeñaderos y los abismos, los saltos y las cataratas, las rocas inaccesibles y las ciénagas de los bosques, los huracanes y las tormentas; obra del mismo, el hambre y la guerra, la enfermedad y la muerte.

Como se ve, eran dualistas los algonquines, pero no á la manera de los iroqueses. No establecían, como éstos, el antagonismo entre dos hijos de una mujer que bajó del cielo, sino entre dos espíritus igualmente grandes é igualmente eternos, entre dos dioses. Hacían así indestructibles el mal lo mismo que el bien, y condenaban el mundo á ser perpetuo teatro de perpetua guerra.

Aquí, no obstante, ni Gitchi Monedo ni Mudje Monedo hacían el bien ni el mal por sí mismos; hacíanlo por ellos enjambres de espíritus inferiores que, divididos en opuestos bandos, traían revueltos á los hombres y en confusa mezcla el dolor y el placer, la desesperacion y la esperanza, la guerra y la paz, el vicio y la virtud, la muerte y la vida.

La creencia en esos espíritus inferiores había llevado naturalmente á los algonquines al politeismo, á un politeismo de tanta ó más poesía que el de los griegos. Estaban allí personificadas las cuatro estaciones; regidos por genios los cuatro puntos cardinales del Universo. *Kabaun* gobernaba el Occidente; *Waban* el Oriente; *Shawano*, el Mediodía. El genio del Norte, cuyo nombre ignoro, derramaba sobre la tierra hielo y nieve para facilitar la caza; el del Mediodía, maíz y tabaco; el de Oriente, luz; el de Occidente, frescas y abundantes lluvias para regar y fecundar los abrasados campos.

El Sol, como se ha visto ya, era un hombre; la luna y los demas planetas, espíritus errantes condenados á vagar eternamente por los espacios; los truenos.

bandas de guerreros provistos de flechas y lanzas y cubiertos de grandes escudos.

Había su dios del sueño, *Weng*, que para adormecer á los hombres les enviaba sus innumerables legiones de invisibles *pukwudjininies*. Golpeaban esos pukwudjininies la frente de los algonquines con sus diminutas clavas, y los iban dulcemente llevando á esa fugaz y bienhechora muerte de que necesitamos para sobrellevar el cansancio de la vida.

Estaban poblados de espíritus aire, mar y tierra; y al caer de la tarde el algonquin creía verlos, ya en las nieblas de sus lagos, ya en la espuma de sus cascadas, ya en las frondosas ramas de sus árboles blandamente mecidas por el soplo de las brisas, ya en la cima de sus peñascos, ya en la nube que recamaban de oro los últimos rayos del sol poniente. No faltaban allí ni aún las fantásticas creaciones de la Europa de la Edad Media: había tambien sus gnomos, los recien mentados *pukwudjininies*; sus gigantes y sus ogros, los *windegoes*: sus ángeles custodios, las almas de los antepasados ó el sér de la creacion con que cada cual identificaba su futura suerte.

Ofuscados por tan poética y brillante mitología, era muy de temer que los algonquines perdiesen de vista al Gran Monedo. No le tributaban, segun muchos autores, ningun género de culto; pero le tenían consagradas al decir de Hontan hasta espléndidas y costosas fiestas. Verdad es que en la que él describió apénas cabe distinguir si se hizo en honor de Monedo ó en el de Gezis.

Para tan solemne fiesta, dice Hontan, escogen los indígenas del Canadá un día sereno y tranquilo. Levantan en medio del campo una vasta hoguera, donde cada cual depone lo que más estima. Al llegar el sol al zenit, los jóvenes le pegan fuego con antorchas que hicieron de cortezas de árbol. Cantan y danzan al rededor los guerreros miéntras se consuma el sacrificio; y en tanto los ancianos dirigen al Gran Monedo fervorosas preces ofreciendo de vez en cuando al Sol sus encendidas pipas. Se las siguen ofreciendo los ancianos hasta que deja de brillar en el horizonte, y se prolongan hasta la noche los cantos y los bailes.

En esos cantos, añade Hontan, se celebra la bondad de Dios, la hermosura de la naturaleza y las victorias del pueblo sobre los pasados y los presentes enemigos; en las plegarias se pide á Monedo que fortalezca el espíritu de los ancianos y el vigor de los guerreros, aumente las familias y libre de la influencia de los genios del mal á los niños, derrame su bendicion sobre los campos y los bosques, manifieste su voluntad por los sueños y conduzca á los algonquines todos á la bienaventurada region de las almas.

Por el contenido de esas preces y esas canciones, que no tengo motivo para poner en duda, la fiesta debía estar realmente consagrada al Gran Monedo; no por las descritas ceremonias, ménos acomodadas al culto de un dios invisible que al del astro del día. Al salir, por otra parte, el Sol, escribe el mismo Hontan, le dirigían las mujeres todas las mañanas dulces coloquios y le presen-

taban sus hijos: y cuando se ponía abandonaban los guerreros sus tiendas y danzaban la danza del Grande Espíritu.

Es ahora de notar cómo explicaban los algonquines el orígen, la educacion y el destino final del hombre. De acuerdo con la Geología afirmaban que el hombre había sido creado con posterioridad á los demas animales. Cómo y cuándo lo hubiese sido ó no lo decían ó lo envolvían en disparatadas tradiciones. Gitchi Monedo le había instruido en la agricultura y las artes, pero tampoco por sí mismo. Había bajado un día á la tierra y engendrado cuatro hijos en una mujer que había caido de la luna á las aguas de un lago: por esos hijos, que habían nacido todos de un parto, había sacado de la ignorancia á nuestro linaje.

Llamábanse los cuatro séres *Manabhozo*, *Chibiabos*, *Chokanipok* y *Wabasso*. Manabhozo principalmente fué el maestro y el amigo del hombre. Cruzó la tierra y se la limpió de monstruos. Le hizo transitables los bosques y navegables los ríos. Le puso en los cuatro puntos del Universo los espíritus de que ántes dije, y ordenó al Sol que le recorriese todos los días el horizonte. Le hizo brotar del seno de los campos raíces y plantas contra las enfermedades y antídotos contra los venenos: y para que nunca le faltaran, los confió al cuidado de *Misukumigakwa*, la Cibéles de aquellas naciones.

Adiestró Manabhozo ademas al hombre en el ejercicio de las artes. Le enseñó á forjarse hachas, flechas, lanzas y todo género de armas y herramientas de piedra y hueso, á fabricarse para la caza y la pesca toda clase de lazos, trampas y redes; á construirse canoas, descuajar y cultivar la tierra, hacer utensilios de barro y procurarse fuego.

Manabhozo tuvo para todo esto poca ayuda en sus hermanos. Wabasso, no bien abrió los ojos á la luz, voló al Norte, y convertido en conejo blanco, pasó á ser uno de los grandes espíritus del cielo. Chibiabos, alma apacible y dulce, era incapaz de iniciativa. Sirvió de auxiliar á Manabhozo principalmente Chokanipok, y éste despues de hecho pedazos. Chokanipok, el hombre pedernal, había ocasionado al nacer la muerte de su madre. Odiábale por esta razon Manabhozo; y despues de una tan porfiada como terrible guerra, en que á cada combate se alteraba la faz de la naturaleza, le mató, arrancándole las entrañas, que se trasformaron desde luégo en vides, y despedazándole las carnes, que se convirtieron en piedras de fuego. Chokanipok dió siquiera de su cuerpo la vid y el pedernal, tan útiles al hombre.

En algo mejoró tambien Chibiabos, despues de muerto, la situacion de los algonquines. Vivía con Manabhozo en agradable y solitario albergue ocupándose en el bien de los pueblos, cuando, envidiosos de tanta ventura los espíritus que poblaban el aire, el agua y la tierra, resolvieron quitarle por la astucia la vida. A pesar de habérselo prevenido Manabhozo y aún rogádole que no se apartase jamas de su lado, aventuróse un día á entrar solo en uno de los grandes lagos, que estaba á la sazon cubierto de hielo. Ya en medio del lago, rom-

piéronle el hielo debajo de los piés los pérfidos genios, y fué á exhalar en el fondo de las aguas su postrer suspiro.

Inconsolable Manabhozo, recorría con furor la playa dando alaridos y voces que tenían llena de consternacion la comarca. Perseguía de muerte á los infames asesinos de su hermano, y no cogía uno que no le arrojara al más profundo abismo. Se fué sosegando; pero salpicó de negro su cara y pasó nada ménos que siete años lamentándose y pronunciando el nombre de Chibiabos.

Arrepintiéronse de su crímen al fin los malévolos espíritus, y procuraron reconciliarse con Manabhozo. Levantaron al efecto una tienda junto á la del amigo de los hombres, prepararon un banquete, cargaron del mejor tabaco la mejor pipa y salieron ordenadamente y á la deshilada llevando debajo del brazo talegos, ya de piel de castor, ya de piel de lince, ya de piel de nutria, llenos de preciosas medicinas que habían extraido de todo género de plantas. Vieron á Manabhozo, se las mostraron, y con muchas ceremonias y blandas y corteses palabras le invitaron al banquete.

Levantó Manabhozo la frente, descubrió el rostro, se quitó los negros colores de que se lo habia salpicado, fué con los genios á la vecina tienda, bebió de un sorbo cierta copa de licor que le ofrecieron y sintió de improviso desterrada su melancolía. Estaba el licor compuesto de saludables y enérgicas yerbas; pero más que como remedio se lo presentaron como fórmula de iniciacion y verdadero ritu. Danzaron al punto los espíritus, cantaron, tocaron en sus tambores, dieron uno tras otro repetidas muestras de ingenio, y, ajustándolo todo á compas y medida, lo mezclaron con muchas y singulares ceremonias. Manabhozo á su vez comió, cantó, danzó, fumó en la sagrada pipa y dió queriendo ó sin querer sólida y firme base á los misterios de la Medicina.

Reconciliados los espíritus con Manabhozo, se propusieron devolver la vida á Chibiabos. Se la devolvieron, mas sin permitirle entrar en su tienda. Por una rendija le dieron un carbon encendido y le dijeron que fuese á reinar sobre los muertos en la region de las almas.

Esa region de las almas constituía otra de las creencias de los algonquines. Estaban convencidos aquellos hombres de que, ya muertos, iban á deliciosos lugares donde abundaban todos los bienes de la vida: las verdes y dilatadas praderas, los mansos arroyos, los cristalinos lagos, las altas y sombrías arboledas, los campos de maíz, las frescas brisas del otoño, los placeres de la amistad y del amor, el dulce y regalado sueño. «Allí, decían, ni hay frío que encoja ni calor que ahogue; no hay huracanes que rujan ni borrascas que por la voz del trueno hagan estremecer la tierra. Todo es allí paz y dulzura: trinan suavemente los pájaros en la enramada, pacen tranquilamente los rebaños á la sombra de los álamos ó en las orillas de sosegados ríos cubiertas de flores, baña tibia luz el aire y lo perfuman delicados aromas. Allí reina Chibiabos, pero con blando imperio, sin armas ni guerreros para imponer sus mandatos.»

No era, con todo, este paraíso más que para los justos. Isla, no cabía ganarla sin atravesar un espacioso lago; y engullian las olas á los pecadores. Mas ¿qué importaba si en el fondo de las aguas no había nada que pudiese recordar ni el Infierno de Satanás ni el Tártaro de Pluton y Proserpina?

Han creido muchos escritores que ponían los algonquines esa afortunada region en el cielo, pero sin motivo. La supusieron siempre los algonquines en la misma tierra segun los colores con que la pintaban y segun sus propias leyendas. Una tengo á la vista que he de dar en resúmen para que el lector se haga cargo de la índole de aquel paraíso.

«Murió de repente una hermosa jóven el mismo día en que iba á casarse con uno de los más gallardos cazadores de su tribu. Había acreditado el mancebo su bravura en la guerra y merecido por sus proezas los aplausos de sus camaradas; pero no tenía el corazon á prueba de tan dolorosa pérdida. Sufría incesantemente, y por todo consuelo pasaba las horas sentado y meditabundo sobre la tierra que guardaba el cuerpo de su novia. Recordando viejas tradiciones, se decidió un día á buscar el camino que condujese á la region de las almas.

»Tomó hácia el Sud, y en muchos días no dejó de ver cubiertos de nieve bosques, colinas y valles. Poco á poco fué encontrando ya más firme el terreno, más sueltos los arroyos, más vigorosos los árboles y ménos oscuro el cielo. A punto llegó despues donde brotaban flores bajo sus plantas, se extendía sobre su cabeza un firmamento sin nubes y formaban dulce armonía el rumor de las aguas y el cantar de los pájaros. Se convenció de que iba por buen camino, y lo siguió impávido hasta que á lo léjos descubrió una senda que entre esbeltos y frondosos álamos conducía á lo alto de una colina.

»Dió en la cumbre de la colina con un largo puente, y en el vértice del puente con una cabaña á cuya puerta había un anciano de brillantes ojos que llevaba suelto en los hombros un manto de pieles y en la mano un báculo. Empezó á referir su historia; mas no había proferido diez palabras, cuando deteniéndole el anciano le dijo: «Os esperaba. En este momento acababa de levantarme para salir á daros la bienvenida. Hace muy poco tiempo que estuvo aquí la que andais buscando: aquí descansó fatigada de su largo viaje. Entrad en mi cabaña, sentaos; luégo que reposeis os diré á dónde habeis de dirigir vuestros pasos».

»Salieron á poco los dos por el otro extremo de la cabaña, y dijo el anciano al jóven: «¿No veis allá un golfo y detras una espaciosa llanura? Aquella es la region de las almas. Estais en sus confines. Mi choza es su puerta. Dejad ahora aquí el cuerpo con cuanto llevais: el arco, las flechas, el hato de viaje, el perro. Todo lo encontrareis sano y salvo á la vuelta».

»Continuó el enamorado mancebo su viaje, y caminaba lijero como si le hubiesen nacido voladoras alas. Veía como ántes colinas y valles, bosques y descampados, pero todo más hermoso y de más vivos colores. Allá en las ramas de

los árboles distinguía pájaros de encantadoras plumas: allá en las florestas y en las márgenes de los arroyos ciervos ágiles que iban y venian sin que su presencia los inquietara. Admirábase sobre todo de que nada le impidiese el paso: los objetos que encontraba parecían más que realidades sombras.

»Medio día llevaba de andar por tan viciosa tierra, cuando llegó á la playa de un lago en medio del cual se levantaba la bella y suspirada isla. Halló amarrada á la orilla una blanca y reluciente canoa de piedra, armada de no ménos brillantes remos; y no bien entró y los tomó en sus manos ¡oh dulce sorpresa! vió á sus amores en otra barca de igual forma y de igual hermosura. Juntas marchaban las dos canoas, y juntas rompían las olas, que no parecían sino querer devorarlas. Lo extraño era que como si fuesen las olas mismas, con ellas se deshacían y con ellas volvían á formarse.

»Multiplicábanse las olas y temblaban de miedo los dos amantes, sobre todo viendo que otros se sumergían y allí en el fondo del lago—tan claras y traspa-rentes eran las aguas—blanqueaban los huesos de los infinitos viajeros que habían perecido en tan difícil trayecto. Eran muchos los que como ellos luchaban, y tambien muchos los que sucumbían. Sólo las barcas de los niños se deslizaban tranquilas por la superficie del golfo.

»Afortunadamente ni el novio ni la novia habían obrado la maldad en la tierra. Desembarcaron en las playas de la isla, y vivieron feliz y descansada vida. El aire bastaba para alimentarlos y fortalecerlos. En los campos que recorrían todo estaba dispuesto para embelesar los ojos y encantar el oido. No había en parte alguna sepulcros que trajeran á la memoria tristes recuerdos. No se vertía sangre. No turbaba dolor alguno el entendimiento ni el corazon de los hombres.

»Eternamente habría estado allí el cazador junto á su amada; pero oyó la voz del Señor de la Vida, á quien en vano quiso ver, y enmudeció de espanto. «Vuelve, le dijo la voz, á la tierra de que viniste. No se cumplieron aún tus días. No llenaste aún los deberes con que te envié al mundo. Torna á tu pueblo y sé hombre honrado. Has de ser por mucho tiempo el jefe de tu tribu. El mensajero que guarda la puerta de esta afortunada mansion te dirá las reglas que yo quiero que guardes. Escúchale y volverás á unirte un día con la mujer que amas. Tan jóven y hermosa estará entónces como el día en que la llamé de la fría region de las nieves. No se marchita aquí la belleza de las flores ni la de las almas».

Concluye aquí la leyenda porque su narrador dice que lo vió todo en sueños y despertó á la voz del Señor de la Vida. ¿Qué cabe inferir de ella sino que la region de las almas era entre los algonquines sólo para los justos y estaba, no en el cielo, sino en la tierra? Es muy de advertir que las leyendas y los cuentos constituían la tradicion en aquel pueblo y los ancianos que los referían formaban clase y tenían su representacion en la mitología. ¿Cabe acaso ignorar que *Iägoo* era allí el dios de los narradores de historias?

En esto aventajaban sin disputa los algonquines á los hurones y los iroqueses. Los tres pueblos tenían su paraíso; mas los iroqueses y los hurones lo poblaban lo mismo de justos que de pecadores. La distincion hecha por los algonquines revela á no dudarlo mayor sentido moral, mayor cultura. Mayor cultura en los algonquines la revela, tambien, la mayor espiritualidad de esa venturosa region de las almas. Aquí las almas no necesitan ya de la pesca, la caza ni la guerra. El aire las mantiene, la naturaleza las encanta, la sangre no mancha el suelo.

Abonan aún otros hechos esta mayor cultura. La magia era general en América: se la empleaba principalmente para la curacion de los enfermos, y raro era el pueblo en que el médico no fuese mago y profeta. Entre los algonquines la Medicina, la Magia y el arte de la adivinacion eran, en primer lugar, profesiones distintas. Se las había elevado, ademas, poco ménos que á la categoría de instituciones. Ejercían allí la Medicina Empírica los *muskekewininis*, que administraban medicamentos sólidos y líquidos, sangraban, hacían incisiones, combatían las más envejecidas úlceras y trataban todo género de heridas; la Alta Medicina, la Medicina Danza, como solía llamársela, los *medas* y los *wabenos*, es decir, los magos, que empleaban contra las enfermedades rebeldes á la mano de los muskekewininis el baile, el canto, el tambor, el conjuro y el secreto poder de objetos que recogían en el vasto seno de la naturaleza. Profetas lo eran solamente los *josakids* ó *jisukawininis*, hombres que se decían inspirados por Dios y salían de tarde en tarde para predecir los destinos de los pueblos.

No formaban cuerpo ni los josakids ni los muskekewininis; pero sí los medas y los wabenos. Constituían éstos poderosas asociaciones que tenían sus fórmulas de iniciacion, sus cantos y sus ritus. Ni podía ejercer la magia quien á una de estas dos sociedades no perteneciese, ni entrar en ninguna de las dos el que no se sujetase á determinadas pruebas. Se rechazaba desde luégo al candidato que por sus ayunos y sueños no manifestase buenas disposiciones para tan difícil arte. Al que las manifestaba se le exigía que perseverase en la abstinencia; y, sólo cuando se le veía hacer más ó ménos rápidos progresos, se le sometía á baños de vapor y se le iba iniciando hoy en los misterios de la Medicina y de la Caza, mañana en la manera de contrarestar el poder de los encantos y los hechizos.

Se conoce hoy el ritual para la admision de un candidato en la asociacion de los medas. Lo daré para que el lector pueda hacerse cargo del extraño carácter de aquellos círculos.

Levantábase la sagrada tienda sobre recien cortadas ramas de verde follaje. Luégo que se la creía honrada por la presencia del Grande Espíritu, cantaba uno de los sacerdotes: «Bajó Monedo ¿lo habeis oido? quiero entrar en la tienda.» Agitaba en tanto su tambor, y sus compañeros todos levantaban al cielo una de sus manos en ademan suplicante.

Presentábase el novicio coronado de plumas, llevando colgada del brazo una bolsa de piel de nutria. Danzaban los medas todos al son del tambor y la maraca; y el oficiante cantaba y el novicio repetía: «Quise siempre lo que ahora busco: entro en la tienda de frescas y verdes hojas.»

Ya todos dentro, se recogía los víveres preparados para el banquete. Parecía luégo un hombre, con una fuente en la mano, que por las mágicas plumas de que llevaba ceñidas las muñecas se daba á conocer como rey de la fiesta. Cantaban todos: «Os daré parte, amigo mío.»

Había cerca de la sagrada tienda otra destinada al baño de vapor. Dábanle todos vuelta marchando á compas y tocando con palillos sus tambores. El oficiante cantaba y los demas repetían á coro: «Al baño voy; sobre mi hermano soplo.» Penetraban en la tienda los más jóvenes, y ántes de bañarse ó miéntras se bañaban se iban diciendo los secretos de la Orden é iniciaban al novicio en los más sencillos misterios.

Conducido despues el novicio por el oficiante, se presentaba á los medas todos y les entregaba como en pago de su admision los presentes que podía. «Gran satisfaccion tendré en usarlo, padre mío, amigo mío», cantaban á coro los magos todos, y el novicio era ya maestro.

Decir ahora los actos de magia y de nigromancia que á presencia del nuevo meda se ejecutaba sería enojoso y largo: baste saber que terminaba la ceremonia por un banquete, donde reinaban la mayor fraternidad y el mayor respeto.

Había tres grados en esa especie de órden: la de los *medas*, la de los *saugemaos* y la de los *ogemaos*. Sólo por la mayor habilidad y el mayor conocimiento del oculto poder y la oculta virtud de la naturaleza se llegaba á los grados superiores. Los ogemaos eran naturalmente el arca de los grandes misterios.

Los wabenos diferían en realidad poco de los medas. Tenían el mismo fin y empleaban los mismos ó parecidos medios. Se distinguían sólo por la especialidad de sus cantos y sus ritus y la particular costumbre de celebrar á media noche sus orgías. Como los medas, se esforzaban en ejercer influencia sobre los demas séres por la secreta fuerza que atribuían á ciertas palabras, actos y objetos. Lo revelan los procedimientos que usaban para la curacion de las enfermedades.

Del mismo modo que para la admision de catecúmenos levantaban wabenos y medas para el tratamiento de los enfermos tiendas sobre frescas ramas de verde follaje. Construíanlas generalmente en lugares altos y las dejaban sin techo para que desde ellas cupiese observar el curso de los vientos, la situacion de las nubes y los demas fenómenos del cielo. Tenían minuciosamente prescrita la madera de que habían de hacerlas, la forma que debían darles y las piezas en que habían de dividirlas; y estaban persuadidos de que la menor falta no podía ménos de perjudicar el éxito de la ceremonia.

Entraba el primero en la tienda el encargado de la curacion del enfermo:

llevaba consigo su tambor, su maraca, su bolsa y los demas instrumentos de su arte. Seguíanle compañeros de su órden, y entonaban juntos los primeros cantos. Introducíase á poco al paciente. Si no podía andar por su pié, se le conducía en andas; y, como quiera que fuese, debía tomar la postura que el ritual marcase. Nadie estaba con él en la tienda: los que le acompañaban podían cuando más permanecer en los alrededores. Sentábanse los medas y estaban por algun tiempo recogidos y silenciosos; cuando se levantaban era cuando seguían los movimientos del cielo y por ellos determinaban los medios curativos.

Las danzas á son de tambor, los cantos, los gestos y los ademanes, los conjuros eran casi indispensables en tan rara terapéutica; pero solían ir mezclados con pases y fricciones por las carnes del enfermo. Empleaban al efecto los medas pedazos de metal, esquirlas de hueso, plumas y mil otros objetos en que creían encerrado el poder mágico. Tal fuerza atribuían á estas sustancias, que á veces consideraban bastante ponerlas á la vista del paciente. Por ellas pretendían, no sólo curar las dolencias de sus semejantes, sino tambien dar vida á nuevos séres, subir más allá de las nubes y aún acompañar al sol de Oriente á Occidente. ¡Que por tan pobres medios pensaran llegar á conseguir la realizacion de tan insensatos deseos!

A tan pobres medios recurían tambien los josakides; mas éstos siquiera se decían en comunicacion directa con el Grande Espíritu y al Grande Espíritu se dirigían cuando querían rasgar el velo del porvenir ante los hombres que los consultaban. Aberracion era tambien, pero ésta y aquéllas han ocurrido lo mismo en los pueblos cultos que en los pueblos bárbaros. ¡Oh, mísera humanidad, siempre dispuesta á dejar lo real por lo imaginario y siempre impaciente por conocer lo futuro cuando hasta lo presente desconoce! ¿Será posible que se resista en todos tiempos á ser esclava de su razon y en todos tiempos se preste á ser dócil sierva de su fantasía?

CAPÍTULO XXX

Tradicion de los algonquines sobre la destruccion del mundo y la nueva creacion del Sol y de la Luna.—Leyenda.—Los algonquines, que desearon conocer el origen del Sol y la Luna, desconocian las revoluciones de estos dos astros.—Carecian de todo sistema cronológico.—Ignoraban la causa de los meteoros.—Tenían de la tierra equivocadísimas nociones.—Estaban en los rudimentos de la pictografía.—No cultivaban de las Bellas Artes sino la poesía y la música.—Carácter de su poesía.—Su industria.—Su agricultura.—Su organizacion política.—Sus magistraturas.—Sus guerras.—Ceremonias que se hacía ántes de empezarlas.—Cómo se preparaba las guerras privadas y cómo las públicas.—Salida de las tropas.—Fiesta que al otro día se celebraba.—Vuelta de los expedicionarios.—Tratamiento de los prisioneros.—Infamia que sobre ellos caía á los ojos de sus propios parientes.—Importancia de la pipa en los negocios militares.—Danza de la pipa.—Costumbres privadas.—Habitaciones.—Alimentos.—Traje.—Casamientos.—No podia el algonquin casarse dentro de su tribu; fuera de su tribu con cuantas mujeres quisiese.—Obligacion de casarse con la viuda del hermano y del primo.—Si eran los algonquines más lascivos que los hurones.—Hasta dónde llevaban de solteros la incontinencia y de casados la continencia.—Ceremonias nupciales.—Constitucion de la familia.—Prevenciones contra los menstruos y los partos de la mujer.—Educacion de los hijos.—Supersticiones.—Creencia en la metempsicosis.—Cómo trataban los algonquines á los osos muertos.—Procesion que hacían ántes de ir á la caza de los bisontes.—Miedo que sentían por los espíritus y los magos.—Enterramientos.—Túmulos.—Funerales.—Lutos. [1]

De tan poderosa fantasía y tan escasa razon eran los algonquines, que habían imaginado las más extravagantes fábulas para explicar la creacion y no habían sabido observar ni utilizar los fenómenos constantes de la naturaleza para el régimen de su vida. Creían, por ejemplo, que los malos espíritus habían destruido el mundo, obra de Monedo, y Manabhozo lo había reconstruido levantando del seno de las aguas la tierra y dándole otro sol y otra luna: sobre la formacion de estos dos nuevos astros véase por de pronto la conseja que inventaron y aún hoy trasmiten los padres á los hijos.

«Vivía sola una anciana con su nieta *Ozhis shenyon*, de sin igual hermosura. Preguntó un día la nieta á la abuela si no había más gente en el mundo; y la abuela le respondió que no la había porque los genios del mal habían dado muerte á los muchos hombres y á las muchas mujeres que lo poblaban. Gracias á mi gran poder, añadió la

[1] Fuentes de este capítulo: SCHOOLCRAFT, vol. I, pág. 18, 196, 317, 358; vol. V, pág. 401, 406; KEATING, *Expedition to source of St. Peter' Rivers*; DAVID DUNCAN, *North and South American Races*; BANIER ET MASCRIER, *Histoire Générale des cérémonies, moeurs et coutumes religieuses de tous les peuples*, tom. VII, pág. 87 et suivantes; BARON DE LA HONTAN, *Voyages*; UMFREVILLE, *The present state of Hudson 's bay*, pág. 35.

anciana, nos hemos salvado nosotras. Algunos más quedaran, dijo la niña, y emprendió un largo viaje.

A nadie vió Ozhis-shenyon en los nueve primeros días; pero al décimo, por la mañana, dió con una choza desierta en que había diez asientos. Presumiendo si tendría la choza dueños y estarían de caza, entró y se sentó junto á la puerta. Al caer de la tarde llegaron efectivamente diez cazadores, todos hermanos, que á excepcion del más jóven ocuparon su respectivo puesto. Reparó el más jóven en la niña, la miró, le dió la mano y la condujo á su sitio. Me veía obligado, dijo, á remendarme los zapatos, y hé aquí que tendré ahora quien me los remiende.

»Vivieron juntos Ozhis-shenyon y el gallardo mancebo, y tuvieron un hijo que falleció á los pocos días. Muerto de dolor el padre, casó la madre con el menor de los demas hermanos. Le perdió tambien, tomó por marido otro de los cuñados, que no tardó en pasar tampoco á la region de las almas, y fué así dando lecho y sepulcro á nueve de los diez cazadores.

»Cuando estaba ya con el décimo, el de más años, cayó Ozhis-shenyon en profundo abatimiento. Ni amaba ya, ni podía consolarse de la pérdida de su único hijo ni de la muerte de tantos maridos. Decidió otro viaje; y una noche, levantando una de las estacas que constituían el jambaje de la puerta occidental de su cabaña, se entró por el agujero y recorrió la tierra. Fué á parar nada ménos que al fin del mundo, al Oriente, donde se decía cortaba la tierra.

»Encontró allí Ozhis-shenyon á Manabhozo, que estaba pescando. Abuelo mío, le dijo por tres veces, me están atormentando los espíritus. *Wahe*, le contestó al fin el hijo de Monedo; aquí no hay más espíritu que yo, vé y sigue este camino. Le hizo señal de que atravesara el aire por encima de su cabeza, y Ozhis-Shenyon, precisamente al romper el día, emprendió el vuelo al Ocaso.

»En la choza de los diez cazadores la estaca había vuelto por si misma á hincarse en el suelo. Tardó el marido en descubrir por dónde se había fugado la esposa; pero ya que lo averiguó, se introdujo por el mismo agujero, cruzó la tierra y dió con Manabhozo. Manabhozo, que seguía pescando, no le hizo el menor caso. Tres veces le oyó preguntar si había pasado por allí Ozhis-Shenyon, y ninguna le contestó ni levantó siquiera los ojos. Impaciente y nada sufrido el cazador, le repitió la pregunta en nada corteses palabras. No tienes ya mujer, le dijo entónces Manabhozo; una pasó por aquí; ignoro si fué la tuya. Tomó este camino, añadió; y señaló con el dedo el aire y miró á Occidente.

»El cazador al punto voló hácia el Ocaso sin acordarse de agradecer á Manabhozo la noticia. ¡Anda! ¡anda! exclamó colérico Manabhozo; correrás detras de tu esposa sin jamas alcanzarla todo el tiempo que dure el mundo; *Ghiziguke* te llamarán las futuras naciones. Ghiziguke, es decir, Sol, hacedor del día.

»Volvió Ozhis-shenyon de Occidente á Oriente, y, despues de haber dado gracias al hijo de Monedo por haberla salvado de la persecucion de su marido,

le rogó se casara con su abuela, a quien había dejado sola en su cabaña. Accedió Manabhozo al ruego, y de aquel matrimonio salieron los pueblos todos de la tierra. Manabhozo dijo luégo á Ozhis-shenyon, su hijastra, que huyó de nuevo: ¡anda! ¡anda! tú serás en adelante la que de noche nos alumbres: *Tibikghizis* te llamarán las futuras gentes. Tibikghizis, es decir, sol de la noche.»

Quisieron saber los algonquines cómo fueron creados el sol y la luna, y no se fijaron en las revoluciones aparentes ó reales de estos dos astros. No observaron jamas los días que tardaba el sol en volver á salir por un mismo punto del horizonte; no se dieron cuenta jamas ni de los solsticios ni de los equinoccios. Si alguna nocion tuvieron del año, lo computaron vagamente de invierno á invierno ó de primavera á primavera ó del retoñar al retoñar de ciertas plantas. Veían crecer y menguar la luna sin buscar el motivo de tan acompasados y regulares cambios. No es cierto que contasen, como asegura Hontan, por períodos de doce lunas y uno de trece cada treinta años: hablaban una que otra vez de períodos de once lunas sin preocuparse generalmente de las que mediaban en la repeticion de las estaciones.

De la tierra no sabían más los algonquines que del sol y la luna. Decían que era el plato donde comian todos los espíritus, y por espíritu la tenían. Suponíanla plana, y creían que se ensanchaba á medida que la iban cubriendo las plantas y los hombres. Estaban en que había de perecer sin que con ella pereciera el mundo.

Aventajaban los algonquines á los iroqueses en creencias, no en conocimientos. Ignoraban por completo la causa de todos los fenómenos meteorológicos, estaban en los rudimentos de la pictografía. No habían pasado aún de los signos simbólicos, y las más de las veces se detenían en los simplemente mnemónicos. De signos puramente mnemónicos se valían así los wabenos como los medas para recordar sus cantos religiosos y sus conjuros. Estos signos ¡revelaban en el dibujo tan lamentable atraso! Los hay en rocas, en cortezas de árbol, en tablillas de madera: todos bárbaros y deformes.

No cultivaban los algonquines ni la pintura, ni la escultura, ni la arquitectura, ni otras artes que la poesía y la música. Hasta dónde hubiesen llevado la música no me lo revelan los autores que tengo á mano; de su poesía quedan afortunadamente algunos restos. Eran por lo que alcanzo cortos y sencillísimos sus poemas. Dejando aparte sus fábulas y leyendas mitológicas, tenían un carácter meramente subjetivo y encerraban pocos pensamientos. «Quisiera, leo en un canto de guerra, caer con la rapidez del pájaro sobre el enemigo. En la estrella de la mañana busco mi guía, y me entrego con ardor al combate. Me anima y da brío el vuelo de las águilas. ¡Ay! ¡deseo figurar entre los muertos para que se repita con alabanza mi nombre!» En otra cancion amorosa leo: «Oye, niña, la voz de mi canto, oye mi voz. Secreto manto me cubre, y yo ¡sonrójate! conozco tus pensamientos. De lejana isla te arrancaría si en lejana

isla vivieses. Ni que estuvieras en el fin del mundo dejaría de hablar á tu sencillo y desnudo corazon.» Es aquí de advertir que hasta esos cantos de amor y guerra guardaban relacion con la nigromancia, eran obra de los wabenos ó los medas y venían consignados en las pinturas mnemónicas.

De las artes mecánicas conocían poco más ó ménos los algonquines lo que los hurones y los iroqueses. Algo ménos, puesto que se inclinaban á la vida errante. Les eran inferiores hasta en el cultivo de los campos, que no estuvo tampoco nunca bien avenida la agricultura con los pueblos nómadas. Tal vez esto fuese aún causa de que no llegasen á la organizacion política de sus vecinos. No es la federacion sino para las naciones sedentarias. Vivían las de los algonquines independientes las unas de las otras, y no pocas veces en guerra.

Su gobierno interior era el de la mayor parte de los pueblos bárbaros: asambleas de ancianos donde se resolvía los negocios graves; jefes civiles y militares para ejecutar los acuerdos; las tribus obedientes y sumisas á la autoridad, no por respeto á las leyes ni por temor al castigo, sino por estar convencidas de las superiores prendas del que la ejercía. Ni magistraturas hereditarias ni inamovibles: lo que se ganaba por el valor y la virtud, se perdía por la flojedad y el vicio. Magistraturas había que cesaban con el hecho que las había creado: el capitan, por ejemplo, dejaba de serlo, concluida la guerra.

Guerras las tenian los algonquines con harta frecuencia. Eran de suyo buenos, afables, hospitalarios, amigos de socorrerse en todos los apuros de la vida; pero no carecían de pasiones de raza ni de enemigos. Estaban á menudo en lucha, ya con los hurones y los iroqueses del Mediodía, ya con los esquimales del Norte. Volvíanse entónces astutos, codiciosos, fieros: recurrían á la emboscada y á la sorpresa, robaban cuanto podían, no perdonaban edad ni sexo y se entregaban con frenesí al salvaje placer de arrancar la cabellera á los vencidos.

Pertenecían á la clase de los guerreros los algonquines desde los veinte á los cincuenta años. No venían, con todo, obligados á tomar las armas porque lo quisieran sus jefes; las tomaban sólo cuando se lo aconsejaba el amor propio ó se lo exigían sus belicosos instintos. El que en su honor ó el de su patria concebía una expedicion empezaba como en otros pueblos por invitar á un banquete. Daba allí cuenta de sus proyectos y sus esperanzas; y, si en los convidados encontraba buena acogida, fijaba el tiempo y el lugar de la reunion para entrar en campaña.

Se hacían mayores ceremonias si el caudillo de la nacion era el autor del pensamiento. A voz de pregon se invitaba entónces al banquete. Los que aceptaban remitían su plato á la cabaña del anfitrion, y quedaban por este hecho comprometidos á empuñar las armas. Verificado el festin, salía el jefe á la plaza con su clava y sus guerreros, fijaba la vista en el Sol y le dirigía ardientes y calurosas preces. Callaba en tanto la muchedumbre. Sonaba luégo el tambor y se sacrificaba de tres á cinco perros.

Meses duraban alguna vez los preparativos para la lucha. Ayunaba cada dos dias el jefe, entonaba cada noche su canto de guerra y ántes de partir daba otro festin animado por bélicas y ruidosas danzas. Proponíase agitar y conmover los ánimos y no perdonaba medio para conseguirlo. Repartía mercedes, arengaba á los ancianos, incitaba á las mujeres á que se prostituyeran para interesar á los mozos por la salud de la patria.

El día de la salida acostumbraban capitan y soldados á teñirse de negro el rostro para que el enemigo, decían, no los viera jamas palidecer de espanto. Iba delante el jefe dando al aire su canto de muerte; detras, llena de entusiasmo, la tropa con multitud de mujeres que los seguían hasta el lugar del combate. Llevaban los expedicionarios variedad de armas—quien la clava, quien el arco y la flecha, quien la lanza—y para su defensa un escudo, mas largo que ancho, donde cada cual había pintado el sér que tenía por su ángel custodio, tal vez una estrella, tal vez un búfalo, tal vez un árbol, tal vez una combinacion de signos mágicos, con lo que creía enlazada su vida y la de sus hijos.

Al otro día de la partida celebraban algunas naciones algonquinas una fiesta rarísima para alcanzar de Monedo que volviesen vencedores é incólumes los que acababan de abandonar sus hogares. Anunciábala personalmente al pueblo el meda que iba á dirigirla; y para mayor solemnidad imponía las manos á cuantos se le acercaban. Había en medio de la plaza sobre un mal forjado altar unos peor forjados ídolos: allí acudían á su tiempo el meda, otros sacerdotes y la muchedumbre. Se empezaba por acatar la imágen de los dioses, se danzaba con ademanes grotescos al son del tambor y la maraca, se dividía la multitud en bandos y peleaba con pieles de culebra y nutria y se terminaba por inmolar gran número de perros.

Lo raro de la fiesta consistía en que los medas, provistos de sus medicinas y yerbas mágicas, iban al parecer matando de los concurrentes á los que la suerte elegía, y los resucitaban despues con sus drogas. Imponía verdaderamente el hecho de caer muertas de improviso personas que rebosaban de vida y el de que luégo se levantaran y danzaran al rededor de los ídolos. Imponían aún más los medas tragando ó fingiendo tragar palos de pié y medio de largo y plumas de cisne y águila. Morían ellos tambien, revivían y bailaban en honor de los dioses.

Ignoro si el lector recordará que en el *Popol-Vuh* se refieren iguales ó parecidos milagros. La magia estaba muy extendida por la antigua América; y los magos recurrían en todas partes á los mismos embustes. ¿No habrían llegado los medas á las trasformaciones? Sí habrían llegado cuando aquel pueblo en las metamórfosis de sus dioses dejaba atras las de Ovidio. Los algonquines, dicho sea de paso, traen á la memoria ciertas naciones de la América Central, no sólo por su magia, sino tambien por la costumbre de enlazar su vida con la de otro sér de la naturaleza.

Duraba la fiesta cinco días sin que la interrumpieran más que las noches. La expedicion en tanto marchaba sobre el enemigo; y ya que le tenía á su alcance, procuraba destruirle, aquí talando la campiña, allí cayendo de rebato sobre los pueblos. Mataba en el furor del combate; pero no se desvivía más por arrancar cabelleras que por llevar cautivos. Anunciaba á su regreso por gritos de muerte los hombres que había perdido en las batallas, por cantos lúgubres las vidas que había quitado: y, si vencedora, entraba en sus hogares recibiendo los honores del triunfo. Era en todo el tránsito objeto de aclamaciones y danzas.

No trataban los algonquines mejor que los iroqueses á los prisioneros. El prisionero que no conseguía el beneficio de la adopcion caía en la servidumbre ó la muerte. ¡Infeliz de él, si la persona á quien lo hubiese repartido la asamblea de los ancianos resolvía sacrificarlo á las manos de alguno de sus parientes! Sólo despues de suplicios á cual más bárbaros lograba tambien exhalar su último suspiro. Era, por lo contrario, dichoso si le adoptaban. Se le conducia entónces á la márgen de un arroyo, se le lavaba, se le ponía en los hombros un manto de castor, se le llevaba al seno de su nueva familia y se le daba un banquete á que concurrían todos sus improvisados deudos. La alegría era grande; las denominaciones, muchas. ¿Le había adoptado, por ejemplo, una viuda en el lugar de su marido? La viuda le llamaba esposo; sus padres, hijo; sus hijos, padre; sus hermanos, hermano.

Era feliz el prisionero adoptivo, no sólo porque se eximía de la esclavitud y la muerte, sino tambien porque sólo así lograba reemplazar de algun modo los vínculos de la sangre. Aún recobrando su libertad, habría pensado inútilmente en recobrar su familia. Habría vuelto á su patria y no le habrían reconocido ni sus propios hijos. Se tenía por deshonrado al que caía en poder del enemigo y se le consideraba civilmente muerto. ¿No tuvo manos, decían, para luchar hasta perder la vida? ¿no las tuvo para matarse ántes de rendirse?

Figuraba mucho la pipa en los negocios militares de los algonquines. Llevarla á otro pueblo era hacerlo su aliado así para la ofensa como para la defensa. El simple hecho de extenderla entre dos campos en lucha llevaba consigo una suspension de armas. Con presentarla ceñida de plumas rojas se ofrecía socorro. Bailarla ó hacerla bailar constituía uno de los regocijos públicos.

Era verdaderamente típico lo que se llamaba el baile de la pipa. Celebrábaselo el invierno en lo interior de una cabaña; lo demas del tiempo, en un campo cubierto de esteras de junco de colores y cercado de verdes ramas. Alzábanse en medio del campo ó de la cabaña el dios tutelar del que hacia la fiesta, la simbólica pipa y un trofeo de hachas de piedra, arcos y flechas. A medida que entraban los concurrentes, adoraban el ídolo perfumándolo con humo de tabaco; sentábanse á la vera los de mejor voz y el resto debajo de las ramas. Miéntras unos cantaban, cogía otro la pipa con ambas manos y danzaba y la hacía danzar respetuosamente al compas del canto. Zarandeábala de un

modo raro y tal vez significativo: ya la levantaba al sol, ya la inclinaba á la tierra, ya la acercaba á los labios de los circunstantes como deseando que la besaran.

Venía en esto á mezclarse con el canto el ronco son del parche, y cambiaba por completo la escena. Retaba el mantenedor de la pipa á cualquiera de los guerreros jóvenes, aceptaba el mancebo, tomaban uno y otro de muchas armas que había ocultas debajo de las esteras la que más querían, y empezaba un cadencioso combate, lleno de accidentes. Ya parecía vencer el desafiado mozo, ya ser vencido: ya caía el provocador, ya se levantaba y acometía con mayor ímpetu. Ganaba éste al fin, y era desde aquel momento el héroe de la fiesta. Refería delante del pueblo todo sus hazañas, daba de vez en cuando con su clava en un tajo y recibía de manos de su jefe un vestido de piel de castor entre salvas de aplausos. Si se había hecho la fiesta en honor de pueblos aliados, se la terminaba entregando la pipa á los embajadores.

Tenía tambien la pipa significacion en las costumbres privadas de los algonquines. No se la dejaba de ofrecer nunca al extranjero con quien se quisiera ser hospitalario. A todos los que veía reunidos en torno de su hogar la presentaba el cabeza de familia á quien no agitasen el rencor ni el odio. Se la pasaba siempre de los poderosos á los humildes y de los ancianos á los jóvenes para no faltar á las leyes de la jerarquía.

Las costumbres privadas de los algonquines eran no ménos dignas de atencion que las públicas. Durante el verano construía el algonquin su cabaña sobre un paralelógramo en cada uno de cuyos extremos hincaba dos estacas de modo que se cruzasen á seis ó más piés del suelo. Sobre la horquilla que estos cruces formaban tendía un largo madero que hacía el oficio de caballete. Apoyaba contra el madero y la tierra otras estacas, y cubría la armazon toda de cortezas de cedro.—Durante el invierno solía dar al plano de su cabaña forma circular ó elíptica. De doce en doce ó de diez y ocho en diez y ocho pulgadas ponía por toda la circunferencia ramas que dobladas por su parte superior convergian al centro; y con cortezas de abedul cerraba techo y paredes. Así en la una como la otra cabañas dejaba dos aberturas con mantas por puertas.

Era el algonquin generalmente sobrio. Tenía en sus lagos y sus ríos abundancia de arroz silvestre, iba á cogerlo en pequeñas canoas tripuladas por sólo dos hombres, y, como lo cosechaba sin trabajo, lo prefería al maiz, que exige cultivo. Comía tambien de algunas raíces y de ciertas bayas, buen número de peces y sobre todo carne de bisonte, que usaba ya fresca, ya en cecina.

Vestía sencillamente. Llevaba, si hombre, zapatos, botines, túnica y manta; la túnica, ceñida al cuerpo; túnica, botines y zapatos, de bien adobadas pieles de ciervo y cervatillo; la manta, compuesta de ocho pieles de castor y por lo comun salpicada de vivos y brillantes colores. Llevaba tambien, si mujer, zapatos, botines y túnica; pero la túnica, ancha y flotante desde la cintura; los

botines, hasta las corvas: botines y zapatos, unidos y formando una sola pieza. Varon ó hembra, gustaba de adornos: de bermellon se llegaba á pintar la cara, principalmente si era ojibwa. Gastaba collares y brazaletes, y no siempre de wámpum, sino tambien de una hermosa y vareteada serpentina que el tiempo endurecía. Para andar sobre nieve calzaba finalmente zapatos que por su buena construccion y su belleza llamaron la atencion de los europeos.

Como los demas bárbaros, formaba siempre el algonquin parte de una tribu. No podía dentro de la tribu contraer matrimonio; pero sí fuera de la tribu con cuantas mujeres le cautivaran. Creia agradables á los ojos de Monedo las familias de mucha prole, y era polígamo, tanto por religion, como por naturaleza. Casábase voluntariamente con varias hijas de un mismo padre; quisiera ó no, con la viuda de su hermano y la de su primo.

Supónenle algunos más brutal en sus apetitos sensuales que el pueblo de los hurones; pero injustamente. Era capaz el algonquin de amor y de celos: mutiló y aún mató más de una vez por sospechas de adulterio á sus esposas. Es verdad que generalmente se casaba sin haberla visto con la mujer que le escogían sus padres; no lo es ménos que la abandonaba con frecuencia ó pasaba los días sin poner en ella los ojos. Sobre que no pocas veces, prendado de una hermosura, si no podía conseguir de sus progenitores que la pidieran en matrimonio, ó la pedía por sí ó la arrebataba. Aunque rarísimamente, llegaba por amor hasta el suicidio.

Distaba, no obstante, de ser casto. No se casaba ántes de los veinticinco años por no desmedrarse para la guerra ni la caza; pero buscaba amigas donde apagar los ardores de la naturaleza. Encontrábalas por su mal fácilmente, pues no era allí avara de su cuerpo la jóven célibe. Visitábalas de noche en la cama; y segun le recibían indiferentes, le apagaban la luz que llevaba en la mano ó se cubrían con la manta, sabía que podía quedarse á darles plática, gozarlas ó retirarse. Lo extraño era que con tan licenciosas costumbres guardara ni obtuviera despues fidelidad en el matrimonio; guardábala y obteníala, sin embargo, y era á veces tan continente, que en los seis primeros meses de la boda no se acercaba á su mujer por que no se creyera que sólo carnales instintos le habían llevado á desposarla.

No por ésto dejaba de ser propenso al divorcio: repudiaba á su compañera por razon de adulterio, por incompatibilidad de carácter y hasta por cansancio. Si algo le detenía, eran los hijos por lo mucho que los amaba. ¿Carecía por acaso de prole? Hallaba aquí un nuevo motivo para despedir á la esposa. ¿De qué le había de servir una mujer estéril?

Si hemos de creer á Keating, no había ceremonias ni para el divorcio ni para el casamiento de los algonquines. La Potterie afirma lo contrario, y creo que está en lo cierto. Cuando uno de esos bárbaros, dice, se prestaba á favorecer los amores de su hijo, iba de noche á buscar al padre de la mujer elegida,

le despertaba, le presentaba su pipa y le pedía la mano de la hija. De conseguirla, reunía á los parientes á fin de comunicarles tan fausta nueva. Apresurábanse todos á llevarle mercancías para dote del novio; y la madre del novio las pasaba en gran parte á la de la novia, que á su vez las distribuía entre los individuos de su familia como para hacerlos partícipes del concertado enlace. No recibía la novia ménos regalos así de sus deudos como de las que habían de serle cuñada y suegra.

El día del casamiento salía de su hogar la novia, vestida de pieles de castor, llena de galas, perfumados los cabellos con unto de oso; y se dirigía á la casa de su futuro. Daba allí con la madre del novio, que la desnudaba, le vestía otras ropas y le ponía en las manos un caldero. Regresaba con el caldero á su cabaña, cambiaba nuevamente de traje, recibía una carga de maíz y con ella en hombros volvía á la puerta de su enamorado. Era ya entónces el marido quien la desnudaba. El matrimonio quedaba perfecto.

Otras ceremonias refiere Hontan que pueden tambien ser ciertas. Como ántes he dicho, era muy extensa la familia algonquina, muchas sus naciones, innumerables sus tribus: es de presumir que no siguiera ni presentara en todas partes las mismas costumbres. Por fuerza habían de atribuirle diversos ritus el que la estudiase, por ejemplo, en las márgenes del San Lorenzo y el que en la bahía de Húdson.—Convenido el casamiento, se reunían, segun el baron de la Hontan, los parientes de los dos novios en la cabaña del más anciano, y celebraban un banquete donde se cantaba y se danzaba. Retirábanse despues de estos regocijos los deudos del novio á excepcion de los cuatro más viejos; y en esto parecía por el umbral, acompañada tambien de cuatro parientas muy entradas en años, la bien ataviada novia. Salía á recibirla el amo de la cabaña, la conducía junto al novio, presentaba á los dos una varilla encargándoles que la tuviera cada cual por uno de los extremos y les dirigía una corta arenga. Otra se dirigían los desposados, y rompían al punto la varilla. Esto constituía, segun parece, el sello del matrimonio. Seguida por multitud de niños, que la esperaban á la puerta, volvía la recien casada al hogar paterno: allí debía irla á ver todos los dias el marido interin careciesen de prole. Sólo cuando la habían conseguido formaban los dos cónyuges hogar aparte. Si por acaso se divorciaban, asegura el mismo autor que solían echar al fuego los pedazos de la varilla que habían recibido y roto en el acto del casamiento.

La familia entre los algonquines era poco más ó ménos lo que en todos los pueblos bárbaros. Para el marido la pesca, la caza, la guerra y la recoleccion del arroz silvestre; para la mujer los demas trabajos agrícolas y domésticos. En ciertas naciones tenía la mujer á su cuidado hasta el acarreo de las reses muertas por el marido. Se la quería principalmente para bestia de carga, y se la miraba con prevencion en sus partos y menstruos. En sus menstruos debía salir al campo y vivir ocho días apartada de todo trato de gentes. No bien salía

cuando se apagaba el fuego de su hogar, se aventaba las cenizas y se encendía nueva lumbre. Nadie iba á coger agua del arroyo en que ella bebia; nadie tomaba la vereda por donde ella andaba. Treinta días había de permanecer sola si estaba en su primer menstruo. Otros tantos ó más había de morar en cabaña aparte la primera vez que daba á luz un hijo: treinta si le paría varon, cuarenta si hembra. En dos años no la tocaba luégo su consorte.

A los hijos se los quería con exceso. Por faltas que cometiesen ni se los castigaba ni se los reprendía: se esperaba, y no siempre en vano, que se habían de corregir con el tiempo. Los hijos eran allí efectivamente cariñosos para con sus padres, y rara vez dejaban de cuidarlos con afan solícito si los veían enfermos. El día en que cazaban la primera res celebrábase gran fiesta.

Seguían allí tambien los hijos la suerte y la tribu de la madre; iban los bienes del padre á los sobrinos de hermana.

Estaban generalmente distribuidas las familias en pequeñas poblaciones. De los ojibwas, con todo, se sabe que mucho ántes de la Conquista tenían en la isla de Moningwunakaning, hoy Lapointe, una ciudad que, á juzgar por sus restos, ocupaba una extension de dos millas de ancho por tres de largo. Era esta ciudad, segun parece, la capital de tan importante pueblo.

Del carácter general de los algonquines ya he dicho algo: me falta sólo demostrar hasta qué punto eran supersticiosos. Atribuían casi todos los acontecimientos á los espíritus ó las hadas. Hacían gran caso de los sueños. Veían la causa de sus enfermedades en el malquerer ajeno, y rogaban á sus médicos, no que las curaran, sino que las trasmitieran al cuerpo de sus enemigos. Confiaban poco en las yerbas y las drogas; mucho en el tambor y los sortilegios de sus medas. Convencidos de las frecuentes transformaciones de Manabhozo, se detenían á lo mejor ante un pájaro, un árbol ó una roca tomándolos por metamórfosis del hijo de Monedo.

Sostenían que hay en nosotros dos almas, y, si álguien se lo contradecía, «¿no observais, replicaban, que se os va un alma en los sueños y recorre cielo y tierra? Si no os quedara otra, muertos estaríais, no que dormidos.» Alma reconocían en los séres irracionales, alma en los inorgánicos, y de todas creían que transmigraban. No les nacía un niño con dientes en quien no les pareciera ver la reencarnacion de alguno de sus difuntos.

Por arte de encantamento afirmaban que eran osos muchos hombres. Así no mataban oso que ántes de desollarle y hacerle cuartos no le cogieran por las garras y con blando semblante no le pidieran que les perdonase por haberle dado muerte. «Cree, querido *Mukwah*, le decían, que sentimos de todas veras tu desgracia y sólo por la dura necesidad nos hemos podido decidir á quitarte la vida.»

Hacían aún más extrañas demostraciones cuando iban á la caza del bisonte. Dias ántes enviaban al lugar de la cacería á cinco ó más gallardos mancebos

para que danzasen ó hiciesen danzar la pipa como si estuvieran entre pueblos aliados. Exponían al regreso de estos jóvenes unos calderos adornados de plumas, y hacían una procesion á cuya cabeza marchaban un anciano con uno como estandarte y cierta mujer de rango con uno de los calderos á la espalda. Tres ó cuatro veces se detenían, y las tres ó cuatro lloraban á lágrima viva por los bisontes que pudiesen matar con sus lanzas ó sus flechas. Quemaban luégo boñiga seca de esa misma clase de bueyes y en ella encendían sus pipas. Se figuraban que, vencidos los bisontes por tales muestras de veneracion y afecto, no habian de tener grande empeño en ponerse fuera del alcance de sus armas.

Eran bravos cazadores esos algonquines, y, sin embargo, no se atrevían á entrar en muchas cavernas ni en muchos promontorios de sus lagos por miedo á las hechiceras y las hadas de que los habían cubierto sus leyendas. Dominados siempre por lo sobrenatural, hasta medrosos iban cuando entre las vagas luces del crepúsculo ó las sombras de la noche habían de atravesar sus más conocidas praderas y más frecuentados ríos. Imaginábanse, como anteriormente dije, ó que veían formarse y deshacerse en el aire á sus pukwudjininis ó que habían de dar con alguno de sus windegoes, cuando no con el terrible esqueleto llamado *Pauguk*, de quien aseguraban que salía provisto de arco y flechas á caza de hombres.

Más aún que á esos espíritus temían á la magia y los magos. Sólo porque figuraba el cobre entre los objetos mágicos no pensaron jamas en emplearlo ni para sus armas ni para sus herramientas.

No debían vivir por cierto agradable vida hombres tan llenos de preocupaciones. ¿Qué importaba que tuviesen en perspectiva un paraíso si éste era sólo para los justos?

Los algonquines enterraban generalmente los cadáveres en tumbas de seis á ocho piés de profundidad que cubría un techo de corteza de árbol. Algunos, los de gentes principales, los ponían, como los hurones, sobre cadalsos ó plataformas que descansaban en cuatro postes. En unas y otras sepulturas dejaban víveres y armas y encendían de noche fuego. Creían que los espíritus de los muertos tardaban cuatro ó cinco días en llegar á la region de las almas; y durante estos días encendían fuego para que los alumbrara y los proveían de armas y víveres para que comieran y se defendieran en el camino. Sobre las tumbas y al pié de los cadahalsos levantaban otro poste en que pintaban el *tótem*, el número de las batallas y el de los escalpes del difunto. Tal era el epitafio que escribían para sus deudos.

Otra costumbre tenían que no es para olvidada. De tarde en tarde recogían los huesos de los cadáveres y los reunían en sitio donde abundase la tierra. Sobre aquel confuso monton de huesos erigían un túmulo.

Los entierros eran por demas sencillos. Se untaba y vestía al muerto, se le tenía veinte ó más horas de cuerpo presente, se le lloraba, se le metía en un

ataud de corteza y se le llevaba procesionalmente al sepulcro. Iban delante los esclavos conduciéndole en hombros, detras los parientes, cada cual con lo que pensaba dejarle, al fin la muchedumbre bailando la danza de la muerte.

Guardaban todo un año rigoroso luto la mujer por el marido y los hijos por los padres; sólo veinte días los padres por los hijos. El luto consistía en no cortarse el pelo, ir desgreñado y sucio y abstenerse de concurrir á banquetes y fiestas.

Tales eran en general las costumbres de los algonquines, que otros llaman *chippewas*.

CAPÍTULO XXXI

La lengua algonquina.—Letras de que se compone.—Sonidos diversos de sus vocales.—Sus consonantes.—Su analogía.—Nombres.—Nombres animados é inanimados.—Su clasificacion.—Fundamento de las excepciones que sufría la regla.—Formacion de los plurales.—Nombres que carecían de número.—Substitucion de algunas preposiciones por inflexiones en los nombres.—Si había en el algonquin casos y géneros.—Distinta manera de expresar un mismo sentimiento y una misma idea varones y hembras.—Nombres de parentesco.—Diminutivos.—Terminaciones por las que se indicaba el mal estado de las cosas expresadas por los nombres.—Terminaciones para significar que una cosa pasó ó está por venir.—Derivados.—Manera de formarlos.—Conversion de los nombres en verbos.—Nombres compuestos.—Adjetivos.—Adjetivos dobles.—Adjetivos para nombres animados y para nombres inanimados.—Conjugacion de los adjetivos.—Sustantivacion de los mismos.—Tenían tambien números.—Formacion de su plural.—Grados de comparacion.—Formas negativas.—Numerales.—Pronombres.—Plural inclusivo y exclusivo.—Pronombres personales.—Pronombres posesivos.—Formas diversas de estos pronombres.—Pronombres relativos.—Pronombres demostrativos.—Verbos.—Sus diversas clases.—Sus muchas conjugaciones.—Sus modos.—Sus formas.—Conjugacion del verbo *saug*, amar.—Conjugacion del verbo activo *waub*, ver.—Conjugacion del verbo sustantivo *ieau*.—Carácter polisintético y descriptivo de la lengua.—Formacion de palabras compuestas.—Carácter general del idioma algonquino.

CONSAGRO este capítulo á la lengua de los algonquines, que tan justamente ha llamado la atencion de los filólogos. Deseaba ponerla en parangon con la de los hurones; pero no he podido recoger sobre ésta los suficientes datos.

La lengua algonquina constaba de cinco vocales y trece consonantes.

Cada una de las cinco vocales tenía sonidos diversos, casi los mismos de las vocales inglesas: la *a*, los sonidos de la *a* inglesa en las palabras *fate*, *father*, *fall*, *hat*; la *e*, los de la *e* inglesa en *me*, *met*; la *i*, los de la *i* inglesa en *pine*, *pin*; la *o*, los de la *o* inglesa en *note*, *move*, *not*; la *u*, los de la *u* inglesa en *put*, *nut*; todas, ademas, uno que otro sonido, de que no cabe dar idea. A estas cinco vocales simples se añadían las compuestas: *ia*, *oi*, *aiw*, *ouw*, *eow*, *oo*.

Las trece consonantes eran: *b*, *d*, *g* suave ó *j*, *g* fuerte, *h*, *k*, *m*, *n*, *p*, *s*, *t*, *w*, *z*. No existía la *x* sino en los dialectos de los delawares y de los antiguos

[1] Fuentes de este capítulo: SCHOOLCRAFT, tom. II, págs. 353-442; tom. V, págs. 237 á la 388; DU PONCEAU, *Mémoire sur le système grammatical des langues de quelques nations indiennes de l'Amérique du Nord*

mohicanos del valle del Húdson; la *r*, sino en palabras evidentemente extranjeras de los dialectos powhatatamie y abinakie y algunos de los de Nueva Francia y Nueva Jérsey. En ninguno había ni la *c*, ni la *q*, ni la *v*, ni la *f*. A las trece consonantes simples había que añadir tambien las compuestas: *ch*, *sh*, *zh*, *bw*, *gw*, *hw*, *kw*, *mw*, *tshw*. *M* y *n* eran nasales.

Contaba la lengua algonquina doscientas cincuenta y cinco sílabas. Era abundante, rica y sobre todo eufónica: en sus infinitas composiciones de palabras añadía, mudaba ó suprimía letras segun lo reclamaba el oido. Cambiaba con frecuencia la *b* por la *p* y la *p* por la *b*, principalmente en las terceras personas de los verbos.

En los umbrales de la analogía presentaba ya este idioma una particularidad notable. Se dividían los nombres en animados é inanimados. Neutros, es decir, nombres que no fuesen inanimados ni animados, no se cree que los hubiera. Los adjetivos y los pronombres demostrativos tomaban desde luégo inflexiones distintas segun acompañaban á unos ú otros nombres. Lo raro es que tambien las tenía diversas el verbo segun era animado ó inanimado el término de la accion, ó lo que es lo mismo, el objeto.—Bueno, a, *onishish-e* para los nombres inanimados; *onishish-in*, para los animados. Este, a, *maubum* para los animados; *maundun* para los inanimados. Ver, *waub*: yo veo á un hombre, *waub-e-mau*; yo veo una casa, *waub-end-aun*.

La dificultad estaba en saber cuáles fuesen los nombres animados y cuáles los inanimados en pueblos donde se suponía con alma á casi todos los séres de la naturaleza. Eran, por regla general, inanimados todos los nombres ménos los de los dioses, el hombre, los demas animales y los árboles; pero abundaban las excepciones. Figuraban, por ejemplo, entre los animados los del sol, la luna, las estrellas, el rayo, el trueno, la piedra, el arco, el caldero, la pipa, el tambor, la medalla, el bermellon y el wámpum; entre los inanimados los de los distintos miembros, así de los árboles, como de los animales: la raíz, el tronco, las ramas, las hojas, la copa; la cabeza, el cuerpo, los brazos, los muslos, las piernas, los piés, el corazon, el hígado, la vejiga, el estómago; el pico, las alas, la cola, las garras, etc. Había para colmo de mal excepciones de excepciones, puesto que se tenía por animados los frutos y las semillas de los árboles, las uñas del hombre, las garras del águila, las zarpas del oso y de otros mamíferos, el castóreo, los cascos y los cuernos de muchos cuadrúpedos.

Es muy de presumir que no careciesen de fundamento estas excepciones cuando se considera que el sol, la luna, las estrellas, el rayo y el trueno eran para los algonquines espíritus ó dioses; la piedra, el altar de los sacrificios; el arco, la principal arma de caza y la primera condicion de vida; el caldero, el más necesario utensilio de la cabaña; la pipa, el símbolo de la paz y el sello de los tratados con los demas pueblos; el tambor, el instrumento mágico de los wabenos y los medas; la medalla, el signo de autoridad en los jefes de tribu; el

bermellon, el color distintivo del hombre de guerra; el wámpum, la confirmacion de las palabras de los mensajeros; los frutos y las semillas de los árboles, los más espontáneos y graciosos dones de la naturaleza; las uñas del hombre, las garras del águila y las zarpas del oso, los más preciados adornos; el castóreo, uno de los más eficaces remedios; los cascos y los cuernos de muchos animales, objetos dotados de virtudes místicas. Tal vez hiciesen entrar aquellas gentes en la categoría de nombres animados los de todo lo que á sus ojos tuviese cierta importancia y las excepciones constituyesen regla; hoy para nosotros excepciones son y, consideradas en globo, completamente arbitrarias. ¿Se explica fácilmente que se contase entre los nombres inanimados el del aliso y el de la baya y entre los animados el de la corteza exterior de todos los árboles, á excepcion del abedul, y el de las ramas, raíces y resinas del pruche y otros pinos de su mismo género? Esas excepciones es de advertir que eran muchas, segun Schoolcraft, á quien sigo principalmente en este capítulo.

La primera consecuencia de esta division de los nombres en animados é inanimados se dejaba sentir en la formacion de los plurales. La lengua algonquina, que para la formacion del plural disponía de nada ménos que las cinco vocales, añadía á la vocal correspondiente la letra *g*, si el nombre era animado, y la *n*, si inanimado. *Ojibwa*, ojibwa, *ojibwai-g; ojee*, mosca, *ojee-g; kosenaun*, nuestro padre, *oksenaun-i-g*; *ahmo*, abeja, *ahmo-g*; *ais*, concha, *ais-u-g*.— *Shkoda*, fuego, *shkodai-n; wadop*, aliso, *wadop-ee-n*; *adetaig*, fruto, *adetaig-i-n*; *nodin*, viento, *nodin-o-n*; *meen*, baya, *meen-u-n*.

Reglas para determinar por cuál de las cinco vocales se debiera formar cada plural no las conozco[1]; sé tan sólo que no se las empleaba cuando el nombre acababa por vocal larga, y se les anteponía una consonante cuando en vocal breve. *Ogimau*, jefe, *ogimau-g*; *ishpatinau*, colina, *ishpatinau-n*. *Peena*, perdiz, *peenai-w-ug*; *seebe*, río, *seebe-w-un*. La *i* y la *w* de peenaiwug como la *i* de *ogibwaig* eran eufónicas.

Había en algonquin, como en tantas otras lenguas, nombres que carecían de número: *missun*, leña; *pingwi*, cenizas; *mejim*, víveres; *kon*, nieve; *mishkwe*, sangre; *ukkukkuzha*, carbon; *ussaimau*, tabaco; *naigow*, arena; *akivun*, niebla; *kimmiwun*, lluvia; *ossoákumig*, musgo; *unitchemin*, guisantes, etc.; pero en ninguna tal vez la particularidad de no cambiar el nombre de singular á plural cuando llevaba el posesivo de tercera persona ó era sujeto ú objeto en la tercera persona de los verbos. *Ne gaug oom*, mi puerco espin, era en plural *ne gaug oom ug*; *ke gaug oom*, tu puerco espin, era *ke gaug*

[1] Ignoro principalmente cuál debiera ser la terminacion plural de los sustantivos acabados en consonante. ¿Por qué, verbigracia, la de *nodin* había de ser *on* y la de *meen un*? Schoolcraft sobre este y otros puntos incurre en graves contradicciones.

oom ug: o gang oom un, su puerco espin, no variaba de singular á plural. Tampoco variaba el nombre en la frase *oge waubum–aun muk-wun*, que significaba á la vez: él ha visto un oso; él ha visto osos. Oso, *mukwah*; puerco espin, *gang*.

Ha creido algun escritor que los algonquines tenían casos para sus nombres, pero equivocadamente. Por las terminaciones *aing*, *eeng*, *ing* y *oong*, que no constituían en realidad sino una sola inflexion con distintas vocales, suplían los algonquines el uso de las proposiciones *en*, *dentro de*, *sobre* y otras análogas. *Mukuk*, caja; *mukuk-oong*, en la caja. *Muscodai*, pradera; *muscodai-ng*, dentro de la pradera; *muscodaing izhan*, vé á la pradera. *Nebe*, agua; *nebeeng*, en ó sobre el agua. *Addopowin*, mesa; *addopowin–ing*, encima de la mesa; *addopowinin gatton*, ponlo encima de la mesa. Suplían aún los algonquines por terminaciones parecidas, *nong* y *ning*, la frase «en la plaza ó lugar de ó en el lugar donde hay ó se produce tal cosa»: *monomonikau–ning*, en la plaza ó en el lugar del arroz silvestre; *ojibwai-nong* en la plaza de los ojibwas. Mas con ésto se distaba de indicar las múltiples relaciones que por los casos determinaban los romanos y los griegos; cuando más, cuando más se indicaba algunas relaciones de localidad.

¿No había tampoco géneros en la lengua algonquina? Había desde luégo nombres que llevaban inherente la idea de sexo: *inini*, hombre; *ekwai*, mujer; —*kwee wizais*, niño; *ekwa zais*, niña:—*oskinahwai*, mozo; *oskineegekwai*, moza;—*akiwaizi*, viejo; *mïndimo ea*, vieja;—*nosai*, mi padre; *nin gah*, mi madre;—*ningwis*, mi hijo; *nin danis*, mi hija;—*ni nabaim*, mi marido; *ninindimoimish*, mi mujer;—*nimieshomiss*, mi abuelo; *nokomiss*, mi abuela;—*annimoosh*, perro; *kiskisshai*, perra. Cabía determinar, ademas, el sexo de los animales por la anteposicion de voces equivalentes á las de macho y hembra: *lauba* y *nozha*. Pero ni había distincion de géneros en los nombres inanimados, ni la de los animados modificaba la inflexion de los adjetivos ni la de los participios.

Aquí, sin embargo, sucedía como en la lengua moxa que para expresar unos mismos sentimientos usaban distintas palabras las hembras y los varones. Por la interjeccion *¡tiau!* los hombres y por la *¡nyau!* las mujeres manifestaban la sorpresa. Por *nindongwai* traducían ellas la frase «amigo mío» y por *neeji* ellos. ¡Con qué cuidado no se embebía tambien en los nombres la línea de que procedían las relaciones de parentesco! *Neemishomäi* era mi tío paterno; *neezhishai*, mi tío materno. *Neewishai*, mi tía materna; *neezigwoos*, mi tía paterna.

Parecíase la lengua algonquina á la nuestra en el uso y la formacion de los diminutivos. Los hacía como nosotros por inflexion, y los empleaba con frecuencia para empeñecer moral y materialmente al hombre. *Eekwa*, mujer; *eekwazais*, mujercilla, mujerzuela. *Minnis*, isla; *minnis–ais*, islilla. *Seebe* ó *sebi*, río;

seb–ees, riachuelo. *Omeme*, palomo; *omen–ees*, palomino. *Waubos*, liebre; *waubos-os*, lebrato. *Makuk*, caja; *makuk–os*, cajita. *Ogimau*, jefe; *ogim-aus*, jefecillo, jefe de poca autoridad, de bajo rango. *Nibaugun*, casa; *nibaug-auns*, casilla. *Ais*, *ees*, *os*, *aus*, *auns* eran, como se ve, las terminaciones de los diminutivos.

Otras había que denotaban la maldad ó el mal estado de los objetos indicados por los nombres. Tales eran *ish*, *eesh*, *oosh* y *aush*. *Eekva* ó *eekwai*, mujer; *eekwai–v–ish*, mala mujer, ramera. *Nebi*, agua; *neb–eesh*, torrente. *Mittig*, árbol; *mittig-oosh*, árbol caido. *Akkik*, caldero; *akkih-oosh*, caldero roto. *Ozid*, pié; *ozid-aush*, pié quebrado, torcido. *Odauwai winii*, mercader, hombre que vende; *odauwai winini–w–ish*, mercader sin conciencia. Es verdaderamente rara esta especie de incorporacion del adjetivo al sustantivo; pero muy útil para dar concision y energía á la frase.

No ménos singular y digna de nota era la fácil y delicada manera con que los algonquines daban á entender que murieron ó desaparecieron las personas ó cosas de que hablaban. Añadían simplemente al nombre la forma de pretérito: *bun*, si el nombre acababa por vocal; *ebun*, *ibun*, *obun*, si por consonante. *Garrangula*, Garrangula, nombre propio; *Garrangula-bun*, el difunto Garrangula. *Akkik*, caldero; *akkik–obun*, el caldero que fué ó el caldero que perdimos. ¿Se quería indicar por lo contrario el carácter futuro de las personas ó las cosas? Se anteponía á los nombres la partícula *tah* y se les posponia por afijo si animados la terminacion *iwi*, si inanimados la de *iwun*. *Tah Pontiac–iwi*, el venidero Pontiac; *tha mittig–iwun*, el árbol que está por nacer. Por un procecedimiento análogo se denotaba las futuras y las pasadas estaciones. *Seegwun*, la primavera; *seegwun–oong*, la primavera pasada; *seegwun–g*, la primavera que viene. *Neebin*, el verano; *neebin–oong*, el pasado verano; *neebin-g*, el verano próximo.

Tenían tambien los algonquines sus nombres derivados y los formaban con sólo añadir la partícula *win* al adjetivo ó á la tercera persona del singular del presente de indicativo. *Annoki*, aquél trabaja; *annoki-win*, trabajo. *Odauwai*, aquél negocia, cambia; *odauwai–win*, tráfico, comercio. *Pemaudizzi*, aquél vive; *pemaudaizi-win*, vida. *Paupi*, aquél rie; *paupi-win*, risa.—*Kittimaugizzi*, pobre; *kittimaugizzi-win*, pobreza. *Niskhaudizzi*, colérico; *nishkaudizzi-win*, cólera. *Keezhaizhawizzi*, industrioso; *keezhaizhawizzi-win*, industria.

Es ahora de notar que con la misma sencillez y facilidad convertían los algonquines los nombres en la tercera persona del singular del presente de indicativo y en la segunda del imperativo de los verbos. *Chemaun*, canoa; *chemai*, aquél rema; *chim-ain*, rema tú. *Jisediegun*, escoba; *jisedieg-ai*, aquél barre; *jisidyg-ain*, barre tú, etc., etc. Por el mismo procedimiento transformaban los nombres en oraciones de primera persona del verbo sustantivo. *Mo-*

nido, espíritu; *ne monid-ouw*, yo (soy) espíritu. *Windigo*. monstruo; *ne windig-ouw*, yo (soy) monstruo ó yo monstruo. *Pingwi*, polvo, ceniza; *nim binggw-iew*, yo (soy) polvo, yo ceniza.

No hablaré ahora de los nombres compuestos con ser tantas las voces de esta clase, que apénas las hay de más de dos sílabas que no descomponga el análisis. El carácter polisintético de la lengua se vió principalmente al penetrar en las tribus algonguinas la civilizacion de Europa: no por nuestros nombres, sino por otros que ellas compusieron fueron designando los objetos que allí importamos. *Shomin-aubo* llamaron al vino: de *aubo*, licor, y *shomin*, uva. *Ishkodaiw-aubo*, á todas las bebidas espirituosas: de *aubo*, licor, é *ishkodai*, fuego. *Minnikwad-jeegun*, á la copa, al vaso: de *jeegun*, aparato, instrumento, utensilio, y el verbo *minnekwai*, aquél bebe. *Keeshkebo-jeegun*, á la sierra: de la misma voz *jeegun*, instrumento, y el verbo activo *keezhkeezhun*, cortar. Entraban en la composicion de las palabras partes diversas de la oracion, y hasta que las conozcamos todas no considero oportuno tratar detenidamente de los nombres compuestos.

Paso á los adjetivos, que, como ántes dije, variaban segun fuesen con nombres animados ó inanimados. Para algunas calificaciones de los nombres de las dos clases había, en primer lugar, dobles adjetivos. «Malo, grande, pequeño, viejo» eran para los nombres inanimados, *monaudud*, *mitshau*, *pungee*, *geekau*; para los animados, *mudjee*, *mindiddo*, *ugganshi*, *gitizzi*. De ninguno de estos cuatro adjetivos cabía trocar la aplicacion en ningun caso.

Todos los demas adjetivos tomaban para con los nombres inanimados las terminaciones *au*, *un*, *wud*; para con los animados, *izzi*, *ozzi*. Feo, *gushkoonaug-wud*, *gushkoonaug-ozzi*; hermoso, *bishegaindaug-wud*, *bishegaindaug-oozzi*; fuerte, *song-un*, *song-ozzi;* blando, *nok-un*, *nok-ozzi*; negro, *mukkuddaw-au*, *mukkuddaw-izzi;* blanco, *waubishk-au*, *waubishk-izzi*; agrio, *sheew-un*, *sheew-izzi*; dulce, *weeshkob-un*, *weeshkob-izzi*. Por su tendencia á personificarlo todo en sus leyendas empleaban con frecuencia los algonquines la terminacion animada de estos adjetivos para los nombres inanimados; raras veces la inanimada para los animados, como no quisiesen despreciar á sus semejantes rebajándolos al nivel de cosas.

No admitían algunos adjetivos sino las terminaciones *izzi*, *ozzi*; mas éstos, sobre ser pocos, no eran en rigor aplicables sino á los séres animados. Tales eran feliz, desdichado, triste, bravo, enfermo y otros análogos.

Lo singular era que cabía, por decirlo así, conjugar todos los adjetivos con añadir á su forma simple las formas pronominales. *Onishisha* era la forma simple del adjetivo bueno: yo bueno; tú bueno; aquél bueno; nosotros, los que aquí estamos, buenos; nosotros, yo y otros que aquí no están, buenos; vosotros buenos; aquéllos buenos; *wanishish-eyaun*, *wanishish-eyun*, *wanishish-id*, *wanishish-eyung*, *wanishish-eyaung*, *wanishish-eyaig*, *wanishish-idjig* Va

sobreentendido en cada una de estas palabras el verbo ser, y todas eran por lo tanto verdaderas oraciones de verbo sustantivo.

Se medio sustantivaba los adjetivos casi por el mismo procedimiento. Aquí, sin embargo, las adiciones se hacían á la forma, ya animada, ya inanimada, de los adjetivos. La conjugacion no puede ménos de referirse á personas; la sustantivacion puede referirse á personas y cosas: era natural que aquí reapareciera la distincion de adjetivos animados é inanimados. *Makuddaw izzi-d*, el negro, el hombre negro; *makuddaw-au-g*, el negro, el color negro. *Wiaubishk-izzi-d*, el blanco, el hombre blanco; *wiaubish-au-g*, el blanco, el color blanco.

Los adjetivos tenían aquí números como los nombres y formaban el plural por las mismas reglas. Sólo los compuestos, y no todos, hacían el plural en *jig*. Ejemplos de adjetivos animados: *bishegaindaugoozzi penasee*, hermoso pájaro; *bishegaindaugoozzi-wug penasee-wug*, hermosos pájaros;—*ozahwizzi—ahmo*, amarilla abeja; *ozahwozzi-wug-ahm-ög*, amarillas abejas. Ejemplos de adjetivos inanimados: *monaudud ishkoda*, mal fuego; *monaudud-on—ishkod-ün*, malos fuegos;—*onishishin mittig*, buen árbol; *onishishin-on mittig-on*, buenos árboles. Aquí, como se ve, los adjetivos concordaban con los sustantivos y tomaban unas veces su forma simple, otras la animada ó la inanimada.

Carecían, como nosotros, los algonquines de inflexiones comparativas, y como nosotros las suplían por adverbios; por los adverbios *nahwudj*, más; *mahmowee*, muy. *Kiskedá*, caliente; *nahwudj kiskedá*, más caliente; *mahmowee kiskedá*, muy caliente. Lo particular era que en algunas oraciones se unía los adverbios á los sustantivos y no á los adjetivos. Su manera de vivir es buena, *odizzhewabizziwin onishishinin*; su manera de vivir es mejor, *odizzhewabizziwin-nahwudj onishishin;* su manera de vivir es muy buena, *odizzhewabizziwin-mahmowee onishishin.*

Tenían, por fin, los adjetivos en aquel idioma especiales formas negativas. *Neebwaukah*, él es sabio; *kahween neebwaukah-see*, él no es sabio. *¿Ke dahkoozzi nuh?* ¿está V. enfermo? *¿Kahween ke dahkoozzi see?* ¿no está V. enfermo?

Adjetivos ordinales no sé que los hubiera. Los numerales ó absolutos eran: *ingoot*, uno; *neesh*, dos; *niswee*, tres; *neewin*, cuatro; *naunin*, cinco; *N' goodwaswa*, seis; *neeshwauswa*, siete; *shwauswe*, ocho; *shongusswe*, nueve; *medauswa*, diez; *nirgoodwauk*, ciento; *medaus wauk*, mil, literalmente diez cientos. Veinte, treinta, cuarenta eran allí dos dieces, tres dieces, cuatro dieces; once, doce, trece, catorce eran diez y uno, diez y dos, diez y tres, diez y cuatro. Fuera de los numerales absolutos no conozco en algonquin sino los adverbiales: una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, que se traducía por *aubeding*, *neesh—ink*, *niss—ing*, *neew—ing*, *naun-ing*, *n' goodwautsh ing*, *neeshwautsh-ing*, *shwautsh—ing*, *shongutsh-ing*, *meedaush-ing*.

Entro ya en el pronombre, que no tenía en aquel idioma poca importancia. Al hablar de esta parte de la oracion no puedo ménos de empezar haciendo pre—

sente que en la lengua algonquina, como en la quichua, los pronombres y los verbos tenían dos primeras personas del plural: una inclusiva y otra exclusiva. La palabra nosotros en la forma inclusiva significaba yo y mi interlocutor ó mis interlocutores; en la exclusiva yo y otros que están ausentes. «Nosotros» tiene en efecto este doble sentido: los algonquines con distinguirlo no habían hecho más que acreditar su fuerza de observacion y de análisis.

Los pronombres de aquel idioma venían naturalmente divididos en separables é inseparables, y los inseparables en prefijos y sufijos. Pertenecían al primer grupo los personales, que eran: *nee*, yo; *kee*, tú; *wee* y tambien *o*, aquél; *keen owind*, nosotros (forma inclusiva); *neen-owind*, nosotros (forma exclusiva); *keen-owau*, vosotros; *ween-owau*, aquéllos. Los pronombres del plural eran, como notará el lector, los mismos del singular pluralizados; la forma inclusiva no se diferenciaba de la exclusiva sino en el cambio de la *k* por la *n*, es decir, en un simple cambio de iniciales. Véase ahora la filosofía de este cambio. «Nosotros» en la forma inclusiva comprende la segunda y la primera persona: tú y yo ó vosotros y yo; en la exclusiva la primera y la tercera: yo y él ó yo y ellos. Tomaba por esta razon en la inclusiva la *k*, signo pronominal de la segunda persona, y en la exclusiva la *n*, signo pronominal de la primera.

Iban estos mismos pronombres con frecuencia embebidos en palabras compuestas. Cuando tal sucedía, de la primera y la segunda personas casi nunca quedaban más que la *n* y la *k*, la tercera venía expresada por la sola letra *o*, que no variaba de número.

Aún sueltos, no siempre conservaban estos pronombres las mismas formas. Ya se los contraía, ya se empleaba los del plural para el singular y viceversa. Yo lo poseo, tú lo posees, etc., se traducía por: *ne debaindaun*; *ke debaindaun*; *o debaindaun*; *ne debaindaum-in*; *ke debaindaum-in*; *ke debaindaum-ewau*; *o debaindaum-ewau*. Los pronombres son aquí todos contractos, y no cambian de singular á plural; pero el signo de plural va por lo ménos sufijo al verbo. Es más difícil de explicar y para mí imposible la aplicacion de los plurales que noto en los siguientes ejemplos: *keen ke dauw*, tú eres un hombre; *ween ah veeh*, aquél es un hombre. *Neen*, *keen*, *ween* son tambien pronombres posesivos: ¿lo serán en esas y otras oraciones?

Las formas de los pronombres posesivos eran varias y constituían una de las primeras dificultades de la lengua. La más sencilla era la que tomaban con los nombres cuchillo, bola, remo, etc. Los personales contractos hacían con estos nombres el oficio de posesivos. *Mokomahn*, cuchillo: *ne mokomohn*, mi cuchillo; *ke mokomahn*, tu cuchillo; *o mokomahn*, su cuchillo. Los mismos pronombres personales con una *n* sufija constituían otra de las formas de los posesivos.

La más usada era la que consistía en anteponer al sustantivo los pronombres personales y añadirle por vía de sufijo las terminaciones *aim*, *eem*, *im*, *om*, *oom* ó *aum*. *Ishkodai*, fuego: *nin dishkod-aim*, mi fuego: *ke dishkod-aim*.

tu fuego; *o dishkodaim*, su fuego, el de él ó de ella; *ke dishkod-aim-inun*, nuestro fuego (f. in.); *ne dishkod-aim-inun*, nuestro fuego (f. ex.); *ke dishkod-aim-iwau*, vuestro fuego; *o dishkod–aim iwau*, su fuego, el de ellos. Aquí, como se ve, los personales que se empleaba eran los contractos; el *ne* de la primera persona del singular se convertía en *nin;* el sustantivo tomaba por letra inicial una consonante. La tomaba invariablemente en la lengua algonquina todo nombre que empezaba por vocal y llevaba antepuesto un pronombre.

Aplicábase, á lo que parece, esta forma lo mismo á los nombres inanimados que á los animados. Tratándose, con todo, de nombres animados se añadía á la terminacion de la tercera persona del singular la sílaba *un* y á la tercera del plural la letra *n*; adiciones que venían como á reflejar el sujeto. *Monido*, espíritu: *ne monid-om*, mi espíritu; *ke monid–om*, tu espíritu; *o monid-om–un*, su espíritu; *ke monid-ominaun*, nuestro espíritu (f. in.); *ne monid-ominaun*, nuestro espíritu (f. ex.); *ke monid-omiwau*, vuestro espíritu; *o monid-omiwau-n*, su espíritu. Se dice si estaba, ademas, reservada la terminacion *eem* para los nombres inanimados: lo creo por lo ménos dudoso.

Era tambien muy usada la siguiente forma: *Yaun*, mi, mío, a; *yun*, tu, tuyo, a; *id* ó *d*, su, suyo, a, de él de ella; *yaung*, nuestro, a (f. ex.); *yung*, nuestro, a (f. in.); *yaig*, vuestro, a; *waud*, su, suyo, a, de ellos, de ellas. Eran estos pronombres inseparables del nombre é iban siempre sufijos. *Aindau*, morada: SING. *aindau-yaun*, mi morada; *aindau-yun*, tu morada; *aindau-d*, su morada; *aindau-yaung*, nuestra morada (f. ex.); *aindau-yung*, nuestra morada (f. in.); *aindau-yaig*, vuestra morada; *aindau-waud*, su morada; PLUR. *aindau-yaun-in*, mis moradas; *aindau-yun in*, tus moradas; *aindau-jin*, sus moradas; *aindau-yaung-in*, nuestras moradas (f. ex.); *aindau-yung–in*, nuestras moradas (f. in.); *aindau-yaig-in*, vuestras moradas; *aindau-wauá-jin*, sus moradas. Como se verá más adelante, servía esta forma no sólo para los nombres, sino tambien para los verbos. La *j* de las terceras personas era meramente connectiva y eufónica.

Pronombres relativos en la lengua algonquina no los habia realmente sino de la clase de los interrogativos, y éstos de tan poca flexibilidad, que eran de todo punto indeclinables. *Ahwanain* equivalía á nuestro ¿quién? y lo mismo significaba «¿quién?» que «¿de quién?» y «¿á quién?: ¿quién está ahí?, *¿ahwanain e-mah ai-aud?*; ¿de quién es el perro?, *awanain wai dyid?*; ¿á quién busca V?, *awanain nain dau wau bumud?*—*Waigonain* correspondía á nuestro ¿qué? y era tambien invariable. ¿Qué le hace á V. falta? *¿waigonain wau iauyun?*; ¿qué ha perdido V?, *waigonain kau wanetoyun?*; ¿qué es eso?, *¿waigonain ewinain maundun?*

Venía á veces *waigonain* suplido por *auneen*, que, cuando llevaba sufija la sílaba de, significaba ¿dónde? y, cuando se convertía en *auneeshween*, ¿por qué? ¿por qué causa? ¿Qué dice V.?, *¿auneen akeedoyun?*; ¿dónde vive V.?,

¿auneende iindaugun?; ¿por qué hace V. esto?, *¿auneeshween eh en to dunun?*; ¿por qué motivo le pega V.?, *¿auneeshween ke pukketairud?* Dígame V. ¿por qué?, *weendumowishin ¿auneeshween?*

Los pronombres demostrativos se dividían en animados é inanimados. Los animados eran: *maubum*, *wohow*, ese, este, esa, esta, eso, esto; *ahow*, aquel, aquella, aquello; *maumig*, esos, esas, estos, estas; *igeu*, *ogoo*, aquellos, aquellas. Los inanimados: *maundun ohoo*, ese, este, esa, esta, eso, esto; *eheu*, aquel, aquella, aquello; *maumin*, esos, esas, estos, estas; *ineu onoo*, aquellos, aquellas. *Wohow* é *igeu* servían sólo para denotar personas; *maubum* é *igoo* sólo para designar los demas séres animados ó los que consideraban como tales los algonquines; *maundun* é *ineu*, sólo para los séres verdaderamente inanimados; *ohoo* y *onoo*, sólo para los que se rebajaba á la categoría de inanimados por desprecio.

Como los nuestros podían ir estos pronombres solos ó con los sustantivos. Como los nuestros tambien antecedían al nombre siempre que lo acompañaban. *Meezhishin cheu ahnitt*, dame aquella lanza; *gitshee bukaukuddoozo wohow annemoosh*, ese perro está muy flaco. *Annemoosh*, *ahnitt*, perro, lanza.

Muchos eran los pronombres y sus formas y, sin embargo, insuficientes. Son epicenos en todas las lenguas latinas los de la primera y la segunda persona del singular, y en casi todas los de la primera y la segunda del plural; pero allí lo eran, no sólo todos los personales, sino tambien todos los posesivos y todos los demostrativos animados. La confusion que ésto debía producir no hay para qué encarecerla. ¿Era, ademas, poco grave la falta del relativo declarativo? Se la suplía, segun Schoolcraft, empleando el pronombre *ween* y anteponiendo al verbo la partícula *kau*, signo de pretérito; mas de una manera imperfectísima. Resultaba siempre violenta la locucion y sólo aplicable con referencia á tiempos pasados y terceras personas. *Ween kaw unnonik*, el que os envió; *ween kau geedood*, el que os dirigió la palabra. Se objeta, dice Schoolcraft, que estas frases no dicen en realidad sino «él os envió, él os habló»; pero él os envió y él os habló, replica, se traducían simplemente por *kegee unnonig* y *ainnozhid*. Yo entiendo que se suplía el relativo por una manera especial de conjugar el verbo que lo llevaba, como se verá más tarde.

No extrañe el lector que al hablar del verbo ande yo perplejo y confuso. Esta parte de la oracion ha dado márgen á muchas contradicciones por ser tantas sus formas que nadie ha podido recogerlas todas ni estudiarlas sin acudir á distintos dialectos. De seis á ocho mil calculaba Edwin James que eran las del verbo chippewa. Muchas son las del de los éuscaros; pero aquí, cuando ménos, conocidas las de un verbo, lo son las de todos los regulares. Las había diversas en la lengua algonquina para los animados y los inanimados; y había animados en *ag*, *eg*, *ig*, *og* y *ug* é inanimados en *an*, *en*, *in*, *on* y *un* como los plurales de los sustantivos. Cada una de estas clases de verbos tenía las siguientes conjugaciones:

Primera. La simple, la absoluta: yo veo, yo vi, yo vere, etc.—Segunda. La activa animada de singular: yo le veo (al hombre), yo la vi (á la mujer, á la rata).—Tercera. La activa animada de plural: yo los veo (á los guerreros, á los búfalos), yo las veré (á las hadas).—Cuarta. La transitiva animada de primera á segunda persona de singular: yo te veo.—Quinta. La transitiva animada de primera persona de singular á segunda de plural: yo os ví, veré, habré visto.—Sexta. La transitiva animada de primera de plural á segunda de singular: nosotros te vimos.—Séptima. La transitiva animada de primera á segunda de plural: nosotros os vemos.—Octava. La transitiva animada de segunda á primera de singular: tú me ves, has visto, verás, habrás visto.—Novena. La transitiva animada de segunda de plural á primera de singular: vosotros me veis, me visteis.—Décima. La transitiva animada de tercera de singular á primera y segunda de singular y plural: él ó ella me vió, te vió, nos vió, os vió.—Undécima. La transitiva animada de tercera de plural á primera y segunda de singular y plural: ellos ó ellas me ven, te vieron, nos verán, os habrán visto.—Duodécima. La activa inanimada de singular: yo lo veo (el cerro), yo la ví (la colina).—Décima tercera. La activa inanimada de plural: yo los ví (los bosques), yo las ví (las rocas).—Décima cuarta. La impulsiva inanimada de singular: esto me hace ver.—Décima quinta. La impulsiva inanimada de plural: estas cosas me hicieron ver.—Décima sexta. La potencial: yo veo, es decir, yo puedo ver, yo tengo vista.—Décima séptima. La de voluntad: yo estoy viendo, es decir, yo me dedico á ver, yo soy espectador de..., yo presencio el espectáculo.—Décima octava. La pasiva: yo soy, fuí, seré visto.—Décima novena. La reflexiva: yo me veo, tú te viste.—Vigésima. La recíproca: nosotros nos vemos unos á otros, vosotros os visteis.—Vigésima primera. La posesiva objetiva de tercera persona de singular á plural: yo veo á su ó sus (hija ó hijas). Con multiplicar estas veintiuna conjugaciones por las diez clases de verbos resultan ya doscientas diez formas. ¿No habría más conjugaciones?

Véase ahora los modos y las formas que dentro de esos modos tenía cada conjugacion, y se empezará á comprender hasta qué punto era complicado el verbo de los algonquines. Los modos eran cuatro: indicativo, subjuntivo, imperativo é infinitivo; y las formas de los dos primeros, la de afirmacion, la de negacion, la de duda, la de negacion y duda, la de sentimiento, la de sentimiento y duda, la de reiteracion, la de reiteracion y sentimiento y la relativa. La de afirmacion: yo veo. La de negacion: yo no veo. La de duda: me parece verle. La de negacion y duda: me parece que no le veo. La de sentimiento: por mi mal ó por su mal le veo. La de sentimiento y duda: tal vez por mi mal ó por su mal le veo. La de reiteracion: las veces que le veo. La de reiteracion y sentimiento: las veces que por mi mal ó por su mal le veo. La relativa: la persona que me ve y la persona á quien veo; los que le ven; los que él ve: los que ven ó han visto; los que son vistos; los que se ven á sí mismos, los que se ven los

unos á los otros. ¿Quién es capaz de apreciar la combinacion que aquí cabe de formas modales y conjugaciones?

Los tiempos no eran muchos: en el modo indicativo, el presente, el pretérito simple, el perfecto, el plusquamperfecto, el futuro simple y el futuro compuesto; en el modo subjuntivo, el potencial y el condicional de presente y de pretérito: ¡ojalá vea! ¡ojalá viese! cuando yo vea, si yo viese. Se dividía el imperativo en imperativo de presente é imperativo de futuro: vélo tú (ahora, en el momento en que se está hablando); vélo tú (despues, mañana, en otro tiempo); pero en cambio no había sino dos participios y dos gerundios, el de presente y el de pasado. No se pierda, con todo, de vista que así en el imperativo como en los participios y gerundios se reproducían casi todas las formas de que hablé en el otro párrafo. Viendo, no viendo, quizá viendo, por su mal viendo, etc.

Parecido á este verbo de los algonquines no sé que haya habido ni haya sino el ya citado de nuestros éuscaros, que presenta con él asombrosos puntos de contacto. El verbo vascongado tiene tambien una conjugacion activa de régimen singular y otra de régimen plural, una absoluta para el verbo neutro, siete conjugaciones de transicion para este verbo y veintiuna para el activo, tres determinadas por «soler, querer y poder», una negativa para las conjugaciones potenciales y otras que da la combinacion de las que estoy mentando. ¿Es coincidencia tal para echada en olvido? Nótese de paso que la lengua éuscara carece tambien en absoluto de géneros y no conoce por lo tanto sino concordancias de número entre los adjetivos y los nombres.

Otro punto de contacto hay aún entre las lenguas vasca y algonquina. Las dos tienen un verbo sustantivo con la doble significacion de ser y haber: la vasca, *naiz* ó *nag*; la algonquina, *ieau*. Dudábase si le había en algonquin; pero hallamos íntegra su conjugacion en Schoolcraft, que dice haberla tomado del dialecto chippewa. Del chippewa había tomado ya las veintiuna del verbo activo; y no por cierto sin razon, puesto que el chippewa, segun muchos autores, era la lengua de que derivaban los demas dialectos.

Dar aquí las conjugaciones todas del verbo sería tarea sobradamente larga y hoy por hoy imposible. Daré la activa del verbo algonquin *saug*, parte del indicativo de la activa del verbo chippewa *waub* y la del verbo sustantivo.

Saug, amar, Indicativo. Presente: yo amo, *saug-eaug* ó *ne saug-eaug*; tú amas, *ke saugeau*; aquél ó aquélla ama, *o saugeau*; nosotros (yo y otros) amamos, *nenowind saugeau*; nosotros (tú y yo ó vosotros y yo) amamos, *kenowind saugeau*; vosotros amais, *kenawau saugeau*; aquéllos ó aquéllas aman, *kenowau saugeau*. Pretérito: yo amaba, amé ó he amado, *ningee saugeau-bun*; *keege saugeau-bun*; *oge saugeau-bun*; *neenowind saugeau min au bun*; *keenowind saugeau min au bun*; *kenowau saugeau wau bun*; *wenabau saugeau wau en e bun*. Futuro imperfecto: yo amaré, *ningahge saugeau*; *kegah saugeau*; *ogah saugeau*; *nenowind saugeau-naun*; *kenowind saugeau-naun*;

kenowau saugeau wun; *wenowau saugeau waun*. Futuro perfecto: yo habré amado, *ningahge saugeau–bun*; *kegahgee saugeau-bun*; *ogahgee saugeau bun*; *nenowind saugeau min au bun*; *genowind saugeau min au bun*; *kenowau saugeau wau min au bun*; *wenowau saugeau wau min au bun*. Imperativo: ame yo, *ningah sageau–binuh*; ama tú, *sageau–binuh*; ame aquél, *kegah sageau–binuh*; amemos nosotros (f. in.), *ninge sageau–dau-binuh*; amemos nosotros (f. ex.), *kege sageau-dau binuh*; amad vosotros, *saugeik binuh*; amen aquéllos, *oyah saugeau waun binuh*. Subjuntivo. Presente potencial: que yo ame, *nindau saugeau*; *kedau saugeau*; *odau saugeau*; *nenowind saugeau waun*; *kenowind saugeau naun*; *kenowau saugeau wau*; *weenowau saugeau w un*. Pretérito: que yo haya amado, *nindauge saugeau bun*; *kedauge saugeau bun*; *odauge saugeau bun een*; *nenowind saugeau min au bun*; *kenowind saugeau min au bun*; *kenowau saugeau wau bun*; *wenowau saugeau wau bun*. Condicional: si yo amo, amara ó amase, *kishpin ne saugeaug*; *kishpin ke saugeaud*; *kishpin o saugeaud*; *kishpin nenowind saugeung*; *kishpin kenowind saugeung*; *kishpin keenowau saugeaig*; *kishpin weenowau saugeauwaud*

Por este modelo de conjugacion de verbos animados, á todas luces incompleto, se ve claramente que el principal elemento variable eran aquí los pronombres. Cambiaban tambien las partículas de singular á plural, de presente á pretérito, de pretérito á futuro; pero el verbo permanecía poco más ó ménos lo mismo en todos los tiempos. *Saug* perdía cuando más la *u*; la terminacion *eau* era casi constante. Véase ahora la conjugacion del verbo chippewa WAUB, ver, que figuraba con la misma significacion en la que muchos dicen ser la lengua general algonquina.

Modo indicativo. Forma de afirmacion. Presente: yo le ó la veo, *ne wau bu mau*; tú le ves, *ge wau bu mau*; aquél le ve, *o wau bu maun*; su (hijo) le ve, *o wau bu mau ni*; nosotros le vemos, *ne wau bu mau naun* (f. ex.); *ge wau bu mau naun* (f. in.); vosotros le veis, *ge wau bu mau wau*; aquéllos le ven, *o wau bu mau waun*; sus (padres) le ven, *o wau bu mau ni* Pretérito perfecto: yo le he visto, *nen gee wau bu mau wun*; *ge gee wau bu mau*; *ogee wau bu mau; ogee wau bu mau ne; nen gee wau bu mau naun; ge gee wau bu mau naun*; *ge gee wau bu mau wau; o gee wau bu mau waun*; *o gee wau bu mau ne*. Futuro simple: yo le veré, *nen ga wau bu mau*; *ge ga wau bu mau; o ga wau bu maun; o ga wau bu mau ne; nen ga wau bu mau naun; ge ga wau bu mau naun*; *o ga mau bu mau wau; o ga mau bu mau waun*; *o ga wau bu mau ne*.—Forma de negacion.—Presente: yo no le veo, *ne wau bu mau zee; ge wau bu mau zee; o wau bu mau zeen*; *o wau bu mau zee ne; ne wau bu mau zee naun*; *ge wau bu mau zee naun*; *ge wau bu mau zee ouu; o wau bu mau zee ouun; o wau bu mau zee ne*.—Forma de duda.—Presente: me parece verle, *ne wau bu mau dog*; *ge wau*

bu mau dog: *o wau bu mau do ga nun*; *o wau bu mau ne do ga nun*; *ne wau bu mau me nuu dog*; *ge wau bu mau me nuu dog*; *ge wau bu mau wau dog*: *o wau bu mau do ga nun*: *o wau bu mau ne do ga nun.*—Forma de negacion y duda.—Presente: me parece que no le veo, *ne wau bu mau zee dog*; *ge wau bu mau zee dog*, etc.—Forma sentimental.—Presente. Por desgracia le veo, *ne wau bu mau se nun*; *ge wau bu mau se nun*; *o wau bu mau se nun*; *o wau bu mau se ne*; *ne wau bu mau se naun*: *ge wau bu mau se naun*; *ge wau bu mau se wau*; *o wau bu mau se waun*: *o wau bu mau se ne.*—Forma de sentimiento y duda.—Presente. Quizá por mi desgracia le veo, *ne wau bu mau se nuu dog*: *ge wau bu mau se nuu dog*; *o wau bu mau se nuu do ga nun*; *o wau bu mau se nuu ne dog*; *ne wau bu mau se me nuu dog*; *ge wau bu mau se me nuu dog*; *ke wau bu mau se wau dog*; *o wau bu mau se wau dog*; *o wau bu mau se me do ga nun*; *o wau bu mau se ne do ga nun.*—Forma de repeticion.—Presente: las veces que yo le veo, *wau bu mu gen*; *wau bud mu gen*; *wau bu mau gen*; *wau bu mau ne gen*; *wau bu mun*, *ge gen*; *wau bu mun gon*; *wau bu ma gon*; *wau bu mau wau gen*. *wau bu mau ne gen.*—Forma de régimen plural.—Presente: yo los ó las veo, *ne wau bu maug*; nosotros los ó las vemos, *ne wau bu mau nau nek*, etc., etc.

Aquí las variaciones no parecen recaer ya sobre los pronombres; los pronombres parece por lo contrario que no cambian de singular á plural. El procedimiento es, sin embargo, el mismo. La diferencia está en que aquí las variaciones del pronombre van generalmente pospuestas al verbo. En el primer modelo nosotros es *nenowind*, *kenowind*; vosotros, *kenowand*; en el segundo nosotros *ne—naun*, *ge—naun*; vosotros, *ge—wau*. El hecho de ser aquí *ge* lo que allí *ke* y aquí *naun* lo que allí *nowind* se debe atribuir á que los dos verbos son realmente de distintos dialectos. La radical del verbo permanece tambien intacta aquí en todos los tiempos: *wau bu* suena constantemente. Por aglutinacion de partículas se va asimismo de forma en forma. Lo aquí nuevo son las cuartas personas de singular y plural: el posesivo del sujeto modifica el verbo.

Lo notable es que en los dos modelos los pronombres personales van sueltos, cosa nada comun en las lenguas americanas. No lo van ya en el verbo sustantivo.

Yeau, ser, haber, tener. Indicativo. Presente: *nindiau*, *keediau*, *ian*; *keediau-min*, *nindiau-min*, *keediau-m*, *iauwuk* Pretérito imperfecto: *ninkeeiau-bun*, *keekeeau-bun*, *keeiau-bun*; *keekeeiau-min*, *ninkeeiau-min*, *keekeeiau-m*, *keeiau-wuk*. Pretérito perfecto y plusquam-perfecto: *ninkeeiau-naubun*, *keekeeiau-naubun*. *keeiau-bun*: *keekeeiau-minaubun*, *ninkeeiau-minaubun*, *keekeeiaum-waubun*, *keeiau-buneek*. Futuro imperfecto: *ninkuhiau*, *keekuhiau*. *tahiau*; *keekuhiau-min*. *ninkuhiau-min*. *keekuhiau-m*,

tahiau-wug. Futuro perfecto: *ningubgee iau-naubun, geeguhee iau naubun, tahgee iaubun; keeguhgee iau-minaubun, ninguhgee iau-minaubun, keguhgee iaum-waubun, tahgeeiau-buneeg.* — Imperativo. — *Ningudiau-binuh, iaun-binuh, tahiau-binuh; iaudau-binuh, ninguh iamin-binuh, tahiau-wug-binuh.*—Subjuntivo.—Presente: *nindau-iau, keedau-iau, tahiau, keedau-iaumin, nindau-iaumin, keedau-iaum, tahiau wug.* Pretérito imperfecto: *nindauiau, koossamau; keedauiau, koossamau; tahiau, koossamau; keedauiau-min-koossamau; neendauiau-min-koossamau; keedauiaum, koossamau; tahiau-wug, koossamau.* Pretérito perfecto y plusquam-perfecto: *nindaugee-iaubun, koossamau; keedahgee-iaunaubun, koossamau; tahgee-iaubun, koossamau: keedaugeeiaumi naubun, koossamau: nindaugeeiau-minawbun, koossamau; keedaugeeiaum-waubun, koossamau; tahgeeiaubuneeg, koossamau.*—Modo condicional.—Presente: si yo soy, *kishpin iau-yaun, kishpin iau-yun, kishpin iaud; kishpin iau-yun, kishpin iau-youg, kishpin iau-yaig, kishpin iau waud.* Pretérito imperfecto: *kishpin we iau-yaun, kishpin we iau-yun, kishpin we iaud; kishpin we iau-yung, kishpin we iau-yaung, kishpin we iau-yaig, kishpin we yaud waud.*—Infinitivo.—Ser, *iau*; haber sido, *iau-bun*; siendo, *iaung*; sido, *iaug-ebun*; habiendo sido, *keeiaung-ebun.*

Aquí encontramos ya los pronombres incrustados en el verbo; prefijos cuando personales, sufijos cuando en forma de posesivos. Pero no tan incrustados aún como lo estaban en nombres como *os*, padre. En ciertos casos de estos nombres no quedaba del posesivo más que una letra y ésta como que formara parte obligada de los mismos nombres. *N-os*, mi padre; *k-os*, tu padre; *os-un*, su padre; *n-os-inaun*, nuestro padre (f. ex.); *k-os-inaun*, nuestro padre (f. in.); *k-os-iwau*, vuestro padre; *os-iwaun*, su padre (el de ellos). Plural: *n-os-ug*; *k-os-ug*; *os-un*; *n-os-inaun ig*; *k-os-inaun ig*; *kos-iwaugh*; *os-iwan*: mis padres, tus padres, nuestros padres, etc.

No era sólo el pronombre el que en composicion perdía casi todas sus letras; las perdían asimismo el sustantivo, el adjetivo, el verbo y las partículas. Era amigo el algonquin, como casi todos los americanos, de dar en los nombres la descripcion de los objetos y encerrar en una palabra todo un pensamiento, y por lo tanto de juntar y componer vocablos hasta darles una extension que espantaba, si no los oidos, los ojos. Suprimía ó añadía en estas combinaciones letras segun lo reclamaban la brevedad ó la eufonía. No que lo hiciera siempre, pero sí con bastante frecuencia.

Llamaba el chippewa *mittigwaub* á su arco, y con ésto lo describía. *Mittig* significaba árbol, *aiaub* cuerda, *w*, apócope de *wi*, con; *mittigwaub* resultaba ser árbol ó rama con cuerda. *Akki* llamaba el mismo chippewa á la tierra, *aubik* á toda masa ó cuerpo sólido; *akkik*, á su caldero de barro. Vió despues el de metal y le llamó *miskwaukik*, que son dos palabras compuestas en una

y dos verdaderas descripciones. De *miskwa*, rojo, y *aubik*, segun acabamos de ver, materia sólida, formó *misko w-aubik*, materia roja, cobre; de *miskowaubik* y *akkik*, *miskw-au-kik*, caldero de cobre, de sustancia roja. Vió al caballo y le dió el nombre de *paibaizhikogazhi*, en que entran las siguientes voces: *paizhik*, un, artículo indefinido, y tambien uno, adjetivo, lo que constituye unidad, lo que no está dividido; *bai*, repeticion del *pai* anterior, para indicar la idea de pluralidad; *o*, partícula de enlace; *oskuzh*, primer miembro del compuesto *gauzh*, uña, garra, casco; *ahwaisi*, bestia. *Paibaizhik-o-gazh-i* equivalía por consecuencia á bestia de cascos no hendidos. ¿Qué había aquí de la voz *ahwaisi*? La vocal *i*, una sola letra.

Tenía la lengua algonquina innumerables palabras compuestas, tantas, que, á pesar de creérsela monosilábica, en los días del descubrimiento apénas contaba ya nombres monosílabos. Componía sin cesar; y aunque no sin sujecion á reglas, no tampoco sin dejar mucho al antojo y buen gusto del que hablaba. Era así pintoresca y estaba llena de animacion y vida, tanto más cuanto con el mayor desembarazo podía verbalizar todos los sustantivos y sustantivar todos los verbos. Los nombres hacían algo más que indicar objetos; los pintaban á la imaginacion del que oía.

Nótese cómo por una serie de palabras compuestas expresaba el algonquin las diversas clases de sonidos. Sonido, *baimwa*. Sonido fuerte, *baimwawa*; sonido agradable, *minwawa*; sonido desapacible, *maunwawa*; sonido de las olas en la playa, *mudwayauskau*; sonido de los vientos, *mudwayaunnemud*; sonido de los árboles al caer, *mudwayaukooskau*; sonido de una persona al desplomarse, *mudwakumigiskin*; sonido de masas que dan contra el suelo, *mudwaisin* etc., etc. Suponen algunos filólogos que esto revela atraso en los idiomas; pero disto de creer que estén en lo cierto. Estos sonidos ¿son ó no distintos? Si lo son, la lengua para mí más rica será siempre la que los aprecie y los distinga sin necesidad de perífrasis. ¿Acaso en las nuestras no tenemos especiales voces para expresar el de las olas y el de los vientos y los diversos gritos de los animales sin que dejemos de considerarlo como un progreso?

La lengua algonquina era abundante y por demas concreta. *Shaugwewe* significaba una persona débil; *nokaugumme*, una bebida floja; *nokaugwud*, una frágil tabla de madera. *Sussagau*, fino, no cabía aplicarlo sino al porte de una persona; *bissau* equivalía á simientes finas. Sustancia áspera ó nudosa era en algonquin *pibbigwun*; hombre áspero, *pubbiggoozzi*. *Saugedaa*, bravo; *shaugedaa*, cobarde; *kizhinzhowozzi*, activo; *kizhikau*, veloz; *onaunegoozzi*, vivo; *minwaindum*, feliz; *gushkaindum*, triste, no podían ir sino con la tercera persona del singular.

Tardaría en dar fin á este ya largo capítulo, si quisiese apurar las particularidades de la lengua. Resume la algonquina en sí casi todas las que hemos visto en los demas idiomas de América, y reune algunas que le son especiales y

características. Como se ha disputado sobre si carecía ó no de verbo sustantivo, se ha disputado sobre si carecía ó no de artículos. Tenía, segun Schoolcraft, sólo el indefinido *paizhic*; segun Du Ponceau, otro definido: *mo*, apócope de *monko*, que con frecuencia quedaba reducido á una simple *m* é iba prefijo al nombre. Es muy de notar que Du Ponceau entre los ejemplos que puso no tomó ninguno del chippewa, á pesar de mirarlo como la lengua madre de los algonquines; ¿sería Schoolcraft quien acertase?

Todo han de ser sombras y tinieblas en la historia de la antigua América.

CAPÍTULO XXXII

Escasez de datos sobre las diversas ramas de la familia algonquina.—Los ojibwas de la isla de Lapointe.—Su templo.—Su agricultura.—Su pesca.—Su caza.—Su industria.—Sus supersticiones.—Su bravura y su pujanza.—Sus guerras con los munduas.—Su buen éxito en exterminarlos.—Sus guerras con los omanis, los dacotas y los iroqueses.—Sus luchas con los aboinugs.—Su costumbre de quemar á los prisioneros de esa raza.—Orígen de esta costumbre.—Encuentros de los ojibwas con los aboinugs.—Combate naval en el Lago Superior.—Crueldad de los aboinugs.—Venganza de los ojibwas.—Los dacotas.—Territorio que ocupaban ántes del Descubrimiento.—Su carácter físico.—Su carácter intelectual y moral.—Sus diversas ramas.—Sus clanes.—En qué consistian.—Cómo se entraba en tan raras asociaciones.—Cuán supersticiosos eran los dacotas.—Su vasto supernaturalismo.—Veian los dacotas espíritus en todas partes.—Su culto.—Sus plegarias.—Sus ideas sobre la vida futura.—Su creencia en cuatro almas.—Materialismo de su adoracion y de sus fiestas.—Su fiesta del Sol.—Sus sacrificios.—Sus innumerables dioses.—Luchas que entre ellos suponían y manera como por esas luchas explicaban algunos fenómenos de la naturaleza.—Los ontkeris.—Los chaoterdahs.—Los wakinyanes.—Takuxkauxkan, uno de los dioses de la guerra.—Haokah, otro dios de la guerra.—Eah y Wahundedan, otras divinidades bélicas.—Extraña fiesta en honor de Haokah.—Dioses del Norte y dioses del Mediodía.—Por ellos se explicaba la sucesion del verano y del invierno.—Carácter poético de esta mitología.—Si habia sacerdotes.—Los que los suplían estaban principalmente dedicados á la curacion de los enfermos.—Estado de la Medicina.—Rara terapéutica usada por los magos.—Impotencia de la Magia para curar las enfermedades que se decia producidas por los espíritus de los muertos.—Escasa influencia de todas esas ideas de religion y de magia sobre la moral de los dacotas.—Eran rencorosos y vengativos, ingratos, enemigos del trabajo.—Tenian en poco á la mujer.—La mujer distaba, sin embargo, de quejarse de su servidumbre.—Era más moral que el hombre.—Contradicciones que se observaba en la conducta de los dacotas.—La religion no intervenia ni en el nacer, ni en el casarse ni en el morir del hombre.—Ritus fúnebres.—Leyenda del de la Pluma Blanca.—Ignorancia crasa de los dacotas en Astronomía y Cronología; en Física y Medicina.—Sus conocimientos matemáticos.—Su numeracion.—Su atraso aún en las artes hermanas de la poesía.[1]

Sobre las diversas ramas de la familia algonquina escasean los datos. No los tengo verídicos sino acerca de la que ocupaba las márgenes y las islas del Lago Superior cuando llegaron los franceses al golfo de San Lorenzo. Los encontré en Wárren, de sangre ojibwa, y me propongo trascribirlos para completar en lo posible esta parte de mi historia.

Los ojibwas de que habla Wárren procedían de las costas del Atlántico á la par de los demas algonquines. En su marcha al Occidente parte se había dirigido al Norte y parte al Mediodía del referido lago. De los postreros, unos se habían detenido en el salto de Santa María, otros derramádose por las bahías de la playa, otros, los más, establecídose en *Moningwunakaun*, ahora isla de Lapointe.

A estos ojibwas principalmente hace referencia Wárren. Tenían, como se ha visto, una capital que, á juzgar por sus ruinas, contaba dos millas de ancho por tres de largo. En ella habían erigido una espaciosa cabaña, que, segun tra-

[1] Fuentes de este capítulo: WARREN, *Oral traditions respecting the history of the ojibwa nation;* V. SCHOOLCRAFT, vol. II, pág. 135; SCHOOLCRAFT, vol. I, pág. 329; vol. II, pág. 206, 284 y 485; vol. III, página 483; vol. IV, pág. 641; BURTON, *City of the Saints*, pág. 124-149; DAVID DUNCAN, *North and Sud American Races*, tab. 58.

dicion, era el templo donde celebraban los medas sus misteriosos ritus. *Meda-wigwam* lo llamaban, y allí es de presumir estuviese el fuego sagrado que al parecer mantenían perennemente como símbolo de su nacionalidad y de su patria.

Ya en la isla de Moningwunakaun, habían perdido esos bárbaros su amor á la vida errante. Cultivaban la tierra y recogían al año buena cantidad de maíz y de patatas. Seguían aficionados á la caza y la pesca; mas no estaban ya dispuestos por buscarlas á cambiar de asiento. Tenían por su bien dentro del lago abundancia de peces; en los ríos y arroyos que le pagan tributo, gran número de castores, almizcleras y nutrias; no léjos de la playa, osos, alces, ciervos y sobre todo manadas de búfalos que sin cesar pacían en los contiguos prados. Disponían para la caza sólo del arco y la lanza; pero de otros muchos medios para la pesca. Hacían redes, ya de las fibras del cedro, ya del esparto, ya de los nervios de algunos animales; y en los desoves atajaban con enrejados de madera las aguas corrientes.

Industriosos no lo eran mucho más que los otros algonquines. Por el rápido frote de dos palillos encendían fuego. De pieles de ciervo cubrían sus carnes y de las de ocho castores componían tambien sus mantas. De las ramas de los árboles cortaban sus arcos y los astiles de sus picas. De piedra hacían las puntas de sus lanzas y de sus flechas y el hierro de sus hachas; de las costillas del alce y el bisonte, sus demas instrumentos cortantes; del barro y la arcilla, sus calderos.

Se dice si en las orillas del lago se encontró antiguas herramientas de cobre; pero se está en que no fueron obra de los ojibwas. Los ojibwas tenían efectivamente por sagrado el cobre de la misma suerte que los demas algonquines.

Ni eran ménos supersticiosos. En la abstinencia y el sueño buscaban todos su ángel custodio, y por severos ayunos marcaban su tránsito á la vida púber. Del que moría á mano airada, como si hubiese padecido enfermedad contagiosa, quemaban los vestidos y hasta la tienda. Casi en los días del Descubrimiento sucumbían muchos al veneno de sus magos; no era raro que asistieran los demas á horribles banquetes donde se les daba á comer la carne de esas víctimas. Comíanla por miedo y tambien porque entendían que así aplacaban el espíritu de la ponzoña.

De su bravura y su pujanza tenemos en la tradicion dos notables testimonios. En las orillas de un gran lago, tal vez el Erie, vivían los munduas, terror de toda la comarca. Constituían una sola ciudad, pero tan vasta, que desde lo alto de una colina á cuyo alrededor estaba no cabía por viento alguno descubrir dónde concluía. Belicosos y fieros, no cesaban de hostigar á las vecinas y aún á las apartadas tribus: prisionero que cogían lo quemaban en sacrificio á sus dioses. Propusiéronse los ojibwas librarse de tan molesto enemigo y convocaron á todos los pueblos que le temían. A la cabeza de numerosísimas gentes se diri-

gieron contra la ciudad de los munduas llevando el firme propósito de no retroceder hasta vencerla.

Arrogantes los munduas, no les salieron el primer día al encuentro sino con mozos que apénas habían salido de la infancia. Á pesar de su derrota no les enviaron tampoco al otro día sino á sus jóvenes guerreros; mas al tercero, ganada ya media ciudad por los ojibwas, se pusieron sus mejores adornos, entonaron su canto de guerra y arremetieron todos contra el enemigo.

Terrible fué aquel día el combate. Vinieron á las manos los dos ejércitos y pelearon encarnizadamente. Batíase el uno por sed de venganza, de gloria, de nombre; el otro por su ciudad, su patria, su existencia; y se vertió á torrentes la sangre. Al fin hubieron de ceder los munduas. En vano su jefe, viendo ya cubierta de cadáveres la tierra, invocó á grandes voces al Supremo Espíritu: le encontró sordo á su plegaria. Sólo en los genios del mal halló proteccion, y ésta aún para la fuga. Levantóse del fondo del lago densa y oscura niebla, se extendió por el campo de batalla y permitió á los vencidos escapar, cuando ménos por de pronto, á las iras de los vencedores.

Día y noche caminaron los munduas, y, cuando se creían fuera del alcance de los aliados, desvanecida la niebla á ruegos del jefe ojibwa por el hálito de Monedo, se encontraron detras de su propia ciudad, en la cima de un collado, á la vista de sus enemigos. «Quiere el cielo que muramos», exclamó su capitan; y, prosiguiendo á pesar del cansancio la marcha, se entró por un bosque y sepultó á las mujeres y los niños dejándoles por donde respirasen. Fingieron entónces los munduas tomar un rumbo, siguieron otro y lograron burlar á sus perseguidores. Fueron á desenterrar á sus hijos y sus esposas, y gozaron de algun sosiego; mas al año, pocos ya en número, cayeron todos en poder de los ojibwas. Aunque no murieron, como esperaban, ni fueron siquiera reducidos á servidumbre, perdieron su nacionalidad y pasaron á formar parte de las tribus vencedoras.

Quiénes fueran esos munduas se ignora por completo: no falta quien presuma si fueron los eryes. Que el hecho en el fondo hubo de ser cierto nos lo dicen dos circunstancias. Distinguen aún hoy los ojibwas á los descendientes de los que se supone incorporados á sus tribus, y esos descendientes conservan todavía su antiguo tótem. El tótem de los ojibwas es el colimbo; y el de los adoptados, la marta.

Exterminaron los ojibwas, no sólo á los munduas, sino tambien á los omanis, de quienes se dice que ocupaban las riberas de Mil Lagos y vivían en casas de tierra. Viéronse en cambio arrollados unas veces por los dacotas y otras por los iroqueses. Con los aboinugs, segun Wárren los zorros, tuvieron tambien rudas contiendas. Es por de pronto notable el motivo por que se dice que se introdujo en los dos pueblos la costumbre de no darse cuartel y quemar á los prisioneros.

Cayó cierto día un guerrero ojibwa en poder de un sobrino suyo, hijo de

hermana, que había pasado á ser aboinug por razon de matrimonio. Deseoso el sobrino de mostrar á su pueblo cuán sordo se hacia á la voz de la sangre, mandó al punto que se hincara en el suelo dos postes y se tendiera sobre ellos, atado de piés y manos, al infeliz cautivo. «Quiero calentarle bien», dijo con sangrienta ironía, y le hizo tostar cambiándole de vez en cuando la postura á fin de que llevara por igual el cuerpo. Ya que le tuvo hechas una ampolla las carnes, le soltó y con no ménos crueldad le dirigió estas palabras: «vé ahora á los ojibwas y enséñales cómo tratan los aboinugs á sus tíos.»

Curó de las quemaduras el ojibwa y logró andando el tiempo coger al hijo de su hermana. Mandó que arrancaran la piel á un ciervo, la dejaran con una buena capa de manteca y le prendieran fuego. Ya que la piel toda era una llama, la hizo poner en los hombros del sobrino, que tenía tambien atado á un poste. «Cuando estuve en tu pueblo, dijo á su víctima, me calentaste bien el cuerpo; no quiero ser ménos generoso, me parece que esta manta te calentará bien la espalda. Una piel de ciervo fresca y con manteca arde y abrasa furiosamente: quedaron consumidas en poco tiempo las carnes del sobrino. La venganza pidió luégo venganza, y morir á fuego lento fué en adelante la suerte de los prisioneros.

Ántes de llegar los franceses á las playas de América dos fueron los principales encuentros que con los aboinugs tuvieron los ojibwas. Por el río Ontonagun bajaron un día los aboinugs en sus pequeñas barcas de corteza al Lago Superior, y fueron á desembarcar de noche en las costas de Lapointe. Cogieron al apuntar del alba á cuatro mujeres que acababan de salir por leña; y, entrándose otra vez en el lago, huyeron precipitadamente, bien que no sin asordar los aires con sus alaridos de triunfo. Los oyeron y los vieron los ojibwas, saltaron llenos de furor en sus grandes canoas y no pararon hasta darles caza. Estaba cubierto de niebla el lago; pero les facilitaron los mismos aboinugs el medio de perseguirlos con ir repitiendo sus imprudentes gritos de júbilo. Los ojibwas, que iban, por lo contrario, en el mayor silencio, remaban cada vez con más fuerza, y al fin los alcanzaron sobre la embocadura del Montreal, á ocho leguas de su isla. No eran más de ciento cincuenta; pero derrotaron á los aboinugs con ser más de cuatrocientos. A los que no mataron con sus armas los sumergieron en el lago y no dejaron uno para contarlo. Su principal ventaja estuvo en lo capaz y sólido de sus barcas: en el tumulto del combate zozobraban y se iban fácilmente á pique las de sus enemigos.

El otro encuentro nació de un hecho por demas heroico. Casi ya en los días del Descubrimiento se apoderaron los aboinugs del primogénito de un jefe ojibwa. Hallábase de caza el padre cuando ocurrió la captura; y, al recibir la fatal nueva, no dudó ni por un momento que iba á ser quemado su hijo. Sin darse punto de reposo ni sin que nada ni nadie bastara á detenerle partió solo en busca de los raptores. Llegó al primer pueblo de los aboinugs precisamente

cuando su hijo estaba ya en el poste. Metióse entre los enemigos y les dijo: «yo soy el padre de ese mancebo. Ningun daño os hizo, puesto que cuenta escasos inviernos y no ha pisado todavía los senderos de la guerra. Vedme á mí ya con los cabellos blancos. He reñido más de una vez con vosotros y he colgado de los sepulcros de mis deudos multitud de escalpes que arranqué á vuestros camaradas. Quemadme en lugar de mi hijo.» Aceptaron el cambio los aboinugs, y el hijo volvió á su tribu.

No bien supieron los ojibwas la muerte del padre, juraron tomar venganza. Organizaron un ejército, marcharon sobre las ciudades que tenían los aboinugs en las orillas del Chippewa y las pasaron á sangre y fuego. Hasta seis arrasaron sin dejar con vida á ninguno de los habitantes. Así proceden los pueblos bárbaros y así tambien los cultos, que en materia de venganzas bárbaro fué siempre el hombre.

Más pudiera escribir de los ojibwas, pero tocando ya en la época de los europeos. Dejo aquí el grupo de los algonquines y entro en el de los dacotas.

Los dacotas ocupan hoy el valle superior del Missouri y se extienden hasta muy cerca de las Montañas Rocosas. Ántes del Descubrimiento residían en las fuentes del Mississipí, adonde, segun tradicion, habían bajado del Norte. Los hemos visto ya en lucha con los ojibwas: á las orillas del Lago Superior y á las del lago de los Bosques llevaban con frecuencia sus armas.

Eran estos bárbaros y son todavía de buena estatura y mejores formas, de grandes y angulosas facciones, de varonil cabeza; recios, ágiles, sufridos; fuerte y casi negro el cabello, ancha y prona la frente, rasgados y penetrantes los ojos, larga la nariz, salientes los pómulos, abierta la boca y no muy rectos los labios, un si es no es aguda la barba, fornidos el cuello y los hombros, alto el pecho, delicadas las manos, fuertes los piés, hermoso el cuerpo.

No sabían generalizar; tenían sólo fuerza perceptiva y memoria de lugares. Dibujaban fácilmente en la arena las escabrosidades del suelo, el curso de los ríos y las costas de los lagos; pero sin proporciones ni gusto. Eran hombres de fantasía como los algonquines: habían poblado tambien de genios aire, tierra y agua y forjado multitud de leyendas que contaban en sus ocios de invierno al amor de la lumbre.

En bravura, en crueldad, en orgullo, en amor á la independencia, en sed de venganza excedían á muchas naciones. Como los iroqueses sobrellevaban con espantosa calma indecibles tormentos. No se presentaban, sin embargo, serios y taciturnos sino delante de los extranjeros; gustaban mucho de la plática, del festin, del regocijo y eran por demas volubles.

Son generalmente conocidos los dacotas bajo el nombre de sioux, que les dieron los franceses. Divídeselos por lo comun en siete grandes ramas; pero no los distribuye sino en seis Philander Préscott, que los entendía, los estudió de cerca é hizo por conocerlos exquisitas investigaciones. Opina con Préscott Mooer,

que habla tambien de ciencia propia: y dice que, á ser más de seis, hubieron de constituir la séptima los assinaboinos. Siguiendo á tan buenos etnógrafos, divido á los dacotas en *mendawahkantones*, *wahkpatones*, *wahkpacootas*, *susetonwahes*, *eyanktonwahes* y *tetones*. Expresaban casi todas estas gentes en un mismo idioma sus pensamientos, y las que no, en dialectos que todas entendían.

Subdividíanse las seis ramas en multitud de *clanes*. Eran los clanes unas como logias que se distinguían unas de otras por las diversas raíces que empleaban como medicamentos ó por las diversas virtudes que á unas mismas raíces atribuían. Tenía cada clan en su especial terapéutica su secreto, y castigaba con duras penas al que se atreviese á revelarlo. Ocultábanselo todos los clanes mutuamente, por más que en algunas fiestas se reuniesen y bailasen juntos la Medicina–Danza ó la gran danza de la Medicina. Ocultábanse tambien la divisa ó el tótem que cada cual usaba.

Para entrar en esas raras asociaciones, que databan de lejanos siglos, había sus fórmulas de iniciacion y sus misterios. Debía empezar el neófito por señalar entre los séres animados de la naturaleza al que más quisiera y tenerlo desde entónces por objeto de veneracion y culto. No podía ni matarlo ni comerlo; y si tal hacía ó toleraba que los de su familia hiciesen caía en grave riesgo de atraerse la cólera del cielo. No importaba que el sér escogido fuese ciervo ó lobo, ave ó reptil, pez ó anfibio: ofenderlo era ofenderse.

Parecían concebidos esos clanes para establecer la paz y eran perenne motivo de discordia y guerra. Individuo de un clan que muriese ó enfermase raras veces dejaba de atribuir á otro de distinto clan la enfermedad y la muerte. Dirigíase desde luégo contra el presunto asesino todo el poder de la magia; y lo que ésta no alcanzaba lo conseguían las armas de los parientes del difunto. Volvíase despues la familia del matador contra la del muerto, nacía de la venganza la venganza, y no se daba á la nacion punto de reposo.

Supersticiones las tenían á centenares los dacotas. De ciertas aves dejaban de comer unos el ala derecha y otros la izquierda. Atravesar ciertos pájaros con instrumento agudo lo consideraban poco ménos que un delito, sobre todo en las hembras. Con instrumento agudo no podían los hombres sacar del fuego ascua ni tizon para encender la pipa. Respetaban profundamente á muchos animales: hasta sacrificios les hacían por miedo á que les invadieran en espíritu el cuerpo y se lo trastornaran. Más que temor sentían por las almas de sus difuntos, de las que decían que andaban errantes por sus cabañas y sus pueblos. Si acertaban á ver un vampiro, un murciélago, un fuego fatuo, tenían por seguro que había de morir á poco alguno de sus parientes. Daban grande importancia á los sueños: por los sueños regían muchos de los actos de su vida. Sacaban agüeros del vuelo de las aves, de la carrera de los cuadrúpedos, de los sonidos que oían de noche. No consentían que pusiera la mujer la mano en el talego donde guardaban sus utensilios de guerra. Obligábanla durante los menstruos á vivir fuera de su

choza, y de las puertas de su choza tenían en esos períodos colgadas sus armas.

Huían además los dacotas de pronunciar su nombre. No se llamaban jamas por el suyo hijastros y padrastros, mujeres y maridos. Varon que oía de boca de un extraño la pregunta de «¿cuál es tu nombre?» creía firmemente que estaba en grave riesgo: buscaba desde luégo el apoyo de sus amigos contra la desventura que en su sentir le amenazaba.

Eran grandes fumadores aquellos salvajes, y, sin embargo, hacian unos voto de no usar la pipa en público, se abstenían otros de encenderla en ciertos días, no se la ponían otros en la boca si acertaban á llevar puestas las sandalias. Solían dirigir todos al cielo la primera bocanada de humo, la segunda á la tierra, en direccion de sus hombros la tercera y la cuarta: imaginaban probablemente que con ésto se hacían propicios á los espíritus. Tal había que no empezaba á fumar sin que diera contra el suelo con el boton de su pipa.

Creían, por fin, los dacotas en duendes, en trasgos, en hadas, en hechizos, en filtros de amor, en encantamientos, en metamórfosis. Veían en todas partes lo sobrenatural, y sólo por lo sobrenatural se explicaban gran número de fenómenos de la naturaleza. Había para ellos un genio en el árbol de que sin viento se desprendía una rama, en el peñasco sito al borde del abismo que no lograban precipitar los huracanes, en la serpiente que silbaba erguido á las nubes el cuerpo, en el rayo que bañaba de luz y atronaba sus praderas y sus bosques. Se figuraban, si caía el rayo en su cabaña, que los miraba con enojo; y, henchidos de pavor, capaces eran de sacrificarle sus propios hijos. Hasta en los restos fósiles del mastodonte querían ver genios.

Por lo escrito habrá ya comprendido el lector cuán parecida hubo de ser á la religion de los algonquines la de los dacotas. Hablaban tambien estos pobres bárbaros de un Espíritu Supremo y le reconocían autor de todo lo creado, como no fuese el trueno y el arroz silvestre. No decían, con todo, en qué punto del espacio moraba ni le rendían culto. No para él, sino para espíritus inferiores tenían sus ceremonias y sus plegarias. «Espíritus de los bosques, solían exclamar cuando iban de caza, compadeceos de nosotros y enseñadnos dónde están el ciervo y el búfalo.» «Vientos, decían encendiendo sus pipas cuando entraban en un lago, dejad que crucemos sanos y salvos estas profundas aguas.» Hacían sus fiestas, pero en honor del Sol ó de sus medas.

Difería la religion dacota de la algonquina y la iroquesa en que no era dualista. Aunque daba esposa á su Monedo, no atribuía al bien y al mal distinto orígen. En Dios como en cada uno de los demas espíritus veía la primitiva fuente del placer y el dolor, la salud y la enfermedad, la vida y la muerte. Ni idea llegó á tener del Diablo miéntras no oyó á los sacerdotes de Europa. De que le fuesen propicios ó adversos los númenes hacía depender exclusivamente la felicidad y la infelicidad del hombre.

Para la vida de ultratumba no distinguía tampoco la religion dacota entre los

pecadores y los justos. Ponía su paraíso en la tierra, hácia el Mediodia; pero no en una isla á que se debiese llegar por alborotadas y procelosas aguas. Abria su region de las almas á todas las que abandonaban el cuerpo, y para todas tenía abundante caza y guerras sin cuento. Aquí y no allí suponía que habíamos de purgar nuestras faltas. Como tantas otras religiones, prescribía para evitar el castigo la expiacion y los sacrificios.

Lo notable era que en el hombre como en el oso reconocía el dacota cuatro almas: una que permanecía junto al cadáver, otra que rondaba las calles del pueblo, otra que iba al paraíso y otra que vagaba por los espacios. ¿No parece verdaderamente imposible que pudiera incurrir en pecado de materialismo? Siempre que intentaba dar forma á sus dioses cogía, sin embargo, una piedra redonda, la pintaba, la ponía á pocas varas de su choza dentro de un área de uno á dos piés de diámetro que limpiaba de toda yerba, le ofrecía tabaco, plumas, wámpum y le rogaba que le librase del mal que le afligía ó del peligro que le amenazaba. No conocía más templos, altares ni ídolos.

Ni era el dacota más espiritualista en sus sacrificios y sus fiestas. La del Sol estaba reducida á la danza de dos jóvenes que no llevaban cubiertos sino sus lomos. Durante cuatro ó más días bailaban con breves intervalos los dos mancebos de cara al brillante astro y guardaban rigoroso ayuno. Los sacrificios consistían ordinariamente en colgar pieles de ciervo ó mantas, alguna que otra vez en derramar la sangre del castor ó el búfalo.

Lo material y lo inmaterial andaban siempre confusos y revueltos en el espíritu de aquel pueblo. Por millares contaba el dacota á sus dioses, y á todos ó casi á todos atribuía formas corporales y los decía sujetos á la muerte. Más que dioses tenía familias ó razas de dioses; así que, no porque muriera, verbigracia, el dios del trueno ó de la guerra, dejaba de tener nunca dioses de la guerra y del trueno. Suponía á muchos de esos dioses en lucha los unos con los otros, y por esa lucha explicaba importantes fenómenos de la naturaleza.

Bajo el nombre de *Onkteris* ú *Onktayes* comprendía el dacota una familia de dioses, unos varones, otros hembras, que eran los númenes del agua y de la tierra y despedían de su cuerpo irresistibles efluvios. Figurábase á las onkteris de la tierra como grandes bueyes que podían prolongar hasta las nubes su cola y sus cuernos; á los del agua, como desmesuradas y tambien cornudas anguilas. Suponía á los unos y las otras, no enemigos ni rivales, sino en íntimo consorcio y maridaje. Del onkteri, por decirlo así, reinante decía que estaba en el río Mississipí, debajo de las cascadas de San Antonio.

No hace muchos años, escribe Pond, en la época del deshielo, á causa de seguir obstruido el cauce del río entre las cascadas y el fuerte Snelling crecieron indeciblemente las aguas. Cuando pudieron ya romper, bajaron con espantosa fuerza y barrieron cuanto encontraron. Lleváronse una cabaña que estaba en la márgen y con ella un soldado, de quien nunca más se supo. No á las aguas, sino

al Onkteri atribuían los dacotas la desgracia del soldado. El onkteri lo había cogido para satisfacer su apetito.

«Ántes que yo naciera, decía un dacota á Schoolcraft, me tomó en espíritu el onkteri del río y me bajó á lo más hondo de sus aguas. Dióme cada uno de sus hermanos un consejo, y él un tambor manifestándome que cuando lo tocara y siguiera las instrucciones que acababa de recibir me sucedería todo á medida de mi deseo. Me trujo despues á mi pueblo, donde nací de mujer de mi raza.»

El onkteri era entre los dacotas el más venerado de todos los dioses. Se le suponía el autor inmediato de la tierra y del hombre y el fundador de la Gran-Medicina ó Medicina-Danza. Se le sacrificaba plumion de cisnes y de ánades de color de escarlata, pieles de cierva, perros y tabaco. Se tenía por de su servidumbre á la serpiente, al lagarto, á la rana, á la sanguijuela, al águila, al pez, á los espíritus de los muertos.

Despues de los Onkteris figuraban en el Olimpo de los dacotas los *Chaoterdahs*, los dioses de las selvas. Habitaba el Chaoterdah al pié de un alto cerro sobre cuya cima desplegaba un árbol sus brillantes hojas. Al dejar su cabaña iba siempre á sentarse en una de las ramas de este árbol. Atraía allí por la misteriosa fuerza de que estaba revestido á los pájaros de los vecinos bosques: en ellos tenía cuidadosos centinelas que le advertían los movimientos de su enemigo *Wakinyan*, el dios del trueno. Podía siempre más que este dios, porque, no bien sabía por sus guardas que Wakinyan había parecido en las nubes, corría á sumergirse en el agua, donde perdía su virtud el rayo. Con el rayo mismo hería luégo á su adversario y le hacía caer á sus plantas.

Wakinyan tambien moraba en lo alto. Allá en la extremidad occidental de la tierra se alzaba, segun los dacotas, un hermoso túmulo sobre la cumbre de un elevado monte: en aquel túmulo tenía Wakinyan su choza. Guardábanle al Norte un rengífero, al Occidente un oso, al Mediodía un castor, al Oriente una mariposa; y vivía tranquilo miéntras de un vuelo no subía á las nubes. De un vuelo, digo, porque se le consideraba pájaro. No se hablaba tampoco de un solo wakinyan, sino de wakinyanes de cuatro familias ó razas; pero á todos se daba formas de ave más ó ménos fantásticas. Decíase de los primeros que eran negros, de largo pico, de alas de cuatro coyunturas; de los segundos que eran amarillos, de alas tambien de cuatro articulaciones, sin pico, sin más de seis plumas; de los terceros que eran de color escarlata y de alas larguísimas, no ya de cuatro, sino de ocho nudos; de los cuartos que eran azules, esféricos, sin ojos ni orejas, con sólo dos plumas por alas, por toda cara una especie de media luna, de cuyos extremos partían dos divergentes cadenas de rayos.

Era el wakinyan una divinidad ruda, cruel, destructora, que se complacía en aniquilar cuanto veía. No sin razon se le contaba entre los dioses de la guerra y se le suponía inventor de la lanza, del tomahawk y de la pintura que servía á los dacotas de escudo contra los mortíferos dardos de sus enemigos. ¿A

quién se podía tomar con más justicia por imágen de la guerra ni á quién atribuir con más motivo el orígen de las armas que al dios que en lucha con la naturaleza derribaba los más altos cedros, ponía fuego á las cabañas, hacia retumbar los montes y estremecer la tierra y, cuando no le mataba, humillaba y llenaba de pavor al hombre? Llamaban los dacotas al trueno la voz de Wakinyan; pero lo creían generalmente producido por el revoloteo de infinitos pájaros que bajaban desde los piés del temible dios al oscurecido suelo. El rayo decian que lo engendraba Wakinyan con sólo batir las alas.

Dioses de la guerra había muchos y de muy distinto género: *Takuxkanxkan*, que residía en el hacha, la pica, las murallas y los cuatro vientos; tenía á sus órdenes al buaro, al cuervo, á la zorra, al lobo, á los demas animales de perverso instinto; aventajaba á todos los dioses en astucia y cólera; y ejercía poderosa influencia sobre el entendimiento y el corazon del hombre;—*Haokah* ó *Heyoka*, que iba provisto de arco y flechas, disponía para su defensa del rayo y de todos los meteoros, guardaba en sus corrales al ciervo, al oso, al búfalo y al alce y restablecía en la lucha y la caza el vigor de los cuerpos que había enervado el deleite;—*Eah*, que llevaba cuernos y en la mano un sonajero de pezuñas de ciervo;—*Waundedan*, por fin, anciana que iba armado de un tomahawk el brazo y circuida de una aureola boreal la cabeza.

Cuando estaba un ejército para salir á campaña, invocábase por su jefe á Wahundedan, y la diosa aparecía. Si la campaña había de ser feliz, indicaba Wahundedan por los aros que dejaba caer de sus manos el número de cabelleras que se había de arrancar á los enemigos; si infausta, despedía tantas flechas rotas como guerreros se había de perder en la guerra. Ya en marcha, llamaba el capitan dacota en su auxilio á Eah que, acompañado de *Schunschunah* (reflejo ó vislumbre del Sol), le decía con exactitud dónde tenían los contrarios su emboscada ó sus reales. Takuxkanxtan, invisible y ubicuo, se complacía en ver tendidos gran número de hombres por los campos de batalla. Procurábase tambien tenerlo propicio: creíase inventado al efecto el baño de vapor y la extraña fiesta donde atado un hombre de piés y manos veía de repente sueltas por un sér invisible sus ligaduras.

De los Haokah se decía como de los Wakinyan que había cuatro familias. Llamábaselas antinaturales porque expresaban la tristeza por risas y la alegría por lágrimas y suspiros, tiritaban de frío en verano y sudaban y jadeaban en lo más frío del invierno, manifestaban tranquilidad en los peligros y terror cuando más seguros, tomaban el bien por el mal y la verdad por mentira. Como Takuxkanxtan era invisible una de esas familias y pasaba por ser la autora de los mansos remolinos. En cambio el principal Haokah era un dios gigante, en cuyo honor hacían sus adoradores la más rara fiesta. Celebrábasela siempre en lo interior de un wigwam, ó lo que es lo mismo una cabaña, donde había una caldera de comida hirviendo. Danzaban al rededor de la caldera multitud de hombres des-

nudos que no llevaban sino una manera de mitras de corteza de abedul y ceñidas á los lomos tiras de la misma sustancia para cubrir las partes. Sin dejar un solo momento el baile metían esos pobres fanáticos el brazo en el caldero y comían al punto lo que sacaban; y ya que habían agotado las viandas se vertían los unos á los otros el líquido á la espalda cantando todos: «¡oh! y ¡qué frío está el caldo!» Qué preparacion recibiesen ántes en su boca y su cuerpo se ignora; lo que parece cierto es que no se les abofellaban las carnes.

Ademas de todos estos dioses había otros muchos: no citaré ya sino á los del Norte y á los del Sur, por los cuales explicaban los dacotas la sucesion del verano y del invierno. Dábase el nombre de *Wazcattah Wechastah* á los del Septentrion, el de *Etocah Wechastah* á los del Austro, y se representaba á los primeros en un torbellino de nieve, y á los otros en uno de agua. Tenían los del Norte por soldados á los lobos; y los del Mediodía, á los frailecillos y los cuervos. Los lobos salían en tiempo dado á reñir con Etocah Wechastah y le vencían despues de un terrible combate en que los protegían furiosos remolinos de nieve. Parecía entónces el invierno, y la escarcha y el hielo cubrían la tierra.

Cuando ya no podia Etocah sufrir más el frío, enviaba á sus frailecillos y sus cuervos contra los lobos dándoles por armas porras y una tempestad de truenos y rayos. Derretía la tormenta el hielo y la nieve, caían los pájaros sobre los lobos con sus irresistibles clavas y despues de larga y tremenda lucha los hacían pedazos y anegaban á Wazcattah en la espuma producida por los deshielos. Empezaban entónces las plantas á vestirse de hojas, y á poco se veía la tierra matizada de flores.

Renovábase todos los años la pelea á pesar de la muerte de los dos dioses, porque los dioses, como he dicho, constituían familias y sin cesar se reproducían. Figurábase generalmente á Wazcattah con cuernos en la frente, en la diestra una flauta, en la zurda un sonajero de pezuñas de alce; á Etocah circuida la cabeza de una aureola. Creían ver los dacotas hasta el wigwam en que estas divinidades habitaban. Presentábanlo adornado exteriormente con estacas cubiertas de plumas de águila, con lanzas, con sonajeros, con tambores.

Bárbara y extravagante en sus formas parecerá sin duda esta mitología á cuantos me lean; es, sin embargo, indudable que en manos de un Homero no resultaría ménos poética y brillante que la de los griegos. Los combates entre sus dioses y sobre todo el hecho de ser los más personificacion de las fuerzas y las revoluciones de la naturaleza la hacen trama excelente para la poesía. En mi entender es ademas digna de estudio para el filósofo por ser á todas luces simbólica, aunque no quepa aún determinar la idea de que fuera símbolo cada una de las deidades. No sería de seguro mal tema para el Congreso de los Americanistas.

Rigorosamente hablando, no tenía esta religion sacerdocio; como tantas otras de América, tenía sólo de esos hombres, á la vez médicos, profetas y magos,

que se decían conocedores de los sagrados misterios y eran los que en los actos solemnes invocaban á los dioses. Constituían esos hombres los clanes de que hablé y gozaban de gran prestigio. Eran admitidos en todas las asambleas, oidos en todos los negocios políticos, capitanes en todas las guerras, jefes hasta en las partidas de caza; como que se los creía árbitros de la suerte y el porvenir de los individuos y los pueblos.

Se los buscaba principalmente para la curacion de las enfermedades de ignorado orígen. Conocían los dacotas las virtudes terapéuticas de algunas plantas y raíces. Cerraban y cicatrizaban las heridas. Unían bien que mal los huesos rotos, aunque no sabían entablillar miembro alguno del cuerpo. Bien que desprovistos de instrumentos quirúrgicos, hacían, cuando lo reclamaba el caso, amputaciones. Tenían sus purgantes. Empleaban la sangría, la ventosa, el baño ruso. Usaban para las sangrías ó estiletes de pedernal ó puntas de cuerno de búfalo; daban el baño de vapor en tiendas bajas y pequeñas, sostenidas por cuatro estacas y cubiertas de pieles. Ponían debajo del enfermo piedras candentes y las iban rociando. Cuando manaba en sudor el paciente, ó le sumergían en arroyo ó lago ó le derramaban por el cuerpo chorros de agua fría. ¿No podían por tan cortos medios poner fin á sus padecimientos? Recurrían á sus magos ó á sus magas; que, como ántes he dicho, entraban en los clanes lo mismo las hembras que los varones.

Tomaban las cosas cierto aire de gravedad y de misterio desde que entraban en juego tan sublimes y poderosos médicos. Se los iba á buscar en su cabaña llevando en el brazo izquierdo arcos, mantas ú otros objetos de valía y en la mano derecha una pipa cargada de tabaco. Al verlos se les regalaba las preseas, se encendía la pipa y se la ponían en la boca. Miéntras ellos fumaban, ¡con qué de lamentos y de suspiros no se les rogaba que se dignasen visitar al enfermo! Se les exponía y ponderaba lo mucho que éste sufría.

Si accedía el doctor al ruego, se trasladaba á la choza del paciente, y, despues de recorrerla toda, iba á sentarse á no gran trecho de la cama. Desnudábase á poco, si no era de la cintura; y, tomando un sonajero ó de corteza de abedul ó de calabaza, lo sacudía y cantaba á fin de atraer la enfermedad y hacerla salir del cuerpo que la padecía. Tres ó cuatro veces repetía la cancion, y otras tantas le acompañaban á coro los asistentes. Volvía despues á sentarse, fumaba tranquilamente en su pipa y, agitando de nuevo la maraca, reproducía el canto. Sin dejar de mover el mágico instrumento chupaba entónces con fuerza la parte dolorida del enfermo; y, cuando se levantaba, escupía agitado y metía la cara en agua como para limpiarse del mal que podía haberle quedado en los labios ó en la boca. No son para dichos los gestos y los ruidos que allá en el agua hacía. Así afirmaba que podía extraer lo mismo la fiebre que la bílis.

Distintas eran las ceremonias cuando se atribuía la enfermedad á la influencia de cualquier animal, bípedo ó cuadrúpedo. Empezaba el médico por hacer de

corteza de árbol la imágen del sér que consideraban autor del daño. Poníala fuera de la choza del paciente dentro de un tazon de agua, en que estaba desleida un poco de arcilla; y, entrándose otra vez en el aposento, gesticulaba y producía los más extraños sonidos sin dejar nunca de sacudir su maraca. Abríase en esto de piernas sobre el tazon una mujer arremangada hasta las corvas; y luégo que parecía en la puerta el ruidoso mago, varones armados al intento disparaban flechas contra la tosca imágen hasta hacerla pedazos. Retirábase despues la mujer á un lado, saltaba el médico el tazon sobre sus manos y sus rodillas y de un brinco se le subía la mujer á la espalda.

Qué significasen todas estas prácticas es difícil comprenderlo: más lo es todavía que al bajarse la mujer al suelo agarrase por el cabello al doctor y le metiese en la choza. Concluía tan extraña ceremonia por que se recogiese los fragmentos de la imágen y se los enterrase cuidadosamente.

¿No curaba á pesar de todo el enfermo? Era porque se había achacado la enfermedad á un sér que no la había producido. Se debía entónces atribuirla á otro animal y repetir la ceremonia cambiando la imágen.

Para lo que se confesaba impotente esa rara medicina era para cortar las dolencias ocasionadas por los espíritus de los muertos. Contra ellas no vacilaba en decir que sólo había el medio de esforzarse en aplacar por la oracion y el sacrificio á los irritados manes. No contribuía ésto poco á contener las pasiones y moderar los instintos de los dacotas: es probable que no se los hubiese contenido ni moderado más el temor del infierno.

No les servía, con todo, este freno sino para que respetaran la vida de sus semejantes. Tenían por el mayor de los crímenes derramar otra sangre que la de los enemigos. No solían matarse ni en riña. Desconocían el suicidio y el infanticidio. No torturaban, por regla general, á sus prisioneros de guerra. Se dice si obligaban á sus cautivas á que pasaran con los piés desnudos por encima de ascuas; pero no lo hallo corroborado por los autores que considero más dignos de crédito.

Eran, en cambio, segun ántes dije, rencorosos y vengativos. No olvidaban ni perdonaban en los días de su vida agravio que recibiesen; aún despues de una más ó ménos cordial reconciliacion eran temibles para sus ofensores. Cuando no podían castigar la injuria en el que la había proferido, lo hacían en los que le estaban más estrechamente unidos por los vínculos del parentesco. Miraban como un mal la venganza; pero carecían de fuerza de voluntad para dejar de ejercerla. Como por otra parte atribuyesen á cobardía y temor la bondad y la dulzura, no querían ser generosos por no pasar plaza de poco bravos.

Nobles y elevados sentimientos es indudable que no los tenían. Daban, no por cariño ni por magnanimidad, sino por esperanza de recompensa. Consideraban debidos los beneficios de que eran objeto, y no los agradecían. Si álguien se los negaba, le medían de arriba abajo y le dejaban sin despedirse. Reñían

fácilmente y por motivos baladíes con el que les había prodigado mas favores: le robaban tal vez, como pudieran. Ladrones lo eran como nadie: odiaban sólo las raterías por creerlas indignas de hombres de sus prendas.

Enemigos del trabajo, miraban con desprecio la agricultura y el ejercicio de las artes. Cazar y sobre todo saquear era su deleite. Como tantos otros bárbaros, dejaban á sus cónyuges las faenas del campo y de la casa. A la mujer la tenían en tan poco, que la ofrecían á los extranjeros y apénas se dignaban fijar en ella los ojos.

Distaba, sin embargo, la mujer de lamentar su servidumbre. Encontraba justo y natural que el marido holgara: se creía y le creía con afrenta si por acaso le veía poner la mano en los negocios domésticos. Para las compañeras con quienes reñía no encontraba mayor ultraje que el de acusarlas de flojas en llevar las cargas de la familia. «¡Infame! exclamaba, he visto á tu marido acarreando leña: ¿quién serás tú cuando se ve obligado á ser mujer de sí mismo?»

En sentimientos morales aventajaba la mujer al hombre. Era modesta, humilde, infatigable. Si de soltera caía en lujuriosa, de casada se distinguía por lo fiel y lo casta. Ni las liviandades ni el mal trato del marido bastaban á distraerla del cumplimiento de los deberes de esposa. Amaba con ternura y pasion á sus hijos: por todo castigo los rociaba el cuerpo con agua fría. Poco religiosa, apénas se acordaba de sus innumerables dioses; mas ¿qué importaba si la religion no servía para hacer mejor á su pueblo?

La conducta de los dacotas se hacía notable por lo contradictoria. Tenían á veces en la mano el arma con que iban á cortar la cabellera de un enemigo y la volvían tranquilamente al cinto; asaltaban y acometían otras de improviso al que ménos podía esperarlo. Nacía ésto de que, poco ó nada reflexivos, se dejaban llevar de sus instintos y de las impresiones del momento. Así acontece donde quiera que no dominan en el hombre la razon y la conciencia.

La religion dacota no sólo no influyó considerablemente en la moralidad del pueblo; no intervino de un modo directo ni indirecto ni en el nacer, ni en el casarse, ni en el morir del hombre. Moría el hombre, y se le encerraba en un ataud ó se le envolvía, ya en una corteza de árbol, ya en una manta de piel de búfalo. Se le llevaba luégo á uno de esos cadahalsos que hemos visto en otras naciones levantados sobre cuatro estacas distribuidas en cuadrilongo. No era raro que se le echara encima ramas y tierra; ménos aún que se le dejara de que comiera y bebiera.

Solía erigirse esos rústicos y tristes cadahalsos en la cumbre de las colinas; sólo cuando no las había á cierta distancia se los construía en las llanuras.

Vertían lágrimas por el muerto cuantos le habían conocido y amado; cortábanse los deudos la cabellera de modo que no les flotara por los hombros, y algunos, principalmente las hembras, hasta uno ó dos dedos de la mano, como vimos que se practicaba en pueblos de la América del Mediodía. En señal de

luto y de respeto se quemaba ademas la tienda, las armas, los utensilios y las preseas del difunto, sobre todo si había sido jefe.

Nada ménos que durante un año visitaban los parientes el sepulcro y renovaban los víveres. Al año recogían los huesos y se despedían para siempre del muerto no sin prorumpir en gemidos y deshacerse en llanto.

A ninguno de estos ritus asistía el sacerdote.

La religion servía allí principalmente para que el hombre perdiera por una vaga idea de lo sobrenatural el sentimiento de la naturaleza y creyese ver en todas partes sombras y fantasmas. *Wacan*, es decir, misterioso, incomprensible, era á los ojos del dacota cuanto existía en el mundo. ¿Era así fácil salir de la barbarie?

La literatura de los dacotas estaba reducida á diminutos cantos y más ó ménos difusas leyendas. Estaban impregnados unos y otras de supernaturalismo. Publicó Schoolcraft una de las leyendas: voy á reproducirla tanto para confirmacion de esta verdad como para que el lector vaya comprendiendo la índole de aquel pueblo.

«Vivía en cierto bosque un anciano con su nieto, á quien había adoptado.

»El nieto, que era muy mozo, no tenía otros parientes. Ignoraba que se los hubiesen destruido seis gigantes y á manos de esos gigantes hubiesen muerto los demas niños de su nacion por haber sido inhumanamente apostados en el juego de la carrera. Porque había sido el sexto hijo de sus padres, se llamaba Chacopeo (1).

»Estaba profetizado que saldría de su nacion un hombre que llevaría una pluma blanca y asombraría al mundo por su destreza y su bravura.

»Dió el anciano á Chacopeo arco y flechas con que se divirtiese; y Chacopeo, entrándose por el bosque, acertó á ver un conejo. Se lo describió al abuelo; y como el abuelo le dijese que debía haber muerto de un flechazo animal de tan sabrosa carne, se entregó á la caza y salió hábil cazador lo mismo para las piezas menores que para las grandes reses.

»Fué creciendo el ágil mancebo en curiosidad de ver lo que por el mundo pasaba; y un día en los términos de una pradera descubrió cenizas como las de su hogar y palos como los de su tienda. Fué al punto á decírselo al abuelo, que negó la existencia de cosas tales y las atribuyó á visiones de la fantasía.

»De cada vez más curioso Chacopeo, se internó por el bosque y oyó una voz que le decía: «venid y estadme atento, jóven de la blanca pluma, que si no la llevais aún, no tardareis en llevarla. Volveos á casa y procurad dormiros. Ya que esteis dormido, vereis en sueños una pipa, un vaso y una pluma blanca, y cuando desperteis lo encontrareis todo á vuestro lado. Poneos la pluma en la cabeza y sereis desde entónces gran cazador, gran guerrero, hombre capaz de grandes hechos. En prueba de que sereis gran cazador no fumareis que no se convierta el humo de vuestra pipa en vuelo de palomas.»

(1) Seis era en dacota *shack coope*.

»Supo luégo por la misma voz que era hijo de reyes, había malamente perdido á sus padres, hermanos y hermanas, y debía, sacudiendo el yugo de su abuelo, vengar á sus deudos. Recibió una vara de sarmiento y oyó que la voz continuaba diciéndole: «cuando encontreis á vuestro enemigo desafiadle á la carrera. No verá la vid, porque está encantada; y cuando corrais ya, liádsela á la cabeza. No podrá adelantaros y será vuestra la victoria.»

»Volvió Chacopeo los ojos al lugar de que la voz partía, y vió con asombro que la exhalaba un anciano, hombre del pecho arriba, árbol en lo demas del cuerpo, que parecía haber echado raíces en la tierra. Regresó medio aturdido á su casa, durmió, vió en sueños y encontró despues cuanto se le había dicho, y dejó no poco sorprendido á su abuelo arrojando de la boca de su pipa bandadas de palomas. «¡Ah! exclamó el abuelo, se cumplió la profecía»; y prorumpió en llanto previendo que iba á perder al nieto.

»El nieto con la pluma blanca en la cabeza partió efectivamente al amanecer del otro día en busca de los enemigos de sus padres, de quienes ardía en deseos de tomar venganza. Llegó á poco tiempo al fondo de un bosque en que se alzaba una espaciosa tienda. Allí vivían los seis gigantes, que habían tenido ya noticia del hecho por los pequeños espíritus que cuidaban de correr las nuevas por el mundo. Salieron, gritaron alegremente, y á medida que se les iba acercando Chacopeo, se decían en son de burla: «mira, mira, ahí viene el hombrecillo de la blanca pluma que ha de hacer tantas maravillas.» Muy otro lenguaje usaron con él, á quien no se cansaban de llamar bravo y hombre para todo; mas sólo con el objeto de envalentonarle y precipitarle á la ruina.

»Chacopeo entró sin temor en la tienda, y propuso desde luégo al menor de los gigantes un desafío á la carrera. Servíales de meta un árbol desnudo y de punto de partida un arma de madera durísima con que el vencedor había de cortar la cabeza al vencido. Usó Chacopeo oportunamente de su vid encantada, ganó y decapitó á su arrogante adversario. Se deshizo por el mismo medio de otros cuatro gigantes, y de seis que eran dejó cinco sin vida. Rogóle el sobreviviente con las más expresivas palabras que le dejase las cabezas de sus hermanos —abrigaba en secreto la esperanza de volverlas por la magia á juntar con sus troncos—; pero, inexorable el vencedor, insistió en llevarlas á los piés de su abuelo.

»Dirigióse Chacopeo el sexto día á la tienda del gigante, cuando el hombre-árbol del bosque le llamó y le dijo: «gran riesgo correis de que os engañen, portador de la blanca pluma. No conoceis todavía personas de otro sexo, y vais á dar en el camino con la más hermosa mujer de la tierra. Guardaos de poner en ella los ojos. Cuando la encontreis, desead de todo corazon convertiros en alce para que el apetito os separe de la mujer y os lleve en busca de sustento.»

»Dió Chacopeo con su tentadora y se trasformó en alce; mas por breve tiempo. «¡Ingrato! le dijo la mujer bañada en llanto, vengo de lejanas tierras para hacerte mi esposo y cuando te encuentro ¿dejas de ser hombre?» Movido por

tanta hermosura, tales lágrimas y tan apasionado acento, desea al punto Chacopeo recobrar y recobra su prístina forma. ¡Infeliz! no acierta á conocer con quién está tratando. Se sienta con su amada al pié de un árbol, la acaricia, le toma por lecho el regazo y se entrega imprudentemente al sueño. No bien se convence ella de que está bien dormido, saca del cinto un hacha y le abre por la espalda.

»No era la hermosa mujer sino el gigante, que se propuso vencer por la astusia á quien no habría jamás vencido por la fuerza. Volvió á su natural estado, convirtió en perro al engañado mancebo, y le condujo en tan baja forma á su desierta y espaciosa tienda. Le quitó por de contado la pluma blanca y se la ciñó á las sienes.

»Acertaban á vivir en un pueblo del tránsito dos hermanas rivales, hijas del jefe, que suspiraban por ver al caballero de la blanca pluma y hacerle su marido. Habíanse construido en los alrededores cada cual su tienda, y se la ofrecieron al gigante en cuanto le vieron. Entróse el jayan en el alojamiento de la mayor de las dos jóvenes, con la cual vivió desde luégo maritalmente; y el perro, en el de la menor, que le agasajó, le puso blando lecho y le trató como si fuera su esposo.

»Creía el gigante haber heredado las virtudes de la pluma blanca con sólo llevarla en la cabeza; así que al otro día salió de casa confiando en su ventura. Volvió con las manos vacías, cuando el perro, que había hecho otro tanto, volvía con un castor entre los dientes. Siguió á la otra mañana al perro, y, oculto detras de un árbol, le estuvo observando. ¡Cuál no fué su asombro cuando advirtió que el perro sacaba del fondo de un vecino río una piedra y se hacía ésta castor en tocando la orilla! Fué á su vez al arroyo, sacó su piedra y se llenó de no ménos gozo que sorpresa viendo que se repetía el milagro. Regresó á su tienda colgado el castor del cinto, que entregó á su esposa; mas cuando tras corto descanso pidió de nuevo el cinturon lo halló ya no con el castor, sino con la piedra.

»Viendo conocida el perro su manera de cazar castores, se fué al amanecer del siguiente día al bosque y cortó de un árbol una rama negra, chamuscada por el fuego, que se le convirtió al punto en oso. El gigante, que tambien le había seguido, cortó otra rama y obtuvo la misma trasformacion; pero sólo hasta llegar á su cabaña, donde el oso recobró su primitiva forma.

»Determinó á poco la esposa del gigante irse con él á sus padres á fin de que supieran cuán valioso cazador tenía en su marido. No bien se fueron, cuando Chacopeo indicó por señas á su amante que le diera un baño de vapor á usanza de la tierra. Dióselo la enamorada jóven, y no tardó en obtener su recompensa, porque Chacopeo fué con el sudor tornándose en lo que ántes era, en hermosísimo mancebo.

»Habló la hija mayor á su padre, no sólo de su matrimonio, sino tambien de las indecorosas relaciones de su hermana con un perro, de quien dijo á conti-

nuacion lo maravillosamente que cazaba. Sospechó el padre si habia allí magia, y envió en continente á su hija menor mensajeros y mensajeras para rogarla que volviera á sus antiguos lares. Atónitos quedaron mensajeros y mensajeras al encontrar en vez del perro á tan gallardo y gentil mozo, que no tenía sino el defecto de estar mudo por no haber podido todavía recobrar el habla. Obedeció, como era natural, la hija, y fuéronse todos á la casa del padre, que no se asombró ménos del cambio.

»Quiso la suerte que al llegar la hija estuviesen en casa del padre todos los ancianos y hombres entendidos del pueblo con el fin de que por sus ojos vieran y juzgaran los sobrenaturales hechos del gigante, que se atribuía todos los del jóven de la blanca pluma. Llenó el gigante su pipa y la fueron pasando á todos los allí reunidos para observar si con fumarla haría alguno maravillas. Viendo que nadie lograba sino echar humo, la alargaron á Chacopeo, que manifestó por señas estar resuelto á no tomarla sino despues del gigante. Fumó el orgulloso jayan y nada obtuvo; fumó Chacopeo, indicando que se le pusiera la pluma blanca en la cabeza, y no bien la sintió sobre sí, recobró el habla y vió convertido el humo de su pipa en vuelo de palomas.

»El padre, despues de haber oido la historia de Chacopeo, trasformó en perro al gigante y lo hizo poner en medio del pueblo para que los niños lo matasen con sus pequeñas clavas.

»Pidió entónces Chacopeo que se le diera un manto de piel de búfalo y se empleara en hacer flechas á todos los jóvenes de la tribu. Ya que lo hubo conseguido, cortó en menudos pedazos el manto y los sembró en la pradera. Fué de caza á los cuatro días todo el pueblo; y ¡oh poder de la pluma blanca! los pedazos de la piel de búfalo se habían convertido en manadas de bisontes. Se mató á cuantos se quiso y se celebró un gran banquete, despues del cual Chacopeo se fué con su esposa al hogar de su abuelo.»

A pesar de lo larga he reproducido íntegra esta hermosa leyenda, no sólo por los motivos que ántes aduje, sino tambien por las reflexiones á que da márgen. ¿Quién al leerla no la creería hija de la Europa de la Edad Media? El hombre árbol del bosque tiene hasta cierto sabor de antigüedad que no dejarán de percibir á buen seguro los que medianamente conozcan la mitología de los griegos. Se ve claramente que la humanidad ha sido en todas partes y en todos los tiempos amiga y engendradora de quimeras. En gigantes han creido siempre los dacotas. Hablan en sus tradiciones de uno que descollaba sobre los más altos árboles y atravesaba de una sola zancada los más anchos ríos, y sostienen que aún ahora los hay, si bien no saben dónde. En trasformaciones mágicas ¿dejó de tener fe alguno de los pueblos de la América del Norte? En punto á creaciones de la fantasía no quisiera que pasara desapercibida para el lector la de esos pequeños espíritus portadores de nuevas.

Cuentos como el de la pluma blanca los tenían á centenares los dacotas. Les

sucedía lo que á los algonguines: ejercitaban mucho la imaginacion, poco las demas potencias del espíritu. Nada sabían del curso aparente del Sol, nada de equinoccios ni de solsticios. Del año ni nocion tenían; apreciaban el tiempo por las cuatro estaciones, á cada una de las cuales daban tres meses. El mes lo determinaban por las revoluciones de la luna: no por las sinódicas, sino por las siderales. Lo hacían de veintiocho días. Division del mes en semanas ni la conocieron ni la conocen. Tampoco la del día en horas. Dividíanlo cuando más por el orto, zenit y ocaso del Sol y de algunas estrellas. Estrellas distinguieron muy pocas, y á muy pocas dieron nombre. Por esta razon principalmente se aventuraban raras veces á viajar de noche como no fuese por muy conocidas y muy trilladas sendas. Astros que vagaran por los espacios no llegaron á descubrirlos Habían ademas concebido sobre todo lo del firmamento las más pobres ideas: confundían con las estrellas las exhalaciones y afirmaban que nacía cada mes una nueva luna. La anterior decían que había muerto picada y mordida por los ratones.

No hablemos de los meteoros. De ninguno se daban razon los dacotas: se limitaban á considerarlos obra de sus diversos dioses. Habíanse fijado principalmente en la aurora boreal y el rayo: los miraban con supersticioso terror y no los veían que no abandonasen todos sus negocios.

Lo que de Medicina supieron ya lo hemos visto. En Aritmética habían llegado á la numeracion decimal; pero contaban por los dedos de la mano. Despues de haberlos recorrido todos cerraban el primero y empezaban la segunda decena; concluida ésta, doblaban otro y empezaban la tercera; concluida ésta, otro y daban principio á la cuarta. Seguían así doblando dedos y contando decenas; y, cuando tenían ya cerrada la mano, sabían haber llegado á ciento. Calcúlese cuán limitados y difíciles no habían de ser sus operaciones y cálculos. Llegar á mil era para ellos penosísimo esfuerzo.

No les ayudaba tampoco mucho el lenguaje empleado para expresar los números. En pasando de ciento era complicadísimo. Uno, *wan chah* ó *wa je tah;* dos, *nom pah*; tres, *yah mo ni*; cuatro, *to pah*; cinco, *zah pe tah*; seis, *shack coope*; siete, *shack o*; ocho *shah en do;* nueve, *nep e chu wink ah*; diez, *wick*; once, *akka wah ju*; doce, *akka nom pah*;... veinte, *wick chim ne no pah;* veintiuno, *wick a chimen ne nopah sam pah wah je tah*; veintidos, *wich a chimen ne nopah sam pah nom pah*;..... treinta, *wick a chimen ne yah mo ni*; cuarenta, *wick a chimen ne to pah*; cincuenta, *wick a chimen ne zah pe tah*; sesenta, *wick a chimen ne shack coope*; setenta, *wick a chimen ne shack ko*; ochenta, *wick a chimen ne shah en do*; noventa, *wick a chimen ne nep e chu winck ah*; ciento, *opong wa*; ciento y uno, *opong wa sam pah wah je tah*; ciento veinte, *opong wa sam pah wick a chimen ne yah mo ni*;..... doscientos, *opong wa no pah*;.... . mil, *kick ta opong wa—vah—je tah*;...... diez mil, *kick ta wick a chimen nah*;...... cien mil, *kick ta opong wa opong wa vah je tah;*...... un millon, *kick ta opong wa tunkah*, etc.

Tenía esta numeracion palabras simples sólo para los números dígitos y el número ciento: y de aquí lo complicada que era. Once era diez y uno: doce diez y dos, etc. Veinte era dos dieces; treinta, tres dieces. Mil era diez cientos; dos mil, dos diez cientos; cien mil, ciento diez cientos. Un millon era diez cientos mil. Así mil ochocientos ochenta y uno, número del año en que escribo, habría debido traducirse en dacota por *kick ta opong wa opong wa shah en do wick a chimen ne sha en do wa je tah.*

Esta fué, sin embargo, la parte de las matemáticas en que más adelantaron aquellas gentes. No supieron una sola palabra ni de geometría ni de mecánica ni de las artes de construccion, tan necesarias para la vida culta.

No progresaron los dacotas, y es más, ni aún en aquellas artes que con razon se considera hermanas de la poesía. En música sólo conocieron cuatro notas, dos clases de tambor, la flauta dulce de cuatro agujeros y la maraca. Unicamente en las maracas ó sonajeros habían desplegado alguna originalidad y destreza: hacíanlas de calabazas y tambien de cortezas de abedul y de pezuñas de ciervo. Agujereaban esas pezuñas y las ponían en dos hileras á los dos lados de un palillo más ó ménos largo. Flojas de modo que se movieren á cada sacudimiento del palo, producían singular y extraño ruido.

Estaban aún los dacotas mucho más atrasados en la pintura. Desconocían como los algonquines las proporciones, y no acertaban á reproducir las graciosas curvas de la naturaleza viva. En la escultura apénas se distinguían más que por los relieves de sus pipas.

¿No es verdaderamente de notar que consumieran todas aquellas naciones su actividad intelectual en la religion y la magia?

CAPÍTULO XXXIII

Los dacotas.—Su gobierno.—Sus asambleas.—Su manera de castigar los delitos.—Sus ideas sobre la propiedad.—Sus reglas sobre la caza.—Su modo de suceder.—Sus permutas.—Sus guerras.—Sus armas.—Su sistema de recluta.—Sus juramentados para la muerte.—Sus preparativos para la campaña.—Sus equipos.—Su disciplina militar.—Sus exploradores.—Sus ataques.—Su desórden así en las victorias como en las derrotas.—Su crueldad.—Su extraña manera de celebrar el hecho de haber dado muerte á un enemigo.—Su conducta para con los prisioneros.—Su respeto á las cautivas.—Su danza de los escalpes.—Sus demas danzas.—Sus juegos.—Su animadísimo juego de la pelota.—Su juego de huesos de ciruela.—Su juego de los mocasines.—Su fiesta del perro.—Su sobriedad en la bebida y la comida.—Su traje.—Su sentimiento estético.—Sus viviendas.—Sus tiendas para el invierno y sus casas para el verano.—Su sistema de vida.—Su poligamia y las consecuencias que traía.—Su division de cargas entre la mujer y el marido.—Sus mujeres.—Sus matrimonios.—Sus viudas.—Sus costumbres para con los recien-nacidos.—Sus adopciones.—Sus divorcios.—Su hospitalidad.—Su industria.—Su modo de cazar y de pescar.—Sus canoas.—Su falta de herramientas.—Su procedimiento para encender el fuego, cocer sus comidas y acarrear el agua.—Su modo de adobar las pieles.—Sus colores.—Su pictografía.—Su lengua.—Afinidades de esta lengua con la de los algonquines.—Afinidades con la quichua.—Particularidades.—Rara interposicion de los pronombres entre las sílabas del verbo.—Conjugacion especial de los verbos que empezaban por *ya, yo, yu*.—Otra conjugacion más extraña para los verbos neutros y aún para algunos de los activos.—Uso de los pronombres posesivos en otros verbos.—Cómo se incorporaba á los verbos el posesivo que iba con el acusativo ó régimen directo.—Manera como por algunos prefijos se indicaba algunas circunstancias de la accion de varios verbos activos.—Polisinteismo de la lengua dacota.—Ejemplos y reglas para la formacion de las voces compuestas.—Conclusion.[1]

Si no mienten sus tradiciones, carecieron los dacotas de jefes civiles ántes de la época del Descubrimiento. Ya que los conocieran, en muy poco habían de estimarlos á juzgar por la escasa obediencia que hoy les dan y lo condenados que los tienen á vivir del socorro de los parientes. La autoridad residía allí toda en las asambleas, que se reunían al aire libre cada vez que lo exigía el interes del pueblo.

Entraban á formar parte de esas juntas los guerreros, si de guerra se trataba; los ciudadanos todos, si de otra índole de negocios. Aunque sin voz ni voto, podían asistir á todas los jóvenes menores de veinticinco años; á todas concurrían los sacerdotes. Proponía el que había convocado, levantábanse todos por su órden á decir lo que sentían y se adoptaba la opinion que parecía más cuerda. Nada de mayorías ni de minorías; nada de intrigas ni de cábalas.

Eran todas estas juntas meramente locales. Asamblea nacional ó federal no

---

[1] Fuentes de este capítulo: SCHOOLCRAFT, tomo I, pág. 247; tomo II, pág. 71, 74, 79; 168 á la 199; tomo III, pág. 225 á la 246; tomo IV, pág. 59 á la 72; tomo V, pág. 696; LEWIS AND CLARKE, *Travels to the source of Missouri*, pág. 44, 63 y 64; DAVID DUNCAN, tabla 53; LUCIEN ADAM, *Etudes sur six langues américaines*, pág. 2 á la [illegible]. Sé que hay una gramática y un diccionario de la lengua dacota publicada el año 1852 en Nueva York por S. R. Rigs; pero no he podido adquirirlos. He escrito de la lengua dacota por las noticias que he encontrado en Schoolcraft y en Burton y principalmente en el ya citado folleto de Adam, que es de sumo interes.

sé que la hubiese con venir embebida, segun algunos escritores, en la voz «dacota» la idea de confederacion ó liga. No se deliberaba allí jamas ni sobre las cuestiones de órden público, ni sobre la represion de los delitos, ni sobre la manera de hacer efectivas las obligaciones, ni sobre la recaudacion de los tributos. Sólo alguna que otra vez se castigaba á los homicidas para cerrar la puerta á la venganza.

Como ántes se ha dicho, caía ordinariamente el crímen bajo la jurisdiccion de los ofendidos: regía la ley del talion hasta las usurpaciones y los daños de la propiedad de la tierra. Se devastaba maizal por maizal, se invadía campo por campo, se destruía casa por casa. A veces, con todo, eran objeto de transaccion y arreglo lo mismo los ataques á las cosas que á las personas. Entre los parientes del matador y los de la víctima lo llegó á ser hasta el asesinato.

Es inexacto que la propiedad no existiera en aquel pueblo. Como nacion, creían los dacotas exclusivamente suya, por haberla recibido del Grande Espíritu, la tierra que ocupaban y la que habian tomado por término de sus cacerías; como individuos, la que habían hecho fecunda con el sudor de su rostro. No toleraban ni que gentes de otras naciones fuesen á cazar dentro de sus fronteras ni que gentes de otras familias se instalasen en sus predios. Tenían todos en su villa su territorio de caza, y veían con malos ojos que se lo invadieran hasta vecinos de otras villas. No por labrar campos ajenos los hacía nadie suyos.

Conocíase entre los dacotas uno como arrendamiento. Cedía á veces el propietario el usufructo de su tierra á cambio de productos ó de servicios. Lo daba otras bajo la condicion de que se le entregara la mitad de la cosecha. Empezaba la propiedad á surtir sus efectos; mas dudo que tál sucediera ántes de haber llevado franceses é ingleses el comercio á tan sencillas tribus.

Estaba tambien la caza sujeta á reglas que había introducido la costumbre. No hacía suya la res el que la perseguía, sino el que la mataba. El que ántes la hubiese herido tenía, sin embargo, derecho á la piel y á buena porcion de carne. Esto cuando los cazadores no formasen partida; que, si la formaban, eran comunes á todos las reses muertas. Discordias sobre caza apénas si las había, como no fuese en tiempo de hambre.

Respetábase la propiedad lo mismo en las cosas muebles que en las raíces; pero sólo mientras vivía el propietario. Despues, se las repartían los convecinos sin tomar en cuenta ni á la viuda ni á los huérfanos. Cuando no se las quemaba, iba gran parte de las muebles á manos de los sacerdotes. No eran allí conocidos ni los testamentos ni las sucesiones *ab intestato*. Se las conoce hoy; pero únicamente en la trasmision de los cargos, que pasan por cierto, no á los hijos de las hermanas, sino al mayor de los hijos propios.

Comercio en el rigoroso sentido de la palabra entiendo que no lo hubo entre los dacotas hasta que estuvieron en relaciones con los europeos. Hubo simple

cambio de productos, y ésto de tal modo, que ni siquiera se lo regulaba por la equivalencia. El que necesitaba de una canoa, por ejemplo, la solicitaba del que la tenia ofreciéndole objetos que á su entender bastaban á compensarla. Aunque no las diese tanto valor el dueño de la canoa, la cedía, temeroso de que negándola viniese á encontrar en ella su desventura, cuando no su muerte. Inspirábanle ese miedo en parte la supersticion, en parte el espíritu rencoroso de sus compatricios.

Más que al comercio eran los dacotas aficionados á la guerra. Hacíanla, como los demas bárbaros, ya por venganza, ya con el objeto de rechazar ajenas invasiones, ya para castigo de los extranjeros que se hubiesen atrevido á cazar en su territorio. En este último caso rara vez dejaban de entablar ántes negociaciones para el amistoso arreglo del asunto, y rara vez dejaban de conseguirlo.

Las armas de que más uso hacían eran el dardo, la flecha, la clava y el cuchillo para los escalpes. De cierta piedra arenisca y fuerte sacaban las puntas de sus dardos; de huesos, de astas de ciervo y alce, de nervios del cuello del búfalo, las puntas de sus flechas; del pedernal y de la obsidiana, las hojas de sus cuchillos; de maderas como el hierro, sus formidables clavas.

Salían frecuentemente á campaña, pero nunca por la fuerza. Voluntario el servicio, desusados los alistamientos, podían, como quisieran, seguir al que los llamaba ó permanecer en sus hogares. Aún despues de comprometidos á tomar parte en las expediciones, tenían derecho á retirarse miéntras no se las hubiese comenzado. No por ésto se retraían fácilmente, que ponían su mayor gloria en adquirir fama de bravos y arrancar muchas cabelleras á sus enemigos.

Dacotas había juramentados que no dejaban de responder á ningun llamamiento. Contaban todos de treinta á treinta y cinco años y constituían un cuerpo que acampaba y danzaba aparte. Tenían á mengua en las batallas guarecerse detras de los árboles y valerse de artificios: atacaban de frente y ni retrocedían ante ningun peligro ni volvían jamas la espalda. Estaban por decirlo así consagrados á la muerte; pero obtenían honores como nadie. Sentábanse los primeros en las asambleas y adonde quiera que iban eran recibidos con aplauso y mirados con respeto.

El dacota que habia concebido un pensamiento de guerra empezaba por buscar un caudillo entre los sacerdotes ó los que se habían ya señalado por sus proezas. Durante dos ó más semanas este caudillo celebraba cada tres ó cuatro noches en su tienda una danza á que concurrían todos los hombres dispuestos á empuñar las armas. Cuando había reunido la gente que creía necesaria para la expedicion, fijaba el día y la hora de la partida.

Presentábanse los expedicionarios ceñida por una venda de honor la frente, pintado el rostro, en trenzas el cabello, el arco en la mano, al cinto el cuchillo y un talego donde llevaban víveres para el camino, yerbas para las heridas y raíces y plantas á que atribuían virtud para mantenerles vigoroso el cuerpo y

esforzado el ánimo. Quien se había teñido de negro, quien de rojo el semblante: quien se lo había cubierto de listas de varios colores y quien salpicado de manchas.

Interin no salían al campo, era cada cual dueño de su albedrío; en saliendo, quedaban sometidos á las órdenes del jefe. No las quebrantaba nadie que no viese al punto hecha jirones su manta y rotas sus armas. Venía siempre la pena tras el delito.

Iban generalmente los dacotas á la deshilada, como los demas bárbaros. Aunque solían, segun he dicho, llevar profetas por capitanes y al romper la marcha creían saber ya dónde acamparían y qué les sucedería durante la jornada, deseosos de precaverse contra todo género de sorpresas, enviaban siempre delante de sí exploradores que se detenían dos ó tres veces de sol á sol para darles cuenta de lo que habían observado y esperaban ó temían. Por ellos se guiaban principalmente, cuando tenían cerca á los enemigos.

Hacían nuevas danzas la víspera de entrar en batalla, y al despuntar del otro día, luégo que se había reconocido por los exploradores el campamento de los contrarios, trazaban su plan de combate. Lo trazaban generalmente en vano, porque, no bien se disparaba la primer flecha, considerábase cada cual libre en sus actos y árbitro de la comun suerte; pero impedían cuando ménos prematuros ataques y daban á la lucha buena direccion y comienzo. No se movía nadie ni alborotaba al enemigo con su algarada que no oyese la voz ó el silbido de guerra.

No se avanzaba con órden, ni con órden se hacía las retiradas. Acometía cada uno segun su arrojo y huía segun su miedo. No se prevenía nunca para el caso de la derrota el lugar en que se había de volver á reunir la dispersa hueste. No se acertaba tampoco, si se vencía, á seguir en regla el alcance á los fugitivos.

En sus triunfos eran los dacotas crueles. Arrancaban á los vencidos, como se les diera tiempo, la piel toda de la cabeza, salvos nariz, ojos y boca. Es muy de notar, sin embargo, que miéntras para los combates se ponían plumas de águila en la cabeza, collares de garras de oso en la garganta, aretes en los oidos, hermosos cintos en las caderas, ajorcas en piés y brazos; si mataban á un adversario, se destrenzaban la cabellera, se cubrían la cerviz de plumion de cisne, se ennegrecían el cuerpo y á no ser por su alegría habrían parecido estar de luto. ¿A qué obedecería tan singular contraste?

A los prisioneros dudo que se los atormentara. Cabe desde luégo asegurar que no se los quemaba como entre los munduas y los ojibwas. Se les ataba las manos á la espalda y se los llevaba al lugar de los vencedores; pero, segun dicen, no se los reducía siquiera á servidumbre. Tratábase generalmente con respeto á las cautivas: no se las violaba ni se les ofendía el pudor exponiéndolas á la vergüenza. De toda mujer se abstenían, á lo que parece, los dacotas en sus cam–

pañas. Temían que de otra manera habían de irritar contra sí los espíritus de los muertos y, ya que no por virtud, por supersticion eran generosos y castos.

Celebraban tambien aquellos salvajes sus victorias con la danza de los escalpes. Componíase la orquesta de ocho á diez hombres, de los cuales unos agitaban palos de que pendían astas de ciervo, otros sacudían pedrezuelas guardadas en sacos de búfalo y otros batían un tambor, que no era sino una piel prendida en los bordes de un aro. Colocábanse estos músicos con cinco ó seis cantores á un lado de la cabaña; y parecía á poco gran número de mujeres bellamente ataviadas, unas con las cabelleras de los enemigos colgadas de pértigas y otras con las armas y los trofeos cogidos en el campo de batalla. Distribuíanse las mujeres en dos filas que el hogar separaba, y, en cuanto rompía la música, danzaban, primero, avanzando las unas para las otras hasta encontrarse y despues retrocediendo. Cuando cesaba el baile, poníase en medio del corro un mancebo y refería las hazañas de los vencedores; cuando el mozo acababa, repetíase la danza cantando las mujeres á coro las relatadas proezas. Daban entónces el tono los cantores que habían venido con la orquesta y crecía el entusiasmo. Concluía la fiesta por agitarse todos en desordenado movimiento.

Ne creo necesario decir qué serían la música y el canto. Eran una confusa mezcla de sonidos en que no se distinguían sino los golpes dados con más fuerza ó más blandura en el tambor de búfalo. Esto era, sin embargo, el acompañamiento de todas las danzas. Se hacía en algunas ménos desapacible porque al cantar de las mujeres callaban los músicos.

Tenían muchas danzas los dacotas porque con ellas querían hacerse propicias á las divinidades de la guerra, aplacar las iras del trueno, honrar al Sol y la Luna, procurarse abundante caza y pesca, atraerse los genios de la magia y hasta curar á sus enfermos. Eran todas lo mismo, si se exceptúa que se hacía las unas por los solos varones y las otras por las solas hembras; y el mancebo relator aquí contaba los portentos de los dioses y allí repetía maravillosas leyendas; aquí entristecía con lúgubres historias á los oyentes y allí con chistes les hacía soltar la carcajada. No tomaban parte sino los hombres en la danza de los bravos; tomábanla en las de la medicina así las mujeres como los hombres. Hombres solos bailaban en las fiestas á la Luna: bailaban desde que anochecía hasta el romper del alba. Danzas había ademas por mera diversion y pasatiempo: formaban en ellas corro y daban vueltas varones y hembras.

Eran tambien los dacotas amigos de juegos. Uno preferían, el de la pelota, que era sumamente animado y muy eficaz para el desarrollo de las fuerzas. Jugábanlo en los meses que no podían dedicar á la caza; jugábanlo al aire libre, en las praderas, entre dos estacas distantes la una de la otra sobre doscientos cincuenta pasos. Estaban generalmente compuestos los dos partidos de los hombres útiles de dos pueblos, que solían llevar de espectadores á sus esposas y sus hijos. Iba provisto cada jugador de un palo que estaba retorcido por uno de los

extremos y en él tenía una pequeña red de tiras de cuero ó nervios de búfalo.

Las dos estacas servían de meta. Poníase la pelota en medio de las dos y á Mediodía, por ejemplo, se colocaba un bando, á Norte el otro. Consistía el juego en que el bando del Norte procurase arrojar la pelota más allá de la estaca del Mediodía y el bando del Mediodía más allá de la estaca del Norte. La cosa era tan difícil, que se pasaba tal vez el día sin que la pelota rebasara ninguna de las dos líneas.

Levantábala el primero un anciano en la redecilla de su palo y la arrojaba al aire con la fuerza que podía. Allí eran de ver los mancebos disputándose el cogerla y el que la cogía esforzándose por dispararla lo más léjos posible en direccion opuesta á la de su bando. Corrían desaladamente los del partido contrario á recibirla; y, ya que lo conseguían, pugnaban por volverla al punto de partida. No era obligatorio despedirla en cuanto se la tomaba; se la podía llevar en la mano y correr miéntras no lo impidiesen los adversarios. Se la debía entónces lanzar, pero no en la direccion que conviniese á los perseguidores, sino en la del perseguido. Imagínese el ejercicio de los dos bandos.

Aumentaban la animacion del juego el amor propio de los dos pueblos, los hurras de los espectadores y las apuestas. Se atravesaba allí cuanto se poseía: armas, preseas, mantas, víveres, todo ménos la mujer y los niños. Alentaban los perdidosos con grandes voces á los jugadores por quienes habían comprometido su fortuna; hacían otro tanto con los suyos los que ganaban, temiendo á cada paso que no cambiara la suerte; gritaban á su vez los que se disputaban el triunfo; y resultaba de todo un cuadro lleno de agitacion y de vida.

Es muy de notar que ese juego estuviera tan generalizado en América. Lo hemos visto en la del Sur y en la del Norte, en los trópicos y en esas frías comarcas donde se hielan los lagos. Varias eran las formas y varias las suertes; varia tambien la sustancia de que se hacía las pelotas—allá de cautchuc, más allá de una mezcla de muchas materias, acá de barro cubierto de piel de ciervo—; mas el juego era en todas partes el mismo y en todas reclamaba actividad y energía. ¿Cómo se lo usaba en los países cálidos?

Los demas juegos de los dacotas eran más para hembras que para varones. Sentábanse diez ó doce mujeres al rededor de una piel de búfalo, y ponían en un cazo ocho huesos de ciruelas silvestres: cuatro sin dibujos y cuatro pintados por una cara. De estos cuatro dos llevaban un halcon de cola partida, dos una tortuga. Echábalos todos al aire la que era mano y perdía como al caer no quedasen al descubierto ó las dos tortugas y un halcon ó los dos halcones. Seguía jugando si ganaba; debía, si no, pasar el cazo á la vecina, que á su vez probaba suerte. Aunque sencillo y al parecer inocente, no dejaba tampoco el juego de dar ocasion á numerosas apuestas. Es de advertir que no en todos llevaban los huesos las mismas figuras ni en todos eran cuatro los que venían pintados.

No era ménos sencillo el juego de los *mocasines*, ó lo que es lo mismo, de las

sandalias. Miéntras los demas jugadores cantaban hacía uno pasar repetidamente de la una á la otra de tres sandalias una bola ó palillo que tenía en la mano. Preguntaba luégo á uno de sus camaradas en cuál de los mocasines estaba el palillo ó la bola; y seguía jugando si no acertaba el que respondía. Seguía jugando tambien si éste acertaba; pero valiéndose ya tan sólo de dos sandalias. Perdía como de nuevo acertase su contendiente; ganaba como su contendiente errase. Tomaba los mocasines el ganancioso y repetía el juego.

Dejaría de hablar aquí de las diversiones de los dacotas, si no me viniese á la memoria una que la supersticion había sugerido. Hacíanla una que otra vez los guerreros de más valor y de estómago para comer carne cruda. Reuníanse todos el día y la hora concertados, y despues de hablar y fumar algun tiempo danzaban en corro empuñando cada cual el arma que más quería. No suspendían el baile miéntras no entrara en el círculo un perro por mano de alguno de los espectadores: cogía al punto un mago al perro, lo abría, le arrancaba el hígado, se lo cortaba en delgadas lonjas y se lo colgaba de un palo que levantaba cuatro ó cinco piés del suelo.

Renovaban entónces los guerreros la danza al rededor del palo moviendo los labios, relamiéndoselos y haciendo otros extraños gestos como si de antemano saboreasen la comida que les esperaba. De repente se apartaba uno del corro y se acercaba al hígado, arrebataba con violencia una de las lonjas, la mordía, la mascaba, la devoraba saltando y brincando y daba lugar á que hicieran lo mismo sus compañeros. Otro tanto hacían todos miéntras quedase del hígado un solo bocado; y, si algunas migajas caían en el suelo, las recogía cuidadosamente el sacerdote en la palma de la mano y las daba á comer á los danzarines, que continuaban sin cesar bailando.

No se contentaban los valerosos guerreros con el hígado de un perro; dos y tres veces repetían la fiesta con gran placer del pueblo que los miraba. ¿A qué dirá el lector tan rara fiesta? Vimos á los iroqueses y otros bárbaros sacrificando y comiendo perros ántes de salir para la guerra; creían los dacotas que por estos festines habían de llegar á los perros en lo sagaces y lo bravos. Creencia extravagante, de que no dejaron de participar naciones cultas.

Es muy de observar que en ninguno de esos espectáculos y juegos bebiesen los dacotas ningun género de licores. Eran tal vez el único pueblo que ni los había usado, ni los había conocido, ni los había buscado en ningun período de su vida. Contaban entre sus alimentos el maíz, del que hicieron vino tantos otros pueblos de América, y no lo utilizaron ni para hacer una mala cerveza. Debieron de ser refractarios por temperamento á las bebidas alcohólicas, puesto que tardaron en aceptarlas cuando se las ofrecieron los ingleses con la depravada intencion de robarlos y embrutecerlos.

Verdad es que tampoco eran glotones ni buscaban medios de estimular el apetito. Aunque disponían de criaderos de sal, apénas si la ponían en uso.

Algo precavidos, acecinaban en los tiempos de caza la carne que les sobraba y curaban al humo en los de pesca gran cantidad de peces; mas ni se afligían porque unos y otra les faltasen ni dejaban de darse por satisfechos con las raíces y las frutas que espontáneamente les producía la tierra. Maíz recogían poco; arroz silvestre, ménos: acomodaban los estómagos á la escasez que muy á menudo padecían. Leche y miel no las tuvieron; de las frutas y raíces debieron contentarse con la ciruela, el arándano, la avellana, la *tipsinna*, especie de nabo que crece en los prados secos, y la *psinca*, bulbo que dan abundantemente los pantanos.

No eran tan humildes los dacotas en sus trajes. Vestían manta, botines y sandalias hombres y mujeres; camisa y pañete, los varones; zagalejo y una manera de mantilla, las hembras. Adornábanse todos con broches y aretes de wámpum; con pieles de nutria, de gato montés, de armiño, de cuervo y de un pájaro rojo del género tanagra; con garras de oso. Tenía ademas en mucho el guerrero vencedor las plumas de águila, que llevaba en la cabeza con no ménos orgullo que llevan bandas y placas los esclarecidos varones de nuestros días. Mujeres y hombres se dejaban crecer el cabello y se lo ataban ó trenzaban cuidadosamente. Sólo alguna que otra vez se lo partían movidos, á lo que parece, más por ideas supersticiosas que por el sentimiento de la belleza.

Sentimiento de la belleza no dejaban de mostrarlo en sus vestidos los dacotas. Algunos de sus mantos, de piel de búfalo, tenían pintadas figuras emblemáticas y orlas de púas de puerco espin que sonaban á cada paso del que las llevaba. Las camisas todas tenían mangas é iban sujetas á los lomos por un cinturon en que estaba prendido el maxtle. Flecos y borlas del cabello de los enemigos guarnecían los botines, que subían desde los tobillos á la mitad de los muslos. Las suelas de las sandalias, si de suelas merecían el nombre, eran de cuero de alce. Abundaban, por fin, en las praderas las olorosas flores del *holcus frágans*: las recogían las mujeres, las trenzaban en forma de guirnaldas y las ponían frecuentemente por orla en sus corpiños de piel de ciervo.

Tenían los dacotas moradas para el invierno y moradas para el verano. Las del invierno eran simples tiendas; las del verano, casas: éstas, de asiento fijo; aquéllas, mudables y de fácil trasporte. Componíanse las de invierno de flexibles ramas de quince ó más piés de altura, abajo distribuidas en forma de círculo, arriba juntas, que se cubría con pieles de búfalo, unidas las unas á las otras por medio de abrazaderas y astillas. Las de verano, de planta cuadrilonga, medían comunmente de veinte á treinta piés de longitud por quince ó veinte de anchura y descansaban sobre cuatro líneas de estacas que no tenían más de siete piés de largo ni levantaban más de seis del suelo. Partían de las estacas de los dos lados mayores del paralelógramo otras que por su parte superior se unían formando ángulo y constituían la armadura del techo, atadas como venían, ya por mimbres, ya por nervios de bisonte. Tapábase los intersticios todos, salvos

los que se necesitaba para las puertas, con anchas cortezas de olmo, que se sujetaba tambien por nervios ó mimbres; y sin más que dejar en lo alto del caballete un respiradero por donde pudiese escapar la humareda del hogar, que estaba en mitad del aposento, quedaba concluida la fábrica.

Si frescas resultaban ser para el verano las casas, no eran ménos abrigadas para el invierno las tiendas, que no se solía armar sino en los territorios de guerra ó caza y para el tiempo de la campaña ó de las cacerías. Podían cómodamente albergar las tiendas hasta diez personas, y algunas había donde sin estrechez comían hasta cincuenta guerreros. No digamos de las cabañas, mucho más capaces.

Falta ahora que veamos cómo vivían en ellas nuestros dacotas. En lo interior, á lo largo de las paredes, corría un tablado de seis piés de anchura que levantaba como dos del pavimento. Allí dormían varones y hembras; y allí holgaban lo más del tiempo los varones cuando no iban de caza. Cuatro familias solían albergarse en cada una de las cabañas, y, cuando tal sucedía, ocupaban las cuatro los cuatro ángulos. Acomodaban despues en los lados á los hijos que contraían matrimonio.

Habría reinado la paz en todos aquellos hogares, si los dacotas no hubieran sido polígamos. Tenían entre sí numerosas contiendas las mujeres de cada marido, principalmente si alguna vestía mejores trajes ó disponía de más ricos adornos; y á veces no las cortaban que por más ó ménos días no se arrojase de la cabaña á las que habían promovido la pendencia. Alborotábanse y alborotaban aún más cuando sabían ó temían que el varon iba á tomar nueva esposa; cedían entónces difícilmente á las amenazas y no muy fácilmente á los golpes. Razon llevaban, máxime cuando no se oponían á que el marido corriera en pos de los libres amores y estaban, como dije, siempre dispuestas á serle fieles.

La division de las cargas entre el marido y la mujer no era allí tampoco equitativa. Tambien allí la mujer, sobre los cuidados de la casa, recogía el arroz silvestre, sembraba y cosechaba el maíz, arrancaba raíces y cortaba yerbas, se procuraba junco, hacía esteras, adobaba toda clase de pieles, labraba mocasines para toda la familia, adornaba con púas de puerco espin y cabello de los enemigos zagalejos y mantas, era labradora, industrial, sirvienta, bestia de carga. Si no es en la fabricacion de las armas, á que ni siquiera podía tocar como no fuese en las referidas fiestas, había de poner ademas mano en todos los trabajos del marido: hacer con él tazas, fuentes, cunas, canoas, remos; llevarle en las cacerías la tienda, ayudarle á levantar la casa. El marido, en cambio, tenía á mengua servirla: con ella se prestaba cuando más á desgranar mazorcas. Trabajaba por regla general el hombre dos meses en el invierno y la mujer todo el año.

Reconocía, con todo, la mujer su inferioridad, y aceptaba, como se vió, esta servidumbre. No comía con el marido. No dormía con él sino de tarde en tarde.

No se sentaba sino junto á la puerta con el fin de atender más pronto a los servicios domésticos. ¿Qué no hacia tambien por su prole á pesar de tantos desprecios? Madre, criaba y educaba sola á los hijos miéntras no salían de la infancia: abuela, enseñaba á los nietos las costumbres, las tradiciones y las leyendas de su pueblo; madre y abuela, no perdonaba por unos ni otros ningun género de sacrificios. Los abandonaba de vez en cuando por diversiones y fiestas, pero sin olvidar jamas el cumplimiento de sus deberes.

Llevaba la mujer su resignacion y el sentimiento de su inferioridad á tal punto, que no vacilaba en pegar á las niñas rebeldes y sí á los niños. Sabía la suerte que á las niñas las esperaba, y quería que desde la más tierna edad aprendieran á ser dóciles. Si hubiese querido, por otra parte, castigar á los niños, es muy posible que no lo hubiese consentido el padre.

No gozaba de más consideracion la mujer cuando soltera. Estaba siempre muy por debajo de sus hermanos. Empezaba pronto á participar de las faenas de la casa. Era pocas veces objeto de galanteos, y poquísimas casaba con varon de su gusto. Pasaba las más por venta á poder ajeno: ignoraba de ordinario hasta el día de la boda quién hubiera de ser su cónyuge. Sus padres, despues de haber recibido el precio, la vestían gallardamente, y sin consultarla ni decirle palabra la conducían á la casa del marido. Quedaba celebrado el matrimonio con que los suegros salieran á la calle á recibirla. Recibíanla siempre con gran pompa. Esto no impedía que hubiese entre los dacotas sus fugas y sus raptos: ¿no había de protestar alguna vez la naturaleza contra tan irracional costumbre?

Como quiera que fuese, quedaban sin casar pocas doncellas. Aborrecían los hombres el celibato y casi ninguno llegaba soltero á los veinte años: con esto y con ser polígamos hasta dificultades encontraban para hacerse de esposas. No faltaban maridos ni aún para las viudas de pocos hijos que quisieran convolar á segundas nupcias: las viudas eran las que solían rechazarlos por lo ménos hasta uno ó dos años de haber fallecido su primer consorte. A pesar de lo maltratadas que se veían, tal amor concebían algunas mujeres por sus hombres, que no sólo les guardaban fidelidad despues de la muerte, sino que tambien los seguían al sepulcro, ya que no por enterrarse con ellos ni arrojarse á las llamas de una hoguera, de puro apesadumbradas y melancólicas.

No era allí estéril la mujer; pero tampoco excesivamente fecunda. Paría, como en la mayor parte de los pueblos bárbaros, sin auxilio de comadres ni comadrones. Gustaba de que la ayudasen sus compañeras; pero no se aturdía si acertaba á encontrarse sola en tan duro trance. Cogía al recien nacido, le fajaba con plumison de ganso ó de cisne y le envolvía en una manta. Lavábale despues, comunmente á la hora, y le reclinaba en la manta despues de haberle otra vez fajado. Taladrábale aquel mismo día las orejas.

Recibían los dacotas al nacerles un hijo regalos de sus parientes; pero no sé que celebraran ninguna fiesta ni clase alguna de ceremonias. No las tenían

tampoco para dar nombre ni aún á los primogénitos. Se lo daban dentro del año ó consentían que otro se lo diera cuando mejor les parecía. Acostumbraban á darles el de las cosas que más oían ó tenían á los ojos: el de *Tahtunkahdootah*, búfalo rojo; el de *Tasenichah*, ardilla; el de *Nayhenowenah*, espíritu de la luna, etc., etc. No se cree que en estos nombres encerrasen ningun secreto.

Tenían á los niños en tablas de madera con un aro para la cabeza. No les comprimían miembro alguno de modo que pudiesen viciárselo. Los destetaban de los doce á los diez y ocho meses. Los nutrian bien, dadas las condiciones de su vida. Los educaban blandamente, pero ya con algun castigo.

No temían que se multiplicara excesivamente la familia. Querían por lo contrario tener muchos hijos y hasta recurrían á la adopcion para satisfacer su deseo. Lo singular era que tambien adóptaban hermanos, y creían tan fuerte el vínculo, que no se permitían casarse con la hermana de los adoptados.

Admitían y practicaban el divorcio. Repartían unas veces á los hijos entre la mujer y el marido y otras los entregaban todos á uno solo de los cónyuges. No abusaban, sin embargo, los varones de este derecho de separacion como las hembras no ultrajasen uno y otro día á la nueva esposa que ellos hubiesen elegido.

El dacota era naturalmente amigo de la sociedad, como acredita su proceder con los extranjeros. Recibía afablemente á todo el que atravesaba el umbral de su cabaña; le hacía sentar, le daba á fumar en su pipa, le servía de que comiera y á veces hasta reunía amigos que pudiesen hacerle más agradable la estancia en sus hogares. Si la visita de los huéspedes era, no al individuo, sino á la villa, los obsequiaba tambien con un banquete, donde rara vez faltaba algun anciano que les halagase el oido con alabanzas y lisonjas. Dejaba siempre á un lado las vanas ceremonias y explayaba con franqueza sus sentimientos.

¡Lástima que no fuera más amigo del trabajo y no estuviera más adelantado en el ejercicio de las artes! Iba á cazar, y ponía su confianza más en los espíritus que en su propio ingenio. Si acertaba á coger muchos castores, se tenía ya por mago. Burlaba á ciertos animales remedándolos, y decía que los encantaba. Es de extrañar que no afirmara otro tanto del antílope, á quien engañaba ocultándose en la hierba y subiendo y bajando una astilla de que colgaba algo de color rojo. Movida á curiosidad la cabra, se iba acercando; y, ya que la tenía el cazador á tiro, le disparaba una de sus flechas.

Para la pesca se valía principalmente de los arpones. Los días del invierno abría en el hielo un agujero de seis pulgadas de diámetro y, envuelto hasta la cabeza en un manto, miraba por él y veía el fondo del lago ó del río. Llevaba consigo un pez de madera atado por un cordel á una estaca, y de vez en cuando lo movía al ras del agua. Atraía con ésto á los verdaderos peces y los arponeaba á su antojo. El arpon lo tenía siempre sujeto al arco. Hasta sus niños pescaban por este medio con más pequeñas armas. En verano empleaba ya más conocidos procedimientos.

Hacía de troncos de árboles sus canoas. Las hacía tambien de corteza, pero muy pobres y mal construidas. Las de madera tenían de ocho á veinte piés de longitud y podían llevar hasta quince personas. Eran bastante rápidas.

Carecía aquel pueblo de herramientas, y sin herramientas no podía adelantar en la industria. Disponía cuando más de cuchillos y hachas de piedra. De una piedra de color rojo, que distaba de ser tan dura como el mármol, fabricaba sus pipas y no sabía agujerearlas sino á fuerza de tiempo, valiéndose de agua, arena y una muy aguda estaca. No hacía, sin embargo, nada tan acabado ni tan bello, pues, sobre darles brillo, las adornaba con bajos relieves.

Obtenía el fuego, como tantas otras naciones bárbaras, por el frote de dos maderas: una lisa y plana; otra puntiaguda, larga y redonda. Introducía la puntiaguda en la plana, y la movía aceleradamente con ambas manos hasta que la otra se inflamaba. Sabe aún ahora por tradicion que en otro tiempo cocía los alimentos con piedras enrojecidas al fuego en el hueco de una piel que por las cuatro esquinas sujetaba á otros tantos estacones hincados en la tierra. En pieles de ciervo y otros animales acarreaba tambien el agua. Como se ve, había salido apénas del estado primitivo.

En lo que más arte mostraba era en el adobo de esas mismas pieles. Las descarnaba con la punta de un cuchillo de piedra ó hueso, les abria una serie de agujeros en los bordes, les pasaba por ellos nervios de búfalo, las ataba á los palos de su tienda y las tenía con fuego debajo hasta dejarlas secas. Las desgrasaba despues, como hoy hacen los tundidores, las metía en agua con sesos de ciervo, las cocía y nuevamente las volvía á tender sobre cuatro estacas metidas en el suelo. Sujetábalas entónces, despues de estrujarlas y exprimirlas cuanto le era posible, á la accion del fuego y las raspaba como podía. Otras dos veces las bañaba y las tendía sobre las estacas. Curábalas por fin al humo poniéndolas sobre una pequeña fogata donde ardía leña podrida. Las hacía blandas y flexibles como no lo conseguían en aquellos siglos los europeos.

Había sabido tambien sacar de la naturaleza varios colores: el negro, el rojo, el azul, el verde, el amarillo. Era aficionado, como se ha visto, á pintarse así el rostro como el traje, por cierto que en sus mantas se veía con frecuencia esa mano encarnada que Stevens observó en las ruinas de la América del Centro.

En pictografía no podía estar más atrasado. Por la que usa hoy, la más bárbara del mundo, se puede venir en conocimiento de lo que tendría en aquellos apartados tiempos. No conocía más que la línea vertical para escribir las cantidades. Por una línea expresaba el número uno, por diez líneas el diez, por cien líneas el ciento. No tenía para recordar sus cantos y sus leyendas ni medios mnemónicos ni de ningun otro género.

En cambio su lengua era por demas notable. Segun los últimos trabajos léxicos, no contenía ménos de quince mil voces; contaba, segun los ortológicos, veintinueve sonidos. No se los ha podido traducir todos por las letras de nuestros

idiomas: se ha debido emplear dos clases de *c*, de *g*, de *h*, de *k*, de *n*, de *s*, de *t* y de *z*. Acababan en vocal las más de las voces; el acento determinaba en muchas el sentido.

Como la lengua de los algonquines carecía la dacota de géneros. Dividía los nombres, no en animados é inanimados, pero sí en personales é impersonales. Distinguía tambien los animales machos de los animales hembras por medio de posposiciones: para las hembras usaba *wiye*; para los machos, *mdoka*. Tampoco ponía las mismas palabras en boca de los hombres que en boca de las mujeres para la designacion de todos los objetos y la manifestacion de todos los sentimientos. En las relaciones de sangre empleaba tambien voces diversas para las líneas masculina y femenina.

El verbo no era ménos complicado ni ménos flexible. Presentaba, segun Schoolcraft, en una sola conjugacion más de mil variaciones. No tenía el plural inclusivo y el plural exclusivo, pero sí un dual como el que vimos en la lengua de Chile. *Un-stan*, nosotros dos acabamos; *un-stan-pi*, nosotros concluimos.

Tenía aún el idioma de los dacotas analogías con otro. Como el quichua ponía el nombre del poseedor ántes del de la cosa poseida y empezaba por el del objeto la oracion del verbo activo. Hombre, *wicasta;* palabra, *vie:* *wicasta vie*, palabra del hombre. Pan, *aguyapi*; dame pan, *aguyapi macu ye*. Por ese modo de expresar la relacion de genitivo formaba el quichua gran número de voces compuestas; y el dacota hacía otro tanto. *I*, boca; *ah*, piel: *iha*, piel de la boca, labio. *Pa*, cabeza; *ah*, piel: *p'ha*, piel de la cabeza, escalpe. *Can*, árbol; *sin*, grasa, manteca: *cansin*, grasa de árbol, goma, resina. *Ista*, ojo; *he*, colina; *hin*, pelo: *istahehin*, pelo de la colina del ojo, ceja.

No por ésto la lengua dacota escaseaba en formas características. Para la formacion de las personas del verbo no se valía de los pronombres posesivos como el idioma quichua; empleaba los personales y no siempre los anteponía como el nahuatl y el tupi. Dividía en muchos verbos las sílabas para interponerlos, cosa hasta aquí no vista en ninguna otra lengua. Kaska, atar. Yo ato, *wa-kaska*; tú atas, *ya-kaska*; aquél ata, *kaska;* nosotros dos atamos, *un-kaska*; nosotros atamos, *un-kaska-pi;* vosotros atais, *ya-kaska-pi*; aquéllos atan, *kaska-pi*.—Baksa, cortar. Yo corto, tú cortas, aquél corta, *ba-wa-ksa*, *ba-ya-ksa*, *baksa*. Opa, seguir. Yo sigo, tú sigues, aquél sigue, *o-wa-pa*, *o-ya-pa*, *opa*.—Samkiya, ennegrecer. Yo ennegrezco, tú ennegreces, aquél ennegrece, *sam-wa-kiya*, *sam-ya-kiya*, *samkiya*.

Verbos había en dacota que tomaban otras formas, y éstos eran los que empezaban por *ya*, *yo*, *yu*. Yustan, concluir, se conjugaba del siguiente modo: *md-ustan*, yo concluyo; *d-ustan*, tú concluyes; *yustan*, aquél concluye; *un-stan*, nosotros dos concluimos; *un-stan-pi*, nosotros concluimos; *d-ustan-pi*, vosotros concluís; *yutsan-pi*, aquéllos concluyen. De dónde viniesen los prefijos *md* y *d*, hoy sin sentido, lo ignoro: encontré en el idioma guaraní prefijos aná-

logos, y allí dije y aquí repito que deben de ser restos de antiguos pronombres.

Principalmente para los verbos intransitivos había aún otra manera de conjugacion más particular y más rara. En vez de los pronombres de nominativo *wa*, *ya* se anteponía *ma*, *ni*, que eran los de acusativo. Yo muero, *ma-ta* y no *wa-ta*; tú eres un perro, *ni-sunka* y no *y-sunka*. ¿Tendrian estos y otros verbos el carácter de reflexivos como lo puede tomar el verbo «morir» entre nosotros? Nosotros decimos «yo muero» y tambien «me muero». No me decido á creerlo al ver, aunque invertida y modificada, la misma forma en verbos activos. Econ, hacer: yo hago, *ec–am–on*; tú haces, *ec–an–on*; donde, como se ve, están interpuestos los pronombres.

Pronombres posesivos pospuestos en lugar de los personales antepuestos ó interpuestos no parece que se los usase más que en los verbos ecin é in, pensar y llevar: yo pienso, tú piensas, él piensa, *ecan–mi*, *ecan–ni*, *ecin*; yo llevo, tú llevas, él lleva, *h–in–mi*, *h-in–ni*, *in*.

Otra particularidad observa en el verbo dacota el autor á quien sigo; pero ésta la vimos ya en el idioma chippewa. Cuando el caso directo de la oracion llevaba pronombre posesivo de tercera persona, iba el pronombre con el verbo y no con el régimen. El posesivo de tercera persona era *ki* ó *k* simplemente: «él ama á su propio hijo» se traducía por *cinca waste*-ki–*daka*. Sucedía otro tanto con los pronombres reflexivos *m-ici*, *n–ici*, *ici: waste–ici-daka*, «él se ama á sí mismo». Hasta los demostrativos *de*, *he*, *ka*, esto, eso, aquello, se incorporaban á los verbos hacer, pensar y decir, econ, ecin, eya. *D–econ*, hacer esto; *h-econ*, hacer eso; *k–econ*, hacer aquello.

Cabía tambien unir al verbo las preposiciones *a*, sobre, apócope de *akan*; *e*, á, en, apócope de *ekta*; *o*, en, apócope de *ohna*; *i*, con, por, apócope de *ici*. *Mani*, marchar; *a-mani*, marchar sobre. *Yuhpa*, deponer; *e-yuhpa*, deponer en. *Huaka*, colocar; *o-huaka*, colocar en. *Cekiya*, rogar; *i–cekiya*, rogar por. Ciertas preposiciones podían llevar tambien prefijo el régimen directo que fuese pronombre. *M–itokam*, delante de mí: *n–ikiyedan*, cerca de ti: *mi ici*, conmigo.

Mas estas dos clases de incorporaciones distan de ser singularidades de la lengua dacota. Las hemos visto en muchos idiomas americanos y las tenemos en los de Europa. *Me–cum*, *se-cum*, *nobis–cum*, *vobis–cum*, decían los latinos y tambien *per-vagari*, *per–transire*, *trans–currere*, *contra–ponere*, *inter–jicere*, *inter-legere*. «Con–mi–go, con-ti-go, y con–si–go» decimos en castellano y tambien «tras–pasar, contra-decir, inter–poner, a–traer, extra–limitar, etc., etc.»

Lo que constituía verdadera singularidad en la lengua era el modo de formar algunos de los tiempos del verbo. Se formaba el futuro posponiendo al indicativo *kta*, *kte*, que significaba desear, querer, y el imperativo posponiéndole *wo*, *po* en boca de los varones y *ye*, *pe*, *miye* en boca de las hembras. *Mani*, marchar,

pasearse: *mani kte*, él se paseará. *Kaska*, atar: *kaska wo*, *kaska po*, ata, atad, en boca de los hombres: *kaska ye*, *kaska pe*, *kaska miye*, ata, atad los dos, atad vosotros, en boca de las mujeres.

Las conjugaciones de transicion no presentaban aquí ni las dificultades de las del idioma de los aztecas. Apénas las constituía más que la adicion del pronombre objeto al pronombre sujeto. Tú me atas, *ma-ya-kaska;* él me ata, *ma-kaska*; vosotros me atais, *ma–ya–kaska–pi*; ellos me atan, *ma–kaska–pi*; tú nos atas, *nu-ya-kaska*; ellos nos atan, *un–kaska–pi*; yo te ato, *ci–ya–kaska*; él te ata, *ni-kaska*; tú los atas, *wica–ya-kaska*; ellos te atan, *ni–kaska-pi*; nosotros te atamos, *un–ni–kaska–pi*; yo los ato, *wica–wa–kaska*. El verbo no cambia y la composicion de los pronombres es tan regular y sencilla, que no es fácil olvidar estas conjugaciones si de tales merecen el nombre.

Aunque hemos visto ya algo muy parecido en otras lenguas, es más de notar la manera como por seis prefijos que para nosotros carecen de significacion—*pa*, *na*, *ya*, *ba*, *bo* y *ka*—determinaban ó podían determinar los dacotas el instrumento, modo y causa de la accion del verbo. *Ksahan*, *ksa* decía separado, roto en dos pedazos: *pa–ksa*, romper con la mano; *na–ksa* romper con el pié; *ya–ksa*, romper con la boca; *ba-ksa*, romper ó desgarrar con instrumento cortante; *bo-ksa*, romper taladrando ó tirando; *ka–ksa*, romper á golpes ó hachazos. *Pa*, *na*, *ya* representan la mano, el pié y los dientes del hombre; *ba*, *bo* y *ka*, las primeras armas que el hombre ha usado; y ninguna de esas partículas, sin embargo, tiene relacion ni con los nombres de estas armas ni con los de aquellas partes del cuerpo. Mano es *nape*; brazo, *isto*; pié, *siha*; pierna, *hu*; boca, *i*; dientes, *hi*; cuchillo, *issan* ó *minna*; flecha, *itazipa*; arco, *wanhinkpe*; hacha, *cahupi*, *onspe*.

Na, *ka*, *bo* servían, ademas, para indicar la accion de ciertas causas naturales: *na*, por ejemplo, los resultados de la ebullicion y el hielo; *ka*, la fuerza de los vientos y las aguas corrientes; *bo*, los efectos de la lluvia, el granizo y el soplo de la boca. *Na–ptusa*, estallar, henderse (la madera) bajo la influencia del calor y el frío; *ka-duza*, correr, fluir (los líquidos); *bo–hinta*, disgregar, desparramar de un soplo.

Por lo dicho habrá ya observado el lector la fuerza de composicion y el carácter polisintético de la lengua que nos ocupa. Pondré algunos ejemplos más para que mejor se conozca la índole de tan curioso idioma. Por la reduplicacion de las palabras solía expresar el dacota á la par de otras lenguas las ideas de repeticion, intensidad y pluralidad. *Sda*, desnudo; *sda-sda*, completamente desnudo. *Sapa*, negro; *sap-sapa*, negrísimo. *Sanpa*, más; *sam-sanpa*, más todavía. *Ksapa*, sabio; *ksa-sapa*, los sabios. *Waste*, bueno; *waste-ste*, los buenos. *Iha*, reir; *ihaha*, reir á menudo *Hmi-hma*, andar en torno; *hmun–hmun*, zumbar al oido.

Por la simple anteposicion de una letra se hacía frecuentemente de un verbo

un sustantivo y de un adjetivo un nombre. De *capa*, herir: *i-cape*, lanza: de *maste*, caliente; *o–maste*, calor; de *owa*, marcar; *o-owa*, marca; de *apa*, golpear, *o-apa*, golpe; de *yumbu*, cultivar, *i-yumbu*, arado. Por la anteposicion de la sílaba *yu* se convertía en causales los verbos, y por la posposicion de la sílaba *ya* los adjetivos en adverbios. *Yu–sahiza*, hacer sufrir; *yu-ahncan*, hacer morir de hambre. *Waste-ya*, bien; *tanka-ya*, grandemente.

Como en la lengua algonquina, muchas palabras compuestas eran aquí verdaderas definiciones. *Canha*, corteza: de *can*, árbol, y *ha*, piel; piel del árbol. *Ha–yuza*, mondar, desollar: de *ha*, piel, y *yuza*, tomar; tomar la piel. *Cante-kiya*, amar: de *cante*, corazon, y *kiya*, hacer; hacer corazon. *Hihnaton*, estar casada: de *hihua*, marido, y *ton*, poseer; poseer ó tener marido. Sucedía ésto mucho más con los nombres de los objetos importados por los europeos. *Maza–ska*, plata: de *maza*, metal, y *ska*, blanco; metal blanco. *Can–pahmihma–hu nonpa*, coche ó carro: de *can*, árbol, madera, *pahmihma*, rodar, *hu*, pierna, y *nonpa*, dos; madera que rueda sobre dos piernas.

Hasta aquí en la composicion las palabras simples conservan todas sus letras. Como en tantos otros idiomas americanos, perdíanlas á veces de modo que se hacía difícil reconocerlas. *Ceh-po*, vapor de agua: de *ceya*, caldero, y *po*, vapor: vapor de caldera. *Han-wi*, luna: de *han–yetu*, noche, y *wi*, sol: sol de la noche. *As-anpi*, leche: de *aze*, pecho, y *anpi*, savia: savia de pecho. *Ca-ia*, hablar y gritar: de *ceya*, gritar, é *ia*, hablar á gritos.

El dacota, segun habrá visto el lector, tiene mucho de las demas lenguas de América y muchísimo de la algonquina. Lo que se nota en la lengua, se observa tambien en las costumbres. Estudiando con detencion la historia antigua de aquel continente, es indudable que se encuentran relaciones inesperadas entre los más apartados pueblos y grande afinidad entre todos los que se extendían desde la bahía de Chesapeake hasta la de Húdson.

CAPÍTULO XXXIV

Naciones que comprendia la familia de los dacotas.—Los winnebagoes.—Los diversos nombres con que se los conocía.—Donde vivian á la llegada de los europeos.—Sus guerras.—Su táctica.—Su proceder con los prisioneros.—Sus canoas.—Su capacidad craneal interna y su ángulo facial.—Sus ideas sobre el Sol, la Luna, las estrellas, los cometas y los eclipses.—Su cronología.—Su dualismo.—Su manera de curar á los enfermos.—Su temor al Diablo.—Su Dios de la Medicina.—Su manera de recibir en los clanes á los catecúmenos.—Rara y curiosa fiesta.—Lo que han pensado de esta fiesta los europeos que la han visto.—Si los clanes son comparables con las logias masónicas.—Originalidad de los winnebagoes en la cosgomonía.—Creacion de los vientos y de la tierra.—Cómo afirmó el Grande Espíritu la tierra al verla oscilando.—Creacion del hombre y la mujer.—Creacion de los niños.—Creacion del primer hombre y la primera mujer de cada tribu.—Creó el Grande Espíritu para todos los hombres á los animales y las plantas; pero dió á los winnebagoes el fuego y el tabaco.—Al ver á los winnebagoes viejos y muy reproducidos les recomendó la guerra.—Despierta el Genio del Mal é intenta repetir la obra del Grande Espíritu.—Su fracaso.—El hombre entre los dos genios.—Sobre si es posible atribuir á la influencia del cristianismo tan rara cosmogonía.—El dualismo del bien y el mal pudieron y debieron los winnebagoes tomarlo de los algonquines y los iroqueses.—Las ideas cristianas no pudieron inspirar tan absurdas fabulas sobre la creacion de los vientos, la tierra y el hombre.—Otra version cosmogónica.—Es de ver en ella la creacion del hombre blanco.—Inferioridad de esta segunda version á la primera.—Ideas de los winnebagoes acerca del diluvio.—Ideas sobre el paraiso.—Relaciones con otros pueblos.—Los iowas.—Su situacion en la época del Descubrimiento.—Sus ideas sobre su propio orígen.—Sus guerras con sus propios hermanos.—Facilidad con que rompían sus tratados de paz y de alianza.—Singular manera de hacer esos tratados.—Superioridad que sobre las demas tribus se atribuían los iowas.—Los ocho clanes de este pueblo.—Animales á que rendían culto.—Atraso en que estaban.—Los osages.—Cómo explicaban su orígen.—Sus cualidades, sus armas, su traje.—Semejanza entre la tradicion de los osages y la de los delawares.—Otras semejanzas entre casi todos los pueblos que se extendían desde la bahía de Chesapeake á la de Húdson.—Conclusion. [1]

El grupo de los dacotas comprendía muchas naciones. Dacotas eran, á no dudarlo, los winnebagoes, los iowas, los missouris, los ottoes y los omahas. Dacotas se cree que fueran los assiniboinos, los quappas, los kansas y los arkansas, los puncas, los minnetaris y los upsarokas ó cuervos. Por dacotas se tiene tambien á los osages. Hay á la verdad entre todas estas gentes afinidad de lengua y de carácter. Tarea sería larga y enojosa querer hablar de todas individualmente: diré algo de los winnebagoes y algo tambien de los iowas y los osages.

Los winnebagoes se llamaban á sí mismos *horogis* y tambien *hochungaraws* ú *hochungaras;* el nombre de winnebagoes lo habían recibido de los algonquines. *Winud* en algonquin significaba turbio y *nibig* aguas: *win-nebagoes* equivalía á hombres ó habitantes de las aguas turbias. A comedores de pescado equivalía en dacota la palabra *horogis* y á nacion de las truchas la de *hochungaras.* Todo indica desde luégo que esos winnebagoes eran ribereños.

[1] Fuentes de este capítulo: SCHOOLCRAFT, tomo I, pág. 319; tomo II, págs. 51 y 223; tomo III, páginas 259, 277, 284 y 437; tomo IV, págs. 227 á la 244; DOMENECH. *Voyage pittoresque dans les grands déserts du Nouveau Monde*, caps. X y XVII.

Consta efectivamente que vivian al llegar los europeos en las playas de la Bahía Verde del Wisconsin (*Green Bay*); y se sabe por sus tradiciones que estuvieron ántes en Red Banks, en las márgenes occidentales del lago Michigan, al Norte de la misma bahía. Aquí dicen que nacieron sus primeros padres, y aquí es por lo tanto probable que permanecieran siglos.

Cuando estaban ya en la Bahía Verde, se dice que tuvieron frecuentes guerras con los pueblos más al Mediodía, y áun levantaron una fortaleza para defenderse contra sus enemiges; lo cierto es que, hábiles marineros y dueños de excelentes canoas, pudieron muy bien por los ríos Wolf, Roch y Wisconsin caer de rebato sobre muchas villas y dominar, si no por el terror, por la sorpresa. Con quien lucharon más y más tiempo parece que fué con los sacos.

En hacer la guerra no estaban mucho más adelantados que los otros dacotas. No se distinguían sino en presentar frente de batalla cuando peleaban en campo abierto, relegar los heridos á la retaguardia y dejar al arbitrio de sus capitanes la suerte de los prisioneros. Prisionero que llegase á poner el pié en la tienda ó la cabaña del jefe perdia irremisiblemente la vida; la conservaba si el jefe le cerraba la puerta.

Pero sobresalían aquellos hombres por sus canoas de corteza, no sólo entre los dacotas, sino tambien entre cuantos pueblos bárbaros llevo descritos. Hacían, por decirlo así, el alma de esos barcos, bien de cedro, bien de otra madera de poco peso, y la cubrían de cortezas de abedul, que cosían con filamentos de la de olmo. Era singular la belleza que comunicaban al todo por lo cuidadosamente que concluían cada una de las partes. Sentaban las costuras y remachaban los bordes. Hermosa é ingeniosamente fabricaban tambien las canoas de troncos de árboles, mucho más durables.

Que eran inteligentes lo decían su ángulo facial y la capacidad interna de su cráneo: tenían de setenta y nueve grados el primero y de ochenta y nueve pulgadas cúbicas la segunda. Fuera de la construccion de sus canoas revelaban, sin embargo, en pocos hechos su mayor inteligencia. Miraban el astro del día como un disco de fuego creado para calor del hombre; la tierra, como una planicie debajo de la cual pasaba el sol para volver á salir por Oriente; los cometas, los eclipses y la aurora boreal, como présagos de mal agüero. Medían por la luna los meses; pero sin comprender las fases que presenta ni reconocerle influencia alguna sobre la vegetacion y las aguas. Carecían tambien de nombre para el año, y contaban por las estaciones. Comprendían bajo la palabra invierno sólo el tiempo en que las praderas estaban cubiertas de nieve; llamaban á lo demás verano, bien que dividiéndolo en primavera, estío y otoño. De *Me-tow-zhe-raw* calificaban al primero de sus doce meses; y pues *metowzheraw* significaba el que seca la tierra, de suponer es que por la primavera empezasen el año.

No sabían tampoco explicarse ninguno de los metéoros ni ceñir al estudio de la naturaleza la Medicina. Atribuían, como todos los dacotas, las más de las

enfermedades á causas ocultas, y empleaban en combatirlas iguales procedimientos. En ambas cosas estaban realmente más atrasados que los demás pueblos de su raza. Dualistas como los algonquines y los iroqueses, veían en cuantos fenómenos les disgustaban la influencia del diablo: y á poner en fuga al diablo encaminaban muchas de sus practicas y ceremonias. No con otro fin disparaban al cielo sus arcos luégo que veían asomar la aurora boreal en su horizonte, y andaban al rededor de la cama de sus enfermos llevando colgadas de pértigas tortugas, serpientes y sapos. Como ofrendas al espíritu del mal se apresuraban á colgar de los árboles mantas, joyas y perros en cuanto los afligían ó la peste ó extraordinarias dolencias. Achacaban al diablo hasta el frío y el calor de la terciana: dábanle para ésto dos alientos, uno de hielo y otro de fuego

Tenían una especie de dios de la Medicina en cierto animal cuadrúpedo que habían imaginado con rostro de hombre, cuernos y larguísima cola. Decían que sólo á los magos les era dado verle una que otra vez tras largos días de ayuno, pero que se poseía de él un hueso, cuyos polvos, desleidos en agua, eran bastantes para arrancar á los enfermos de manos de la muerte. ¿No sería ese ente fantástico uno de los *onkteris* de los demas dacotas?

Estaban tambien los winnebagoes divididos en clanes donde se guardaba como sagrados é inviolables los secretos de la Medicina. En esos clanes, como se dijo, había sus iniciaciones. Constituían aquí una de las más curiosas y solemnes fiestas, y voy á describirla.

Anunciábasela con mucha anticipacion á fin de que concurrieran á celebrarla aún los afiliados que estuvieran á mayor distancia. No podía ninguno dejar de asistir como no fuese por causa grave. Hasta catorce y quince leguas habían de recorrer y recorrían algunos para cumplir esta obligacion, que indisolubles vínculos les imponían.

Levantábase exclusivamente para la fiesta una tienda larga de treinta á doscientos piés, que medía sobre diez y seis de anchura y estaba abierta por sus dos extremos. Los palos que le servían como de armazon, combados por la parte superior, formaban bóveda junto con las pieles de búfalo que los cubrían.

Encerrábase tres días ántes de la iniciacion á los candidatos. Se los sujetaba á rigoroso ayuno, se los hacía sudar, ya envolviéndolos en mantas, ya con el vaho de yerbas en ebullicion, y se los instruía á ratos en los misterios de la Medicina y de la Magia.

El día señalado para la solemne ceremonia, no bien amanecía, cuando empezaban los bailes, los cantos, los discursos y las preces. Entapizábase horas despues con pieles el pavimento de la tienda; sentábanse á derecha é izquierda los afiliados, hombres y mujeres; colocábanse de pié en uno de los dos extremos ocho ó diez ancianos, y parecían en el opuesto los catecúmenos, demacrados y lívidos. Poníanse los catecúmenos de rodillas en cuanto entraban, y los ancianos empezaban el uno detras del otro á dar vueltas á lo interior de la tienda.

Llevaban éstos en las manos sus talegos de medicina: á cada vuelta que daban dirigía uno la palabra á los arrodillados.

Ya que todos los ancianos habian hecho su plática, se reunian en medio de la tienda, formaban círculo, dejaban sobre el tapiz los sacos, empezaban como á sentir bascas, se doblaban hasta dar con la cabeza en el suelo y despues de ansias y esfuerzos mil arrojaban de sus espumosos labios una pedrezuela que decían ser la piedra de la Medicina. Poníanla en la boca de sus talegos y volvían á su primer sitio.

Poco despues avanzaban estos venerables en línea sosteniendo con ambas manos los sacos y llevándolos ante el rostro. Iban danzando y murmugeando primero lenta y pausadamente, luégo, á medida que se acercaban á los catecúmenos, levantando la voz y acelerando el paso hasta que al grito de *¡ongh!* apretaban de súbito los sacos á sus propios pechos. Hacer ésto y caer sobre sus frentes los catecúmenos como heridos del rayo era obra de un instante. Temblábanles todos los miembros, se les ponían rígidos los músculos, sobreveníanles terribles convulsiones.

Se los cubría con mantas, y se los dejaba miéntras no volvian de su paroxismo. Ya que volvían, los ayudaban á levantarse, les entregaban los sacos, les ponían en la boca las vomitadas piedras y los afiliados todos los saludaban á una como otros tantos hermanos.

Neófitos y ancianos iban ahora juntos recorriendo á la deshilada la espaciosa tienda. Refrescaban despues, y aún á veces comían carne de perro. Todo era luégo cantar y danzar como al principio del día. El sonajero y el tambor constituían toda la orquesta; la alegría general, el mejor de los espectáculos.

Se celebra aún tan rara fiesta, y no aciertan á explicársela los europeos que la han visto. El parasismo de los catecúmenos al acercárseles con los sacos ante los pechos los ocho ó diez ancianos dudan si es debido á pura comedia, á fuerza moral ó á secretas energías de la naturaleza. Comprenden que pueda fingirse el vómito de las piedras por los ancianos; encuentran difícil que los catecúmenos, generalmente jóvenes, ya del uno, ya del otro sexos, sepan remedar con tanta maestría la contraccion de los músculos y el nervioso temblor de todos los miembros. Si por otra parte, dicen, fuese todo farsa, ¿cómo habian de tener los winnebagoes todos, inclusos los individuos de esos clanes, tan ciega é inquebrantable fe en los misterios de la Medicina? Mas de estos y otros inexplicables fenómenos abundan los anales de la humanidad lo mismo en Europa que en América; tengo para mí que en todos tiempos han sido y son hijos de la voluntad activa de unos pocos hombres y de la acostumbrada pasividad de las muchedumbres.

Han dado mucho que hablar esos claues, y no falta quien los haya equiparado á las logias masónicas. En mi sentir infundadamente. No tenían en primer lugar centro á que convergieran ni lazo que los uniera. Léjos de considerarse,

ademas, como miembros de una sola familia los afiliados á clanes distintos, se miraban con prevencion y aún se aborrecían. Ocultaba por fin todo clan á los demas, no sólo el tótem que lo distinguía, sino tambien los secretos que creía haber arrancado á la naturaleza. ¿Dónde estaba aquí ni la fraternidad ni la vigorosa organizacion de la masonería?

Donde presentaban mayor originalidad los winnebagoes era en sus ideas cosmogónicas. — Despertó, decían, como de un sueño el Grande Espíritu, y, hallándose en absoluta soledad, tomó carne de su carne, la mezcló con un poco de arcilla é hizo un hombre. Hizo luégo tres más, y fueron los cuatro los vientos. Creó poco despues una mujer, que fué nuestra madre la tierra. Como la tierra se bamboleara, para que la sustentasen dió vida á cuatro bestias y cuatro serpientes. Ni aún así estuvo la tierra segura: soplaron los vientos y la movieron. Asentóla entónces el Grande Espíritu sobre las enormes espaldas de un búfalo.

Ya firme la tierra, el Grande Espíritu formó de parte de su propio corazon al hombre y de parte de sus propias carnes á la mujer, que habian de tenerla por morada. Dió al hombre tabaco y simiente de tabaco y á la mujer semilla de toda clase de plantas, enseñándole las yerbas y las raíces buenas para alimentos. No dotó de grande inteligencia á la mujer; pero de mucha al hombre.

Si algun día, les dijo entónces el Grande Espíritu, teneis necesidad de dirigiros á los vientos ó á cualesquiera otros séres que no hablen, echad tabaco al fuego y sereis oidos. Por mi boca os responderán á lo que les pregunteis. Bajad ahora los ojos y ved al niño que entre vosotros he puesto: cuidad muy mucho de los niños.

Creó despues el Grande Espíritu á un hombre y á una mujer de cada tribu y cada lengua; y puso en el centro de la tierra á los winnebagoes. Para uso de todos hizo las bestias y las aves, pero sólo á los winnebagoes dió el fuego y el tabaco. De ellos lo debieron tomar las demas tribus, y de ahí que todas los reconozcan como sus hermanos mayores. Como tales los reconocían efectivamente los missouris, los iowas, los ottoes y los omahas.

Vió el Grande Espíritu que eran felices sus criaturas, y no volvió los ojos á la tierra en ciento diez y ocho años. Ya que los hubo vuelto, observó con sorpresa que salían de los wigwams cano el cabello y corvas las espaldas viejos y viejas que parecían caerse á pedazos segun estaban decrépitos. Comprendió que había dado á los hombres vida excesivamente larga y notó que con sobrada rapidez habían crecido y multiplicádose. Envióles cuatro dioses del trueno para decirles que debían pelear tribu con tribu y matarse los unos á los otros; y no hubo de repetir el mandato. Llamó desde entónces á sí á todos los buenos que morían en batalla y envió á todos los malos al Occidente.

Despertó á poco el Genio del Mal y, viendo lo que el del Bien había hecho, creyó que podía hacer otro tanto. Quiso crear un indio y creó al negro; quiso crear un oso y creó el oso gris; quiso crear serpientes y las creó venenosas y

mortíferas: quiso crear fuego y no acertó á crearlo como el del Grande Espíritu. Obra suya fueron los árboles sin buen fruto, los cardos silvestres y todas las malas yerbas que emponzoñan la tierra.

Indujo el Genio del Mal á los hombres al robo, al asesinato, á la mentira, y con él fueron los que en vida habían cometido tan graves faltas y crímenes: mandóles por lo contrario el Genio del Bien que fueran buenos y con él fueron los que la bondad obraron.

Cree probable el autor á quien sigo que descanse tan rara tradicion en las ideas del Cristianismo; pero sin fundamento. El dualismo del bien y del mal lo profesaban, como hemos visto, los algonquines y los iroqueses, con quienes los winnebagoes no pudieron ménos de estar en contacto. El hecho de mentarse en la tradicion á un negro no significa sino que la han modificado al conocer á un hombre que les ha parecido inferior al de todas sus tribus. Como se verá por otra version que me propongo trascribir, no sólo el negro, sino tambien el blanco los llevó á introducir alteraciones en el primitivo texto de estas fábulas. ¿Por dónde cabía ademas que el cristianismo inspirara tan originales y extrañas ideas sobre la creacion de los vientos, la tierra y el hombre?

La otra version de que hablaba es la que sigue. Creó el Grande Espíritu la tierra, la miró y la vió yerma. Cubrióla de yerbas y árboles; y, como observase que oscilaba, le dió por asiento y sosten primeramente cuatro genios que puso en los ángulos y despues cuatro reyes que fueron dos *mar-chuk-kaws* y dos serpientes. De su propio cuerpo hizo en los cielos al hombre despues de los demas animales, y le encargó que bajara lentamente á la tierra. Bajó el hombre por lo contrario como un relámpago y fué á dar en Red-Banks, donde, como se ha visto, se cree que habitaron los primeros winnebagoes. Llevaba en una mano la clava y en otra los materiales para hacer fuego: fué el primer hombre y tambien el primer jefe.

Condolióse de ese hombre el Grande Espíritu al verle solo, y le envió una mujer por esposa y otro hombre por hermano. Bajó éste de los cielos envuelto en una borrasca. Viendo el primero apagada por la lluvia la lumbre que había encendido, la encendió de nuevo y la puso bajo la custodia del recien llegado, que fué el primer jefe de guerra y recibió una segunda mujer por cónyuge.

Otros hombres y otra mujer creó todavía el Grande Espíritu, pero los sacó ya de la tierra: uno del fondo del lago Michigan, otro de un oso del bosque, otra de una osa. El hombre del lago fué el primer terraniente; el del oso, el primer corredor de nuevas. Reuniéronse luégo los cuatro en asamblea y se confirmaron los cargos. El del oso fué elegido segundo capitan á guerra.

Largo tiempo despues el Grande Espíritu volvió los ojos á la tierra y vió lo trabajoso que era para los winnebagoes derribar con hachas de piedra los árboles y labrar con instrumentos de piedra las canoas. Creó entónces al hombre blanco para que los surtiera de hachas y cuchillos de hierro.

Obsérvese ahora cuán cierto resulta lo que ántes dije. Ven los winnebagoes al negro, y le incluyen en la creacion como obra del Diablo; ven al blanco, y le incluyen en la creacion como sér destinado á facilitar y acelerar el trabajo de la raza cobriza. De no haberlo hecho así, es evidente que habrían debido reconocer otros dioses y otro mundo para los nuevos hombres.

Esta segunda version es á no dudarlo inferior y posterior á la primera, como que, si bien se la mira, no parece imaginada más que para enaltecer á los jefes, segun dijimos al hablar de los dacotas en general, de no muy antigua fecha. Los jefes son aquí los hombres que bajaron de los cielos; los súbditos, los descendientes del que brotó del fondo del lago. La creacion de la tierra viene poco más ó ménos explicada de igual modo; pero no con tanta poesía como en la primera tradicion, que ve en la tierra á la mujer, madre de todos los hombres.

Tenían tambien los winnebagoes sus ideas sobre el diluvio. Aseguraban que había sido inundada la tierra, ya por fuertes y tenaces lluvias, ya por huracanes que habían hecho desbordar las aguas del cauce de los ríos y el lecho de los lagos. Decían que en apartados tiempos había de sobrevenir aún más terrible catástrofe. Habrá lucha, decían, entre el Espíritu del Bien y el del Mal y perecerá la tierra despues de cuatro días y cuatro noches de oscuridad profunda, interrumpida á trechos sólo por la luz de refulgentes y atronadores rayos. No por esto, añadían, desaparecerá el Grande Espíritu: sobrevivirá y aún restablecerá la asolada tierra.

Generalmente ponían los winnebagoes su paraíso en el firmamento y miraban la vía láctea como el camino de las almas. Los había, sin embargo, que lo ponían en una isla situada al Occidente, sin que faltase quien dijera que en el cielo estaba la mansion de los justos y en la isla de Occidente la de los réprobos. Todos estos hechos me confirman en que los winnebagoes hubieron de estar mucho tiempo en contacto, ya con los algonquines, ya con los iroqueses, por cuyas creencias modificaron indudablemente las suyas. No tienen acerca de ésto, que yo sepa, tradicion alguna; pero no es ya posible limitarse á la tradicion en los estudios históricos y mucho ménos en los que recaen sobre pueblos bárbaros.

Tradicion concreta de sus relaciones con otros pueblos apénas la tienen ya los winnebagoes. Hablan mucho de sus hermanos menores, los ya referidos ottoes, missouris, omahas y iowas; poquísimo de las demas gentes de aquellas comarcas. Recuerdan solamente que hicieron alianza con los menomonios, los sacos y los zorros, y que los zorros y los sacos la rompieron obligándolos á levantar un fuerte que construyeron hincando en el suelo estacas ó palos. Es inútil preguntarles por los numerosos túmulos de su actual territorio, túmulos fabricados por los *mount-builders*, de que escribí en el último capítulo del libro primero; contestan que ignoran el orígen de tales obras y entienden que los hubieron de hacer los que segun fama vivían primitivamente debajo de la tierra.

Eran los winnebagoes de aire varonil, de buena estatura y sobre todo amigos de su libertad y su independencia. Lo son todavía.

Tales son tambien los iowas, aunque se lamentan de haber perdido con el culto de sus abuelos algo de su carácter. Los iowas viven ahora en las riberas orientales del Mississipí; y al oriente del Mississipí es de creer que estuvieran cuando el Descubrimiento. Casi en las fuentes debían de morar entónces, puesto que se dicen en lo antiguo establecidos á las orillas de un rio que corría entre el Mississipí y un lago.

Tenían estos bárbaros ideas particulares sobre su orígen. «En tiempos remotos, decían, perecieron ahogados á causa de largas y espantosas lluvias todos los séres animados de la naturaleza. Formó el Grande Espíritu otro hombre y otra mujer, y de ellos somos descendientes. En un principio nuestro linaje no constituía sino una tribu: vivíamos á la sazon los hombres todos en una isla situada allí donde nace el astro del día. En canoas de piel y nadando vinimos de tan apartada tierra. Continuábamos todavía siendo una sola familia; pero la necesidad nos dispersó pronto por montes y valles. No había donde hicimos asiento caza, frutas ni raíces para tantos hombres. De aquí nuestra division en tribus, la diferencia de idiomas y las frecuentes guerras.

»Nosotros, los que hoy llaman iowas, nos detuvimos en la boca de un río donde el viento nos arrojaba al rostro la menuda arena de las márgenes. Nos llamaron por esta razon las vecinas tribus y nos llamamos tambien nosotros *pa-hu-chas*, que equivale á «narices llenas de polvo». El tiempo que residiéramos allí no podemos determinarlo: de aquel lugar nos trasladamos al Mississipí, por cuyas riberas hemos ido bajando.

»Guerras las tuvimos desgraciadamente con nuestros propios hermanos y con otras naciones. Sólo el temor ó el interés nos pudieron imponer la paz y dejar en sosiego nuestras armas». Consta efectivamente que hicieron muchos tratados de amistad con otros pueblos, y los rompieron en cuanto cesó el motivo que se los había inspirado aún tratándose de gentes con que los unían estrechos lazos.

La manera como los iowas proponían la alianza ó la paz no es para puesta en olvido. Se reunían sus principales hombres, y andaban juntos hasta llegar á la vista de la poblacion contraria. Adelantábase entónces uno llevando la sagrada pipa y exhalando lamentos; pero no sin que le siguiesen los demas á cierta distancia. Apénas llegaba á la villa el mensajero, le conducían á la tienda ó cabaña del jefe: si el jefe aceptaba la pipa y fumaba, la paz existía. Entraban al punto los demas enviados, y había mutuos apretones de manos y con la izquierda mutuos frotes en los pechos. Comían luégo juntos por muchos días amigos y enemigos.

Pretendían los iowas ser superiores á muchas de las tribus que los rodeaban: decían de los sacos, por ejemplo, que habiéndolos visto casi aniquilados por los

dacotas, les habian dado asilo y aún mujeres por las que se reprodujesen, auxilio sin el cual habrian ya desaparecido de la haz de la tierra. En cambio los sacos decían de ellos que á no haber sido por su bondad no existirían ya los iowas segun los iban acorralando y destruyendo implacables enemigos. Es realmente achaque de los pueblos bárbaros tenerse por superiores los unos á los otros: gracias que no pretendan ser los únicos hombres del Universo.

Como los otros dacotas, estaban los iowas divididos en clanes. Cada clan llevaba el nombre de un cuadrúpedo, un reptil ó un pájaro. Los ocho principales eran el del águila, el de la paloma, el del lobo, el del castor, el del oso, el del alce, el del búfalo y el de la serpiente. Distinguíanse todos por la manera de arreglarse el pelo. No llevaban sino dos mechones sobre la frente y uno en el occipucio los iowas del clan del águila. Los del clan del lobo iban con muchos más, esparcidos por toda la cabeza. Se dejaban los del clan del castor crecer el cabello más en el uno que en el otro lado. Los del búfalo, finalmente, llamaban la atencion por una cresta que les bajaba hasta el cerviguillo y dos guedejas en forma de astas.

Adoraban todos á ciertos animales, particularmente á una especie de halcon que habitaba en los peñascos y sostenía y remontaba mucho el vuelo. Decían que se elevaba á la region de las almas, y no le mataban como no fuese para sus medicinas. Respetaban mucho tambien á la serpiente, sobre todo la de cascabel, á la cual no veían que no ofrecieran tabaco ú otros objetos á mano. Dirigíanle blandas y corteses palabras, y le pedían que no dañase á los hijos de los hombres. No por religion, sin embargo, ni por vía de tótem, sino por motivos heráldicos ó por recuerdo de sus proezas llevaban pintados osos y búfalos y águilas y halcones en sus pieles y sus clavas.

No habían hecho en nada los iowas más adelantos que los winnebagoes. Creían tambien que la tierra era plana y constituía un solo continente. Mirábanla como una isla; y cuando se les preguntaban qué había más allá del mar, respondían: más agua. Del sol no sabían sino que les daba calor y luz, y recorría todos los días el horizonte. En las demas estrellas veían criaturas vivas y dotadas de entendimiento. Contaban de un jóven que de muy niño se había fijado en una estrella. A medida que había ido creciendo, la había ido mirando con más cariño. Ya mozo, había salido á caza y halládose triste en el monte por no haber dado con ciervo ni búfalo á quien dirigir sus flechas. Había bajado entónces su estrella favorita y consoládole y conducídole á lugar donde se encontró un oso y grande abundancia de venados. Desde allí el jóven había sido uno de los grandes cazadores de su tribu. Había verdaderamente cierta candidez en aquellos pobres bárbaros; la misma que encontramos aquí en los niños cuando les referimos cuentos análogos. Eran cándidos y fecundos en forjarse fábulas como vamos á ver en los osages.

Decían los osages que el primer hombre de su nacion había nacido de una

concha. Este hombre, añadían, paseando un día por la tierra encontró al Grande Espíritu. Interrogado sobre qué comía y dónde vivía, hubo de contestar que ni encontraba de que comiera ni guarida en que se albergara. Dióle el Grande Espíritu arco y flechas con que cazase y fuego en que asase las reses muertas, encargándole que de las pieles se hiciese vestidos con que defenderse de la intemperie.

Se acercó un día el hombre para beber á las orillas de un arroyo. Había en medio de la corriente una cabaña de castores; el jefe de la familia, que estaba sentado á la puerta, le preguntó qué buscaba junto á su choza. Contestóle el hombre que le había traido allí la sed que le abrasaba; y el castor le preguntó quién era y de dónde procedía. Vengo de cazar, dijo el hombre, y no tengo morada fija; y el castor le replicó: «veníos á vivir conmigo ya que pareceis hombre razonable; hijas tengo y no pocas; si alguna os pareciese bien, os la daría con gusto por esposa». Aceptó el hombre el ofrecimiento, casó con una de las hijas del castor y tuvo en ella muchos hijos. Estos hijos constituyeron la nacion osage.

Se asegura y se presume esta fábula no sin fundamento que sea una alegoría; pero es muy para tomado en cuenta que los osages no comían ni mataban á los castores. Pueblos que se dijeran descendientes de animales hemos encontrado por otra parte muchos en el viaje que estamos haciendo por las tres Américas. El hombre bárbaro no se da en la escala de los séres el elevado puesto que el hombre culto: dista de ver abismos entre él y los demas animales, y los mira hasta con cariño y respeto. Como que á muchos llega á considerarlos superiores y, como acabamos de ver, aún á rendirles culto.

Los osages con atribuirse tan modesto orígen, eran bravos, y á donde quiera que ponían el pié llevaban el terror de sus armas. En la caza como en la guerra figuraban entre los más poderosos pueblos de aquel continente. Tenían de seis á siete piés ingleses de estatura y eran los verdaderos gigantes de la comarca. Distinguíanse con todo por sus buenas proporciones y lo gracioso de sus movimientos. Llevaban rapada la cabeza, que era algun tanto oblonga, y sólo en el medio una cresta que les cogía de la frente al colodrillo. Hacíanse dibujos en la cara y aún en todo el cuerpo; vestían mantos de piel, botines y sandalias de cuero y multitud de adornos, entre ellos las cabelleras de sus enemigos. ¡Lástima que se carezca de pormenores acerca de su historia! Sus principales adversarios parece que fueron y son todavía los pawnies. Se los encuentra hoy en las fronteras del Arkánsas, orillas de los ríos Verdegris y Neosko; y al verlos con su alta cresta, sus rasgadas orejas, su tomakawck ó su arco y su formidable talla, no puede ménos de considerárselos como restos de una nacion que debió algun día imponerse á las vecinas gentes.

Pondría aquí término al capítulo, si no me viniera á la memoria la asombrosa semejanza que hay entre la tradicion de estos osages y otra de los delawares con

pertenecer los delawares á la familia de los algonquines y los osages á la de los dacotas. Creían los delawares que no había sido creado el hombre sino despues de los demas animales y las plantas, y le daban el siguiente orígen:—Colocó el Grande Espíritu un caracol á la orilla de un grande y hermoso río que tenía su manantial en un cerro de Levante. Doce lunas despues el caracol produjo un hombre de piel roja. Descontento el hombre de la soledad en que vivía, se hizo de cortezas de árbol una canoa y se fué río abajo en busca de séres que se le parecieran. Dió á los tres días con un castor, y se le presentó como dueño de la creacion por ser hijo del Grande Espíritu. Irritado el castor, estaba ya para llegar á las manos con tan arrogante mancebo, cuando su única hija, que oyó la disputa, salió precipitadamente de su tienda y se puso entre los dos interlocutores. Desarmados quedaron los dos al oir la voz de la niña, tanto que se abrazaron afectuosamente y convinieron en vivir juntos. No tardó en consolidarse esta amistad por el enlace de la hija del castor y el hombre. De tan extraña union nació el primero de los delawares.

Dije ántes ya que son muchas las semejanzas entre los pueblos que se extendían de la bahía de Chesapeake á la de Húdson. Las hay en algunas cosas más que en este género de tradiciones. Creían casi todas aquellas gentes en la existencia de un Espíritu Supremo, creador de cielo y tierra, y en la de dos principios antitéticos, el del bien y el del mal, puestos en perpetua lucha. No hemos encontrado este dualismo en todos los dacotas, pero sí en los iowas y los winnebagoes. Casi todos sintieron tambien viva inclinacion á divinizar las fuerzas y los más importantes séres de la naturaleza y hacer intervenir lo sobrenatural lo mismo en los fenómenos de la materia que en el desarrollo y el gobierno de los pueblos. Para forjar cuentos y leyendas, tal vez más simbólicos que fantásticos, fueron tambien todos casi igualmente fecundos.

En instituciones civiles y militares no hay para qué decir si se parecían. Casi en todas aquellas naciones prevalecían las asambleas sobre los jefes y los jefes vivían pobres. Se preparaba de igual modo las campañas, se comía carne de perro, se hacía estrepitosos bailes, se iba á la deshilada, se caía al amanecer sobre los enemigos, se atacaba sin órden, se cortaba la cabellera á los vencidos que sucumbían en el campo de batalla, se ponía en tortura á los prisioneros, se celebraba con festines y danzas las victorias, y se emprendía las retiradas y se seguía el alcance á los fugitivos en medio de la mayor confusion y del mayor tumulto. Las armas eran poco más ó ménos las mismas y los mismos los signos de distincion y bravura.

Parecíanse tambien no poco los trajes y los adornos. En todas aquellas naciones vestían mantas de piel los hombres y zagalejos las mujeres; en todas calzaban mocasines de cuero varones y hembras; en todas se usaba más ó ménos para flecos las púas del puerco espin y el wámpum.

A todas eran por fin comunes el tomahawck y la pipa de paz; á casi todas,

esas asociaciones de magos en que se creía vinculados los pretendidos misterios de la Medicina. A todas tambien el desconocimiento de toda ciencia, la falta de toda arquitectura, la casi total ausencia de las Bellas Artes.

En medio de tan grandes semejanzas ¡qué de diferencias, sin embargo! La ley de la unidad en la variedad está lo mismo en la humanidad que en la naturaleza.

CAPÍTULO XXXV

Los mandanes.—Se puede considerarlos dacotas.—Si son oriundos de Europa.—En qué se fundan los que lo afirman.—Refutacion de sus argumentos.—Origen que se dan los mandanes.—Cómo podria interpretarse la tradicion á ser la tradicion un símbolo.—Luchas de los mandanes con los dacotas, los cuervos y los assiniboinos.—No eran, sin embargo, belicosos los mandanes.—Tampoco inteligentes.—Estado de su civilizacion.—Sus trajes.—Sus tocados.—Sus casas.—Su mueblaje.—Sus poblaciones.—La que existe hoy en las márgenes del Missouri.—Sudatorios públicos de la tribu.—Condicion de la mujer.—Matrimonio.—Poligamia.—Quiénes eran entre los mandanes los polígamos.—Carácter generoso y hospitalario de esos salvajes.—Clases en que estaban divididos.—Tótem que cada uno escogía y llevaba.—Ideas que tenían sobre los espíritus del Bien y el Mal, el Cielo y el Infierno.—Cómo procuraban hacerse propicios á los Espíritus.—Sus principales fiestas.—Fiesta del diluvio.—Fiesta del búfalo.—Fiesta de la virilidad.—Supersticiones.—Los hacedores de lluvias.—Los muertos.—Manera de guardarlos.—Culto tributado á los cráneos de los deudos.—Lutos.—Relaciones de los mandanes con otros pueblos.—Los ahahways.—Los minnetaris.—Los upsarokas. [1]

Antes de entrar en el grupo de los tinnehs creo necesario decir algo de los mandanes. Supone Gallatin que hablaban uno de los muchos dialectos de la lengua dacota; pero le desmienten Mitchell y sobre todo Kipp, que vivió años en uno y otro pueblos y de ambos conoció y pudo comparar el habla. Si en los dos idiomas, escribe Kipp, hay voces idénticas, lo son, no por lo que significan, sino por el sonido. Aún habiéndolas iguales en significacion, añade, no cabría inferir lo que Gallatin pretende. Se explicaría fácilmente el hecho por la vecindad y las relaciones, ya de paz, ya de guerra, en que siempre estuvieron una y otra razas.

En el idioma de los mandanes, dice el mismo Kipp, se observa una particularidad que no se ha encontrado todavía en ningun otro de la América del Norte. Prefija la sílaba *sub* á los nombres, hace el oficio de la preposicion *sub* de los latinos. Hombre, *numankosh;* niño, *sub–numankosh:* mujer, *mihi;* niña, *sub–mihi.* De ser la lengua mandan uno

[1] Fuentes de este capítulo: Schoolcraft, tomo III, págs. 247 256; Catlin, *Letters and notes... on North American Indians*, tomo I, págs. 81-181; Lewis and Clarke, *Travels to the source of the Missouri*, págs. 86 and 102.

de los dialectos de la dacota ¿no habia de parecer esta forma de composicion en algun otro dialecto?

Conozco, escribe á su vez Mitchell, la inmensa mayoría de las tribus que existen en el continente americano, y estoy en que difieren de todas los mandanes, no sólo por la lengua, sino tambien por sus usos y costumbres. Más aún que por su manera de vivir, se distinguen por sus condiciones físicas: los más tienen gris el cabello y azules ó castaños los ojos.

Aún rebajando las exageraciones de Mitcheli, no creo posible confundir á los mandanes con los dacotas. Me los hace considerar raza aparte primero la existencia de estos dos caractéres físicos, de todo todo punto acreditada, y despues la disparidad de lenguas. Estoy, sin embargo, léjos de pensar que sean oriundos de Europa, como aseguran algunos autores.

Quieren éstos que los mandanes desciendan de ciertos irlandeses que el año 1170 ó algo más tarde salieron de las costas de Gales en diez buques de alto bordo para una expedicion á Poniente y no volvieron á parecer en nuestros mares ni tocaron en puerto desde el cual pudiesen dar razon de su existencia. «Arrastrados, se dice, por la tempestad ó las corrientes marítimas, hubieron de llegar los expedicionarios, si no todos, buena parte, al golfo de Méjico, y de allí, subiendo por el Mississipí, ir á establecerse en la embocadura del Ohio, donde se encontró restos de antiguas poblaciones. Ya en el Ohio, no debió de ser la borrasca, sino la guerra, lo que les hiciese cambiar de asiento: sin dejar las riberas del Mississipi hubieron de entrarse por las del Missouri y no parar hasta que dieron con el lugar donde estaban hace siglo y medio, lugar que distaría de la boca de este río sobre mil quinientas millas. Empujados por la implacable enemistad de los dacotas, debieron de ir finalmente donde los vemos hoy, en las márgenes mismas del Missouri, como doscientas leguas más abajo de la confluencia del Yellow Stone (Piedra Amarilla), que está á los cuarenta y ocho grados de latitud Norte.»

Que los mandanes son de orígen europeo, se añade, lo revelan, ademas del color del cabello y de los ojos, el de la piel, no tan cobrizo como en las demas tribus; las canoas, especie de cestas forradas de piel, no poco parecidas á las del Norte de Irlanda; la fabricacion del vidrio, completamente desconocida hasta en los pueblos semi-cultos de la Antigua América; la semejanza de algunas voces con otras del idioma gaélico y la circunstancia de llamarse á sí mismos nacion de faisanes, cuando no existe el faisan en la cuenca del Mississipí ni en la del Missouri y es comunísimo en Gales, uno de cuyos príncipes lo llevaba en su escudo de armas.

No es cierto en primer lugar que los mandanes fabricaran el vidrio ántes del Descubrimiento: dudo que lo fabriquen aún hoy, atendido el silencio de Schoolcraft, de Lewis, de Clarke y hasta de Catlin, que se distingue por los risueños y brillantes colores con que los pinta. Que se llamaran á sí propios nacion de

faisanes no encuentro tampoco autoridades en que fundarlo: aún cuando las hubiera, para dar algun valor al hecho creería indispensable averiguar si en aquel idioma tenía la palabra faisan la misma significacion que en los nuestros. Grandes analogías con la lengua gaélica no las ha presentado concretamente nadie; canoas á manera de cestos forrados de piel las acabamos de ver entre los iowas. Queda la diferencia de color, y ésta no me parece bastante para tan atrevida asercion, cuando considero que ni todos los mandanes son de cabello gris ni de ojos castaños ó azules, ni deja de haber en los albinos de nuestra raza parecidas anomalías, ni somos aquí todos igualmente blancos.

Parece tambien cierta la marcha ascendente de los mandanes por las orillas del Mississipí y del Missouri; pero ¿cabe inferir de ahí que procediesen del golfo de Méjico, cuanto ménos de las playas de Europa?

Se dan los mandanes en sus tradiciones un orígen subterráneo. «Nuestros antepasados, dicen, vivieron largo tiempo debajo del suelo que pisamos, al márgen de un lago donde reinaban profundas tinieblas. Los trajo á la luz una cepa que fué extendiendo desde la haz de la tierra al lago sus desordenadas raíces. Treparon por ellas multitud de mandanes, y quedaron agradablemente sorprendidos del resplandor del sol, la suavidad del aire, los frutos de los árboles y la caza de los bosques. Quedó desgraciadamente en el antro la mitad de la tribu por haberse empeñado en subir una mujer de gran cuerpo y haber roto la cepa». ¿Será esto una alegoría? ¿será un símbolo? A serlo, forzoso sería creer que la tribu se dividió en dos por alguna catástrofe á que dió lugar otra Helena.

Aunque, segun Catlin, de niños ejercitan ya los mandanes sus fuerzas en simulacros militares, no parece que sean ni hayan sido por naturaleza belicosos. Temprano, con todo, se sabe que hubieron de luchar con los dacotas y otros pueblos fronterizos, y es muy posible que en tan rudas contiendas se vieran separados unos de otros por victorias de sus enemigos. Obra de ciento veinte ó treinta años estaban todavía distribuidos en nueve poblaciones; y el año 1804 no contaban ya sino dos villas situadas frente por frente en las dos orillas del Missouri. Esto nos enseña qué no les pudo ocurrir en los antiguos tiempos. Los odiaban los dacotas, particularmente los cuervos y los assiniboinos.

No eran por otro lado los mandanes hombres de grande inteligencia. Setenta y cuatro grados medía su ángulo facial y ochenta y media pulgadas cúbicas la capacidad interna de su cráneo, siendo así que en los iroqueses medían respectivamente setenta y seis y ochenta y ocho. No tenían los mandanes ni conocimientos astronómicos, ni cronología, ni verdadero sistema religioso, ni ciencia alguna, ni otra medicina que la magia. No disponían de más caminos que los senderos trazados por sus propias huellas, ni de más fortificaciones que la muralla de tierra ó la empalizada, ni de más herramientas que el hacha y el cuchillo de piedra. A embadurnarse el rostro, orlarse los vestidos y pintarse en los mantos, ya el tótem, ya toscos símbolos de sus hazañas, habían reducido las bellas artes;

á informes cantos y leyendas, la poesía. Apénas conocian la industria, apénas la agricultura. Trabajaban rudamente el barro, desplegaban poco gusto en sus canoas, ya de piel, ya de corteza, cultivaban algo el maiz, la calabaza y el cidracayote. De lo que más sabían era de las artes de la caza: tundían bien las pieles del ciervo y el búfalo, asaban, cocían y curaban bien las carnes, y con ponerlas al sol las acecinaban para los tiempos de carestía.

Manifestaban principalmente en el traje su inclinacion á lo bello. Calzaban sandalias de cuero, vestían botines y túnica de piel de corzo, llevaban suelto en los hombros el manto de búfalo y se prendían en sus cabellos plumas de cuervo ó de águila. En muchas de esas graciosas prendas empleaban con profusion los dibujos, las orlas de púas de puerco espin, los escalpes, las cuentas, hasta la piel de armiño. Envolvíanse airosamente en el manto y no pocas lo recogían debajo del hombro para llevar libre la diestra y estar prevenidos contra todo evento. Hasta los piés les bajaba á no pocos el tocado de plumas.

Hacíase posible ésto porque entre los mandanes así los varones como las hembras se dejaban crecer el pelo y lo llevaban generalmente tan largo, que les llegaba á las corvas, cuando no hasta los calcañares. Se lo recogían los hombres, ya en una, ya en dos trenzas, se las pintaban de rojo de dos en dos pulgadas y á lo largo hincaban en ordenada fila las plumas de águila ó de cuervo. No usaban de este último adorno las mujeres; pero no cuidaban ménos de su tocado. Partían los cabellos en la mitad de la frente, se teñían de encarnado la crencha, se los replegaban detras de la oreja en abultados rizos, y, cuando querían, con sólo meter las manos, se los dejaban caer sobre la espalda ó los hombros. Untábanselos á menudo para conservarlos sedosos y brillantes, y las que los tenían grises ponían ahinco en no privarlos del color que les había dado la naturaleza.

Vivían los mandanes en mejores casas que las demas tribus, en casas de tal índole, que no acierto á comprender cómo no las recuerdan para confirmacion de su tésis los que los dicen oriundos del país de Gales. Eran circulares estas casas, y medían de cuarenta á sesenta piés de diámetro. Exteriormente parecían de barro; interiormente, de madera. Hé aquí, segun Catlin, cómo se las construía: Nivelábase el suelo, y por toda la circunferencia se lo excavaba. Servía de cimiento la excavacion á un verdadero muro de postes, iguales todos en espesor y altura, al que se daba por contrafuerte otro de tierra, mucho más recio. Levantábase y apoyábase contra esos postes, generalmente de ocho piés, otros que no bajaban de veinte á veinticinco é iban á reunirse en lo alto por sus puntas describiendo ángulos de cuarenta y cinco grados. Se sostenía y separaba esos nuevos postes de modo que se diera paso á la luz y al humo por otros horizontales que descansaban sobre cuatro ó cinco hincados en el pavimento. Cubríase luégo por fuera este raro techo con estera de ramas de sauce, una capa de tierra y otra de arcilla. El agujero, á la vez claraboya y chimenea, medía de

dos á tres piés de diámetro: debajo de él caía perpendicularmente el hogar, que era otro círculo de cuatro ó más piés, abierto en el suelo.

Al rededor de ese hogar, sobre el que acaso pendía el caldero de toscos llares sujetos al vértice de tres palos divergentes unidos por los extremos, solían estar con negligencia reclinados los varones, ya contando sus aventuras, ya refiriendo consejas, en tanto que las hembras llenaban las faenas de la casa ó formaban corro aparte con los niños. En torno de las paredes alzábanse casi á flor del suelo las camas, compuestas de cuatro tablones y pieles de búfalo; del techo colgaban en pintorescos grupos aquí mazorcas de maíz, allí carne hecha cecina, acullá cráneos de bisonte, más allá canoas y trineos; y sobre la puerta izadas en altos varales flotaban como trofeo y en señal de bravura cabelleras de enemigos sobre viejas aljabas y rotos escudos.

No formaban calle las casas, pero estaban contiguas y sin más intervalo que el indispensable para el paso de los vecinos. Las había, sin embargo, cuyas puertas miraban todas al centro de una plaza circular destinada á las fiestas y los espectáculos. Tenían los pueblos todos, como se ha dicho, reparos, ya de madera, ya de tierra, y debían de estar bien y estratégicamente situados á juzgar por la posicion del que hoy existe. El de hoy ocupa lo alto de un promontorio, casi perpendicular de tan escarpado, que levanta de cuarenta á cincuenta piés sobre el cauce del Missouri, en cierto lugar donde tuerce el río y forma ángulo recto. Está defendido en dos de sus lados por la naturaleza y en el otro por una estacada con foso interior, de tres á cuatro piés de profundo.

Lo particular es que en esas poblaciones había á lo que parece sudatorios públicos. Se los solía construir en los arrabales y darles la forma que hemos visto en las tiendas de los dacotas. Interiormente, en el centro, tenían dos muros de piedra separados uno de otro más de dos piés, que medían seis de longitud y tres de altura; y entre los dos muros, estacas redondas sobre las cuales se extendían las pieles que habían de cerrar el paso al vapor y al aire. Inmediato á la tienda había un pequeño horno donde las mujeres calentaban las ya conocidas piedras.

La mujer era como en la mayor parte de las tribus salvajes la bestia de carga. Casábase á los catorce, á los doce y aún á los once años; pero casi nunca por amor, casi siempre por el interes de sus padres. Tambien allí se la vendía y se la conducía como esclava al hogar del marido. Aún pudiéndose llevar de su inclinacion tenía su precio: no podía irla á recoger el novio que de algun modo no la pagase. ¿Cómo se la había de considerar igual al hombre?

Podía el hombre tomar las mujeres que quisiera; pero no solían recibir más de una sino los bravos y los jefes. Jefe había que abrigaba doce y más bajo su techo: cuantas había exigido el servicio de su casa, otras tantas había tomado. No existían allí jornaleros que alquilar y se los suplía por las esposas. El hombre del pueblo ¿cómo ni por dónde había de ser polígamo? Ni disponía de me-

dios para adquirirla, ni era bastante célebre para que ningun padre se enorgulleciese de darle por segunda ó tercera mujer á cualquiera de sus hijas. Compensaba tambien el honor la falta de hacienda entre aquellos pobres bárbaros.

Las mujeres del polígamo eran comunmente hermanas. No contribuía poco esta circunstancia á mantener la paz en las familias. Solía ser bastante pacífico el hogar de los mandanes: pacífico y hospitalario. A las horas de comer hasta sin vénia de nadie podía sentarse el extraño al rededor del fuego para recibir su parte: no se le rechazaba sino cuando se atribuía á holganza su miseria. Varones y hembras eran allí lo suficientemente afables para acoger con dulzura al extranjero.

El parentesco venía allí por la mujer, no por el hombre. Así tambien los bienes y los cargos.

Por lo dicho habrá ya comprendido el lector que estaban los mandanes divididos en tres clases: jefes, bravos y plebeyos. Los jefes gozaban á lo que veo de alguna más autoridad que en las vecinas tribus: dábanla á conocer principalmente por dos cuernos que llevaban en la cabeza. Los bravos eran los guerreros: no sé si tambien los hombres de la Magia y la Medicina. Vivían éstos en sagradas tiendas y usaban como signos de su poder, ademas del sonajero, el báculo, que perfumaban con el desagradable olor del gato montés y adornaban con astas de antílope y garras de oso. Distinguíanse los guerreros por las plumas de su cabellera; y todo el que empuñaba el arco ó la lanza traía pintado en el escudo su tótem.

Tenía cada mandan su tótem, y era porque al llegar á cierta edad se escogía en la naturaleza un sér de quien hacía su protector y el objeto principal de su adoracion y culto. A ese sér dirigía sus preces cuando salía de caza ó de guerra, á él atribuía sus triunfos y para él guardaba todo linaje de atenciones. Tomábale como intercesor para con el Grande Espíritu y como ángel guardian para todo género de peligros. Por esta razon le pintaba en su escudo y aún en su manto, y lo presentaba, por decirlo así, como su apellido, como su divisa.

Era dualista el mandan como tantos otros pueblos. Lo era, sin embargo, á su modo y tenía acerca del Espíritu del Mal ideas singulares. Le creía anterior y superior en fuerza al del Bien, con ser éste al que volvía sin cesar los ojos. Ponía al del Bien en el Infierno y al del Mal en el Paraíso: en el Infierno al del Bien para castigo de los réprobos y en el Paraíso al del Mal para tentacion de los justos. Entendía que el justo podía faltar y caer en el Infierno; y el réprobo cumplir la pena proporcionada á sus crímenes y pasar al Paraíso. Veía en el Paraíso un lugar templado y delicioso donde abundaban los búfalos y los demas goces de la vida; en el Infierno, un país yermo y excesivamente frío, cubierto sin cesar de hielo. Ponía por de contado el Infierno y el Paraíso en la misma tierra.

Otra idea le atribuyen Lewis y Clarke acerca de la vida futura; pero no me parecen dignos de crédito. El mandan, escriben, cree que despues de muerto ha de volver á la subterránea llanura de que salieron sus primeros padres y no ha de poder atravesar el lago como lleve el peso de muchos pecados sobre su alma. Sus primeros padres orillas y no más allá del lago dice que vivían; las subterráneas llanuras, sombrías y tétricas, añade que las dejaron con júbilo por esta alegre tierra, abundante en búfalos y cubierta de luz y de flores; ¿cómo había de poner allí sus Campos Elíseos?

Para ganar el Paraíso y hacerse propicios á los dos Espíritus recurría el mandan á la fiesta, al ayuno, al sacrificio de su propio cuerpo y al de sus bienes. Sacrificaba de su carcaj la mejor flecha, del búfalo el mejor bocado, de sus perros al que más queria, de sus alhajas la de más precio. Atormentábase en repetidas ocasiones y llegaba á cortarse dedos de la mano. Se entregaba al ayuno la víspera de casi todos los actos importantes de la vida y celebraba fiestas por demas notables.

Las fiestas, como las de casi todas las demas tribus de esta parte de América, consistían principalmente en danzas y cantos de misterioso sentido, sólo al alcance de los magos. Habíalas destinadas á muchos objetos; pero las principales eran la del diluvio, la del búfalo y la que se celebraba al entrar en la virilidad los jóvenes.

Tenían los mandanes idea del diluvio, y decían que se había salvado del general naufragio sólo *Nu-mock-muck-a-nah*, que era de color blanco, vestía túnica de cuatro pieles de lobo, ceñía gorro de dos pieles de cuervo y llevaba en la mano izquierda una larga pipa. Contaban de este hombre que al ver la inundacion se había metido en la Gran Canoa, y había despues desembarcado en uno de los picos de Occidente. Recordaban tan extraordinario suceso todos los años cuando más cubiertos de hoja estaban los sauces; y todos los años parecía en medio de la danza *Nu-mock-muck-a-nah* con su histórico traje y llamaba á la puerta de la sagrada tienda de los sacerdotes. Salía la noche ántes uno de estos magos, se pintaba y decoraba como la tradicion exigía, y la mañana de la fiesta venía como de Occidente.

La fiesta del búfalo tenía por objeto hacer venir los bisontes á las praderas de la tribu. Tenía cada mandan al efecto una tira de piel de búfalo terminada por la de la cabeza y por la cola. Poníasela á guisa de máscara de modo que la de la cabeza con los cuernos le cubriese cara y cráneo y la cola le arrastrase por el suelo. Ataviados de esta suerte, acudían todos al lugar de la fiesta y formaban corro. Uno en medio empezaba á danzar y danzaba hasta que, cansado, inclinaba y doblaba el cuerpo como para remedar la figura del búfalo. No tardaba en recibir entónces del arco de otro una flecha sin punta: dejábase caer como muerto y por mano de espectadores armados de cuchillos salía del corro á rastras. Hacíase allí como que se le desollaba y aún se le dividía en cuartos. Otro

en tanto bailaba, y, cuando no podía más, repetía la comedia de la muerte. Creían los mandanes que por este medio habían de conseguir que los bisontes bajasen á pastar en sus prados, y lo alcanzaban al fin, puesto que no dejaban en días ni en semanas la fiesta como no bajaran los búfalos.

La fiesta de la virilidad se destinaba á endurecer por la privacion y el tormento á los jóvenes que entraban en la vida de hombres. Se hacía pasar á los pobres mancebos por las más duras pruebas; y los jefes, que los miraban, escogían ya interiormente á los que les habían de servir más tarde para acometer arriesgadas empresas ó para dirigir una campaña. Algo de esto vimos entre los Incas, si bien no con bárbaras torturas.

El mandan, como el dacota, era extremadamente supersticioso. Veía lo sobrenatural en todo lo que no entendía, aún en los más repetidos y ordinarios fenómenos de la naturaleza. Pluma que por acaso se desprendiera de su lanza no volvía á pegarla, creyendo firmemente que la habían arrancado ó el soplo ó la mano del Grande Espíritu. Tenía, ademas de sus grandes médicos, hacedores de lluvia como los que vimos entre los nátchez, y á ellos acudía cuando estaban secos y sedientos sus campos. No había miedo de que dejase en ningun tiempo de obtener agua por tan atrevidos hechiceros, como que no dejaban éstos sus ceremonias hasta que llovía.

Supersticioso era tambien con sus muertos. Los pintaba, los untaba y les vestía el mejor traje. Los envolvía despues en una fresca piel de búfalo y con tiras de cuero se la sujetaba de los piés á la cabeza. Ponía en agua otras ropas y se las ataba de igual manera á fin de que por ningun punto les pudiese el aire penetrar el cuerpo. Así dispuestos, los llevaba á catafalcos toscos y humildes como los que vimos en otras tribus. Poníalos allí vueltos los piés á Oriente y les dejaba el arco, la aljaba, el escudo, la pipa, el tabaco y los víveres de que suponía que necesitaban para el viaje al Paraíso. Tal vez los creyese aún con vida, puesto que daba á sus cementerios, situados ordinariamente en los alrededores de sus villas, un nombre que equivalía á «lugar en que viven los muertos».

Cuando esos catafalcos, que tenían por lecho entretejidas ramas de sauce, se venían abajo de maltratados por las injurias del tiempo, recogía el mandan los cadáveres y los quemaba sin guardar más que los cráneos. Los cráneos los limpiaba y blanqueaba y los ponía en el suelo de su casa sobre manojos de salvia silvestre de modo que mirasen todos al hogar, ó lo que es lo mismo, al centro. Hacíalos allí objeto de veneracion y de culto.

Pocos ó ninguno eran los días en que dejaba de poner la esposa ante el cráneo del marido ó la madre ante el del hijo un plato de limpia y bien aderezada comida; rara vez se olvidaban de cambiarles por salvia fresca la ya mustia; horas enteras pasaban con ellos en dulce plática haciéndose la ilusion de que les oían, ya blandas, ya duras respuestas, y replicándoles en el más suave tono y con las más amorosas palabras. Sentábanse con frecuencia junto á esos cráneos

y los acariciaban en tanto que hacían sus labores, como si con ésto se les hiciese más corto el tiempo y más ameno el trabajo.

Por sus muertos perdía casi siempre el mandan una ó dos falanjes de algunos de sus dedos, ademas de su larga y preciadísima cabellera. Así las hembras como los varones se cortaban el cabello en señal de luto.

No era de extrañar que llorasen aquellos hombres muerto al que habían amado vivo. Sentían casi todos especial cariño por sus familias. Lo sentían, y es más, hasta por los extraños, gracias al sentimiento de nacionalidad que los distinguía y á las duras vicisitudes por que los hacían pasar los pueblos de sus fronteras. Contaban pocos aliados entre sus vecinos; pero algunos tuvieron siempre dispuestos á compartir su nada halagüeña suerte.

Tales fueron los ahahways, los habitantes de la colina, que los franceses conocen por el nombre de *Zapatos Negros* y nuestros hombres por el de *Wattasunes*; tales tambien los minnetaris, llamados vulgarmente los Barrigones *(Gros Ventres, Big Bellies)*. Los ahahways viven aún hoy á cuatro millas de los mandanes, y corren á defenderlos cuando los ven en peligro. Pretenden que formaron en otros días parte de los upsarokas; pero es más de creer que la formaran de los mismos mandanes, atendida la semejanza de los dos pueblos en creencias y costumbres. Es de notar que han sido tambien siempre aliados y entienden la lengua de los minnetaris.

Los minnetaris despues de los ahahways han sido los más firmes amigos de los mandanes. Juntos han ido unos y otros en todas sus emigraciones, y con los mismos adversarios han debido luchar para abrirse paso. Quieren los mandanes que los minnetaris hayan venido por mar de Oriente; pero los minnetaris aseguran que son hijos de las márgenes del Missouri. Lo que parece probable es que esos minnetaris se dividieron y separaron tambien allá en apartados tiempos. Los metahartas hablan la misma lengua y llevan para muchos el nombre de minnetaris de los sauces.

Amigos y aún parientes de los mandanes se ha supuesto ademas á los upsarokas ó cuervos; mas sin bastante motivo. Los upsarokas hablan un idioma distinto de los mandanes; y si bien es cierto que ocuparon un día el valle del Missouri, no lo es ménos que hace siglos pasaron á la raíz y las vertientes de las Montañas Rocosas.

A pesar de sus aliados ¿qué no han sufrido los mandanes? Están, como ha visto el lector, reducidos á una sola villa. Lo que no pudieron las armas, lo hicieron las viruelas.

CAPÍTULO XXXVI

Los hiperboreos.—Como los divide Bancroft y donde los sitúa.—Los tinnehs.—Division de los hiperbóreos.—Como se subdividen.—Los chippewyanos, primera division de los tinnehs.—Como se subdividen á su vez.—Subdivision de los tacullis—de los kutchines—de los kenayos.—Los chippewyanos, prototipo de la raza, servirán de base para la descripcion de los tinnehs.—Caracteres físicos.—Modo de lavarse el rostro y cortarse el cabello.—Traje del varon.—Traje de la hembra.—Condicion de la mujer.—Matrimonio.—Divorcio.—No trataban bien á la mujer sinó los dog-ribs.—La mujer era casta.—Estaba convencida de su inferioridad y no trataba jamás de sobreponerse al hombre.—No sobresalía el varon por sus virtudes.—Su indiferencia ante los espectáculos de la naturaleza.—Su conducta con los enfermos y los muertos.—Su brusco proceder con los extranjeros.—Su absoluta falta de gusto artístico.—Su aficion al pemican y á los fetos de los ciervos y otras reses.—Su falta de ingenio.—Sus costumbres de caza.—Su gobierno.—Sus guerras.—Su orígen.—Sus creencias.—Su paraiso.—Su carencia de culto.—Sus médicos.—Su terapéutica.—Su prevision.—Su firmeza de carácter.—Costumbres especiales de los dog-ribs.—Los tacullis.—Sus cualidades físicas.—Su amor al juego.—Sus viviendas.—Su vajilla.—Su manera de calentar el agua.—Sus utensilios de pesca.—Su gobierno.—Su manera de dirimir las discordias.—Su confesion religiosa.—Deberes de sus hembras al espirar sus maridos.—Enterramientos.—Costumbres particulares de los naotetanos y los nehannes.—Tradicion sobre los últimos.—Los kutchines.—Nobleza y virilidad de esta raza.—Sus adornos.—Su traje.—Su organizacion política y social.—Su comunidad de costumbres.—En qué se distinguen de los demás los kutchines del rio Yukon y los tenan-kutchines.—Qué hacían los kutchines del Yukon en los diversos meses del año.—Ferocidad y costumbres de los tenan-kutchines.—Los kenays ó kenayos.—Los unakatanas.—Los ingalikos.—Los koloches.—Costumbres de los kenays que habitan en la península del mismo nombre.—Los atnas.—Su cronología segun Baer.—Sus costumbres.[1]

Al llegar aquí se me hace más fácil el camino. Tengo por guía la excelente obra de Huberto Howe Bancroft—*The Native Races of the Pacific States of North América*—donde se cita, no solo el libro, sinó tambien el texto de que se toma cada noticia.

Empieza Bancroft por las razas más septentrionales y reune bajo el nombre de *hiperbóreos* á los esquimales, los koniagas, los aleutas, los thlinkites (thlinkeets) y los tinehs. Como no habla sinó de los esquimales de Occidente, los pone en las costas del Océano Artico desde las bocas del Mackenzie hasta el golfo de Kotzebue. Del golfo de Kotzebue al rio Atna ó de Cobre (*Copper River*) dice que se extienden los koniagas. Coloca naturalmente á los aleutas en las Islas Aleutias. Vé á los thlinkites entre los rios Atna y Nass ó Nasse. Da por fin á los tinnehs la tierra situada entre las fronteras de estas cuatro grandes familias y la bahía de Húdson.

---

[1] Fuentes de este capítulo: Schoolcraft, tomo V, págs. 172-179; David Dunkan, *North and South American Races*, tabla 51; Bancroft, *The Native Races of the Pacific States of North America*, vol. 1.°, cap. 2.°.

Los tinnehs confinan al Sur con las razas de que escribí en mis anteriores capítulos: serán el tema del que ahora empiezo.

Se dividen, segun el mismo Bancroft, en chippewyanos ó athabascas, tacullis, kutchines y kenays ó kenayos. Estan los chippewyanos ó athabascas entre la bahía de Húdson y las Montañas Rocosas; los tacullis en la Nueva Caledonia; los kutchines, en las dos orillas del Yukon Superior, casi desde su embocadura al Mackenzie; los kenays ó kenayos, desde el Yukon al Atna.

Subdivídense los chippewyanos en indios boreales, que ocupan la parte septentrional de la bahía; *coppèr indians* ó indios del cobre, que viven en las márgenes del rio Coppermine; *mountain indians* y *beaver indians* que están más al Occidente; *strong-bows, dog-ribs*, *hares*, *red-knives, sheeps*, *sariis*, *brush-woods, nagailers* y rocosos, que habitan en las Montañas Rocosas y en las riberas del Mackenzie. (*Mountain indians*, indios de la montaña; *beaver indians*, indios castores; *strong bows*, arcos fuertes; *dog-ribs*, costillas de perro; *hares*, liebres; *red-knives*, cuchillos encarnados; *scheeps* ovejas; *brusch-woods*; matorrales.)

Subdivídense los tacullis en multitud de tribus: las principales, la de los talkotines, la de los chilkotines, la de los nateotetanos y la de los sicannis, que moran en las orillas y los alrededores del Fráser.

Subdivídense los kutchines en los pendencieros, del rio Mackenzie; los vanta-kutchines, los natche-kutchines, y los yukuth-kutchines, del rio Porcupine y sus cercanías; los tutchone-kutchines, los han-kutchines, los kutcha-kutchines, los abedules (*gens de bouleau*), los centrales (*gens du milieu*), los tenan-kutchines, los nuclukayea, y los newicargutos, que en la cuenca del Yukon pueblan una faja de territorio ancha de ciento á ciento cincuenta millas.

Subdivídense, finalmente, los kenayos en ingalikos, habitantes del Yukon Inferior ó por mejor decir de la parte baja del Yukon; koltshanes, tribus esparcidas por las márgenes del Kuskóquim; los kenayos de la península Kenay y los ribereños del Atna.

Son los tinnehs, como se vé, un pueblo interior, no marítimo. Los comprendió Bancroft en su libro porque no están separados del Océano Artico sinó por una estrecha faja de tierra que ocupan los esquimales, y salen por la isleta de Cook al Pacífico.

Los CHIPPEWYANOS ó athabascas son el prototipo de la raza. Con más ó ménos variantes su lengua es la que domina desde las fronteras de los esquimales á la boca del Cópper. Por ellos principalmente describiré á los tinnehs.

No eran ni son los chippewyanos de gran talla. Tenían delgado el cuerpo, la tez ménos oscura que los habitantes de la costa, ordinarias las facciones, ancho el rostro, negro y lacio el cabello, los ojos pequeños y no tan penetrantes como los de sus vecinos, muy salientes los pómulos, rasgada la boca, delgadísimo el lábio, rubia y corta la barba y fibrosas las carnes. Eran ordinariamente

las hembras de más agradable aspecto que los varones; pero de nada airoso porte á causa de andar con patines lo más del año y tirar de largos tríneos de doscientas y aún de cuatrocientas libras de peso. Llevaban hombres y mujeres, ya en las mejillas, ya en la frente, de una á cuatro listas negras ó azules que se labraban cortando la piel y echando polvo de carbon en la herida. Por el número y el color de las rayas se distinguían sus diversas tribus.

Cortábanse los varones el cabello segun les parecía; dejábanselo las hembras largo y suelto por la espalda, cuando no lo recogían en trenzas. Mujer que se lo cortase había dado celos al esposo ó perdido algun pariente.

Empleaban los dos sexos para sus vestidos pieles de castor, de ciervo ó de mosa, orladas de cuernos, garras, dientes y plumas. Usábanlos sin pelo el verano y con pelo el invierno, no siendo raro en invierno que se pusiesen los hombres dos trajes, uno con el pelo hácia dentro y otro con él hácia fuera. Abrigado así el chippewyano, dormía perfectamente sobre el hielo, por más que al despertar le costase trabajo sacudir la nieve que había caído de noche en su cuerpo.

Llevaba el hombre cosidos á los zapatos los botines, que le llegaban á la cintura; entre muslos un pañete de cuero; pegada al cuerpo, una camisa ó sayo que le bajaba cerca de la rodilla: sayo, pañete y botines sujetos por ancho cinto. Unidos á las mangas de la camisa ó prendidos por correas á los hombros, usaba de unos más bien mitones que guantes. Poníase al rededor del cuello una especie de palatina, ceñíase por gorro á las sienes la piel de una cabeza de ciervo y abrigábase con una capa compuesta de forros de cervatillo.

Vestía la mujer diverso traje: una túnica del pecho á los calcañares, que por un cinturon se arrebujaba como quería, y unos botines que le subían hasta las corvas. Muy ancha por arriba se dejaba la túnica si era madre; que solía entre el vestido y la piel llevar á sus niños lo mismo cuando salía al campo que cuando iba de viaje.

Era la mujer chippewyana de la misma condicion que la de casi todos los pueblos bárbaros. Había de retirarse á lugar apartado al hacerse núbil. En los sucesivos menstruos debía abstenerse de tocar los utensilios de caza y guerra y tambien de entrar en camino por que anduviesen hombres. No porque estuviera en cinta, suspendía jamás sus acostumbradas faenas. Abandonaba el hogar en cuanto sentía los primeros dolores de parto, y salía de su cuidado en tienda desde la cual no pudiera por sus ayes turbar la alegría del marido. No interrumpía tampoco entónces su trabajo.

Ni de soltera ni de casada disponía de sí misma. Soltera, estaba á merced del padre; casada, á la de su cónyuge. No con el hombre á que le llamaba el corazon sinó con el que elegían los progenitores había de contraer matrimonio. Ordinariamente, ya de muy niña, se hallaba prometida á varon de más años; gracias que no fuese objeto de lucro. Debía para mayor desventura compartir el

lecho del marido con otras mujeres, tal vez con sus propias hermanas, y el día en que la rechazase colérico el esposo volver avergonzada á la choza paterna. No por su voluntad, sinó por la de su consorte se verificaba siempre el divorcio.

Era allí tambien la mujer bestia de carga. Sobre los quehaceres domésticos, íba de caza con el marido, tiraba del trineo, armaba y desarmaba la tienda, desollaba las reses, tendia lazos á los ciervos, cuidaba de que no faltase á los cazadores ni comodidad ni sustento. ¡Ay de ella si olvidaba el menor de sus deberes! Azotábala cruelmente su tirano compañero, si es que no la ponía desde luego á la puerta de su choza.

No trataban con respeto á las mujeres sinó los dog-ribs, que vivían en las playas del lago del Esclavo. No les exigían estos bárbaros más servicio que el del hogar ni les impedian que consagraran á labores de capricho sus largos ocios. No las llevaban nunca en sus cacerías, ni las obligaban jamás á penosos trabajos. Eran ellos los que iban por agua y leña, acarreaban las reses muertas y retiraban la nieve del lugar en que hacían sus campamentos.

Lo mismo en éstas que en las demás tribus la mujer ordinariamente era casta. Eralo, segun parece, tanto por índole como por lo temibles que se hacían en el hombre los celos. Celos que á la verdad no se explican fácilmente cuando es sabido que en señal de amistad y confianza solían los maridos trocar de noche las esposas. Prostituían aquí á las hembras los varones, que, sobre observar tan extraña costumbre y ser polígamos, no respetaban los lazos del parentesco y al decir de un viajero cohabitaban con sus propias madres, cuanto más con sus hermanas y sus hijas.

Estaba la mujer tan convencida de su inferioridad, que en nada pretendía igualarse al hombre. A las horas de comer era la última en recibir su parte. Sobre todo en las de los jefes no se la servía sinó despues de los criados. Ni aún á sus hijos se la anteponía. Se asegura que en tiempos de hambre llegaba á deshacerse de su prole: mataba, se dice, á las hijas, no á los hijos. ¿Querría por la muerte sustraerlas á la servidumbre? Algo de ésto vimos en otros pueblos.

No se distinguía el varon por sus virtudes. Bajo un clima duro y en tierra lo más del año cubierta de hielo veía indiferente los espectáculos de la naturaleza. Radiante el sol ó encapotado el cielo, blanca de nieve la tierra ó verde por el musgo, quieta la nube ó rasgada por la tormenta, muerto el rio ó convertido en torrente por los aguaceros, proseguía impasible sus faenas y viajes. Dejaba insepulto en las heladas llanuras al que en ellas moría; y, solo cuando se hallaba cerca de los bosques, le cubría con ramas de árboles ó le encerraba en un ataud de madera, para escudarle contra los ataques de los osos. Ni cuidaba mucho de sus enfermos, si por acaso los creía con mal de muerte.

Daba, sin embargo, grandes muestras de dolor por sus difuntos. No se satisfacía con privarse de su cabello; los lloraba largo tiempo, y, si acertaban á

ser parientes muy cercanos, inutilizaba cuanto poseía: vestidos, armas, utensilios de caza, su misma tienda. No tocaba en caso alguno la propiedad del muerto: lo consideraba profanacion y orígen de negra desventura. ¿Habré de añadir que era tambien supersticioso?

Era amante de sus hijos y cariñoso con sus deudos; respetaba poco á los ancianos inútiles para las fatigas de la caza. Lo mismo para recibir que para dar tenía maneras excesivamente bruscas: parecía arrebatar lo que se le regalaba y tirar lo que cedía. No cerraba la puerta de su choza al extranjero; más nada hacía por agradarle, ni siquiera ofrecerle de lo que tenía en la lumbre. Si estaba con hambre el huésped, debía resolverse á tomar del caldero lo que mejor le pareciese: arrugaba el ceño el chippewyano, pero no descosía el labio por creer indígno disputar sobre lo ganado por las armas.

Carecía nuestro hombre de todo sentimiento artístico: era descuidado en el traje, poco limpio de su persona y nada amigo de adornos. En ollas de corteza de abedul cocía sus alimentos; sobre toscas parrillas de leña verde asaba las carnes. Gustaba del *pemican*, usado en casi todos los pueblos del Norte, y es de saber el procedimiento que para hacerlo empleaba. Dividía la parte magra de las reses en delgadas lonjas, y las ponía á fuego manso ó las secaba al sol ó al hielo. La molía luego entre dos piedras, con lo que podía guardarla el tiempo que quisiese. Cuando la deseaba comer, la mezclaba en proporcion igual con manteca hirviendo; y sin necesidad de especias, sal, ni substancia harinosa alguna, tenía uno de los más nutritivos y agradables platos.

Era aficionadísimo á los fetos que encontraba en el vientre de las ciervas y las demás reses y sobre todo á las truchas que cogía en sus lagos y sus rios. No pescaba una que no le arrancase al punto los ojos y los devorase. Crudos comía así mismo casi todos los pescados, más solo á falta de leña para encender fuego. Cuando estaban cubiertas las aguas de costras de hielo, solía como los dácotas abrir agujeros por donde llamar y arponear los peces.

Grande ingenio no lo mostraba en ninguna de sus obras. De piedra hacía sus hachas; de pizarra, de hueso ó de hasta de ciervo fabricaba la punta de sus flechas, con dientes de pescado labraba la madera y la serpentina. Distinguíase principalmente por sus patines y sus trineos. Era plana la armazon interior de los patines, curva la exterior, en punta los dos extremos, retorcido hácia arriba el de delante. Retorcidos por delante estaban tambien los trineos, que se componían de una red de estrechas tablas de sauce ó pruche y unos cuchillos corvos que los hacían resbalar facilmente por el hielo. La serpentina la trabajaba sólo para las pipas.

Sabía el chippewyano trazar en el suelo las orillas de sus rios y las costas de sus lagos; y estos eran todos sus conocimientos.

Como los demás bárbaros dedicábase principalmente á la caza. Cogía los venados ya por medio de trampas, ya ojeándolos y llevándolos á cercas donde los

asaeteaba á su gusto, ya obligándolos á entrar en lagos donde hacía el arpon su oficio. Res tomada en cerca ó agua era comun á todos los cazadores de la partida; en trampa, exclusiva propiedad del que la hubiese tendido, como en el momento de la presa no pareciese algun cazador de mala suerte. No por ley, pero si por costumbre, tenía este malaventurado cazador derecho á participar de lo cazado sin dejar al propietario más que la cabeza, la piel y los lomos.

Otra costumbre observaban los chippewyanos que no merece olvido. Había para cada clan su territorio de caza, y esos territorios pasaban de generacion en generacion sin que jamás pudiera un clan pretender ajenos lotes. Circunstancia que no contribuía poco á la conservacion de las reses.

Diríase por estas costumbres que había entre aquellos salvajes un gobierno regular; y, sin embargo, no lo había. El poder estaba todo en asambleas informes, que no se reunían sinó cuando la necesidad lo reclamaba. No se reconocía jefes hereditarios; no se tomaba por caudillo sinó al más diestro cazador en la paz y al más intrépido de los soldados en la guerra. Acababa con la guerra la capitanía y con la caza la autoridad, si nó la jefatura. Fuera de la caza y de la guerra no eran los chippewyanos para aguantar otro yugo que el de la familia. Querían ser libres como los mismos ciervos de sus montañas y sus bosques.

La guerra la hacían generalmente á los esquimales, á quienes aventajaban en bravura. No perdonaban sacrificio por la victoria. Posponían todo interés privado al público, y el que más poseía más orgulloso estaba de poderlo dar para gloria de su tribu. Salían á campaña llevados por la sed de venganza, no de pillaje; mataban, no robaban al enemigo. Eran en cambio feroces: no perdonaban á nadie la vida, no llevaban consigo prisioneros, no los querían ni para adoptarlos ni para atormentarlos.

Eran soberbios con los esquimales y blandos y humildes con los kenistenos, á quienes concedían más valor y fuerza. Procuraban evitar con ellos todo motivo de discordia; y, ya que no lo consiguiesen, los hacían árbitros de sus quejas y pretensiones. Muy temibles habían de considerarlos cuando así procedían, puesto que de tal valer se juzgaban, que por antonomasia se decían «el pueblo». Creíanse por regla general superiores á los demás hombres.

No permitía en realidad tanto el orígen que se daban. De un perro afirmaban que descendían; y tan respetuosos con los perros eran, que, no solo no los mataban, sinó que tampoco les imponían la carga de tirar de sus trineos. A sus mujeres, como se ha visto, la impusieron ántes que á sus caninos progenitores, que tanto puede la preocupacion en los pueblos bárbaros, y tambien en los cultos.

Decían, por otra parte, que habían venido de Oriente. Llamabánse á si mismos *saw-cessaw-dinnahs*, hombres que miran al sol que nace. En tiempos remotos, segun parece, iban envueltos en pieles de pescado: recibieron por esta razon el nombre de chippewyanos, que debieron á los kenistenos y los chip-

pewas. No todos, sin embargo, se creían oriundos de levante; aseguraban los dog-ribs que habían vivido al Occidente.

Profesaban unos y otros extrañas creencias. El mundo, segun ellos, había sido en sus comienzos mar sin orillas sobre el cual flotaba un gigantesco pájaro cuyos ojos eran fuego, cuyas miradas rayos, cuyo aletear el trueno. Al tocar el pájaro aquel inmenso océano, había surgido como por encanto la tierra y permanecido firme sobre la haz de las aguas. De plantas y de animales se había luego poblado á la voz del ave omnipotente. Con todos los demás seres había parecido el hombre.

Acabada la creacion, había hecho el misterioso pájaro una saeta y dejádola en lugar donde se la guardase con cuidado y no se atreviese nadie á tocarla. Fueron los chippewyanos lo bastante desprovistos de entendimiento para arrebatarla y llevársela, y perdieron para siempre al pájaro, que huyó de la tierra, enojado por el sacrilegio.

Había sobrevenido tiempos despues un diluvio en cuyas aguas, á excepcion de los más altos cerros, habían quedado sumergidos montes y valles. En las cumbres de aquellas montañas altísimas se habían salvado los saw-cessaw-dinnahs.

¿Qué es en el fondo esta historia más que la tradicion hebrea? Para que una y otra fuesen idénticas hasta en la forma bastaría sustituir por el espíritu de Dios el pájaro, por la manzana la saeta y por el arca la cima de los elevados cerros.

Tenían tambien los chippewyanos su paraiso y por cierto muy semejante al de los algonquines. «Muertos, decían, vamos todos á un ancho rio, donde nos embarcamos en canoas de piedra. Llévanos la corriente á un extenso lago, en medio del cual se levanta la más hermosa de las islas. Allí, á la vista de tan encantada tierra se juzga de nuestros actos. Si fueron más nuestras virtudes que nuestros vicios, desembarcamos en la isla, donde nos aguarda todo género de placeres y no hay término á nuestra ventura; sí más los vicios que las virtudes, se sumerge de improviso la canoa y nos deja con la barba al ras del agua para que, viendo eternamente la recompensa de que gozan los justos, luchemos sin tregua por alcanzar la isla y sea incesante nuestro castigo. ¡Vano combatir el nuestro! no adelantamos jamás un paso. Un poder invisible nos aleja de la suspirada costa.» Aun en ésto, si bien se mira, hay algo del cristianismo. La privacion del cielo ¿no constituye acaso para muchos teólogos el infierno? Me guardaré, no obstante, de inferir nada de estas analogías.

Se dice si los chippewyanos creían tambien en la metempsícosis. Como tantos otros bárbaros, se admiraban del niño que nacía con dientes. Celebraban muchos pueblos el fenómeno considerándolo augurio de poder y buena suerte; y los chippewyanos lo esplicaban diciendo que en aquel niño revivía uno de sus antepasados. Debían de tener por lo ménos una vaga idea de la transmigracion de las almas.

Teníanla tambien de la existencia de dos espíritus, uno del bien y otro del mal, y tomaban por custodios seres, ya reales, ya imaginarios. No entraban tampoco en guerra con los esquimales que no pintaran en su escudo el astro, animal ó fantasma que hubiesen escogido por su ángel.

Culto no se sabe que lo rindieran á Dios ni al diablo. Templos, altares, holocaustos no se los ha descubierto nadie. Sus sacerdotes eran, como en todas las naciones circunvecinas, sus médicos, hombres que generalmente empleaban la superchería así para las enfermedades como para mantener excitada y viva la imaginacion del pueblo. De las voluntarias ofrendas del pueblo solían vivir estos embaucadores.

Los hechizos, esos eran casi toda la terapéutica de los chippewyanos. Conocíase la virtud de muy pocas plantas; úsabase apénas más que la corteza del sauce. La corteza del sauce se la quemaba, se la reducía á polvo y se la derramaba por las úlceras y toda clase de heridas. Se hacía tambien aplicacion de los baños de vapor, que hemos visto en tantas naciones de esta parte de América.

Es de presumir que la danza entrase en el plan curativo de los sacerdotes: ¿no sería además religiosa? Era monótona y sin belleza: no consistía sinó en levantar alternadamente los piés sin mover el cuerpo; regíanla como en todas partes el tambor y la sonaja. Mas ordinariamente se la hacía de noche siendo así que aquellos pobres bárbaros parte del año estaban todo el día de huelga. ¿Nada significaría esta circunstancia?

Vivían los chippewyanos bajo clima duro y en tierra ingrata y por demás estéril; pero en extremo previsores, guardaban y enterraban todo lo que en el buen tiempo excedía las necesidades del consumo, y sabían sacar partido hasta de los últimos dones de la naturaleza. Tenían abundancia de peces en los lagos y de ciervos en sus colinas, amen de grandes liebres; y cuando habían apurado todas sus provisiones, se nutrían hasta del musgo de sus rocas, musgo que hacían hervir en agua y disolvían en cierta sustancia glutinosa.

Grande actividad no la tenían, pero tampoco gran pereza. Se distinguían mucho de las demás tribus por su firmeza de carácter y lo uniforme de su vida. No eran fríos y reservados como los más de sus vecinos: comunicábanse y aun comunicaban á los estraños sus noticias y sus pensamientos. Agradábales reunirse y pasar el tiempo en alegres y sosegadas pláticas. De un defecto adolecían que los hacía enfadosos para los hombres de otros pueblos: quejabánse de contínuo diciendo en triste y plañidera voz «dura es nuestra suerte». Más ¿que importaba si eran despues de todo una de las más honradas naciones que ocupaban las riberas de los lagos?

Entre los chippewyanos merecen especial mencion los dog-ribs por una singularísima costumbre. Cuando tras larga ausencia volvían á verse dos de sus clanes se celebraba el hecho con bailes que duraban dos y tres días. Despejábase un trozo de terreno, y en el parecían por opuestos rumbos los dos clanes, ar-

mada de saetas la mano derecha y del arco la zurda. Caminaban hácia atrás danzando; y al encontrarse, fingiánse sorprendidos como si por primera vez se vieran. Pasábanse al punto en señal de amistad las saetas á la mano zurda, el arco á la diestra, y prorumpían en estrepitosa algazara.

No eran ménos de notar en los dog-ribs otras dos costumbres que tambien observaban los hares ó indios liebres. No alimentaban uno ni otros pueblos á los niños hasta cuatro días despues de haber nacido á fin de acostumbrarlos al ayuno; no cortaban las uñas á las hijas que no contasen cuatro años á fin de que no se hiciesen flojas.

Los hares y sheeps ó sean los liebres y los borregos, miraban á las hembras como seres de inferior orígen: habituábanlas de niñas á las más rudas faenas, y aunque no las trataban cruelmente, las ponían en el último peldaño de la escala humana. No poseían ni afectaban el estoicismo de las demás razas de América: eran comunistas hasta el punto de no permitir que el cazador dispusiera sinó de la lengua y las costillas de la res que matase.

Se dice si los borregos eran caníbales.

Hasta aquí los chippewyanos. Paso ahora á escribir rápidamente de las demas clases de tinnehs.

Vivian los TACULLIS al Noroeste de la América inglesa, en lo que es hoy Nueva Caledonia. Hacían ordinariamente en canoas sus viajes de pueblo á pueblo, y de aquí su nombre: *taculli* significa «el que anda por agua». De su aficion á la vida errante les ha venido tambien el sobrenombre de mensajeros que hoy les damos.

Eran los tacullis de nada agradables formas. Lo eran las hembras aún ménos que los varones, pues, sobre ser delgadas y de corta estatura, presentaban gran desproporcion en sus extremidades. Vestían unos y otras la piel del castor, la de la liebre, la del tejon y la de la rata almizclera, pieles que con no poca frecuencia cortaban en tiras de una pulgada de ancho que luego entrelazaban ó tejían. Pintábanse tambien hombres y mujeres con cierta mixtura de carbon y aceite de pescado, y se colgaban de las narices, que al efecto se taladraban, adornos de conchas ó de cobre.

No sobresalían por lo pulcros, pero sí por lo animados y alegres. Apasionadísimos eran por el juego: sobre todo en la estacion de los hielos tal vez se pasaban sin dejarlo días y noches. No los detenía la mala suerte: jugaban y apostaban hasta que perdían su último dije y su más vil andrajo. Hasta de parte de sus vestidos llegaban á desprenderse cuando tan necesarios les eran para defenderse de las inclemencias del cielo. Como se hacían sin gran fatiga con provisiones de boca, eran viciosos é indolentes. No por esto pecaban de pendencieros, aunque no carecían de bravura.

Vivían el verano en tiendas, el invierno en subterráneos. En el invierno abrían á dos piés de profundidad la tierra y levantaban á lo largo sobre dos es-

tacas un madero que servía de caballete. Contra el caballete apoyaban despues los postes que hacían partir de los dos lados de la excavacion. Cubrían de heno por fin esta sencilla techumbre, en medio de la cual dejaban un agujero tanto para la entrada y la salida de los moradores como para el escape del humo.

Hacían su vajilla de cortezas de árboles y tambien de fibras y raíces que tejían cuan túpidamente les era posible á fin de que no se les derramase el agua. El agua la calentaban y la ponían en ebullicion por el procedimiento que ya hemos visto, el de las piedras enrojecidas al fuego.

Vivían más de la pesca que de la caza. Conocían y empleaban diversas clases de redes y hacían tambien uso del arco y la flecha. Cogían en abundancia salmones y castores, y sólo en Abril tenían necesidad de ir á los lagos en busca de menores peces.

Su gobierno era casi tan rudimentario como el de los demás chippewyanos. Sus jefes *(miutys)* gozaban, sin embargo, de alguna más autoridad, puesto que podían escudar al homicida contra la venganza de los parientes del muerto, bien guardándolo en su choza, bien echándole en los hombros cualquier prenda de su traje. Ancianos solían dirimir las discordias privadas cuando no eran debidas al asesinato ni al rapto. No las había de ordinario entre pueblos por cuestion de límites—circunscribían el territorio de cada localidad ya montañas, ya ríos—; pero sí las había frecuentemente por injurías de obra ó de palabra inferidas de tribu á tribu. El que mataba á hombre de tribu distinta no era tenido en la suya por delincuente.

Conocían los tacullis la esclavitud y se procuraban cuantos esclavos podían. Por cierto que los trataban inhumanamente: tan mal ó peor que á las bestias de carga.

En punto á religion entiendo que profesaban la de los demás chippewyanos. Tenían, con todo, una especie de confesion parecida á la que vimos en Méjico. Creian firmemente que, cuando enfermos de gravedad, no podían curarse sin revelar á los sacerdotes los más secretos crímenes. Los sacerdotes eran, por de contado, hechiceros y médicos. Más que con medicinas con lúgubres cantos, que repetían á coro los espectadores, se proponían restablecer la salud de los pacientes. Exigían paga por adelantado, pero con obligacion de restituirla si no acertara á ser favorable el éxito.

Eran polígamos los tacullis, pero no todos tenían más de una esposa. Terribles deberes pesaban sobre esta mujer al espirar el marido. Ya que estaba el cadáver sobre la pira en que iban á quemarlo, había de arrojarse la viuda sobre el exánime cuerpo y permanecer quieta hasta que la ahogase el humo. Podía entónces retirarse, pero no á tal distancia que le fuera imposible mantener en la conveniente posicion al difunto y avivar el fuego. ¡Ay de ella si por miedo ó dolor dejaba de cumplir tan penosa tarea! Levantábanla otras y la empujaban á la hoguera sin conmoverse por los gritos que daba. Los gritos se los ahogaba con salvajes cantos y el batir de los tambores.

Si las viudas eran muchas, no llevaban mejor suerte. Debían colocarse unas á la cabeza y otras á los piés del cadáver, descansar en él la frente, dar golpeándolo frenéticas muestras de dolor y cariño, alimentar y á la vez combatir las llamas. Allí debían estar mientras no les quemase el fuego la cabellera y no las privase de sentido el humo. Se las apartaba algun tanto de la hoguera cuando tal sucedía; pero, no bien se recobraban, debían acercarse nuevamente al muerto y darle, ya con la una, ya con la otra mano, hasta que lo vieran reducido á cenizas. Recibía despues cada viuda parte de esa ceniza en saco ó bolsa y había de llevarla consigo dos años. Durante este largo período continuaba sufriendo. No podía vestir sino andrajos ni volver á casarse, y estaba sujeta poco ménos que á servidumbre. No era raro que, agobiada por los sufrimientos, recurriera al suicidio. En cambio, si los sobrellevaba, volvía á los dos años á su antigua libertad y era objeto de gran fiesta.

Levantaban los tacullis para las cenizas de sus muertos unos como panteones en que los guardaban dentro de sacos ó cajas. Hacíanlos de tablas de una pulgada de profundidad y seis pies de altura, en que pintaban seres de cielo y tierra.

Tales eran las costumbres de los tacullis. Las había peculiares de ciertas tribus, pero escasas. Entre los naotetanos, por ejemplo, las hembras se cortaban, al morir cada uno de sus próximos parientes, la primera articulacion de uno de sus dedos; las varones se rapaban la cabeza y se rasgaban con puntas de pedernal las carnes. Los turbulentos nehannes, que sobresalían por lo guerreros, acostumbraban á pasar el verano en la costa y en invierno á recorrer la tierra.

Cuéntase de esta horda que estuvo un tiempo gobernada por una mujer de hermoso color, regulares facciones y grande entendimiento. Esta mujer, se dice, ejercía tal influencia sobre los nehannes, que eran tan mansos á sus ojos, como audaces y temibles para las vecinas gentes. Su palabra era ley; sus órdenes, obedecidas con maravillosa presteza. Principalmente por esta razon, á lo que parece, gozaban allí las mujeres de consideracion y respeto.

¿Recordará todavía el lector aquella jóven reina de Cofachiqui por quién fué tan galantemente recibido el capitan Hernando de Soto? En aquel país gobernaba tambien una mujer y había panteones en que se guardaba dentro de cajas de madera á los muertos. ¿Habría algun parentesco entre aquellos hombres y los tacullis?

Entro ya en los KUTCHINES, la flor de la familia tinneh segun Bancroft, á quien sigo casi á la letra desde que dejé á los chippewyanos.

Los kutchines, dice este autor, constituyen una raza más noble y varonil que la de los esquimales del Norte y los pueblos que ocupan sus fronteras del Mediodía. Algunos, los del río Peel, son de atléticas formas y gallarda apostura: los hay altos de seis piés y de bellas proporciones. Los más notables son los que viven en las márgenes del Yukon. Sus facciones expresan más que las de

sus vecinos el candor, la valentía y la franqueza; su frente es más espaciosa; su tez, más clara. Sólo los del río Tananah tienen feroz y salvaje aspecto.

Suelen todos llevar conchas en nariz y orejas, el cabello largo y sujeto en la cerviz por cordones de cuentas de modo que caiga suelto por la espalda: lo adornan con plumion y plumas y lo untan de aceite. Lábranse las mujeres la barba con cierta sustancia negra; y los hombres desde lo alto de la frente á la punta de la nariz se pintan una raya del mismo color que de sien á sien y de pómulo á pómulo cruzan con otras encarnadas. No es tampoco extraño que los varones se tracen en la barba listas de negro y rojo. Cuidan todos y todas mucho del aseo de su persona.

Usan para su traje la piel del rangífero. Visten ordinariamente dos sayos en figura de cola de milano, uno que les baja á la mitad de los muslos y otro abrochado por dentro que no les cubre sino el estómago; al través de hombros y pecho una gran banda de cuentas; franjas algo más estrechas al rededor de frente y tobillos; calzon, botines, zapatos y, si son ricos, collares y sartas de varias formas. Llevan casi todos el sayo con orlas y flecos de púas de puerco espin teñidas de diferentes colores; y algunos pegada al cinto una falda como cola de castor que les llega á los talones. Visten casi de igual modo la mujer y el hombre.

Tales se presentan y tales se presentaban los kutchines ántes del Descubrimiento. En lo político no estaban más adelantados que los demas tinnehs. Apénas si tenían gobierno: elegían á sus jefes entre los más ricos ó los más hábiles, y les concedían la ménos autoridad posible. Socialmente estaban organizados de una manera muy parecida á la de los iroqueses. Vivían divididos en tres castas que ocupaban tres distintos territorios: la de los chitcheahs, la de los natsahis y la de los tentgratseys. No podía casarse ninguno dentro de su casta: habían de buscar todos en las demás su cónyuge ó sus cónyuges. Pertenecían los hijos á la de la madre.

Producía esta organizacion sus buenos y sus malos frutos. No se hacía la guerra de tribu á tribu sinó de casta á casta, y el contínuo enlace de las castas la contenía. En cambio, si estallaba, eran frecuentemente enemigos padres é hijos. Estaban allí los padres en situacion verdaderamente anómala. Para que más lo fuese, debían trocar su nombre por el de sus hijos el día en que sus hijos lo recibían. Aquí los hijos lo tomamos de los padres.

Fuera de ésto no tenían de comun los kutchines sino algunas costumbres. Todos encerraban á sus muertos en ataudes y los ponían sobre más ó ménos elevadas plataformas: se diferenciaban sólo en que algunos quemaban el cadáver y no guardaban sinó las cenizas. Todos eran amigos de pláticas y se guardaban de interrumpir á los recien venidos. Todos contaban entre sus diversiones la lucha, el salto, la danza y el canto. Todos consideraban como únicos medios de ganar esposas la riqueza y la fuerza. Todos eximían á la mujer del ejercicio del

remo y la desembarcaban á cuestas para que no se mojara. Todos vendaban los piés de los niños para impedir que crecieran desmesuradamente. Las mujeres de todos llevaban á sus hijos de pecho á la espalda en cunas de corteza. La de ninguno empezaba á comer que no estuviera satisfecho el marido. Todos por fin creían susceptibles de transaccion y arreglo el asesinato y los demas crímenes.

Distinguianse principalmente del resto de la familia los del río Yukon y los tenan-kutchines. Los del río Yukon eran los más industriosos. Hacían de barro sus utensilios de cocina y los adornaban con cruces, vírgulas y líneas. Les daban primero con la mano la forma que querían, los secaban despues al sol y concluían por cocerlos al fuego. Sacaban los colores, ya de piedras, ya de tierras, los disolvían en una especie de cola que les proporcionaban los piés del búfalo y los aplicaban con pinceles de pelo de mosa.

Así como los de la costa hacían de piel de foca sus canoas, ellos las hacían de cortezas. Con madera de sauce ú otra no ménos leve empezaban por construir como el esqueleto del buque; y, ya que lo tenían acabado, lo cubrían de cortezas de abedul, que unían con raíces de pruche. Con resina del mismo árbol calafateaban luego la barca. Dábanle de largo de tres á cinco varas y bogaban con un solo remo.

No conocían los kutchines del Yukon las redes; pero cogían multitud de peces levantando al través de sus ríos y de sus estrechos lagos estacadas con aberturas donde colocar cestas de mimbre. Con trampas solían cazar en los montes á los ciervos-mosas y los tarandos.

La más apurada estacion para esos kutchines era el fin del invierno, donde consumidos los depósitos de víveres, no podían salir á caza porque los deslumbraba el reflejo de los brillantes rayos del sol en la nieve que se derretía. Aprovechaban cuanto les permitían sus condiciones de carácter los meses de Junio á Noviembre. En Junio subía el salmon por el río y no dejaban de pescarlo en abundancia hasta los últimos días de Agosto: lo secaban ó ahumaban sin salarlo y lo guardaban para los futuros hielos. En el mismo Agosto cazaban al rangífero y cogían gran número de ánsares. Andaban el mes de Octubre en busca de pieles; y cuando, ya cuajados los ríos, no era posible la pesca, se dedicaban á venderlas á los esquimales por aceite y pieles de foca.

Los tenan-kutchines, montañeses que habitaban al Mediodía del fuerte Yukon, en tierra que cruzan las aguas del río Tananah, eran por lo contrario, como ántes indiqué, una salvaje y feroz horda con la cual no han medido todavía sus armas los europeos. Trataban como perros á sus mujeres y habían por decirlo así desterrado la castidad del suelo que ocupaban. Aun las más rudas faenas habían impuesto á las hembras, á quiénes, sin embargo, no llevaban jamás en sus cacerías.

Salpicaban los tenan-kutchines su pelo y sus botines con ocre rojo y grasa. Partían por la mitad de la frente el cabello y lo recogían en bucles que no pare-

cían sinó rollos de encarnada arcilla. De esos bucles dejaban caer algunos por las sienes, juntaban y ataban los otros con una cinta de conchas y los llevaban al cuello. Untábanse la cabeza toda, y hacían luego que se la rociaran con menudo plumion de pintadas aves. La mujer era generalmente ménos amiga de adornos que el hombre.

Bajo por fin á los KENAIS, los más australes de los tinnehs; raza hermosa y varonil muy distinta de los esquimales.

Entre los kenais los unakatanas constituían la más poderosa tribu. Vivían en las márgenes del río Koyukuk y tenían por las del Yukon Inferior derramadas muchas de sus poblaciones. Eran fieros y audaces; y hasta en el vestir querían imponer su gusto. Llevaban en sus trajes pesadas orlas de cuentas ó de conchas; no permitían otro tanto á sus mujeres, á quienes miraban tambien como de más baja estirpe. No padecían hambres como tantos otros pueblos septentrionales: cazaban fácilmente en verano gran copia de ciervos-mosas, porque con el fin de librarse de los mosquitos se arrojaban aquellos animales al agua y son torpísimos nadadores.

Despues de los unakatanas eran de notar los ingalikos que se llamaban á sí mismos *kaeyah khatanas*, moraban cerca de la embocadura del Yukon y, al decir de muchos viajeros, sobresalían por lo tímidos, sencillos y honestos. Tenían, á lo que parece, corta vida: se asegura que no pasaban de cuarenta y cinco años los varones ni de cincuenta y nueve las hembras. A las hembras se las supone tan fuertes, que se las describe pariendo de rodillas y con tan poco trabajo, que no habían de suspender por más de una hora sus ordinarias ocupaciones. Alimentaban y cuidaban por sí mismas á sus hijos, y no solían destetarlos hasta los tres años.

No hablaré de los koltschanes ni de los kolosches, tal vez un sólo pueblo. Los kenis que ocupaban la península del mismo nombre y los atnas que vivían en las riberas del Copper son ya las únicas gentes que se distinguieron por algunas de sus costumbres. Los kenais, de inclinaciones nómadas, corrían leguas y leguas en busca de caza. Dejaban á los más próximos deudos la venganza de todo ultraje; y si acertaba á ser de ajeno clan el que lo había inferido, contra él levantaban y armaban á todas las familias enlazadas por vínculos políticos. Eran polígamos y habían de dotar á sus mujeres: dote que les daban, no podían ya quitársela.

La pasion correspondida llevaba aquí tambien para el novio un año de servicio por la novia. Entrábase el novio cualquier mañana en la choza del padre de sus amores, y sin abrir la boca se ponía á calentar la sala del baño, aderezar la comida ó acarrear agua. Cuando le preguntaba el padre el motivo de tales obsequios, le declaraba que pretendía por mujer á la hija. Concluído el año, entregaba á la novia lo que le pedía, la tomaba de la mano y sin más ceremonia la conducía á su propia casa. Como la maltratase, no podía impedir que se volviera con la dote á la choza de sus padres.

El kenai gravemente enfermo, si llegaba á recobrar la salud, solía dar una fiesta á cuantos le habían manifestado afecto é interesádose por su vida. Si en ese festin se mostraba muy espléndido, tal vez conseguía hacerse jefe, bien que no trasmitir la dignidad á su heredero. La podía obtener el heredero, más sólo condicionalmente.

Cuando un kenai moría, juntábase, por fin, toda la comunidad y lloraba. Presidía y dirigía el duelo el más próximo pariente, ataviado lo mejor que sabía, pintado el rostro de negro, la cabeza y la nariz con plumas de águila. Sentábanse los demás al rededor de una hoguera y prorumpían en grandes alaridos miéntras él refería los más nobles hechos del difunto sacudiendo con los piés la tierra y haciendo las más violentas contorsiones. Repartíase despues entre los deudos las prendas de vestir del muerto, se quemaba el cadáver y se recogía y sepultaba los restos. Al año se celebraba un banquete y no era ya lícito á nadie ni siquiera mentar el nombre del finado.

Los atnas eran una pequeña tribu que, segun Baer, dividía el año en quince meses: diez que constituían el otoño y el invierno y cinco que formaban la primavera y el verano. Sabían trabajar el cobre. No disponían de pesca suficiente para las necesidades del consumo, y hacían anualmente dos cacerías: una en la primavera ántes que empezara el deshielo y otra en el otoño. Acorralaban en la primavera á los rangíferos dentro de cercas de mimbres que formaban ángulo agudo; los perseguían el otoño en los lagos y los mataban desde sus canoas. Del éxito de estas cacerías resultaba para ellos la abundancia ó el hambre.

Tenían esclavos y los compraban á los koltschanes.

Quemaban los cadáveres, recogían los despojos en frescas pieles de tarando y los guardaban en sendas cajas que ponían ó en lo alto de los árboles ó en las ya conocidas plataformas. Al año celebraban como los kenais peninsulares una fiesta en conmemoracion de sus difuntos.

Bancroft, al llegar aquí, habla de la contradictoria manera cómo se ha descrito el carácter de los tinnehs. Abundan por desgracia estas contradicciones en la pintura de casi todos los pueblos de América. Nacen de muchas y muy diversas causas, unas que ya indiqué y otras que indicaré más tarde. Los tinnehs ó los dinnahs no son ciertamente la excepcion de la regla.

CAPÍTULO XXXVII

Los esquimales.—Su situacion geográfica.—Su verdadero nombre.—Sus cualidades físicas.—Su clima.—Su traje.—Su alimentacion.—Sus tiendas.—Sus iglus ó chozas subterráneas.—Sus palacios de hielo.—Su sistema de vida.—Sus pescas en los rios.—Su pesca de focas.—Su caza de osos.—Su caza de ciervos, rangíferos y pájaros.—Su pesca de ballenas.—Sus armas ofensivas y defensivas.—Sus utensilios.—Sus canoas kayak y sus canoas umiak.—Sus patines y sus trineos.—Sus perros.—Sus utensilios para la pesca.—Sus herramientas.—Su industria.—Sus trabajos artísticos.—Su espíritu de imitacion.—Su memoria.—Su aritmética.—Su cronología.—Sus idéas astronómicas.—Su medicina.—Su poesía.—Su humanidad.—Su idioma.—Su moralidad.—Sus faltas.—Su poca ó ninguna consideracion para las mujeres.—Su descuido con los enfermos.—Su presuncion.—Su desaseo.—Su afan por adornarse.—Sus saludos.—Sus agasajos á los huéspedes.—Su poligamia y su poliandria.—Sus impedimentos para el matrimonio.—Sus esponsales y casamiento.—Su division del trabajo entre la mujer y el hombre.—Sus hijos.—Sus herederos.—Sus juegos.—Sus fiestas.—Sus danzas.—Sus pantomimas.[1]

Lindaban con los tinnehs los esquimales, que vivian alrededor del Polo, se extendian por las costas del Océano Artico desde la Groenlandía al estrecho de Behring, bajaban á Levante hasta la bahía de Cod, á Mediodía hasta la de Hudson y á Poniente hasta el golfo de Kotzebue. Son raza digna de exámen y les consagraré más de un capítulo.

De donde les viniese el nombre lo ignoro. Charlevoix cree posible que derivase de la voz abenaqui *esquimantsic*, comedor de carne cruda. La verdad es que no se llamaban á si mismo esquimales, sinó *innuits*, palabra que significa «el pueblo,» de *inuk*, hombre.

Distinguíanse físicamente los esquimales por la magnitud del cráneo, la inclinacion de la frente, la pequeñez y la oblicuidad de los ojos, lo ancho de la cara y de la boca, lo muy saliente de los pómulos, que parecían formar con los temporales una sola curva, el color del cútis, ménos cobrizo que blanco, y las reducidas y graciosas dimen-

---

[1] Fuentes de este capítulo: BANCROFT, vol. 1. cap. 2.°; KING, *Journal of the Ethnological Society*, I, 51 á 57; 131 á 148; 277 á 299; HALL, *Life with the Esquimaux*, vol. 1.°, pág. 25, 33, 73, 103, 128 130, 134, 183, 187, 189, 192, 227, 230, 314 y 319; vol. 2.°, pág. 121, 126, 209, 223, 229, 242, 312 á 331; DAVID DUNCAN, tabla 46.

siones de manos y piés en varon y hembra. Tenían la nariz plana y como hundida entre las mejillas; rala, no sin pelo, la barba; erguido, basto y negro como las alas del cuervo el cabello. Eran rollizos sin ser corpulentos; bastante robustos, aunque no de la fuerza de nuestros hombres de Europa; de flojas carnes y no muy bien definidos músculos; de mediana estatura; sin belleza, pero tampoco deformes. Hermosas no lo eran sinó algunas mujeres por las bien porporcionadas formas de cuello, hombros, brazos y pechos.

En las vastísimas comarcas donde esos hombres vivían, mar y tierra están lo más del año cubiertos de espesas capas de hielo, que no se derriten nunca en las cumbres de los altos montes. Huyen las aves á más templados climas, busca la res abrigo en las cavernas ó en los apartados bosques, y reinan en toda la naturaleza la soledad y el silencio. Escasea tanto la vegetacion, que en muchas partes no hay leña con que encender lumbre. Para colmo de mal abandona el sol el horizonte y no vuelve á brillar sobre tan árido suelo hasta despues de tres meses de noche y seis de crepúsculo. No interrumpe de vez en cuando tan largas tinieblas sinó la aurora boreal con sus ya tenues ya fúlgidos resplandores, que no parece sinó que al extinguirse aumentan la oscuridad del espacio. Sólo entre Mayo y Agosto brilla sin interrupcion la luz del día; libres de hielos las aguas, bajan al Océano con alegre estruendo; se cubren de musgo las rocas y de yerba y flores los espaciosos llanos. Sólo entonces pueblan el aire numerosas bandadas de pájaros que volvieron del Mediodía en busca de sus antiguos nidos; salen del fondo de sus cuevas ó vienen de las lejanas selvas multitud de rangíferos, de ciervos-mosas, de almizclados ovibos y con ellos inmensas greyes de búfalos. Durante el triste y prolongado invierno sólo en el crepúsculo que precede al día resuena á lo largo de las playas el ladrar de las focas y el resoplar de las ballenas.

Estas singulares condiciones climatológicas no podían ménos de influir en las costumbres de los esquimales. Para vestirse ponían á contribucion aquellos hombres toda la naturaleza animada: pieles de oso, de zorra, de lobo, de rangífero, de liebre, de ardilla, de aves, de foca, de ballena. De la ballena y la foca utilizaban además los intestinos para que no los calase ni la nieve ni el agua. Como los tinnehs, llevaban ceñidos al cuerpo dos sayos; uno con el pelo de las pieles adentro y otro con el pelo afuera; el inferior con mangas y capucha; ambos dispuestos de modo, que no podían meterselos ni quitárselos sinó por la cabeza. Debajo de los dos sayos usaban calzones de cuero que pasaban de las rodillas; y de las rodillas abajo recios botines que en la garganta del pié se unían con los zapatos. Zapatos tríples y cuádruples calzábanse en invierno sin que perdiesen en ligereza. Iban todos con mitones y se echaban en los hombros su impermeable de intestinos.

Vestían allí las mujeres casi de igual manera que los hombres. Hacíanse mayor la capucha para llevar en ella á sus pequeñuelos, se cortaban el sayo de

modo que por la espalda rematase en punta, y le pegaban ó cosian una cola de cualquiera animal que les diese en los calcañares. Parecíanse las mujeres á los hombres, no sólo en el traje, sino tambien en la fisonomía, tanto, que era facilísimo confundirlos aún viéndolos á unos y otros despojados de sus atavíos.

Se abrigaban los esquimales, no sólo exterior, sinó interiormente. Comían todo género de carnes y pescados y todo con ansia; pero nada con tanto placer como la grasa de la foca, la ballena y el manatí del Norte. Contaban entre sus platos favoritos la sangre coagulada, arándanos con aceite rancio de ballena, hígado crudo de ciervo, dividido en menudas piezas y mezclado con los alimentos á medio digerir que en el estómago de la res encontraban, gusanos vivos y caza de todas clases, empapados en aceite de foca. Como algo mejor que el néctar bebían la sangre aún caliente de los animales á que acababan de quitar la vida. Dícese que preferían á las viandas cocidas las crudas y gustaban extraordinariamente de los peces vivos; más no es justo achacar á virtud ni á vicio lo que la necesidad les imponía. Cuando los acosaba el hambre, engullían naturalmente crudo y vivo lo que no podían ni calentar á la luz de sus pobres lámparas.

A los rigores del clima obedecía tambien la construccion de sus viviendas. Hacíanlas en verano los esquimales con tres ó más palos que ataban por la parte superior y cubrían de pieles, ya de foca, ya de ciervo. Bastas pieles tambien extendían sobre el pavimento si por acaso estaba aún con humedad ó escarcha. En invierno se construían ya chozas á la manera de los tinnehs, á que daban el nombre de *iglus*. Excavaban la tierra á seis piés de profundidad, y apoyaban contra los muros postes ó costillas de ballena que sobresalían dos ó tres piés y formában una especie de cúpula que se solía cubrir de césped. Como los mismos tinnehs, dejaban algo abierta la techumbre para la luz y el humo; pero no tanto, que permitiera el paso á los moradores. Los moradores entraban y salían por otro subterráneo que se hacía á no mucha distancia y subterráneamente comunicaba con el primero. Era tan estrecho el túnnel, que no se lo podía cruzar sinó á gatas; pero se ensanchaba en su término de modo que hubiese espacio donde guardar los impermeables.

A fin de preservarse mejor del frio ponían los esquimales á la entrada del túnnel una piel de ciervo que á modo de *portier* lo defendiera del viento; sobre la boca de la segunda exacavacion, un cobertizo que la guareciera de la nieve; y con no poca frecuencia sobre la cúpula de la choza, trasparentes intestinos de ballena que retuvieran el hálito y el calor de los habitantes. No cabía lo último sin renunciar al fuego; más lo renunciaban fácilmente supliéndolo por lámparas de piedra, cuya luz servía así para alumbrarlos como para liquidar el hielo, hacer hervir el agua y cocer las carnes.

Techo y paredes estában de ordinario revestidos interiormente de hojas de madera; en medio de la habitacion ardían ó el hogar ó la lámpara; al rededor

había bancos á la vez camas, que no eran sinó tablas sobre recios troncos cubiertas de pieles ó de ramas de sauce. Nada se guardaba allí qne no exigieran las necesidades del día: los acopios estaban debajo de más ó ménos espaciosos tinglados que se levantaba no léjos sobre cuatro sencillos postes.

Fabricaban los esquimales otras viviendas en que descubrían originalidad é ingenio. Construíanlas tambien durante el invierno; mas cuando empezaba á despuntar la aurora del nuevo día, tiempo en que iban por el hielo á coger focas, edificaban entónces palacios de cristal que, segun Franklin, despertaban sentimientos análogos á los que hubiera podido producir un templo de Phidias. Buscaban terreno límpio y llano, y en él trazaban un círculo de diez á quince pies de diámetro. Cortaban dentro del círculo sillares de tres á cuatro pulgadas de espesor, tan largos como profundo acertaba á ser el hielo mismo; y con ellos iban alzando hiladas sobre hiladas un muro circular que á cierta altura estrechaban hasta cerrarlo en forma de cúpula. Cerrábanlo, segun se afirma, por medio de una losa en figura de cuña, como sabemos que lo hacían ya en edades remotas los asirios y los egipcios.

Cubrían los interstícios de los sillares con nieve derretida, que al punto se congelaba, y no abrían paso al aire como no fuese por una puerta que dejaban en uno de los lados del edificio. Si el muro no daba paso á la tenue luz de aquella larga aurora, abrían una ventana donde ponían en vez de cristal una delgadísima tabla de hielo. De hielo hacían despues todo el ajuar de la casa: los bancos, la mesa, las camas y aún el poyo en que alimentaban sus lámparas con aceite de ballena. Tendían sobre camas y bancos pieles de foca ó de rangífero y descansaban y comían como en la mejor estufa.

En horas quedaban levantados y con muebles tan brillantes palacios; más luego que asomaba el sol en el horizonte, si no tambien en horas, en muy poco tiempo desaparecían. No eran de más difícil construccion ni duraban mucho más las tiendas de verano. Subsistían en cambio siglos las viviendas subterráneas, fruto casi siempre de largos é ímprobos esfuerzos. Debían estas satisfacer necesidades más permanentes, y de aquí su mayor solidez y su mayor artificio.

Bajo el punto de vista estético lo más de notar eran, sin embargo, las rotondas de hielo. ¿De donde pudieron aprender esos pobres bárbaros á cerrarlas en forma de cúpula, cosa que no alcanzaron en América pueblos más cultos ni en Europa los antiguos griegos con haber hecho tantos progresos en las ciencias y las artes? La naturaleza del material facilitaba el corte de los sillares, no el conocimiento de las leyes á que no podía ménos de obedecer la formacion de la bóveda. Admiran los esquimales no sólo por esas construcciones sinó tambien por la manera como supieron emplear el frío contra el frío para conservar lo mismo en reposo que en movimiento el calor del cuerpo. Esas casas de hielo donde no cabía encender lumbre es de advertir que los abrigaban perfectamente contra temperaturas de treinta y cuarenta grados bajo cero, que aquí no sa-

bríamos combatir sinó por el fuego lo mismo en las ciudades que en los campos. Fuego tal vez no hubiera en el mundo raza alguna que consumiese ménos.

En el corazon del invierno, ó, lo que es lo mismo, durante los tres meses de noche, el esquimal apenas hacía más que dormitar en su caverna. Abandonábala al rayar del alba, como si dijéramos en la primavera, y empezaba por ir á situarse al pié de las cascadas ó cerca de las costas á fin de clavar su arpon en los peces que para desovar bogan contra la corriente de los rios, ó cazar al rangífero, que se dirige á las riberas del Océano para dar á luz á sus pequeñuelos. Cazaba á la vez en las playas multitud de gansos, ánades y cisnes que buscan las orillas del mar para sus crías, cortando así la monótona vida que no habría podido ménos de llevar durante las tinieblas.

Levantaba á poco los edificios de hielo que acabo de describir y se consagraba afanosamente á la pesca de las focas. Las focas, animales que no pueden vivir sin respirar el aire, agujerean en varios puntos la helada costra de los mares con el fin de sacar de vez en cuando la cabeza. Esperábalas el esquimal en cualquiera de los agujeros y las rendía á fuerza de clavarles sus arpones. Horas, días tal vez, pasaba al borde de esas hendiduras sin permitirse el menor descanso.

Iba tambien entónces á la caza del oso, al que vencía más por la astucia que por las armas. Juntábase al intento con sus camaradas, y salía provisto del arco, de flechas y de unas morcillas de manteca heladas dentro de las cuales había doblado fuertes huesos de ballena. No bien encontraban á la tímida fiera, disparábanle todos multitud de saetas; y cuando la veían decidida á perseguirlos, huían dejando caer tras sí una de las morcillas. Devorábala el oso, amigo de todo género de grasas; y á poco, desgarrados estómago é intestinos por el hueso de ballena, moría sufriendo indecibles dolores y rugiendo de coraje. Derretida la manteca, dilatábase naturalmente el encorvado hueso y recobraba su primera forma.

Ademas de este artificio, usa otro el esquimal, hoy que conoce las armas de fuego. Remedando el grito de la foca, atrae al oso, que la tiene por su principal alimento; y ya que le ha puesto á tiro, le mata de un arcabuzazo. Como los bárbaros de aquella parte de América, es seguro en su puntería.

En verano, es decir, durante los tres meses de día, cazaban y pescaban nuestros innuits más que en el resto del año. Habitaban regiones frías, pero abundantes en peces, venado y aves. A los pájaros, ya los mataban con largas hondas, ya los cogían con redes de bien tejidos nervios. Arpones y tambien redes empleaban contra los peces, y estratagemas á cual más ingeniosas contra las diversas especies de rumiantes. Ojeaban á los ciervos y los llevaban bien á rocas y peñascos de que se precipitasen al mar ó al río para que se los pudiera alancear desde las canoas, bien á estrechas quebradas en que no se perdiese dardo ni flecha. Para cazarlos en mayor número levantaban á veces dos muros de césped que,

unidos por uno de los extremos, formaban un ángulo cuya boca medía dos millas. Los hacían entrar por esa boca y los acorralaban dentro de una cerca que habían hecho en el vértice del ángulo á la manera de los tinnchs. Estratagemas todas en que revelaban no escasa inteligencia.

Perseguían lo mismo á los animales mansos que á los bravos: no dejaban en paz ni rangíferos, ni ciervos-mosas, ni ovibos, ni castores, ni armiños, ni lobos, ni zorras, ni osos blancos, ni grises, ni negros. En el que no alimento, buscaban abrigo.

Agosto y Setiembre son los meses de las ballenas: dedicábalos el esquimal á la pesca de esos mónstruos de los mares. Luego que distinguía uno desde la ribera, saltaba en su canoa y salía á buscarlo. Como á la foca, lo vencía y mataba á fuerza de clavarle arpones cada vez que lo veía salir á la superficie del agua. ¿Usaría tal vez la lanza y no el arpon antes de la época del Descubrimiento?

Las armas de los esquimales eran las de todos los pueblos bárbaros: el arco, la flecha, el dardo, la lanza y el hacha. No hay que añadir sinó la honda y una especie de cota de guerra. El arco era de abedul ó de pruche: constaba ordinariamente de tres piezas y llevaba por cuerda un bien templado y retorcido nervio. Tal fuerza tenía, que flecha arrojada con él por cazador de la tierra atravesaba, segun Richardson, el corazon de un ovibo y rompía la pierna de un rangífero. El astil de la flecha, como el de la lanza y el dardo, era tambien de pruche; la punta, de hueso, de marfil, de pedernal ó de pizarra. Componíase la cota de flexibles listas de madera ó de piel unidas y atadas por más flexibles nervios de búfalo ó ciervo.

Se hacían mucho más notables los utensilios. Lo eran sobre todo las canoas: las ménos, de troncos de árboles; las más, de pieles de foca sobre armaduras de costillas de ballena. No ofrecían las primeras novedad; pero sí las segundas. Entre éstas las había pequeñas y grandes. Medían las pequeñas sobre diez y seis piés de eslora por dos de manga, y eran puntiagudas en sus dos extremos. Estaban vestidas de piel hasta de bordo á bordo: no tenían descubierto sinó el centro, donde se dejaba el hueco necesario para el hombre que había de dirigirlas. Al meterse por aquel agujero lo tapaba de tal modo el navegante con su cuerpo y su larga túnica, que hacía impenetrable á los golpes de mar tan fuerte como ligera barca. Sin temor desafiaba desde allí el tiempo y el agua, principalmente despues de haberse ceñido el gaban á garganta y muñecas y haberse cubierto la cabeza con la capucha. No pesaban ordinariamente esos botes más de seis libras, y estaban abarquillados de popa á proa.

Las canoas grandes median de veinte á veinticinco piés de longitud, tres de profundidad y seis de anchura; llevaban remos y podían contener hasta veinte personas. Se aumentaba, cuando se quería, su capacidad atando á los bordos pieles de foca hinchadas. En las tormentas no era raro que se las juntase y

amarrase en número de dos ó tres para que mejor pudieran resistir los vientos y el oleaje. Las había con armadura de madera.

De estas dos clases de barcas eran conocidas las pequeñas con el nombre de *kyak* ó *cajak* y las grandes con el de *umi k*, voces que, segun parece, equivalen á bote de varon, bote de hembra. Úsanlas hoy no solo los esquimales sinó tambien los rusos, que llaman á las unas *baidar* y á las otras *baidarka*. Rusos y esquimales prefieren las barcas cajaks cuando se proponen cruzar el estrecho de Behring y recorrer el Océano Glacial del Norte.

Llamaban tambien la atencion entre los esquimales los trineos y los patines. Los patines, indespensables para andar sobre blanda nieve, se componian de dos lisas piezas de madera de una pulgada de profundidad y dos de anchura, la de arriba recta y la de abajo corva, que tenían de dos á seis pies de longitud, eran alguna vez ovales y terminaban en punta, cuando no por uno, por los dos extremos. Estaban interiormente cubiertos de una espesa red ó de nervios de venado ó de tiras de piel de foca. De ordinario servian indistintamente para los dos piés; mas los había tambien que se adaptaban sólo al derecho ó al izquierdo.

Los trineos, útiles para caminar sobre la nieve endurecida, eran por término medio anchos de dos á tres piés, altos de dos y medio y largos de doce. Levantaban del suelo como un pié gracias á la elevacion de sus correderas, á que no pocas veces se daba un baño de hielo para que más fácil y suavemente se deslizaran. En sacos ó mantas de cuero llevaban la carga, que podía ser de ocho y más quintales. Por delante, corva la madera de que estaban formados, describían un semicírculo. La caja era comunmente de abedul ó de pruche; las correderas, sobre todo en la costa, de bruñidas tiras de quijada de ballena.

Tiraban de los trineos en aquellas frías comarcas perros tan dóciles como fuertes, que se distinguían en lo físico por la variedad de sus colores, lo espeso y largo de su pelo, lo corto de sus piernas y lo poblado de su cola, casi siempre en arco sobre la espalda, y en lo moral por lo laboriosos, lo cazadores, lo suspicaces y lo astutos. Unciáselos por medio de cuerdas ya formando tronco, ya el uno tras el otro, y se los conducía, como aquí á los caballos, por la voz y el látigo. Cuando iban en fila era siempre el más sagaz el delantero. Dos bastaban para un trineo que no contuviese más de doscientas libras de carga.

Como he indicado, servían tambien esos bravos perros para las cacerías. Perseguían con saña á los lobos y con gusto á los ciervos y los ovibos.

Bajo ahora á los utensilios para la pesca. No me atrevo á creer que los esquimales hicieran uso del anzuelo. Lo emplean hoy tomando por caña un asta de ciervo de un pié de larga y prendiendo el sedal en una pieza de marfil donde encajan un clavo retorcido y puntiagudo; mas no por esto cabe en mi opinion asegurar que lo conocieran antes de su trato con los ingleses. Llevaban para la pesca de las focas primeramente un largo baston de hueso con que iban tentando los contornos de las hendiduras del hielo; tanto para cerciorarse de la solidez del

terreno, como para averiguar si eran debidas al roer de aquellos anfibios; luego un palillo de marfil de diez á doce pulgadas que hacían servir de boya suspendiéndola de los bordes de la hendidura; además unas clavijas, tambien de marfil, que metían en las heridas de las focas para impedir el desperdicio de una sangre que deseaban beber caliente; por fin con el objeto de recojer esa misma sangre un instrumento á manera de calzador con cuatro agujeros en la punta y una canal que en opuesta direccion se iba ensanchando.

Disponían tambien los esquimales de algunas herramientas: de escoplos de piedra ó de cobre con mangos que les daban aires de azuela; de cuchillas triangulares de colmillo de *walrus*; (1) de una especie de sierra que formaban dientes de tiburon unidos al canto de una vara de abeto; y de hachas de pedernal, hoy ya substituídas por las de hierro.

Distaban, sin embargo, de haber hecho grandes adelantos en muchas más industrias de las que llevo descritas. Como los demás bárbaros, encendían fuego por el frote de dos maderas: usaban en vez de yesca musgo seco que retorcían entre las manos. Exprimían aceite de la grasa de las focas y las ballenas solo á fuerza de mascarla ó poniéndola al calor de sus lámparas. Amigos de labrarse el rostro, no habían ideado otro procedimiento que el de pasarse por debajo de la piel un hilo empapado en la tintura del color que apetecían. Aunque gustaban mucho de adornos, los habían buscado casi todos en la naturaleza. Se ataviaban principalmente con pelo y dientes de ciervo, garras de ciertas aves, pedazos de piel de armiño, conchas de mar, huesos, ámbar.

¿Sería porque carecieran de ingenio? Hoy, segun escritores dignos de fé, se distinguen por sus trabajos artísticos. Hall les atribuye miniaturas de marfil, imágenes bastante exactas de ánades y otras aves acuáticas. King, dice que reproducen por la escultura desde el pájaro al hombre, y al hombre con tal perfeccion, que, si le presentan desnudo, son maestros en anatomía, y, si vestido, pliegan los paños como los mejores artistas de Europa. Añade el mismo King con referencia al capitan Beechy, que pintan, no ya figuras aisladas, sinó verdaderos cuadros. Describe cierto utensilio donde el capitan asegura haber visto representadas fielmente y al vivo cuatro escenas de caza. Por exageradas que puedan ser estas afirmaciones, son en el fondo justas. Pintan y esculpen hoy algunos esquimales, sobre todo los de Oriente, como ningun otro pueblo salvaje. ¿A qué lo deben sinó á la facultad de imitar que generalmente se les reconoce?

Su fuerza de imitacion ha sido tal en todos tiempos, que de algunos de sus animales tomaron varias estratagemas. Del oso, por ejemplo, se sabe que apren-

(1) Walrus, mamífero de la familia *Phocidæ*, de espeso pelo, de grandes dimensiones. Tiene en la quijada superior dos colmillos muy estimados en el comercio. Se le conoce con los nombres de *morsa*, *caballo de mar* y *vaca marina*. Su denominacion científica es la de *trichechus rosmarus*.

dieron el modo de cazar en el hielo á las focas. De focas principalmente vive el oso, y las persigue sin tregua en invierno. Viéronle hacer é hicieron al fin por imitacion lo que tan fiero animal por instinto.

Tenían los esquimales no solo aptitud para imitar, sinó tambien gran memoria para todo lo relativo á su tierra. Costa que hubiesen visto, montañas que hubiesen recorrido, las reproducían fielmente en la arena. Las dibujaban con sumo ingenio hasta por simples descripciones que oyeran de ajenos lábios. Recordaban con exactitud las sinuosidades todas del terreno, las tribus que lo habitaban, las familias que las componían, las tradiciones y las esperanzas que les habían comunicado sus antecesores.

Inútil buscarlos en el camino de la ciencia. Contaban sólo hasta diez: expresaban todo número mayor con abrir y cerrar las manos. Determinaban los años sólo por sus largas noches y los días por el flujo y el reflujo del mar si vivían en la costa. Se habían fijado en la marcha aparente de algunas estrellas y la utilizaban á veces para fijar el tiempo en que debían realizar algun hecho; mas sin haberla jamás calculado ni poder calcularla.

Del sol y la luna decían que eran hermanos; en los demás astros veían ó almas de sus mayores ó animales que al morir se habían subido al cielo; de la tierra sostenían que descansaba sobre pilares ya viejos que estaban á cada paso crujiendo. Carecían de todo conocimiento astronómico, y no se atrevían jamás en sus navegaciones á perder de vista la playa. Aun helado temían el mar, y no se alejaban mucho de las costas. En cambio junto á la orilla hacían la diablura de dar el salto mortal con sus cajaks ó baidarkas.

En medicina corrían parejas con los demás pueblos. Tenían sus médicos en los *angakoks*, á la vez sacerdotes, mágicos, y moralistas. Gozaban todos renombre de brujos: como tales principalmente eran objeto de guerreras excursiones por los tinnehs.

No habían llegado á cultivar la poesía. Cantaban, pero no versos, sino períodos cortos sin medida ni ritmo. No habían encerrado como otras gentes en pequeños poemas ni sus tradiciones ni sus hazañas. Verdad es que no eran bélicosos y se limitaban á defenderse. Lo mejor de su literatura eran algunas lamentaciones fúnebres.

Léjos de ser, con todo, austeros y sóbrios en el lenguaje, eran de gran locuacidad, muy dados á la ironía, más amigos de la sátira que del raciocinio. No empleaban mucho la hipérbole ni el tropo ni gustaban de pomposas arengas; pero usaban con frecuencia del símil y del proverbio. El estilo metafórico era solo para los angakoks que, ufanos por darse importancia, en todo querían distinguirse del vulgo. Llamaban esos superiores espíritus á la piedra, *la gran dureza*; al agua, *la blandura*; al útero de la mujer, *el saco*.

De lo que fuera su idioma tengo escasas noticias. El alfabeto de los groenlandeses constaba de veinte y cuatro letras. Terminaban en consonante mucha

sílabas. La pronunciacion variaba tanto de pueblo á pueblo, que, con ser la misma lengua, no se entendían ó se entendían con dificultad los que vivían distantes unos de otros. Abundaban las voces compuestas, y las había desmesuradamente largas. Tenían nombre especial y simple las más lejanas relaciones de parentesco. Es de advertir que los esquimales eran buenos genealogistas: hasta el décimo grado recorrían la línea de sus ascendientes y de sus deudos colaterales.

Moralmente considerados, eran mejores nuestros innuits, que todos los pueblos del contorno. Amaban con verdadero amor á sus padres y á sus hijos, respetaban á los ancianos, albergaban cariñosamente al extranjero, cumplían sus promesas, se auxiliaban en sus contratiempos, tenían bondad de corazon y maneras blandas y corteses con los demás hombres. Poquísimas veces reñían, pocas se iban de las palabras á las manos, nunca llegaban á verter sangre. Ni al enemigo mataban como no fuese en propia defensa. Extendían su cariño á los animales domésticos, especialmente á los perros, que cuidaban á la par de sus hijos.

Perfectos no era posible que lo fuesen, puesto que no hay hombres perfectos en el mundo, cuanto ménos gentes y razas. Para sus mujeres tenían más lealtad que afecto: las maltrataban por frívolas causas y tambien con pretextos frívolos. Abandonaban á los enfermos cuando los creían en riesgo de muerte: ó los ponían en otra casa ó los dejaban en la propia y se trasladaban á la de alguno de sus deudos. Los entregaban á sí mismos y no los volvían á ver, como no fuese vencida la enfermedad por la naturaleza. Pecaban, además, de presuntuosos: á pesar de las maravillas que vieron en los ingleses no se reconocieron jamás inferiores á los europeos. Hablaban siempre de nosotros con desden y sarcasmo. Se les ponderaba la fecundidad de nuestras mujeres, y las comparaban á sus perras; se les encarecía nuestros viajes, y decían que andar de acá para acullá era de gente desvariada y loca. A sus ojos valían muy poco nuestras damas porque no se labraban el rostro.

Eran, por otra parte, desaseados los esquimales hasta inspirar asco. Se untaban con aceite y grasa el semblante, se bebían la sangre de la nariz, se comían los gusanos que producía la descomposicion de sus víveres y llevaban con frecuencia hormigueando de piojos los vestidos. Como los gatos, limpiaban las madres la cara de sus hijos lamiéndosela. Se los acusa, pero injustamente, de glotones. Si comían que devoraban, no todos los días: dentro de una semana ó de un mes consumían tal vez ménos que los blancos.

Esos hombres, con todo, no perdonaban medio de adornarse. Agujereábanse los varones el labio inferior por uno ó por los dos extremos, y se ponían en cada agujero un boton de doble cabeza, bien de hueso, bien de marfil, bien de madera. Iban poco á poco agrandando las aberturas hasta darles de seis á nueve líneas de diámetro. Labrábanse las hembras la cara, y se hacían más ó ménos

rayas azules segun la tribu y la clase á que pertenecian. No se permitía la mujer plebeya más que una raya vertical en medio de la barba y otra paralela en cada lado, mientras la de gran nobleza se embellecía con dos listas verticales que bajaban del vértice de cada uno de los ángulos de la boca. Damas había que se pintaban además las cejas: pintábanselas casi todas las que vivían en la costa del Norte.

No por esto los innuits presentaban más agradable aspecto. Se hacían verdaderamente repugnantes, sobre todo en los saludos. Para dar muestras de amistad al que iba á visitarlos extendían los brazos y se frotaban y golpeaban ligeramente el pecho. Ya que le tenían cerca, le acariciaban el rostro con sus callosas manos y le restregaban la nariz con la suya. Para extranjeros, para hombres de otra raza esta costumbre era en un principio poco ménos que insoportable.

Lo eran algunas otras. El esquimal, á la manera de los abisinios, cortaba en tiras la carne que comía. La tira que destinaba á su huésped la cogía entre los dientes y la partía al ras de sus labios. Para más obsequiarles lamíanla él ó su esposa á fin de dársela límpia de espuma y sangre. Consideraban descortesía y tomaban á enojo que el huésped la rechazara. Como que se le reservaba siempre la mejor pieza.

Casi en todas sus costumbres se mostraba original el innuit. Segun lo consentía ó lo exigía la abundancia ó la escasez de hembras, se decidía por la poligamia ó por la poliandria. Aquí casaba con dos mujeres; allí compartía una sola con deudos ó extraños. No tomaba ninguno por esposa ni á su madre, ni á su hermana, ni á ninguna de sus próximos parientes; pero sí muchos á dos hijas de un padre y aún madre é hija. Ni era tampoco raro que las consortes de padre é hijo fuesen hermanas. En cambio no podían contraer matrimonio niño ó niña que hubiesen venido por adopcion á formar parte de una familia, aunque por su orígen no los enlazase vínculo alguno de parentesco.

Raras veces se verificaba una boda por mútuo cariño de los dos novios. Allí, como en todas partes, disponía el padre á su antojo de la mano de su hija. Lo singular era que la hija, al saber que la pedían en matrimonio, afectaba desesperarse y abandonaba su hogar llorando y mesándose los cabellos por miedo á que la creyeran sin pudor y sin modestia. Habían de irla á buscar otras mujeres y llevarla por la fuerza á la casa del cónyuge, donde tal vez pasaba días sumida en desconsuelo, revuelta y desgreñada la cabellera y negándose á todo alimento. Para sacarla de tan lastimoso estado era á menudo insuficiente el consejo y necesario el castigo. ¿Habrá olvidado el lector que vimos algo parecido en los araucanos y otros pueblos de la América del Mediodía.?

No había ceremonias solemnes para el casamiento. Recibía la novia de manos del novio un traje; y, en cuanto se lo ponía, pasaba á poder del marido. Nada allí de bailes, ni de cantos, ni de banquetes, ni de otro género de diversiones. No hacía la mujer sinó cambiar de dueño, y no tenía á la verdad por que rego-

cijarse. Tampoco el marido, que acababa de adquirir, más que una compañera, una esclava. No sentía jamás por ella el marido ni amor ni celos: la ofrecía á todo extranjero que bajase á su iglu ó entrase en su tienda.

La mujer, como en casi todas aquellas naciones, llevaba la mayor parte del trabajo. Hacía el hombre la armadura del bote; pero la mujer la cubría de piél de foca. Salía el hombre á la pesca y luchaba con el Océano; pero volvía á tierra y dejaba á cargo de la mujer la barca. La mujer era la que en verano armaba y desarmaba la tienda; la mujer la que en invierno construía, salvo el maderaje, las viviendas subterráneas, los iglus. La había de ver el hombre acarreando piedras que la doblasen en arco, y no había de mover ni un dedo para ayudarla. Se lo impedía la honra.

Eran más afortunados los hijos. Objeto de verdadero cariño así para el padre como para la madre, vivían mimados y libres interin no les permitía la edad consagrarse á las faenas de su respectivo sexo. Sufrían por sus faltas reprension, jamás castigo, y pasaban alegremente los años en varios y entretenidos juegos, á que daban orígen juguetes de madera ó marfil, generalmente imágenes de seres vivos de la comarca.

No dejaban los hijos varones la casa paterna ni aun despues de casados. Heredaba el primogénito la casa, la tienda y el umiak del padre, pero con la obligacion de mantener á la madre y á los hermanos, con quienes había de partir los demás bienes. Entraban en la particion hasta los adoptivos.

Al hijo primogénito se le distinguía ya en el acto del nacimiento. Solo él podía por primera vez abrir los ojos á la luz en la casa del padre. Los abrían los demás en casas contiguas, á que debía pasar la madre en cuanto sintiera los dolores de parto. La mujer en sus partos era allí tambien considerada impura.

Entre los esquimales gustaban de juegos y fiestas niños y adultos. ¿En qué, de no, habrían podido pasar su larga noche? Por aficionados que fueran al sueño dormir siempre era imposible. En uno de sus juegos empleaban piezas de marfil en figura de ánade; en otro enlazaban y anudaban una simple cuerda dándole ya la forma de la ballena, ya la del walrus, ya la de la foca.

Despues de los juegos la principal diversion eran los banquetes, la danza y el canto. Se los empezaba el mes de Noviembre, en que solían visitarse nuestros alegres innuits. Los danzarines, gente por lo general moza, se desnudaban á veces hasta la cintura cuando no todo el cuerpo, y al son del tamboril y el coro remedaban burlescamente por ingeniosos gestos multitud de bestias y pájaros. Presentábanse otras fantásticamente ataviados con calzas de piel de foca ó de ciervo, colas de perro ó de lobo atadas por detrás al cinto y plumas en la cabeza; y no hacían ni ménos donosos gestos ni ménos violentas contorsiones.

Se celebraba esos bailes en aposentos sobre que arrojaban turbia luz mecheros alimentados por manteca de foca y puestos en lámparas de piedra. Sentábanse los ancianos en las camas-bancos que había al rededor de los muros; y allí en un

ángulo muchedumbre de mujeres estaban de pié sosteniendo en sus manos cuencas de pescado y bayas. Al ir á empezar la danza tomaban las cuencas los bailarines, las dirigían hácia los puntos cardinales, las elevaban al cielo y partían con todos los espectadores tan frugal y sencilla ofrenda.

Venía despues de esta danza otra no ménos curiosa. Al son de un monótono estribillo, acompañado por el de una especie de pandera de intestinos de foca, parecían uno tras otro hasta veinte muchachos que desde luego formaban corro. Empezaban á poco una série de pantomimas que entretenían agradablemente, por ser viva y pintoresca representacion ya de la amistad, ya del odio, ya de los demás afectos y pasiones que en toda la tierra agitan el corazon del hombre. De pantomima á pantomima se distribuía regalos á los extranjeros. Cuanto más extravagantes eran sus movimientos, tantos más aplausos recibían los niños.

Había tambien entre los innuits sus bailes sagrados; más dejo para otro capítulo todo lo que se refiere á su vida religiosa y pública. He descrito hasta aquí más al hombre que al pueblo: el pueblo esquimal será el tema de las siguientes páginas.

CAPÍTULO XXXVIII

Religion groenlandesa.—Idea del alma.—Apariciones.—Metempsicosis.—Conversion de las almas de los muertos en inuas ó genios.—Los ingnersuits.—Los ingnersuits buenos.—Los ingnersuits malos.—Leyendas sobre los unos y los otros.—Los kajariaks.—Los kungusutariaks.—Los tuncks.—Los inuas celestes.—El inua de la luna.—Diversidad de formas que se atribuía á los inuas.—El inua de la guerra.—Seres fantásticos.—Harstramb.—Margige.—Marbendill.—Las sirenas.—Los osos de costra de hielo.—Las focas hombres.—Los kivigtoks.—Los angiaks.—Los piarkusiaks.—Los dementes.—Transformacion de animales en hombres.—Los gigantes.—Las arpías.—Tornarsuk.—Arnarkuagssak.—El dualismo del bien y el mal.—El Paraiso y el Infierno.—La moral.—Virtudes y vicios de los groenlandeses.—Los angakoks.—Funciones y poder de estos sacerdotes.—Pruebas por que habían de pasar los que aspirasen á serlo.—Diversas clases de angakoks.—Comunicacion con los espíritus.—Vuelos.—Evocaciones y castigos.—Manera de bajar á los palacios de la vieja Arnarkuagsak para librarla de los monstruos que la atormentan.—Los angakoks, médicos.—Absoluta falta de intervencion de los angakoks en los grandes actos de la vida del hombre.—Rivalidades entre los angakoks.—Por que perdían éstos su poder y su ciencia.—Lo rebeldes que eran á la muerte.—Aficion de los groenlandeses á las juntas religiosas.—Leyenda de Ordlavarsuk.—Ofrendas.—Ayunos.—Plegarias.—Fiestas públicas.—Amuletos.—Hechicerías.—Leyenda de Oungortok.—Semejanzas entre la religion groenlandesa y la de los demás esquimales.—Semejanzas entre las instituciones.—Conclusion. [1]

El sacerdote Morillot ha hecho un detenido estudio sobre la mitología de los esquimales de Groenlandia. No serán aplicables sus noticias á toda la raza que describo; pero si las más, sobre todo las fundamentales. Empezaré por trascribirlas, y diré despues cuales me parecen de carácter general, y cuales puramente groenlandesas.

Los esquimales de Groenlandia eran casi espiritualistas. Atribuían alma, no sólo al hombre, sinó tambien á los demás animales. Distinguíanla del cuerpo como ningun otro pueblo. Aunque la creían enlazada con la respiracion, la miraban como sustancia distinta de la materia que nuestros ojos distinguen. Decían que podía abandonar el cuerpo sin que la vida se interrumpiera y volver á ganarlo siempre que quisiese. Por esas idas y venidas del alma principalmente explicaban los sueños y les daban importancia. Cuando estamos durmiendo, decían, nos deja el alma, recorre los espacios y á su regreso nos comunica los conocimientos que adquirió y las

[1] Fuentes de este capítulo: *Mithologie et Légendes des Esquimaux* par l'Abbé Morillot, trabajo inserto en el tomo 4.°, n.° 7 de las Actas de la Sociedad Filológica. De esta memoria he tomado todos los datos y tradiciones que respecto á los groenlandeses transcribo; Morillot las ha recogido, segun expresa, en las obras siguientes: *Om Groenlands Opdagelse og Colonisation*, por Ring; *Om Groenlandernes-gamle tro*, por él mismo; *Aurbaeger for nordisk Oldkyndig hed og Historie for* 1868; *Esquimoisk Digtekonst; Kaladlid Okalluktualliait; Groenlands historiske Mindesmaerker; Eskimoisk Eventyr og Sagn* por Rink; *Det norske Folks Historie* por Munch. Los datos respecto á los demás esquimales los he tomado de Crantz 's, *History of Greenland*, 1.° págs., 184 á 192; Lubboks 's, *Prehistoric Times.*, págs. 409 y 410.

maravillas que vió en tierra, mar ó cielo. Idea que encontrámos ya en otras naciones bárbaras.

Sostenían que no era visible el alma sinó para los angakoks y otros afortunados seres; mas aseguraban tambien que en aspecto y forma era igual al cuerpo, del que sólo difería en ser de más delicada y sutil esencia. Visible para los profanos entendían que no lo era sinó despues de la muerte del cuerpo: afirmaban que entonces se aparecía frecuentemente, ya en la casa mortuoria, ya en el sepulcro, envuelta en fúnebre sudario, crecidos y salientes los ojos, descarnado el semblante y tan tétrica la catadura, que ponía espanto y no pocas veces quitaba la vida al que la veía. Se aparece de noche, decían, y se desliza en las cabañas, que estén con luz, que á oscuras: ya suena como flauta, ya murmura al oído de las gentes. Indica en este último caso que siente hambre y enseñándole de que comer, hay que dirigirle estas palabras: «sacíate á medida de tu deseo».

Añadían que ántes y despues de la disolucion de la materia, podía el alma transmigrar á su albedrío; que ya pasaba del hombre muerto al hombre vivo, ya del hombre vivo al hombre muerto; que cuando había perecido su cuerpo á mano airada, se introducía en el delincuente y le atormentaba, no siendo raro que le devorara parte del hígado; que se entraba tambien en otros animales y ora bajando, ora subiendo, recorría toda la escala de los seres. Lo más de extrañar, era que suponían el alma capaz de ser herida y hecha pedazos, y susceptibles las partes de volver á reunirse dejándola como intacta. Hasta parcial opinaban que podía ser la transmigracion, cosa jamás oida en ningun partidario de la metempsíchosis. No conocían los engertos vegetales; pero habían concebido el de dos almas y atribuían á este raro procedimiento la semejanza que tan á menudo se observa entre dos hombres.

En las almas ya libres de los cuerpos veían los groenlandeses á sus primeros *inuas* ó genios. Mirábanlas como sus dioses penates, como los protectores de la familia, especialmente de los niños. Les concedían hasta el poder de salvar á los náufragos sumergidos en el fondo de los mares. Si á los niños, decían, se les enseña á no rechazar cosa alguna por lo repugnante, ni atormentar á los perros, ni contradecir á los ancianos, y cada vez que se les entra en el kajak se invoca en su favor las almas de sus mayores, los irán estas almas á socorrer mañana que, hombres ya, sean devorados por las olas. Les envolverán en una vejiga la cabeza, los tenderán sobre una piel que les servirá de barca, y los llevarán de noche á la ribera, donde los rodearán y protegerán perros de humanas facciones. Los cogerán luego dos hombres, los conducirán á lo interior de una cabaña y los abrazarán hasta volverlos á la vida. Sólo despues de cinco días de estériles sacrificios los abandonarán á la muerte.

No reconocían los groenlandeses sólo á estos dioses. Como los algonquines, habían poblado de genios ó inuas tierra, mar y cielo. Teníanlos para los cerros

y los valles, los montes y los despoblados, los arroyos y los ríos; para las olas y las profundidades del Océano, las islas de hielo y las rocas de las playas; para el sol, la luna y las estrellas; para los seres abstractos y, excepto el amor, para todas nuestras pasiones. Daban inuas hasta al aire, el sueño, la fuerza y el gusto. En unos veían sustancias eternas dotadas de propia y singular vida; en otros, almas que habían sido arrebatadas de los cuerpos para elevarlas á la categoría de los espíritus; en otros, hembras ó varones que por sus talentos ó sus virtudes habían dejado en el mundo luminosa huella. Creían que algunos se hacían visibles tomando la figura ya del hombre, ya de otros animales, aunque no necesitaban de cuerpo para ejercer influencia sobre los demás seres; y afirmaban que con sólo aparecerse podían tan elevados espíritus paralizar los miembros y aun causar la muerte del que los viera, como se ha escrito de las almas de los difuntos. Ordinariamente, decían, se presentan bajo la forma de luz ó de fuego, y nos anuncian la muerte de alguna persona con quien nos unen vínculos de amistad ó de sangre.

No formaría el lector idea cabal de esa notable teogonía, si no se le hablase particularmente de algunos inuas. Los groenlandeses en sus leyendas hablaban principalmente de los *ingnersuits*, de quienes decían que habitaban en las orillas del Océano. Los dividían en ingnersuits de abajo é ingnersuits de arriba, ó, lo que es lo mismo, en malos y buenos.

Los ingnersuits buenos vivían en las rocas de la playa, en lugares ocultos á donde sólo se llegaba por invisibles caminos. En la forma no se distinguían de los hombres sinó en lo diminuto de la nariz y lo rojizo de los ojos. Tenían sus kajaks, es decir sus barcas, y se dedicaban á la pesca; mas acudían preferentemente al socorro del marinero á quien miraban en peligro. Eran, por decirlo así, los ángeles custodios de los conductores de kajaks á quienes guiaban entre los escollos y protegían contra las tormentas. No los veían nunca los protegidos, pero si los que estaban á cierta distancia. El afortunado groenlandés que podía visitarlos, encontraba abiertos los peñascos que les servían de muro y por misteriosas veredas llegaba á las márgenes de un claro y transparente arroyo, donde tenían sus viviendas. Descubría allí por todas partes abundancia de víveres, aparejos de mar y herramientas artísticamente labradas.

Un groenlandés que moraba en un golfo, perdió, refiere una leyenda, á un hijo ya mozo y le enterró en la costa. Faltando á la antigua costumbre de no salir en cinco días de la cabaña, emprendió desde luego un lejano viaje. Acudieron á la fosa un hombre y una mujer ancianos que se hallaban sólos en el mundo, cantaron palabras mágicas y devolvieron la vida al muerto. Agradecido el jóven, los mantenía alegremente de su caza y de su pesca. Estaba cierta noche abatido y taciturno; y, como le interrogasen los ancianos acerca de los motivos de su melancolía, «entre los genios de la playa, dijo, he encontrado una hermosa novia, y estoy triste porque sin dejaros no he de poder vivir

con ella y los demás inuas». Llenos los dos esposos de dolor y de ternura, le rogaron que les alcanzase de los ingnersuits el placer de acompañarle. Habiendo conseguido por completo el logro de su deseo, embarcáronse con su prohijado y dirigiéronse á las viviendas de los genios. Advirtióles el mancebo que, pues era invisible el paso á tan misteriosos lugares, debían remar incesantemente hácia las rocas, seguros de que se les abrirían ántes no las alcanzaran. Remaron con energía los pobres viejos hasta que se abrieron los peñascos; mas luego, deslumbrados y henchidos de asombro por las brillantes moradas de los ingnersuits, dejaron caer los remos y vieron al punto cerrarse las rocas y rechazado y roto por la proa su esquife. «No es ya posible que me sigais, exclamó con amargura el mancebo; construíos una cabaña acá en el saliente de esa roca, y no faltará quien os cuide». Los dejó para unirse con su novia, y los genios todos de la encantada ribera miraron por la existencia de los dos ancianos. — Tan buenos y compasivos eran.

En cambio los otros, los que moraban en las profundidades de la playa, eran excesivamente duros. Carecían de narices y cabello y estaban deformes. No salían al Océano sinó para arrebatar á los más robustos marineros, á quienes sin dejarse ver empujaban á través de los rompientes hácia la boca de sus negros subterráneos. Hacíanles allí pedazos los instrumentos de pesca, les cortaban la nariz y los reducían á la más odiosa de las servidumbres.

Katauk, dice otra leyenda, fué un pescador tan vigoroso como diestro. Lanzó un día su arpon sobre una pequeña foca, y zozobró, estando el cielo claro y el mar tranquilo. Enderezó el kajak con la pala de su remo, y zozobró nuevamente. Otra vez lo enderezó, y otra vez zozobró; y ésta ya con tal riesgo, que creyó inevitable su muerte: iba nada ménos que arrastrado por la herida foca. Nadaba asido del bordo de su lancha, cuando de improviso oyó ruído de remos. Lo producían los malos ingnersuits, que se le acercaron y poniéndole en el kajak, le condujeron á sus lóbregas mansiones. Tan aturdido el groenlandés como lleno de vergüenza, se encerró en tenaz silencio y aceleró su ruína. Cayó de un golpe que le dieron en la sien, perdió al punto las narices; y como siguiera mudo ya más de ira que de bochorno, fué colgado de una viga. Habría muerto á no acordarse de llamar en su auxilio á sus genios protectores.

Volaron éstos á socorrerle; pero sucumbió el primero, por nombre *Erkungassok*, á manos de los ingnersuits. No perecieron ya los dos siguientes; pero se limitaron á proferir amenazas. El cuarto fué el que salvó al desdichado marinero. Entró con grande estrépito, pronunció palabras á cual más siniestras, hizo castañetear con fuerza sus dedos, cogió los cuchillos de los malos inuas y los arrojó todos al mar sin reservarse más que uno para cortar la cuerda ó correa que ahogaba á su protegido.

Apenas libre el groenlandés, vióse de nuevo acometido por los ingnersuits; pero había recobrado ya sus fuerzas y resistió tan bravamente, que arrojó al

suelo á uno que se le había agarrado á la espalda y del golpe que le dió le hizo echar sangre por la boca. Acudieron los ingnersuits todos en auxilio del herido; pero el agresor en tanto ganó la puerta. Al ver muerto á Erkungassok, sopló en él y le volvió á la vida; Erkungassok en recompensa le procuró la perdida nariz y se la pegó al rostro. Fueron los dos en el mismo kajak; y, al ganar la tierra, del trozo de correa que llevaba aún ceñida al cuello, hizo el valeroso marino amuletos que repartió y obraron maravillas entre sus gentes.

Se parecían no poco á esos malignos ingnersuits los *kajariaks*. A los kajariaks se los suponía en alta mar, léjos de las más apartadas pesquerías. Se los consideraba los más capaces de levantar tempestades y provocar tormentas: decíase que formaban los huracanes soplando en pequeñas cañas. Pintábaseles ordinariamente sobre flotantes carámbanos, y cuando en barcas, manejando remos por una parte convexos, por otra planos. A esas divinidades solían atribuir los groenlandeses las canoas de corteza de abedul de que veían á veces llegar restos á sus dilatadas costas.

Hallándose en alta mar un padre y un hijo, dice otra leyenda, oyeron un grito que parecía salir entre los témpanos. Reconoció en este grito el padre la voz de un kajariak; y, escondiéndose en la hendidura de un monte de hielo, siguió con la vista al hijo, que, apenas vió venir sobre sí al gigante, corrió á más correr sobre el yerto Océano. Sonó otro grito; y otro kajariak, junto con el primero de quien era padre, dieron en perseguir al fugitivo mozo. Fatigado de la carrera el kajariak más viejo, se paró á descansar; no tardó afortunadamente en caer herido de un dardo que disparó el anciano groenlandés saliendo de su escondrijo. Al ¡ay! de dolor que exhaló el kajariak padre retrocedió el kajariak hijo; y, aprovechando la coyuntura los dos mortales, volaron á la playa. En vano el herido kajariak, rugiendo de cólera, sacó de sus zapatos una pequeña caña y sopló deseoso de levantar una borrasca; estaban ya los groenlandeses en la ribera cuando empezó á rugir la tormenta.

Había aún en Groenlandia, otros inuas de los mares, los *kungusutariaks*, ávidos de carne, principalmente de colas de zorro. Colas de zorro se les ofrecía para tener buena suerte en la caza y la pesca. Se los decía enemigos de todo el que desobedecía á sus mayores: no dejaban nunca de amenazar las madres á sus hijos indóciles con la ira de tales genios.

Querían dominar el Océano hasta los inuas terrestres. Eran entre otros los *tuneks* los que más podían y más versados estaban en la ciencia de los espíritus. De doble y aun de triple estatura que los hombres, los miraban con desprecio; y, aunque vivían en la misma tierra, les ocultaban con plantas y oteros sus rústicas moradas. Al mar principalmente dirigían su ambicion y sus ojos: en días oscuros se decía que navegaban llevando por barca las nieblas.

Entre los inuas celestes, los principales eran el del Sol y el de la Luna. Habían sido en edades remotas dos hermanos, uno varon, otro hembra, que ha-

bitaban nuestro mismo planeta. Habíase enamorado perdidamente de la hermana el hermano; y, en cierta ocasion en que por malos modos la perseguía y la acosaba, habían sido arrebatados los dos al cielo y convertidos ella en inua del astro del día y él en inua del de la noche.

No figuraba mucho el inua del Sol en las tradiciones y las leyendas; pero sí el de la Luna. Tenía el de la Luna su morada en la region del frío, y era la que cubría de nieve la tierra. A la tierra bajaba de vez en cuando á cazar en trineo, sobre todo mientras duraba la interminable noche del invierno. El látigo en la mano, iba azotando á sus ágiles y robustos perros y deslizándose por el hielo en busca de la tímida cierva. ¡Ay del que se atreviera á interrumpirle en tan grato ejercicio! Le hería el inua mortalmente ó le arrebataba de improviso el alma y la hacía de su servidumbre.

Se decía, sin embargo, que este inua era benévolo para los hombres animosos y tenía para servir á sus huéspedes á una mujer de bellísimo rostro, cuya espalda parecía la de un esqueleto. Protegía decididamente á los mortales contra la perversidad de otro inua cruel y raro, que vivía en cierta roca por la cual debían inevitablemente pasar todos los que visitasen á la luna. Si acertaba á verle maltratándolos, le castigaba y le destruía cuantos objetos le perteneciesen.

Este horrible inua, de formas de mujer y corazon de fiera, se complacía en excitar con chocarrerías y muecas la risa de los transeuntes, y abrir el vientre y arrancar las entrañas del que soltase la menor carcajada. Poníase colérica cuando la castigaba la luna, y amenazaba con echar abajo las columnas de la tierra.

Había tambien inuas para las estrellas de varias constelaciones: para las tres del cinto de Orion, tres hombres que se perdieron en una cacería y fueron arrebatados al cielo; para dos que vemos en Toro, dos personajes que dirigían coros acá en el mundo. De las estrellas en general creían los groenlandeses como los iowas que bajaban al suelo y aun comían con los hombres. Abundaban allí en las leyendas semejantes visitas.

Distaban de revestir los inuas todos la humana forma. Parecíanse algunos á mónstruos; tenían otros la figura de animales. Teníanla principalmente los de los ventisqueros, lagos, rocas y promontorios; teníanla los del interior de la isla y los de las ideas abstractas. Por su debilidad y su corta estatura el niño Kagssassuk era el juguete y la burla de sus compañeros. Presentósele cierto día un desconocido de aire benévolo, y le aconsejó que trepara por una roca é invocara al genio de la fuerza. Hízolo Kagssassuk; y vió al instante al invocado inua bajo la forma de un enorme zorro de larga cola. Era necesario que para cobrar aliento se la cogiera y no la soltara; y aunque uno y otro día cayó al arrancar del animal, no se desalentó y acabó por sentir llenos de vigor sus miembros. Aquí el inua de la fuerza había tomado, como se vé, la figura de zorro.

Había poblado por otra parte la imaginacion de los groenlandeses así la tie-

rra como el mar de séres fantásticos ó había dado á séres reales extraordinarias y maravillosas aptitudes y formas. Aquí veía enanos tan diestros como temibles que podían á gran distancia producir la muerte, aunque por fortuna eran de ordinario amigos del hombre; allí, mónstruos de enormes ojos y largas crines que por lo contrario le aborrecían y, como pudieran, le hacían pedazos; más allá, raras mezclas de hombre y bruto, abominable producto de criminal comercio; en otras partes, lobos robadores de almas como los que vemos esculpidos en algunas portadas de iglesia de la Edad Media; en otras, pájaros de inconmensurables alas, gigantescas serpientes y animales de infinitas patas, asombro y terror de los nacidos.

De uno de esos mónstruos, á que se daba el nombre de *Havstramb*, se decía que en cuanto se levantaba de las olas se podía asegurar que no tardaría en estallar la tormenta. Si de repente se zambullía volviéndose hácia una barca, barca y tripulacion podía darse por perdidas; si en direccion contraria, podían los marineros concebir esperanza, aunque no evitar rudas y tremendas borrascas. Era el Havstramb alto y corpulento; parecido al hombre en ojos, boca, nariz y garganta; sin manos; la cabeza como si estuviera armada de un casco que rematara en punta. No se sabe si terminaba en cola de pez, porque nunca salía todo de la superficie de las aguas; tampoco si tenía escamas, porque no había permitido observarlo el miedo que se apoderaba de cuantos le veían. Semejaba su color al de los carámbanos.

Hablábase de otro mónstruo llamado *Margige*, de abultado rostro, feroz aspecto, penetrantes ojos, ancha frente, disforme boca, pronunciadísimos pómulos, velludo pecho, manos en forma de aletas y brazos desmesuradamente largos, de la cintura arriba mujer y en lo demás pez con escamas, que se levantaba y sumergía alternadamente en el Océano, sacaba puñados de peces cada vez que parecía sobre las olas y presagiaba segura muerte á la barca en cuyo fondo los arrojase; de otro sér denominado *Marbendill*, de fofas carnes y piel rugosa, que elevaba sobre las aguas á prodigiosa altura la cabeza, tenía puntiagudo hocico, anchas y larguísimas patas, cola á manera de serpiente, y hálito no ménos poderoso que el de la ballena, sér cuya aparicion sobre el mar era tambien augurio de tormentas; y de una especie de sirenas, de linda cara y hermosos cabellos, que, como las de la antigua mitología griega, se distinguían por lo armonioso de su canto.

Creían en la realidad de todos esos mónstruos los escandinavos, que llegan á describirlos como testigos de vista; y es de suponer que los divinizaran los groenlandeses abultándolos por su fantasía, más exaltada siempre en los pueblos bárbaros que en los cultos. Hablaban los groenlandeses de unos osos que vivían en los desiertos de la Isla y bajaban alguna vez al mar arrastrados por los ventisqueros, animales, decían, de maravillosa estatura y refinada astucia, que son calvos y á medida que envejecen se van cubriendo de una espesa costra de

hielo. ¿No es de presumir que la imaginacion les hiciera ver así á los osos blancos? Atribuyeron poder sobrenatural á las mismas focas. Aseguraban que si se las mataba en gran número, venían otras á vengarlas desde las costas de Oriente y dejaban inmóvil de terror al que las veía. Venían convertidas en hombres y marchaban sobre carámbanos.

Si concedían los groenlandeses poder sobrenatural á las bestias, lógico era que lo concediesen si nó á todos, á ciertos hombres. Los *Kivigtoks* podían, segun ellos, aparecer y desaparecer de súbito á los ojos de las gentes. Llegaban algunos á tal grado de penetracion, que comprendían el lenguaje de los pájaros. Sabían todos perfectamente en que estado se encontraban los pilares de la tierra, y se aseguraba que vivirían hasta el fin del mundo. No eran malos por naturaleza; pero ejercían á veces sobre los demás hombres horrendas venganzas.

Eran mucho peores los *angiaks*, abortos de punible y dañado coito. Vagaban por los contornos de la casa en que fueran concebidos, y se agarraban al seno de su madre cuando entregada al sopor ó al sueño. Ya se los veía en un kajak, parecida su cabeza á la de un perro, atacando á los marinos; ya en tierra firme castigando al seductor de la autora de sus días, ó llenando de terror á los pasajeros.

Niños eran tambien los *piarkusiaks*, pero niños que habían sobrevivido á numerosos hermanos y hermanas muertos en la flor de la vida. Hallábanse estos niños bajo influencias sobrenaturales, y podían conjurar los efectos de todo acto de hechicería ó de mágia. No gozaban de ménos poder los que en su primera infancia hubiesen tenido madres que no comieran por día más de un bocado, ni bebieran más agua de la que cupiese en una concha.

Figuraban entre los séres extraordinarios los dementes. Cuanto más locos estaban, cuanto más habían perdido la clara percepcion del mundo sensible, tanto más capaces se los juzgaba de ver lo futuro y descubrir lo oculto. Los había que además podían caminar por el agua, aparecer y desaparecer como fantasmas y devorar á los demás hombres.

Hombres había, por fin, que tomaban y dejaban á su antojo las formas de animales diversos. Parecíanse en todo, cuando tal hacían, á la bestia en que se transfiguraban: tenían la misma rapidez, la misma agilidad, la misma audacia, los mismos instintos y los mismos gustos, bien que conservando siempre el sentimiento y la inteligencia.

Lo más particular era que atribuían los groenlandeses á los animales la facultad de transformarse en hombres. Contaban de una gaviota que se había convertido un día en gentil doncella, y sin que tuviera tiempo de recobrar su prístina figura y volar con sus iguales, había sido sorprendida por un no ménos gentil mancebo. Habíale tomado por esposo y dádole dos hijos; y cuando ya grandes «recoged plumas, les había dicho, porque sois de raza de pájaros». Plumas les había puesto en los brazos, y ellos y ella, mudándose en aves, se habían levantado del suelo y cruzado los aires.

Supongo que el lector habrá advertido ya lo fantástico y lo rico de esta mitología. Aunque no tan poética ni tan delicada como la de los griegos, era abundantísima y varia. Reunía casi todos los elementos de la helénica: tenía tambien sus gigantes y sus arpías. De sus gigantes había dos especies: unos semejantes á los cíclopes, sin más de un ojo, qne de día habitaban en lóbregas cavernas y de noche parecían sobre masas de rocas; otros parecidos á los titanes, que vivían en las tristes y silenciosas playas del Mar Glacial, al Nordeste de la Isla, desencadenaban desde allí los vientos y las tempestades y habían hecho cruda guerra á los dioses amigos de los hombres. Decíase de estos que navegaban en kajaks más grandes que los más altos rompientes; se apoderaban de animales de su talla y robaban de vez en cuando jóvenes groenlandesas que ponían al servicio de su lujuria; de los otros solamente que eran propensos á la cólera.

Las arpías eran allí las gaviotas del país de los gigantes y unas mujeres salvajes que los escandinavos llaman *troldköners*. Apoderábanse las primeras de cuantos se aventuraban á internarse por sus desiertas comarcas y aun de muchos pescadores para hacerlos servir de alimento á sus pequeñuelos: habitaban generalmente las otras en las cavernas de las montañas de hielo, y se nutrían, ya de hombres, ya de los productos de mar y tierra. Solían ser éstos de semblante feroz y agigantada estatura.

Sobre todo ese mundo de ángeles y demonios ponían los groenlandeses una especie de sér supremo, por nombre *Tornarsuk*, en quien reconocían, no al autor de lo creado, pero sí el orígen de todo conocimiento. Sin ser hombre ni mujer, era Tornarsuk un dios personal é independiente, que los dotaba de medios para combatir el mal y adquirir el bien, y los enviaba despues de muertos al Paraíso ó al Infierno. No se descubría tal como era sinó á las miradas de los angakoks; pero respondía, bien por sí, bien por medio de los espíritus, á las invocaciones de todos los mortales, á quienes aconsejaba y socorría. Los espíritus, ó, lo que es lo mismo, las divinidades inferiores de que acabo de hablar, los tenía á su servicio.

La fuente de la vida material, la creadora del universo, la veían los groenlandeses en otro ente que llamaron *Arnarkuagssak* y consideraron como raiz y gérmen de todo lo que la naturaleza produce. Era Arnarkuagssak una vieja mujer, símbolo vivo del prudente ahorro, que tenía por morada el vasto y proceloso Océano. Del plato de su lámpara se decía que brotaban todos los seres acuáticos de que se alimenta el hombre. Era poderosa, y se veía no obstante de vez en cuando atormentada por pequeños mónstruos que se le pegaban al rostro. Colérica entonces, retenía los peces en el fondo del mar ó prolongaba los días del largo, triste y oscuro invierno. No aplacaba sus iras que no bajase un angakok á librarla de tan incómodos mónstruos, en que ve Morillot la imágen del mal que debe sin tregua combatir el hombre.

Si no seguro, es probable que tuvieran además los pueblos de Groenlandia un Ahriman como los iroqueses. Donde se admite la existencia de un paraíso y un infierno, ha de haber forzosamente un genio del mal y otro del bien, ya que no de igual poder, por lo ménos rivales. Un espíritu maléfico invocaban los angakoks en sus operaciones mágicas. Falta raras veces tentador en religiones que tienen por base un dios amigo del hombre.

El paraíso y el infierno de los groenlandeses eran del todo distintos de los imaginados por las naciones que hasta aquí he descrito. Creían, como he dicho ya, los groenlandeses que la tierra era plana y se sostenía sobre pilares que en más ó ménos remotos días habían de caerse de viejos. Debajo de la tierra había, segun ellos, un vasto y anchuroso espacio, y en ese Mundo Inferior gozaban las almas de los justos. Sobre la tierra afirmaban que había un Mundo Superior con valles y montañas y ríos y mares, y allí decían que iban las almas de los réprobos. Lo que llamamos nosotros cielo, era á sus ojos un cuerpo sólido que giraba sobre los picos de un alto cerro del Norte.

Esta concepcion del paraíso y del infierno, por rara que parezca, respondía perfectamente al clima de los groenlandeses. Habitantes de una isla por demás fría, miraban el calor como el supremo goce y la suprema ventura; y pues lo hallaban más en el fondo que en la superficie de la tierra, debajo de la tierra habían de poner naturalmente su imaginario paraíso. Encima de la tierra supusieron que había de ser más intenso el frío, su verdadero azote, y encima colocaron el infierno.

Para llegar al paraíso, es decir, al Mundo Inferior, debían las almas durante cinco días irse deslizando por las rápidas y desiguales pendientes de las rocas; para subir al infierno, ir á situarse en medio del Océano, desde el cual se elevaban no sé si en alas de los vientos ó de las mismas olas. Como viviesen las almas de los justos lo ignoro; las de los réprobos habitaban en tiendas sitas á la márgen de lagos de hielo y padecían hambre y frío. No sería mucho, sin embargo, el sufrimiento, que á veces, sin duda para calentarse, jugaban á la pelota con cabezas de hipopótamo y producían auroras boreales.

Un pueblo con semejantes creencias no podía dejar de ser algo más moral que otras naciones bárbaras. Lo era efectivamente. Tenía del bien y del mal ideas bastante distintas; ponía el bién en la virtud y el mal en el vicio. Consistía para él la virtud principalmente en la abnegacion, en el sacrificio del propio bienestar al bienestar ajeno; el vicio, en el egoismo, en el afan por hacer servir el interés ajeno al propio. Fijábase preferéntemente en los deberes para con los semejantes: estimaba en mucho la piedad filial y el respeto á los mayores, así los vivos como los muertos. Aborrecía por lo contrario la ambicion, la lujuria y sobre todo la brujería. Consentía el divorcio por mútuo acuerdo de los cónyuges, pero sólo con el fin de procurarse descendientes, no con el de satisfacer sensuales antojos. Los desórdenes carnales hasta los castigaba. Inútil sería decir que

no carecía de defectos: como todos los pueblos salvajes y aun muchos de los civilizados propendía, creo haberlo ya escrito, á la venganza.

Mas toda religion tiene sus sacerdotes: conviene que hablemos especialmente de los *angakoks*, los sacerdotes de la Groenlandia. Tenían los angakoks grandísima importancia á los ojos de aquellas gentes: eran á la vez legisladores, jueces y supremos árbitros del pueblo; regulaban las creencias; asistían á los enfermos; buscaban las causas de los males imprevistos y castigaban á los que los habían producido ó por sus crímenes ó por sus malas artes; preveían las calamidades públicas é indicaban y aun empleaban los medios de conjurarlas; medían sus fuerzas con los enemigos invisibles y no siempre sin éxito; procuraban por sus plegarias el buen tiempo; facilitaban el deshielo de las aguas y la abundancia de la pesca limpiando de mónstruos el rostro de la vieja Arnarkuagssak y daban instrucciones y consejos para los principales actos de la vida. Ejercían aún otras funciones: por medio de sus *tornaks*, unos como demonios inferiores, entraban en relacion con los seres sobrenaturales y hasta con el mismo Tornarsuk, fuente de toda ciencia; se espiritualizaban y recorrían á manera de aves los espacios; combatían á los hechiceros y los perseguían hasta darles muerte.

Se comprenderá fácilmente que no era angakok todo el que lo deseaba. Era ruda y larga la iniciacion, y no llegaban muchos neófitos á la mitad del camino. Desde sus más tiernos años debían acostumbrarse á dominar el terror producido por el mundo de los espíritus y ver sin espanto al pié de los sepulcros los inuas de los muertos. Sin moverse de un mismo lugar habían de entregarse á penosos ayunos é invocar á Tornarsuk hasta que, libre su alma de la tiranía del cuerpo y la influencia del mundo exterior, viese á Tornarsuk mismo y de él recibiese un tornak á quien pudiese llamar en su ayuda para cumplir sus deberes sacerdotales y celebrar los sagrados ritos. Cuando no lograran por estas mortificaciones ver á Tornarsuk, debían hacerse chupar la sangre, ya por gusanos, ya por reptiles, hasta perder el sentido. Perdíanlo completamente cuando el Supremo Dios se les aparecía. Despues de esta aparicion, habían de manifestarse ó, lo que es lo mismo, demostrar por actos que tenían un tornak á su servicio. No lo intentaban sinó cuando podían, desnudos los piés, andar sobre las aristas de las rocas, como sobre la nieve. Morían á no conseguirlo dentro de cierto plazo.

No todos los angakoks eran iguales ni todos se habían de someter á tan duras pruebas. Los había de primero y de segundo grado; y los de segundo á lo que parece, oían pero no veían á Tornarsuk. En algunas cavernas de Groenlandia se ve todavía una piedra de gran superficie que, segun se dice, había de frotar con otra el aspirante al grado segundo del sacerdocio, hasta que Tornarsuk le dejase oir su voz desde las profundidades de la tierra. Las más elevadas funciones corrían naturalmente al exclusivo cargo de los angakoks de primer grado.

Aun entre estos había sus diferencias, que no todos servían, por ejemplo, para ir á limpiar de mónstruos el rostro de Arnarkuagssak, y tal que daba excelentes consejos, no podía aprestar sus fieles á la venganza.

Entre las prácticas de los angakoks la más solemne y de más importancia era la comunicacion por medio de los tornaks con los espíritus y con el mismo Dios Supremo. Celebrábanse en una cabaña completamente á oscuras donde se podían reunir muchas personas que no fuesen de mal corazon ni estuviesen de luto. Hacíase atar el angakok las manos á la espalda; y, puesta la cabeza entre los muslos, se sentaba en el suelo junto á un tambor y á una piel suspendida del techo. Entonaban al punto los concurrentes uno de sus religiosos cánticos; y, en cuanto lo concluían, invocaba el angakok á Tornarsuk ó á cualquiera de los espíritus que poblaban los espacios. La voz del angakok iba siempre acompañada de golpes que, dados á compas en la piel y el tambor, producían rítmicos sonidos; la invocacion, envuelta en figuradas y misteriosas palabras. No tardaban los espectadores en conocer la llegada del tornak ya por cierto rumor especial que se producía, ya por un chorro de luz, ya por la aparicion de un fuego. Hablaba entonces de nuevo el angakok y formulaba las preguntas ó las cuestiones cuya respuesta ó solucion apetecía; y fuera sonaba una voz que era raras veces la de Tornarsuk y casi siempre la de un espíritu. No solía ser la respuesta del dios más clara que la invocacion; pero allí estaba el angakok para descifrarla y explicarla á gentes que no habían de poner en duda lo que les dijera.

En esas raras solemnidades, á que se daba el nombre de *tornikeks*, proponíase á veces el angakok ir á descubrir ocultos ó apartados lugares. Levantábase; dicen, del suelo y se escapaba á través del techo, que se abría por uno ó más puntos con el fin de abrirle paso. Volaba el angakok, bien sobre la tierra, bien sobre los mares, dejando tras sí brillante surco; y á la otra noche volvía y contaba lo que había visto ó descubierto. Otras veces se proponía combatir á un angiak, á un brujo, á cualquier otro sér dañoso; y le evocaba, le interrogaba sobre los maleficios que había hecho, le prendía merced á particulares procedimientos y terminaba por arrancarle la vida. Así las cosas ¿cómo podían los groenlandeses dejar de creer dotados de poder sobrenatural á sus sacerdotes? Concluídos los ritos, iluminaban la cabaña y se veía al angakok desatado y suelto.

No era ménos maravillosa la manera de salvar á la vieja Arnarkuagssak de sus mónstruos. Debía pasar el angakok primeramente sobre las ensangrentadas huellas de los muertos, despues sobre un precipicio abierto al pié de un resbaladizo peñasco que daba vueltas como un trompo, luego delante de un espantoso perro, guarda fiel del palacio de la Diosa, finalmente por un vestíbulo cuyo pavimento componían afiladas hojas de piedra. Al verle se levantaba la diosa, cogía un manojo de plumas y difundía por la estancia los infectos miasmas de su lámpara, que apenas lucía. Tocaba entonces al angakok batirse con

los mónstruos hasta desalojarlos del arrugado rostro de la vieja. No lo conseguía sinó recurriendo á su tornak; pero, ya que lo había alcanzado, cambiaba todo de aspecto. Recobraba Arnarkuagssak su aire placentero y benévolo, brillaba con vivos resplandores la lámpara, movía el perro alegremente la cola, subían los peces á la superficie del Océano y nada impedia al angakok la vuelta al seno de su tribu que, apenas le volvía á ver, prorumpía en alaridos de júbilo.

Médico el angakok, procuraba aliviar tanto el dolor moral como el material de sus enfermos. Animábalos con dulces esperanzas; cuando los veía próximos á la muerte, los consolaba encareciéndoles el bien y la ventura de que gozarían más allá del sepulcro. Decíaselo ordináriamente en una espécie de canto á media voz que los sonidos del tambor dulcificaban. Entre sus medios curativos empleaba uno cuya aplicacion no sería de creer, si autores de merecida fama no asegurasen haberla visto por sus mismos ojos. Abría el ábdomen de los pacientes y les sacaba y limpiaba los intestinos. Precipitaba con ésto los días de muchos; pero ¿que importaba si á juzgar por algunas leyendas podía resucitar á los muertos?

Aunque lo era todo el angakok en Groenlandia, no parece que tuviera intervencion alguna en el nacimiento, en el matrimonio ni en la muerte de sus compatricios. Acontecía poco más ó ménos otro tanto en todas las naciones bárbaras; y es por cierto de extrañar, cuando casi en niguna dejaba de haber ceremonias y ritus para esos tres grandes actos de la humana vida. No sé las que habría aquí para el matrimonio; pero consta que se daba con cierta solemnidad á los recien nacidos un nombre, que era generalmente el de uno de sus antepasados, y se celebraba funerales para todos los difuntos, á quienes se sacaba, no por la puerta de la casa, sinó por la ventana ó por otra abertura que al intento se practicaba.

He dicho que no todos los angakoks eran iguales. Avidos de nombradía, rivalizaban á veces en poder y ciencia. Un sacerdote llamado Angakorsiak, dice una tradicion groenlandesa, se burlaba de los demás angakoks, á quienes en todos los terrenos había vencido. Orgulloso de sus triunfos, fué un día muy al Norte á medir sus fuerzas con otro angakok de fama. Verificose la competencia en pleno día ante gran número de espectadores. Se cortó Angakorsiak un brazo, lo arrojó al suelo y con la otra mano recogió en una piel la sangre que manaba de la herida. Se desmayó; pero vuelto á poco en sí por sus compañeros, que entonaron uno de sus religiosos cánticos, levantó el brazo caído y soplando se lo pegó de modo que no se acertó á conocer por donde lo habia roto. Bebió luego la sangre recogida en la piel y dejó la piel seca y limpia. Con su cuchillo y su arpon hizo aún maravillas; pero las repitió con mayor destreza su rival, llegado que le hubo la vez, y concluyó por decirle: «todo esto no vale nada, salgamos al mar y allí continuaremos la lucha.» Entraron cada uno en su kajak y terminó pronto la contienda. Lanzó el angakok del Norte su arpon contra una

roca, la atravesó y le hizo brotar sangre; lanzó el suyo Angakorsiak, y no logró hacerlo entrar en el arrecife. La burla de los espectadores fué tal, que avergonzado y confuso Angakorsiak, remó un instante, baja la cabeza, y desapareció al zozobrar de su barca. Volvió á parecer en su kajak; pero trasformado en rangífero. Se retiró al Sud de la Isla, y no se habló más del vanaglorioso sacerdote.

Ni siempre conservaba el angakok su poder y su fuerza. Los perdía bien por el olvido de ciertos ritus, bien por dedicarse á sortilegios y maleficios. Un angakok, dice otra leyenda, se distinguía en el arte de cazar focas. Penetraba con sus ojos en el fondo del Océano; y luego que las veía, adivinaba el lugar de la superficie á que saldrían á respirar el aire. Encontró cierto día en una isla un nido de gaviotas, lo puso en su barca y despues de haber muerto una foca se retiró á sus hogares. Olvidó por su desgracia en el kajak el nido, y no pudo en toda la noche conciliar el sueño. Se le apareció de pronto una grande y vieja gaviota, y, dando sobre él repetidas vueltas, le dijo: «¿como has podido ¡oh flojo angakok! dejar en tu barca los huevos que depusimos con tanto esmero en el nido? Queríamos dar á nuestros pequeñuelos el nombre de sus padres, y nos los has arrebatado. Perderás en castigo tu ciencia.» Huyó la gaviota y se sintió el angakok decaído. Inútilmente fué á su kajak á buscar los huevos: se los acababaha de llevar la gaviota. No pudo ya en adelante el descuidado angakok descubrir las focas en el fondo del Océano.

Al morir un angakok se creía que su alma dejaba con pesar el cuerpo y luchaba por recobrarlo y darle vida. En Karra, dice otra leyenda, había un angakok poderoso y célebre que en todo el distrito de Godthaab no tenía quien le igualara. Sonó poco despues de su muerte un ruido estraño debajo del suelo de su cuarto; y algo activo subió y se entró en el cadáver. Resucitó el angakok; y aunque volvió á morir á los pocos días, oyose de nuevo el extraño rumor y de nuevo el cadáver adquirió fuerza y movimiento. Repitiose la escena muchas veces durante largo tiempo; y se estaba ya convencido de que el angakok no era posible que muriera. Se ideó al fin ponerle sobre el inanimado cuerpo un almohadon de kajak hecho de piel de foca. Sonó aún el siniestro ruido; pero el cadáver quedó cadáver. El angakok había definitívamente muerto.

Todo ésto acredita la importancia que daban á sus angakoks los groenlandeses. Respetábanlos príncipalmente por suponerlos en relacion con los espíritus. Creían real y verdaderamente en la existencia de un mundo invisible, y se desvivían por conocer la voluntad de sus innumerables genios. No sólo asistían con gusto á esos tornikeks en donde se suponía que se dignaba contestar el mismo Tornarsuk á las preguntas de los sacerdotes, sinó que tambien miraban de mal ojo al que habitualmente faltaba á tan misteriosas juntas, y trabajaban por ganarse á fuerza de invocaciones un espíritu que los iniciara en los secretos de la vida. ¡Ay del que lo conseguía y por miedo no lo aprovechaba!

Contábase de Ordlavarsuk que sentía menosprecio por los angakoks y no concurría jamás á las reuniones en que se evocaba á los inuas. Acertó á visitar á una familia en cierta poblacion vecina, y no pudo sin faltar á la cortesía dejar de asistir á un tornikek ni de ayudar al sacerdote. Se cerró las puertas, se apagó las luces, comenzó el angakok sus ritus y cantaron mancebos y doncellas los sagrados himnos. Poco á poco, ganado tal vez por la armonía de las voces y la belleza de los cánticos, fué haciendo por gusto lo que ántes por deferencia y concluyó envidiando lo que ántes dospreciaba. Salió al campo, evocó de otero en otero un espíritu, y cuando creyó oirle, ¿donde estás? preguntó lleno de emocion y de alborozo. Aquí estoy, le respondieron; y aunque fué hácia el lugar de que la voz salía no vió ni encontró á nadie. A poco, sin embargo, dió con un hombre de alta estatura que llevaba un tocado mayor que la proa de su barca. Tocole el gigante con un largo baston, y dejándolo caer hizo temblar la tierra. No pudo Ordlavarsuk dominar el espanto que ésto le produjo, emprendió la fuga, y viéndose acosado por el espíritu, procuró ganar una isla que sólo en la pleamar estaba separada del continente. No pudo el genio seguirle; pero le dijo desde la playa: «creía yo que eras tú quien había evocado un espíritu que te protegiera. Inútilmente le evocarás otra vez: no serás oído.» Arrepintióse Ordlavarsuk y corrió tras él rogándole que volviera á tocarle con su vara; pero no pudo aplacarle ni volver á evocar los seres del mundo invisible.

Los actos religiosos no estaban reducidos á los del sacerdocio. Jóvenes y ancianos, varones y hembras, grandes y pequeños rendían á su manera culto á los dioses. Se lo rendían, no sólo en los ayunos que observaban, sinó tambien en el traje que vestían y hasta en su trabajo. Seguían en todo reglas de conducta que la religion les tenía prescritas, y consideraban el hecho de infringirlas como pecado y orígen de desventuras. Veneraban en ciertos casos á los inuas del aire y á los del mar, principalmente á los que gobernaban la atmósfera y la pesca; honraban siempre las almas de sus difuntos.

Hacían tambien ofrendas. Hacíanlas sobre todo en sus viajes para salvar todo género de peligros. Arrojaban al mar víveres ú objetos que les hubieran servido en otras expediciones, como arrojaban los antiguos quichuas granos de maiz á los ríos por que pasaban. Solían acomodar la ofrenda á la índole del inua que deseaban hacerse propicio, y á veces á la naturaleza del lugar donde el inua residía. Los inuas del Océano recibían, por ejemplo, distintas ofrendas segun morasen en escollos, rocas, golfos, bahías ó promontorios cubiertos de hielo.

Empleaban ademas los groenlandeses profanos la invocacion y la plegaria. Invocaban en su ayuda á tal ó cual genio ó pedían en general á los dioses que les otorgaran bienes ó los preservaran ó libraran de males. Que invocaran, que oraran, lo hacían siempre cantando á media voz palabras que á media voz habían aprendido de los labios de sus angakoks ó de sus padres. Tenían para todo fórmulas, y fórmulas á que de ordinario daban gran precio. Como las había ge-

nerales, las había especialísimas para obtener ciertos dones; y éstas las guardaban los que las poseían como propiedad de gran valor, cuando no como sagrada herencia. Habían llegado por este camino así las oraciones como las invocaciones á ser objeto de venta y tráfico. Cuando ménos para la gente lega á fórmulas suelen quedar reducidos todos los sistemas religiosos: se las repite maquinalmente y apenas se fija la atencion en el sentido que encierran. Aquí el creyente se veía siquiera obligado á meditar sobre lo que decía, puesto que sin eso y sin pensar tanto en el genio que se invocaba como en el autor de la fórmula se creía que no había de obtener el logro de su deseo.

A esas prácticas familiares hay que añadir las fiestas públicas, la más principal la del solsticio de invierno, por la que se celebraba la vuelta del Sol y el renacimiento de la naturaleza. Duraba la fiesta muchos días y abría campo á grandes regocijos y múltiples banquetes. A deshonra se tenía que no pudiese en aquel tiempo una familia obsequiar debidamente á sus huéspedes y amigos. Para tales convites se acostumbraba á guardar desde mucho ántes los mejores productos de la caza y la pesca. Vestían hombres y mujeres sus más ricos trajes y galas; y, acabada la comida, todos á una danzaban y cantaban al son de sus tambores. Se cita el estribillo de uno de los himnos: «vuelve, ó sol, decía, y tráenos los días sin borrasca.» Se cantaba tambien, á lo que parece, versos heróicos donde se ensalzaba las proezas de los vivos y los muertos.

Había en la fiesta del solsticio de invierno, además de cantos y bailes, juegos y ejercicios donde mostraba el bravo su bravura, el hábil su habilidad y el fuerte su fuerza. Observaban á la sazon los groenlandeses determinadas reglas y tomaban algunas precauciones contra los malos espíritus. Creían que los irritaban con sus espectáculos, y hacían por desarmarlos y aplacarlos grandes esfuerzos. Temían, de no, ser objeto de terribles venganzas.

Contra los malos espíritus es tambien probable que usaran los habitantes de Groenlandia muchos de sus amuletos. Eran todos aficionadísimos al empleo de esos preservativos, que consistían ya en esqueletos de zorra ó de pequeños mónstruos marinos, ya en pedrezuelas, ya en huesos, ya en otras mil fruslerías. No se limitaban á llevarlos sobre el cuerpo; los incrustaban tambien en sus herramientas. No á todos atribuían iguales virtudes. De los pedazos de las correas con que los ingnersuits malignos habían atado á sus sacerdotes decían que vigorizaban á los jefes de barco; de los fragmentos de piedras en bruto abandonadas por ciertos enanos, que los hacían invulnerables; de los esqueletos de mónstruos marinos, que daban la victoria en las batallas; de los de las zorras, que dotaban al hombre de facultades maravillosas; de los fragmentos de cordon umbilical, que, puestos sobre un kajak, alargaban la vida del que los poseía. Todas estas cosas tenían carácter religioso: no se las consideraba eficaces sinó despues de haber sido objeto de consagracion y de plegarias.

Se empleaba tambien los amuletos contra las malas artes de los hechiceros.

Los hechiceros abundaban allí tanto ó más que en la Europa de la Edad Media. Valíanse casi de los mismos procedimientos que nuestras famosas brujas. Usaban para sus aborrecidos sortilegios de baratijas que recogían en los sepulcros, de huesos humanos, de asquerosos insectos, de miembros de otros animales, especialmente de focas. Con huesos humanos sobre los aparejos de mar se aseguraba que hacían infructuosa la pesca; si los mezclaban con los alimentos, que producían enfermedades y hasta la locura y la muerte; como dejaran miembros de foca sobre una tumba, que hacían al que la poseyera desgraciado en sus compras. Se los perseguía y no pocas veces se los lapidaba porque se les atribuía todas las calamidades que afligían al pueblo, sobre todo las pestes.

Es por otra parte indecible el poder que se les daba. Se los suponía capaces de preparar flechas que dieran siempre en el blanco y produjeran heridas incurables ó arrebataran instantáneamente la vida. Decíase que podían algunos abandonar el cuerpo y trasladarse en espíritu al lugar donde estuvieran las personas objeto de su cólera. Se los hacía autores de ciertos animales de artificio llamados *tupileks* que podían á voluntad del que los tuviese cobrar vida y revestir diversas formas para dañar á los que mal se quisiera. Creíase que formaban esos tupileks con huesos y otros restos de varios animales que envolvían en una piel y dejaban en el más próximo río hasta haber cantado sobre ellos la oracion oportuna. Añadíase que esos extraños animales devoraban á su dueño si por acaso incurría en la menor falta.

A propósito de los hechiceros se me ha de permitir que trascriba otra leyenda aún hoy popular en la Isla. Se refiere á los últimos descendientes de los primitivos colonos de Groenlandia, es decir de aquellos escandinavos que en el siglo décimo la descubrieron y la ocuparon. Enemistáronse los indígenas y los colonos; y el jefe europeo, llamado Oungortok, fué con sus gentes sobre un pueblo de groenlandeses y los pasó á cuchillo despues de haberles incendiado las casas. Escaparon del deguello dos hermanos; pero los persiguió Oungortok hasta las riberas del Oceano, mató al más jóven, le cortó un brazo y, moviéndolo en el aire, lo enseñó al otro fugitivo, que se había refugiado en los hielos del mar, y le dijo: «atiende, atiende: ¿podrás olvidar miéntras vivas el brazo de tu hermano.?»

Kaissapik—así llamaban al que logró salvarse—lleno de cólera y dolor, no pensó ya sinó en la venganza. Púsose un día á la cabeza de unos pocos hombres y, cayendo de repente sobre Oungortok, le incendió la casa, le saqueó la hacienda y le obligó á la fuga. Le persiguió sin cesar, le tuvo muchas veces á tiro y le disparó el arco; pero no pudo jamás herirle y llegó á creerle invulnerable ó bajo la proteccion de los inuas. Desconfiaba ya de matarle, cuando un anciano groenlandés le encontró y le dijo: «Quiero ayudarte: de ese pedazo de madera que sostuvo la lámpara de una mujer estéril voy á cortarte una flecha con que darás infaliblemente en tu enemigo luego que yo la hechice.» Recibió Kaissapik

la encantada flecha; y, sintiéndose con nueva energía y nueva sed de venganza, persiguió con afan á su enemigo. Le encontró cerca de un golfo y le arrojó todas las saetas de su aljaba; pero tambien con mala suerte. No le quedaba ya más que la flecha mágica; desesperado y lleno de inquietud, la coloca en el arco, dispara, é hiere mortalmente al caudillo de los europeos. Ebrio de gozo, corre, le alcanza, le corta un brazo y con amarga ironía «atiende, atiende, exclama, ¿podrás olvidar miéntras vivas el brazo de tu hermano?»

Hasta aquí el Padre Morillot y la religion de los groenlandeses. Supongo que habrá comprendido el lector el motivo por que refiero las creencias y las supersticiones de todos esos pueblos bárbaros sin decir siquiera lo inverosímiles y absurdas que son á mis ojos; sobre parecerme innecesario, dejo la crítica de cuanto escribo para el fin de este libro. Voy ahora á exponer someramente en que concuerdan y difieren las ideas de los groenlandeses y las de los otros esquimales.

Los demás esquimales hablaban tambien de un Ser Supremo y de una Mujer que decían su protectora. A esa mujer dirigían sus oraciones y consagraban sus ofrendas; para el culto de esa mujer habían concebido todos sus ritus. Suponíanla creadora de los seres vivos é hija del autor del cielo, la tierra y los astros. No tenían á lo que parece esa larga série de genios que ponían los groenlandeses entre Dios y el hombre; pero creían que el Sol, la Luna y las estrellas todas eran espíritus de seres muertos en este planeta. Creían además en los aparecidos, y concedían á nuestras almas la facultad de abandonar temporalmente el cuerpo y recorrer los espacios. Habían para ésto imaginado dos almas: la sombra y el aliento.

Consideraban tambien los esquimales todos plana la tierra, y le daban por asiento pilares de piedra que crugían ya de vetustos. Debajo de la tierra ó en las profundidades del Océano situaban el paraiso dándole por entrada las grietas de las rocas. Sólo bajando durante cinco ó más días por rudas y ásperas pendientes afirmaban tambien que podían llegar las almas á la mansion de los justos.

Supersticiosos y amigos de la mágia lo eran los esquimales de tierra firme como los de Groenlandia. Fe en los sacerdotes no la tenían los unos ménos que los otros. Los angakoks ó angekoks distaban, sin embargo, de gozar entre los esquimales del Continente la importancia ni el poder que entre los de la Isla. Estaban casi reducidas sus funciones á curar enfermos, celebrar los ritos que habían de hacer prósperas las cacerías y fijar la duracion de los lutos. Sabían el estado de los pilares de la tierra y el paradero de las almas de los muertos; pero no volar ni hablar con sus dioses como los angakoks de Groenlandia. Hacían, con todo, frecuentes visitas á la region de los bienaventurados, segun decían á la muchedumbre.

Los esquimales de tierra adentro acostumbraban tambien á sacar los cadáve-

res, no por la puerta, sinó por la ventana ú otra abertura practicada en sus tiendas. Los enterraban y por cinco días guardaban riguroso luto.

Respecto á las instituciones civiles no era ménos la semejanza entre los groenlandeses y los demás esquimales. Ni unos ni otros tenían jefes electivos ni hereditarios. En cada comunidad solían seguir los consejos del que más se hubiese distinguido, bien por su habilidad en la caza, bien por su bravura en la guerra, bien por sus pronósticos sobre las mudanzas del tiempo; más no se creyeron nunca en la obligacion de estar sumisos ni de obedecer á nadie, como no fuera á sus padres. Faltos de un verdadero poder público, no conocían tampoco las leyes; regíanse cuando más por costumbres. Excusado sería decir que carecían de tribunales. Vengaban las familias sus agravios como en tantos otros pueblos salvajes.

En la region toda de los esquimales decidía las querellas privadas la fuerza ó la autoridad moral de los ancianos. Solo en Groenlandia había una especial manera de dirimirlas. El que se creia injuriado componía una sátira contra el autor de la injuria, y la decía y repetía cantando y danzando hasta que se la sabían de coro todos los indivíduos de su cabaña. Provocaba entónces á su adversario á un duelo, que se verificaba en presencia de toda la tribu. El duelo consistía en oponer sátira á sátira hasta que uno de los dos enmudeciera. En esta rara clase de desafíos se sacaba naturalmente á relucir todas las faltas y todos los vicios de los contendedores: no había de contribuir poco tan rara costumbre á la moralidad pública.

La propiedad entre todos los esquimales era comunal ó cuando más familiar; la individual, completamente desconocida, como no se tratase de bienes muebles.

No sé más de tan laboriosa raza y pongo aquí fin al capítulo.

CAPÍTULO XXXIX

Los koniagas.—Sus diversas naciones.—Su clima.—Sus condiciones físicas.—Sus adornos.—Su traje.—Sus casas.—Sus condiciones morales.—Su lujuria.—Su poliandria.—Su manera de celebrar el matrimonio.—Su conducta para con los hijos.—Su manera de purificar á las hijas cuando éstas se hacían púberes.—Sus baños.—Sus comidas.—Sus instrumentos y procedimientos de caza y pesca.—Su manera de cazar el oso gris.—Su industria.—Sus barcas.—Sus armas.—Su conducta en la guerra.—Sus instituciones civiles.—Sus sacerdotes.—Su religion.—Su fiesta de la inmersion de las vejigas.—Sus demás fiestas.—Su hospitalidad.—Su piedad para con los muertos.—Sus supersticiones.—Los aleutas.—Sus condiciones físicas.—Su traje.—Sus adornos.—Sus habitaciones.—Sus comidas.—Sus hombres.—Su carácter.—Sus discordias.—Sus armas.—Su ingeniosa manera de cazar el oso.—Sus artes.—Sus adornos.—Sus ideas religiosas.—Sus sacerdotes.—Sus supersticiones.—Su moralidad.—Su gobierno.—Su diverso modo de enterrar á los muertos.—Los thlinkites.—Sus diversas tribus.—Sus cualidades físicas.—Su rara costumbre de abrir el lábio inferior de sus mujeres.—Su fausto.—Sus viviendas.—Su ódio á la carne de ballena.—Su ingenio.—Sus canoas.—Sus armas.—Su gran cuchillo de dos puntas.—Su division en clanes.—Su aristocracia.—Sus jefes.—Sus esclavos.—Su manera especial de resolver las cuestiones entre dos tribus.—Su respeto á la mujer.—Prueba á que la sujetaban cuando se hacía núbil.—Matrimonio.—Lactancia.—Bautismo.—Mitología.—Entierros.—Fiestas en memoria de los difuntos.[1]

Constituían, segun dije, la segunda rama de los hiperbóreos los koniagas, cuyo nombre deriva probablemente del de *kanagists* que se daban los habitantes de la isla de Kadiak al ser descubiertos por los europeos.

Estaban divididos los koniagas en muchas naciones; la principal, la de este mismo nombre, que vivía en la citada isla de Kadiak y las contiguas y no contaba ménos de treinta mil almas. De las demás estaba al Sud la de los *chugatshes*, que ocupaba las islas y las riberas de la bahía del Príncipe Guillermo; al Norte, en la bahía de Bristol, la de los *aglegmutos;* en las márgenes del río Nushagak y en la costa que se extiende hasta el cabo Newhenham, la de los *keyataigmutos;* entre las bocas del Kuskoquim y el Kiskunak, la de los *agulmutos;* en las orillas del mismo Kuskoquim, la de los *kuskoquigmutos;* en las cercanías del cabo Romanzoff, la de los *magemutos;* en las riberas del Kwichpak, el Kwichluak y el Pashtolik, la de los *kwichpagmutos,* la de los *kwichluagmu-*

[1] Fuentes de este capítulo: Bancroft, *The Native Races of the Pacific States of North America,* 1.°, cap. 2.°; 3.°, cap. 2.°, 5.° y 12.°; D. Orbigny *Voyage dans les deux Amériques* cap. 64 y 65. A estos dos autores exclusivamente debo las noticias y los datos de este capítulo.

tos y la de los *pashtolikes*; cerca de la bahía de Pashtolik, los *chnagmutos;* en la de Golovnin, los *anlygmutos*; en la de Nórton, los *kaviaks* y los *malemutos;* naciones todas que hablaban una misma lengua y pertenecían indudablemente á un mismo tronco.

La tierra en que moraban y moran estas gentes era y es un áspero desierto, aun hoy no pisado en muchos lugares por hombres de nuestra raza; una region montañosa, de espesos bosques, de glaciales cañadas por donde fluyen torrentes sin número y de colinas que alternan con lagos y cenagosos valles; una extensa costa en invierno cubierta de hielo y en verano de una vegetacion espléndida. Aunque fría, no lo es ya tanto como la de los esquimales: sobre estar más baja, absorbe gran cantidad de calor oceánico por algunas de sus abras.

Eran los koniagas de regular estatura, de color algo más bajo que el de los innuits, de cabeza más bien plana que esférica en el occipucio. A lo que parece no diferían físicamente de la totalidad de la raza sinó los *chugatshes*, de voluminoso cráneo, corto cuello, ancho semblante y pequeños ojos. Taladrábanse los koniagas todos la ternilla de la nariz, el lábio inferior, la barba, las orejas, y se los adornaban con dijes de varias clases; los más preciados, los de concha y ámbar. La barba podría decirse que las mujeres se la cribaban: no se satisfacían las de rango con ménos de seis agujeros. Hembras y varones se cubrían además de collares y ajorcas garganta, muñecas y tobillos.

Llevaban tambien largo el cabello así las mujeres como los hombres. Untábanselo para ciertas solemnidades con grasa de ballena, embellecíanselo con polvos de arcilla roja ó de óxido de hierro y ataviábanselo con blancas y brillantes plumas.

Distinguíanse las hembras de los varones en que se pintaban el rostro, bien de encarnado y azul, bien de negro y color de plomo. Labrábanse la piel las de algunos pueblos: las de los kuskoquigmutos, dos líneas paralelas en la barba; las de la isla de Kadiak, el pecho, además de trazarse rayas negras en las mejillas.

Vestían generalmente los koniagas una larga túnica de pieles de ave con mangas anchísimas de que pudiesen, cuando les conviniera, sacar pronto los brazos. Poníansela de día plumas afuera y de noche plumas adentro. Llevábanla algunos con franjas de arriba abajo y con las pieles, que tal vez no bajaran de ciento, esmeradamente cosidas por medio de agujas de hueso. Completaban el traje con un cinturon más ó ménos rico, polainas de piel de nutria ó de otros animales y, aunque no siempre, botas de piel de foca con suelas de cuero de ballena. En tiempo de lluvia cubríanse además con sobretodos de intestinos. Diferenciábanse de todos los demás koniagas los kuskoquigmutos en que así para sus polainas como para sus túnicas usaban la piel del rangífero y para sus mantos la del esturion, no siendo raro que para los botines emplearan las yerbas de los pantanos. Diferenciábanse tambien los kaviaks y los malemutos, en que vestían á la

usanza de los esquimales del Norte, y los chugatshes en que iban ordinariamente descalzos de pié y pierna y se ceñían á la cabeza uno como sombrero con listas de varios colores, imágen caprichosa de la cabeza de algun pez ó pájaro.

Como los esquimales, construían los koniagas dos géneros de habitaciones: para el verano tiendas que solían levantar en las orillas del arroyo ó del río de que se proponían sacar el sustento; para el invierno, espaciosas casas, donde pudieran albergarse tres ó más familias. Las casas de invierno, parecidas tambien á las de los esquimales, eran cuadradas y en parte subterráneas. Edificábaselas excavando hasta la profundidad de dos piés la tierra, fijando en cada uno de los ángulos un grueso poste de seis piés de altura, haciendo entre poste y poste una pared de apretados tablones y tendiendo sobre éstos ya tablas, ya palos, ya costillas de ballena. Cubríase de yerba los insterticios todos: no se dejaba más hueco que uno en el techo para el escape del humo y otro de tres piés cuadrados al Oriente para la entrada y la salida de los moradores. Dentro abríase el hogar debajo del hueco del techo y unas camas á manera de tumbas al rededor de las paredes. Es de advertir que esas camas-tumbas venían reemplazadas en muchas viviendas por tarimas que levantaban pocos piés del suelo. Comunicaba á veces este vasto aposento por galerías completamente subterráneas con otros de más reducidas dimensiones. Las tiendas de verano las constituían ordináriamente simples estacas formando bóveda, cubiertas de pieles, cortezas de árbol ó tierra.

En sus casas de invierno los koniagas vivían completamente al abrigo de las inclemencias del aire, sobre todo cuando tendían trasparentes intestinos de ballena ó de foca sobre el agujero del techo. Sentían más bien calor que frío aunque estuviesen casi desnudos. Sentíanlo por el contínuo respirar de la gente reunida, la escasa altura de las paredes sobre el nivel del suelo y lo muy ocupados que debían de estar aposentos donde se comía, se dormía, se trabajaba y se guardaba las provisiones de boca y los utensilios de caza. Más si vivían físicamente bien, no moralmente. Hacinados y revueltos por lo general en una misma estancia varones y hembras, niños y adultos, mozos y viejos, se hacían allí difíciles la castidad y la decencia. El estupro era comun; el adulterio no encontraba freno sinó en la propiedad que sobre la mujer se reconocía al marido. Resultaban flojos los vínculos del matrimonio, tan débil el sentimiento del pudor, que no bastó á impedir ni á contener la sodomia.

Los más viciosos en este punto eran los kaviaks, á cuyos ojos no era delito ni siquiera el incesto. Cohabitaban en aquella nacion deudos con deudos, hermanos con hermanos, padres con hijos. Ni reparaban allí las madres en educar á sus más bellos varones para futuros esposos de otros hombres; aberracion que vimos ya en un pueblo de la América del Medio-día. Criábanlos de niños á lo mujer, enseñábanlos á las mujeriles faenas, mujeres les daban por compañía; y, cuando ya mancebos, los casaban con magnates que los tenían en gran precio.

No eran tan lujuriosos los mamelutos, pero observaban otra no ménos rara costumbre. Permitían á cada mujer dos maridos: uno por decirlo así propietario, otro substituto. Ausente el primero, entraba el segundo en funciones y era dueño de la mujer y la casa hasta que aquel volvía. En volviendo, no sólamente le cedía el puesto sinó que tambien le servía de familiar y criado.

El matrimonio era naturalmente entre los koniagas de poca importancia. No dejaba de haber, sin embargo, para su celebracion algunas ceremonias. El amante empezaba por solicitar el consentimiento del padre de su amada. Obtenido, llevaba un haz de leña á la casa de la novia, encendía lumbre y se bañaba con el futuro suegro. Reuníanse en tanto los deudos, celebrábase un banquete, cruzábanse los regalos, y el esposo tomaba el nombre del padre de la esposa. La comitiva toda acompañaba luégo al cuarto del baño á la afortunada pareja y allí la dejaba. Con esto quedaba el matrimonio perfecto y consumado.

Era mal vista entre los koniagas la mujer infecunda. Deseaba todo marido tener hijos, y en algunos pueblos suplía la falta por muñecas que mimaba como si fueran de carne y hueso. Suspiraba empero por hijos no por hijas: á las hijas no era raro que las matase recien nacidas dejándolas abandonadas en lugar desierto ó metiéndoles hasta ahogarlas yerbas en la boca. Ya que entónces las respetase, era con ellas cruel cuando se hacían núbiles. Apartábalas de todo trato y las ponía en uno más bien nicho que choza donde no podían erguir el cuerpo aún estando de rodillas. Sacábalas de tan dura cárcel á los seis meses; pero sólo con el fin de darles otra de mayor espacio. Las condenaba otros seis meses á vivir separadas de las gentes. Sólo á las hijas de varones principales se permitía que durante ese largo cautiverio se acercaran al *kashim* ó casa pública, y aun á éstas bajo la condicion de que pasaran por la humillante ceremonia de entregar al sacerdote lo que más precian las vírgenes.

Si pecaban de lujuriosos los koniagas, no adolecían de otros vicios. Eran generalmente pacíficos, industriosos, serviciales, más amigos del trabajo que de la guerra. Tenían fama de poco limpios, y sin embargo en bañarse dejaban atrás á muchos pueblos de esta parte del Nuevo Mundo. Se bañaban ya individual ya colectivamente: colectivamente, en la misma cámara donde comían y dormían; individualmente, en otra al intento que constituía una de las dependencias de la casa. Tomaban por lo comun baños de vapor como los que llevo descritos: cuando más sudaban corrían á sumergirse en el mar ó el vecino arroyo debiendo tal vez romper ántes el hielo que los cubría. En los baños colectivos tomaban parte cuantos vivían bajo un mismo techo: encendían una gran lumbre, tapaban el agujero del humo en cuanto estaban hechos ascuas los leños, y al transpirar abundantemente se untaban de cierto líquido alcalino que, combinado con la grasa de sus cuerpos, producía la espuma y los efectos de nuestros jabones. Bañábanse luego en agua fría, se envolvían en sus pieles de ciervo y se recostaban.

Eran ménos limpios los koniagas en sus comidas que en sus propias carnes. No dejaban de la ballena sinó los huesos, y aun éstos los aprovechaban para la construccion de sus viviendas. No rechazaban manteca, grasa ni alimento alguno por rancios y fétidos que estuviesen. Devoraban hasta con placer la carroña, el más agusanado abadejo, los excrementos de oso. Y no ciertamente porque viviesen en tierra pobre, que allí los víveres más abundaban que escaseaban. Amen de las ballenas, tenían copia de salmones, bacalao y arenques; nutrias y aves marinas; ciervos y rangíferos; y para confortar el estómago cierto vino que hacían del jugo de las frambuesas.

El koniaga, como el tinneh, aguardaba á que los salmones subieran por las aguas corrientes para mejor cogerlos. Los cogía ó con palos de punta de hueso ó con redes de nervios de ballena. Con una especie de anzuelo, tambien de hueso, pescaba el bacalao; y con un arpon de seis piés de largo, las ballenas que por el mes de Junio se acercaban á sus costas. Esculpía cada cual en la punta de sus arpones, generalmente de piedra, su propia y especial marca; y, muerto el colosal cetáceo, por la marca del arpon que llevaba clavado se sabía su dueño.

La pesca de la nutria de mar era más curiosa. En los meses de Mayo y Junio, que es cuando está más tranquilo aquel Oceano, salían los koniagas en sus baidarkas de dos remos para remotas islas. Iban siempre reunidos en tanto número, que á veces los botes llegaban á ciento. Avanzaban lentamente por el mar formando apretada fila, tan apretada, que no pudiesen las nutrias abrirse paso entre las barcas. Luego que descubrían una, se apresuraban doce ó más á colocarse en círculo al rededor del sitio en que había de asomarse á respirar el aire: no la volvían á ver que no la acribillasen á flechazos. A las focas las cazaban en verano poco más ó ménos como los esquimales.

No las pescaban, con todo, los koniagas de Kadiak por igual procedimiento. Cogían una piel de la misma clase de antibios, la hinchaban como si fuera una vejiga, la armaban de un largo sedal, tomábanlo por el cabo opuesto y se ocultaban detrás de los arrecifes. Ya que veían cerca de la playa muchas focas, arrojaban al mar la piel y la iban poco á poco retirando. La seguían las focas creyéndola una de sus compañeras, y no llegaban á la orilla cuando sentían sobre su lomo ó su cabeza la punta de la flecha ó de la lanza. Son estos animales inteligentes y amigos del hombre; más no por ésto el hombre ha dejado de ser nunca para ellos cruel y pérfido.

No eran los koniagas ménos cazadores que pescadores. Cazaban desde el mes de Febrero hasta que se derretía la nieve. Perseguían principalmente al ciervo y al rangífero. Los que más sobresalían en este ejercicio eran los malemutos, que, apénas concluía Enero, se retiraban con sus familias á los más cercanos montes. Hasta sus mujeres cazaban, ora con armas, ora con lazos. Empleábase contra el ciervo toda clase de ardides: ya se le acorralaba en angosturas naturales ó artificiales, como en otros pueblos, ya se le tendía más ó ménos in-

geniosas redes, ya se le engañaba remedando su figura y sus movimientos.

Durante el tiempo de la caza los kuskokwigmutos, ménos errantes que los demás koniagas, vivían todos en su kashim á excepcion de los ancianos y los niños. No se permitían visitar á sus mujeres más que en las altas horas de la noche. Mucho antes de amanecer se levantaban al son del sagrado tambor de un *shaman*, que vestía hábitos sacerdotales. Tributaban á sus dioses el acostumbrado culto, se desayunaban con lo que les traían sus esposas y al romper del alba partían á su territorio de caza. Se dirigían á la vuelta á su casino dejando á las hembras cuidar de los productos de su trabajo.

No tenían los koniagas en sus tierras al oso blanco, que no baja del paralelo sesenta y cinco, pero sí al oso gris, que cazaban de una manera ingeniosa. Formaban á la boca de la caverna donde le sabían un parapeto de madera con un hueco por donde pudiera meter la cabeza. Por encima del parapeto arrojaban al fondo del cubil una tea ardiendo. Quería salir el oso; y, hallando el paso obstruido, sacaba furioso la cabeza por el agujero y sufría rápida y desastrosa muerte.

Ingeniosos lo eran bastante los koniagas. Encendían lumbre cogiendo un arco y revolviendo de punta sobre una blanda y seca tabla un palo mucho más duro, que llevaba en su extremo inferior una boquilla de marfil ó hueso. Hacían de pedernal y de otras clases de piedra lámparas, martillos, cuñas, hachas, azuelas y otras herramientas. Labraban todo género de vasos y utensilios, y los embellecían, ya con grabados en hueco, ya con relieves, que eran frecuentemente grotescas representaciones de hombres, bestias y pájaros. Sabían todos sus pueblos esculpir; más no todos en iguales sustancias. En madera y en piedra esculpían con frecuencia los kuskoquimos; en piedra y marfil los agulmutos. Fabricaban todos además, y por cierto á piezas, imágenes de varios animales que por una hábil combinacion de cuerdas ponían en movimiento.

Las mujeres no trabajaban con ménos destreza que los hombres. Tundían pieles, hacían hermosas cestas y se distinguían por sus excelentes costuras y obras de punto. Cosían con agujas de hueso de ave y con hilo de nervios de ballena, y, al decir de Lisiansky, no con ménos perfeccion que nuestras más entendidas maestras. A su cargo corrían los trajes del marido y de los hijos; á su cargo tambien aforrar de intestinos ó de pieles la armazon de las barcas.

Las barcas de los koniagas se parecían á las de los esquimales: no diferían sinó en que era puntiaguda la proa y cuadrada la popa, cuando en las de los esquimales popa y proa remataban en punta.

Aunque poco inclinados á la guerra, no habían dejado los koniagas de hacer tambien progresos en la fabricacion y el manejo de las armas. Las puntas de sus flechas y sus lanzas eran generalmente de pedernal, y, al decir de un viajero español, de pedernal cortado con tanta delicadeza, que no habrían podido labrarlo mejor lapidarios de Europa. Algunas había de cobre que no estaban peor

trabajadas. Envenenábaselas por lo comun con cierta preparacion de acónito. Tomábase raices de esta planta, reducíaselas á polvo, mezclábaselas con agua y esperábase á que el líquido fermentase. Bastaba entónces mojar en él lanzas y flechas para que estuviesen emponzoñadas. Parecían los astiles hechos á torno. No era ésto, con todo, lo más notable sinó unos grandes escudos de madera, de un pié de espesor y doce de anchura, detrás de los cuales podían abrigarse de treinta á cuarenta soldados. Estaban compuestos de tres tablas de alerce sujetas por ramas de sauce.

En la guerra los koniagas no eran nada humanitarios. Prisionero que hacían ó le mataban inmediatamente, ó le atormentaban despues á fin de que los jóvenes, sabiendo que no habían de encontrar cuartel en sus enemigos, fuesen bravos hasta la muerte.

En la guerra como en la paz eran gobernados por aristócratas. Tenían una nobleza hereditaria en que residia toda autoridad y todo mando, una plebe sumisa y una clase de esclavos compuesta principalmente de mujeres y niños.

No carecian de sacerdotes. Llamábanlos shamanes y los estimaban en mucho. Eran allí tambien los shamanes, á la vez que sacerdotes, hechiceros, brujos y médicos. Disponían para el ejercicio de tan diversas funciones, cosa que no hemos visto en otros pueblos, de gran número de auxiliares, unos varones y otros hembras, unos ya maestros y otros discípulos, entre los cuales ocupaban el primer rango los que dirigían las fiestas públicas y enseñaban el baile á los niños. Decían poseídos y ganados por el espíritu del mal á los enfermos graves, y ponían todo su ahinco en arrojárselo del cuerpo. Armábanse al efecto del tambor mágico, colocábanse junto al paciente y murmugeaban sus conjuros entre el suspirar y el gruñir de una mujer que les asistía. De no conseguir su propósito, se echaban sobre el mismo enfermo; y, como si tuvieran entre sus manos al demonio, luchaban mientras no decían á grandes voces los concurrentes que lo habían visto salir del cuarto. Recibían paga sólo cuando obtenían completa victoria. [1]

Sobre la religion de que pudieran ser ministros esos shamanes hay escasas noticias. Los koniagas eran dualistas como los iroqueses. Tenían su espíritu del bien en Shljam Schoá y su espíritu del mal en Eyak; decian que Shljam Schoá había creado en el cielo dos personajes y enviádolos á la tierra dándoles por guía un cuervo que los alumbrara. Los dos personajes, añadían, hicieron aquí el mar, los ríos, las montañas y los bosques; á ellos se debe la isla de Kadiak, que tan pródigamente abastecieron. Hablaban, además, de innumerables genios: afirmaban que los había hasta en los cráteres de Alaska. Cuando ardía alguno

---

[1] Zagoskine, á quien parece haber seguido Bancroft, describe con bastante diversidad esta singular escena. Segun Zagoskine el que luchaba con el demonio no era el shaman sinó la mujer que le asistía; los que decian que el diablo había salido no eran los concurrentes sinó otros shamanes ó mágicos.

de aquellos volcanes, atribuian á los genios que allí moraban el hecho de estar encendiendo lumbre, bien para sus baños de vapor, bien para sus alimentos. Sólo con ofrendas á los shamanes entendían que se desarmaba la cólera de sus dioses. Los sacrificios de esclavos que algunos autores mencionan eran rarísimos. Grandes fiestas sagradas ignoro que las hubiese.

Aquí, sin embargo, refiere Bancroft una solemnidad religiosa que no debo pasar en silencio. En todos los pueblos de la costa, escribe, el día primero del año, se celebra un espectáculo que llaman la fiesta de la inmersion de las vejigas. A lo largo de la pared del casino, dentro del edificio, de una cuerda extendida en línea horizontal cuelgan más de cien vejigas fantásticamente pintadas que se extrajo de animales muertos con flecha. Junto á las vejigas hay cuatro aves de madera trabajadas á piezas y de tal modo dispuestas, que pueden ejecutar y ejecutan varios movimientos. Las cuatro aves son la zumacaya, la gaviota y dos perdices: la zumacaya agita sus alas y sacude la cabeza, la gaviota da con el pico en una tabla como si estuviera cazando peces, y las dos perdices se picotean. Alzase en medio del hogar un poste cubierto de paja. Hombres y mujeres danzan ante las efigies honrando á Jugjak ó Junc-Ak, el espíritu del Océano. Cada vez que cesa el baile, enciende uno de los espectadores un poco de paja, y á manera de incienso echa el humo á los pájaros y las vejigas. Se sumerge luego las vejigas en el mar y se da por concluida la fiesta. Qué origen, qué significacion, qué fin tuviesen esas ceremonias no creo que lo sepa nadie; yo para mí tengo que debieron empezar en tiempos anteriores á los de la Conquista y guardar relacion con la pesca, sobre todo la de las ballenas y las focas.

Tenían los koniagas otras fiestas, pero no de carácter religioso. Las celebraban, ya para honrar al año la memoria de los parientes que murieron, ya para enmendar injurias, ya para obsequiar á gentes de vecinos pueblos. Reducíanlas generalmente á banquetes y danzas, á danzas alguna vez acompañadas de simulacros y guerreros cantos. En ciertos bailes no permitían que tomaran parte los varones. En todos iban, si hombres, casi desnudos ó desnudos, extrañamente pintado el rostro y prendidas en el cabello más ó ménos gallardas plumas; si mujeres, con su mejor vestido y con todas sus galas. A veces los hombres llevaban en la mano derecha una lanza y en la izquerda un sonajero. El tamboril constituía de ordinario toda la orquesta.

Eran los koniagas amantes de la hospitalidad. A forastero que atravesase el umbral de su puerta no dejaban nunca de presentarle al punto una copa de agua fría ni de servirle despues abundancia de carne ó pescado. Tomaban á mal que no se lo comiera todo ó no se guardara por lo ménos las sobras. Regalábanle despues con un baño de vapor y un vaso de manteca derretida.

No eran ménos piadosos con los difuntos. Les vestían el mejor traje ó los envolvían cubiertos de musgo en una piel de foca, los tenian expuestos por algu-

nos días en el casino ó en la casa mortuoria, los sepultaban con herramientas y armas, y ponían sobre la tumba tablones y grandes piedras. El duelo era grande. Se retiraba adonde no la viesen la madre que había perdido á su hijo; cambiaba de tribu el cónyuge que había perdido á su cónyuge. Todo un año guardaban luto los amigos, y en todo el año no dejaban de llevar cortado el cabello y ennegrecida con hollin la cara. No se bañaban en los primeros cinco días, no trabajaban en los veinte. Con razon dice un autor que los koniagas parecían sentir más cariño por los muertos que por los vivos.

Considero inútil decir que eran supersticiosos. ¿Qué pueblo no lo es entre los cultos y mucho más entre los salvajes? Algunas supersticiones tenían, no obstante, los koniagas que no considero prudente relegar al olvido. Durante la estacion de la pesca vivían los que se dedicaban á la de las ballenas vida tan especial y suya, que no ofrecían de su plato á nadie ni permitían que nadie se les acercara. Concluida la estacion, escondían sus armas en los montes. Lo singular era que, cuando alguno moría, ó lo cortaban en menudas piezas y se las repartían, ó antes de llevarlo á enterrar en apartada cueva lo sumergían en una corriente y bebían del agua. Creían que con beber de esta agua adquirían fuerza y ventura, y, despues de haber restregado sobre el pedazo de cadáver la punta de su lanza, tenían en él un verdadero talisman. De tan absurdas creencias sí que sería difícil averiguar la razon y el orígen.

¿Serían los koniagas de más corto entendimiento que los demás pueblos bárbaros? Hemos visto ya sus adelantos en las artes. Segun Zagoskine, habían llegado á tener, aunque muy incompleta, una cronología: dividían en veinte meses desiguales el año. Conocían, además, algunas constelaciones y distinguían los planetas de las estrellas fijas.

Paso á la tercera rama de los hiperbóreos, á la de los aleutas ó aleutios, que, como dije, se extendía por la península Alaska y las numerosas islas del archipiélago Aleutiano. Dividíanse los aleutas en dos tribus que hablaban diferentes dialectos: la de los *unalaskas*, que ocupaban, además de la citada península, las islas Fox y Shumágin y la de los *atkhas*, moradores de las demás islas. Porque se las haya dado el nombre genérico de aleutas lo ignoro: dábanse ellos el de *Kagataya Koung'ns* que, segun parece, significa los hombres de Oriente. De aquí infiere Bancroft que son americanos de orígen; pero afirma D' Orbigny lo contrario. Los aleutas, segun este autor, saben por tradicion que sus antepasados vivieron al Occidente y fueron ganando de isla en isla las costas de América. La verdad es que así las tierras aleutianas como los aleutas pasan á los ojos de la mayor parte de los escritores como un puente entre la América y el Asia, el Nuevo y el Antiguo Mundo. Tal dice que los aleutas son una raza media entre los tártaros mongreles y los americanos del Norte; tal que entre los aleutas hay dos pueblos que vinieron de las opuestas playas de los dos continentes.

Eran y son los aleutas pequeños, nervudos, flacos, de negro y lácio cabello,

de vivos y penetrantes ojos, de nariz algun tanto chata, de salientes pómulos, de boca grande, de piernas enarcadas merced á las muchas horas que están en sus botes. Son toscos y sin garbo; pero robustos y capaces tanto de sufrir grandes fatigas como de sostener grandes cargas. No se distinguen poco de las circunvecinas gentes por la inteligente y benévola expresion de su fisonomía.

Cortábanse los varones el cabello desde la coronilla á la frente y se lo dejaban largo y suelto por la espalda desde el occipucio. Las hembras, por lo contrario, se lo recogían en la coronilla y se lo cortaban en la frente. Colgábanse aquellos de la ternilla de la nariz y del pulpejo de las orejas anillos generalmente de hueso: y éstas se adornaban muñecas y tobillos, ya con sartas de piedras de colores ó de ámbar, ya con ajorcas de piel de foca. Labrábanse además las mujeres el cuerpo, especialmente la barba y, se guarnecían con botones de hueso el lábio inferior, que se taladraban al efecto por distintas partes. Niega D' Orbigny que se pintasen la cara mujeres ni hombres; pero Bancroft lo afirma.

El traje era poco más ó ménos el de los koniagas. Vestían los varones pieles de ave y las hembras pieles de ciervo ó de rangífero embellecidas con cuentas y orlas. Lo característico aquí en los varones era el abrigo-adorno de la cabeza. Consistía en uno como yelmo de madera ó de cuero armado por delante de un largo reborde para defender los ojos contra la reflexion de los rayos del sol en el agua y la nieve. Llevaba por cimera una pequeña escultura y colgadas de su parte posterior barbas de leon marino. Adornábanlo todo con tiras de hueso y de caprichosas pinturas.

Los habitantes de la isla de Fox usaban en vez de este yelmo un gorro notable. Constituíalo una piel de pájaro con todas sus plumas. Estaban de tal manera distribuidos el pico, las alas y la cola, que daba al hombre que lo ceñía un tinte verdaderamente fantástico.

Vivían tambien esas gentes de Fox en moradas notables: en vastas excavaciones que medían de ciento á trescientos piés de longitud y de veinte á treinta de anchura y estaban divididas por numerosos postes en multitud de compartimientos. Se bajaba por escaleras de mano á esos lóbregos subterráneos, donde tal vez se alojaban trescientos hombres. No había en ellas hogar: no había más luz ni más fuego de los que daba una série de lámparas de piedra.

Los demás aleutas construían sus casas á la manera de los koniagas. La tienda de verano la tenían donde quiera que estuviesen con volver boca abajo su canoa.

Residían en tierras estériles atormentadas por terremotos y erupciones volcánicas, y sin el mar no habrían podido fácilmente cubrir las necesidades de la vida. Iban tambien á caza de la foca, la ballena y la nutria; y de la carne cruda y la manteca de esos animales se alimentaban principalmente. Ayudábanse con tender redes á los pájaros y los pequeños peces y recojer los escasos frutos que los árboles les daban; pero sufrían terribles hambres. Sabian por su fortuna sobre-

llevarlas con resignacion y calma: ni siquiera pensaban hoy en prevenir la de mañana. ¿Despues de largos días de privaciones acertaban á coger una ballena? Reuníanse todos en la playa y la comían sin dejar más que los huesos. No los habría dicho nadie hambrientos ni en ayunas al verlos esperar tranquilamente sentados la racion que pudiera corresponderles.

Sufridos lo eran los aleutas como ningun otro pueblo. Catorce y más horas pasaban en sus botes sin punto de reposo; larguísimas jornadas hacían por tierra vacío tal vez el estómago. No exhalaban un ¡ay! por dolores agudos que padeciesen; no proferían una queja ni aun cuando tras las fatigas de la caza ó de la pesca hubiesen de tomar por suave y regalado lecho la dura tierra. Gustaban poco del trabajo; pero, como lo tomasen á pechos, aventajaban al más laborioso en paciencia y energía. Hacían entónces mucho más de lo que nadie habría podido esperar de tan perezosas almas.

Eran tambien callados. Hablaban solo cuando la necesidad lo exigía ó deseaban referir á los mozos las creencias ó las tradiciones de su pátria. Durante ciertas épocas consumían horas y horas en contemplar silenciosos el desierto Océano. Habían cerrado con su mucho callar el paso á las contiendas y las disputas: un misionero ruso que pasó allí diez años asegura que en todo este tiempo no ocurrió una sola lucha entre dos indígenas. No vaya con todo á creerse que estuvieran exentos de pasiones: cuando las sentían, eran más temibles que los pueblos agitados y turbulentos.

Estaban allí frecuentemente en guerra unas islas con otras: daba orígen á incesantes discordias civiles la idea de que la sangre se borraba sólo con sangre. Pretendía siempre una de las islas ejercer sobre las demás cierta supremacía; y de aquí las guerras. Quería cada tribu vengar á sus víctimas; y de aquí los combates de tribu á tribu. Cuando el Descubrimiento eran los isleños de Unimak los verdaderos señores del Archipiélago.

Las armas ofensivas de los aleutas eran la flecha, el dardo, el arpon, la lanza y un cuchillo de doce pulgadas de largo, ya de uno, ya de dos filos. La hoja del cuchillo era toda de piedra; la punta de las demás armas, de piedra ó de hueso. Una cota de juncos bastante á cubrir todo el cuerpo y un escudo de madera constituían las armas defensivas.

Servía parte de esas armas lo mismo para la caza que para la guerra. Como los koniagas y los esquimales, con flechas mataban los aleutas las nutrias; con arpones, las focas y las ballenas; con lanzas, muchos peces. Para la pesca usaban, además, la red y el anzuelo. Con una red puesta en la punta de un palo cazaban los pájaros. Una trampa habían ideado para coger el oso que no dejaba de revelar ingenio. Consistía en una tabla de dos piés de espesor y cuatro de superficie, de que salían largos y afiladísimos clavos de hueso á modo de arpones. Colocábanla en la senda por donde solía pasar la fiera, cubríanla de polvo y se ponian al acecho detrás de unos matorrales ó de unas peñas. Venía el oso y

al sentir clavados uno ó dos de sus piés y en la imposibilidad de levantarlos quería ayudarse con los otros y tambien se los clavaba. Revolcábase lleno de furor, y moría á manos de los cazadores.

Ingenio lo demostraban los aleutas en muchos de sus actos. Encendían fuego valiéndose del azufre, que tan abundantemente encontraban cerca de sus volcanes. Restregaban con él dos trozos de cuarzo y los golpeaban sobre un monton de yerba seca: ardía la yerba á la llamarada que la percusion producía. Hacían de piedra, hueso ó madera toda clase de utensilios; de yerba y raíces de árboles, esteras y cestos; de picos de ave, sonajeros; de bien curtidas pieles, tambores y tamboriles. Esculpían, aunque no tan bien como los koniagas. De huesos de ala de gaviota se fabricaban las mujeres por su parte finas y largas agujas; de nervios de diferentes animales, hilos y cuerdas. Suplían la cola hembras y varones con la sangre de sus narices. Se las hacían al efecto sangrar cuando les convenía.

De las diversiones ignoro si conocían más que la pantomima y la danza. En cambio por la danza eran tan apasionados, que hombres y mujeres salían bailando á recibir al extranjero que venía á hospedarse en su casa. Le servían de que comiera, y le regalaban de noche con otro sarao, donde todos estaban desnudos. Prolongábanlo hasta caerse de puro rendidos. No le dejaban luégo que no le ofrecieran ó su mujer ó su esclava. Constituía la danza sus mismas fiestas religiosas. En una que se celebraba el mes de Diciembre bailaban á la luz de la luna las mujeres de cada pueblo con exclusion de los hombres. Aquí las mujeres iban tambien desnudas; el hombre que se atrevía á tomar parte en la fiesta pagaba con la vida. No eran en realidad sinó danzas las pantomimas, por las que aquellas gentes representaban sus mitos, sus leyendas y hasta sus cacerías. Quien hacía de Dios, quien de genio y quien de diablo; quien de cazador y quien de pájaro ó de ciervo; pero todos bailando.

Reconocían los aleutas, segun D' Orbigny, un Dios creador de cielo y tierra. No le tributaban culto de ningun género, tanto porque entendían que no se mezclaba en las cosas de este mundo, como porque creían que la adoracion del Supremo Espíritu era propia sólo de los buenos y los malos genios. No lo tributaban sinó á los astros, y aun á estos porque los temían. Ciega el sol, decían, á los que no lo adoran; mata la luna á pedradas á los que la desprecian; los que hablan mal de las estrellas viven obligados á contarlas. Templos, altares ni ídolos no los tenían los aleutas; pero sí lugares sagrados, tal vez una colina, tal vez una roca. Allí se dirigían en determinadas épocas los hombres y con misteriosos ritos deponían á título de ofrenda, ya pieles de fieras, ya plumas de aves acuáticas. No podían hacer otro tanto ni mujeres ni mancebos sin exponerse á enfermedades que los mataran ó los pusieran locos.

Tenían tambien los aleutas sus Dioses Manes. Creían que las almas y las sombras de los muertos volvían invisibles al seno de sus familias y les daban

proteccion y apoyo en las vicisitudes de la vida; así que no solo les rendían culto sinó que tambien las invocaban en todas sus desventuras y peligros, máxime cuando emprendían guerras para vengar ultrajes inferidos á sus parientes. Para con esas divinidades no necesitaban de intercesores; para con las demás se valían de sacerdotes como los demás pueblos.

El sacerdote entre los aleutas ejercía las mismas funciones que entre los koniagas. Se interponía entre los espíritus y el hombre, y procuraba la curacion de los enfermos; no asistía ni á las bodas para bendecirlas ni á los entierros para consagrarlos. Ni gozaba de gran favor en el pueblo: vivía y moría pobre, cuando no en la mayor miseria.

Supersticiones ¿cómo no las habían de tener los aleutas? Usaban talismanes de todo género y creían segura la victoria, si partían á la guerra ceñidos de yerbas marinas trenzadas con nudos mágicos. Seguros se decían tambien de coger abundante caza, si acertaban á llevar consigo la piedra *tchimkieh* que muy de tarde en tarde les arrojaba el mar á la costa. Con arpones untados de grasa de hombre salían á la pesca de la ballena convencidos igualmente de que no podían errar tiro. Creían por lo contrario que habían de llevar en todo mala suerte si por acaso les era infiel la mujer ó perdía su hermana la flor de la virginidad y la pureza.

¿Significaría esto mayor moralidad en los aleutas que en los koniagas? La poligamia y la poliandría eran comunes á los dos pueblos. Podían las mujeres tomar dos maridos, y los hombres tantas mujeres como su fortuna les permitía. Si ordinariamente no tomaban muchas, debe atribuirse á lo muy caros que resultaban los gajes de boda. Se había de hacer regalos á todos los parientes de la novia, que en naciones salvajes no podían ménos de ser numerosos.

La moralidad de los aleutas en este punto era ménor que la de los koniagas. Cambiaban los aleutas entre sí las mujeres como habrían podido cambiar los dijes. Las despedían luégo que á sus ojos habían perdido la hermosura ó la gracia que tal vez les dieran ántes los pocos años. Aunque no tanto como los koniagas, eran por fin sodomíticos. ¡Que sea siempre la lujuria el vicio capital de los pueblos!

Aunque electivos, tenían ya autoridades los aleutas. Había un jefe en cada pequeña isla y tantos como pagos en las grandes. No gozaban verdaderamente de gran poder, puesto que apénas servían más que para decidir contiendas y litigios; pero revelaban adelanto en la constitucion política. Se los eximía de todo trabajo y se les daba servidores que en sus canoas anduviesen al remo. Había aquí por lo ménos un principio de organizacion, cosa que no vimos ni en los koniagas ni en los esquimales.

Es muy posible que hubiese tambien clases entre los aleutas. No podían dedicarse á la pesca de la ballena sinó determinadas familias: pasaba la profesion de padres á hijos.

Había en aquellas gentes diferencias entre ricos y pobres. Lo revela claramente el diverso modo de enterrar á los muertos. Se enterraba los cadáveres de los pobres en oscuras fosas; quedaban los de los ricos al aire libre, vestidos con su mejor traje, puestos en ataudes pintados de brillantes colores. Nada ménos que durante un mes se guardaba en el hogar el cuerpo de los ricos. Se lo embalsamaba á los quince días, y otros quince días despues se lo llevaba al sitio de su eterno descanso. El duelo era igual en todas las familias. Las viudas debían en todas pasar á casa ó por lo ménos aposento aparte. Se las consideraba impuras en tanto que no concluía el mes de luto.

Constituian la cuarta rama de los hiperbóreos los thlinkites, conocidos por los aleutas con el nombre de *kalugas* y por los rusos con el de *koloscheś*. Extendíanse, como se dijo, de las riberas del Atna á las del Nasse y, segun Holmberg, hasta las del Columbia. Divídelos Bancroft en las siguientes naciones: los *ugalenses*, que viven orillas del mar entre el monte San Elías y el rio Cópper; los *yakutats*, que ocupan la bahía de Béring; los *chilkats* que, tienen el canal de Lynn por morada; los *hudnids* (hoodnids), que miran al estrecho de la Cruz; los *hudsinus* (hoodsinoos), que están en el de Cháthám; los *takus* (takoos), los *auks*, los *kakas*, los *sitkas*, los *estikines* y los *túngass*, habitantes de la costa y las islas que van desde el estrecho de Cháthám hasta la entrada del de Vankouver. Los sitkas de la isla Baranoff son hoy, parece, la tribu ó la nacion dominante.

En los thlinkites empezaba por decirlo así otra raza. Tenían mejores formas los hombres, y máspudor y belleza las mujeres. Eran las mujeres realmente hermosas y lo habrían parecido mucho más á no haberse empeñado como nadie en corregir la obra de la naturaleza. Ignoro si recordará el lector las muchas aberraciones que sobre este punto vimos en la América del Mediodía; las dejaron atrás las thlinquites en la manera de adornar sus labios. En llegando á la pubertad, como á media pulgada de la boca, se les hacía en el labio inferior una cortadura horizontal, donde se les introducía un alambre de cobre ó una pieza de concha ó de madera que impidiese la union de los bordes de la herida. Para que esta abertura fuese dilatándose hasta los apetecidos límites se empleaba de tiempo en tiempo una más larga pieza de concha ó un más largo alambre. Ya matrona la mujer, cambiábalos por un bruñido óvalo de madera, cóncavo en las orillas y acanalado como rueda de garrucha en el canto, que media sobre seis líneas de espesor, de dos á seis pulgadas de longitud y de dos á cuatro de anchura. Calcúlese, puesta la rodaja, cuanto no había de subir el labio y, quitada, cuanto no había de caer dejando al descubierto los dientes. ¡Que hayan podido tomar cuerpo en la humanidad tan raras costumbres! Tan arraigada encontraron ésta los europeos, que á toda mujer se le cubría de vergüenza el rostro, si la obligaban á prescindir de tan extraño adorno.

Eran fastuosos en aquellas islas y costas lo mismo los varones que las hembras. Vestían unos y otras un gaban de piel con mangas que los cubría de los

hombros á las rodillas. Ceñíanselo á las caderas con uno como zagalejo las mujeres, y con cinturon y mandil los hombres. La piel era de lobo, de ciervo, de oso y tambien de otros animales. Sobre el gaban se ponían todos, particularmente los hombres, un manto de lana blanco, embellecido con franjas y bordados, que les bajaba á los talones. Llevaban ordinariamente los hombres desnuda la cabeza; pero hombres y mujeres tenían sombreros en forma de cono truncado en que había pinturas de varios colores. Usaban además los hombres para la guerra máscaras de madera ingeniosamente esculpidas, que encajaban sobre una especie de gola. Proponíanse á lo que parece infundir con ellas terror á sus enemigos. Representaban generalmente las máscaras cabezas de fiera ó de seres fantásticos. Los thlinkites de hoy las llevan tambien en sus fiestas.

Describe Vancouver el traje de un caudillo del canal de Lynn y dice: «La parte exterior del traje la constituía un rico y ámplio manto de finísima lana con listas, franjas y borlas de diferentes colores; el tocado, una especie de corona de madera con brillantes planchas de cobre y bronce, de la que colgaban flámulas de lana y pieles, tambien de colores, terminadas por una piel entera de armiño. Presentaba todo gran magnificencia y revelaba un gusto que no era de esperar de los toscos indígenas de aquellas regiones.»

Considero inútil decir que completaban el vestido de aquellos hombres zapatos y botines de cuero.

En sus habitaciones los thlinkites diferían notablemente de los pueblos más al Norte. Construíanlas al nivel de la tierra, y con tan recios tablones, que les daban más aire de fortaleza que de casa. Hacíanlas cuadradas ó por lo ménos cuadrangulares, altas de seis á ocho piés, con techos de palo cubiertos de cortezas de árbol, cuyo ángulo no bajaba de cuarenta y cinco grados. Rodeábanlas casi todas de otras más reducidas, que servían, ya de almacen, ya de gabinete, ya de baño. En medio de la principal colocaban el hogar, y en el techo dejaban un enorme hueco para el escape del humo.

Eran portátiles sus tiendas de verano. Componíanse de unos postes capaces de sostener un lijerísimo techo. Se las cubría ó con pieles ó con ramas ó cortezas de árbol. Cortezas de árbol ó pieles cerraban tambien la puerta. Alojábanse en cada tienda de veinte á treinta hombres bajo la direccion de un jefe.

Alimentábanse los thlinkites principalmente de lo que les dejaban en la costa las bajas mareas. A excepcion de los yakutats, aborrecían segun Holmberg, la carne de la ballena tanto como los judíos la del cerdo. Comían en cambio el puerco marino, y de la misma ballena bebían el aceite. Perseguían á los animales de tierra, pero más á los del Océano. En verano hacían para el invierno gran provision de arenques, huevas y carnes. Mezclada con sal, mascaban además cierta planta, como los quichuas la coca. Codiciaban en general los vegetales.

No estaban por los alimentos crudos: cocíanlos en cestas de apretados mimbres

por donde no podía pasar el agua. Esta la hacían hervir por medio de piedras enrojecidas al fuego.

Por esos artefactos de mimbre revelaban ya lo ingeniosos que eran. De algas marinas hacían sus telas; de barro, su vajilla y sus molduras de piedra y cobre, sus collares, sortijas y brazaletes. Hilaban y tejían la lana. Esculpían y pintaban mucho mejor que los koniagas y los aleutas. Llenaban los frentes de sus casas y aun los de sus canoas de figuras que representaban el rostro humano ó la cabeza de seres del mar y del aire. Fabricaban ya canoas de madera: las más cortas de quince piés y las más largas de cincuenta y setenta; anchas todas de treinta á treinta y seis pulgadas; por la popa como por la proa rematadas en punta. Las sacaban de troncos de árboles que vaciaban ablandándolos con agua hirviendo. Las movían por remos de pala con puño como el de las muletas. Cuidábanlas con grande esmero: no desembarcaban que no las pusiesen fuera del alcance de las mareas y no las reparasen, en el caso de haber sufrido averías.

Eran tambien diestros en la fabricacion de sus armas. Disponían de muchas para la guerra. Usaban la flecha y el arco, lanzas de seis á ocho varas de longitud con punta de cobre ó de madera endurecida al fuego, hachas de pedernal y tambien de una piedra verde de finísimo corte, cuchillos puntiagudos por los dos extremos, los capacetes que llevo descritos, petos de madera, cotas á prueba de toda clase de tiro, compuestas de tablillas que se ajustaban con cuerdas al cuerpo como se ajustan el corsé nuestras damas. A todas sus armas preferían el cuchillo de dos puntas: llevábanlo siempre colgado del cuello por una correa, y se creían poco ménos que invencibles cuando lo blandían en sus combates. Tenía ese cuchillo el mango más cerca del uno que del otro extremo: venía á ser en realidad de dos hojas, una más corta, otra más larga. Era verdaderamente arma terrible.

No hacían los thlinkites herramientas de peor género. Con un palo que terminaba por cuatro ó cinco puntas de hueso sacudían los cardumes de arenques; daban á veces al mismo instrumento la forma de un rastrillo y con él ensartaban multitud de peces de diversos tamaños. Conocían el sedal y el anzuelo, especialmente los sitkas. Ponían líneas de estacas á lo ancho de los ríos para facilitarse abundante pesca.

En lo social y lo político estaban aun más adelantados que los aleutas. Como los iroqueses, estaban divididos en clanes; como los iroqueses, habían de buscar en clan ajeno la compañera de sus días. Esos clanes eran dos: el del Cuervo y el el del Lobo: pero se subdividían en otros muchos. El del Cuervo comprendía los de la Rana, el Ganso, el Leon Marino, el Salmon y la Lechuza; el del Lobo los del Aguila, el Delfin, el Oso, el Tiburon y al Alce. No llevaban los thlinkites como los iroqueses grabada la divisa de su clan en el cuerpo; pero sí en sus vestidos, en sus escudos, en sus canoas y hasta en sus remos. Pintábanlo tambien en el frente de sus casas y en el de sus tiendas. No cabía dentro de un mismo

clan guerra de ningun género: las tribus todas de un clan debían concurrir á vengar los ataques que de otro recibiera la de ménos importancia.

Existía por otra parte entre los thlinkites, como entre los aleutas, una aristocracia de sangre, de la que salían todos los jefes, aun siendo, como eran, electivos. Jefes los había en todas las tribus: unos con más autoridad, otros con ménos, segun sus prendas y su especial carácter. No gozaban algunos de verdadero poder, y otros ejercían sobre sus electores verdadero despotismo.

Otra clase había aun entre los thlinkites, la de los esclavos. Los esclavos, aquí como en la antigua Roma, eran, no hombres, sinó cosas. Carecían de todo derecho: no podían ni adquirir ni casarse. En cambio el dueño tenía la facultad de matarlos por inútiles y escoger en vida los que le hubiesen de seguir al sepulcro. Servidumbre durísima, que sufrían casi todos los prisioneros de guerra y sus descendientes. Llegaron á constituir los esclavos el tercio de la poblacion aun despues del Descubrimiento.

En la guerra, no obstante, habían dado aquellas naciones un paso importantísimo. Resolvían por un duelo, no solamente las contiendas particulares, sinó tambien las que se promovían entre dos pequeñas tribus. Elegía cada tribu su campeon; y los dos combatientes peleaban cuchillo en mano á presencia de los dos ejércitos. Las demás cuestiones las decidían los thlinkites, como los otros pueblos, por medio de batallas. Armábanse entónces de todas armas, pintábanse el rostro, salpicábanse el cabello con polvos encarnados y salían de sus villas sedientos de sangre. Procuraban siempre establecer su campo en posiciones ventajosas, y no dejaban de mirar nunca por la seguridad de sus mujeres. Atacaban al enemigo en viéndole; y, si vencían, se dice que devoraban los cadáveres de los más bravos creyendo que habían de hacer así más brava su propia naturaleza.

Es ahora de notar el respeto que á la mujer tenían. Con ser lícita la poligamia, eran pocos los que tomaban más de una esposa. En las crísis, ya de familia, ya de tribu, oían á las ancianas no ménos que á los ancianos; tal vez con preferencia, porque en ellas veían seres más sobrenaturales que humanos. De qué dependiera este hecho no es fácil decidirlo: quizá de que la mujer fuese allí casta ó de más cáracter y entendimiento.

Antes de alcanzar este respeto pasaba la mujer por una dolorosa prueba. Al hacerse núbil, se la consideraba impura hasta el punto de creerse que participaban de su impureza las aguas en que fijaba los ojos y el sol que la alumbraba. Debia entónces retirarse de su casa y de su pueblo y vivir largo tiempo, á veces todo un año, en una estrecha y oscura caverna, donde apénas podía moverse y se revolcaba en su propia inmundicia. No la visitaba allí sinó la madre; y aun ésta, porque con verla y procurarle el sustento se entendía que se contaminaba, había de resignarse á vivir tambien vida aparte en campo ó bosque. Calcúlese qué no había de sufrir la infortunada vírgen, máxime cuando por aquel tiempo se le hacía en el lábio la incision de que antes dije. Si acertaba á ser hija de pa-

dres ricos, vestía al salir de tan dura cárcel nuevo traje y daba motivo á un gran banquete: no recibía por de pronto más recompensa.

Cuando esta mujer se casaba, sufría nuevas privaciones. Ayunaba dos días con su marido, comía parcamente al tercero y en los cuarto y quinto repetía el ayuno. Sólo entónces podía juntarse con su esposo y, sólo cuatro semanas despues conocer los secretos del matrimonio. Volvía á vivir por diez días separada de la familia al tener hijos.

Estas costumbres raras en Europa, distaban de ser singulares en América. Recuerde el lector que las vimos, si no iguales, parecidas, en los yuracarés, en muchos otros pueblos de la América del Mediodía y aun en algunos de la del Norte.

Daban las madres sus pechos á los hijos de doce á treinta meses. Les vaciaban el estómago luego de nacidos; y, ya que los destetaban, los sumergían diariamente en el mar lo mismo en invierno que en verano. Lo más terrible era que no los tocaban ni los mudaban miéntras los tenían en la cuna permitiendo que se les ensuciaran y llagaran las carnes.

Recibían generalmente los niños dos nombres, uno del padre y otro de la madre; solía el padre cambiar el suyo por el del hijo, siempre que el del hijo se hacía más famoso.

Eran á la verdad los thlinkites dignos de atento exámen. Recordaban, no sólo en la purificacion de sus mujeres, sinó tambien en otras muchas costumbres á pueblos salvajes de muy distintas zonas y presentaban una rara mezcla de cultura y barbarie. Vivían con mucha regularidad en la estacion de la pesca. Al romper del alba salían al mar en sus botes, y no regresaban hasta el medio-día. Desayunábanse y no volvían á probar alimento hasta el caer de la tarde. Repartían con bastante igualdad entre la mujer y el marido las cargas de la familia. Eran aficionados al baile, pero más á la música: por lo ménos dos veces al día cantaban á coro. Divertíanse en juegos de suerte como los dacotas. Profesaban una religion parecida en algo á la de los demás hiperbóreos; pero demasiado original para relegarla al olvido.

El mundo, segun los thlinkites era al principio un caos. Con movimiento y vida no contenía sinó un enorme cuervo, por nombre *Yehl*. Yehl con sus grandes alas sacudió las confusas nieblas, hizo retroceder las aguas y dejó parecer la tierra.

Poblaron la tierra los thlinkites, no se sabe cómo ni cuándo. Se sabe sólo que la ocuparon antes que alumbrara los espacios el sol y la luna.

En aquella oscura edad cierto varon tenía una hermana y una mujer de la que estaba celoso. No iba nunca al bosque á fabricar canoas que no la dejase bajo la vigilancia de ocho *kuns*, pájaros de rojas plumas. Para mayor seguridad la encerraba en una especie de jaula. Se hizo más celoso viendo que su hermana, con ser viuda, daba á luz hermosos hijos que rápidamente se hacían hom-

bres. Sedujo uno tras otro á los sobrinos para que fueran con él de pesca, y los fué sepultando en el Océano.

Desolada la madre, lloraba en la ribera á sus hijos, cuando le dijo un delfin, compadeciéndola, que se tragara una pequeña guija y bebiera del mar un poco de agua. Lo hizo, y á los ocho meses tuvo un niño que con el tiempo fué poderoso cazador y grande arquero.

Este niño era el mismo Yehl, que había tomado humana forma. Sus hechos y travesuras fueron por demás notables.

Vió un día al pájaro *Kutzghatushl*, de larga cola y refulgente pico, lo mató de un flechazo, lo desolló y guardó la piel para, vistiéndola cuando quisiese, volar adonde le conviniera.

Quiso á poco Yehl vengar á sus hermanos, y empezó por abrir la jaula en que estaba su tía. Súpolo al punto el marido por los ocho pájaros de encarnadas plumas, y se fué precipitadamente á su casa. Más amigo de la astucia que de la fuerza, ocultó sus negros designios, saludando con afabilidad al mancebo y convidándole á dar un paseo por mar en su canoa. Ya que le tuvo léjos de la costa, le arrojó de la barca, le dejó en lucha con las olas y se apresuró á tomar tierra. Libre se creía ya de su enemigo; pero le vió á poco en su casa y no pudo contener ni el ímpetu de su cólera, ni la rabia de sus celos. Pidió con terribles imprecaciones un diluvio, importándole poco vivir siempre que su rival muriera.

Vinieron aguas sobre aguas hasta cubrir valles y montañas; pero mataron al tio y no al sobrino. Yehl, revistiéndose de la piel de Kutzghatushl, remontó el vuelo hasta dar con el pico en las nubes, y allí estuvo miéntras no quedaron secas las llanuras. Salvaronse, á lo que parece, otros hombres en cierta casa que flotó sobre las aguas y fué á estrellarse y á partirse en dos contra un peñasco.

A todo ésto continuaba sumergido el mundo en las tinieblas. Supo Yehl encerrada la luz en tres cajas que un anciano jefe guardaba como el mejor tesoro, y se propuso adquirirla haciéndose nieto del avaro magnate, que tenía una hermosa hija. Convirtiose al intento en hoja de césped, introdújose en un vaso de agua y entró en el cuerpo de la casta vírgen. Por segunda vez nació de mujer, y ahora con tan buena suerte, que cautivó desde luego el amor del abuelo. Ni pedía cosa que no se le diese ni hacía diablura que no se le perdonase. Se puso un día á llorar, á gritar, á patear, á revolver la casa toda, y exigió una y otra vez que se le diera una de las cajas. Recibiola al fin del condescendiente viejo, que creyó verdaderos los arrebatos del niño y temió las consecuencias. Se calmó salió al patio, forzó la caja, logró abrirla, y vió al instante poblado de estrellas el cielo. Hasta derramó lágrimas el abuelo al saber perdidas sus estrellas. No se atrevió, sin embargo, á castigar ni á reprender al nieto, y hubo de entregarle hoy la caja del sol, mañana la de la luna.

Yehl, en cuanto cogió la del sol, tomó de nuevo las formas del cuervo y voló

al firmamento con tan preciada joya. Puso allí por su medio al brillante astro para que eternamente alumbrara la tierra. Por de pronto el sol más bien espantó que alegró á los hombres, tanto, que muchos se escondieron en las montañas, los bosques y los ríos, y se transformaron en animales de distintas razas.

El mismo Yehl proporcionó el fuego á los thlinkites. Voló á una isla del Océano donde lo supo escondido, y volvió á las costas orientales del Pacífico llevando un tizon en la boca. Larga la travesía, se le fué quemando el tizon y hasta parte del pico; más, al llegar á la playa, soltó el rescoldo esparciendo chispas aquí sobre leños, allí sobre piedras. Dió con ésto á las piedras la facultad de dar fuego por la percusion y á la madera la de darlo por el roce.

Recibieron de Yehl los thlinkites hasta el agua viva. Pero aquí entra en batalla otro personaje no ménos misterioso ni ménos grande. El agua viva estaba toda en un manantial de cierta isla al Oriente de Sitka. Poseíalo *Khanukh*, que para mejor custodiarlo habia construído sobre él su choza. Salió Yehl para la isla en su lijero bote, y en el camino encontró al guardador, que andaba al remo en otra barca. Habló Khanukh el primero y dijo á Yehl : ¿cuánto ha que vives en el mundo? Antes que viniera el mundo á su lugar ya estaba yo allí, contestó Yehl con orgullo. Y ¿tú? preguntó á su vez Yehl á Khanukh. Yo, replicó Khanukh, desde que salió de abajo el hígado. Más viejo eres que yo, repuso Yehl, con mucha ménos soberbia.

En esto Khanukh para muestra de su poder se quitó el sombrero, y surgieron al punto nieblas que dejaron sumido á Yehl en la oscuridad más profunda. Espantado Yehl, llamó á Khanukh, pero no obtuvo respuesta. Allí fué el llorar y el gemir de Yehl por no encontrar quien le ayudara. Compadecido Khanukh, se puso el sombrero, y se desvanecieron las nieblas.

Khanukh ofreció despues su casa á Yehl, y en ella le agasajó con agua fresca despues de haberle dado manjares á cual más esquisitos y suculentos. De sobremesa Yehl, quiso pagar el hospedaje refiriendo la interminable historia de sus aventuras. Tan á lo larga la refirió, que Khanukh se quedó al fin dormido, pero ¡oh dolor! dormido sobre la tapadera de la fuente.

No por esto Yehl abandonó su proposito. Puso excrementos debajo de Khanukh, y no pudiendo Khanukh sufrirse á sí mismo, corrió al mar á bañarse. Yehl entónces aprovechando la coyuntura, se convirtió nuevamente en cuervo, abrió el manantial, se llenó de agua hasta el pico y echó á volar por la chimenea. No pudo desgraciamente atravesarla por lo estrecha, y hubo de sufrir una larga chamusquina que le dejó para siempre negras sus hasta aquel tiempo blancas plumas. Khanukh, al volver á su casa y verle, encendió con la mayor calma una grande hoguera y se entretuvo en contemplar sentado como aleteaba y forcejaba por salir el enorme cuervo.

Afortunadamente Khanukh volvió á dormirse. Escapó Yehl por la puerta, regresó al continente y por donde quiera que pasó fué derramando gota á gota el

agua que tenia en el buche. Donde dejó caer gotas pequeñas, surgieron arroyos y riachuelos; donde grandes, caudalosos ríos y espaciosos lagos.

Segun luchan esos dos personajes no parecen sinó el Ormaz y el Ahriman de los antiguos Parsis. Yehl es el génio del Bien, que todo lo intenta y aventura por la felicidad del hombre; Khanukh, el espíritu del Egoismo, que no deja que el agua corra y fecunde la tierra. ¿Mas los consideraban así los thlinkites? Yo no lo puedo creer viendo que estaban, como escribí, divididos en dos poderosos clanes y atribuían á Yehl el orígen del clan del Cuervo y á Khanukh el del clan del Lobo. Por los datos hasta aquí recogidos no cabe verdaderamente decidir que relacion de antigüedad, ni de poder, ni de fines mediase entre los dos seres dentro de tan rara mitología.

Dicen de Yehl los thlinkites que, despues de haber hecho por la humanidad todo el bien que pudo, se retiró á las fuentes del Nass, de donde les traen á veces noticias los vientos de Oriente, pero dejando de madre desconocida un hijo de su mismo nombre, que no mira ménos por la ventura de los pueblos. Le toman por modelo y repiten á porfía: vivid como Yehl vivió; haced como Yehl hizo.

Tenían los thlinkites en su panteon otros héroes: *Chetl* y *Ahgishanakhou*, un hermano y una hermana, que creyeron necesario separarse cuando el Diluvio. Hermana, dijo Chetl al partir, no volverás á verme, pero me oirás mientras viva. Vistiose la piel de un gran pájaro, y voló al punto hácia el Sudoeste. Subió Ahgishanakhou á la cumbre de Edgecomb, cerca de Sitka, y fué devorada por el monte, que, al tragarla, dejó abierta la boca de un cráter. Chetl es desde entónces el rayo y Ahgishanakhou la mujer que guarda cuidadosamente el pilar en que descansa la tierra. Mueve Chetl de vez en cuando los ojos y despide relámpagos; agita sus tremendas alas y produce el trueno; y lleva su rumor y su luz á las profundidades de Edgecomb, para que su hermana le vea y le oiga. Es imponderable la fuerza que á ese Chetl atribuían los thlinkites: le pintaban arrebatando y engulléndose con la mayor facilidad una ballena.

Hablaban, además, aquellos pobres bárbaros de cierto mundo de los espíritus. Llamábanlos *yek* y los dividían en *kiyeks*, *takiyeks* y *tekiyeks* ó, lo que es lo mismo, espíritus del cielo, espíritus de la tierra y espíritus de los mares. Eran los kiyeks las almas de los que habían muerto en combate: vivían al Norte, allí donde la aurora boreal, presagio de guerra, brillaba reflejando las luces que alumbraban los bailes de las tribus. Los takiyeks y los tekiyeks eran por lo contrario las almas de los que habían fallecido sosegadamente: vivían todos en *Takankou*, el centro de la tierra. El camino de Takankou estaba siempre reblandecido por las lágrimas de los parientes de los muertos: se hacía pantanoso é intransitable, si se empeñaban los parientes en prolongar mucho sus llantos.

De todos esos espíritus sólo los kiyeks se decía que estaban fuera del alcance de los shamanes. Los demás se aseguraba que obedecían á los conjuros de estos

sacerdotes, á quienes se presentaban en figura de animales de mar ó tierra y revelaban lo pasado y lo futuro. Añadíase que se prestaban todos á ser genios tutelares de las familias de los vivos.

No todas las almas, sin embargo, subían ni bajaban, segun los thlinkites, á las regiones de los espíritus. Las había que al abandonar el cuerpo se entraban en el de sus parientes, á fin de dar vida á ya concebidos fetos. Metíanse otras con el mismo intento en el útero de mujeres extrañas. Creíanlo tan firmemente los thlinkites, que al ver parecido un vivo á un muerto, le suponían reencarnacion del muerto mismo y le cambiaban el nombre por el que éste llevara en vida.

Idolos, templos, altares, culto, no se sabe que los tuvieran los thlinkites. Sus shamanes, como los angakoks de Groenlandia, eran más bien magos que sacerdotes. Gozaban de gran prestigio, pero no de tanto, que los pusiera á cubierto de terribles venganzas por la muerte de enfermos ó de otras víctimas.

Aunque ordinariamente era el cargo de shaman hereditario, no se lo obtenía sinó sometiéndose á duras pruebas. Debía empezar el pretendiente por retirarse á bosque ó montaña desiertos y tomar por toda comida raices del *panax horridum* hasta que le visitasen los espíritus. Si le visitaban, cosa que por lo comun no acontecía hasta las dos ó tres semanas de tan riguroso ayuno, le había de enviar el jefe de los yeks una nutria de río, animal en cuya lengua se suponía encerrados todo el poder y todos los secretos de la magia. Debía el néofito mirar cara á cara al misterioso anfibio, y por cuatro veces, cada una en diverso tono, pronunciar la sílaba *¡oh!*, única ante la cual la nutria caía sacando la lengua. Cortada ésta, había de guardarla al instante en lugar oculto, para que viéndola gentes profanas no perdiesen el juício. Debía no sólo cortar á la nutria la lengua sinó tambien arrancarle la piel, signo y símbolo del cargo.

Sucedía no pocas veces que el aspirante no recibía en tres ni en cuatro semanas la visita de los espíritus. Había de ir entonces á la tumba de otro shaman y velarla de noche llevando en los labios un dedo ó un diente del muerto. Decían los thlinkites que con esto ganaba infaliblemente la lengua de la nutria.

Despues de tan penosos ejercicios volvía el néofito demacrado y sin fuerzas, y daba testimonio del poder recibido mostrando imperio sobre uno ó más espíritus. No podría naturalmente darlo como los viejos shamanes, que, al decir de los thlinkites, mandaban uno de esos espíritus á sus órdenes al cuerpo del que los menospreciaba y le hacían caer ya en penosos desmayos, ya en violentos paroxismos.

Los shamnes no se cortaban nunca el cabello. Para sus relaciones con los espíritus se cubrían siempre el rostro con una máscara. De enfermar, debían curarse por los ayunos de su familia. Muertos, se los ponía sucesivamente las cuatro primeras noches en las cuatro esquinas de su casa: cada noche en distinto ángulo. Se los ataba el quinto día á una tabla poniéndoles uno de los

huesos que habían usado para sus ritus en la nariz y otro en la cabeza, que se les cubría con una cesta de sáuce. Se los encerraba despues en un ataud y se los dejaba sobre un catafalco que se les levantaba cerca de las playas del Océano. No pasaba por delante del sepulcro un thlinkite que no echara algo en el agua para hacerse propicios los manes del poderoso muerto.

Los demás cadáveres generalmente se los quemaba. Guardábase las cenizas en cajas con pinturas geroglíficas, y se las ponía sobre cuatro postes. Arrojábase los esclavos al mar, como no se los sacrificase en la pira de sus dueños.

Eran, por fin, los thlinkites muy amigos de honrar la memoria de sus difuntos. Además de las ceremonias á que daba motivo el entierro, celebraban todos los años una fiesta en que erigían monumentos á la memoria de sus deudos.

La quinta rama de los hiperbóreos la constituían los tinnehs, de quienes se habló en otro capítulo. Paso á los columbios.

CAPÍTULO XL

Los columbios.—Su situacion.—Sus principales divisiones.—Lugares que ocupan sus diversas ramas.—Diferencias climatológicas.—Los haidahs.—Sus distintas tribus.—Sus condiciones físicas.—Sus vestidos.—Sus adornos.—Sus viviendas.—Sus casas en alto.—Sus pueblos.—Su poca aficion á la caza y á la carne de los animales de tierra.—Sus ingeniosos medios de pesca.—Sus acopios de invierno.—Sus armas.—Sus guerras.—Sus esclavos.—Su gobierno.—Sus jefes.—Su familia.—Su matrimonio.—Condicion de sus mujeres.—Su industria.—Sus canoas.—Sus fiestas.—Sus juegos.—Sus bailes.—Sus representaciones.—Sus creencias.—Sus ritus.—Rara costumbre de sus jefes.—Su canibalismo.—Poder de sus magos.—Sus groseras supersticiones.—Su lengua.—Sus entierros.—Sus lutos.—Los nutkas.—Sus diversas tribus.—Sus condiciones físicas.—Sus tocados.—Su manera de aplanar la cabeza de los niños.—Su extraño modo de pintarse el cuerpo.—Sus máscaras.—Sus adornos.—Su traje.—Original construccion de sus casas.—Multiplicidad de las mismas para unas mismas familias.—Procedimientos para la pesca.—Los que usaban para la caza.—Lo mucho que estimaban la carne de oso.—Depósitos de víveres para el invierno.—Armas.—Industria.—Canoas.—Ciencias.—Medicina.—Instrumentos músicos.—Oratoria.—Lengua.—Condiciones morales.—Instituciones.—Matrimonio.—Divorcio.—Condicion de la mujer.—Derecho de propiedad.—Abuso que se hacía de los bienes.—Comercio.—Gobierno.—Absoluta independencia de las tribus.—Jefes.—Aristocracia.—Esclavitud.—Guerra.—Actos preparatorios.—Combates.—Creencias.—Orígen del hombre, segun éstos bárbaros.—Sacerdotes.—Metempsíchosis.—Tradicion curiosa.—Espíritus malignos.—El fuego.—El colimbo y el cuervo.—Fiestas religiosas.—Fiestas civiles.—Banquetes.—Bailes.—Pantomimas.—Hospitalidad.—Tótems.—Enterramientos.—Los indios del Estrecho.—Su situacion.—Sus diversas tribus.—En que se diferenciaban de los nutkas.—Diferencias físicas.—Diferencias indumentarias.—Caza.—Pesca.—Manera de asar el alce.—Armas.—Artes.—Gobierno.—Familia.—Aficion al juego.—Supersticiones.—Enterramientos.[1]

Al Sur de los hiperbóreos pone Bancroft otro haz de pueblos á que da el nombre de columbios. Los derrama del paralelo cincuenta y cinco al cuarenta y tres por las dos vertientes de la cordillera Cascada entre el Pacífico y las Montañas Rocosas. Divídelas en *haidahs*, *nutkas*, *indios del Estrecho*, *chinuks*, *shushwaps*, *kútenes*, *okanaganes*, *salishes* y *sahaptines*, dejando para el siguiente grupo á los *shoshonis*.

Viven, segun él los haidahs en las islas de la Reina Carlota y en las contiguas playas, por las que se extienden cerca de cien millas tierra adentro; los nutkas, en la isla de Vancouver y en la vecina costa; los indios del Estrecho, en las riberas del de Puget y en las de los ríos que vierten allí sus aguas; los chinuks, en las márgenes del Columbia desde Dalles al Océano y en las del mar desde Gray Harbor á las cercanías de California; los shushwaps, los kútenes y los okanaganes, del grado cincuenta y dos al cuarenta y nueve de latitud, entre las dos cordilleras; los salishes, más al Mediodía, pero

1 Fuentes de este capítulo: BANCROFT, *The Native Races etc.* vol. 1.° capº. 3.°; vol. 3.° capítulos 3.° y 11°; capºˢ. 2.°, 3.°, 11.°, 12.° y 13.°

entre las mismas sierras, los más en las orillas del Columbia y en las del Clarke, rama de tan caudaloso río; los sahaptines, por fin, al Oriente de los montes Cascada, del paralelo cuarenta y siete abajo, sobre el mismo Columbia, el Snake Inferior y los riachuelos que le pagan tributo.

Difieren mucho la tierra de la costa y la que média entre los montes Cascada y los Rocosos. Templada la de la costa por las corrientes del Asia y los numerosos rios y arroyos que bajan de los cerros, abunda en suculentas raices, sabrosas frutas y espesos bosques llenos de caza; en tanto que la otra, distante del mar y sumida entre altas cumbres, es seca, extremada en el calor como en el frío y un tanto rica de árboles sólo en las riberas. Afirma, sin embargo, Bancroft que etnológicamente no existen verdaderas líneas divisorias entre los pueblos de aquende y allende los montes.

Siguiendo al mismo Bancroft, paso á describir ahora las distintas naciones del grupo.

La más al Norte y la primera en importancia es la de los haidahs, cuyas principales ramas son los *massetes*, los *skiddegats* y los *cumshavas*, que ocupan las islas de la Reina Carlota; los *kaiganis*, que moran en el archipiélago del Príncipe de Gáles; los *chimsyos*, que viven en el estrecho de Chatham y en las cercanías del fuerte Símpson; los *nass* y los *skinas*, que se extienden por las orillas de los ríos de estos nombres; los *sebassas*, que habitan en el archipiélago Pitt y en las playas del canal Gardner; los *indios del estrecho Millbank*, los mas al Mediodía, entre los cuales van incluídos los *bellaculas* y los *hailtzas*.

En lo físico los haidahs se parecen más á los hiperbóreos thlinkites que á los columbios nutkas. Son de buena estatura, y serían hasta gallardos, si no les encorvara las piernas la costumbre de sentarse sobre ellas en las canoas. Tienen ancho el rostro, altos los pómulos, algo huída la frente, no siempre negros los ojos ni siempre recio el cabello, el color claro, algunos tanto, que podría confundírselos con los albinos. No carecen de barba como la mayor parte de los americanos: si no la lucen, es porque se la arrancan. Llevan hoy bigote á la manera de los europeos.

Iban y van todavía desnudos. Para abrigarse de la intemperie se teñían de negro; y para celebrar las fiestas se cubrían de grasa y se rociaban con plumion de ánade. Sólo cuando arreciaba el frío, se echaban en los hombros un manto de varios colores, que tejían con pelo de perro; y sólo cuando llovía, se entraban por la cabeza á modo de casulla una estera redonda, que hacían de fibras de cedro. Eran en cambio amigos de adornos: usábanlos varones y hembras en nariz y orejas; y las mujeres, sin distincion de categorías, llevaban el que vimos en el labio inferior de las thlinkites. En los unos y las otras era, no obstante, raro labrarse el cuerpo.

No solían vestirse más que los jefes. A jefes pertenecerían probablemente las ropas con franjas de cuero ó de hilos de colores que dicen haber visto Mackenzie

y Vancouver y las máscaras que se encontró en Millbanck compuestas de plumas y de ballenas de foca, máscaras que se abrían como abanicos y por resortes secretos abrían boca y ojos. En la cabeza de un jefe pareció el ancho sombrero de que hablan algunos escritores, parecido al remate de un quitasol y hecho de retorcidas fibras de raices de árbol.

Tenían los haidahs, como la mayor parte de los pueblos de aquellas comarcas, habitaciones para verano y para invierno: las de verano, simples estacas cubiertas de pieles ó esteras, segun era rico ó pobre el que las levantaba; las de invierno, construídas ya sobre lijeros palos, ya sobre recios tablones, pero siempre capaces de gran número de familias. Una de invierno vió Poole en las islas de la Reina Carlota donde vivían hasta setecientas personas. Era un cubo de cincuenta piés ingleses, diez de su altura metidos en tierra.

Otro género de casas merecía, sin embargo, la atencion en lo más meridional del territorio de los haidahs. Recordará el lector que á no gran distancia de la desembocadura del Orinoco hallamos un pueblo que tenía sus viviendas en alto, sobre nudosos troncos de palmera. En alto estaban las de muchos haidhas y sobre firmes postes de veinticinco piés, labrados no pocos en forma de hombres ó de otros seres. Figuras de hombres y de brutos había tambien pintados en el frente de esas originales casas, á las que se ascendía por un madero que, merced á su inclinacion y sus dientes, podía servir de escala.

Carecían tan singulares fábricas de claraboya y de ventanas: había de salir el humo del hogar ó por la puerta ó por las no escasas rendijas de los muros. El hogar estaba, como de costumbre, en mitad del aposento: dormían al rededor los moradores.

Acostumbraban los haidahs á establecer sus pueblos en lugares de suyo fuertes: tal vez al canto de hondos precipicios; tal vez sobre rocas desgajadas de la tierra firme á la cual las unían estrechos puentes. Allí residían cuando no los obligaban á la vida errante las exigencias de la caza ó de la pesca.

A la caza eran poco aficionados. Si perseguían el ciervo y otras reses, era más por la piel que por la carne. La carne, como no fuese la de los animales marinos, hasta la aborrecían por motivos supersticiosos. Manteníanse principalmente de la innumerable multitud de peces que dejaba la bajamar en la playa. Las almejas y los demás géneros de conchas las hacían recoger por sus mujeres; levantaban el resto. Ejercían, además, y con no poco ingenio, el arte de la pesca. Disponían contra el salmon de toda clase de redes: redes con que lo barrían del fondo del Oceano, redes en que lo cogían poniéndolas entre dos canoas, redes con que le interceptaban el paso tendiéndolas de través á la boca de las pequeñas abras. Estas últimas redes, generalmente de anchas y groseras mallas, las hacían de cuerdas de cáñamo. Cogían tambien el salmon unas veces alanceándolo, otras atajando los ríos con estacadas abiertas por diversos puntos, debajo de cuyos agujeros colocaban grandes cestas de mimbre. En el mar alan-

ceaban tambien á las focas, por cuya carne se desvivían; en la costa las asaeteaban. Otro instrumento tenían aún contra los arenques y otros peces: uno como rastrillo con afiladas puas de hueso.

Como los hiperbóreos, hacían grandes acopios de pescado para el invierno. No lo salaban; curábanlo simplemente al sol ó al humo, envolvíanlo en cortezas de árbol, metíanlo en cestas y poníanlo en alcandaras fuera del alcance de los perros y los niños. Del salmon quitaban las entrañas, la cabeza y el espinazo; y, miéntras se estaba secando, no dejaban de rociarlo con arena. Así muchos que lo comían con frecuencia tenían desgastados los dientes hasta las encías.

Tenían en mucho las huevas del mismo salmon y de los arenques. Para más abundantemente cogerlas hincaban en el légamo del mar ramas de pino, y no las retiraban que no las viesen cubiertas de tan preciados huevecillos. Antes de comerlas, ya las machacaban entre dos piedras y las batían en agua hasta convertirlas en una especie de crema; ya las cocían con acederas y pequeñas frutas y hacían con moldes de madera tortas de una pulgada de espesor y doce en cuadro.

No de todos los peces disponían para alimentos sólidos. Ponían á hervir buena parte en espaciosas vasijas; y, espumando cuidadosamente el aceite, lo trasegaban y guardaban en huecos troncos de algas.

Perseguían finalmente á los pájaros que anidaban en los bancos de arena. Atraíanlos de noche al fulgor de sendas antorchas y á medida que los iban viendo los mataban con sendas porras. Los asaban sin desplumarlos ni limpiarlos: no los destripaban por que no perdieran de su fragancia.

Los haidahs que vivían en el archipiélago de la Reina Carlota se dice si en la época del Descubrimiento sólo tenían la clava por arma de guerra. Usaban los demás el arco y la flecha, lanzas de diez y seis piés de largo, algunas de punta móvil, y hachas, ya de cuerno, ya de hueso. De madera de cedro hacían el arco: dábanle un nervio por cuerda. Empleaban como arma defensiva petos ó sayos de cuero de muchos dobleces, alguna que otra vez forrados de tablas.

Aunque pasaban por guerreros y bravos, no peleaban nunca los haidahs en campo abierto: como tantos otros bárbaros, para vencer á sus enemigos recurrían á las emboscadas y los rebatos. No atormentaban á los cautivos, pero no perdonaban en el calor del combate edad ni sexo. Negociaban por delegados la paz, pactábanla con gran ceremonia y celebrábanla con muchos días de fiesta.

Merced á la guerra disponían de multitud de esclavos. Comprábanlos tambien y no pocas veces los robaban Tratábanlos con no poca crueldad por considerarlos como la antigua Roma, no hombres, sinó cosas. En más de una institucion se parecieron á esas tribus salvajes los pueblos de Europa que hace veinte siglos blasonaban de cultos.

Gobierno apénas lo había entre los haidahs. Tenían jefes sólo en la aparien-

cia hereditarios: conferían generalmente el mando al que se distinguía por su pericia militar y su riqueza. Solía reunir esas cualidades la progénie de sus caudillos, y de ahí que pareciese trasmitirse el cargo por la sangre. Ordinariamente, con todo, sucedíase por la línea femenina y podían entrar en la sucesion las hembras. Venían á ser las jefaturas á la vez hereditarias y electivas, como vimos ya que lo eran en las Cinco Naciones de los Lagos.

Gozaban á primera vista los jefes de los haidahs de un poder absoluto, y lo ejercían dejándose llevar de vanos y crueles antojos; pero no debía ser así cuando en sus negocios con los primeros invasores, si bien trataban en nombre de toda la tribu, lo hacían siempre á reserva de que aprobasen el pacto las diversas familias que la componían. Es de presumir que esas familias fuesen autónomas.

Como en tantos otros pueblos, no había allí tribunales ni leyes. Estaba el matador á merced de los parientes de la víctima y los desarmaba no pocas veces con dádivas. El extranjero vivía bajo el indígena.

No se hallaba mejor constituído el hogar doméstico. La poligamia era costumbre; las mujeres, objeto de venta; la devolucion del precio, exigible si no las encontraba el marido conformes á su apetito y su gusto. No abundaba la prole á pesar de las muchas esposas que los hombres reunían bajo el techo de su cabaña. Conocíase el infanticidio y el aborto. Andaba la castidad por los suelos. No se amaba á los hijos con la pasion que en otras naciones. Ceremonias nupciales apénas las había: sólo de los haidahs de Millbank se dice que celebraban el matrimonio en el mar sobre tablados sostenidos por canoas.

No era tan desigual como en otros pueblos la distribucion de cargas entre la mujer y el marido. Como se escribió ya, recogía la mujer los mariscos en los reflujos. Batía, además, sobre las rocas las fibras de la corteza de cedro y el cáñamo silvestre, los hilaba con un mal huso y una más informe rueca y los convertía en esteras y mantas. Entretejía á veces con el cáñamo y el cedro tiras de piel de nutria y más ó ménos brillantes plumas; y á veces el pelo blanco de cierta raza de perros, hoy casi extinguida, que trasquilaba todos los años. Por los colores de que luego teñía las ropas caracterizaba su tribu. Inútil creo decir que tenía tambien á su cargo la direccion del hogar y la crianza y la educacion de los hijos.

Al hombre exclusivamente incumbían la caza y la pesca, la fábrica de armas y utensilios y la construccion de canoas. De cáñamo y fibras de cedro hacía toda clase de redes; de madera, toscos anzuelos, cajas y vajilla; de madera, de hasta ó de hueso, cucharones y cucharas; de piedra hábilmente esculpida, vasos y pipas. En cincelar aventajaba á casi todos los pueblos de aquella parte de América.

Sacaba del tronco de un cedro cada una de sus canoas y á veces les daba cuatro piés y medio de cala, sesenta de eslora y seis y medio de manga. Es muy

de notar la manera que tenía de embellecerlas. Prolongaba y encorvaba graciosamente la proa y la popa en figura de cuello de cisne poniéndoles por remate una cabeza de mónstruo. Ataraceaba con dientes de nutria la regala. Pintaba y aun labraba los costados. Hacía en forma de pala los remos. Eran extraordinarias la rapidez y la seguridad con que cruzaba en esos botes las revueltas aguas de la costa é indecible el cuidado con que al sacarlos á la playa los defendía de los rayos del sol con tupidas esteras.

Trabajaban los haidahs, pero dedicaban tambien largas horas al descanso y al esparcimiento. Eran aficionadísimos los de las islas de la Reina Carlota á jugar á pares y nones con palillos de que tenía cada jugador un manojo. En pueblos más al Sud y en los de tierra adentro llevaban pintados círculos rojos algunos de los palillos: era allí preciso adivinar cuantos fuesen los guardados y cuantos sus círculos.

En ciertas épocas del año visitábanse los haidahs, dábanse mútuos banquetes y hacíanse mútuas dádivas. Solían tambien entregarse al canto y al baile. Ya danzaban y cantaban juntos los dos sexos; ya bailaban en un corro las mujeres, y en otro marcaban el compás los hombres batiendo la tierra con sendos palos. En la danza apénas movían sinó los brazos, el cuerpo y la cabeza; en el canto eran generalmente monótonos.

Tenían tambien aquellas gentes, sobre todo en invierno, una especie de representaciones, parte religiosas, parte escénicas. Salían á un tablado varones con máscaras y ricos trajes, y, tomando el papel de invisibles genios, instruían y daban consejos á la muchedumbre, que los acompañaba cantando.

Pero ¿existían realmente creencias y ritus entre los haidahs? Que hubiese creencias no cabe ponerlo en duda. Hablábase de un grande espíritu creador y supremo rector del Universo, y se le distinguía del Sol, en quien no se veía sinó un hombre con manto de luz y corona de rayos que giraba al rededor de la tierra. Hablábase de un genio del mal y de unos séres llamados *nawlochs*, que en nada se nos parecían. Hablábase de un paraíso, *Kiwuck*, dentro del cual había una mansion de eterna delicia á que volaban desde luego las almas de los que morían en batalla. Hablábase de otro lugar, *siwukkow*, donde habían de permanecer las de los otros mortales hasta que se depurasen é hiciesen dignas de entrar en el cielo. Esas incoherentes creencias, las únicas de que se tiene noticia, son evidentemente restos de una antigua y más completa mitología.

Es ya más dudoso si hubo ritus entre los haidahs. Poole asegura que no encontró vestigios de culto en ninguna de las islas de la Reina Carlota. Habla Mackenzie de edificios ó, para mejor expresarme, de fábricas de madera que por el esmero de la construccion y la buena talla de los postes le parecieron destinados á fines religiosos; pero dice que los vió en las fronteras orientales de Columbia y dista de afirmar que fuesen templos. Más bien que ritus entiendo que

había en aquellas naciones prácticas supersticiosas, hijas de la ciega fé del pueblo en duendes, espectros y brujas.

Una costumbre se observaba, con todo, que merece la atencion del que me lea. Concluída la estacion para la pesca de los salmones y hechos los acopios de víveres para el invierno, retirábase el jefe de cada pueblo al lugar más salvaje y desierto de la comarca. Días y días pasaba allí en la soledad y el ayuno hasta conseguir que le hablasen los *náwloks* ó le comunicasen de cualquiera otro modo sus pensamientos. Mientras vivía en tan dura penitencia, no consentía jamás que le viera nadie. ¡Desdichados los que se atreviesen á tomarle por blanco de sus ojos! Cuando él no los matase, lo hacían sus allegados, que empezaban por someterlos á las más bárbaras torturas como no les oyeran desde luego la confesion de la falta.

Obtenida ya la gracia de los náwloks, volvía el jefe á sus tribus ceñida á las sienes una guirnalda y al cuello una cinta roja de corteza de aliso, el cuerpo sin más abrigo que un manto hecho girones ó una piel de oso. Venía como poseído de inesplicable furia: mordía á cuantos alcanzaba, arrancábales uno ó más bocados de carne y la engullía con la avidez y la fiereza del lobo á quien acosa el hambre. Huía llena de terror la muchedumbre; pero no faltaba quien se expusiera voluntariamente á las mordeduras de ser tan favorecido por los nawloks á fin de hacer más tarde gala de sus cicatrices. ¿Tenía esto ó no carácter religioso?

Los jefes haidahs parece que figuraban entre los hombres de la medicina y la magia. Dícese de éstos que se entregaban á otros actos de canibalismo. Asegura Duncan, por ejemplo, que en cierto lugar de los chimsyos mataban un esclavo, le hacían menudas piezas y le devoraban. Algunos, añade, habían suavizado esta costumbre substituyendo el esclavo por un perro. No participaron jamás de esta barbarie, segun Bancroft, los habitantes de la Reina Carlota, los más civilizados entre los haidahs.

Los magos no ejercían allí ménos poder que en otros pueblos. Debíanlo en gran parte á la facultad que de encantar y suspender la vida les atribuía el vulgo. De los del estrecho de Chatham se llegó á decir que tenían encerrados en una caja los espíritus del infierno. Algo parecido se afirmó aquí de algunos de los santos de la Iglesia; que en nada se asemejan tanto como en las supersticiones los pueblos cultos y los pueblos bárbaros.

El carácter supersticioso de los haidahs lo llevo ya indicado. Miraban con respeto á ciertas lechuzas y á las ardillas y las empleaban como hechizos: de cortar fibras á través los salmones muertos, creían que los vivos habían de abandonar las aguas de los ríos y los arroyos; al ver las nieblas las conjuraban sin sospechar que fuesen hijas del astro del día. Sólo contra lijeras indisposiciones usaban de yerbas y cocimientos; contra las verdaderas enfermedades no confiaban sinó en los pretendidos milagros de la magia. Atribuían, como otros pue—

blos, la muerte de sus deudos al malquerer de un enemigo, y casi siempre la vengaban en inocentes.

Nace la supersticion de la ignorancia, y eran muy ignorantes los haidahs. No sabían explicarse fenómeno alguno de la naturaleza; no disponían de ningun medio gráfico para comunicarse los pensamientos; carecían de historia y de todo sistema cronológico. Era ruda y primitiva hasta su lengua. Salvas pocas excepciones, no distinguía en el nombre géneros, números ni casos. Abundaba en consonantes, y las presentaba con frecuencia reunidas de tal modo, que se hacía dificilísimo pronunciarlas. No es á buen seguro fácil para nosotros leer la frase: *Kjeganes tljouxl lagun*, mis tres casas son buenas El nexo *tl* venía aquí por lo ménos tan repetido como en el antiguo idioma de Méjico.

Conviene observar de paso que no guardaban la mayor analogía las diferentes lenguas habladas por las diversas naciones de los haidahs. «Yo» era en haidah *htla;* en nass, *nukwa;* en bellacula, *untsh;* en chimsyo, *newyo.* «Tú» era en haidah *tonga;* en nass, *cusho;* en bellacula, *eno;* en chimsyo *nune.* ¿Había allí realmente dialectos de una lengua ó lenguas distintas?

Eran los haidahs ignorantes, pero no faltos de inteligencia ni de gusto. Los de las islas de la Reina Carlota, ya encerraban á los muertos en sarcófagos esculpidos con arte, y los ponían en tablados que descansaban sobre pilares de sólo dos piés de altura; ya levantaban esos tablados sobre un sólo poste de diez piés de elevacion y uno de diámetro, y allá en lo alto depositaban los cadáveres cubriéndolos de musgo y piedras. Acostumbraban los de otras islas y aun los de tierra firme á quemar los cuerpos, y guardaban generalmente las cenizas en cajas, cestas ó canoas, que tapaban con esteras y unas veces enterraban, otras dejaban á flor del suelo y otras colgaban de los árboles. De los indios nass hallo escrito que vestían explendidamente á sus jefes difuntos y los paseaban en hermosos botes á lo largo de la costa; de otras tribus, que mantenían siempre limpio de maleza el lugar en que estaban los sepulcros de sus deudos. Casi en cada pueblo variaban aquí las costumbres; pero casi en todos revelaban que sentían los haidahs la belleza.

Reducían por fin los haidahs sus muestras de luto á cortarse la cabellera y durante unos meses teñirse nuevamente de negro cara y cuello. Sólo entre los kaiganis estaban obligados los parientes á lacerarse con piedras y cuchillos el cuerpo en tanto que ardía el del difunto.

Era verdaderamente curioso este pueblo de los haidahs.

No lo era ménos el de los nutkas. Vivían estos bárbaros en la isla de Vancouver y en la costa que média entre los paralelos cincuenta y dos y cuarenta y nueve. Sus principales tribus estaban á lo que parece distribuídas del siguiente modo: al Norte de la isla, los *quackollos* y los *newittis;* al Occidente, los *nitinates*, los *clayocuotes* y los verdaderos *nutkas;* al Mediodía, los *clallumes*, los *sokos* y los *patikines;* en lo interior, los *saukaulutuches;* al Oriente,

los *cowichines*, los *ucletas* y los *comucos*, que se extienden por las opuestas playas de tierra firme; en las orillas del Fráser, por fin los *kwantlumes* y los *tites*. No se distinguían grandemente esas tribus ni por sus cualidades físicas ni por sus condiciones de carácter, pero sí por sus dialectos.

Eran generalmente los nutkas de color ménos claro, y de talla algo más corta que los haidahs. Habrían sido de buenas formas á no haber tenido grandes los piés y vueltas hácia dentro las puntas de los dedos, muy salientes los tobillos y combas las piernas. Ancho, redondo y lleno era su rostro; gruesos los lábios; chata y de muy abiertas ventanas, la nariz; abultados, los pómulos; negros y chicos, los ojos; baja, la frente; castaño-oscuro, basto y recio, el cabello.

El cabello lo llevaban largo varones y hembras. Se lo igualaban todos; se lo cortaban sólo algunos á través de la frente. Ya se lo anudaban sobre la coronilla, ya se lo sujetaban con una tira de cuero ó de corteza de árbol y lo dejaban suelto por la espalda. Con verdes ramas se lo recogían para las grandes fiestas despues de habérselo untado con aceite de ballena y cubierto de blancas plumas. Esmerábanse sobre todo las mujeres en trenzárselo y hacerse elegantes y caprichosos tocados que adornaban con pequeñas conchas y cuentas. Se dice si para conseguir que creciera más y más rápidamente empleaban los ahts la raíz de cierta planta.

Tenían la mayor parte de los nutkas aplanada la cabeza; y los del Norte de la isla de Vancouver, en forma de pilon de azúcar. Desde que nacian hasta que andaban se les comprimía al intento la frente, bien con suaves almohadillas, bien con cintas de blanda corteza, bien con piedras lisas y llanas, bien con moldes de madera, y se la sujetaban por medio de apretadas vendas á la tabla que les servía de cuna. No daban al hecho, segun parece, la importancia que otras naciones; pero no dejaban de mirarlo como signo de nobleza.

Untábanse constantemente los nutkas el cuerpo con una greda rojiza que empapaban en aceite de ballena para que en sus frecuentes baños pudiera resistir á la accion del agua. Teñíanselo de negro cuando estaban de guerra ó de luto, y de varios colores cuando de fiesta. Solían en este caso los jefes pintárselo y adornárselo con figuras fantásticas. No hacían otro tanto las mujeres, quizá porque se lo prohibiesen los hombres. Los hombres en las grandes ceremonias acostumbraban tambien á darse una recia capa de sólida grasa que esculpían en alto relieve, pintaban de encarnado y ponían reluciente y deslumbradora á fuerza de rociarla con brillante arena ó con granos de mica.

Para el baile como para la guerra usaban, además, aquellas gentes máscaras de cedro de colores vivísimos que representaban con infinita variedad caras de mónstruos y en ojos y boca eran tambien, por medio de cuerdas que casi no se percibía, susceptibles de movimiento.

Tenían desde la niñez taladrados, no sólo la nariz y las orejas, sinó tambien diversos puntos del rostro: llevaban suspendidos de los agujeros zarcillos, cuen-

tas, conchas, huesos, palillos de madera y otras clases de adornos. Lo que no hacían era labrarse el cuerpo: solo un autor asegura que se labraban piernas y brazos las mujeres de Vancouver.

Iban los nutkas desnudos como los haidahs. No vestían sinó una manta de fibras de corteza de ciprés con pelo de perro que llevaban generalmente sobre los hombros y sujetaban á la cintura, aunque tenía por donde sacar los brazos. Si bien más larga, la vestían las hembras lo mismo que los varones, sólo que se la prendían debajo de la barba y para mayor honestidad le añadían una ancha tira que les bajaba por la mitad del cuerpo. Era la manta para todos cuadrada: para los súbditos, siempre roja; para los jefes, sin color ó de varios colores. Apénas la había sin una franja de cuero. Otras piezas de ropa usaban los magnates, pero sólo en los días de fiesta. Aunque de ordinario iban todos con la cabeza al aire, no era raro que se la defendiesen de las inclemencias del cielo con uno como sombrero cónico, ya de enea, ya de lino silvestre.

Eran allí originalísimas las viviendas y las poblaciones. Hacían aquellas gentes casas de cien pies de longitud por cuarenta de anchura donde no pocas veces se alojaba toda una tribu. Las edificaban como ningun otro pueblo. Empezaban por levantar una larga hilera de postes, altos de quince pies, sobre los cuales sentaban un caballete que tenía de espesor de dos á dos y media pulgadas. En cada lado, á la distancia de cinco y aun de ocho varas, hincaban en el suelo otra hilera de postes más cortos en que bajaban á descansar desde lo alto del caballete gruesas vigas. Era ésto, por decirlo así, la armazon de la casa. Entre las vigas del techo y entre los postes de las paredes encajaban luego tablas movedizas de cedro de tres á ocho piés de anchura. No dejaban más hueco que el de la puerta: cuando los ahogaba el humo corrían una ó más tablas. La puerta estaba siempre en uno de los extremos.

Interiormente solían tener estas casas dos filas de aposentos entre los cuáles había un ancho pasadizo. En medio de cada oposento estaba el hogar; en torno de las paredes, las camas, cubiertas de bastas esteras. Con esteras se hacía preciso guarecer el techo cuando llovía.

Las casas, en las tribus donde había más de una, guardaban línea y formaban calle. Como las de los haidahs, ocupaban frecuentemente posiciones defendidas por la misma naturaleza: lugares rodeados de precipicios, rocas sobre el mar, peñascos á que tal vez no cabía subir más que por escalas de cuerda.

Lo singular era que cada tribu tenía, además de su habitual residencia, otras en diversos puntos con el fin de consagrarse holgadamente á la pesca donde cada estacion exigiese. Levantado en todas lo que constituía la armazon de sus casas, no hacía al cambiar de asiento sinó trasladar del uno al otro lugares sus utensilios, sus esteras y sus tablas de cedro. Procuraba al efecto que en todas caballetes, vigas y postes fuesen de iguales dimensiones y guardasen entre sí las mismas distancias.

Los nutkas se dedicaban á la pesca y la miraban como la principal fuente de sus alimentos á la par de los esquimales. Ejercíanla con no menor ingenio ni menor destreza. Perseguían á la foca, la ballena y la nutria casi por el mismo procedimiento: con arpones de doble lengüeta de hueso y punta de concha, atados á una larga cuerda, en uno de cuyos extremos había una ó más vejigas para que por ellas cupiera seguir la pista al animal herido. Si veían á las focas en la playa, en vez del arpon empleaban tambien la flecha. Como los mismos esquimales tenían por la más noble pesca la de la bellena, á causa de lo aficionados que eran al aceite y á la manteca rancia de tan enorme cetáceo. No la emprendían sinó con la venia y bajo la direccion de sus jefes.

Donde, empero, habían desplegado más habilidad y más fuerza de invencion había sido en la pesca de los salmones. Buscábanlos en el mar, en las abras, en los ríos; y empleaban contra ellos redes, armas, ollas, cestas y anzuelos. Las redes las hacían generalmente con el lino silvestre que les daban las orillas del Fráser: como los haidahs ó las usaban á modo de red barredera ó las sumergían entre dos canoas para levantarlas en cuanto viesen pasar por encima á los peces. No disponían en realidad de otra arma que una horquilla de quince piés de largo con puas de espina ó hueso que se desprendían fácilmente del mango; pero con ella alanceaban á su sabor á los codiciados salmones, principalmente despues de haberlos atraido en noche oscura al fulgor de las antorchas. Eran las ollas ó cestos de quince á veinte piés de longitud y de tres á cinco de diámetro, remataban en punta y se componían de duelas de pino sujetas por aros. Poníaselos debajo de las cascadas y demás saltos de agua, y por una portezuela que tenían hácia su extremo se iba retirando los salmones que en ellos caían. Caían ordinariamente muchos, porque se colocaban en lo alto dos ó más pescadores y los empujaban con palos obligándolos á precipitarse. Consistían, por fin, los anzuelos en piezas de durísima madera á que estaban unidos firmemente agudos y lengüeteados huesos. Dabáseles por sedal ya fibras de corteza de arce, ya nervios de ballena. Prendíase á veces el sedal, comunmente no muy largo, en la pala de los remos.

Pescaban tambien los nutkas á semejanza de los haidahs atajando con estacas el paso de los ríos.

El procedimiento más original era aquí sin duda el de los cestos. Conviene, sin embargo, recordar que lo vimos ya empleado en los despeñaderos del Orinoco. Tan cierto es que el hombre puede dar con una misma idea en distintas y apartadas latitudes, y es sumamente aventurado inferir de análogas y aun idénticas prácticas industriales el comun orígen de dos ó más pueblos.

Dedicábanse tambien los nutkas á perseguir los animales de tierra; pero, no con flechas ni dardos, sinó con redes y groseras trampas. Los cogían raras veces fuera de la estacion en que la caza abunda. Era á la verdad extraño que no tomaran este ejercicio con más ahinco, siendo como eran aficionados á la carne.

principalmente á la del oso. Al oso lo estimaban como alimento casi más que á la ballena. No mataban uno, que no lo cubriesen de fino plumion, le ciñesen un gorro y lo invitasen solemnemente á comer con el jefe de la tribu. El que lo probaba no podía en dos meses gustar pescado fresco.

Así el pescado como la carne los cocían los nutkas en vasos de madera donde metían piedras candentes. Sobre piedras candentes vertían á veces agua y al vapor que despedía preparaban las cabezas, las colas y las aletas de ciertos peces. Asaban sólo los mariscos, y á ménos que la necesidad lo exigiese no comían crudas sinó las huevas. Distaban de consumir en verano todo lo que cogían: guardaban mucho para el invierno. Despues de cocidas, ensartaban al efecto las almejas en largas cuerdas de fibras de ciprés y las colgaban; abrían los salmones, les quitaban la cola, la cabeza y el espinazo y los ponían al aire; cortaban y secaban al sol el hipogloso y el abadejo; colocaban ordenadamente en cestos huevas de todas clases, especialmente las de los mismos salmones y los arenques. Guardaban para el invierno hasta ciertas algas, líquenes y raíces.

Eran los nutkas previsores é industriosos. No sólo de hueso y concha, sinó tambien de pizarra y pedernal, hacían la punta de sus flechas y sus lanzas; para sus clavas y sus puñales empleaban la madera y el hueso. Contaban entre sus herramientas martillos y escoplos de piedra, barrenos de hueso de pájaro, que manejaban á dos manos, y azuelas de afiladas conchas. De madera ó de tablillas de madera fabricaban platos, fuentes, tazas, vasos, cubos, cestas y arcas de todos géneros; de fibras de cedro ó de sauce, esteras y sacos. De las mismas fibras, de las del pino y tambien de enea formaban telas y groseras ropas. Usaban astillas por agujas. Adornaban con relieves ó pinturas casi todos sus utensilios, los postes y los frentes de sus viviendas y hasta las canoas y las armas. Desplegaban en esto una imaginacion y un gusto que más tarde llamaron justamente la atencion de los europeos. No se distinguían ménos por las máscaras y las divisas que llevaban así en los bailes como en las guerras. Tenían, á lo que parece, su heráldica, su tótem de familia, ya que no de tribu, y lo pintaban ó cincelaban con esmero en cuanto poseían.

Las canoas las construían casi de igual manera que las haidahs. Diferenciábanse principalmente de sus vecinos en que hacían la popa cuadrada ó curva y en las piezas salientes de los extremos, labraban no dos cabezas de mónstruos, sinó aquí la cabeza y allí la cola de un ser real ó fantástico. Si destinaban la canoa á la guerra, la adornaban con figuras pintadas de blanco; si á la pesca de la ballena, exteriormente la chamuscaban, interiormente la teñían de rojo y al rededor de la borda ponían una hilera, ya de pequeñas conchas, ya de dientes de foca. Solían dar á los remos de cinco á seis piés de longitud, pala en forma de hoja y puño de muleta. Como los payaguás que vimos en la América del Mediodía, si daban en sus viajes por mar con enemigos, convertían esos remos en lanzas.

No estaban los nutkas tan adelantados en las ciencias. Tenían por unidad de medida el palmo; por divisor los dedos. Con los dedos se ayudaban á contar, aunque disponían de un sistema de numeracion de que el diez era la base. No conocían período de tiempo mayor que el año; y ni aun el año sabían definir por reglas fijas. Más que por las fases de la luna determinaban los meses por hechos como el desovar de los arenques, el madurar de los frutos, el emigrar de los pájaros, el subir de los salmones por los ríos, etc., etc.

Tampoco habían hecho grandes adelantos en medicina. Curaban bien que mal las heridas, los golpes, las torceduras y las dislocaciones con emplastos, agua fría, vendas de corteza de pino y tablillas de madera; los dolores de cabeza, los cólicos y el reumatismo, con agua, ceniza caliente, fricciones y pócimas de hojas y raíces. Contra leves dolencias hasta disponían de laxantes, astringentes y tónicos. Conocian ó decían conocer yerbas para excitar el aborto y medios para impedir el rápido aumento de las familias. Pero nada tenían para combatir las verdaderas enfermedades. Las atribuían á los malos espíritus ó á desarreglos del alma, y para restablecer la salud recurrían naturalmente á los magos, que se hacían pagar caros sus servicios y rara vez asistían á los pobres.

No eran tampoco los nutkas músicos ni poetas. Giraban sus cantos sobre escasas notas y más escasos conceptos, y resultaban excesivamente monótonos. Los instrumentos con que se los acompañaba no podían, por otra parte, ser más primitivos: cajas, bancos y atabales de madera que se batía con palillos de un pié de largo, sonajeros de piel de foca en figura de peces, silbatos de hueso de venado con un sólo agujero y manojos de conchas de mar que hacían las veces de castañuelas.

Eran, en cambio, elocuentes aquellos hombres. Como los araucanos, tenían en mucho la oratoria y gustaban de las brillantes arengas. Pronunciábanlas ellos tambien en sus asambleas y en sus festines, al pedir la mano de una mujer para sus hijos y cuando enterraban á sus deudos. Daban ellos tambien vigor á la palabra con el gesto y reservaban tonos especiales para sus discursos. Sacudían violentamente la cabeza, movían cuerpo y brazos y producían singulares y característicos sonidos abriendo los labios cuanto podían y batiendo con energía la lengua contra el cielo de la boca. Otra analogía por cierto bien rara entre dos tan apartados pueblos.

La lengua nutka, á juzgar por los ejemplos que pone Bancroft en su libro, debía más bien favorecer que contrariar á tan fogosos oradores. Escaseaba, á lo que veo, en preposiciones y conjunciones; palabras que, si bien son útiles para determinar relaciones y enlazar ideas, debilitan y enervan considerablemente el lenguaje. El verbo, por otra parte, llevaba la indicacion del número y la persona en inflexiones que á veces se extendían á los adverbios; circunstancia tambien muy conducente á la enérgica expresion de los conceptos.

Se dice que era durísima la lengua; pero á mis ojos sin motivo. Aunque lle-

gaba á presentar reunidas hasta seis consonantes en *opulszthl* sol, y en *onulszthl*, luna, ni abundaba en voces de este género ni en sonidos guturales, que son los que más ásperos hacen los idiomas. Sobre que la elocuencia no estuvo nunca reñida con la dureza de las palabras, ántes con ella gana en virilidad y fuerza.

Moralmente considerados los nutkas, no merecían grandes alabanzas. Eran buenos para sus mujeres, cariñosos para sus hijos, incapaces de todo abuso de confianza, poco ó nada cobardes; pero tambien volubles, recelosos, ingratos, vengativos, prontos á la discordia y la guerra, amigos del poder y el fausto, indiferentes hasta la brutalidad para los ajenos y aun los propios sufrimientos. Renunciaban á lo que más apetecían si les había de costar largos esfuerzos; se dejaban llevar fácilmente de la cólera y se convertían poco ménos que en fieras. No olvidaban ofensa alguna que no hubiesen lavado con sangre: trasmitían sus odios á los herederos y encendían luchas que no extinguía la muerte de diez generaciones. Quemaban ó decapitaban á los prisioneros que no querían para siervos, y en sus diabólicos ritus parece indudable que sacrificaban y comían esclavos.

Sus instituciones eran, sin embargo, dignas de exámen.

A excepcion de los jefes, no solían tomar los nutkas más de una esposa. Buscábanla ordinariamente en mujer de su propia clase, y rara vez la obtenían sin dádivas. Hacíanla solicitar por amigos que, sobre estipular la cuantía de estas arras, los elogiaban en pomposas arengas; y, si acertaban á lograr su deseo, celebraban el matrimonio por uno ó más banquetes. El padre al ceder la hija no dejaba de encarecerla en otro discurso. Verificábase el divorcio por la sóla voluntad de cualquiera de las partes; pero entregando á la mujer todo su aporte, los objetos fruto exclusivo de su trabajo y parte de la comun riqueza.

Gozaba la mujer entre los nutkas de tanta ó más consideracion que entre los haidahs. Sobre todo en las familias acaudaladas vivía con bastante descanso: podía declinar en los esclavos sus más rudas faenas. No acompañaba nunca al marido ni á la caza ni á la pesca; no le ayudaba jamás á construir ni á decorar la cabaña. Intervenía en todos los negocios domésticos, y más de una vez lograba que prevaleciera su consejo. En cambio era fiel, recatada, modesta, cuidadosa de los bienes y la persona de su esposo y sus hijos. A sus hijos los amamantaba cuatro y más años.

De un defecto adolecía la mujer que no he de pasar en silencio. Aborrecía la mucha prole, y para impedirla no vacilaba en recurrir al crímen. Tal vez se debiese á sus muchos abortos que á los veinte y cinco años fuese ya infecunda. Sería injusto creer que obrara así por temor á la preñez ni al parto: daba á los dos hechos escasísima importancia.

Los niños al nacer recibían un nombre; pero, ya adultos, lo cambiaban con suma frecuencia. No bien salían del pecho de sus madres, cuando empezaban á

ejercer las artes de la vida. Al hacerse núbiles las niñas, debian como los thlinkites, retirarse á lugar donde no las viesen ni sol ni luna. No habían de pasar meses en tan solitario retiro, pero sí largos días y sin probar más que agua.

Aunque los hijos todos seguían la tribu de la madre, podían suceder al padre. Heredaba el primogénito los bienes que á la muerte del padre no se hubiese destruído. No serían á la verdad muchos, que allí se buscaba lo supérfluo más para la esplendidez que para la avaricia. Principalmente en festines y regalos se consumía la riqueza.

Esto parece decirnos que conocían los nutkas el derecho de propiedad. Por lo ménos los ahts se consideraban dueños de la tierra en que se habían establecido. No permitían que sin su beneplácito fuesen á tomarles ni siquiera forrage hombres de ajena tribu; exigían comunmente retribucion por los árboles, el agua y la yerba. Pero colectiva, no individualmente, ejercían este dominio: miraban la tierra como de todos, no de ninguno.

Tenía limitada el nutka su propiedad individual á las armas, los utensilios, las herramientas, las mantas y las canoas. De sus acopios de invierno no podía impedir que usaran sus convecinos cuando la necesidad lo exigiera. Su casa la poseía con todos los que habían contribuído á levantarla. Mas de lo suyo podía usar y abusar libremente: donarlo, venderlo, destruirlo. Hacíalo con bastante frecuencia. En sus aflicciones y en las ofensas que recibía rasgaba por costumbre gran número de mantas. En las fiestas privadas como en las públicas distribuía cuantiosos regalos, principalmente si deseaba elevarse á superior categoría. Inutilizaba á veces sus canoas por el sólo afan de mostrar desinterés y ostentar riqueza. Lo sacrificaba, por fin, todo si pretendía el sacerdocio. Estaba evidentemente reñido con la economía, como no se tratara de reunir víveres para conjurar el hambre.

Era tanto más rara esta conducta, cuanto que los nutkas parece incuestionable que comerciaban de tribu á tribu mucho ántes del Descubrimiento. Dícese que ya entónces tenían su medida de cambio en las mantas, y cuando por su fuerte situacion podían cerrar á canoas de otras gentes el paso de un río ó de un estrecho se prevalían de esta ventaja y encarecían el precio de sus artículos.

Las tribus entre los nutkas vivían unas de otras con absoluta independencia. No las enlazaba ningun vínculo político. Estaba cada una regida por un jefe hereditario, que hubiera podido muy bien llevar el título de rey segun la grandeza que en ciertas ocasiones desplegaba y el respeto que infundia á los súbditos. Presidía este monarca todas las asambleas y tenía el primer puesto de honor en todas las fiestas públicas; pero no gozaba de verdadera autoridad sinó sobre sus esclavos. La decision de todos los negocios, inclusos los exteriores, correspondía al pueblo, que ni estaba sujeto á ley ni pagaba tributo.

Había entre el pueblo y el jefe una aristocracia que constituía próximamente

la cuarta parte de la tribu. Era jerarquica y en su grado superior poco ménos que hereditaria; pero siempre accesible á cuantos se distinguieran por actos de liberalidad ó de bravura. En esa clase debía buscarse los hombres para el servicio del Estado: los proponía el rey y los elegía la asamblea.

Formaban una verdadera casta los balleneros, cuyo oficio pasaba invariablemente de padres á hijos.

Sucedíase en el poder, como en los bienes, por la línea masculina.

La esclavitud entraba tambien en el cuadro de las instituciones nutkas. Se la fomentaba por la guerra y el rapto de niños, se la hacía objeto de tráfico, se la extendía á los que eran de padres desconocidos y nacían en estado de servidumbre. Como entre los haidahs, llevaba consigo el derecho de vida y muerte; pero rara vez se lo usaba por otros motivos que los religiosos. Era tal vez el esclavo la única propiedad que no sacrificaba el nutka por el vano deseo de ostentar riqueza. Le destinaba á los más rudos trabajos; pero le tenía en la misma mesa y bajo el mismo techo que á sus hijos. Le rebajaba socialmente cortándole casi al rape el cabello.

Hombre á quien se cautivaba, siquiera fuese de los primeros entre los suyos, no podía obtener su libertad como no se le rescatara antes que se conociera su paradero. Si lograba escapar, podía ser vendido por la tribu que lo encontrara.

Las guerras eran frecuentes y numerosas entre las diversas tribus nutkas. Retoñaban cien veces por un mismo agravio á causa de ser, como dije, hereditarios los odios. No se emprendía, sin embargo, ninguna, que no se hiciesen preparativos como los que vimos en pueblos al oriente de las Montañas Pedregosas. Muchas semanas ántes se abstenían los futuros combatientes de todo género de placeres, se frotaban las carnes con zarzas hasta hacer que brotaran sangre, se bañaban repetidas veces y se teñían de negro todo el cuerpo. A la par de los demás bárbaros eran más amigos de sorpresas que de batallas. Procuraban siempre caer de rebato y de noche sobre sus enemigos y matar á los más antes no llegara el momento del combate. Si no lo conseguían, rara vez se aventuraban á luchar cuerpo á cuerpo. Negociaban la paz por embajadores, como en los indicados pueblos. La pipa era aquí como allí la salvaguardia del mensajero; y la ceremonia de fumarla los jefes de los dos ejércitos, la ratificacion del tratado.

Tenían tambien los nutkas sus instituciones y creencias religiosas. Es muy de sentir que no se las conozca sinó de un modo incompleto.

Hablaban los nutkas de un dios llamado por unas tribus *Quawteaht*, por otras *Quahutze*, hacedor de la tierra y del agua y de los animales que las pueblan. Decianle casado con otro dios, por nombre *Tutuch*, pájaro-trueno, que con sacar su bifurca lengua producía el rayo y con batir las alas hacía estremecer los montes. En el Sol y la Luna veían otras dos poderosas deidades, y afirmaban que por consejo de Quawteaht les rendían culto. Como los algonquines y los

esquimales creían, además, lleno de espíritus el universo. Contaban entre sus mas famosos duendes uno que apellidaban *Mostlose*, horrendo mónstruo negro y cerdoso, con garras y colmillos como las fieras y con un rostro que, si fué, no era ya el del hombre.

No todos estaban conformes acerca de su propio orígen. Quienes se consideraban descendientes del mismo Quawteaht, el de las macizas y velludas carnes, y quienes reconocían por sus progenitores á los demás animales, en los que suponían haber existido *ab æterno* el embrion humano. «Bajaba un día por la costa, referían los últimos, una canoa donde venían bogando al remo dos seres que presentaban ya nuestras hasta entónces desconocidas formas. Al verlos se espantaron de tal modo y huyeron con tal precipitacion todos los animales, que soltaron y fueron dejando tras sí la esencia que había de ser la base de nuestra vida. Desarrolláronse rápidamente aquellos gérmenes y fueron pronto lo que somos.» Por mas que sea absurda en la forma, ¿no es esa en el fondo la teoría de Dárwin?

Como quiera que sobre su orígen pensasen, miraban los nutkas todos en Quawteaht al primero de sus dioses. Ayunaban para hacérsele propicio cuando iban á salir de caza, y, si volvían con suerte, le dedicaban una de sus grandes fiestas. Le invocaban tambien cuando la tempestad rugía. Subíanse á lo alto de sus casas, y cantando al son del tambor le rogaban que acallase la tormenta. Le dirigían siempre sus plegarias sin intervencion de los sacerdotes.

Los sacerdotes se parecían á los de los haidahs. Tambien aquí se retiraban á lugares solitarios de que venían medio locos y medio muertos de hambre. Lo que no hacían era morder á los vivos; iban á los sepulcros y se limitaban á desgarrar con sus dientes los cadáveres. Aquí además, participaban de las funciones sacerdotales mujeres ya muy entradas en años, que se consagraban especialmente á la interpretacion de los agüeros y los sueños.

Como el thlinkite, creía el nutka en la inmortalidad de las almas y la metempsíchosis. Esplicaba tambien la semejanza de los vivos con los difuntos por la reencarnacion de los espíritus. Se le hablaba de una tribu distante que hablara en su idioma, y afirmaba que la constituían almas cansadas de estar en el cielo.

Una tradicion tenían aquellas gentes que llamará de seguro la atencion de mis lectores. Decían que allá en apartados tiempos había arribado á sus costas un anciano que venía en una canoa de casco y remos de cobre. «Nos enseñó, añadían, que había bajado del cielo, que desaparecería nuestra nacion y que si bien moriríamos todos, nos levantaríamos é iríamos á vivir con él en el paraiso. Indignáronse nuestros antecesores, invadieron la barca y le mataron. Grande fué el crímen, pero beneficioso, porque desde entónces hicimos uso del cobre para ciertos utensilios.» ¿Qué dato mejor para los que creen que uno de los apóstoles de Cristo recorrió la América del Norte? Asegúrase que en algunas

casas existen aún hoy toscas imágenes de madera que representan ó por lo ménos recuerdan al misterioso anciano.

Creían, por fin, los nutkas que había malos espíritus y podían apoderarse del cuerpo del hombre. ¡Desgraciados el niño ó la niña á quienes agitaran horribles sueños! Se los sajaba, se los tostaba, se los sofocaba, se los atormentaba de otras mil maneras hasta que el demonio los abandonase ó los dejase por lo ménos tranquilos. La influencia que en el ánimo de los pueblos ejercían los magos ó sacerdotes dependía principalmente del poder que se les atribuía sobre esos malignos espíritus. No ocurría calamidad privada ni pública que no se recurriese á los shamanes para que desarmaran las iras del diablo.

Esos magos ó hechiceros, sobre lo que hemos visto ya entre los haidahs, hacían las más salvajes extravagancias que puede concebir la fantasía y daban alaridos que llenaban el corazon de espanto. Como los algonquines y los quichés mataban aparentemente á los hombres y los resucitaban; hechos con que imponían no poco á las muchedumbres.

¡Qué de cosas no referían y hacían creer esos magos á sus cándidos oyentes! Quawteaht, segun ellos, había tenido por largo tiempo privadas del fuego á todas sus criaturas ménos á la jibia. Quisieron robarlo á la jibia los demás animales, y no lo consiguió sinó el ciervo, que se llevó una pequeña parte en la articulacion de una de sus piernas y lo difundió por el mundo.—El colimbo y el cuervo descendían de hombres, léjos de haber dado orígen á nuestra especie. Habíanse trabado de palabras en alta mar dos ribereños, el uno dichoso y el otro desdichado en la pesca. Lleno de ira el desdichado por las crueles burlas del dichoso, le había sacudido con un remo la cabeza hasta hacerle caer en el fondo de la canoa. Le había luego cortado la lengua para que tardara en recobrar el sentido, y, ya que lo recobrara, no pudiera denunciarle. Había en realidad logrado su intento por más que la víctima hubiese ganado con él la costa: el mutilado pescador al querer denunciarle no había podido proferir sinó un sonido inarticulado que se parecía al grito del actual colimbo. Había sido Quawteaht testigo de la pendencia, y, queriendo castigar á los dos, había trasformado en colimbo al burlon, en cuervo al delincuente.

Es de presumir que los nutkas tuviesen fiestas religiosas. Lo era sin duda la que celebraban en el mes de Diciembre á la vuelta de sus cacerías. En ella sacrificaban á honra y gloria de Quawteaht uno de sus semejantes. Aun hoy en recuerdo y substitucion de aquel holocausto atraviesan, bien que superficialmente, con agudas cuchillas los brazos, las piernas y los costados de un niño. Religiosas debían de ser tambien las danzas en que los magos ejercían la terrible facultad de quitar y restituir la vida á los concurrentes; religiosos, algunos de sus bailes pantomímicos.

Los nutkas desde mediados de Noviembre á mediados de Enero se entregaban al descanso y al regocijo. De puertas adentro pasaban las tardes cantando,

chanceándose, recordando pasadas glorias é importunando á las mujeres: en la calle ó en el campo unos probaban sus fuerzas agarrándose del dedo meñique y otros luchaban por más ó ménos valiosos premios, en tanto que los más jóvenes se ejercitaban, ya en asaetear ó alancear figuras de pájaros y peces hechas de pasta de césped, ya en cortar la cabeza de enemigos de barro. Sentados en corros dedicábanse á otros juegos de azar muy parecidos á los de los haidahs. Fumaban otros en bien labradas pipas cierta planta del país que aún hoy mezclan con el tabaco.

En aquella misma estacion daban los jefes y los aristócratas repetidas fiestas á que asistían lo mismo el pueblo que las personas de jerarquía. Desembarazaban al efecto sus casas y las convertían en espaciosos salones. Allá en un ángulo establecían una especie de cocina donde se asaba pescado y se cocía manteca de ballena; y allá en otro, un aposento cerrado por una estera donde se vestían y desnudaban los que debían tomar parte en los bailes. Convidaban por heraldos á la gente de distincion y designaban puesto á cada uno de los huéspedes. Al pueblo lo ponían junto á la puerta.

Se iba anunciando por su nombre á los que llegaban; y las mujeres del anfitrion les servían al punto grasa de ballena, pescado y agua, ó, cuando más, cierta bebida que hacían agitando en el agua pastillas de frutas hasta levantar espuma. Conversábase despues alegremente y aún se peroraba, que ya he dicho cuan aficionados eran los nutkas á la oratoria. Se despejaba más tarde el salon y empezaba el baile.

En los bailes de la muchedumbre iban los danzantes con el rostro pintado de bermellon y negro y se colocaban en círculo al rededor de unos guías que daban el tono. Bailaban unas veces saltando á pié juntillas y blandiendo armas ó manojos de plumas, otras contoneándose sin mover las plantas. Otra danza había en que tomaban parte los concurrentes sin distincion de clases. Andaban todos dando vueltas á la sala y encareciendo con grandes exclamaciones ya la vivienda, ya lo que la vivienda contenía. Subíanse algunos al tejado y continuaban allí sus movimientos.

Mas otras eran las danzas en que sobresalían los nutkas. De la esquina cerrada por la estera salían á lo mejor hombres con máscara, fantásticamente vestidos, que bailando representaban ya combates, ya escenas de caza, ya la manera de vivir de ciertos animales, ya sus propias costumbres. De esas danzas, que vimos entre los iroqueses, los mandanes y otros pueblos de Oriente, presumo yo que algunas tenían carácter religioso. No se me oculta que otras eran por lo contrario obscenas. La decencia obliga, dice un autor español testigo de vista, á pasar en silencio algunos bailes de los mischimis, sobre todo el del impotente por la edad y el del pobre que no pudo casarse.

Las danzas todas se hacían al son de la música y el canto.

Como ve el lector, los nutkas eran sociables. Invitaban cortesmente á recos-

tarse á todo el que ponía el pié en los umbrales de sus casas, tenían por sagrados á sus huéspedes y recibían con gran ceremonia al extrangero. Tomaban á ofensa que no se acudiera á sus banquetes y exigían tambien de sus comensales que se llevaran las sobras. En hacerse regalos consumían la mayor parte de su fortuna. Hay quien dice que independientemente de la tribu habían formado asociaciones cuyo objeto se ignora: asociaciones especiales encontrámos en los pueblos al Oriente de las Montañas y es muy posible que las tuviesen nuestros hombres, atendido su carácter. Como en tantos otros pueblos, escogía cada nutka un animal por blason ó tótem; en presencia del que hubiese escogido, por ejemplo, el delfin no se atrevía ninguno á matar delfines.

Mucho lloraban, por fin, los nutkas á sus difuntos. No ocurría un fallecimiento que no prorumpieran las mujeres todas de la tribu en espantosos quejidos y los renovaran por días y meses. Hacían breves discursos los hombres y guardaban profundo silencio. Deudos y amigos, ennegrecida la cara y corto el cabello, acompañaban el cadáver con lúgubre música y otras manifestaciones de duelo al campo de la muerte, lugar de eterno descanso. Allí, ya suspendían de las ramas de un árbol, ya deponían sobre la haz de la tierra bajo un monton de piedras y leños, ya sepultaban tristemente al muerto, que iba encerrado en una caja de madera, casi siempre adornada de pinturas ó de relieves, guardando la postura de quietud á que más aficionado fué en vida. Como los haidahs, no eran impíos sinó para el infeliz esclavo, á quien sin ceremonias ni muestra alguna de dolor arrojaban al fondo del mar ó de un río.

Aun más allá de la muerte llevaban aquellos pobres bárbaros la desigualdad de condiciones. Al paso que enterraban ó dejaban á flor de tierra al pobre, colgaban el ataud del rico de más ó ménos elevadas ramas segun la categoría del difunto. Si había sido jefe el muerto, ó suspendían ó sepultaban ó quemaban durante las exequias las mantas, y los demás objetos de que vivo había usado para decoro de su persona. ¿Qué, no obstante, de extraño si en los pueblos más civilizados hay no ménos distinciones para más allá del sepulcro?

Los indios del Estrecho de Puget, tercera rama de los columbios, apénas tuvieron fisonomía propia. En sus virtudes y sus vicios como en sus condiciones de vida eran casi chinuks ó nutkas. Ocupaban, segun Bancroft, todo el territorio de Washington al Occidente de los montes Cascada, ménos una faja de veinticinco á cuarenta millas de anchura á lo largo de la márgen septentrional del Columbia. Estaban tambien divididos en multitud de naciones. Al Nordeste vivían los *nuksakos*, los *lummis*, los *samishes* y los *skagitas;* en la region central, numerosas tribus comprendidas por el mismo autor bajo el nombre de *nisquallis*; á Levante, entre el Estrecho y el Pacífico, los *clallamos;* á Poniente, los *classetes* ó *makakos;* en las orillas del Chehalis, en las del Cowlitz y en Gray Habor, los *chehalis* y los *cowlitzes*.

Físicamente no se diferenciaban de los nutkas esos indios del Estrecho sinó

en que tenían más corta la estatura, más separados los ojos, más abultadas las narices, más bajo el color y más redondas las formas. No se pintorrajeaban ordinariamente como los nutkas; pero en sus fiestas, si mujeres, se teñian el rostro con arcilla roja y, si hombres se embadurnaban el cuerpo con grasa hecha de polvos de carbon ú otras sustancias de varios colores. Perforábanse todos la nariz y se la adornaban con caprichosos dijes de concha ó hueso.

Echábanse á los hombros, cuando la estacion lo exigía, mantas de pelo de perro mezclado con plumas: algunos se las prendían al cuello con uno como alfiler de madera. Llevaban todos de vez en cuando sombreros cónicos de yerbas de variados matices. Vestían, además, las hembras delantales de corteza.

Las casas grandes que vimos en los nutkas no servían aquí sinó para los ricos. Los pobres vivían invierno y verano en unas malas chozas, compuestas de cuatro estacas en cruz y bastísimas esteras de junco. Los juncos estaban no entretejidos, sinó yuxtapuestos y atados á trechos con cuerdas.

Manteníanse de caza y raíces los indios de tierra adentro; de pesca principalmente, los de la costa. Pescaban unos y cazaban otros por los mismos procedimientos de los nutkas; pero hacían los cazadores más uso de las antorchas. Con antorchas iban de noche á las selvas y ponían á tiro de flecha los ciervos y los alces. Por medio de antorchas lograban en las riberas del mar que las aves, dando contra redes tendidas entre altísimos palos, cayesen aturdidas al suelo.

De los sobrantes de la caza y la pesca hacían tambien esos indios acopios para el invierno. Es de saber la manera como asaban el alce. Abrían en la tierra un agujero y ponían sobre un haz de leña unas piedras. Daban fuego al haz; y, cuando ya consumido, bajaban las piedras al fondo, extendían sobre ellas sucesivamente una capa de musgo y hojas, otra de carne y otra de hojas y musgo. Vertían despues agua en el agujero, lo tapaban, y, merced á la accion del vapor, tenían en breves horas la carne bien asada y tierna.

En armas no conocían sinó el arco, la flecha y la lanza. De ramas de tejo naturalmente corvas hacían sus arcos. Las doblaban en contrario sentido, las forraban interiormente de piel de culebra ó de cuero, les daban un nervio por cuerda y disponían de arcos, si en tamaño cortos, en alcance largos. Los necesitaban porque eran amigos de la guerra y ponían su orgullo en tener sobre elevados postes, delante de sus casas, el mayor número posible de cabezas de enemigos.

Aventajaban poco á los nutkas en las demás artes. De varillas de sauce y otros árboles fabricaban hermosas cestas. Perseguían en las vertientes de sus cerros á la cabra montés y la trasquilaban para mayor variedad de sus trajes. Construían sus canoas con algo más de elegancia y les daban distintas formas, segun las destinaban á navegar por el Océano, por el Estrecho ó por los ríos. Guardaban en cueros el aceite que extraían de la manteca de sus pescados derritiéndola al sol ó al fuego.

En instituciones políticas y sociales estaban más atrasados que los nutkas. Tenían jefes, pero no hereditarios; jefes que, si alguna influencia podían ejercer sobre su respectiva tribu por su riqueza ó sus hazañas, de ninguna autoridad estaban revestidos fuera de las cosas de la guerra. Trataban á los esclavos peor que ningun otro pueblo: no consideraban ni crímen ni crueldad que se los matara, ántes lo atribuían á loable y generoso menosprecio de los caprichosos favores de la suerte. Trasmitían rara vez sus bienes por herencia. Compraban las esposas, y fuera de la caza y la pesca declinaban en ellas todas las cargas y todos los deberes del matrimonio. Ni ellos pecaban de celosos, ni ellas de sobradamente castas.

Eran jugadores como nadie. Aventuraban en el juego no sólo las mantas y las joyas, sinó tambien los esclavos, los hijos y hasta la propia libertad, su mayor tesoro.

Eran tambien más supersticiosos que los nutkas: no hacían cosa alguna sin precaverse contra los enjambres de malos espíritus que en su opinion tendían incesantes lazos al hombre. A las supercherías de sus pretendidos magos fiaban exclusivamente la curacion de las enfermedades.

Sobre los diversos modos de enterrar á los muertos no diferían, por fin, de los nutkas sinó en que ponían sentados á los que dejaban sobre la haz de la tierra, guardaban en cestas á los niños y levantaban sobre altos postes las canoas ó los ataudes donde encerraban á ciertos adultos.

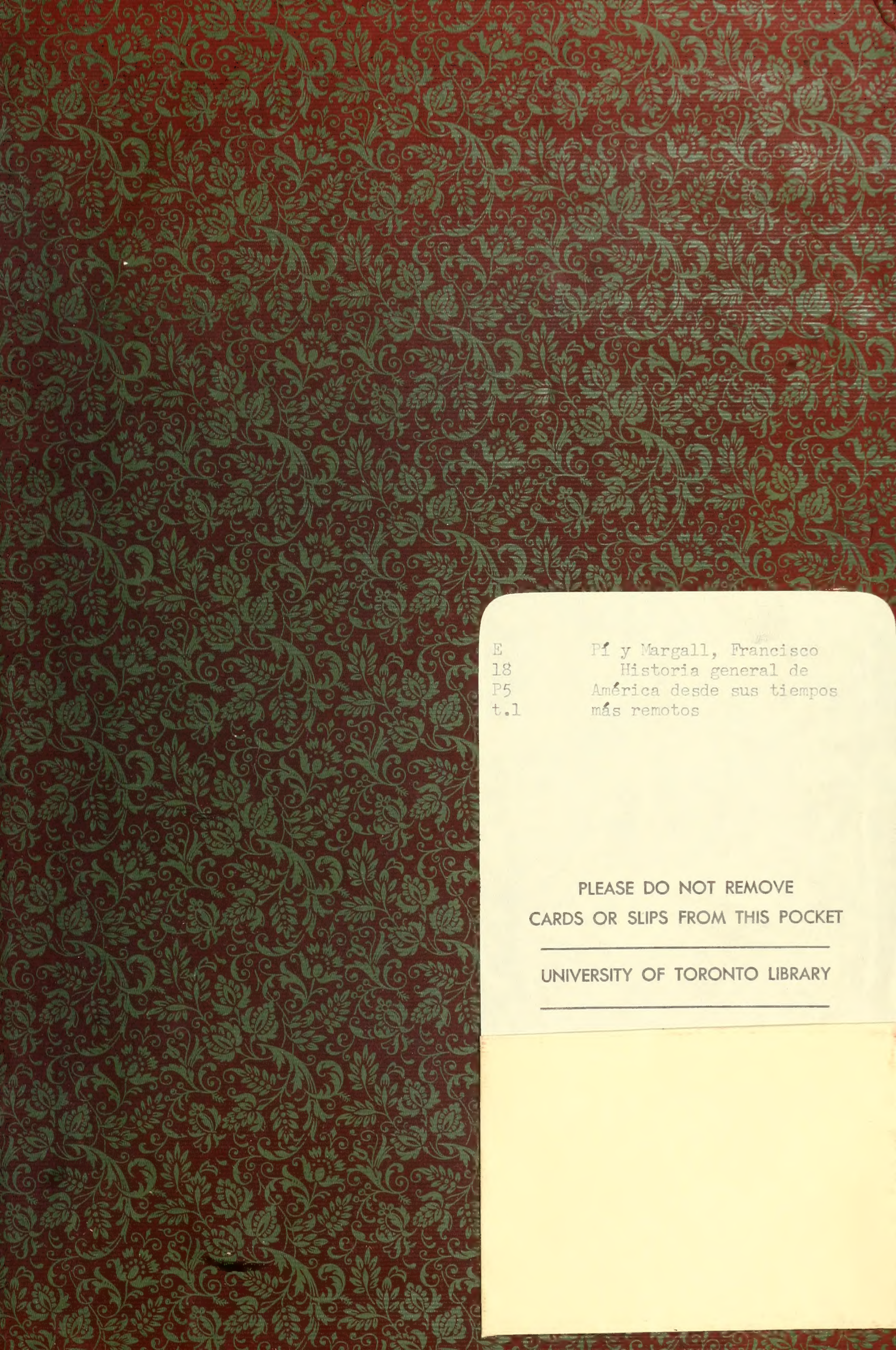
¿Merecían realmente los indios del Estrecho ser considerados como una de las ramas de los columbios? Tal vez lo exija ó lo aconseje su lengua. No la conozco.

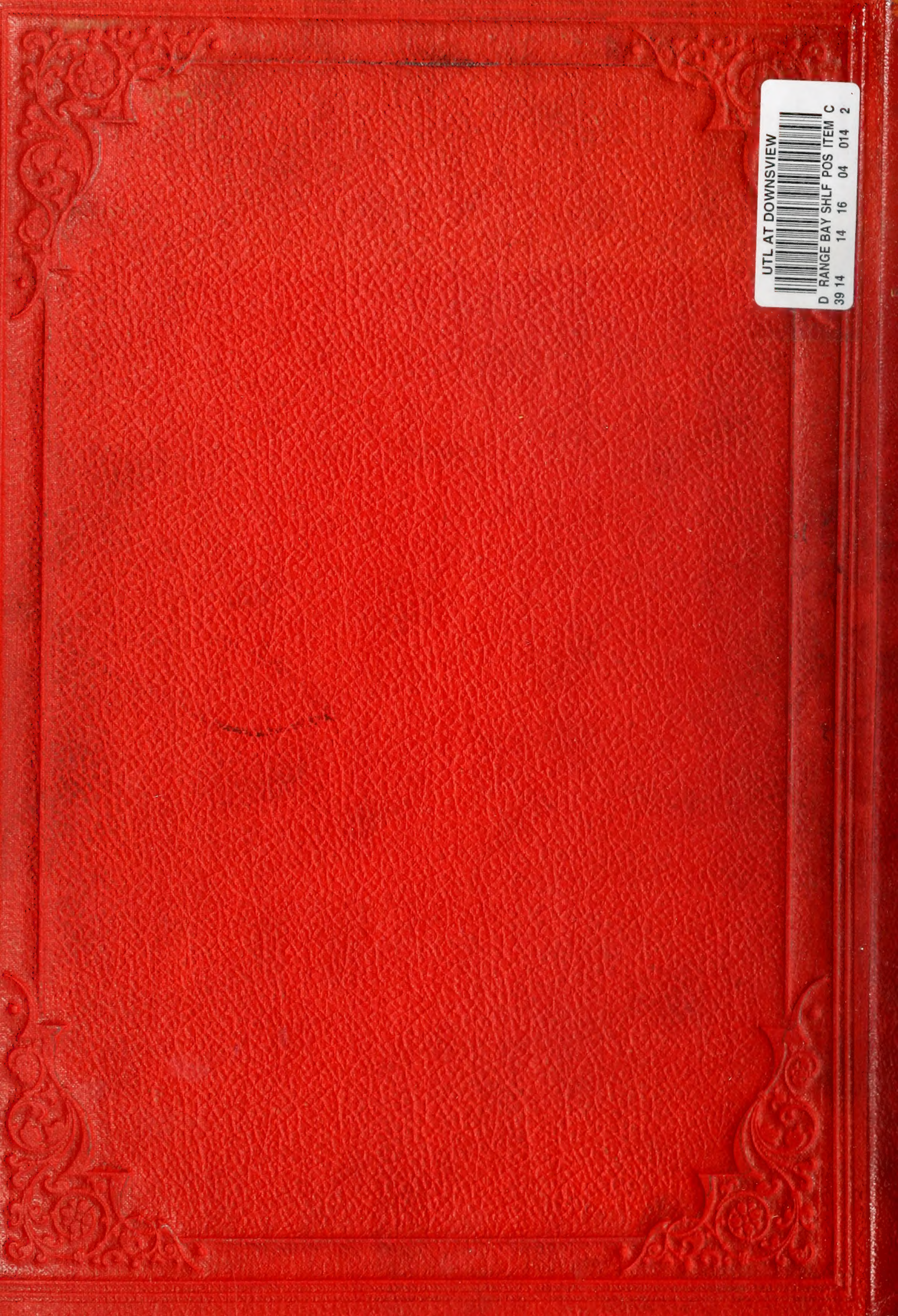









E
18
P5
t.1
Pí y Margall, Francisco
Historia general de
América desde sus tiempos
más remotos
PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 14 14 16 04 014 2